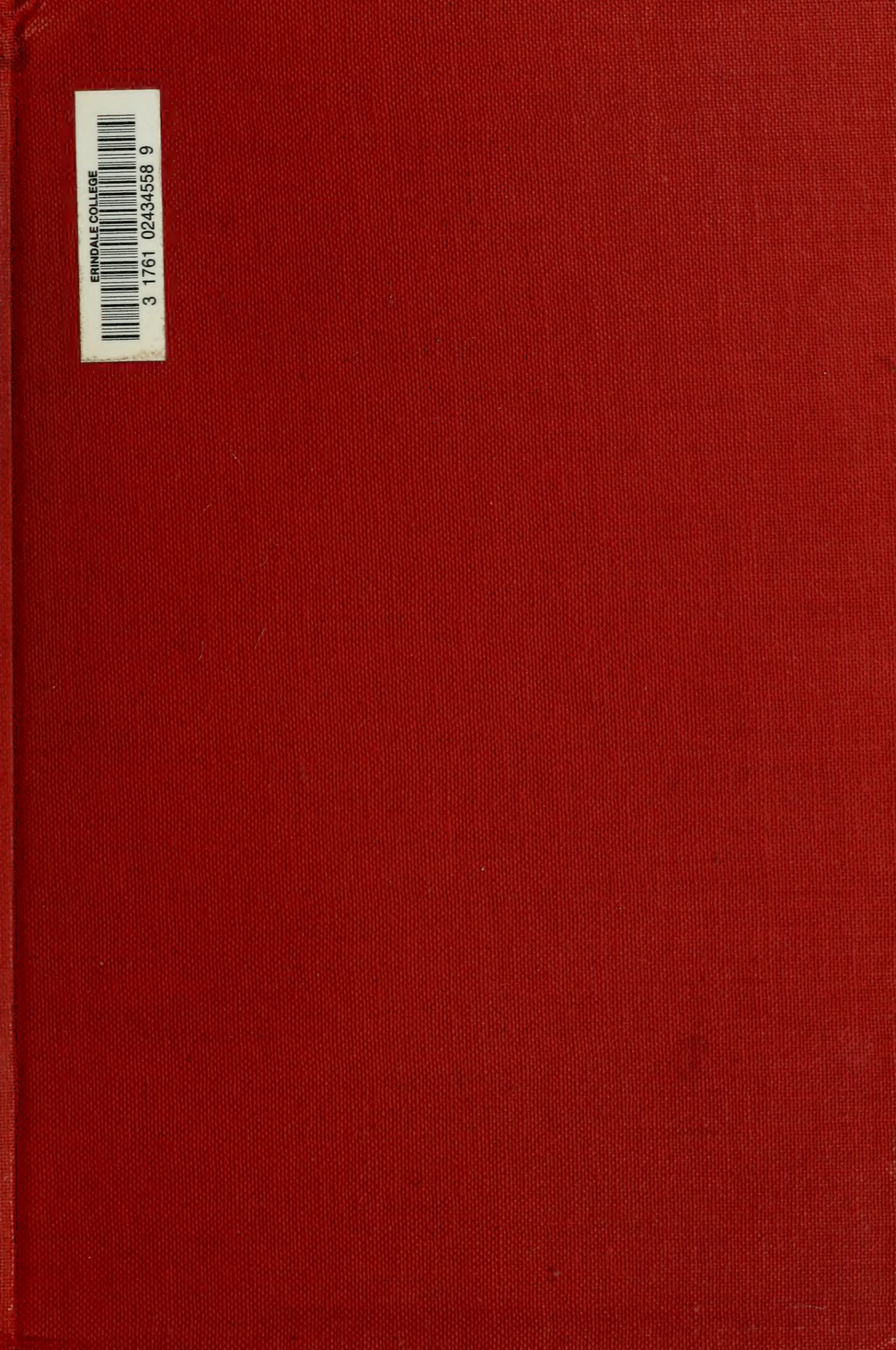

ERINDALE COLLEGE
3 1761 02434558 9

# OBRAS

DE

# LOPE DE VEGA

# OBRAS

DE

# LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO IV




MADRID
TIP. DE LA «REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
*Olózaga, 1.—Teléfono S. 13.85.*
1917

# PRÓLOGO

Las veinte comedias que forman este cuarto volumen de las *Obras completas de Lope de Vega,* son todas raras; no impresas desde el siglo XVII y una de ellas inédita.

La primera, titulada *El buen vecino,* aunque no es absolutamente seguro que pertenezca a LOPE, y hasta puede tenerse como dudosa, no va por no haber sido mencionada por él en ninguna de las listas de su *Peregrino,* como por el estilo, menos poético, y por la versificación, más trabajosa y descuidada que las usuales de aquel gran ingenio, si no es que pertenezca a su primera época, tiene, en cambio, a favor de su autenticidad, la declaración de los dos textos diferentes y únicos llegados a nosotros.

Fué impresa en la *Parte treinta y tres* de la colección de *Varios autores,* publicada en Valencia en 1642 (1); esto es, siete años después de muerto su autor, a cuyo nombre figura la décima en el orden del tomo. Existe, además, en nuestra Biblioteca Nacional un manuscrito de letra moderna, pero copia de otro o de una impresión mucho más antiguos. Hizo esta copia don Agustín Durán, sin declarar dónde estaba ni cómo era el original. Sería quizás alguno de aquellos que existían a la sazón en la biblioteca del Conde de Altamira y cuyas huellas se han perdido. (2)

(1) *Parte Treinta y tres de Doze comedias famosas de varios autores. Dedicadas al muy ilustre señor don Antonio de Córdoba y Aragón... Año* (escudo) *1642. Con licencia. En Valencia, Por Claudio Macé... A costa de Juan Sonzoni, mercader de libros...* 4.°; 4 hojas prels. y 265 foliadas. Aprobación de fray Juan Bautista Palacio (Valencia, 14 de julio de 1642). Escudo del Mecenas; dedicatoria de Macé. "Al lector. Si algunas buenas comedias v. m. desea, pase este libro sin censurar ni buscar algún verso que haya de menester muletas, pues podrá ser que v. m. necesite más de ellas."

A pesar de esto, no sólo hay versos cojos, sino omisión de muchos, lo que es más grave. Contiene el tomo tres comedias de Rojas Zorrilla, dos de don Pedro Rosete, cuatro de Jiménez de Enciso, dos de LOPE (ésta y *La Victoria por la honra*) y otra a nombre de LOPE, *El Gran Tamorlán de Persia,* que es de Luis Vélez de Guevara.

El encabezado de *El Buen vecino* dice: "De Lope de Vega Carpio."

(2) Manuscrito núm. 15.443, en 4.°, 18 hojas, las primeras de las 200 de este tomo, comprensivo de otras nueve comedias de LOPE. El encabezado dice: "*El Bven vezino. Comedia de Lope de Vega Carpio.—Personas que hablan en ella.*" Letra de la primera mitad del siglo XIX.

Nos inclinamos a creerlo anterior a la impresión de Valencia, por la naturaleza de las variantes y porque está dividido en *actos,* según costumbre de LOPE, y no en *jornadas,* denominación que llegó a prevalecer en el resto del siglo XVII. En las notas designamos con la letra A al impreso y con B al manuscrito.

La comedia encierra un argumento muy común en nuestro antiguo teatro y por el mismo LOPE DE VEGA tratado en comedias tan importantes como *El Médico de su honra,* imitada por Calderón en la suya del mismo título y *El Toledano vengado.* La semejanza es también notoria con las comedias de Tirso de Molina *Siempre ayuda la verdad* y *El Celoso prudente;* esta última también imitada por Calderón en la titulada *A secreto agravio secreta venganza.*

*La Burgalesa de Lerma,* comedia escrita y representada en 1613, fué impresa por el mismo autor en la *Parte X* de su colección propia, de que se hicieron en el siglo XVII no menos de cuatro ediciones: tres en Madrid, en 1618, 1620 y 1621, y una en Barcelona en 1618. (1) En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito antiguo, fechado en Madrid, a 30 de noviembre de 1613, con trazas de corresponder a un original mejor y más completo que el texto impreso. (2) Esto nos demuestra que, como LOPE no se quedaba con traslados de las comedias que daba al teatro, cuando llegaba el caso de imprimirlas echaba mano de los textos que primero se le ofrecían, aunque estuviesen ya reformados por los copistas y representantes. Del poco aprecio en que tenía sus obras da idea el prólogo irónico "Al lector" en que dice al final: "Lee estas comedias o déjalas, que no importa, pues ya me dieron el provecho que tú piensas que me quitas."

Hemos anotado cuidadosamente las numerosas variantes, algunas de suma importancia, que ofrece este manuscrito, sin omitir las que, ya por enmendar erratas o errores notorios, ofrecen las otras ediciones, que he-

---

(1) *Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. Familiar del Santo Oficio. Sacalas de sus originales. Dirigidas por el mismo al Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz... Año 1618... En Madrid, por la viuda de Alonso Martín de Balboa.* (Al fin:) *En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Año M. DC. XVIII.* 4.°; 4 hojas prels. y 209 foliadas. Tasa: Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación del doctor Gutierre de Cetina: Madrid, 7 de noviembre de 1617. *La Burgalesa* es la undécima del tomo.

*Decima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio... Barcelona, Sebastian de Cormellas, 1618.* 4.°; 4 hojas prels. y 298 foliadas.

*Decima parte... Madrid, Por Fernando Correa de Montenegro, 1620.* 4.°; 4 hojas prels. y 299 foliadas.

*Decima parte... Año 1621... Madrid, Por Diego Flamenco.* 4.°; 4 hojas prels. y 299 foliadas.

Son todas, con poca diferencia, reproducción de la primera edición de Madrid, 1618.

(2) Manuscrito num. 15.441 de la Bibl. Nac. El titulo dice: *La burgalesa de lerma.* Al final: "en m.d a 30 de n.e de 1613 a.s" Es manuscrito casi todo él autógrafo, según parece por la letra; 116 págs. en 4.° Procede de la biblioteca de Osuna.

mos designado con las letras A, la primera impresión de Madrid, 1618; B, el manuscrito citado, y C y D, las reimpresiones de Barcelona, 1618 y Madrid, 1621.

*La Burgalesa de Lerma* es comedia de enredo, muy semejante a otras del mismo LOPE, como *La serrana de Tormes* y *La Villana de Getafe*, en que se mezclan las costumbres lugareñas con las cortesanas y que luego tan felizmente imitó Tirso de Molina en sus *Villanas*, de la *Sagra* y de *Vallecas*.

La comedia titulada *Las Burlas y enredos de Benito* se imprimió en el tomo *Cuatro comedias famosas de Don Luis de Góngora y Lope de Vega Carpio, recopiladas por Antonio Sánchez*, impresas en Madrid, probablemente en 1613 y otra vez en 1617. (1) Las comedias son *Las Firmezas de Isabela, Los Jacintos y celoso de sí mismo, Las Burlas y enredos de Benito* y *El Lacayo fingido*. La primera es, ciertamente, de Góngora, por haberse impreso, con otras suyas, en las colecciones de sus obras; las segunda y cuarta son indubitadas de LOPE DE VEGA; pero la tercera, que, como las demás, figura anónima en este tomo, es la que está en duda.

LOPE no la menciona en ninguna de las listas de su *Peregrino*. Era ya conocida en 1593, año en que fué representada en la villa de Navalcarnero por el *autor de comedias* Gabriel Núñez (2). Y aun quizá sea muy anterior si la copia manuscrita que hay en la Biblioteca Nacional corresponde a la fecha que se estampa en el papl en que hubo de trasladarse, en cuyo caso correspondería, si fuese de LOPE, a su primera época. (3)

---

(1) *Qvatro Comedias famosas de Don Luis de Gongora, y Lope de Vega Carpio recopiladas por Antonio Sanchez. Dirigidas a Don Iuan Andres Hurtado de Mendoza. Marques de Cañete, señor de las villas de Argote, &c... En Madrid, por L. S. Año 1617. A costa de Juan Berrillo.* (Al fin:) *En Madrid. En la imprenta de Luis Sanchez. Año M. DC. XVII.* 8.º; 4 hojas prels., 269 foliadas y la del colofón. Tasa: Madrid, 6 de junio de 1617. Licencia del Ordinario: Madrid, 15 de diciembre de 1612.

Parece, pues, que en 1613 debió de haberse hecho en Madrid la edición *princeps* de este libro, si no es que aprovecharon las licencias para estamparlo en Córdoba, donde también salió a luz en dicho año de 1613, en la oficina de Francisco de Cea, en 8.º (SALVÁ, I, 423.)

En la concedida en Madrid (15 de junio de 1616), se dice: "Por cuanto por parte de vos Antonio García, librero, nos fué fecha relación que con licencia nuestra *se había impreso muchas veces* un libro intitulado *Quatro comedias* de diversos autores recopilado por Antonio Sánchez", etc. Estas palabras suponen más ediciones que la cordobesa.

(2) PÉREZ PASTOR: *Nuevos datos acerca del histrionismo español*. Madrid, 1901; página 37. Es un contrato del cómico con el Mayordomo del Rosario de dicha villa, celebrado en 12 de julio de 1593, para ir a ella a representar el 1.º y el 2 de agosto inmediatos las comedias *Los Comendadores* (de LOPE) y *Los Enredos de Benitillo*.

(3) Manuscrito 15.206; en 4.º; en 11 hojas, letra de fines del siglo XVI. El título dice: "*Las burlas de Benitico*: es de Benavides." Debe entenderse el ejemplar, pues, como hemos dicho en su lugar, Luis de Benavides era un cómico que no escribió obras de teatro. En las guardas del manuscrito hay un recibo de Andrés de Taravilla, vecino de Pesquera, de unos vestidos de representar para el dia del *Corpus* del año 1587, y se habían de volver

Pero del examen interno de esta obra se deduce que no debe de pertenecer a LOPE, sino más bien a un poeta andaluz, a juzgar por la abundancia de falsas rimas (1) y por la aspiración sistemática de la letra *h*; cosas la primera ajena por completo al poeta castellano (2) y la segunda no usada por él sino cuando le era necesario alargar la sílaba para completar el verso. Y si no fuera por el gran número de faltas o pobreza en el arte de rimar (3), la juzgaríamos sin vacilar obra de Góngora; y aun con tales defectos, correspondiendo, como corresponde, a la juventud del poeta, pudiera ser suya.

Sólo atendiendo a la rareza de esta obra y a que pudiera ser causa de censura el haberla omitido, nos movió a darle cabida en este volumen, y aun a hacer de ella una esmerada edición, anotando con cuidado las infinitas variantes que, no siendo erratas, ofrece, con respecto al texto impreso, el antiguo manuscrito.

La comedia, bien que no poco inverosímil, es muy curiosa y por el estilo de LOPE; pudiendo notarse las grandes semejanzas que tiene con la titulada *Los Donaires de Matico*, incluída también en el presente volumen.

La cuarta comedia de él se titula *El Caballero de Illescas*, que LOPE

---

el viernes adelante, so pena de pagar otro alquiler de 60 reales. Una obligación de pagar a Luis de Benavides, por alquiler de trajes, a Pedro Siruendo y Domingo Gallo, dando en señal 16 reales y medio. (*Falta el resto.*) Otra de Alonso Gracián (tachado Francisco Sánchez), vecino de Montemayor, declarando alquilar de Luis de Benavides unos trajes para el día de la Magdalena, con pacto de devolverlos el jueves siguiente (no dice el año), so varias penas. Y carta de pago de Bernardino Enrique a Luis de Benavides de 72 reales por razón de cinco pares de calzas de gamuza, fechada a 21 de agosto de 586. Se trata, pues, de una copia de teatro de la cual era dueño Benavides.

(1) Además de las señaladas en el texto, hay en la pág. 79, columna 2.ª, hechos consonantes *corso* y *corzo*; en la 85, 1.ª, *fresco* y *merezco*; en la 91, 2.ª, *traza* y *pasa*, y en la 94, 1.ª, *arisco* y *pellizco*.

(2) A no ser que hubiese adquirido tal resabio en Sevilla, donde sabemos que pasó algún tiempo en su primera mocedad. Tambien puede suponerse que esta comedia, escrita por LOPE, haya sido retocada por algún poeta andaluz, como hemos visto en *El Príncipe prodigioso*. Nos sugiere tal sospecha la circunstancia de que una parte del argumento de *Los Enredos de Benito* está tomada de las *Cien novelas* del Giraldi (II déc., nov. 1.ª) de un modo muy semejante al método empleado por LOPE en su comedia indubitada *El Hijo venturoso*, impresa en el tomo I de esta colección, donde el hecho que caracteriza el drama pertenece al autor italiano; pero el enredo amoroso es del poeta español. (Véase *Cien novelas*: déc. I, nov. 1.ª)

(3) Véanse en las págs. 75, columna 1.ª, en una redondilla, los consonantes *justa* y *justa*; los mismos en otra de igual página, columna 2.ª; en la página siguiente, col. 1.ª, *vidas* y *vidas*, en la 77, 1.ª, *guarda* y *guarda* y *él* y *él*, todos juntos, y formando primero y cuarto verso de la redondilla *mira* y *mira*; en la 79, 1.ª, *canas* y *canas* juntos; en la 80, 1.ª, *trato* y *trato* juntos, en la 85, 1.ª, *noche* y *noche*; en la 87, 1.ª, *bien* y *bien*; en la 88, 2.ª, *parte* y *parte*, en la 94, 2.ª, *cuenta* y *cuenta*; en la 97, 2.ª, *alegre* y *alegre*; en la 99, 1.ª, *treta* y *treta*; en la 100, 1.ª, *Francia* y *Francia*, todos juntos; esto es, formando los versos segundo y tercero de la redondilla, porque de primero y cuarto hay otros muchos casos.

debía de tener muy presente en la memoria, pues la mencionó en las dos listas del *Peregrino en su patria* (1603 y 1618). Sacóla a luz en el tomo o *Parte XIV* de su propia colección, con la interesante dedicatoria al maestro Vicente Espinel, célebre poeta y novelista, también famoso como músico teórico y práctico, que puede leerse en la pág. 108. (1)

Aunque impresa en 1620, esta comedia hubo de ser compuesta mucho antes, hacia 1602, como queda indicado, y a juzgar por las alusiones que creemos hallar en diversos lugares de la obra. Así, por ejemplo, en el acto tercero (pág. 138) hay un villancico cantado, que comienza:

Blancas coge Lucinda
las azucenas,
y, en llegando a sus manos,
parecen negras.

Cuando sale el alba,
Lucinda bella
sale más hermosa,
la tierra alegra.

Como en la obra no hay ninguna Lucinda, este nombre se refiere a personales recuerdos del poeta. Lucinda era la *Camila Lucinda* que LOPE había dejado en Sevilla y cuya memoria le perseguía sin descanso. Por eso, poco antes, en la pág. 136, disfrazándose LOPE con su conocido seudónimo literario de *Belardo*, manifestaba la soledad que le producía el verse privado de la presencia de la célebre cómica en este diálogo:

TIRRENO. ¡Par Dios, Belardo, no estemos
en Castilla este verano!
BELARDO. ¡Voto al sol, Tirreno hermano,
que poco en ello ganemos!
Dios os dió su bendición,
campos del Andalucía.
TIRRENO. ¿Es vuestra tierra?
BELARDO. No es mía.
RISELO. Tiene Belardo razón:
que es miseria lo de acá.
BELARDO. Pero aquella es la mejor
donde un hombre tiene amor
y más en su centro está.

La comedia es del género semipicaresco, como *El Rufián Castrucho* y otras. LOPE dice, al final, que es historia verdadera y que la halló en Italia: quiere decir en algún libro italiano. (2)

(1) *Parte catorze de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador fiscal de la Cámara Apostólica, y su Notario, descrito en el Archivo Romano, y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición... Año* (escudo) *1620... En Madrid, Por Juan de la Cuesta...* (Al fin:) *En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Año M.DC.XX.* 4.°; 4 hojas prels., 313 foliadas y una de colofón. Hay muchos errores en la foliatura. Privilegio por diez años, *al autor*. Madrid, 26 de diciembre de 1610.—Tasa: 12 de junio de 1620. Cada una de las doce comedias va dedicada a distinta persona. *El Caballero de Illescas* es la sexta en el orden del tomo.

En 1621 se hizo, también en Madrid, *por la Viuda de Fernando Correa Montenegro*, una reimpresión de este tomo, tan exacta, que hasta reproduce los errores de la foliación de las hojas mismas de la madrileña.

(2) Y debió de tener fama; porque, a pesar de no haberse vuelto a imprimir, trascendió al vulgo y la literatura popular recogió el tipo del protagonista en un romance titulado *Don Juan de la Tierra*, que es el nombre que en la comedia de LOPE tiene el caballero de Illescas. Parece compuesto en el siglo XVIII por un tal Pedro Salvador, según declara al final de cada una de las dos partes que contiene. Se cambia la época del suceso, que aquí

Más acentuado todavía lo picaresco del carácter del protagonista se halla en la comedia siguiente, *El Caballero del milagro*, impresa en Madrid dos veces en 1621, en la *XV Parte* de la colección especial de LOPE (1). Es también comedia antigua, pues aparece citada en la primera edición del *Peregrino*, que corresponde a 1603; y ofrece la particularidad de que primero tuvo el título de *El Arrogante español* (2), con el que se habrá representado; pero hubo de reflexionar LOPE que su Luzmán nada tenía de arrogante en lo moral, aunque lo fuese en lo físico, y, para evitar equívocos, lo rebautizó definitivamente.

*El Castigo del discreto* es una comedia moral que parece reñir con el género dramático español del tiempo de LOPE, y aun con los naturales sentimientos de este mismo respecto del modo de tratar a las mujeres. Curar el amor culpable de una dama noble y de respeto a coces y correazos es lo menos caballeresco que ha podido imaginarse. LOPE compuso esta comedia en su edad madura, pues no aparece impresa hasta 1617 ni la menciona su autor hasta el año siguiente en la segunda lista del *Peregrino*, prueba de que fué escrita por aquellos días. Las diferencias que ofrece la edición de Barcelona respecto de la primera de Madrid (3), que ha servido de texto, van recogidas en las notas.

---

es la de Felipe IV, a quien don Juan salva la vida en una aventura nocturna, recibiendo en pago el anillo y la misma promesa que en la obra de LOPE. En lo demás sigue la comedia, salvo algunos pormenores, como el de hacerse pasar en Italia por hijo del propio Felipe IV y la excesiva recompensa que éste Monarca le concede cuando don Juan regresa a España. La edición de este romance que hemos visto es de Madrid. Despacho de Mares, 1874: 4.°; 8 págs., a dos columnas y un grabado al principio. El encabezamiento es "*Don Juan de la Tierra*. Nueva relación en que se da cuenta y declaran los hechos", etc.

(1) *Decima Qvinta Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, procurador fiscal de la Camara Apostolica y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigidas a diversas personas. Año* (escudo) *1621*. En Madrid. *Por Fernando Correa de Montenegro. A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.°: 4 hojas prels. y 304 foliadas. Tasa: 17 de diciembre de 1620.—Aprobación del maestro Vicente Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Privilegio *al autor* por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620. *El Caballero del milagro* es la última del tomo.

La otra edición de Madrid, y de este año, fué hecha *por la Viuda de Alonso Martín*, y también *a costa de Alonso Perez*. El título y preliminares son los mismos. Sólo varía el tipo de letra, que es menor, y el número de hojas, que son 4 de prels. y 206 foliadas. Esta doble impresión, al mismo tiempo, prueba la gran venta que tenían las comedias de LOPE DE VEGA. Las variantes en el texto quedan señaladas en las notas.

(2) Dice al final la comedia:

Quien mal anda, mal acaba:
esto es más claro que el sol,
que este fin se me aguardaba;
y aquí, senado, se acaba
*El Arrogante español.*

(3) *El Fenix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Santo Oficio. Septima parte de sus Comedias. Con Loas, Entremeses y Bailes. Dirigidas a Don Luis Fernandez de Cordoba, Cardona y Aragon, Duque de Sessa... Año* (escudo) *1617... En Madrid. Por*

Muy anterior es la que lleva el título *Los Cautivos de Argel*, que LOPE registra con sólo el de *Los Cautivos* en la primera lista de sus obras (1603). Pero tuvo la desgracia de no salir a luz en vida del que se cree su autor, sino en 1647, y tan estragada, que, a pesar de nuestros esfuerzos y de las copiosas notas aclaratorias y supletorias que se han puesto, quedó aún bastante defectuosa (1).

Esta comedia es, con nueva versificación, un trasunto de *El Trato de Argel*, de Miguel de Cervantes, compuesta y quizá representada en Madrid por los años de 1581. Pero como esta pieza quedó inédita, pues no se estampó por primera vez hasta el siglo XVIII, no hay otro arbitrio que suponer, o que LOPE, agradado del asunto, lo conservó en su memoria los diez y ocho años que tardó en darle nueva forma, o que tuvo a la vista algún manuscrito de la comedia cervantina (2). Lo primero resulta algo inverosímil, pues LOPE repite casi todos los episodios de la de su antecesor, y hasta imita y casi plagia ciertos pasajes en que sería muy difícil la coincidencia (3).

La comedia atribuída a LOPE es seguramente de 1599, como lo demues-

---

*la Viuda de Alonso Martín...* 4.°; 4 hojas prels. y 306 foliadas con errores. Tasa: 9 de noviembre de 1616. Aprobación del licenciado Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616. Privilegio a Francisco de Avila, por diez años, para las partes VII y VIII: San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616. *El Castigo en el discreto* es la segunda comedia del tomo.

Con el mismo título se reimprimió esta *Parte* en Barcelona, *en casa de Sebastián de Cormellas, 1617*. 4.°; 4 hojas prels. y 302 foliadas, con errores. Las mismas comedias y por el mismo orden que la de Madrid.

(1) *Parte veinticinco, perfeta y verdadera, de las Comedias de Fenix de España Frey Lope Felix de Vega Carpio. Sacadas de sus verdaderos originales, no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. Caragoça, Viuda de Pedro Verges, 1647.* 4.°; 4 hojas prels. y 556 páginas. Cómo serían los originales que este editor tuvo a la vista, resulta de la lectura de *Los Cautivos de Argel*, que es la sexta del tomo. El Quadrio, en su *Historia de la poesía* (V, 340), menciona una *Parte XXV* "en Madrid, por la viuda de Juan González, 1640", que no hemos visto ni debe de existir, por cuanto, en la de Zaragoza, dice el editor, Roberto Deuport, que las había sacado de la biblioteca del aragonés don Francisco Antonio González, señor de Berbedel. "*Salen a luz* estas poesías dramáticas, o por mejor decir, *se restituyen* a la copiosa biblioteca de V. m., donde hay tantas impresas *y que desean la estampa* que se pudiera hacer una lista muy numerosa dellas." Tampoco en la aprobación del Doctor Juan Francisco Andrés (Zaragoza, 29 de marzo de 1647), ni en la licencia para la impresión (8 de abril), se dice que hubiesen sido impresas antes.

(2) COTARELO Y VALLEDOR (D. Arm.): *El Teatro de Cervantes. Estudio crítico.* Madrid, 1915, págs. 222 y sigs.

(3) Por ejemplo, los versos del *Trato de Argel*, que dicen:

REY. No sé qué raza es esta destos perros
cautivos españoles. ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los yerros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?
Español; que en su pecho el cielo influye

tran diversos lugares de ella (1). Ahora bien: ¿cómo Cervantes, en sus diatribas contra Lope, no le echó en cara la evidente usurpación del argumento de *Los Cautivos de Argel*? ¿Será verdaderamente esta obra de Lope de Vega?

Es tanto más legítima esta duda, cuanto que Lope, en el mismo año de 1599, y también con ocasión de las bodas, en Valencia, de Felipe III, compuso, y allí fué representada, otra comedia de cautivos, que fué la titulada *El Argel fingido y renegado de amor*, que hemos dado en el tomo antecedente (2). Pero como es obra semiburlesca y hasta de sabor paródico, según ya hemos hecho constar, resulta que, de ser Lope el autor de ambas, habría querido burlarse de sí mismo. Y como esto no es verosímil, ni tampoco que escribiese dos comedias de un mismo asunto para representarse en unos mismos días, habrá que buscar nuevo autor a la comedia seria de *Los Cautivos de Argel*.

Ahora bien; ¿qué fe merece el manuscrito aragonés del señor de Berbedel, en cuanto a ser obra de Lope? No lo sabemos, porque el editor no quiso decirlo. Pero es plagio evidente del *Trato de Argel*, o éste del otro; cosa que no nos importa, porque siempre hay que atribuír una de estas

---

un ánimo indomable, acelerado,
al bien y al mal contino aparejado.

Lope los refundió así:

¿Quién mejor sabe engañar?
Español. ¿Quién más fingir?
Español. ¿Quién se levanta?
Español. ¿Quién no se espanta?
Español. ¿Quién se ve huír?
Español. ¿Quién rico esclavo?
Español. ¿Quién nos da muerte?
Español. ¿Quién es más fuerte?
Español, que siempre es bravo.

(1) Aludiendo a la muerte, como reciente, de Felipe II, decía al principio de la tercera jornada:

Morillos. ¡Rey Helipe morir; no rescatar;
no fugir; acá morir, acá morir!
Pereda. Murió, perros, aquel que es bien que llame
*prudente* el mundo y Salomón cristiano
por quien España lágrimas derrame.
Pero vive su hijo, en cuya mano
quedó la misma España vencedora
del rebelde flamenco y africano.

Y al final, refiriéndose al casamiento de Felipe III, que se hizo en Valencia a principios de 1599, añade:

Porque Felipe Tercero,
que Dios muchos años guarde,
ha estado en Denia estos días,
que fué a Valencia a casarse,
Hale hecho allí el *Marqués*
fiestas, rey de Argel, tan grandes,
que se han visto desde aquí,
y no es mucho que el mar pasen.

El *Marqués* era entonces *de Denia* y Duque de Lerma al año siguiente, don Francisco de Sandoval y Rojas, favorito y ministro de Felipe III.

(2) Págs. 461 y siguientes.

dos comedias a Cervantes, la primeramente escrita (1), pues nadie más que él podía reflejar tan exactamente la vida del cautiverio. Y siendo esto así, y no habiendo sido nunca LOPE plagiario, que sepamos, más que en este caso, ¿no podría ser la obra en cuestión del propio Cervantes y refundición de su vieja y ya olvidada del *Trato de Argel*, que haría para representar en ocasión tan solemne y famosa como las bodas dobles del rey Felipe III y la de su hermana Isabel Clara Eugenia? (2)

La comedia de *La Competencia en los nobles* es del género caballeresco español más noble y simpático que produjo la pluma de LOPE DE VEGA. Todos los caracteres son bellos en lo moral, y, sin embargo, el conflicto dramático existe y se desenvuelve y termina con acierto. Además está la comedia gallardamente escrita y versificada toda en redondillas, quintillas y romances, construídos con notable soltura.

Para esta excelente comedia hemos tenido presentes: 1.º Un antiguo manuscrito fechado en 1628, aunque quizá sea algo anterior. Lleva enmiendas y correcciones posteriores, unas buenas y otras tomadas del impreso que citaremos luego. Se halla en el Museo Británico y en las notas le designamos con la letra A (3). 2.º Un precioso manuscrito de la Biblioteca Nacional, tan antiguo como el anterior o acaso más, aunque, por desgracia, incompleto, pues le falta todo el acto tercero. Es el que denominamos B en las referencias y preferimos casi siempre como texto (4). 3.º Una impresión suelta, sin lugar ni año, aunque parece, por la semejanza con otras comedias identificadas, madrileña y de fines del siglo XVII o primeros años del siguiente. Va designado con la letra C y sus variantes

(1) El manuscrito del *Trato de Argel*, utilizado por Sancha en 1784, tampoco es decisivo, ni original de Cervantes, aunque sí antiguo.

(2) Es otro indicio de que pueda ser de Cervantes esta comedia el hecho de introducirse él mismo con el nombre de Saavedra, un cautivo discreto y considerado entre los otros. Véanse en este tomo las págs. 239, 240, 244, 245, 247 y muy especialmente las 248 y 249. El ruego que en ésta hace Saavedra al rey Felipe III recuerda aquel otro que en 1577 dirigía al padre del Monarca. Véanse también las págs. 250, 251 y 259: en el tercer acto Saavedra es personaje principal de la obra. Nótese, en fin, la estructura de esta comedia, tan distinta del modo de hacer de LOPE y tan semejante al de Cervantes, consistente en escribir escenas desligadas entre si, aunque tengan cierta unidad total según el asunto.

(3) Este manuscrito dice en la cubierta, de letra moderna: "La Competencia en los nobles. Es de LOPE DE VEGA, y las enmiendas son de su propia mano." Esto último es inexacto: en nada se parece la letra de las enmiendas, tosca, vertical y desligada, a la suelta, tendida y trabada de LOPE. Es de la misma mano que escribió el reparto que hay en el acto segundo: es decir, uno de los cómicos o el apuntador de la compañía. La copia, sí, es de principios del siglo XVII y hecha por un buen calígrafo. La Academia tenía una excelente copia-facsímile de esta pieza; y el señor Rennert nos ha enviado generosamente la que él tenía hecha de su mano y unas interesantes fotografías de varias páginas del manuscrito, con la noticia de que fué adquirido por el Museo Británico en julio de 1894. Procedía de la Biblioteca de Osuna.

(4) Manuscrito núm. 15146, en 4.º Hay además otro completo, pero moderno, copia del texto impreso. Lleva el núm. 15443.

son más frecuentes en el acto tercero. Este texto es una verdadera refundición de los anteriores (que son casi iguales), añadiendo muchos versos y cambiando hasta el nombre de uno de los personajes (1).

Hemos dado los tres textos, prefiriendo en el cuerpo de la pieza, como es natural, el más antiguo, salvo rarísimos casos, y relegando a las notas las variantes de los otros dos, que son, como puede verse, abundantísimas y no poco curiosas. Creemos haber hecho una obra perfecta, o poco menos.

*Con su pan se lo coma*, drama de asunto bastante común, es interesante y está bellamente escrito, sobre todo en las escenas campesinas. Entra LOPE en ella con su ordinario seudónimo de *Belardo*, pastor que escribe comedias, aunque se queja de no acertar con el gusto del público. Pertenece a la madurez del poeta, quien la cita en la segunda de sus listas (1618), y la imprimió en 1621 en la *Parte XVII* de su colección de obras dramáticas, reimpresa en el mismo año y otras dos veces en el siguiente (2).

A esta comedia sigue la titulada *La Cortesía de España*, que, aparte de la inverosimilitud del argumento, es muy entretenida y en ella se presentan dos caracteres bien tratados bajo el aspecto artístico. El asunto parece tomado en parte de alguna novela italiana, y hasta creemos que lo es también de una española de la época de LOPE.

Recordóla el autor en la segunda de sus listas (1618), lo que demuestra que será algo anterior a dicho año y la imprimió al siguiente en la *Parte XII* de su colección particular, en dos imprentas a la vez (3).

---

(1) *La Competencia en los nobles. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Representóla Tomás Fernández.* 4.°; sin lugar ni año. Es, como hemos dicho, una especie de refundición, cuyo alcance, mayor en el acto tercero, se reduce a ampliar y diluír algunas ideas expresadas más concisamente por LOPE DE VEGA.

(2) *Decima septima parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica y Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Dirigidas a diversas personas. Año* (escudo) *1621... En Madrid, Por Fernando Correa de Montenegro...* 4.°; 4 hojas prels. y 312 foliadas. Aprobación del maestro Vicente Espinel: Madrid, 20 de octubre de 1620.—Tasa: Madrid, 27 de enero de 1621.—Privilegio *al autor* por diez años: San Lorenzo, 31 de octubre de 1620. *Con su pan se lo coma* es la primera comedia del tomo.

En el mismo año de 1621 se imprimió también esta *Parte XVII, por la Viuda de Alonso Martin*, y en el siguiente otras dos veces: *Por la Viuda de Fernando Correa, Madrid, 1622;* 4.°; 4 hojas prels. y 312 foliadas, la primera, y *Por la Viuda de Alonso Martin, Madrid, 1622;* 4.°; 4 hojas prels. y 312 foliadas, la segunda. Todas estas cuatro ediciones están hechas a plana y renglón sobre la primera; y, a pesar de ser cuatro, esta parte XVII es la más rara de las de LOPE.

Y ya que hablamos de esta gran difusión y consumo de las comedias de LOPE DE VEGA, no debemos dejar de consignar que en el año de 1621 se imprimieron solamente en Madrid las *Partes X, XIV, XV* (ésta dos veces), *XVI* y *XVII* (otras dos veces); es decir, 60 comedias, y 24 de ellas dos veces. Los años inmediatamente anteriores y posteriores ofrecen también semejante abundancia de ediciones. Y hoy todas son de extrema rareza.

(3) *Dozena Parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio. A Don Lorenzo de Cárdenas, Conde de la Puebla... Año* (escudo) *1619... En Madrid. Por la Viuda de Alonso*

También procedente de algún cuentista italiano parece la comedia intitulada *El Cuerdo loco,* un príncipe de Albania que se finge loco para librarse de las asechanzas de su madrastra y los nobles de su Estado, que intentan despojarle del gobierno.

De esta comedia hay los textos siguientes: 1.º, la impresión hecha por el mismo LOPE DE VEGA en la *Parte XIV* de su particular colección impresa en Madrid en 1620 y 1621: texto definitivo (1); 2.º, un manuscrito autógrafo, fechado en Madrid a 11 de noviembre de 1602, que, procedente del archivo de la casa de Altamira, pasó a poder de lord Holland, cuyos herederos lo conservan. Lleva un gran número de aprobaciones y licencias, correspondientes a 1604, 1607, 1608, 1610, 1611 y 1615, fechadas en Valladolid, Zaragoza, Murcia, Granada y Loja, lo que demuestra que sirvió para las representaciones del teatro; 3.º, una copia de este autógrafo, hecha en 1781, en Madrid, por don Miguel Sanz de Pliegos, archivero del Duque de Sessa (2).

Esta comedia es de 1602, como se ha visto; pero, aunque esto no constara por el manuscrito original, resultaría de haberla mencionado el autor en la primera lista de sus comedias (1603) y en el curiosísimo pasaje del acto segundo, que, por su interés biográfico, hemos de transcribir:

BELARDO. Lejos de una breve aldea,
patria derribada mía, (3)
que solía ser mejor,
y la habitó gente honrada,
mi cabaña está fundada
junta al arroyo mayor. (4)
Que después que faltó gente (5)
ando a vivir por acá; (6)
que cada día se va
diez a diez y veinte a veinte.

---

*Martín. A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.º; 4 hojas prels. y 480 foliadas. Erratas: 11 de diciembre de 1618.—Tasa: 22 de diciembre de 1618.—Aprobación de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Privilegio al autor por diez años: San Lorenzo, 6 de octubre de 1618. *La Cortesía* es la cuarta comedia. En el mismo año, con la misma portada, aunque el impresor fué en parte Juan de la Cuesta, se hizo otra edición de este tomo. Difieren en la letra los preliminares y el escudo de la portada.

(1) Véase su descripción más atrás, pág. IX. *El Cuerdo loco* es la undécima comedia del tomo.

(2) Ms. núm. 14833 de la Biblioteca Nacional, en 88 hojas en 4.º Contiene, además, copia de la comedia autógrafa de LOPE *La Contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina,* fechada en 1600. Al final de la primera comedia lleva copiadas la data: "En Madrid, a 11 de Nobiembre, año de 1602", y las licencias; las primeras con el título de *El Veneno saludable* y las de 1610 y 1611 con el de *El Cuerdo loco o veneno saludable;* y al fin de todo: "Corregida y concertada con su original. Correcciones, Zensuras y licencias. Madrid y mayo de 1781.—Mig.l Sanz de Pliegos."

Aunque no son de gran importancia las variantes que ofrece este texto, como son muchas y contienen algunos versos omitidos en el impreso, las ofrecemos al curioso en el apéndice.

(3) Le llama "derribada" porque en 1601 se había ido la Corte a Valladolid.

(4) LOPE nació, como es sabido, en la calle *Mayor* de esta Villa.

(5) Vuelve a aludir a lo despoblado que quedó Madrid al perder la Corte.

(6) En Toledo era donde residía de ordinario por entonces.

Mi nombre propio es *Belardo,*
más conocido, sin duda,
que de las brujas la ruda,
por este capote pardo
y por algunas desdichas.
Que he andado más de mil mundos
aunque dije que no había
visto el mar, de quien sabía
sus altos y sus profundos.
Ea, vamos a comer,
que soy hombre liberal
de mi bien y de mi mal
y sé ganar y perder.
Veréis allá una serrana
que, aunque saque su ganado
antes del sol, piensa el prado
que amanece la mañana.
No es bachillera ni es loca,
aunque he pensado ¡par Dios!,
que *en llamarse como vos* (1)
por alguna parte os toca.

Y sigue ensalzando la belleza de la serrana Lucinda con una desenvoltura que no debía de escandalizar poco a los que conocían aquellos amores.

De la comedia *La Defensa en la verdad* no hay mas que un texto, y ése muy mediano. Es una impresión suelta, sin lugar ni año, de fines del siglo XVII o los primeros años del siguiente (2). La atribución a LOPE DE VEGA va sólo fundada en el encabezado de la comedia, porque él no la mencionó en ninguna de sus listas; si bien es verdad que en igual caso se encuentran otras muchas de autenticidad indudable. El estilo y versificación de los dos primeros actos no desmerecen en la mayor parte de los del claro ingenio, sobre todo en los versos de arte menor. Pero en los pareados de siete y once sílabas es, a nuestro juicio, casi seguro que son de la pluma de otro poeta que distaba mucho de parecerse a LOPE (3).

Esta comedia es de carácter histórico y se refiere a la época de la conquista de Portugal en tiempo de Felipe II. Al principio se cuenta extensamente la gloriosa jornada de las islas Terceras contra la Armada del Prior de Ocrato, unida a la francesa, derrotadas por el Marqués de Santa Cruz. Es, además, el personaje principal de la obra uno tan histórico como el insigne general Sancho de Avila, de quien ya desde la primera escena se hace el debido elogio.

Y así el español Monarca
para hazañas tan grandes,
envió al rayo de Flandes,
al cuchillo de la Parca,
al más valiente español...
Sancho de Avila, en efeto.

La descripción de la batalla marítima consta de 319 versos.

De la comedia *Del mal lo menos* existen abundantes textos, comenzando por el que el mismo autor dió a luz en la *Parte IX* de su propia colección, en 1617, reimpresa dos veces en el siguiente año (4). No es de

(1) Recuérdese que la dama con quien habla se llama en la comedia *Lucinda*. Es, pues, clara la alusión a Camila *Lucinda*, como designaba siempre en sus versos a la actriz Micaela de Luján, su amada.

(2) *La Defensa de la verdad. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio. Representola Olmedo.* 4.º: 19 hojas a dos columnas, sin otras señas de impresión, que parece (comparada con otras) ser madrileña.

(3) Véanse los de la pág. 439, columna primera, modelo de prosaísmo o más bien de ramplonería.

(4) *Doce comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo. Dirigidas*

extrañar, porque es una obra muy agradable y bien conducida hasta su desenlace, que también es acertado. En la persona de don Juan de Mendoza parece que LOPE quiso personificar, idealizándolo, al famoso almirante de Aragón don Francisco de Mendoza, cuyas aventuras dieron tanto que escribir a los cronistas de su tiempo.

Y no cede en mérito a la anterior la titulada *El Desconfiado,* que LOPE declaró suya en la segunda lista de sus comedias e imprimió en la *Parte XIII* de ellas, en 1620, primero en Madrid y luego en Barcelona, dedicándola a su gran amigo y panegirista el maestro Alonso Sánchez, catedrático de Prima de Hebreo en la Universidad de Alcalá de Henares (1).

En esta dedicatoria, aparte de otras especies biográficas curiosas, como la de que LOPE estudió Letras en dicha Universidad y la de que el breve tiempo en que le había sido forzoso escribir muchas de sus obras era la causa de que saliesen imperfectas, dice también que la de *El Desconfiado* fué muy celebrada: "le dieron aplauso grande en la corte por el donaire y la *novedad* del argumento".

Será, pues, el primer modelo de la célebre comedia de don Francisco de Rojas Zorrilla *Donde hay agravios no hay celos* y sus imitaciones; si bien Rojas mezcló la parte cómica, dominante en la de LOPE, con elementos dramáticos que aumentan el interés de tan notable obra.

En el encabezado de la suya escribió LOPE: "Representóla Ortiz, famoso representante." Solía nuestro poeta estampar esta breve nota, con la que suministraba un importante dato a la historia del teatro, daba la inmortalidad al sujeto de ella y satisfacía el natural afecto hacia los mejo-

---

*al Excmo. Sr. D. Luis Fernandez de Cordoba y Aragón, Duque de Sessa... Novena parte. Año* (escudo) *1617... En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin de Balboa. A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.°; 4 hojas prels.; 300 foliadas. Licencia del Ordinario: Madrid, 1.° de abril de 1617.—Tasa: 13 de julio de 1617.—Privilegio *al autor* por diez años: Madrid, 27 de mayo de 1617. *Del mal lo menos* es la séptima del tomo.

El siguiente año de 1618 se hizo una reimpresión *en Barcelona, por Sebastián de Cormellas.* 4.°; 4 hojas prels. y 300 foliadas. Hemos tenido ambas presentes.

Se estampó de nuevo en la *Parte treinta y ocho de comedias nuevas, por los mejores ingenios de España. Madrid, por la Viuda de D. Francisco Nieto, 1673.* 4.°; 2 hojas prels. y 448 págs. *Del mal lo menos* es la octava del tomo y va atribuida a *Un ingenio.*

Hay, además, una impresión suelta hecha *en Bruselas, en casa de Huberto Antonio Velpio, 1649.* 48 págs. en 4.°

(1) *Trezena parte de las Comedias de Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica en el Arzobispado de Toledo. Dirigidas cada una de por sí a diferentes personas. Año* (escudo) *1620... En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin. A costa de Alonso Perez, mercader de libros.* 4.°; 152 y 151 hojas foliadas, pero con errores. Tasa: Madrid, 18 de enero de 1620.—Privilegio *al autor* por diez años; Lisboa, 7 de octubre de 1619.—Aprobación. Madrid, 18 de septiembre de 1619. *El Desconfiado* es la quinta del tomo.

Se repitió esta impresión el mismo año *en Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas.* 4.°; 290 hojas foliadas, con los preliminares. Hemos señalado las escasas variantes que ofrece respecto de la impresión madrileña.

res intérpretes de sus dramas. En este mismo tomo hallamos: en *El Caballero de Illescas*, "Representóla el famoso Ríos"; en *El Caballero del milagro*, "Representóla Vergara"; en *La Competencia en los nobles*, "Representóla Tomás Fernández"; en *Con su pan se lo coma*, "Representóla Valdés"; en *El Cuerdo loco*, "Representóla Granados"; en *La Defensa en la verdad*, "Representóla Olmedo"; en *El Desposorio encubierto*, "Representóla Vergara".

De éstos el más amigo de LOPE fué el primero, Cristóbal Ortiz de Villazán, a quien una muerte prematura, en 1.° de julio de 1620, arrebató a la escena española, de que era ilustre ornamento. LOPE le atestiguó en dos ocasiones solemnes su particular aprecio, permitiendo, en 1617, que su hija Marcela fuese madrina de bautismo de una de las hijas del cómico (1) y bautizando él mismo, como capellán, otra dos años más tarde (2).

En la misma *Parte XIII* que la anterior comedia, y ocupando el penúltimo lugar del tomo, se halla la titulada *El Desposorio encubierto*, que LOPE dedicó al hijo de su grande amigo el novelista Juan Izquierdo de Piña, secretario de Provincia, el licenciado Jacinto de Piña, que seguía la carrera del Foro. Habríala terminado por entonces, puesto que LOPE le dice, al final de su dedicatoria: "Guarde Dios a v. m. y le haga tan gran letrado, que digamos por él lo que por Baldo", *etc.*

Aunque citada sólo en la segunda lista del *Peregrino* (1618), esta comedia es muy anterior, porque en ella se dice que la representó (estrenó) Vergara, actor antiguo que dirigía compañías muy a los comienzos del siglo XVII. Pruébalo igualmente el corte y gusto italiano de la obra, ya que vemos en casi toda ella a un hombre casado solicitando, con no poco descaro y fingiéndose soltero, el amor de una doncella noble y rica. Por lo demás, la comedia está escrita y versificada con primor, llena de episodios interesantes y con gracioso y satírico lenguaje. Es probable que sea anterior a 1600.

Va también en este volumen *La Difunta pleiteada*, que, a nombre de Rojas Zorrilla, se imprimió en la *Parte XX* de la gran colección de *Comedias escogidas*, impresa en Madrid el año 1663 (3).

---

(1) "En... 24 de diciembre de 1617... yo, el Licenciado Corbalán... bapticé a *Isabel Luisa*, que nació en 13 de dicho mes, hija de *Cristóbal Ortiz de Villaiçan*, autor de comedias, y de *Ana María Ribera*, su legítima mujer, que viven en la calle de San Agustín; y fueron sus padrinos Domingo Navarro y DOÑA MARCELA DE VEGA CARPIO." (Arch. parr. de S. Seb. Lib. 7.° de Baut., fol. 98 vto.)

(2) "En... 23 de febrero de 1619 años, yo, el licenciado LOPE DE VEGA CARPIO, baticé a *María* [illegible], que nació en 29 de enero del dicho año, hija de *Cristóbal Ortiz de Villaçan*, autor de comedias, y de *Ana María de Ribera* su legítima mujer, que viven en la calle de Fúcar; y fueron sus padrinos Jerónimo de Herrera y doña Manuela Anriquez (*sic*).—LOPE DE VEGA CARPIO." (Arch. parr. de S. Seb. Lib. 7.° de Baut., fol. 208.)

Cristóbal Ortiz y su mujer tuvieron, además, otros tres hijos: *Leonor*, nacida en 1612 (23 de noviembre); *Juan Antonio*, en 1622, y *Micaela*, en 1625.

(3) *Part. veinte de comedias varias nunca impresas, compuestas por los mejores inge-*

Lope de Vega nombró como suya, en la primera lista del *Peregrino* (1603), una comedia de *La Difunta pleiteada*. Ninguna otra existe de este título que sea conocida, excepto la de la *Parte XX*, impresa muchos años después de la muerte de Lope, y aun de Rojas Zorrilla, a quien se atribuye. Como estas adjudicaciones tardías son harto inseguras, no ha faltado quien, prescindiendo de ellas, afirme que sólo es autor de *La Difunta* el Fénix de los Ingenios.

Esta cuestión de propiedad se relaciona con el fondo y origen del argumento de la obra, la cual parece tomada de una novela de Mateo Bandello, si bien los antecedentes son distintos y, por efecto de ellos, el desenlace opuesto al de la obra imitada. Según el Bandello, los jóvenes venecianos Gerardo y Elena, protegidos en sus amores por el ama y nodriza de ambos, se casan en secreto y se consuma el matrimonio. Muchos días después, auséntase Gerardo, por orden de su padre, y en tanto el de Elena quiere casarla con otro caballero. El disgusto de la joven se resuelve en un paroxismo semejante a la muerte, que todos creen, y dan sepultura al cuerpo el día mismo en que llega al puerto el ausente Gerardo. Con ayuda del patrón de la galera abre la tumba de Elena, advierte que late su corazón, la toma en brazos y conduce a casa de su amigo. Restablecida la dama, Gerardo, con anuencia de su padre, celebra sus bodas con la resucitada, diciendo ser una señora extranjera. Pero como entre los asistentes a la ceremonia estaba el burlado esposo, la reconoce; registra el sepulcro, que halla vacío, y pide se le entregue su prometida. El Consejo de los Diez impide el duelo, ya convenido, y manda substanciar el asunto ante los Tribunales, que, como es natural, sentencian en favor de Gerardo, primero y único marido, pues el otro no tenía a su favor más que una promesa ineficaz del padre de la novia (1).

El caso de *La Difunta pleiteada* es, por consiguiente, muy diverso, y el conflicto dramático existe, puesto que Manfredo, el salvador de la

---

*nios de España. Madrid, Imprenta Real. 1663.* 4.°; 4 hojas prels., 526 págs y una hoja de colofón. *La Difunta pleiteada* es la quinta comedia del tomo.

(1) *Raccolta di novellieri italiani. Parte prima.—Firenze. Tipografia Borghi e Compagni. 1833.* 4.°; págs. 458 y sigs.

En el mismo sentido que el Obispo de Agen trató el argumento, con una ligera variante en el desenlace, Matías de los Reyes, escritor madrileño, en su *Menandro*, novela que, aunque impresa en Jaén en 1636, estaba ya escrita y aprobada en 1624 en el episodio de Camilo y Lucrecia, folios 58 y siguientes, pues la relación se interrumpe varias veces.

Y en el dicho año de 1624 acogió también este asunto el ingenioso don Alonso de Castillo Solórzano, quien lo ingirió en una de sus novelitas de la colección titulada *Tardes entretenidas*, impresa en Madrid en 1625 (V. pags. 217 y sigs. de la edición de Madrid, 1908), variando no poco los antecedentes, que parece tomó de otra comedia de Lope de Vega, y algunas circunstancias, que debió a una de las *Cien novelas* (*Ecatommiti*) de Giraldo Cintio, y sobre todo el desenlace, pues el marido, al intentar asesinar a su mujer y al amante preferido y salvador, muere a manos de éste, en legítima defensa.

dama, tiene el supremo derecho moral de haberla devuelto a la vida y al mundo, contra el apoyo legal del marido.

Más parecido tiene la comedia con unos romances populares o de ciego que se han recogido en diversas comarcas de España y Portugal, cuya redacción actual, aunque posterior al drama, pudieron ser eco de una leyenda o tradición anteriores (1), si bien la intervención del elemento milagroso (pues la Virgen María resucita a la joven al cabo de nueve meses de enterrada) echa a perder tan bello asunto (2).

Pero ¿es en realidad esta comedia de LOPE DE VEGA? Después de más de sesenta años que anduvo rodando por los teatros de España, antes de fijarse su texto por medio de la imprenta, nada de extraño tiene hallar en la impresa en 1663 cosas que no suenen bien en los oídos acostumbrados a la poesía neta y armoniosa del gran poeta. Semejantes alteraciones no pudieron, con todo, borrar las huellas del león, que se descubren por doquiera. Hace tiempo que nos había chocado cierto pasaje que recordábamos haber leído en una comedia indubitada de LOPE y lo hemos citado, aunque sin el parejo, en otro libro (3). Hoy podemos poner el uno frente al otro. Pertenecen a la primera escena de la *Difunta* (página 543 del presente volumen) y a la primera de la jornada segunda de *La bella malmaridada*, que hemos impreso en el tomo anterior (página 625), y dicen:

---

(1) Los ha estudiado en su muy erudito folleto *La Difunta pleiteada* (Madrid, 1909) doña María Goyri de Menéndez Pidal con más antecedentes y casos en parte análogos en las literaturas extranjeras. Los romances en su estado actual son del siglo XVIII, y verdaderamente de ciegos, que los llevarían de una a otra comarca.

A los textos literarios congruentes aducidos por la ilustre escritora pueden añadirse, además de la novela de Castillo *El Socorro en el peligro*, ya citada, la comedia anónima de fines del siglo XVII *Hados y lados hacen dichosos y desdichados*, refundida luego con el título de *El Parecido de Rusia*, en que un amante desentierra a la joven muerta aparentemente y se casa con ella, y la historia popular *La enterrada en vida*, refundida y alterada varias veces, como toda la literatura *de cordel*, para modernizar el estilo y las aventuras. La resucitada, aunque ya casada y con dos niños, vuelve a casarse con su salvador y primer novio, de quien logra otros dos hijos, y, siendo descubierta, se retira a un convento, donde muere poco después de sus dos maridos. La última refundición de esta historia se titula *Nueva historia de Beatriz, la enterrada en vida*. Madrid, sin año (hacia 1870), 24 págs. en 4.° El autor, olvidado de que el entierro y desentierro se ha hecho en una iglesia, según costumbre de la época en que por primera vez se habría escrito la historia, pone la escena del reconocimiento del marido en un cementerio moderno, en el que supone existe el vacío panteón dedicado a la dama.

La escena de la violación de la sepultura está imitada de la realmente sucedida y llevada a cabo por el célebre poeta don José Cadalso, referida por él en sus *Noches lúgubres*, que también anda en historias populares.

(2) Desde el momento en que el poder del Cielo se manifiesta en favor del primer galán, para nada se necesitan las leyes humanas.

(3) *Don Francisco de Rojas Zorrilla*. Madrid, 1911, 8.°; pág. 160.

La dama que de perfeta (1)
presume nombre tener,
dicen todos que ha de ser
en el estrado discreta,
en casa fregona rota,
cabra en el campo, en la calle
señora, reina en el talle,
pero en la iglesia devota.

(*La Difunta pleiteada.*)

Será dama en la ventana
y en el estrado señora;
en la aldea aldeana,
en el campo labradora
y en la mesa cortesana.
En la calle, mucho amor;
en la iglesia, cuanto pueda,
devoción con el Señor;
en la cama... Esto se queda
para el discreto lector.

(*La Bella malmaridada.*)

Si a esto se añaden otras circunstancias particulares (2), no será muy temerario afirmar que la comedia, en su primera forma, perteneció a LOPE DE VEGA, aunque haya sido alterada y aun refundida en parte por don Francisco de Rojas Zorrilla u otro cualquiera (3).

Porque, cuanto más lo pensamos, menos podemos acomodarnos a admitir que los alegatos jurídicos pedantescos del final de la obra sean de LOPE DE VEGA, que ni era abogado, ni hubiera empleado semejante manera de argüir en una comedia. Y más aún, creemos que el desenlace ha sido cambiado totalmente: es decir, que LOPE lo habrá resuelto en favor de Manfredo, y no de Leandro.

Tal como se plantea la cuestión al final del drama, no hay conflicto: el matrimonio no lo disuelve una falsa muerte y la sentencia a favor de

(1) En el texto dice "discreta"; pero debe de ser errata, pues en el cuarto verso repite esta palabra.

(2) Por ejemplo, la de llamarse *Belardo* el criado de Manfredo, seudonombre que empleaba LOPE para introducirse él mismo en sus obras. En esta de *La Difunta* dice (pág. 563):

FULGENCIA. Belardo amigo, adiós.
BELARDO. Con este nombre
parece que se hereda la desdicha.

Frases que no tienen sentido si no se aplican a la misma persona de LOPE.

De que se daba a sí propio este nombre hay pruebas en el presente tomo, en las comedias *El Caballero de Illescas*, *Con su pan se lo coma*, *El Cuerdo loco* y *Don Lope de Cardona*.

(3) La señora Goyri, que también sostiene a favor de LOPE la propiedad de esta obra, la funda, ante todo, en otro motivo, diciendo (pág. 55): "Dejando a un lado la cuestión de estilo, que, como estamos viendo, se presta a tan opuestas apreciaciones, yo creo primeramente que la comedia en cuestión no es de Rojas, porque este autor tiene otra pieza con el mismo asunto y titulada *Varios prodigios de amor*, la cual no se ha advertido que es sólo uno de tantos arreglos llenos de enredo y languidez como los que en la época de Rojas se hacían tomando por base las comedias de la época de Lope de Vega." Efectivamente, en la *Parte XLII* (Madrid, 1676) de la gran colección de *Escogidas*, se atribuye a don Francisco de Rojas Zorrilla la comedia *Varios prodigios de amor*; pero no es suya, sino de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, quien la incluyó al final de la segunda parte de su novela *El Caballero puntual*, impresa en Madrid, por Francisco Abarca de Angulo, en 1619, dándole el título de *Los prodigios del amor*. Pudo Salas, aunque no consta, conocer la comedia de LOPE e imitarla, bien que, a nuestro ver, más parece tomada directamente de un modelo italiano; pero Rojas vuelve a recobrar sus antiguos derechos, por lo que valgan, a la refundición o arreglo de *La Difurta pleiteada*.

Leandro es inevitable. Otros argumentos, pues, que el largo desmayo de Isabel debió de haber empleado el defensor de Manfredo.

¿Es posible que LOPE dijese en serio estas palabras que pone en labios de este joven:

Yo, señor, estoy resuelto
en que ya sin alma estuvo;
y al fin la muerte y entierro
apartan al matrimonio
de que he dado testimonio?

¿Y no resulta también inadmisible en el terreno del arte que Manfredo, después de tanto amor sustentado en toda la obra y trabajos sufridos por conseguir a Isabela, se aquiete neciamente al final, con la oferta de otra dama, sin saber quién sea, exclamando satisfecho:

Perdí mi Isabela amada,
pero ya el Rey me remedia?

Toda la comedia, es decir, los dos primeros actos, están preparados para el desenlace en el sentido que indicamos, que es el popular de los romances y la mayor parte de las historietas análogas. Por eso Manfredo ocupa casi constantemente la escena y, por el contrario, apenas entra en ella su rival Leandro, figura secundaria, aunque indispensable para el conflicto moral, para que el amor grande y correspondido venza y triunfe de la ley y de la fuerza (1).

¿Cuál pudo ser, pues, el recurso empleado para deshacer el matrimonio? Creemos que ya lo indica el autor al principio del segundo acto, donde dice que al oír en la iglesia las proclamas de Isabela y Leandro, se presentó otra joven, Horacia, diciendo que lo impedía, por tener cédula de casamiento firmada por Leandro. Cierto que el padre de la novia cuenta rescatar el documento dando por él cuatro mil ducados; pero también es cierto que la opinión de los que conocían a Horacia era

que la mujer está loca,
y no ha de alzar la querella
si dan más oro por ella
que a Creso entró por la boca.

Las dos escenas de la interrupción de las proclamas por Horacia y compra de la cédula son del arreglador, a fin de preparar el desenlace al revés de como LOPE lo había concebido. Y la prueba está en que después (pág. 564) dice:

(1) No se olvide que el matrimonio de Leandro e Isabela no había llegado a consumarse. Por eso dice aquél (pág. 569):

¡Dulce señora mía!:
¿Tan presto, antes del gozo deseado,
antes que pase un día,
pájaro solitario me has dejado?, *etc.*

"CELÍN. Que con el miedo
que no se vuelva del concierto Horacia,
por los malos consejos de sus deudos,
que la mujer es fácil de mudarse,
ya traen licencia de casalla.
MANFR. ¿Cuándo?
CELÍN. Esta noche."

Y ¿cómo se había de volver, si no tenía en qué fundarse, entregada ya la promesa de matrimonio? Prueba de que no hubo tal convenio o de que si lo hubo no produjo efecto en lo esencial, esto es, en la entrega de la cédula, quedando en pie las amenazas misteriosas del primer acto (págs. 552 y 553), cuando Horacia y Tulio, criado de Leandro, muy unidos y conformes en que la dama impida el matrimonio, dicen:

"HORACIA. Costaráme la vida
o estorbaré con término secreto
el que tuvo su gusto
tan fuera de razón.
TULIO. Y será justo,
que yo, con ser su criado,
culpo sus obras, su maldad afeo,
debiendo a tu cuidado,
a tus regalos y a tu buen deseo,
esa mano enemiga
que ahora *en falso matrimonio liga.*"

Termina Horacia esta escena, después de otras muchas amenazas, diciendo a Tulio:

"Al remedio que aplico
he menester tu voluntaria ayuda.
Ven y sabrás el modo."

En el acto tercero aparece esta Horacia, ya casada con Tulio, el criado de Leandro, cosa imposible, porque al acabar el acto segundo aún estaba soltera y entonces es cuando sucede el desmayo y muerte aparente de Isabela (1). Además, siendo ya casada, ningún papel hacía en este acto; mientras que las palabras de rencor hacia Leandro y de alegría al saber la muerte de su rival manifiestan que estaba muy lejos de haber quedado satisfecha con la solución dada a sus aspiraciones. Ni aunque esto no hubiese, el personaje de Horacia sería también completamente inútil en los dos actos anteriores, pues entablada la cuestión en la forma que se le da al final, ¿qué importa que Leandro haya tenido amores ni dado palabra y cédula de matrimonio si nadie lo alega ni produce efecto alguno, por haberse cancelado antes obligación tan estrecha? ¿Es

(1) Es cierto que los viejos Camilo y Felino conciertan en el segundo acto esta boda: pero que esta escena es también del refundidor no puede dudarse, puesto que LOPE no ignoraba que las cédulas consabidas se daban, en su tiempo, como garantía de un matrimonio consumado anticipadamente. No podía, pues, cuando Horacia exclamaba:

"¿Paréceos galardón de mi honor muerto
en dos años de amor tan mal gastados?",

responderle Tulio:

"Y soy dichoso,
aunque bajéis del tono al canto llano,
de seros, bella Horacia, indigno esposo;
que pues Leandro no os tocó una mano
en el discurso de este amor forzoso..."

ni LOPE escribirlo, porque le parecería, como a todos, un razonamiento ridículo.

creíble que LOPE ni otro autor introdujesen sin objeto ni fin en la comedia episodio tan significativo y que tanto lugar ocupa en el drama?

A mi ver, al término de la obra, y cuando la discusión sobre el valor legal y canónico de la muerte aparente de Isabel fuese más viva y difícil de resolver, teniendo en cuenta el hecho de sacarla a la vida Manfredo y el amor que Isabela le profesaba, se presentaría Horacia con su cédula reclamando el cumplimiento de la promesa allí contenida. Y como el matrimonio de Leandro e Isabela no había sido consumado, podría Manfredo, sin repugnancia, recibir a la que ya antes había llamado su mujer. Este sería el desenlace artístico y lógico del problema propuesto en el drama. Escrúpulos quizá de rígidos moralistas que veían romperse un matrimonio autorizado por la Iglesia, sin reparar en cuán respetable era el vínculo anterior, movieron a Rojas o a otro poeta a refundir la comedia y cambiarle el desenlace. Pero como no se molestó en rehacerla de nuevo, según era necesario, quedaron las incongruencias, redundancias y contradicciones que hemos notado, y son indicativas de la reforma.

Después de *La Difunta pleiteada* va en el presente volumen la comedia novelesca *Dios hace reyes*, impresa en la *Parte XXIII*, especial de LOPE DE VEGA y a su nombre en 1638 y también suelta (1). Esto no obstante, la obra es antigua, de las primeras de LOPE (aunque no la haya él mencionado en sus listas), tanto por el carácter del argumento como porque no hay en él gracioso, personaje que se ha observado falta en las comedias de su mocedad.

El asunto de la presente es sumamente inverosímil, y la oposición a las clásicas unidades se lleva a punto de que entre el acto primero y el segundo pasan más de veinte años (2). Vemos también que un joven, sin padre conocido para los demás personajes, se casa por sorpresa con la hija y heredera del Emperador de Alemania. Está, por otra parte, bien escrita, aunque abundan los romances.

Citó LOPE en su primer *Peregrino* (1603) una comedia titulada *La Divina vencedora*, y una copia de ella existía en la biblioteca del Real Palacio de Madrid a principios del siglo XVIII. Y cuando el infante don Felipe, hijo de Felipe V, pasó a gobernar el Ducado de Parma (1748), sin duda para que se le representasen en su palacio, se le dió una gran colección de comedias antiguas españolas, cuyo razonado catálogo debemos al

---

(1) *Parte veinte y tres de las Comedias de Lope Felix de Vega Carpio, del abito de San Pedro y de San Juan... Por Manuel de Faría y Sousa... Año* (escudo) *1638... En Madrid. Por María de Quiñones...* 4.º: 8 hojas prels. y 304 foliadas. Privilegio a Luis de Usategui, yerno de LOPE: 16 de enero de 1638.—Aprobación de Valdivielso: 8 de julio de 1636.—Erratas: 25 de agosto de 1638. *Dios hace reyes* es la undécima comedia del tomo.

(2) A ella aludía Cervantes (*Quij.*, I, XLVIII): "¿Qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto y en la segunda salir ya hecho hombre barbado?"

sabio profesor don Antonio Restori, como ya hemos tenido ocasión de recordar en los anteriores prólogos.

Entre las comedias que llevó el nuevo Duque de Parma fué, o había de ser, el manuscrito de *La Divina vencedora*; porque, sin duda por distracción de los encargados de elegirlas, se dejaron en España el acto tercero de la dicha, remitiendo a Parma sólo los dos primeros.

Y esta habrá sido la causa de que don Marcelino Menéndez y Pelayo no haya incluído esta pieza de carácter histórico en el lugar que le correspondía, entre las que se refieren a la época de San Fernando.

El acto tercero pasó a la Biblioteca Nacional en 1865, con otros libros de don Agustín Durán, y es exactamente el que faltaba en el ejemplar parmense. El citado señor Restori ha enviado a la Academia Española, por nuestro intermedio, una esmerada copia del manuscrito de Italia, que, con la hecha del tercer acto de la Biblioteca Nacional, han servido para esta primera impresión de la comedia ya completa (1).

El texto ofrece caracteres de autenticidad por ser copia antigua, autorizada por un gran devoto de Lope de Vega, como fué el librero Juan Martínez de Mora, y corregidas las erratas evidentes por el licenciado Francisco de Rojas, que también entendía de comedias y había escrito alguna.

El título que lleva es el que hemos dado en la pág. 616, confirmado y añadido por Mora en estos términos: "La famosa comedia de *la dibina bençedora y famosos hechos de meledon gallinato y toma de Morón*, de lope de bega carpio. Año de 1624. Original. D. j.º (Juan) martínez de mora." A pesar de esto, la comedia no es original, sino una copia, probablemente anterior a 1624.

Al final del acto segundo escribió el mismo Martínez de Mora: "en acabando la segunda jornada se hace el entremés de *los golosos*, que le hace doña María, porque Mariana la acaba y comienza la tercera jornada. Despues, saldra a bailar sola entre esta jornada". La Mariana, que, por consiguiente, hacía el papel de Guadalara, sería Mariana Vaca de Morales, mujer de Antonio de Prado, y la doña María que representaba a Fátima no debe ser otra que doña María Enríquez, mujer de Juan Bautista Valenciano, actriz que lo mismo hacía damas que graciosas, mejor estas últimas.

El acto tercero, que como hemos dicho se halla en la Biblioteca Nacional (2), no lleva indicación particular.

Lo que tenga de histórico el asunto de esta comedia, aun prescindiendo de los amores de Cardiloro y Guadalara, no será mucho. El mismo protagonista Meledón, que se dice sobrino del célebre capitán don Lorenzo Suá-

(1) Hállase en un tomo (*Colecc. de Lope,* t. 37, fols. 246 a 288).

(2) Ms. núm. 16084; 18 hojas en 4.º Tiene enmiendas semejantes a las de los otros actos, las cuales suponemos también de mano del licenciado Rojas.

rez Gallinato, parece personaje de la fantasía de LOPE. Del castillo de Chincoya, refugio y centro de operaciones de aquel heroico guerrillero fronterizo, no hemos hallado noticia; ni en la comedia se habla, como supone Mora, de la conquista de Morón, villa que ganó San Fernando de poder de los moros hacia 1240, y que luego su hijo Alfonso el Sabio cedió a la Orden militar de Alcántara. Como esta comedia es obra de la juventud de LOPE, no debe uno extrañarse de las grandes libertades que se habrá tomado con la Historia. Sin embargo, es curiosa la relación que de la toma de Sevilla hace en las págs. 645 y siguiente don Lorenzo Suárez Gallinato, uno de sus conquistadores.

También de carácter histórico, aunque los sucesos sean todos fabulosos, es el excelente drama *Don Lope de Cardona*, que sirvió de modelo a Shirley para su *Joven almirante*. Compúsole LOPE después de 1603, pues no lo cita en la primera lista de sus comedias, aunque sí en la segunda, y lo imprimió él mismo en la *Parte X*, de que, como hemos visto (1), se hicieron cuatro ediciones en 1618 y 1620. Refiérese el asunto a las mocedades del rey don Pedro IV de Aragón, que entra en la comedia, así como su

(1) Véase más atrás, pág. VI, nota. De esta comedia hay también en la Biblioteca Nacional un manuscrito del siglo XVII (Ms. núm. 17417) en 22 hojas en 4.º El título es: "Comedia famosa de D. Lope de Cardona", y de otra letra de la misma época: "de Lope de Vega".

Hemos anotado las variantes que ofrece. Los versos que van al final de esta copia nada tienen que ver con la comedia. Algunos, los primeros, son para cantar (según se deduce de los números que llevan encima), como éstos:

"Ya la tierra, ya la aurora
al sol divino presentan,
una, platos de esmeraldas,
y otra, racimos de perlas.

Esta mañanita
encontré un hidalgo
que me dijo amores
y ofreció regalos.
Anduvo al principio
liberal y franco;
que me dijo amores
y ofreció regalos.

Mil veces estoy, memorias,
estoy, memorias,
por decir que ya no os quiero;
como si estuviera en mí
el dexaros o el teneros,
el dexaros o el teneros.

El ava, Marica;
el ava, que sale;
cielo va, señores;
no se aparte nayde.

*Domina mea, dignare*
que yo pueda mereceros:
*domina*, si no hay dineros
*pene potest non amare*."

Sigue luego otra composición en unos 64 versos, que empieza:

"Si quieres ver el fin triste que espera
a todas nuestras vanas fantasías,
abre los ojos, mira y considera
el miserable fin de nuestros días..."

Son octavas reales.

padre don Alfonso. Luce, sobre todo, en este drama, la virtuosa constancia, la nobleza y lealtad acrisolada de Cardona y la fe conyugal de su digna esposa Casandra. En cambio, el futuro rey *Ceremonioso* se presenta ya con el carácter y temple cruel con que había luego de revelarse en el trono. LOPE cargó bastante la mano en obscurecer la fisonomía moral de este Príncipe, sobre todo en la odiosa tentativa de duelo entre Cardona y su padre; género de maldad a que no llegó el tirano aragonés (1).

Y, por último, cierra nuestro volumen la comedia *Los Donaires de Matico*, una de las que LOPE DE VEGA compuso en sus mocedades y que se imprimió la primera vez en Zaragoza en 1604, y luego otras muchas (2).

Esta es aquella comedia que, aunque sin nombrarla, tomaron como ejemplo los adversarios de LOPE para combatir su teatro y arte dramático. Verdad es que pocas veces, con más ingenio, gracia y agudeza, se habrá escrito cosa más desaforada, incongruente e inverosímil que esta pieza. Una Infanta de León que se deja robar por un caballero, que luego resulta hijo del Rey de Navarra; y ambos, vestidos con pieles de animales, andan por los montes a correr mundo por espacio de muchos meses, sin que sufra el menor detrimento la honra de la doncella; que llegan a Barcelona, donde el galán se enamora y casa con una hija del Conde catalán; y que la burlada Infanta, al regresar a su tierra, vestida de hombre, como siempre anduviera, se acomode a servir de criado a otro caballero, que luego se ve es un amante desairado de la dama, pero que ahora, disfrazado de peregrino, la obliga a que cargue con las alforjas, son, en verdad,

---

Otra con cuatro décimas que principia:

"Cansado ya de llorar
una difunta esperanza...".

Y, por último, otra copla que dice:

"¿Qué me queréis, pensamientos?
Pensamientos.
¿Dónde me lleváis, desdichas?
Desdichas.
Que si pasáis por la muerte,
mayor mal hay en la vida.
Hay en la vida."

(1) También LOPE se introduce en esta comedia bajo el nombre de Belardo, como pescador del Grao, algo superior en cultura a sus otros compañeros, tanto que, teniendo que dirigir la palabra al rey don Alonso, dícele:

"LAURO. Habla, Belardo, pues fuiste
en Castilla palaciego."

(2) *Las Comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio. Recopiladas por Bernardo Grassa... Año* (escudo) *M.DC.IIII* (1604)... *En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.* 4.°: 12 hojas prels., 176 + 191 foliadas, y una de colofón, que dice: "*Impressas en Çaragoça. Por Angelo Tauanno. Año M.C.D.III* (*sic*). La comedia de *Los Donaires de Matico* es la primera del tomo.

De esta parte se hicieron hasta 1626 lo menos trece ediciones; pero todas calcadas sobre esta primera de Zaragoza.

tantos disparates, que difícilmente pudiera creerse que público alguno lo tolerase.

Pero son tan originales las aventuras, tan bien presentadas las escenas, tan rico y gracioso el lenguaje, tan linda la poesía; hay, en fin, tanta vida, tanta frescura, tan sazonada malicia y un derroche tal de fuerza juvenil y simpática, que aun hoy el lector se embelesa con esta obra y siente dejarla de la mano hasta su término.

Quizás a esto se deba la fuerte impresión que produjo hasta en los impugnadores de Lope, que era la que más recordaban, bien que para censurarla acremente. Apenas hubo quien, al combatir la escuela de Lope, no recordase aquellas infantas de León, andariegas, que, en unión de audaces galanes, sabían, sin embargo, conservar su honra incólume, después de meses y meses de íntima convivencia, y que, disfrazadas de varón, servían de pajes a sus adoradores, tan torpes de vista como de entendimiento. Pero Lope había ya escrito centenares de obras, en que no había tales "indecencias", como ellos decían; mas ésas les eran o fingían que les eran desconocidas.

Emilio Cotarelo y Mori.

# INDICE DEL TOMO IV

# EL BUEN VECINO

## COMEDIA FAMOSA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES (1)

CÉSAR, *galán*.
LUDOVICO.
BITONTO, *gracioso*.
JULIO, *criado*.
ELENA, *dama*.
LUCRECIA, *dama*.
HORACIO.
ARNESTO.
*El* REY DE NÁPOLES
CARLOS, *conde*.
*Dos* SOLDADOS.
*Dos* MÚSICOS.
[CRIADOS.]

### JORNADA (2) PRIMERA

(*Salen* CÉSAR *y* ELENA.)

CÉSAR. Una sospecha celosa
a tu casa me ha traído.
¿Qué amante no es atrevido?
Perdóname, Elena hermosa.
Y si a los divinos Cielos,
si a los soles de tus ojos
hablando causare enojos,
advierte que son los celos
los que voz y lengua mueven,
y los afectos celosos
villanos son maliciosos,
mal hablan cuando se atreven;
y si tu crueldad me culpa
de atrevido en este intento,
sabrás que mi sentimiento
a sí mismo se disculpa.
¿Cómo quieres que mi amor
no esté celoso, si viene
Carlos, que tal dicha tiene
de Sicilia vencedor?
El que fué tu antiguo amante
y el que mereció primero
los favores, por quien muero
en desdichas semejante.
¿Quién duda que el Rey querrá,
en premio de su victoria,
hacer que llegue a la gloria,
que tu mano le dará?
¿O quién ha dudado, di,
que, en verle tú victorioso,
le deseas por esposo
dando luego al Rey el sí?
De los rebeldes triunfando
viene Carlos vencedor,
y en el carro está mi amor
por su despojo arrastrando.
Mira si entre miedo y pena,
y entre sospecha y cuidado,
no ha de estar desesperado
mi amor, bellísima Elena.

ELENA. Agravias la voluntad
de mi firmeza constante,
y te ofendes que, triunfante,
arrastras mi libertad.
¿Qué importa que vencedor
Carlos de Sicilia venga?
¿Qué importa que en el Rey tenga
tal amparo, tal favor?
Que a los rebeldes sujete,
que triunfe Carlos no importa,
que conmigo ha sido corta
la desdicha que promete.
Pecho tendré yo invencible
que resistirá el poder
de quien pretenda vencer
en mí el mayor imposible.
Tuya, César, he de ser;
no temas al Rey ni al mundo,
que en ti mi esperanza fundo
y en mí la puedes tener.
Dime, César, ¿no es mejor,
pues a ti sola me inclino,
con quien es del Rey sobrino
que con un conde o un señor?
Y cuando esto no mirara,
el ver tu merecimiento,
a no mudar pensamiento,

(1) En *B* (Ms.) este encabezado dice: "El Bven vezino.—Comedia de Lope de Vega Carpio.—Personas que hablan en ella,".
(2) En *B*, "Acto".

firmemente me obligara.
Seguro tu amor esté;
ten de mí seguridad,
que morirá la lealtad
antes que muera mi fe.
Mas Lucrecia viene ahora:
vete, César, por mi vida.

CÉSAR. No es justo que se divida
de su centro quien te adora.

ELENA. Vete, César, que ya viene;
vete, no te vean aquí.

CÉSAR. Voime, señora. ¡Ay de mí,
cuántas penas mi amor tiene!

(*Vase, y sale* LUCRECIA *con manto.*)

LUCRECIA. Guarde el Cielo tu hermosura
y tu vida guarde, Elena,
con las glorias que mereces.

ELENA. La tuya guarde, Lucrecia.
¿A qué vienes, dulce amiga?

LUCRECIA. A que remedies mis penas
y a que des a mis cuidados
el sosiego que desean.
Sabrás, señora, que a Carlos,
conde ilustre de Chelenza,
famosa sangre de aquellos
a quien Nápoles venera
(quiero decir los Carrafas),
de cuya gloria son lenguas
tantas historias antiguas,
que (1) sus hazañas celebran;
desde que a Nápoles vino
de su Estado y de sus tierras,
con tanto ardor le he querido,
con tanto amor le respeta
mi alma, que no he tenido
lugar tan estrecho en ella
que de su amor traspasado
no haya sentido su fuerza.
Procuré ocultar mi ardor,
quise callarle mi pena;
pero a quien ama es difícil
encubrir lo que desea.
En amorosas batallas
los ojos hablan, las quejas
publican en sus pesares
lo que el sentimiento engendra.
Publicó mi honestidad
cuanto desear pudiera,
que a menos riesgo mi amor
sus pasiones no dijera.
Vi en Carlos: que si no fuera (1)
gusto de correspondencia,
aunque jamás mi ventura
mereció los fines de ella.
Supe al fin que tus amores,
lo que yo enciendo me hielan,
lo que conquisto me roban,
lo que pretendo me llevan,
lo que busco me han quitado,
a lo que sigo me ausentan,
y a penar eternamente
me obligan y me condenan.
Bien sé que obligar a Carlos
será imposible, pues ciega
está su loca pasión
por tu superior belleza.
Bien conozco su rigor,
echo de ver su tibieza,
no yo, no, los desengaños
que dan voces a mi ofensa.
Pero como se fundaba
en mi afición verdadera,
quien rinde a cuanto ve Apolo
en regiones tan diversas,
no puedo dejar de amarle
aunque de mi fe se aleja,
ni puedo olvidar su olvido,
siendo ejemplo de firmeza.
Si hay piedad en pecho humano,
si ablandan las duras peñas,
si enternecen los peñascos
mis lástimas y mis quejas,
humildemente te ruego,
pues que tu amor le desprecia,
pues que tu fe no le admite,
pues no estimas sus querellas,
que si el Rey, o si tu padre,
con él casarte pretenda,
que con Carlos no te cases
que huyas de sus cadenas.
Y pues vuelve vencedor,
procura tú, hermosa Elena,
que al vencedor el vencido
en estos combates venza.
Así goces tu hermosura,
así tu beldad merezca
ver en abril de tus años
la gloriosa primavera.

ELENA. Cuando a Carlos adorara
y cuando a Carlos quisiera,

(1) En ambos textos, "que en sus".

(1) Este pasaje está equivocado.

le olvidara al mismo instante
por agradarte, Lucrecia.
Aunque el Rey me lo mandase
y aunque mi padre lo quiera,
negaré a entrambos el sí
y a mi padre la obediencia.
Primero el pecho haré aljaba
de la más aguda flecha,
tumba el tálamo será
antes que mi dueño sea;
primero verás al sol
soltar el freno y la rienda
a sus veloces caballos
en la prolija carrera,
para dar nombre a otro mar,
imitando la funesta
desgracia del caro hijo
abrasando las esferas,
que yo a Carlos dé la mano
y que su esposa me vea,
que siempre le aborrecí
y de nombralle me pesa.

LUCRECIA. A tus pies postrada ahora
las gracias te doy.

ELENA. Afrentas
la voluntad con que el alma
se lastima de tus penas.

LUCRECIA. Pues el alarde es forzoso
que por Nápoles se vea
en que Carlos ha de entrar
con los triunfos de la guerra,
y pues pasar por mi casa
entiendo que es cosa cierta,
podrás verle, si te agrada,
desde las ventanas de ella.

ELENA. Mejor será que lo deje
y que mis ojos no vean
dichoso a quien aborrezco,
con gloria a quien me da pena.

LUCRECIA. El Rey sale a recibirle,
y con su corte merezca
de ti este favor.

ELENA. Iré,
pues lo mandas y lo ordenas.

LUCRECIA. (Al fin dijo que vendría. (*Aparte.*)
¡Cómo previenen saetas
mis celos y mis cuidados,
mis ansias y mis sospechas!)
Vamos, Elena divina.

ELENA. Vamos, hermosa Lucrecia.
(Pensará que voy por Carlos,
cuando voy por ver a César.)

(*Vanse. Suenan cajas, y salen por una parte el* REY DE NÁPOLES *y por otra* CARLOS, *con bastón y corona de laurel.*)

CARLOS.

A tus pies ¡oh, gran Rey!, a tus pies sólo
rindo el bastón y la corona altiva.

REY.

Alzate, Carlos, que de polo a polo
tu nombre suena y tu valor le aviva.

CARLOS.

Aunque me ciña del laurel de Apolo,
aunque Palas me preste verde oliva,
para mostrar el triunfo y la victoria,
postrado ante tus pies tengo más gloria.

REY.

La corona mereces dignamente,
puesto que con victoria tan lucida
de Sicilia la pones en mi frente.
Un reino me das hoy.

CARLOS.

Diera la vida
porque tu alteza gloriosamente
la máquina del mundo viera unida;
porque reinara en cuanto el orbe encierra,
en cuanto nada el mar y ve la tierra.

REY.

Por ti tiene mi reino y mis estados
estimación y autoridad gloriosa.

CARLOS.

Por tu valor, señor; por tus soldados
gozas esta victoria generosa.
Tu hechura humilde soy.

REY.

Ya castigados
quedaron de tu mano poderosa
los rebeldes, y (1) queda mi corona
segura en tu valor y tu persona.

CARLOS.

Por no cansarte ahora no refiero
los combates que tuve con tu gente;
ya de ellos te di cuenta, ya severo,
con ejecución presta y valiente,
rayos vió Mongibelo, que mi acero
engendró en su montaña más ardiente.

---

(1) En ambos textos, "y ya queda"; pero el verso es largo.

Tuya es Sicilia, y yo, señor, quisiera
que cuanto alumbra Febo tuyo fuera.

REY.

Pide, Conde, en mi tierra, pide luego
cuanto desea tu amor; pide mercedes,
que a tu valor ninguna cosa niego.

CARLOS.

Pues en honrarme de esta suerte excedes,
sólo pido, señor, que des sosiego
a mis servicios, esto hacerlo puedes.
Dame estado, señor, que esto desea
quien te ofrece las palmas de Idumea.

REY.

¿Con quién deseas casarte, Conde amigo?
Dime luego tu pecho y tu cuidado,
que aunque no quiera casará contigo,
pues a premiarte estoy tan obligado.
Declara tu intención, pues que conmigo
queda el secreto en mi amistad cerrado.
Dime quién es, que nadie yo imagino
que no estime en su dicha este destino.

CARLOS.

Con tu licencia pensaré en la corte
hallar mujer que iguale a mi nobleza.

REY.

Elige aquello que a tu estado importe,
la luz más alta, la mayor belleza;
no tu modestia, Carlos, te reporte,
que igualarás a la mayor grandeza.
Príncipe eres del mar y de la tierra;
el general famoso en paz, en guerra.

*(Vase el REY.)*

LUDOVICO. Mucho el Rey le favorece.
ARNESTO. Mucho Carlos le ha servido.
SOLDADO. Todo el Conde lo merece,
pues que de un reino perdido
el nuevo imperio le ofrece.
CARLOS. A solas os quiero hablar;
allá os podéis retirar,
sólo Arnesto y Ludovico,
pues que se entró Federico,
aquí se pueden quedar.
De la guerra en el rigor
acabó Bitonto fuerte;
murió el donaire mejor,
y él dió con su honrada muerte
vida eterna a su valor.
SOLD. 2.° Dios te guarde y te dé el Cielo
lo que desea tu valor.

*(Vanse.)*

CARLOS. Solos quedamos ahora,
retiraos aquí los dos.
Si en la guerra es necesario
siempre el acierto mejor,
siempre el consejo más grave,
pedírosle quiero yo.
En guerras de mi deseo
batalla mi corazón,
pelea mi sentimiento
y combate mi dolor.
A Elena, que me aborrece,
adora mi perdición;
de Lucrecia, que me ama,
huyendo los lazos voy.
Si el Rey pretende casarme,
¿cuál ha de ser de las dos
la que tome por mujer
y la que estime mi amor?
Esto que digáis os pido,
esto os ruego y en esto hoy
veré cuál me quiere más
en mi triste confusión.
ARNESTO. Que con Lucrecia te cases
me parece.
CARLOS. ¡Bueno estoy!
LUDOVICO. Que pidas al Rey a Elena
es lo que aconsejo yo.
ARNESTO. Opinión contraria tengo,
porque es falsa tu opinión.
LUDOVICO. Pruebo, Arnesto, lo contrario.
Escucha con atención.
Si a Elena Carlos escoge,
que aborrece su afición,
consigue el fin que desea
y obliga de ella el rigor.
Conociendo el desengaño
y viendo la obligación,
como a su dueño es forzoso
que le idolatre en su ardor.
ARNESTO. Siempre, amigo, lo dudoso
en tal caso es lo peor.
Podrá quererle, es verdad,
aunque le aborrezca hoy;
pero viendo que se casa
sin gusto, podrá el dolor
obligalle a no querer,
forzarle a nueva afición.
Si con Lucrecia se casa,

paga Carlos un amor
que a corresponder le obliga,
aunque él me diga (1) que no.

LUDOVICO. Adquirir lo conquistado
no da glorias al valor;
pero alcanzar imposibles
es la ventura mayor.
Procure vencer a Elena,
sea su dueño y señor,
oblíguela con regalos,
enternézcala su voz,
ablándenla sus caricias,
ciña Himeneo a los dos,
que ella en amor trocará
lo que no tiene de amor.

ARNESTO. Pague Carlos una fe,
dé a una lealtad galardón,
premie una noble firmeza,
corresponda a su elección,
busque quien sus pasos siga,
huya el desdén que le huyó,
corra a la verdad el velo
no sea vista su pasión.
Con Lucrecia al fin se case,
sea cuerdo en esta ocasión,
que él tendrá mayor sosiego
y no ventura menor.

LUDOVICO. El casarse a su disgusto
le ha de tener con temor,
pues que los ojos dirán
lo que siente el corazón.
Celos le darán enojos,
sospechas serán su ardor
de que su esposa, advertida,
conozca su perdición.

ARNESTO. ¿Y si en Elena ve Carlos
disgusto en casarse hoy?
Luego quedas convencido
por esa propia razón.
Cásese con quien le quiera,
que celos, penas, dolor,
sospechas, enojos, quejas
y receloso temor
cesarán con tal acierto.—
Toma el consejo que doy,
y, si por quietud te casas,
no busques la confusión.

CARLOS. Ya de los dos he escuchado
el consejo, y de los dos
elijo el de Ludovico
porque parece el mejor.
Con Elena he de casarme,
que el tiempo y mi firme amor
la obligarán de manera
que el desdén trueque en favor.
Perdone ahora Lucrecia,
perdone la obligación,
porque carcaj es mi pecho
del más generoso arpón.
Más puede Amor que Lucrecia,
que la gratitud mayor
puede más, porque su ley
a ninguno perdonó.

ARNESTO. Que aciertes le pido al Cielo
y no yerres la elección,
pues no vale arrepentirse
si el yerro se conoció.

(*Salen el* REY *y* CÉSAR.)

CARLOS. El Rey sale. Calla, Arnesto.

REY. ¿Resolvióse tu cuidado?

CARLOS. Resuelto y determinado
le verás, señor, muy presto.

CÉSAR. (Fin a mis bienes funesto (*Aparte.*)
le promete mi temor.)

CARLOS. A Elena pido, señor,
por esposa, y porque en ella
halló mi dichosa estrella
nobleza y beldad mayor.

CÉSAR. (¡Ay, desdichas! ¿Dónde asido
me lleva vuestra cadena (*Aparte.*)
que del amor de mi Elena
ser dueño no he merecido?
¡Perdiendo voy el sentido!)

REY. Y yo, Carlos, lo concedo.—
Llamen a Horacio.

(*Van a llamar a* HORACIO.)

CARLOS. No puedo
agradecerte, señor,
tan soberano favor.

CÉSAR. (Yo solo con (1) vida quedo.)

(*Sale* HORACIO *y el* CRIADO.)

CRIADO. Él a palacio venía.

HORACIO. ¿Cuándo tal dicha, señor,
mereció quien...

REY. El temor
reporta esta osadía.

(1) En ambos textos, "obliga", que no forma sentido.

(1) Así en ambos textos. Quizá diría mejor "sin vida".

HORACIO. Mayor es la gloria mía.
¿Qué me manda vuestra alteza?
REY. Quiero premiar tu nobleza.
A Elena quiero casar,
porque se llegue a lograr
su virtud y su nobleza.
Con Carlos, mi general,
la quiero casar ahora,
que en su valor atesora
gloria a su valor igual.
CÉSAR. (¡Qué desengaño mortal!) (*Aparte.*)
ARNESTO. (¡Plegue a Dios que pare en bien!)
REY. ¿Qué dices? ¿No te está bien?
HORACIO. Pues ¿no, si tal gloria gano?
REY. Da luego a Carlos la mano
por tu hija aquí también.
HORACIO. Yo se la doy, y con ella
los brazos. El regocijo
no me deja hablar. ¡Qué hijo
hoy me concede mi estrella!
CÉSAR. (¿Que pudo César perdella (*Ap.*)
sin que perdiese la vida?)
HORACIO. Tu palabra obedecida
será, pues me importa tanto.
CÉSAR. (Un mar de perpetuo llanto (*Aparte.*)
dará mi pena crecida.)
REY. Luego quiero desposalle.
A la boda he de asistir,
porque se anime a servir,
de esta suerte es bien honralle.
CÉSAR. (¿Mejor no fuera matalle?
Pero mi amor le disculpa
cuando mi enojo le culpa,
que si como yo la quiero
y la mereció primero,
no tuvo de esto la culpa.)
HORACIO. Yo, con tu licencia, quiero
prevenir lo necesario.
CÉSAR. (¡Ah, fortuna! ¡Ah, tiempo vario!
¿Qué bienes me das, qué espero,
si desesperado muero
en pena tan conocida,
que va siendo mi homicida?
¿Cómo hallara de esta suerte
el bien que busco en la muerte
si está en mi muerte mi vida?)
REY. Parte, Horacio, porque luego
con Carlos iré a tu casa.
HORACIO. Mi dicha el límite pasa.

(*Vase.*)

CÉSAR. (Por que se apure mi fuego.) (*Ap.*)
REY. Vamos, Carlos, que sosiego
te daré.
CÉSAR. (Más me atormenta.) (*Ap.*)
REY. Seis mil ducados de renta
tienes, Duque, y Miraflor.
CARLOS. Mi humildad habla, señor,
que hablar con el alma intenta.

(*Vanse, y queda* CÉSAR *solo.*)

CÉSAR. Ya se fueron, y he quedado
sin esperanza y sin bien.
¿Quien muere de pena, quien
todo su ser ha trocado?
Fiera mudanza del hado,
aleve fe de fortuna,
inconstancias de la luna
hoy me han podido mostrar,
pues en crecer y menguar
no hubo distancia ninguna.
Crecí cuando vi el favor
en el bien que pretendí,
y aunque hasta entonces crecí,
hoy va menguando. ¡Ay, rigor!
Fué un Rey mi competidor,
que Carlos jamás lo ha sido.
¿Yo, que siempre fuí querido,
he de ser el desgraciado?
¿Yo, que tuve el bien pasado,
he de mirarle perdido?
No, no, que puede mi amor
ser firme en esta porfía.
Antes iré donde cría
el sol montañas de ardor,
donde congele el rigor
del cierzo nevada arena,
que yo alivios dé a mi pena,
que yo haga a mi bien agravios,
pues con el alma en los labios
he de repetir "¡Elena!".

(*Vase. Sale* ELENA *y* LUCRECIA.)

LUCRECIA. Tarde llegamos, Elena,
porque Carlos había entrado.
No verle me ha dado pena.
ELENA. Y a mí contento me ha dado,
pues huyo de su cadena.
LUCRECIA. Cuando a palacio llegó
muchas honras recibió
de Federico, en efeto,
y a muchos, por su respeto,
envidias el Conde dió.
Duque y General le ha hecho

en término tan estrecho.

ELENA. Ni el ser Duque y General
torcerán mi furia igual
ni enternecerán mi pecho.

LUCRECIA. En tu palabra confío
de que Carlos será mío.

ELENA. Con él no me he de casar,
que nadie (1) puede forzar,
ni aun mi padre, mi albedrío.

LUCRECIA. Es Horacio, según veo,
el que te viene a buscar.

(*Sale* HORACIO.)

HORACIO. Hija, albricias puedes dar
a mi amoroso deseo,
pues en ti le he de lograr.
Hoy, hija, el Rey te ha casado
con el hombre más supremo
que Nápoles ha mirado.

LUCRECIA. (Alguna desdicha temo.) (*Aparte.*)

ELENA. (Pena me da mi cuidado.) (*Aparte.*)

HORACIO. Es el más noble señor
que Nápoles vió jamás;
tiene del Rey el favor
y, en fin, Elena, sabrás
que es su privado el mayor.

ELENA. (¿Si fuese César aquel (*Aparte.*)
con quien el Rey me ha casado?)

LUCRECIA. ¿Mas si es Carlos? ¡Ah, cruel, (*Ap.*)
que descubrió su cuidado
y a Elena casan con él!
Recelos, ¿qué me queréis?
¡Matadme, aleves recelos,
pues que matarme podéis,
me hará triste en los desvelos
que dentro en el alma veis!) (2)

ELENA. ¿Cómo, padre, me casaste
sin saber mi voluntad?
Entiendo, señor, que erraste.

HORACIO. De mi Rey la autoridad
lo ha hecho; aquesto te baste.

ELENA. Dime con quién me casó
y podré decir también
el "sí" como ahora el "no".
Dime quién es; dime quién
al Rey, padre, me pidió.

HORACIO. Mi voluntad ha de ser
la tuya, Elena, en tal caso.
Tu aumento he de pretender
y tú, de mi amor al paso,
me debes obedecer.
Si es el mayor casamiento
que Nápoles tiene ahora,
poco importa que mi intento
no te dijera.

ELENA. Mas llora
mi dudoso pensamiento.
¿Quién me ha de poder forzar?

HORACIO. Por ti palabra di al Rey
que te habías de casar.

ELENA. Ni tu poder ni su ley
me pueden, padre, obligar.

LUCRECIA. Dile quién es, que en sabello
no ofende tu autoridad.
(Asida estoy de un cabello.) (*Ap.*)

HORACIO. No casan con tu beldad,
y no importa conocello.

LUCRECIA. Por amiga y servidora
de Elena lo preguntaba.

ELENA. Dilo, padre, dilo agora.

HORACIO. Es Carlos, en quien cifraba
cuanto en sí el mundo atesora.

ELENA. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré
tener dicha con tal hombre?
¡Todo el juicio perderé!

LUCRECIA. Mi desdicha es bien que asombre
a la más constante fe.

ELENA. El casamiento es injusto,
pues que sin mí le habéis hecho.
No he de casarme sin gusto.

LUCRECIA. (Tengo el corazón deshecho.) (*Ap.*)

HORACIO. Lo que el Rey ordena es justo,
lo que hace un padre es razón.
Obedece, Elena, y calla.

ELENA. ¡Ay, amorosa pasión!

LUCRECIA. ¡Ay, temerosa batalla!

HORACIO. ¡Qué prolija confusión!

LUCRECIA. ¿Quién, Horacio, te obligó
a que casases a Elena
contra su gusto? ¿Quién vió
que un padre obligue a tal pena
a la sangre que engendró?

ELENA. Antes que el "sí" dé, señor,
verás mi muerte en tal medio.
No casarme es lo mejor;
busca tú ahora el remedio,
que todo por mí es peor.

LUCRECIA. Cese la boda, señor,
que hacienda tienes bastante
y calidad superior

(1) En *A*, "nadie me"; pero el verso sería largo.
(2) Así en ambos. Acaso estaría mejor:
"¿Qué haré, triste, en los desvelos
que dentro del alma veis?"

por que César, el infante,
case con ella.

ELENA. ¡Ay, dolor!
¿Yo marido he de tener
que en vez, padre, de contento
me obligue al fin a perder
la paciencia y sufrimiento?

HORACIO. Al fin has de obedecer,
que con el Rey empeñado
y de su amor persuadido
cuando fuí en palacio honrado,
por ti el "sí" le he prometido,
lo que veré efectuado.
Carlos ha de ser tu esposo,
Carlos sea tu marido,
o veré el fin lastimoso
de quien hoy te ha defendido
de este intento generoso.
Nunca entendí que Lucrecia
de ese modo defendiera
quien mi autoridad desprecia;
nunca entendí que ella fuera
quien de ofenderme se precia.
Pero viene el Rey ahora,
y él persuadirá mejor
a tu ingratitud.

LUCRECIA. Más llora
el alma tanto temor
que entre mis pasiones mora.

(*Entra el* REY, CÉSAR, CARLOS, ARNESTO *y* LUDOVICO.)

HORACIO. ¡Tanta merced, gran señor!

REY. Levanta, Horacio, del suelo,
que para Carlos es poco
los favores que le he hecho;
más merecen sus servicios,
pues en sus merecimientos
aun los átomos del sol
más breve número fueron.
Mayores mercedes puede
esperar el Duque, y quiero
que los que me sirven vean
cómo sus servicios premio.
¿Hablaste a tu hija hermosa?

HORACIO. Ya le hablé, señor, y creo
que, postrada ante tus pies,
calla el alma su contento.
La alegría que ha mostrado
pudo turbarla el silencio,
que de bienes no esperados
siempre es mayor en su efecto.

ELENA. (¡Ah! ¡Quién pudiese, esperanza,
soltar la rienda al deseo! (*Aparte.*)
¡Ah! ¡Quién pudiera decir
lo que callo y lo que siento!)

LUCRECIA. (¡Ah! ¡Quién pudiese, temores,
pues de celosa reviento,
mostrar en desdichas tantas
las pasiones de mi pecho!)

CÉSAR. (¡Ah, desconfianzas locas! (*Aparte.*)
¿Dónde me lleváis si pierdo
de mi alma el mayor bien
y de mis bienes el centro?)

CARLOS. (Dichosos trabajos míos,
pues que merecéis por ellos
la luz que da afrenta a Apolo,
mejor lámpara del cielo.)

REY. Dé, Elena, a Carlos la mano.

ELENA. (¿Qué haré, Lucrecia? ¡Ay, desvelos! (*Ap.*)

LUCRECIA. Mostrar firmeza a tu amante
y ser de lealtad ejemplo.
Ea, Elena, no te turbes,
muestra ahora más esfuerzo;
¿no ves que en la parte grave
es mayor el vencimiento?
Destituye los temores,
corre a la vergüenza el velo,
resiste a tantas desdichas,
oponte a tantos tormentos,
vence las contrariedades,
toma en mi mal escarmiento,
por fuerza, en fin, no te cases,
y esto sólo te aconsejo.

ELENA. Turbada estoy, y mi padre
que me resuelva en tal medio
me dice, Lucrecia hermosa.
¿Qué he de hacer en tal aprieto?)

HORACIO. (No afrentes hoy mi valor, (*Aparte.*)
no me pierdas el respeto,
no tus lascivas pasiones
turben mis merecimientos.)

ELENA. (Entre confusiones tantas (*Aparte.*)
mares de perpetuo incendio
ha de navegar mi alma,
pues mi mal será perpetuo.)

LUCRECIA. (¡Qué turbaciones me asisten!
¡Con qué temores peleo!
¡Con cuánta desdicha mía
lloro agravios cuando muero!)

CÉSAR. (Mis recelos cuidadosos (*Aparte.*)
me tienen loco y sin seso,
mis pasiones me acobardan

cuanto más desdichas tengo.)
HORACIO. Da, hija, a Carlos la mano.
ELENA. Toma. (Mas no, que sospecho (*Ap.*)
que al darle no vea la vida
el fin de su luz postrero.)
CÉSAR. (¿Qué haces, Elena mía? (*Aparte.*)
acuérdate que merezco
más firme correspondencia.
ELENA. De todo, César, me acuerdo.
El alma te doy, y el alma
te dice querido dueño,
que tú eres sólo a quien amo,
aunque al fin, César, te pierdo.)
HORACIO. Da aprisa a Carlos la mano.
REY. Yo lo mando y yo lo ordeno.
CARLOS. Yo os lo suplico, señora,
pues a ser dichoso vengo.
ELENA. Tómala. (Que no la doy, (*Aparte.*)
pues forzada a darla llego.)
LUCRECIA. (Yo me voy. Que no la goces
ruego a Dios, pido a los Cielos.
Huya la luz de mi vista,
sea luto y dolor funesto
cuanto en mí viere el amor,
pues a la muerte me entrego.
¡Plegue a Dios, Carlos ingrato,
que seas furioso escarmiento
de las desdichas mayores
en los abismos del miedo!
Mas no es bien tomar venganza.
Guarden a Carlos los Cielos,
viva Elena con su esposo
y a mí me den sufrimiento.)
CÉSAR. (Paris he de ser Troyano
con esta Elena si el Cielo
da lugar a mis ardores
y favor a mis intentos.
Aunque con Carlos casada
la pretenderá mi fuego,
la obligarán mis pasiones,
la enternecerá el deseo.
El disgusto que ha tenido
será espuela, será el viento
que la pique y la provoque
a correr sin rienda y freno.
El ser sobrino del Rey
y su forzoso heredero
me han de asegurar el pecho.)
CARLOS. (Acerté en lo que dijiste,
Ludovico. Ya soy dueño
de lo que más deseaba,
ya he seguido tus consejos.
Pueden igualar mis dichas
a las mayores.—Di, Arnesto,
¿no soy en todo dichoso?
ARNESTO. Elena lo está diciendo.)
REY. Vamos, Duquesa, a palacio,
porque allí hacer fiestas quiero
al Condestable.
CARLOS. Señor,
beso tus pies.
ELENA. (Muerta quedo.
CÉSAR. Yo celoso y desdichado.)
CARLOS. (Yo en ver a Elena suspenso; (*Ap.*)
porque juzgo haber errado
las elecciones (1) que he hecho.)

(*Vanse.*)

## JORNADA SEGUNDA (2)

(*Salen el* REY *y* LUDOVICO *con cartas en las manos, y acompañamiento.*)

REY. En estas cartas he visto
lo que el Virrey avisó.
Cuando a Sicilia conquisto
Calabria se rebeló.
¿Cómo a mi furor resisto?
LUDOVICO. Las más lucidas ciudades
se han rebelado, señor.
Crezcan sus adversidades;
prueben de hoy más tu furor.
REY. En vano me persuädes,
porque pienso castigar
su atrevimiento y locura.
Los campos he de manchar
con su sangre.
LUDOVICO. Tu cordura
puedes en esto mostrar.

(*Sale* CARLOS.)

CARLOS. Después de estar desposado
no he visto al Rey, mi señor,
aquel que me ha levantado
al lugar tan superior
donde pocos han llegado.
REY. ¿Es Carlos?
CARLOS. Dame los pies,
pues que de ellos me levanto
con tantas honras.
REY. No estés
de ese modo.

(1) Así en ambos textos; pero debe haber error.
(2) En *B*, "ACTO SEGUNDO".

CARLOS. ¡Gano tanto!
¿No soy en todo dichoso? (1)
Que lo hago por mi interés.
REY. ¿Cómo te va con tu esposa?
¿Cómo te va de casado?
CARLOS. Está contenta y gustosa.
(Mi pecho encubra el cuidado, *(Ap.)*
que [en] el alma no reposa.)
La vida de los casados
es muy dulce, es muy suave.
(¡Ah, quién pudiera, cuidados,
decir el tormento grave
de mis ardores pasados!)
A tu majestad ofrezco
de nuevo ahora la vida,
pues por tu causa merezco
a Elena, prenda querida
(por quien tanto mal padezco).
REY. De verte, Carlos, contento
yo confieso que lo estoy,
y que fuese el casamiento
tan acertado.
CARLOS. (Yo voy *(Aparte.)*
acabando en mi tormento.)
REY. Como a General, es fuerza
que yo te publique ahora
lo que en mis Estados pasa.
CARLOS. Beso tus pies por tal honra.
REY. De Calabria me han escrito
que algunas ciudades solas
se han rebelado negando
la obediencia que me toca,
y que algunos han guardado
con tanto valor su costa,
que a mis galeras han roto,
viniendo a las manos todas.
Piden que socorro envíe
y que vaya mi persona
para quitar los rebeldes
que mis tierras alborotan.
Ya ves, Duque, que Calabria
es tierra tan deliciosa,
que al perdella perdería
el comercio de mis flotas.
A nadie debo fiar,
ni debe esta empresa honrosa,
sino es a ti, que en tu acero
tengo cierta la victoria.
Es fuerza, Duque, que dejes
el tálamo de tu esposa,
y que en vez de los regalos
vistas la grabada cota.
Presto en Dios espero, Duque,
y en tu espada generosa,
que a Nápoles volverás
con los triunfos de tu gloria.
Elige de aquella gente
que en Sicilia vencedora
fué asombro de Marte altivo
en las partes más remotas,
algunos soldados fuertes,
algunas valientes tropas.
Parte, Carlos, a vencer;
parte a ser del sol lisonja.
Guarda, Carlos, con tu espada
de mi frente la corona;
ya te esperan los soldados
y a pelear te provocan.
Ya las cajas con su estruendo
Carlos llaman, Carlos nombran,
y a emulación de la fama
la tuya dicen las tropas.
A vencer parte animoso;
ya las insignias tremolan
los alféreces galanes
con sus cifras vencedoras.
Parte, ilustre General,
asombro, feliz, gloriosa,
envidia de Italia y Francia
y aun de cuanto ciñe Europa.
Que tu consejo y tu espada
en acciones tan heroicas
vencerán al enemigo,
pues que rinden y pregonan.
CARLOS. Harto Carlos deseara
que el alma no replicara
a la obediencia que debe;
pero, señor, si se atreve
en que es por fuerza repara.
Bien quisiera...
REY. ¿Tú dudoso
estás en este concierto?
¿Dónde está el pecho animoso?
¿Dónde dejaste el acierto
de tu poder valeroso?
En cosa que tanto importa
tu valor, dime, ¿se acorta?
Presto, Carlos, volverás
y tu esposa gozarás.
La pasión, Duque, reporta.
Más la debes de querer
que al amor que te ha mostrado.

(1) Falta en *B* este verso.

Mal la pudieras tener
si no te la hubiera dado
mi favor (1) y mi poder.
¿Que tanto el dejarla sientes?
¿Que apartarte sientas tanto?
No, Duque, a tu fama afrentes,
que con sonoroso canto
hace tus glorias presentes.
Mira...

CARLOS. Detente, señor.

REY. Escucha, Carlos.

CARLOS. Si haré;
pero a solas quiero hablarte.

REY. Retiraos allá los tres.—
Refiéreme tus cuidados.

CARLOS. (¿Por dónde comenzaré?
Que en aprietos tan forzosos
la vida llego a perder.)
No por las razones dichas
ausentarme sentiré,
por las contrarias, señor,
puedo dudar y temer.
Sepa vuestra majestad
como en el casarme erré
las elecciones que a un hombre
pueden darle el mal y el bien.
Cuando se elige, señor,
cuerda y discreta mujer,
amorosa, casta y limpia,
un cielo elige también;
pero cuando lo contrario
acierta un hombre a escoger,
son disgustos los regalos
y casarse infierno es.
Hoy de vuestra majestad
fío mi honor para ser
el vasallo más leal
y el criado más fïel.
Soy tu hechura, soy tu esclavo,
servirte mi gloria fué,
y así negarte no puedo
mi prolijo padecer.
Quise a Elena, que en su vista
siempre rigores miré,
y de su boca jamás
buena respuesta escuché.
Forzada al tálamo vino (2)
de tu imperio y tu poder.
¡Ah, si entonces conociera
lo que conocí después!
Sin gusto casó conmigo,
casó por mandarlo un rey,
y desde entonces, señor,
me muestra mayor desdén.
Si la adoro, me aborrece,
y en mi tormento, cruel,
celos me causan enojos
y arrepentirme no es bien,
aunque hasta ahora la causa
ignoro de ellos también,
cuando su virtud admiro
y cuando llego a temer.
Disimular he querido,
que en casos de honor perder
se puede el mismo al decir
lo que siente el pecho fiel.
Por no hacer mayor mi agravio,
si ofendido vengo a ser,
de dónde nació el origen
de mi mal me pregunté.
Considera tú, señor,
que Elena es libre, es mujer,
es hermosa, está sin gusto,
no me quiere, no me ve.
Mira si entre miedo y pena,
entre celar y temer,
entre sospechas y agravios
de ella ausentarme podré.

REY. Levanta, Duque, del suelo;
levanta, Carlos querido,
porque premiaré el desvelo
de quien tan bien me ha servido
dando a tu valor consuelo.
Tu rey y tu amigo he sido,
y así, te quiero advertir
(mira lo (1) que has merecido)
que no te puedes partir,
pues no hay amor dividido.
Yo te guardaré el honor;
parte a esta empresa seguro,
sin que de ausencia el temor
dé la batería al muro.
Tu vecino, Duque, soy;
yo tu casa guardaré,
porque en ella por ti estoy
cuando tú, con mayor fe,
por mí la has dejado hoy.
Tu honor a mi cuenta está;

(1) En *A*, "furor".
(2) En *A*, "forzado al tálamo vine", y en *B*, "forzado al tálamo vive".

(1) En *A*, "mira yo".

yo le guardaré mejor;
y mientras venzas allá,
volviendo allá por mi honor,
yo guardaré el tuyo acá.
Defiende tú mi corona,
que tu casa guardaré;
defiéndame tu persona,
que yo entre tanto veré
lo que su valor abona.
A los rebeldes castiga
que a mi corona se atreven;
haz, pues mi amistad te obliga,
que mi enojo y furor prueben,
porque el vencer se consiga;
que yo sabré castigar
a quien se atreva a tu honor,
y al que pretenda robar
la fama de tu valor
la vida sabré quitar.

CARLOS. Si eres mi norte y mi estrella
la honra y la vida es tuya;
mi fama te dejo en ella,
y la vida, con ser tuya,
la traigo para perdella.
Que cuando por ti la pierda
será el hecho más glorioso
y será la acción más cuerda.
Yo parto más animoso.
De lo que has dicho te acuerda.

REY. Pues yo me voy a escribir
para que te puedan dar
lo que fueres a pedir.

(*Vase.*)

CARLOS. ¿Cómo me podré ausentar?
¿Cómo me he de despedir?
Mucho debo al Rey, y es justo
ofrecelle la obediencia.
De Elena el rigor injusto
hace que tema mi ausencia
algún funesto disgusto.
¡Qué poco te debe, Elena,
mi firmeza singular,
pues a morir me condena!
Mas si el Rey la ha de guardar,
asegúrase mi pena.

(*Sale* BITONTO, *gracioso.*)

BITONTO. ¿Señor?
CARLOS. ¿Quién eres?
BITONTO. Yo soy
Bitonto, que más solía
servirte.
CARLOS. Confuso estoy.
BITONTO. ¡Señor!
CARLOS. ¡Qué necia porfía!
Di quién eres.
BITONTO. A eso voy,
y a fe que tiene misterio
el ver cuán vivo he venido,
que al margen de un monasterio
me vi entre muertos perdido
sin pedir yo cementerio.
Fué tan corta mi ventura,
que entre Caribdis y Cila,
de la guerra y noche obscura,
como otros van a la pila
me fuí yo a la sepultura.
Que en la batalla sangrienta
de Sicilia, en que me hallé,
como la historia lo cuenta,
entre los muertos quedé,
por cierto yerro de cuenta.
Vivo escapé, porque yo
soy muy vivo, y así viva
la vida que me vivió,
que no puede estar más viva
la madre que me parió.

CARLOS. Seas, Bitonto, bien venido;
ya yo te tenía por muerto.
¿No quedaste mal herido?

BITONTO. Con la muerte hice concierto,
y es provechoso el partido.

CARLOS. ¿Cómo?

BITONTO. Porque yo he quedado
de esta pendencia valiente,
y con ella he concertado
que he de vivir de repente
y morirme de pensado.
Que si me muero se acaba
toda la graciosidad.

CARLOS. Dices, Bitonto, verdad,
que, como nunca empezaba,
se acabara la frialdad.

BITONTO. Tú te partiste, señor,
y a mí, herido, me dejaste;
doblado ha sido el rigor,
si no es, señor, que pensaste
que tengo tanto valor.
Si otra vez me dan herida,
y si fuere tal mi suerte
que llegue a estar tan perdida,
mando, señor, en mi muerte
que a ti te pidan mi vida,
porque señor que a criado

tan mal paga sus servicios,
tan mal su amor ha pagado,
que son bastantes indicios
de esto el haberme dejado
entre el marcial alarido
y la confusa arboleda
de las armas, sin sentido,
con la mucha polvareda
como don Beltrán perdido,
sin mandar solicitar
el noble cuerpo buscar
de Bitonto en la batalla.
y en la manta de Cazalla
procuralle sepultar.
Por lo menos no es razón
que de tan noble criado
confiese la obligación
yo que a cuervos destinado
¡oh, bendito San Antón!
estaba si allí moría,
sin que de mí se acordase,
epitafio y obra pía,
como si ser intentase
Judas de la infantería.
A las fieras destinado
el cuerpo estuvo también
del más valiente soldado,
del gracioso más de bien
y más honroso criado.
¿Y no quieres que me queje?
Por que su muerte procura,
sin que nadie le aconseje,
epitafio o sepultura
el difunto más hereje.

CARLOS. Huélgome de verte, y quiero
probar, Bitonto, tu fe,
porque de tu industria espero
lo que ahora te diré.

BITONTO. Criado soy verdadero,
no en guardar mal un secreto,
sino en la fe y el amor.

CARLOS. Bitonto, tú eres discreto,
y así te encargo mi honor;
tanto te estimo, en efeto.
Vente conmigo y sabrás
lo que de tu ingenio fío.

BITONTO. Cómo te sirvo verás;
desde hoy no tengo albedrío;
no podré servirte en más
que en ser criado leal,
diciendo lo que no viere,
hablándote todo mal,
y venga lo que viniere.

CARLOS. Presto veré si eres tal.

*(Vanse. Sale* ELENA *y* LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¿Cómo te va con Amor
después de tu casamiento?

ELENA. Mayores desdichas siento
y sufro pena mayor.
Bien sabes, ¡oh, Cielo injusto!,
que sin gusto casé, amiga,
y bien sabes que esto obliga
siempre a vivir con disgusto.
Me enciende el pecho de suerte (1)
que pido al Cielo la muerte
por que se acabe el dolor.
Jamás su amor olvidó
la que quiso bien de veras,
y así, en mis pasiones fieras,
a César adoro yo.

LUCRECIA. A tu sangre y calidad
(esto debes advertir)
no le estuvo bien decir
ofensa a su autoridad.
Hasta dar la mano a Carlos
a César pudiste amar;
pero después refrenar
tus cuidados y templarlos.
Hasta casarte fué justo
a César corresponder;
pero después es tener
vil trato y término injusto.
Es delito en su opinión,
es afrenta en su nobleza
eso que llamas firmeza,
eso que nombras pasión.
De mí te sabré decir
que, cuando pudo ser mío,
di a Carlos el albedrío
sin poderme resistir;
pero después que te dió
la mano de esposo a ti,
lo que hasta entonces le di
mi nobleza me volvió.
Ya de Carlos no me acuerdo,
ni aun a nombralle me atrevo,
por amistad que te debo
y por ser consejo cuerdo.

---

(1) En ambos textos falta el primer verso de esta redondilla. Diría, poco más o menos:

"De César el tierno amor".

De lícito amor no pasa
los límites mi desvelo,
que sólo a mi honra celo
y sólo mi honor me abrasa.

(Sale Carlos.)

CARLOS.

Amada esposa mía,
de mis sentidos suspensión gloriosa,
siempre mi amor porfía
de ser entre sus luces mariposa
para morir de amores,
con lisonjear mis penas y dolores.
A despedirme vengo,
que a Calabria me envía la obediencia
que a Federico tengo.
Encarecerte, Elena, en esta ausencia
mis penas inmortales,
de la Libia es contar los arenales.

LUCRECIA.

Reporte mi sentido.
El honor que [me] asiste y me acompaña
siempre el vencer ha sido
hecho glorioso y venturosa hazaña;
pero la mayor gloria
es de sí mismo el alcanzar victoria.

ELENA.

(Parte, fiero enemigo, (*Aparte.*)
que tu ausencia podrá darme la vida.)
Yo voy, Duque, contigo,
porque el alma a tu amor sigue rendida
en esta ausencia grave.

LUCRECIA.

(¡Oh, qué bien la Duquesa fingir sabe!) (*Ap.*)

(Sale un Criado, y Bitonto de labrador.)

CRIADO. Aquí traigo al labrador
que ha mandado vuecelencia
que viniese.
CARLOS. En esta ausencia
divertirá tu dolor.
Tirso es su nombre, y podrá
en mi ausencia divertirte.
BITONTO. Sabré, señora, servirte,
y el tiempo te lo dirá.
Con mi condición traviesa
tanto te pienso alegrar,
que el pueblo me ha de llamar
cozquilla de la Duquesa.
Mucho te pienso alegrar
con donaire placentero;
mas ¡voto a ños! que primero
la panza tengo de hartar,
aunque no como y meriendo
ni almuerzo jamás.
ELENA. ¿Por qué?
BITONTO. ¡Qué bueno es eso, a la he!
Porque siempre estoy comiendo.
Deme un par de pies su lencia,
que yo a entretenerla vengo,
aunque en las gracias que tengo
no hay ninguna indulugencia.
CARLOS. Su simplicidad podrá
disculpalla.
BITONTO. Di, en efeto,
¿no soy muy sabio y discreto?
Dígamelo.
ELENA. Claro está.
BITONTO. A los bolos jugaremos,
o, con la honda en la mano,
con lindo brío y ufano
los dos nos apedrearemos.
Saldrás al baile algún día
y allí te divertirás
y mil mudanzas sabrás.
ELENA. (Hacerlas mi amor confía.) (*Ap.*)
Adiós, señor.
CARLOS. Él te guarde.
ELENA. (A César hoy he de hablar (*Aparte.*)
para poder descansar,
haciendo de amor alarde.)
LUCRECIA. (¿Es posible que aborrezca (*Ap.*)
lo que yo adoraba Elena?
¿Que tanto bien le dé pena?
¿Que tanta gloria merezca?
Mas ¡ay! deteneos, desvelos.
¿Por qué a Carlos me nombráis?
¿Por qué de él os acordáis
en mis tristes desconsuelos?
Si entonces bebí el veneno,
a mi honor no le está bien
hoy el quererle también,
que es Carlos de dueño ajeno.)

(*Vanse las dos.*)

CARLOS. ¡Qué bien fingiste!
BITONTO. Señor,
no digo yo labrador
por tu gusto ser espero,
pero dueña y escudero,
con ser la cosa peor.
CARLOS. He querido disfrazarte
en mi casa de este modo,

Bitonto, para fiarte
todo cuanto temo, y todo
pretendo comunicarte.
Siempre las largas ausencias
dieron, amigo, licencias
a la juventud lozana,
porque venga a ser liviana
sin temor, sin resistencia.
Alguna criada mía
hablar de noche podría
con quien trata casamiento,
y el que lo mirase atento
por malo lo juzgaría.
(No es bien dar al que lo ignora
de maliciar ocasión
y piense que es la señora
la que está hablando a pasión
que dentro del alma mora.)
Podrá la Duquesa estar
descuidada en este medio.
Tú por mí te has de quedar
dando, Bitonto, el remedio,
con procurarle estorbar.
Mira y nota disfrazado,
pues te quedas en mi casa,
lo que advierte mi cuidado,
y avísame lo que pasa
para que esté asegurado.

BITONTO. Argos seré vigilante,
seré la misma lealtad;
no haya miedo que me canse
Mercurio con suavidad,
ni que Júpiter me espante.
Piedra seré en el secreto;
de todo te avisaré,
y en no recibir seré
como ministro perfeto
desde la cabeza al pie.
Parte, señor, descuidado
que harto seguirte quisiera
y no guardar el ganado
mujeriego, por ser fiera
que el infierno la ha engendrado.

CARLOS. Yo parto con gusto ahora.

BITONTO. Vete aprisa, y vente luego.

CARLOS. Por mi Elena el alma llora.

BITONTO. ¿Cómo ha de tener sosiego
quien tanto enredo atesora?

*(Vanse. Salen* CÉSAR, ARNESTO *y* LUDOVICO.)

ARNESTO. Antes de partir, señor,
de ti a despedirme vengo.

CÉSAR. Estimo, Arnesto, tu amor,
y a premiarte me prevengo
siempre con gusto mayor.

LUDOVICO. A lo mismo me ha traído
el respeto que te debo.

CÉSAR. Ya le tengo conocido,
porque, Ludovico, pruebo
en ti el amor más rendido.
¿Cuándo el Duque volverá?

ARNESTO. Eso el tiempo lo dirá,
que sus mudanzas y efetos
descubrirán los secretos
que la guerra ocultará.

LUDOVICO. Es tan valiente soldado,
que hasta sosegarlo todo
él no estará sosegado.

ARNESTO. Con su destreza y su modo,
¿qué vitorias no ha alcanzado?
Desde palacio salió
por el parque al muelle.

LUDOVICO. Ya
la falúa alegre se oyó.

ARNESTO. La noche llegando va
y el sol su luz escondió.
Partamos a embarcar,
porque zarpan las galeras.

CÉSAR. De los dos me he de acordar.

LUDOVICO. Adiós, César.

*(Vanse los dos.)*

CÉSAR. Penas fieras,
bien os podéis sosegar.
Amé a Elena y la perdí,
quise seguir su favor,
forzada ¡ay, Amor! la vi
en poder de ajeno amor
cuando le dió al Rey el sí.
Aunque no con los efetos
bien sé que me corresponde,
y que ha guardado respetos
al Rey, porque no me esconde
los más íntimos secretos.
Ya de Carlos el ausencia
me da la ocasión altiva;
aliéntese mi paciencia
y mi sentimiento viva
a manos de su clemencia.
Capa del amor desnudo
y de amorosos delitos,
sed mi defensa y escudo,
mis tormentos infinitos,
mirad con aplauso mudo.

No vuestro esplendor saquéis
entre luciente arrebol,
que de afrentas moriréis,
porque veréis mayor sol
y mejor luz miraréis.

(*Sale un* Criado *y dos* Músicos.)

Criado. Ya los músicos llegaron
y las guitarras templaron.

César. Comiencen luego a cantar.
¡Ah, quién pudiese cantar (1)
lo que mis ojos lloraron!

(*Cantan*)

"Si todo mi bien perdí,
¿para qué quiero la vida?
¿Para qué desea la gloria
quien sufre tantas desdichas?"

(*Sale* Elena *a la ventana.*)

Elena. ¿Quién a estas horas será?
Mas si es César, que ha venido
después que el Duque ha partido,
viviendo mi pena va.
Él sólo puede atreverse
a llegar a estos umbrales,
porque él sólo de mis males
puede, al fin, enternecerse.
Mas quiero ahora escuchar
y asegurarme mejor.

César. Decidle mi firme amor.
Volved de nuevo a cantar.

(*Sale* Bitonto *a una ventana baja, con tocador y una tranca.*)

Bitonto. Desde aquí pienso escuchar
lo que en esta calle pasa,
y así el honor de esta casa
centinela he de guardar.
Apenas al mar se entrega
Ulises, que le contrasta,
cuando a Penélope casta
turba una alcahueta griega.
Mi amo apenas salió,
cuando hay sombras a la puerta
de quien su entrada concierta.
Mas ¿qué puerta Amor no abrió?
¡Oh! ¡quién bajando pudiera
con más secreta invención
matar aquéstos, que son
causa de pena tan fiera!

Mas hoy secreto he de ser.

César. Ya al balcón salió mi bien.
Cantad músicos, también,
que ya llega a amanecer;
saludad como las aves
a esta aurora celestial,
decildes tiernos mi mal
con los acentos süaves.

(*Cantan.*)

"Ya no tengo que temer,
pues en tan dulce conquista
conocí tu voluntad,
que es cadena de la mía."

(*Sale el* Rey, *de noche.*)

Rey. Ya Carlos navega el mar,
ya miro la obligación
que le tiene mi afición
y es justa cosa el pagar.
Por él su casa he guardado
y por él guardarla espero.
Allí hay hombres. Aquí quiero
ver lo que pasa embozado.
A buen tiempo habré venido,
y fué el venir provechoso.

César. Cantad a mi sol hermoso
cómo en miralla he vivido.

(*Cantan.*)

"El alma puede esperar,
pues el cielo de tu vista
le asegura la bonanza
en tormentas tan prolijas."

César. ¿Cómo, Elena, he de llegar
si no puede el sentimiento
referirte mi tormento
ni mis penas declarar?

Elena. ¿Y quién te podrá decir
lo que siento en tanto amar?
¿Quién, dime, podrá contar
este perpetuo morir?

Rey. (César es ¡válgame el Cielo!
que así ofende mi opinión
con descubierta traición
y declarado desvelo.
Quién soy no podrá saber,
que la voz he de mudar.)
Caballero, este lugar
no debes de conocer.
Del Duque las casas son,
y dar música en su ausencia
con tan pública licencia
es de villana intención.

(1) Así en los dos textos, pero quizá deba decir "borrar", "olvidar" o cosa parecida.

Porque soy de ellas vecino,
del sol bello en los ocasos,
a detenerte los pasos
con valor me determino.
No digo criada yo,
pero a una esclava, no es justo
que mire aplaudiendo el gusto
quien de ofenderle pensó.

CÉSAR. ¿Eres guarda, o eres dueño
de esta casa? ¿De esta suerte
lo preguntas?

BITONTO. (Vela, advierte,
que no te rindas al sueño.)

REY. Si alguna criada adoras,
¿por qué le inquietas su casa?
Porque del límite pasa
con que su opinión desdoras.
¿No conoces el amor
que le tiene el Rey?

CÉSAR. ¡Villano!,
¿quieres que con esta mano
te deshaga mi furor?
¿Cómo corre por tu cuenta
defender este lugar?

REY. Un vecino ha de guardar
la casa del que se ausenta,
y avisarlo sabré al Rey
cuando prosiga tu error,
porque muestra su rigor
con su justicia y su ley.

BITONTO. (¡Por Dios! que mi amo tiene
quien le defienda la casa.)

ELENA. (Aquí alguna traición pasa
que algún amante entretiene.)

BITONTO. (Grande traición a ver llego;
mas yo estoy con tal aviso,
que defiendo el paraíso
con una tranca de fuego.
¡Qué bien el Duque recela!
Mas si es él, que por su calle
anda en pena hasta que halle
de su honor la centinela;
pero yo entre tanto, ufano
de mostrarle eterno amor,
seré grulla de su honor
con un guijarro en la mano.)

CÉSAR. (¿Quién puede ser quien ha habla-
¿Mas si Carlos no se ha ido? [do?
¿Mas si la ausencia ha fingido
por ver de Elena el cuidado?)
Poco derecho imagino
que Carlos en ti traspasa
para defender su casa,
pues no eres más que un vecino.—
Volved a cantar. Cantad
mis recelos y desmayos.

(*Meten manos todos contra el* REY.)

REY. De mi fuerte acero rayos
probad, villanos, probad.

(*Entranse acuchillando.*)

CÉSAR. A tu furia me opondré.

REY. Y tú mi rigor verás.

CÉSAR. Tú mis rayos probarás
donde mi rigor se ve.

(*Vuelve a salir* CÉSAR *y los* MÚSICOS.)

CÉSAR. Otra vez vuelvo a tus luces,
porque en mi dolor mortal
a ser en él inmortal,
bella Elena, me reduces.
Vuelvan las voces y el canto
a decirte mi pasión,
porque ya mi corazón
escollo es de un mar de llanto.

(*Sale el* REY.)

REY. La voz primera ¡traidor!
no ha bastado a persuadirte,
pues ya quiero reducirte
a que pruebes mi rigor.

(*Vuelven a acuchillarse, y vanse.*)

BITONTO. (Ya los sigue y los alcanza
y ya les da pan de perro.)

ELENA. (¿Cómo el temor no destierro?)

BITONTO. (¡Qué bien entre ellos se lanza!
¡Oh, embozado más valiente
que de tres no hiciste caso!
¡Por Dios, que alargaba el paso
el amador penitente!
[¡Oh,] hideputa, bellaco!
¡Qué de estocadas que tira!
¡Qué bien a los tres retira!
¡Por Dios, que hace en un saco
que quepan honra y provecho!
¡Por Dios, que lo pasan mal,
aunque lleve cada cual
un suegro puesto en el pecho,
porque entre las tres espadas
tan rayo se arroja airado,
que parece que le ha dado
perlesía de estocadas!
¡Oh, quién supiera el que ha sido
aquel divino valor

de quien, con tener amor,
los tres hombres han huído!)

ELENA. (¡Ah, quién ahora supiese
quien me causa este dolor,
porque treguas al temor
dar mi tristeza pudiese!)

BITONTO. (Al Duque voy a escribir
este suceso fatal.)

ELENA. (Yo me entro, porque en mi mal
todo es penar y morir.)

(*Vanse. Sale* JULIO.)

JULIO. Vuestra majestad, señor,
sosiegue el pecho turbado,
porque le miro alterado
con más notable rigor.

REY. Nadie sepa que he salido,
y dame otra capa luego.
Traigan luces.

JULIO. Yo voy.

REY. Ciego
de más cólera he venido.

(*Sacan un bufete con luces y otra capa.*)

Si César viene podrás
decirle que le he esperado,
y para escribir recado
también ahora traerás.
Cuando con César me vieres,
dadme cerrado un papel.

JULIO. Y ¿qué he de escribir en él?

REY. Escribe a mujeres,
a César escribe; yo
solamente he de leer;
sea en blanco. Tú puedes ver
lo que te advierto; mas no,
escribe lo que gustares,
y al dármelo aquí dirás,
cuando con él me verás,
porque en mi afecto repares,
que un vecino te lo dió
de estas casas centinela.

JULIO. Yo voy.

REY. Y con tal cautela
mi secreto se encubrió.

(*Sale* CÉSAR.)

CÉSAR. ¡Por Dios, que fuí desgraciado!
¡Qué enemigo tan valiente
se opuso a mi amor ardiente
por que muriese afrentado!
¡Ah, Elena, luz peregrina,
encanto de mi pasión,
moriré por tu ocasión,
pues a la muerte me inclina!
No temeré de hoy más
cualquier contrario ofendido,
que al verte seré atrevido,
pues valor me infundirás.
Por ver al Rey he venido,
que sino en la calle fuera
quien el alba hermosa viera
llena de aljófar lucido.
Pero allí escribiendo está.

JULIO. Rato ha que el Rey, mi señor,
te espera.

CÉSAR. ¿A mí? ¡Ah, rigor,
de quien muere y pena ya!

(*Llégase al bufete.*)

¿Qué manda tu majestad,
pues aquí tienes tu hechura?

REY. (Mi sufrimiento se apura.) (*Aparte.*)
Ese retrete cerrad.—

(*Vase* JULIO.)

¿De dónde vienes?

CÉSAR. Señor,
lejos de palacio vengo,
y como en servirte tengo
firme y puntual amor,
de priesa ahora he venido.

REY. Por gran contento tuviera
que lejos de aquí viniera
quien cerca de aquí ha venido.
Vuele la garza, el neblí,
haciendo puntas al cielo,
que así luce su desvelo
y es mejor vitoria así.
El cazar dentro del nido
a las aves no es valor,
buscarlas en lo interior
del monte más escondido
es gallarda valentía.

CÉSAR. No entiendo a tu majestad.

REY. Dentro de casa es maldad,
fuera de ser cobardía.

CÉSAR. Confuso estoy de manera
que no acierto a responderte.

REY. Siempre ha sido mejor suerte
fatigar mucho la fiera
que de ella alcanzar vitoria
del puesto cerca, y no lejos,
que son las penas espejos
donde se mira la gloria.

CÉSAR. En la más grave atención
con que escucharte procuro,

si a responder me aseguro
me causa más confusión.

(*Sale* JULIO.)

JULIO. Un vecino me dió agora
este papel de secreto.

CÉSAR. (Amor, ¿cómo tu respeto (*Aparte.*)
mis escarmientos desdora?)

(*Abre el* REY *el papel.*)

REY. Un vecino cuidadoso
me dice en este papel.

CÉSAR. (¿Hay tormento más cruel? (*Ap.*)
¿Hay dolor más riguroso?)

REY. ¿César?

CÉSAR. (Enigmas propone (*Aparte.*)
con la vista y la palabra.)

REY. ¡Ah, César, tu infamia labras!

CÉSAR. (A matarme se dispone.) (*Aparte.*)

REY. Mucho se deben honrar
a los vasallos ausentes
que hacen las glorias presentes
de quien llega a gobernar.
Sangre derraman allí
para volver por mi honor,
que el Rey guardarle mejor
habrá de saber aquí.
Lo que ahora te he advertido
por metáfora y rodeos,
te descubren mis deseos
y te declara el sentido.
Aunque eres tú mi sobrino
y aunque heredes mis Estados,
en premiar a los soldados
yo soy el mejor vecino.

(*Vase.*)

CÉSAR. Cuanto más se declaró
menos entiendo en mi pena,
lo que a morir me condena
y lo que Amor me estorbó,
si el vecino le avisó.
Él lo dijo, puede ser;
mas no, que no pudo haber
lugar para que avisase
lo que mi bien estorbase (1)
con tan no visto poder.
¿Yo cobarde en la ocasión
en que Amor dichas señala
a quien el sol mismo escala
con amorosa pasión?
Ventura es la perdición,
gloria es la pena más fuerte; (1)
sigamos, pues, alma mía,
con generosa porfía
lo que es mi dicha y mi suerte.

(1) Falta en *A* este verso.

## JORNADA TERCERA (2)

(*Salen* ELENA *y* LUCRECIA.)

LUCRECIA.

Después que tus dolores
aumentaron de ausencia los rigores,
deseo saber, Elena,
si halla sosiego tu prolija pena.

ELENA.

No del Duque la ausencia
me causa el daño, amiga;
de César el amor me le ha causado,
a quien en más violencia
es bien que mi fe siga
en tan penoso y miserable estado,
que pues permite el hado
desdicha semejante,
en eternos dolores
pretendo ser amante,
aunque los ven mayores,
que así tendrá mi fuego,
muriendo amando, en él mayor sosiego.
Del Duque los amores,
los regalos y fiestas
con que quiso obligarme,
unos fueron rigores,
otros, penas funestas
a quien no pudo el tiempo sujetarme,
pudieron, sí, aumentarme
el tormento penoso,
la desdicha más grave,
el dolor riguroso
de mis sentidos llave,
que el alma abrió la puerta
para que a César siempre quede abierta.
Una noche que quiso
decirme su tormento,
en tan arduos desvelos,
para ver mi Narciso,
salió al paso el contento,

(1) En ambos textos falta a la décima un verso que rime con éste.
(2) En *B*, "ACTO TERCERO".

perdiendo los recelos.
¡Ay, tristes desconsuelos!
Apenas llegué a velle
cuando fuí destinada, (1)
y llegando a perdelle,
con el alma y la vida,
por unas cuchilladas,
fuí Argos en seguille las pisadas.

LUCRECIA.

Mucho siento tu pena
y más tu afrenta siento
con que al honor infamas.
Rómpase la cadena
de tu grave tormento,
porque eso que amor llamas,
con que tu amor disfamas,
es ofensa alevosa.
El Duque te adora;
es vileza afrentosa,
cuanto tu alma llora.
¿No te advierte el sentido
que el Condestable, Elena, es tu marido?

(*Entra un* CRIADO.)

CRIADO. El Rey viene a visitarte.
ELENA. ¿Qué dices?
CRIADO. Agora sube.
ELENA. Siempre temiéndolo estuve.
LUCRECIA. Es novedad el hablarte.

(*Sale* BITONTO.)

BITONTO. (¿A qué habrá venido el Rey
a casa? Quiero acechar.)

(*Sale el* REY.)

ELENA. Por merced tan singular
beso tus pies.
REY. Esto es ley.
BITONTO. (Esto es cumplir con mi amo;
nadie me apriete a decillo,
que diré, viendo el cuchillo,
Fuenteovejuna me llamo.
Para negallo mejor
diré que Iglesia me llamo,
porque he de ser por mi amo
mártir y no confesor.
No hay que temer que lo diga,
que, aun queriéndome enterrar,
los gusanos me han de hallar
secretos en la barriga.)

(1) Así en los dos textos.

REY. Siéntate, Elena, y sabrás
por qué a tu casa he venido.
BITONTO. (Porque falta su marido,
quién duda que le dirás;
que ha venido el mismo día
porque quiere su insolencia,
en esta penosa ausencia
hacerla más compañía.
No dirán, pues tales son
las visitas que han venido,
que de un villano han tenido
tan maliciosa lición.
Vara he de ser de alguacil
si eres caña de pescar,
por que te puedas quejar
que te ha perseguido un Gil.
Yo publicaré tu fe
y lo que honras esta casa,
y lo que en su honra pasa
a mi amo le diré.) (*Aparte.*)
REY. ¿Quién es este labrador?
BITONTO. Un hombre no muy labrado,
porque solo me han dejado
por guarda de esta labor.
REY. ¿Qué dices?
BITONTO. Que en los yerros
de muchos surcos que sigo,
cuando espero coger trigo
temo que me nazcan berros.
(Mas yo le saldré al atajo
avisando a mi señor,
que al fin fin só labrador
y cómo de mi trabajo.
Espía soy y adalid
que cuanto pasa he de ver,
porque más justo he de ser
que no las calzas del Cid.)
REY. Al Duque obligado estoy
por su amor y su obediencia,
y así he querido, en su ausencia,
honrar estas casas hoy.
Para avisalle después
de tu salud, he querido
informarme de ti.
ELENA. Ha sido
grande el favor. (Mas ¿si es (*Ap.*)
porque a Lucrecia desea
y viene a verla en mi casa?)
LUCRECIA. (¿Si el Rey de amores se abrasa
y en Elena los emplea?) (*Aparte.*)
REY. Hanme dicho, Elena hermosa,
que en tu casa una criada.

del amor libre prendada,
habla de noche. Esto es cosa
que da mucho que celar,
y más cuando ha permitido
que le den música; ha sido
mucha licencia de amar.
Por mí el Duque está ausente,
y es justo que yo por él
pague con amor tan fiel
estando mi fe presente.

LUCRECIA. (¡Qué prudencia y qué valor! (*Ap.*)
Sin duda el Rey ha sabido,
y, como cuerdo, ha fingido
de la Duquesa el amor.
Honrosa correspondencia
muestra con Carlos tener,
pues a celar y a temer
llega por él en su ausencia.)

BITONTO. (¡Por Dios, que ha salido el cuento
diferente de lo que era!
Yo pensé que amante fuera
y es guarda de mi convento.
¡Por Dios, que es cosa graciosa
lo que a su fe corresponde,
viendo que en su pecho esconde
otra guarda cuidadosa!)

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Agora vino un correo
con estas cartas del Duque.

BITONTO. Todo mi amor se zabuque
en el mar de mi deseo.

REY. Esta viene para ti,
porque dice el sobre escrito
"A mi esposa".

ELENA. No permito
gozo al bien que conocí.

(*Lee la carta.*)

REY. "Después que llegué, señor,
una vitoria alcancé;
de mucha importancia fué,
y otra espero que es mayor.
Porque sólo a Catanzaro
y Ríjoles no he venido.
No me pongas en olvido,
pues eres, señor, mi amparo."
¿Hay soldado más famoso?
¿Hay vasallo más leal?
¿Hay hombre más principal?
¿Hay Rey como yo dichoso?
Tanto a Carlos he estimado,
que el que a su honor se atreviere,
como si al mío ofendiere
será de mí castigado.
El que intentare ofendelle
que ofende a mi amor advierta,
y ha de entrar por esta puerta
cuando alguno le atropelle.
Quédate, Elena, con Dios,
y advierte que el Duque ha sido
el que sólo ha merecido
seamos uno los dos.

(*Vase.*)

ELENA. Suspensa el Rey me dejó,
y en lo que dijo confusa.

LUCRECIA. (No ha de hallar Elena excusa (*Ap.*)
en lo que el Rey la advirtió.)

BITONTO. Ello es bueno a toda ley
lo que al fin te ha aconsejado.
¡Pardiez, ama, que ha mostrado
tener buen caletre el Rey!
Él debe de ser prudente,
pues que dice en cierta cosa
que está la fe peligrosa
estando el marido ausente.

ELENA. Pues el sol se va poniendo
aquí te puedes quedar,
que estar sola da lugar
a que te lo niegue.

LUCRECIA. Entiendo
que daré incomodidad,
y así me darás licencia
de ir a mi casa.

ELENA. Inclemencia
ha de ser en tu amistad.

LUCRECIA. Mira la carta y responde,
que yo quedaré contigo.

ELENA. (Hacerla quiero testigo
del dolor que el pecho esconde.
Quedándose aquí Lucrecia,
cuando hablar me vea en rigor,
diré que es ella. ¡Ay, Amor,
tu ley a todos desprecia!)
Dice así la carta: "Elena,
después que en la guerra estoy,
batallando siempre voy
con mi temerosa pena.
Rebeldes castigo aquí;
mas no puedo castigar
la rebeldía del Cesar
y lo que he adorado en ti.
Presto me verás vencer
cuando llego a pelear,

porque me alienta el amar
y el deseo de volver."
(Si entre los muertos quedaras *(Ap.)*
mejor nueva me trujera
esta carta lisonjera
llena de ponzoñas claras.)
Voy, Lucrecia, a responder
y luego a buscarte vengo,
pues que tal huéspeda tengo
menos pena he de tener.

*(Vase.)*

BITONTO. (Pues que soy leal criado
y yo no me he de pudrir,
quiero a mi amo escribir
todo aquesto que ha pasado.
Relación será infinita
de lo que pasa en su ausencia,
hasta que me dé licencia
el Rey para tal visita.)

*(Vase.)*

LUCRECIA. ¡Que Elena juzgue a desdicha
lo que el alma deseó
y aborrezca lo que yo
tuviera por mayor dicha!
¿Qué dices, Lucrecia? Advierte
que a tu sangre honrosa infamas;
no descubras, no, las llamas
que pudieron encenderte.
A Carlos ha dado dueño
el Cielo, ¿qué es lo que intentas?
¿Cómo a tu valor afrentas?
Rindiendo me voy al sueño.
Quiero en esta silla agora,
hasta que aquí vuelva Elena,
sosiego dar a mi pena
*(Échase a dormir.)*
y alivio a un alma que llora.
¿Qué es lo que sueña mi amor?
¡Carlos mío, Duque amado,
cómo se turba el cuidado
de mi esperanza al temor!
¿Los brazos me das? ¿Qué espero?
¡Llega a abrazarme! ¡Desvía,
que no eres tú prenda mía
cuando en mi mal desespero!

*(Sale BITONTO.)*

BITONTO. Soñando está. Quiero oír
lo que habla el corazón.
LUCRECIA. Lucrecia soy, mi afición.
BITONTO. ¿Aquesto puedo sufrir?
LUCRECIA. Carlos Carrafa mi dueño...
BITONTO. ¿Aquesto dices agora?
LUCRECIA. Que me ha de servir...
BITONTO. Señora,
esto no parece sueño.
LUCRECIA. Deja que llegue a tus brazos,
pues yo por tu honor peleo.
BITONTO. Descubriré su deseo
con más cautelosos lazos.
LUCRECIA. ¿Quién me llama?
*(Despierta.)*
BITONTO. ¿Discurrías
a solas?
LUCRECIA. Tirso, ¿qué dices?
BITONTO. Agora te contradices.
¿No hablabas cuando dormías?
LUCRECIA. Que te engañas te confieso.
BITONTO. ¿Quieres ver mi carta?
LUCRECIA. Quiero
con gusto escucharla.
BITONTO. Espero
que de él perderás el seso.

*(Lee BITONTO la carta.)*

"Desde que te fuiste, señor, no parece que te has partido, porque no pareces ausente. La ausencia dicen que causa olvido, y no he visto mayor memoria, porque se acuerdan mucho de ti. Ven pronto, antes que no sea menester, porque eres menester mucho. Dios te guarde."

¿Has visto carta como ésta?
LUCRECIA. Discreta está.

*(Sale ELENA.)*

ELENA. En ésta escribo
que ya a tu gusto apercibo
al Duque breve respuesta.
Esta carta toma, y luego
a palacio partirás.
Tirso, dime, ¿no sabrás
hacer esto que te ruego?
BITONTO. ¿No está claro que sabré
si sé lo que pasa y todo?
(Porque yo lo sé de modo *(Ap.)*
que lo que callo diré.)
ELENA. A César tengo de hablar
esta noche en cierta pena.
LUCRECIA. Mucho voy temiendo, Elena,
lo que puede resultar.
ELENA. Resuelto tengo mi amor.
LUCRECIA. Algún pesar adivino.

BITONTO. Si yo no yerro el camino,
presto sabré aqueste error.

(*Vanse. Sale* CÉSAR, *de noche.*)

CÉSAR. Pisando tus sombras frías
¡oh, noche! con pie cobarde,
en mis ardientes porfías
salgo a ver mis bienes tarde
por deslumbrar las espías.
Ya la triforme Diana
sube el carro diamantino,
no como el alba de grana
cuando su puro camino
va anunciando la mañana,
sino de luces más bellas
entre glorioso arrebol,
para competir con ellas
sol a luz y luz al sol,
siendo luces sus estrellas.
Si cuando busco sosiego
en tu jornada luciente
abrasándome en el fuego
de una adoración ardiente
adonde la vida anego,
¿por qué descubres mi amor?
¿Por qué mis penas no ocultas?
¿Por qué declaras mi ardor?
¿Cómo en mi mal no sepultas
por que goce el bien mayor?
Si entonces fuí conocido
y si entonces agraviado,
si del Rey reprehendido
y de su rigor tratado,
¿cómo, ingrato, mal nacido,
en esta noche podrás,
noche obscura o noche clara,
porque mejor luz verás
cubrir de horrores tu cara,
porque así me encubrirás?
Goce ahora la ocasión
que me estorbó la desdicha.
Oiga Elena mi pasión,
su sombra aliente mi dicha,
su obscuridad mi afición.
El puesto quiero mirar
por si hay en la calle alguno.
Tarde es, no hay que recelar;
mas no parece ninguno,
que es hora de descansar.
Antes que el nuevo candor
desde la cuna de Oriente
saque Febo con fervor
y antes que haga el Occidente
sombra a su puro esplendor,
a mi dueño quiero hablar
y la seña quiero hacer.

(*Da con la espada en el suelo, y sale* ELENA *al balcón.*)

ELENA. La espada es aquella. ¡Oh, Amor,
cuánto fuerza tu poder,
cuánto puedes obligar!
CÉSAR. El balcón abren. ¡Ay, Cielos,
parad, parad un instante
los distintos paralelos!

(*Sale el* REY.)

REY. Yo soy sombra del Infante,
cuidadoso en mis recelos.
Aquí, pues la noche da
para esconderme ocasión,
quiero encubrirme.
ELENA. ¿Está
en la calle mi pasión
y quien mi dueño será?
CÉSAR. En la calle estoy, señora,
esperando en tu beldad
lo que mi esperanza adora.
REY. (¡Qué descubierta maldad!
¡Cómo a su sangre desdora!)
ELENA. ¿Y habrá en la calle quien sea
de nuestros bienes espía
por que el delito se vea?
Aunque en amor, quien porfía,
vence guardas de Medea.
CÉSAR. ¿Quién tus cuidados desvela?
Nadie en esta calle siento.
ELENA. No haya alguna centinela.
CÉSAR. Esto fué fingido.
REY. (Atento
mi amor por el Duque vela.)
CÉSAR. ¿Qué dices?
ELENA. Que estoy muriendo.
¿Y tú?
CÉSAR. Que estoy adorando.
ELENA. ¿A quién?
CÉSAR. A quien me está oyendo
y por quien estás penando.
ELENA. Por lo que quise viviendo.
CÉSAR. Luego ¿no estás viva?
ELENA. No.
CÉSAR. ¿Cuándo perdiste la vida?
ELENA. Cuando un poder le rindió
a quien [fué] de ella homicida

para que muriese yo.
CÉSAR. De ser mía prometiste;
muerta no lo has de cumplir.
ELENA. Quise, en el bien que perdiste,
ver la muerte con vivir,
porque en ti mi vida asiste.
CÉSAR. ¿Que eres, en fin, de otro dueño?
ELENA. Al Duque sólo desdeño.
CÉSAR. ¿Y ansí?...
ELENA. Por tu causa agora
desdichas el alma llora,
que fué de tu amor empeño.
REY. (Será estorbarlo razón,
porque cuanto lo dilato
tanto afrento mi opinión
y soy con el Duque ingrato
si hago pasar la ocasión.)
CÉSAR. ¿Qué remedio he de tener?
ELENA. En mi firmeza esperar.
CÉSAR. ¿Cómo, Elena, he de poder?
ELENA. Yo el modo sabré buscar.
CÉSAR. Y yo sabré padecer.
ELENA. ¡Si al Duque diesen la muerte!
CÉSAR. ¡Qué contento que sería!
ELENA. ¡Qué dicha!
CÉSAR. ¡Qué buena suerte!
Y aunque no muera.
ELENA. Porfía.
CÉSAR. ¿Que podré amando vencerte?
ELENA. Vencida me tienes ya.
Mas lograrás tu deseo.
CÉSAR. Espera.
ELENA. ¿Qué?
CÉSAR. Mira.
ELENA. El va
con temor.
CÉSAR. ¿Quién?
ELENA. En mi empleo
el honor que voces da.
CÉSAR. Sigue el gusto.
ELENA. Ya le sigo.
CÉSAR. ¿Forzaron tu voluntad?
ELENA. Sí, César.
CÉSAR. ¿Vienes conmigo?
ELENA. Sí. ¿Qué aguarda mi lealtad?
CÉSAR. Pues ya el alma va contigo.

*(Hace que van a entrar.)*

REY. ¡Tente, atrevido, detente!
CÉSAR. ¿Eres fantasma o ilusión?
Déjame ahora.
REY. No intente
tu alevoso corazón
otra mentira aparente.
¡Vive Dios que he de matarte!
CÉSAR. ¿Así mi valor infamas?
REY. La vida sabré quitarte.
CÉSAR. Verteré encendidas llamas.
REY. Con ellas sabré abrasarte.

*(Éntranse acuchillando.)*

ELENA. ¿Hay desventura mayor?
Si es el Duque quien lo ordena,
temeroso está mi amor.
¡Ay, César! ¡Ay, dura pena!
¡Ay, desdichas! ¡Ay, rigor!

*(Sale CÉSAR turbado, con la espada desnuda.)*

CÉSAR. La luz te ha dado la vida,
que a no encontrarla primero
tú la vieras más rendida
a mi formidable acero.
ELENA. ¿Es César?
CÉSAR. Prenda querida,
esto a mi pecho constante
para mi agravio apercibe.
Sin duda aqueste es tu amante,
que el amante, donde vive,
vive con fe semejante.
Celoso y resuelto vengo
de morir o de vencer;
muchas sospechas prevengo.
¿Quién imperio ha de tener
de estorbarme?
ELENA. Si detengo
a tu voz con replicarte,
será culpa conocida.
No es término de obligarte
tener la fe dividida,
y el amor en otra parte
asegura los recelos.
CÉSAR. Celos me causan enojos
ELENA. Pierde, César, los desvelos,
porque no serán despojos
de sospechas y de celos.

*(Sale el REY.)*

REY. (Otra vez sigo los pasos
de este alevoso traidor.)
ELENA. Más venenos en más vasos
me va apurando el Amor,
siendo de ventura escasos.
CÉSAR. Ruïdo en la calle siento.
ELENA. Asegura tu cuidado.
CÉSAR. Celoso está mi contento.
ELENA. Para que esté asegurado

quiero aliviar su tormento.
Por que no te vean podrás
hablarme por el jardín;
con esta llave abrirás,
y, para glorioso fin,
tus deseos lograrás.
Confieso que mi valor
ha resistido a tu amor
en mis sentimientos graves;
ya vencistes, pues la llave
te he entregado de mi honor.

CÉSAR. Besaré la blanca arena
que me concede pisar
tu belleza, amada Elena;
esta llave me ha de dar
la dicha de (1) glorias llena.

REY. (Aquí Carlos ha de ver
que su honor supe guardar;
quien soy ha de conocer,
porque pretendo estorbar
cuanto le pudo ofender.)

CÉSAR. La llave, Elena, rompí.

ELENA. Entra, y ciérrate la puerta.

CÉSAR. Yo voy.

ELENA. Yo bajo.

CÉSAR. Vencí.

REY. Pues quedó la puerta abierta,
tras él quiero entrarme allí.

*(Entrase el* REY *tras* CÉSAR. *Sale* CARLOS.)

CARLOS. Antes de entrar vencedor
al Rey veré de secreto
por ser mi dueño y señor,
aunque me pone en aprieto
un recelo de mi honor.
A mi casa he de llegar
entrando por el jardín.
Celoso vengo en amar,
y temo a mi honor al fin,
que es lo que supe estimar.
Ya llego. ¡Qué mal agüero!
Abierta la puerta está.

CÉSAR. *(Dentro.)* Por tu causa, mi bien, muero.

CARLOS. Dentro es la voz. ¿Qué será?

REY. *(Dentro.)* Morirás.

CARLOS. ¡Ay, Dios! ¿Qué espero?

CÉSAR. *(Dentro.)* ¡Elena del alma, Elena!

CARLOS. "Elena" repite. ¡Ay, Cielos!

CÉSAR. *(Dentro.)* Con tu nombre...

CARLOS. ¡Qué gran pena!

(1) En *A*, "en".

CÉSAR. Acabarán mis desvelos
de tu amorosa cadena.

CARLOS. ¿Qué suspensión me detiene?
¿Qué presagios me acobardan?
¿Dónde está el valor? ¿No viene?
Mis ardides ¿cómo tardan?
Sólo morir me conviene.
Pero esfuércese el valor,
aliéntese mi sentido,
porque en dudas del honor
siempre quedaré ofendido
si no descubro el error.

*(Sale el* REY *con* CÉSAR *muerto en los brazos.)*

Entro, pues.

REY. ¿Quién va?

CARLOS. ¿Quién es?

REY. ¿Quién lo pregunta?

CARLOS. ¡Ah, traidor,
dentro en mi casa no estés!

REY. ¿Tuya es la casa?

CARLOS. ¡Ah, dolor!

REY. ¿Que estoy en ella no ves?

CARLOS. Pues ¿cómo estás en mi casa?

REY. Porque soy la guarda de ella.

CARLOS. El alma en fuego se abrasa.
¿Así mi amor se atropella?
Esto en mis desdichas pasa.
Haréte, infame, pedazos,
y por ese abierto pecho
veré esos infames lazos.

REY. ¿Quieres tú con este muerto
ocupar entrambos brazos,
duque Carlos?

CARLOS. ¡Rey, señor!
¿tú en mi casa de esta suerte?

REY. Yo, Duque, con tal rigor
he dado, con esta muerte,
eterna vida a tu honor.
¿Venciste, en fin?

CARLOS. He vencido,
y de secreto venía
a referirte...

REY. Yo he sido
de tu lealtad guarda y guía.

CARLOS. Las vitorias que he tenido.

REY. Cuando al contrario has vencido,
para premiar tu memoria,
guarda de tu honor he sido;
esta es, Carlos, mi vitoria,
por la que tú allá has tenido.
Allá, tú, con más valor

ensalzaste mi corona;
yo acá guardando tu honor;
porque ofendió tu persona,
de César maté el error.
La que te llegó a ofender
bien pudiera castigar,
pues que tuve igual poder;
mas vinieras a quedar
con deshonra y sin mujer.
Dentro queda la Duquesa,
pues que tus iras provoca,
venga aquesta infame empresa,
que ya lo que a mí me toca
este muerto lo confiesa.
Maté a César, en efeto,
porque te pudo agraviar;
calla aqueste fiero aprieto,
y, mientras lo oculta el mar,
guarda tú también secreto.
Al ver que era mi sobrino
pude dudar y temer;
pero en tu ausencia imagino,
Duque, que llegaste a ver
que fuí yo el mejor vecino.
César, en fin, no ha ofendido
tu honor, porque entre su empresa
quedó muerto y detenido,
bien que fué de la Duquesa
pensamiento consentido.
Pues si la noche primera
que esto estaba concertado
César no entró, ni pudiera,
tu honor no queda manchado,
aunque por ella pudiera.
Quédate a considerar
la venganza que has de hacer;
mira lo que has de vengar,
si él no te pudo ofender
y ella lo llegó a intentar.

(*Vase el* REY.)

CARLOS. Ya mi agravio averigüé;
lo que al partir recelé,
temeroso en mi dolor,
pudo mostrarme el valor
de Federico en la fe.
Matar a Elena es forzoso,
pues él mató [a] su sobrino.
¡Muera el término alevoso
por que halle mi honor camino
para no estar receloso!
A vengarme parto airado,
para que con este medio
quede el reo castigado,
mi deshonra con remedio
y yo con su muerte honrado.

(*Vase, y sale* LUCRECIA *y* ELENA *turbadas, y* ELENA *con candelero y una vela en la mano.*)

LUCRECIA. ¿Qué tienes, hermosa Elena?
¿Cómo te miro turbada?
ELENA. No puedo decir mi pena,
que tengo la lengua atada
con temerosa cadena.
LUCRECIA. ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?
ELENA. ¡Ah, César! ¡Pierdo el sentido!
LUCRECIA. ¿Qué hubo?
ELENA. A todo mi bien...
LUCRECIA. Acaba, dilo también.
ELENA. Dieron la muerte.
LUCRECIA. ¿Perdido
está el honor que has guardado?
¿Cómo? Dime tu cuidado.
ELENA. Porque mi amor le concede
el premio que busca.
LUCRECIA. ¿Puede
contra el Duque haberle dado?

(*Sale* CARLOS.)

CARLOS. Todas las puertas abiertas;
desierta toda la casa.
¡Mis desdichas fueron ciertas!
ELENA. Esto, amiga, es lo que pasa
en mis esperanzas muertas.
CARLOS. Este es el retrete. Aquí,
sin duda, Elena ha de estar.
Viéndola estoy ¡ay de mí!
Pero a dos quiero escuchar,
pues que dos están allí.
ELENA. Quise a César.
LUCRECIA. También yo
a Carlos quise; mas luego
que a ti su mano te dió,
fué templado el libre fuego
que en mi alma se encendió.
CARLOS. ¡Oh, cuánto mejor me fuera
que con Lucrecia casara!
ELENA. Remedia mi pena fiera.
LUCRECIA. ¿Cómo he de poder?
ELENA. Repara
en lo que digo.
LUCRECIA. Quisiera
remediar tanto dolor.
ELENA. Tú no eres casada, amiga;

di que César por tu amor
vino esta noche.

CARLOS. No siga
otra infamia mi valor.

ELENA. Dirás que para quererte
te habló en la calle, y así
vendrás a excusar mi muerte.

LUCRECIA. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ELENA. Esto pueda enternecerte.

LUCRECIA. La vida y cuanto tendré
puedo dalle por tu amor.

ELENA. Estimo, amiga, tu fe.

LUCRECIA. Pero, Duquesa, el honor,
claro está que no podré.
Si tomaras mis consejos
más seguridad tuvieras.

CARLOS. Cerca estoy con estar lejos.

ELENA. Matadme, pasiones fieras,
en mis cuidados perplejos.

LUCRECIA. ¡Que el Rey a César matase!
Fué leal en su promesa.

ELENA. ¡Que su sangre derramase!

LUCRECIA. De su desgracia me pesa.

ELENA. ¡Que con vida me dejase
para sentir, para ver
tantos males, tantos daños;
pero en tanto padecer
mátenme los desengaños,
por que me puedan vencer!

CARLOS. Quede en jaspes, Federico,
tu nombre y tu fama impresa.
A la venganza me aplico,
porque en tan honrosa empresa
¿cómo al temor no replico?

ELENA. ¿Cómo vienes?

CARLOS. ¡Aspid fiero,
que me hechizas, que me encantas!
¡Muere, infame!

ELENA. Espera.

(*Métela dentro, y* LUCRECIA *tras ella con la luz.*)

CARLOS. (*Dentro.*) Espero
que mueras.

ELENA. ¡Desdichas tantas,
alegre en mis penas muero!

(*Vuelve a salir* CARLOS.)

CARLOS. Ya murió, dando en su vista
al sol lucidos desmayos,
al Cielo mejores rayos
y a Carlos mayor conquista.
Asista mi amor, asista
a detener mi furor,
que puede tanto el dolor,
conocido en mi tormenta,
que perdonara la afrenta
porque viviera el amor.
Ya de rayos coronado
del día se ve el farol;
bien es que saliendo el sol
me vea el mundo más honrado.
En la noche vi agraviado
mi decoro y mi valor;
véame el día con honor,
para que entre agravios tales
vaya aliviando mis males
y sosegando el dolor.

(*Sale* ARNESTO.)

ARNESTO. Su majestad viene a verte,
que por el parque ha pasado,
sabiendo que habías llegado.
Ya llega.

CARLOS. ¡Qué gran[de] suerte!

(*Sale el* REY, LUDOVICO, LUCRECIA *y acompañamiento.*)

REY. ¿Que murió, Carlos, tu esposa?
¿Que la Duquesa murió?

CARLOS. Ya expiró su luz hermosa,
y en noche eterna dejó
un alma siempre penosa.
Todas son desdichas mías.
Sepulcro de eterno llanto
daré a sus cenizas frías.

REY. Dime el suceso.

CARLOS. Oye cuánto
dolor aguardan mis días.
El lado dejé de Elena
para servirte, señor,
y, volviendo vencedor,
se mudó mi gloria en pena.
Murió su beldad serena,
que es la vida un breve sueño,
y en sus espacios pequeño,
por cuyas memorias juro,
antes morir que perjuro,
la mano dar a otro dueño.

LUCRECIA. Deja, Carlos, de jurar,
que es juramento su ley.
Oye delante del Rey
lo que aparte quiero hablar.

REY. Apartaos allá. (Ahora (*Aparte.*)
verás, Carlos, cómo miente
el que tan fingidamente
lo que ya aborrece llora.)

Lucrecia. Oigame tu majestad,
óigame Carlos, pues oyen
mi nunca vista firmeza
cielo, tierra, fieras y hombres.
Yo, por secretos misterios
de estrellas mil superiores,
estimé un tiempo de Carlos
fama, sombra, imagen, nombre
porque las partes que el Cielo
le dió a su sangre conformes
obligaban que mi pecho
le ame, estime, quiera, adore.
Nunca merecí su mano,
no merecí sus favores;
digan hoy si lo he sentido
quejas, llantos, pena y voces.
Eligió a Elena, ¿qué mucho,
si fué Paris en amores,
que la Troya de su pecho
arda, gima, sienta y llore?
Apenas de Elena ha sido,
cuando estas inclinaciones
vence el honor soberano,
borra, olvida, niega y rompe.
Nunca ofendí la pureza
de mis pensamientos nobles,
que vencen de este jardín
rosas, murtas, fuentes, flores.
Como era honesto mi amor,
guardo siempre pundonores,
mereciendo por anales
libros, vidas, siglos, bronces.
Sabe el Cielo que de Elena
envidié la dicha entonces,
juzgándome yo sin Carlos
triste, infeliz, sola y pobre.
Consejos le daba siempre
con más claros resplandores
que da el sol cuando ilumina
cielos, valles, mares, montes.
Siempre a sus ojos propuse
sus deudas y obligaciones,
porque su casa tuviese
clausura, amor, honra y orden.
Siempre temí de su amor
los más vencidos rigores,
que era un afecto y pasión
vano, osado, libre y torpe.
Quisiéronse César y ella,
hizo tu elección errores,
siendo Faetón que despeña
luz, caballos, vida y coche.
Tú mismo precipitaste
tu honor vencido de amores,
sufre, pues, de la fortuna
ruedas, giros, vuelcos, golpes.
Pero ya que quiso el hado
que aliento en su muerte cobres,
siendo púrpura en su espada,
puño, vaina, punta y corte.
Ya que Elena desdichada
Tisbe ha sido de tu estoque
y el lazo del juramento
libras, sueltas, quitas, rompes,
no hagas el juramento
si no casarte propones,
que no siempre dan espinas
campos, valles, selvas, bosques.
No todas las nubes paren
rayos fuertes y veloces,
que con su furia deshagan
gavias, cumbres, pinos, torres.
Mujer te ofrezco y un alma
llena de castos amores,
que para ser tuya tiene
honra, amor, nobleza y dote.
Lucrecia será una esclava
que te sirva y que te adore;
no me excede Elena en ser
buena, humilde, amante y noble.
La que viéndote sangriento
entre sombras y entre errores
te quiere, no tiene el pecho
falso, libre, aleve y torpe.
Amor y honor me acompañan,
que son dos polos, dos soles
que vence su estimación
gracia, beldad, oro y dones.
Siempre me estará causando
la tragedia de esta noche,
entre el amor de mi esposo,
miedo, horror, pena y dolores.
Sólo querré que mi dueño,
mientras rodaren los orbes,
a la luz mis pensamientos
mire, estime, entienda y goce.
Ya mereció mi constancia
lo que mi lengua propone,
y hallar entre majestad
vida, amparo, bien, favores.
Esto suplico, esto sea;
sepan mi fe brutos, hombres,
cielos, mares, luces, vientos,
fuegos, aves, campos, montes.

REY. Razón será que te cases
con quien tiene pecho noble,
y de secreto se hagan
las bodas aquesta noche.

CARLOS. Pues tú lo mandas, señor,
en obediencia conforme
será el servirte mi dicha
por estimar tus favores.
La mano doy a Lucrecia
con pagar obligaciones
que debo a su amor constante,
por que mis bienes se logren.
Tuya fué la primer flecha
de mis dulces perdiciones,
con haber después errado
la elección mi pecho entonces.

REY. A todos haré mercedes,
y aquí el senado perdone
las faltas del *Buen Vecino*,
que es de la comedia el nombre.

FIN DE LA GRAN COMEDIA DEL *Buen Vecino*.

COMEDIA FAMOSA

DE

# LA BURGALESA DE LERMA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON FÉLIX, *galán.*
CARLOS, *galán.*
POLEO, *lacayo.*
*El* CONDE MARIO.
TRISTÁN, *su amigo.*
CLAVELA, *dama.*
LUCÍA, *criada.*
LEONARDA, *dama.*
FLORELO, *galán, su hermano.*
PAYO, *su criado.*
INÉS, *criada.*
BELARDO, *villano.*
GERARDO, *criado.*
[*Un* PAJE.]

## ACTO PRIMERO (1)

(*Salen* DON FÉLIX, DON CARLOS *y* POLEO, *vestidos de camino.*)

D. FÉLIX. Esta es Lerma.
CARLOS. Bien se ve
el buen dueño.
POLEO. Por lo menos
medra quien los tiene buenos.
D. FÉLIX. ¿Díceslo por mí?
POLEO. No sé.
Debo de estar muy medrado
después que tu hacienda soy.
¡Por Dios, que envidioso estoy
de esta calle (2) y de este prado!
Más quisiera aquí ser casa
que de otras muchas señor.
CARLOS. ¿Cómo va, Félix, de amor?
D. FÉLIX. No sé ¡por Dios! Mal se pasa;
mas si es común opinión
que se templa divertido,
yo pienso que no he venido
a Lerma en mala ocasión.
Dejé a Clavela en Madrid
celoso y por divertirme,
he querido persuadirme
a un engaño.
CARLOS. ¿Cómo?
D. FÉLIX. Oíd.
Dile a entender que venía
a tomar en Miraflores
un hábito.
CARLOS. Los amores,
en una docta elegía
comparó Ovidio a la guerra,
porque los mismos engaños,
estratagemas y daños
hasta la victoria encierra;
y así dice que milita
todo amante.
POLEO. Ese poeta
dijo que es guerra discreta
y que su bien (1) solicita
tomar la posta un amante,
que algún diablo la inventó,
o ¿qué culpa tengo yo
de ferrión semejante,
para venir por la posta
en un caballo postizo,
si naturaleza hizo
cosa tan flaca y angosta?
El parar sobre las manos
de golpe y con mil traiciones,
matarme entre los arzones,
¿tal pueden sufrir cristianos?
¿Esto es huír del amor?
¡Guarda posta, malos años!
D. FÉLIX. Disculpa Amor los engaños
que nacen de ajeno error.
Celos, Carlos, me trujeron,
que no hay mal que desatine
como celos, donde vine (2)
celos con oro me dieron.
Celos de un conde extranjero
han sido tan rigurosos,
porque los más peligrosos
son los celos del dinero.

(1) En *B*, "Jornada primera".
(2) En *B* (Ms.), "este valle".

(1) En *B*, "que buen fin".
(2) En *A*, "don vine". Corregido por *C*. En *B*, "donde viene".

Talles, Carlos, en Madrid;
sangre, gracias, (1) discreción
de ningún efecto son,
ni esto de venir el Cid.
Y para mí disculpadas
muchas mujeres están,
pues lo mismo que las dan
las tiene tiranizadas.
Con lo que cuesta un jubón
se casaba antiguamente
una doncella entre gente
de mediana condición.
Las galas no las condeno;
pero yo sé que han causado
tanto mal...

CARLOS. Hablas picado.

POLEO. ¡Que venga por gusto ajeno
un hombre de bien, sin ser
ni Amadís ni don Quijote,
en un rocín matalote
que era de una noria ayer!
¡Que aprenda un hombre a danzar
sobre (2) una haca zaina y flaca
medio bestia y medio urraca!

D. FÉLIX. ¿Cuándo dejarás de hablar?

POLEO. Cuando tú dejes de ser
tirano de mi salud.
Sin puente traigo el laúd;
ni aun me he sentado a comer.
Dirás que tienes razón,
que celosas competencias,
se pagan (3) bien en ausencias,
pero mis ausencias son.
Si don Félix, mi señor,
no es loco, no tiene orate
el Nuncio. ¡Qué disparate!
¿Celos en Madrid? ¡Qué error!

CARLOS. Dice bien, (4) que es necedad
amar en Madrid de veras.

POLEO. Aprende de mí y no quieras
con tanta puntualidad.
Yo me bajo a Manzanares
y, orilla de sus arenas,
de mil desnudas sirenas
oigo los dulces cantares.
Parecen de esquina a esquina,
cuando a mirarlas comienzo,
por los golpes, carne y lienzo,
procesión de disciplina.
No busco puño de asombro
con afeitada muñeca,
sino un rollo de manteca
desde la muñeca al hombro.
No busco por vano antojo
truchas del Barco empanadas,
sino de aquellas pescadas
de a seis horas en remojo.
Dígole mis requiebritos;
responde con ojos bajos,
encubriendo los zancajos
en la blanca arena escritos.
Tuerce y sale de su espejo,
al trasponer su arrebol,
Juan Rubio.

D. FÉLIX. ¿Qué rubio?

POLEO. El sol,
que eso de Apolo es muy viejo.
Subimos el pasamano
de la puente en mil concetos
sustanciales, no discretos.
Agarro una limpia mano,
sin sebo, hieles ni lirios,
sino muy bien jabonada,
y a media puente pasada,
que le he dicho mil martirios,
cómprole, si es en invierno,
castañas, y si en (1) verano
turrón, y así mano a mano
nos vamos por lo más tierno.
Llego a su puerta, y sabiendo
su casa, el juego se entabla;
de lo que hablo me habla,
ni me ofende ni la ofendo;
si le doy unos listones
me da un torrezno por prenda;
ella me cose y remienda
las camisas y calzones,
y no hay diez por ciento aquí,
y sabe, por que te alteres,
que hay mohatras de mujeres.

CARLOS. Borracho estás.

POLEO. Yo lo vi.
El que diese por un mes
la dama al que la idolatra,
claro está que hace mohatra,
pues tiene el mismo interés,
porque se queda con ella
y del ribete se goza. *(Ruido dentro.)*

(1) En *B*, "gran sangre".
(2) En *A* y *C*, "en un haca".
(3) En *A*, "paguen".
(4) En *B*, "Bien dices".

(1) En *A* y *C*, "es".

D. FÉLIX. ¡Qué gente!
CARLOS. ¡Brava carroza!
D. FÉLIX. Tal príncipe viene en ella.
CARLOS. Gran gente se va juntando.
D. FÉLIX. Las fiestas dan ocasión.
POLEO. Quedo, que en nuestro mesón
se están, señor, apeando
de dos dichosos pollinos
dos labradoras tan bellas,
que si hay caballos de estrellas
de serlo también son dignos,
y en las figuras celestes
tener asiento y lugar.

(*Salga* LEONARDA, *dama, que es la* BURGALESA, *y* INÉS, *su criada, vestidas de labradoras, con unos velos de plata por el rostro.*) (1)

INÉS. Aún no tienes donde estar,
cuanto más donde te acuestes.
LEONARDA. Yo no he de dormir aquí.
Dile al huésped que te dé
algún lugar en que esté.
¿No son hoy las fiestas?
INÉS. Sí.
LEONARDA. Pues esta noche es forzoso
volvernos, que si volviese
mi hermano a Burgos y viese
que antojo tan peligroso
a Lerma me había traído,
aunque este disfraz no sabe,
de la daga haría llave
para mi pecho atrevido.
INÉS. Él tuvo culpa en contarte,
cuando de Burgos partía,
las grandes fiestas que había
en Lerma, pues fué obligarte
a buscar (2) esta invención;
que no es discreción hacer
a la más cuerda mujer
de estas cosas relación.
Callan muchos en los ojos
de las preñadas las cosas,
cuando son (3) dificultosas,
para no darles antojos;
mas (4) con todas ha de ser
guardada sin excepción
tal regla en su condición;
porque basta ser mujer,
que están como, al fin, privadas
de sus propias libertades,
para gozar novedades
desde que nacen preñadas.
LEONARDA. Tal me ha sucedido a mí.
Cuando de Burgos partió
mi hermano, pues, me incitó
para que viniese aquí.
Pintábanme al Rey de España
con aquella autoridad
y natural majestad
que su persona acompaña.
Pintábame (1) la belleza
del Príncipe, que Dios guarde,
sol (2) que en nuestras almas (3) [arde
por propia naturaleza.
La de la Reina, su hermana,
divino sol de hermosura,
del que le puso luz pura
en su estampa soberana.
De otros ángeles también,
rayos del sol español,
y las estrellas que al sol
dentro de su esfera ven.
Después de tan bellas damas,
tantos grandes y señores,
tan dichosos sucesores
de sus nobles troncos ramas,
que apenas él se apartó (4)
cuando este disfraz tomé
y a ver las fiestas llegué
que él mismo me encareció. (5)
INÉS. A gran peligro te has puesto;
pero ya que en él estás,
¿cómo a las fiestas irás?
D. FÉLIX. (Gallardo traje y honesto.
CARLOS. Usan, Félix, en Castilla
vestirse algunas señoras
en traje de labradoras,
que es divina maravilla.
En Valladolid lo vi,
en Segovia y en Medina.

(1) Esta acotación dice en *B*: "*Entra* LEONARDA *dama burgalesa, en hábito de labradora bizarra, con toca de argentería por el rostro;* INÉS, *criada.*"
(2) En *A* y *C*, "[illegible]".
(3) En ídem, "que han de ser".
(4) En ídem, "y".

(1) En *B*, "Contábame".
(2) En ídem, "luz".
(3) En ídem, "nuestros ojos".
(4) En *A* y *C*, "partió".
(5) En *B* dicen estos versos:
"y a ver, como ves, llegué
lo que él mismo me pintó".

POLEO. Pues a fe que la vecina
no era mala (1) para mí.
CARLOS. Estando en nuestro mesón
tengo a gran descortesía
no hablarlas.
D. FÉLIX. Y yo querría
por divertir mi pasión.)
(*Lléguense a ellas.*)
El haber vuestra merced
llegado (bien sea llegada)
a nuestra misma posada
la obliga a hacernos merced
de servirse de un rincón
que nos dan por aposento,
y de aqueste ofrecimiento
a nosotros la ocasión.
También somos forasteros,
bien se puede descubrir.
LEONARDA. Cuando importara servir
a tan nobles caballeros
de aderezar la comida
a la usanza de una aldea,
que les sirviéramos crea.
D. FÉLIX. Vos merecéis ser servida
y respetada también:
que el sol que a romper provoca
las nubes de aquesa toca
dice que obediencia os den
aquestos prados de Lerma,
como al alba se la dan.
LEONARDA. Mire que somos, galán,
de una aldea pobre y yerma.
No gaste delicadezas
de la corte entre aldeanas,
que burgalesas serranas
no entienden esas ternezas.
A la fiesta hemos venido
y a ver al Rey y a la Reina,
que en nuestras entrañas reina
y es luz de nuestro sentido.
Si merced nos quiere hacer,
haga que aquese criado
dé a los pollinos recado,
que nos pensamos volver
en acabando la fiesta.
D. FÉLIX. ¿Poleo?
POLEO. ¿Señor?
D. FÉLIX. De presto.
POLEO. Di que se descuiden de esto.
CARLOS. La mesa tenemos puesta;
comer pueden con nosotros.
LEONARDA. Eso habéis de perdonar.
POLEO. ¿Para qué es melindrear, (1)
si habéis de comer con otros?
(*Vase.*)
D. FÉLIX. Fiad, señora, de mí
que no sea descortés,
que fuera de que no es
mi condición serlo ansí,
traigo (2) cierto pensamiento
que me impide cualquier gusto.
LEONARDA. Yo os sirviera, mas no es justo,
sino mucho atrevimiento,
del aposento, si hay dos
acepto, porque he pensado
que está el lugar ocupado.
D. FÉLIX. Estálo mucho ¡por Dios!,
y así al vuestro os llevarán
la comida.
LEONARDA. Yo la acepto
de tan gallardo, discreto
y cortesano galán.

(*Váyase* DON FÉLIX; *queden ellas y* CARLOS.) (3)

CARLOS. Yo os juro que el blanco velo
orlado de argentería
hace en esa celosía
no sé qué de sol y cielo.
Labradora podéis ser,
pero diciendo verdades
en campos de voluntades.
LEONARDA. Entraos, señor, a comer.
CARLOS. Al revés sois del Amor.
No sé cómo enamoráis.
LEONARDA. Ya os he dicho que comáis.
CARLOS. Erró la tabla el pintor,
que al amor que más provoca
a ceguedades y antojos
pintan con venda en los ojos
y a vos, señora, en la boca.
Sois Amor que puede ver,
pero no que puede hablar,
que amor secreto ha de estar.
LEONARDA. Entraos, señor, a comer.
CARLOS. Ya voy, aunque ya comí
por los ojos; lo que creo
que ha de hacer mal al deseo.

(*Váyase* CARLOS *y ellas se destapen.*)

(1) En *A* y *C*, "noramala".

(1) En *C*, "melindrar".
(2) En *B*, "tengo".
(3) En idem, "*Entrese* FÉLIX".

LEONARDA. ¿Inés?
INÉS. ¿Señora?
LEONARDA. Esta sí
que es gente de bendición.
INÉS. Cierto que los cortesanos,
a tener quedas las manos,
tienen linda condición.
LEONARDA. El otro me ha contentado.
INÉS. Tiene no sé qué atractivo. (1)
LEONARDA. Es más blando y efetivo...
¡Qué lindo talle!
INÉS. ¡Extremado!
Con éstos podemos ir
a las fiestas.
LEONARDA. Gran (2) ventura
si la voluntad segura
quiere callar y sufrir.
Entra, que temer podría;
mas ¿qué daño puede hacer
voluntad que ha de tener
principio y fin en un día?

*(Váyanse, y salen en Madrid* CLAVELA, *dama, y* LUCÍA, *su criada, con una carta.)*

LUCÍA. Esta carta te escribió
Félix, tu perdido amante,
estando Fabio delante,
cuando a Burgos se partió.
CLAVELA. Pues ¿cómo no me la dió
habiendo ya tantos días?
LUCÍA. Por la pena que tenías,
si es de mayor sentimiento.
CLAVELA. No pueden tener aumento
mi amor ni las ansias mías.
Muestra, que el mayor pesar
que puede venir en ella
me quitará abrilla y vella
solamente con mirar
aquel dichoso lugar
donde (3) la mano ponía
cuando el papel escribía.
LUCÍA. Toma, y no digas después
que tengo culpa.
CLAVELA. No es
sino la desdicha mía.
*(Dale* LUCÍA *la carta a* CLAVELA *y léela.)*
"En el estado que Amor
tenía nuestros deseos,
nunca de ajenos empleos
celos me dieran temor;
pero ya que tu rigor
tan ingrato corresponde,
que a las visitas del Conde
das lugar tan libremente,
tú misma mi agravio siente
y por mis celos responde.
Pero ¿qué responderás
donde respuesta no tienes,
si no es que a negarlas vienes
después que tan libre estás?
Ya no más por no ver más,
que a mí basta que me sobre,
Clavela, un hábito pobre.
No me verás en tu vida
pues la esperanza perdida
no hay posesión que la cobre."
LUCÍA. Yo me voy.
CLAVELA. ¿Para qué leo,
Lucía, tales locuras?
¿Quédanle más desventuras
a mi imposible deseo?
Félix me deja; no creo,
pues tan engañado estás,
que de mis ojos te vas
por ocasión que te di;
mas ¿cómo escribes aquí
"ya no más por no ver más"?
Si el conde Mario, Lucía,
el visitarme emprendió,
no tuve la culpa yo,
pues que Tristán le traía
y celos no presumía
que un extranjero le diera.
LUCÍA. No sientas de esa manera
su ausencia.
CLAVELA. De espacio estás.
"Ya no más por no ver más",
pues ya es lo menos que muera.
¿Don Félix en religión
y yo en el mundo? Yo he sido
quien su remedio ha perdido,
yo quien le di la ocasión.
Demonios los celos son;
que si dicen que del cielo
cayendo, el aire y el suelo
muchos de ellos habitaron,
celos también se quedaron
en (1) las regiones del hielo.

(1) En *B*, "[illegible]".
(2) En *A*, "Grande".
(3) En *B*, "en que".

(1) En *B*, "por".

LUCÍA. Hecho me has imaginar
que los (1) que llamar pretendes
demonios son estos duendes
que suelen siempre habitar
el más obscuro (2) lugar;
que es de celos condición
una escura confusión,
burlas y transformaciones,
que averiguando opiniones
de dos mil colores son.
Y si los pinta la gente
con una mano de hierro
y otra de estopa, no es yerro
decir que no es diferente.
Cuando sospecha se siente
da con la mano de estopa;
mas cuando en casa se topa
averiguando el encierro,
da con la mano de hierro
y quiebra huesos y ropa.

CLAVELA. Celos, en fin, o demonios,
duendes, o quien tú quisieres,
que a tantas nobles mujeres
levantan mil testimonios,
con que a tantos matrimonios
deshechos siempre verás,
han causado que jamás
vuelva a ver mi bien ausente,
pues me escribió libremente:
"Ya no más por no ver más."
¡Ay de mí! Pefderé el seso
si don Félix, pues, de mí
se queja y dice que fuí
la causa de este suceso.

LUCÍA. Templa, señora, el exceso
de tus quejas.

CLAVELA. ¡Muerta soy!
Por darme la muerte estoy.

LUCÍA. Señal de que viva estás.

CLAVELA. "Ya no más por no ver más."

LUCÍA. Detente. (3)

CLAVELA. ¡A matarme voy!

*(Quiere irse alborotada y salga el* CONDE MARIO *y detángala, y* TRISTÁN, *amigo del* CONDE.)

CONDE. Detened, señora, el paso.

CLAVELA. ¿Qué es, señor, lo que queréis?

CONDE. Que escuchéis y que me deis
cuenta de tan triste caso:
que vuestras quejas oí
cuando por la sala entré.

CLAVELA. Un pajarillo encerré,
que con la liga cogí
de unos ojos amorosos.
Cantaba en dulce prisión
su libertad, que estos son
silbos de amor lástimosos.
Vino un pájaro extranjero
y espantómele de modo,
que, rompiendo el hierro todo,
va por el aire ligero.
Ya no pienso (1) que jamás
volveré a (2) verle cantando,
que va diciendo y llorando:
"Ya no más por no ver más."

CONDE. ¿Pájaro? Tened, oíd.
Otros encerrar podéis.

CLAVELA. Ninguno habrá que me deis
como el que perdí.

CONDE. Advertid
que aunque tengan más valor
que el fénix, podré comprarle.

CLAVELA. Era de tal lengua y talle,
que me mataba de amor,
y eso de fénix le viene
muy bien el nombre; me agrada
con una letra mudada,
si ponéis ele por ene.

LUCÍA. (Señora, perdida estás.

CLAVELA. ¿Qué te espanta que esto intente
si me escribe aquel mi ausente:
"Ya no más por no ver más"?)

*(Llévanse* CLAVELA *y* LUCÍA; *quedan el* CONDE *y* TRISTÁN.)

CONDE. (3)

¿Qué accidente es aquese que le ha dado?

TRISTÁN.

Yo siempre os dije que ésta tiene el pecho
en otros pensamientos ocupado.

CONDE.

Ya estoy de sus engaños satisfecho.

TRISTÁN.

No pienso, Conde, yo que os ha engañado,
pues no le ha resultado más provecho
del que sabéis de las visitas vuestras.

---

(1) En *A* y *C*, "que estos".
(2) En los impresos, "oculto".
(3) En *B*, "Espera".

(1) En los impresos, "espero".
(2) En ídem, "tengo de".
(3) En *B*, "Mario" en todos los lugares que en los impresos "Conde".

CONDE.

Si otras estima, cansarán las nuestras.

TRISTÁN.

Es el primer precepto cortesano,
entre las damas de mayor decoro:
"No ocuparás la casa ajena en vano."

CONDE.

Pues ¿qué remedio si a Clavela adoro?

TRISTÁN.

Ponerle cebo y se vendrá a la mano.

CONDE.

¿Qué cebo hay en Madrid?

TRISTÁN.

Dicen que el oro;
que Amor, para que vayan más estrechas,
ya tira bolsas en lugar de flechas.

CONDE.

Menos es una bolsa de doblones
que llena de paseos y suspiros,
noches, esquinas, armas y pasiones.

TRISTÁN.

Y aun sé yo que hacen más derechos tiros.

CONDE.

Si cuanto truje de Alemania pones,
aunque fueran diamantes y zafiros,
en la balanza de Clavela, es poco.

TRISTÁN.

Perdido estás.

CONDE.

Mejor dijeras loco.

TRISTÁN.

¡Oh, cuán acepto fuera, conde Mario,
un libro, pues no hay luz que más importe
que llaman a su autor Itinerario
para los extranjeros de la corte!

CONDE.

No dudo yo que fuera necesario.

TRISTÁN.

Mientras la pluma algún ingenio corte,
un borrador te quiero dar.

CONDE.

No creas
que en mis engaños desengaños veas.

(*Váyanse, y salgan* LEONARDA *y* INÉS.)

INÉS. ¡Bravas fiestas!
LEONARDA. Para mí
notables, Inés, han sido.
Mis pensamientos corrí
haciendo coso el sentido,
por cuyas ventanas vi.
INÉS. ¿Qué viste?
LEONARDA. Suertes que ha hecho
este Félix en mi pecho.
INÉS. Si a su lado te sentaste
y toda la tarde hablaste,
¿de qué te espantas?
LEONARDA. Sospecho
que si éste en Burgos viviera,
o si yo a la corte fuera,
perdiera el seso por él;
milagros he visto en él,
por quien el alma le diera.
INÉS. De tu mucho encerramiento
¿qué se podía esperar
sino ese fácil intento
que así te deja llevar
del primero movimiento?
Ya vi que te dijo amores,
este libre cortesano,
saliéndote más colores
que al principio del verano
brotan por los campos flores.
Ya vi que una vez tomó,
a hurto de aquella gente
que en el tablado subió,
tu mano, y que libremente
en blanco marfil bebió;
y también la priesa vi
con que de los (1) rojos labios
la desviaste.
LEONARDA. Es ansí; (2)
pero no fueron agravios
de la sangre que hay en mí,
pues él no sabe quién soy,
ni el rostro me vió jamás.
Pero sabe Dios que estoy
muy necia.
INÉS. ¿Tan ciega estás?
LEONARDA. ¡Ay, Inés, perdida voy!
INÉS. Toros que gente no ven,
esos los más bravos son;
mujeres que hombres también,

(1) En los impresos, "sus".
(2) En C y D, "así".

porque con la privación
todo les parece bien.
Toro fuiste que arremetes
al primer hombre que viste.

LEONARDA. ¡Ay! Déjame, no me aprietes,
que si en belleza consiste,
bien es que al amor respetes.
Si vieras tan cortesanos
amores, si tales ojos,
tal donaire, tales manos,
disculparas mis enojos,
culparas rigores vanos.
¡Todo el hombre es hecho de oro!

INÉS. ¡Sí, que aún tiene su lacayo
su poquito de decoro!
¿No le viste como un rayo
partir del tablado al toro?
Pues te juro que sacó
la espada y que me miró,
y que brava suerte hiciera
si el toro no le cogiera,
que en efecto le cogió.
Amor, en fin, de hoy nacido,
mañana se ha de acabar.

LEONARDA. La ropa que hemos traído
junta, si es para olvidar
partir el (1) mejor partido:
que es fuerza que caminemos
toda la noche, y mañana
en Burgos disimulemos.

INÉS. Tu hermano en una ventana
vi haciendo bravos extremos.

LEONARDA. Harto temí que me viese.

INÉS. Félix entra en su aposento.

LEONARDA. Si desde éste oír pudiese (2)
lo que habla, Inés, no hay contento
mayor que tener pudiese.

INÉS. Tú lo oirás, y aun lo verás,
pues sólo le ataja un paño.

LEONARDA. Si habla en mí no quiero más.

(*Apártese a un lado, y salga alborotado* DON FÉLIX, *y* CARLOS, *y* POLEO.)

D. FÉLIX. Cuanto procuro es engaño.

CARLOS. Pues ¿tan aprisa (3) te vas?

D. FÉLIX. Las fiestas se han acabado;
¿qué tengo ya más que hacer?

POLEO. Descansa.

(1) En los impresos, "es".
(2) En ídem, "yo le oyese".
(3) En ídem, "apriesa".

D. FÉLIX. Ya he descansado,
puesto que no puede ser
que lo esté de mi cuidado.

INÉS. Cuidado tiene de ti.

LEONARDA. Pues que de él me enamoré,
bien lo puede estar de mí.

D. FÉLIX. Aquella mujer que hablé
me ha puesto, Carlos, ansí. (1)

INÉS. Sin duda que está perdido.

LEONARDA. Con eso alegre me iré,
que aunque herido el que ha reñido,
se despica como esté
también su contrario herido.

CARLOS. Pues ¿qué es lo que ha despertado
esta labradora en ti?

D. FÉLIX. De mi Clavela el cuidado;
con que partiré de aquí
más loco y enamorado.

LEONARDA. ¿Clavela dijo?

INÉS. No sé;
mal la palabra me suena.

LEONARDA. ¿Que yo su amor desperté?

INÉS. Solicitaste su pena
y diste fuerza a su fe.

LEONARDA. De toros, por que me asombre,
¿qué suerte libre se escapa?
Este, engañado en el nombre,
hizo (2) en mí lo que en la capa
y vuelve a seguir al hombre.

D. FÉLIX. No sé qué prendas tenía
en la faltriquera, Carlos,
mientras a esta burgalesa
le decía amores falsos,
que estaban, como habrás visto,
los corazones picando
los gavilanes hambrientos, (3)
haciendo el mío pedazos.
Sacarlas quiero y decirles
que por qué me están matando,
cuando la injusta Clavela
vive con el conde Mario.
(*Saque unos papeles y un retrato.*)
No era nada lo que había;
papeles son y un retrato
de su mano y de su rostro.
¡Ay, Dios, qué rostro y qué manos!

(1) En los impresos, "así".
(2) En ídem, "hace".
(3) En ídem, estos dos versos dicen:
"los gavilanes picando
los corazones hambrientos".

Mas yo ¿por qué los venero
y engaños estimo en tanto?
Hereje soy del amor,
pues en Clavela idolatro.
¡Muera Clavela!

(*Rompa el retrato.*)

CARLOS. ¡Detente!

D. FÉLIX. Hice el rostro dos pedazos.
Agora, Conde, está bien;
pues dos caras hizo a entrambos,
tomad la media; (1) mas no,
que entera la habréis gozado;
que para espaldas a mí
bastaráme un naipe en blanco.
Acaben estos papeles
como el dueño.

(*Rómpalos.*)

CARLOS. Si acabamos
cuanto es prendas de Clavela,
vamos a Madrid despacio.

POLEO. Y dice Carlos muy bien.
No me des caballo cuarto,
así Dios te dé ventura;
no pasemos más trotando
el puerto de Somosierra
entre peñascos y cabos.
Si ha de ser del postillón
por fuerza el mejor caballo,
el segundo para ti
y el tercero para Carlos,
¿qué ha de quedar para mí
sino algún hijo del diablo, (2)
que me vaya a costa mía
sobre la silla (3) enseñando
aquestos bailes de agora,
todos visajes y saltos;
que me dicen que bailaba
el otro día un hidalgo,
y pasando hora por él
le quedó la boca a un lado,
la barriga en otros muslos
y hecho tarabilla el brazo?

D. FÉLIX. Ahora bien, si yo me muero,
aunque la estoy infamando,
por Clavela, ¿cómo quieres
que vaya mi amor despacio?
Muero ¡por Dios! por Clavela.
Si no lo creéis entrambos,
diré a voces que me muero.

(*Esto diga* DON FÉLIX *muy alborotado, y lléguese* LEONARDA.)

LEONARDA. ¡Jesús, señor! ¿Qué os ha dado?
¿Es alguna enfermedad
de la corte o de palacio
esto que llamáis Clavela?
Que dicen que aquestos años
hasta las enfermedades
los señores cortesanos
buscan nuevas en la corte.

D. FÉLIX. ¿Vos nos estáis escuchando?

LEONARDA. Estos juntos aposentos
fueron la causa.

D. FÉLIX. Burlamos
Carlos y yo de los hombres
que pasan por los engaños
de las damas de Madrid.

LEONARDA. ¿Burlas con tantos desmayos?
Pero si de ellas burláis,
que dicen que saben tanto,
¿qué haréis de las burgalesas?

D. FÉLIX. Adorar en su recato
y en sus honestas razones.

LEONARDA. Ahora bien, ¿mandáisme algo,
que me parto luego a Burgos?

D. FÉLIX. ¿Tan presto?

LEONARDA. Tengo un hermano
en las fiestas, y no quiero
que, llegando más temprano,
le enfade mi atrevimiento.

D. FÉLIX. Ya que os vais y no he de hablaros
ni veros más en mi vida,
os ruego, por lo pasado
entre los dos en los toros,
donde merecí esas manos
y algunas tiernas razones,
que os bajéis la toca.

LEONARDA. ¡Paso,
que no son todas Clavelas
ni hay en Burgos condes Marios!
No queráis mi rostro entero,
que pensaréis que es retrato,
y cuando estéis en Madrid
haréis su imagen pedazos.
Oíd aquí sin testigos.

D. FÉLIX. Decid.

(*Aparte* LEONARDA *a* DON FÉLIX.)

LEONARDA. Cortesano ingrato,
sacarme ¡por Dios! quisiera

---

(1) En *B*, "[illegible]"

(2) En *A*, "de un". En *C*, "sino un hijo de algún diablo"

(3) En los impresos, "arzón"

los ojos que habéis (1) mirado,
y de la boca me huelgo
porque fué libre en hablaros.
Quede la boca cubierta,
por cuyas rejas os hablo,
siete leguas que hay a Burgos,
por venganza de este (2) agravio,
daré tormento de toca.

D. FÉLIX. ¡Señora!

LEONARDA. ¡Ah, mal cortesano!

(*Vase* LEONARDA.) (3)

POLEO. Tente (4) tú, Juana o Lucía.

INÉS. ¡Vaya el pícaro lacayo!
¡Mal haya el toro gallina
que no le comió a bocados
las calcillas y... ya entiende!

(*Vase* INÉS.) (5)

POLEO. Pues, fregona (6) de los diablos,
¿qué retrato he yo rompido
o qué papeles rasgado?

CARLOS. ¡Buena estaba la mujer!

D. FÉLIX. Carlos, a los que están hartos
siempre se ofrece que coman,
y a los muy enamorados
ocasiones de querer.
Busca postas y partamos
a Madrid.

POLEO. Deja partir
en sus reverendos asnos
estas damas (7) burgalesas.

D. FÉLIX. ¡Ay, Clavela!

CARLOS. Escucha un rato,
qué llora la burgalesa.

D. FÉLIX. ¿Tan presto?

POLEO. En mujer el llanto
está detrás de la puerta.

D. FÉLIX. ¿Qué puerta?

POLEO. La del engaño.

(*Váyanse, y salgan en Madrid* CLAVELA *y* LUCÍA, *el* CONDE *y* TRISTÁN.)

CONDE. Ya que estáis más sosegada
de aquel pasado rigor, (8)
¿qué le mandáis a mi amor?

CLAVELA. A vuestro amor poco o nada;
a vuestras obligaciones
mejor pudiera atreverme
si no temiera ponerme
en mayores ocasiones.

CONDE. La que yo puedo tener
es sólo a vuestro valor.

TRISTÁN. Los terceros del Amor
saben lo que se ha de hacer;
y ansí (1) os quiero concertar,
aunque este nombre no es santo,
porque quien os quiere tanto
lo pueda en algo (2) mostrar.
Hoy es día en que esta villa
celebra el Angel con fiesta,
en cuya balanza puesta,
sin torcella ni impedilla,
de las almas está el peso.
Feria franca y día feriado
en que el más galán cuidado
hace algún notable exceso.
Vaya (3) en su coche Clavela
hasta la calle Mayor,
o si es poco al grande amor
que al conde Mario desvela,
puede ir a la Platería.
Joyas hay; ferie diamantes
como aquel valor constante
que el Conde vencer porfía,
y podrá también la puerta
de Guadalajara dalle
telas que adornen su talle,
ámbar que el gusto despierta.
Hará el Conde como quien
desea mostrar valor,
y Clavela, de su amor,
se satisfará también;
que las obras son amores
y no hay amores sin ellas.

CONDE. Si vendïeran estrellas
o los planetas mayores
para diamantes, Tristán,
o rayos del sol por joyas,
bien en piedras y oro apoyas
la obligación (4) de un galán.
Si pudiera dar ciudades,
palacios, huertos, pensiles,

---

(1) En *B*, "los dos ojos que has".
(2) En ídem, "de su".
(3) En los impresos, "*Váyase*".
(4) En ídem "Oye".
(5) En ídem, "*Váyase*".
(6) En *A*, "fuego no", por errata.
(7) En los impresos, "daifas".
(8) En ídem, "furor".

(1) En *A* y *C*, "así".
(2) En *B*, "esto".
(3) En ídem, "salga".
(4) En *A* y *C*, "la voluntad".

fuera bien; pero son viles
oro y plata a mis verdades;
Con todo, vaya, Clavela,
y conocerá mi amor.

CLAVELA. A quien de vuestro valor
menos grandeza recela (1)
esas pruebas fueran bien,
no para mí, que conozco
vuestra sangre y reconozco
que amor os debo también.
Iré solamente a ver
la feria y calle Mayor;
más por celos de mi amor,
que sé que los ha de haber,
que por perlas (2) ni diamantes.

CONDE. Si en aquesta ocasión fuera
rey del mundo, os ofreciera...

CLAVELA. ¡No más!

CONDE. Prendas semejantes
no admiten (3) comparación.—
Id delante.

CLAVELA. Allá os espero.

TRISTÁN. Tú harás como caballero.

CONDE. Esta es la primer lición.

*(Vánse el* CONDE *y* TRISTÁN*: queden* CLAVELA *y* LUCÍA.)

CLAVELA. ¿Qué te parece de mí?

LUCÍA. Que no hay que fiar de Amor,
y que el consejo mejor
es esa mudanza en ti.
¿Tú eres la religiosa?
¿Tú la que ya concertabas
el dote?

CLAVELA. ¡Qué necia estabas,
cuando me viste llorosa,
en creer esto de mí!
Todo amor, toda porfía
nos dura apenas un día.

LUCÍA. ¿Quieres bien al Conde?

CLAVELA. Sí.

LUCÍA. Muy entre dientes lo dices.

CLAVELA. Es porque miento también;
pero para que hoy más bien
este galán solenices,
liberal, como extranjero,
ven a la calle Mayor;
y nunca me ayude Amor...

LUCÍA. Di lo demás.

CLAVELA. Si le quiero.

LUCÍA. Mucho confío del oro.

CLAVELA. Cuanto ves y el tiempo ordena
es entretener la pena
de aquel ausente que adoro.

*(Váyanse, y salgan en Burgos* LEONARDA *y* INÉS, *en habito de dama y criada.)* (1)

INÉS. No me acabo de admirar
que tal desatino intentes.

LEONARDA. Pues con estos acidentes
¿no tengo de delirar?
Yo adoro a don (2) Félix; mira
si intentaré mi remedio.

INÉS. Cuarenta leguas en medio,
como imposible me admira.
¿No decías al salir
de Lerma que solo un día
el amor te duraría?

LEONARDA. Penséło; pude mentir.
Pensé que amor que nació
en Lerma, en Lerma muriera.

INÉS. Es sentencia verdadera,
que nunca a nadie faltó,
el saber dónde ha nacido,
mas no dónde ha de morir.

LEONARDA. Si el engañar, si el fingir
blasón de mujer ha sido,
hoy verás una invención
que a cuantas has visto espante.

INÉS. Tu hermano tienes delante.

LEONARDA. El viene a buena ocasión.

*(Salga* FLORELO, *galán, hermano de* LEONARDA, *vestido de camino, y* PAYO, *lacayo, con él.)*

FLORELO. Hasta verte no he querido
quitarme botas y espuelas.

LEONARDA. Galán vienes y contento.

FLORELO. ¡Oh, hermana, qué lindas fiestas!

LEONARDA. ¿Sin preguntar mi salud?

FLORELO. ¿Para qué, viéndote buena?

LEONARDA. ¿Viéneslo tú?

FLORELO. ¿No lo ves?

INÉS. ¿Payo?

PAYO. ¿Inés?

INÉS. ¿Fué bien?

PAYO. ¡Braveza!

---

(1) En *A*, "grandezas recelas". Es errata.
(2) En *A* y *C*, "joyas".
(3) En *B*, "tienen".

(1) En *B*, esta acotación dice: "*(Entrense y salgan* LEONARDA, INÉS; LEONARDA, *en habito de dama gallarda, y* INÉS, *de criada.)*"
(2) En ídem, "yo muero por".

INÉS. ¿Los toros?
PAYO. Leones vivos. (1)
INÉS. ¿Las cañas?
PAYO. Del Amor flechas.
INÉS. ¿Los Reyes?
PAYO. Como quien son.
INÉS. ¿Las damas?
PAYO. Como quien eran.
LEONARDA. En fin, hermano Florelo,
¿tú te has holgado?
FLORELO. Quisiera
que hubieras visto, Leonarda,
la hermosa plaza de Lerma.
Un cuadro como en pintura.
Fuertes pilares de piedra,
balcones todos iguales,
ventanajes y vidrieras;
en una de ellas al Rey
con la hermosísima Reina
de Francia; el Príncipe, en quien
discreción, gracia y belleza
compiten sobre el lugar,
y tienen igual sentencia
los demás ángeles (2) bellos
como el sol y las estrellas;
el Príncipe de Saboya,
las damas, en quien pudiera
sacar Zeuxis más hermosa
la diosa que admira a Grecia;
el Duque y muchos señores,
que la villa entonces era
ciudad, corte y huésped rico
de majestad y grandeza.
Un caballero de Burgos
con ocho rejones entra,
galán, de negro y azul,
a dar principio a las fiestas.
Salen los toros, Leonarda,
que la romana soberbia
no corrió en su anfiteatro
del Asia tan bravas fieras.
De Segovia un caballero,
que allá en sus fiestas dió muestra
del valor de su persona,
quiso también darle en éstas; (3)
lanzadas y cuchilladas
como delante el Rey vieras,
porque el Rey es como el sol,
y el sol cuanto mira alienta.
Detrás de la galería
hay una trampa encubierta,
que el despeñadero llaman
porque, en entrando por ella,
no hay volteador en maroma
que dé tan extrañas vueltas
como da un toro hasta el río,
que en su corriente le espera
cubiertas de blancos cisnes
que le han de hacer las obsequias,
porque cantan en la muerte,
y debe de ser en éstas.
Muchos cayeron allí,
que, para que el Rey los viera,
se arrojaron a morir,
que aun hay lisonja en las bestias.
Duró la fiesta la tarde,
y entró por remate de ella,
Leonarda, el juego de cañas,
que de a cuatro pienso que eran.
Seis cuadrillas las más nobles,
las más lucidas y bellas
que tiraron caña a adarga,
ni vieron lanza jineta,
sacó el Conde de Saldaña,
hijo del Duque de Lerma,
con que queda encarecido;
no hay más, Leonarda, que sepas;
dos puestos cuyas colores
eran pardo y verde, y piensa
que una esperanza tan alta
tan justos trabajos cuesta.
Don Luis Lasso, hijo del Conde
de los Arcos, a quien diera
el suyo Amor aquel día
como al de Rentín las flechas,
con don Francisco de Prado
y aquel honor de su tierra
don Carlos.
LEONARDA. ¿El de Arellano?
FLORELO. El mismo.
LEONARDA. ¡Oh, cuánto me alegras!
FLORELO. El Duque de Peñaranda,
hijo de Alejandro o César,
de aquel gran señor que yace
como águila en la aguilera;
el Conde de Puñonrostro,
con quien iba en competencia,
galán, don Pedro Mejía,
fueron en los dos; no creas
que se han visto tales galas.

(1) En *A* y *C*, "bravos".
(2) En los impresos, "Príncipes".
(3) En ídem falta "darle".

LEONARDA. ¡Ay, Florelo, y quién los viera!
INÉS. (Cuerdamente disimula
el haber estado en Lerma.)
FLORELO. Don Fernando de Toledo,
mancebo cuya prudencia
al bisabuelo que tuvo
su nombre aspira y contempla,
de azul y negro sacó
un puesto que no dijeras
sino que era cielo y noche,
si eran padre y hijo estrellas,
que el Duque de Alba, su padre,
cuya gentileza hereda,
salió como alba del sol,
aunque a la mano derecha;
iba luego don Antonio
de Avila, donde vieras
al mismo Amor, pues la envidia
le ha puesto en los ojos venda;
que es del Marqués de Velada,
hijo y del águila excelsa;
de Priego fué don Alonso
de Córdoba.
LEONARDA. Corto quedas.
FLORELO. Pardo, blanco y encarnado,
mira qué bien se conciertan,
fueron del Conde del Risco,
ya monte de altas empresas,
colores de su cuadrilla,
llevando a su padre en ella...
LEONARDA. ¿Quién?
FLORELO. El Marqués de las Navas.
LEONARDA. ¡Cuerda elección!
FLORELO. La más cuerda,
porque llevar a su padre
fué honor, fué amor, (1) fué exce-
pero mira ¡por tu vida! [lencia;
qué dos corrieron parejas
en el puesto del Marqués,
pues no hay más que te encarezca.
LEONARDA. ¿Quién?
FLORELO. El Duque de Pastrana
Silva y de mil flores selva,
por ausencia de Belisa,
llevaba una banda negra
(que un mismo color se visten
la tristeza y el ausencia), (2)
y el Príncipe de Esquilache,
único en armas y en letras,
de rosa seca y de blanco;
su puesto el Duque de Cea
sacó en el quinto lugar,
como Marte en quinta esfera;
es aqueste bello Adonis
hijo del Duque de Uceda,
nieto del heroico Duque
de Lerma y Marqués de Denia,
es quien hereda su casa.
LEONARDA. Si sus grandezas hereda
ocupará de la fama
las alas, plumas y lenguas.
¿Quién iba con él, Florelo?
INÉS. (¡Qué bien fingida inocencia!)
FLORELO. El Marqués de Floresdávila,
de quien la casa se precia
de Zúñiga, y con razón,
porque es de los buenos de ella.
De aqueste puesto y cuadrilla
don Vicente Belvis era,
con don Diego de Aragón.
LEONARDA. Y ¿quién llevó la postrera?
FLORELO. El Marqués de Peñafiel.
LEONARDA. ¿Qué color?
FLORELO. Congoja honesta.
LEONARDA. Pues ¿eran leonado y blanco?
FLORELO. Los mismos.
LEONARDA. ¿Quién iba en ella?
FLORELO. El Marqués de Fuentes iba,
que con gallarda presencia
acompañaba al bizarro
Marqués, dignísima prenda
del Duque de Osuna, el Duque
que hoy a Sicilia gobierna, (1)
por quien dijera Virgilio
mejor que vuelven a ella
aquellos siglos dorados,
reinos del primer planeta.
Con el galán don Manuel,
sangre ilustre portuguesa
del gobernador de Oporto,
que de los últimos era,
iba don Luis de Guzmán,
a quien virtud y experiencia
conocida en verdes años
(que así la virtud se premia),
el gobierno de Segovia
dieron, y con quien se cierra

(1) En los impresos, "fué amor, fué honor".
(2) Faltan estos cuatro versos anteriores en *B*.

(1) Esta comedia es de 1613, según consta del manuscrito y comprueban esta referencia y la descripción de las fiestas de Lerma, que son de dicho año.

el número de los puestos,
y advierte que estas libreas
no eran invención morisca,
sino cristiana y moderna.
Marlotas y capellares,
capas y vaqueros eran,
y los bizarros caballos,
que el carro del sol desprecian,
con aderezos de monte.

LEONARDA. ¡Linda invención!

FLORELO. Linda y nueva.

LEONARDA. ¡Oh, quién los hubiera visto!

FLORELO. De no llevarte me pesa
en el coche aquella tarde.

LEONARDA. Ansí ¡por tu vida! Espera;
unas cartas tengo aquí
que un cortesano que vino
en este mismo camino
me las dió (1) ayer para ti;
que a Burgos la devoción
me dijo que le traía.

FLORELO. Muestra a ver.

LEONARDA. (¡Oh, industria mía,
valedme en esta ocasión!) (*Aparte.*)
Toma.

FLORELO. La firma he mirado.
"Don Félix" dice.

LEONARDA. ¿De quién?

FLORELO. "De Toledo."

LEONARDA. Muestra bien
nombre y nacimiento honrado.

(*Dele* LEONARDA *la carta a* FLORELO *y él la lea.*)

"Descuidado estaba de tener tan valeroso (2) caballero por primo, y cuando murió el Gobernador, mi señor, me advirtió que v. m. lo era, y que, sirviéndole, reconociese mis obligaciones, y así le suplico que, no olvidándose de las suyas y de su sangre, (3) venga a esta corte a pretender un hábito, que con sus méritos y mi favor le tendrá cierto. Advirtiéndole, ante todas cosas, que ha de ser mi huésped y dueño de mi casa. (4) Vivo a la Merced.—*Don Félix de Toledo.*"

¿Primo en la corte? ¿Qué es esto?

LEONARDA. No sé ¡por tu vida! hermano.
Si tú lo ignoras, es llano
que yo sabré menos de esto.

FLORELO. Sin duda debe de ser
hijo de aquel nuestro tío
indiano; el intento mío
allá debió de saber,
pues del hábito me escribe.

LEONARDA. Mis ojos con él te vean,
que es todo el bien que desean.

FLORELO. Primo que en la corte vive,
rico y lleno de favor,
mucho me puede importar; (1)
mas no te puedo dejar,
satisfaciendo mi honor,
sola en Burgos.

LEONARDA. ¿Por qué no?

FLORELO. Porque será infamia en mí
que vivas tú sola aquí
y asista en la corte yo.
¡Por Dios! que si tú quisieras
que era gallarda (2) ocasión
de esta justa (3) pretensión
si a Madrid conmigo fueras.

LEONARDA. ¿Yo a Madrid? ¿Estás en ti?

FLORELO. ¡Oh, hermana, míralo bien!

LEONARDA. ¿Qué hay que mirar, pues tan bien
puedo yo quedarme aquí?

FLORELO. Eso no, si tú no vas
no hay pretensión acertada,
supuesto que acompañada
de tu virtud siempre estás.

LEONARDA. Ahora bien, esto requiere
más espacio, que has venido
de Lerma tierno y perdido
por la corte.

FLORELO. Si no fuere
contigo no hay que tratar.

LEONARDA. ¡Oh, cuánto a un mozo le agrada
la corte!

FLORELO. Mi sangre honrada
sólo me puede obligar.

LEONARDA. Entra y descansa.

FLORELO. ¡Hola, Payo!
Quítame estas botas.

PAYO. Voy.

(*Váyanse* FLORELO *y* PAYO; *queden* LEONARDA *y* INÉS *solas.*)

(1) En los impresos, "me dejó".
(2) En *B*, en lugar de las cuatro últimas palabras, dice: "que tenía tan generoso y noble".
(3) Faltan en *B* estas cuatro anteriores palabras.
(4) En *B* dice este párrafo: "En esta casa estaremos juntos, que unida de ser mi huésped y el señor de ella."

(1) En *B*, "harto me puede ayudar".
(2) En ídem, "notable".
(3) En ídem, "honrosa".

LEONARDA. ¡Brava (1) invención!
INÉS. Loca estoy.
LEONARDA. Pues éstas son como ensayo
de las que pretendo hacer.
INÉS. ¿A Félix tu primo has hecho?
LEONARDA. Que iré a su casa sospecho.
INÉS. Tu engaño (2) se ha de saber.
LEONARDA. Sabré yo entonces hablalle.
INÉS. Y a Félix, con la afición
de Clavela, ¿qué invención
podrá desenamoralle?
LEONARDA. Todo lo enreda quien ama.
Si en Madrid llego a la empresa,
tú verás la burgalesa
hacer un hecho de fama.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## ACTO SEGUNDO (3)

### *de* LA BURGALESA DE LERMA.

(*Salen* CLAVELA *y* GERARDO, *criado*.)

CLAVELA. ¿Estás loco?
GERARDO. Lo que vi
¿es locura que lo afirme?
CLAVELA. ¿Don Félix en Madrid?
GERARDO. Sí,
porque el amante más firme
se suele mudar ansí.
Como toro con maroma,
quien ama que no se acuerda,
cuando (4) la costumbre doma,
por lo que alcanza la cuerda,
todo aquel espacio toma;
mas tirándole verás
que más furioso que (5) parte,
vuelve con la cuerda atrás,
don Félix vuelve a buscarte.
CLAVELA. ¿Más rendido?
GERARDO. Mucho más.
CLAVELA. Luego ¿yo la cuerda soy
que de la frente le tira?
GERARDO. En esa sospecha estoy.
Toda su celosa ira
pára en rendimientos hoy.

(1) En los impresos, "linda".
(2) En idem, "enredo".
(3) En *B*, "Jornada segunda".
(4) En los impresos, "lo que".
(5) En *B*, "se".

Tente fuerte si le quieres.
CLAVELA. No eres mal necio.
GERARDO. El rigor
rinde.
CLAVELA. Ya te digo que eres
necio si en artes de amor
enseñas a las mujeres.
Para estratagemas tales
todas nacen enseñadas.
GERARDO. No nacéis todas iguales;
tiernas sois si sois airadas,
traidoras si sois leales.

(*Sale* LUCÍA.)

LUCÍA. El Conde te viene a ver.
CLAVELA. Llega (1) esa silla, Gerardo.

(*Salgan el* CONDE *y* TRISTÁN.)

CONDE. Ya no será menester,
que si vuestros pies aguardo
su estrado pretendo ser.
CLAVELA. No viene bien al estado
vuestro ser de nadie estrado; (2)
aquesta silla tomad.
TRISTÁN. Cumplimiento y voluntad
juntos nunca (3) se han sentado,
que es como decir y hacer.
CONDE. Ya, señora, os obedezco.
¿Cómo estáis?
CLAVELA. Con nuevo ser
después que veros merezco.
CONDE. No sabré (4) yo responder
si vos me atajáis (5) ansí.
TRISTÁN. ¡Qué humilde y necio es Amor!
CLAVELA. ¡Niego!
TRISTÁN. ¡Pruebo!
CLAVELA. A ver.
TRISTÁN. Si aquí
hacéis al Conde el favor,
de que yo testigo fuí,
y él dice que desmerece
el favor que vos le hacéis,
niega aquello que apetece,
y vos en duda ponéis
lo que en ser quien es merece;

(1) En *B*, "Pon".
(2) En *A* y *C*, "vuestro, señor, ser de nadie estrado". En *D*, "vuestro ser de nayde estrado".
(3) En *A* y *C*, "jamás juntos".
(4) En *B*, "No podré".
(5) En ídem, "tratáis".

luego por esta humildad
necio es Amor.
CLAVELA. Falsedad,
pues sabéis que en toda acción
implican contradicción
humildad y necedad.
Tanto tendrá de discreto
cuanto de humilde el más sabio;
que la soberbia, en efeto,
es del ingenio un agravio
que hace al más cuerdo (1) imperfeto.
Yo vi ingenios de mil modos
por la soberbia tan necios,
que los murmuraban todos.
CONDE. Al vuestro rindan sus precios
griegos, romanos y godos.
Pero esto dejando aparte,
corrido estoy de las ferias.
CLAVELA. Amor aborrece el arte.
Tratemos de otras materias.
TRISTÁN. El Conde intenta culparte, (2)
pues ninguna joya hubiera,
si la bordaran diamantes
como en la más alta esfera,
tan grandes, tan semejantes,
que liberal no te diera.
CLAVELA. Aquel Cupido bastó
que a una ninfa le ofrecía
las alas, con que mostró
que la libertad rendía
que el Cielo en volar le dió.
que es lo mismo que rendir
un hombre el propio albedrío.
TRISTÁN. ¡Qué bien lo sabe decir!
CLAVELA. Así fué el Cupido mío.
Pudo volar, pudo huír.

(*Sale* LUCÍA.)

LUCÍA. Un caballero está aquí,
recién venido de Lerma,
que me pregunta por ti.
CLAVELA. Pues dile (3) que estoy enferma.
CONDE. No, no; si lo hacéis por mí.
Tres cosas ningún discreto
dijo burlando.
CLAVELA. ¿Qué han sido?
CONDE. Que está por ningún efeto (4)
pobre, enfermo y desvalido. (1)
CLAVELA. No las decir os prometo.

(*Salgan* DON FÉLIX *y* POLEO.)

D. FÉLIX. Vengo, con vuestra licencia,
a cumplir mi obligación,
aunque de tan breve ausencia.
CLAVELA. Pagáis las que dignas son
de justa correspondencia.
¿Cómo por Lerma os ha ido?
D. FÉLIX. Notables fiestas han sido
las que el Duque al Rey ha hecho.
CLAVELA. Es aquel heroico pecho
admirado y conocido
del mundo por la grandeza,
por la piedad y el valor,
que admira a Naturaleza.
CONDE. ¿Qué villa es Lerma?
D. FÉLIX. Señor,
si tuviera la destreza
que tuvo pintando Apeles,
la villa y campo os pintara
sin lisonjear doseles;
mas para cosa tan rara
son muy toscos mis pinceles.
Está tan bien adornada
de la plaza y del palacio,
y en tan buen sitio fundada,
y por su fértil espacio
de tantos templos cercada,
que no os la sabré pintar,
pues campos, ríos y fuentes
que hacen envidioso al mar,
sotos, prados, vegas, puentes
dieran sujeto y lugar,
a Virgilio, si viviera.
Yo me vi en un campo un día
de su famosa ribera,
que codicié la poesía
y escribiera si supiera.
Pensé (2) también que venía
sin amor, y su hermosura
me enamoró (3) tanto un día,
que suspiré ¡qué locura!
al pie de una fuente fría,
donde unas ninfas están
de jaspe y mármol.
CLAVELA. ¿Qué nombre
tiene el lugar?

(1) En *B*, "alto".
(2) En los impresos, "culparse".
(3) En ídem, "digan".
(4) En ídem, "defeto".

(1) En los impresos, "roto, pobre o encogido".
(2) En ídem, "pienso".
(3) En ídem, "despertó".

D. FÉLIX. Fuente Imán,
que es fuente imán para un hombre
adonde celos le dan.

CLAVELA. ¿En efeto imán ha sido
la que os trajo?

D. FÉLIX. Por ser hiedra
codicié el muro perdido,
que una imán y fuerte piedra
me ha vuelto y vuelto el sentido.

CLAVELA. Hanme dicho que hay allí
unas vacas extranjeras.

D. FÉLIX. Bien dices, que yo me fuí
por tan extranjeras fieras,
que en sus cuernos me perdí. (1)
Todo ganado extranjero
suele ser más estimado.

CONDE. (Yo entiendo este caballero.

TRISTÁN. Es el galán olvidado.

CONDE. Pues desocuparlos quiero,
que de metáforas fuí
toda mi vida enemigo,
y debe de hablar en mí. (2)

TRISTÁN. Cuerdo estás.

CONDE. Al tiempo sigo.
Esto en Madrid aprendí.)
Un poco tengo que hacer.
Dadme licencia, señora.

CLAVELA. Vuestra soy y lo he de ser.

CONDE. No deis pesares agora,
que es tiempo de dar placer.
Hablad a esta fuente imán,
que merece este galán
más justa correspondencia.

CLAVELA. Para ir os doy licencia,
no para hablar.

CONDE. (¿Qué hay, Tristán?

TRISTÁN. Allá fuera te diré
lo que de aquesto he sentido.

CONDE. ¡Muerto voy!)

[illegible]

CLAVELA. Pues bien, ¿qué fué
la causa de haber venido
de Lerma vuesa merced?
¿Es esta la religión (3)
por quien iba (4) a Miraflores?

D. FÉLIX. Flores en amores son,
pero flores en amores
sécanse sin posesión.
Mas bien podré preguntarte
del hábito que allá oí (1)
que tomabas.

CLAVELA. Imitarte
pensaba; (2) mas presumí
que sabes de Amor el arte,
y que de burlas te fuiste,
fingiendo esos celos vanos.

D. FÉLIX. ¿Vanos? Si agora me viste
que los toqué con las manos,
¿en qué la verdad consiste?

CLAVELA. ¡Cuántas cosas se han tocado
con las manos que no han sido
verdad!

D. FÉLIX. Si se han engañado
los ojos, manos y oídos,
sordo, ciego y manco he estado.
¡Ah, cruel, que no viniera
de donde me fuí, a no ser
para que tu infamia viera:
que eres, traidora mujer,
falsa, inconstante y ligera!
¡Di que este Conde extranjero
no ocupa más de una silla! (3)

CLAVELA. ¡Mientes!

D. FÉLIX. Y aun el alma espero.

CLAVELA. ¡Oh, qué vieja está Castilla,
pues vienes tan majadero!
¡Vete, no entres más aquí!

D. FÉLIX. ¿Aquesto te ofende? (4)

CLAVELA. Sí.

D. FÉLIX. Oye.

CLAVELA. No es tiempo de necios. (5)

D. FÉLIX. Clavela, tales desprecios...
¡Ten, ten lástima de mi!

(*Váyase* CLAVELA.)

POLEO. Oye tú, doña (6) Lucía,
oye a tu amante Poleo.

LUCÍA. Váyase ¡por vida mía!

---

(1) Este y los [illegible] versos [illegible] faltan en los impresos. Son necesarios para el sentido y constan en [illegible].

(2) En *C* y *D*, "de mí". En *A*, "y pienso que hablan de mí".

(3) En los impresos, "relación"; pero es errata.

(4) [illegible]

---

(1) En los impresos, "hallé oy".

(2) En ídem, "quería".

(3) En ídem, las palabras "más que una silla" las dice Clavela, y sigue con la exclamación "¡Mientes!", que hace confuso el sentido.

(4) En ídem, "¿Pues esto te ofende?"

(5) En ídem, este verso lo dice todo Clavela en esta forma: "que ya no es tiempo de necios".

(6) En ídem, "Juana o Lucía".

a un hospital, señor feo,
que me huele a barbería.

POLEO. Lucía, no soy espliego;
Poleo soy.

LUCÍA. Pues que aquí
no le derrame le ruego.

(*Vásase.*)

POLEO. En no te admitiendo a ti
llevamos perdido el juego;
que tú eras quien paraba
con Clavela, y por de fuera
yo con Lucía apostaba.

D. FÉLIX. ¡Oh, Medea! ¡Oh, Circe fiera!

POLEO. ¡Oh, sierpe! ¡Oh, tortuga! ¡Oh,
[Cava!

D. FÉLIX. Si dentro el Conde estuviera,
no dudes que le rompiera
la puerta.

POLEO. Ven hacia casa,
porque la gente que pasa
no piense alguna quimera.

D. FÉLIX. Milagro ¡por Dios! ha sido
no haber muerto esta mujer

POLEO. Que te reportes te pido,
pues remedio puede haber.

D. FÉLIX. ¿Remedio?

POLEO. Sí.

D. FÉLIX. ¿Cuál?

POLEO. Olvido.

D. FÉLIX. Andaos ¡por Dios! a olvidar.
No es este amor niñería,
y debes considerar (1)
que no es para cada día
morir y resucitar.

POLEO. Mira que vas por la calle.
Pon bien la capa y sombrero,
y quéjate con buen talle.

D. FÉLIX. Olvidar y callar quiero;
dile a Amor que olvide y calle;
mas ni olvidar ni callar
quiere Amor, que hablar porfía...
y mejor será acabar; (2)
que no es para cada día
morir y resucitar.

POLEO. Ponte bien, que viene aquí
Carlos.

D. FÉLIX. Carlos me reporta.

(1) En *B*, "imaginar".
(2) En idem, "fuera callar".

(*Sale* (1) CARLOS.)

CARLOS. A buscarte vengo.

D. FÉLIX. ¿A mí?

CARLOS. A ti ¡por Dios!, y te importa.

D. FÉLIX. Si me importa, Carlos, di.

CARLOS. ¿Qué es esto?

POLEO. De visitar
esa Clavela salía.

D. FÉLIX. Dile, si lo has de contar,
que no es para cada día
morir y resucitar.

CARLOS. Ya entiendo (2) lo que habrá sido,
sin que tú me lo refieras.
Diríale muy rendido
que perdió con ansias fieras
en esta ausencia el sentido;
y como toda mujer
a quien fingió no querella,
y después la ve querer (3)
más rinde y más atropella,
y aun le suele aborrecer,
siente el desprecio.

POLEO. Es verdad.

CARLOS. Pues, Félix, con estas nuevas
templarás la voluntad.

D. FÉLIX. ¿Nuevas para mí?

CARLOS. Y tan nuevas,
que os harán dificultad.

Llegándoos a buscar a vuestra casa
de un coche vi que se apeaba gente,
y, cuidadoso de saber quién era,
vi un caballero de gallardo talle,
mucha espuela dorada, mucha pluma,
sacando de la mano cierta dama,
que os certifico (4) que Clavela puede
rendirle vasallaje en hermosura.
Luego como me vieron preguntaron
por su primo don Félix de Toledo.
Son burgaleses, y, a lo que he pensado,
vienen a ser en vuestra casa huéspedes.

DON FÉLIX.

¿Estáis en vos?

CARLOS.

Lo que ha pasado os cuento.

DON FÉLIX.

¿Yo primos burgaleses?

(1) En *B*, "(*Entra*".
(2) En los impresos, "Ya yo sé".
(3) En *B*, "luego que la vió".
(4) En *B*, "aseguro".

CARLOS.

Haceos cruces,
porque con una carta vuestra vienen
buscando vuestra casa; mas sospecho
que aquestas pesadumbres de Clavela
os hacen olvidar de vuestra sangre
y las obligaciones que se deben
a cosas del honor. Si habéis escrito
aqueste caballero que de Burgos
venga derecho a vuestra casa, Félix,
¿será bien despedirle con mal rostro?
¿Será bien que conozca esta flaqueza?

DON FÉLIX.

Vos debéis de intentar que pierda el seso.
Si tal carta escribí, ¡plega (1) a los Cielos
que muera a manos de tan locos celos!

CARLOS.

¿Que no la habéis escrito?

DON FÉLIX.

Ni conozco
tal primo en todo el mundo.

CARLOS.

Pues, don Félix,
mientras estáis en duda que lo sea,
no os podéis excusar de recibille,
porque será bajeza, si lo fuese,
indigna de tan noble caballero, (2)
y cuando no lo sea, ¿qué hay perdido?

DON FÉLIX.

¿Qué hay perdido decís? Pues ¿qué se gana
en tener en mi casa tantos huéspedes?

CARLOS.

Yo os lo diré si vos me estáis atento.
La hermana de este primo, o lo que fuere,
es hermosa mujer, como os decía.
Si Clavela vengándose porfía
en daros celos, luego que le cuenten
que tenéis esta dama en vuestra casa
veréis que se deshace y que se abrasa;
que es condición de la mujer la envidia,
y la envidia es la madre de los celos.
Luego veréis sus ansias y (3) desvelos;
y por lo menos tomaréis venganza,
si no de su desdén, de su mudanza.

(1) En *A*, "ruego".
(2) Falta en los impresos este verso.
(3) En ídem, "sus".

DON FÉLIX.

Vos habéis dicho la más alta cosa
que hubiera respondido (1) en mi remedio.
Carlos, el mismo oráculo de Apolo,
celos de celos es remedio sólo,
que Amor sabe de coro estos estilos,
de herir a quien les hiere por los filos.
Norabuena vinieron a mi casa,
con verdad o sin ella, aquestos primos.
Yo quiero (2) que lo sean.

POLEO.

Pues detente,
que a recibirte salen a la sala.

DON FÉLIX.

¡Gallardo es él, por Dios, y ella es hermosa!

(*Salgan* FLORELO *y* LEONARDA *de camino;* PAYO *y* INÉS *y un* PAJE *de* DON FÉLIX.) (3)

PAJE. (4)

Aquél es mi señor.

FLORELO.

¿Cuál?

PAJE. (5)

El más alto.

DON FÉLIX.

¿Cómo se llama el burgalés?

CARLOS.

Florelo.

DON FÉLIX.

Seáis, señor Florelo, bien venido.

FLORELO.

Seáis, señor don Félix, bien hallado.

DON FÉLIX.

Y vos, prima y señora, si merezco
esos brazos, honrad a quien desea
aposentaros en el alma propia. (6)

LEONARDA.

Yo os confieso, señor, que no he venido
a la corte con gusto, antes forzada;

(1) En *A*, "que pudiera decir"; en *C*, "que pudieras decir", y en *D*, "que pudiera decirse".
(2) En los impresos, "gusto".
(3) Esta acotación, en *B*, dice: "(*Entren* FLORELO, LEONARDA, *de camino, y luego, detrás,* PAYO, LUCÍA *y* LISENO *criado de* DON FELIX.)"
(4) En *B*, "LISENO".
(5) En ídem, "LISENO".
(6) En los impresos, "misma".

pero que sólo con haberos visto
de aquella resistencia me arrepiento.

FLORELO.

Luego que en Burgos recibí la carta,
señor don Félix, en Madrid escrita,
adonde me mandasteis que viniese,
vuestra casa ofreciéndome, dispuse
dejar la mía; y porque a veces corren
las pretensiones con algún espacio,
para excusar cuidados de su ausencia,
truje a Leonarda, como veis, conmigo.

DON FÉLIX.

En eso yo os confieso que me siento
tan obligado, que me habéis pagado
el deseo que tengo de serviros.
Bien lo veréis en vuestras pretensiones.

FLORELO.

Yo solamente vengo a lo del hábito,
fiado más en vos que en mis servicios,
si bien dejé la guerra por la muerte
de mis padres, mirando que quedaba
Leonarda sola.

DON FÉLIX.

(¿Qué es aquesto, Carlos?
Hermana, Flandes y hábito. ¿Qué es esto?

CARLOS.

Calla, que todo es tu remedio.

DON FÉLIX.

¿Adónde (1)
o cuándo le escribí tal carta?

CARLOS.

Mira
el talle de Leonarda, en quien los Cielos
ponen la contrahierba de tus celos.)

INÉS.

(En fin, has visto a Félix.

LEONARDA.

Y en su casa
estoy, como me ves.

INÉS.

No me ha espantado
la invención de la carta, con que has hecho
que te traigan de Burgos a la corte,
sino que don Félix reconozca

(1) En los impresos, "¿Cómo".

a tu hermano por deudo y que conceda
con cuanto le propone.

LEONARDA.

¡Ay, Inés mía;
esas son cosas que el Amor las guía
y una cierta deidad que a los amantes
favorece en sujetos semejantes.

INÉS.

Todo está bien; mas ¿cómo harás agora
que se desenamore de Clavela?

LEONARDA.

¿Yo no le he visto? Pues aquesto basta:)

DON FÉLIX.

Florelo, ya es razón que del camino
descanse vuestra hermana y mi señora.
Mi casa entrad a ver, puesto (1) que agora
por desapercibida se avergüenza;
mas no hay dificultad que Amor no venza.

FLORELO.

Entre deudos no es justo el cumplimiento.

DON FÉLIX.

La voluntad os hace el aposento.

(*Váyanse todos y quede* PAYO *y* POLEO.) (2)

POLEO.

Sea vuesa merced muy bien venido.

PAYO.

Sea vuesa merced muy bien hallado.

POLEO.

¿El nombre?

PAYO.

Payo, a su servicio.

POLEO.

Ha sido
nombre en toda Galicia muy honrado.

PAYO.

¿Y el de vuesa merced?

POLEO.

Nombre he tenido
que en flores suele perfumar el prado.

(1) En los impresos, "pues lo".
(2) Esta acotación en *B.* dice: "(*Todos se entran y quedan los* LACAYOS *solos.*)"

PAYO.

¿Es tomillo salsero, es cantueso,
es anís, es orégano?

POLEO.

¡Qué exceso!
¡Oh, cuántos romadizos he quitado!

PAYO.

Nombre con que se quita romadizo,
sin duda es bueno para ser quemado.

POLEO.

No soy romero, no, ni advenedizo;
antes ando sin penas derramado,
y sin ser almizcleño aromatizo.

PAYO.

Quedo; Poleo dije.

POLEO.

¿Y eso? (1)

PAYO.

Ya entrevo,
conozco que a la corte vengo nuevo.

POLEO.

Si habemos de vivir en esta casa,
sea con amistad. Toque esos güesos.

PAYO.

(Será la de Trastulo y de Ganasa.)
¿Qué corre por acá?

POLEO.

Varios sucesos.
Fregatíferas hay de pasa pasa
que en cubiletes hacen falsos pesos,
y otras de más entonos (2) que, a las puertas,
en diciendo basura dan espuertas.
Hay mozas de sayuelo y de corpiño
que bajan (3) a la tienda por aceite,
mozas que dejarán (4) llorar a un niño
tres horas (5) por hablar con su deleite;
hay otras de más toldo y más aliño,
gente que ya repite para afeite,
hurtan los botecillos a sus amas
y a traición enjalbegan las escamas.
Hay gallega rolliza como un nabo,
entre puerca y mujer, que baja al río
y lava más gualdrapas que un esclavo,
cantando como carro en el estío;
hay otras que en bailar, mas no lo alabo,
a lo que es desvergüenza llaman brío,
y entre el tendido paño que se seca
van haciendo barreno la muñeca.
En fin, aquí hallarás de todo un mapa.

PAYO.

Y el río ¿qué persona?

POLEO.

Es falso amigo,
que falta al mejor tiempo, aunque le escapa
ser cortesano, y yo lo mismo digo.
Hombres te ofrecerán hasta la capa
y en la necesidad morir contigo;
y Manzanares son, pues, de aquel (1) modo:
en siendo menester, se seca todo.

PAYO.

Bien haya Burgos que las casas tiene
sobre el agua, que eterna baña y corre
sus cimientos, a quien cargada viene
de truchas, con que siempre le socorre.
¿No has visto aquella puente que contiene
tan bella arquitectura y la gran torre
donde están los jueces de Castilla?

POLEO.

Burgos, Payo, es octava maravilla.
Echa por esta esquina y probaremos
lo de a ochenta, licor tres veces fino.

PAYO.

Hoy como hermanos amistad haremos.

POLEO.

¿Es cosa tuya Inés?

PAYO.

Eso imagino.

POLEO.

Pues a su bienvenida beberemos. (2)

PAYO.

Seis reales tengo; cinco para vino
y uno para castañas.

POLEO.

¡Necedades!

PAYO.

¿Cómo?

POLEO.

Querer comprar ventosidades.

---

(1) En los impresos "Isso".
(2) En idem, "Hay otras de más toldo".
(3) En *B*, "salen".
(4) En los impresos, "gente que dejará".
(5) En idem, "seis días".

(1) En los impresos, "de este".
(2) En idem, "brindaremos".

(*Vanse, y salen* Clavela *y* Gerardo.)

Clavela. ¿Quiéresme quitar el seso?
Gerardo. De ti me espanto, señora,
que tu sentimiento agora
me parece injusto exceso.
Clavela. Pues ¿cómo no he de sentir
que me digas que casado
viene Félix?
Gerardo. Si al cuidado
me pudiera persuadir
con que te veo, no creas
que fuera el primero yo;
y Lucía me contó
que ya en el Conde te empleas;
por eso te lo conté.
Clavela. En tanto que a Félix vi
muerto y celoso de mí,
esos aceros mostré;
mas en llegando, Gerardo, (1)
a que quiera a (2) otra mujer,
¿no ves que ha de perecer
del Conde el amor bastardo?
¿No ves que se ha de quitar
la ceniza que cubría
aquel fuego, (3) que tenía
dentro del alma lugar?
¡Tu nueva me ha muerto!
Gerardo. Yo
pude engañarme, señora.
Clavela. Pues ¿qué es lo que viste agora?
Gerardo. Vi que en un coche llegó
una dama burgalesa,
como el mismo sol hermosa,
y que se apeó briosa
en el zaguán. (4)
Clavela. Cosa es ésa
que me ha de costar la vida.
¿Quién la traía?
Gerardo. Su hermano,
decían, de cuya mano
bajó del estribo asida.
Clavela. ¿Qué vestido?
Gerardo. De color;
y al bajar cierto rodeo
me mostró un rico manteo
de estos de marca mayor.
Dijo una cosa discreta
uno de estos cortesanos:
que es con tantos pasamanos
el laberinto de Creta;
queriendo en esto decir,
por el gasto o el deseo, (1)
que quien entra en tal manteo
no ha de acertar el (2) salir.
Clavela. ¿Buenos bajos?
Gerardo. ¿Estás loca?
Clavela. Di presto.
Gerardo. Virillas vi;
cintas de nácar, y allí
poniendo el Amor la boca.
Clavela. ¡Maldígate Dios, amén!
Gerardo. ¿Para qué preguntas nada?
Clavela. Que me la alabes me enfada,
mas no que la pintes bien.
Gerardo. De aquesto sólo argüí
que viene Félix casado,
que nadie me lo ha contado
y puedo (3) engañarme ansí.
Clavela. No, Gerardo, no te engañas,
que en casa de un hombre mozo
con tanto alboroto y gozo,
y con galas tan extrañas,
no se apeara mujer
públicamente.
Gerardo. A mí creo
que el temor, y a ti el deseo,
nos hace imposibles ver:
que este mirar por cristales
hace las cosas mayores.
Clavela. Celos de varios colores
pintan quimeras iguales.
Celos son vista de ciego
que está en la imaginación;
celos un sujeto son
donde caben hielo y fuego; (4)
celos son una señal
hecha con algún color,
por donde corta el Amor
aquel hábito inmortal;
celos son una esperanza
de vengarse de la ofensa,
que del que vengarse piensa
hacen la primer venganza;
celos son una ilusión

(1) En los impresos, "pero en llegando, ¡oh, Gerardo!".
(2) En *B*, "a querer otra".
(3) En los impresos, "amor".
(4) En ídem, "jardín".

(1) En los impresos, "empleo".
(2) En ídem, "a".
(3) En ídem, "pude".
(4) En ídem falta esta redondilla.

con que el crédito se burla,
y son una necia burla
de amigo sin discreción;
celos son un pensamiento
que se viste de colores,
donde los propios temores
pintan figuras de viento;
celos un principio son
de locura peligrosa,
que es pensar siempre una cosa
locura y no discreción; (1)
celos son niños y locos
que osan decir las verdades
y de cuyas calidades
hablan muchos, saben pocos. (2)
Yo los tengo, y pues por ti
hoy me tengo de acabar,
yo te he de matar.

(*Arremete a él y sale* LUCÍA.)

LUCÍA. Lugar
pide para hablarte aquí
don Félix, que trae consigo
un hidalgo burgalés.
CLAVELA. ¿Burgalés?
LUCÍA. Y dice que es
su primo; y Carlos, su amigo,
viene con los dos.
CLAVELA. ¿Aquí
trae don Félix su cuñado?
LUCÍA. Habla bajo, que han llegado.
GERARDO. (De gran peligro salí.)

(*Salgan* DON FÉLIX, FLORELO *y* CARLOS.)

D. FÉLIX. Habiendo, Clavela hermosa, (3)
mi primo, el señor Florelo, (4)
llegado agora de Burgos,
me pidió...
CLAVELA. Sentaos primero,
y él sea muy bien venido.
FLORELO. A vuestro servicio vengo,
si con mi casa y mi hermana
os fuere de algún provecho.
CLAVELA. Muchos años la gocéis.
CARLOS. Y yo, Clavela, que os veo
en este punto, mil veces
los pies y manos os beso.

(1) Faltan en los impresos las dos redondillas anteriores.
(2) En idem, "sienten muchos y hablan pocos".
(3) En idem, "hermosa Clavela".
(4) En *A* y *C*, "Florencio".

CLAVELA. Bien venido, señor Carlos.
D. FÉLIX. Mi venida, prosiguiendo,
digo que gustó de ver
lo que hay en Madrid Florelo.
Pidióme que le enseñase
sus grandezas, a quien luego
dije que las de Madrid
estaban en aposentos.
Tomamos los tres un coche;
vimos el palacio, y dentro
lo que pudo ser posible;
compró a su hermana un espejo,
una arquilla de cristal
y un librillo en prosa y verso.
Desde allí fuimos al Prado,
esa calle Mayor viendo,
donde son sus edificios
no casas, coches diversos;
llegamos a la del Prado
y, por sus fuentes volviendo,
vimos la huerta (1) del Duque,
edificio que os prometo
que parece a todos bien;
y por no pasar más lejos,
le dije que aquí no había
iglesia como en Toledo,
ni puente como en Segovia,
hecha por Hércules griego;
ni naves como en Sevilla,
del indiano mundo nuevo;
Alhambra como en Granada,
como en Lisboa extranjeros,
como en Valencia jardines,
como en Zaragoza templos,
como en Valladolid plaza,
como en Salamanca ingenios,
como en Córdoba caballos,
en Avila caballeros
y vidros en Barcelona, (2)
sino un apacible cielo
que cubre fáciles casas,
que hoy las comienza su dueño
y mañana vive en ellas,
a medio secar los techos.
Que era lugar que tenía (3)
de gente en grados diversos,
todas las grandezas vivas,

(1) En *B*, "plaza".
(2) En los impresos varía algo el orden en la colocación de los 13 versos anteriores, en esta forma: 3, 4, 1, 2, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 7, 8, 13.
(3) En idem, "en que había".

donde hallaría discretos
en sumo grado, y también
en el mismo muchos necios.
Damas y galas que traen
encima en cualquiera tiempo
más de lo que queda en casa;
armas, valentías, juegos.
Pero que si la hermosura
tan gran ciudad de mancebo (1)
quería ver como en cifra,
donde es secretario el cielo,
viniese a veros conmigo,
aunque ha sido atrevimiento,
donde Leonarda, su hermana...

CLAVELA. No digáis más, yo lo creo;
ya sé su mucha hermosura;
pero diérame contento
que entre todas estas cosas
le enseñara vuestro acuerdo
un caballero sin fe,
si puede ser caballero
quien tan mal término tiene;
que hay alguno en este pueblo
que por monstruo de inconstancia,
puede espantar los ajenos,
cuando se ausenta llorando,
celoso, perdido y tierno,
vuelve casado a Madrid,
y arrepentido sospecho,
pues vuelve a buscar la dama
de quien antes iba huyendo.
Esto le habéis de enseñar
en la corte, que os prometo
que es más de ver que edificios,
damas, palacios, Consejos.
Ilustre ciudad es Burgos
y cabeza de aquel reino.
Tú lo habrás visto allá
diversas veces, Florelo;
pero el hombre que yo digo
entre bárbaros no creo
que se habrá visto jamás. (2)

FLORELO. Por Félix responder quiero,
y digo que monstruo igual
fuera bien, como a portento
del mundo, haberme enseñado.

CLAVELA. Yo os le enseñaré muy presto. (3)

(1) Este verso es oscuro. En *B*, "mancebos", que no lo aclara.

(2) En *B*, "que le hayan visto los hombres".

(3) En los impresos, este verso lo dice don Félix.

D. FÉLIX. Mas si monstruo de hermosura
y deslealtad; si un espejo
en que se ve la inconstancia
y toma formas Proteo;
si una veleta en quien prueba
toda su mudanza el viento;
si un imán que sigue al Norte
tocada en oro y dinero;
si un ángel en piedra dura,
en cuyos helados pechos
rompe Amor todas las flechas
y interés tiene aposento (1)
quisiérades ver, yo os juro...

CARLOS. No digáis más, que Florelo
no viene a ver monstruos hoy.

FLORELO. A ver esta dama vengo;
que por discreta y hermosa
merece el justo conceto
que de ella tengo por fama.
Y porque enseñado vengo
que hacen breves visitas
en la corte los discretos,
no quiero quedar con vos
hoy en opinión de necio.
El Cielo os haga dichosa.

CLAVELA. Y a vos os guarden los Cielos.
A la señora Leonarda,
mientras voy a verla, os ruego
que le deis un gran recado.

FLORELO. Ella y yo nos ofrecemos
a serviros como esclavos.

D. FÉLIX. (¿Qué te parece de aquesto?

CARLOS. Que acertaste en la invención,
pues queda perdiendo el seso.

D. FÉLIX. Para celos, Carlos mío,
no hay remedio como celos.)

(*Vanse* DON FÉLIX, CARLOS y FLORELO.)

LUCÍA. ¡Buena quedas!

CLAVELA. ¿Por qué abriste?

LUCÍA. Él se entró, yo no le abrí.

CLAVELA. ¿No estaba Gerardo aquí?

LUCÍA. ¿Qué tienes? ¿De qué estás triste?

CLAVELA. ¡Mal haya tu necedad!
¿De qué estoy triste, preguntas,
viendo el mar y (2) estrellas juntas
en mi nueva tempestad?
¿No ves lo que ha dicho aquí
don Félix tan libremente,

(1) Faltan en los impresos este verso y los siete anteriores.

(2) En *A*, "viendo las".

y que me trae esta gente
por darme veneno a mí?
¡A mis ojos su cuñado!
¡Milagro ha sido de Dios
el no rifar con los dos
este amor desatinado!

LUCÍA. Y el Carlos ¡qué falso estaba
haciendo a don Félix señas!

CLAVELA. Fuése a vivir entre peñas;
hábito humilde buscaba,
y casado vino acá
con la dama burgalesa.

GERARDO. Mucho de tu error me pesa;
que por dicha no lo está.

CLAVELA. ¿Que no lo está, si en su casa (1)
la tiene? Engañarme quieres.
Entre públicas mujeres
esta libertad (2) no pasa.
¿Qué había de hacer allí
si no fuera su mujer?
¡Yo me tengo de perder!

GERARDO. Ven y piérdete por mí.

CLAVELA. ¡Ay, Gerardo! Pues ¿qué haré?

GERARDO. ¿Quieres saber la verdad?

CLAVELA. Y del alma la mitad
por saberlo te daré.

GERARDO. Visítala, (3) pues te ha dado
su hermano justa ocasión,
y verás si es posesión
o casamiento tratado.

CLAVELA. ¿Cómo?

GERARDO. Dando el parabién
a Leonarda de casada
con Félix.

CLAVELA. Mucho me agrada
la invención; dices muy bien.
Haz que me pongan el coche
mientras me voy a tocar,
que celos la quiero dar.

(*Vase* GERARDO.)

LUCÍA. Por lo menos esta noche
sabrás de quién tienes celos;
que una celosa imagina
una belleza divina,
un milagro de los Cielos,
y en viendo que no es así
todo el rigor se sosiega.

(1) En *A*, "en Toledo".
(2) En los impresos, "tal desvergüenza".
(3) En *C*, "visitarla".

CLAVELA. ¿No llega el coche, no llega?

LUCÍA. Agora parte de aquí
Gerardo por él. Advierte
que te querías tocar.

CLAVELA. ¿Cómo eso puede olvidar
imaginación tan fuerte?
Y si es cierto, ten por cierto
que me tengo de matar,
pues muriendo ha de quedar
Amor en mi pecho muerto.

(*Vanse, y salen* LEONARDA *y* INÉS.)

INÉS.

En fin, vivir, Leonarda,
en casa de don Félix, ¿te parece,
por lo que Amor aguarda
el premio de las penas que padece,
a vista de quien ama,
centro seguro y invención de fama?
¿Aquí, en efeto, piensas
hallar remedio al mal que te fatiga?

LEONARDA.

Puesto que las ofensas
de la hermosa Clavela, mi enemiga,
me dan desconfianza,
la posesión aumenta la esperanza.
No porque lo posea
el pecho de don Félix, que me abrasa;
pero basta que sea
digno mi amor de su aposento y casa;
que, en fin, todos los días
con verle templo las desdichas mías.
Aquí, cuando a la mesa
se sienta, le pregunto y me responde,
y puesto que me pesa
que calle y puerta de Clavela ronde,
verle volver deseo,
que no puedo dormir si no le veo.
Detrás de mi aposento
escucho lo que habla y el ruido,
y cuando viene siento
del broquel arrojado; es a mi oído
la cosa más süave
hasta en la puerta el revolver la llave. (1)
En fin, yo estoy contenta
con ver a Félix, que a Clavela adora.

INÉS.

Atrévete y intenta
decir tu pena alguna vez, señora.

(1) Las cinco anteriores estrofas faltan en los impresos.

LEONARDA.

¡Ay, Dios! Llegar a hablalle
Amor me manda, y el temor que calle.
Pero si por ventura
en ocasión de tanto bien me viese,
que mi afición segura
decirle a Félix mi dolor pudiese,
no dudes que intentase
que me diese remedio y me matase.

(*Sale* (1) FLORELO.)

FLORELO. ¿Vino mi primo?
LEONARDA. ¡Oh, Florelo!,
¿cómo sin él?
FLORELO. Fuí, Leonarda,
a ver con él este mundo
en cifra en sucinto mapa;
esta máquina famosa,
prado de verduras varias,
donde, como en otros flores,
nacen en aquéste casas.
Este anfiteatro insigne,
en cuya hermosa campaña
representa la fortuna,
autora de antigua fama,
comedias con los que (2) sube,
tragedias con los que (3) baja.
Y después de haber mirado
tantas calles, tantas plazas,
tantos templos, tanta gente,
que la grandeza romana
no vió más (4) varias naciones
cuando se vió coronada
del imperio de la tierra,
me llevó a ver una dama;
dama suya, y nunca fuera,
pues no ser mía bastaba,
y no ser suya, que, en (5) fin,
parece que a la esperanza
da con la puerta en los ojos.
Vila y, no dudes, hermana,
que sin ser Faetonte, vi
la esfera del sol y el alba,
sin ser de la noche fría
lo postrero de su capa.
Vi, sin ser Endimión,
la luna, y miré a Diana
sin ser príncipe de Tebas
y sin temer rayos de agua.
¿Cómo te podré decir
de la manera que habla? (1)
Piensa cuando alguna rosa
abre el cogollo de nácar
para beber en las hojas
las perlas de la mañana.
Mas ¿qué digo? ¡A Dios pluguiera (2)
que no hablara, pues hablaba
sólo en celos de don Félix,
con que me abrasaba (3) el alma!
Ella, supuesto que en cifra
de ingratitud se quejaba,
si puede haber alma de hombre
a tal hermosura (4) ingrata.
Yo vengo bueno ¡por Dios!
Si adora a don Félix...
LEONARDA. Calla,
que es liviandad que (5) a una vista
se rinda un hombre.
FLORELO. ¡Ay, Leonarda,
que es Clavela un serafín!
LEONARDA. (Esto sólo me faltaba
para remediar (6) mis celos.)

(*Salga* (7) PAYO.)

PAYO. De una carroza gallarda
se apea, señor, Clavela,
a la puerta de tu casa;
Clavela, a quien en la suya
visitaste.
FLORELO. ¡Cosa extraña!
¿Clavela aquí?
LEONARDA. Mira bien
si por ventura te engañas.
PAYO. Digo que dice Clavela.
LEONARDA. Pues a verme, ¿por qué causa?
PAYO. Viene a darte el parabién,
que dice que estás casada
con don Félix.
LEONARDA. ¿Con mi primo?
FLORELO. Si vieron que te apeabas

(1) En *B*, "*Entra*".
(2) En los impresos, "el que".
(3) En ídem, "el que".
(4) En ídem, "tan".
(5) En ídem, "al".

(1) En los impresos, "hablaba".
(2) En *B*, "¡ay, Dios! Pluguiera a Dios". En *A*, "mas ¿qué digo? Dios pluguiera"
(3) En idem, "ha abrasado".
(4) En los impresos, "belleza".
(5) En *A* y *C* falta este "que".
(6) En los impresos, "averiguar".
(7) En *B*, "*Entra*".

en su casa, habrán pensado
que lo estás, o que te casas.

LEONARDA. ¿Esa ha sido la ocasión?

FLORELO. Oye ¡por tu vida!, hermana. (1)
Ésta con celos de Félix
a verte viene engañada;
si decimos que es mentira,
proseguirá su esperanza;
si decimos que es verdad,
celosa y desengañada, (2)
ha de aborrecer a Félix,
y será mi dicha tanta,
que admita mi nuevo amor.

LEONARDA. No habrá cosa que no haga
por el tuyo.

FLORELO. Voy por ella.

(*Váyase* FLORELO.)

LEONARDA. ¿Pudiera pensarse traza
más a mi gusto en el mundo
para sembrar en las almas
de estos amantes discordia?

INÉS. Amor te ayuda.

LEONARDA. Y me mata.
¿Que tengo de ver, Inés,
esta Clavela adorada
de Félix, esta enemiga,
ésta a quien rinden las almas
los más libres corazones,
como para ejemplo basta
mi hermano, que viene loco? (3)

INÉS. Y agora puedes mirarla
y ver si es estrella suya,
o ser su hermosura tanta
que hay mujeres que las quieren,
por un no sé qué de gracia,
que no se sabe lo que es.

LEONARDA. Calla, que entran.

INÉS. ¡Brava dama!

(*Salgan* FLORELO *y* CLAVELA *y* LUCÍA, *con mantos y* GERARDO.) (4)

FLORELO. Aquí tenéis a Leonarda. (5)

---

(1) En *B*, "escucha, por Dios, hermana".
(2) En los impresos, "desesperada".
(3) En idem, estos dos versos dicen:

"como por ejemplo se halla
mi hermano, que viene muerto".

(4) En *B*, esta acotación, dice: "(*Salga* CLAVELA *de visita, bizarra;* LUCÍA *y* GERARDO *acompañándola.*)"

(5) En los impresos, este verso se divide en dos, así:

LEONARDA. A vuestra esclava diréis,
que con el alma os aguarda.

CLAVELA. Con mucha razón tenéis
fama de ser tan gallarda.

LEONARDA. Eso quede para vos,
que suspensa me ha dejado
vuestra hermosura.

FLORELO. ¡Por Dios,
que habéis la historia imitado
de Aquiles y Héctor las dos!
No con menos ademanes
fueron a ganar la joya
de plumas y armas galanes
sobre los campos de Troya
los dos fuertes capitanes.

CLAVELA. Puesto que yo Aquiles fuera,
armas y espada rindiera
a la señora Leonarda.

LEONARDA. Quien en veros se acobarda,
mejor la ventaja os diera. (1)
Haced cuenta que Héctor soy
y que las armas os doy.

CLAVELA. Pues si los ojos me dais,
armas con que vos matáis,
y con que de vos lo estoy,
yo seré de Amor Aquiles.
¡Ay de los hombres!

FLORELO. No habléis
por términos tan sutiles.

LEONARDA. Razón, Florelo, tenéis
de que partes tan gentiles
os hayan rendido así.

FLORELO. A mi hermana dije aquí
que vine muerto de veros.

CLAVELA. No sé que pueda creeros
que halléis que mirar en mí
cuando venís de mirar
a Leonarda. Mas por ser
tarde, sólo os quiero dar
parabién de ser mujer,
déjeosle el Cielo gozar,
de don Félix de Toledo.

LEONARDA. De que os holgáis de mi bien,
Clavela, segura quedo.

CLAVELA. Vos os empleáis en quien
(¿Es posible que hablar puedo?)

---

"Aquí, señora Clavela,
tenéis presente a Leonarda."

Pero la rima queda mal, pues con la escena comienza nuevo metro, quintillas.

(1) En los impresos, "armas y espada os rindiera".

en quien es la gallardía
de este lugar. (¡Ay de mí,
cierta fué la muerte mía!)
LEONARDA. Dichosa en extremo fuí.
CLAVELA. (Llegó de mi muerte el día.)
FLORELO. (¡Cómo siente el casamiento!
LEONARDA. No puede disimular.)
CLAVELA. Yo por más dichoso siento
a don Félix en llegar
a tanto merecimiento.
FLORELO. Yo sé, Clavela, quién fuera
más venturoso.
CLAVELA. ¿Quién?
FLORELO. Yo,
si otro tanto mereciera
de vos.
CLAVELA. (Félix me engañó. (1)
¡Quién tal deslealtad creyera!
Mas ¿qué venganza mayor
puedo tomar de un traidor
que da lugar a Florelo?
Troquemos celos, que el Cielo (2)
vuelve a engendrar el amor;
y aunque esto no llegue a ser,
bastará para vengarme
fingir que soy su mujer.)
No pudiera yo emplearme
donde pudiera tener,
Florelo, mayor contento;
mas cosas del casamiento
quieren espacio.
FLORELO. Es ansí;
basta la esperanza en mí
de vuestro merecimiento.
CLAVELA. Leonarda y señora mía,
vos sois forastera; el día
que os importare mi casa,
os suplico, pues que pasa
el amor de cortesía,
la honréis con término llano.
LEONARDA. Si os mereciese mi hermano,
juntas las dos viviremos.
CLAVELA. Pues (3) despacio nos veremos.
Yo me voy. (4)
FLORELO. Dadme la mano.
CLAVELA. Hasta el coche os la daré.
FLORELO. Hasta la muerte quisiera.

(1) En *B*, mató".
(2) Este verso, en *A* y *C*, dice: "Mudemos celos, que el celo". En *D*, "mudemos celo, que el celo".
(3) En los impresos, "Más".
(4) En ídem: "LEON. Pues adiós."

CLAVELA. Quedaos.
LEONARDA. Con vos bajaré.
CLAVELA. Eso no.
GERARDO. (¡Quién tal creyera! (1)
LUCÍA. ¡Casado está!
GERARDO. ¡Verdad fué!)

(*Váyanse todos, y queden* LEONARDA *y* INÉS.)

LEONARDA. ¿Qué te parecen mis dichas?
INÉS. Que corren, señora, apriesa,
y que sólo temo el fin.
LEONARDA. Con buen principio no temas.
INÉS. Y de Clavela, ¿qué dices?
LEONARDA. Que va sin alma Clavela
pensando que soy mujer
de don Félix.
INÉS. ¡Qué resuelta
aceptó el ofrecimiento
de Florelo!
LEONARDA. Cuando llega
una mujer a vengarse,
hasta el honor atropella. (2)
Pero ¿qué dirías tú
si de esta visita necia
naciese el decirle yo
a don Félix que me quiera?
INÉS. Eso espero, porque ver
que don Félix aún no sepa
que le quieres, siendo tú
la que todo aquesto enreda,
no sé de qué ha de servirte.
LEONARDA. Él viene.

(*Salgan* (3) DON FÉLIX *y* CARLOS *y* POLEO.)

CARLOS. Pues bien ¿qué piensas (4)
decir al Conde?
D. FÉLIX. Si el Conde
supiese, Carlos, mis prendas
y que pretendo casarme,
pienso que no entrase a verla.
POLEO. Mirad (5) que está aquí Leonarda.
D. FÉLIX. ¡Oh, prima!
LEONARDA. Las buenas nuevas
que aquí una dama me ha dado
de tal manera me alegran,
que por la merced, don Félix,

(1) En *C* falta el "tal".
(2) En los impresos faltan éste y los anteriores siete versos.
(3) En ídem, "*Entren*".
(4) En ídem, "intentas".
(5) En ídem, "Oíd".

que queréis hacerme en ellas,
me confieso vuestra esclava.

D. FÉLIX. En siendo para vos buenas,
también lo son para mí.

LEONARDA. De aquí se parte Clavela,
una dama de buen talle,
ni muy linda ni muy fea,
aunque para mí fué un ángel.

D. FÉLIX. ¿Clavela aquí?

LEONARDA. Muy compuesta,
vino a darme el parabién,
don Félix, de mujer vuestra.
Mi hermano dijo que sí,
y que el casamiento era
cierto; mas yo, que ignoraba
mis dichas, a él y a ella
di mil agradecimientos,
de imaginar satisfecha
que Florelo y vos tratasteis
este casamiento en Lerma.
Mas ya, Félix, que está hecho,
aunque libertad parezca,
os juro que de teneros
por dueño estoy tan contenta,
que desde que a Madrid vine
me agradasteis de manera...
Pero vergüenza me ocupa.
Mas ¿qué mucho que enlòquezca
tanto bien a una mujer?
Por ella me voy.

*(Váyase* LEONARDA *y* INÉS.)

D. FÉLIX. Si hubiera
encantamentos agora;
bosques de amor, verdes selvas,
creyera, Carlos, que andaba (1)
en aventuras por ellas.
¿Qué dice aquesta mujer?

CARLOS. Ella con razón se alegra;
que si Clavela, celosa,
viene a tu casa y resuelta
por (2) mujer tuya le ha dado
el parabién, que lo crea
no te espante.

D. FÉLIX. ¿Cómo no?
Conciértate tú con ella
y quitaréisme la vida.

CARLOS. Félix, el enojo templa;
que no digo yo que tiene

(1) En *A*, "jurara que andaba, Carlos".
(2) En los impresos, "de".

razón en esto Clavela,
sino que Leonarda está
con mucha razón contenta
si dicen que eres su esposo.

D. FÉLIX. Carlos, si son burlas éstas,
¡por Dios! que son muy pesadas.
Que esta burgalesa venga
a ser mi prima en Madrid
y que me gaste mi hacienda,
vaya; yo me huelgo, Carlos,
por dar celos a Clavela;
pero que estando ignorante
me hayan casado con ella, (1)
¡vive Dios! que vuelva loco
al hombre de más prudencia.

CARLOS. Digo que tienes razón.

D. FÉLIX. Coman, gasten, vivan, duerman,
manden, quiten, pongan, Carlos,
en mi casa, norabuena;
pero casarse conmigo,
y esto sin que yo lo sepa... (2)

POLEO. ¿Cosa que, por sosegar
al Conde, intente Clavela
fingir que vienes casado?

D. FÉLIX. Por eso o por celos sea,
iré a decirle...

CARLOS. No vayas
sin pensarlo bien.

D. FÉLIX. Quien piensa
con Amor, Carlos, no ama.
Haré pedazos su puerta (3)
si no me quisiere abrir.

CARLOS. ¿Y el Conde?

D. FÉLIX. Puesto que fuera
el conde Orlando...

CARLOS. Pues vamos,
que de la blanca a la negra,
en los hombres de valor
hay muy poca diferencia.

POLEO. ¿Y yo no vengo a ser nada?

(1) En los impresos dicen estos dos versos:

"pero casarse conmigo,
y esto sin que yo lo sepa".

(2) También en los impresos están alterados estos versos, así:

"Gasten, coman, vivan, duerman,
manden, pongan, quiten, Carlos.
en mi casa en hora buena:
pero que, estando inocente,
me hayan casado con ella..."

(3) En *A*, "las puertas". En *C* y *D*, "sus puertas".

Pues ¡vive Dios! que si llegan
que ha de ser rastro la calle
de asaduras y cabezas.

## ACTO TERCERO

### *de* La Burgalesa de Lerma.

(*Salgan* Leonarda *y* Inés, *con mantos*, *y* Clavela *y* Lucía *en su casa.*) (1)

Clavela. ¿Tan presto, hermosa Leonarda,
la visita me pagáis?
Leonarda. Si tan cortésmente habláis,
quien debe y paga no tarda.
Solamente mi afición,
Clavela, me ha de culpar,
más que el venir a pagar
tan debida obligación.
Clavela. Yo la tengo de quereros,
y de que os quiero estaréis
cierta, pues de vos sabéis
cuánto obliga sólo el veros.—
Quita este manto, Lucía,
a la señora Leonarda.
Leonarda. Deja (2) ¡por tu vida!, aguarda;
no el manto ¡por vida mía!,
que no puedo detenerme.
Clavela. Pues ¿eso es venir a honrarme?
Leonarda. Voy al campo, a desviarme
de mí misma por no verme.
Clavela. Si son tristezas, en él
hallaréis mayor tristeza.
¡Oh, qué bien puesta cabeza!
Dejaos ver, ya sois cruel.
¡Qué gracioso apretador!
Leonarda. ¿Burláis de la burgalesa?
Clavela. No se burla quien confiesa
que os tiene tan justo amor.
¡Bien el cabello traéis!
Leonarda. Mas si yo el vuestro mirara,
entre sus lazos hallara
más almas que hebras tenéis.
Creedme que mis cuidados
me dan muy poco lugar
de que me pueda tocar.
Clavela. ¿Ellos son mal empleados?
¿Son acaso pretensiones
de vuestro hermano Florelo?
Sois nueva en Madrid, recelo
que os cansarán dilaciones.
Pues, mi Leonarda, advertid
que pintaba un cortesano
con una caña en la mano
a un pretendiente en Madrid.
Vuestros negocios, en suma,
para ver si van picando,
siempre habéis de estar mirando
un corcho con una pluma.
Saldrá cuatro veces Febo
antes que saquéis un pez,
y aun es tal alguna vez
que ha costado más el cebo.
Leonarda. Clavela, no es pretensión
de mi hermano, sino mía,
quien mi pasada alegría
puso en tanta confusión;
y perdonad, que en llegando
a estas cosas, los enojos
quieren salir a los ojos.
Clavela. Quedo ¡por Dios! ¿Vos llorando?
¿La mano en los ojos bellos?
Mas, Leonarda, bien hacéis,
pues en nácar recogéis
las perlas que salen de ellos.
Apartaos aquí conmigo.
Vuestro mal, vuestro dolor
me habéis de decir, si Amor
es bueno para testigo,
y más que con vos me quiero
ir al campo.—¡Hola! ¿Gerardo?

(*Sale* Gerardo.)

Gerardo. Aquí estoy.
Leonarda. (¿Qué me acobardo?
¿Qué me detengo? ¿Qué espero?)
Clavela. Parte al Conde, que a su huerta
estos días se ha pasado,
y de mi parte un recado
como quisieres concierta
diciendo que a entretener
una dama forastera
va (1) a llevar la primavera
si el jardín la ha menester.
Ve al momento. (2)
Gerardo. ¿Y si añado
que os tenga de merendar?

(1) En *B*, esta acotación, dice: "(*Salen* Clavela, Inés *y* Lucía; Clavela *y* Inés, *con mantos atrás.*)"
(2) En *A* y *C*, "Oye".

(1) En *A* y *C*, "o", por errata.
(2) En ídem: "Gerardo. Voy al momento."

CLAVELA. Que vamos basta avisar,
que él lo hará si es avisado.
LUCÍA. Mientras hablan nuestras amas,
¿cómo a vuesarcé (1) le va?
¿En Madrid hállase ya?
¿Qué le parecen sus damas?
No hay por acá las salidas
de Burgos, todo es entradas;
no hay casas tan bien labradas
ni fuentes tan bien vertidas,
aunque por hacerle honor
estos días han echado
unas ensanchas al Prado,
con que parece mejor.
Mas (2) él, cansado de ser
alcahuete tantos años,
da mil conciertos y engaños
que en él se suelen (3) hacer,
dicen que haciendo un camino
se fué a meter recoleto
de jerónimo; en efeto,
es ya descalzo agustino.
INÉS. Todo me parece bien;
que aunque es Burgos gran ciudad,
pasábamos soledad.
Notables cosas se ven
en este mar de mentira;
sólo de él me desagrada
que de lo poco se enfada
y que en lo mucho no mira.
¿Entiendes esto?
LUCÍA. Pues ¿no?
Y de amor, ¿hay algo nuevo?
INÉS. Oye.
LEONARDA. Pues a hablar me atrevo,
loca estoy.
CLAVELA. Más lo estoy yo.
LEONARDA. Pues me has forzado a que diga
los males que me atormentan,
y por que es comunicarlos
con persona tan discreta
cerrarlos con llave y dar
dos vueltas a la maestra,
con que es entrar imposible,
sabrás, hermosa Clavela,
que este verano fué el sol
de España y del mundo a Lerma;
Lerma, fundada a la vista
de Burgos, que siete leguas
de ella, entre montes y prados
mira lo que Arlanza riega.
Luego supo la ciudad
con su venida las fiestas,
y se previno Florelo,
mi hermano, para ir a ellas.
Quedé envidiosa; y, en (1) fin,
tú juzgarás con qué fuerza
nos rinden las novedades,
y más si nos niegan verlas.
Traté con esa criada,
bien entendida y secreta,
ir a las fiestas (2) vestida
de villana burgalesa.
Tomé basquiña de paño;
tomé sayuelo de seda,
delantal bien guarnecido,
cadena y sarta de perlas,
listón con cabos de plata,
sombrero con borlas negras,
rebozo de argentería...
CLAVELA. Ya te imagino con ellas,
y pienso (3) que con razón
las llamaron tembladeras,
que delante de ojos negros
aun las mismas almas tiemblan.
LEONARDA. Humíllanseme (4) a los tuyos.
Mas por que mi historia sepas,
y es tarde para gozar
de las flores de esa huerta,
con este disfraz que digo
llegué al mesón de la Estrella,
que no me sirvió de guía,
pues que de él salí tan ciega.
Mas no fué suya la culpa
si entré en el mesón sin ella,
que puesto que me guió
quedóse la estrella fuera. (5)
La triste con que nací,
ésa, en entrando la puerta,
a don Félix y a este (6) Carlos
me mostró.
CLAVELA. Prosigue.
LEONARDA. Espera.

(1) En *A* y *C*, "vuesancé". En *D*, "vesancé".
(2) En los impresos, "pero".
(3) En *C* y *D*, "que en él solían". En *A*, "que en él se solían".

(1) En los impresos, "al".
(2) En ídem, "de ir a la fiesta".
(3) En ídem, "cierto".
(4) En idem, "Humillaréme".
(5) Faltan en los impresos los cuatro versos anteriores.
(6) En *C* y *D*, "ese Félix y ese". En *A*, "a ese Félix y a ese Carlos".

Mil cumplimientos me hicieron;
tanto, en fin, los dos me ruegan,
que aceto (1) ¡ay, necia de mí!
la posada y aun la mesa,
como a parte regalada
de entrambos, y a ver las fiestas
me llevan los dos. Mal digo,
que Félix solo me lleva.
Sentéme donde mi hermano
no me viese; mas ¡qué necia
prevención!, si me sentaba
donde me viese quien era
más peligro de mi honor,
pues entre gentes diversas,
y en un banco de un tablado,
fuí blanco, Amor, de tus flechas.
Las palabras de este ingrato,
los amores, las ternezas, (2)
el desmayar las colores,
el desalentar (3) las fuerzas,
el suspenderse, el volver
cortésmente a sus finezas
pintando sus humildades,
no lo encarezco, Clavela,
porque sé que tú lo sabes
y que no poco te cuesta.

CLAVELA. ¿Yo, Leonarda?

LEONARDA. No lo niegues,
que yo sé que le deseas,
como yo, puesto que tienes
menos causa y menos quejas. (4)
Ya sé cuán falsa veniste
para saber si era cierta
su traición, a darme entonces (5)
el parabién.

CLAVELA. Tus sospechas
te engañan.

LEONARDA. Ya lo sé todo,
Clavela. ¡Al Cielo pluguiera
que nunca le hubiera visto!

CLAVELA. Pues ¿hay cosa que te (6) pueda
llegar al honor?

(1) En los impresos, "aceté".
(2) En *A*, "promesas".
(3) En *C*, "desalterar".
(4) En los impresos, "fuerza".
(5) En *A*, estos dos versos dicen:

"para saber si eran ciertas
las nuevas, a darme entonces".

(6) En los impresos, "se", por errata.

LEONARDA. Si sólo
querer (1) a don Félix fuera...
Quien amó puede olvidar
y más si hay en medio ausencia.
Débeme don Félix mucho;
que, como noches y fiestas
de los días que allí estuve
pudiese el trato y la mesa
obligarme a descubrir,
y le dijese quién era,
con palabra de marido,
con juramentos, (2) con fuerzas,
con lágrimas...

CLAVELA. Basta y bastan
las tuyas y el ver tus prendas.
Confieso que le he querido
y en la sangre de mis venas
ardió su amor; pero ya
con ese hielo (3) se templa.
¡Oh, traidor! ¡No más, no más!
¡Salid presto, salid fuera
del alma, que no es posada
para que traiciones quepan!
Por ser casa de traidor
Amor la echará por tierra
y la sembrará de sal
para que no nazcan hierbas:
que no ha de haber esperanzas
donde fruto no se espera. (4)
Tú has sido bien desdichada;
mas ven, que en aquella huerta
podremos hablar despacio,
como primero me creas
que te he de favorecer
hasta que el villano entienda
que tales obligaciones
las favorecen las piedras,
y que no han de trampear
los hombres con justas deudas,
pues hacen a Dios testigo
cuando el deleite los ciega.

INÉS. (¿Qué es esto?

LEONARDA. Famosamente
a la mujer más discreta
llevo engañada.

INÉS. ¿Es posible?

LEONARDA. Hoy verás la burgalesa.)

(1) En los impresos, "el ver".
(2) En ídem, "juramento".
(3) En ídem, "fuego", por errata.
(4) En ídem faltan este verso y el anterior.

*(Vanse, y salen el* CONDE *y* TRISTÁN, *de huerta.)* (1)

CONDE.

Mal templa amor el campo.

TRISTÁN.

Amor se aumenta
entre las soledades; esto (2) verde
y el agua que lo baña y lo alimenta, (3)
hacen que el alma de su bien se acuerde.
Aquí con mil deseos representa
Venus la causa (4) y la ocasión que pierde:
que como Amor engendra cuanto nace,
como es la causa los efetos hace.

CONDE.

Yo me vine al jardín sólo pensando
que divirtiera en él mis pensamientos,
que (5) van sus soledades aumentando.

TRISTÁN.

¿No son estos de Amor divertimientos?

CONDE.

Pasáralo mejor jugando.

TRISTÁN.

Y dando
ligerísimas aves (6) a los vientos.
Un pleito es bueno contra amor, que olvida
de la verdad a un hombre y de la vida.

CONDE.

¡Que dé Clavela tan perdida y loca
en amar este Félix!

TRISTÁN.

No se mide
amor con la razón que Amor provoca,
con (7) lo que menos la razón le pide.

CONDE.

Si rompe (8) el oro la más firme roca,
¿de qué será Clavela, pues impide
al oro sus efetos?

TRISTÁN.

De amor toda.

*(Entra* GERARDO.)

GERARDO.

¡Qué bien al campo el Conde se acomoda!

CONDE.

¿No es aqueste Gerardo?

TRISTÁN.

Y el Mercurio
de tu diosa Clavela.

CONDE.

¿Cómo viene
sin alas en los pies, como le pintan?

TRISTÁN.

Como dejan las varas (1) los ministros
a la puerta de aquellos que los mandan,
así las alas este paraninfo.

CONDE.

Gerardo, ¿qué es aquesto?

GERARDO.

¡Oh, Conde ilustre!

CONDE.

¿Es esto ver los cuadros y las fuentes?
O ¿qué se ofrece en que serviros pueda?

TRISTÁN.

Vendrá por ferias el señor Gerardo.

CONDE.

Tiene mucha razón; descuido ha sido.

GERARDO.

Antes vengo, señor, con un recado
de mi señora.

TRISTÁN.

¡Bien pidió las ferias!

CONDE.

¿A mí, Gerardo? ¿A mí, que soy el centro
de su aborrecimiento y de su olvido?

GERARDO.

Con una dama forastera viene
a ver este jardín.

CONDE.

Venga en buen hora.

---

(1) Esta acotación dice en *B* así: "*(Vase. Entrense, y salgan el* CONDE MARIO *y* TRISTÁN.*)*"
(2) En los impresos "que esto".
(3) En idem, "le baña y alimenta".
(4) En *B*, estos dos versos, algo obscuros, dicen:

"Aquí, con varias flores le presenta
causa al deseo y la ocasión que pierde:".

(5) En los impresos, "y".
(6) En *B*, "ligerisimos ayes", por errata.
(7) En los impresos, "a".
(8) En idem, "vence".

(1) En los impresos, "Moros", por errata.

GERARDO.

Esto sólo quería.

CONDE.

Pues decilde
que el alma (1) es grande si es la casa humidle,
y que en aquestos verdes cenadores
les daré (2) de cenar con mucho gusto.

GERARDO.

Yo parto con el mismo.

CONDE.

Y yo esta noche
daré al señor Gerardo sus albricias.

GERARDO.

En (3) serviros, señor, las he ganado.

CONDE.

(Tiene muy buena traza este criado.)

GERARDO.

(De pescar el dinero a los amantes
de la señora; clavos y canela.)

CONDE.

¿Que ha de venir a mi jardín Clavela?
¿Hay ventura mayor?—¿Hola, (4) Belardo?

TRISTÁN.

¿Qué le quieres?

CONDE.

Decir que pues aguardo
hoy en nuestro (5) jardín la primavera,
aperciba las fuentes e invenciones,
que corone los árboles de fruta
y, si es posible, nuevas flores siembre. (6)

(*Sale* BELARDO, *jardinero.*)

BELARDO.

¿Qué es lo que mandas?

CONDE.

A la huerta viene, (7)

(1) En los impresos, "pecho".
(2) En *A* y *C*, "dará", por errata.
(3) En ídem, "sin".
(4) En *B*, "ventura como ésta?—¿Ah, Belardo?"
(5) En los impresos, "este".
(6) En *B* dicen estos versos:

"y, si es posible, nuevas flores siembre
y corone los árboles de fruta".

(7) En los impresos, "vienen".

Belardo, el alba, el sol, la misma Flora; (1)
corran las fuentes, porque quiero agora
que salga a la puerta a recebilla
como a divina octava maravilla.

BELARDO. Si la señora Clavela
viene a la huerta, señor,
y el recibirla (2) os desvela,
echad en otro licor
la flor de la pimpinela;
a los troncos de estos peros
poned tortadas y aves,
o de los ramos postreros
colgad por frutas süaves
bolsas llenas de dineros.
Dijo Ovidio que Jasón
fué a conquistar el tesoro,
que manzanas de oro son,
porque con manzanas de oro
se gana toda afición.
Yo os juro que si ponéis
doblones en estas ramas,
que la cojáis y engañéis; (3)
que de éstos comen las damas
más qué de almas que les deis.
Fuentes y cristales hechos
de agua son vanos provechos.
Mujer conozco que trata
de irse al Río de la Plata
por echarse en él de pechos.

CONDE. Con extraño humor venís.

BELARDO. Después que Julia murió (4)
tales desgracias me oís.

CONDE. Gentil humor se os perdió.
Ya ni cantáis ni escribís. (5)

BELARDO. Llevóme el entendimiento
Julia, que era Julia en mí
alma de mi pensamiento.
La pluma y papel rompí,
colgué a un sauce el instrumento;
no hará falta, (6) que en verdad
que estos días ha salido
de plumas gran cantidad,

(1) Este verso dice en los impresos:

"Belardo, el mismo sol, la misma aurora".

(2) En ídem, "y su venida".
(3) En ídem, "que las cojáis y enlacéis".
(4) No sabemos qué Julia será ésta. *Belardo* era nombre poético del mismo LOPE.
(5) La alusión de LOPE a sí mismo parece evidente y no poco curiosa.
(6) En los impresos, "haré faltas", por errata.

si bien no les he sentido
invención ni novedad;
y (1) como por las primeras
estampas corren ligeras,
yo vengo a ser el jabón;
mías las señales son
y suyas son las tijeras.

TRISTÁN. Siempre, Belardo, decís:
"Con ésta no escribo más";
pero en efeto escribís.

BELARDO. Ya tengo puesto el compás
donde vos no presumís;
dos puntas tiene, y recelo
que, en llegándole a asentar,
no habrá más, porque en el suelo
una tengo de fijar
y dar con otra en el cielo. (2)

CONDE. Ahora bien, llamadme a un paje
que espada y capa me baje,
y de camino daréis
agua a esas fuentes.

BELARDO. Haréis
que la de mi llanto ataje.

CONDE. Hoy tendrán mis celos fin.

BELARDO. Adonde viene Clavela
no era menester jardín,
que ella le hará (3) con la suela
de su dorado chapín.

(*Váyanse y salen* DON FÉLIX, CARLOS y POLEO.)

D. FÉLIX. Siempre decís disparates.

POLEO. Siempre a ti te lo parecen.

CARLOS. Aunque celos te enloquecen,
es bien que el remedio trates.

D. FÉLIX. Tórname a decir, (4) Poleo,
lo que has visto. (5)

POLEO. Digo, pues,
que vi a Leonarda y Inés,
tu desdén y mi deseo,
ir con Clavela al jardín
del conde Mario, y que (6) luego
a (7) tu serafín de fuego
hice reverencia al (8) fin.
Con la voz alfeñicada (1)
"¡Pára, pára!", dijo a voces.
Yo entonces, ya me conoces,
llego, la faz mesurada,
y, frunciendo los ojitos,
le pregunto: "¿Dónde va
vuesa merced?" Pero ya
que andamos (2) sin sobrescritos,
como cartas declaradas,
me dijo: "A casarme voy
con Florelo." Aquí me doy
tres o cuatro bofetadas
y digo: "¿Quién es Florelo
que tal puede merecer?
No habéis de ser su mujer."
Mas ella, engastando (3) en hielo
los dos corales, responde:
"¡Majadero!" A quien replica
Leonarda: "Pica ¡hola! pica,
pica a la huerta del Conde."
¿No has visto cómo partió
don Plutón con Proserpina
cuando con pez y resina
toda la Mancha abrasó?
Pues de esa suerte se fué,
y diciendo: "¡Aguarda! ¡Espera!",
como si en comedia fuera,
haciendo el bobo quedé.
Pero viendo que matar
dos frisones no era hazaña
digna de quien te acompaña,
di a la cólera lugar
con naranja y San Martín,
y siguiendo poco a poco
el coche...

D. FÉLIX. ¡Vuélvome loco!

POLEO. Llego (4) al famoso jardín.
Pero apenas las narices
entraron por él, señor,
cuando topan el olor
de capones y perdices,
de zorzales y de mirlos, (5)
de tórtolas, pues aun sin verlos
daba tal gusto de olerlos,

(1) En los impresos, "Que".
(2) Alude al estado sacerdotal, en que acababa de entrar.
(3) En los impresos, "que más hará".
(4) En ídem, "Vuélveme a contar".
(5) En ídem, "lo que viste".
(6) En ídem, "Mario, mas".
(7) En ídem, "que a".
(8) En ídem, "en".

(1) En *A* y *D*, "alfenicada". En *C*, "alfellicada". En todos es errata.
(2) En los impresos, "cuando más", por errata.
(3) En ídem, "pero ella volviendo".
(4) En *A*, "Llegué".
(5) En los impresos dicen "mirlas", "verlas", "olerlas" y "engullirlas"; pero será errata, pues también se habla de zorzales y capones.

que gloria será engullirlos.
Metí la cabeza y vi
asar ciervos, elefantes,
águilas, terneras, antes,
monas, simios, (1) jabalí,
fénix, gallos, avestruces, (2)
mandrágoras, (3) un mochuelo...

D. FÉLIX. Calla ¡maldígate el Cielo!,
que mis desdichas reduces
a chacota y desvarío.

CARLOS. ¡Bravo convite será!
pues el fénix asan ya
siendo uno solo.

POLEO. Amo mío,
procúrote divertir.

D. FÉLIX. Carlos, fénix no será,
sino Félix, que ya está
asado a puro (4) sufrir.
¡Clavela se casa! ¡Cielos,
que truje con quien se casa
a mi casa y a su casa!
¿Estos llamaránse celos?
No, Carlos; no llamarán
sino desesperaciones.
¡Oh, qué buenos galardones,
Carlos, los huéspedes dan!
Vino (5) Florelo a mi casa;
hícele aposento, y luego
llevéle a ver aquel fuego
con quien se casa y me abrasa.
¡Lindo premio, vive Dios!
¿Que sólo se usan ya
engaños? Pues bien está.
Vernos tenemos los dos.
Para tales desagravios
se inventaron las espadas.

CARLOS. En las fortunas airadas
dan un remedio los sabios.

D. FÉLIX. ¿Es acaso la paciencia?

CARLOS. A lo menos la templanza,
que a ver (6) en todo mudanza
nos enseña la experiencia.

D. FÉLIX. ¡Templanza!

CARLOS. Pues ¿no es virtud
digna de un hombre discreto?

D. FÉLIX. ¿Es buena para conceto?

(1) En los impresos, "ximios".
(2) En ídem, "osos, fénix, avestruces".
(3) En ídem, "mandrágulas".
(4) En ídem, "para", por errata.
(5) En ídem, "Truje a".
(6) En ídem, "que a hacer".

CARLOS. Y para tener quietud. (1)

D. FÉLIX. Mil cosas dicen los sabios,
ni saben ellos los modos (2)
que han de tener los agravios.
Yo, Carlos, he de matar
a Florelo.

CARLOS. ¡Lindo acuerdo!

D. FÉLIX. ¿Qué agraviado has visto cuer- [do? (3)

CARLOS. Yo no te quiero apretar
a que no tomes venganza;
mas que con espacio sea,
y que primero se vea
adónde el agravio alcanza.
Vamos, Félix, al jardín
y por una tapia entremos,
que en sus árboles podremos
escondernos.

D. FÉLIX. ¿A qué fin?

CARLOS. A fin de entenderlo (4) todo:
que por ventura (5) Clavela,
como te adora y te cela,
quiso buscar (6) este modo
de darte nuevo martelo,
y a Poleo le engañó.

POLEO. Verdad es que se rió (7)
cuando dijo "con Florelo".
Pero vamos, que yo sé
por dónde podéis entrar
y aun esconderos.

D. FÉLIX. Lugar
a mis agravios daré
sólo porque a ti te pesa.

CARLOS. Pues el silencio advertid.

POLEO. ¡Qué cierzo trujo a Madrid
esta ninfa (8) burgalesa!

(*Éntrense, y salgan el* CONDE *y* TRISTÁN.)

TRISTÁN. Si me dijeran que había
Tajo su corriente clara
vuelto atrás, o que excedía (9)
los términos donde pára
el mar con nueva osadía;

(1) En los impresos, "salud".
(2) En ídem, "ni aun ellos saben los modos"
(3) En *C*: "¿Qué agravio has visto cuerdo?" En *B*: "¿Qué agravio ha sido cuerdo?"
(4) En los impresos, "saberlo".
(5) En ídem, "que puede ser que".
(6) En ídem, "haya buscado".
(7) En ídem, "riyó".
(8) En ídem, "dayfa".
(9) En ídem, "que este día", por errata.

si me dijeran que Apolo
su resplandeciente coche,
que turbó Faetonte solo
en la mitad de la noche
sacaba ilustrando el polo,
no me fuera tan (1) molesto
¡oh, Conde! como (2) creer
al (3) ver tu pecho dispuesto
a que olvidar y querer
pasen por tu amor tan presto.
Trae Clavela al jardín
esta burgalesa dama,
y tanto amor tiene fin.

CONDE. Serafín de amor se llama,
porque es, Tristán, serafín.
Y no debe esta mudanza
admirarte, pues no es bien
querer con desconfianza;
basta que ocasión me den
tiempo y lugar de venganza.
Ella me dió sangre luego,
y no te parezca error
verme de su amor tan ciego,
que siempre el fuego mayor
consume al que es menor fuego.
El sol es alta criatura,
y en un día se desvía
de un polo a otro y procura
hacer noche lo que es día
y día la noche obscura. (4)
Yo vi la mujer más bella
que ha visto el mundo (5) en Leonarda,
pues a Clavela atropella,
y es tan discreta (6) y gallarda
que hallé mi remedio en ella.
Luego vengarme propuse;
y como el alma dispuse,
Amor el camino halló,
que alegre me agradeció
el lugar en que lo puse.
Convidélas a cenar
al pie de esta fuente fría:
Clavela empezó a rogar
a Leonarda, que decía
que le faltaba lugar,
porque tiene aquí un hermano;
mas quedó el concierto llano
con que el hermano viniese,
y aunque de estorbos me pese,
ya es ido a buscarle Albano,
y téngolo por mejor,
porque si amistad hacemos
tendrá lugar el favor.

TRISTÁN. ¿Si es éste?

CONDE. Y los dos extremos
de mi olvido y de mi amor.

(*Salen* CLAVELA, LUCÍA, LEONARDA, INÉS y FLORELO y GERARDO.) (1)

CLAVELA. Besad las manos al Conde.

FLORELO. Y los pies por tal merced.

CONDE. Nunca la verdad se esconde
a (2) la lisonja.

FLORELO. Creed
que ella en mi abono responde.

CONDE. Huélgome de conoceros.

FLORELO. Y yo, señor, (3) de serviros.

CONDE. Yo me holgaré (4) de teneros
por amigo.

CLAVELA. ¡Bravos tiros!
Mas no haya más, caballeros,
que nos corremos de ver
que allá pasen los favores.

LEONARDA. Si a mi hermano se han de hacer,
yo los tengo por mejores.

TRISTÁN. Meter paz es menester.
No haya más de cumplimientos,
sino tomemos asientos.

CONDE. ¿Habéis ya visto el jardín?

FLORELO. Halló en él el arte fin.

CONDE. ¡Hola! Traigan (5) instrumentos.

TRISTÁN. ¿Vistes las fuentes?

FLORELO. Y vi
dos ninfas junto a una de ellas,
que pienso que están aquí,
más que las de mármol bellas.

CONDE. Y más duras para mí.

FLORELO. Vi la diferencia luego,
que aquéllas eran de agua
pero aquéstas son (6) de fuego.

---

(1) En *B*, "más".
(2) En idem, "para".
(3) En los cuatro textos, "que el", pero es errata.
(4) Faltan estos cinco versos en los impresos.
(5) En *B*, "sol".
(6) En los impresos, "hermosa".

(1) La acotación, en *B*, dice: "(*Entren* FLORELO, LEONARDA, CLAVELA y CRIADOS.)"
(2) En *B*, "en".
(3) En los impresos, "yo me honraré".
(4) En idem, "honraré".
(5) En idem, "traed".
(6) En *B*, "y estotras eran".

CONDE. (Ya el Amor sus celos fragua,
presto a sus azares llego.
TRISTÁN. Pues no paréis tanto amor
si el azar de celos veis.)

(*Sale* GERARDO.)

GERARDO. Los instrumentos, señor,
están aquí.
CONDE. Que cantéis
os dice aquel ruiseñor.
CLAVELA. A lo que aquí se cantara
fuera bueno que danzara
Leonarda, que por extremo
la alaba Florelo.
LEONARDA. Temo
que aquí desacreditara
la buena y justa opinión
de los bríos burgaleses.
CONDE. Que nos honréis es razón.
LEONARDA. Si tú, Clavela, me dieses
favor en esta ocasión,
pienso que me atrevería.
CLAVELA. No ha de ser la culpa mía.
CONDE. Pues vaya, que todo es prado.
TRISTÁN. Yo canto.
FLORELO. Yo estoy turbado.
LEONARDA. ¿Qué danza?
CLAVELA. La Serranía.

(*Bailan* LEONARDA *y* CLAVELA *y cantan* INÉS *y* TRISTÁN.) (1)

"Al monte de Burgos
iba yo, mi madre, (2)
donde Mudarrilla
mató a Ruiz Velázquez,
arcabuz al hombro,
con pólvora fácil,
frascos de marfil,
portafrascos de ante.
De las altas sierras
vi bajar a un valle,
a buscar las sombras
de los verdes sauces,
dos serranas bellas
con canciones tales,
que a escuchar el tiempo
pudiera pararse.

Ya no cogeré verbena (1)
la mañana de San Juan,
pues mis amores se van.
Ya no cogeré verbena,
que era la hierba amorosa,
ni con la encarnada rosa
pondré la blanca azucena.
Prados de tristeza y pena
sus espinos me darán,
pues mis amores se van.

Ya no cogeré verbena
la mañana de San Juan,
pues mis amores se van. (2)
Para ver entonces
sus hermosos talles
celosías hice
de unos arrayanes,
la más blanca de ellas,
bella como un ángel,
los cabellos de oro
desataba al aire.
La menor, trigueña,
entre dos cendales,
rizadas cubría
hebras de alamares. (3)
Vi bajar tras ellas
dos bellos zagales
del prado de Lerma
y en su villa alcaldes.

(*Salen dos a bailar.*)

Pellicos de seda
llenos de alamares,
calzones de Holanda
con puntas de Flandes.
"¡Hola!—dicen ellas—,
los del nuevo traje,
¿vistes en la villa
a sus majestades?"
"Al Rey—les responden—
vimos una tarde,
y a sus bellos hijos,
que Dios se los guarde.
Las fiestas que vimos
han sido notables,

(1) En *B*, la acotación dice: "(*Danzan, cantan y bailan.*)"
(2) En los impresos, "fuera yo una tarde".

(1) En *B*, "yo verbena". En *A* y *C*, "la verbena"; pero es el verso largo.
(2) Estos tres últimos versos de estribillo faltan en los impresos.
(3) Los 12 versos anteriores faltan en los impresos.

bien podemos de ellas
componer un baile."
Diéronse las manos,
reverencia se hacen;
luego los tres de ellos
hácense a una parte.
Como toros dicen
que a la plaza salen,
alquilé ventana
por ver y guardarme.

UNO. (1) Niña, guárdate del toro.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Guárdate del toro, niña.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Es amor que desatina.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Arma la frente de lira. (2)
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Al que coge sin guarida.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Mata de celos y envidia.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Niña, guárdate del toro.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Guárdate, niña, del toro.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Da engaños y pide oro.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Da vueltas al más dichoso.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
UNO. Al más cuerdo vuelve loco.
TODOS. Y a mí mal ferido me ha.
UNO. Igualarlos quiere a todos.
TODOS. Que a mí mal ferido me ha.
Guárdate del toro, niña,
que a mí mal ferido me ha.—

Luego vi que hacían,
queriendo imitarles,
el juego de cañas
que hicieron los grandes,
y aplicando a todo

(1) En los impresos, "MÚSICO I".
(2) En ídem, está este pasaje con los versos algo trocados y faltan los versos "Arma la frente de lira", "Igualarlos quiere a todos". En A llevan este orden:

"Al más cuerdo vuelve loco...
Da vueltas al más dichoso...
Da engaño y pide oro...
Al que coge sin guarida...
Mata de celos y envidia...
Al más cuerdo desatina..."

sus dulces cantares,
dos a dos entraban
diestros y galanes. (1)
Parta, as; parta, as; parta, as;
toca las trompetas, as.
Donde las damas están;
carreritas vienen,
carreritas van.
Corra Amor, háganle plaza,
quede el interés corrido,
que un hombre tan mal nacido
no es justo que entre en la plaza.
Si Amor la desembaraza,
a la noche abrasarás;
parta, as; parta, as; parta, as;
toca las trompetas, as,
donde las damas están;
carreritas vienen,
carreritas van. (2)
Acabado el juego
pasan por delante
del Rey y la Reina;
humillados vanse."

(*En acabando de bailar suene dentro ruido y salga* BELARDO *alborotado.*)

CONDE. ¡Hola, criados! ¿Qué es eso?
¿Agora ruido y voces?
BELARDO. Mal al villano conoces,
aunque el azadón profeso.
TRISTÁN. ¿Qué es eso, Belardo?
BELARDO. Estaba
una ensalada cogiendo;
siento en esa tapia estruendo;
vuelvo a ver quién le causaba,
y veo unos gentiles hombres
que por ella descendían. (3)
CONDE. ¿Por ella?
BELARDO. Y que entrar querían
por fuerza, por que te asombres.
Suelto el negro perejil,

(1) Faltan en los impresos los cuatro versos anteriores.
(2) En ídem, este pasaje está así:

"¡Aparta! ¡aho!; toca las trompetas
donde las damas están;
carreritas vienen,
carreritas van,

(*Siguen iguales cinco versos*:)

a la noche acudirá.
¡Aparta! ¡aho!", etc.

(3) En ídem, "decendian"

las lechugas y borrajas
y saco de entre las pajas
el arcabuz pastoril;
y en el cáñamo le asiento
tal piedra, que ¡por San Juan!
que allá por los bardos van,
tomo por rastrojo el viento.

CONDE. ¿Fuéronse, en fin?

BELARDO. Ya se han ido.

CONDE. La huerta os quiero enseñar
mientras nos dan de cenar.

*(Vanse todos; quedan* BELARDO *y* GERARDO.)

GERARDO. Buen rato os habéis perdido.

BELARDO. Habrán bailado estas damas.

GERARDO. Honestamente y muy bien.

BELARDO. Viva mil años, amén,
el que ha vuelto por sus famas.

GERARDO. ¿Quién eran los que querían
por estas tapias entrar?

BELARDO. No es gente que viene a hurtar.
Buenas personas tenían.
Celillos deben de ser
de estas damas por ventura,
que yo, aunque trato en verdura,
no es, como veis, alcacer.
Tiempo fuí que conocía
de aquestas enfermedades.

GERARDO. Vos decís puras verdades.

BELARDO. Pues sabed que presumí
que han de entrarse, a mi pesar,
si acaso no se han entrado,
y que de lástima he dado
a sus intentos lugar.

GERARDO. Discreto sois y piadoso.

*(Sale* (1) CLAVELA.)

CLAVELA. Por experiencia he probado (2)
cuán mal sosiega el cuidado
de un pensamiento celoso.
Entre las sonoras fuentes,
que ojalá fueran de olvido,
dejo al Conde entretenido
de sus nuevos accidentes,
y como no está en Florelo
mi gusto, como pensé,
también allá le dejé.

BELARDO. (Que vuelven a entrar recelo.

GERARDO. Dejaldos, que ser podría
que os diesen algún placer,
que quien entra sólo a ver
no os hace descortesía.)
Venid, que tengo que daros
un regalo.

BELARDO. Yo os he visto
con ojos de hombre bien quisto,
tal nombre quiero llamaros.
Si sois de estos que entretienen
mientras hablan los amantes,
medraréis, que semejantes
a medrar de presto vienen.
Si servís de tenedor
mientras que se trincha el ave,
tenéis un oficio grave,
no le pretendáis mejor.
Cierto que estoy bien con quien
tiene costumbres tan buenas,
que cubrir (1) faltas ajenas
es muy de gente de bien.
Noble sois de condición;
que tengáis tal nombre es justo;
los que tratan en dar gusto
nobles, en efeto, son;
pero callemos verdades
que de vergüenza las dejo.

GERARDO. Villano, en fin.

BELARDO. Estoy viejo,
y enfádanme (2) mocedades.

CLAVELA.

Hermosas aguas, puras, cristalinas,
que dais (3) al cuerpo de estas fuentes venas
y hasta que os levantáis de perlas llenas
buscáis su centro por secretas minas.

Plantas (4) que hacéis con esmeraldas finas
para seguridad verdes almenas
de fruto, que entre ramas siempre amenas
os hace con el arte peregrinas.

Oíd mis quejas; (5) pero no conviene
quejarse un triste a libres arroyuelos,
ni a un árbol verde quien celoso viene.

Oigame el Cielo en sus azules velos,
pues por los celos, que de él nombre tiene, (6)
dicen que el cielo se vistió de celos.

---

(1) En *B*, "*Entra*".
(2) En los impresos, "sacado".

(1) En los impresos, "encubrir".
(2) En ídem, "cánsanme".
(3) En ídem, "hacéis".
(4) En ídem, "Flores".
(5) En *B*, "celos".
(6) Este verso, en los impresos, dice:

"pues por los celos que de él se tiene"

(*Sale* (1) FLORELO.)

FLORELO.

Alegres (2) flores que con varias tintas (3)
pintó Naturaleza soberana
y al claro aparecer de la mañana
de la verde (4) prisión salís distintas.
Fértiles campos, (5) apacibles quintas,
gloria del sol, envidia de Diana,
cuando la aurora con su nieve y grana
sale tocada de diversas cintas.
Si es triste condición amor con miedo,
decildo agora que la noche fría
quiere bañaros (6) de su obscuro enredo.
Mas ¡ ay de mí ! que esperaréis el día
en que os alegre el sol (7) y yo no puedo,
que toda es (8) noche la esperanza mía.

(*Sale* (9) DON FÉLIX.)

DON FÉLIX.

Entré por laberintos tan extraños
adonde tengo puestos (10) los deseos,
que todos los remedios son rodeos
y todos los consejos son engaños.
Quieren, para salir de tantos daños,
ser el ingenio y la razón Teseos;
mas no se alabarán de sus trofeos, (11)
pues no ha podido el curso de los años.
Amor, que en las costumbres se transforma,
por ellos (12) viene a ser naturaleza
que, como cuerpo, al alma se conforma.
Cegóme el resplandor de tu belleza;
ave de noche soy, y estoy de forma,
que no quiero más luz que mi tristeza.

FLORELO. (O la obscuridad me engaña
de la noche, en cuyos velos
la tarde se esconde y baña,
o la sombra de los celos,
que al sol de amor acompaña,.
o es que (13) éste es Félix. Él es.
que sin licencia se ha entrado.
¡ Bravo amor ! ¡ Bravo interés !
Si Clavela me ha engañado,
satisfaréme después.
Arboles, dadme favor,
aunque de la noche sobra.)
Aquí los oiré mejor,
pues un desengaño cobra
cuando pierde un loco amor. (1)

CLAVELA. (Al paso de mis desdichas
crecen mis locos deseos,
pues si ellos son inmortales
inmortales serán ellos.
¡ Oh. quién pudiera quejarse !
Pero los criados temo,
que por estos cenadores
la cena van previniendo.
Mas ¿ cómo podré callar ? (2)
¿ Daré voces a los Cielos
de la sinrazón de un hombre ?
Pues a vosotros me quejo,
decid: ¿ es mía la culpa ?

D. FÉLIX. Sí.

CLAVELA. ¿ Que sí ? Cielos, ¿ qué es esto ?
Criados que andan aquí
que a otras cosas respondieron
a propósito, me han dicho
que sí, pero fué mintiendo.
¿ Félix no es culpado ?

D. FÉLIX. No.

CLAVELA. Pues juntando el sí primero
y este no, dirán si no;
pues si no, ¿ por qué me ha muerto ?
¿ Por qué con tales traiciones
aflige mis sentimientos ? (3)
¿ Quién me dará desengaños
de mis engaños ?

D. FÉLIX. El tiempo.

CLAVELA. Esto ya no ha sido acaso.
Alguno que me está oyendo
oráculo se ha fingido. (4)
Pues, hombre, si eres discreto,
responde en forma de Apolo
a mis preguntas.

D. FÉLIX. Di presto.

CLAVELA. ¿ Don Félix no se fué a Lerma

---

(1) En *B*, "*Entra*".
(2) En los impresos, "Hermosas".
(3) En ídem, "pintas". Es errata.
(4) En ídem, "dulce".
(5) En ídem, "prados".
(6) En ídem, "cubriros".
(7) En ídem, "para que os dé su luz".
(8) En ídem, "que es toda".
(9) En *B*, "*Entra*".
(10) En los impresos, "presos".
(11) En ídem, "empleos".
(12) En ídem, "pero más".
(13) En ídem no hay el "que".

(1) En *B*, estos tres versos anteriores los dice Félix.
(2) En *A*, "llamar", por errata.
(3) En los impresos faltan este verso y el anterior.
(4) En ídem faltan estos dos versos.

celoso de un extranjero,
a quien Amor es testigo
que yo aborrezco en extremo?
¿Cómo se ha casado en Burgos?

D. FÉLIX. Mientes.

CLAVELA. Oráculo necio,
no seáis tan mal criado
con quien viene a vuestro templo;
porque de lo que es tan claro
¿quién pudo engañarme?

D. FÉLIX. Celos.

CLAVELA. Celos nadie los confiesa,
yo confieso que los tengo.

FLORELO. (¡Buenas van mis esperanzas!
¡Buenos van mis pensamientos!
Pues a la voz de Clavela
hace don Félix los ecos,
para tales desengaños
flaco está mi sufrimiento.
Algo me ha de suceder.)

CLAVELA. Señor Apolo, muy diestro
respondéis a mis preguntas; (1)
de vos me han dado recelos.
¿Quién os ha dicho mi historia?
¿Sois el Conde?

D. FÉLIX. No, por cierto.

CLAVELA. Pues ¿quién sois?

D. FÉLIX. El que se esconde.

CLAVELA. ¿De qué os escondéis?

D. FÉLIX. De miedo.

CLAVELA. ¿Sois Tristán?

D. FÉLIX. No, sino un triste.

CLAVELA. ¿Sois Gerardo?

D. FÉLIX. Arder me siento.

CLAVELA. ¿Sois Carlos?

D. FÉLIX. Ya os acercáis.

CLAVELA. ¿Sois Florelo?

D. FÉLIX. En flor me pierdo.

CLAVELA. ¿Sois don Félix?

D. FÉLIX. Sí, yo soy,
que ya por paredes vengo
a verte en ajenos brazos
si hoy te casas con Florelo.
Pues ¡vive Dios! que han de ver
las mesas que están poniendo
otras bodas de Hipodamia,
otro valeroso griego.
Hoy seré azar de tus gustos
y de tus glorias infierno.
Hoy verás...

(1) En *B*, "desdichas".

CLAVELA. No digas más,
infame, vil caballero.

D. FÉLIX. Trátame bien.

CLAVELA. ¿Que es tratarte
bien?

D. FÉLIX. Porque yo lo merezco
y porque te adoro.

CLAVELA. ¿Tú?
¿Tú me quieres?

D. FÉLIX. Yo te quiero.

CLAVELA. ¡Fuego de Dios en los hombres!

D. FÉLIX. Si sois las mujeres fuego,
ya desde Adán nos alcanza
esa maldición.

CLAVELA. ¿Qué intento
te trujo al jardín?

D. FÉLIX. Pedirte,
si el casamiento no es hecho,
que no me dejes a mí
por este necio Florelo,
que ni es mi primo, Clavela,
ni le conozco, ni tengo
sangre en Burgos, que ya sabes
que habla en mis cartas (1) Toledo.

CLAVELA. ¿Hay hombre más vil que tú?

FLORELO. (¡Buen primo! ¡Qué honrado deudo!
Medrando voy ¡por mi vida!
con aquestos parentescos.) (2)

CLAVELA. Dime, Félix, o sin fe;
no sé por qué te pusieron
nombre que con fe comienza
siendo un bárbaro en sus hechos:
¿casarte quieres conmigo
siendo casado?

D. FÉLIX. Yo niego.

CLAVELA. Pues ¿no es tu mujer Leonarda?

D. FÉLIX. Eso, Clavela, es enredo.

CLAVELA. ¿Enredo? Ya lo sé todo,
y que Florelo, viniendo
a Lerma, le dió ocasión
y de las fiestas deseo.
Ya sé que en hábito vino
de labradora.

D. FÉLIX. Sospecho
que es una a quien de piedad
di en mi posada aposento.

FLORELO. (¿Qué es esto que oigo?)

CLAVELA. Pues di,
si con tus traiciones luego

(1) En los impresos, "partes".
(2) En idem, "aqueste parentesco".

la llevaste a ver los toros
y le (1) estuviste diciendo
toda aquella tarde amores...

D. FÉLIX. Es verdad, yo lo confieso;
mas por vengarme de ti.

FLORELO. (Amores. ¡Bueno va esto!)

CLAVELA. Y luego...

D. FÉLIX.         ¿Qué luego?

CLAVELA.                         Calla.

D. FÉLIX. ¿Qué he de callar?

CLAVELA.                     ¿Es bien hecho
para tan noble mujer
palabra de casamiento,
y forzándola esa noche
con lágrimas (2) y con ruegos,
dejarla ansí ya, después
que a Madrid, con tus enredos,
haces venir a su hermano?

FLORELO. (¿Hay maldad como ésta, Cielos?)

D. FÉLIX. ¿Yo?

CLAVELA.     Tú, pues.

D. FÉLIX.             ¿Carlos? ¿Ah, Carlos?

(*Salen* Carlos y Poleo.)

CARLOS. Aquí estoy.

POLEO.             Y aquí Poleo.

FLORELO. (Gente escondida tenía;
mas no importa.)

CARLOS.             ¿Qué tenemos?

D. FÉLIX. Dice Clavela que yo
forcé (3) a Leonarda viniendo
en hábito de serrana
a Lerma.

CARLOS.         ¡Graciosos celos!

POLEO. ¿Luego Leonarda y Inés
eran las dos que vinieron
pollinarmente de Burgos
con los rebozados velos?
¿Hay tan extraña gazapa?

CLAVELA. ¡Qué falso por lo discreto,
que se admira el lacayazo!

D. FÉLIX. La verdad dice.

CARLOS.                 Y es cierto.
como ser de noche agora.
Si te casas con Florelo,
¿de qué sirven invenciones?

FLORELO. Poco a poco, (4) caballeros,
que hay parte en esta desgracia.

D. FÉLIX. ¿Quién es?

FLORELO.             Un pariente vuestro
por la parte de Leonarda,
que no por padres y abuelos.
Huélgome de haber sabido
el agravio que habéis hecho
a un hombre que está tan cerca,
que no será agravio presto.
¿Para esta infamia escribiste
tales cartas? Sacad luego
la espada; el jardín es campo.
Pocos sois tres ni trescientos. (1)

CLAVELA. Florelo, paso, (2) ¡por Dios!

FLORELO. Quitaos, señora, de enmedio.

CLAVELA. Porque me habéis agradado,
Florelo, en medio me he puesto.

(*Salen el* Conde y Tristán.) (3)

CONDE. ¿Qué es esto? ¿En mi casa espadas?

FLORELO. Yo no soy quien os ofendo,
sino los que entran paredes
y deshonran caballeros.

D. FÉLIX. Yo no he deshonrado a nadie.

(*Salen* Leonarda y Inés, Gerardo y Lucía y Payo.)

LEONARDA. (Logróse mi pensamiento.)
¿Es don Félix?

D. FÉLIX.             Soy, Leonarda,
un grande enemigo vuestro.

CONDE. ¿Pues don Félix en mi casa?

D. FÉLIX. No os espantéis, que los celos
son siempre dobles espías
y son ladrones secretos.
De Florelo vine a ver
el tratado casamiento.

CONDE. Pues ¿quién se casa en mi casa?

D. FÉLIX. Florelo.

CONDE.         Y ¿con quién, Florelo?

D. FÉLIX. Con Clavela.

CLAVELA.             Yo lo dije
por burla; pero ya quiero,
por amor o por venganza,
hacer este casamiento,
y ya, como soy cuñada
de Leonarda, te prometo
la venganza de su agravio. (4)

FLORELO. Yo, señor Conde, me quejo

---

(1) En *A*, "la".
(2) En los impresos, "promesas".
(3) En ídem, "[illegible]".
(4) En *A*, "Paso, paso".

(1) En los impresos, "trecientos".
(2) En ídem, "Teneos, Florelo, por Dios".
(3) En *B*, la acotación dice: "(*El* Conde, Leonarda, Payo, Inés, Tristán y Gerardo, *entran*.)"
(4) En los impresos, estos versos dicen:

de que don Félix, negando
que es mi primo, que es mi deudo,
niega a Leonarda una deuda
que no ha de tener remedio
sin hacernos (1) mil pedazos.

D. FÉLIX. Señor Conde, si tal debo,
quíteme (2) el Cielo la vida.
Ni sé de este parentesco,
ni escribí a Florelo cartas,
ni aun hoy (3) conozco a Florelo.

TRISTÁN. Este es negocio muy grave, (4)
a vos os toca saberlo
como persona tan grave (5)
y de aquesta casa dueño.

CONDE. Pues ¿qué remedio ha de haber? (6)

TRISTÁN. Examinemos primero
los criados uno a uno.

CONDE. Bien dices.—¿Hola, mancebo?

POLEO. ¿Dice a mí su señoría?

CONDE. A vos. ¿Qué sabéis de aquesto?

POLEO. Verdad es que una serrana
de ojos y cabellos negros
vino a Lerma desde Burgos
y estuvo en nuestro aposento.
Yo, como salí a los toros
con otros dos compañeros,
remojéme los bigotes,
como si fuera un tudesco,
con treinta y nueve de copas,
de que me vino tal sueño,
que era ya partido el Rey
y yo no estaba dispierto.

TRISTÁN. Este es un loco, dejalde.

CONDE. ¿Hola, vos?

PAYO. (Temblando llego.)

CONDE. ¿A quién servís?

PAYO. A mi amo
Florelo.

CONDE. ¿Qué sabéis de esto?

PAYO. Que en materia de doncellas
decía un hombre discreto
que el preguntárselo a ellas
era el testigo más cierto.

CONDE. ¿Qué te parece, Tristán?

TRISTÁN. Que no era malo el consejo, (1)
si pudiera preguntarse.

CONDE. Señores, algún remedio
ha de haber en este agravio.

CLAVELA. Quedando yo con Florelo,
disponed de los demás,
que quiero un marido cuerdo
y no un amante traidor.

LEONARDA. Pues si ya elección has hecho
de mi hermano, la verdad,
señores, de este suceso
es que yo fuí a ver las fiestas
en ausencia de Florelo,
adonde a don Félix vi;
y de su talle y requiebros
volví tan perdida a Burgos,
que, aquellas cartas fingiendo,
hice venir a mi hermano,
que a Félix tiene por deudo,
el cual fué cortés conmigo,
y hago testigo los Cielos
que en Lerma no vió mi rostro;
pero también saben ellos
las lágrimas, los suspiros,
las quimeras, los enredos
que me cuesta amarle tanto.

D. FÉLIX. (¿Qué haré, Carlos?

CARLOS. Yo no puedo
negar que un amor tan justo
no merece un casamiento.)

D. FÉLIX. Dadme, Leonarda, la mano.

CONDE. Como quien sois habéis hecho.

POLEO. Dadme vos la vuestra, Inés.

INÉS. Vos sois mi dueño, Poleo.

POLEO. Y vos mi zaragatona.

PAYO. Lucía, toca esos güesos.

LUCÍA. No te acostarás sin luz.

PAYO. Candil de mis pensamientos
serás de noche y de día.

CONDE. Tristán, Carlos, caballeros,
a cenar están llamando.

LEONARDA. Pidamos perdón primero
a tan discreto senado,
a quien por Belardo ofrezco
*La Burgalesa de Lerma,*
escrita a honor de su dueño.

FIN DE LA COMEDIA
*de* LA BURGALESA DE LERMA. (2)

---

"y ya, como a tu cuñada,
de don Félix te prometo
la venganza de este agravio".

(1) En *A*, "haceros": pero es errata.
(2) En los impresos, "me quite".
(3) En ídem, "yo".
(4) En ídem, "Este negocio muy grave".
(5) En *C* y *D*, "a tan grave persona".
(6) En ídem: "Pues ¿qué puedo hacer, Tristán?"

(1) En los impresos, "Que era el testigo muy cierto".
(2) El manuscrito lleva al final la nota que dice: "En Madrid, a 30 de noviembre de 1613."

LA FAMOSA COMEDIA

DE

# LAS BURLAS Y ENREDOS DE BENITO (1)

FIGURAS, LAS SIGUIENTES

*El* Rey Cristiano.
*El* Príncipe, *su hijo.*
Gerardo, *príncipe.*
*La princesa* Pinarda.
*La princesa* Rosela.
*El* Rey Moro.
*La* Infanta, *su hija, y por otro nombre,* Benito.
Celín, *moro.*
*Tres* Moros.
*Dos* Vasallos.
*Dos* Criados *del* Rey Cristiano.
*Un* Capitán.
*Un* Mayordomo.
*Un* Guardadamas.
*Un* Viejo.
*Dos* Guardas.
Sergio, *paje del* Rey.
*Otro* Vasallo.
*Otro* Paje.
[Moros y Vasallos.] (2)

## JORNADA PRIMERA

(*Sale el* Rey Cristiano *y dos* Criados *poniendo mano a las espadas contra el príncipe* Gerardo.) (3)

Rey. ¡Muera, muera, o vaya preso!
¡Dalde si se resistiere!
Gerardo. El que morir no quisiere
luego, no se ponga en eso;
que no por esos espantos (4)
penséis que me he de rendir.
Rey. ¡Dalde o (5) hacelde morir!
¿A qué aguardáis, pues sois tan-
[tos? (6)
Criado 1.° ¡Muera! ¡Muera! ¡Pese a tal!

(*Sale el* Príncipe.)

Príncipe. ¡Paso! Teneos, caballeros.
Criado 2.° ¡Muera!
Príncipe. ¿No queréis teneros?
Hareos tener por mal.
Criado 3.° Caballeros, volvé atrás,
pues el Príncipe lo manda.
Rey. ¿Quieres tomar la demanda
de un traidor? Loco ¿qué has? (1)
Príncipe. Soy Príncipe, y pésame,
señor, que a un Príncipe mates.
Rey. Mato a un traidor.
Gerardo. No me trates,
señor, tan mal sin por qué.
¿Por qué me llamas traidor,
que nunca lo supe ser?
Rey. Pues ¿qué nombre ha de tener
quien contra Dios y mi honor
en una justa aplazada
con armas entró en la empresa,
siendo condición expresa
que nadie metiese espada?
Porque te sacó Reimundo
con la lanza del arzón,
le sacaste tú a traición,
con el estoque, del mundo.
¿Sabes bien que dejas muerto
al mejor Príncipe de él?
Gerardo. Ciégate el furor cruel,
Rey, pues no escuchas lo cierto.
Si el que ofendido se halla,
viendo aquel que le ha agraviado,
sea en campo o en poblado
le puede pedir batalla,
y del Príncipe Reimundo
me hallaba yo ofendido,
y esto tan público ha sido

(1) El manuscrito 15.006 de la Biblioteca Nacional lleva el título de "*Las burlas de Benito*" es de Benavides." Debe entenderse el propietario del ejemplar, porque Luis de Benavides era un actor que nunca escribió comedias.

(2) El Ms. trae la lista de personajes en esta forma: El Rey.—El Príncipe, su hijo.—Gerardo, príncipe.—Tres Criados.—Rosela.—Pinarda.—Celín y Dos Moros.—Sergio, paje.—El Rey de Argel.—Troila, su hija.—Un Capitán.—Un Viejo.—El Guardadamas.—Un Mayordomo.

(3) Todas las variantes señaladas a continuación se refieren al Ms. de la Biblioteca Nacional; no repetiremos, pues, la advertencia en cada caso. Esta acotación dice: "(*Sale el* Rey *y el* Príncipe *y tres* Criados *acuchillando a* Gerardo *y al* Rey.)"

(4) "que por no ver que sois tantos".

(5) "¡Muera! hacelde morir".

(6) "¿a qué aguardáis hechos cantos?"

(1) "¡Loco! ¿En qué das?"

que lo sabe todo el mundo;
pues estando tú delante,
como lo sabe tu hijo, (1)
sobre palabras que dijo,
y dije, me tiró un guante,
¿qué ocasión (2) pude buscar
más legítima y más justa
que buscalle en una justa
para poderme vengar?

PRÍNCIPE. Pues si era (3) la ofensa antigua,
lo que hizo no fué exceso.

REY. Con todo, tiene de ir preso
en tanto que se averigua.

GERARDO. Pues ir preso es imposible,
en piezas bien puede ser.

REY. Si no se deja prender,
matalde.

PRÍNCIPE. ¡Caso terrible! (4)
Haceos a un cabo, (5) villanos,
no muera un Príncipe así.—
Príncipe, fiaos de mí
y entregaos preso en mis manos,
que os doy la palabra (6) y fe
de que miraré por vos.

GERARDO. Quedando eso entre los dos,
Príncipe, yo lo haré.
¿Veis? Aquí rindo mis armas
y en vuestras manos me entrego.

REY. Llevalde (7) a una torre luego [mas
con doscientos (8) hombres de ar-

*(Llévanle preso, y sacan al muerto, en un pavés, dos de sus* VASALLOS, *y sale* PINARDA, *sueltos los cabellos, llorando, y* ROSELA *con ella.)*

REY. ¿Qué rumor (9) es el que suena?

CRIADO 1.° Sacan al Príncipe muerto
del pavés. (10)

REY. ¡Oh, desconcierto!
¡Oh, muerte de dolor llena!

ROSELA. Deja, Princesa, el cabello,
no pague lo que no ha hecho.
que no es de ningún provecho
el arrancallo o torcello. (11)

REY. Llévese el muerto a palacio
con el aplauso debido.

PINARDA. Primero, señor, te pido
me des para hablar espacio.
Y di, el principal intento
de esta justa en ti, ¿qué ha sido?

REY. La causa que me ha movido,
Princesa, es tu casamiento,
porque, como sabes bien,
el Rey de Albania, tu padre,
murió, (1) y la Reina, tu madre,
a pocos días también; (2)
y quedando tú pequeña,
tu madre, (3) cuando testó,
por tu tutor me dejó,
como en su archivo se enseña.
Y el tiempo veloz, que vuela,
pasó y veniste a crecer,
y yo, viéndote (4) mujer,
en mi poder y tutela,
pretendí darte marido
y que fuese, como es justo,
el que a ti te diese gusto,
pero ninguno has querido.
Y yo, porque quien (5) lo fuese
lo fuese con causa justa,
ordené que en esta justa (6)
te llevase el que venciese,
por que, ya que te llevaba,
te llevase con (7) valor.

PINARDA. Pues ya yo tengo, señor,
el marido que esperaba,
que es el príncipe Reimundo
que en aqueste suelo yace.
que sólo él me satisface (8)
más que todos los del mundo. (9)
Y si había de ser yo
el premio del que venciese, (10)
él venció antes que muriese,
no pierda lo que ganó;
y así, como a vencedor, (11)

(1) "como es testigo t. h.".
(2) "razón".
(3) "si fué".
(4) "¡Oh, caso".
(5) "lado".
(6) "mi palabra".
(7) "Llévenle".
(8) "ducientos".
(9) "clamor".
(10) "del palenque".
(11) "el desgajallo y rompello".

(1) "faltó".
(2) Aquí una acotación que dice "(*Sale el* PRÍNCIPE.)"
(3) "padre".
(4) "y viéndote ya m.".
(5) "porque el que".
(6) "procuré con causa j.".
(7) "por".
(8) "sólo él m. s.".
(9) "más que todos en el m.".
(10) "del interese".
(11) "y ansí como a mi señor".

quiero dalle (1) esta corona
y al premio, que es mi persona,
no dalle (2) otro poseedor.

PRÍNCIPE. (¿Vióse más notable y cierto
agravio que el que recibo?
¡Que no me premie a mí vivo
esta fiera y premie al muerto!
Quiérome ir, que ver no puedo
a mis ojos tal afrenta.)

(*Vase.*)

PINARDA. Tu mujer soy, y contenta
contigo, aunque muerto, quedo,
y así, como a (3) mal logrado,
te doy la mano de esposa,
y si es (4) excusada cosa
esto en un difunto helado,
ya que de esposa no puedo,
te doy la mano de ser,
en vengarte, tu mujer,
pues en nombre de tal quedo;
y fía que, aunque no vivas,
serán mis promesas ciertas,
que amo más tus glorias muertas
que de otro esperanzas vivas.
Y es la causa, (5) Rey, de modo,
que debo ya demandarte
su venganza, como parte
que perdió en su vida el todo.
¡Venganza, venganza, Rey;
que aunque hay ley que hacen los
el estado de las leyes [reyes, (6)
para un traidor no haya ley!
No por ser Príncipe deje
de castigarse Gerardo.
Viva soy, justicia aguardo,
no quieras de ti me queje.

VAS. 1.° Y sus vasallos no menos
su venganza demandamos.

REY. Haremos a lo que estamos
obligados como buenos.

VAS. 2.° Vénguese el fuerte Reimundo;
no quieras que sus vasallos
tomen armas y caballos
y abrasen con guerra al mundo.

REY. Caballeros, bueno está.—
Princesa, dejad el llanto,
que no sabréis pedir tanto
como mi justicia (1) hará.
Si el muerto está en el pavés,
en la cárcel está el preso
y en mis manos el proceso,
que sabré ser buen jüez.
Dejaldo, y tened por cierto
que en mí no hay menos codicia
de ejecutar mi justicia (2)
que en vos de vengar el muerto.
Retiraos, que aquí estáis mal,
y vamos a mi aposento.
Darásele al cuerpo (3) asiento
en mi capilla real,
y juntaré mi consejo
sobre lo que se ha de hacer.

PINARDA. Yo sé que harás el deber.
En tus manos, Rey, lo dejo.

(*Vanse* (4) *todos y salen dos* GUARDAS.)

GUARDA 1.° Todo el mundo viva alerta,
camarada, que conviene.

GUARDA 2.° ¿La escuadra? (5)

GUARDA 1.° La fuerza (6) tiene,
y a entrambas cabe la puerta. (7)

GUARDA 2.° Mirad que es Príncipe el preso
y también Príncipe el muerto.

GUARDA 1.° Guarda de cuidado es cierto,
porque es negocio de peso.
¿Si dicen hasta qué día
ha de durar esta guarda?

GUARDA 2.° Yo apostaré que no tarda
dos días.

GUARDA 1.° ¡Por vida mía!

GUARDA 2.° Está el Rey muy enojado,
y llévalo muy de paso.

GUARDA 1.° Es atroz y fuerte (8) el caso.

GUARDA 2.° Y aun muy justo, bien mirado.

(*Sale el* PRÍNCIPE *y un* PAJE.)

PRÍNCIPE. ¿Eso está como ha de estar?

PAJE. Como tu alteza mandó.

PRÍNCIPE. (¿Él de mí no se fió?

---

(1) "darle".
(2) "darle".
(3) "y ansí mozo m".
(4) "es ya".
(5) "su esposa soy".
(6) "que aunque es ley que hace a reyes,".

(1) "como sobre esto se hará".
(2) "de castigar su malicia".
(3) "al muerto".
(4) "*y meten al muerto y salen*".
(5) "¡Ea, escuadrón!"
(6) "Las fuerzas".
(7) "ya estamos cabe la p.".
(8) "fué muy atroz, cierto,".

pues téngole de librar,
que por ser quien es es justo
y porque sacó (1) del mundo,
en dar la muerte a Reimundo,
un contrario de mi gusto.)
Pues, amigos, ¿qué se hace?
¿El preso está bien guardado?

GUARDA 1.° De una escuadra está cercado.

PRÍNCIPE. Aqueso me satisface.
Advertid bien que os encargo
yo de mi parte esta guarda,
que el Príncipe que se guarda
bien sabéis que está a mi cargo,
porque él se me (2) entregó a mí
y debo dar cuenta de él.

GUARDA 2.° Si el mundo viene por él
no le sacará de ahí. (3)

PRÍNCIPE. Con todo esto, (4) quiero entrar
a requerir las prisiones.

PAJE. (A gran empresa te pones.
Dios te la deje acabar.)

(*Éntranse el* PRÍNCIPE *y el* PAJE.) (5)

GUARDA 1.° Oigan éstos; fiaos aquí
de palabras de un señor.
No hay confianza mejor
que fiarse el hombre en sí.
"Entregaos, que mi fe os doy
de que miraré (6) por vos",
y agora, placiendo a Dios,
le hará degollar hoy.

GUARDA 2.° No quiebra, si bien se mira,
la palabra.

GUARDA 1.° ¿Cómo no?

GUARDA 2.° Si la palabra le dió
de mirar por él, ¿no mira?
¿No mira que no se vaya
y recorre (7) las prisiones.

GUARDA 1.° Dejémonos de razones (8)
y póngase al hablar raya.
Tened ojo a aquesa puerta,
que es de noche y hace obscuro.

GUARDA 2.° Eso importa, yo os lo juro,
que el hablar no es renta cierta.

(1) "libró".
(2) "porque se me"
(3) "no le sacaré de aquí".
(4) "eso".
(5) "*y dice la* GUARDA".
(6) "de que yo mire".
(7) "y requiere".
(8) "Dejemos esas r.".

Ya querría que saliese
el Príncipe, por cerrar. (1)

GUARDA 1.° Excusar pudo el entrar. (2)

GUARDA 2.° Ya sale.

GUARDA 1.° Mas ¿si me oyese?

(*Sale* GERARDO *con el vestido del* PRÍNCIPE, *y el* PAJE, *y queda el* PRÍNCIPE, *en su lugar, preso.*)

GERARDO. Las prisiones están buenas.
Andad, vámonos de aquí. (3)

GUARDA 1.° ¿Qué dijo, hola?

GUARDA 2.° No lo oí,
que la boca no abrió apenas.

PAJE. Lo que dice (4) es que se tenga
cuidado.

GUARDA 1.° Perderlo puede.

GERARDO. (¡Que por mí preso se quede
y yo con libertad venga!
Si un siglo, Astolfo, procuro
pagarte, será imposible.—
¿Viéronme?

PAJE. No fué posible,
que es de noche y está obscuro. (5)

GERARDO. Basta que se ha hecho bien
el trueco, y a poca costa.
¿Tienes a punto la posta?

PAJE. La posta y armas también.

GERARDO. Pues vamos, subiré en ella
y partiré al punto apriesa.
¡Adiós te queda, Princesa,
cruel tanto como bella!
¡Huyendo voy de la muerte,
que es lo propio que de ti!

(*Vanse los dos.*)

GUARDA 1.° ¿Hola? ¿Qué hacemos aquí?
Rondad, velemos el fuerte.

GUARDA 2.° ¿Una escuadra no le ronda?
¿Para qué habemos (6) de ir?

GUARDA 1.° Un hombre veo venir.—
¿Qué gente? (7) ¿Quién va? Res-
[ponda.

(*Sale* SERGIO.)

SERGIO. Amigos, Sergio es quien viene.

(1) "por entrar".
(2) "y podelle visitar".
(3) "¡Cuidado! ¡vamos de aquí!"
(4) "dijo".
(5) "y hace oscuro".
(6) "tenemos".
(7) "gente es?"

GUARDA 2.° Un (1) poco más que estuviera
en responder, no pudiera.
SERGIO. ¿Tanto rigor hay?
GUARDA 1.° Conviene.
GUARDA 2.° Pues, amigo, ¿de dó bueno?
SERGIO. De Palacio vengo, Horacio.
GUARDA 1.° Pues ¿qué hay de bueno en Palacio?
SERGIO. Por malo lo que hay condeno.
Queda un mundo puesto en armas,
y de una y otra acera
hay tantas hachas de cera
como se ven hachas de armas.
Unos entran, otros salen,
aqueste rempuja [a] aquél:
otros, en ciego tropel,
de los leves pies se valen.
Otros están hechos muela,
donde un hablador preside,
y en llegando otro le impide
con una nueva novela.
Todo lo que todos tratan
es si hará justicia de él;
dice éste que sí, y aquél
apuesta que no le matan.
GUARDA 1.° En efecto, ¿qué se sabe?
SERGIO. No se sabe, se barrunta.
GUARDA 2.° ¿Morirá?
SERGIO. Está en la junta. (2)
No se sabe hasta que acabe;
pero lo que se murmura
entre el común a una voz
es que el delito fué atroz.
GUARDA 1.° Y morirá. ¡Ah, desventura!
SERGIO. Señor, es Príncipe el muerto.
GUARDA 1.° También lo es el matador.
GUARDA 2.° Usa de grande rigor
el Rey en matalle, cierto.
Demos agora una vuelta,
no se nos duerma la guarda.
GUARDA 1.° Cierre esa puerta. ¿Qué aguar-
[da? (3)
Dé (4) bien la llave la vuelta.

*(Vanse. Salen GERARDO y el PAJE de camino.)*

GERARDO. Tantas leguas en tan poco,
mucho correr fué de posta.
PAJE. Esta, señor, es la costa,
que tocas con el pie y toco;

(1) "Si un".
(2) "Estan en junta."
(3) "Cerrar esta puerta. Aguarda".
(4) "Da".

frente del mar lusitano,
costa de España y frontera,
pues que desde esta ribera (1)
se conoce el africano.
GERARDO. Pues vete (2) a la corte, amigo,
y al Príncipe le dirás
que ya no me obligue más,
pues tengo tan buen testigo.
PAJE. Queda adiós. Yo (3) lo haré así.

*(Vase.)*

GERARDO. Ve y ayúdete fortuna,
si queda esperanza alguna
que pueda volver por mí.
¿Dónde voy sin orden tuya,
mi Pinarda, siendo tuyo?
¡Princesa, que muerte huyo
que de la vida no huya!
¿Vióse vida más perdida
que (4) la que yo llevo alguna,
pues que voy huyendo a una
de la muerte y de la vida?
Reimundo murió en el mundo
y yo estoy muerto en tu gracia.
Yo me duermo; si es (5) desgracia
dormiré, (6) sueño es profundo,
por ser imagen de muerte.
Perder la ocasión no quiero,
y ojalá fuese el postrero,
porque lo fuese mi suerte.

*(Echase a dormir, y sale CELÍN, capitán moro, y otros* MOROS *con él.)*

CELÍN.

Con lentos pasos el cristiano margen
podéis pisar, por que de alguna torre
no sea nuestra entrada descubierta,
y en haciendo la presa (si se ofrece)
volveos (7) todos juntos hacia el agua,
levar el ferro y levantar (8) las velas.

MORO 1.°

Quedo, que presa veo, y a (9) la orilla
un hombre he descubierto y sepultado
en un profundo y soñoliento olvido.

(1) "De cuya opuesta ribera".
(2) "vuelve".
(3) "Queda adios que".
(4) "Cual".
(5) "que es".
(6) "venirme".
(7) "volvernos".
(8) "Levad el ferro y levantad"
(9) "y hacia".

CELÍN.

Pues llegad quedo, no despierte acaso
y mueva, defendiéndose, alboroto.

MORO 2.°

Ya le tengo la espada yo ganada.

MORO 3.°

Y perderá la vida si hablare.

(*Despierta* GERARDO *y quitanle la espada.*)

GERARDO.

¿Qué es esto, descreídos? ¿A un dormido,
y tantos? ¿Tan dormida está en vosotros
la virtud que usar suelen los honrados? (1)

CELÍN.

Virtuoso señor, cierre los labios,
o haréle harpar la suelta lengua.

GERARDO.

Dame una espada, bravo matasiete,
y hárpame (2) la lengua si pudieres,
vos en (3) cuadrilla y todos los que os cercan.

CELÍN.

Esta le diera, sino que está bota
de filos; mas daréle una muy buena
dentro en Argel, y dentro (4) de tres horas.
Mas, ¿qué gasto en palabras tiempo? Vamos, (5)
dejemos luego la cristiana arena,
que no quiero más presa de una y buena.

(*Vanse, y salen el* REY MORO *y la* INFANTA, *su hija.*) (6)

INFANTA. (7) ¿No gustas de ver la mar, (8)
señor, y sus ondas canas?
REY MORO. Pues naciéndome (9) las canas
en él, ¿qué (10) no he de gustar?
Viendo sus crecidas olas
he estado en (11) aquel balcón
puesta la contemplación
en las tierras españolas.
Y desde sus blancos senos
he visto una galeota
que hacia acá trae su derrota
los lienzos de viento llenos;
que ya me vi en corso un tiempo
lleno de trofeos y gloria,
y ya sola la memoria
vive (1) de aquel pasatiempo
que robaba al español
sus flotas en sus riberas,
y volvía (2) en mis galeras
bravo y galán como (3) el sol.
Pasóse la edad florida
y vino la edad cansada.
INFANTA. (4) No por eso perdió nada,
señor, tu famosa vida;
que eso tiene aquel que es hombre
como tú has sabido sello,
que el tiempo no ha de vencello,
mas vence el tiempo su nombre.
¿Qué cosario hay que levante
en sus gavias media luna
que si quiere hacella una
no te lleve a ti delante?
REY MORO. Aunque haya de eso en mi parte,
cese, hija, el alabar,
que quien os oyere hablar
dirá que habláis como parte.
¿Vos sabéis quién anda en corso?
INFANTA. ¿Con cuántas fustas?
REY MORO. Con una.
INFANTA. Celín es, sin duda alguna.
¿Y es ligera?
REY MORO. Como un corzo.
Pues ésa de Celín es
la fusta que venir vide.

(*Entra un* PAJE.)

PAJE. Licencia Celín te pide
para besarte los pies.
REY MORO. Licencia tiene Celín,
pues su valor se la ha dado.
No me había yo engañado,
Celín ha de ser, (5) al fin.

---

(1) "la virtud de que usar suelen los hombres."
(2) "harpadme".
(3) "vos, la".
(4) "en menos".
(5) "en palabras vanas tiempo?"
(6) "*y* TROILA, *su hija, que es la que se vuelve* BENITO, *y dos* MOROS".
(7) "TROILA".
(8) "el mar,".
(9) "naciéronme".
(10) "y".
(11) "de".

(1) "viven".
(2) "venía".
(3) "mas".
(4) En los lugares que dice INFANTA el texto impreso, dice el Ms. TROILA.
(5) "Celín vino a ser,".

(*Sale* CELÍN *con* GERARDO, *cautivo.*)

CELÍN. Vuestra grandeza me dé
a besar los pies reales.
REY MORO. A moros tan principales,
no pies, las manos (1) daré.
Valiente Celín, ¿qué hay?
¿Ha sido buena la presa?
Sin duda es famosa empresa
la que de esta vez se trae.
CELÍN. Los márgenes lusitanos
he pisado de esta vez.
Serán hasta nueve o diez
los prisioneros cristianos,
y entre ellos este señor,
que, según presumo de él,
hay tanta nobleza en él
como en su espada valor.
Y queriendo presentarte
de los diez esclavos uno,
no hallé, (2) señor, ninguno
más bueno que poder darte.
REY MORO. ¿Qué nación?
CELÍN. En lengua y traje,
español muestra que es.
REY MORO. Pregúntale el nombre, pues,
Celín, allá (3) en su lenguaje,
pues lo sabes.
CELÍN. Es tan diestro
que responderá en cualquiera,
que de la propia manera
que nosotros habla el nüestro.
REY MORO. ¿Quién eres?
GERARDO. Un mercader,
que en comprar y vender trato.
REY MORO. Pues aunque es vender tu trato,
no te has sabido vender.
Por mercader te nos vendes,
muy mal has disimulado.
GERARDO. Mercader, mas he quebrado.
INFANTA. (4) ¿Quebrado? Pues ¿en qué entien- [des?
GERARDO. En comprar y vender joyas,
y eché todo mi caudal
en una, y salióme tal,
que me perdí.
REY MORO. (5) No le oigas,
que no es mercader ni noble,
sino algún soldado lengua
que, por saber nuestra lengua,
sirve a su Rey de espía doble.—
(1) Echalde en la frente un clavo,
pues sabe bien (2) el lenguaje;
con sólo mudar el traje
no le tendrán por esclavo,
y así, (3) pensando que es moro,
se huirá (4) de la prisión.
GERARDO. ¡Señor!...
REY MORO. En resolución,
te han de herrar.
GERARDO. Daréte de oro...
REY MORO. Aunque tanto oro me des
como tú puedes pesar.—
Yo me voy a reposar.
¿Vienes, hija?
INFANTA. Iré después.
REY MORO. ¿Hola, Alcaide? Hágase al punto
lo que te dejo encargado.

(*Vase.*)

GERARDO. Siempre a aquel que es (5) desdi- [chado
le viene todo el mal junto.
INFANTA. ¿Sientes mucho que te hierren?
GERARDO. Sí, que al fin hay sangre y hierro.
No siento, señora, el hierro,
lo que yo siento es que yerren.
INFANTA. ¿Quién yerra?
GERARDO. El Rey en herrarme.
INFANTA. Pues ¿por qué? ¿Hace (6) el Rey [mal
en ponerte esa señal?
GERARDO. Muy mal hace en señalarme,
que si agora (7) soy cautivo,
primero fuí de otro esclavo,
y si el Rey me pone un clavo
mucho ha que con otro vivo;
y aunque un clavo saca a otro,
el primero es de manera
que no le podrá echar fuera
por bien que se clave esotro.
INFANTA. Según esto, dama es ésa
de quien te pintas esclavo.
GERARDO. Huelgo de que estés al cabo. (8)

---

(1) "brazos".
(2) "no hallo".
(3) "mi Troila,".
(4) "REY MORO".
(5) "CELÍN"

(1) "REY MORO".
(2) "porque, sabiendo".
(3) "ansi".
(4) "irá".
(5) "Siempre oí que al".
(6) "Pues ¿en qué hace".
(7) "que si yo acá".
(8) "TROILA. Huélgome de estar al cabo."

INFANTA. (1) Y a mí de estarlo me pesa.
Ahora dime: ¿gustarías
que yo ese hierro (2) estorbase?
GERARDO. Si yo ese don (3) alcanzase
suma merced me harías.
INFANTA. Y si yo esto por ti (4) hiciese,
¿no harás por mí tú también,
si es cosa que te esté (5) bien,
aquello que te pidiese?
GERARDO. Como a mí me esté bien, digo,
Infanta, que [yo] lo haré.
INFANTA. Tomo esta palabra y fe.—
Alcalde, veníos (6) conmigo,
que os quiero mandar un poco
en que me habéis de servir.
CELÍN. Si importa por ti morir,
señora, lo tendré en poco.

(*Vanse, y sale el* REY CRISTIANO *y* ROSELA, *su hija, y* PINARDA *y un* VASALLO (7) *del muerto y un* CRIADO.)

REY. El Príncipe, ¿dónde está
que desde ayer no le veo?
ROSELA. Señor, a lo que yo creo,
ido de la corte se ha; (8)
porque mi hermano es amigo
del Príncipe que está preso,
y en su siniestro suceso
no querrá ver el castigo.
REY. Y aun de aquesa mesma suerte
es bien que todos nos vamos
y a la corte no volvamos
hasta que pase (9) su muerte.
CRIADO. Señor, mira lo que haces,
que es un Príncipe el que matas.
VASALLO. Señor, si más lo dilatas
tu real crédito deshaces.
Véngale al muerto su muerte,
no des lugar a su estado
de que salga en campo armado
a vengarle y ofenderte.
CRIADO. Si es por miedo, no permitas
que muera el Príncipe preso,
que haces mal si por eso
la amada vida le quitas.
Porque si por no matallo
te hacen guerra los del muerto,
si lo matas ten por cierto
que tenemos de vengallo.
REY. No lo dejo por temor
ni lo he de hacer por miedo, (1)
que yo soy hombre que puedo
tener y mostrar valor.
Sólo tiene que morir,
porque es justicia que muera.
¿Qué estruendo es el de allá fue-
ROSELA. Gran tropel siento venir. [ra? (2)

(*Sale el* CAPITÁN *con el* PRÍNCIPE, *vestido los vestidos de* GERARDO.)

CAPITÁN.

Llegando ahora, señor, con dos escuadras
de infantes y jinetes a la torre,
donde en prisión Gerardo estaba preso,
para sacalle de ella, cual mandaste,
a voz de un pregonero por la calle (3)
que fuesen publicando su delito
hasta que sobre un alto cadahalso,
que en la plaza mayor estaba hecho,
como mandaste, fuese degollado,
en su lugar, señor, hallé a tu hijo
vestido con las ropas que tenía (4)
cuando en prisión Gerardo quedó preso. (5)

REY.

Pues ¿qué dicen las guardas?

CAPITÁN.

Enmudecen.

PRÍNCIPE.

No tienen culpa, porque yo, movido
de la palabra que le entregué al preso
cuando en mis manos se entregó sin armas, (6)
las guardas engañé diciendo que iba
a requerir del preso las prisiones;
trocamos yo y el preso los vestidos (7)
causa de libertalle (8) de la muerte,
y yo, señor, quedase a ella sujeto.

---

(1) "GERARDO".
(2) de que este hierro".
(3) "Si yo eso de ti".
(4) "eso".
(5) "está".
(6) "venid".
(7) "*dos* VASALLOS".
(8) "ido de corte se habrá".
(9) "pague".

(1) "Ni lo hago por temor
ni he de dejarlo de miedo".
(2) "¿Qué ruido suena fuera?"
(3) Verso suplido por el Ms. 15206.
(4) "traía".
(5) "cuando estaba en prisión Gerardo puesto".
(6) "entregó sus armas".
(7) Verso suplido por el Ms.
(8) "causa de que él librase".

Haz de mí aquello que por bien tuvieres,
y viva mi palabra y muera luego.

REY.

Quisiera, hijo por mi mal nacido...
Mas ¿qué digo quisiera? Quiero, digo, (1)
yo por mis manos...

ROSELA.

Padre y señor, tente. (2)
No permitas que el Príncipe mi hermano
a manos de tu ira quede muerto.—
Quitalde de delante, caballeros.
¿Queréis que muera mal logrado el Príncipe?

REY.

Esperad. ¿Dónde vais?

CAPITÁN.

Donde mandares. (3)

REY.

Llevadle a la prisión y muera en ella
el injusto contrario de mi gusto.
Pague con justa pena aqueste susto.

(*Llévanlo preso.*)

PINARDA. Siento de modo, señor,
este infelice suceso,
de que se haya ido el preso (4)
sin vengarse mi dolor,
que, aunque ya determinaba,
muerto el príncipe Reimundo,
de no casarme en el mundo,
que así a mi honor importaba, (5)
si yo valgo alguna cosa
para el premio de esta empresa,
desde aquí hago promesa
de no ser de nadie esposa
sino de aquel que mostrare
por mi causa tal valor,
que aquel infame traidor (6)
en las manos me entregare;
y de la hecha promesa
te hago a ti mismo (7) testigo.

REY. Pues yo lo confirmo y digo
que quede por ley expresa,
que quiero tanto tu gusto,
mi Pinarda, como esto
quede desde aquí propuesto,
que con título muy justo
quedará por tu marido,
de consentimiento expreso,
al que te entregare preso
el Príncipe que ha huído.
Y entrémonos por ahora
a tratar con más despacio
esto dentro de palacio. (1)

PINARDA. Vamos, señor, en buen hora.

(*Vanse. Salen* GERARDO *y* CELÍN, *riñendo sobre una carta.*) (2)

GERARDO. Suéltame la carta, moro,
si no quieres con tu daga (3)
que algún disparate haga
si me pierdes el decoro.

CELÍN. He de enseñársela al Rey.

(*Sale la infanta* TROILA.)

INFANTA. (4) ¡Paso, cristiano! ¿Qué es esto?
¿Con armas y en este puesto,
y contra hombre de mi ley?

GERARDO. Dióme el bárbaro (5) ocasión.

INFANTA. ¿Ocasión te ha dado?

GERARDO. Y harta.

CELÍN. Vile escribiendo esta carta
y presumo que es traición,
que éste debe ser espía
y quiero que el Rey la vea.

INFANTA. Bastará que yo la lea. (6)
Dámela ¡por vida mía!,
que yo veré lo que es
y a mi padre avisaré,
y tú calla.

CELÍN. Callaré,
pues lo mandas.

INFANTA. Vete, pues.

(*Vase* CELÍN *y lee la* INFANTA *la carta.*)

"Al muy poderoso Rey
de España." Mal puede ser
ser tú, Fabio, mercader
y enviar cartas al Rey.

---

(1) "Mal digo que quisiera. Quiero, digo,".
(2) "yo propio, por mis manos.
ROSELA. ¡Tente, padre!"
(3) Falta este verso en el Ms.
(4) "de haberse huído el preso".
(5) "con quien yo tanto ganaba".
(6) "que al aleve matador".
(7) "propio".

(1) "Desto dentro en mi palacio."
(2) "(*Entranse y sale* GERARDO *con una daga tras* CELÍN, *que le ha tomado una carta.*)"
(3) "no quieras que con tu daga".
(4) El Ms. dice siempre TROILA y no INFANTA.
(5) "villano".
(6) "vea".

Ahora veamos la firma.
"Tu obediente hijo, *Gerardo*."
(Príncipe es. ¿Qué es lo que aguar-
que su firma lo confirma? [do,
Bien trocó el Gerardo en Fabio
y el príncipe en mercader.)

GERARDO. (¿Que al fin se vino a saber?)

INFANTA. Fabio, no moveré el labio.
Yo me he holgado de sabello
por saber tu calidad;
mas poca necesidad
tengo yo de tratar de ello.
Bien sabes, amigo Fabio,
y no te llamo Gerardo,
Príncipe, porque me guardo
de hacerte algún agravio. (1)
Digo, pues, que sabes bien
que hice hacer contrahecho
tu hierro, porque me has hecho
tú otra promesa también,
de que haciendo esto por ti,
aquello que te pidiese,
como a ti bien te estuviese,
lo habías de hacer por mí.
Pues lo que quiero que hagas
solamente es que me quieras.
Dame luego un "sí", ¿qué esperas?
que con bien poco me pagas;
y si quieres reparar
en si te está bien o no,
príncipes somos tú y yo,
bien por fuerza te ha de estar.

GERARDO. Querer tú que yo te quiera
es, Princesa, por demás,
porque no querré jamás
a otra que la primera.

INFANTA. ¿No?

GERARDO. No, si el clavo fingido
de veras en mí se labra.

INFANTA. Pues la jurada palabra,
¿cómo, traidor, la has cumplido? (2)

GERARDO. Porque la di a estarme bien,
pero no a estarme tan mal. (3)

INFANTA. Yo haré que esa señal
fingida te asiente bien.

GERARDO. Cuando asientes bien el clavo
que antes mandaste fingir
me holgaré para decir
que no te tuve (1) en un clavo.

INFANTA. ¿Que no puedo por aquí,
fementido? Pues aguarda.—
¡Hola, hola! ¡Ah, de la guarda!
¡Socorro! ¡Socorro! ¡Aquí!

(*Salen dos* MOROS.)

MORO 1.° ¿Qué nos mandas que se haga,
mi señora, en tu servicio?

INFANTA. Que estorbéis un maleficio
que éste intentó con la daga.
Porque yo le persuadía
a que se volviese moro,
perdiéndome el real decoro
darme la muerte quería.

MORO 1.° ¡Oh, perro!

INFANTA. ¿Qué vas a hacelle?

MORO 2.° ¿Qué? A dalle mil veces muerte.

INFANTA. No ha de ser de aquesa suerte,
que mejor será prendelle,
vendrálo el Rey a saber
y darásele el castigo.

GERARDO. (¿Hay tal embuste? Ahora digo
que no hay fiar en mujer.)

MORO 2.° ¿Que tal mandas?

INFANTA. Yo os lo ruego.

MORO 1.° Pues como gusto te dé,
no hablaré.

MORO 2.° Yo callaré.

INFANTA. Salíos allá fuera luego.

MORO 2.° Ven acá, perro sin ley.

INFANTA. ¿Quiéresle algo, di?

MORO 2.° Llevalle.

INFANTA. Dejalde, que he de hablalle
cosas que importan al Rey.

(*Vanse los dos* MOROS.)

¿Qué dices de lo que he hecho?
¿No hablas?

GERARDO. Tiéneme mudo,
Troila, ver que caber pudo
tan gran traición en tu pecho;
mas lo que has hecho no sé
qué significa o qué dice.

INFANTA. El pecho con que lo hice
ahora te lo diré.
Luego me has de dar palabra,
y fe de que me querrás,
o no está tu vida en más
de cuanto este pecho abra,
(*Saca la daga.*)

(1) "no te haga el Rey agravio".
(2) "rompido".
(3) "pero esto estáme mal".

(1) "que no lo tuve".

que dándome muerte a mí,
los de la guarda, muy cierto,
pensarán que tú me has muerto,
y te matarán a ti. (1)
GERARDO. ¿Vióse más graciosa fuerza?
INFANTA. Ea, ¿quiéresme o no?
GERARDO. Espera.
INFANTA. No hay esperar.
GERARDO. De manera
¿que se ha de querer (2) por fuerza?
INFANTA. Mátome.
GERARDO. Espérate un poco,
que no miraras, Princesa...
INFANTA. ¡Qué espacio para mi priesa!
No hemos de ir tan poco a poco.
Dame al momento un abrazo
en señal de que me quieres,
o doime.
GERARDO. Espera.
INFANTA. ¿Qué quieres?
¿Aprieto, o detengo el brazo?
GERARDO. (Ella se mata de hecho
y dirán que yo la he muerto;
no hay duda, dirán lo cierto;
supo bien hacer su hecho. (3)
Mas he aquí que se da muerte,
¿qué me puede a mí venir?
¿hacerme también morir?
Pues muera y triunfe mi suerte.)
INFANTA. Si tan tarde te resuelves,
daréme.
GERARDO. Mas que te des.
INFANTA. De ésta va.
GERARDO. Acabemos, pues.
Pues ¿qué es esto? ¿Atrás te vuelves?
INFANTA. ¿Qué me dices? ¿Sí o no?
GERARDO. ¡A mí!... (4)
(No se dará, a buen seguro.)
INFANTA. Habla claro.
GERARDO. ¿Esto es obscuro?
Digo mil veces que sí.
INFANTA. Digo que no quiero ciento.
GERARDO. Yo mil veces que lo creo.
INFANTA. No me mato porque veo,
traidor, tu dañado intento,
y por poder tener vida
para trazarte la muerte,
que ya no quiero quererte

(1) "y te darán muerte a ti".
(2) "que te he de querer".
(3) "que bien supo hacer su hecho,".
(4) "Sí."

ni verme de ti querida,
que eres falso, cruel, ingrato. (1)
¿Qué es esto? (2)
GERARDO. Si es por matarte,
bien puedes, si quieres, darte.
INFANTA. No, traidor, ya no me mato;
mas voy a hacer que ese clavo
contrahecho sea de veras.
(Dígolo por que me quieras,
que no te he de hacer esclavo.) (3)

(*Vase la* INFANTA.)

GERARDO. ¿Qué es esto? Muchos combates
te da fortuna, Gerardo.
Ocasión tengo, ¿qué aguardo
a ésta y a sus disparates?
¿Yo no sé la lengua suya,
y en la recámara real
tengo mando (4) principal?
No es bien que ansí me destruya.
Quiero hurtar un vestido
para poderme huír. (5)
Al fin, a mi tierra he de ir
en puro amor convertido. (6)
Que, en fin, en traje de moro
yo me sabré dar tal maña,
que tome puerto en España
sin que me rescate el oro.

## JORNADA SEGUNDA

(*Sale* GERARDO, *en hábito de moro, solo.*) (7)

GERARDO. Si no me engaña el deseo,
sin duda la tierra piso
donde está mi paraíso.
Véola y aún no lo creo;
porque aqueste es su palacio
y esta su misma ventana, (8)
donde suele en la mañana (9)
gozar el fresco de espacio. (10)

(1) "traidor, desleal, ingrato".
(2) "que estoy..."
(3) "(Dígolo porque me quiera;
que no he de hacelle esclavo.)"
(4) "poder".
(5) "encubrir".
(6) "de puro amor convencido".
(7) "(*Sale* GERARDO *de moro y un hierro en la cara.*)"
(8) "y aquella es su ventana".
(9) "donde suele la inhumana".
(10) "despacio".

Aunque hace la noche escura (1)
yo espero (2) que este arrebol,
aunque es tarde, que haga sol, (3)
y éste es del sol por ventura. (4)

(*Salen* Rosela *y* Pinarda *a la ventana.*)

Pinarda. Hace, por cierto, gran calma. (5)
Aquí correrá algún fresco. (6)
Gerardo. (¿Es posible que merezco
ver la que me tiene el alma?)

(*Sale el* Príncipe *solo, de noche.*)

Príncipe. (Los pasos que Amor me enseña
vengo, Pinarda, siguiendo.
Ella es, a lo que entiendo.
Quiero hacer una seña.)

(*Hace seña y responde* Rosela.) (7)

Rosela. ¿Es el Príncipe mi hermano?
Príncipe. Esclavo de mi Pinarda. (8)
Pinarda. ¿Ya viene este enfado?
Rosela. Aguarda.
Pinarda. Suelta.
Rosela. No he de abrir la mano.—
Pues, hermano, por aquí
y tan tarde, ¿qué hay que hacer?
Príncipe. Hermana, venir a ver
lo que hace Amor de mí.
Como no hay en padre airado
ira que no se reporte,
me ha dado ahora la corte
por cárcel y se ha aplacado;
que, como un padre, en efeto,
va haciendo el negocio noche,
y así vine aquesta noche
por ser el lugar secreto,
y lleguéme adonde veis, (9)
aunque de poco me importe.
Pinarda. ¿Por cárcel tenéis la corte?
Muy ancha cárcel tenéis.
Príncipe. Angosta podéis llamalle,
que hay quien los pasos acorte,
que si el Rey me da la corte
Amor no más que esta calle.

(1) "La noche es muy escura".
(2) "aguardo".
(3) "anuncia el sol".
(4) "y es el suyo por ventura".
(5) "Cierto que hace gran calma".
(6) Este verso lo dice en el Ms. Rosela.
(7) Suplida esta acotación por el Ms.
(8) "y el esclavo de Pinarda".
(9) "me traen donde me veis".

(*Salen tres* Vasallos *del* (1) *príncipe* Reimundo.)

Vasallo 1.°

Ya es tiempo que venguemos a Reimundo,
que no bastó soltar al primer preso,
sino soltar también ahora al segundo.
Bueno fué, en ocasión de tanto peso,
darle por cárcel al traidor la corte.

Vasallo 2.°

¿Hémosle de matar?

Vasallo 1.°

Notorio es eso.

Vasallo 3.°

Pues de tiempo y pláticas (2) se acorte.
Esta es la calle. Allí está un embozado.
Ved si es él, porque el dalle de algo importe.

Vasallo 1.°

Gentilhombre, retírese a este lado. (3)

Príncipe.

No me llegué yo aquí para apartarme.

Vasallo 1.°

Por fuerza lo hará, si no de grado.

Príncipe.

¿Seréis los tres bastantes a quitarme?

Vasallo 2.°

Y a que deje (4) la calle antes de tiempo.

Príncipe.

¿He de venir, cobardes, a enojarme?

Vasallo 3.°

(¿Es el Príncipe?

Vasallo 1.°

Sí.

Vasallo 3.°

Ahora es tiempo (5)
que sepamos si el preso fué bien suelto.)

Gerardo.

(No estimo en poco, a fe, llegar a tiempo.)

Vasallo 1.°

Ea, amigos, que yo ya estoy resuelto.
¡Muera el traidor!

(1) "*del muerto, que vienen a matar al* Príncipe *y vienen en su seguimiento.*)"
(2) "y de plática".
(3) "hacia un lado."
(4) "coja".
(5) "Pues ahora es tiempo".

PRÍNCIPE.

¿Hacéis la traición mía
y venís a traición? Bien lo habéis vuelto.

GERARDO.

¿Tantos a uno? Aqueso es villanía.
No lo he de consentir. ¡Afuera! ¡Afuera!

VASALLO 1.°

Dale por ese lado.

VASALLO 2.°

Ya querría.

GERARDO.

Quien no se retirare muera.

PRÍNCIPE.

¡Muera!

ROSELA.

Caballero, quitalde. (1)

VASALLO 1.°

Gente carga.

PINARDA.

Quitémonos de aquí.

ROSELA.

Pinarda, (2) espera.

GERARDO.

Ya la ruin cuadrilla el paso alarga.
No los sigáis, señor, que no es cordura.

ROSELA.

Señor, tenedle.

GERARDO.

Aquesto se me encarga.
Ya no os he de soltar.

PRÍNCIPE.

Será locura;
que tengo de ir. Soltadme, caballero. (3)

GERARDO.

No porfíes, que en vano se procura.

PINARDA.

Vámonos, no nos vea algún portero.

*(Quítanse de la ventana las dos.)* (4)

PRÍNCIPE.

¿Que no me dejaréis? (5)

GERARDO.

De ningún modo.

PRÍNCIPE.

Pues a lo menos conoceros quiero
por ver quién es la parte, y aun el todo,
de esta victoria, porque de vos siento
ser en sangre español, en valor godo.

GERARDO.

Cuando fuera, señor, de algún momento,
supiérades mi patria, nombre (1) y suerte;
mas no os importa nada, según siento. (2)

PRÍNCIPE.

No sé, señor, de qué manera acierte
a rendiros las gracias de este hecho,
en que os mostrastes tan honrado y fuerte.
Y por la gran merced que me habéis hecho, (3)
y que se sepa, yo me determino (4)
de pediros (5) quién sois.

GERARDO.

No es de provecho.
Sólo os digo que en mí tendréis contino,
para lo que mandardes, un criado.

PRÍNCIPE.

¿Estáis de asiento aquí?

GERARDO.

Voy de camino,
que en cautiverio hasta ahora (6) he estado,
y ahora (7) de cautivo vengo a España
con un hierro en la frente señalado.
Y es engaño que el hierro desengaña,
que soy hidalgo y traigo ejecutoria,
como se puede ver.

PRÍNCIPE.

¡Desgracia extraña! (8)
He sentido en el alma vuestra historia,
que en vuestro proceder y hidalgo trato
la bondad que en vos hay se ve notoria.
Ya de que me digáis quién sois no trato;
pero no me neguéis esto que os pido,
pues nace de sencillo y llano trato.

(1) "ayudalde."
(2) "Aguarda."
(3) "no seguidlos. Soltadme, caballero."
(4) "Vanse Pinarda y Rosela."
(5) "¿Que no me dejáis ir? ..."

(1) "mi nombre, patria".
(2) "pero no os importa en nada siento".
(3) "Y porque la merced que me habéis hecho".
(4) "se sepa bien, señor, me determino,".
(5) "a pediros".
(6) "agora".
(7) "agora".
(8) Los cuatro versos anteriores están muy incorrectos en el Ms.

Quiero, pues que de vos fuí socorrido;
a mi casa nos vamos, porque en ella
de la suerte que yo seáis servido.

GERARDO.

Iros he (1) acompañando hasta ella,
que es muy justa razón.

PRÍNCIPE.

También es grande,
que la aceptéis, pues gusto de hacella,
que un hombre como vos en ella mande.

*(Vanse, y sale la* INFANTA *mora vestida de* PAJE.) (2)

INFANTA. ¿Cómo ha sido tal mudanza?
Falso amor, ¿dónde me llevas?
Con esperanzas me cebas
no habiendo firme esperanza.
En la lengua confiada,
porque la sé hablar bien,
vengo a buscar a mi bien
de mi tierra desterrada.
Y para podello hacer
mejor, mudé traje y nombre;
quizá alcanzaré por hombre
lo que no pude mujer. (3)
Ya en la Lusitania estoy,
donde Fabio tomó puerto,
y anda en esclavo encubierto,
que de este arte le vi hoy.
También supe de una guarda
del Rey lo que me ha pesado, (4)
y sé que está enamorado
de la princesa Pinarda.
Que preguntándole yo
quién fué el príncipe Gerardo,
dijo: "Un Príncipe gallardo
que a otro Príncipe mató."
Y en efecto, éste me dijo (5)
cuanto en sus amores pasa,
y yo, como en otra casa
he de estar, la suya (6) elijo.
Y esto es por que no haga algo
sin que yo lo vea y oya,
y así (7) le he dado una joya

(1) "Ireos".
(2) "*(Vanse, y entra* TROILA *en hábito de hombre y llámase* BENITO.)"
(3) "lo que no alcancé".
(4) "cuanto le ha pasado".
(5) "Porque, en efecto, me dijo".
(6) "la real".
(7) "ansi".

a un pobre viejo hidalgo (1)
por que diga que es mi padre
y me siente (2) de su mano,
que con el oro en la mano
halla el hombre padre y madre.
Esperando estoy al viejo,
que entró a hablar al Mayordomo.

*(Salen el* VIEJO *y el* MAYORDOMO.)

MAYORD. Digo que a cargo lo tomo;
que mil vienen y los dejo.
¿Es aquéste?

VIEJO. Sí, señor.

MAYORD. ¿Cómo se llama?

VIEJO. Benito.

MAYORD. En verdad que es muy bonito.
¿Tenéis otro?

VIEJO. Otro mayor.
(Mira bien cómo te llamas,
que he dicho que soy tu padre.)

MAYORD. Este no hay a quien le cuadre
tan bien como a nuestras damas, (3)
porque es, en efecto, niño,
y se podrán de él fiar.

BENITO. (4) ¡Niño! Bien sé pelear
aunque espada no me ciño.

MAYORD. Diabólico es el rapaz.

VIEJO. Al diablo es de decidor.
Dadme licencia, señor,
que me voy.

MAYORD. Andad en paz.

VIEJO. Adiós, hijo.

BENITO. ¿Vase, padre?

VIEJO. Sí. En buena casa quedáis,
y mirad que siempre hagáis (5)
como hijo de buen padre;
porque, en fin, en casa os dejo
donde el bien anda rodando.
Yo vendré de cuando en cuando;
no os olvidéis de este viejo.

BENITO. Por testigo pongo el tiempo.
Id, padre mío, con Dios.

*(Vase el* VIEJO, *y sale el* GUARDADAMAS.)

MAYORD. ¡Oh, Guardadamas! ¿Sois vos?
Huelgo (6) que vengáis a tiempo.

(1) "hijodalgo".
(2) "y me iguale".
(3) "Tan bien como al guardadamas."
(4) Siempre el Ms. le llama TROILA.
(5) "mirad de que en todo hagáis".
(6) "Gusto".

Veis aqui que os he buscado
un paje para el cancel.
Hacedlo muy bien con él,
que es hijo de un hombre honrado.

*(Vase.)*

GUARDAD. Amigo, ¿cómo te llamas?
BENITO. ¿Yo, señor?
GUARDAD. Vos, mancebito.
BENITO. Señor, llámome Benito.
GUARDAD. Muy buen paje haréis de damas, (1)
que, en efecto, sois pequeño,
muy bonito y muy agudo.
BENITO. Despierto, muy à menudo;
mas dormido, soy un leño.
GUARDAD. ¿Dormís mucho?
BENITO. Las mañanas.
GUARDAD. Y ¿las noches?
BENITO. Si me dejan,
y con voces no me aquejan,
Dios sabe mis buenas ganas.
GUARDAD. Mozo es, a fe, de cuidado;
mas esto remedio tiene,
que si tan dormilón viene
acostaráse a mi lado;
que yo duermo como viejo,
y aunque al alba me levante,
le haré levantar delante.
BENITO. No, no, no se lo aconsejo.
GUARDAD. ¿Por qué?
BENITO. Porque pego sueño,
que en buena fe si le echasen
par de mí, no le arrancasen
de la cama con un leño.
GUARDAD. ¿Que aunque me den muchas voces
no me podrán despertar?
BENITO. No le podrán levantar (2)
aunque le diesen de coces. (3)
GUARDAD. ¿No sabéis lo que me pasa
por la cabeza, Benito?
BENITO. ¿Qué os pasa?
GUARDAD. Aquí se me ha escrito
que entráis por mi mal en casa;
porque no han de saber tanto
los muchachos como vos.
BENITO. Calle, (4) por amor de Dios.
En (5) verdad que soy un santo.

(1) "Buen paje seréis de damas,".
(2) "arrancar".
(3) "no sólo a coces, a coces."
(4) "Callad,".
(5) "que en"

GUARDAD. Miren qué dos cosas éstas:
santo, y llámase Benito.
Vamos, que buen sambenito
Benito me ha echado a cuestas.

*(Vanse y sale el* PRÍNCIPE *y* GERARDO.)

PRÍNCIPE. Hícete, Fabio, venir
a mi casa a ser servido,
y veo que no has querido
servirte, sino servir.
Hícete mudar de ropa,
habiendo de ser mi paje,
y no quieres mudar traje,
esto yo no sé en qué topa;
pero, sea lo que fuere,
que en todo sigo tu gusto.
GERARDO. Mi deseo está muy justo
a lo que a ti te cumpliere. (1)
Soy tu criado el menor.
PRÍNCIPE. Llégate, Fabio, a esta parte,
porque quiero darte parte
de un amoroso favor.
Quiero decirte mis daños,
que, aunque ha poco que te trato,
me ha aficionado tu trato
cual si hubiera largos años.
GERARDO. Aquesa mesma afición
que tú me muestras tener
habrás echado de ver
que (2) tiene mi corazón.
Y así, (3) en lo que se ofreciere
en que te pueda (4) servir,
harás mal en no acudir
a quien por servirte muere.
PRÍNCIPE. Pues quiero que cuando ahora
yo con mi padre esté hablando,
que estaremos paseando
en el jardín más de un hora, (5)
des a mi Pinarda hermosa
de tu mano este papel,
y mira qué hace con él,
o si está muy desdeñosa.
Y así, Fabio, en mi amor puro,
haciéndolo de esta suerte,
podrás librarme de muerte,
estando (6) tú muy seguro.

(1) "a lo que a ti se ofreciere".
(2) "te".
(3) "Y ansi,". También en los demás lugares.
(4) "en que poderte".
(5) "casi un hora".
(6) "andando".

GERARDO. ¿Que así te aseguraré
de muerte?
PRÍNCIPE. Débeslo hacer,
siquiera por parecer
a otro que de ella libré.
GERARDO. ¿A un hombre que me parece
has librado tú de muerte?
PRÍNCIPE. Y parécesle (1) de suerte,
que en viéndote se me ofrece.
GERARDO. Sabe que soy ese propio.
PRÍNCIPE. ¿Quién dices que eres, amigo?
GERARDO. Que soy ese propio digo,
señor, por hablar al propio, (2)
que es como si te dijese
que por servirte haría
todo aquello que podría
hacer sirviéndote ése.
PRÍNCIPE. Toma, pues, y ve ordenando
lo que mis ojos desean,
y voime por que no vean
que estoy contigo hablando. (3)

(*Vase.*)

GERARDO. Vete en buen hora, señor,
que el orden que das aquí,
aunque es bueno para ti,
para mí es mucho mejor.
Ya, mi Pinarda querida,
que tengo ocasión de verte,
tengo por vida la muerte
que me quitaba la vida.
Quiérome ir y estar a punto
para, en viendo la ocasión, (4)
que cosas de Amor no son
cosas para perder punto.

(*Vase. Salen* ROSELA, PINARDA *y* BENITO.)

ROSELA. Basta que se han recibido
dos pajes nuevos en casa.
PINARDA. ¿Cómo, Rosela? ¿Qué pasa?
¿Otro sin Benito ha habido?
ROSELA. Ya mi hermano recibió
en su servicio al de anoche.
PINARDA. ¿Cuál?
ROSELA. Aquel que a media noche
en la cuestión le ayudó.
PINARDA. ¡Por mi vida, que es valiente!
ROSELA. Sí; mas no he visto tal paje.

(1) "parécete".
(2) "más propio,".
(3) "que contigo estoy hablando".
(4) "en la primera ocasión".

PINARDA. ¿Qué tiene?
ROSELA. De moro el traje
y con un clavo en la frente.
PINARDA. ¿En la frente trae un clavo?
¿De esa suerte, esclavo ha sido?
ROSELA. Dicen que es muy bien nacido;
mas que entre moros fué esclavo
y que estando en cautiverio
le mandó el moro herrar,
y que no quiere mudar
de ropas.
PINARDA. (No es sin misterio.)
ROSELA. Diz que no hay orden con él
de que quiera mudar traje.
BENITO. (¡Si fuese Fabio este paje!
Sin duda alguna que es él.)

(*Entra un* PAJE.)

PAJE. El Rey mi señor, señora,
manda que a su cuarto pases.
ROSELA. ¿Mandó que a las dos llamases,
o a mí?
PAJE. A ti.
ROSELA. ¿Qué querrá ahora?
Yo me voy. Adiós, Pinarda.
PINARDA. ¿Que al fin os vais?
ROSELA. Vamos, ¿hola?—
Sí; mas no quedáis muy sola,
que ahí queda un ángel de guarda.

(*Vanse* ROSELA *y el* PAJE.)

BENITO. A ser bueno, no tan malo.
PINARDA. Luego ¿no sois ángel bueno?
BENITO. No, que soy ángel que peno,
que es muy propio de ángel malo.
PINARDA. Y ¿qué pena padecéis?
BENITO. Una que no la hay mayor.
PINARDA. La mayor es la de Amor,
y si vos ésa tenéis,
no es bueno, (1) quien sabe amar,
para ser paje de damas,
que quien anda entre las llamas
por fuerza se ha de quemar. (2)
BENITO. En vano ese miedo cobras,
porque es hablar todo esto,
que no tienen un supuesto (3)
las palabras y las obras.
PINARDA. Son palabras muy despiertas
las tuyas.

(1) "muy malo es".
(2) "te has de abrasar".
(3) "que tarde tienen un puesto".

BENITO. Pues así vivas,
que son mis palabras vivas;
mas mis obras, obras muertas.

PINARDA. Benito, no soy amiga
de tan profundo lenguaje.
Mirad qué quiere este paje.

(*Sale* GERARDO.)

BENITO. ¿Qué quiere mi duque, diga? [bio?)
(Mas ¿qué digo? ¿Este no es Fa-

GERARDO. (¡Cielos! ¿No es esta Pinarda?)

BENITO. ¿Viene por algo? ¿Qué aguarda?
Gentil hombre, mueva el labio.

GERARDO. El Príncipe, mi señor,
me mandó, por si jugase,
una camisa llevase
esta tarde al corredor.
Hágame merced, galán
de entrar por ella allá dentro.

BENITO. Pláceme; por ella entro.

PINARDA. Las doncellas la darán.

BENITO. ¿Qué camisa he de pedir?

GERARDO. De pita o de otra manera. (1)

(*Vase* BENITO.)

PINARDA. ¿Vuestro amo es ido fuera?

GERARDO. No, señora; mas quiere ir. (2)

PINARDA. ¿Ha mucho que estáis con él?

GERARDO. Menos ha que estoy sin mí.

PINARDA. No os entiendo por ahí.

GERARDO. Pasara yo bien sin él.

PINARDA. Pues ¿qué? ¿tenéis por desprecio
que se nombre vuestro amo?

GERARDO. Suyo me nombro y me llamo,
pues me deja quien más precio.

PINARDA. Salíos, hermano, allá fuera,
que allá os sacarán recado.
(¡Qué plática había hallado
para que me entretuviera!)

GERARDO. Paso ¡por amor de Dios!;
no me tratéis de ese modo,
que no hay en el mundo todo
quien más pueda hacer por vos.

PINARDA. Vos ¿qué habéis de hacer por mí?

GERARDO. Lo que vos más deseáis.

PINARDA. Si más a entender no os dais,
no os entiendo por ahí.
Decidme más claro eso:
¿qué es lo que haréis por mí, amigo?

GERARDO. Daros a vuestro enemigo
Gerardo en las manos preso,
que por eso vine a casa,
más que por servir de paje.

(*Salen el* REY, ROSELA *y* BENITO.)

REY. ¿Quién le ha ayudado?

ROSELA. Este paje
del hierro.

REY. ¿Así que tal pasa?
¿Que en cuadrilla le embistieron
y que a mí no se me avisa? (1)

BENITO. Tome; ved ahí la camisa
del modo que me la dieron.
Llévela bien, no se aje, (2)
que no ha de llevarse así. (3)

REY. ¿Qué es eso que dais ahí?
¿Qué es lo que quiere ese paje?

GERARDO. Una camisa llevaba
al (4) Príncipe, mi señor.

REY. ¿No había (5) en casa otro menor
que viniese? ¡Cosa (6) brava!
Mirad que me enfadaré
otra vez, os certifico;
venga siempre un pajecico,
y si no, no se le dé.
¿Dónde vistes (7) pajes grandes
entrar do están las mujeres?

GERARDO. Una vez se erró, y no esperes,
señor, que otra vez lo mandes.

REY. Mejor estaréis allá.—
Estad vos en esto, hija.
Esta entrada se corrija,
y no volváis vos acá.— (8)
Vamos, que conviene que ésos
que al Príncipe acometieron,

---

(1) "BENITO. ¿Qué camisa he de pedir?
¿De pita?
GERARDO. O de otra manera."

(2) "mas ha de ir."

(1) "y que eso no se me avisa?" Sigue esta acotación: "(*Sale* BENITO *con la camisa y dice:*)"

(2) "no la abaje"

(3) "llevarla ansi".

(4) "de!".

(5) "¿No hay".

(6) "¡Cosa es".

(7) "¿Dó vistes vos".

(8) (Estos cuatro versos están en el Ms. así:)

"PINARDA. No es justo que más te aflija;
que yo, señor, me voy ya.
REY. Mejor estaréis allá;
entraos vos con él, hija."

si acaso (1) no se prendieron,
sean buscados y presos.

(*Vanse.*) (2)

ROSELA. Yo me recojo allá dentro.
¿Vienes o quedas, Pinarda?
PINARDA. En ese balcón me aguarda,
Rosela, que luego entro.

(*Vase* ROSELA.)

¿No podré alcanzar, Benito,
yo cierta cosa de ti?
Que si la haces por mí
me obligarás infinito.
BENITO. Di lo (3) que quieres que haga,
si es cosa que puede ser.
Deja ya de prometer
obligaciones ni paga.
PINARDA. Querría, si ser pudiese,
buscases cierta invención,
moviendo alguna ocasion,
en que con Fabio me viese;
que tengo que preguntalle
cierto negocio importante;
sin que nadie esté delante
querría velle y hablalle. (4)
BENITO. ¿Hay más que llegar (5) yo aparte
y decir que tú le llamas?
PINARDA. ¿Y el portero de las damas
que nunca de aquí (6) se parte?
BENITO. Así que eso no se excusa.
Ese estorbo es el diablo.
PINARDA. (Moriré si no le hablo,
que me dejó muy confusa.)
BENITO. Ahora vete norabuena,
que a trueque de que le hables
daré mil trazas notables.
PINARDA. ¿Iréme?
BENITO. Vete sin pena.
PINARDA. A escribir voy un papel
con que enviarle a llamar.
BENITO. Muy bien te puedes entrar,
que al momento voy por él.

(*Vase* PINARDA.)

Ahora bien: ¿qué es lo que he hecho?
Yo, que había de apartallos
¿he de procurar juntallos?
¡No estaría malo el hecho!
Mas sí quiérolos juntar;
quizá con aquesta traza
podré saber lo que pasa
y de quién me he de vengar. (1)

(*Vase, y salen* GERARDO *y el* PRÍNCIPE.) (2)

PRÍNCIPE.

¿Tanto en mi daño, Fabio, se apresura (3)
el rigor de mi estrella y duro hado?
¿Tanto resulta ya en mi desventura?

GERARDO.

Así pasa, señor, como he contado. (4)

PRÍNCIPE.

¿Y que, al fin, te mandó precisamente
que más no entrases con algún recado? (5)

GERARDO.

Sí, señor.

PRÍNCIPE.

El Rey anda impertinente.
¿En ser celoso quiere dar ahora?
No sé qué piensa, qué imagina o siente.
¿Y viste si dijo algo mi señora?

GERARDO.

Nada me dijo; sólo sé decirte (6)
que ella no alzó los ojos en una hora.
Y entiendo que si entro allá a servirte (7)
suceda otra desgracia como aquésta.

PRÍNCIPE.

No tienes, Fabio, tú por qué afligirte.
Basta lo que de pena a mí me cuesta.
Y ¿qué dijo Pinarda a mi recado?

GERARDO.

¿Ya no te digo? No me dió respuesta,
ni pude verla.

---

(1) "si luego".
(2) "(*Vase el* REY.)"
(3) "Pues pide".
(4) "que pueda verme, y hablalle."
(5) "más de llegar".
(6) "allí".

(1) (Los cuatro versos anteriores dicen en el manuscrito:)
"Mas yo los quiero juntar;
que [es] buena ocasión y punto;
que así veré, si los junto,
de quién me hé de guardar."
(2) "(*Entran el* PRÍNCIPE *y* GERARDO *y apártase* TROILA.)"
(3) "se conjura".
(4) "cual lo he contado".
(5) "por ningún recado."
(6) "No pude verlo; sólo sé decirte".
(7) "y yo siento que habiendo en qué servirte".

PRÍNCIPE.

¡Bien he negociado!
¡Buen remedio a mi mal en eso hallo!
¡Ya mis cosas están en buen estado! (1)

(*Entra* BENITO.)

BENITO.

(¡Ah, Fabio: no me harto de mirallo,
que te precias de noble porque amas!
Pero ¿yo no lo soy porque me callo?)

PRÍNCIPE.

De cólera me abraso en vivas llamas.—
¿Quién es este galán? ¿Es forastero?

GERARDO.

Un paje que hoy le vino al Guardadamas.

PRÍNCIPE.

¿Y hijo de quién es?

GERARDO.

De un escudero
hijodalgo.

PRÍNCIPE.

Buen talle tiene, Fabio,
y no muy mala edad para tercero.
Hombre parece que es discreto y sabio.—(2)
El nombre ¿cómo es?

BENITO.

Señor, Benito,
hablando con perdón, si en ello agravio. (3)

PRÍNCIPE.

(Discreto anda por cierto.

GERARDO.

Es muy bonito.

PRÍNCIPE.

Este podrá llevarme los recados,
que parece que es hábil. (4)

GERARDO.

Infinito.

PRÍNCIPE.

Pues, Fabio, tú que sabes mis cuidados,
hazte su amigo; sabe granjealle
de modo que andéis siempre apareados.
Que el mozo, granjeado, tiene talle
de hacer cuanto quisiéremos que haga.

GERARDO.

Para que yo procure regalalle,
baste, señor, que a ti te satisfaga.)

(*Vase el* PRÍNCIPE.)

GERARDO. Alegréme ¡vive Dios!
cuando en casa os vide entrar, (1)
que hemos de ser, deja estar,
grandes amigos yo ȳ vos, (2)
y dormir en una cama.

BENITO. No, que soy de mal dormir,
y no me podrá sufrir.
Que es un descuido del ama,
que no me ató bien atado
los brazos cuando pequeño,
y si algunas veces sueño
dejo sin cara al del lado.

GERARDO. Sufríme vos otro a mí,
y os sufriré ese resabio.

BENITO. ¿Y qué es el resabio, Fabio?

GERARDO. Benito, no es para aquí.
No ha de haber pariente pobre,
linda vida y muy gustosa,
sin desear jamás cosa
que en esta casa no os sobre.
Que mi amo siempre se emplea
en cosas de pasatiempo,
y más que estamos (3) a tiempo
que da una brava librea,
y querrá que andéis bien puesto
el Príncipe, mi señor.

BENITO. (¡Que haya podido el Amor
transformar a aquéste en esto!)
Con el intento que sigo,
Fabio, os quiero asegurar
que lo que aquí me hizo entrar
fué sólo ser vuestro amigo.

GERARDO. No estáis, Benito, engañado.

BENITO. Antes creo (4) que lo estoy.

GERARDO. No estáis, a fe de quien soy,
que os quiero como he mostrado.

BENITO. Si cual la muestra hacéis... (5)

GERARDO. Saldrá cierto lo que digo.

BENITO. Al tiempo doy por testigo.

GERARDO. Benito, vos lo veréis, (6)
y más que os he de mostrar,

---

(1) Este pasaje está muy incorrecto en el Ms.
(2) "Hombre me pareces discreto y sabio."
(3) "si en algo agravio"
(4) "cuerdo".

(1) "hoy cuando en casa os vi entrar".
(2) "los dos,".
(3) "entramos".
(4) "veo".
(5) "lo hacéis..."
(6) Este pasaje dice en el Ms.:

si vamos por esas calles,
mil damas de buenos talles
con quien podernos (1) holgar.

BENITO. Antes meterme no quiero
en sus amorosas llamas.
Procurad vos, Fabio, damas,
que yo sólo a vos os quiero.

GERARDO. La deuda que os debo es tal,
según la merced me hacéis,
que no sé si cobraréis.

BENITO. Luego ¿siempre pagáis mal?

GERARDO. Nunca he hecho tal delito.
Ahora bien, muy tarde es;
voime. Veámonos después.

BENITO. Adiós, Fabio.

GERARDO. Adiós, Benito.

(*Vase* GERARDO.)

BENITO. ¡Qué de cifras tan gustosas
hemos de pasar los dos!
Ahora bien, espero en Dios
que se han de hacer bien mis cosas.
No quise decirle nada
de que Pinarda ha de hablalle
hasta que la ocasión halle,
que la traza está pensada.
Sólo lo que ahora falta
es que el Guardadamas venga.
¡Plega a Dios no se detenga!
Mas ¿que es éste? Él es, sin falta.
Animo y destreza aquí,
que el ánimo (2) es para ahora.

(*Sale el* GUARDADAMAS.) (3)

—¡Válame Dios, mi señora,
qué no alcanzara de ti! (4)
¿Qué decís? ¿Qué me queréis?
Pues yo digo que os adoro (5)
y que mil lágrimas lloro
el rato que no me veis.
—¿Qué? ¿Queréis que os dé la ma- [no?
Vamos, mi bien, poco a poco.

GUARDAD. Este muchacho está loco,
que habla con el aire vano.

BENITO. ¿Qué decís? ¿Que está ya bueno?
Sentaos, que ahí tenéis dónde.

GUARDAD. Él se habla y se responde,
y sólo todo (1) en su trueno.

BENITO. ¿Que me queréis ver danzar?
Danzaré (2) con mil donaires.

(*Danza*.)

GUARDAD. Dale, hijo, bríos, aires; (3)
él se ha de descalabrar.

BENITO. ¿Que queréis oír? Pues, ea,
que yo seré el escudero.
¿Que no me quite (4) el sombrero?
Como quisiéredes sea.
¿Hémonos de ver después?

GUARDAD. ¿Con quién hablas? (5)

BENITO. ¿Con quién hablo? (6)

GUARDAD. Estate quedo, dïablo.
¿Tienes azogue en los pies?

BENITO. ¡Ay de mí! ¡Dios sea conmigo!
¡No ha quedado sangre en mí!

GUARDAD. Pues ¿qué hacías ahora aquí
hablando a solas contigo?

BENITO. ¡Ah, pobre, qué poco entiende
lo que en esta casa pasa!
Mas ¿qué cuánto ha que está en casa
que no ha sabido que hay duende?

GUARDAD. Cuarenta años ha que estoy
en ella y no he visto tal.

BENITO. Pues yo entré ayer, por mi mal,
y di con el duende hoy.

GUARDAD. Pues ¿cómo yo no lo vi?

BENITO. Porque no está (7) en su querer
el dejarse ahora ver (8)
de vos y luego de mí;
que ya se convierte en hombre
y ya en mujer se transforma,
tomando la misma forma
de otro y el mismo nombre.

GUARDAD. Y ahora ¿qué parecer
tenía con vos, Benito?

BENITO. Da en decir que soy bonito
y fíngeseme mujer;
y si me dice un requiebro
dígole yo otro mayor,

---

"BENITO. Si cual la muestra lo hacéis,
saldrá cierto lo que digo.
GERARDO. Al tiempo doy por testigo,
Benito, y vos lo veréis."

(1) "poderos".
(2) "ingenio".
(3) "(*Entra el* GUARDADAMAS, *y habla entre sí* BENITO.)"
(4) "qué no alcanzaréis de mí!"
(5) "Yo confieso que os adoro".

(1) "y todo sólo".
(2) "Pues danzo".
(3) "¡Ea, hijo, dale aires!"
(4) "No, no quitarme".
(5) "¿A quién hablas?"
(6) "¿A quién hablo?"
(7) "Porque esto está".
(8) "y ahora se deja ver".

y en sintiéndole de humor
danzo hasta dar de celebro.
Y como le sé las mañas
no le oso hablar arisco,
que hay duende que da el pellizco (1)
que le mete en las entrañas.

GUARDAD. ¿Eso tenemos ahora?
Yo me voy a mi cancel.
Hacedme amigo con él,
Benito.

BENITO. Muy en buen hora.

GUARDAD. ¡Válgate el diablo por duende!
¿Dónde acá remaneciste?

*(Vase.)*

BENITO. Muerto de miedo va el triste;
él va como se pretende.
Ahora tendré lugar
de hacer lo que quiero de él.
Quiero entrar por el papel
con que a Fabio he de hablar.

*(Vase, y sale* GERARDO.*)*

GERARDO. ¡Ah, Gerardo! ¡Triste vida
es la que en palacio tienes,
cercado de mil desdenes
de aquesta fiera homicida!
¿No me fuera harto mejor
gozar de mi estado y gente,
donde estuviera al presente
mandando como señor, (2)
paseando (3) en un caballo,
sirviéndome noche y día?

*(Sale* BENITO.*)*

BENITO. Hallar a Fabio querría
y en palacio no le hallo.

GERARDO. Benito, ¿dónde (4) de paso?

BENITO. ¡Oh, Fabio, tan buen encuentro!

GERARDO. ¿Vienes ahora de allá dentro?
¿Has visto a Pinarda acaso?

BENITO. Sí, Fabio, que hoy me (5) llamó,
y, sin que nadie lo viese,
me mandó que éste te diese.

GERARDO. ¿Para mí? Mira que... ¿No
pudo ser que te engañases?

(1) La rima entre "arisco" y "pellizco" no es perfecta.

(2) En el impreso, "como quien soy", pero no rima; en el Ms. está bien.

(3) "pasear".

(4) "¿adonde"

(5) "y aun me".

BENITO. No, que tuve buena cuenta,
que es memoria de una cuenta
que dijo que trasladases.

GERARDO. Sea así; (1) no me acordaba.
(¿Hay más venturosa gloria?)

BENITO. (Traslada bien tu (2) memoria,
cruel, en el (3) que me acaba.)
Mucho te alegras con ella; (4)
pero tienes mil razones.

GERARDO. Es de cuenta de perdones
que (5) me ha de absolver con ella.

BENITO. Ahora bien, lee tu memoria,
trasládala norabuena,
que yo sé quien siempre pena (6)
de que sientas tanta (7) gloria.

GERARDO. ¿Quién, Benito? Dilo presto,
que me tienes con cuidado.

BENITO. Yo, que en verte enamorado
en esta pena me has puesto.

GERARDO. ¿Yo enamorado? No hay tal.
¿En qué lo echas tú de ver? (8)

BENITO. Claro se deja entender
en una clara señal.

GERARDO. ¿Qué señal has visto en mí
que aqueso te declaró?

BENITO. La alteración que te dió
cuando este (9) papel te di.

GERARDO. Benito, eres tan discreto,
que me obligan tus razones
y tus buenas intenciones (10)
a fiarte (11) mi secreto
y a ofrecerme por tu siervo.
Mas, porque no escuche alguno,
a lugar más oportuno
el contarte esto (12) reservo.
Sabrás mi dolor y pena
y si hay causa de tenello;
mas ponte primero al cuello,
en mi nombre, esta cadena,
y adelante tú podrás, (13)

(1) "Ansí, ansí,".

(2) "la".

(3) "la".

(4) "con vella".

(5) "y".

(6) "siente pena".

(7) "esa".

(8) "¿Y en qué lo echaste de ver?"

(9) "ese".

(10) "a contarte mis pasiones"

(11) "y a fiarte".

(12) "el contártelo".

(13) "verás".

si quieres, siéndome amigo, (1)
ganar harto más conmigo
que con mi amo ganarás. (2)

BENITO. Poco en esta coyuntura
ha importado tu prisión,
que yo sé que al corazón
echaste otra más segura.

GERARDO. Eso el tiempo lo dirá,
y tú vete por ahora
y mira, porque es ya hora,
si el Rey quiere salir ya.

BENITO. Cuando me dió éste Pinarda
me dijo te quería hablar;
lee, y verás el lugar (3)
donde esta tarde te aguarda.

(*Vase* BENITO.)

GERARDO. ¿Habías ya de dejarme?
Que aunque el papel me trajiste,
todo lo que me tuviste
sin leerle fué matarme.
(*Lee.*) (4)
"Si como escribo, Fabio, te pudiera..."

(*Sale el* PRÍNCIPE *solo.*)

[PRÍNCIPE.]

Dame una ropa ¡hola! Amigo Fabio,
¿qué haces melancólico acá fuera?
¿Qué es aqueso que escondes? Que me agra- [vio. (5)
Muestra aquese papel, que ése lo causa (6)
que tengas blanco el rostro y pardo el labio.

GERARDO.

Un antiguo dolor, señor, lo causa,
que en mí renueva unas memorias viejas,
y es mal que, aunque es antiguo, no hace pausa.

PRÍNCIPE.

Muestra, que quiero ver de qué te quejas.
Letra es de dama. ¿Quísote algún tiempo,
o no sintió tus amorosas quejas?

GERARDO.

Antes cuando me quiso vino a tiempo,
que no pude valerme, ni aun hablarla, (7)
porque todo su amor fué pasatiempo.

Pero una vez que fuí a solicitarla (1)
concedióme un papel, que es este propio,
el cual me aseguró bien de gozarla. (2)
Y pareciendo ser papel impropio
a su desdén imaginé rasgalle,
porque me pareció castigo propio.
Mas, después que otra vez volví a miralle,
consideré que mi amo la servía.
(Con la misma verdad he de engañalle.)

PRÍNCIPE.

¿Qué la quería (3) tu amo?

GERARDO.

Pretendía
verla, y si con recado me enviaba,
por las suyas mis penas le decía.

PRÍNCIPE.

Al fin, ¿en qué paró?

GERARDO.

Cuando empezaba
a volvello a leer, entró mi amo,
peligro grande para quien amaba,
y cogióme con él. Fabio me llamo, (4)
pues supe hacer de modo que le tuvo,
y le leyó, y no cayó en quien amo.

PRÍNCIPE.

¿Que todavía la amas?

GERARDO.

Poco estuvo
en echarme a perder; fué cosa de aire.
Basta la ceguedad que le mantuvo. (5)

PRÍNCIPE.

Al fin, ¿que ella hacía de ti donaire?
No importa, que es común condición ésa
de hacer quejas ajenas al desgaire. (6)
Mas dime, ¿has visto más (7) a la Princesa?

GERARDO.

Algunas veces; pero no la he hablado.

PRÍNCIPE.

Ahora bien, yo me entro, que la priesa
no da lugar; mi padre me ha llamado.

---

(1) "si puedes, siendo mi amigo".
(2) "podrás".
(3) "léele, que ahí dice el lugar".
(4) "(*Lee el papel, y al primer ringlón de la carta sale el* PRÍNCIPE *y él esconde el papel.*)"
(5) "¿Qué es lo que escondes? Mira que me [agravio."
(6) "que es lo que causa".
(7) "ablandalla,".

(1) "solicitalla".
(2) "en el cual me asegura de gozalla."
(3) "que la quiere".
(4) "PRÍNCIPE. ¿Y cogióte con él?
GERARDO. Sabio me llamo,".
(5) "¿No ves que la fe dada no mantuvo?"
(6) "mirar ajenas quejas al desgaire".
(7) "Y, di: ¿no has visto más".

GERARDO.

Contigo habré de estar aunque me pesa.

([illegible] Pinarda y Benito.)

PINARDA. ¿Que aunque nos encuentre el viejo
me dices que hablalle puedo?
BENITO. Hablalle puedes sin miedo,
pues en el puesto te dejo.

(*Sale* GERARDO.)

PINARDA. Según del papel sentí,
ha de estar en esta sala.
GERARDO. A ocasion vengo, y no mala;
ella es ésta que está aquí.
PINARDA. Heos hecho, Fabio, llamar
porque, desde ayer que os vi,
cierta razón que os oi
no me deja reposar. (1)
Dijístesme (2) esta razón:
que érades quien en el mundo
podía vengar a Reimundo,
dando a Gerardo en prisión.
GERARDO. Cuanto os he (3) dicho, señora,
y lo que fuí a prometer
de hacer y deshacer,
os vuelvo a decir ahora.
PINARDA. ¿Por qué tardas, di, si puedes
entregar preso a Gerardo?
GERARDO. Temo, que por eso aguardo,
que sin pagarme te quedes.
PINARDA. No es impedimento ése,
que tienes no sé qué, esclavo,
que si tú traes puesto el clavo,
a mí me has puesto la ese.
¿Y eres tú quien puedes darme
en mis manos a Gerardo? (4)
Que por ser tuyo le aguardo
más que por poder vengarme.
GERARDO. Pues con esa confianza,
mi Pinarda, haré el entrego.
Aquí (5) a Gerardo te entrego
colgado de esa (6) esperanza.

(*Quitase el clavo.*) (7)

El mismo que entrega es
entregado (1) y prisionero.
Prémiame, mi bien, primero
y castígame despues.
PINARDA. ¡Ay, mi Gerardo, no creo
que eres tú en esta ocasión,
sino fantasma o visión
que me ha formado el deseo!
Digo que te premio Fabio
y Gerardo te perdono,
y desde aquí te corono
por amador firme y sabio.
Mas si encubrirte pretendes
tórnate a poner el clavo.

(*Entra el* GUARDADAMAS.) (2)

GUARDAD. No vuelvo la vista a cabo
que no piense que veo duendes.
¿Qué es aquello que veo allí? (3)
¿Fabio y Pinarda no son
los que hablan? ¿Si es visión?
¿Es el duende? Creo que sí.
GERARDO. De placer, de juicio salgo.
PINARDA. Heme holgado infinito.
GUARDAD. Allegaos acá, Benito.
¿Hacia aquel lado veis algo?
BENITO. A aquel lado a Fabio veo.
GUARDAD. ¿Y no veis una mujer?
BENITO. ¿Cómo la tengo de ver
no habiéndola?
GUARDAD. Yo lo creo.
El duende es, sin duda alguna.
Una mujer hay, Benito.
BENITO. ¿Si es el duende?
GUARDAD. ¡Ce, pasito,
no sienta cosa ninguna!
BENITO. ¿Parécese a alguien de casa?
GUARDAD. A Pinarda en talle (4) y gesto.
PINARDA. Fabio, yo me voy.
GERARDO. ¿Tan presto?
PINARDA. Verános el Rey si pasa.
GERARDO. ¿Quiéresme dar un abrazo?
PINARDA. Sí; mas ha de ser apriesa.
GUARDAD. Que piensa que es la Princesa
y la abraza; aprieta el brazo.
Hacia acá viene. ¡Jesús,
Dios mío! ¡Tú me defiende
de esta visión, de este duende!

(1) "sosegar".
(2) "Dijistes".
(3) "cuanto yo he".
(4) "el preso, dame a Gerardo".
(5) En el texto, "He aquí"; pero sobra el "He" para el sentido. En el Ms., "En que", que es peor todavía.
(6) "una,".
(7) "(*Descúbrese y arrodíllase. Quítase el clavo.*)"

(1) "entregante".
(2) "(*Sale el* GUARDADAMAS *y* BENITO.)"
(3) "Mas, ¿qué es lo que veo allí?"
(4) "traje".

¡Jesús! ¡Cata aquí la cruz! (1)

(*Vanse* GERARDO *y* PINARDA.) (2)

No es cosa de gran donaire.
Helo aquí que no sé yo
cuál es el duende ó cuál no.
Benito me trae en el aire.
Yo me quiero recoger
y hacer cruces sobre mí.

(*Vase.*)

BENITO. En donosa industria di.
El juïcio ha de perder.
Mas no lo pierda yo más
de haber visto lo que he visto.
De la tercería desisto.
Ya no más por no ver más.
De hoy más he de procurar
meter cisma entre los dos.

(*Sale el* VIEJO, *padre de* BENITO.)

VIEJO. Hijo mío, ¿qué es de vos?
¿Habíaos ya de hablar? (3)
BENITO. ¡Oh, padre! Pues ¿qué hay de nue-
VIEJO. Hijo, en vuestra busca vengo, [vo?
que como pobreza tengo
siempre me llego a lo bueno. (4)
Quiero, pues que por mi mano
estáis vos en esta casa
y sé yo que lo que pasa
en ella es por vuestra mano,
movido de caridad
me negociéis una plaza,
que si vos queréis dar traza
yo sé habrá (5) facilidad.
Y queriéndoos todos bien
y teniéndoos por mi hijo,
como al principio se dijo,
querrán al padre también.
BENITO. Padre mío, yo ya sé
que es mucho lo que yo os debo;
mas soy en casa muy (6) nuevo,
que ayer metí en ella el pie;
y esa es cosa que el hacello
está en voluntad ajena;
mas echaos esta cadena
ahora de presente al cuello,
y si hay necesidad
vendedla, (1) que yo os la doy,
y en lo demás aquí estoy;
no queda por voluntad.
No dejéis vos de acudir,
que al primer cargo de tomo
yo hablaré al Mayordomo
y él os hará recibir.
VIEJO. Dios os pague la cadena,
hijo, y el nuevo cuidado.
BENITO. Dios os guarde, padre honrado.
VIEJO. Quedad, hijo, en hora buena.
Yo volveré por acá.
BENITO. Cuando fuéredes servido.

(*Vase el* VIEJO.)

Gran rato me ha detenido.
Quiero ver si comen ya.

## JORNADA TERCERA

(*Salen el* PRÍNCIPE *y* ROSELA, *su hermana.*)

ROSELA. ¿Qué pena es la que en ti asiste
que no hay cosa que te alegre?
¿No solías ser tú alegre?
¿Quién, hermano, te ha hecho tris-
PRÍNCIPE. Un eterno padecer, [te? (2)
hermana, y un cruel olvido,
que me trae muy divertido
de lo que yo solía ser.
Y enajéname (3) de modo
de lo que yo ser solía,
que no tengo cosa mía,
porque es de Pinarda todo.
Suyo es cuanto hay en mí,
solas son mías las penas,
que aquéstas, por no ser buenas,
se quedaron para mí.
Cruel fortuna, ¿no acabas? (4)
ROSELA. Sí, di mal de la fortuna,
que no hay afrenta ninguna
con que su (5) nombre no alabas.

(1) "Cruz" es sólo asonante de "Jesús".
(2) "(*Viénense hacia el* GUARDADAMAS *y tiembla atapados los ojos, y éntranse, y dice*:)"
(3) "¿Habíaos yo de hallar".
(4) Rima imperfecta; quizá diría:
"siempre me arrimo a do debo".
El Ms., "siempre me allego a lo bueno".
(5) "yo sé que hay".
(6) "tan".

(1) "vendelda,".
(2) "¿Quién te ha vuelto, hermano, triste?"
(3) "y enajenado".
(4) "¿qué no acabas?"
(5) "que con su".

Ríome yo de vosotros
todos los enamorados,
que en no estando concertados
los gustos (1) unos con otros
luego a fortuna decís:
"¡Traidora, que el bien me quitas!
¡Cruel! ¿que aquesto permitas?"
Pobres, y nunca advertís
que si ella de contino
hace mal y puede hacello,
que aunque es afrentalla (2) aquello,
loalla (3) es por su camino.

PRÍNCIPE. Pues con Pinarda no valen
ya respetos cortesanos,
valgan fuerzas, valgan manos,
que del buen estilo salen.
Y porque estoy padeciendo, (4)
probarlo he sin que haya duda; (5)
sólo he menester tu ayuda,
que no he de vivir muriendo.

ROSELA. Pues en cosa como esa
¿en qué te puedo ayudar? (6)

PRÍNCIPE. En sacar a pasear
de su cuarto a la Princesa
allá por el corredor
o abajo por el jardín,
que fuera del cuarto, al fin,
hay comodidad mejor.
Y aquesto que digo aquí
ninguno lo ha de saber.

(*Sale* BENITO.)

BENITO. (No soy de ese parecer.
Tracen, que yo estoy aquí.)

PRÍNCIPE. Parece que estáis dudosa.
¿Hacéis esto con disgusto?

ROSELA. En cosa de vuestro gusto
no puedo dudar en cosa;
mas temo al Rey, en efecto,
que lo sentirá en extremo.

PRÍNCIPE. También yo, hermana, le temo;
empero el Rey es discreto.
¿Atrevéisos a hacello?

ROSELA. Al fin fin, me determino.

PRÍNCIPE. Benito, toma el camino.
Vámonos a tratar de ello.

(*Vanse, y queda* ROSELA.)

ROSELA. ¿Qué temeridad es ésta
que ahora emprende mi hermano?
Pero ello le (1) saldrá en vano,
pues que yo guío la fiesta.—
¿Quién está en la puerta? ¿Hola?

(*Sale el* GUARDADAMAS.)

GUARDAD. Yo, señora. ¿Qué me mandas?
¿No sabría yo en qué andas
fuera del cancel y sola? (2)

ROSELA. En lo que os importa a vos,
y vos estáis descuidado.

GUARDAD. Pues, señora, ¿qué ha pasado? (3)
(¿Qué será? ¡Válame Dios!)

ROSELA. ¿No me vistes aquí ahora
con el Príncipe hablando?

GUARDAD. Ya os vi a los dos platicando
juntos ha más de una hora. (4)

ROSELA. Pues sabed que aquesta noche
quiere robar a Pinarda,
y para hacello aguarda
al punto de media noche.

GUARDAD. ¿Robarla quiere? Eso no;
el Rey lo habrá de saber.

ROSELA. No soy de ese parecer.
Otra (5) traza daré yo.

GUARDAD. ¿Podréis remediallo vos?

ROSELA. Es, que cuando yo y mi hermano
viniéremos mano a mano
y os llamáremos, (6) los dos
hagáis dos mil ademanes
de que Pinarda se ha ido,
diciendo que se ha huído
ella por ciertos desvanes.
Yo os sacaré a paz y a salvo
de este peligro presente.

GUARDAD. Y haciendo eso, (7) finalmente,
¿quedaré del todo salvo?

ROSELA. Digo que sin duda. Vamos.

GUARDAD. Vamos, señora, en buen hora.

(*Vanse, y sale* BENITO.)

---

(1) "en gustos".
(2) "afrentalla".
(3) "loarla".
(4) "Aquesta noche pretendo".
(5) "robarla, sin que haya duda".
(6) "¿cómo os puedo yo ayudar?"

(1) "pero creo le".
(2) Sigue la acotación. "(*Sale* BENITO *y dice* ROSELA.)"
(3) "Pues dime lo que ha pasado."
(4) "juntos, y más ha de un hora."
(5) "Mejor".
(6) "habláremos".
(7) "si hago eso,".

BENITO. Ya deseo ver la hora
que de este enredo (1) salgamos. (2)
Ya el Príncipe está resuelto
de robar a su Pinarda,
y sola la noche aguarda.
La fortuna por mí ha vuelto;
que, Pinarda en su poder,
me queda libre mi Fabio.
Mas ¿permitiré este agravio?
No, que Pinarda es mujer.
Por lo que de mujer tengo
no será bien que consienta
que se le haga esta afrenta;
antes de libralla tengo.
Yo he de estorbar el agravio
que a Pinarda se le traza,
y tengo de buscar traza
como no la goce Fabio.

(*Sale* GERARDO.)

GERARDO.

¿Qué es aquesto, Benito? Di, ¿en qué pien-
[sas?

BENITO.

Pienso, Fabio, en las cosas de este mundo
y que sus inconstancias son inmensas.

GERARDO.

¿Y en qué te fundas, dime?

BENITO.

¿En qué me fundo?
En un caso que, bien considerado,
me transporto, me elevo y me confundo.
Ya, Fabio, tu Pinarda te ha olvidado;
sola es la que procura tu Rosela
servirte y agradarte.

GERARDO.

¡Duro hado! (3)
¿Quién, Benito, te ha dicho esa novela?

---

(1) "trance".

(2) Sigue la acotación: "(*Vanse y queda* BENITO.)"

(3) Este pasaje dice en el Ms.:

"GERARDO. ¿Qué es aquesto, Benito, qué ha pasa-
¿Hay novedad alguna, por ventura? [do?
TROILA. Ya, Fabio, tu Pinarda te ha olvidado.
Sólo Rosela es ya la que procura
servirte y agradarte.
GERARDO. ¿Quién?
TROILA. Rosela,
la hermana de tu amo.
GERARDO. ¡Oh, suerte dura!"

BENITO.

Ella, que hoy me mandaba que te diese
cierto recado, cuando con cautela
llegó Pinarda, y, sin que yo la viese,
el recado escuchó muy recatada
y aguardó que Rosela se partiese.
Y luego que Rosela fué apartada,
llegóse a mí Pinarda y dijo recio:
"¿Tan presto fuí de Fabio desdeñada? (1)
¿Que al fin me estima en tan pequeño precio?
Adore a su Rosela, que le adora,
y desprécieme a mí, que le desprecio." (2)

GERARDO.

¿Rosela se enamora de mí ahora (3)
y Pinarda me olvida en este instante?

BENITO.

(Yo le volveré el seso en una hora.) (4)
Y sin decirme más, en un instante
se metió en su retrete. Yo no entiendo (5)
la causa de desvío semejante.
Pinarda por tu amo anda muriendo
y toma por achaque que su hermana
a ti de amores anda persiguiendo.

GERARDO.

¡Oh, suerte, más que todas (6) inhumana!
¿Cómo tendré, Benito, sufrimiento
viendo que sale mi esperanza vana?

BENITO.

Nunca aqueso te cause descontento.
Quiere tú a quien te quiere, y yo sé de ella (7)
cual andas en su nuevo pensamiento. (8)
Rosela es, por mi fe, harto más bella;
pero si se mudare, (9) yo no quiero
incitarte a mudar nueva centella.
¿Quién era una Troíla que primero (10)
que a Pinarda quisieses mucho amaste?

---

(1) "despreciada".

(2) En el Ms. faltan este verso y el anterior.

(3) "agora".

(4) Los tres versos anteriores, muy incorrectos en el Ms.

(5) "Mas yo entiendo".

(6) "sobre todas".

(7) "y quédese ella".

(8) "ocupada en tan nuevo pensamiento".

(9) "pero si has de mudarte,".

(10) "Quiere Fabio una Troila a quien primero,
según me dicen, en extremo amaste.
GERARD. No me la mientes, digo.
TROILA. ¡Y qué no muero!"

GERARDO.

No me la mientes digo. ¿Ves que muero?
Aborrecí esa mora que nombraste.
Sólo a Pinarda quiero, y te protesto
que aun muerto he de seguilla.

BENITO.

Fabio, baste.
Haz en eso tu gusto, y oye el resto
de aquello que Rosela más me dijo.

GERARDO.

No me lo digas.

BENITO.

Yo acabaré presto.
Díjome...

GERARDO.

¡Qué recado tan prolijo!

BENITO.

"Dile, Benito, a Fabio que no es justo,
pues por su mismo amor me guío y rijo,
que no escuche mis quejas con disgusto,
sino que admita mi amoroso ruego
y que no le repute (1) por injusto."

GERARDO.

¡Oh, Amor, qué bien te pintan niño y ciego!
¡Que dé en quererme (2) aquella que desamo!
Benito, yo me voy y vuelvo luego,
que voy con un recado de mi amo.

*(Vase Gerardo.)*

BENITO. Bien finjo en lo que se ofrece,
pues le hice entender ahora
que ya Rosela le adora
y Pinarda le aborrece.
Buena burla para esotro,
mudar ambos el intento
sin que por el pensamiento
les pase al uno ni al otro.
¿Pensábades que no hay más
de querer y aborrecer?
Yo os haré, Fabio, entender
lo que no entendí jamás.
Ahora quiero dar la orden
que a Pinarda más convenga,
antes que la noche venga
y suceda algún desorden.
Mas ¿no es esta la Princesa,
que sale al balcón?—¿Señora?

(1) "no le deseches".
(2) "seguirme".

*(Sale Pinarda a la ventana.)*

PINARDA. Vengáis, Benito, en buen hora.
¿Adónde con tanta priesa?
BENITO. A un negocio que te importa.
PINARDA. ¿Que me importa?
BENITO. Y en (1) extremo,
y eres tan corta, que temo
que te has de perder de corta.
PINARDA. Di ya qué; pasa adelante, (2)
de que te tardes me agravio.
BENITO. Conviene que hables a Fabio
sobre un negocio importante.
¿Atreveráste a faltar
dos o tres horas de aquí (3)
sin que (4) te echen menos?
PINARDA. Sí.
Bien puedo estar o no estar
sin que nadie me eche menos,
si quedo dentro o si falto,
porque el cuarto, en bajo y alto,
tiene mil piezas y senos.
Y se podrá presumir
que estoy abajo o arriba;
la falta (5) que hay no estriba,
sí sólo en poder (6) salir.
Porque si yo salir quiero
ha de verme el Guardadamas,
y si tú a la puerta llamas
ha de salir él primero.
BENITO. Y él ¿dónde está?
PINARDA. Por ahí anda;
no puede estar lejos él,
que abierto deja el cancel.
BENITO. ¿Dónde está?
PINARDA. Hacia esa banda.
BENITO. ¡Que ha de poder éste tanto!
Pues más que él he de saber. (7)
¿No sabes lo que has de hacer?
Ir y cobijarte un manto;
que pues ha dejado abierto
he de gozar la ocasión.
PINARDA. Dices, en resolución...
BENITO. Que con un manto cubierto
te deciendas a esta puerta
de allá de parte de dentro,

(1) En el original, "es"; corregido por el Ms.
(2) "Di lo que es; pasa adelante".
(3) "ahí".
(4) "aunque".
(5) "que el secreto".
(6) "sino en el poder".
(7) "poder".

y yo le saldré al encuentro;
y aunque te vea cubierta (1)
yo me le sabré engañar.
PINARDA. A cubrirme voy un manto.
BENITO. Pues tiene de ser en tanto.
PINARDA. No tardo un punto en bajar.

(*Vase.*)

BENITO. Ahora bien, aqueste es
gran hecho si con él salgo.

(*Sale el* GUARDADAMAS.)

GUARDAD. Benito, ¿es menester algo?
¿Qué tenéis? Tened los pies.
¿De qué estáis alborotado?
BENITO. ¿El Rey, si miraste, viene?
Decídmelo, que conviene.—
¿Quién me dió aqueste (2) cuidado?
GUARDAD. No viene, no; sosegaos.
¿No sabré yo qué tenéis?
BENITO. Ved si viene, si queréis.
GUARDAD. Que no viene, reportaos.
BENITO. Habréis de saber que ahora
me dió el Príncipe una dama,
no de las de buena fama, (3)
que estuvo con ella (4) un hora;
y mandó que la llevase
hasta donde ella moraba,
y como yo la llevaba
y un paje del Rey pasase,
díjome—¡mal haya él!—
que entraba el Rey, que huyese,
y yo, porque no la viese,
metíla en este (5) cancel.
GUARDAD. Pues ¿mujer de esa manera
dentro del cancel metéis?
BENITO. Fué forzoso. ¿Qué queréis?
GUARDAD. Aguarda; sacarla he fuera. (6)

(*Vase.*)

BENITO. ¿Vióse enredo más galano
como es aqueste que urdo? (7)
Ya viene (8) el borrego burdo
y me la trae de la mano.

(1) "como que a encontrarme acierta".
(2) "¿Quién me dió a mí este".
(3) "de las de no buena fama".
(4) "él".
(5) "metila tras el".
(6) "Andad, sacalda acá fuera."
(7) "que es aqueste que yo urdo".
(8) "sale".

(*Sale el* GUARDADAMAS *con* PINARDA *de la mano.*)

GUARDAD. Toma, veisla aquí, Benito,
y no hagáis de aquí adelante
disparate semejante,
que me enojaré (1) infinito.
¿Rameritas en mi cuarto?
¡Por Dios, que andamos muy bue- [nos!
BENITO. Señor, no pudo ser menos.

(*Vanse* BENITO *y la* PRINCESA.)

GUARDAD. Sin duda trajo (2) el demonio
este muchacho a esta casa;
él se halla en cuanto (3) pasa,
de todo da testimonio.
Que es sin duda un puro diablo, (4)
que después que él entró (5) aquí
yo no sé si estoy en mí,
no sé si sueño (6) o si hablo.
En entrando en esta casa (7)
luego se vió duende en ella,
y no hay dueña ni doncella
que no esté como una brasa;
que, como él es tan bonito,
muérense por el rapaz.
¡Señor, Tú me saca en paz
de las manos de Benito!

(*Vase, y sale* PINARDA *y* BENITO.)

PINARDA. Así ¿que de esa manera
se ha trocado ese cruel?
BENITO. Nunca tal creyera de él
si yo mismo no lo viera.
PINARDA. Pues ¿cómo? ¿Qué ha sucedido?
¿No le diste mi recado?
BENITO. Sí, y (8) de habérsele yo dado
estoy de ello muy (9) corrido.
PINARDA. Pues ¿cómo? ¿Qué fué la causa (10)
de que mude de opinión? (11)
BENITO. Una reciente afición
es, señora, quien lo causa.
PINARDA. ¿Nueva pasión le desvela?
¿Cómo, Benito? ¿Qué ha sido?

(1) "pesará".
(2) "trujo"
(3) "en lo que".
(4) "Pero es peor que el diablo".
(5) "está".
(6) "duermo".
(7) "en entrando que entró en casa".
(8) "Y aun".
(9) "es de lo que estoy".
(10) "Pues di, ¿cómo fué la causa,".
(11) "de que mudase opinión?"

BENITO. Hate puesto a ti (1) en olvido
y muérese por Rosela.
PINARDA. (Ya entiendo, Gerardo mío,
tu desdén. Eres discreto,
que por que haya más secreto
has fingido este desvío.)
Benito, al fin, qué ¿mostró
gran pesar con mi embajada?
Y ¿qué te respondió?
BENITO. Nada,
que casi no la escuchó.
Mas paréceme que de esto
muestras sobrada alegría;
si entiendes que es burla mía
desengañarte he yo (2) presto,
que si te he traído aquí
es sólo porque lo veas
y evidentemente creas
que lo que (3) digo es así.
Alza este paño, y tras de él
serás tú propia testigo
de todo cuanto te digo
y verás tu daño en él. (4)
Y verás cómo es razón
que viva Fabio en tu olvido,
y el Príncipe sea querido,
pues es mayor su afición.
Mas ya Fabio viene allí;
escóndete, como dije,
verás del mal que te aflige
claro desengaño aquí.
PINARDA. Tu gusto quiero cumplir.
Has tu gusto, háblale (5) luego,
y no diga, al Cielo ruego,
lo que tanto deseo oír. (6)

(*Escóndese* PINARDA *y sale* GERARDO.)

BENITO. ¿Dónde al Príncipe has dejado?
GERARDO. En su cámara (7) quedaba.
BENITO. Pues prosigue, Fabio, acaba
de responder al recado.
¿Qué responderé a tu dama?
GERARDO. ¿Mía la nombras? No hay tal.
BENITO. ¿Posible es quieras tan mal
a la que tanto te ama?
Digo que es crueldad crecida.
Qué ¿tan poco su mal sientes?
GERARDO. Benito, no me la mientes,
que es acabarme la vida.
Dile que yo soy leal,
y que ese (1) amoroso intento
es en mí tan violento
como esotro natural.
BENITO. (¿Oyes aquesto que pasa?)
GERARDO. Y que si mucho porfía,
aunque sea a costa mía
dejaré luego esta casa.
PINARDA. (¡Oh, Gerardo desleal,
nunca yo acertara a verte,
y no trocara mi suerte
tanto bien en tanto mal.)
BENITO. Respuesta terrible y fiera
para quien muere por ti.
GERARDO. No se muera ella por mí.
¿Mándole (2) yo que se muera?
Esto le puedes decir.
BENITO. Harélo, pues tú lo quieres.
PINARDA. (Aunque tan mudable eres,
al paso te he de salir
para ver si se desdice, (3)
estorbando noche y día.)
¡Oh, Fabio!
GERARDO. ¡Oh, señora mía!
PINARDA. (Bien uno con otro dice.)
Bien, Gerardo, te has trocado,
pues a quien tanto te quiere,
sabiendo que por ti muere,
¿le envías ese recado?
GERARDO. Pues muy mejor (4) lo enviara
si entendiera que lo oías.
BENITO. (¿Oyes lo que no creías?
¿Quieres más prueba a la clara? (5)
PINARDA. Corta es en ti una afición.
GERARDO. Pues más corta es (6) mi ventura.
BENITO. (Perdido soy si más dura
la comenzada cuestión.)
El Rey viene. Fabio, huye.
Señora, llégate acá.

(*Vase* GERARDO.)

PINARDA. ¡Ay de mí, si nos vió ya!
¿Quién es quien mi bien destruye?

---

(1) "Que [illegible] ya te ha puesto".
(2) "desengañarte".
(3) "que cuanto".
(4) "siendo el confesante él".
(5) "llega".
(6) Este pasaje está alterado
(7) "aposento".

(1) "y que su".
(2) "Dígole".
(3) "y que no me martirice"
(4) "peor".
(5) "¿Quieres ya prueba más clara?"
(6) "Más corta está".

BENITO. No es el Rey, que me he engañado;
fué antojo, sin duda alguna.
PINARDA. ¡Oh, desdichada fortuna,
no das bien cuando es quitado!
¿Fuese mi Fabio? ¿Qué es de él?
¿Por qué le echaste de aquí?
BENITO. Porque me importaba a mí
que tú no hablases con él.
PINARDA. Dejárasme que le hablara
y luego me le quitaras.
BENITO. Eso no, que averiguaras
lo que quizá me pesara.
PINARDA. Benito, ¿no buscarás
algún remedio a mi pena?
BENITO. Allá, al bajar por la cena,
le hablaré y tú lo verás.
PINARDA. Vamos, pues que aqueste hecho
de ti solo lo confío.
BENITO. Es negocio propio mío,
mira si lo haré a provecho.
PINARDA. Quiero volver a mi cuarto.
BENITO. Al tuyo no, que no es cosa,
por cierta causa forzosa
que te podría dañar harto.
PINARDA. Pues ¿dónde?
BENITO. Al del Rey.
PINARDA. ¿Por qué?
BENITO. Yo te lo diré después.
PINARDA. Sigamos tu gusto, pues.
BENITO. El tuyo se sigue, a fe.

(*Vanse, y sale el* GUARDADAMAS.)

GUARDAD. ¡Grande mal, grande desdicha,
que no parece Pinarda!
No fué la culpa en mi guarda,
no, sino (1) en mi poca dicha.
No dejo en toda la casa
rincón que no haya buscado.
¿Qué harás, Rey desdichado,
cuando sepas lo que pasa?
Y tú, Rosela, que esperas
que lo había de fingir,
¿qué podrás ahora decir
cuando sepas que es de veras?
Sin duda el Rey y Rosela,
en el punto que oigan esto, (2)
me han de hacer colgar de un cesto
como a falsa centinela.

(1) "pero fué".
(2) "al punto que sepan esto".

(*Sale el* PRÍNCIPE *y* ROSELA, BENITO *y* GERARDO.)

GERARDO. ¿Adónde vamos, señor?
¿No se tiene de saber?
PRÍNCIPE. Adonde, si es menester,
muestres, Fabio, tu valor.
Yo tengo de hacer un hurto
de cosa bien estimada,
donde es (1) menester tu espada.
Todo esto está ya (2) surto.
GERARDO. Ello es un (3) bravo delito
contra ley y contra Dios.
(Este es trato (4) de los dos.
Bien me dijo a mí Benito.)
PRÍNCIPE. ¿Cómo a Pinarda no llamas,
que me parece que es hora?
ROSELA. Yo haré, señor, ahora
que la llame el Guardadamas.
PRÍNCIPE. Alto, (5) ¿qué es lo que se aguarda?
GUARDAD. Rosela, ¿qué os contaré?
ROSELA. ¿Qué ha pasado?
GUARDAD. Que se fué. (6)
PRÍNCIPE. ¿Quién se ha ido?
GUARDAD. ¿Quién? Pinarda.
PRÍNCIPE. ¿Cómo dices? ¿Quién se ha ido?
GUARDAD. Ya digo que la Princesa.
PRÍNCIPE. ¡Por Dios, linda guarda es ésa!
GUARDAD. Culpa ninguna he tenido.
GERARDO. Si es que lo haces por reír,
mira que nos atribulas.
ROSELA. (Ea, bien lo disimulas;
de ese arte lo has de decir.
GUARDAD. ¡Mal haya quien me parió!—
Que no miento, que es verdad.)
PRÍNCIPE. ¿Vióse tan grande maldad?
¿Quién la llevó?
GUARDAD. ¿Qué sé yo?
(Yo muero de ésta, sí, a osadas.
ROSELA. Eso todo se requiere.
GUARDAD. Que no es fingido.—Esta quiere
que me dé de cabezadas. (7)

(1) "sólo he".
(2) "que todo aquesto está".
(3) Suplido el "un" por el Ms.
(4) "Trato ha sido".
(5) "ROSELA. Padre,".
(6) "ROSELA. ¿Qué, padre?
GUARDAD. Que se me fué."
(7) A continuación, en el Ms.:
"ROSELA. Si de veras lo dijeras,
no lo fingieras mejor.
GUARDAD. Eso tengo por peor,
que es que se ha ido de veras."

ROSELA. Mucho lo afirma ¡ ay, cuitada !—
¿Fuése, para entre los dos?
GUARDAD. Que digo, que juro a Dios
que se ha ido.
ROSELA. ¡Ay, desdichada!)
Príncipe, ¿qué hemos de hacer,
que la Princesa se ha ido?
PRÍNCIPE. Que pues tal bien he perdido, (1)
no me queda qué perder. (2)
GERARDO. Esté en el cielo o profundo,
se ha de buscar. ¿Qué aguardáis?

(*Sale* BENITO.)

BENITO. Deteneos. ¿Adónde vais,
que partís hundiendo al mundo?
GERARDO. A buscar a la Princesa.
BENITO. ¿A qué Princesa?
PRÍNCIPE. A Pinarda.
BENITO. El Rey la tiene en su guarda.
¿Dónde vais con tanta priesa?
PRÍNCIPE. Pues ¿quién al Rey la llevó?
BENITO. Yo, que él me envió por ella.
GUARDAD. Luego ¿Pinarda era aquella
que di con mis manos (3) yo?
BENITO. La propia.
PRÍNCIPE. ¿Que aqueso pasa?
GUARDAD. Bien sé yo lo que me hablo
cuando yo digo que el (4) diablo
Benito, os trajo a esta casa.
PRÍNCIPE. Pues el Rey ¿qué la quería?
BENITO. Tratar que mude de intento,
porque aqueste casamiento
no vaya de dia en día:
mas ella responde al Rey
que sólo ha de gozar eso
quien diere a Gerardo preso
como está puesto por ley.
ROSELA. ¿Qué hacemos? Vamos a vella
al cuarto del Rey, Benito.
GUARDAD. Vamos, que de él no me (5) quito
hasta que (6) me vea con ella.

(*[illegible]* PRÍNCIPE [illegible] GERARDO.)

PRÍNCIPE.

En el trato ordinario se ve luego
cuanto uno ama (7) a otro, Fabio caro,
y mira si lo apruebo (1) bien, pues niego
decir a todos (2) lo que a ti declaro.
Crece en mí de Pinarda tanto el fuego
y es mi mal tan sin medio ni reparo,
que me parece aquí que se requiere
usar por maña, pues por bien no quiere.
Querría fiar de ti, Fabio, un (3) secreto
que has de hacer por mí; pero primero
quiero saber si en ti habrá algún defecto
de remediarme a mí (4) del mal que muero.
Has de saber que gustaré, en efeto...
Atrás me vuelvo si decillo quiero.

GERARDO.

Dímelo presto y no tan poco a poco. (5)
Si de mí dudas, es tenerme en poco.

PRÍNCIPE.

Sabe que tú pareces (6) en extremo
a este Gerardo que Pinarda pide,
y yo en las llamas de este amor me quemo.
Y es este inconveniente quien lo impide.
Pedir lo que pedirte quiero, temo;
pero mándame Amor, que en mí reside,
que te pida que mudes el vestido
y quedes en Gerardo convertido.

GERARDO.

(¡Ay, fiera, amarga, triste y dura suerte!)
Digo, señor, que eso será lo menos
que yo podré hacer por complacerte.
¿De mí dudas?

PRÍNCIPE.

Al fin vienes de buenos.
Mucho, Fabio, me obligas a quererte.
Vamos, mi Fabio, no puede ser menos.

GERARDO.

Vamos, señor.

PRÍNCIPE.

Pondráste, Fabio, luego
el vestido del preso. (7)

GERARDO.

(¡Oh, Amor ciego!)

(1) "Pues [illegible] bien perdido."
(2) "que no [illegible] por perder."
(3) "por [illegible]"
(4) "cuando digo que [illegible]"
(5) "Vamos que [illegible]"
(6) "cuando yo".
(7) "cuando un amigo".

(1) "si lo muestro".
(2) "otros".
(3) "Queríate fiar de un gran".
(4) "en remediarme aquí".
(5) "Dímelo presto, que mi juicio apoco".
(6) "te pareces".
(7) El pasaje anterior, muy incorrecto en el manuscrito

*(Vanse y sale* BENITO.)

BENITO. Cansada estoy de dar vueltas
hoy a todo (1) este palacio,
sin hallar punto ni espacio
en que no haya mil (2) revueltas.
¿Qué es esto, tiempo dudoso?
¿No basta tu revolver
sin que me quieras hacer
a mí también (3) revoltoso?
Ya sé que mis esperanzas
son alas con que te vas;
mas ¿qué, tiempo, no harás, (4)
pues te fías de mudanzas?

*(Sale el* VIEJO, *padre de* BENITO.)

VIEJO. En hora buena os vea yo,
hijo mío. ¿Cómo estáis?
BENITO. (En hora mala vengáis
y para el que acá os envió,
y para el que no dijere
de cuantos me oyen, amén.)
Padre, Dios os haga bien, (5)
o mal lo que más quisiere. (6)
VIEJO. Hijo mío, ¿hay en qué (7) preste
si habéis puesto en algo (8) el ojo?
BENITO. (Por mi fe que me da antojo
de hacerle una burla a éste.)
Padre, ya (9) tengo un oficio
muy de vuestra profesión.
VIEJO. Mas ¡por Dios! ¿es invención,
hijo, o habláis en juïcio?
BENITO. Mire, en cosas de esta traza
nunca yo ando por las ramas.
Que sepa que el Guardadamas
quiere ya mudar su plaza, (10)
porque está viejo y cansado
y tiene con qué vivir,
y no se osa despedir
hasta hallar un hombre honrado
que se quede en su lugar
en guarda de este cancel,
y yo he tratado con él
que hay un hombre en el lugar,
por vos, que venís de buenos;
y él, por ver si es hombre honrado
y hombre de tanto cuidado
que no le echaran a él menos.
Pero ahora, cuando os meta
a hablalle, mirá que es falto
de oído, habladle alto,
que no oye una trompeta.
Pero veisle aquí dó viene.
Salíos un poco allá fuera,
que, al fin, es vista primera
y avisalle me conviene.

*(Vase el* VIEJO *y sale el* GUARDADAMAS.)

GUARDAD. Pues, Benito, ¿qué se hace?
BENITO. Aquí os aguardaba, a fe.
GUARDAD. ¿Vos a mí? Pues ¿para qué?
BENITO. Oíd un poco.
GUARDAD. Que me place.
Benito, yo os lo prometo,
si se puede hacer os digo. (1)
BENITO. Sabed que tengo un amigo
que es grandísimo arquitecto;
y como vuelan las famas
de los hombres de importancia,
ha querido el Rey de Francia
hacer un cuarto de damas.
Tuvo necesidad de él (2)
y hale enviado a llamar,
y él ha querido llevar
la traza de este cancel,
y pidióme que os pidiese
que le dejásedes vello.
GUARDAD. Pues si no es más que eso ello,
muy poco regalo es ése.
BENITO. Pues habladle bien, que es falto.
GUARDAD. ¿De habla?
BENITO. Habla más que un tordo.
No digo sino que es sordo
y quiere que le hablen alto.
GUARDAD. ¡Alto! Metelde acá dentro.
BENITO. Yo me voy y le haré entrar.
GUARDAD. ¡Que nunca me ha de faltar
con Benitillo un encuentro! (3)

*(Vase* BENITO; *entra el* VIEJO.)

---

(1) "por todo".
(2) "y siempre viendo".
(3) "tan gran".
(4) "hallarás".
(5) "el bien".
(6) "que para mí le pidiere."
(7) "Hijo, ¿hay algo en que yo".
(8) "si habéis echado ya".
(9) "ya os".
(10) "Nunca en cosas de esta traza
miento ni ando por las ramas.
No es sino que el Guardadamas
quiere ya mudar de plaza,".

(1) "conmigo".
(2) "y tuvo noticia dél"
(3) "con Benito algún reencuentro"

VIEJO. Beso a su merced las manos.
GUARDAD. Y yo las de su merced.
(No queda gaznate en pie
al segundo besamanos.)
Vuestra merced goce el cargo
por muchos años y buenos.
VIEJO. Su merced, ni más ni menos,
de descanso un siglo largo.
GUARDAD. (Qué recio habla. Propia falta
de un sordo, que atruena a uno.)
VIEJO. (Ahora no hay sordo ninguno
que se escape de esta falta.)
GUARDAD. Ande acá, verá un cancel
que gustará de mirallo.
VIEJO. Pues sabré yo bien guardallo
y dar buena cuenta de él.
GUARDAD. (No me entendió lo que dije,
pues a tiempo (1) no responde.)
Venga acá, señor. (2)
VIEJO. ¿Adónde?
GUARDAD. (Jesús, y cómo me aflige!)
No alce la voz tan alta,
que como quiera oigo bien.
VIEJO. Yo oigo muy bien también.
GUARDAD. (¿No conocerá (3) su falta?)
VIEJO. ¿Cuándo se va a descansar?
GUARDAD. ¿Cuándo ha de partir a Francia?
VIEJO. (Aqueso es pueblos en Francia,
no se le puede aguardar.
¿No es bueno que sea tan necio,
que es él sordo y que me atruena?)
GUARDAD. (Ahora, en forma, me da pena.
¿Que un sordo hable tan recio?)
¿No hablará un poco más quedo?,
que yo muy bien le oigo todo.
VIEJO. Y yo oigo muy bien y todo;
bien puede hablar quedo.
GUARDAD. ¿Puedo?
Pues ¿cómo aquél me engañó?
¿Oyeme ahora?
VIEJO. Muy bien.
GUARDAD. Y ahora, ¿óyeme?
VIEJO. También.
GUARDAD. Luego ¿no es sordo?
VIEJO. Yo, no.
Y él ¿es sordo?
GUARDAD. Yo tampoco.
que bien oigo. (¡Dios bendito,
no digo yo que Benito
tiene de volverme loco!)
¿Tampoco será arquitecto?
VIEJO. Jamás tuve ese ejercicio.
¿Ni él dejará el oficio
que ahora tiene? (1)
GUARDAD. Yo, ¿a qué efecto?
(Ahora digo que me libre
Dios del diablo y de Benito.)

(*Vanse. Entra el* REY, PINARDA, ROSELA, *el* PRÍNCIPE, GERARDO *y* BENITO.) (2)

REY. Heme holgado infinito
de que no quedases libre,
por que pagues la traición
con que mataste a Reimundo.
GERARDO. Quítame, señor, del mundo
y venga tu corazón,
que yo gusto de morir
porque tu hijo tenga (3) vida.
PRÍNCIPE. Ya es tiempo, señor, que pida
lo que se debe pedir.
Pues está por ley expresa
que el que a Gerardo prendiere
al punto que se le diere
se case con la Princesa,
yo ya le tengo aquí preso;
cúmplase luego la ley.
REY. Dejara yo de ser Rey
cuando no cumpliera eso.—
Dalde, Pinarda, la mano
al Príncipe en casamiento.
PINARDA. Bueno fué tu pensamiento,
Príncipe, mas saldrá (4) vano.—
A obedecerte estoy presta,
mas has de darme (5) licencia
de hacer una (6) diligencia
que solamente me resta.—
Príncipe, este no es Gerardo,
sino vuestro paje Fabio.
PRÍNCIPE. (Faltábate ya otro agravio.
Fortuna, ¿qué es lo que aguardo?)
REY. Pues ¿engañarnos querías?
Loco, ¿qué es tu pretensión? (7)

(1) "a cuento".
(2) [illegible]
(3) "confesará".

(1) "de portero?".
(2) "(GERARDO *vestido como cuando estuvo preso*.)"
(3) "cobre".
(4) [illegible]
(5) "pero hasme de dar".
(6) "cierta".
(7) "¿qué era tu intención?"

GERARDO. (Ya tienen aquí ocasión
de acabar las ansias mías.)
Príncipe, yo hice por ti
todo lo que me has mandado.
PRÍNCIPE. La culpa de esto ¿en qué ha estado?
GERARDO. En tu ventura y no en mí.
PRÍNCIPE. No tienes tú culpa alguna,
que (1) bien me has servido, Fabio,
que quien me hizo este (2) agravio
fué solamente fortuna.
GERARDO. Señor, es ley que se debe,
de consentimiento expreso,
que el que te entregare el preso
por suya a Pinarda lleve.
REY. Es tal, que ya (3) sólo aguardo
a quien con el preso llegue
para que a ella se le entregue.
GERARDO. Pues, Rey, veis aquí a Gerardo.
(*Quítase el clavo.*)
Dame a mi Pinarda luego,
pues la gané justamente,
que si yo fuí el delincuente
yo soy también el que entrego.
Y de razón y justicia
es bien que el premio me des,
y yo premiado, (4) después
haz, señor, de mí justicia.
REY. Hay dos cosas que hacer,
que es premiarte y castigarte,
y en castigarte y premiarte
solo no tengo poder;
yo y Pinarda le tenemos.
PINARDA. Pues si hay dos cosas que hacer
y está en los dos el poder, (5)
bien es que nos conformemos. (6)
Haga cada uno la suya,
que de esta suerte, Rey justo,
como sea con tu gusto,
es bien que esto se concluya.
Haz la una, que es premialle
con darme por su mujer,
que lo otro yo lo he (7) de hacer
al punto con perdonalle.
REY. Pues yo digo que le premio.
PINARDA. Yo digo que le perdono.

(1) "muy".
(2) "el".
(3) "Es tan ley que".
(4) "y esto permite y".
(5) "querer".
(6) "concertemos."
(7) "que la otra he yo".

GERARDO. Yo digo que me corono
por vencedor de (1) tal premio.
PRÍNCIPE. Yo que siempre tuve escrito
en la frente lo que ha sido.
BENITO. Yo, pues que esto ha sucedido, (2)
quien quisiere sea Benito.
GERARDO. Si ser Benito no quieres,
Benito, ¿quién quieres ser?
BENITO. Fabio, Troíla, mujer,
firmeza de las mujeres.
GERARDO. ¿Estoy sin seso o con él? (3)
¡Troila! ¿Qué es esto, Cielo?
Rey, pisando está tu suelo
la hija del Rey de Argel.
REY. Pues, Princesa, ¿cómo ha sido
la venida vuestra acá?
BENITO. Gerardo, Rey, (4) lo dirá
que la causa de ello (5) ha sido.
Víneme tras él perdida
por un amor mal fundado,
y el tiempo que le he tratado (6)
jamás vi que fuí querida. (7)
Un año habrá que a mi padre
perdí, porque le dejé,
y medio habrá que cobré
la santa Iglesia por madre,
que, aunque no tengo bautismo,
sigo la Iglesia Romana.
REY. Pues déseos, hija, mañana,
siendo el padrino yo mismo.
PRÍNCIPE. Pues con tu consentimiento,
pues sigue el cristiano gremio,
porque no quede sin premio
tan loable y santo intento,
le doy de esposo la mano
y la acepto por mi esposa.
ROSELA. Al fin es esa (8) una cosa
que guía Dios (9) por su mano.
REY. Yo digo que lo consiento,
pues por Él viene ordenado,
y aquí se acaba, senado,
el discurso de este cuento.

FIN

(1) "con".
(2) "yo que, pues quedo corrido".
(3) "con seso o sin él?"
(4) "el Príncipe".
(5) "esto".
(6) "porque, aunque él fué de mí amado,".
(7) "jamás yo fuí dél querida."
(8) "esta".
(9) "Dios guía".

# EL CABALLERO DE ILLESCAS

## COMEDIA FAMOSA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO

---

### DIRIGIDA AL MAESTRO VICENTE ESPINEL Y SU MAESTRO

Debe España a v. m., señor Maestro, dos cosas que, aumentadas en esta edad, la ilustran mucho: las cinco cuerdas del instrumento, que antes era tan bárbaro con cuatro; los primeros tonos de consideración, de que ahora está tan rica, y las diferencias y géneros de versos, con nuevas elocuciones y frasis, particularmente las décimas, que si bien se hallan algunas en los antiguos, no de aquel número, como en Juan de Mena, las que comienzan: *Muy más clara que la Luna.* Composición suave, elegante y difícil, y que ahora en las comedias luce notablemente, con tal dulzura y gravedad, que no reconoce ventaja a las canciones extranjeras. Verdad es que en la lengua francesa las he leído escritas por el señor de Malherbe, en las obras de diversos poetas; pero, por el año de su impresión, consta que pudo imitarlas, si bien se diferencian en la cadencia del verso quinto. Justamente se debe a ese peregrino ingenio el nombre de Apolo español, pues en la música y poesía (de que le hacía Dios la antigüedad), ha sido Fénix único, y pluguiera al Cielo que, como le pintaba siempre joven v. m., pudiera serlo, Maestro mío. Esta propiedad, entre otras, le dió Calimaco:

*Et idem.*
*[illegible]*
*[illegible]*

¡Oh ciego error de esta providencia (1), no premiar tales méritos! ¡Oh méritos dignos de haber nacido donde tuvieran premio! Pero, como desterrado del Cielo por el sentimiento de la muerte de Esculapio, le pinta Luciano en sus *Diálogos*, no es mucho que pase los trabajos mismos.

*[illegible]*
*Viris laetitiam amicis,*
*[illegible]*

dijo Pindaro en sus *Pythacos*. Notable fué la estimación que los [illegible] de la música, cuyos milagros deben ser creídos como de cosa celestial y divina. Pitágoras, tañendo, enfureció un mancebo, y viendo que, celoso, quería romper las puertas de su amiga, para matarla, mudó el son frigio en el cromático, música de quien hace memoria Natal Cómite en su *Mitología*: "*Chromaticum melos adhibuerunt ad demulcendos animos*", con que el furioso mozo detuvo el suyo. Así lo cuenta Boecio y Marco Tulio, y lo dijo Aristóteles en el libro octavo de sus *Políticos*: "*Saepe aleviat Melodia iratos et facit laetos.*" Y por darla lugar en las virtudes, quisieron que Clitemnestra fuese casta, mientras la entretuvo aquel insigne músico que le dejó Agamenón cuando se fué a Troya, como lo afirman Filelfo y Séneca. Con música curaban mortales enfermedades Terpandro, Arión y Hismenias, graves filósofos, y lo confirma la opinión de Avicena. Solamente en honra de la música hallaron en las rigurosas leyes de Licurgo blandura los lacedemonios. Dejó Alejandro el convite y tomó las armas, incitado de la música de Timoteo Milesio, a quien v. m. parece tanto, pues de él se dice que *Deciman, et undeciman Lirae chordam addidit et antiquam musicam in meliorem mutavit modum.* De este rapto hace Cicerón memoria y San Basilio Magno, y el ejemplo de David con Saúl es de mayor fuerza: ¡gran excelencia de la música, que muchos de los espíritus malignos no puedan sufrirla, porque no pueden asistir a su celestial armonía y suavísimo concento! Y así también la victoria de Josaphad, cuando los israelitas cantaron delante del ejército. Mas, ¿para qué alabo yo este divino y liberal arte con ejemplos comunes al mismo Apolo y de mayor oráculo que el Délfico? Quédese, pues, la música especulativa y práctica a quien de entrambas ha sido insigne monstruo, que, volviendo a las quejas de esta edad ingrata, tengo consuelo en que han de pagarle los futuros siglos lo que ha faltado el discurso de estos infelices años, que la virtud es premio de sí misma y la fama no muere, pues hoy vive la de Anagenoris, a cuya música debieron

---

(1) En la [illegible] "pr[illegible]".

su libertad cuatro ciudades. Y desde el origen que le dió Tubal (como consta de las Sagradas Letras), a la edad nuestra, donde tanto han florecido Guerrero, Tejeda, Cotes, Filipe Roger y el capitán Romero, no ha borrado el tiempo de los libros de la inmortalidad la fama, nombre y vida de docto músico, ni olvidará jamás en los instrumentos el arte y dulzura de v. m., de Palomares y Juan Blas de Castro. Homero dijo que les dictaba Júpiter a los que cantaban, a lo que aludió San Agustín, llamando a la música, en una de sus Epístolas, *Dei donum.* Cuya máxima se ha confirmado en v. m. con notable ejemplo, pues parece que lo que ha cantado le ha dictado el Cielo, en tan excelentes versos, que le podríamos decir lo que Ovidio de Apolo: *Per me concordant carmina nervis.* Pero, pues la figura Música, como v. m. sabe, es una señal representativa de voz, o de silencio, de voz por la diversidad de los puntos, y de silencio por las pausas, haciéndola yo a este discurso, como músico práctico y no teórico,

*Suspenderé la pluma, y no el deseo,*
*que, en tanto sol, semínima, me veo.*

Y, dejando los tres géneros de música: diatónico, cromático y enarmónico, en el cuarto y poético, con reconocimiento justo de mis obligaciones, al Apolo de la poesía latina y española dedico esta comedia; aunque saliendo tantas con su aprobación, todas son suyas. Bien fuera justo consagrarle una lira de oro, como a español Orfeo, o colocar la suya donde puso la Astrología la que, con siete cuerdas, a imitación de los siete planetas, hizo aquel sabio, y ahora se miran transformadas en siete estrellas, pues laureles ha merecido tantos, aunque a la grandeza de su ingenio desiguales todos; pero no pudiendo más, desearéle la salud y vida que debe a su doctrina, ya que en la tierra no ha tenido el descanso digno a sus letras, pero sí *peregrina virtus in terris, et in coelis civis.*

Cantó y escribió Espinel,
para que le diese igual,
la música celestial,
como la pluma el laurel.
El se alabe, pues no hubiera,
para encarecerle bien,
ni quien cantara tan bien
ni quien tan bien escribiera.

Capellán de v. m.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

JUAN TOMÁS, *labrador.*
*Su* PADRE.
CLENARDO.
FELINO.
DOROTEA.
TEODORA.
CORREGIDOR.
ALGUACILES.
CAPITÁN.
CAMPUZANO.
MENDOZA.
ROSALES.
ALVARADO.
LISENA.
DON LOPE DE MENDOZA.
DON JUAN DE TOLEDO.
DON TELLO DE GUZMÁN.
*El* INFANTE DON FERNANDO.
CAMILO.
*El* CONDE ANTONIO.
OCTAVIA, *su hija.*
SIRENA.
CELIO.
HORACIO.
FABRICIO.
FILANDRO.
ROBERTO.
LEONELO.
TEODORO.
TIRRENO.
RISELO.
BELARDO.
CASILDA.
*El* MARQUÉS DE SANTILLANA.
SIXTO.
*El* REY FERNANDO. (1)
*La* REINA DOÑA ISABEL
[REGIDOR.
RIBERIO.]

Representóla el famoso Ríos.

## ACTO PRIMERO

(*Sale* JUAN TOMÁS, *labrador, con un capotillo de dos aldas, polainas y una vara en la mano, y dice:*)

JUAN. ¡Malas adivas tostadas,
que las revienten, amén!
Que no es posible que estén
sólo un momento paradas.
Mas que una pierna te quiebres;
todo es prisa de comer.
¡Juro a Dios que han de meter
el carro hasta los pesebres!—
¿Quién está acá? Buenos días.

(*Dentro* TOMÁS, *viejo, su padre.*)

PADRE. Buenos los tengas.
JUAN. Quisiera
tenerlos buenos si hubiera
con qué alegrar las encías.
PADRE. En eso vendrás pensando.
JUAN. Mientras vos estáis durmiendo,
¿con pedir esto os ofendo?
Debo de venirme holgando.
PADRE. Para quien es haragán
cualquiera trabajo bonda.
JUAN. ¡Par Dios, no sé qué os responda!
¡Gentil almuerzo me dan!
Debo yo de haber estado

(1) Es el mismo que antes llamó "EL INFANTE DON FERNANDO".

sornando a mi buen placer,
teniendo bien que pacer
la grama y hierba del prado.

PADRE. Vendrá muerto de las eras;
no habrá dormido en la parva,

JUAN. ¡Que a un hombre de tanta barba
esto le digan de veras!
¡Soy un bellaco!

PADRE. A lo menos,
no me parecéis a mí.

JUAN. Luego ¿en las malvas nací?

PADRE. No son de padres tan buenos.

JUAN. No lo digáis, que yo os juro
que os excuso de mentir.

PADRE. Tan bueno, os puedo decir.

JUAN. Que podéis, os aseguro;
mas no sé yo si es verdad.

PADRE. Pues ¿hay en Illescas gente
más honrada?

JUAN. Llanamente,
yo vengo almorzar bondad.
Padre, ¿vengo yo a informarme
de que soy hombre de bien,
o a que de almorzar me den?

PADRE. ¡Por Dios, que puedo alabarme
que ha habido de mi linaje
más de seis clérigos!

JUAN. Cierto.
Padre, que aún no estáis despierto,
haced que Casilda baje.

PADRE. Hijo, aunque con pobres capas,
tenemos gran clerecía.

JUAN. ¿Y cuántos ¡por vida mía!
de ésos, padre, fueron papas?

PADRE. ¿Papas?

JUAN. Pues ¿qué os alabáis?

PADRE. ¿No es harto tener un cura
por pariente?

JUAN. ¡Gran ventura
si de algún mal enfermáis!

PADRE. Pues, necio, los más honrados
linajes que pueda haber,
¿qué más bien pueden tener
que clérigos y soldados?
Triste de él si de esto escapa;
que del soldado, en rigor,
se hace el Emperador;
del clérigo se hace el Papa.
Y el que clérigo y soldado
tiene en su linaje, crea
que no es posible que sea
ni pobre ni desdichado.

JUAN. Los que escuchan a los viejos,
como yo ahora os escucho,
puesto que no almuerzan mucho
aprenden buenos consejos.
Si érades aficionado
a clérigos, ¿por qué a mí
labrador me hicistes?

PADRE. Fuí,
padre, en tu crianza, honrado.
Lo primero que ha de hacer
un padre es considerar
cuál hijo puede estudiar
y cuál ganar de comer;
advertir su inclinación
y darle en ella, y que siga
lo que su estrella le obliga,
que juntas muy fuertes son.
Dos tuve: tú, Juan Tomás,
y Pedro, que fué el mayor;
mas llevómele el Señor.

JUAN. ¿Lloráis?

PADRE. No puedo hacer más.
Vile ingenioso y prudente,
humilde y bien entendido;
púsele a estudiar, que ha sido
del bien la primera fuente.
Y pienso que si viviera
pudiera ser gran letrado.
Tras de esto, considerado
tu humor de dentro y de fuera,
y averiguado el proceso
de tu traviesa niñez,
vi que a mi mala vejez
prenotaba un mal suceso.
Dite el campo, el aguijada,
el azadón, carro y trillo,
la vendimia, el escardillo
y, en fin, la capa y la espada,
que tal vez de un labrador
sale un soldado valiente,
que a sí y a toda su gente
cubre de hacienda y de honor.
Eres un Roberto el Diablo,
no me obedeces ni quieres,
sólo el juego y las mujeres
es tu ordinario vocablo.
Vendísteme, allá en Toledo,
tres lechones ahora un año;
tomaste a tu hermana el paño,
que aún tengo a su llanto miedo;
húrtasme el trigo y cebada;
juras, votas, no te acuestas;

esgrimes todas las fiestas;
traes broquel, ciñes espada.
Es más notable tu historia
que la puente de Mantible,
y tu enmienda es imposible.

JUAN. Aquí gracia y después gloria.
Bien vi yo que había de haber,
en pidiendo de almorzar,
sermón para no lo dar
con tema de no querer.
Mas, pues decís que soy bueno
para negocios de guerra,
y yo vivo en esta tierra
de tantos enfados lleno,
yo os juro a Dios que algún día
me dé de almorzar el Rey.

PADRE. ¿A ti?

JUAN. A mí.

PADRE. ¡Qué hermoso buey!

JUAN. ¿No puede ser?

PADRE. Bien podría,
que Dios, que hizo hablar la burra
de Balán, bien puede hacer
que el Rey te dé de comer.

JUAN. ¿Quién habrá que no se aburra
y se vaya noramala?

PADRE. ¿Dónde vas?

JUAN. Por la mohosa.

PADRE. Oye, almuerza.

JUAN. ¡Linda cosa!
¿Cuál vida a mi vida iguala?
¿Qué trabajo tiene un hombre
en la guerra como el mío?

(*Vase* JUAN.)

PADRE. Al partir, gallardo el brío;
tiemble el suelo, el aire asombre,
porque al salir de la tierra
todo es matar y romper
con furia; mas al volver,
vienen mansos de la guerra.
Sale el soldado galán
lleno de plumas y viento,
y al primer alojamiento
soñó que era capitán.
Llega, pelea muy bien,
pasa el frío, el viento fresco,
vuelve con calzón flandesco
por la Francia sin argén.
Trae la pierna por mil cabos
con más plomo y hecha harnero,
que una pierna de carnero
se ve con ajos y clavos.
No tuvo en corte favor
ni de allá trujo papeles,
y, envuelto en dos arambeles,
murió a manos de un doctor.
Ansí será mi buen Juan.

(*Sale* JUAN TOMÁS, *con una espadilla mohosa.*)

JUAN. ¿Mandáis algo?

PADRE. ¿Dónde bueno?

JUAN. Por el lugar.

PADRE. No condeno
a los que a la guerra van;
mas aquellos tornilleros
como pollos maltrapillos,
humildes para dos grillos
y con los huéspedes fieros,
unos que suelen decir
que les asen una pierna
de un niño, y si no está tierna
que la pongan a manir;
y habiéndole al Rey comido
cien socorros y gozado
las franquezas del soldado
en las armas y el vestido,
siete leguas amanecen
de la compañía el día
que dejan la compañía,
y allá en su lugar parecen.
Mira bien adónde vas.

JUAN. Yo en Illescas andar quiero,
no para ser tornillero.
¿Iré a la guerra? Jamás,
que sólo me voy de casa
porque no os puedo sufrir.

PADRE. ¿Mas que vienes a dormir?

JUAN. Allá veréis lo que pasa.

(*Vanse. Salen* CLENARDO *y* FELINO, DOROTEA *y* TEODORA, *con sombrerillos, como que se apean de un carro.*)

CLENARDO. Temprano habemos llegado.

FELINO. Almorcemos.

CLENARDO. Eso quiero.

DOROTEA. Oigamos misa primero.

FELINO. Está muy bien acordado,
y tomaremos medidas
de la imagen.

TEODORA. Y es razón
y que por mi devoción
que digan seis misas pidas.

DOROTEA. Pues vamos, que no estoy buena.

TEODORA. El carro te ha mareado.
FELINO. ¿Si habrán la ropa guardado?
CLENARDO. Nadie guarda ropa ajena.
Cuidado me da; ya vuelvo.
FELINO. Esperad, iré con vos.
CLENARDO. Un poco esperad las dos.

(*Vanse* FELINO *y* CLENARDO.)

DOROTEA. A no partir me resuelvo
a Toledo hasta que el sol
se aleje del mediodía.

(*Sale* JUAN TOMÁS *con su espadilla, muy rozagante.*)

JUAN. Sufrillo es gran cobardía
un hombre, y hombre español.
¡Vive Dios!, de no volver. (1)
Quedo, que hay damas aquí.
No hay naranja para mí
como ver una mujer.
La cólera me han quitado;
como claro espejo han sido,
que tiempla al más ofendido
en habiéndose mirado.—
¿Dónde van vuesas mercedes?
TEODORA. A Toledo.
JUAN. ¿Y solas van?
DOROTEA. No vamos solas.
JUAN. ¿No harán
a esta espada mil mercedes
en que la nombren por suya
y al dueño por su escudero?
TEODORA. ¿Sabe como es majadero?
JUAN. Vuestra merced lo atribuya
a término y cortesía.
DOROTEA. ¿Hay tan gracioso villano?
JUAN. Pues no he tomado la mano,
que por el nombre podía;
antes a cortés lo aplique.
TEODORA. Váyase, amigo capote.
JUAN. ¿Capote?
TEODORA. Sí, y pique, y trote.
JUAN. ¿Pique y capote?
TEODORA. Y repique;
que bien puede repicar
un *villano*, (2) pues lo es.
JUAN. ¿Cientos juegan?
DOROTEA. Sí, y después
*docientos* (3) le haremos dar.

(1) Quizá "no he de volver".
(2) Alusión al baile de este nombre.
(3) Azotes, se sobreentiende.

JUAN. Por mí sé que andan discretas;
que bien puedo en este llano
repicar ese *villano*
con tal par de castañetas;
aunque las veo muy rotas
de mudanzas de panderos,
y en los cientos también quiero
contar catorce de sotas.
Y ¡por vida de las tales!
que se tomen, sin dar voces,
estos sopapos y coces.
(*Dalas.*)
DOROTEA. ¿Hay tal maldad?
JUAN. Atabales,
no os espantéis que yo os toque.
TEODORA. ¿Clenardo? ¿Felino?
JUAN. Bien,
que a saber que tienen quién,
las hiciera un alcornoque.

(*Salen* FELINO *y* CLENARDO *a las voces.*)

FELINO. ¿Qué es esto?
TEODORA. Que este villano
nos ha muerto a coces.
CLENARDO. ¿Cómo?
JUAN. ¿Cuál de ellos es mayordomo
de estas ninfas de verano?
FELINO. ¡Infame! ¿Eres loco?
(*Meten mano.*)
JUAN. ¡Afuera,
que son bellacos los dos,
y mienten!
CLENARDO. Bueno ¡por Dios!
FELINO. ¡Dale! ¡Dale!
CLENARDO. ¡Muera!
FELINO. ¡Muera!

(*Caiga* CLENARDO *muerto dentro.*)

CLENARDO. ¡Ay! ¡Muerto soy!
JUAN. Huír conviene.
A la torre me deslizo.
FELINO. ¡Matóle!
JUAN. El hierro lo hizo,
que sin zapatilla viene.

(*Vase* JUAN.)

DOROTEA. ¡Triste yo!
FELINO. ¿Huyes, traidor?
¡Tenelde, que ha muerto a un hom-
[bre!

(*Va tras él* FELINO.)

TEODORA. ¡Que tanta maldad no asombre
la tierra!

DOROTEA. ¡Amigo! ¡Señor!

TEODORA. Mira si habla.

DOROTEA. No puedo
hablarle, que estoy turbada.

TEODORA. ¡Ay, desdichada jornada!
¡Nunca yo fuera a Toledo!

*(Vanse. Salen el* CORREGIDOR, *dos* ALGUACILES *y* FELINO.)

FELINO. Ya entró en la iglesia, señor.

CORREGID. ¿Fué traición?

FELINO. Pues ¿no lo fué?

CORREGID. Si lo fué, lo sacaré.

ALG. 1.° Mientras se prueba, es mejor.

ALG. 2.° A la torre se ha subido,
y sabéis su condición.

CORREGID. No importa, si fué traición.
¡Favor al Rey! ¡Favor pido!

*(En lo alto* JUAN TOMÁS *con dos cantos.)*

JUAN. ¿Ah, señor Corregidor?

CORREGID. ¡Oh, perro, sin Dios, sin ley!

JUAN. ¿Favor pide para el Rey
siendo el Rey quien da favor?
Cuando pretende en la corte
¿no busca quien se le dé
para el Rey?

CORREGID. Si traición fué
no hay para qué me reporte
la inmunidad, pues no hago
fuerza.—Traed fuego.

JUAN. ¿Qué es fuego?

CORREGID. ¡Baja, infame! ¡Baja luego!

*(Deja caer un canto de arriba.)*

JUAN. Toma esa carta de pago.

CORREGID. ¡Perro, yo te ahorcaré!

JUAN. ¿Luego ya es verdugo?

CORREGID. Digo
por sentencia.

JUAN. Pues prosigo.

ALGUACIL. No hayas miedo que se dé.

CORREGID. Date, incorregible.

JUAN. ¿Es ley
dar cada cual lo que tiene?

CORREGID. Venga gente.

JUAN. Si más viene,
más piedras hay.

CORREGID. ¡Favor al Rey! (1)

(1) Verso largo. Diría: "piedras hay.—¡Favor al Rey!"

*(Sale un* REGIDOR.)

REGIDOR. Vuesa merced deje el preso,
que ha venido un capitán,
y ya sus soldados van
con tanta furia y exceso,
que presumen alojarse
por fuerza y sin las boletas.

CORREGID. Señor Regidor, ¿son tretas
para que pueda escaparse?

REGIDOR. No las acostumbro hacer.
Ponga guardas a la torre.

CORREGID. Aunque el tiempo te socorre,
villano, yo he de volver.—
Quedad los dos a la puerta.—
Vos venid, por que juréis.

FELINO. Que fué traición hallaréis.

CORREGID. ¿Hola?

ALGUACIL. ¿Señor?

CORREGID. Ojo alerta.

*(Vanse; quedan los dos* ALGUACILES.)

ALG. 2.° ¡Par Dios, que temo a este mozo!
No le quisiera guardar.

ALG. 1.° Él es rayo del lugar.

ALG. 2.° Antes de apuntar el bozo,
sobre entrar en una viña
descalabró dos o tres.

ALG. 1.° ¿Y no tuvo ahora [ha] un mes
una peligrosa riña
en que dejó medio muerto
a mi sobrino Polanco,
y a Francisco Esteban manco,
y a Hernán Sánchez patituerto?
¡Voto a tal, que no quisiera
guardarle!

ALG. 2.° Si a tirar vuelve
y en no se dar se resuelve,
no hay sino sacar pie afuera.
¿No habéis oído decir
ladrillo de retraído?

ALG. 1.° El ver el peligro ha sido,
que no importara el huír. (1)
Que apedree en una viña
no es tanto, aunque da tristeza;
pero sobre la cabeza...
más quisiera tener tiña.

*(Sale* JUAN TOMÁS *con la espada desnuda; acuchilla las* GUARDAS.)

JUAN. ¡Fuera, perros!

(1) En A "oír".

ALG. 1.º ¡Ay de mí!
¡Muerto soy!
JUAN. ¡Fuera, villanos!
ALG. 2.º Detén, Juan Tomás, las manos,
que nadie te ofende aquí.
Nadie te guarda ni quita
que no te vayas.
JUAN. No quiero
mataros sin que primero
mate al que esto solicita.

(*Vase* JUAN.)

ALG. 1.º Digo, señor Juan Tomás,
que se vaya donde quiera.
ALG. 2.º Sin duda va a la bandera.
No le prenderán jamás.
¿Hízoos algo?
ALG. 1.º Un coscorrón
del primero cintarazo.
ALG. 2.º A mí me ha quebrado un brazo.
ALG. 1.º Que quise dalle lanzón
y luego punta, y no supe.
ALG. 2.º Vamos al Corregidor
dando voces: ¡Al traidor!
ALG. 1.º Quiero que esta plaza ocupe.
¿Yo ser alguacil de Illescas?
¡Váyale el diablo a prender!
ALG. 2.º ¡Par Dios, que habrá menester
cien alabardas tudescas!

(*Vanse los* ALGUACILES (1): *sale el* CAPITÁN *y* SOLDADOS.)

CAMPUZ. Pongan esa mesa aquí.
CAPITÁN. Y tú cuelga esa bandera.
CAMPUZ. Gran gente acude de fuera.

(*Sale* JUAN TOMÁS *con la espada desnuda.*)

JUAN. Hasta vuestros pies corrí,
por salvarme en vuestros pies.
CAPITÁN. ¿Qué has hecho?
JUAN. Reñí, y llegó
mi espada.
CAPITÁN. ¿No fué más?
JUAN. No;
mas murió el hombre después.
CAPITÁN. ¿Querrás ser soldado?
JUAN. Sí,
que antes lo había pensado.
CAPITÁN. Escriban este soldado.

(1) En los impresos "VILLANOS".

JUAN. Escríbanme ¡pesia mí!,
que pierde el Rey un Aquiles. (1)
CAPITÁN. ¿Buen labrador?
JUAN. Soy de acero.
Comeréme un buey entero;
beberéme diez barriles.
CAPITÁN. Bien ha dicho, que el caballo
que bien come bien camina.
JUAN. Si aprendo en vuestra dotrina
no tendrá el Rey tal vasallo.
CAPITÁN. Di tu nombre.
JUAN. Tengo un nombre
bien fácil de adivinar.
CAPITÁN. (Creo que me ha de alegrar
el humorcillo del hombre.)
JUAN. Es mi nombre... Escuchá un poco.
CAPITÁN. Digo, soldado, que escucho.
JUAN. De un santo que creyó mucho
y de otro que creyó poco.
CAPITÁN. Santo que creyese más
y que más viese no sé,
ni el santo de menos fe.
JUAN. Yo me llamo Juan Tomás.
CAPITÁN. Bien dice, que Juan creyó
mucho, vió mucho, y Tomás
creyó poco.
CAMPUZ. Escrito estás.
MENDOZA. ¿No se juega?
CAMPUZ. Aquí estoy yo.
MENDOZA. ¿Naipes?
CAMPUZ. Por aquí es forzoso,
que es muy bisoña la gente.
Parémonos llanamente,
seor Mendoza el valeroso.
(*Juegan.*)
MENDOZA. Aquí aguarda mi dinero.
ROSALES. Rosales viene a terciar.
CAMPUZ. Y yo empiezo a barajar.
MENDOZA. Tomad el naipe primero.
ROSALES. Alzo.
MENDOZA. Sota.
CAMPUZ. ¡Ah, bujarrona!
ROSALES. Torno [a] alzar.
MENDOZA. Tenéis azar.
JUAN. ¿Y tengo yo de mirar,
pesia la cierta y la errona?
¿Qué venderé? Mas ¿no soy
criado del Rey? ¿Qué digo?—
¿Seo Capitán?
CAPITÁN. ¿Qué hay, amigo?

(1) En A. "Archiles".

JUAN. Oigame, a Cristo me doy.
¿El Rey no tiene a su cuenta
mi vida desde este punto?
CAPITÁN. Sí.
JUAN. Por eso lo pregunto,
que, aunque poco a poco es renta,
yo he menester un real,
o cien ducados.
CAPITÁN. ¡Qué humor
de arrojado labrador!
¡Qué buen color de sayal!
El real es éste, prestado
por el socorro de hoy,
que en los ducados no estoy
de nuestra cuenta enterado.
Buscad una camarada,
tomad posada con él,
para que no gastéis de él,
que está la gente alojada.
JUAN. Jugaréle y trataremos
después de lo que es comer,
porque eso no puede ser
que en Illescas no lo hallemos.
Y si gano ¡vive Dios!
que le he de dar gran barato.
CAPITÁN. ¡Qué gracioso mentecato!
JUAN. Calle, que hemos de ir los dos
a matar media Turquía.
Voy a parar el real.
CAPITÁN. Pára el medio.
JUAN. ¡Pesia tal!
¿El medio parar tenía?
Parara dos mil millares
sin guardar ¡por Dios! ninguno,
cuando fuera cada (1) uno
el real de Manzanares.
CAPITÁN. ¡Dios te ayude!
JUAN. ¿Estornudé?
CAPITÁN. No, pero en todo te ayude,
y ese realejo te mude
en seis.
JUAN. Los tres te (2) daré.

*(Llegue a jugar* JUAN TOMÁS, *y salen* ALVARADO *y* LISENA, *en hábito de hombre.)*

ALVARADO. ¿Que juegue esta cadenilla
te pesa tanto, Lisena?
LISENA. No me dió, Alvarado, pena,
ni de ti quise encubrilla
porque mis prendas te niegue;
mas porque juegas picado,
y has de perder, Alvarado,
pues no hay cosa que más ciegue.
ALVARADO. Lisena, cuando yo estoy
picado quiero las prendas;
que te empeñes, que te vendas,
licencia entonces te doy.
Jugaré, cuando he perdido
un bigote ¡vive Dios!
JUAN. Paro ese real a ese dos.
ROSALES. Digo a todos.
CAMPUZ. Eso pido.
ROSALES. Yo quiero el siete.
MENDOZA. ¡Ay, el as!
Perdió la suerte Rosales.
JUAN. ¡Ya tenemos dos reales,
por vida de Juan Tomás!
MENDOZA. Barajo.
CAMPUZ. Alzad, Alvarado.
ALVARADO. No sé qué mano me tengo.
Con esta cadena vengo;
pesa ciento y un ducado.
JUAN. El uno es curiosidad.
ROSALES. A ese seis.
JUAN. Yo [a] aquella sota
los dos reales.
MENDOZA. Ea, (1) devota.
ROSALES. Andad con el naipe, andad.
MENDOZA. Dejadme mirar.
ROSALES. No quiero.
ALVARADO. El seis.
JUAN. Cuatro son al justo.
MENDOZA. Dejadme perder con gusto
ya que pierdo mi dinero.
ALVARADO. Tomo el naipe y ésta juego.
ROSALES. ¿Momo?
ALVARADO ¿No lo veis?
ROSALES. Adiós.
JUAN. Otra vez paro a ese dos
estos cuatro.
ALVARADO. Al Rey me allego.
JUAN. El dos. Tener.
ROSALES. Esto gano. *(Aparte.)*
CAPITÁN. ¿Ah, soldado?
LISENA. ¿Oh, mi señor?
CAPITÁN. ¡Bravo tallazo!
LISENA. Y valor
de soldado castellano.
CAPITÁN. ¿Habéis vos de ir a Zamora
contra el portugués?

(1) En B, "nada"; pero es errata.
(2) En A "le".

(1) Quizás "Es" y no "Ea".

LISENA. He de ir,
porque he venido a servir
a la Reina, mi señora.
CAPITÁN. ¿Qué decían en la corte
de casarse nuestra Reina?
LISENA. Si pacífica no reina,
no ha de hacer cosa que importe.
Dícese que de Aragón
traen, o van procurando,
al infante don Fernando
para tan alta ocasión.
CAPITÁN. Teniendo Isabel marido,
don Juan, Rey de Portugal,
a su persona real
tendrá el respeto debido;
que injustamente pretende
que doña Juana posea
la corona que desea,
pues ya la verdad se entiende,
y nuestro rey don Enrique,
que Dios tiene, declaró
no ser su hija.
ALVARADO. ¡Que yo
de esta manera me pique!
CAPITÁN. Pienso que pierde Alvarado.
LISENA. ¿Quién duda? Va en mi ventura.
CAPITÁN. Nunca con tanta hermosura
hay ventura, seo soldado.
Y ¡por mi vida! que creo
que si os queréis desquitar (1)
podéis, sin perder, ganar
al juego de mi deseo.
Si queréis marchar conmigo,
hareos paje de jineta.
LISENA. Estoy de ese hombre sujeta;
sus pasos, como veis, sigo,
aunque no estoy muy contenta.
JUAN. Todo esto se remató.
ALVARADO. ¡Que pierda con hombres yo
que el perder parece afrenta!
¡Por vida de...!
JUAN. Poco a poco.
CAMPUZ. ¿Qué poco a poco? ¿Él se atreve
a hablar?
JUAN. Hable como debe.
ALVARADO. Estoy de coraje loco.
CAMPUZ. ¡Que venga con un real
un hombre medio fullero
a quitarnos el dinero!
JUAN. Hable bien si entiende mal,
que ¡voto al hijo!... Y dejemos
esto, que si un real jugué,
de mi honrado sueldo fué
que todos del Rey tenemos.
ROSALES. ¡Oh, qué gracia! Un pensamiento
no habrá que aquí se alistó
y ya el sueldo mereció.
JUAN. Yo tengo merecimiento
para que el Rey me le dé
por sola la voluntad
de servirle, y que es verdad
sustentaré a firme pie,
y ténganse afuera todos.
CAMPUZ. Los villanos disfrazados
que se alistan por soldados
con estas flores y modos
de andar hurtando el dinero...
JUAN. ¡Miente el infame que diga
que soy ladrón!
CAMPUZ. Esto obliga
de un desmentido primero.
ALVARADO. Obliga.
CAMPUZ. ¡Muera!
CAPITÁN. ¿Qué es esto?

*(Pónese el CAPITÁN en medio.)*

CAMPUZ. Agradeced, ganapán,
la vida al seo Capitán,
que de por medio se ha puesto;
que si no fuera por él...
Pero aquí en campaña espero.
JUAN. Agradeced vos primero
la vida, picaño, a él,
que si no hubiera llegado
a socorreros a vos,
por vos y por otros dos
hubieran clamoreado.
CAPITÁN. No se vayan.
ALVARADO. No podemos
dejar de irnos por aquí.

*(Vanse los SOLDADOS.)*

CAPITÁN. ¿Disteis ocasión?
JUAN. Yo, sí.
CAPITÁN. ¿Cuál fué?
JUAN. Que no perdemos.
Que como yo no ganara
no hubiera dado ocasión
a que tanto fanfarrón
se me atreviera en la cara.
CAPITÁN. ¿Qué ganastes?
JUAN. La cadena
que veis.

---

(1) En A "esquitar".

LISENA. (1) Esa prenda es mía.
JUAN. Y yo vuestro.
CAPITÁN. No querría
que os diesen alguna pena;
que es honrada aquesta gente,
y de mi escuadra, y el uno
es cabo de otra.
JUAN. A ninguno
conozco.
CAPITÁN. Vos sois valiente
y hombre de bien; yo os cobré
amor al punto que os vi.
Oíd, no salgáis de aquí,
y por los demás iré
y haremos las amistades.

(*Vase el* CAPITÁN.)

JUAN. Vaya vuerced en buen hora.—
¿Prenda era vuestra, señora?
LISENA. Fué, y si va a decir verdades,
huelgo que la hayáis ganado,
que sois honrado y brioso.
JUAN. No era menos valeroso,
reina, el señor Alvarado;
pero no tuvo razón,
que yo gané y otras veces
he perdido.
LISENA. No pareces
hombre de mal corazón.
¡Vive Dios, que si tuviera
tu lado, más lo preciara
que si un reino conquistara
o el mundo parias me diera!
¿De dónde eres?
JUAN. De aquí soy;
que entre Madrid y Toledo
no nacen hombres con miedo.
LISENA. Yo con harto miedo estoy.
JUAN. Sí tendréis, que sois mujer,
o me engañan mal los ojos.
LISENA. Y mujer que tiene antojos
de que te quiere querer.
Ya te vi venir, y vi
que a la torre te subiste,
vi lo que aquí respondiste
y que me pierdo por ti.
Eso de bravo y poder
dije que me pierde toda.
JUAN. Pues, hola, a mí te acomoda
y vámonos a perder,
que soy hombre para todo.
LISENA. ¿Tu nombre?
JUAN. Juan.
LISENA. Pues, Juan mío,
yo me sujeto a ese brío
y a tu lado me acomodo.
Hay limpieza y no interés,
no soy vendible (1) ni boba,
sé de almohada y de escoba
y soy cabeza y soy pies.
Enfrénome por mi gusto,
vivo sin tiros ni ensayos,
ni celosa con desmayos,
ni con celos doy disgusto.
No soy mudable, que este hombre
me trata mal y desprecia,
y toda mujer es necia
que no respeta su nombre.
Esto basta para ser
estimada y no ofendida.
JUAN. Yo no he querido en mi vida
de asiento alguna mujer;
pero por verte en el traje
que estás, pues valor promete,
quiero que a ti me sujete
ese tallazo y lenguaje.
De volver éstos aquí
resultará no poder;
pero si tú eres mujer
para venirte tras mí,
marcha seis leguas de fama
hasta la villa famosa,
y serás mi reina y diosa,
mi prenda, mi dueño y dama.
LISENA. ¿Tendrás ánimo?
JUAN. ¡Oh, qué lindo!
LISENA. Pues pica.
JUAN. Sígueme y calla.
LISENA. Ponte, mi bien, de batalla.
JUAN. Sólo a tus ojos me rindo.
Dime tu nombre.
LISENA. Lisena.
JUAN. Pues, Lisena de oro, ven,
que quiero quererte bien.
LISENA. Pon el calcorro a la arena,
cala bien el gavión,
revuelve el zarzo, mi vida,
y avizora a la partida
si corre viento soplón,
que te traeré como en palmas,

(1) En B "CA" (Capitán). Es errata.

(1) En B, "vencible".

y de suerte que te asombres.
JUAN. Pues yo mataré mil hombres
sólo por darte mil almas.

(*Vanse. Sale el* CAPITÁN *y* ALVARADO, CAMPUZANO, MENDOZA *y* ROSALES.)

CAPITÁN. Basta, que yo tome en mí
la injuria, cuando la hubiera.
CAMPUZ. ¿Vuesa merced considera
lo que dijo y respondí?
CAPITÁN. Muy bien lo tengo mirado.
De mi nombre firmaré
que no hay agravio.
ALVARADO. Yo sé
que no agravia un agraviado.
Pero, señor Capitán,
advierta que es un picaño,
que se alistó con engaño,
y que todos lo dirán,
porque vive de esa flor.
CAPITÁN. Callen, que era un mentecato,
hombre de muy llano trato,
pacífico y labrador.
ALVARADO. ¿Pacífico y retraído
en una torre por muerte?
¿Labrador y que a una suerte
perdiendo paró el vestido?
¿Labrador que a la trocada
quinientos reales paró,
que con un real me ganó?
CAPITÁN. Callen, que todo eso es nada,
que aquello es buen natural.
Los dos la mano me den,
que todo se ha de hacer bien
y no llevarse por mal.
Yo haré que vuelva de todo
la más parte.
CAMPUZ. Esa es mía.
CAPITÁN. No es bien que mi compañía
se alborote de ese modo.
ALVARADO. Yo la doy también, que basta
que en ello vuesa merced...
CAPITÁN. Que yo conozco, creed,
villanos de aquella casta.
Nacen con arriscamiento,
son duros y pertinaces.
Mejor es tratar de paces,
y darme en esto contento;
que llevándole por bien,
dará más que le pidamos.
ALVARADO. Aquí, señor, le dejamos
y aquella mujer también.
CAMPUZ. ¿Dónde fué?
CAPITÁN. ¿Qué digo? ¿Juan?
¿Juan Tomás?
MENDOZA. De aquí salió
ese villano, a quien yo
dije que el seo Capitán
andaba en las amistades;
pero no quiso esperar.
CAPITÁN. ¿Si se salió del lugar?
ALVARADO. Mis sospechas son verdades.
Vuesa merced lo ha causado,
y ahora echará de ver,
pues se llevó la mujer,
si era ladrón disfrazado.
CAPITÁN. ¡Por Dios, que era algún rufián,
y que me he corrido!
ALVARADO. Creo
que este Juan era correo
y espía de otro galán.
La vía de Madrid llevan.
Licencia me habéis de dar.
CAPITÁN. Pues váyanle a acompañar
cuantos amistad me deban,
que ¡por vida de quien soy!
que le he de echar en galeras.
ALVARADO. ¡Ah, Lisena, mujer eras,
bien desengañado estoy!
Ir a acompañaros quiero.
CAPITÁN. Haréisme mucho placer.
CAMPUZ. Ya que llevó la mujer,
dejáranos el dinero.

(*Vanse. Salen* JUAN TOMÁS *y* LISENA *solos.*)

JUAN. Ya estoy, Lisena, en la tierra
más fértil y más famosa,
más saludable y hermosa
que el sol mira, el mar encierra.
Aquí tiende el rumbo y mira,
como me trates verdad,
que tienes en amistad
un hombre que el mundo admira,
un ministro de la muerte,
un rayo, un tigre, un león,
para cuyo corazón
no hay cosa en el mundo fuerte.
Los muros y terraplenos
son de alcorza en estos brazos,
que haré sus piedras pedazos,
voto a tus ojos serenos.
Dos hombres soy con dos nombres,
a quien dos mil tienen miedo
y así por dos hombres puedo.

Lisena, por que te asombres,
comeréme un elefante,
desharé un rinoceronte,
que tengo carnes de monte
y pieles de cuero y de ante.
Con sólo que tú me nombres
verás el mundo temblar,
y así no te ha de espantar
que me mate con mil hombres.
Haré que malos y buenos,
en sabiendo que te trato,
te respeten el zapato,
y esto será lo de menos.

LISENA. Juan Tomás, cuanto más miro
tu brío, talle y valor,
más me enciendes en tu amor,
más te quiero y más suspiro.
De tus promesas me pago,
que decir quien sabe hacer,
puédelo hacer y creer
que ese amor le satisfago.
Cuando Illescas no tuviera
cosas que le hacen famosa,
dejando la misteriosa
luna que al sol vió en su esfera,
bastaba haber tú tenido
la primera cuna en ella.
Digo que ese pie atropella
cuantos espada han ceñido,
y que a solo (1) un puntapié
estaré yo tan rendida,
que lleves el alma asida
por donde el golpe me dé.
Estos ojos ya no son
ojos más que para ti.
De Juan soy, Juan tiene en mí
legítima posesión.
Haz cuenta, Juan, que tú has sido
de quien he de estar vestida;
tomóme Amor la medida
y de ti cortó el vestido.
Justo me vienes al pecho,
no te me podrás salir.

JUAN. Ojalá sepas vestir
de Amor el hábito estrecho.
Pero ¿qué es esto que siento?
¿Ayer no era yo un villano,
con una azada en la mano,
armas de mi nacimiento?
¿Quién me ha dado este valor?
¿Ya sé hablar? ¿Ya digo amores?
Pero enseñan tus favores
y va aprendiendo mi amor.
En fin, ¿eres mía?

LISENA. Soy.

JUAN. ¿Para siempre?

LISENA. Eternamente.

JUAN. ¿Mientes?

LISENA. Si el tiempo miente.

JUAN. ¿Desde cuándo?

LISENA. Desde hoy.

JUAN. ¿Eres mujer?

LISENA. Soy constante.

JUAN. ¿Eres flaca?

LISENA. Soy acero.

JUAN. ¿Sabes querer?

LISENA. Cuando quiero.

JUAN. ¿Sois de vidrio?

LISENA. Soy diamante.

JUAN. ¿Qué te obliga?

LISENA. Tú me animas.

JUAN. Pues ¿quién soy?

LISENA. Mi vida eres.

JUAN. Dichoso yo si me quieres.

LISENA. Dichosa yo si me estimas.

*(Salen los* SOLDADOS *y un* ALGUACIL.*)*

ALVARADO. Yo daré la información
de que es ladrón y fullero.

ALGUACIL. ¡Por Dios, que daré dinero
por hacer esta prisión!

CAMPUZ. Lo que es rufián, es sin duda.
En fin, todos jurarán.

ALVARADO. Quedo, que juntos están.

ALGUACIL. ¡Favor al Rey! ¡Aquí! ¡Ayuda!
*(Sacude en ellos.)*

JUAN. ¡Fuera, infames!

ALGUACIL. ¡Tente, perro!

JUAN. Huye, Lisena.

LISENA. Sí haré.

CAMPUZ. ¡Ay, que me ha muerto!
*(Caiga dentro.)*

JUAN. No fué
más de ofenderos por yerro.—
¡Ah, perros, que no sabéis
que me llamo Juan Tomás,
y que mientras toméis (1) más
más me queda que llevéis.

ALVARADO. Prendelde, señor, que ha muerto
mi camarada.

(1) En B, "sólo a".

(1) En B, "teméys".

ALGUACIL. ¡Aquí, ayuda!
JUAN. Antes que más gente acuda
me voy.
ALVARADO. Este hombre es Roberto.

*(Vanse. Salen* DON LOPE DE MENDOZA, DON JUAN DE TOLEDO, DON TELLO DE GUZMÁN, *de camino, muy bien aderezados, y el infante* DON FERNANDO, *con una capa gascona, con sombrero y plumas.)*

DON LOPE.

Rebócese esa capa vuestra alteza,
que aquel que mira enfrente es el palacio.
Allí está de la Reina la belleza,
y cifra un ángel tan pequeño espacio.
Encubra esa persona y gentileza,
que, como en mina rústica el topacio,
arroja rayos por el tosco traje,
de su grandeza espléndido celaje.
La famosa Isabel, señora nuestra,
de Castilla legítima heredera,
en tan alta elección ha dado muestra
del bien que España de tal junta espera.
Esta heredera transversal, siniestra,
que a Portugal violentamente altera,
la pone en el cuidado de marido,
entre tantos opuestos, elegido.
Quiere verle primero disfrazado,
por eso le traemos de esta suerte.

DON TELLO.

Espere vuestra alteza rebozado,
como don Lope de Mendoza advierte,
que, aunque la Reina vive con cuidado,
el peligro es cruel, la envidia es fuerte.
Que hay muchos de los grandes de Castilla
Luzbeles hoy de la primera silla.
Quede don Juan aquí mientras bajamos.

INFANTE.

Si yo fuere a propósito, señores,
y la reina Isabel y yo juntamos
las barras y castillos vencedores,
sospecho que a don Juan freno pongamos
y a todos los injustos pretensores,
y que la posesión justa se aplique
a la heredera del Rey Cuarto Enrique.
Bien sé que soy indigno y que pudiera
algún grande en Castilla preferirme;
pero como Isabel mi humildad quiera,
Dios nos bendiga, el Papa lo confirme,
ninguno habrá, supuesto que se altera,
que no nos sirva tan leal y firme
como siempre lo han hecho sus pasados.

DON LOPE.

Castilla os vea en ese yugo atados.
Que aunque es verdad que está revuelta aho- [ra,
y que con grueso ejército la aprieta
Portugal por la puerta de Zamora,
esto es lo que en el alma la inquieta.

INFANTE.

Id y hablad a la Reina, mi señora;
que si una vez su voluntad me aceta,
Dios nos dará favor.

DON TELLO.

Vamos a hablalla.

*(Vanse* DON TELLO *y* DON LOPE.)

INFANTE.

Don Juan, ¿es bella?

DON JUAN.

¿Quién sabrá pintalla?
Ha mandado que a vueltas embozado
de aquesos caballeros, luego entrases
que dejases la posta.

INFANTE.

Estoy turbado.

DON JUAN.

Y que al descuido por la sala pases.
Está de tu persona confiado,
que verte falta para que te cases,
y así al descuido mírala en entrando,
verás un sol y cegarás mirando.

*(Cuchilladas dentro.)*

INFANTE.

Ruido siento y rebatir espadas.
Si viene gente pueden conocerme.
Parte y mira lo que es.

DON JUAN.

Mil cuchilladas.
Allá voy.

INFANTE.

Esto falta de ofenderme.

*(Vase* DON JUAN.)

¡Oh, estrellas, que parece que, inclinadas,
a un alto bien queréis favorecerme;
no me dejéis, que es alta maravilla
hacer desde Aragón Rey de Castilla!
Poned a vuestra cuenta que Fernando
goce de esta corona y de Isabela.

(*Sale* JUAN TOMÁS *solo, y se aparta el infante* DON FERNANDO.) (1)

JUAN.

Ruido siento. ¿Si me van buscando?
¡Oh, cuánto el delincuente se recela!
Que me buscan estoy imaginando.
Ya no querrán prenderme con cautela,
sino de mano armada y sin espacio.
Quiérome entrar, que abierto está palacio.

INFANTE.

¿Quién va?

JUAN.

Un soldado que huye de esa gente.
(*Repare.*)

INFANTE.

(De aquí quiero quitarme, que si llegan
me podrán conocer.)

PEDRO.

Con más de veinte
vinieron a matarle, y después niegan.

(*Salen tres* SOLDADOS, *las espadas desnudas. Miran al* INFANTE *y acuchíllanle; defiéndese el* INFANTE.)

SOLDADO 2.°

¿Este es de ellos?

SOLDADO 3.°

¡Traidor!

INFANTE.

¡Villano, tente!

PEDRO.

¡Matalde!

INFANTE.

No soy yo. ¿Cómo se ciegan
vuestros ojos así?

JUAN.

¡Bien riñe el hombre!
No hay espada entre tantas que le asombre.
A su lado me pongo.—Ea, mancebo,
daldos, que son bellacos.

INFANTE.

Dios te ayude,
que a tan buen tiempo llegas.

(1) Esta acotación dice en A: "(*Sale* JUAN TOMÁS *solo, el* REY *se aparta, digo* EL INFANTE DON FERNANDO.)"

JUAN.

Como al cebo
baja el ave, mi espada al són acude.

(*Huyen los* SOLDADOS.)

¿Huís, gallinas?

INFANTE.

Tente, que te debo la vida.

JUAN.

¿No queréis que a los tres mude
las caras de otra suerte que las tienen?

INFANTE.

No puedo hablarte, mis criados vienen.
Quisiera conocerte; no es posible.
Toma aqueste diamante, y si se casa
Isabel con Fernando, y el terrible
tiempo de aquesta guerra injusta pasa,
véndele al Rey, que es pieza convenible
al valor y grandeza de su casa,
y no le des a otro aunque te veas
en más necesidad que verte creas.

(*Vase el* INFANTE.)

JUAN.

En palacio se entró con otros hombres.
¡Qué buen olor y talle! ¡Caso extraño!
¿Qué habrá, fortuna, con que no me asombres?
¿Adónde huiré de tu mudanza y daño?
Ayer, en un arado, por sus nombres
llamaba al uno y otro buey, y el año
pasaba en la campaña al hielo frío
o a los calores del furioso estío.
Hoy, sin saber por qué, mi pensamiento
me levanta con humos de soldado
a arar la arena y a sembrar el viento,
de un loco desatino acompañado.
Castilla es tierra corta; mar violento,
en ti recibe mi esperanza a nado.
A Italia voy, que de villano espero
volver a ser de Illescas caballero.

## ACTO SEGUNDO

DEL *Caballero de Illescas.*

(*Salen* JUAN TOMÁS *y* CAMILO, *huésped.*)

CAMILO. ¿Tan bien os ha parecido
Nápoles?

JUAN. Vengo admirado

de haber visto el más honrado
lugar que Europa ha tenido.
Ya de la mar la fiereza
y las fortunas pasadas
son, huésped, bien empleadas,
hoy que he visto su grandeza.
De paraíso le dan
nombre, y débelo de ser,
pues en él me vengo a ver
tan en cueros como Adán.
Soy, huésped, un caballero
español. Tragó mi hacienda
el mar; dejóme una prenda,
que empeñar o vender quiero,
porque todos mis criados
me dejaron en el puerto
buscando dueño más cierto.

CAMILO. Es ley de los poco honrados.

JUAN. Luego, en viéndome sin ropa,
mudaron de pareceres;
que criados y mujeres
corren la fortuna en popa.
Pero en mudando la cara
el criado más leal,
la mujer, con más caudal
de amor, luego desampara.
Tal fueron éstos conmigo
en mis trabajos pasados,
que no hay deudos ni criados
como un verdadero amigo.
No sólo vine a probar,
en tan áspera contienda,
que se atreven a la hacienda
las inclemencias del mar,
mas que al mismo Amor se atreven,
a la honra y la lealtad.

CAMILO. A compasión y piedad
vuestras desdichas me mueven;
que el veros venir a pie,
sin gente, y aun sin vestido,
y siendo tan bien nacido
como en el talle se os ve,
las piedras enterneciera.
Mirad lo que haré por vos.

JUAN. ¡Págueoslo, buen huésped, Dios,
en quien mi fortuna espera!
Oídme ¡por vida mía!,
sabréis mi intención mejor,
conoceréis mi valor
y yo vuestra cortesía.
Pues descubrirme a vos puedo,
sabed que soy natural
de un lugar muy principal
entre Madrid y Toledo.
Llámase Illescas: allí
sabe Dios que me formó
el mismo que ser le dió
al Rey, que como él nací;
pues siendo yo caballero
y de tan noble solar,
¿cómo he de poder pasar
en Nápoles sin dinero?
Que le busque me conviene,
que en el mundo, aunque esto asom- [bre,
no tienen en más a un hombre
que piensan que el hombre tiene.
La prenda que yo os decía
es este hermoso diamante,
al lucero semejante
aposentador del día.
Si sobre él me queréis dar
lo que fuere vuestro gusto,
haréis lo que a un noble es justo
y me podéis obligar.
Que tengo deudos aquí
en la casa de Aragón,
que en sabiendo la ocasión
vendrán por vos y por mí,
y veréis cuánto acertáis
en ampararme.

CAMILO Señor,
piedra de tanto valor
¿en qué precio la estimáis?

JUAN. No entiendo que tiene estima.
Bien podéis, huésped, prestar.

CAMILO. Cuando pudiera dudar,
vuestra presencia me anima;
pero sabed que aquí enfrente
vive el conde Antonio, un hombre
en Nápoles de gran nombre
y de linaje excelente.
Es de piedras tan curioso
y sabe su estima tanto,
que de haber visto me espanto
cómo este diamante hermoso
se le viene a su poder,
que parece piedra imán
de las piedras que aún están
en las minas por nacer.
Llevaréle, y yo os prometo
que tiene bien que prestar.

JUAN. Pues bien le podéis llevar,
que si es tan noble y discreto
conocerá su valor.

CAMILO. Pues en tanto descansad,
si el andar por la ciudad
os ha cansado, señor.—
¡Qué luz tan divina encierra!

JUAN. Con razón os espantáis.

CAMILO. ¿Cómo diré que os llamáis?

JUAN. Decid don Juan de la Tierra.

CAMILO. Yo voy.

(*Vase el* HUÉSPED.)

JUAN. ¿A qué puede más
llegar el valor de un hombre?
Ya he puesto un don a mi nombre,
mudando en Tierra el Tomás.
No dirán los apellidos
de España que les tomé
sus nombres, pues éste fué
de quien todos son nacidos.
Bien sé que llamarme puedo
Guzmán, Enríquez, Guevara,
Zúñiga, Cárdenas, Lara,
Cerda, Mendoza, Toledo,
Castro, Rojas, Sandoval,
como otros muchos de España,
no sólo por tierra extraña,
mas en la que es natural.
Pero no lo quiera el Cielo,
que un hombre que ha de nacer
de sí, sólo ha de querer
siete pies que le da el suelo.
Naturaleza heredó
al hombre más vil que encierra
en siete pies de la tierra,
y con éstos nací yo.
Y así, me quiero llamar
de la tierra en que nací,
y en que he de ser lo que fuí,
que éste es mi propio solar.
Sólo me da confusión
que el huésped la piedra lleve
al Conde, y que el Conde pruebe
si es falsa o no mi invención.
Diómela un hombre en España
a quien de tres defendí;
guardéla porque entendí
que algún valor la acompaña,
mas no porque yo lo entienda,
que sólo en piedras del suelo
que araba, me ha dado el Cielo
lición con humilde hacienda.
Si es falsa, diré que fuí
engañado de un platero
en Barcelona, y que espero
volverle a buscar allí;
si es fina, es grande, y sospecho
que bien valdrá mil ducados,
y si éstos me da prestados
haránme grande provecho.
Que la cadena vendí
y la gasté en el viaje,
después que perdí aquel paje
por quien el soldado fuí,
que mi padre me decía,
aunque no me vió tornar...

(*Sale* SIRENA, *hija del* HUÉSPED.)

SIRENA. Bien puede ya descansar,
patrón, vuestra señoría,
que ya está la cama a punto.

JUAN. (¡Señoría! ¡Cosa extraña!
¡Qué (1) pobre vive en España!)
¿Madona?

SIRENA. ¿Patrón?

JUAN. Pregunto:
¿vuesa merced es casada?

SIRENA. Maritada soy, señor.

JUAN. (Ya la tengo algún temor;
dice que está espiritada.)
¿No comeré yo primero?

SIRENA. Bien podrá vueseñoría.

JUAN. ¿Qué tenemos?

SIRENA. A fe mía
que ha tardado el despensero;
pero no falta vitela.

JUAN. ¿Habrá un poco de piñata?

SIRENA. No mancará, si dilata
la comida, y coceréla. (2)

JUAN. (¡Qué lástima, manca es!
mas dice que, aunque lo está,
a mí no me mancará.)
¿Queréisme servir después?,
que lo tendré a gran regalo.

SIRENA. No merezco ese favor,
porque a vuestro gran valor
de ninguna suerte igualo.
Allí enfrente tiene el Conde
una gallarda fillola,
que a vuestra gracia española
altamente corresponde;
ésta sí es digna de vos.

JUAN. ¿Hija hermosa?

---

(1) En A, "¿Cuál".
(2) En B, "cocetela".

SIRENA. Y muy hermosa.
JUAN. Sí, mas imposible cosa
que nos hablemos los dos.
SIRENA. Ella es cortés de extranjeros.
Cuanto es hablar, bien podéis,
privilegio que tenéis
las damas y caballeros.
JUAN. Yo quiero ser su galán.
SIRENA. Venid ahora (1) a comer.
El nombre deseo saber.
JUAN. Mi nombre propio es don Juan.
¿Y el vuestro?
SIRENA. El mío es Sirena.
JUAN. ¿Sois de la tierra o del mar?
SIRENA. No suelo a nadie engañar.
JUAN. Para en la tierra sois buena.
SIRENA. El mar el nombre me ha dado,
la tierra me ha dado el pecho.
JUAN. No estaréis ya de provecho
si ha tanto que sois pescado.

*(Vanse. Salen el* CONDE *y* CAMILO, *y* OCTAVIA, *hija del* CONDE.)

CONDE. Vale, Camilo, el diamante
doce o trece mil ducados.
OCTAVIA. ¿Hombre solo y sin criados?
¿A quién habrá que no espante?
CAMILO. ¿Ya no digo que en la mar
toda su hacienda perdió
y que desnudo salió
y a Nápoles vino a dar,
que era lástima miralle?
CONDE. ¿Qué persona?
CAMILO. Un gentil brío.
Yo os prometo, señor mío,
que tiene un gallardo talle. [dueño
OCTAVIA. No hay duda, que hombre que es
de tal piedra, será un hombre
principal. ¿Díjote el nombre?
CAMILO. Por fuerza, para este empeño.
OCTAVIA. ¿Cómo?
CAMILO. Don Juan de la Tierra.
CONDE. Será español apellido.
Llámale, y di que he sabido
qué valor la piedra encierra,
y que prestaré al presente
sobre ella dos mil ducados.
CAMILO. Voy.

*(Vase* CAMILO.)

CONDE. Perdió la hacienda y criados
y quedóle solamente,
Octavia, esta pieza hermosa,
con que se podrá volver
a España después de ver
a Italia.
OCTAVIA. ¡Suerte dichosa!
CONDE. ¡Por Dios, que ningún señor
era bien que caminase
sin que una joya llevase
de este o de mayor valor.
Altérase el fiero mar,
roban a un hombre en la tierra,
o cautívanle en la guerra,
y puédese remediar.
No sé por qué los romanos,
y Nerón, de seso ajeno,
usaban llevar veneno
para casos inhumanos.
¡Cuánto mejor los sacara
de este peligro una joya,
con que aun presumo que Troya
menos tiempo se guardara!
OCTAVIA. A la cuenta, este español
debe de ser principal.
CONDE. No lo muestra, Octavia, mal
la claridad de este sol,
que te certifico es bello,
y que, si puedo compralllo,
en tu dote has de llevallo
y en tu vínculo ponello.
OCTAVIA. Bellas cosas tiene España.
CONDE. Es rica, aunque por las guerras
no están fértiles las tierras
que el mar en su margen baña.

*(Sale un* PAJE.)

PAJE. El español ha venido.
CONDE. Entre.

*(Salen* JUAN TOMÁS *y* CAMILO, *huésped;* JUAN, *vestido de galán.)*

JUAN. Vuestros pies me dad.
CONDE. Ya de vuestra calidad
testigo esta piedra ha sido,
y en información igual
podemos jurar los dos
que hasta las piedras de vos
dicen que sois principal.
Huélgome de conoceros,
porque este abono es bastante.
JUAN. Yo le agradezco al diamante

(1) En B. "agora".

el bien de llegar a veros.
Y el precio que le habéis puesto
es tan propio a su valor,
que me he espantado, señor,
de lo que entendéis en esto.
Dicen que daréis sobre él
dos mil ducados; sea ansí,
y vos le tendréis por mí
mientras yo vuelvo por él,
que esta tarde escribo a España
y me enviarán letras luego.

CONDE. Cobrad contento y sosiego,
sin pensar que es tierra extraña
Nápoles, adonde estáis,
pues esta casa es tan vuestra...

JUAN. No quiero ya mayor muestra
que el ver yo lo que me honráis,
y he tenido a gran ventura
que en tanto rigor del Cielo
me ayude vuestro consuelo.

OCTAVIA. (¡Qué buen talle y compostura!
¡Oh, España, no sé qué tienen
tus hombres!

CAMILO. ¡Bizarros son!

OCTAVIA. ¿Tienen esta condición
todos los que de allá (1) vienen?

CAMILO. Este vino muy perdido,
que para entraros a hablar
yo le hice reparar
aqueste galán vestido.
Que en viéndosele poner
dije que era caballero
Mendoza o Puertocarrero.

OCTAVIA. Bien claro se echa de ver
que le trató mal la mar.
Siempre las desdichas vienen
a hombres que estos talles tienen
y aquesta gracia en hablar.
¿No seré yo tan dichosa
que como éste venga a ser
a quien yo pueda querer
y él me quiera por (2) esposa?

CAMILO. ¿Por qué no, si merecéis,
gran señora, lo mejor
del mundo?)

JUAN. Haréisme favor
de que el dinero me deis,
que tengo necesidad.

CONDE. Vámoslo a contar adentro.

JUAN. A recibir merced entro.

CONDE. Ya me debéis voluntad.

(*Vase el* CONDE.)

JUAN. (¿Hay tal suceso? Ahora digo *(Ap.)*
que hombre pobre, y en su tierra,
o ningún valor encierra
o es de su bajeza amigo.
Trece mil ducados vale
la piedra que yo traía.
¡Oh, piedra del alma mía,
y qué de su centro sale!
¡Vive Dios! Si éste dijera
que valía un solo escudo
que le tomara, y tan mudo
como la piedra me fuera.
En su lengua estuvo sola.
¿Quién será aquel caballero
que me la dió? ¡Oh, fuerte acero!
¡Oh, mano honrada española!
¡Oh, benditas cuchilladas
que remedian tantas penas!
Aun en la cara eran buenas
siendo tan bien empleadas.
Voy a contar los dos mil
y entrar luego en veinte grescas.
Ahora (1) sí que de Illescas
soy caballero gentil.)
¿Huésped?

CAMILO. ¿Señor?

JUAN. Los dos vamos,
por que el dinero llevéis.

(*Vanse los dos,* JUAN *y* CAMILO.)

OCTAVIA. ¿Ahora (1) no me diréis,
pensamiento, en qué quedamos?
¿De qué sirve imaginar
que posible hubiera (2) sido
que para darme marido
arroje un hombre la mar?
Donde tantos hay en tierra,
¿para qué del mar le espero?

PAJE. Buen talle de caballero
valor y nobleza encierra.

OCTAVIA. Aguárdate, Celio.

PAJE. A mí
bien el español me agrada.

OCTAVIA. ¿Y estaré yo reportada

---

(1) En el original, "allá"; quizá sería mejor "ella".
(2) En A, "por su".

(1) En B, "agora".
(2) En A, "hubiese".

si el hombre te agrada a ti?
¿Cómo podré yo saber
sus padres?

PAJE. Cuidado tienes.
¿Cuánto va que a amarle vienes?

OCTAVIA. ¡Ay, Celio, no puede ser!

PAJE. ¿Cómo?

OCTAVIA. Porque ya le quiero.

PAJE. Si es el hombre de valor,
haz que el Conde mi señor
honre a tan gran caballero.
Coma en casa y, por ventura,
verás por pasos más ciertos
que presto se hacen conciertos
entre el trato y la hermosura.

OCTAVIA. Yo le quiero regalar
como a forastero. Ven,
que de mi parte también
hoy le has de ir a visitar,
que esto cabe en cortesía.

PAJE. Por ahí comienza Amor.

OCTAVIA. ¡Ay, español, tu valor
me ha dado tanta osadía!

(*Vanse. Salen* CAMILO, *con el dinero, y* JUAN TOMÁS *con él.*)

JUAN. Poned en esa arca presto
ese dinero, Camilo.

CAMILO. Por aqueste mismo estilo
dice el Conde dará el resto.

JUAN. ¡Qué bellos doblones tiene
el buen viejo!

CAMILO. Es un avaro.

JUAN. Yo poco en eso reparo,
aunque es lo que más conviene.
A Octavia miré, y es bella.

CAMILO. Los españoles tenéis
más codicia cuando veis
alguna hermosa doncella
que a los tesoros del mundo.

JUAN. Harto bien me pareció,
aunque el oro que me dió
entre en el lugar segundo.

CAMILO. Decid quién sois y mostrad
a quien os conozca aquí,
que yo sé que él dirá sí,
y ella os tiene voluntad.
Cogeréis bello dinero
y una moza como un oro.

JUAN. Quiero ponerme en decoro
de hombre principal primero.
Id y el dinero guardad
y quien me sirva traed,
que le haré toda merced
y buena comodidad.

CAMILO. De eso ¡oh! hay en Nápoles tanto,
que a toda ciudad excede.
¿Qué casa queréis?

JUAN. No puede
tanto un extranjero cuanto
le pide su calidad,
y más quien el mar perdió;
paréceme a mí que yo
viviré en esta ciudad
hasta que letras de España
vengan, con quien sirva de ayo
a mi hacienda, algún lacayo
y dos pajes de campaña.
Quiero decir que ceñidas
las espadas me acompañen,
y para que no se extrañen
mis plantas, harto ofendidas
de esto poco que ando a pie,
compradme, Camilo hermano,
un frisón napolitano.

CAMILO. A todo volando iré.
Un mayordomo, un lacayo,
dos pajes de espada son,
vuestra casa y un frisón.
¿Queréislo castaño o bayo?

JUAN. Como os diere a vos contento.

CAMILO. Voy.

JUAN. ¿Caballo pide ya
quien acostumbrado está
al perezoso jumento?
¿Ya mayordomo, y lacayo,
y pajes? ¿Qué es esto, Juan?
Mas sujetas siempre están
las altas torres al rayo.
¿Qué intentáis? ¿Qué pretendéis?
¿No érades vos labrador?
¿Quién os mete a ser señor,
que es ciencia que no sabéis?
Pero como al que es muy pobre
no le puede suceder,
no teniendo que perder,
cosa que en valor no cobre,
necio seré si no emprendo
que Illescas un hombre tenga,
que a ser caballero venga
por donde serlo pretendo.
Si me ha dado la fortuna
de una vez tantos ducados,
para mayores estados

es señal que me importuna.
Servir quiero esta mujer
con todo aqueste dinero,
que si yo soy caballero
dineros he menester.
Con ellos yo sé que igualo
la sangre más noble y franca,
que un caballero sin blanca
es como espada de palo.
Parece un señor lo que es,
mas no tiene ejecución,
y así no importa el blasón
donde falta el interés.
Es ejemplo aquel diamante
con que a más subir me enseño,
pues tiene, en ser tan pequeño,
precio y luz tan importante.
Y ansí, aunque tan vil me siento,
quiero que haya precio en mí.
Un criado viene aquí.
Callemos, señor contento.

(*Sale* CELIO, *con un tabaque cubierto.*)

PAJE. La señora Octavia Andrea
a visitaros me envia,
que muy de veras querría
que entendáis que lo desea.
Dice que seáis bien venido,
que hoy de temor no os habló
cuando aquel dinero os diò
su padre.

JUAN. Yo estoy corrido
de no haber, como era justo,
reconocido el valor
que tiene el mundo mayor.

PAJE. Siente mucho el gran disgusto
que tendréis de no tener
servicio, señor don Juan,
y así dice que vendrán
los que fueren menester
de su casa hoy a serviros.

JUAN. Ya, señor, casa he tomado.
A lo que quedo obligado
no es menester advertiros.

PAJE. Dice que, pues vuestra ropa
y cosas tan importantes
guarda el mar, que a navegantes
sirve el mar de guardarropa,
que os sirváis de esta docena
de camisas, y creáis
que por que de ella os sirváis
la estima y tiene por buena.
Vienen lienzos, vienen guantes
y otras cosillas así.

JUAN. Vienen lazos para mí
a los grillos semejantes.
¡Tanta merced, tal favor!
Dad una voz a Sirena.

PAJE. ¿Sirena?

JUAN. Octavia, y tan buena (1)
[a] Octavia, advertid mi amor.
Decid que si aquel diamante
tuviera aquí, suyo fuera.
Vendrán letras, y Dios quiera
que valga yo para amante.
Que tendré mayor fineza...

(*Sale* SIRENA.)

SIRENA. ¿Qué manda vueseñoría?

JUAN. Ese lienzo, amiga mía,
es muestra de la grandeza
de Octavia, a quien doy la palma
de más valor que a mujer.
Guardaldo bien, que ha de ser
para mortajas al alma.

SIRENA. Vos, mi señor español,
merecéis aquesa salva,
que es bien que entre las del alba
se envuelva en naciendo el sol.
Voilo a guardar.

JUAN. Esperad.
Decid al huésped que luego
dé a Celio...

PAJE. Eso no. Yo os ruego
que deis sola voluntad.

JUAN. Denle docientos escudos.

SIRENA. ¿Qué dices?

JUAN. Esto ha de ser.

SIRENA. Más luce en corto poder.

PAJE. Serán otros tantos nudos
en lazos de obligación
como la que yo tenía.

(*Vanse; queda* JUAN *solo.*)

JUAN. No entro mal ¡por vida mía!,
para el primero escalón.
¿Doscientos escudos? Bueno.
¿Cuándo soñó mi linaje
dar tan sólo un cuarto a un paje?
¡Oh, dulce dinero ajeno!
Si yo lo hubiera ganado,
más cuerdo lo despendiera.

(1) Este verso está errado.

Ya yo estoy de la manera
que está un recién heredado.
Fuera de que cuando Octavia
sepa esta dádiva, creo
que doblará su deseo,
si, como es hermosa, es sabia.
Yo me quiero acreditar.
Trece mil tengo. ¿Qué importa?
Amante que se reporta,
pues pára, no ha de alcanzar.
Son los pasos del que ama
el dinero, el interés;
pues si le faltan los pies,
¿cómo ha de alcanzar su dama?

*(Sale* CAMILO *con* FILANDRO, *mayordomo.)*

CAMILO. Podéis fiar de este hidalgo,
señor don Juan, vuestra hacienda.
Yo os la doy por propia prenda,
si para fianzas valgo.

*(Paséase* JUAN TOMÁS.)

JUAN. ¿En qué oficio?
CAMILO. Mayordomo.
JUAN. ¿De dónde sois?
FILANDRO. De aquí soy.
JUAN. ¡Buen talle! Contento estoy.
(Ved la gravedad que tomo.
¿Hay tal desvanecimiento?
Pero no es desvanecido
hombre que se ha conocido
y que intenta un fingimiento.
Aquel se tiene por loco
que cree que es gran señor
teniendo humilde valor;
pero ¿yo téngome en poco,
sino que voy procurando
ser algo por mí, en efeto?)
¿De aquí sois? ¡Qué buen sujeto!
CAMILO. (Mucho le vais contentando.
Es un grande caballero.)
FILANDRO. Aquí estoy para serviros.
JUAN. Yo no tengo qué deciros;
a Camilo me refiero;
él hará el acostamiento
y quedaréis por mi cuenta.
FILANDRO. Beso esos pies.
JUAN. (¿Quién no intenta
tan notable atrevimiento?
Como esas cosas habrá
con principios tan humildes.)
CAMILO. Pajes hay aquí.
JUAN. Decildes,
Camilo, que entren acá.

*(Salen* FABRICIO *y* HORACIO, *pajes, y él paseándose.)*

FABRICIO. Denos vuestra señoría
los pies.
JUAN. Seáis bien venidos.
Ya estáis los dos advertidos
de lo que en esto querría.
¿Traéis espadas?
HORACIO. Sí, señor.
*(Paséase.)*
JUAN. ¿Cómo os llamáis?
FABRICIO. Yo, Fabricio.
HORACIO. Yo Horacio, a vuestro servicio.
CAMILO. Son mozos de gran valor.
JUAN. ¿De dónde sois?
FABRICIO. Yo, romano.
HORACIO Yo, señor, soy ginovés.
JUAN. (Mirad el mundo lo que es,
todo es nada y viento vano.
Con dos bueyes solía ir,
hoy con dos pajes paseo;
éste, sin duda, es rodeo
del nacer para morir.
Desvela la autoridad
cosa que alcanza el dinero,
pues yo con tan poco espero
cobrar tanta calidad.
Ser caballero es tener,
sin que noticia se tenga,
de dónde el principio venga,
pues todos somos de un ser.
La nobleza es la virtud,
todos nacimos de un padre,
es la tierra común madre
de la cuna al ataúd.)
CAMILO. ¿Queréis el lacayo?
JUAN. Quiero
ir acompañado a misa.
Cosas de honor quieren prisa.
Entre y veréle primero.

*(Sale* ROBERTO *vestido de lacayo.)*

ROBERTO. Las de vuestra señoría, (1)
príncipe español.
JUAN. Por cierto
que es bueno. ¿El nombre?
ROBERTO. Roberto.
JUAN. ¡Buen talle, por vida mía!

(1) Así en los textos. Quizá diría: "Beso a vuestra señoría,".

A ver, paseaos un poco.
Roberto. ¿Soy caballo, o soy lacayo?
Juan. ¡Qué tieso!
Roberto. Parezco un mayo.
Juan. ¿Qué partes?
Roberto. Borracho o loco.
Juan. ¿Decíslo de veras?
Roberto. Soy
limpio, cual veis, y aseado,
pícome de enamorado,
hago piernas, pecho doy.
De la braveza no os digo
más de que por perspectiva
es imposible que viva
el que no fuere mi amigo,
y tengo gracia en hacer
versos, que canto a un laúd.
Juan. Cual tengáis vos la salud,
todo eso debe de ser.
Roberto. Quedo, que no hemos comido
tanto pan que no podamos
retozar si nos burlamos.
Juan. ¡Lindo humor!
Camilo. Es escogido.
Juan. Yo sé también de la hoja,
y no hay año que por mayo
no despedace un lacayo
porque su sombra me enoja.
Roberto. No es amo que he menester.
Adiós.
Juan. Volved ¡pesia tal!,
que no os habéis de hallar mal.
Roberto. Famoso debéis de ser.
Estos amos son los buenos,
y no alcorzas afeitadas.
Juan. Busca dos negras espadas,
mataréte por lo menos.
Roberto. Norabuena, que deseo
ser muerto de buena mano.—
Yo me voy, Camilo hermano,
a buscar mi nuevo empleo.
Ténganme caballo aquí
para la vuelta.
Camilo. Así sea.
Juan. ¿Qué hay del frisón?
Camilo. Que pasea
mejor que en mi vida vi.
¿No os agrada?
Juan. Sí ¡por Dios!
Basta venir de esa mano.

*(Vase* Juan, *el* Lacayo *delante; los* Paies, *detrás; éntrase muy grave; quedan* Camilo *y* Filandro.)

Camilo. Aunque es español marrano,
lo ha de hacer muy bien con vos,
que toca en la vanidad,
y ceremonia y lisonja
le chuparán, como esponja,
dineros y voluntad.

*(Salen* Leonelo, *caballero, y dos criados,* Teodoro *y* Riberio.)

Leonelo. ¿Español decís?
Teodoro. Señor,
español y caballero.
Leonelo. ¿Si es deudo del Conde?
Teodoro. Quiero
que conozcas su valor
en lo que te he referido
del diamante.
Leonelo. ¿Qué, es tan bueno?
Teodoro. No da el sol, de rayos lleno,
más luz estando encendido,
que a respeto de sus partes
tan pequeña cantidad.
Leonelo. Arguye su calidad.
Riberio. No es cosa por que te apartes
del intento venturoso
de la pretensión de Octavia.
Leonelo. ¿Cómo que no, si me agravia
y estoy celoso y quejoso?
Del que haya entrado en su casa
no formo celos ni quejas,
de que ose mirar sus rejas
cuando por la calle pasa,
ni de otras cosas ansí;
mas que Celio haya contado
que mil regalos le ha dado
me tiene fuera de mí.
¿Camisas Octavia a un hombre
español y forastero?
¿Guantes y lienzos primero
que su marido se nombre?
¡Ah, Conde, ayer mercader,
a quien dió hacienda el mar fiero,
y el título dió el dinero!
Teodoro. Todo se ha echado de ver.
Riberio. Ya dicen que está en su casa.
Leonelo. ¿También?
Riberio. ¿A qué se previene?
Pues si allí aposento tiene,
tú verás a lo que pasa,
que es mala naturaleza,
y, en fin, españoles son,
que llegan al corazón

y empiezan por la corteza.
TEODORO. ¡Matarle!
LEONELO. Hablaste, Teodoro,
con mi propio pensamiento.
Pero vesle aquí qué atento
mira el oriente que adoro.
¿Hay más loca vanidad
que la de esta pobre gente?
¡Que esto a Octavia le contente!
TEODORO. Son la misma liviandad.
Siempre escogen lo peor,
y es gracia, si así la llamas,
que a un extranjero las damas
gusten de hacerle favor.

(*Sale* JUAN TOMÁS *con sus* PAJES *y* LACAYO, *y él, detrás, grave.)*

JUAN. ¿No se pone en el balcón?
FABRICIO. Denantes estaba allí.
JUAN. ¿Voy bien puesto?
HORACIO. Señor, sí.
JUAN. (¡Qué buen trocar de azadón!
Parezco en estos combates
mar que crezco con la luna;
del pincel de la fortuna
soy tabla de disparates.
¿Qué pinturas hay brutescas
que se puedan conferir
a ver por Nápoles ir
*El Caballero de Illescas?*
¡Qué fábula representa
el mundo en mi elevación
más ridícula!)
LEONELO. (No son
amigos amor y afrenta.
No puedo sufrir que estén
juntos, Teodoro, en mi pecho,
porque si él les viene estrecho
no dudes que a mí también.
¿Si será ocasión de hablalle?
TEODORO. Paréceme a mí que no.)

(*Sale* CELIO.)

PAJE. Don Juan, mi señora os vió
paseando por la calle,
y os ruega que a vella entréis.
JUAN. Idos todos por ahí.—
(¿Que tan dichoso nací,
Celio?
PAJE. Vos lo merecéis.)

(*Vanse* JUAN TOMÁS *y* CELIO *solos.)*

RIBERIO. Llamóle el paje y entró.
LEONELO. Esto es hecho. ¿Yo qué aguardo?
TEODORO. ¡Por mi vida que es gallardo!
¡Con qué donaire pasó!
LEONELO. Pasó con tanto donaire
a los ojos que yo miro,
que como bala de tiro
me pudo matar el aire.
La noche quiere cerrarse.
Tarde saldrá. Armarme quiero.
TEODORO. Y de paciencia primero.
LEONELO. Eso no es, Teodoro, armarse,
es confesarse rendido.
¡Ay, español vitorioso!
¡Guárdate bien de un celoso
en vísperas de ofendido!

(*Vanse. Sale* JUAN TOMÁS *solo y* OCTAVIA *con él.)*

JUAN. Estimo la cortesía,
mi señora, que me hacéis.
OCTAVIA. A lo que vos merecéis
y a lo que el alma os debía
todo es muy poco, don Juan.
JUAN. Sin el anillo no es bien
que aquesas manos estén,
hoy el anillo os darán.
Daré los dos mil ducados
aunque a cambio tome mil.
OCTAVIA. Ya que en todo sois gentil,
seldo en pagar mis cuidados.
Si queréis que en vuestro nombre
le traiga, yo os enviaré
el dinero, o le diré,
aunque del plazo se asombre,
que vos lo habéis enviado.
JUAN. Por enlazaros consiento
este descortés intento
en lo que a mí me ha tocado.
Dádselos en hora buena
por que luego le traigáis.
OCTAVIA. Por la prenda que me dais
os doy aquesta cadena.
JUAN. Yo la tomo como quien
ya es esclavo de esos ojos.
OCTAVIA. Guardaos, no vengan antojos
que otros ojos os los den.
JUAN. Seré luego conocido
y doblaréisme la pena.
OCTAVIA. Doblaré yo la cadena
de otras vueltas.
JUAN. Eso pido.
(¿Qué Indias son éstas, Amor?
Quien de su concha no sale,

a una vil piedra se iguale
en cantera sin valor;
mas la que sale de allí
y sirve en rica portada,
ya tiene valor, labrada,
como yo lo tengo aquí.)
Mi señora, con deseo
estáis de saber quién soy.

OCTAVIA. Con tanto deseo estoy,
que a mis pensamientos creo.
¿No sois español? Pues basta.

JUAN. No quiero tanto favor,
mas que entendáis el valor
de mis padres, nombre y casta.
Nací en la mitad de España,
que poniéndole un compás,
por ninguna parte hay más
de las partes que el mar baña.
Yo soy don Juan de la Tierra,
apellido en mi linaje
que por el prólogo ataje,
pues quien se alaba al fin yerra.
Nací como el Rey nació
y tengo sangre como él,
que mi linaje fiel
del primer rey decendió,
que fué señor en el mundo.
Son mis armas un arado
en campo verde de un prado,
blasón de Wamba segundo.
Salí a ver a Italia, en fin.
Mi padre come la renta
de las tierras que sustenta
retirado en un jardín,
donde él propio la cultiva;
que algún senador romano
plantó a veces con su mano
el mirto, el olmo y la oliva.
No tengo, después que el mar
tanta hacienda me robó,
cosa con que os pueda yo
esta voluntad mostrar,
ni que quien soy acredite,
sino es que el alma veáis,
que por el pecho miráis
y el pecho al cristal imite.
Pero cual soy, cual estoy,
extranjero y perseguido,
vuestro soy y vuestro he sido,
y el alma en prendas os doy.

OCTAVIA. Español, don Juan, amigo,
tres títulos que podrán
asegurarte que están
todas mis fuerzas contigo.
Inclinada a tu nación
por decreto celestial,
desprecié mi natural,
si es natural condición,
y era todo un cierto agüero
de que te había de amar.
No puedo despacio hablar
en lo que te adoro y quiero,
porque hay padre y hay testigos,
a quien ya he echado de ver
que es pedirme por mujer
tenerlos por enemigos.
Pero mira quién será
contra Amor tan atrevido,
que o tú serás mi marido
o que por nacer está.
No juzgues atrevimiento
lo que voy contigo hablando,
porque la mujer, amando,
carece de entendimiento,
sino mira con piedad,
para que tu amor me crea,
que quien ama, si desea,
no tiene dificultad.

JUAN. Si no la tiene quien ama
y no os puedo pretender
por legítima mujer,
haced un hecho de fama.
Venid a España conmigo,
adonde seréis señora
de cuanto en mi tierra agora
a vuestro servicio obligo,
que aunque es poco, es en la parte
de esta provincia mejor.

OCTAVIA. ¿Qué negará un grande amor?
Don Juan, mal hice en amarte.
Traza el modo sin que entienda
mi padre tan gran locura,
que si tu fe me asegura
que soy y seré tu prenda,
iré a España y hasta donde
jamás llegó humana planta.

JUAN. Pues tu voluntad es tanta
que a mi firmeza responde,
esta mano es prenda, y tal,
que sólo podrá la muerte
deshacer lazo tan fuerte
sobre mi forma inmortal.
El modo será que estés,
la noche que te avisare,

sin que ninguno repare
que me hablas ni me ves,
a punto para partir,
que yo tendré una tartana
velera, fuerte y liviana
para que podamos ir
hasta España por el mar,
que con un ángel yo sé
que en su margen pondré el pie
sin que me vuelva a engañar.

OCTAVIA. ¿Cumpliráslo?
JUAN. Es infalible.
OCTAVIA. ¿Cuándo será?
JUAN. Brevemente.
OCTAVIA. ¿Quién hay que amando no intente
alguna cosa imposible?
Torno a decir que soy tuya
y que te espero.
JUAN. Verás,
Octavia, a qué tierra vas.
OCTAVIA. De tus efetos se arguya.
Bien haya la tierra, amén,
que tales hombres produce.
JUAN. (No es oro lo que reluce.)
OCTAVIA. ¡Adiós, alma!
JUAN. ¡Adiós, mi bien!

*(Vase OCTAVIA; queda JUAN.)*

Subí, llegué, toqué. Cometa he sido;
sólo me falta deshacerme luego.
Pero si yo estoy en la región del fuego,
¿qué mucho que de allá salga encendido?
Tracé, dije, rendí, dióse a partido
la gran ciudad a cuyas puertas llego;
porque siendo español parezco griego
en el engaño y el andar perdido.
Es fuerza, para aumento de sus glorias,
cebo dorado que las almas pescas,
la vela con que salen mis historias;
porque tendrán, si el viento me refrescas,
Toledo fiestas y Madrid vitorias,
laurel Amor y caballero Illescas.

---

## ACTO TERCERO

### DEL *Caballero de Illescas.*

*(Suenan dentro voces como de tormenta.)*

UNO.

Ten cerca de la orilla, acosta a tierra.

OTRO.

Boga, que nos deshace el viento. ¡Amaina!

OTRO.

¡Ah, mar traidor, qué gran peligro encierra
esa tu condición de bestia zaina!

JUAN.

¡Virgen de Illescas! ¡Virgen de mi tierra,
la espada de rigor piadosa envaina
al Hijo que pariste!

OCTAVIA.

Ya zozobra.

JUAN.

La tierra es ésta, Octavia, aliento cobra.

*(Salga JUAN TOMÁS y trae en brazos, medio desnuda, a OCTAVIA.)*

JUAN.

Siéntate, si por dicha tienes vida.

OCTAVIA.

Aún tengo vida en el postrero aliento
a la esperanza de la tuya asida.

JUAN.

¡Mal me trata el furor de este elemento!
Ya queda la tartana sumergida.

OCTAVIA.

¡Indómito rigor! ¡Contrario viento!
¿Nuestras ropas y joyas?

JUAN.

Allá quedan.

OCTAVIA.

Las vidas basta que librarse puedan.

JUAN.

En mal punto de Nápoles salimos,
entre tantas espadas y contrarios.

OCTAVIA.

Hazaña temeraria acometimos.

JUAN.

Son todos los amantes temerarios.

OCTAVIA.

¿Qué tierra es ésta?

JUAN.

España.

OCTAVIA.

¿Qué perdimos?

JUAN.

Dineros, joyas y vestidos varios.

OCTAVIA.

¿Qué importa, si es la tierra en que se encierra
de vuestro estado la dichosa tierra?
Demás que aquel anillo es venturoso.

JUAN.

¿Viene con vos?

OCTAVIA.

Conmigo, don Juan, viene.

JUAN.

Reliquia contra el mar tempestuoso
ese diamante en sus peligros tiene.

OCTAVIA.

Pésame que venderle es ya forzoso.

JUAN.

De ninguna manera nos conviene,
que cuando su valor alguno entienda,
nos costará las vidas y la prenda.

OCTAVIA.

¿Por qué razón?

JUAN.

Es joya tan preciosa,
y estamos tan desnudos y perdidos,
que dirán que es hurtada.

OCTAVIA.

¡Ay, mar furioso!
¡Ay, crédito del mundo en los vestidos,
decid quién sois!

JUAN.

¡Ay, mi querida esposa,
clara y divina luz de mis sentidos,
ya estamos en España!

OCTAVIA.

Si ya estamos,
¿de qué teméis? A vuestra casa vamos.

JUAN.

Hay un gran mal.

OCTAVIA.

¿Qué mal, teniendo vida?

JUAN.

No lo puedo decir.

OCTAVIA.

Decildo, os ruego.

JUAN.

Daraos gran pena.

OCTAVIA.

Es pena prevenida.
No os receléis de que me mate luego.

JUAN.

Si aquesta calidad fuese fingida,
vos Troya, Octavia, y yo Sinón el Griego,
véndido el Conde y de su inobediencia
castigo esta maldad, ¿tendréis paciencia?

OCTAVIA.

¡Válgame el Cielo! ¡Y qué temores tengo!
¡Ay, español! ¿Qué has hecho? ¿No eres hom-
del valor que dijiste? [bre

JUAN.

A tiempo vengo
que has de saber mi verdadero nombre.

OCTAVIA.

Dime, dime mi mal.

JUAN.

Ya le prevengo,
para que más mi término te asombre,
y, condolido de tu pena el Cielo,
me dé castigo a mí y a ti consuelo.

Sabrás, desdichada Octavia,
que yo no tengo nobleza,
y que de padres villanos
nací en la villa de Illescas.
Si te dije que mi nombre
era don Juan de la Tierra
no te engaño más que el don,
la tierra no, pues soy de ella.
De la tierra somos todos
mientras que en esta corteza
vive el alma, que allí pára
cuanto de su nada engendra.
Oí decir a mi padre
un día en sus mismas puertas,
acabando yo de echar
un carro de paja en ellas,
que ilustraban los linajes
o las armas o las letras.
Las letras no las sabía,
las armas obrando aciertan;
tomé mi espada y maté
un hombre junto a la iglesia,
donde me amparó su torre;
¡qué buen principio de ciencia!

Salí con algún peligro
y, acogido a una bandera
de un Capitán que alojaba,
seguir propuse la guerra.
Dióme un real el Capitán
y, jugando en cierta gresca,
gané quinientos con él
y dos vueltas de cadena.
Matarme quiso un picado,
y, mientras que se concierta,
robéle su misma dama,
mujer más libre que honesta.
Llevé mi prenda a Madrid
sin que se alterase Grecia,
que ella fué Elena a lo sordo
y yo fuí Paris de Illescas.
Siguiéronme los soldados,
Menalaos de esta empresa,
y echándome la justicia
corté una vara y dos piernas.
Perdido andaba una noche
cuando, temiendo su fuerza,
viéndome junto a palacio,
hice sagrado su puerta,
donde, llegando tres hombres
de aquella misma pendencia,
dieron sobre un caballero
que estaba inocente de ella.
Salí y púseme a su lado,
y, rompiendo tres cabezas,
hice oficio de padrino.
Y esto te ruego que adviertas:
que el hombre estaba embozado,
aunque mostraba en las señas
ser persona principal,
y me habló de esta manera:
"No puedo decir quién soy;
mas toma este anillo en prendas
de que te estoy obligado.
Mi gente viene. Adiós queda.
Si se casare Isabel
y se acabaren las guerras
de Portugal y Castilla,
vende este anillo a la Reina."
No cuidé de lo que dijo.
Pasé a Italia, y la cadena
y el dinerillo jugué
antes que saltase en tierra,
donde salí sin vestidos,
porque, llegando a la prueba,
era la cadena falsa
y era cierta mi inocencia.
Yo lo que gané perdí;
mas soldados de galera
son algo más atrevidos,
y saltamos en la arena,
donde, no siendo disculpa
que mi villana experiencia
jamás conoció más oro
que los hierros de una reja,
maté dos y me acogí
a vuestra Nápoles bella,
donde a Camilo le dije
todas aquellas quimeras.
Llevé el anillo a tu padre,
que si dice que la prenda
es falsa, tú tienes honra
y yo me quedo sin ella.
Dióme los dos mil ducados,
puse casa, di libreas,
conquisté tu voluntad
y debió de ser tu estrella.
Por Nápoles paseaba,
donde en las calles y tiendas
"Veis allí—decían todos—
al caballero de Illescas."
Con esto arrojaste el alma
a lo que a los dos nos cuesta
el estar en esta playa
yo con honra y tú sin ella.
Soy un pobre labrador
sin nobleza y sin hacienda,
no mal nacido ¡por Dios!,
que a los nueve salí fuera.
Murióseme cierto hermano,
hombre de buen talle y letras,
que estudiaba para obispo
—allá en el Cielo lo sea—
y mi padre me juró
que mi casta era tan buena,
que por lo menos había
siete clérigos en ella,
y que alguno sería Papa.
¡Plega al Cielo que suceda,
por que el Conde eche de ver
con qué persona emparienta!

OCTAVIA. Caballero o labrador,
que el uno o que el otro seas;
español, que español solo
tan gran locura emprendiera,
esta ha sido mi fortuna,
no quiera Dios que aborrezca
mi vida por tu traición;
haz lo que quisieres de ella.

Sólo me pesa que el mar,
inexorable y soberbia,
me robase tantas joyas
con que en España vivieras.
Mas lo que puedes hacer
es matarme, que mis fuerzas
no sé si podrán sufrir
vida de tantas miserias.
Cuando voy a aborrecerte
considero tantas prendas
como tienes de mi honor,
y que es razón que te quiera.
Quiero quererte, y mirando
tu alevosía y mi ofensa,
aborrezco tu maldad.
¡Qué afrentosa competencia!
Déjame, fiero español,
el más cruel. Mas, no; espera.
Ampárame, español mío;
moriréme si me dejas.
Desvíate, no me toques,
infamia de mi nobleza;
pero sí, que con tu amparo
tendrá mi culpa defensa.
Flaqueza fué de mujer
quererte. Mas ¿quién creyera,
viendo tu artificio y talle,
que no eras señor de Illescas?
Ahora bien, llévame allá;
que, como si yo naciera
en tus campos y labranzas,
iré siguiendo mi estrella.
Viviré en hábito humilde,
que es justo que así se vea
quien por el mejor amante
el más vil padre desecha.

JUAN. No prosigas, bella Octavia,
y, pues eres tan discreta,
mira en ejemplos del mundo
muchas historias como ésta.
De una Infanta de León
en toda España se cuenta
que Meneses, labrador,
mereció casar con ella.
Ven a Illescas, a mi casa,
que no hay casa tan estrecha
que, si me tienes amor,
palacio no te parezca.
No te faltarán vestidos,
saya de grana las fiestas,
manto con que irás a misa,
limpia cama y mejor mesa.
Iremos los dos al campo,
y al primer hijo que tengas
le llamarás rey, si es hombre,
y emperadora, si es hembra,
pues quien ha de parir reyes
téngase en puntos de reina,
que los casados, con hijos,
sólo ese reino desean.
Yo viviré tan sujeto,
mi señora, a cuanto quieras,
que me querrás más villano
que caballero de Illescas.
Tan bien vivirás en paño
como el señor en la seda,
que el contento es alquimista
y el latón en oro trueca.
No pienses en los vasallos,
que si en los vasallos piensas,
dile a la fortuna en burlas
que lo que tienes desechas,
que todo en la muerte sobra,
y a ninguno, cuando muera,
le han de dar más que aquel lienzo,
como fardo de la tierra.
Ven conmigo a Barcelona,
que yo haré allá de manera
que alleguemos a mi casa
sin tocar en esta prenda.

OCTAVIA. Bien harás, porque algún día
podrá ser que el dueño venga
a hacerte algún bien, don Juan.

JUAN. El nombre, señora, deja;
sólo Juan me has de llamar.

OCTAVIA. Pues, Juan, yo voy más contenta
que si fueras igual mío.

JUAN. Eres, Octavia, discreta.
Correrás a la fortuna
si ve que te burlas de ella.

OCTAVIA. ¿Eres mi marido?

JUAN. Sí.

OCTAVIA. Pues eso basta que seas.

(*Vanse. Salen el* CONDE ANTONIO *y* LEONELO, *caballero.*)

LEONELO.

¿De qué sirve, señor, desconsolaros
ni con tanto dolor perder el seso,
pues el dolor no puede remediaros?

CONDE.

Si no debo sentir este suceso,
¿cuál otro alguno a sentimiento obliga?
Una palabra no confiesa el preso.

LEONELO.

¿Qué queréis vos que en el tormento diga
Camilo, que sin duda está inocente?
Mejor será que al español se siga.

CONDE.

Si supiera, Leonelo, claramente
por dónde va el traidor, no perdonara
la edad, que ya decrépita se siente.

LEONELO.

Que a España la ha llevado es cosa clara,
y que en su tierra la tendrá sospecho.

CONDE.

¡Oh, España, para mí tan cara!
Allá tuve un hermano sin provecho
en cosas de los reyes ocupado,
a quien pasaron una noche el pecho.
¿Contentaráse España de haber dado
este premio a Fabricio, sin que ahora
haya a mi Octavia un español robado?

LEONELO.

Siendo tan principal, poco desdora
vuestra nobleza.

CONDE.

Entiendo que era noble.

LEONELO.

Nápoles os consuela.

CONDE.

Mi honor llora,
y yo no tengo corazón de roble,
aunque él sea noble, para estar contento,
viendo que usó conmigo trato doble.
Llevó mis joyas, que fué bajo intento;
pero, perdida Octavia, todo es poco;
de sola Octavia tengo sentimiento.

LEONELO.

Ahora os digo que, celoso y loco,
yo le pensé matar.

CONDE.

¡Dios lo quisiera!

LEONELO.

Pero temblando en el suceso toco.
Riberio, yo y Teodoro, al salir fuera
de tu casa una noche le aguardamos.
Solo salió don Juan. ¡Quién lo creyera!
Apenas las espadas le mostramos,
cuando, a los golpes de la fuerte suya,
sangre y deshonra todos tres llevamos.

CONDE.

Que es ido a España es justo que se arguya,
pues es señor de Illescas; y así quiero,
si me acompaña la persona tuya,
irle a buscar. Mas llevaré primero
del Rey para el de España algunas cartas,
que en Aragón, Leonelo, hallarle espero.

LEONELO.

Justicia llevas y razones hartas;
tus quejas bastan. Sólo te suplico
que brevemente a lo que dices partas.
Ese hombre es noble, es generoso y rico,
y, en fin, señor de Illescas, villa honrada,
sin algo que a sus límites aplico.
Honra a tu hija y déjala casada.

CONDE.

Tú me aconsejas bien. Yo parto luego,
que por la mar es breve la jornada,
si no resiste a mi amoroso fuego.

*(Vanse. Sale* PEDRO (1) TOMÁS, *viejo*, *y* BELARDO, TIRRENO, RISELO, *segadores.)*

PADRE. A tres y medio en buen hora,
y si no no hay que tratar.
BELARDO. Buen año para segar.
PADRE. Así van otros ahora.
TIRRENO. ¡Par Dios, Belardo, no estemos
en Castilla este verano!
BELARDO. ¡Voto al sol, Tirreno hermano,
que poco en ello ganemos!
Dios os dió su bendición,
campos del Andalucía.
TIRRENO. ¿Es vuesa tierra?
BELARDO. No es mía.
RISELO. Tiene Belardo razón,
que es miseria lo de acá.
BELARDO. Pero aquella es la mejor
donde un hombre tiene amor,
y más si en su centro está,
y ¡por tu vida!, Riselo,
que allá vamos a segar.
RISELO. De servir y no medrar
canso con quejas al Cielo.—
Nosamo, a cuatro, o adiós.
PADRE. Ahora bien, por ser la gente
de buen talle, a cuatro asiente,
y al precio quiero otros dos.

(1) Así en este lugar, pero luego dice sólo "Pa", al parecer "Padre", y este nombre para uniformar el texto le seguiremos dando; ya que así está también en las primeras escenas.

RISELO. No sé si los hallaréis;
pero el campo nos mostrad
y la comida enviad
a las horas que sabéis.

(*Sale* CASILDA, *labradora.*)

PADRE. ¿Casilda?
CASILDA. ¿Señor?
PADRE. Al punto
sobre el pollino os poned.
BELARDO. ¿Es hija de su merced?
PADRE. ¿Por qué lo decís?
BELARDO. Pregunto.
PADRE. Sí es.
BELARDO. Guárdesela Dios.
TIRRENO. (¿Ya le clavastes el ojo?
BELARDO. Pues no tengamos enojo,
que otras hay para los dos.)
PADRE. Enseñaldes la heredad
y volved a apercebir
la comida.
CASILDA. ¿Que he de ir
con ellos?
BELARDO. Pues ¿no?
CASILDA. ¿En verdad?
BELARDO. En verdad que habéis de ser
esta vez estrella nuestra,
que quien a tres hombres muestra
tal nombre puede tener.
Si del trigo se hace el pan,
y Dios baja al pan, yo os digo
que van, donde nace el trigo,
casi a Belén los que van.
De una reina se decía
que a los cueros se humillaba
adonde aquel vino estaba
que para el cáliz servía;
y, siendo así, no está mal
esta mi imaginación.
TIRRENO. ¡Par Dios, que Salamelón
no dijera enigma igual!
RISELO. Es Belardo persabido.
BELARDO. Las desdichas lo han causado,
que el que de ellas es letrado
no sale poco entendido.
TIRRENO. Mejor dijeras que fué
ángel Casilda.
BELARDO. ¿En qué modo?
TIRRENO. ¿Pastores no somos?
BELARDO. Todo
primero lo imaginé,
y era más ángel que estrella;
pero todo lo será:
estrella, por luz que da,
y ángel, porque es tan bella.
CASILDA. ¡Pardiez, padre, que tenéis
segadores de buen pro!
PADRE. Saca el jumento.
CASILDA. Y que yo
temo que ensuegrar queréis.
PADRE. Anda, loca.—Entrad vosotros,
y por do fuera seguilda.
BELARDO. (¡Perdido voy por Casilda!
RISELO. ¿Y somos bestias nosotros?)

(*Vanse los* SEGADORES *y* CASILDA.)

PADRE. Por este tiempo me acuerdo
que aquel traidor mal nacido
se fué de Illescas perdido,
si la memoria no pierdo.
Aquí fué donde metió
la paja aquel mismo día,
que de cuanto me debía
sólo en pajas me pagó.
¿Qué habrá hecho la fortuna
de hombre tan desatinado?

(*Sale* JUAN TOMÁS *y* OCTAVIA, *humildemente vestidos.*)

JUAN. A buen tiempo hemos llegado.
Casi no hay gente ninguna.
OCTAVIA. Es de mañana, mi bien.
Aquí un hombre se pasea,
sin que conozca quién sea.
PADRE. ¿Qué es lo que mis ojos ven?
JUAN. ¡Ay, Octavia! Este es aquel
que dió principio a mis días.—
Yo llego como Tobías
con el ángel Rafael.
PADRE. ¿Es mi soldado perdido?
JUAN. Es tu hijo, padre amado.
PADRE. ¡Válate Dios por soldado!
¿Cómo tan presto has venido?
¿No se hace buen pan allá?
JUAN. Sí, señor; buen pan había;
mas la carne cierto día
quiso echarme por acá.
PADRE. ¿Es tuya aquesa mujer?
JUAN. Estoy medio desposado;
que es hija de un padre honrado.
OCTAVIA. ¡Ved en qué me vengo a ver!
PADRE. Pues mientras la otra mitad
de ese desposorio hacéis,
iros a dormir podéis

al campo de mi heredad,
que es buena cama de campo;
que yo en casa no recojo
bellacos.

JUAN. ¡Templa el enojo!

PADRE. Ya sabéis que yo me estampo
con el padre que me hizo.
¡Ved a lo que fué a la guerra!
Llamóle el pan de la tierra
al bellaco tornadizo.
No paréis aquí.

JUAN. ¡Señor,
oye, que ésta es mi mujer!

OCTAVIA. Por serlo podéis tener
de mi desdicha dolor.
Mirad que soy bien nacida,
aunque soy más desdichada.

PADRE. Porque parecéis honrada,
vergonzosa y encogida,
os admito con palabra
que será la boda cierta,
porque os juro que esta puerta
de otra suerte no se abra.—
Entrad, señor, y vestíos
de los hábitos pasados,
porque ya de los soldados
habéis de dejar los bríos.
Agradeced el entrar
a esa mujer.

JUAN. Bien decís.

PADRE. Que tan quebrado venís
que tengo bien que soldar.
Y tomad en hora mala
la reja en que el buey suspira:
ni es para el asno la lira
ni para el pobre la gala.
Id a segar con la gente
al campo, pues a los ojos
me traéis estos despojos
de guerra tan insolente.
Y ella, si quiere ir allá,
vaya, o quede en la cocina.

OCTAVIA. Aún soy de ese oficio indigna
y es el que mejor me está,
aunque por la compañía
de mi marido allá iré;
seré yo la que les dé
la comida al mediodía.
¿Mandáislo así?

PADRE. Vos haréis
lo que en casa os diere gusto.—

(*Vase* OCTAVIA.)

Ea, vos, que estáis muy justo,
¿de qué ahora enmudecéis?
Quitaos la sucia plumilla,
tomad sombrero de paja,
coma de lo que trabaja,
buey a quien el yugo humilla.
¡Alto al campo, picarón!

JUAN. ¡Ved en qué paró mi brío!
Sólo vos, por padre mío,
me dijera esa razón.

(*Vase* JUAN TOMÁS.)

PADRE. En no os pareciendo bien,
las Italias es mejor.
¿Quién le mete al labrador
en que otro oficio le den?
Porque danza al són del parche
vuelta en jineta la reja,
diga al buey, arando: "Ceja",
y no al soldado que marche.
¡Oh, vanidades del mundo!

(*Sale* SIXTO, *labrador.*)

SIXTO. El Corregidor os llama,
buen Pedro, y sabed que es fama,
fama que en verdad la fundo,
que los Reyes de Castilla,
casados con bendición,
como tan devotos son
de la imagen de esta villa,
vienen a cumplir su voto.
Illescas quiere hacer fiestas,
y aún hay personas dispuestas.
Para escoger en el soto
de toros media docena
os dan este oficio a vos.

PADRE. Huélgome, Sixto ¡por Dios!,
de la fiesta que se ordena;
mas por ser tiempo ocupado
yo me quisiera excusar.

SIXTO. Sois Regidor, no hay lugar;
ya el Concejo lo ha mandado;
no hay sino escogerlos luego.

PADRE. Vamos a la plaza.

SIXTO. Vamos,
y a mandar que pongan ramos
y a la noche enciendan fuego.

(*Vanse. Sale* BELARDO, TIRRENO, RISELO, *cantando este villancico.*)

*Cantan.* "Blancas coge Lucinda
las azucenas,

y en llegando a sus manos
parecen negras.
Cuando sale el alba,
Lucinda bella,
sale más hermosa,
la tierra alegra.
Con su sol enjuga
sus blancas perlas;
si una flor le quita
dos mil engendra,
porque son sus plantas
de primavera,
y como cristales
sus manos bellas,
y ansí, con ser blancas
las azucenas,
en llegando a sus manos
parecen negras."

(*Sale* CASILDA *con la comida.*)

CASILDA. Ya estaréis todos cansados
de esperar.
BELARDO. ¡Par Dios, que había
pensado que el mediodía
se perdió entre esos nublados!
¿Era tiempo que vinieras?
CASILDA. Sentaos y tomá placer.
TIRRENO. Como no le hay sin comer,
tú sola darle pudieras.
Mira aquesa bendición
de manadas que hemos hecho.
CASILDA. ¡Oh! Que os entre en buen provecho
la comida y la ración.
Ea, partid.

(*Siéntense los cuatro a comer. Sale* LEONELO *y el* CONDE ANTONIO *y* CELIO *de camino.*)

LEONELO. Esta gente
nos dirá si cerca estamos.
CONDE. Buena gente, decid: ¿vamos
bien a Illescas?
BELARDO. Bien, pariente,
y agradeced al comer
que dos pullas no lleváis;
por más que del Rey seáis,
no es poco de agradecer.
CONDE. (Dondequiera que pasamos
preguntan si el Rey se acerca;
sin duda que viene cerca
y que de él muy cerca estamos.
No viene mal a mi intento
que venga al mismo lugar.)
RISELO. Quiero a Belardo brindar.
BELARDO. Que lo oigo y que consiento.
RISELO. Pues ¿es notificación?
BELARDO. Estoy ya tan enseñado,
que hasta el beber he pensado
que pleitos del cuerpo son.
LEONELO. ¿Sois de este lugar?
CASILDA. Yo soy,
señores, de este lugar.
Si algo queréis preguntar
aquí, como veis, estoy.
CONDE. ¿El señor de Illescas vino
con su mujer?
CASILDA. ¿Qué señor?
CONDE. Don Juan.
CASILDA. ¿Don Juan? ¡Lindo humor!
CONDE. (Mi desventura imagino.)
LEONELO. ¿No está aquí el señor de Illescas?
CASILDA. El Rey es aquí señor.
LEONELO. ¿El Rey?
CONDE. (¡Confuso temor!)
BELARDO. ¿Son de las guardas tudescas?
LEONELO. No, hermanos, napolitanos.
RISELO. Y ¿a qué vienen a la guerra?
LEONELO. Luego don Juan de la Tierra
¿no está en esta villa, hermanos?
CASILDA. ¿Cuál don Juan?
CONDE. Uno que fué
a Italia.
CASILDA. Un Juan conocí
que tiene su padre aquí
y esta tierra que se ve,
que se fué a Italia soldado,
travieso y incorregible,
y de Illescas no es posible
que otro fuese.
CONDE. (¡Estoy turbado,
Cielos, si es este español
dueño de la infamia mía!
Mas ¿cómo tener podía
un diamante como un sol?
Si no es que yo me engañé
y era falso, que soy hombre.)
LEONELO. Ese Juan ¿tiene otro nombre?
CASILDA. Si es el que de Illescas fué,
es mi hermano Juan Tomás,
dispuesto a cualquier enredo.
CONDE. Mucho lo confirma el miedo.
No quiero que digas más.
TIRRENO. Gran gente suena.
LEONELO. Sospecho
que el Rey debe de venir.

CONDE. Justicia voy a pedir
del agravio que me han hecho.

LEONELO. Acertarás en hablar
al Rey en esta ocasión.

CONDE. Las cartas del de Aragón,
Leonelo, le quiero dar,
que este Infante es su sobrino,
aunque es de Castilla Rey,
que por justísima ley
a Isabela el reino vino,
hermana del cuarto Enrique.

LEONELO. Ven a verle.

CONDE. ¡Ay, hija mía!

BELARDO. En la fiesta de este día
¿quién hay que al lugar no pique?
Queden las azas adiós,
que a los Reyes quiero ver.

TIRRENO. Lo mismo pensaba hacer
si os quedárades los dos.
Pues vamos acompañando
a Casilda.

CASILDA. Es gran favor.

BELARDO. Mujer que no tiene amor,
acompañarla burlando.

(*Vanse. Sale* JUAN TOMAS *y* OCTAVIA, *vestidos de labradores.*)

OCTAVIA.

Es mi consejo, al parecer, tan justo,
que harás mal en querer tenerle en poco.

JUAN.

De obedecerte en lo que dices gusto;
mas el peligro con las manos toco.

OCTAVIA.

Ningún peligro te ha de dar disgusto.

JUAN.

Pues ¿no es bastante a que me vuelva loco
si pierdo este diamante por consejo
que tú me das y de su amor me quejo?

OCTAVIA.

Si viene el Rey y trae aquí consigo
sus grandes y señores, y pregonas
el anillo del modo que te digo,
mas tu lealtad y condición abonas,
harás a un Rey de tu valor testigo,
pues entre tan gravísimas personas
vendrá, sin duda, aquel que te lo ha dado,
de quien serás, como es razón, premiado.
Porque querer vender dos labradores
diamante tan precioso, es cosa cierta
que nos han de culpar, y que a mayores
peligros abriremos mayor puerta.

JUAN.

Si ha habido tantos yerros por amores
y el que ama, si obedece, errando acierta,
yo quiero, como amante, obedecerte,
pues no hay peligro ni temor de muerte.
Y pues el mar furioso en su tormenta
nos sepultó más precio que el diamante
en joyas, cuya luz me representa
a los ojos tragedia semejante,
piérdase aquéste si tu pecho intenta
que pregonarle así pase adelante,
que, en fin, al que viniere a dar las señas,
conoceré mejor, como me enseñas.
Y siendo tal, como parece fuerza,
a quien de este diamante dueño ha sido,
tan gran servicio a galardón le esfuerza,
y tendrá más valor que no vendido.

OCTAVIA.

Cuando de este propósito se tuerza
nuestra fortuna habremos conocido,
y, sin tener temor y confianza,
viviremos seguros de mudanza.
Parte, mi bien.

JUAN.

Yo voy a que pregone,
el que lo suele hacer en esta villa,
este diamante, aunque el valor perdone,
con que parece octava maravilla.
Cuando el sol los antípodas corone
y del mar español deje la orilla,
te volveré a decir, Octavia mía,
el fin de la fortuna de este día.

OCTAVIA.

No tiene fin persecución alguna
de las que con mi estrella comenzaron,
porque a los desdichados en la cuna,
comenzando a nacer, los sepultaron.
Terrero he sido yo de la fortuna;
sus flechas me cubrieron y gastaron
de suerte, que me espanto que me acierte,
pues sólo falta el golpe de la muerte.

(*Sale* BELARDO, *segador.*)

BELARDO.

Ven a la plaza, que te guarde el Cielo,
con tu cuñada a sólo vella, Octavia;
verás al Rey del castellano suelo
con nuestra Reina belicosa y sabia

medir como las águilas el vuelo,
cuya divina vista el sol no agravia,
sobre el corto lugar que a su grandeza
hoy aposenta en rústica pobreza.
  Ven a mirar el rostro milagroso
de este famoso aragonés divino,
de quien Castilla espera el venturoso
siglo que ha tantos siglos que no vino,
y el de Isabela en tanto grado hermoso,
honesto, puro, grave, heroico y digno
de ser, pues con más luz su margen baña,
como Apolo en el cielo, el sol de España.
  Verás tantos gallardos escuadrones
de soldados, de guardas, de banderas;
tantos príncipes, duques y barones,
que de estos dos planetas son esferas;
tantos Mendozas, Zúñigas, Girones,
Sandovales, Enríquez y Cabreras,
con otros mil linajes de importancia,
que no pudo aprendellos mi ignorancia.
  Mil fiestas tiene el pueblo prevenidas,
a pesar de la siega comenzada,
para alegrar las dos famosas vidas
que han de poner el pie sobre Granada.
Allá dicen que van apercebidas
de hacer al moro una famosa entrada.
¿Qué aguardas que no ofreces juncia y ramos
a aquellos pies?

OCTAVIA.
Bien dices.

BELARDO.
Vamos.

[OCTAVIA.]
[Vamos.]

*(Vanse. Sale acompañamiento y música, y los reyes detrás.* DON FERNANDO *y* DOÑA ISABEL; *el* REY, (1) *leyendo una carta; el* CONDE.)

INFANTE. ¿Vos sois el Conde?
CONDE. Señor,
yo soy el Conde.
INFANTE. Está bien.
¿Quién es este don Juan?
CONDE. Quien
robó en Italia mi honor.
INFANTE. ¿Qué apellido?
CONDE. De la Tierra,
y señor de este lugar.
INFANTE. Éste os debió de engañar.
CONDE. Quien confía en mujer, yerra.
INFANTE. Como fuere en quien confía,
que si mil vidas tuviera
en confianza las diera
a un cabello de la mía.
ISABEL. Beso, señor, vuestras manos
por tal merced y favor.
INFANTE. Más debo a vuestro valor
y méritos soberanos.
ISABEL. Quien ama, de cuanto trata
saca cómo hacer merced
a quien quiere bien; creed
que no soy, Fernando, ingrata.
INFANTE. De los ajenos errores
sale para mí el favor,
que los yerros de otro amor
nos hacen tratar de amores.
Dice el conde Antonio, un hombre
que el de Aragón me encomienda,
que le han hurtado una prenda
con fingido trato y nombre.—
Id, Marqués de Santillana,
y sabed quién es aquí
don Juan de la Tierra.
SANTILL. A mí
me parece incierta y vana
la diligencia, señor;
que la tierra es apellido
común de cualquier nacido,
y será buscarle error;
pero yo haré diligencia.

*(Vase.)*

INFANTE. Encomiéndame mi tío
vuestro negocio, y es mío
cualquiera suyo en su ausencia.
ISABEL. ¡Que un español se atreviese
a un hombre tan principal
fuera de su natural!
INFANTE. ¿Quién queríades que fuese?
Lo que no emprende español
ninguna nación lo acaba.
CONDE. Pudo una industria tan brava
cerrar los ojos al sol.
Caballero se fingía
con notable gravedad;
la opinión de la ciudad
aseguraba la mía.
Como es allá costumbre

(1) Sin embargo, en los versos que siguen le llama INFANTE; pero es el mismo.

decir al que es principal
el caballero de tal,
sin saberse campo o lumbre,
vasallos, cazas ni pescas,
creí [a] cuantos le trataban,
porque todos le llamaban
el Caballero de Illescas.
Sacó una noche a mi Octavia,
y, en una tartana, el viento
ayudó su pensamiento,
que ayuda el mar al que agravia;
y a mí, que era el agraviado,
me detuvo, y no llegué
a poner en tierra el pie,
que quise pasarlo a nado.

(*Sale el* Marqués de Santillana.)

SANTILL. Haciéndose información
de esa nueva maravilla,
me dicen que en esta villa
hoy se va dando un pregón
que, por cosa tan notable,
es bien que vuestras altezas
lo sepan.

ISABEL. Serán grandezas
de amor, vasallo admirable.

SANTILL. No es de esa suerte, señora;
más os iréis admirando.

ISABEL. ¿Cómo?

SANTILL. Que van pregonando
por esas plazas ahora
que quien hubiere perdido
a la puerta de palacio
de Madrid, con mucho espacio,
siendo error tan conocido,
un diamante de valor
de catorce mil ducados,
por lapidario tasados,
diga el engaste y labor
del oro y se le darán.

INFANTE. ¿Tenéislo a burla?

SANTILL. Pues ¿no?

INFANTE. Pues ése he perdido yo,
si mis señas bastarán.

SANTILL. ¡Caso extraño! ¿Vos, señor?
Verle sin señas podéis.

INFANTE. Venga el dueño.

CONDE. Aunque juzguéis
este pensamiento a error,
digo, señor, que podría
ser este diamante mío.

INFANTE. ¡Vuestro? ¿Cómo?

CONDE. Y aun confío
hallar mi honor este día,
que el hombre que me engañó
me empeñó una piedra a mí
de ese valor.

INFANTE. ¿Cómo así?

CONDE. Y ésta con otras me hurtó
mi hija, que estará aquí,
pues la vende o la pregona.

INFANTE. Fué mía, y a esa persona
la di, que no la perdí,
aunque él dice que es perdida,
y fué la noche dichosa
que el ver mi Isabel hermosa
pudo costarme la vida.

ISABEL. ¿Cómo, señor?

INFANTE. Aguardando
los caballeros que fueron
a hablaros, porque temieron
a los del contrario bando,
me acometieron tres hombres,
y me pusieron de suerte
que temí, Isabel, mi muerte.

ISABEL. ¡Ay, mi señor, no la nombres!

INFANTE. Pero un mancebo que estaba
a la puerta, me ayudó,
y los hirió, y me libró;
algún ángel le ayudaba.
A quien por obligación
aquel hermoso diamante,
que no tiene semejante
en valor a mi opinión,
díjele que os le trajese
si el Rey casaba con vos;
y, en viéndonos a los dos
juntos, quiso que supiese,
con este pregón que ha dado,
que es a quien la piedra di.

SANTILL. Ya viene su dueño aquí
con su padre, un viejo honrado.

(*Salen el* Marqués, Juan Tomás *y su padre* Pedro Tomás.)

INFANTE. ¿De dónde eres?

JUAN. De aquí soy.

INFANTE. ¿Es tu padre aqueste viejo?

JUAN. Sí, señor.

CONDE. De quien me quejo
a tus pies mirando estoy.
Señor, aqueste es don Juan.
Mándale prender.

INFANTE. Espera.

JUAN. (¡ Ay, Cielos !)
INFANTE. ¿De qué manera
veré el anillo?
JUAN. Aquí están
el anillo, el corazón,
alma y vida a tu servicio.
Tu grandeza y real oficio
señas de crédito son.
Este es, señor, el diamante.
INFANTE. Este es mío. ¿De qué suerte
vino a tu poder?
JUAN. Advierte...
CONDE. (¡ Cielos, traje semejante !)
JUAN. Huyendo de este lugar
vine a Madrid, y a la puerta
de su palacio, una noche,
vi un mancebo de estas señas:
con una capa gascona,
hasta la cara (1) cubierta,
y de un sombrero de plumas
coronada la cabeza.
Tres hombres, con las espadas
desnudas...
INFANTE. Basta las señas.
¿Qué te dijo al dar su anillo?
JUAN. Que le vendiese a la Reina.
INFANTE. Dame tus brazos, mancebo,
(*Abrázale.*)
que ¡ por vida de mí y de ella !
que me pesa que hombre humilde
con valor tan noble seas,
que te hiciera un gran favor.
ISABEL. Dejadme, señor, que vea
a un hombre que os dió la vida
y a quien toda España deba
tener tal Rey como vos.
CONDE. Luego ¿no tendré licencia
para pedirle mi hija?
INFANTE. Ven acá. ¿Qué prenda es ésta
que este caballero pide?
Di verdad, pues la profesas.
JUAN. Si mis pensamientos altos,
envueltos en flacas fuerzas,
me despeñaron a Italia
y se aumentaron en ella,
que, empeñando este diamante
al Conde, le dije que era
señor de Illescas, mi patria,
y caballero de Illescas.
Don Juan de la Tierra fué
mi nombre, no Lara o Cerda,
que, como en tierra nací,
fué mi nombre de la tierra.
Robéle su hija al Conde;
si hacerme algún bien deseas,
la vida sólo te pido.
CONDE. Mira si es justa mi queja.
INFANTE. ¿Dónde la tienes?
JUAN. Señor,
habiéndonos la mar fiera
echado a tierra desnudos,
nos venimos a esta aldea,
donde, en casa de mi padre,
encubre sus altas prendas
el mismo rústico traje.
INFANTE. Vaya la guarda por ella.
ISABEL. ¿Eres su padre, buen hombre?
PADRE. No, señora.
JUAN. ¡ Cosa nueva !
Pedro Tomás, ¿qué decís?
No temáis que mal os venga.
¿Cómo negáis ser mi padre?
PADRE. Señor, de Nápoles era
su padre de Juan Tomás,
que no don Juan de la Tierra.
Al rey Enrique servía.
Tuvo en una dama bella
un hijo, que fué este mozo,
y, por ser prenda secreta,
la dieron a mi mujer.
Mas, cumpliendo un año apenas,
le mataron a su padre
sobre negocios de hacienda.
Yo, por no desampararlle,
criéle con mi pobreza,
y quedóse labrador;
ved si la nobleza muestra.
CONDE. El caballero que dices,
¿qué oficio tuvo en la guerra,
y qué nombre?
PADRE. Era su oficio
ingenios y fortalezas;
Fabricio el nombre.
CONDE. ¿Qué escucho?
Y mis brazos ¿a qué esperan?
Fabricio fué hermano mío,
que quiere el Cielo que seas
mi sobrino y yerno.
JUAN. Soy,
señor, quien tus plantas besa.

---

(1) En A, "barba".

*(Sale* OCTAVIA.)

OCTAVIA. Aquí vengo a obedeceros,
aunque con tanta vergüenza
como mi delito pide.

CONDE. Octavia mía, no tengas
vergüenza; yo soy tu padre.
Llega a don Juan, pues hoy llega
a ser tu primo.

OCTAVIA. Señor,
¿ya no culparás mi estrella?

INFANTE. A buena dicha he tenido
que tan bien nacido sea
hombre que me dió la vida;
y si el servicio se premia,
dispense Su Santidad,
y a sus bodas mi Isabela
y yo seremos padrinos.

ISABEL. Seis mil ducados de renta
quiero que tenga don Juan.

CONDE. El tiene en Nápoles tierra
y alguna hacienda también
que yerno y sobrino hereda.

INFANTE. Por armas tenga el anillo,
y porque es bien que agradezca
al labrador la crianza
del hombre, la mayor deuda,
por él doy dos mil ducados
y una legua de dehesa
en las orillas del Tajo.

PADRE. Beso los pies de tu alteza.

JUAN. Aquí, senado, se acaba
esta historia verdadera,
que halló su autor en Italia,
de *El Caballero de Illescas.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA
DEL *Caballero de Illescas.*

# EL CABALLERO DEL MILAGRO

## COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

## A PEDRO DE HERRERA

Comencé esta décimaquinta parte de mis comedias con el nombre del insigne jurisconsulto don Francisco de la Cueva y Silva, y doile fin con el de v. m., para engastarla en dos tan preciosas piedras, y porque entre los dos, como en tan alta esfera, sirva mi voluntad de línea equinocial, círculo verdadero, y no imaginario, como el celeste que pasa por medio del mundo de Levante a Poniente, en igual distancia de los dos Polos, para que el sol de tales ingenios iguale en mi amor el suyo, como el del Cielo, en ella, los días y las noches. He deseado a v. m. sumamente el premio de sus estudios y de este raro entendimiento; pero confieso que le he dudado, porque ya para él son rodeos los méritos, no por defeto de los Príncipes, de quien dijo quien pudo: *In quibus non est salus,* sino de la fortuna, que, por opinión del filósofo, los desampara. Preguntó a un hombre Júpiter, en las antiguas fábulas, por un agradable sacrificio que le había hecho, cuál quería más, riqueza o ingenio, el hombre (más codicioso de honra que de tesoros, pues él alcanza a ser inmortal y ellos no pasan, con el dueño, del límite de la vida), y respondió que más quería el ingenio; diósele Júpiter; fué gran filósofo, astrólogo y aritmético; mas viendo que pocos entendían sus estudios y que ninguno se los premiaba, alzando los ojos al Cielo, dijo:

"¡Oh, Júpiter: si dieras
a todos un ingenio como el mío,
premiaran mis estudios!
Mas ¡ay, que es desvarío,
pues si lo mismo que yo sé supieran,
ningún premio me dieran.
¡Dame riqueza, Júpiter divino!
Pues el que ignora, sea bajo o grave,
está contento con saber que sabe."

Y aquí me parece que los dos versos de Virgilio en la *Geórgica* (allá verá v. m. la ocasión por que los dijo), si quiere aplicarla a los poderosos (tomando la alegoría de aquellas aves), vienen muy a propósito:

*Haud equidem credo, quia sit divinitus illis,*
*Ingenium, autverum fato prudentia maior.*

Los escritos de v. m. ya tienen premio, o impresos o manuscritos, entre los hombres doctos y que con desapasionados juicios advierten la doctrina, la elegancia, la locución, el ornamento, la copia de tanta variedad de letras humanas y inteligencia de negocios, así extranjeros como nuestros, así del Estado como de la guerra, políticos y eclesiásticos; pero tal vez la naturaleza, en su divina música, no tiene por menos arte dar una consonancia en vacío; v. m. me entiende:

*Qui sit Maecenas, ut nemo quam sibi sortem,*
*Seu ratio dederit, seu sors obiecerit illa*
*Contentus vivat.*

Y lo demás de aquel elegante discurso del poeta Horacio, en esta parte moral filósofo; pero, realmente, es bueno para la especulación y el desengaño; mas no me conformo con que, habiéndose de vivir a la puerta del premio y de la honra, veáis que se da a quien no le merece, y que falta a la virtud y estudios, pues también toca a la opinión que os estimen si la multitud más juzga por los lugares que por los méritos.

*Povera e nuda vai Philosophia,*

dijo el Petrarca; mas, porque no me obligue a reprehensión de mí mismo, lo que Garcilaso dijo a Boscán:

"Que a Sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es Elegía."

Reciba v. m. en su protección a EL CABALLERO DEL MILAGRO, que no lo será pequeño tener para sus fábulas tan excelente Demóstenes por oyente, que, con respeto suyo, no sólo se levanten los demás, pero le den aplauso. Dios guarde a v. m. con los bienes que le deseo.

Su capellán y aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

ISABELA.
BEATRIZ.
OTAVIA.
FILIBERTO.
LEONATO.
LUZMÁN.
TRISTÁN, *criado.*
CAMILO.
PATRICIO, *viejo.*
EUGENIO.
PACHÓN, *lacayo.*
FABIO, *paje.*
LOMBARDO, *criado.*
LOFRASO.
HOSTALERO.
ALGUACIL.
DEOFRIDO.
TULIO, *paje.*

Representóla Vergara.

## ACTO PRIMERO

(*Salen* LUZMÁN, *gentilhombre*, *y* TRISTÁN, *criado.*)

LUZMÁN. ¿Vengo bien puesto, Tristán?
TRISTÁN. Peregrino talle tienes.
LUZMÁN. Si vengo bien, digo.

TRISTÁN. Vienes
por todo extremo galán.
LUZMÁN. Eso sólo te pregunto,
que ya yo sé que en mi talle
puso, el que pudo formalle,
su poder y gusto junto.
Errar vestirme recelo,
que lo hecho mal podría:
vestirme es a cuenta mía,
el talle, a cuenta del Cielo.
Y el Cielo no pudo errar,
que cuando tomó consejo
con el cristal del espejo,
el sol no pudo envidiar.
En una borrada copia,
para hacer mi gentileza,
dió el Cielo a Naturaleza
su poder en causa propia.
Fué como diestro pintor:
diseñóme al natural
y dejóme al oficial
que me acabase mejor.
Es del Cielo el artificio,
el borrón y la destreza,
y de la Naturaleza
las colores y el oficio.
TRISTÁN. Has hecho un discurso breve
del Cielo y de tu hermosura.
LUZMÁN. Creo que a la compostura
alguna cosa se debe;
y aun es razón que le den
lo que yo no pienso dalle,
que mil hombres de mal talle
vestidos parecen bien.
¡Ah, si durara el estado
de nuestros padres primeros,
que andando todos en cueros
se viera el mejor formado!
Cuál hay que con calza larga
encubre lo que es mal hecho,
y cuál con lana del pecho,
o de la espalda, la carga;
cuál el brazo, cuál la pierna
con el jubón o la calza,
porque así la baja o alza
como a ser de cera tierna;
cuál el pie con la chinela
o con el corcho lo falto,
y cómo a parecer alto
el que es bajo se desvela.
Pues en llegando a las damas,
no hay fea, no hay fiera o mostro
que no curen más del rostro
que de sus obras y famas.
Cuál, con unto de caballo,
crece el pelado cabello;
cuál quita con hilo el vello,
que es lo mismo que pelallo;
cuál, con canas, lo ennegrece,
y si por dicha está calva,
de este peligro se salva
y con cabello amanece;
cuál lo enrubia si está cano,
o, por quererse alegrar,
con jengibre de dorar,
oro chico y palo indiano.
Ver las vanas composturas
del rostro, las redomillas,
tuétanos de manecillas,
unto de gato y criaturas;
las mudas para trocarse
de aquel ser en otro ser,
cual si fueran menester
achaques para mudarse;
zumo de zadiva y lirios,
de abenate y limón agro,
que para hacer un milagro
pasan docientos martirios.
Verlas hacer serafines
con mil pomos y bujetas
del aceite de violetas,
de almendras y de jazmines;
el mostillo y vinagrillo,
taragontia, dormideras...
TRISTÁN. Deja esas vanas quimeras,
que no es de tu honor decillo,
ni se puede comprender
proceso tan infinito.
LUZMÁN. ¿Yo qué les pongo ni quito?
TRISTÁN. Más sabes que una mujer
y callar será mejor,
por que alguna no disfame
los hombres, si algún infame
se ha puesto afeite y color;
que más de alguno habrá sido
de Heliogábalo retrato.
LUZMÁN. ¿Cuándo tú me has visto ingrato
al ser de que fuí nacido?
TRISTÁN. ¿Cuándo? ¡Oh, qué bien lo acomodas!
Mas cuando tú no lo fuiste,
que sólo de ellas naciste
para burlarte de todas:
que habiendo nacido de una,
y que alguna te da ser,

yo no te he visto querer
de veras mujer ninguna.
Esto es más claro que el sol,
y que muchas qúe te aman
por toda Roma te llaman
el arrogante español.
¿De qué sirve componerte?
¿Para quién te vistes galas,
si no es que a Narciso igualas,
como en el talle, en quererte?
No te quieras tanto a ti
que a ninguna mujer quieras,
pues que gozarte no esperas
si alguien no goza de ti.
No hay cosa que más desee
ser vista y comunicada
que la hermosura extremada
en aquel que la posee.
Por hallarse una mujer
en el espejo hermosa,
viene a ser tan amorosa
al que la viene a querer.
De modo que no eres bello,
pues que no te comunicas.

LUZMÁN. Tarde consejos me aplicas.

TRISTÁN. Matarte tiene el cabello.
Morirás como Absalón,
pues que de tantas mujeres
ninguna estimas y quieres,
siendo el quererlas razón,
y aborrecerlas repugna
la naturaleza de hombre.

LUZMÁN. No es razón que eso te asombre
pues no me agrada ninguna,
y el querer no es elección,
porque ha de ser accidente.

TRISTÁN. Quererte tan tiernamente
¿no ha de moverte afición?
¿El Amor no obliga a amor
y a justa correspondencia?

LUZMÁN. En mí verás la experiencia,
Tristán, de tu falso error:
yo aborrezco siendo amado,
y a quien me adora desprecio.

TRISTÁN. Mucho es porque no eres necio,
si no lo es ser confiado.
¿Cómo no quieres a quien
con tanto extremo te adora?

LUZMÁN. Diréte la causa agora,
y la disculpa también.
Considero en las mujeres
mil faltas y liviandades,
locuras y libertades
y diversos pareceres.
Las que para ser queridas
exterior belleza tienen,
ya por el alma a ser vienen
justamente aborrecidas.
Las que el alma tienen tal
que sus malicias reforma,
tienen el cuerpo de forma
que es a Lucifer igual.
Por esto, generalmente,
las aborrezco y maltrato.

TRISTÁN. ¿Tú eres hombre?

LUZMÁN. Sí.

TRISTÁN. ¡Y qué ingrato!
Pero escucha atentamente,
diréte de su valor
lo que no podrás negar.

LUZMÁN. Yo no te quiero escuchar.

TRISTÁN. Pues ¡quién venciera tu error!

LUZMÁN. Por no oír decir bien de ellas
no te escucho; pero advierte
que el tratallas de esta suerte
me está más bien que querellas;
que, como no me amartelo,
puedo engañar cuantas miro.
Ya finjo el "¡Ay!" del suspiro,
ya la lágrima, ya el celo,
ya la desesperación,
y todo aquesto que ves
es por mi propio interés,
que mis tributarias son.
¿Ya no has visto que me dan
todo lo que juego y visto?

TRISTÁN. Ya de sus joyas te he visto
rico, bizarro y galán.

LUZMÁN. Si de una me amartelara,
¿qué fuera de mí?

TRISTÁN. ¡Detente!

*(Sale* OTAVIA, *dama*

OTAVIA. ¡Con mujeres sois valiente!
¡Yo os haré cruzar la cara!
¡Volved acá, fanfarrón!

TRISTÁN. Otavia, señor, es ésta.

OTAVIA. Yo os haré dar la respuesta
de tan infame razón.
¿Atrevimientos a mí
y presumir de lo bravo?
Pues aunque me dé a un esclavo...

LUZMÁN. Yo lo soy, y estoy aquí.
¿Qué es esto, gentil Otavia?
¿Cómo o con quién has reñido?
¿Quien te agravia no ha sabido

que mi propia vida agravia?
Sosiega el sol alterado,
si no es que quiere llover
sobre quien hoy pudo ser
la ocasión de este nublado;
que si la cierta esperanza
de vengarte no te anima,
de lo que el mundo me estima
tomará el tiempo venganza.
¿Quién es ese medio muerto
que ha puesto lengua en tu fama?
OTAVIA. El que hoy a la tuya infama
de tus hazañas incierto:
un hombre que ya se fué,
y con eso se acabó.
LUZMÁN. Luego ¿no lo sabré yo?
OTAVIA. ¿Tú, mi vida, para qué?
LUZMÁN. Para sacalle la lengua
que movió para tu agravio.
OTAVIA. Menos valiente y más sabio.
LUZMÁN. Hablas en mi daño y mengua.
¿Quién te ha ofendido? ¿Quién era
aquel de quien te quejabas?
OTAVIA. Si supiera que aquí estabas
mi enojo y voz reprimiera,
que no te quiero yo a ti
para pendencias, mi bien.
LUZMÁN. Pues eso ha de hacer también
la que me quisiese a mí;
y pues para sólo el gusto
como cobarde me tienes,
y el disgusto con que vienes
no es para darme disgusto,
quédate adiós, que en tu vida
te pienso volver a ver.
OTAVIA. ¿Cómo, mi bien, puede ser
si está de la tuya asida?
Vuelve, que mi mucho amor
negar la causa me hacía,
que mal creerá cobardía
quien conoce tu valor.
LUZMÁN. Que no me des por disculpa
que eso causó tu afición;
yo conozco tu intención
y la razón que te culpa.
Ese que tú prometías
te sabrá mejor vengar.
OTAVIA. ¿Querrásme agora matar
como otras veces solías?
Oye y diréte quién es.
LUZMÁN. De saber mejor me holgara
quién te vengara y matara
esos dos y a mí después;
que pues hay quien me desprive,
mis manos me matarán.
OTAVIA. Si en mí no vive Luzmán,
no es alma la que en mí vive.
Sosiega, león, el pecho,
amaina la colerilla,
que esta esclava se te humilla
tuya por justo derecho.
Tú eras quien yo decía,
como si ya le nombrara,
que cruzaría la cara
a quien ofendió la mía.
Y por que sepas quién fué
el de este bellaco trato,
era el alférez Leonato,
hombre que doy con el pie.
Este, que me ha perseguido
como aborrecido amante,
hoy se me puso delante,
más que discreto, atrevido,
porque unas cintas compraba
en casa de un milanés,
y como grande interés
cinco o seis varas pagaba.
A quien yo dije al instante
que para sí las pidiese
y a sus zapatos hiciese
servicio tan importante,
porque quien me diese a mí
niñerías de galán
era en el mundo Luzmán,
y así le dejé y me fui.
Respondió que pagaría
las cintas al milanés,
y que en manos, y no en pies,
después las ocuparía.
Que a Guzmanes cortesanos
y a hombres como tú eres
con cintillas de mujeres
les solía atar las manos.
Repliquéle que mentía
y tiróme un bofetón,
que imagina el fanfarrón
que fué tu lengua la mía.
Llegó...
LUZMÁN. No me digas más.
Éntrate en tu casa luego.
OTAVIA. Escucha un poco.
LUZMÁN. ¡Reniego!
OTAVIA. Mira, mi bien...
LUZMÁN. ¿No te vas?
OTAVIA. Ya me voy.
LUZMÁN. Vete y no esperes

moverme con cuentos vanos.
¿A mí Leonato las manos
con cintillas de mujeres?
OTAVIA. Que no me...
LUZMÁN. ¡Por vida de...!
OTAVIA. Ya me voy; detén la daga.
LUZMÁN. ¿Quieres, por dicha, que haga
disparates?
OTAVIA. Yo me iré.
(Tristán, no le dejes ir;
repórtale por un rato.)

*(Vase* OTAVIA.)

LUZMÁN. ¿A mí las manos Leonato?
¡Hoy Leonato ha de morir!
¡Hoy arrancaré su lengua!
TRISTÁN. ¿Podré mirarte?
LUZMÁN. Podrás,
que de palabras no más
a nadie resulta mengua.
TRISTÁN. Pues ¿has de hacer lo que dices?
LUZMÁN. Antes tengo pensamiento
de intentar un fingimiento
que alabes y solenices.
TRISTÁN. Luego ¿no le buscarás?
LUZMÁN. Soy oveja y león me pinto.
¿Ya se te olvida del quinto
que dice: "No matarás."?
A un hombre tan gentilhombre
le está muy mal ser valiente,
que no es negocio decente
para conservarse un hombre.
Si toda aquesta belleza
presumiese aventurar,
¿tú no ves que es agraviar
la misma naturaleza?
Antes de la misma suerte
es lástima conocida
que haya de tener mi vida
el límite de la muerte.
Yo soy propio cortesano,
puesto que liciones tomo.
De milagro visto y como,
juego, triunfo, pierdo, gano,
tengo mujeres y amigos
y en todo buena opinión.
TRISTÁN. Pues éstos pienso que son.
LUZMÁN. ¿Quién?
TRISTÁN. Tus propios enemigos.

*(Salen* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO.

En fin, es imposible que se ablande.

CAMILO.

¿Tanto a Luzmán adora?

LEONATO.

Pierde el seso.
No hay quien como él su casa rija y mande.
Juzgaldo vos por el presente exceso.

CAMILO.

¡Que un hombre como vos se pierda y ande
en la solicitud de un mal suceso
por una, en fin, mujer interesable!

LEONATO.

Palabra os doy que es en extremo amable.

CAMILO.

¿Qué tiene?

LEONATO.

Bellos ojos, bellas manos,
bello mirar gracioso, boca bella...

CAMILO.

¡Qué bellosa mujer!

LEONATO.

¿Donaires vanos
al tiempo que me veis morir por ella?

CAMILO.

Presto veréis sus imposibles llanos,
si agora su desdén os atropella,
que de cualquier mujer (1) sabemos esto,
que de un extremo en otro pasan presto.
Y porque este negocio siempre es maña,
y se altera y deshace con la fuerza,
no habéis de hacer la prometida hazaña,
pues la palabra a mal hacer no fuerza;
fuera de que Luzmán salió de España,
cosa que a procurar honor esfuerza,
y ya sabéis la presunción que tiene
el villano más vil que de allá viene.
Ansí, ¿pensáis poder atar los brazos
con una delicada y tierna cinta
a quien tiene opinión de hacer pedazos
al mismo Marte y a su esfera quinta?
Haced más fuertes esos tiernos lazos.
Desnudo Amor la antigüedad le pinta.
No con cintas de seda a quien agravia,
con lazos de oro atad la mano a Otavia.
Récipe, dice el interés: dinero,
uncías, las que el enfermo demandare,

(1) En la edición de la Viuda de Alonso Martín, "persona"; pero el verso queda largo.

y sanará del corazón primero
que el mismo pensamiento imaginare.
Mortal es el enfermo, el daño fiero
cuando esta santa epítima faltare.
Yo hablo como diestro cirujano:
¿queréis negociar bien? dinero en mano.

LEONATO.

Altamente, Camilo, me aconseja.
Mas ¿qué he de hacer si prometí matalle?

CAMILO.

¿Cómo matar, que es fábula y conseja?
Yo haré con él que os lo perdone y calle.
¿Qué cena apercebida que le deja
o qué dineros que pensaba dalle?
Si tal palabra os pide, que me maten.

LEONATO.

¡Qué extraños pensamientos me combaten!

CAMILO.

¿Dónde traéis las cintas?

LEONATO.

He querido
tratar como a favor lo que es agravio.
En la toquilla están, porque éste ha sido
el puesto donde más mi honor agravio;
que como ya los cuernos me han salido,
imito a Midas desdichado y sabio:
él los cubrió con hiedra y yo con cintas.

CAMILO.

¡Válame Dios y qué Macías te pintas!

LUZMÁN.

(Aquí, Tristán, te espera, y verás presto
cómo de todos vitorioso salgo.)
Huélgome de que estéis en este puesto
si por ser español, señores, valgo,
y pues favorecer es caso honesto
fuera de su nación un hombre hidalgo
que de un peligro en este punto escapa,
prestadme ese sombrero, espada y capa.
Que de un celoso puedo fácilmente,
mudando el traje, ser desconocido,
y impórtame llevarle diferente,
ser otra vez adonde fué admitido;
atrévome a los dos seguramente
por ser de mi nación favorecido,
y porque juntamente con aquesto
desocupado me dejéis el puesto.

LEONATO.

Por vuestro talle os soy aficionado
desde que en Roma os vi la vez primera,
y sé que me debéis este cuidado
de que de espacio larga cuenta os diera;
pero pues que venís tan ocupado,
menos servicio deteneros fuera.
Esta es mi capa, espada y mi sombrero,
y la persona que ofreceros quiero.

LUZMÁN.

Después me habéis de hacer merced, y agora
será mayor desocupar la calle
para que el dueño de ésta, mi señora,
me vea en diferente forma y talle.

CAMILO.

(Este es Luzmán, el que tu dama adora.

LEONATO.

¿Este es aquel que prometí matalle?
Mas piénsola engañar con su vestido
diciendo que a mis pies quedó tendido.

CAMILO.

Cumplirás tu palabra de esa suerte.)

LEONATO.

¿Dónde os tengo de hablar?

LUZMÁN.

Aquesta tarde,
junto al castillo de Santángel fuerte.

LEONATO.

Pues, alto. Dios os guíe.

LUZMÁN.

El mismo os guarde.
¿Tristán?

TRISTÁN.

¿Señor?

LUZMÁN.

¿Qué dices de esta muerte?

TRISTÁN.

Que eres muy cuerdo. (Iba a decir cobarde.)
¿Qué trueco es éste?

LUZMÁN.

Que lo entiendas quiero:
por cogelle las cintas del sombrero.

TRISTÁN.

Pues ¿qué has de hacer con ellas?

LUZMÁN.

Ir a Otavia...

TRISTÁN.

Di lo demás.

LUZMÁN.

No es tiempo que lo entiendas.

TRISTÁN.

¿Engañarla querrás?

LUZMÁN.

Pues ¿no?

TRISTÁN.

Es muy sabia.

LUZMÁN.

¿A quién no engañarán aquestas prendas?
Ella sabe que son de quien la agravia.

TRISTÁN.

Y ¿cómo podrá ser que te defiendas
del alférez después si entiende el caso?

LUZMÁN.

Pues ese es el milagro.

TRISTÁN.

Este es Lofraso.

(*Sale* LOFRASO, *criado.*)

LOFRASO. Albricias pudieras darme,
señor Luzmán; si tuvieras
con qué pagarme, pudieras
peligroso aventurarme.
Hoy, después que te dejé,
desde Santiago a la plaza
te he levantado una caza.
LUZMÁN. ¿Buena?
LOFRASO. Milagrosa, a fe.
LUZMÁN. Traslada, Lofraso mío,
del cartapacio dos bellos
sonetos.
LOFRASO. ¡Qué bien con ellos
me defenderé del frío!
¿Qué jubón se le desmanda?
LUZMÁN. Muy presto le has de tener.
TRISTÁN. (De azotes había de ser,
por el oficio en que anda.)
LUZMÁN. Cuéntame lo que has hallado,
ventor de caza sabrosa.
LOFRASO. Una mujer muy hermosa.
LUZMÁN. Lejos de mi intento has dado.
Lo que yo te dije ayer,
y lo que Luzmán desea,
es mujer mayor y fea,
mas rica y noble mujer;
que mi intención es pelar
mujeres de este jaez.
TRISTÁN. Tanto pelas, que una vez
pelado habrás de quedar.
Déjale decir lo que es.
LUZMÁN. Di, veamos.
LOFRASO. Si ésta es rica,
hermosa y bella, ¿qué implica?
Pues hay gusto y interés.
LUZMÁN. ¿Qué nación?
LOFRASO. Es veneciana.
Mujer de un Patricio viejo.
LUZMÁN. ¿Viejo?
LOFRASO. Sí.
LUZMÁN. ¡Gentil espejo
para una mujer lozana!
Miraráse en sus antojos,
pero no podrá cumplillos.
LOFRASO. Tú podrás mejor suplillos,
que tienes claros los ojos.
LUZMÁN. En fin, ¿te parece a ti
que me ha de querer?
LOFRASO. Querrá.
LUZMÁN. ¿Y que me dará?
LOFRASO. Dará.
LUZMÁN. ¿Eres eco?
LOFRASO. Señor, sí.
TRISTÁN. Cosa que dieses en seco,
señor, con estos regalos;
porque si dijeses palos
lo mismo responde el eco.
Déjate de esto y advierte
en la confusión que estás,
y que prometido has
dar a Leonato la muerte.
LUZMÁN. Para todo habrá lugar.
LOFRASO. Oye, señor ¡pesia mí!
Gente nueva viene aquí.

(*Sale una dama francesa de camino, llamada* BEATRIZ, *y un galán suyo soldado,* FILIBERTO, *y un* CRIADO *detrás.*)

BEATRIZ. ¡No me acabo de admirar!
¡Qué bravas torres y templos!
¡Qué soberbios edificios!
¡Qué de ruïnas, indicios
de los pasados ejemplos!
¡Qué bravo espacio que toma
entre esos montes su asiento!
Mas ¿cómo alabarla intento?
¿No basta decir que es Roma?
FILIBERTO. Esta fué, Beatriz hermosa,
del mundo la gran cabeza,
que sólo tu gran belleza
la iguala en el ser famosa.
Esta fué la antigua madre

de Césares y Cipiones,
hija de aquellos varones
que a Marte tienen por padre.
Esta fué la patria bella
de Fabricios y Torcatos,
y de los Claudios, ingratos
al bien que heredaron de ella.
Aquí Virgíneo (1) mató
a su hija; allí Lucrecia,
antes loca y después necia,
hierro con hierro sacó;
quemóse la mano Mucio,
y echóse en el hueco espacio
sobre su caballo Horacio.

(LOMBARDO, *criado*.)

LOMBARDO. Pregúntale si era rucio.—
¡Pesar de quien me vistió!
Ves que posada no hallas
y estamos en antiguallas
si erró Lucrecia o si no.
¿Qué le va agora en saber
si Horacio se echó a caballo?
¿No habrá tiempo de contallo
cuando acabes de comer?
De la comida acabada
dicen que la fiesta es
contar fábulas después,
que antes es burla pesada.
No hemos hallado mesón
y andamos de calle en calle,
y agora querrás contalle
la vida de Cicerón.
FILIBERTO. Bien dices para tu gusto,
que no hay historia que sepa
sino el vino que le quepa.
LOMBARDO. ¿Y esto te causa disgusto?
¡Cuerpo de Dios con Torcato,
que ha mil años que pasó!
¿Qué culpa le tengo yo
si fué liberal o ingrato?
Vamos de aquí, que en comiendo
nos contarás esa historia.

(*Hablan los dos aparte.*)

LUZMÁN. (Voy, Tristán, en la memoria
un engaño apercibiendo.
TRISTÁN. ¿Engaño? Pues ¿a qué efeto?
LUZMÁN. La francesilla me agrada,
que es fresca y recién llegada
y peregrino sujeto,
que para mi inclinación,
fundada en sólo interés,
extremada pieza es.
TRISTÁN. Y extraña tu condición.
¿No ves que éste es su galán?
LUZMÁN. Ese es milagro, necio.
TRISTÁN. No tiene tu ingenio precio.
LUZMÁN. Oye una industria, Tristán.
TRISTÁN. ¿Querráste alzar con la dama?
LUZMÁN. Oíd los dos al oído.)
BEATRIZ. Aquí dicen que ha venido
una española de fama.
FILIBERTO. No estará Roma sin ellas;
mas tú valdrás tanto más,
cuanto ventaja hallarás
que hace el sol a las estrellas.
De lo que es casa y criados
hay grande comodidad.
BEATRIZ. Sí; pero en esta ciudad
se halla a peso de ducados.
FILIBERTO. Antes vives con engaño,
que hay de alquiler bravas cosas
y, cuando fuesen costosas,
fían hasta fin del año,
y para entonces, Beatriz,
tu buena dicha es la renta,
que sin pagar la pimienta
nadie ha de comer perdiz.
Yo no pienso darte pena,
que a un hombre no ha de faltalle
vividor y de buen talle.
LUZMÁN. (¿Es buena la industria?
TRISTÁN. Buena.
LUZMÁN. Pues parte, Lofraso.
LOFRASO. Voy.
TRISTÁN. ¡Bravo embuste intentas!
LUZMÁN. ¡Bravo!
Si llego con él al cabo,
Tristán, mis guantes te doy.)
LOFRASO. ¿Buscáis acaso posada
en esta calle, señores?
FILIBERTO. Por buscar de las mayores,
ninguna de éstas me agrada.
¿Sois de alguna, por ventura?
LOFRASO. No está muy lejos de aquí
la que yo os ofrezco.
FILIBERTO. ¿Ansí?
LOFRASO. Y es limpia, honrada y segura.
FILIBERTO. ¿Sois vos el dueño?
LOFRASO. Antes soy
criado, a vuestro servicio.
BEATRIZ. De honrada posada indicio.
LOFRASO. Menor de lo que es le doy,

(1) [illegible]

porque es posada tan grande
que es un palacio encubierto.

BEATRIZ. No permitáis, Filiberto,
que más por las calles ande.
Llevadme allá.

LOFRASO. No es razón
que sin vella entréis en ella.
Venga este criado a vella,
que no es humilde mesón,
sino posada tan bella
para príncipes y grandes,
que de España, Francia y Flandes
vienen a posar en ella.
Hay la perdiz, la vitela,
pavo, capón y conejo,
pan del Papa, vino añejo
y cuanto en el aire vuela.
De manjar blanco, y tortadas
de pasteles y rosquillas,
puedo contar maravillas,
y de hermosas ginebradas.
Lo que es camas, con la nieve
se atreven a competir.

FILIBERTO. Bien puedes, Lombardo, ir
donde ese hidalgo te lleve,
y aquí te aguardamos.

LOFRASO. Vamos,
que quiero darte a beber.

LOMBARDO. Romano debes de ser.
¿Hay de Candia?

LOFRASO. Hoy lo sacamos
de una secreta cantina (1)
que ha un año que no se abrió.

LOMBARDO. ¿Hay con que beba?

LOFRASO. Pues ¿no?
Una brizna de cecina.

(*Vase* LOMBARDO *y* LOFRASO.)

LUZMÁN. (Ya le lleva. Acude agora.

TRISTÁN. Yo voy.

LUZMÁN. Muy despacio vas.
Llega y dale por detrás.)

FILIBERTO. Sentaos un poco, señora,
si tan cansada venistes,
que cerca estará el mesón.

TRISTÁN. ¿Acordáisos, fanfarrón,
del bofetón que me distes?
Pues tomad.

FILIBERTO. ¿Qué dices, hombre?

(*Dale* TRISTÁN *a* FILIBERTO *dos espaldarazos y huya; mete mano* FILIBERTO *y síguele.*)

¡Oh, bellaco! ¡Espera! ¡Aguarda!

LUZMÁN. (La industria ha sido gallarda.)

BEATRIZ. ¡Ay de mí!

LUZMÁN. Nada os asombre,
que para echarle de aquí,
después que siguiendo os vengo,
con dos criados que tengo
posada y palos fingí.

BEATRIZ. ¿Luego no era mesonero,
y éste que se fué, agraviado?

LUZMÁN. Uno y otro es mi criado,
y yo serlo vuestro espero.
Soy un español que en Roma
gasto mi hacienda a mi gusto;
sirvo bien y doy disgusto
a quien conmigo se toma.
Que estuve para matar
el galán que os ha traído,
a no haber duda tenido
que vos le debéis de amar.
Que si no es ansí, mi vida,
y sois tan recién llegada,
del alma y de mi posada
quiero que seáis servida,
donde regalo y vestidos,
hasta que os acomodéis,
deseo y gusto tendréis
por vuestra boca medidos.
Este hombre me parece
de mal trato y proceder,
de que os puede suceder
lo que un mal trato merece.
Si de él estáis enfadada
esta es gentil ocasión,
y hombre yo de condición
que le haré rueca la espada.
No le temáis por lo fiero
si por lindo no le amáis.

BEATRIZ. Mayor confusión me dais
de la que tuve primero.
Aunque vuestro honrado talle
hace, en la pena en que estoy,
que cuando a enojarme voy
en viéndoos el rostro calle,
callo, en fin, y la invención
agradezco de algún modo,
porque sois amable en todo
y os voy cobrando afición.
El hombre, digo, el soldado
que decís, me ha parecido,

---

(1) En la de Alonso Martín, "Cantiña".

más que de hierro vestido,
algunas veces pesado.
Es carga que por mi culpa
traigo en hombros más de un año,
y ansí doy a vuestro engaño
librarme de él por disculpa.
Vamos a vuestra posada,
donde seré toda vuestra.

LUZMÁN. (A quien no engaña la muestra
de aquesta bella portada,
no llega a su entendimiento
lo que dentro de ella pasa.
Todo es portada en la casa,
que dentro no hay aposento;
pero el milagro ha de ser,
sin dinero y sin posada,
con lo que es lengua y espada,
granjear esta mujer.)

BEATRIZ. (¡Qué gran ventura la mía,
pues apenas he llegado,
cuando ya el Cielo me ha dado
lo que menester había!
Buen talle, riqueza, gusto,
y español. ¡Braveza es todo!) (*Ap.*)

LUZMÁN. (De llevarla pienso el modo
para no darla disgusto,
y no sé cómo ha de ser.) (*Aparte.*)

BEATRIZ. (Luego le pido un vestido
de mil piedras guarnecido.) (*Ap.*)

LUZMÁN. (¿Qué haré de aquesta mujer?
Pero bien ya lo he pensado.) (*Ap.*)
Ven, señora, y no nos halle
tu soldado.

BEATRIZ. (¡Qué buen talle!
Yo os dejaré bien pelado.) (*Aparte.*)

LUZMÁN. (No sé dónde halle dineros.) (*Ap.*)

BEATRIZ. Ven, pues.

LUZMÁN. ¡Dichoso el que os goza!

BEATRIZ. ¡Tuya soy!

LUZMÁN. (¡Qué buena moza!
Y pienso dejarla en cueros.)

([illegible] y sale FILIBERTO.)

FILIBERTO.

¿Hay maldad semejante? ¡Vive el Cielo,
que diera el corazón por alcanzarle!
¡Que esto sustente Roma! ¡Que esto críe!
Pero bien puede ser que me tuviese
por el que le afrentó, y ser tan cobarde
que a dos espaldarazos fuese huyendo.
Pero diómelos bien para sin ánimo.
¡Oh, pesia tal con la bellaca burla!
Parecerse los hombres en los rostros
cosa es común a la naturaleza,
y engañarse también es cosa fácil
en el talle, en el cuerpo, en el vestido;
pero que en las espaldas se parezcan,
en mi vida diré que tal he oído.
¿Cuál es aquel bellaco que parezco
por las espaldas? ¡Vive Dios, que a hallarle
hiciera un desatino con las suyas,
que ya no estoy con quien me dió enojado!
Mas ¿dónde está mi francesilla hermosa?
¿Beatriz? ¿Qué digo, amores? No parece.
Sin duda vino del mesón Lombardo
y la llevó como la vió tan sola.

(*Sale* LOMBARDO.)

LOMBARDO.

Esto pudiera sólo sucederle
a un hombre sin comer como yo estaba.
Quien fía de bellacos lo merece.

FILIBERTO.

¿Lombardo?

LOMBARDO.

¡Oh, mi señor!

FILIBERTO.

Seas bien venido.
¿Está ya mi Beatriz acomodada?
¿Es bueno el aposento y a su gusto?
¿Trajiste de comer?

LOMBARDO.

Todo está hecho.

FILIBERTO.

Eres para servir a un rey.

LOMBARDO.

¿Qué dices?
Déjote aquí con mi señora agora,
¿y dícesme si queda acomodada,
si es bueno el aposento y si he traído
de comer, que ha diez días que no como?

FILIBERTO.

Como que no está aquí Beatriz.

LOMBARDO.

Pues ¿dónde?

FILIBERTO.

¿No la has llevado tú?

LOMBARDO.

¡Búrlate un poco!
Que a un hombre sin comer son propias burlas.

FILIBERTO.

¿Y el hombre con quien fuiste?

LOMBARDO.

Era un bellaco
que me llevó por mil desterraderos,
hasta que, en una casa de dos puertas,
entró por una y se salió por otra.

FILIBERTO.

Engañado nos han.

LOMBARDO.

¿De qué manera?

FILIBERTO.

Siguiendo a un hombre que por su enemigo
me tuvo aquí, que aquesto fué el engaño,
aunque para la espalda fué bien cierto,
dejé a Beatriz y, vuelto, no la hallo.

LOMBARDO.

¿Que no la hallas?

FILIBERTO.

No.

LOMBARDO.

¡Buenos quedamos!

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN.

(Bien se ha trazado. Acomodada queda
en tanto que procuro mejor puesto.
¡Oh, pesia tal! ¿Aqueste es el valiente?)

FILIBERTO.

Por ventura se entró en alguna casa.

LOMBARDO.

Pregúntale por ella a aqueste hidalgo.

FILIBERTO.

Señor, en cortesía, ¿habéis por dicha
visto aquí...

LUZMÁN.

No paséis más adelante.
¿Es una dama de nación francesa,
sombrero y capotillo de camino,
los ojos...

FILIBERTO.

Sí, los ojos... Esa misma.

LUZMÁN.

Aquí vino un Alférez de buen talle
y, haciendo que un criado sacudiese
de palos al galán que ella traía,
mientras que le siguió, se la ha llevado.

FILIBERTO.

¡Válame Dios! ¿Sabéis acaso el nombre?

LUZMÁN.

¿Su nombre? Y ¡cómo! Llámase Leonato.

FILIBERTO.

¿Leonato? Y ¿dónde vive?

LUZMÁN.

Siempre suele
pasearse con otros camaradas
junto a Santiago de los españoles.

FILIBERTO.

¿Préciase de valiente?

LUZMÁN.

Es un gallina,
sino que es todo embustes y marañas.

FILIBERTO.

Ven conmigo, Lombardo. ¡Vive el Cielo,
que le he de hacer pedazos!

LOMBARDO.

¿No sería
mejor comer primero? ¿Cómo quierês
matar tan gran Alférez en ayunas?

FILIBERTO.

Ven conmigo, cobarde.

LOMBARDO.

¡Ah, pobre estómago!
Roma es, en fin, cabeza de la Iglesia.
Aquí están los ayunos en su punto.
Hoy he ayunado todo el año junto.

(*Vase* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

LUZMÁN. Bien voy saliendo de todo,
y más con lo que he trazado,
pues del Alférez vengado
quedaré de aqueste modo.
Que éste, por cobrar su dama
y satisfacer su afrenta,
rematará con la cuenta
de su vida y de su fama.

(*Sale* OTAVIA.)

Hoy muere Leonato.

OTAVIA. (Creo
que algún mal suceso aguarda,
pues tanto Luzmán se tarda.)

¡Gracias a Dios que te veo!
¿Eres tú?

LUZMÁN. ¡Desvíate allá!

OTAVIA. Pues ¿no merezco tus brazos?

LUZMÁN. Ya queda hecho pedazos
tu Alférez.

OTAVIA. ¿Que muerto es ya?

LUZMÁN. ¿Conoces este capote,
este sombrero y espada?
¿De qué estás alborotada?

OTAVIA. ¿No quieres que me alborote?
Esto del Alférez es.

LUZMÁN. ¿Y estas cintas?

OTAVIA. Estas son
las que en tan triste ocasión
compraba del milanés.
¿Cómo has hecho esta locura?
¿Cómo has querido perderte?

LUZMÁN. No me hables de esa suerte,
sino el remedio procura;
yo he de salirme de Roma
dentro de un hora, o ser preso.

OTAVIA. ¡Ay, desdichado suceso!

LUZMÁN. (Más que de veras lo toma.) (*Ap.*)
A Nápoles quiero irme,
donde puedes ir, Otavia,
si este mismo amor te agravia
y está en mi ausencia tan firme;
porque voy a la ligera
y de prisa no te llevo;
pero Tristán, a quien debo
la vida, en Roma te espera;
con él, mi bien, ir podrás,
y quédate adiós.

OTAVIA. ¿Ansí
te me vas? Vuelve. ¡Ay de mí!
¿Qué llevas?

LUZMÁN. Esto no más.

OTAVIA. Pues ¿sin dinero y huyendo?

LUZMÁN. La capa basta y la espada.

OTAVIA. Aguarda.

(*Vase* OTAVIA.)

LUZMÁN. Bien va guiada
la burla que hacerla entiendo,
que lo que ésta me ha de dar
vendrá como a maravilla
para que a mi francesilla
pueda mejor engañar;
que con poco que la dé
en parte tan necesaria,
la he de hacer mi tributaria
y mandalla con el pie,
y seráme de importancia
para el intento que tengo.
Hela aquí por dónde vengo
a tener un censo en Francia.

(*Sale* OTAVIA *con una ropa y una cadena.*)

OTAVIA. Luzmán, dinero me falta;
pero aquesta ropa es buena,
y estas vueltas de cadena
que esta joya de oro esmalta.
Toma, y a Nápoles parte,
donde con Tristán iré
dentro de un mes.

LUZMÁN. No podré
ser para partirme parte,
y si lo fuere será
muriendo. Mas ¡ay de mí!
¿cómo se detiene ansí
quien en tal peligro está?
¡Adiós, adiós, vida mía!
¡Mi Otavia, adiós!

OTAVIA. Él te guarde.

LUZMÁN. ¿Irás presto?

OTAVIA. Luego y tarde,
el cuerpo y la fantasía.

(*Vase* LUZMÁN.)

¡Brava es la cólera fiera
de este animoso mancebo!
El amor, no el caso apruebo
por el peligro que espera;
pero pues partido es
y en Nápoles es soldado,
toda la pena y cuidado
será la ausencia de un mes.
¡Bien dice y hace en un día!
¡Qué bien las cintas cobró!
Mal el Alférez le ató
las manos como decía.
Pero ¡ay de mí! ¿qué visión
es ésta que agora veo?

LEONATO. Por vuestro gusto deseo
hacer aquesta invención,
Otavia.

OTAVIA. ¿Es Leonato?

LEONATO. Sí.

OTAVIA. ¿Que no eres visión ni sombra?

CAMILO. (Visión y sombra te nombra.

LEONATO. ¿Cómo?

CAMILO. Y se espanta de ti.)

LEONATO. ¿Qué tienes?

OTAVIA. ¿Que no eres muerto?

LEONATO. ¿Muerto yo?
OTAVIA. Luego ¿estás vivo?
LEONATO. Vivo, y por servirte vivo.
OTAVIA. Detente hasta ver si es cierto.
LEONATO. ¿Cómo cierto? Llega, toca,
no dudes, dame esa mano.
OTAVIA. ¿Que eres vivo?
LEONATO. Y es tan llano,
como tú engañada o loca.
OTAVIA. Déjame certificar.
CAMILO. ¡Válame Dios! ¿No le ves?
Digo que el Alférez es.
LEONATO. ¿No me ves andar y hablar?
CAMILO. ¿Quién te ha engañado?
OTAVIA. ¿Has reñido
con alguien?
LEONATO. Con un galán.
OTAVIA. ¿Cómo se llama?
LEONATO. Luzmán,
y le he quitado el vestido,
y con las cintas que viste
le dejo a un árbol atado.
OTAVIA. ¿Tú atado?
LEONATO. Yo; y le he quitado
las prendas que tú le diste.
¿No conoces el sombrero?
OTAVIA. Conozco que fuí engañada
y que agora soy burlada,
y que escarmentar espero.
¡Qué extremados fanfarrones
para Bravos y Guzmanes!
Ellos son para galanes
o afrenta de sus naciones.
Para engañarme los dos,
truecan los dos el vestido.
CAMILO. (Luzmán primero ha venido
al mismo engaño. ¡Por Dios,
en linda afrenta caístes!)
LEONATO. Oye, que me estoy burlando.
OTAVIA. Y yo estoy desesperando
de ver qué gallinas fuistes.
LEONATO. Oye, y sabrás la novela
cuando un momento me aguardes.
OTAVIA. No me hablen los cobardes,
que buscaré quien los muela.
CAMILO. Detente por mí este rato.
OTAVIA. ¿Qué quieres? En hora buena
que una ropa, una cadena
me cuesta el vivir, Leonato.
LEONATO. ¿Cómo, o quién, o cuándo ha sido?
OTAVIA. Luzmán, que aquí me contó
que te mató.
LEONATO. ¿Me mató?
OTAVIA. Y me mostró tu vestido,
y aun las cintas me ha mostrado.
LEONATO. Vete, que ya sé lo que es,
y no han de dar hoy las tres
sin que esté todo cobrado.
OTAVIA. Si eso haces, yo me ofrezco
de ser tuya.
LEONATO. Ve con Dios.
OTAVIA. Español, ¿conmigo vos?
Pero yo me lo merezco,
que de un pobre y fanfarrón
por sólo el talle y la lengua
me ha pagado, y por mi mengua
le he dado gusto y pensión.

(*Vase* OTAVIA.)

CAMILO.

Admirado me tiene la cautela
del soldado atrevido.

LEONATO.

No te espantes,
pues casi fuera igual nuestra novela.

CAMILO.

¡Que ande este mozo en pasos semejantes!

LEONATO.

Si en iguales embustes se desvela,
las plantas le serán bien importantes,
que si él en Roma vive de este modo,
vendrá por todo y a pagarlo todo.

(*Salen* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

FILIBERTO.

Estos parecen, en el talle y traje,
soldados españoles.

LOMBARDO.

Preguntemos,
pues hay lugar adonde suba y baje
la coleta en ayunas que traemos.

FILIBERTO.

Ponte muy bien.

LOMBARDO.

¡Pesar de mi linaje,
matémoslos de presto, y comeremos!

FILIBERTO.

Dios los guarde, señores españoles,
como del mundo y de las armas soles.

LEONATO.

Vos seáis, caballero, bien venido.
¿Mandáis que os sirvamos?

FILIBERTO.

Suplicaros
quiero, por forastero, aunque atrevido,
y por un caballero preguntaros
que será, por famoso, conocido,
y porque es español.

LEONATO.

Podré nombraros
cuantos en Roma de esa nación viven.

CAMILO.

(Parece que las armas aperciben.)

FILIBERTO.

¿Quién es un cierto alférez, un Leonato?

LEONATO.

Ese soy yo: Leonato es nombre mío.

FILIBERTO.

¿Vos sois Leonato?

LEONATO.

Yo.

FILIBERTO.

Pues ¿en qué trato
cupiera hacer tan loco desvarío?
Hoy cuerpo a cuerpo aquí con vos me mato,
o para la campaña os desafío.
¿Soy hombre yo con quien usarse puede
término que de ser honrado excede?

LEONATO.

Fuera de que en mi vida yo os he visto,
no puedo imaginar qué causa he dado
para que pueda estar con vos malquisto,
ni menos sin razón desafiado.

FILIBERTO.

Yo sé que con mil causas me enemisto
con hombre que la vida me ha quitado,
la honra, el gusto, la opinión y fama,
y, últimamente, una francesa dama.

CAMILO.

¿En qué hostería habrá comido acaso?
Que debe de ser bueno ¡por mi vida!

LOMBARDO.

¡Pluguiera a Dios!

FILIBERTO.

Hablad cortés, y ¡paso!
que haré que alguno a pies la calle mida.

CAMILO.

¿Si es Sacripante?

LEONATO.

No, sino Gradaso.

FILIBERTO.

Agora lo veréis en esta herida.

CAMILO.

¡Muera!

FILIBERTO.

¡Oh, traidores!

LEONATO.

No se teme poco
la espada en manos del borracho o loco.

## ACTO SEGUNDO (1)

(*Salen* LUZMÁN, TRISTÁN *y* LOFRASO.)

LUZMÁN. Está mi Beatriz hermosa,
Tristán, por extremo buena
con la ropa y la cadena.
TRISTÁN. Y Otavia extremo celosa.
¿Cómo podrás aplacalla
cuando sepa este desprecio?
LUZMÁN. Este es el milagro, necio,
que el sabio oye, mira y calla.
LOFRASO. Y eso del Alférez muerto,
¿también es fácil empresa?
TRISTÁN. ¿Y el dueño de esta francesa?
LUZMÁN. ¿Cómo dueño?
TRISTÁN. Filiberto.
LUZMÁN. Que no hay dueño sino yo.
TRISTÁN. Luego ¿de esto saldrás bien?
LUZMÁN. Y del suceso también
que hoy Lofraso comenzó.
TRISTÁN. ¿Es el cuento de Isabela,
la mujer del veneciano?
LUZMÁN. Hoy esa Lucrecia allano.
TRISTÁN. ¿Hoy?
LUZMÁN. Escucha la cautela.
TRISTÁN. Escucho.
LUZMÁN. Aquesta es gallarda,
y mujer de un viejo.
TRISTÁN. Bien.
LUZMÁN. Gusto le falta.
TRISTÁN. También.

(1) La impresión de la V. de Alonso Martín añade "del Caballero del milagro".

LUZMÁN. De este viejo no le aguarda.
TRISTÁN. Es imposible.
LUZMÁN. Pues quiero
que vea mi bizarría
hoy desde esta celosía
y hacer la calle terrero.
Vosotros comenzaréis
a decir mal de ella a efeto
que yo la defienda, excepto
que en su opinión no toquéis;
vendrá el negocio a las manos
y a las espadas también.
LOFRASO. Yo estoy en tu engaño bien;
llega a la reja y verános;
pero advierte que, riñendo,
nos puedes, señor, herir.
LUZMÁN. Eso pretendo fingir,
ansí como vais huyendo,
y, para obligarla más,
Lofraso dirá que es muerto.
LOFRASO. Mira bien, que es el concierto
de burlas.
LUZMÁN. ¿En eso estás?
Lleguemos.
TRISTÁN. ¡Oh, gran ventura,
que a la ventana se ha puesto!

(ISABELA *se pone a la ventana.*)

LUZMÁN. Yo digo verdad en esto,
y lo demás es locura.
Isabela es la más bella
de cuantas en Roma vi.
ISABELA. ¿Qué hablan estos tres de mí?
TRISTÁN. Mal haces en defendella,
porque es una mujer loca,
sin propósito y cordura.
LUZMÁN. Haber visto su hermosura
a lo que veis me provoca;
y conforme a su opinión
su hermosura celestial
no puede tener igual
mayor que su discreción.
LOFRASO. ¿Isabela discreta?
LUZMÁN. Sí; (1)
y en tanto extremo discreta,
cuanto es más bella y perfeta
que cuantas en Roma vi.
Aquel mirar dulce y grave
ansí la lengua le adorna,
que en gloria y dulzura torna
la pesadumbre más grave.
ISABELA. Basta que vuelva por mí
el español.
TRISTÁN. No creyera
que un hombre tan ciego hubiera.
¿Cuándo la viste?
LUZMÁN. Hoy, aquí,
cuya grave majestad
a una reina competía,
y como el sol luz al día,
daba a Roma autoridad.
LOFRASO. ¿Posible es que un caballero
que ha corrido el mundo todo
encarezca de ese modo
lo que es un demonio fiero?
¿Vos habéis visto en España,
o en Francia, saraos o fiestas?
LUZMÁN. He visto damas compuestas
en tierra propia y extraña;
he visto damas que son
por divinas celebradas,
y a Isabela comparadas
no tienen comparación.
ISABELA. ¡Qué buen talle tiene el hombre!
TRISTÁN. De gustos no hay disputar.
LOFRASO. Vos os debéis de engañar,
señor Luzmán, en el nombre.
LUZMÁN. Digo que es esta Isabela,
mujer de Patricio ilustre,
y que es de Venecia lustre
de su sangre y parentela,
y que el hombre que la ofende
tiene engañada opinión
y habla mal, y con pasión.
ISABELA. ¡Con qué gracia me defiende!
¡Oh, español aficionado
al honor de la mujer!
TRISTÁN. Mejor podéis responder.
Hablad bien, señor soldado.
LUZMÁN. Yo hablo bien, y el que dijere
que Isabela no es hermosa,
noble, honesta y virtuosa,
le mataré si pudiere.
LOFRASO. Ya no se puede sufrir
esta española arrogancia.
LUZMÁN. Aquí veréis la distancia
que hay del hacer al decir.
TRISTÁN. ¡Muera el perro!
LUZMÁN. Aunque sois dos,
sois ruines, y sois ninguno.

(*Vanse riñendo.*)

(1) Sobra una sílaba. De fijo Lope escribiría "Isabel".

ISABELA. ¡Traidores, dos contra uno!
LOFRASO. ¡Muerto soy! ¡Válame Dios!
ISABELA. ¡Oh, valiente gentilhombre,
ya del uno ha dado cuenta!
Si su talle me contenta,
me mata el verle tan hombre.
¡Que esto intentase por mí,
por mi defensa y valor!
¿Cómo no tendré yo amor
a quien me le tiene a mí?

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. Allá irán los atrevidos
que de tan hermosa dama
quieren ofender la fama
con los hombres bien nacidos.
¡Y ojalá que me esperaran!
ISABELA. ¿Ah, gentilhombre?
LUZMÁN. ¿Quién es?
ISABELA. Llega.
LUZMÁN. ¿Adónde?
ISABELA. ¿No me ves?
LUZMÁN. Lengua y ojos se declaran.
ISABELA. ¿Qué es esto que habéis tenido?
LUZMÁN. ¿Yo, señora? Mirad bien
que no he sido yo.
ISABELA. Pues ¿quién
sino tú, español, has sido?
¿Conoces esa Isabela
que has defendido?
LUZMÁN. Por fama,
y hoy de vista, y sé que es dama
cuya fama el mundo vuela;
y de que no la serví
como era mi obligación
estoy corrido.
ISABELA. ¿Quién son
los dos que hablaban aquí?
LUZMÁN. Soldados y gente loca;
aunque tengo por muy cierto
que el uno de ellos es muerto,
o tiene el alma en la boca,
y que no va mal herido
el otro.
ISABELA. ¿Qué te movió
a defenderla?
LUZMÁN. Ser yo
español y bien nacido,
y porque hoy la vi en Santiago
y su nombre pregunté.
ISABELA. ¿Sabes su casa?
LUZMÁN. No sé
más que de mirarla pago;
porque de su vista bella
tal gloria me resultó,
que a más valor me obligó
del que he mostrado por ella.
ISABELA. ¿Y tú piénsasla servir?
LUZMÁN. Aunque caballero soy,
en lugar humilde estoy
para tan alto subir;
que un rey, señora, es indigno
de tan alto pensamiento.
ISABELA. Pues ¿qué harás?
LUZMÁN. Estar contento
de ver su rostro divino.
Miraré el sol desde lejos,
los ojos y el alma en calma,
y haciendo espejo mi alma
a sus divinos reflejos.
Sabré su casa, y allí
alguna vez la veré,
y en la estampa de su pie
pondré la boca.
ISABELA. (¡Ay de mí!)
Dime, español, te suplico:
¿en su casa qué has de hacer?
LUZMÁN. Como el pobre quiero ser
que está a la puerta del rico,
que viéndole tantas veces
alguna se duele de él.
ISABELA. Aunque es rico, no es cruel.
Limosna y piedad mereces.
LUZMÁN. Vos, señora, que me habláis,
¿conocéisla?
ISABELA. Sí, muy bien.
LUZMÁN. ¿Sois deuda suya?
ISABELA. También.
LUZMÁN. También en deuda me estáis.
El rostro quisiera ver.
¿Parecéisle?
ISABELA. Sí parezco.
LUZMÁN. Pues si yo veros merezco,
este bien me habéis de hacer.
ISABELA. ¿Y si te agrado?
LUZMÁN. Será
por pareceros a quien
es mi remedio y mi bien.
La Justicia suena ya.
Mirad si me mandáis algo.
ISABELA. Que en mi casa te defiendas,
que al dueño le sobran prendas
para guardar un hidalgo.
LUZMÁN. ¿Que entre dentro decís?

ISABELA. Sí,
que yo te sabré esconder.
LUZMÁN. ¿Dónde?
ISABELA. En mi alma ha de ser.
LUZMÁN. Pues ¿quién me ha de hallar ahí?
¿Sois vos Isabela?
ISABELA. Soy.
LUZMÁN. ¿Tanto bien he merecido?
ISABELA. Entra, español bien nacido,
y casa y alma te doy,
que a quien defendió mi fama
será de mi casa dueño.
LUZMÁN. Será esclavo el más pequeño.
ISABELA. De hoy más su dueño te llama.
Ansí quiero que la pises.
LUZMÁN. ¿Entro?
ISABELA. Bien puedes entrar.
LUZMÁN. (¡Qué bien la supe engañar!
¡Malos años para Ulises!)

*(Vanse, y sale* BEATRIZ *con manto.)*

BEATRIZ. Aunque sobre la afición,
si falta la libertad,
se cansa la voluntad
y se aflige el corazón.
Afición tengo a Luzmán;
mas como es recién nacida,
de verme tan recogida
melancolías me dan.
Dióme esta ropa y cadena;
mas no me parece paga
para que por ella haga
el alma, que es propia, ajena.
No hay perlas, plata ni oro
que a la libertad se iguale;
ser libre es joya que vale
un infinito tesoro.
Promete ser mi galán
y que ser suya prometa;
pero de verme sujeta
melancolías me dan.
Que mal aparté de mí
mi antiguo amor sin razón,
y aunque loco y fanfarrón
no me sujetaba ansí.
Y este arrogante mozuelo
está de sí tan pagado,
que piensa que no ha criado
igual hermosura el Cielo.
Todas me dice que están
muertas en ver que me rindo,
y yo, de verle tan lindo,
melancolías me dan.
Creo que, pues he salido,
ya no acertaré a volver.

*(Sale* OTAVIA *con manto, y* DEOFRIDO, *gentilhombre.)*

OTAVIA. De ti me vengo a valer
en esta ocasión, Deofrido.
DEOFRIDO. ¿Acudes al desdeñado
cuando lo estás de tu bien?
OTAVIA. ¿Desdeñado tú? ¿Por quién?
DEOFRIDO. Responda el galán amado;
Luzmán te responda, Otavia,
por quien a todos nos dejas;
a muchos con muchas quejas,
pero a mí con mucha rabia;
que habiendo dado el tributo
de mis celos a tu amor
y de mis años la flor,
jamás he cogido el fruto.
OTAVIA. Nunca de amor el efeto
se ve en el favor tan bien,
porque sólo en el desdén
se conoce si es perfeto.
Si desdeñado me adoras,
agora lo pienso ver.
DEOFRIDO. ¿Qué fe se puede tener
de tus palabras traidoras?
OTAVIA. Luzmán en mi casa entró
hoy con este falso trato,
diciéndome que a Leonato
por mi servicio mató.
Creílo, y para que huyese
a Nápoles, le entregué
mi cadena de oro, y fué
para que nunca le viese;
que el Alférez está vivo
y yo muerta de pesar.
DEOFRIDO. ¡Quién te pudiera mostrar,
espíritu vengativo!
Mas pues con lo que se quiso
es la venganza crueldad,
castigaré su maldad
si de Luzmán tengo aviso.
¿Qué hay más en esto que hacer?
Dime, Otavia, lo que resta.
OTAVIA. Espera. ¿Qué ropa es ésta
que tiene aquesta mujer?
¡Por el siglo de mi abuela,
que es la mía!
DEOFRIDO. ¿Cómo ansí?
¿Conócesla?
OTAVIA. Como a mí.

DEOFRIDO. Háblala, pues.
OTAVIA. Hablaréla.—
¡Dios la guarde, reina mía!
¿Qué aguarda en la calle?
BEATRIZ. Aguardo
lo que he menester.
OTAVIA. (Ya tardo. (*Ap.*)
¡Qué flaqueza y cobardía!
Mas no se me irá por pies
ya que una vez la cogí.)
Diga, ¿es extranjera?
BEATRIZ. Sí.
OTAVIA. Y aun esta ropa lo es.
¿Costóle mucho la hechura?
¡Por mi vida que es galana!
BEATRIZ. Váyase con Dios, hermana.
OTAVIA. Aun en armas, por ventura.
Descúbrase a ver si es tal
la hermosura como el talle.
BEATRIZ. No me destape en la calle,
¿no ve que parece mal?
OTAVIA. Oiga, que trae cadena.
¡Qué limpia y bien puesta viene!
¿A ver el peso que tiene?
BEATRIZ. ¡Suelte!
OTAVIA. ¡Por mi fe que es buena!
¿Qué tiene de oro?
BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado!
OTAVIA. Llégate, Deofrido, acá.
DEOFRIDO. Cadena tenemos ya.
OTAVIA. Todo el galán se lo ha dado.
DEOFRIDO. ¿De veras?
OTAVIA. Como lo cuento.
[DEOFR.] Del español; lo adivino.
BEATRIZ. ¿Iréme ya mi camino?
OTAVIA. Espere sólo un momento.
¿Trae buenos bajos? ¿A ver?
BEATRIZ. ¡Ay, qué enfado! Suelte, amiga.
OTAVIA. ¿Amiga? Más enemiga,
y aun hoy su muerte he de ser.
¿Quién le dió ropa y cadena?
BEATRIZ. Diómela cierto galán.
OTAVIA. ¿Y era, por dicha, Luzmán
quien le dió cadena ajena?
Desnúdese luego al punto.
BEATRIZ. ¡Que me roban! ¡Que me matan!
¿Ansí una mujer maltratan?
DEOFRIDO. ¿Y la saya?
OTAVIA. Todo junto:
manto y saya he de quitalle,
para que el picaño entienda
que tengo yo quien le ofenda.
BEATRIZ. ¿No hay gente en aquesta calle?
DEOFRIDO. Desnúdate ya, llorona,
que te asentaré los cinco.
OTAVIA. De puro contento brinco.
DEOFRIDO. No hay en la calle persona.
Si quieres desnudaréla
hasta la camisa.
OTAVIA. Basta,
aunque no es dama tan casta
que la vergüenza le duela.—
Dígale a Luzmán, señora,
que Otavia la puso ansí.—
Vamos de aquí.
DEOFRIDO. Ven tras mí.
OTAVIA. ¡Qué enfadada queda agora!
DEOFRIDO. "¡Ay, qué enfado! ¡Suelte, amiga!"
OTAVIA. Vente ya, que suena gente.

(*Vanse* DEOFRIDO y OTAVIA.)

BEATRIZ. ¡Cómo el Cielo justamente
mi mal término castiga!
Lo que tengo merecí,
pues por un tesoro vano
dejé el pájaro en la mano,
cuya esperanza perdí.
¡Buena he quedado! ¿Qué haré?

(*Salen* PATRICIO, *viejo marido de* ISABELA, *y* EUGENIO, *criado.*)

PATRICIO. Cierto que el Embajador
es hombre de gran valor.
EUGENIO. En su presencia se ve.
PATRICIO. De la honra que me ha hecho
estoy muy agradecido.
BEATRIZ. Señor, por merced os pido
cubráis mi desnudo pecho.
PATRICIO. ¿Qué es esto?
EUGENIO. Una hermosa dama
desnuda, robada y sola.
PATRICIO. ¿Es francesa o española?
EUGENIO. Francesa.
PATRICIO. ¿Cómo se llama?
BEATRIZ. Beatriz me llamo, señor,
aunque no es mi propio nombre.
PATRICIO. ¿Cuál fué el tirano, si es hombre,
que hizo en vos tanto rigor?
(¡Por mi vida, que no vi
una mujer tan hermosa!)
BEATRIZ. Efetos de una celosa
son éstos que veis en mí.
PATRICIO. ¿De celos, y mujer fué
la que el vestido os quitó?

EUGENIO. Y pues que no la mató
al Cielo obligada esté:
que no hay venenosa fiera
como la mujer celosa.

PATRICIO. (Con ella hiciera una cosa
si Isabela no lo fuera.

EUGENIO. ¿Y es?

PATRICIO. Que la metiera en casa
y la remediara allí.

EUGENIO. Mi señora viene aquí.

PATRICIO. Pues diréle lo que pasa.)

(*Sale* ISABELA.)

ISABELA. A daros cuenta, señor,
vengo, más que a recebiros,
de un suceso.

PATRICIO. Y yo a deciros,
mi señora, otro mayor.

ISABELA. ¿Cómo?

PATRICIO. Esta pobre mujer
a nuestra puerta han robado,
y, si no os causa cuidado,
la quisiera recoger,
que es forastera y francesa,
y me parece que es justo.

ISABELA. Siéndolo vuestro, es mi gusto.

PATRICIO. Eso es si acaso no os pesa,
que de otra suerte no tengo
obligación ni poder.

ISABELA. Basta la de ser mujer
y el propósito a que vengo,
que es a éste parecido.

PATRICIO. ¿Cómo?

ISABELA. Cierto gentil hombre
mató en esta calle un hombre,
o queda de muerte herido,
y quiero que le amparéis
en vuestra casa, si es justo.

PATRICIO. Tengo por ley vuestro gusto.
¿Dónde está?

ISABELA. Aquí le veréis.—
Llama a ese español.

EUGENIO. Ya sale.

LUZMÁN. Aquí estoy, señor Patricio,
humilde a vuestro servicio,
y de quien me ampara y vale.

PATRICIO. Gusto, español, de serviros
en esta honrada ocasión.

ISABELA. ¿Francesa es vuestra nación?

BEATRIZ. Desdicha podré deciros.

ISABELA. ¿Quién os ha tratado ansí?

LUZMÁN. (¿No es Beatriz aquélla, Cielos?) (*Ap.*)

BEATRIZ. Ansí me han tratado celos.
(¿No es Luzmán el que está allí?) (*Ap.*)

ISABELA. No os aflijáis, que en mi casa
no os ha de faltar remedio.

BEATRIZ. Ya, señora, estoy en medio
del mal que el extremo pasa.

LUZMÁN. (¿Hay hombre más desdichado?
¿Quién trajo a Beatriz aquí?
Todo el remedio perdí
por tanta industria ganado.)

PATRICIO. Entremos dentro y sabremos
las historias de los dos.

LUZMÁN. (Afligido voy ¡por Dios!
en medio de dos extremos.
Mas quien a casos tan graves
remedio sabe poner,
¿qué puede agora temer?)
Vamos.

PATRICIO. ¡Ay, ojos suaves!
Hoy he metido en mi casa
carcoma, fuego y polilla.
Eugenio, la francesilla
me desvanece y abrasa.

EUGENIO. (Mejor lo dirás por mí,
que por ella voy sin seso.)

ISABELA. (¿Hay más extraño suceso?
¡Luzmán, piérdome por ti!)

LUZMÁN. (¿Qué es esto, Beatriz?

BEATRIZ. ¡Traidor!
¿Qué me preguntas qué es esto?
Tu Otavia cual ves me ha puesto.

LUZMÁN. ¿Otavia? ¿Y tanto rigor?

BEATRIZ. Otavia, con su galán,
por la ropa y la cadena.

LUZMÁN. No tengas, mis ojos, pena,
que aquí mis brazos están.
Hoy he muerto otro más bravo,
y por eso estoy aquí.

BEATRIZ. ¿Qué piensas hacer de mí?

LUZMÁN. Ser, como hasta aquí, tu esclavo.
Entra, no nos echen menos,
que hemos de salir medrados.
¿Qué miras, ojos airados?

BEATRIZ. ¿Meréceslos tú serenos?
¡Oh, traidor!

LUZMÁN. Anda, bobilla,
que el viejo es rico y te adora.

BEATRIZ. ¿Cómo?

LUZMÁN. Oí que dijo agora:
"Yo adoro la francesilla."

BEATRIZ. Creo que tienes razón.
¡Mi ventura lo quisiese!

LUZMÁN. ¿Querrásme a mí?
BEATRIZ. Aunque me pese.
LUZMÁN. Entra, y te daré lición.)

(*Vanse, y salen* LOFRASO *y* TRISTÁN.)

LOFRASO.

¿Puede, en la industria, comparalle el mundo
con todos los que fueron celebrados
en tiempo de Alejandro y de Semíramis?

TRISTÁN.

Deseo verle y ver en qué ha parado.

LOFRASO.

Hablando le vi yo con Isabela
después que nos tiró las cuchilladas.

TRISTÁN.

Sin duda que la tiene ya rendida.

LOFRASO.

Tiene extremado talle y linda labia.
Cicerón no le iguala en la elocuencia.
ni en persuadir la lengua de Demóstenes.

TRISTÁN.

¡Qué sagaz, qué fingido, qué doblado!
¡Qué astuto llega, pide, teme y ruega!
¡Cómo muda el color! ¡Cómo le finge!
¡Qué presto está colérico y turbado,
y en qué momento afable, manso y blando!
¡Cosa es de ver la vida de este mozo!
¡Qué ricamente viste, come y gasta!
¡Cómo juega tan pródigo y reparte
lo que tiene entre todos sus amigos,
sin que se le conozcan en su tierra
dos florines de renta o patrimonio!

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

¿Hay cosa como verle sin dineros,
y otras veces desnudo, y en un punto
jugar, pedir prestado y no volverlo,
tomar baratos, engañar mujeres,
quitarles la sortija, la cadena,
hasta el espejo donde está colgado,
y que con todo le aman y le adoran,
le visten, le desean y le buscan?

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

Pues verle andar con príncipes y grandes...
Es cosa de locura lo que estiman
que hable, escriba o cuente alguna cosa;
danle su mesa, asiéntanle a su lado,
honralle (1) más que a un igual suyo pueden.
Nunca le faltan cuentos, nuevas, fábulas,
sucesos de Alemania, España y Flandes;
sabe todas las damas de memoria,
hasta las más ocultas alcahuetas;
dice de las que tienen buenas partes
y las que con secretas faltas viven;
de su salud avisa a sus galanes;
canoniza mujeres por discretas;
la que está en su opinión, la tiene en Roma;
la que llega de fuera, él la registra;
no se hace fiesta donde no se halle,
ni eternamente viste su medida
y todo se le ajusta como propio.
No come cosa que en la plaza compre;
el rey no come con mayor regalo;
es valiente, es galán, es estudiante,
es hijo de quien quiere, y es tan noble,
que a veces tiene don y a veces título.

LOFRASO.

Por eso es *Caballero de milagro*.

TRISTÁN.

¡Paso, que sale de la misma casa!

LOFRASO.

¡Y qué contento sale!

TRISTÁN.

Por extremo.

LOFRASO.

¡Qué fin tan triste a sus locuras temo!

(*Sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN.

Hoy llega por la mar mi rota nave
con el viento suave
a la playa dichosa
después de una esperanza trabajosa;
hoy llego, en fin, al esperado puerto,
por la fortuna de mi estrella incierto.
La vela amainen mis deseos perdidos,
cuélguense los vestidos,
ofrézcase el milagro,
cuya tabla a tu templo, Amor, consagro.
Agora sí que en breve tiempo espero
ofrecerte de cera un caballero.

---

(1) Así en el texto. Quizá deba decir "hónranle"

TRISTÁN.

Entre esos votos que al Amor ofreces,
si acaso ya mereces
el fin de tu esperanza,
¿qué le das a Tristán?

LUZMÁN.

Su parte alcanza.

LOFRASO.

¿Y a Lofraso?

LUZMÁN.

También, que juntos fuistes
los nortes que a la playa me trajistes.
Hablé a Isabela y díjela que había
muerto un hombre, y quería
acogerme a sagrado,
cuando Amor, en mi engaño disfrazado,
entrándose en su pecho, me detiene,
y a darme el alma con la casa viene.
En ella estoy agora retraído,
adonde su marido,
aunque de esto me pesa,
trajo también a mi Beatriz francesa,
a quien, con celos y furiosa rabia,
quitó la ropa y la cadena Otavia.

TRISTÁN.

¿Que Beatriz está aquí?

LUZMÁN.

Como lo cuento.

LOFRASO.

Y ¿qué te ha dicho?

LUZMÁN.

Intento
engañarla de nuevo.
Mas esto quede aparte, pues me atrevo
a vivir por la mano de Isabela.

TRISTÁN.

¿Que, en fin, te quiere bien?

LOFRASO.

¡Brava cautela!

LUZMÁN.

Yo os diré de qué suerte, que ha querido
que hoy mude de vestido,
con más costosos trajes;
lacayo me ha mandado traer y pajes,
y para que caballo compre y tenga
me ha dado aqueste plus.

LOFRASO.

¡Qué dulce arenga!
¿Eres tú el griego que, contando cuentos
de tierra, mar y vientos
(o parecerle quieres),
engañaba los hombres y mujeres?
¿Qué hechizo es éste de tu lengua sabia?

LUZMÁN.

Liciones son de la discreta Otavia.
Partid los dos, pues que sabéis mi gusto,
que solamente gusto,
y para serlo muero,
de parecer a todos caballero.
Yo para rey nací, sino que ha sido
contraria estrella la que no ha querido,
y no es posible, aunque a maldad responde,
sino que un duque o conde,
perdóneme mi padre,
amores tuvo con mi hermosa madre;
que de esta inclinación autor no fuera
quien oficio mecánico tuviera.
Partid, pues, juntos y traed criados
de buen talle y honrados.

TRISTÁN.

¿A qué posada mandas?

LUZMÁN.

Adonde haya portal, patio y barandas;
donde, cuando me vista, salga y vea
regalar mi caballo.

LOFRASO.

¿Y das librea?

LUZMÁN.

Alquiladme la casa, traed la gente,
que en eso brevemente
mi sastre dará traza.

TRISTÁN.

Los dos, señor, iremos a la plaza.

LUZMÁN.

Mirad que don Luzmán he de llamarme,
y aun quiero de una casa antigua honrarme.
¿Cuál os parece noble allá en España?

TRISTÁN.

Dicen que de Alemaña
los Guzmanes vinieron,
que después Duques de Sidonia fueron.

LUZMÁN.

Guzmán es muy común.

LOFRASO.

Mendoza es bueno.

LUZMÁN.

Todo está el mundo de Mendozas lleno.

TRISTÁN.

En los Enríquez hubo reyes claros,
de cuyos hechos raros
hay llenas mil historias.

LOFRASO.

También de los Manriques hay memorias,
si en historias reparas;
que es sangre antigua los famosos Laras.

TRISTÁN.

¿Agrádante Toledos?

LOFRASO.

No lo ignores,
porque de emperadores
su decendencia tienen,
que de Constantinopla a España vienen.

TRISTÁN.

¿Quieres Cerdas, Girones?

LUZMÁN.

¡En qué terrible confusión me pones!
Ahora bien, yo me llamo...

TRISTÁN.

Escoge en todos,
que vienen de los godos.

LUZMÁN.

Ya el nombre me alboroza.
Don Luzmán de Toledo y de Mendoza,
Girón, Enríquez, Lara.

LOFRASO.

¡Qué brava firma!

LUZMÁN.

Luego en esto para.

TRISTÁN.

Pues si otros nombres sobre limo (1) abarca,
en papel de la marca
habrás de hacer la firma.

LUZMÁN.

Ahora bien, en los cinco me confirma,
y vete a lo que digo.

TRISTÁN.

Ven, Lofraso.

(1) Así en el texto. Acaso "sobrescrito".

LOFRASO.

Hele aquí caballero.

TRISTÁN.

¡Extraño caso!

(*Vanse* TRISTÁN y LOFRASO.)

LUZMÁN.

¡Dichoso el bien nacido, el noble, el grande,
que sin virtud hereda la nobleza,
sin que del mar y tierra la aspereza
ni los peligros de las armas ande.
No hay ley que a su grandeza se desmande,
con ser de muertos padres su grandeza,
y más si le acompaña la riqueza,
porque entonces no hay rey que tanto mande.
Nacimos todos y vivimos todos
hasta la muerte el tiempo permitido;
pero por varios y diversos modos
aquél busca el sustento y el vestido,
y éste, porque deciende de los godos,
es adorado y por señor tenido.
Mas el plazo cumplido
se viene a conocer que el mundo yerra,
pues que juntos los dos se vuelven tierra.

(*Sale* LEONATO y CAMILO.)

LEONATO. Por el buen talle, Camilo,
le conocí desde lejos.
CAMILO. Sus embustes y consejos
desde hoy mudarán de estilo.
Llegad alzando la espada.
LEONATO. Esa lición fuera buena
si estuviera la cadena
o la ropilla cobrada.
CAMILO. Vuestro es el sombrero y capa.
LEONATO. Todo el vestido es ajeno,
y de más pedazos lleno
que tiene líneas un mapa.
CAMILO. Pues hablalde.
LEONATO. Y es mejor.
CAMILO. No os engañe, que es astuto.
LEONATO. Conociéndole, es sin fruto.—
¿Ah, gentilhombre?
LUZMÁN. ¡Oh, señor!
¿Es Leonato? ¿Es el espejo
de los soldados de España,
aquél en plaza y campaña
blando y fuerte, mozo y viejo?
¿Es el Alférez galán
de que hay hoy tantos testigos

que mató más enemigos
que ha escrito versos Luzmán?
¿Es mi amigo y defensor,
y el que morirá por mí
si se me ofreciese aquí
cosa que toque al honor?
¿Es de quien yo digo a todos
su nobleza y cortesía,
su ingenio y su valentía
y que viene de los godos?
¿Es quien, queriéndome honrar,
digo yo que es mi pariente,
y que es deudo y decendiente
de la casa de Aguilar?
¡Ah, qué padre que tuviste,
príncipe, y qué mi señor!
Toca, que te tengo amor
sólo porque bien naciste.

LEONATO. (¿Qué os parece?

CAMILO. ¿Yo no os dije
que os había de engañar?

LEONATO. ¿Podráse aquesto cobrar?)

LUZMÁN. (¡Oh, cuánto el temor me aflige!)

LEONATO. (¿Qué he de hacer a un hombre honrado
que me ha recebido ansí,
que quiere honrarse de mí
y que es, como yo, soldado?

CAMILO. ¡Ta ta! ¿Aflojáis?

LEONATO. No sé,
que soga de ahorcado tiene.)

LUZMÁN. (Este con enojo viene;
pero yo le aplacaré.)

CAMILO. (Dalde ya ¡cuerpo de tal!,
no os engañe con lisonja.)

LUZMÁN. ¿Tenéis una deuda monja
en España, en Ciudad Real,
que es una hermosa señora
y la mayor conservera
que tiene el mundo?

CAMILO. (¿Qué espera?
¿Por qué no le pega agora?

LEONATO. ¿No veis que tiene buen talle?)

LUZMÁN. (El enojado es Camilo.
Quiero, por el mismo estilo,
si puedo, desenojalle.)
¡Oh, buen Camilo; el mejor
entre mil soldados grandes
que, con el tercio de Flandes,
mostró su esfuerzo y valor!
Lo que hiciste en Anamur (1)

(1) Namur.

ya en verso lo pongo y trazo,
porque no hay tu espada y brazo,
Camilo, del Norte al Sur.
¡Qué damas que allí tuviste!
¡Qué amigos, dinero y galas!
¡Qué juego! A Alejandro igualas
en los baratos que diste.
Aunque de mí no te acuerdas,
te debo más de un doblón,
que tienes real condición
o que ganes o que pierdas.
Pues al esguazar el río,
y en el Rebelín, (1) ¿qué hiciste?

CAMILO. (Digo que razón tuviste.
Su amigo soy si él lo es mío.)

LEONATO. Luzmán, si habéis menester
alguna cosa, aquí estamos.

CAMILO. (Que, en efeto, ¿asi nos vamos?

LEONATO. Pues ¿qué podemos hacer?)

LUZMÁN. ¿Cómo menester? ¡Qué lindo!
Vámonos a una hostería,
cenaréis a costa mía
y habéis de ver cómo os brindo.
Aquí hay dinero.

LEONATO. Pues ¡alto!
Confírmese el amistad.

CAMILO. (Ya le cobro voluntad.)

LUZMÁN. Jamás de aquesto estoy falto;
prestaré cuando se ofrezca.

LEONATO. (Digo que es el hombre honrado.)

LUZMÁN. Basta español y soldado,
y que por vos lo merezca.

CAMILO. Mira, Luzmanillo, toca,
que te quiero más que a mí.

LUZMÁN. Esto has de hacer, bobo, ansí,
y mediréte la boca.
Si quieres lascivia, soy
peregrino trujamán;
si quieres andar galán
te daré liciones hoy.
Por mi arancel, regla y tasa
has de vivir desde hoy más.

CAMILO. Veamos lo que me das.

LUZMÁN. Hoy te enseñaré la casa,
que es una perla de carne,
que da gusto y colación.

CAMILO. ¿Tiénela alguien?

LUZMÁN. Un valón
que la trajo de Viarne;
mas alárgale la rienda.

(1) Será "rebellín".

CAMILO. ¿Que es francesa?
LUZMÁN. Francesita.
CAMILO. ¿Bonita, en fin?
LUZMÁN. Rebonita,
que no hermosura de tienda;
no hay más del agua del Tibre
y una brizna de color.
CAMILO. Buen gusto tienes y humor,
que de afeites Dios me libre.
¿Es algo aquella tudesca
que anda por Roma en carroza?
LUZMÁN. Verdad es que es buena moza,
porque es colorada y fresca.
LEONATO. Vamos a cenar, Luzmán,
¿En esa historia te metes?
LUZMAN. (¡Cuál les llevo a los pobretes!
pues la cena pagarán.)

(*Vanse y sale* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

FILIBERTO. ¿Que viste, Leonardo, en fin,
la saya de mi francesa,
a una mujer que profesa
ruin trato y a un hombre ruin?
LOMBARDO. Conocíla en la color,
y, cuando cerca llegué,
por su dueño pregunté,
que fuera el callar mejor;
porque dicen que un Luzmán,
español, aragonés,
la quitó a cierto francés
y es agora su galán,
y aquella dama, de celos,
la dejó en la calle ansí.
FILIBERTO. ¿Luzmán?
LOMBARDO. Sí.
FILIBERTO. ¿Y español?
LOMBARDO. Sí.
FILIBERTO. ¡Que tal permiten los Cielos!
LOMBARDO. Maltratóla y desnudóla,
que el galán la dió también
prendas suyas.
FILIBERTO. Eso, bien.
¿Y esa ninfa es española?
LOMBARDO. Española, y de lo grave;
de toldo, estrado y tapiz.
FILIBERTO. ¿Y dónde quedó Beatriz?
LOMBARDO. Responde que no lo sabe.
FILIBERTO. El hombre que iba con ella,
¿era español?
LOMBARDO. No.
FILIBERTO. Pues ¿qué?
LOMBARDO. Napolitano.
FILIBERTO. ¿Y que fué
con ella?
LOMBARDO. Y adora en ella.
FILIBERTO. Vamos a cobrar la saya.
LOMBARDO. ¡Necedad!
FILIBERTO. ¿Por qué?
LOMBARDO. Cobremos
tu dama, y después podremos.
FILIBERTO. Bastará que después vaya.
Dices bien. Mas dime: ¿dónde
podré hallar este Luzmán?
LOMBARDO. Españoles te dirán
dónde la tiene y esconde.
Vamos hacia su cuartel.

(*Sale* TRISTÁN *y un huesped,* HOSTALERO.)

TRISTÁN. De la casa me contento.
HOSTAL. Digo que tiene aposento
que el rey puede entrar en él.
¿Y es el nombre?
TRISTÁN. Don Luzmán
de Toledo y de Mendoza.
HOSTAL. ¿Es título?
TRISTÁN. No le goza;
pero alimentos le dan.
Girón Enríquez y Lara
en su apellido también.
HOSTAL. Tantos no habrá dónde estén.
TRISTÁN. Uno es solo.
HOSTAL. Eso declara,
que ya estaba arrepentido
de haber el cuarto alquilado.
¿Y agora es recién llegado?
FILIBERTO. (¿Has lo que dice advertido?)
HOSTAL. ¿Vendrá acaso a pretender
algún capelo?
TRISTÁN. Es seglar.
HOSTAL. ¿Seglar?
TRISTÁN. Sí.
HOSTAL. Pues no hay que hablar,
que por lo dicho ha de ser.
TRISTÁN. Quitaréis los dos florines.
HOSTAL. Sea. Llamarle podéis.
TRISTÁN. Para ir a misa tendréis
también un par de cojines.
HOSTAL. De terciopelo escogido.
TRISTÁN. ¿Qué color?
HOSTAL. Morado.
TRISTÁN. Bueno.
¿Sillas?
HOSTAL. Su aposento lleno.
TRISTÁN. Adiós.

HOSTAL. ¿Queda en lo que pido?
TRISTÁN. Digo que sí.
HOSTAL. Pues adiós.
TRISTÁN. Ya lo más tenemos hecho.
FILIBERTO. ¡Dios os guarde!
TRISTÁN. (Este es, sospecho,
el valón.) Así haga a vos.
FILIBERTO. Oí nombrar a Luzmán,
a quien busco. ¿Sabéis de él?
TRISTÁN. Agora estuve con él.
FILIBERTO. ¿Y vos servísle, galán?
TRISTÁN. Sírvole. ¿No lo habéis visto
en la casa que alquilé?
FILIBERTO. Por eso os lo pregunté.
(Todo el enojo resisto
hasta saber lo que intento.)
¿Sabéis, acaso, si está
con él una dama?
TRISTÁN. Ya...
(Ya tengo entendido el cuento.)
FILIBERTO. ¿Cómo?
TRISTÁN. Que ya no la tiene.
FILIBERTO. Pues ¿quién?
TRISTÁN. Cierto veneciano,
de cuya avarienta mano
procuralla no conviene.
FILIBERTO. ¿Por qué no, si es cosa mía?
TRISTÁN. Porque es un grande alcahuete
que en su posada y retrete
cien veces las vende al día,
y en son de recogimiento
lleva mil hombres allá;
y ésta, como nueva, está
por principal fundamento,
que le ha valido en dos días
gran suma de oro.
FILIBERTO. ¿Eso pasa?
¿Y sabéis, señor, la casa
que encubre deshonras mías?
TRISTÁN. Si os reportáis, sí diré.
Esa es que enfrente está.
FILIBERTO. Lombardo, vamos allá.
TRISTÁN. (¡Lindamente le engañé!
Liciones son de Luzmán.)
FILIBERTO. ¿Cómo se llama?
TRISTÁN. Patricio.
FILIBERTO. ¿Y que vive de ese oficio?
TRISTÁN. Vuestros ojos lo verán.
FILIBERTO. Id con Dios.
TRISTÁN. (Yo parto a ver
si Lofraso halló criados.)

(*Vase* TRISTÁN.)

FILIBERTO. ¡Hoy, casa, hoy, cantos helados,
de mi fuego habéis de arder!
LOMBARDO. Repórtate un poco, y mira
que es bien saberlo primero.
FILIBERTO. Siendo daño que yo espero
no es posible que es mentira.
Y si esta casa no abraso
es sólo porque deseo
cobrar mi bien.
LOMBARDO. Bien lo creo.
FILIBERTO. Llama.
LOMBARDO. Llamo.
FILIBERTO. No tan paso.
Echa esa casa en el suelo.
¿Ah de arriba?
ISABELA. ¿Quién da voces?
FILIBERTO. El honor, que no conoces,
que baja en rayos del cielo.
ISABELA. ¿Si es loco? ¿Qué es lo que quieres?
FILIBERTO. ¿Dónde está aquel viejo ruin?
ISABELA. ¿Quién?
FILIBERTO. Patricio.
ISABELA. ¿Es Candia?
FILIBERTO. ¡Habla, infamia de mujeres!
ISABELA. ¡Jesús! ¿Qué es esto?
FILIBERTO. Estarás
muy humilde a tus galanes
y harás graves ademanes,
y conmigo hablando estás.

(*Sale* PATRICIO.)

ISABELA. ¿Hola, criados?
PATRICIO. ¿Qué es esto?
¿Qué tenéis, señora mía?
FILIBERTO. Esto es lo que yo quería.
¡Dame a Beatriz presto, presto!
PATRICIO. ¡Ah, pobre loco!
FILIBERTO. ¡Alcahuete,
que para venderla a ciento
finges el recogimiento
de tu posada y retrete!
¡Dame a Beatriz!
PATRICIO. ¡Es furioso
que hay que escuchar! ¡Guardaos [de él!
FILIBERTO. ¡Dámela, viejo cruel,
encubridor afrentoso!
ISABELA. Entraos y cerrad la puerta.
LOMBARDO. Ellos se han entrado ya.
FILIBERTO. ¿Cerraron?
LOMBARDO. Cerrado está.
FILIBERTO. Pues será a coces abierta.

LOMBARDO. Es muy fuerte y barreada,
y con linda clavazón.

([illegible])

EUGENIO. ¡Ah, hermano loco! ¿Es mesón?
FILIBERTO. No, sino casa afrentada.
EUGENIO. ¡Agua va!
LOMBARDO. ¡Guarte!
FILIBERTO. Cogióme.
¿No hay justicia?
EUGENIO. ¡Guarda el loco!
Si aquí te esperas un poco
harás que un ladrillo tome.
FILIBERTO. ¡Ay de mí! ¿Qué me aconsejas?
EUGENIO. ¿Derribo edificio?
LOMBARDO. ¡Guarda!
FILIBERTO. Ya me voy, hombre.
EUGENIO. ¿Qué tarda?
FILIBERTO. Tardo en declarar mis quejas.
¡Muero por Beatriz! ¿Qué haré?
LOMBARDO. Estáte un poco, señor,
y quitaránte el amor
desde la cabeza al pie,
si no es con algún ladrillo.

(Sale LUZMÁN.)

LUZMÁN. Cenando los dos están.
LOMBARDO. (Oye, ¿no es éste Luzmán?)
LUZMÁN. (Del cordel salté al cuchillo.
¡Vive Dios, que es Filiberto,
a quien quité la mujer!)
LOMBARDO. (En las señas no hay que ver.
FILIBERTO. Él es, sin duda.
LOMBARDO. Él es, cierto.)
FILIBERTO. ¿No es Luzmán vuesa merced?
LUZMÁN. Para serviros lo soy.
FILIBERTO. Seguro, señor, estoy
que me habéis de hacer merced.
Topé con vuestro criado
y por Beatriz pregunté,
que hoy dicen que vuestra fué
y que un viejo os la ha quitado,
el cual es grande alcahuete,
que para venderla aquí,
con otras que tiene ansí,
grande interés les promete.
Esto supe del criado,
y luego [illegible] mis conse[illegible]
parto a disfamar al viejo.
LUZMÁN. Y qué, ¿habéisle disfamado?
FILIBERTO. Díjele toda su vida
y por loco me dejó.
LUZMÁN. (¡Qué bien Tristán le engañó!
¡Oh ciencia bien aprendida!)
FILIBERTO. De la ventana, en efeto,
me han mojado, como ves.
LUZMÁN. Mal la casa conocéis.
¡Oh, viejo astuto y discreto!
Partid por un alguacil
que con cuatro esbirros venga,
para que castigo tenga
su trato afrentoso y vil,
que yo juraré lo que es.
FILIBERTO. ¿Juraréis?
LUZMÁN. Digo que sí.
FILIBERTO. Yo voy; esperadme aquí.
LUZMÁN. Otra burla habrá después.
Todo me sucede a gusto.
Yo nací con buena estrella,
pues sola hablando atropella
todo trabajo y disgusto.

(Sale LOFRASO con FABIO y TULIO, *pajes*, y PACHÓN, *lacayo*.)

LOFRASO. Aquí me dijo Tristán
que la casa había de ser.
Paso, que he acertado a ver
a mi señor don Luzmán.
LUZMÁN. ¿Qué hay, Lofrasillo?
LOFRASO. Señor,
los pajes traigo y lacayo.
PACHÓN. ¿Es caballo rucio o bayo,
corvetero y saltador?
¿Es rodado o es morcillo?
¿Es turco o napolitano?
¿Es cuadralbo o de una mano?
¿Bebe con blanco? ¿Es rosillo?
¿Tiene alguna enfermedad?
¿Está de los cascos largo?
LUZMÁN. Buenos son; doite este cargo.
LOFRASO. Ea, los pies le besad.
FABIO. Deme vuestra señoría
los pies.
LOFRASO. ¿Cómo has nombre?
FABIO. Fabio.
LUZMÁN. Levántate.
FABIO. Fuera agravio.
Deja.
LUZMÁN. ¡Bien, por vida mía!
TULIO. Yo me llamo Tulio, y soy
romano.
LUZMÁN. ¿Y vos, hombre hónrado?
PACHÓN. Si es caballo doctrinado
por menos partido estoy,

que cobra un hombre afición
al ganado y compañía.

TULIO. Pregunta su señoría
el nombre.

PACHÓN. ¿El nombre? Pachón.

LUZMÁN. ¿De dónde sois?

PACHÓN. Bergamasco.

LUZMÁN. No era malo para un remo.
¿Coméis formacho?

PACHÓN. En extremo.

LUZMÁN. ¿Bebéis bien?

PACHÓN. Bien alzo un frasco,
que è gratato en macarrón,
cancaro en li marioli,
e su tuti li españoli
fusin amazato... (1)

FABIO. Al son
podéis bailar un poquito.

PACHÓN. ¡Quién tuviera el almohaza!

(*Sale el* ALGUACIL *con* FILIBERTO *y* CORCHETES.)

ALGUACIL. Si aquesta prisión se traza,
la opinión a todos quito.

FILIBERTO. Aquí está quien bien lo sabe.

ALGUACIL. Las de vuestra señoría.

LUZMÁN. Bien vengáis ¡por vida mía!

LOFRASO. (¡Qué bien que finge lo grave!)

LUZMÁN. Apartaos aquí conmigo.
(Sabed que aqueste hombre es loco.

ALGUACIL. Yo lo he conocido un poco
en lo que él habló conmigo;
que si es Patricio este viejo
que el necio alcahuete llama,
de su república infama
a Venecia el claro espejo.

LUZMÁN. El mismo Patricio es,
y a fe que ha de escarmentar;
que en la cárcel ha de entrar,
y en el cepo cuello y pies.
Veis aquí cuatro florines.)

ALGUACIL. Bueno, loco sois aquí.

LUZMÁN. Asilde todos ahí.

FILIBERTO. ¿A mí, villanos, rüines?

LUZMÁN. ¡Asilde, que está furioso!

ALGUACIL. ¡Vaya a la cárcel!

FILIBERTO. ¡Oh, perros!

ALGUACIL. ¡Amansaránle los hierros!
¡Tira!

FILIBERTO. ¡Oh, español caviloso!

ALGUACIL. ¡Entra!

FILIBERTO. ¡Oh, traición española!

LOFRASO. ¿Qué es esto en que agora das?

LUZMÁN. Allá después lo sabrás.—
Llama al huésped.

LOFRASO. Entra.

LUZMÁN. ¿Hola?

## ACTO TERCERO (1)

(*Salen* LUZMÁN *y* ISABELA.)

LUZMÁN. Si no eres mi propia vida,
tu alma falte a mi alma,
pues quedará muerta en calma
estando a la tuya asida.
No me pidas celos vanos,
pues no hay razón que me acuse,
que nunca en tu ofensa puse
ni pensamientos ni manos.
Si amor suelen engendrar
las grandes obligaciones,
por ésta y por mil razones
te debo, Isabela, amar,
y habiendo la que es mayor,
¿para qué formar querellas?

ISABELA. Amor que se engendra de ellas
no puede llamarse amor,
que parece que se funda
en haber sido interés.

LUZMÁN. Que aprovecha si después
tan buen efeto redunda.
Cuanto más que el mismo día
que mi alma vine a darte
no fué interés de tu parte
sino afición de la mía.
Si después tus buenas obras
han conservado este amor,
de que haya sido mayor
injustas sospechas cobras.

ISABELA. Las sospechas que he tenido
son de que tu amor fingiste,
pues de aquel hombre que heriste
vivo ni muerto he sabido,
ni te ha buscado justicia,
ni he visto que se hable en ello.

LUZMÁN. Que murió puedes creello,
y lo contrario es malicia.

(1) Este pasaje, así en el original.

(1) Añade la impresión de la V. de Alonso Martín "del Caballero del milagro".

Pero como era extranjero
y Roma es grande, ocultóse,
y esta sospecha acabóse
con diligencia y dinero,
que cualquier delito encubre.
Mas si verme en la prisión
te asegura el corazón,
hoy la verdad se descubre;
yo iré y diré que le he muerto;
ya la información creerás,
y así, para lo demás,
me darás crédito abierto.

ISABELA. Vuelve acá, hechicero mío,
lengua de fuego que abrasa,
que también por amor pasa
antes del fuego este frío.
Son las sospechas ción
y el amor la calentura,
que sólo un momento dura
y para más fuego son.
No quiero yo que me informes
de tu afición con tu daño;
o sea verdad o engaño,
basta que estemos conformes.
¿De qué sirve que me tuerzas
el rostro enojado agora?

LUZMÁN. A tus agravios, señora,
no tiene un Hércules fuerzas.
Tus obras, para tu gusto,
podrán muy bien sujetarme,
pero no para agraviarme
y en la opinión, que no es justo.
Que si no tengo opinión
con la persona que trato
ese día seré ingrato
a toda su obligación.
Ello es que ya te has cansado,
como, en efeto, mujer.

ISABELA. ¿Agora querrás hacer
del valiente y enojado?

LUZMÁN. No ¡por Dios!; pero es muy cierto
que en loca esperanza estribo,
pues que teniéndome vivo
me preguntas por un muerto.
Y ¿qué más muerto que yo
si ya lo estoy en tu gusto?

ISABELA. No has de mirar el disgusto.

LUZMÁN. Pues ¿quién?

ISABELA. A quien te le dió.

LUZMÁN. ¿Quién me le dió?

ISABELA. Mi sospecha,
de un inmenso amor nacida.

LUZMÁN. Para mi opinión perdida
¿qué disculpa te aprovecha?
Déjame ir.

ISABELA. ¿Ya me quieres
matar?

LUZMÁN. ¿Yo a ti?

ISABELA. Vuelve a ver.

LUZMÁN. Queréis a un pobre tener
muy sujeto las mujeres;
que en dándonos cuatro blancas
le queréis herrar los pies,
y es porque milagro es
en vosotras el ser francas.
De cuanto los hombres dan
¿es mucho que algo nos deis?

ISABELA. Enojos darnos soléis
como el que me das, Luzmán.
Y ¿por qué dices de dar,
que sólo [a] afrentarme vienes?
Hoy dos mil florines tienes,
en que hay largo que jugar.
Digo tienes, que una llave
sacó en cera donde están.
A fe que triunfe el galán.
Hágase agora muy grave,
y desea ya cogellos
para ir a buscar sus damas.
¿Qué sirve andar por las ramas?
Ya piensas lo que harás de ellos:
estás diciendo entre ti
que has de hacer y que has de dar,
y no me quieres mirar.

LUZMÁN. ¿Mirar? ¿Para qué yo a ti? *(Ríese.)*

ISABELA. Ea, que te estás riendo.

LUZMÁN. ¿Yo?

ISABELA. Tú, pues.

LUZMÁN. Míralo bien.

ISABELA. Estos dos ojos lo ven.

LUZMÁN. ¿Cuáles?

ISABELA. Estos lo están viendo.

LUZMÁN. ¿El uno o los dos?

ISABELA. Los dos.

LUZMÁN. No es posible.

ISABELA. No porfíes.
Di que agora no te ríes.

LUZMÁN. Dices la verdad ¡por Dios!
Ea, los brazos son tuyos.

ISABELA. Luego irán de enfado llenos
donde, de quien valga menos,
gusten de abrazar los suyos.

LUZMÁN. Basta, que te has enojado
como me has visto rendido.

ISABELA. ¿Piensa él que no he sentido
el enojo que me ha dado?
LUZMÁN. También tú te ríes agora.
ISABELA. ¿Yo?
LUZMÁN. Tú, pues.
ISABELA. Míralo bien.
LUZMÁN. Estos dos ojos lo ven.
ISABELA. ¡Ay, boca falsa y traidora!
Dame esos brazos, acaba.
LUZMÁN. Yo no me vuelvo a enojar,
porque era nunca acabar,
que a fe que ya lo pensaba.
¿Qué se ha hecho la francesa?
ISABELA. ¿Duélete ahí?
LUZMÁN. No ¡por Dios!
ISABELA. Mirado os habéis los dos.
LUZMÁN. De que lo pienses me pesa.
ISABELA. Patricio la quiere bien.
Tendrás buen competidor.
LUZMÁN. ¿Y va adelante ese amor?
ISABELA. Y su locura también.
LUZMÁN. ¿Cómo?
ISABELA. Sacóla de aquí
y en otra casa la ha puesto.
LUZMÁN. ¿Y tú tienes celos de esto?
ISABELA. ¿Patricio celos a mí?
Pues hale dado vestidos
y joyas de mil ducados,
escuderos y criados
con raciones y partidos.
y no digo que lo sé.
¿y quieres que esté celosa?
LUZMÁN. Digo que es extraña cosa
que tan poco se te dé.
ISABELA. Como yo te tengo a ti,
doile esta licencia a él,
que no estoy celosa de él
por que no lo esté de mí.
LUZMÁN. Siempre esta duda he tenido,
por más valor que me cuenten,
de mujeres que no sienten
los celos de su marido.
Porque ¿cómo puede ser,
si no es que tenga su gusto,
que no le causen disgusto
los celos a la mujer?
Pero propósito muda
y ese escritorio me enseña.
ISABELA. Es fuerte como una peña.
El abrille pongo en duda.
LUZMÁN. Mal sabes mi buena maña.
ISABELA. Calla, que hoy la llave espero.
LUZMÁN. (Si pesco tanto dinero, *(Aparte.)*
yo doy conmigo en España.)

*(Vanse y salen* LEONATO *y* CAMILO.*)*

LEONATO. Desde la burla pasada
no le he visto más, Camilo.
CAMILO. Yo le he visto hoy.
LEONATO. ¿Dónde?
CAMILO. Vilo
dentro en su misma posada.
LEONATO. ¿Que posada tiene?
CAMILO. Bueno;
yo le vi en un corredor,
que no estuviera un señor
de más arrogancia lleno.
LEONATO. ¿Cómo?
CAMILO. Estaba don Luzmán
con su ropa de damasco,
y un lacayo bergamasco
sacando un potro al zaguán;
algunos pajes allí
y el caballerizo y todo.
LEONATO. ¿Que señor es de ese modo?
CAMILO. Quien tiene dineros, sí.
LEONATO. ¿De qué tiene éste dineros?
CAMILO. De milagro es lo que veis.
LEONATO. ¿Renta no le conocéis?
CAMILO. La de Adán, que es renta en cueros.
LEONATO. Pues ¿quién el milagro hace?
CAMILO. Algún ángel.
LEONATO. ¡Brava cosa!
CAMILO. O es juego o es dama hermosa.
LEONATO. Del uno o del otro nace.
Pero a fe que ha de pagar
la burla de la hostería;
dijo que luego volvía
al acabar de cenar.
Creí que por dicha fuese
su necesidad forzosa,
o que por alguna cosa
de dulce enviar quisiese,
y agora está por volver.
CAMILO. No tener blanca sentí.
LEONATO. Pues no me sobraba a mí.
La sortija quité ayer.
Cortarle pienso la cara.
CAMILO. Yo una oreja.

*(Sale* LUZMÁN.*)*

LUZMÁN. (¡Gran ventura!
¡Oh, rueda en mi bien segura,
con este milagro para!

Haz que venga bien la llave
y que se saque el dinero,
que para el paso que espero
es epítima suave;
que si cojo tanta suma
caballero voy a España.)

LEONATO. Será el caballo de caña
y la esperanza de pluma.
A él digo.

LUZMÁN. (¡Oh, pesar de mí!
¿Qué tengo agora de hacer?
Sigue el pesar al placer,
y así me ha seguido a mí.)

LEONATO. ¡Ah, mi señor don Luzmán
de Toledo y de Mendoza,
señor de potro y carroza!

LUZMÁN. ¡Oh, Alférez fuerte y galán!
¡Vive Dios que en este punto
de tu parte hablando estaba
con Apolo, y que me daba
su armonía y verso junto!
Estaba haciendo un soneto,
príncipe, en tu propio loor.

LEONATO. ¿Pagar no fuera mejor
la cena?

LUZMÁN. ¡Oh, bravo concepto!
¡Oh, musas bien empleadas!

CAMILO. (¿Qué aguardas que no le das?)

LUZMÁN. (¡Oh, santo Apolo, que estás
sobre las nubes doradas;
si me ayudas, te prometo
hacer un elogio cuando...)

LEONATO. Como nos dejó cenando,
¿qué digo?

LUZMÁN. ¡Oh, bravo conceto!
¿Conceto? No dije bien.
Concepto con p es mejor.

CAMILO. ¡Ah, señor conceteador,
escúcheme a mí también!

LUZMÁN. (Ya me ayudas, en efeto.
Mira, Apolo, que son dos.)

CAMILO. (¿Sacúdole?

LEONATO. ¡No, por Dios!

CAMILO. ¿Cómo no?)

LUZMÁN. ¡Oh, bravo conceto!
Ya el soneto es acabado.
Oíd, que decirle quiero.

LEONATO. De risa ¡por Dios! le espero.

CAMILO. (Otra vez nos ha engañado.)

LUZMÁN.

Leonato ilustre, valeroso armífero,
contra el fiero cismático y herético
y contra el falso alárabe profético;
alférez fuerte, capitán belífero.

Tú que el pendón católico y cristífero
has puesto sobre el muro mahomético,
honrando al suelo vandalino y bético
de ingenios y armas fuerte y salutífero.

Si a Carlos Quinto, príncipe invictísimo,
la fama llega de tu esfuerzo bélico,
verás de premios un inmenso cúmulo.

Serás en vida espléndido y riquísimo
y en muerte, como a mílite evangélico,
dos mil banderas honrarán el túmulo.

LEONATO. (¿No es lástima que se ofenda
hombre de esta habilidad?

CAMILO. Por ella le haré amistad,
y le quiero dar mi hacienda.)

LEONATO. Dadme, señor don Luzmán,
un traslado del soneto.

LUZMÁN. Eres discreto, en efeto,
y valiente capitán.—
A su dama de Camilo
haré un romance esta tarde.

CAMILO. (¿A quién hay que no acobarde
con este engañoso estilo?)
Será la que prometía.

LUZMÁN. Esa yo te la daré,
que faltar dinero fué
dejaros en la hostería,
y iba a buscarlo, en verdad,
sino que una moza hallé,
que a su casa acompañé,
y es fuera de la ciudad.
Pero agora, si tú quieres,
te daré una aragonesa
como un oro.

CAMILO. ¡Buena es ésa!

LUZMÁN. Mujer tendrás, y mujeres;
así sobraran dineros
como de este menester;
hoy gozarás la mujer
y mañana la harás fieros;
que quiero que contribuya
para tus galas y juego.

CAMILO. Pues vamos a verla luego.

LUZMÁN. Vamos, y dirá que es tuya,
y aun cenaremos allá;
pero fáltame dinero.

CAMILO. Darte dos escudos quiero.

LUZMÁN. No, no, que no faltará.

CAMILO. Yo gusto de que ella entienda
que yo gasto.

LUZMÁN. Haces muy bien,
que un hombre escaso también
no hay cosa que más ofenda;
y en viéndole liberal
le adora toda mujer.
Vamos, si la quieres ver.
CAMILO. ¿Es bonita?
LUZMÁN. Es celestial.
CAMILO. ¿Vamos, Leonato?
LUZMÁN. Y a ti
¿no te ha de alcanzar del paño?
LEONATO. Pues ¿no?
LUZMÁN. (Ya trazo un engaño (*Ap.*)
para apartallos de mí.)

(*Vanse, y salen* ISABELA *y* TRISTÁN.

ISABELA. Darás este cofrecico
y este papel a Luzmán.
TRISTÁN. Mucho pesa.
ISABELA. Pesarán
las joyas que en él aplico,
porque si no es seis camisas,
no lleva otra cosa dentro.
TRISTÁN. Aunque fuera de oro el centro
mi lealtad en vano avisas.
Soy hombre de bien y hidalgo,
y de buena nación.
ISABELA. ¿Quieres
que le abra?
TRISTÁN. ¡Extraña eres!
¡Perdona! ¿Ofendíte en algo?
ISABELA. Tristán, cuando de mí quieras
dineros o joyas de oro,
verás si a Luzmán adoro
y si te sirvo de veras.
El día que en esto pruebes
lo que yo te sé querer,
verás que no he de creer
que no has de hacer lo que debes.
Toma en buen hora, y valiera
este cofre mil ducados.
TRISTÁN. Fueran seguros y dados
como tu mano los diera.
Voy a buscar, porque es tarde,
a don Luzmán, mi señor.
ISABELA. ¿Cierto quedas de mi amor?
TRISTÁN. Sí quedo.
ISABELA. El Cielo te guarde.
TRISTÁN. Alúmbrete San Onofre,
si acaso lo has menester.
¿Qué puede dentro tener
con tanto peso este cofre?
Pero lo que fuere sea;
aquí he de ser montañés;
porque gran bajeza es
que le descerraje y vea.

(*Salen* FILIBERTO *y* LOMBARDO.)

LOMBARDO.
¡Gracias a Dios que sales de ser loco! (1)

FILIBERTO.
No lo tengas en poco haber salido,
según era creído de la gente,
por furioso impaciente. ¡Oh, cárcel dura!

LOMBARDO.
¡Y qué fiera y obscura te la dieron!

FILIBERTO.
Ya que me conocieron y el engaño
tuvo su desengaño en dos amigos
que fueron los testigos que abonaron
mi crédito y juraron que era cuerdo:
quiere el Cielo que pierda cuanto había
sacado de Pavía.

LOMBARDO.
¡Mal fracaso!

FILIBERTO.
No acierto a dar un paso sin dinero.

TRISTÁN.
(¿No es éste el valón fiero del engaño?)

FILIBERTO.
(¿No es éste aquel picaño españolejo
que me dijo que el viejo era alcahuete?)

LOMBARDO.
(¿Qué es aquello que mete en capa y cubre?)

TRISTÁN.
(Si aquéste me descubre, yo soy muerto.)

LOMBARDO.
Llega.

TRISTÁN.
(Mi mal es cierto.)

FILIBERTO.
¿Ah, gentilhombre?
Si es este vuestro nombre, ¿era yo acaso;
tened, no os turbéis, paso; algún villano?

(1) El artificio de estos versos, como en otros ya señalados en el tomo anterior, consiste en rimar el primer hemistiquio de cada uno con el final del anterior. Ejemplo: "loco" y "poco", "salido" y "creído", "gente" e "imprudente", etc.

LOMBARDO.

Mete a la espada mano.

FILIBERTO.

Espera un poco.—
Y aquel que me hizo loco, ¿dónde queda?
¿Qué es eso? ¿Trae moneda? ¡Suelte luego!

TRISTÁN.

Que no toquéis, os ruego, al cofre.

FILIBERTO.

¿Cómo?

LOMBARDO.

Dale con ese pomo en la cabeza.

FILIBERTO.

¡Qué donosa simpleza! ¡Que no toque!

LOMBARDO.

Sólo eso te provoque. ¡Suelta, diablo!

TRISTÁN.

(De turbado no hablo, ni aun acierto.)
Escucha, Filiberto, si has pensado
que Tristán te ha burlado, y dame albricias
si acaso hallar codicias tu francesa.

FILIBERTO.

Segunda burla es ésa.

TRISTÁN.

Ven conmigo,
y pondréla contigo en un momento.

FILIBERTO.

Si eso es verdad, no siento justa paga.

TRISTÁN.

Dame, cuando lo haga, el cofre.

FILIBERTO.

Digo
que es tuyo.

TRISTÁN.

Ven conmigo.

FILIBERTO.

Vamos luego.—
Dale el cofre.

LOMBARDO.

¿Estás ciego?

FILIBERTO.

Estoy perdido.

TRISTÁN.

(Si yo le cobro, gran ventura ha sido.)

*(Vanse, y sale* LUZMÁN *con* BEATRIZ.)

LUZMÁN. De que estés en tan buen punto
por todo extremo me alegro;
aquí tienes padre, y suegro,
y marido, y galán junto;
mas no te ponga en estrecho
el viejo por interés;
él te goce, mas después
el que te diere provecho.
Los que aquí a la puerta dejo
son dos soldados Guzmanes,
que serán buenos galanes
para cuando falte el viejo.
El uno es un rico indiano
y el otro un aragonés,
que hasta en cintas de tus pies
cubrirá de oro su mano.
El indiano te ha de dar,
en viéndote, una cadena
que trae al cuello, y es buena.

BEATRIZ. Ya los tardas en llamar.
Siempre de ti sospeché
que me habías de hacer gusto.

LUZMÁN. Que Luzmán te sirva es justo,
y que provecho te dé.
Pero ¡vive Dios! que estoy
sin un cuatrín.

BEATRIZ. ¿Ya te pagas?

LUZMÁN. Cuando esto me satisfagas,
¿no es más lo que yo te doy?
Yo he de servirte adelante
en cosas que importen más.

BEATRIZ. Toma; acaba.

LUZMÁN. ¿Qué me das?

BEATRIZ. Un doblón.

LUZMÁN. No hay para un guante;
pero tú lo harás mejor.
Yo los llamo.

BEATRIZ. Aquí te aguardo.
Basta que el hombre es gallardo
para correo de amor;
pero es buen mozo en verdad
y importante para mí,
porque éste conoce aquí
lo mejor de la ciudad,
y es lo que yo he menester.
Dichosa es aquesta casa,
y más dichoso el que pasa
si acaso me acierta a ver.
Con todo eso, cierta amiga
me la quiere zahumar,
que sabe de santiguar

y hechiza, enamora y liga,
que en la flaqueza que estamos
con este censo se vive.

(*Salen* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO. Pues ve y la cena apercibe,
que con Beatriz te esperamos.
CAMILO. El deseo que he tenido
de serviros, Beatriz bella,
haciendo a Luzmán la estrella
al puerto me ha conducido.
Dadme esas manos.
BEATRIZ. Las vuestras
os suplico que me deis.

(*Salen* FILIBERTO, TRISTÁN *y* LOMBARDO.)

TRISTÁN. ¿Beatriz es ésta que veis?
FILIBERTO. Beatriz es la que me muestras.
TRISTÁN. Dame el cofre.
LOMBARDO. Vesle aquí.
TRISTÁN. Adiós.
FILIBERTO. Vete en hora buena.
BEATRIZ. ¿Fuése Luzmán?
CAMILO. Por la cena,
que ya dineros le di.
FILIBERTO. (¿No es éste, Lombardo, aquel
con quien reñí?
LOMBARDO. ¿Qué lo dudas?
Mas ya de color te mudas.
FILIBERTO. Y su amigo está con él.
Déjame hablar con la ingrata.
LOMBARDO. Danza de espadas tenemos.)
FILIBERTO. Yo soy. ¿De qué haces extremos?
¿Tanto ya el verme te mata?
Yo soy Filiberto, yo;
yo, cruel, el que dejaste;
yo, quien te quiso y burlaste
porque alma y vida te dió.
Yo soy aquel que por ti,
de celoso y de corrido,
loco he sido y preso he sido,
que hoy de la cárcel salí.
¿Qué quieres de mí, cruel?
¿Qué quieres de un hombre triste
a quien fe y palabra diste
de nunca apartarte de él?
Si acaso el quererte ansí
es injuria y amor furia,
con ésta venga tu injuria
y dame la muerte aquí.
Toma esta daga. ¿No quieres?
Pues piadosa no te nombres,
y mataránme estos hombres,
para quien piadosa eres.—
Ea, señores, matadme.
LEONATO. Tened la espada; estad quedo.
FILIBERTO. ¿De matarme tenéis miedo?
No he de defenderme. ¡Dadme!
CAMILO. Este soldado, señora,
os ama, y mucho ¡por Dios!
Ya le veis loco por vos,
justo es remediarle agora.
Ya ninguno ha de serviros
de los que estamos aquí.
FILIBERTO. Señores, rogad por mí.
LEONATO. Esto habemos de pediros
y no otra cosa.
BEATRIZ. Ahora bien,
yo veo que esto es razón;
él me tiene a mí afición
y yo obligación también.—
Si me perdonas te doy
los brazos.
FILIBERTO. Pues ¿eso dudas?
Circe, hoy en hombre me mudas,
que animal y piedra soy.
LEONATO. Las amistades son justas,
y yo soy testigo de ellas,
y con él hoy quiero hacellas.
CAMILO. Y yo, pues de hacellas gustas.
FILIBERTO. Amigo soy de los dos
y esclavo.
BEATRIZ. Con esto, entremos.
FILIBERTO. ¿Somos amigos?
BEATRIZ. Seremos.—
Adiós, mis reyes.
LEONATO. Adiós.
BEATRIZ. ¿Es Lombardo?
LOMBARDO. ¿No lo ves?
BEATRIZ. Dame esos brazos, amigo.
LOMBARDO. ¡Agora tierna conmigo!
Ahora bien, dame tus pies.

(*Vanse, y queda* LEONATO *y* CAMILO.)

LEONATO. ¡Qué buenos hemos quedado!
¡A fe que la moza es buena!
CAMILO. El hombre me daba pena,
que es honrado y buen soldado.
LEONATO. Que no hay que disimular.
Picadillo estáis ¡por Dios!
CAMILO. Bien lo podéis estar vos.
LEONATO. Luego ¿no le he de buscar?
CAMILO. ¿A Luzmán? ¿Dónde?
LEONATO. En su casa,
aunque más le valga Apolo.

CAMILO. ¿Pensáis vos hallarle solo?
Bien entendéis lo que pasa.
Más tiene de diez criados,
y cuando no, yo os prometo
que no le falte un soneto
de versos esdrujulados.
LEONATO. Si él me engañare, a mi daño.
CAMILO. Él os dirá su canción.
LEONATO. ¡Qué bien os cogió el doblón!
CAMILO. ¿Ya me fisgáis?
LEONATO. ¡Lindo engaño!

(*Vanse, y salen* LUZMÁN *y* TRISTÁN.)

TRISTÁN.

¿Tanto dinero en este cofre cabe?

LUZMÁN.

¿No ves que el oro siempre fué discreto,
que ocupa menos que metal ninguno
y hace poco ruido donde cae? (1)
Dos mil ducados, por lo menos vienen.

TRISTÁN.

Agora veo que Isabela es cuerda,
que no me dijo que era plata ni oro,
sino algunas camisas y aderezos,
aunque en el peso vi que me engañaba;
mas bueno hubiera sido que el soldado
se me hubiera quedado con el cofre.

LUZMÁN.

¿Que estuvo mi ventura en tal peligro
y que el valón no conoció la suya?
Agora digo que nació ese hombre
con desdichada estrella en triste signo;
pero pues ya, Tristán, la mar furiosa
de mis trabajos y fortunas varias
se queda tan atrás y gozo el puerto,
puerto dorado, rico y venturoso,
donde todas las piedras son escudos,
ya no es tiempo de andar en devaneos,
ni por esta ciudad sagrada y libre
bebiendo el viento tras mujeres locas,
cortesanos hinchados y avarientos,
sustentando la vida de milagros.
España, buen Tristán, *me fecit,* dióme
la vida España y vi la luz del mundo
en la ciudad famosa de Toledo.
Allí quiero vivir; allí me parto;
con esto y con mi industria vivir pienso.
Compraré un caballejo y un esclavo,
y, procurando alguna mujer rica
para dichoso y santo matrimonio,
podré vivir, sin envidiar al príncipe,
en servicio de Dios, que es lo que importa.
Pillate este doblón, Tristán carísimo,
mientras que hallas otro mejor comodo,
y Dio ti guardi, que español sono
y mene vollo andar al país con questi,
belle fiorini. A reveder, Tristano.

TRISTÁN.

¿Búrlaste?

LUZMÁN.

¿Si me burlo? ¡Bueno es eso!
Despide esos lacayos y criados,
y di a Lofraso lo que tú quisieres;
que la mayor industria de las mías
es no gastar en locas necedades
un oro tan hermoso, limpio y rubio.

TRISTÁN.

Sospecho que te vas.

LUZMÁN.

Voime, sin duda.

TRISTÁN.

Luego ¿no volverás a la posada?

LUZMÁN.

¿A la posada yo? ¿Para qué efeto?

TRISTÁN.

¿Para qué efeto?

LUZMÁN.

A reveder, Tristano.

(*Vase* LUZMÁN.)

TRISTÁN.

¡Ah, infame, vil y mal intencionado!
Habiéndote servido en tu pobreza
en tu prosperidad me desamparas.
¡Venganza venga sobre ti del Cielo!
Mas ¿qué mejor que la que yo imagino
que puede ser castigo de tus obras?
¿De esto sirvió cubrir tus invenciones,
tus maldades, tus máquinas y ardides?
Esta sombra le cubre justamente
al hombre que se arrima a tan ruin árbol.
La casa de Isabela es ésta, y creo
que mi ventura la ofreció a mis ojos.

(*Sale* ISABELA.)

ISABELA.

Oí tus voces, Tristán, y salgo
a saber la ocasión por que te quejas.

(1) En la impresión de la V. de A. Martín, "cabe".

¿Hante tomado el cofre por ventura?

TRISTÁN.

¡Pluguiera a Dios, pues que mayor lo fuera!
¡Mira de quién te fías! ¡Mira el hombre
a quien le das tu hacienda locamente,
que, por cogerte como a boba y simple,
conmigo y con Lofraso aquella tarde
fingió las cuchilladas y el herido,
haciendo que los dos, para este efeto,
hablásemos en daño de tu honra!
Con lo que tú le has dado ha sustentado
infinitas rameras y alcahuetas,
siéndolo él de sus amigas mismas,
sin otras mil bajezas de su trato.
Ni es caballero, ni es hidalgo o noble,
sino un villano de una pobre aldea
que está dos leguas de la gran Toledo.
Eso de don Luzmán es risa y fábula,
que ni tiene Mendozas ni Girones,
y últimamente, en viendo el gran dinero
que agora en este cofre le enviaste,
se parte a España y, como ves, te deja,
y a sus criados tristes y a mí triste,
que con solo un doblón quiso pagarme
dos años de servicio y mil de afrenta.

ISABELA.

No digas más, Tristán, que pierdo el seso.
¿Que el español se va? ¿Que al fin se parte?

TRISTÁN.

No ha querido volver a la posada
para partirse más seguramente.
¿Has visto ingratitud como ésta?

ISABELA.

Calla,
no te enternezcas, que aunque yo pudiera,
por el amor que siempre le he tenido;
vence al amor la fuerza del agravio,
que a tanto agravio todo amor es poco.
Búscame algunos hombres de esa gente
que viven mal por Roma, y dales parte
del dinero que tiene en oro y joyas,
y la causa también por qué le tiene,
y di que libremente se lo entrego
si se lo quitan esta misma noche.

TRISTÁN.

¿Será posible hallarle?

ISABELA.

¿Quién lo duda?
Acude a los hostales de las postas.

TRISTÁN.

Dices, señora, bien. Con Dios te queda.

ISABELA.

Venme a contar después lo que pasare,
que en mi casa tendrás, Tristán amigo,
tú, y Lofraso también, partido y casa.

TRISTÁN.

¡Guárdete el Cielo, veneciana ilustre!

(*Vase.*)

ISABELA.

¡Ah, traidor español! ¡Ah, ingrato amante!
¡Fingiste amor! ¡Por interés me amabas!
Matárame sin duda a no ser cierta
la venganza que espero. ¡Espera un poco,
mientras que yo, burlada, desespero,
que yo te haré matar, español fiero!

(*Vase, y salen* DEOFRIDO *y* OTAVIA.)

OTAVIA.

No pienses detenerme
con tus vanas retóricas, Deofrido,
que mientras Amor duerme
despierta la razón al justo olvido.
No he de amarte a despecho,
galán valiente y gusto sin provecho.
A Nápoles me lleva
el capitán que digo en viendo el alba.

DEOFRIDO.

¿Hoy quieres hacer prueba
de mi intención en tus agravios salva?
¿Qué pensamiento es éste
que la vida permites que me cueste?
Conozco que soy pobre;
mas de esto poco un Alejandro he sido,
y no es razón que cobre,
para tan largo amor, paga de olvido;
que tales beneficios
desdicen de la fe de mis servicios.
De Luzmán te he librado,
y de Leonato, espadachín famoso,
mil celos he pasado
en el discurso de este mal forzoso,
y mil pesares justos,
justos, pues fueron por tan dulces gustos.
Y agora que he perdido
tanto tiempo y trabajo mal gastado,
me pagas con olvido.
¡Qué buena paga a mi servicio has dado!

OTAVIA.

Pues ¿qué he de hacer contigo
si locamente tus intentos sigo?
¿No es mejor, como sabia,
con aquesta ocasión darte de mano?

DEOFRIDO.

Es la mujer, Otavia,
rey en servirse y en pagar tirano.
¡Bueno, por Dios, me dejas!

OTAVIA.

Injustamente de mi amor te quejas.
¿Que quieres que te siga?
Di, ¿qué quieres que haga?

DEOFRIDO.

¡Ya te entiendo,
ya te entiendo, enemiga!
Que me case contigo estás diciendo.
Si sólo en eso estribas,
no quiero que de mí quejosa vivas.
Contigo he de casarme,
que ya conozco que estas invenciones
son red para engañarme.

OTAVIA.

Hoy cumplirás con mil obligaciones.
Eso sólo quería.

DEOFRIDO.

Esta es mi mano, toma.

OTAVIA.

Esta es la mía. (1)
¿Soy tu mujer?

DEOFRIDO.

Sí eres.

OTAVIA.

Pues entra, que aunque pobre me imaginas,
todas esas mujeres
de estrados, telas, ropas y cortinas,
pueden ser mis criadas.

DEOFRIDO.

Tú sola, Otavia mía, tú me agradas.

(*Vanse, y sale* LUZMÁN.)

LUZMÁN. Ya las postas tengo habladas.
Todo se va haciendo bien;
pero impórtame también
huir de aquestas posadas;
que es en el hombre el dinero
veneno que trae consigo,
y del más perfeto amigo
hace enemigo más fiero.
Pero yo ¿por qué ocasión
quiero llevarlo en mi seno
si es enemigo y veneno
y no seguro el jubón?
Porque si los coso en él,
de este veneno el rigor
pasará al pecho mejor
que estando más lejos de él.
Bueno es, si los trueco y cambio,
llevarlo en papel seguro;
pero dejallos procuro;
bien hago, vayan a un cambio.
Mas ¿cómo me he de ausentar
de este divino calor
que es para el vital humor
epítima singular?
¡Oh, dinero! ¡Qué bien dijo
aquél que os llamó cuidado?
Vaya conmigo a mi lado.
¿De qué me temo y me aflijo?
¿Qué haré yo en llegando a España?
Triunfar, gastar, damas, juego.
Tendré mil amigos luego,
y el mayor que me acompaña;
y como llaman indiano
al que trato en Indias tiene,
quien rico de Roma viene
se ha de llamar el romano.
Hablaré la lengua bien;
diré fratelo, vitela,
bela dona, cuesta y cuela,
fanchulo y pillar también;
diré de los cardenales,
del papa y embajadores...

(*Salen* TRISTÁN *y* LOFRASO, LEONATO *y* CAMILO, *con rodelas y máscaras en las manos, y pónenselas luego en saliendo.*)

TRISTÁN. Vayan muy quedos, señores.
LEONATO. (Cúbrete, y no le señales.)
¡Suelta las armas, villano,
o morirás!
LUZMÁN. (¡Ah, fortuna,
no hay hora en tu bien ninguna
que no la enturbie tu mano!)
¡Señores, no me matéis,
que soy un pobre español!
CAMILO. Que ya le hemos visto al sol.
LUZMÁN. En fin, que me conocéis.
Basta; veis ahí la espada.

(1) El texto dice "Y ésta es la mía"; pero el verso resulta largo.

LOFRASO. La capa suelte.
LUZMÁN. ¿También?
TRISTÁN. Jubón y grigüesco es bien,
por que no le quede nada.
LUZMÁN. (¿Cómo esconderé el dinero?)
LEONATO. ¿Qué es lo que en el suelo echó?
LUZMÁN. Nada ¡por Dios!
CAMILO. ¿Cómo no?
Guarde los pies.
LUZMÁN. (Ya, ¿qué espero?)
CAMILO. El dinerillo arrojaba.
LUZMÁN. ¡Señores, dadme la muerte!
LOFRASO. ¡Bueno queda de esta suerte!
TRISTÁN. Desnúdate presto, acaba.
LUZMÁN. Ya, señor, estoy desnudo.
Menos mal fuera morir.
LEONATO. Vámoslo luego a partir.

*(Vanse, y quede* LUZMÁN *desnudo.)*

LUZMÁN. En desesperarme dudo.

¡Venga la muerte! ¡Venga aquí una soga!
¿Posible es que en matarme se acobarda
mano tan desdichada y afligida?
¡Oh, fortuna, del mundo burladora!
¡Oh, vida de los hombres, sueño fácil!
Mas ¿ya qué me atormento? Aquesto es hecho.
Sin duda me espiaron los ladrones
cuando al maestro de las postas iba,
o cuando por señal le di el escudo.
¿Costóme este dinero algún trabajo?
Pues ¿qué he perdido en ello? ¡Oh, gran con-
En esto veo el buen ingenio mío. [suelo!
El que quiere vivir no se dé a penas,
que más vale la vida y más importa.
Isabela me dió aqueste dinero,
y cuatro tanto me dará Isabela.
Esta es su casa; llamo. ¡Ah de la casa!
Decirle quiero todo lo que pasa.

*(Sale* ISABELA *a la ventana.)*

ISABELA. ¿Quién es?
LUZMÁN. Luzmán soy, señora.
ISABELA. ¿Luzmán de noche en camisa?
LUZMÁN. (Ella se muere de risa
de verme en camisa agora.)
ISABELA. No es posible que es Luzmán,
sino alguno que me engaña,
que está camino de España
ese fingido galán.
Y ojalá que yo le viera
para decille el concierto
que hizo del paje muerto,
sus costumbres y quién era,
que sé yo que es un villano
y no Enríquez ni Toledo.
LUZMÁN. (Del todo perdido quedo.
Todo mi negocio es llano.)
ISABELA. A los ingratos y ruines
da el Cielo ese galardón.
¡Bueno le han puesto al ladrón
sus pajes y espadachines!
Váyase a España, galán,
con el oro de Isabela.
LUZMÁN. Como a noble es bien te duela
la miseria de Luzmán.
¡Mira que el llanto me ahoga!
ISABELA. Y es razón y justo celo.
Tome, amigo, ese consuelo.
LUZMÁN. ¡Vive Dios, que echó una soga
y que cerró la ventana!
¡Acabóse! ¡Yo soy muerto!
ISABELA. ¿Hola? ¿Eugenio? ¿Arcadio? ¿Al-
LUZMÁN. Gente llama la villana. [berto?
Huír quiero de la calle.
¡Ah, Dios! ¿Qué será de mí?
¡Pobre estoy! Ansí nací.
Ved mi arrogancia y mi talle.
Sin duda Isabela hizo
que me quiten el dinero.
¡Oh, mujer, animal fiero,
qué presto se satisfizo!
Pero aquí está la francesa,
que me podrá socorrer.—
¡Ah de casa!—Quiero ver
si de mi daño le pesa.—
¿Beatriz?

*(Sale* BEATRIZ.*)*

BEATRIZ. ¿Quién llama?
LUZMÁN. Luzmán.
BEATRIZ. ¿Aquí vienes? Tú eres muerto.
LUZMÁN. ¿Cómo?
BEATRIZ. Está aquí Filiberto.
Y a fe que vienes galán.
Contóme cómo le hiciste
prender por loco.
LUZMÁN. ¡Ay de mí!
¡Cierra!
BEATRIZ. ¿Cómo andas ansí?
¿Eres ánima?
LUZMÁN. ¡Y qué triste!
¡Bien se traza mi consuelo!
¡Buen camino mi bien lleva!
Sólo me falta que llueva

granizo y piedras del cielo.
Mas Otavia vive aquí,
que fué mi primero amor.—
¡Ah de casa!—¿Qué rigor
del tiempo me trata ansí?

(*Sale* OTAVIA.)

OTAVIA. ¿Quién llama a tal hora?
LUZMÁN. Yo.
OTAVIA. ¿Quién?
LUZMÁN. Luzmán, Otavia mía.
OTAVIA. ¿El caballero del día?
LUZMÁN. Abreme.
OTAVIA. No puedo.
LUZMÁN. ¿No?
OTAVIA. No, pues.
LUZMÁN. ¿Por qué?
OTAVIA. Estoy casada.
LUZMÁN. Y ¿con quién?
OTAVIA. Con Deofrido.
LUZMÁN. ¿Cuándo ha sido?
OTAVIA. Ahora ha sido.
LUZMÁN. Ya no hallo remedio en nada.
OTAVIA. ¿Hante robado?
LUZMÁN. Un traidor.
¿Tienes que me cubra acaso?
OTAVIA. Un caldero de agua.
LUZMÁN. ¡Paso!
OTAVIA. Adiós, señor nadador.

LUZMÁN.

Ya de todo remedio desespero;
dando a mis enemigos mil venganzas,
o aquesta noche me doy muerte o muero
entre temores y desconfianzas.
Pero volverme a mi posada quiero,
que son ya las postreras esperanzas.
Esta es la calle, y esta que veo enfrente (1)
la casa en que me vi con fausto y gente.
Salí a caballo con lacayo y pajes
¡oh, casa amiga, cuando Dios quería,
y agora con afrentas, con ultrajes,
entrar desnudo merecer querría!
¡Que tan presto me subas y me bajes
de un bien a tanto mal, fortuna mía!—
¡Ah de casa!

(TRISTÁN *arriba.*)

TRISTÁN.

¿Quién es?

LUZMÁN.

Tristán amigo,
Luzmán soy, tu señor.

TRISTÁN.

¿Quién?

LUZMÁN.

Luzmán digo.

TRISTÁN.

Pues señor don Luzmán Cerda y Toledo,
Girón, Mendoza, Enríquez, ya es muy tarde,
y ciertamente que bajar no puedo.

LUZMÁN.

¡Mira que me han robado!

TRISTÁN.

No me aguarde.
Váyase a España a hacer algún enredo
el ingrato, villano, vil, cobarde.
"Píllate este doblón, Tristán carísimo."

LUZMÁN.

Abre, amigo Tristán, que estás bonísimo.

TRISTÁN.

"Y Dio ti guardi, que españolo sono,
y mene vollo andar al país lontano."

LUZMÁN.

Abre, que todo aquesto te perdono.

TRISTÁN.

"Ojo el picaño: reveder, Tristano."

LUZMÁN.

Fuése, entróse, no hay más, está en su trono.
Que tengo de irme a un hospital es llano.
En sólo un pensamiento, si se advierte,
rico y pobre me veo ¡ah, triste suerte!

De milagro al fin subí
y por milagro bajé;
grave ejemplo en mí se ve.
¿Qué he de hacer, triste de mí?
¡Ah, humilde fortuna y brava!
A España quiero partirme,
que en Roma podrán decirme:
"Quien mal anda, mal acaba."
Esto es más claro que el sol
que este fin se me aguardaba,
y aquí, senado, se acaba
*el arrogante español.*

FIN

(1) Así en el texto. El verso es largo: debera leerse "frente" y no "enfrente".

COMEDIA FAMOSA

DEL

# CASTIGO DEL DISCRETO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

RICARDO, *caballero.*
PINABEL, *su criado.*
LEONELO.
FINEO.
LAMBINO.
FELISARDO, *caballero.*
ROBERTO, *su criado.*
CASANDRA.
TEODORA.
ALBERTO.
PEREDO.
ROBERTO (1).
HIPÓLITA *y*
INÉS.
LISENO.
JULIO.
FABRICIO.
FLORINO.
ALVAREZ.
[*La* JUSTICIA.]
[*Un* ESCUDERO.]

## ACTO PRIMERO

(*Salen* RICARDO *y* PINABEL.)

RICARDO. ¿Que osaste dar el papel?
PINABEL. Pues ¿qué muralla asaltaba?
¿Qué contradique pasaba?
RICARDO. Una condición cruel,
que no hay muro en Flandes hoy
con más defensas.
PINABEL. No creas
en sueños si ver deseas
lo mismo que viendo estoy.
RICARDO. Pues ¿qué ves?
PINABEL. Respuesta.
RICARDO. ¡Cielos!
¿Hipólita respondió?
Si el sol entonces la vió,
¿qué dudo que tenga celos?
PINABEL. No la vió el sol, que sería
de noche cuando escribió,
y entonces presumo yo
que algún candil la vería.
¡Lindo loco estás, por Dios!
RICARDO. Besar quiero, Pinabel,
treinta veces el papel.
PINABEL. Bastará una vez o dos,
que a una provisión real
no se guarda más respeto
y es todo un rey en efeto.
RICARDO. ¿Y este papel no es igual
y alcanza la misma ley?
PINABEL. ¿Cómo?
RICARDO. Escrito de una reina
que sobre las almas reina,
si en los cuerpos reina un rey.
Mira, Pinabel; decir
amores a mujer fea,
¿cuál hombre habrá que no crea
que luego se ha de rendir?
Porque una fea imagina
que si aquel hombre se va
ninguno después vendrá,
y así al primero se inclina.
Pero una hermosa, que piensa
que merece más y más,
a todo el mundo verás
que desprecia y hace ofensa.
Y esta razón puede darse
por qué tan presto se casan
las feas y un siglo pasan
las hermosas sin casarse.
PINABEL. ¡Vive Dios, que dices bien!
Que he visto mil hermosuras
colgar del árbol maduras
sin que una mano les den,
y mil feas a quien dar
remedio a uno se permite,
por querer cualquier embite
casarse por madurar.
RICARDO. Por eso estimo el papel,
porque Hipólita se precia
de hermosa.
PINABEL. Pienso que es necia.
(*Lea el papel.*)
RICARDO. Eso veremos en él.
PINABEL. Y sabrémoslo por ella,
si el rostro nos ha engañado.
(*Lea otra vez el papel.*)
RICARDO. "¿Qué quiere un hombre casado
con una mujer doncella?"

(1) Este ya le nombró antes.

PINABEL. ¿Cómo es eso?
RICARDO. ¡Vive Dios,
que sabe mi casamiento!
PINABEL. Sobre un falso fundamento,
¿qué podéis fundar los dos?
Tú casado, ella doncella,
¿no es locura pretender
el fin que no puede haber?
RICARDO. ¿Tú no ves que adoro en ella
y que amor no se gobierna
por discurso de razón?

*(Salen LEONELO, FINEO y LAMBINO.)*

LEONELO. (Deteneos, que éstos son.)
PINABEL. Si verla rendida y tierna,
señor, te hubiera movido,
a ella te aficionaras;
mas no es justo si reparas
en tanto desdén y olvido.
Prosigue con lo demás.
*(Mientras lee, dicen aparte los tres:)*
FINEO. (¿Qué es lo que piensas hacer?
LEONELO. Hablarle.
LAMBINO. No es menester,
que habiendo de hacer jamás
se ha de gastar tiempo en eso.
Llegar sacudiendo es cosa
muy airosa y venturosa
para cualquiera suceso.
RICARDO. ¡Extraño papel!
PINABEL. Responde.
RICARDO. Ahora bien, hablarla quiero
por la reja.
PINABEL. ¿Agora?
RICARDO. Sí.
Que traiga el caballo di
Meneses, que aquí le espero.
PINABEL. Voy, señor, a obedecerte.

*(Vase.)*

LEONELO. (El criado le dejó.
Esperad, llegaré yo
[a] hablarle.
LAMBINO. El término advierte.)
LEONELO. En vuestra busca he venido.
RICARDO. ¿En qué os puedo yo servir?
LEONELO. En oírme.
RICARDO. Para oír
me ha dado el Cielo un sentido
con que suelo hacer merced
a quien escucho. Si viene
a lo que no me conviene...
LEONELO. Lo que os diere gusto haced,
con tal condición que oigáis.
¿Conocéisme?
RICARDO. Nunca os vi,
con que ya sabréis de mí
más de lo que preguntáis.
LEONELO. Pues un caballero soy.
RICARDO. Yo soy otro caballero.
LEONELO. Que haréis como tal espero
en lo que a deciros voy.
RICARDO. Estragar la cortesía
cuando se comienza a hablar,
suele a no hacerla obligar.
Perdonad ¡por vida mía!
y decid en lo que puedo
serviros.
LEONELO. Cierta mujer
que adoro, que lo ha de ser
mía...
RICARDO. Oíd, hablemos quedo.

*(Salen FELISARDO, caballero, de camino, y ROBERTO, criado.)*

FELISARDO. Según dice el sobrescrito,
esta es la calle.
ROBERTO. Hay dos calles
de este nombre.
FELISARDO. ¡Que no halles
aquesta casa!
ROBERTO. ¿Es delito
no hallar en Madrid, señor,
gran corte del Rey de España,
una casa?
FELISARDO. Es cosa extraña.
ROBERTO. Desde la calle Mayor,
o la Vitoria lo menos,
llaman la calle del Prado.
Hasta el mismo yo he llegado
a sus olmos, de hojas llenos,
y no hay quien sepa decir
adónde vive ese Alberto.
FELISARDO. Pues ¿qué he de hacer si no acierto?
*(Hablan los otros mientras éstos miran.)*
LEONELO. Yo vi la ventana abrir
y que Hipólita metió
la mano y le dió un papel,
flecha de celos cruel
que el alma me traspasó.
Seguí al criado, y llegué
donde leyéndole estáis.
RICARDO. De que a Hipólita sirváis
y que ella lugar os dé
no tuve nueva hasta agora.

LEONELO. Ni yo de que a vos os quiera,
pues os escribe.
RICARDO. No fuera
justo que mujer que adora
en vos, como me decís,
a mí me tuviera amor.
LEONELO. Vos me habéis de hacer favor,
si lo que es celos sentís,
de mostrarme ese papel.
RICARDO. ¿Qué os muestre el papel?
LEONELO. ¿Es cosa
muy grave y dificultosa?
RICARDO. Si al amigo más fiel
le escondiera y le negara,
¿no fuera notable error
mostrarle al competidor?
FELISARDO. En esta gente repara.
¿Por dicha sabrán quién es?
LEONELO. Vos me lo habéis de mostrar,
o me tengo de matar
con vos.
RICARDO. Ya sois descortés,
y aunque no hay secreto en él,
antes mostraros me agrada
la hoja blanca de la espada
que la escrita del papel.
LEONELO. ¡Mirad lo que hacéis!
RICARDO. No puedo
sufrir término tan loco.
LEONELO. Ni yo estimarme en tan poco.
ROBERTO. (¿Es pendencia?
FELISARDO. Estate quedo.)
LAMBINO. (Ya han metido mano, llega.)
FINEO. ¡Muera el traidor!
FELISARDO. ¿Tres a uno?
(*Llegan los dos, metiendo mano.*)
Eso no, que mira alguno
a quien la cólera ciega
(*Pónese al lado de* RICARDO.)
en viendo una sinrazón.
Caballero, defendeos,
que mi espada y mis deseos
hoy de vuestra parte son.
LEONELO. ¿Qué hombre es éste?
ROBERTO. Un hombre honrado,
¡perros!
FELISARDO. ¡A ellos, Roberto!
ROBERTO. Aquí estoy.
LAMBINO. ¡Ay, que me ha muerto!
ROBERTO. ¡Mueran!—Yo estoy a tu lado.

(*Vanse riñendo, y salgan* CASANDRA *y* TEODORA.)

CASANDRA. Como no sabes la fuerza,
Teodora, de un grande amor,
que no hay valor que no tuerza,
piensas que a tanto dolor
propia condición me fuerza.
Pues no es propia condición
tener de Ricardo celos,
que celos, Teodora, son
unas sombras y desvelos
de nuestra imaginación.
¿No has visto cuando un pintor
forma una ciudad en lejos?
Pues así verás mejor
que los celos son los lejos
de las verdades de amor.
Es la principal figura
Amor en esta (1) pintura
del lienzo de mi esperanza,
y celos lo que no alcanza
la vista entre niebla escura.
Aquel estar yo mirando
si es ciudad o no es ciudad
me mata, porque en llegando
los celos a ser verdad,
descansa el alma llorando.
TEODORA. De Amor y de sus pinturas,
de sus cercas y sus lejos
estoy, como ciego, a escuras;
mas si al mirar desde lejos
forman los celos figuras,
yo creo que al acercarse
lo que ciudad parecía,
vendrá por ventura hallarse
una sombra en que podría
el alma desengañarse.
CASANDRA. Pues en eso está mi daño:
que los celos atormentan
mientras que dura el engaño,
porque en el punto se ausentan
que los mira el desengaño.
TEODORA. ¿Qué recelo, qué ocasión
te ha dado imaginación
de que mi señor te ofende?
CASANDRA. Amor por señas entiende,
que los celos mudos son.
¿No has visto un mudo que hace
señas? Pues señas me han hecho.
TEODORA. Y ¿qué dice Amor?
CASANDRA. Que nace

(1) En la edición de Barcelona, "Amor en que esta".

de la traición de su pecho,
que nuestra lealtad deshace.
Si está Ricardo a mi lado,
con poco gusto me mira;
si ausente, está sin cuidado;
si está acostado, suspira;
si a la mesa, muestra enfado;
si le digo amores, duerme;
si me los dice, son hielos, (1)
Teodora, estos mudos celos,
ni yo a ti para entenderme.

TEODORA. Señora, tu discreción
no permite a mi ignorancia,
consejo en esta ocasión;
mas siento que es de importancia
no aventurar la opinión.
Ya es tu (2) marido, en efeto;
si a entender tus celos das
vendrá a perderte el respeto,
pues le muestra que no estás
de ti misma en buen concepto.
Aunque la pena te asombre,
haz que el valor la reprima,
que a la mujer de más nombre,
en lo mismo que se estima,
en eso la estima un hombre.
No pidas celos; mas piensa
que quien los (3) pide, ese día
la vergüenza y la defensa
quita y rompe al que tenía
en duda el hacer la ofensa.

CASANDRA. Pues ¿cómo podré sufrir
de la sospecha el rigor?

TEODORA. Con un honesto fingir

(Sale PINABEL.)

PINABEL. ¿No vino acá mi señor?
O ¿acaso ha vuelto a salir?

CASANDRA. ¿Dónde vas de aquesta suerte?
Pinabel, ¿qué ha sucedido?

PINABEL. ¡Que en una ocasión tan fuerte
faltase yo!

CASANDRA. Pues ¿qué ha habido?

PINABEL. No me atrevo a responderte.
Voile, señora, a buscar.

CASANDRA. Primero me has de contar
qué es lo que le ha sucedido.

PINABEL. Que tres hombres le han querido,
según me han dicho, matar.

CASANDRA. ¿Está herido?

PINABEL. No, señora.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. ¡Hola! Cerrad esa puerta.

CASANDRA. ¡Señor mío, en quien adora
mi alma, ya estaba muerta!
¡Vengáis, mi bien, en buen hora!
¿Qué es esto? ¿Cómo o por quién
mataros a vos?

RICARDO. ¿Tan presto
os lo han dicho?

CASANDRA. ¡Ay, Dios, mi bien,
en qué trance me habéis puesto!
¿Queréis que una silla os den?
¿Queréis algo? ¿Qué traéis?
¿Estáis herido o cansado?

RICARDO. Paso, no os alborotéis.
Ya queda todo acabado.

CASANDRA. ¡Por Dios, que me lo contéis!

RICARDO. Yo llegué, Casandra mía,
a cierta casa de juego,
donde hallé conversación
seis o siete caballeros.
Rogáronme que jugase;
jugué por entretenerlos,
que, por no darte disgusto,
ha días que ya no juego.
Gané quinientos escudos,
enviaron por dineros,
dije que yo volvería,
mas fué por librarme de ellos.
Con el gusto del ganar,
que es dulce cosa en efeto,
bajé a la calle del Prado
libre de tal pensamiento.
Vuelvo el rostro y veo tras mí
venir tres hombres de aquellos
que miran, juzgan y asisten
en semejantes sucesos.
Todos tres, con falsa risa,
quitándose los sombreros,
me dan, del haber ganado,
mil parabienes diversos.
Yo, con igual cortesía,
sin cubrirme, lo agradezco;
mas ellos me hacen cubrir,
y así me dice el más necio:
"Vuestra merced nos dejó
de su valor satisfechos,
y así a servirle venimos,
y en toda ocasión lo haremos.

(1) Falta un verso a esta quintilla
(2) En el texto, "su".
(3) En el texto, "quien no los", por errata.

Agora vamos a ver
ciertas damas, sin dineros;
vuestra merced nos los preste,
que a la noche nos veremos."
"Nunca doy de lo que gano
—respondí a los tres riyendo—,
fuera de la mesa o casa
adonde otras veces pierdo.
Allá nos podremos ver..."
Mas ¿por qué te canso en esto,
pues se resuelve en que juntos
mano a la espada pusieron?
Tíranme todos, reparo,
allí caigo, allí me tengo,
que adonde el ánimo sobra
suele faltar el aliento.
En fin, los tres me mataran
si no llega un forastero,
ángel de mi guarda entonces,
y por milagro del Cielo.
No sé yo cómo te pinte
este gallardo mancebo,
su galán vestido y talle,
su brío, su airoso cuerpo,
con la gracia que la capa
en el brazo revolviendo,
sacó la espada y me dijo:
"¡Animo, hidalgo, y a ellos!"
Cumplió las obligaciones
tan bien de ser caballero,
del talle, el brío y las galas,
que aunque lo posible hicieron
los tres con mucho valor,
si hay valor en tales pechos,
quedó la calle por él
y las espaldas volvieron.
Cuando le quisiera dar
debido agradecimiento,
veo venir la justicia,
envaino y la calle dejo.
Diera, Casandra, mi hacienda;
diera, si tuviera, un reino
por saber quién era el hombre
y servirle como debo.
Y ¡vive Dios! que he de hacer
tanta diligencia en esto,
que le he de hallar y traerle
donde conozca que tengo
sangre noble que le dar,
porque esta vida no puedo
decir que esta vida es mía:
después de Dios se la debo.

CASANDRA. A quien sois correspondéis
en estar agradecido
a quien la vida debéis.
Gran peligro habéis tenido;
bien será que descanséis.

RICARDO. ¿Cómo descansar? No creo
que descansaré en mi vida
si aqueste hidalgo no veo.

CASANDRA. Como en la corte resida,
cumpliréis vuestro deseo.

RICARDO. ¡Qué talle! ¡Qué gallardía!
¡Qué buena presencia de hombre!

CASANDRA. ¿Que tan buen talle tenía?

RICARDO. Fuera de ser gentilhombre,
mucho más lo parecía
con las galas de camino
y con la desnuda espada.

CASANDRA. A notable ocasión vino.
Julia estuvo aquí enojada
de esto del pleito de Urbino.
Por vida mía, mis ojos,
que en pasando estos enojos
lo negociéis, pues podéis.

RICARDO. Digo que si fueran seis
fueran de sus pies despojos.
¡Qué tajos! ¡Qué cuchilladas!
¡Qué estocadas! ¡Qué valor,
y con qué pulso tiradas!

CASANDRA. No tratéis tanto, señor,
de cosas que son pasadas.
Mirad también que ha venido
aquí a buscaros don Juan,
y las cartas ha traído
que esperaba el Capitán,
y que ha de llevar Leonido.

RICARDO. Sin haber conocimiento,
Casandra, ayudar un hombre,
arguye buen nacimiento.
Sólo con saber su nombre
tuviera agora contento.
Yo pienso que habrá salido
alguno de ellos herido.
Es imposible otra cosa.
¡Qué destreza tan airosa!

CASANDRA. ¡Por Dios, que venís perdido!
Yo digo que un ángel sea
y que es bien que agradezcáis
la vida que os dió, y que crea
que de la deuda en que estáis
sabréis salir cuando os vea;
pero entre tanto es razón
que oigáis las cosas que son

de importancia y que yo os pido.
RICARDO. ¿Quién me decís que ha venido?
CASANDRA. Don Juan ¡extraña pasión!;
y después con mil recados,
porque se parte mañana,
ha enviado sus criados.
RICARDO. ¡No tuviera yo una hermana
con cincuenta mil ducados!
CASANDRA. ¿Para qué?
RICARDO. Para casalla
con este hidalgo.
CASANDRA. ¡Qué bien!
TEODORA. (¡Necedad!
PINABEL. Teodora, calla.)
RICARDO. Pues dime, Casandra, ¿en quién
tan bien pudiera emplealla?
CASANDRA. En otros hombres que son
de más prendas.
RICARDO. ¿Cómo prendas
de mayor estimación?
¿Posible es que así le ofendas?
¿Eso es, Casandra, razón?
¿Por qué le quieres quitar
a un hombre lo que merece?
CASANDRA. ¿Pues de eso te has de enojar?
PINABEL. ¿Mas que han de reñir?
RICARDO. Parece
que te da, mi bien, pesar;
que quisieras verme muerto.
CASANDRA. No, mi bien; Dios te me guarde.
RICARDO. Voy a buscarle.
CASANDRA. No acierto
a servirte. Escucha.
RICARDO. Es tarde.

*(Vase* RICARDO.) (1)

CASANDRA. ¡Qué notable desconcierto!—
Dame recado, Teodora,
de escribir.
TEODORA. Ya voy, señora.
PINABEL. Oye primero.
TEODORA. ¿Hay criado
del forastero alabado
que tú me alabes ahora?
PINABEL. Puesto que criado había,
no te le quiero alabar,
que gran necedad sería
darte ocasión de pensar
su talle y su valentía.
Y de un hombre tan discreto
como es mi señor Ricardo
me he espantado, te prometo,
que alabe de tan gallardo
un hombre extraño, en efeto.
TEODORA. La seguridad que tiene
de la virtud y valor
de mi señora a ser viene
de ese recelo fiador.
PINABEL. Siempre el recato conviene.
Alábale [a] una mujer
la cara de Lucifer,
y hará por verle un conjuro.
Ningún discreto hay seguro,
o lo ha de dejar de ser.
Si una mujer se desalma
de un antojo, y puesta en calma
malpare o le ha de cumplir,
también puede malparir
su honor, que es hijo del alma.
TEODORA. Él sabe su gran lealtad. (1)
PINABEL. Muy necio estuvo, en verdad;
mas ¿qué discreto se lee
que sin puerta falsa esté
de muy fina necedad?
TEODORA. Confieso que necio ha estado.
PINABEL. Yo no te alabara un hombre
temiendo darte cuidado,
y soy un necio.
TEODORA. Ese nombre
diste a mi señor prestado.
PINABEL. Después nos podremos ver,
que me está llamando.
TEODORA. Vete,
que alabar y encarecer
es el más fino alcahuete
de la más cuerda mujer,
y aun hay mil que se previenen
de no decir mal de un hombre,
que también a amarle vienen
pensando, por sólo el nombre,
que es de envidia que le tienen.

*(Vanse, y salen* FELISARDO, ALBERTO, PEREDO *y* ROBERTO.)

ALBERTO.

El portador merece acogimiento
por ser quien es, mejor que por la carta.

FELISARDO.

Bésoos las manos por merced tan grande.
Vuestra nobleza suplirá mis méritos.

(1) "Y CASANDRA", añade el texto.

(1) En el texto, "verdad"; será errata.

ALBERTO.

Aquí dice mi primo, y lo pudiera
excusar siendo vos quien la traía,
que os regalemos y de ningún modo
os dejemos posar fuera de casa,
y así suplico la tengáis por vuestra.

FELISARDO.

Yo tengo ya posada conveniente
al servicio que traigo y para el tiempo
que he de estar en la corte, y ansí os pido
no permitáis, Alberto, que os ocupe,
que ya sé que sois hombre de negocios.

ALBERTO.

No tratéis de excusaros, que no puedo
exceder de esta carta sólo un punto.
Sé las obligaciones que allá os tienen
y sé también que no querrá mi hermana
que allá piensen que somos tan ingratos
a muchos beneficios recebidos.—
Llama, Peredo, a Hipólita.

PEREDO.

Ya sabe (1)
que has tenido estas cartas, mas no el huésped.

ALBERTO.

Di que le venga a ver.

PEREDO.

Voy a servirte.

*(Vase.)*

FELISARDO.

Si no está su merced para que pueda
besar sus manos, ya que estoy en casa,
después habrá ocasión.

ALBERTO.

De cualquier modo
habéis de conocer con el contento
que os recibe esta casa, Felisardo,
y suplico os dejéis toda sospecha
de nuestra voluntad.

FELISARDO.

Perdón os pido
si al favor que me hacéis me muestro escaso,
que el no haberos servido no detiene
de recibir merced.

ALBERTO.

Mi hermana viene.

(1) En el texto, "sale", por errata.

*(Sale* HIPÓLITA.)

FELISARDO. Bésoos, señora, las manos.
HIPÓLITA. Por muy vuestra me tened.
FELISARDO. Más en hacerme merced
que en la sangre sois hermanos.
Suplícoos que me tengáis
por muy vuestro y servidor.
HIPÓLITA. Pues que de vuestro valor
con veros indicios dais,
no para qué lo mostréis
en palabras ni humildades.
FELISARDO. Para que diga verdades
licencia darme podéis.
HIPÓLITA. Esta casa es vuestra ya;
tratad los huéspedes de ella
con más llaneza.
FELISARDO. (¿No es bella?
ROBERTO. Bella y de sazón está.
FELISARDO. ¡Vive el Cielo, que es gallarda
cuanto en mi vida la vi!
ROBERTO. Ya no te echarán de aquí
aunque te echen una albarda.
Hazla alcorza ¡por tu vida!,
pon el alma a derretir,
porque aun antes de venir
den prisa a nuestra partida.
¿Con qué estrella de manteca
naciste al mundo tan blando?
FELISARDO. Quien al cielo está mirando
y alaba al cielo, ¿en qué peca?
ROBERTO. Pues ¿quién es el cielo aquí?
FELISARDO. El rostro de esta mujer.
ROBERTO. ¿Su rostro?
FELISARDO. ¿Quiéreslo ver?
ROBERTO. Sí ¡por Dios!
FELISARDO. Escucha.
ROBERTO. Di.
FELISARDO. La luna es barba hermosa,
sus labios Mercurio son,
por su mucha discreción
y retórica famosa;
el cielo, de Venus es
su lengua y del sol sus ojos
al dios Marte, y sus despojos
en sus blancos dientes ves.
ROBERTO. ¿En sus dientes?
FELISARDO. Sí, que son
puntas de armas del dios Marte,
y así está en aquella parte
su cielo, y forma escuadrón
Júpiter con sus mejillas

de blanco y rojo matiz;
Saturno está en su nariz.
ROBERTO. ¡Qué notables maravillas!
La Astrología le llama
a Saturno cruel y airado;
no es sin causa tan sonado
si es la nariz de esta dama.
El cielo de las estrellas
¿adónde estará?
FELISARDO. En su frente,
siendo rayos de su oriente
pestañas y cejas bellas;
sus oídos son los polos.
ROBERTO. No digas más disparates.
Aunque como tú la trates
no serán aquestos solos.
FELISARDO. Necio, este mundo pequeño
es cifra del superior,
y no pienses que es error
si en él al cielo te enseño;
porque más que el cielo alcanza
el alma que le ennoblece,
que más que el cielo merece
quien es de Dios semejanza.
ROBERTO. Si me llevas por ahí,
son muy góticas mis letras.
FELISARDO. Pues si aquesto no penetras,
déjame entenderlo a mí.
ALBERTO. Ese aposento es mejor
por tener recebimiento.
ROBERTO. (Trazando están tu aposento.
FELISARDO. Ya me le ha dado su amor.
ROBERTO. ¿Dónde?
FELISARDO. En sus ojos.
ROBERTO. ¿No escapas
de abrasado?
FELISARDO. ¿Cómo?
ROBERTO. El sol.
FELISARDO. Serán del alma crisol.
ROBERTO. Toda la vista le tapas.
FELISARDO. Cuando algunos ojos miras
¿no te ves allí?
ROBERTO. Sí veo.
FELISARDO. Pues de esa suerte deseo
vivir allí. ¿Qué te admiras?
ROBERTO. Tuerta por fuerza ha de ser,
o en las dos miras (1) ¡por Dios!,
que han de verse o vivir dos;
mas yo lo vengo a entender,
que tú tendrás aposento
en un ojo y yo estaré
en otro, y así podré
darte respuesta al momento;
que algunas veces me holeas,
que no respondo, y te enojas,
que las ¡holas! que me arrojas
no hay mar donde tantas veas.
FELISARDO. ¡Bestia! En los ojos divinos
de un ángel ¿inmortal velo
quieres teñir siendo cielo?
ROBERTO. Si son cielos cristalinos,
como espejos han de ser,
que a cuantos miran retratan;
que por eso ausentes matan
los celos de la mujer.)
ALBERTO. Lo que es ropa blanca, dejo,
Hipólita, a tu elección.
HIPÓLITA. Todas esas cosas son
de tu cordura y consejo;
mas lo que me toca a mí
no es bien que te dé cuidado.

(*Sale* PEREDO.)

PEREDO. Aquí Ricardo ha llegado.
ALBERTO. ¿Por quién pregunta?
PEREDO. Por ti.
ALBERTO. ¿Sabes tú quién es?
HIPÓLITA. Yo, no.
ALBERTO. ¿Y tú?
PEREDO. Sé que es caballero.
ALBERTO. Di que entre.
FELISARDO. (Mi muerte espero.
ROBERTO. Bravo flechazo te dió.)

(*Sale* RICARDO *y* PINABEL.)

RICARDO.
Después, ilustre Alberto, hermosa Hipólita,
de besaros las manos, que es deseo
que muchas veces he tenido, vengo
a suplicaros que me deis licencia
para que hable [a] aqueste caballero,
según me han informado, huésped vuestro.

ALBERTO.
Vos la tenéis de hablarle, y juntamente
de serviros, señor, de aquesta casa.

RICARDO.
¿Conocéisme?

FELISARDO.
No sé que os haya visto

RICARDO.
Dadme esos pies.

(1) En el texto "minas", por errata.

FELISARDO.

¡Señor!

RICARDO.

Dadme esos brazos.

FELISARDO.

Ya os conozco, si acaso no me engaño.

RICARDO.

Yo soy a quien la vida agora distes;
yo soy el que os la debe.

HIPÓLITA.

(¿Qué es aquello?

ALBERTO.

Deben de ser amigos.)

FELISARDO.

Yo quisiera
valer entonces algo, que en serviros
mi estrella me inclinaba.

RICARDO.

De la mía
estoy seguro que me obliga a amaros,
aunque no hubiera deuda tan forzosa.—
Señor Alberto, a aqueste caballero
debo la vida, que de tres espadas,
todas contra mi pecho, hoy me ha librado
con el valor que su persona muestra.
No lejos de esta calle me salieron
tres enemigos; vió la infame hazaña,
metió mano y libróme de tal suerte,
que quedaron (1) los dos bien castigados.
La obligación y la afición es tanta,
que me fuerza a pediros seáis servido
se sirva de mi casa todo el tiempo
que tuviere negocios en la corte,
para que acuda yo, con regalarle,
a las obligaciones que le tengo.

ALBERTO.

Señor Ricardo, Felisardo viene
agora de Sevilla, y estas cartas
no piden otra cosa, siendo el dueño
la persona a quien más debo en el mundo,
sino que en esta casa le regalen.
Es imposible que yo os sirva en eso;
otra cosa mandad.

RICARDO.

Si no es posible
que merezca la mía bien tan grande,
no os quiero replicar; pero os suplico
le deis licencia para que la sepa.

ALBERTO.

Eso es razón, pero volviendo juntos
a cenar con Hipólita y conmigo.

RICARDO.

Yo aceto la merced.

FELISARDO.

Y yo, contento,
voy a saber donde a serviros vaya.

ALBERTO.

Yo quiero acompañaros.—Tú, entre tanto,
harás el aposento como digo.

RICARDO.

(¿Has visto, Pinabel, por dónde el Cielo
me trujo a ver y hablar mi hermosa Hipólita?

PINABEL.

No ha de ser Felisardo buen tercero.

RICARDO.

¿Mírale?

PINABEL.

Sí ¡por Dios!

RICARDO.

¡De celos muero!)

(*Vanse y queda* HIPÓLITA, *y ase de la capa a* ROBERTO.)

HIPÓLITA. ¿Ah, gentilhombre?
ROBERTO. No sé
cómo responda a ese nombre,
porque no soy gentilhombre.
HIPÓLITA. Llegaos más cerca.
ROBERTO. Sí haré.
HIPÓLITA. ¿Qué gente trae Felisardo?
ROBERTO. ¿Para qué lo preguntáis?
HIPÓLITA. Para que en casa tengáis
posada.
ROBERTO. Aguarde.
HIPÓLITA. Ya aguardo.
ROBERTO. Somos...
HIPÓLITA. A decir comienza
qué gente.
ROBERTO. Es gran confusión.
HIPÓLITA. ¿Cuántos, por mi vida, son?
ROBERTO. Tres pies y poca vergüenza.
HIPÓLITA. No entiendo.
ROBERTO. Pues no se asombre:
tres criados y un rocín.

(1) En el texto, "quedar con", por errata.

HIPÓLITA. ¿Y es ese su nombre, en fin?
ROBERTO. En fin, es este su nombre.
Poca vergüenza le llamo
porque con cierto portante,
sin mirar que voy delante
de Felisardo, mi amo,
diez y seis leguas camina
de sol a sol sin vergüenza,
que no hay viento que le venza.
HIPÓLITA. ¡Linda bestia!
ROBERTO. ¡Peregrina!
HIPÓLITA. ¿Es grande?
ROBERTO. Es largo de talle.
Ayer, señora, pasó
por Getafe, y pienso yo
que es todo el pueblo una calle;
mas la cabeza advertid
lo que de largo tendría,
que de la calle saldría
al camino de Madrid,
cuando aseguraros puedo
que la cola aún no llegaba
al lugar cuando aún andaba
el camino de Toledo.
Por dondequiera que fuese
la gente de aquel lugar,
no la dejaba pasar,
y aguardaba a que saliese.
HIPÓLITA. ¿Son los criados ansí?
Que no habrá casa en que estén.
ROBERTO. Grandecillos son también;
pero no vendrán aquí.
HIPÓLITA. Ese rocín me alborota.
ROBERTO. El rocín no os dé pesar;
de aposento le han de dar
el juego de la pelota.
HIPÓLITA. ¿Que trae más?
ROBERTO. Un papagayo
y una mona harto famosa.
HIPÓLITA. ¿Cómo?
ROBERTO. Que no habla cosa
y ella se come un lacayo.
Mandada estaba ahorcar
en Sevilla por la muerte
de once niños.
HIPÓLITA. De esa suerte
no tendremos que guardar.
¿Es casado vuestro dueño?
¿Vendrá su mujer acá?
ROBERTO. Ni es casado ni vendrá;
no perdáis por eso el sueño.
HIPÓLITA. ¿Que no es casado?
ROBERTO. No a fe.
HIPÓLITA. Pues ¿por qué no se ha casado?
ROBERTO. Aún no se lo he preguntado,
yo se lo preguntaré;
demás, que él se halla mejor
con engañar cuanto mira.
HIPÓLITA. ¿Cómo?
ROBERTO. Por lo que hoy suspira
no tiene mañana amor.
Es hombre que a diez escribe
y requiebra a cuantas ve,
busca siempre quien le dé
y cuanto le dan recibe.
En pidiéndole dinero
dice que es necia y es fea,
supuesto que un ángel sea.
HIPÓLITA. ¿Juega aqueste caballero?
ROBERTO. Este caballero juega.
HIPÓLITA. ¿Mucho?
ROBERTO. Lo que tiene y más
lo que le prestan.
HIPÓLITA. (Jamás
Amor a buen tiempo llega.
¡Siempre con dificultades!
¡Siempre con mil imposibles!)
ROBERTO. (Medios busca Amor terribles
para juntar voluntades.
Yo entiendo que éstos pretenden
dar principio a un grande error,
porque es una cifra Amor
que cuantos la ven la entienden;
pero yo haré de manera
que no se encienda la llama.)

*(Sale Inés.)*

INÉS. Tu hermano aprisa te llama.
HIPÓLITA. ¿Vino?
INÉS. No ha salido afuera.
HIPÓLITA. Mira, Inés, si ese criado
te da alguna ropa.—Adiós.

*(Vase.)*

INÉS. ¿Qué ropa es ésta?
ROBERTO. ¡Por Dios,
que no sois de mal hilado!
INÉS. ¿Eres tú de los que vienen
con aqueste caballero?
ROBERTO. Suyo fuí; mas ya ser quiero
de ojos que tal gracia tienen.
INÉS. ¿Qué tiene por gracia de ellos?
ROBERTO. Aquel cierto no sé qué
que entre las niñas se ve

y está niñeando entre ellos.
INÉS. ¿No sabe lo que ha de hacer,
señor músico sin tiento,
del rascativo instrumento?
Irse al pesebre a tañer.
ROBERTO. Pues, señora fregatriz,
¿ella no tañe también?
cuando al plato, a la sartén
le quita el negro barniz?
Pues ¿cómo recibe ansí
un caballero?
INÉS. ¿Qué es eso?
ROBERTO. Oiga, que no es mucho exceso
decir lo que soy y fuí.
¿No llaman retratador
a un pintor cuando retrata,
tratante al hombre que trata,
al que labra labrador
y al que forja el hierro herrero?
Pues al que trata en (1) caballos
curallos y regalallos,
le han de llamar caballero.
INÉS. Ahora bien, ¿qué ropa es ésta?
ROBERTO. Agora por ella voy.
INÉS. Pues agora no te doy
de esa voluntad respuesta.
ROBERTO. Eres un oro de tíbar.
¿Querrásme?
INÉS. Si lo mereces.
ROBERTO. Mereceré treinta veces,
que soy lacayo en almíbar.
INÉS. Quedo, amigo, y no se alcorce
conmigo de esa manera.
ROBERTO. Adiós, señora platera.
INÉS. Adiós, señor (2) pan y catorce.

(*Vanse. Sale* FINEO *y* LEONELO.)

LEONELO.
¿Qué me dices, Fineo?

FINEO.
Lo que pasa,
y que aquel hombre forastero
que hirió a Lambino posa en esta casa.

LEONELO.
Mayor desdicha, mayor daño espero,
que me dieron los celos de Ricardo.

(1) En el texto, "traen". Corregido por la de Barcelona.
(2) Así en el original; pero, como el verso es largo, diría "seo".

FINEO.
Bien dices, que es gallardo caballero.

LEONELO.
No le he visto en mi vida más gallardo.
¿Dijéronte su nombre?

FINEO.
Sí dijeron.

LEONELO.
Y ¿cómo se llamaba?

FINEO.
Felisardo.
De Sevilla sospecho que vinieron
él y otros tres, o deudos o criados.

LEONELO.
Todos agüeros de mi muerte fueron.
Pues que no siendo entonces agraviados,
me vi tan cerca de perder la vida,
entre sus brazos sin razón airados.

FINEO.
Disculpa me parece conocida,
un hombre defender que tres mataban.

LEONELO.
Dicen que es peligrosa aquella herida. (1)

FINEO.
Con gran sospecha de su vida estaban.

LEONELO.
Ojalá que muriese, por que huyese.

FINEO.
Con lástima notable le curaban.

LEONELO.
Que muera o viva, mi remedio es ése
para echarle de aquí.

FINEO.
Su ropa es ésta;
mira si es cierto.

(*Sale* ROBERTO, LISENO *y* FABRICIO *con unas maletas.*)

ROBERTO.
Dijo que estuviese
también su ropa aquí.

LISENO.
¿Que con tal (2) fiesta
le han recebido en casa de esta dama?

(1) En el original, "vida"; pero es errata notoria.
(2) En el texto, "tu".

ROBERTO.
El contento común lo manifiesta.

FABRICIO.
¿Cómo se llama?

ROBERTO.
Hipólita se llama.

FABRICIO.
¿Es hermosa?

ROBERTO.
Pregúntalo a tu amo,
si no lo sabes de la misma fama.

LEONELO.
¿Ah, hidalgo?

LISENO.
¿Quién nos llama?

LEONELO.
Yo los llamo.
¿Quién es el huésped del señor Alberto?
Oigan, su deudo soy, sus cosas (1) amo.

ROBERTO.
(Este es de la pendencia.

FABRICIO.
¿Cierto?

ROBERTO.
Cierto.

FABRICIO.
Pues hable y no te cause maravilla.

ROBERTO.
Túvela por pensar que estaba muerto.)
Este es un (2) caballero de Sevilla.

LEONELO.
¿A qué viene a la corte?

ROBERTO.
Sólo a vella,
con algunos lugares de Castilla.

LEONELO.
¿Qué tiempo, si sabéis, estará en ella?

ROBERTO.
El que bastare para ver sus calles,
con todas las demás grandezas de ella.
Sus bellas damas de gallardos talles,
el insigne Palacio, la Armería,
templos, jardines, montes, prado y valles.

(1) En el texto "[illegible]"
(2) En idem, "mi".

Al famoso Escurial irá algún día,
al Pardo alegre, Aranjüez florido,
que los huertos Pensiles (1) desafía.
¿Qué otra cosa mandáis?

LEONELO.
Agradecido
estoy a la merced que me habéis hecho.

ROBERTO.
(Cuanto me ha preguntado fué fingido.)
Adiós.

LEONELO.
Adiós.—Terrible mal sospecho;
mas yo sabré fingir que es muerto el hombre
de la estocada que le dió en el pecho.)
¿Qué cosa habrá, Fineo, que le asombre
mejor que la justicia?

FINEO.
Yo te juro
que le espante la sombra de su nombre.

LEONELO.
Como se ausente quedaré seguro.
¡Oh, sospecha cruel, oficios, celos,
cárcel del alma, laberinto escuro,
infierno en obras y en el nombre cielos!

(*Vanse. Sale* FELISARDO, RICARDO, CASANDRA *y* TEODORA.)

FELISARDO. A tanta merced no puedo
satisfacer sin quedar
más obligado.
CASANDRA. Yo quedo
tan vuestra, que de pensar
lo que os debo tengo miedo;
porque dar vida a Ricardo
será, señor Felisardo,
de inmortal obligación.
TEODORA. (¿Qué sientes?
CASANDRA. Que con razón
le encarecen de gallardo,
y luce mucho, en efeto,
sobre tan gentil persona
ser en extremo discreto.
TEODORA. Lo que Ricardo le abona
le da valor, te prometo.
CASANDRA. Eso, Teodora, es error,
que una cosa encarecida
vista parece menor.)
RICARDO. Quedaos aquí ¡por mi vida!
FELISARDO. Estimo tanto favor;

(1) "perfiles" en el original.

pero es la noche primera,
que allá los pongo en cuidado,
y descortés huésped fuera.
Antes pienso que hé tardado
y que ya Alberto me espera,
y así os suplico me deis
licencia, que tiempo queda
en que el favor que me hacéis
recebir de espacio pueda
y en esta casa me honréis.

RICARDO. Casandra, ya se nos va.

CASANDRA. Agravio nos hacéis ya.

FELISARDO. Ricardo sabe que es justo
dar a mis huéspedes gusto.

RICARDO. Bien dice, obligado está,
y fuera descortesía
faltar a lo que es razón.

FELISARDO. Acá me tendréis un día.

CASANDRA. Conoced nuestra afición.

FELISARDO. Corra a cuenta de la mía.
Adiós.

RICARDO. Con vos quiero ir.

FELISARDO. De aquí no habéis de salir.

RICARDO. Tengo allí cerca que hacer.

CASANDRA. Mirad que habéis de volver.

FELISARDO. Siempre os tengo de servir.

(*Vanse los dos.*)

CASANDRA. Si fuera mi condición
como otras muchas, ligera,
dado me había ocasión
Ricardo de que pusiera
en Felisardo afición.
Sus hechos encarecidos
pudieran causarme enojos,
que a una voz de mis sentidos
han confirmado los ojos
lo que oí por los oídos.
Mas yo fuí siempre, Teodora,
mujer que su honor adora,
después del Cielo, de suerte
que antes me diera la muerte.

TEODORA. Así lo entiendo, señora;
pero no me negarás
que gustas de hablar en él.

CASANDRA. El alma viéndome estás.
Sólo aquesto diré de él,
y no me preguntes más,
que holgara de haber nacido
sin tantas obligaciones.

TEODORA. Yo me acuerdo que has tenido
otras veces ocasiones;
pero jamás te han vencido.

CASANDRA. Ni agora vencida estoy,
que esta licencia que doy
a los ojos no la he dado
al cuidado, que el cuidado
es honra, y honrada soy.
Es gusto no más de ver
hombre tan encarecido,
que esto no puede ofender.

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. Ya se deben de haber ido.

CASANDRA. A una principal mujer.

ROBERTO. ¿Es ido ya mi señor?

CASANDRA. ¿Quién eres?

ROBERTO. Soy un criado
de Felisardo.

CASANDRA. (El honor,
Teodora, ha desafiado
este mal nacido amor.
¿No es bueno que me turbé
así como el nombre oí?
Responde que ya se fué.)

TEODORA. Tu señor se fué de aquí.

ROBERTO. ¿Sabes dónde?

TEODORA. No lo sé.

ROBERTO. Estánle aguardando allá,
y él muy despacio se está
en buena conversación.

CASANDRA. ¿Quién?

ROBERTO. Sus huéspedes.

CASANDRA. ¿Quién son?

ROBERTO. ¿Luego no lo sabéis ya?
Alberto y un ángel bello,
su hermana, [en] cuya belleza
el fin del poder, el sello,
echó la naturaleza
desde la planta al cabello.
Una mujer que es agravio
llamarla mujer.

CASANDRA. Detente.

ROBERTO. Que hizo el pincel más sabio
campo de jazmín su frente
y como un clavel su labio.
Yo soy un pobre escudero;
mas ¡por Dios! que ya la quiero
de suerte, que si igualara
con su valor...

CASANDRA. Oye y pára,
escudero o caballero,
que es término descortés
si está una dama presente,

no siendo propio interés
alabar la que está ausente,
fuera de que sé quién es.
Mas debe de haber venido
a casarse tu señor.

ROBERTO. Ni aun pensamiento ha tenido,
y de mi pasado error
humilde perdón te pido.

CASANDRA. ¿Hate dicho que le agrada?

ROBERTO. Que le agrada me contó.

CASANDRA. ¿La mujer o la posada?

ROBERTO. La mujer presumo yo,
y aun ella...

CASANDRA. ¿Qué?

ROBERTO. Está picada.

CASANDRA. ¿En qué lo has visto?

ROBERTO. Subiendo
esta tarde las maletas
me estuvo a solas diciendo
cosas; pero son secretas.
En fin, que es amor entiendo;
que yo bien sé qué es amor,
aunque me ves de este modo.

CASANDRA. ¿Es muy tierno tu señor?

ROBERTO. Oye, y pintaréle todo,
aunque grosero pintor.
Los ojos son de cristal,
cualquier luz entra sin mengua;
la boca es toda un panal,
cera el labio y miel la lengua.

CASANDRA. No le vas pintando mal.

ROBERTO. Sus dulces palabras son
vino santo y diacitrón;
sus requiebros son grajea;
sus pensamientos, jalea,
y almíbar su condición;
limas dulces y ponciles
sus blandos suspiros llama;
sus entrañas son pasteles,
donde es la carne su dama
y la hojaldre sus papeles.
Su corazón es ciruela
de Génova, y es su voz
ámbar que el gusto consuela;
su alma es papía (1) y arroz
con su azúcar y canela.

CASANDRA. Bien pintas a tu señor,
aunque entre lienzo grosero
más me parece, en rigor,
guisar como cocinero
que pintar como pintor.
Prometístele pintado
y hásmele dado guisado.
¡Extraña ensalada has hecho!

ROBERTO. Sé que es bueno para el pecho
mejor que para mirado.
Pero licencia me da,
porque truje hachas y coche,
que en la calle esperan ya.

CASANDRA. Si le hablares esta noche
dile que esta casa está
muy a su servicio toda.
¿Tu nombre?

ROBERTO. Roberto.—Adiós.

(*Vase.*)

TEODORA. ¿Qué dice?

CASANDRA. Que se acomoda
y se trata entre los dos
aquesta noche la boda.

TEODORA. Ahí te duele.

CASANDRA. ¿A mí, por qué?

TEODORA. En tus ojos se te ve.

CASANDRA. Y aun en las obras se viera
si este honor lo permitiera.—
¿Fuése el hombre?

TEODORA. Ya se fué,
y a fe que me ha contentado
la plática y el humor,
y que si hubieras pensado
querer bien a su señor,
que no era bobo el criado.

CASANDRA. Mucho tengo que te hablar
adonde estemos seguras.

TEODORA. Puédesme el alma fiar.

CASANDRA. (¡Villano Amor! ¿Qué procuras
donde no te dan lugar?
Mira que soy de Ricardo.
Si no es infamia, ¿qué aguardo
de un desatino tan cierto?)

TEODORA. (¿No tiene gracia Roberto?)

CASANDRA. (¡Muerta voy por Felisardo!)

## ACTO SEGUNDO

*del* CASTIGO DEL DISCRETO.

(*Salen* FINEO y PINABEL.)

PINABEL. No está en casa mi señor.

FINEO. ¿Adónde hallarle podré?

PINABEL. No sé; mas pienso que fué
hacia la calle Mayor,

(1) En la impresión de Barcelona, "papín".

que allí, con los ginoveses,
negocia algunas mañanas.

**Fineo.** Que son amistades llanas
querría que presumieses.

**Pinabel.** Que sea o que no su amigo,
te digo que no sé de él.
¿Qué quieres?

**Fineo.** Darle un papel.

**Pinabel.** Ven a buscarle conmigo
si no le fías de mí.

**Fineo.** De ti le osara fiar;
pero tengo de llevar
respuesta.

**Pinabel.** ¿Respuesta?

**Fineo.** Sí.

**Pinabel.** ¿Y no sabré yo también
cómo tú vienes acá?
Llévale el papel allá.

**Fineo.** Sospecho que dices bien.
Este es el papel; no tengas
descuido en dársele luego.

**Pinabel.** Ve con Dios.

**Fineo.** Esto te ruego,
porque voy...

**Pinabel.** No te detengas.

**Fineo.** Allá con otro recado.

**Pinabel.** Hoy de mi cuidado está cierto. (1)

**Fineo.** Adiós.

**Pinabel.** ¿Qué quiere encubierto
este amigo disfrazado?
Debe de pensar Leonelo
que ha de vengar mi señor,
como si perdiese honor,
que de esto tendrá recelo,
el haberle acuchillado
con tal ventaja y traición;
pero si amistades son,
mejor es perder cuidado
y acetar cualquier partido
por que Casandra no entienda
su liviandad.

(*Sale* Teodora.)

**Teodora.** (¡Que esto emprenda
quien tiene honor y sentido!
Pero ¿quién me pone a mí
en cuidado de su honor?)
¿Adónde está tu señor,
Pinabel?

**Pinabel.** ¿Búscasle?

**Teodora.** Sí.

**Pinabel.** Yo lo mesmo. ¿No ha venido
a casa?

**Teodora.** No ha vuelto más.

**Pinabel.** ¡Qué descuidada que estás
de mi abrasado sentido!
¡Qué lejos de imaginar
en lo que al alma le cuestas!
¿Qué gargantillas son éstas?

**Teodora.** ¿No puede hablar sin tocar?

**Pinabel.** Las manos, Teodora, son
los ministros de los ojos;
no recibas de esto enojos,
y si erré, dame perdón.
Luego que los ojos ven,
las manos van a servir
de señalar y decir
lo que les parece bien.
¡Bravos azabaches tienes!
¡Bravas perlas y granates!

**Teodora.** Siempre con mil disparates
a pedirme celos vienes.
Mira que vengo de prisa
y en tu busca.

**Pinabel.** ¿Qué se ofrece
en que te sirva?

**Teodora.** Parece
que todo te mueve a risa.
Pues mira que mi señora
tuvo agora, Pinabel,
de cierta amiga un papel,
que le has de llevar agora
al nuevo huésped de Alberto.

**Pinabel.** ¿A Felisardo?

**Teodora.** Sí.

**Pinabel.** Muestra.
Y ¿quién es la amiga vuestra?

**Teodora.** Su hermana de Filiberto,
que es, cual sabes, religiosa,
y tiene que le vender
ciertas camisas.

**Pinabel.** Ayer
supe que Hipólita hermosa
le presentó una docena
que de albas pueden servir
al sol si quiere salir
sobre jazmín y azucena.
No vendrán a coyuntura.

**Teodora.** Dale el papel de tu mano,
que es, cual sabes, sevillano,
y las querrá por ventura;
que allá es costumbre tener

---

(1) Sobra una sílaba: el "Hoy" probablemente.

muchas cualquiera persona,
cuanto más a quien abona
tanta gala.

PINABEL. Y ha de ser
en bien de esa religiosa.
Irésele luego a dar.

TEODORA. Pues no te has de descuidar,
mira que es obra piadosa;
y voime, porque sospecho
que viene ya mi señor.

PINABEL. ¿Has de pagar este amor
con que me abrasas el pecho?

TEODORA. Si traes de este papel
respuesta, empeño estos brazos. (1)

PINABEL. Traeré mil respuestas de él.

TEODORA. Métele en la faltriquera
no le vea mi señor.

PINABEL. En fin, ¿pagarás mi amor?

TEODORA. Quien bien ama bien espera.

*(Vase.)*

PINABEL. ¡Que no puedo convertir
esta fregona a mi fe!

*(Sale* RICARDO.*)*

RICARDO. (Loco amor, ¿dónde hallaré
a tal penar tal sufrir?
¿Qué importa, Hipólita bella,
representaros mi mal
si sois mujer principal,
yo casado y vos doncella?)
¿Qué haces [aquí], Pinabel?

PINABEL. ¡Por Dios! que andaba a buscarte,
que tengo un papel que darte.
¡Válgate Dios por papel!
*(Buscándole.)*

RICARDO. ¿Sabes de quién?

PINABEL. De Leonelo,
que aquí le trajo un criado.
Lee en tanto que un recado
doy a un ángel de tu cielo.

RICARDO. ¿Angel de mi cielo? ¿A quién?

PINABEL. A Felisardo.

RICARDO. Pues parte,
y, si la ves, de mi parte
di mi amor a su desdén.

PINABEL. Voy, que es negocio de prisa.

RICARDO. ¿De quién?

PINABEL. De una religiosa.

RICARDO. ¿Es labor?

PINABEL. Es cierta cosa...

RICARDO. De lo que pasa me avisa.
Si vieres mi sol...

PINABEL. Sí haré.

*(Vase.)*

RICARDO. ¿Papel de Leonelo a mí?
¿Qué podrá decirme aquí?
Disculpas de que amor fué,
que ya yo sé que es amor;
pero amor no ha de obligar
a que me intente matar.
¡Ay, Cielos, extraño error!
Esta es letra, o estoy ciego,
de Casandra, mi mujer.
Pero ¿cómo puede ser?
Ojos, la verdad os niego.
¡Vive Dios que es letra suya!
Pero ¿a qué efeto me escribe
quien entre mis brazos vive?
Traición, Pinabel, fué tuya.
Mis amores le has contado.
Yo apostaré que se ha ido
con sus padres, y que ha sido
de todos tres acordado
que me escriba este papel.
Quiero leerle. Dice así:
*(Lee el papel.)*
"Después que a Ricardo oí..."
No habla conmigo en él.
"Vuestras grandes alabanzas.
Felisardo, estoy de suerte..."
¡Cielos! ¿Qué es esto? Es mi muer-
y el fin de mis esperanzas. [te
"Que por más que he procurado
que no me abraséis el pecho,
más la resistencia ha hecho
que viva el pecho abrasado.
Culpa de Ricardo fué,
porque, si a la mesa estaba,
vuestras gracias me contaba,
que de su boca las sé.
Si en la cama, allí decía
cosas que un hielo encendieran,
y que poderosas fueran
a abrasar la nieve fría.
No me ha dejado vivir,
comer, ni dormir sin vos..."
A mí me culpa ¡por Dios!
¡Qué bien lo sabe fingir!
"Fatigábase en pensar
que si una hermana tuviera

(1) Falta un verso a esta redondilla.

para mujer os la diera:
yo me ofrezco en su lugar...”
No puedo pasar de aquí.
Las manos me están temblando.
¡Cielos! ¿Qué lo estoy dudando?
¡Muerto soy! ¡La culpa fuí!
Perdí mi honor; esto es hecho.
Daréle mil puñaladas.
Mejor fueran empleadas,
pues fuí la causa, en mi pecho.
Su hielo pude encender.
Segura Casandra estaba.
¡Mal haya el hombre que alaba
ninguna cosa a mujer!
¿Qué me detengo en entrar?
Con esta punta cruel
en su pecho este papel
lo tengo de trasladar.
¡Válame Dios, qué de cosas
se me ofrecen! Mas pues fuí
causa, como dice aquí,
de hazañas tan afrentosas,
bien sabré buscar un modo
de diferente castigo,
pues en público me obligo,
Cielos, a perderlo todo.
Porque si a Casandra mato,
¿qué causa tengo de dar,
si no es el papel mostrar
en que a mi honor soy ingrato?
Pues he de andar de hombre en hom- [bre
mostrando que le alabé
el hombre que causa fué
de la afrenta de mi nombre.
También culpa me darán,
fuera de perder mi honor,
y en la justicia, en rigor,
tampoco le admitirán,
que no permiten las leyes
su muerte por un papel,
que por dolor más cruel
dieron licencia los reyes.
¡Qué confusión! ¡Qué quimera!
Ya no he de hacer cosa honrada,
que se resfría la espada
cuando el fin se considera.
Mas ya que no fuí discreto
en alabar a mi amigo,
ser discreto en el castigo
a todo el Cielo prometo.
Casandra no me ha ofendido
más que en pensar mi deshonra;
hasta agora estoy con honra,
cuanto a no haberla perdido.
Pues matarle el pensamiento
será grande discreción,
que después habrá ocasión
de impedir mi casamiento.
Ya Pinabel vuelve aquí.—
Mil años ha que te aguardo.
¿Has hablado a Felisardo?

(*Sale* Pinabel.)

Pinabel. Llegué y el papel le di;
pero de casa salía
y detenerme no pude.

Ricardo. (Dios mis principios ayude.)
Perro infame, afrenta mía
(*Saca la daga.*)
¿quién te ha dado este papel?

Pinabel. ¿Qué papel?

Ricardo. El que me has dado.

Pinabel. Señor, diómele un criado
de Leonelo.

Ricardo. Pinabel,
ya no es tiempo de mentir.
El alma en la boca tienes.

Pinabel. ¿Ese premio a darme vienes
después de tanto servir?
¿Qué ofensa te hice en darte
lo que cerrado te di?

Ricardo. ¿Criado papel a ti?
¿Has estado en otra parte?
¿Hante dado otro papel?

Pinabel. Teodora el papel me dió
que di a Felisardo yo.

Ricardo. ¿Juntaste aquéste con él?

Pinabel. Metíle en la faldiquera
adonde el otro tenía.

Ricardo. (¡Dios vuelva por la honra mía!)

Pinabel. El papel me dijo que era
de una cierta religiosa
que unas camisas vendía.
Troquélos, y eso sería.
¿Tienes contra mí otra cosa?

Ricardo. Este papel que me has dado,
míralo, que fío de ti,
es de Casandra.

Pinabel. ¡Ay de mí!

Ricardo. Tú naciste hidalgo honrado
en tierra donde jamás
hombre desleal nació;
mi vida y honra eres.

Pinabel. ¿Yo?

RICARDO. Tú.

PINABEL. ¿De rodillas estás?
Alzate, señor, del suelo.

RICARDO. ¡Duélete de mí!

PINABEL. Señor,
si yo te fuere traidor
pártame un rayo del cielo.
A Guipúzcoa no han llegado
ni aun señas de la traición.

RICARDO. Nobles y hidalgos son.
Tú harás como hombre honrado.
Casandra, de oír loar
a Felisardo, le escribe
que loca amándole vive
y que le espera gozar.
¿Puede decir un señor
más que esto a un hombre de bien?

PINABEL. Fuera de callar, ¿también
querrás que vengue tu honor?

RICARDO. ¡Ay, Pinabel, pues yo fuí
causa de este infame efeto,
sea el castigo discreto.

PINABEL. ¿De qué suerte?

RICARDO. Escucha.

PINABEL. Di.

RICARDO. Yo le tengo de quitar
a Casandra ese deseo
sin perder amor.

PINABEL. Bien creo
que lo podrás remediar;
y si fueses tan discreto
que sin sangre lo alcanzases,
no dudes de que enseñases
a castigar con secreto.
El matar una mujer,
puesto que al honor deleite,
es hacer la sangre aceite
y la deshonra extender.
No hagas tal, que los discretos
que han sido tan desdichados
salen bien de esos cuidados
con ciertos polvos secretos.

RICARDO. Yo he pensado responder
a este papel y fingir
que el hombre vuelve a escribir
y que la quiere querer;
pues no ha visto letra suya,
creerá que es suyo el papel

PINABEL. Crecerá su amor con él
y será la culpa tuya.

RICARDO. Lo que más quiero de ti
es que no has de replicar;
el papel le has de llevar.

PINABEL. Yo lo haré, señor, así.

RICARDO. Que al fin verás de qué modo
quito a Casandra el amor
sin matarla, y que mi honor
viva y lo remedie todo.

PINABEL. Pues responde, y con secreto
iré a llevarle el papel.

RICARDO. Presto verás, Pinabel,
cómo castiga el discreto.

*(Vanse. Salen* ALBERTO *y* FELISARDO.)

FELISARDO.

Hame enviado este papel que os digo,
y salir no he querido al campo solo,
que pues de sus traiciones soy testigo,
debo temer el mismo fraude y dolo.
Mas antes de saber si este enemigo,
que he de esperar hasta ponerse Apolo,
viene con gente a aqueste desafío,
que os escondáis es el intento mío.

ALBERTO.

En aquesta pared que veis presente,
tela de los caballos y carrera
de caballeros de la corte, hay gente
que por momentos quien la pasee espera.
Mejor estamos de este templo enfrente,
porque toda la calle se ve entera,
y así veréis si viene acompañado,
si por dicha no viene por el Prado.
Las rejas verdes de esa güerta hermosa
hasta la esquina desde aquí se miran;
no se os puede encubrir alguna cosa,
porque parece que una línea tiran.
Yo, oculto en esta fábrica famosa
cuya grandeza y artificio admiran,
podré salir a un silbo o a otra seña.

FELISARDO.

Notable centro el frontispicio enseña.
¿Quién hizo aqueste ilustre monasterio?

ALBERTO.

El rey Enrique.

FELISARDO.

¿El nombre?

ALBERTO.

El de aquel santo
cuya mano escribió por tal misterio
el pecho y el papel con pluma y canto.
Aquí Felipe de su heroico imperio
dió sucesión al que hoy adoran tanto:

los dos mundos que rige decir quiero,
que fué jurado Príncipe heredero.
Aquí los actos son de más grandeza.

FELISARDO.

¿Tarda Leonelo?

ALBERTO.

No.

FELISARDO.

Dejadme a solas,
no os vea.

ALBERTO.

Aquí me escondo.

FELISARDO.

¡Qué fiereza
es esperar de aqueste mar las olas!
Al de mayor valor y fortaleza,
que considera dos espadas solas,
le hace temblar el ver que de una suerte
le está mal el morir y el dar la muerte.

(*Sale* LEONELO.)

LEONELO. (Mal aconsejado fuí
en acometer con dos
a Ricardo, pues ya aquí
veo que hay gente, y ¡por Dios!
que vienen dos contra mí.
Sin duda no se ha fiado
de mi papel, pues ha dado
cuenta al mismo caballero
que desenvainó el acero
para mi ofensa a su lado.
No hizo mal si pensó
que acompañado vendría.

FELISARDO. Solo viene.

LEONELO. Cuando yo...
Cuando un hombre desafía
a quien su honor ofendió.) (1)
¿Cómo viene acompañado,
Felisardo, de esta suerte?

FELISARDO. Alberto ha visto si he estado
dudoso. La causa advierte
de haber a Alberto llamado.

LEONELO. ¿Luego Alberto viene aquí?

FELISARDO. Alberto es el que he traído.

LEONELO. Pues ¿cómo tres contra mí?

FELISARDO. ¿Cómo tres?

LEONELO. Tres habéis sido.

FELISARDO. Yo solo, Leonelo, di.

LEONELO. ¿Cómo solo? ¿No es Ricardo
uno, tú, dos, tres Alberto?

FELISARDO. ¿Ricardo? ¿Adónde?

LEONELO. Ese aguardo.
que es el dueño del concierto;
luego sois tres, Felisardo.

FELISARDO. Desafiándome a mí,
Ricardo no es menester.

LEONELO. ¿Yo te desafío a ti?

FELISARDO. Pues ¿quién?

LEONELO. ¿Cómo puede ser
si yo a Ricardo escribí?

FELISARDO. ¿A Ricardo?

LEONELO. Si el papel
vive, pregúntalo a él.

FELISARDO. El papel téngole yo.

LEONELO. Pues ¿quién el papel te dió,
o por qué a ti?

FELISARDO. Pinabel.

LEONELO. ¿Quién es Pinabel?

FELISARDO. Criado
de Ricardo.

LEONELO. Él te ha engañado.
Cobarde Ricardo ha sido.

FELISARDO. Habla bien.

LEONELO. Porque ha fingido
que fuiste el desafiado.

FELISARDO. Cerrado el papel me dió,
sin sobrescrito, en que veo
que el criado se engañó;
pues no viéndole no creo
que lo escrito adivinó,
y de Ricardo estoy cierto
que saliera a este concierto
como estuviera avisado.

LEONELO. Ya, Felisardo, que el Prado
da lugar y campo abierto
para que te pueda hablar,
no ha errado mucho la flecha,
porque me has de asegurar,
como hidalgo, una sospecha,
tal, que me basta a matar.

FELISARDO. Di, y haz cuenta que está aquí
Ricardo, que para ti
yo soy él, pues ya una vez
entre los dos fuí jüez.

LEONELO. Como tú quisieres.

FELISARDO. Di.

LEONELO. Dos años ha que una fiesta,
de aquel día celebrado
en que la mayor Señora
dió fin a los suyos santos;
en esta casa real,
donde puso Enrique Cuarto

(1) Este lugar está defectuoso.

la empresa de las granadas
con la letra dulce y agro,
vi a Hipólita, de quien es
vuestro amigo Alberto hermano;
Hipólita, que en belleza
es de los cielos retrato,
que tiene estrellas y sol
con que alumbra y tira rayos,
luna en mudanza y planetas
que influyen bienes y daños.
Quedé ciego, quedé muerto,
seguí sus airosos pasos,
que allí fueron los primeros
que dieron principio a tantos;
hasta el coche en las virillas,
de sus chapines dorados,
hice que mis ciegos ojos
fuesen sirviendo de clavos.
Que el aire de una mujer
es bala de tiro, y tanto,
que mata el aire sin golpe;
mira si me quejo en vano.
Entró en el coche (haced cuenta
que estáis leyendo o mirando
de los triunfos del Petrarca
un verdadero retrato);
ella servía de Amor
y yo de Sansón atado,
que, entre los demás cautivos,
era despojos del carro.
Contaros desde este día
mis servicios y cuidados
era hacer la relación
más larga que los dos años.
No soy de ella aborrecido,
ni puedo decir que amado,
porque he tenido papeles
con honrados desengaños.
Sólo su esposo me dice,
y esto con términos castos,
que merecerá su amor,
y estoy cerca de tratarlo.
Con recelos de un papel
quise matar a Ricardo;
Ricardo también la sirve,
siendo Ricardo casado.
Pero ya que no temía
la fuerza de este contrario,
porque pretende imposibles,
venís vos, mozo y gallardo.
Su huésped sois, ocasión
en que puede hacer el trato
de los milagros que suele,
si fuese con vos milagro.
Decidme ¡por Dios! si está
segura de vuestras manos,
gerifalte de Sevilla,
la garza de mis agravios;
que como encojáis las uñas
y no desatéis los lazos
al capirote y pigüelas
de pensamientos tan altos,
yo, atrevido alcotancillo
de Madrid, pequeño y pardo,
la alcanzaré de las nubes
aunque me pierda volando.

FELISARDO. Tarde me avisáis, Leonelo.
Apenas la garza vi
cuando, remontando el vuelo,
sospecho que me perdí
desotra parte del cielo.
Las pigüelas y los lazos
ya no serán embarazos,
que, abrasados en su fuego,
a la mar donde me anego
cayeron hechos pedazos.
Y no hayas miedo que falte
por temor al gerifalte,
que pudo tan alto verse,
de remontarse y perderse,
aunque por las nubes salte.
Esta garza, de quien van
mis pájaros fugitivos,
no es para vuestro alcotán,
que es para sacres altivos
que sobre la luna están.
Yo no os debía respeto
cuando comencé a volar:
volemos a un mismo efeto,
y el que la pueda alcanzar
que pierda al otro el respeto,
que lo que yo puedo hacer
es dejarla pretender.

LEONELO. Agradecimiento os debo.

FELISARDO. Si yo soy pájaro nuevo,
¿qué daño podéis temer?

LEONELO. Dadme vos armas iguales,
y yo aceptaré el partido.

FELISARDO. ¿Los hombres tan principales
piden igualdad?

LEONELO. No han sido
jamás mis recelos tales.
Haced que yo viva en casa
y pretendamos los dos,

y si de imposible pasa,
desde la calle yo y vos
podremos ver quién la abrasa;
que si la suerte me abaja
y ella vuela y de los dos
huye y las nubes ataja,
lo que estáis en alto vos
me llevaréis de ventaja.

FELISARDO. Ni yo me puedo bajar
ni vos donde estoy subir;
ya no hay en esto que hablar,
que vos la podréis seguir,
mas yo la podré alcanzar.

LEONELO. No será viviendo yo.

FELISARDO. Pues ¿cómo no?

LEONELO. Como no.

FELISARDO. Si Alberto aquí no estuviera,
vos sabéis si os respondiera.

LEONELO. No fuí yo quien le llamó,
que solo he venido aquí.

FELISARDO. Si lo truje no sería,
Leonelo, porque os temí,
sino saber que venía
más de un hombre contra mí;
que vos estáis enseñado
a traer para uno tres,
y de quien sois, infamado,
pensé tantos, que de pies
no cupieran en el Prado,
para los cuales no es mucho
que seamos yo y Alberto.

LEONELO. ¿Esto a un hombre y mil escucho?

*(Meten mano, y sale* ALBERTO.*)*

ALBERTO. Contra el tratado concierto
con mil pensamientos lucho.
Deténganse, caballeros.

LEONELO. ¿Dos a uno?

ALBERTO. No ¡por Dios!,
que, sin gusto de ofenderos,
hoy, Leonelo, entre los dos
pongo estos nobles aceros.

FELISARDO. ¿Por qué causa habéis salido
viéndonos solos?

ALBERTO. Sentí
por aquesta parte ruido,
y ya que salí y os vi
mi obligación he cumplido.
Yo no os he de ver reñir
sin que me digáis por qué.

LEONELO. Yo no lo puedo decir;
pero ocasión buscaré
para alcanzar y seguir
lo que sabéis, Felisardo,
puesto que soy alcotán.

*(Vase.)*

FELISARDO. No haréis, porque yo lo guardo,
que un gerifalte galán
no teme [a] un pájaro pardo.

ALBERTO. ¿Qué alcotanes son aquestos
y qué gerifaltes?

FELISARDO. Yo
y él buscaremos dos puestos.

ALBERTO. Mal ¡por mi vida! quedó,
pues que quedáis descompuestos.
Si habéis de reñir después,
ya me pesa que salí.

FELISARDO. ¿No trujera dos o tres?

ALBERTO. ¿Qué es esto?

FELISARDO. Echad por aquí,
que yo os contaré lo que es.

*(Vanse, y salen* CASANDRA *y* TEODORA.*)*

CASANDRA. ¡Bien escribe!

TEODORA. ¡Por tu vida!
que lo vuelvas a leer.

CASANDRA. "El que pudo merecer
rendido veros (1) rendida
al Cielo se lo agradezca,
que no a sus merecimientos;
y pues nuestros pensamientos,
para que os quiera y merezca,
se encontraron cuando os vi,
sin duda fué su favor,
pues el contrario mayor
tercia entre vos y entre mí.
A los dos agradecido,
por lo que os quiero le quiero;
mas quiéroos a vos primero;
y a él licencia le pido
para que me dé lugar
que una noche venga a veros,
que lo que pienso quereros
os quiero a solas contar..."

TEODORA. No leas, que viene aquí
Pinabel.

CASANDRA. Y en ocasión
que no tendrá dilación
la respuesta.

TEODORA. ¿Vaste?

CASANDRA. Sí,

(1) Por errata, "verás", en el original.

que le quiero responder.
Entretenle ¡por mi vida!

*(Vase y sale* PINABEL.*)*

PINABEL. (Hoy mi lealtad conocida,
si fué temida, ha de ser.
En gran peligro me vi
de que mi dueño temiese
mi deslealtad.)
TEODORA. (¡Que éste fuese
quien dió el papel que le di
y el que trujo la respuesta!)
PINABEL. ¿Teodora?
TEODORA. Ya queda ahora
respondiendo la señora.
PINABEL. ¡Por Dios, que es linda la fiesta;
háganme su corredor!
TEODORA. Creo que te han de pagar.
PINABEL. Pues ¿qué es lo que me ha de dar?
TEODORA. (De azotes fuera mejor.
¡Que este tonto no presuma
que es alcagüete!)
PINABEL. (Esta necia
me mormura y me desprecia.)
*(Apártanse ambos.)*
TEODORA. (¡Qué palos!
PINABEL. (¡Qué miel!)
TEODORA. (¡Qué pluma!)
PINABEL. (¡Qué castigo que le espera!)
TEODORA. (Él lo pagará después.)
PINABEL. (¡Quién le dijera quien es!)
TEODORA. (¡Quién le dijera quien era!)

*(Sale* CASANDRA *con un papel.)*

CASANDRA. ¿Está Pinabel aquí?
PINABEL. Aquí a tu servicio está.
CASANDRA. Basta, que esta necia da
en cansarte a ti y a mí.
PINABEL. Yo no me canso en servirte.
CASANDRA. Aunque quiere regalarte,
porque en un papel aparte,
que esto más (1) quiero decirte,
estos seis lienzos te envía,
y te ruega, Pinabel,
le lleves este papel.
Toma.
PINABEL. Señora mía,
agradezco este presente.
CASANDRA. Dice que si se concierta
esta labor y ella acierta
que a Felisardo contente,
dos camisas te han de dar
que valgan veinte ducados.
PINABEL. Dios concierte sus cuidados;
pero vengo a sospechar
que tratan sus aficiones,
y temo, señora mía,
que se vuelvan algún día
esas camisas jubones;
que es, aunque te mueva a risa,
de azotados opinión
ponerse siempre el jubón
debajo de la camisa.
CASANDRA. Maliciosillo se ha hecho,
Teodora, tu vizcaíno.
PINABEL. Quiero hacer este camino,
pues me ha de ser de provecho.
Quédate, señora, adiós,
y ojalá que se concierte
aquesta venta de suerte
que no perdamos los dos.

*(Vase.)*

CASANDRA. La color se me ha mudado.
TEODORA. ¿Por qué? ¿Qué importa que crea
que amor de una mujer sea
si está de ti descuidado?
CASANDRA. Bien dices, que él no ha de dar
en que yo soy.

*(Salen* ROBERTO *y* FELISARDO.*)*

ROBERTO. Entrar puedes
donde te hacen mil mercedes.
FELISARDO. ¡Alto! ¿Yo me atrevo a entrar?
TEODORA. ¡Ay, señora, Felisardo!
FELISARDO. Perdonad, Casandra hermosa,
mi visita perezosa,
que no haber visto a Ricardo
fué causa de dilación,
por no venir sin licencia.
CASANDRA. Ya estaba yo sin paciencia;
mal pagáis tanta afición.
FELISARDO. Sabe el Cielo que os la pago.
CASANDRA. Sospecho que no podéis,
que es mucho lo que debéis.
FELISARDO. Lo que puedo satisfago
en confesarme deudor.
CASANDRA. Aquella persona está
muriendo por vos.
FELISARDO. No hará;
basta que me tenga amor.
CASANDRA. ¿Cómo amor? Está perdida.

(1) "esto tomes", en el texto original.

FELISARDO. (¿Roberto?
ROBERTO. ¿Señor?
FELISARDO. ¿Qué es esto?
¿Mi amor se sabe tan presto?
ROBERTO. ¡Bueno es eso, por mi vida!
Como es Hipólita hermosa
pensará que ya la quieres.
Esto es envidia en mujeres.
FELISARDO. ¿No es ¡por tu vida! otra cosa?
ROBERTO. No ¡por Dios!
FELISARDO. Dime verdad:
¿has dicho acá que la quiero?)
CASANDRA. Mirad, señor, que os espero.
Esos secretos dejad.
¿Trataréis con el criado
que es Hipólita más bella?
FELISARDO. (Bien dices, celos son de ella.)
Lo que con él he tratado
es que no se iguala a vos.
CASANDRA. ¿Lisonjas?
FELISARDO. ¿Yo lisonjero?
Amor sabe lo que quiero.
TEODORA. Mirad cómo habláis los dos
y no os deis mucho a entender,
que alguien os puede escuchar.
CASANDRA. Habéis comenzado a hablar,
principios son de querer.
FELISARDO. No he dicho a Hipólita nada;
que hay gigante que defiende
la puerta, y que la pretende
a puro golpe de espada.
CASANDRA. Aquella persona está
llena de dos mil recelos.
FELISARDO. No tiene que tener celos
de quien ningunos le da.
Yo le soy gran servidor.
CASANDRA. Pena sé que le costáis.
FELISARDO. Si vos me la aseguráis
tendréle doblado amor.
CASANDRA. Yo sé que por vuestro gusto
no habrá cosa que no intente,
que por miedo de la gente
no os habla como era justo.
FELISARDO. Algún día habrá lugar.
CASANDRA. Ya le traza y le desea.
FELISARDO. (¿Roberto?
ROBERTO. ¿Señor?
FELISARDO. ¿Que crea
quieres que esto es envidiar?
¡Vive Dios, que le ha contado
Hipólita que me quiere,
porque me dice que espere.
ROBERTO. ¿Luego las dos se han hablado?
FELISARDO. De las razones lo arguyo.
Y, más, dice que este amor
le encubre por el temor
quizá del hermano suyo.
ROBERTO. No quieras mejor tercero;
habla y dile que te ayude.)
FELISARDO. Casandra, puesto que dude
del bien que sabéis que espero,
Amor me fuerza a pediros
que mi remedio tratéis.
CASANDRA. Presto, amores, lo veréis,
y que pretenda serviros.
FELISARDO. (¿Dijo amores?
ROBERTO. No, señor.
FELISARDO. Pues ¿qué?
ROBERTO. Amor por los favores
de Hipólita.
FELISARDO. Sí, que amores
no es tratar de ajeno amor.
Yo entendí mal.)
CASANDRA. Si se ausenta
la persona que sabéis,
presto en los brazos veréis
la prenda que os atormenta.
FELISARDO. Ojalá que se ausentase;
suya algunas veces fuera, (1)
porque una noche siquiera
con algún espacio hablase.
(¿No ves, Roberto, que dice
que se ha de ausentar su hermano
de Hipólita?
ROBERTO. Y es muy llano.
FELISARDO. ¡Qué buena venida hice!
¡Oh, bien haya el movimiento
primero que allá en Sevilla,
para venir a Castilla,
tuve con tanto contento!
¡Bien haya, amén, el camino,
el caballo que saqué,
las espuelas que calcé,
la senda por donde vino!
¡Bien haya Sierra Morena,
vuelva cristales sus hielos,
las ventas, los arroyuelos,
el cielo y oro su arena;
la puente por donde entré,
cuando volvamos los dos,
piedra se vuelva!

(1) Si no es Casandra quien dice este verso, el sentido resulta oscuro.

ROBERTO. Y ¡por Dios!
que lo ha menester.
FELISARDO. ¿Por qué?
ROBERTO. Porque de su mismo estado
se está a pedazos cayendo.
Mas ya que estás bendiciendo
el camino, el monte, el prado,
no bendigas al rocín
como caballero andante.
¡Maldiga Dios su portante
desde la cola a la clin;
que si a quince leguas fueras
delante!...
FELISARDO. Calla, que es gloria.
ROBERTO. Yo le vea en una noria,
que es de rocines galeras,
o servir algún cuitado
alguacil de comisiones,
que cercene sus razones,
o ¡plega a Dios! que prestado
algún poeta le lleve,
que en un pesebre al sereno
se olvide quitarle el freno
mientras invoca a las nueve.)
FELISARDO. Paso, que viene Ricardo.

(*Sale* RICARDO *y* PINABEL.)

RICARDO. (Ya, Pinabel, le he leído.
PINABEL. Responde.)
CASANDRA. Aquí os ha venido
a ver, mi bien, Felisardo.
RICARDO. ¿Quién (1) si no tan bella aurora
diera nuevas de ese sol?
Es el mejor español
que celebra el mundo ahora.
FELISARDO. Es quien serviros desea
y quien os desea hablar,
si acaso tenéis lugar.
RICARDO. Todo el de mi vida sea
para serviros no más.
FELISARDO. Negocios son de Leonelo.
RICARDO. Lo que puede ser recelo.
Vamos.
CASANDRA. Señor, ¿ya te vas?
RICARDO. Casandra, no puedo menos.
FELISARDO. Adiós, señora, que es tarde.
CASANDRA. Felisardo, el Cielo os guarde.
RICARDO. (¡Ojos de traiciones llenos,
ya sé que venís tras él;
pero yo haré que amor tanto
os cueste sangre por llanto!)
CASANDRA. Oye, escucha, Pinabel,
¿diste el papel?
PINABEL. Ya le di,
que en la puerta le topé
señora, cuando bajé.
CASANDRA. ¿Daráte respuesta?
PINABEL. Sí;
pero no puedo entender
qué venta los dos tratáis
que tanto al tercero honráis.
Gran cosa debe de ser,
porque este anillo me dió
luego que el papel le di.
CASANDRA. Muéstrale a ver.
PINABEL. Vesle aquí.
CASANDRA. Quiero feriártele yo,
que me ha parecido bien.
PINABEL. ¿A qué, señora?
CASANDRA. A un vestido.
PINABEL. ¡Dichoso tercero he sido!
CASANDRA. Presto te hablaré también
en cosa que importa más.—
Ven, Teodora.
TEODORA. (No te arrojes.
CASANDRA. Ni repliques ni me enojes,
que estoy ciega y necia estás.)

(*Vanse los dos.*)

PINABEL. ¡Ah, Cielos! ¿Qué irá tratando
Ricardo con tal secreto?
Castigo será discreto,
pues que es la traza callando.
En el papel respondió
Casandra que le adoraba
y que su ausencia esperaba.
Aquí es donde tiemblo yo.
¿Que quiere intentar Ricardo
que se trata de ausentar?
Porque mal podrá matar
inocente a Felisardo,
que este pobre caballero
es muy sin duda que inora
que aquesta mujer le adora.
Alguna desdicha espero.
Algo le ha de suceder,
que ya de pensar lo acaba.
¡Mal haya el hombre que alaba
ninguna cosa a mujer!

(*Vase y salen* ALBERTO *y* INÉS, *y él con una daga desnuda.*)

(1) "A quién", verso largo y sin sentido.

ALBERTO.

¡No dudes, perra, que te pase el pecho!
Di la verdad.

INÉS.

¡Ay, triste! ¿Por qué causa,
señor, me matas de esta suerte?

ALBERTO.

¡Infame,
ya sé que sabes tú lo que pregunto!
¿Con quién trata de amores?

INÉS.

¿Quién?

ALBERTO.

Hipólita.
¿A quién escribe? ¡Presto! ¿Qué te turbas?

INÉS.

Señor, una doncella que ya fuera
justo haberla casado, y aun forzoso,
¿no es mucho que la sirvan? Que bien sabes
que no aguardan a tanto los discretos.
Ricardo la ha servido.

ALBERTO.

¿Qué Ricardo?

INÉS.

Ese rico marido de Casandra.

ALBERTO.

Pues ¿cómo o para qué?

INÉS.

Ten por muy cierto
que le aborrece y desengaña.

ALBERTO.

¡Ah, Cielos,
qué fuerte hacienda es la mujer en casa!
¡Antes guardara un áspid en el seno
que de esta hermosa fiera me encargara!
¡Qué lejos di del blanco!—Dime, aleve,
¿no la escribe Leonelo? Que mis celos
por las pendencias de hoy y ayer pensaron
que de amalla Leonelo procedían.

INÉS.

Verdad es que la quiere bien Leonelo,
pero yo sé también que le aborrece.

ALBERTO.

Si aborrece a Leonelo y a Ricardo,
y por fuerza ha de haber algún querido,
aún faltan más amantes, más deshonras,
más celos, más traiciones, más sospechas.

INÉS.

Mi señora, señor, no quiere a nadie;
sólo quiere su honor, sólo le estima;
su virtud agradece y sus propósitos;
mas por que no se rinda a tantos ruegos,
que una mujer no es Troya, ni es posible
que sufra la conquista de diez años,
cásala, pues estás agora a tiempo.
Toma ejemplo de un árbol, que en teniendo
la fruta en su sazón, si no la cogen,
la desprecia y arroja por el suelo.

ALBERTO.

Con mal anda el discreto si en desprecio
de lo que sabe le aconseja el necio.

(*Sale* HIPÓLITA.)

HIPÓLITA. Pues ¿cómo, Alberto? ¿Qué es esto?
¿Daga para mis criadas?

ALBERTO. Calla, y concede con esto,
supuesto que son honradas,
que es muy justo este supuesto.
Me falta cierto dinero
del escritorio.

HIPÓLITA. No quiero
que de hoy más imaginéis
cosa fea, pues sabéis
su lealtad.

ALBERTO. No considero,
cuando me enojo, lealtades.
Tengo un escritorio honrado
que no admite falsedades,
que, de mis padres dejado,
se ha de guardar con verdades.
Sé que llave falsa han hecho
para sacarme el honor,
y las guardas contrahecho,
que siendo alma era mejor
que se guardara en el pecho.
Mas como no puede ser,
no quiso el Cielo poner
a nuestro pecho ese nombre,
porque de espaldas del hombre
sabe mucho la mujer.

(*Vase.*)

HIPÓLITA. ¿Qué es esto?

INÉS. Que me ha querido
matar.

HIPÓLITA. Dime lo que ha sido.

INÉS. Celos de Leonelo son,
que en aquesta confusión
le habrán tocado al oído.

Apresura el pensamiento
de este hidalgo sevillano,
si quieres tener contento,
porque celos de un hermano
son el mismo atrevimiento.

HIPÓLITA. Si pueden ojos, si puede
un mirar, si un tierno hablar
que a mil hechizos excede,
si regalos obligar
para que obligado quede,
tú verás mis esperanzas
en el límite postrero,
que tienen tantas mudanzas.

(*Salen* RICARDO, FELISARDO y ROBERTO.)

RICARDO. Yo quiero ser el tercero.

FELISARDO. ¿Qué más seguras probanzas?

RICARDO. Haréis casamiento rico
y lleno de gran nobleza.

FELISARDO. Que lo tratéis os suplico,
aunque sólo a su belleza
mis pensamientos aplico.

ROBERTO. Advertid que están aquí
Hipólita y su privanza.

HIPÓLITA. A dicha tengo que os vi.

FELISARDO. Pues yo con esta esperanza
como el sol amanecí;
sino que la ocupación
de ver aqueste lugar
me detuvo.

HIPÓLITA. Y es razón;
quien menos suele gozar,
señor, los huéspedes son.
Pues ¿cómo en casa os tenemos
y en todo el día no os vemos?

FELISARDO. Hablad, Ricardo, por mí.

RICARDO. No sabré mirando aquí
tres tan notables extremos.

FELISARDO. Vi, Hipólita, más belleza
que la mayor luz del cielo,
hoy gran parte de Madrid
todo admirado y suspenso.
Vi su Palacio, edificio
de antiguos reyes, que fueron
haciendo ilustre esta villa
desde Fernando Primero,
aunque después ampliado
del gran Carlos Quinto, agüelo
del soberano señor
nuestro Felipe Tercero.
No pude ver su armería;
vi algunas casas y templos,
y en Santo Domingo vi
al notable rey Don Pedro,
feroz delante el altar,
con el rostro tan severo
como cuando a doña Blanca
mandó dividir el cuello;
vi... Mas ¿para qué te digo
que vi grandezas? No; puedo
decir, pues que no te vi,
que vi de este más lo menos.

INÉS. Y él ¿qué vió? ¿No me lo dice?

ROBERTO. Vi cuatro mil y quinientos
y cincuenta y siete coches
para limpiarle harto buenos;
vi tres mil tabernas, muchas
con vestidos a lo nuevo,
puesto que sus colegiales
más se honraran con lo viejo;
vi mucha carne y pescado,
y de esto tan poco fresco,
que muchos de calza de obra
se pasan con abadejo;
vi... Mas ¿cómo diré yo,
si eres ojos con que veo,
Inés, pues que no te vi,
que vi de este más lo menos?

HIPÓLITA. En casa está Alberto; vamos
donde le hables, que quiero
que le quites cierto enojo.

FELISARDO. ¿De qué ha sido?

HIPÓLITA. De unos celos.

FELISARDO. Vamos, dirásme lo que es.

RICARDO. ¡Ay, honra, si antes de veros
en el peligro que estáis
escuchara estos requiebros,
qué mal lo sufriera el alma!
Pero ya no sólo entiendo
sufrillos, que pienso ser
de sus amores tercero.
La honra es vidrio. Un papel
dióle aquel golpe pequeño;
mas si el segundo no estorbo
¡qué presto diera en el suelo!
Responder quiero al papel
y decirle que me ausento,
a Casandra, de la corte,
porque de esta suerte espero
dar favorable principio,
para industria, para ejemplo
de semejantes desdichas
al *Castigo del discreto*.

## ACTO TERCERO

*del* CASTIGO DEL DISCRETO.

(*Salen* CASANDRA *y* TEODORA.)

CASANDRA. ¿Poniéndose de camino?
¿Qué es lo que dices, Teodora?
TEODORA. Pinabel me dijo agora,
cuando con los postas vino, (1)
mas que luego ha de volver.
CASANDRA. Pues ocasión ha de ser
para hablar a Felisardo.
Que estando una noche ausente
por lo menos, hay lugar
para que me venga a hablar,
pues no hay remedio presente;
que es Ricardo, como sabes,
en extremo cuidadoso,
no de su honor sospechoso,
de su familia y sus llaves.
Jamás se acostó sin ellas,
que para dormir le agrada
que le sirvan de almohada
y cierra el cuidado en ellas.
Jamás salí de mi casa
sin que supiese a qué y dónde,
cuidado que [a] amor responde,
pero no que a celos pasa.
Una cinta no he tenido
que él mismo no me haya dado;
pero a todo este cuidado
fué estando mi amor dormido;
que agora que despertó,
llaves, sospechas, desvelos,
honra, honestidad y celos
falseó, engañó y burló,
olvidó, perdió y deshizo.
Las llaves, con la maestra
en puertas del gusto diestra,
donde el honor guardas hizo;
las sospechas, con fingir;
los desvelos, con velar;
la honra, con no estimar
lo que se puede decir;
la honestidad, con olvido
de ser principal mujer,
y los celos, con tener
recogimiento fingido.
TEODORA. Ya que estás determinada
y le has de escribir que venga,
porque tu gusto le tenga
mayor...
CASANDRA. ¿Cómo?
TEODORA. Acompañada,
hazme placer de escribir
que venga con él Roberto.
CASANDRA. Pues eso tenlo por cierto,
que los dos han de venir.
Doblaráse mi placer
en que no tengas lugar
para poder murmurar
el daño que voy a hacer;
porque ya que soy tan loca,
aunque quieras no podrás
decirlo, porque tendrás
tu error por freno en la boca.
TEODORA. Si piensas el mal que haces,
mucho del contento pierdes.
CASANDRA. Deja el honor, no le acuerdes,
que todo el placer deshaces;
y con decir mi disculpa
que Ricardo me engañó,
lo que él quiso quiero yo.
TEODORA. Digo que él tiene la culpa.

(*Sale* PINABEL *con botas.*)

PINABEL. Mientras se queda calzando
mi señor, vengo a decirte
si hay en qué pueda servirte.
CASANDRA ¿Ya os partís?
PINABEL. Queda esperando.
CASANDRA. Aguarda aquí, Pinabel;
llevarás a Felisardo,
mientras se viste Ricardo,
de aquella dama un papel.
PINABEL. ¡Oh, qué contento me has dado!;
porque con esta ocasión
pienso pedirle un jubón
y calzas que me ha mandado,
porque como vió el vestido
que me diste, se corrió.

(*Vase* CASANDRA.)

TEODORA. ¿Jubón te mandó?
PINABEL. Pues ¿no,
si le tengo merecido?
TEODORA. (Este habla en profecía.)
Pues a fe que os le han de dar.
PINABEL. (Mas vos le habéis de llevar
antes que amanezca el día.)
TEODORA. ¿Qué me has de traer?
PINABEL. Tú puedes

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

mirar lo que hay en Toledo,
conforme a lo que yo puedo,
para que servida quedes.
Qué, ¿quiés que traiga una fragua
de sus espadas famosas,
o las ruedas ingeniosas
del artificio del agua
acaso para la fuente?
¿Quieres algún torreón
de la puerta del Cambrón,
o algún ojo de la puente?
Pues mi pecho te consagra
sus muros para tu hiedra,
¿quieres el ángel de piedra
de la puerta de Visagra?
¿Algún Cigarral acaso?
¿O en la Vega quieres ya,
adonde más rasa está,
algunas varas de raso?
¿Quieres de Zocodover,
Teodora, alguna ventana,
o acaso de Galiana
quieres los palacios ver?
Resuélvete, ¿qué me pides?

TEODORA. ¡Famoso hablador te han hecho!

PINABEL. Un enamorado pecho
tiene los hombros de Alcides.

TEODORA. Quiero que traigas de allá,
por vuestros moldes ligeros,
dos burlados majaderos
para hacer randas de acá.
Tráeme del agua del Tajo,
por adonde más se ensancha,
para lavar cierta mancha
que ha de salir con trabajo.
De la Casa de los locos
los cuentos que se encarecen,
que muchos cuerdos parecen,
mas yo sé que lo son pocos.
Tráeme dos alcarrazas
de agua de Lengua de buey,
y de la Huerta del Rey
dos famosas calabazas,
y porque son importantes
a un mal ganado portillo,
dos almenas del castillo
que llaman de San Cervantes.
Y si al volver sin enojos
por Aranjuez, te agradas,
traime algunas empanadas
de venados ¡por tus ojos!

PINABEL. (¡Que ésta se burle de mí!
No me espanto, que no sabe
lo que le espera.)

(*Sale* CASANDRA.)

CASANDRA. (Hoy se acabe
mi honor, hoy se pierda ansí.)
Toma, Pinabel.

PINABEL. Yo voy.

(*Vase* PINABEL.)

CASANDRA. Volando, que está vestido
tu señor.

TEODORA. ¡Lo que he reído!

CASANDRA. ¿Cómo?

TEODORA. Palabra te doy
que en toda mi vida vi
hombre menos malicioso.

CASANDRA. Es vizcaíno.

TEODORA. Es forzoso
tratarle, señora, ansí.
Díceme amores, promete
traerme mil desatinos,
y yo, por lindos caminos,
le digo que es alcahuete.
¿Qué has escrito?

CASANDRA. Que a las doce
venga Felisardo aquí.

TEODORA. ¿Y Roberto?

CASANDRA. Ya escribí
que también la ocasión goce.
Mil cosas tengo que hacer.

TEODORA. Para que toda la gente
se recoja, es conveniente
decir que quieres tener
cuidado en aquesta ausencia.

CASANDRA. Él viene ya de camino.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. Casandra, el pleito de Urbino
pide aquesta diligencia.
Dios sabe que no quisiera
apartarme de tus ojos.
No tengas, mi vida, enojos;
mañana a cenar me espera,
que sola esta noche puedo
detenerme.

CASANDRA. ¿Y una noche
es poco?

RICARDO. Ya tuve un coche
fletado para Toledo,
y viendo cuán a mi costa
había de ser tardar,

mandé a Pinabel trocar
su espacio, y voy por la posta.
Por la misma volveré,
que sólo he de hablar allí
a quien sabes.

CASANDRA. ¡Ay de mí!
¡Qué noche sin vos tendré!
Toda la pienso pasar
con lágrimas y tormento.

RICARDO. Creo lo del sentimiento,
mi bien, que te pienso dar;
ya sé yo que has de tener
mil pesares, mil enojos.

CASANDRA. No se enjugarán mis ojos
hasta que te vuelva a ver.

RICARDO. Deja, Casandra querida,
el llorar y el suspirar,
que bien tendrás que llorar
después que yo me despida.
Harto tienes que sufrir,
no comiences desde agora.

CASANDRA. ¿Que te vas?

RICARDO. Adiós, señora.

CASANDRA. Yo quiero verte partir.

RICARDO. Ten cuidado ¡por mi vida!
de la familia y la casa,
porque el vecino, el que pasa,
sepa que estás recogida.

CASANDRA. No se abrirán estas puertas
sino de llanto, Ricardo.
(Abriránse a Felisardo,
que están las del alma abiertas.)

RICARDO. (¡Ay, honra, con cuánta costa
te tengo de asegurar!)
La posta voy a tomar.

CASANDRA. Y yo a morir por la posta.

*(Vanse, y salen* ALBERTO *y* HIPÓLITA *y* INÉS.)

ALBERTO. Esto me ha dicho Ricardo,
y yo conozco también
que te emplearás muy bien,
Hipólita, en Felisardo.
Pero hay este inconveniente
de que le quieren prender,
pues mal tercero ha de ser
quien es también pretendiente.
Leonelo ha sembrado fama
que Felisardo mató
a Lambino. Bien sé yo
que es todo celosa llama;
pero lo que fuere sea;
mal lo podremos tratar,
cuando es menester guardar
de que en la cárcel se vea.
Y ¡por mi vida! que mires
que Leonelo es principal
y a tus méritos igual,
aunque por otro suspires,
que quizá ni sangre tiene
ni hacienda, pues suele ser
la elección de la mujer
lo que menos le conviene.
Que casarse enamorada
más de alguna le acontece,
y quiere lo que aborrece
después que se ve casada,
que otras se casan queriendo.

HIPÓLITA. ¿Que aborrecen lo que amaron?
En lo qúe muchas erraron
no es lo que acertar pretendo;
pero advierte que ni yo
a Felisardo apetezco,
ni [a] ese Leonelo aborrezco.

ALBERTO. Eso, Hipólita, es sí y no;
y no y sí son dos contrarios
que no comen a una mesa.
De que los tenga me pesa
por otros sucesos varios,
aunque nacidos de ti;
que a Ricardo, hombre casado,
ocasión de amante has dado.

HIPÓLITA. Es verdad, porque nací;
que si nacido no hubiera,
no me viera ni me hablara;
no viéndome, no me amara;
no amando, no pretendiera.
Si pretendiendo le doy
por él a Leonelo celos,
¿qué me hicieron como soy?

ALBERTO. Luego ¿culpa no has tenido?

HIPÓLITA. La de haber nacido ansí.

ALBERTO. Haz una cosa por mí
si no apeteces marido.

HIPÓLITA. ¿Cómo?

ALBERTO. Elige un monesterio.
Lleva tu dote contigo.

HIPÓLITA. ¡Harto bien!

ALBERTO. Pues ¿qué mal digo?

HIPÓLITA. No hablabas tú sin misterio.

ALBERTO. Pues ¿qué misterio has hallado?

HIPÓLITA. Quererme apartar de ti
para casarte.

ALBERTO. ¿Yo?

HIPÓLITA. Sí,

que ya lo habrás concertado.
¿Piensas tú que no sé yo
que tiene Leonelo hermana
viuda?

ALBERTO. ¿Quién?

HIPÓLITA. Feliciana.

ALBERTO. ¿Yo la he visto?

HIPÓLITA. Luego ¿no?
¡Por tu vida, que los dos
andáis ya por ser cuñados!

ALBERTO. ¡Qué términos tan cansados!
¡Enojado me has, por Dios!
Sigue, Hipólita, tu gusto.
No soy tu hermano.

HIPÓLITA. Sí haré.

(*Vase* ALBERTO.)

INÉS. Con qué disgusto se fué.

HIPÓLITA. No quedo yo sin disgusto.

INÉS. ¡Ay, señora, de camino
viene Roberto!

(*Sale* ROBERTO.)

ROBERTO. Licencia (1)
para hablarte, en esta ausencia,
pide aquí tu desatino,
aquel cuitado Amadís,
aquel Macías o mazo,
que quiere darte un abrazo
a la usanza de París.

HIPÓLITA. ¿De qué vienes tú tan triste?
¿Es fineza de criado?
¿Acaso Inés te ha flechado
después que sus arcos viste?

ROBERTO. Ni es fineza, que no soy
tinta ni paño, señora,
ni Inés me ha flechado agora,
que por blanco en negro estoy;
que voy de un rocín delante
cuyo endiablado portante
mi destruición ha de ser.
Ven ¡por tu vida!, que allí
se está embotando, señora,
y dile, pues que te adora,
que tenga duelo de mí;
que no pique de tal suerte,
pues caminamos en balde,
que ni me basta albayalde
ni hay cura que me concierte.
Quitábale la cebada
por sólo desanimalle,
creyendo que fuera dalle
desmayos a la jornada;
pero con esto verás
qué rocín debe de ser,
que por llegar a comer
camina otro tanto más.
Pues quitalle la ración
no siente, voile a ensillar,
y él comiénzame a mirar
con boca tuerta y traición,
donde en tan breve distancia
juega de suerte el embés,
que se han pasado a sus pies
los doce pares de Francia.

HIPÓLITA. Pues ¿dónde vais desde aquí?

ROBERTO. Al Escurial, a Segovia;
mas si él no fuere a Moscovia,
di que estoy fuera de mí.

HIPÓLITA. También, si tú le regalas;
pero maltrátale en duda.

ROBERTO. Pienso que ha de ser aluda,
porque le han de nacer alas.

HIPÓLITA. ¿Dice cuándo ha de volver
Felisardo?

ROBERTO. No podrá,
que el rocín le llevará
en casa de Lucifer.

HIPÓLITA. Ahora bien, a hablarle voy.

(*Vase* HIPÓLITA.)

ROBERTO. Inés, ¿qué mandas?

INÉS. No sé,
que de ver que vas a pie
con notable pena estoy.

ROBERTO. ¿A pie? ¿Cómo no dirás
que por el viento, y aun creo,
puesto que volar deseo,
que me ha de dejar atrás?
Hazme decir una misa
por si acaso me arrastrare.

INÉS. Hipólita hará que pare
Felisardo tanta prisa.

ROBERTO. Si acaso de tu labor,
para hilas, te ha sobrado
algún lienzo, ten cuidado
de este matado amador.

INÉS. Para la vuelta tendrás
los brazos con que te espero.

ROBERTO. Lienzo y albayalde quiero,
que no vendré para más.

(*Vanse, y sale* CASANDRA *y* TEODORA.)

(1) En el original, "Lucia".

CASANDRA. Dióme, al partir en la siesta,
que fué milagro, Teodora.,
TEODORA. Pues veámosle, señora.
CASANDRA. Gran contento manifiesta.
(*Lee el papel.*)
"Casandra mía, estoy loco
de que Ricardo se vaya,
y que en mis infiernos haya
de tu hermoso cielo un poco.
Recoge toda tu gente;
haz quitar todas las luces,
que unas tuyas andaluces
se conocen fácilmente;
y espera tú con Teodora
debajo del cenador
de tu jardín, que el Amor
ama las flores, señora.
Y allí... Mas diciendo allí
callo la gloria que aguardo.
Tu querido *Felisardo*."
TEODORA. ¿No dice Roberto ahí?
CASANDRA. Necia, ¿había de firmar
en papel de su señor?
TEODORA. Aunque es cédula de amor,
¿cómo la podrás cobrar,
pues no la firmó el testigo?
CASANDRA. La necedad disculpaste;
pero tiempo no se gaste.
¿Vino de fuera Rodrigo?
TEODORA. Rodrigo está en su aposento.
CASANDRA. ¿Y Alvarez?
TEODORA. Está acostado,
que el buen viejo no ha tocado
la oración de este convento
cuando, con seis tocadores
y el bonete del Sofí,
espera el sol desde allí.
CASANDRA. ¿Qué hacen Elvirilla y Flores?
TEODORA. Elvirilla en la cocina
dormirá como un lirón;
Flores hará su oración
devota.
CASANDRA. Di a Catalina
que no friegue, porque estoy
con gran dolor de cabeza.
TEODORA. Esa negra es mala pieza,
que yo la he visto hablar hoy
con cierto amante tiznado
y la requiebra de noche.
CASANDRA. ¿Quién es?
TEODORA. El que lleva el coche
de este vecino letrado.
CASANDRA. Hagámosla recoger,
y ciérrala por de fuera.
¿Qué hay de Meneses?
TEODORA. Espera,
que en eso hay mucho que hacer,
que juega con unos pajes
del Conde y viene a las dos.
CASANDRA. Pues avísale ¡por Dios!
al tiempo que a cerrar bajes.
TEODORA. Paréceme que han llamado.
CASANDRA. ¿Ya es tan tarde?
TEODORA. No te espantes,
que el reloj de los amantes
anda siempre anticipado.
CASANDRA. Si el corazón lengua tiene,
él me dice que es mi bien.

(*Salen* RICARDO *y* PINABEL.)

PINABEL. (¿Y piensas hablar?
RICARDO. También.)
TEODORA. (¡Ay, señora!
CASANDRA. ¿Es él?
TEODORA. Ya viene.)
RICARDO. Buenas noches te dé Dios.
CASANDRA. ¿Es Felisardo?
RICARDO. Y tu esclavo.
CASANDRA. Que vengas temprano alabo.
Quedo, y seguidme los dos.
TEODORA. ¿Por adónde?
CASANDRA. Por aquí.
TEODORA. ¿Vienes tú, Roberto mío?
PINABEL. No te hallo, aunque porfío.
TEODORA. Aquí estoy, llégate a mí.
PINABEL. Descanso de mis enojos,
¿dónde estás?
TEODORA. Detente, loco,
que me metieras por poco
las dos manos por los ojos.
CASANDRA. Bien podéis desembozaros,
que no os han de conocer.
RICARDO. ¿Qué luces son menester
donde están tus ojos claros?
Mátenlas todas.
CASANDRA. No temas,
que aquel necio va camino.
RICARDO. Que va camino adivino
del remedio de sus penas.
¿Quiéresme bien?
CASANDRA. Habla quedo,
que te adoro, Felisardo.
RICARDO. ¿Y a Ricardo?

CASANDRA. ¿Qué es Ricardo?
¡Nunca vuelva de Toledo!

*(Vanse, y salen* LEONELO *y la* JUSTICIA *y un* CRIADO *con linterna.)*

LEONELO.

He querido decir que el paje es muerto,
porque se ausente el hombre de esta casa
donde trato casarme.

JUSTICIA.

Ya lo entiendo;
la herida, que aún tiene tal peligro.
En efeto, ¿queréis que la visite?

LEONELO.

Vos haréis vuestro oficio en visitalla,
y prenderéisle si estuviere en ella,
no haciendo mucha diligencia en esto,
que si se esconde bastará asombralle
para que huya, que es lo que pretendo.

JUSTICIA.

¿Quién duda que querréis también de paso
ver la señora Hipólita?

LEONELO.

Si fuera
cosa menos honrosa que casarme,
no intentara poneros de por medio.
¡Yo estoy perdido! Lo que intento es justo.
Tened por bien...

JUSTICIA.

Digo que estoy en todo
y que, fuera de ser caso tan lícito,
haré mi oficio.

LEONELO.

Pues llamad.

JUSTICIA.

¿Quién sale?

LEONELO.

¿Tan tarde sale gente? ¡Caso extraño!
Él y Roberto podrá ser que sean,
que se deben de ir. Si fueren ellos,
dejaldos huyan, que es mi intento sólo.

*(Salen* HIPÓLITA *y* INÉS *en hábito de hombres, con sus espadas y broqueles.)*

HIPÓLITA. Arrebózate muy bien
que hay gente, Inés, en la calle.
JUSTICIA. Dos hombres son de buen talle.
LEONELO. Armados vienen también.
INÉS. ¿Para qué me has puesto así?
HIPÓLITA. Está ya resuelto ¡ay, Cielo!
de casarme con Leonelo,
[mi hermano.
INÉS. ¿Que es cierto?]
HIPÓLITA. Sí. (1)
Hoy me lo ha dicho, y sin duda
lo tengo por cosa llana,
codicioso de su hermana,
hermosa, rica y viuda.
INÉS. Pues ¿dónde vas a esconderte?
HIPÓLITA. Voy en casa de una amiga,
a quien mi desdicha obliga,
pues del peligro me advierte;
y porque a tal hora fuera
peligroso el manto y saya,
así me dice que vaya
y que a la puerta me espera.
Desde allí podré avisar
a Felisardo, si vuelve.
INÉS. A mujer que se resuelve
no queda que aconsejar.
Animosa siempre has sido;
mas no creyera de ti
lo que estoy mirando aquí.
¡Qué bien que te está el vestido!
HIPÓLITA. De noche, Inés, cualquier cosa
se disimula y encubre.
LEONELO. (Llega, pregunta y descubre.)
HIPÓLITA. Gente viene, y sospechosa.
¿Quién diré que soy si a dicha
es justicia?
INÉS. Felisardo,
tu huésped.
HIPÓLITA. Ya me acobardo;
ya temo alguna desdicha;
pues di tú que eres Roberto.
INÉS. Ya lo tengo imaginado.
JUSTICIA. ¿Quién va?
HIPÓLITA. Un forastero honrado.
JUSTICIA. Téngoos de ver descubierto.
HIPÓLITA. Quedo, un caballero soy.
JUSTICIA. El nombre, señor, aguardo.
HIPÓLITA. Felisardo.
JUSTICIA. ¿Felisardo?

---

(1) Hemos arreglado este pasaje, que en el texto dice:

"IPOL. Estoy resuelto, ay cielo,
de casarme con Leonelo.
IPOL. Sí,
oy me lo ha dicho, y sin duda..."

Lo mismo la de Barcelona.

¿Dónde bueno?

HIPÓLITA. A rondar voy,
que traigo cierto requiebro
con una grave señora,
que me manda verla agora,
puesto que el recato quiebro
de mi huésped, que no sabe
que tan tarde abro sus puertas.

JUSTICIA. ¿Y habéislas dejado abiertas?

HIPÓLITA. No, que me dieron las llaves.

JUSTICIA. Tengo noticia de vos
y afición os he cobrado.
¿Queréis ir acompañado?

HIPÓLITA. Yo os lo agradezco ¡por Dios!

JUSTICIA. Por buenas nuevas que ya
tenemos de vuestra espada,
media corte aficionada
de vuestro término está.
Dadme licencia y iré
con vos.

HIPÓLITA. A no ser viuda
mi ocasión fuera sin duda;
porque después que llegué
me hace merced de hablarme;
pero ir solo me conviene
por un hermano que tiene,
que ha procurado matarme.
Anda celoso de mí
por una hermana de Alberto,
mi huésped; pero lo cierto
es que a la suya serví.

JUSTICIA. Apostaré que es Leonelo.

HIPÓLITA. Habéis el nombre acertado.
Y pues me basta el cuidado,
mil años os guarde el Cielo,
que yo quedo agradecido
y muy vuestro servidor.

JUSTICIA. Adiós.

HIPÓLITA. ¿Roberto?

INÉS. ¿Señor?

HIPÓLITA. Sígueme.

INÉS. Voy.

(*Vanse* HIPÓLITA *y* INÉS.)

LEONELO. Pues ¿qué ha habido?

JUSTICIA. ¿Oíste decir quién era?

LEONELO. Oí decir Felisardo;
pero lo demás aguardo.

JUSTICIA. Mejor no aguardarlo fuera.
Mi amigo sois; advertid
que éste sirve a Feliciana.

LEONELO. ¿A mi hermana?

JUSTICIA. A vuestra hermana.
Que después que está en Madrid
la misma le solicita,
y de noche hablan los dos.

LEONELO. ¡Bueno va mi honor, por Dios!
Celos con celos me quita.
¡Basta que yo imaginaba
que éste a Hipólita quería,
y es la misma hermana mía!
¡Cuán lejos del blanco daba!
¡Oh, peligroso guardar
mujer hermosa y viuda!
Pero primero que acuda
adonde la suele hablar...
Quiero esperarle y poner
remedio.

JUSTICIA. Yo iré con vos.

LEONELO. ¡Todo es alquimia, por Dios,
cuanto se busca en mujer!

(*Vanse, y salen* CASANDRA *y* TEODORA, RICARDO *y* PINABEL.)

CASANDRA. Baste ya tanta crueldad;
que tú no eres caballero,
sino un monstruo.

RICARDO. Callad,
que os mataré.

CASANDRA. Pues di, fiero,
¿por qué has hecho tal maldad?

RICARDO. Porque yo a Hipólita adoro,
y esto me mandó que hiciese.
Abre aquí.

TEODORA. ¿Qué alarbe o moro
que a un preso en guerra pidiese
la escondida plata y oro
me hubiera, infame Roberto,
de esta manera tratado?

PINABEL. Abre aquí, que estoy muy cierto
que el ser mujer me ha obligado
para que no te haya muerto;
que Inés, que esto me mandó,
es ley de mi voluntad.

TEODORA. Ya está abierto.

RICARDO. Cuando yo
fingí estimar tu amistad,
castigarte me obligó,
para aquesto te serví.
Hipólita vive en mí.
Tú, casada, ¿qué me quieres?
¿Cómo las nobles mujeres
infaman su honor ansí?—
Vamos, Roberto.

PINABEL. Camina,
Felisardo, mi señor,
que ya la noche declina.

(Vanse Ricardo y Pinabel.)

TEODORA. ¡Notables gustos de Amor!
CASANDRA. Que quedo (1) muerta, imagina.
TEODORA. Pues yo ¿cómo quedaré,
que de golpes que me ha dado
no puedo tenerme en pie?
CASANDRA. ¡El Cielo me ha castigado!
¡Castigo del Cielo fué!
Ricardo no merecía
la ofensa que hacer quería
injustamente a su honor;
mas volvió el Cielo mejor
por su honra y por la mía.
De lo que corrida estoy
es que Hipólita lo sepa.
TEODORA. De todo culpa le doy.
CASANDRA. ¡Que en pecho de mujer quepa
sabiendo que mujer soy,
Teodora, tanta crueldad!
¿Supe yo la voluntad
que a Felisardo tenía?
Dime: ¿qué traición le hacía
sobre pasada amistad?
¡Oh, cruel hombre, que has muerto
una inocente mujer!
TEODORA. Pues si vieras a Roberto...
CASANDRA. ¡Oh, mal pensado placer!
¡Oh, mal trazado concierto!
¡Oh, maldito el pecho sea
que así aventura su honor
por una cosa tan fea!
¡Oh, maldito sea el amor
y quien sus gustos desea!
¡Plegue a Dios que si en mi vida
tal pensamiento tuviera (2)
primero el alma despida
o mi pensamiento muera (3)
a mi honor agradecida!
Y, aunque estoy tan castigada,
quiero quedar consolada
que a Ricardo no ofendí.
TEODORA. Ni yo a Pinabel, que fuí
de Pinabel siempre amada.
CASANDRA. ¿Diste algún grito?
TEODORA. No sé.

(1) [illegible]
(2) [illegible]
(3) [illegible]

CASANDRA. Notablemente callé
por los criados de casa.
¿Esto es amor?
TEODORA. Así pasa.
Vente a acostar.
CASANDRA. No podré.
TEODORA. Arrimada a mí podrás.
CASANDRA. Para que el dolor mitigue
¿qué haré?
TEODORA. Remedio tendrás.
CASANDRA. Ricardo, Dios me castigue
cuando te ofendiere más.

(*Vanse. Salen* ALBERTO *y dos pajes,* JULIO *y* FLORINO; ALVAREZ, *escudero viejo.*)

ALBERTO.

De mi casa, villanos, salid todos,
que no me ha de quedar un hombre en ella.

JULIO.

Señor, nosotros no tenemos culpa.

FLORINO.

Tiempla, señor, la ira.

ALVAREZ.

Señor, mira
que estamos inocentes.

ALBERTO.

¡Alcahuetes!
¿Cómo estáis inocentes de mi infamia?
¿Pudiérase esto hacer sin vuestra ayuda?

JULIO.

Si era, señor, tu huésped Felisardo
y pudo cuando quiso hablar a Hipólita,
¿qué papeles serían necesarios?
¿Qué ventana le abrimos o qué puerta?

FLORINO.

Si tenías hermana hermosa y moza,
discreta, rica y por casar, ¿no adviertes
que fué tuya la culpa, pues trujiste
encendida la cuerda entre la pólvora?
Si un vidriero trae a casa (1) un gato
para que juegue entre los vidrios, dime:
¿de quién se quejará si se los quiebra?

ALVAREZ.

Dice Florín muy bien. Si tú sabías
que era galán y mozo Felisardo,
y forastero, que es miel sobre hojuelas,
y lo que más obliga a las mujeres.

(1) En el original, "... casa"

¿para qué le metiste en nuestra casa?
Si no fuera el troyano Paris huésped
del rey de Grecia, no robara a Elena.

ALBERTO.

¿Es posible que alguno de vosotros
no supo este concierto?

JULIO.

En vano intentas
por nosotros, señor, hallar a Hipólita.
Hoy fingió Felisardo que se iba,
y fué para aguardarla, a lo que pienso.
No dudes que en Madrid están agora.

ALBERTO.

¿Qué nuevo mal, qué nueva desventura
amenaza mi honor?—Camina, Julio,
en casa de Leonarda, que por dicha
sabrá donde los dos están agora.—
Tú, Florio, (1) parte en casa de Clavela,
y mira si hay rumor secreto o público.

JULIO.

Tú verás mi cuidado y diligencia.

*(Vase.)*

FLORINO.

Y la mía verás, que en un instante
visitaré cuantas amigas tienes.

ALBERTO.

Vos, Alvarez, iréis, y con recato
mirad de Santa Cruz los escritorios.
Sabed si acaso está depositada;
sabed si ponen pleito.

ALVAREZ.

Yo sospecho
que esta debe de ser la intención suya;
que partirse a Sevilla es desconcierto,
pues no había de escapar o preso o muerto.

*(Vase.)*

ALBERTO.

No por guardar a la (2) mujer se puede
tener segura; que en el agua escribe
quien de cuidado y celos se apercibe,
que mayores sucesos le concede.
Y así es razón que de su industria quede
burlado el que su gusto le prohibe;
que es animal que en confianza vive,
y, en queriéndole asir, al viento excede.
La privación que a la mujer destruye,
alguna vez su perdición ordena
y a desatinos su flaqueza atiza:
que mientras más la aprietan más se huye;
porque es como tomar puño de arena,
que por cualquiera dedo se desliza.

*(Vase, y sale* RICARDO *y* FELISARDO, ROBERTO *y* PINABEL.)

RICARDO. A gran ventura he tenido
el haberos encontrado.

FELISARDO. Para mí, Ricardo, ha sido.

RICARDO. ¿Vais o venís?

FELISARDO. He tornado
aun antes de haber partido.

RICARDO. ¿De qué suerte?

FELISARDO. Con temor
de este cuidado y rumor
de la muerte de Lambino,
aquel valiente que vino
con vuestro competidor.
Quise ausentarme de aquí;
pero vi el error que hacía,
y, como veis, me volví,
porque yo solo sabía
lo que de Alberto entendí.
Y, porque si verdad fuese,
mejor negociar pudiese
escondido o retraído.

RICARDO. Amor, Felisardo, ha sido,
y de haber vuelto no os pese.
Hipólita os quiere bien
y yo deseo casaros;
esos cuidados no os den
pena, que yo he de libraros
y remediaros también.
Si fuere Lambino muerto,
pues que por mi causa fué;
que tengo hacienda os advierto,
y no quiero yo que os dé
cuidado alguno el concierto.
La justicia ha de buscaros
en casa de Alberto luego;
mas porque no pueda daros
en ella desasosiego,
aquí quiero regalaros.—
Corre, avisa, Pinabel,
a Casandra que está aquí
Felisardo y yo con él.

PINABEL. ¿Daráme albricias?

*(Vase.)*

(1) Parece que es el mismo que antes y después llama *Florino*.

(2) En el texto, "No por guarda de la".

FELISARDO. Creí
que este Leonelo cruel
sólo vengarse tratara
por la espada, como noble.
RICARDO. Si ya en quitaros repara
la prenda que estima al doble,
y su pretensión declara,
no querrá más de ausentaros
de Hipólita y, con prisión
larga, la ocasión quitaros.
FELISARDO. A no perder la ocasión
pondremos yo y vos reparos,
y pues merced me habéis hecho
de que vuestro huésped sea,
no le será de provecho
la traición con que desea
sacarme este bien del pecho,
porque desde aquí veré
a Hipólita.
RICARDO. Y yo haré
que, viniendo a visitar
a Casandra, haya lugar.

(*Salen* PINABEL, CASANDRA Y TEODORA.)

PINABEL. Aquí han tratado que esté.
CASANDRA. ¿Aquí? Pues ¿mejor no fuera
que a Sevilla se partiera?
¡Lindo huésped, en verdad!
FELISARDO. Señora, esos pies me dad.
CASANDRA. (La muerte, infame, quisiera.)
¡Oh, señor, seáis bien venido!
FELISARDO. ¿Cómo, mi señora, estáis?
CASANDRA. Poca salud he tenido.
TEODORA. (Y vos, infame, ¿aquí estáis?
ROBERTO. ¿Qué dices?)
CASANDRA. (¡Pierdo el sentido!)
RICARDO. (¿Pinabel?
PINABEL. ¿Señor?
RICARDO. ¿No adviertes
con qué caras los reciben?
PINABEL. No es posible que conciertes
estos huéspedes.
RICARDO. Si hoy viven,
sin duda traen petos fuertes,
pues solos han de quedar.
Finge de aquí a un poco alguno
que viene y me quiere hablar,
por que haya tiempo oportuno
en que se puedan quejar.)
¿Casandra?
CASANDRA. ¿Señor?
RICARDO. ¿Ansí
recibes a Felisardo?
CASANDRA. No estoy buena.
FELISARDO. (Escucha.
ROBERTO. Di.
FELISARDO. Bien conozco que Ricardo
nos trae con gato aquí;
pero, Casandra, ¡por Dios!
que le pesa de tener
por huéspedes a los dos.
ROBERTO. No muestra mucho placer
y finge que tiene tos.
Resfriada y mal contenta,
mala huéspeda te aguarda.
Pica más bajo a otra venta.
FELISARDO. Yo la vi alegre y gallarda.
No sé lo que agora intenta.
ROBERTO. Esto será necesario.
FELISARDO. Todo lo veo al contrario.
ROBERTO. Ella debe de saber
que a casa quieres traer
aquel rocín temerario.
Dile que allá buscaremos
una huerta donde esté.)
RICARDO. ¿Esto, Casandra, tenemos?
¿Para quien mi vida fué
este hospedaje le hacemos?
Cuando fuera un ganapán,
¿no bastaba ser mi gusto?
ROBERTO. (Riñendo sobre ello están.
FELISARDO. Pues si ha de ser con disgusto...
ROBERTO. Quedo, señor, que oirán.)
CASANDRA. ¿Qué ropa tengo yo agora
a propósito?
RICARDO. ¡Por Dios,
que no me enfades, señora!)
ROBERTO. (Mira cuál están los dos.
FELISARDO. También le pesa a Teodora.
ROBERTO. La cara que me ha mostrado
no se pudiera mostrar
a un huésped de mucho enfado.
FELISARDO. Si le venimos a dar
aun antes de haber llegado,
¿qué haremos después de un mes?)
PINABEL. Aquí te busca don Juan.
RICARDO. (No me afrentes, pues que ves
lo que éstos decir podrán,
o ¡vive Dios! que me des
ocasión para matarte.
CASANDRA. Tengo mil ocupaciones.
RICARDO. ¿Esto qué puede ocuparte?
Abreviemos de razones,
que todo el mundo no es parte

para que deje de estar
en mi casa Felisardo.)

PINABEL. Don Juan te vuelve a llamar.

RICARDO. Ya voy.

CASANDRA. (Pues vengarme aguardo.

*(Vase* RICARDO *y* PINABEL.) (1)

Hoy me tengo de vengar.)
¿Fuése?

TEODORA. Ya se fué.

CASANDRA. ¡Traidor,
infame, vil caballero,
perjuro, falso, embaidor,
mal cristiano, alarbe fiero,
ingrato, indigno de amor!
¿Merecía el que te tuve
siendo quien soy?

FELISARDO. ¿Qué es aquesto?

CASANDRA. ¿Y el ver que tan loca estuve
que me rindiese tan presto,
que aun apenas me detuve
a pensar en el honor
de Ricardo, mi marido,
hombre de tanto valor,
para que no hubiera sido
correspondido mi amor?
Y cuando el talle, la cara,
el ingenio, la nobleza,
cruel, no te contentara,
o porque en otra belleza
tu alma su centro hallara,
¿no era mejor responder
que amabas a otra mujer,
o que respeto tenías
a quien amistad debías?

FELISARDO. ¿Qué es aquesto?

CASANDRA. ¿Qué ha de ser?
¿Y no engañarme, traidor,
con palabras y papeles
hasta rendir mi valor?
Si hacer con infames sueles
que así te tengan amor,
las mujeres principales
no se enamoran a coces
ni con bofetadas tales.

FELISARDO. Señora, o no me conoces,
o aquí de tú misma sales,
o tú no eres la que fuiste,
o yo no soy lo que soy.

CASANDRA. Cuando mil coces me diste,
de que casi muerta estoy,
ni yo te vi, ni me viste;
¿quién querías tú que fuese?

FELISARDO. ¿Yo coces? ¿Estás en ti?

CASANDRA. Cuando Hipólita tuviese
tanto poder sobre ti
que enloquecerte pudiese,
no le había de tener
para mandarte matarme,
ni tú lo habías de hacer,
pues bastaba para honrarme
la inmunidad de mujer.

TEODORA. ¡Infame Roberto, fiero,
lacayo, loco, villano,
hombre bajo, vil, grosero!
¿tú para mí pones mano
al virgen cobarde acero?
¿Tú petrinazos (1) a mí?
¿Tú me dejas medio muerta?

ROBERTO. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

TEODORA. ¡Nunca yo abriera la puerta!

ROBERTO. ¿Qué puerta? ¿Cuándo te vi?

TEODORA. ¿Cuándo, perro?

FELISARDO. Advierte, advierte,
Casandra, que eso es locura.

CASANDRA. ¿Esto mereció quererte?

FELISARDO. Mira que es descompostura.

CASANDRA. Hoy haré darte la muerte,
y con mis manos; ¿qué aguardo?

FELISARDO. Detente, loca.

TEODORA. Y tú, ¿perro?

ROBERTO. Loca, tente.

CASANDRA. Felisardo,
¿quererte era tanto yerro?

FELISARDO. Paso, que viene Ricardo.

*(Compónense y desmáyanse todos, y salen* RICARDO *y* ROBERTO.)

RICARDO. Cansado es este don Juan.—
Pues, Felisardo, ¿en qué hablabas
con Casandra?

FELISARDO. En que no están
las cosas que tú pensabas...

RICARDO. (Descomponiéndose van.)

FELISARDO. En el lugar que deseas
para que yo quede en casa.

RICARDO. Cuando nuestro pecho veas
que de lo posible pasa,
es bien que esa falta creas;

(1) En el texto, "*(Vanse* RICARDO *y* FELISARDO.)"

(1) Así en el texto. En la de Barcelona, "pretinazos".

pero si llegas agora,
agravio grande nos haces.—
Y tú ¿qué tienes, Teodora?
¿Cómo no te satisfaces
y miras a tu señora?
¿Qué cara es ésa? ¿Qué es esto?

FELISARDO. Si tenéis ocupación
yo tengo posada.

RICARDO. Presto
verás que nuestra afición
forma un alcázar compuesto.
Pues Alberto mereció
que su casa, Felisardo,
honrases, merezca yo
que honres la mía.

FELISARDO. Ricardo,
yo no he de estar.

RICARDO. ¿Cómo no?

FELISARDO. Está Casandra indispuesta.

RICARDO. ¿Cómo?

FELISARDO. Pues [que] me porfías,
apartaos; daré respuesta,
porque mejor entendáis
que el irme es con causa honesta.

RICARDO. Decildo, que por ventura
os querréis ir con razón.

FELISARDO. Hale dado una locura
que me ha puesto en confusión.
Hacelda poner en cura,
y quedaos, Ricardo, adiós.

RICARDO. Son lúcidos intervalos.
Sosegaos, y veréis vos
que luego con mil regalos
os quiere y sirve a los dos.

FELISARDO. ¿Que ésto suele darle? (1)

RICARDO. Sí,
y antes lo habéis de tomar
por desenfado.

FELISARDO. Si ansí
me pensáis desenfadar,
contadme por muerto aquí.

ROBERTO. ¿Señor?

RICARDO. Pues ¿qué hay, Roberto?

ROBERTO. ¿Dan los lúcidos también
a Teodora desconcierto,
que a un mismo tiempo les den?
Porque me cuento por muerto.

RICARDO. ¿Que también ella está loca?

ROBERTO. Es negocio (1) temerario.

(*Sale* JULIO.)

JULIO. Pues la razón me provoca
y el hablarle es necesario,
quiero hacer lo que me toca.—
¿Señor Ricardo?

RICARDO. ¿Quién llama?

JULIO. Un paje soy de una dama
que ser huéspeda querría
de vuestra casa.

RICARDO. La mía
no tiene muy buena fama.
Sabed que es casa con duende;
todos la quieren dejar.

JULIO. Lo que esta dama pretende
yo sé que os ha de agradar,
aunque pensáis que os ofende.
En una iglesia os aguarda,
hablalda si sois servido.

RICARDO. Felisardo, una gallarda
dama.

FELISARDO. Ya le tengo oído.
Dios sabe que me acobarda
de Casandra el loco humor.
Id con Dios, mas venid luego,
antes que le dé el furor.

RICARDO. Que aquí me esperéis os ruego,
que no hay que tener temor.—
Vamos. Pero ¿no sabré
el nombre?

JULIO. Yo os lo diré.
Hipólita.

RICARDO. Ya lo entiendo.
Vamos, que ya os voy siguiendo.

JULIO. Venid, que yo os llevaré.

(*Vanse* RICARDO, PINABEL *y* JULIO.)

FELISARDO. (Roberto, llégate a mí,
que estoy temblando.

ROBERTO. ¿Y yo estoy
mondando nísperos?)

CASANDRA. Di,
villano, ¿sabes quién soy?

TEODORA. Pues, perro, ¿es poca ocasión?

ROBERTO. Teodora, ¿por qué me matas?

(*Salen* FLORINO *y* ALBERTO.)

FLORINO. Entra, señor, que éstos son.

ALBERTO. Sevillano Felisardo,

---

(1) En el texto: "Qué es esto? suele darle? Ric... [illegible]".

(1) En el texto, "necio".

que sin vergüenza y respeto
de tantas obligaciones
de ti y de mí, y aun del Cielo,
después de darte en mi casa,
y aun en mi alma aposento,
de la casa me robaste
la mejor prenda que tengo,
y del alma el honor mío,
en vez de agradecimiento,
¿dónde a Hipólita llevaste?
Pues tu partida fingiendo
la sacaste a media noche
con ese infame Roberto.
¡Dime luego dónde está!
¡Villano, dámela luego,
o con la que traigo al lado
te la sacaré del pecho!

FELISARDO. ¿Qué dices, Alberto? ¿Yo
te robé a Hipólita?

ALBERTO. ¡Bueno!
¡Dame a Hipólita, enemigo!

FELISARDO. ¡Detente!

ROBERTO. Señor, ¿qué es esto?

CASANDRA. Bien conoces al infame,
que, en forma de caballero,
es un ladrón de las honras.

FELISARDO. (Sin duda Casandra a Alberto
le ha pegado la locura.
¡Locos están!)

(*Salen* LEONELO *y* FINEO.)

LEONELO. Entra presto,
que aquí dicen que Ricardo,
encubridor y tercero,
los tiene a los dos.

FINEO. Señor,
aquí está también Alberto.

LEONELO. Felisardo, si por bravo
te parece que es buen hecho
alabarte a la justicia
y a tus amigos o deudos
que mi hermana Feliciana
tiene contigo requiebros;
que a media noche la gozas
y que la ves cuando duermo,
no porque sea viuda
pienses, atrevido y ciego,
que le ha de faltar marido.
Yo vengo en lugar del muerto
para quitarte la vida.

FELISARDO. ¿Qué es lo que dices, Leonelo?
Cielos, ¿qué tiene esta casa?

ROBERTO. Todos están de concierto.

FELISARDO. ¿Qué diluvio de desdichas,
de penas, de amor, de celos
sobre mi inocencia llueve?

CASANDRA. ¿Tú inocente, lobo fiero?
¡Quitalde luego la vida!

FELISARDO. Sin duda es burla; no creo
que así de veras me traten.
Si eso es burla, caballeros,
paréceme muy pesada,
y si me enojo, sospecho
que he de hacer un desatino.

ALBERTO. ¿Fieros haces? ¡Bueno es esto!
Veras son éstas.

FELISARDO. ¿De qué?
¿Qué me pedís? Yo ¿qué os debo?
¿Estáis locos? ¿Qué decís?—
¿Qué es esto, Roberto?

ROBERTO. El Cielo
me saque con bien de aquí,
que más ir delante quiero
de aquel rocín tragaleguas
por ventas, sierras y puertos.

(*Salen* RICARDO *y el* ESCUDERO *con* HIPÓLITA *y* INÉS *descubiertos los mantos.*)

RICARDO. ¿En mi casa, Pinabel?

PINABEL. Esto pasa.

RICARDO. Dime, Alberto,
dime, Leonelo, ¿es razón
que en casa de un caballero
hagáis aqueste alboroto?

ALBERTO. Si de Felisardo tengo
queja porque me ha robado
mi hermana, también me quejo
de ti, pues hoy en tu casa
le has guardado y encubierto.

LEONELO. La misma queja es la mía,
pues por ventura de celos,
ya que con obras no pudo,
con las palabras ha hecho
a mi hermana Feliciana
tal deshonra.

FELISARDO. ¡Impíreo Cielo,
que miras desde tu altura
los humanos pensamientos!
¿Cuándo? ¿Cómo? ¿De qué suerte
yo robé su hermana Alberto,
di de palos a Casandra
ni he deshonrado a Leonelo?
Pártame un rayo, señores,
si aun lo que decís entiendo.

ROBERTO. Y, Teodora, ¿por qué a mí
me levanta que la he muerto
a puros palos y coces,
que, sin piedad ni respeto,
en cabeza y barba apenas
me ha dejado seis cabellos?

RICARDO. Alberto, de Felisardo
puedes estar satisfecho,
que trataba de ausentarse
a la justicia temiendo;
y que Hipólita se fué,
bien lo sabe el escudero
que agora viene con ella,
porque temió que a Leonelo
la darías por mujer.
Y eso de tener requiebro
con Feliciana, es engaño
que ella quiso hacer, fingiendo,
ella y Inés disfrazadas,
ser Felisardo y Roberto.
En mi casa estáis; no es justo
que deis que decir con esto
al vulgo, infamia de nobles.

ALBERTO. ¿Hay tan notable suceso?
Hipólita, ¿es esto ansí?

HIPÓLITA. Todo es verdad.

ALBERTO. Yo lo creo.—
Felisardo, ¿qué respondes?

FELISARDO. Que por mi mujer la aceto,
si Leonelo no replica.

LEONELO. Antes yo mismo lo ruego,
que no quiero yo forzada
quien amada no merezco.

ALBERTO. Y tú, Roberto, ¿qué dices?

ROBERTO. Que a Inés por mi esposa quiero.

ALBERTO. ¿Y tú, Inés?

INÉS. Que es mi marido.

RICARDO. Casandra, pues que se ha hecho
en nuestra casa estas bodas,
madrina has de ser.

CASANDRA. No pienso
que tendré salud.

RICARDO. Sí harás.—
Senado [a] aqueste suceso
llamó un discreto en Madrid
*El castigo del discreto.*

FIN DE LA COMEDIA DEL *Castigo del discreto.*

# LA GRAN COMEDIA

DE

# LOS CAUTIVOS DE ARGEL

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

---

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN LA PRIMERA JORNADA

FRANCISCO, *morisco valenciano.*
DALÍ, *moro.*
LEONARDO, *cautivo.*
ALA, *mora.*
FÉLIX, *cautivo.*
MARCELA, *cautiva.*
SOLIMÁN, *moro.*
BRAHÍN, *hebreo.*
BASURTO, *cautivo.*
SAAVEDRA, *cautivo.*
DORANTES, *cautivo.*
PEREDA, *cautivo.*
HERRERA, *cautivo.*
MÚSICOS *moros.*

## JORNADA PRIMERA

(*Salen* FRANCISCO, *morisco del reino de Valencia, en su hábito, como ellos andan, y* DALÍ, *turco de una galeota.*)

FRANC. ¿Dónde la dejas?
DALÍ. Francisco,
en esa ensenada o cala
por donde el mar se resbala
a las peñas de este risco
pienso que estará segura.
¿Tendré presa que llevar?
FRANC. El alboroto del mar
y el hacer la noche escura
a sus pueblos recogió
los pescadores. No hay cosa
que pueda ser provechosa.
DALÍ. ¡Notable asalto nos dió!
No estuvo de zozobrar
un dedo la galeota.
FRANC. Dalí, cuando se alborota
es soberbia bestia el mar.
Si antes de ayer allegaras,
hermosa prisión hicieras.
DALÍ. ¿Dónde quedan las galeras
de los Orias?
FRANC. Si reparas
en la dicha que ha tenido
ese diestro ginovés,
con remos, alas y pies
no podrás ser defendido.
A Barcelona sospecho
que bajaban.
DALÍ. De estas playas
nos quitan las atalayas,
las presas de más provecho.
¿Cómo le va de jinetes
a la costa?
FRANC. Bien le va;
pero no te quitará
la suyda (1) que te prometes.
DALÍ. Más de una vez la ocasión
me ha quitado de gran presa
la roja cruz de Montesa
y de San Jorge el pendón.
¿Qué dicen de aquel Toledo?
FRANC. A llevar el Virrey fué.
No hay, Dalí, por qué te dé
su ángel blanco y azul miedo.
DALÍ. Por poco asiera una barca
de Génova, y por su mal.
FRANC. ¿Dónde iba?
DALÍ. A pescar coral
a la fuerza de esta barca;
mas vi lejos otras tres
con viento, y volví las velas.
FRANC. La sangre me pone espuelas,
la ocasión y el interés,
para pasarme contigo,
que si cosario me hiciese,
no pongas duda que fuese
de los cristianos castigo.
Nací morisco en Valencia;
sé la tierra y ocasión

---

(1) Así en el original.

de hacer cualquiera prisión
con más segura experiencia.
Sin esto, deseo, Dalí,
vivir en mi ley primera.

DALÍ. ¿Tu cobardía qué espera
teniendo tal muro en mí?
Pásate a Argel, que vendrás
con dos o tres galeotas
de amigos con que a las flotas
de España envidia pondrás,
que no es tan cierta la plata
como en cristianos cautivos.

FRANC. Unas casillas y olivos
en tierra que no es ingrata
me han detenido hasta agora.

DALÍ. Véndelo.

FRANC. Echarán de ver
que me voy.

DALÍ. Si puede ser
trueco una gallarda mora,
mi hermana, y seis mil ducados,
deja la cristiana ley.

FRANC. ¿Trátaos allá bien el Rey?

DALÍ. Los nobles son respetados,
los renegados tenidos
en alta veneración,
y siendo de la nación
son mucho más admitidos.

FRANC. ¿Qué tal es la tierra?

DALÍ. Aquí
quiero pintártela.

FRANC. Creo
que me has de poner deseo.

DALÍ. Escucha, Francisco.

FRANC. Di.

DALÍ. Entre la mulvia (1) y el río
mayor, que en los mares bajos
de Bujía desemboca,
bajando de montes altos,
y Tremecén en los llanos
fértiles de la marina,
de sierras ceñido al austro,
abrazan cuatro provincias
a Tremecén todas cuatro.
De sus ciudades se nombran,
como el reino valenciano,
Fenecén, Fenez, Bujía
y Argel; mas sólo ha quedado
Fenez agora y el fuerte
Tremecén, que oprimen tantos;
es reino largo y angosto,
porque hasta el mar munidraño,
apenas por cuenta nuestra
tiene quince millas de ancho.
Defiéndese mal con esto
de los continuos asaltos
que le dan árabes diestros
en lanza, adarga y caballos. (1)
Diez y ocho mil fuegos tuvo,
más las guerras que siete años
le dió Juzaf, rey de Fez,
y después el Quinto Carlos,
que en su protección la tuvo,
y últimamente los bravos
turcos, que agora la tienen,
su grandeza aniquilaron.
Aquí tiene el Rey de España
a Mazalquivir, gallardo
puerto, y a su lado Orán,
fortaleza que ganaron
un Cardenal de Toledo
y el conde Pedro Navarro;
aquél soldado, aunque fraile,
y éste, aunque humilde, soldado.
Tendrá diez mil españoles,
sin otros vecinos varios,
o allí, Francisco, nacidos,
[o] allí naturalizados.
Argel fué de Tremecén;
pero por verse apretado
se entregó al Rey de Bujía,
que no supo conservarlo.
Estuvo después sujeto
al católico Fernando;
pero fué después de Horruvo (2)
que Barbarroja llamaron.
Cercóle Carlos, y fué
el mar con Carlos tan bravo,
de una hechicera famosa,
según dicen, conjurado,
que fué la primer conquista
que perdió en el mundo Carlos,
porque contra el mar no hay armas,
experiencia ni soldados.
Ha crecido tanto Argel
con los robos, que es su trato,
y el Rey, o el lugartiniente
del Turco, a quien respetamos,

(1) En el texto dice "muluia".

(1) En el texto, "en lanzas, adargas"; pero el verso es largo.

(2) En el texto, "Horruuo".

que vale un millón de escudos,
que no se cuenta del Cairo,
solamente el alcabala
del sustento necesario.
A las espaldas de un monte,
Francisco, está Argel sentado,
que en las espaldas le tiene
porque no pudo en los brazos.
De tres millas de contorno
viven y están alojados
más de ochenta mil vecinos,
sin sus familias y esclavos.
Dos puertas hay en Argel,
con que Argel está guardado,
una al mar y otra a la tierra,
de los intentos cristianos;
que después que (1) Carlos fué
de sus murallas espanto;
de fuertes y baluartes
le tienen fortificado.
Aquí podrás, si tú quieres,
con hacienda y con regalos,
vivir en tu ley primera
y poblar del Rey los baños.
Enriquecerás, Francisco,
si Celindo y yo te damos
nuestras cuatro galeotas
de a tres remeros por banco,
y gozarás de una mora
negro cabello, ojos garzos,
más blanca que nieve en copos,
más cándida que alabastro,
de quien serás recibido
con regalados abrazos
cuando vuelvas de correr
los márgenes valencianos.

FRANC. Incitado me has de suerte,
que en tus fragatas me parto;
ni quiero casas, ni padres,
viñas, huertas, montes, prados.
Adiós, España, que voy
al Africa, en que habitaron
mis abuelos y mayores
en su ley por siglos tantos.
Ya no quiero ser Francisco;
desde hoy más Fuquer me llamo.
No conozco frailes tuyos,
gózalos tú si son santos.
Mis deudos prendes, España,
por la ley que profesamos;
allá no habrá que temer.
Moros, a Argel me paso;
mas ¡ay de ti! que he de ser,
como en tu reino criado,
ladrón de casa y robarte
tus hijos, hacienda, esclavos.—
Guía, Dalí.

DALÍ. ¡Oh, buen Fuquer,
dame primero esos brazos!

FRANC. Vamos al mar.

DALÍ. Ven tras mí;
esa plancha acosta al barco.

(LEONARDO, cautivo.)

LEONARDO. ¡Fiera esclavitud esquiva,
del Cielo el mayor castigo,
donde es dueño el enemigo
que de tanto bien os priva!
Argel, retrato en la tierra
del castigo del profundo,
porque tenga infierno el mundo
como en su centro se encierra;
de ti es claro testimonio
que un infierno y muchos nacen,
adonde los turcos hacen
el oficio de demonio;
que si allá a los condenados
obligan a blasfemar,
aquí es más, que a renegar
fuerzan a los bautizados.
Pues en dar igual tormento
¿qué competencia mayor,
al alma con el rigor,
al cuerpo con el sustento?
Bizcocho duro y mezclado
de lágrimas, que han de dalle
los ojos para ablandalle,
que ha de ir en agua bañado.
Posento una fajena (1)
cama el suelo, y compañía
la de esta cadena fría,
que a todas las horas suene;
en males tan excesivos
no hay otro reloj mejor,
porque es el despertador
del sueño de los cautivos.
Trabajar eternamente,
cortar leña, cultivar
los campos, edificar,
sufrir un dueño insolente

(1) En el original, "de".

(1) En el texto, "faxena".

son aquí nuestros regalos;
que solamente se teme
que el pobre cautivo reme
donde le dan tantos palos,
que, aunque no faltan acá,
es diferente el trabajo.

*(Sale Aja mora.)*

AJA. A ver los cautivos bajo; (1)
dile tú que vuelvo ya.
LEONARDO. (Esto, pues, no se compara
con el más cruel rigor.
Mi ama me tiene amor.
y amor que en mi muerte pára.
A que la goce me incita,
con que su fuego inhumano
a la espada del tirano
atada un cabello imita.
Caer tiene sobre mí.
Que será mi muerte creo.)
AJA. ¿No me has visto?
LEONARDO. Ya te veo.
AJA. ¿Qué estás hablando entre ti?
LEONARDO. ¿Parécete que no tengo
de [qué] hablar si preso estoy?
AJA. Donde yo tu dueño soy
y a ser tu cautiva vengo,
¿de qué te puedes quejar
si no es de ti mismo, ingrato?
Trátasme mal, bien te trato,
¿a quién pretendes culpar?
Aborrécesme y te adoro;
doite el alma, huyes de mí,
vivo muriendo por ti,
triste de ver que lloro. (2)
¿Cuál de los dos es cruel?
¿Quién a quién trata más mal?
LEONARDO. Mi amor fuera al tuyo igual
si hubiere igualdad en él;
mas si nos ha dividido
el Cielo en patria y en ley,
costumbres, gobierno, rey,
condición, lengua y vestido,
que no basta a conformar
de todo el poder del suelo;
que lo que divide el Cielo,
¿qué amor lo puede juntar?
AJA. Aunque bárbara nací,
nombre que allá nos ponéis
porque pensáis que nacéis
con otras almas que aquí,
no quiero que de esa suerte
pienses que tienes razón
para probar tu intención.
LEONARDO. Luego ¿no es verdad?
AJA. Advierte:
¿Dios no fué el autor primero
de cuanto vive?
LEONARDO. Es, sin duda;
no habrá criatura tan ruda
que lo niegue.
AJA Espera.
LEONARDO. Espero.
AJA. ¿El alma tiene vestido?
LEONARDO. No.
AJA. ¿Tiene patria?
LEONARDO. Sí.
AJA. ¿Cuál?
LEONARDO. El Cielo, a todas igual,
que para esa patria han sido.
AJA. ¿Qué rey tienen?
LEONARDO. Dios.
AJA. ¿Qué ley?
LEONARDO. La de Dios.
AJA. ¿Qué centro?
LEONARDO. Él mismo;
pero si van al abismo
tendrán diferente rey.
AJA. ¿De quién son?
LEONARDO. De Dios es obra.
AJA. ¿Qué lengua tienen?
LEONARDO. Igual,
aunque en el cuerpo mortal
por sus instrumentos obra.
AJA. ¿Dónde está amor?
LEONARDO. [Ese está]
en las almas, si es pasión
del alma.
AJA. Si iguales son,
si una patria se les da,
si un rey, un príncipe, un centro
si amor en ellas está
y en el hábito de acá
no se viste el alma dentro,
¿cómo dices que no quieres
quererme por desigual,
pues en el alma inmortal
tan igual, Leonardo, eres?
¿Ves cómo tratas engaño?
¿Ves cómo eres mal nacido?

(1) En el texto, "va".
(2) Así en el original. Quizá deba leerse: "te [illegible] de ver que lloro".

¿Ves cómo yo te he querido
y tú procuras mi daño?
¿Qué respondes?

LEONARDO. Bien pudiera
deshacer tus argumentos. (1)
Mi peligro considera.

AJA. ¿Luego tienes temor?

LEONARDO. Sí.

AJA. Señas de que no hay amor,
que no tuvieras temor
cuando hubiera amor en ti.
Ninguno que ama temió.

LEONARDO. No es eso lo que más lloro.

AJA. Pues ¿qué es? (2)

LEONARDO. Que ese Dios que adoro
no quererte me mandó.

AJA. ¿Por qué?

LEONARDO. Porque en esta ley
se prohibe.

AJA. Eso es mentira,
que sé lo que manda y mira
ese tu Dios y tu Rey.

LEONARDO. ¿Cómo en este ciego abismo?

AJA. ¿No te manda, y con rigor,
que a tu prójimo, traidor,
le quieras como a ti mismo?

LEONARDO. No eres capaz de entender
el cómo eso se entiende,
que antes nuestro Dios defiende
amar la ajena mujer.

AJA. Dime tú que no quisieras
la esclava por quien suspiras,
que tú...

LEONARDO. Como esas mentiras,
como esas vanas quimeras,
te hará ver con sus antojos
de larga vista el Amor.

AJA. Si tu Dios y tu señor,
cristiano, infiernan tus ojos,
Dios con su ley soberana
y tu señor con temor,
dime, ¿con tanto rigor
guardáis vuestra ley cristiana
que allá jamás ningún hombre
ofende a Dios?

LEONARDO. Mucho excusa
ofendelle.

AJA. ¿Ni se usa
querer ni hay allá tal nombre?

LEONARDO. Amor hay.

AJA. ¿A quién se tiene?

LEONARDO. Tiénese a alguna doncella
para casarse con ella,
que con nuestra ley conviene.

AJA. ¿Nunca algún hombre se halló
que haya querido a casada?
¿Jamás ofendéis en nada
al Dios que esa ley os dió?

LEONARDO. Alguno habrá habido allá.

AJA. ¿Alguno no más, cristiano?
Miraldo bien.

LEONARDO. Esto es llano.

AJA. Al revés se suena acá.
Que allá ventanas tenéis,
aquí no se usan ventanas;
allá tardes y mañanas,
aun las noches, si queréis,
las mujeres visitáis;
acá no se ve mujer.

LEONARDO. Eso todo viene a ser
para que en más nos tengáis;
que esa licencia de allá
es porque son tan leales,
tan castas, tan principales;
pero si se usara acá
y esa libertad os dieran,
no hubiera... Quiero callar.
Dame licencia y lugar,
que otros esclavos me esperan,
que voy por leña.

AJA. No sé
qué más leña que tú mismo,
fuego de mi fuego mismo.

LEONARDO. Señora, yo volveré.
Suelta, que...

AJA. Dame la mano.

LEONARDO. ¡Señora!...

AJA. Dámela, perro.

LEONARDO. ¿No ves, señora, que es yerro
querer?

AJA. ¡Ay, dulce cristiano!

LEONARDO. No me puedo detener.

AJA. ¡Perro, yo te haré matar!
Hechizos te pienso dar;
por fuerza me has de querer.
Ya sabes que hay quien te hará
que me quieras y que dejes
tu ley.

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) Este pasaje está en el original:
"AJA. Pues ¿qué?
LEONARDO. Ves que ese Dios que adoro."

LEONARDO. No hay por qué te quejes
de mi intención.
AJA. Tarde es ya.
Por fuerza te haré querer.
LEONARDO. Oye.
AJA. No me digas nada,
que soy mujer despreciada,
y soy principal mujer.

*(Vayase muy enojada.)*

LEONARDO. ¡Triste de mí! ¿No bastaba
mi esclavitud? ¿Qué consuelo
me queda? ¡Oh, piadoso Cielo,
flechas son de una aljaba!
¡Mis pecados las merecen!

*(Sale FÉLIX, sacerdote cautivo, con un almaizar blanco y una cadena al pie.)*

FÉLIX. Ya pensé no hallarte aquí.
Triste estás.
LEONARDO. Nunca me vi-
más. Tristes cosas se ofrecen
que se atreven al valor,
al ser hombre, al ser cristiano.
¡Ay, Félix, resisto en vano
de esta mujer el amor!
No dudo de mi flaqueza;
mas de esa perseverancia,
aunque hay tan grande distancia
de su intento a mi firmeza,
vi en esa grande ocasión.
Sacerdote eres y amigo.
FÉLIX. Descansa el pesar conmigo
en hombros de mi afición.
¿Trátate mal Solimán?
¿Vas acaso a la galera?
LEONARDO. Ojalá, Félix, yo fuera
de esa galera galán.
FÉLIX. ¿Es algo de tu señora?
LEONARDO. En esto estuvo mi mal.
FÉLIX. Amor es furor mortal,
fuego que el honor devora;
ley que a naide guarda ley,
tirano del albedrío,
pues llega su señorío
a ser de las almas rey.
Debes de haberte rendido
o quiéreste ya rendir;
algo que temes cumplir,
Leonardo, le has prometido.
Confiésate, que es gran medio
para enderezar tus pasos.
Llama a Dios, que en tales casos
es el más cierto remedio.
Dime la verdad.
LEONARDO. No fuera
ella ni el mundo bastante
a volver este diamante,
Félix, en blanda cera.
Vive la ley que profeso,
que es fuerza que ha de vivir,
que en ella pienso morir
como Dios me guarde el seso;
y dígolo de esta suerte
porque Aja juró aquí
que, quitándome, (1) ansí
será causa de mi muerte.
Ya sabes tú que en Argel
hay hechiceras que quitan
el seso y que a Circe imitan
en transformaciones de él.
Han hecho muchos cristianos
renegar, llenos del fuego
de este amor lascivo y ciego. (2)
Viendo sus intentos vanos,
que al que no pueden vencer
con hechizos, le transforman
en cera, y de cera forman
lo que de él quieren hacer.
¡Triste de mí! Félix mío,
dame consejo. ¿Qué haré?
FÉLIX. No hay cosa, y es cierta fe,
que fuerce (3) el libre albedrío.
Al demonio invocarán;
mas si el cristiano resiste,
¿qué fuerza tiene él?
LEONARDO. ¡Ay, triste!
Veneno darme podrán
como me quiten el seso.
FÉLIX. ¿En qué?
LEONARDO. En la comida.
FÉLIX. Espera;
tu señora persevera
y tú temes mal suceso.
Tráeme un vaso de agua aquí.
LEONARDO. ¿Para qué?
FÉLIX. Ya lo sabrás.
LEONARDO. Voy.
FÉLIX. Dios ha de poder más;

(1) Así en el texto. Quizá diría Lope: "que enhechizándome".
(2) Aquí faltan versos para el sentido.
(3) En el original, "fuerça".

hoy vuelve el Cielo por ti.
Hoy con divino trofeo,
que al Cielo estas glorias dan,
dirá amor como Julián:
"Bonyistam Galileo." (1)

(*Sale* Leonardo *con un vidrio de agua.*)

Leonardo. Aquí está el agua.
Félix. Ya sabes
que, aunque al demonio le pesa,
soy de la Cruz de Montesa;
del Cielo tengo las llaves
porque sacerdote soy
de Cristo.
Leonardo. Basta esa cruz,
que fué [la] llave de luz
en el peligro que estoy.
Félix. Traigo al cuello, que he guardado,
Leonardo, toda mi vida,
de esta escuela esclarecida
y del báculo sagrado
con que el Patriarca Santo
pasó el Jordán caudaloso,
de la vara que el precioso
fruto nos dió por bien tanto,
del palo dulce que hizo
el agua amarga de Mara,
del holocausto y del ara
en que el Padre satisfizo
aquel Cordero inocente,
de aquel asta celestial
que la sierpe de metal
levantó divinamente,
de la que fué aquellos días
la bendición de Efraín,
del agua y bandera, en fin,
que profetizó Isaías;
al fin, de la Cruz sagrada
una parte, aunque pequeña,
del valor que toda...
Leonardo. Enseña.
Félix. Detente, no digas más,
no nos sientan estos perros;
pero en virtud de que Cristo
colgado en ella fué visto,
por nuestro bien, de tres hierros,
en esta agua pura y clara
la pongo, y así serán (2)
estos cristales Jordán
y ella la divina vara. (1)
Bebe un trago y da a beber
a esa esclava que persigue
Solimán, por que mitigue
el daño que os piensa hacer.
Leonardo. Retírate, que sospecho
que viene él mismo.
Félix. Ya voy
adonde acabando estoy
de aquel nuevo cuarto el techo;
que sirvo de dar madera,
yeso y ladrillo estos días.
Si tienes lugar podrías
verme allí.
Leonardo. Si hoy salgo fuera
no dudes que vaya a verte
y a darte cuenta de mí.
Félix. Fía en Dios.

(*Vase* Félix.)

Leonardo. Harélo ansí,
y por El vida es la muerte.

(*Entre* Marcela, [illegible])

Marcela. Rato ha que espero un rato
en que descansar contigo.
¿Quién estaba aquí?
Leonardo. Un amigo
con quien mis desdichas trato.
Es Félix, que hacer profesa,
por todo esclavo cristiano,
del hábito de Montesa.
Contéle que Aja quería
darme hechizos, y mandóme
que un trago de agua tomase
por ventura cada día
en que la reliquia santa
de la Cruz puso.
Marcela. También
me vendrá, Leonardo, bien
tomarla en desdicha tanta,
que Solimán ha jurado
hacer lo mismo conmigo.
Leonardo. Pues contra el fiero enemigo
prueba este licor sagrado,
y no temas su veneno;
porque si a mí me lo dan
sin esclavo quedarán
y yo de descanso lleno,
que me pienso fingir loco.

(1) Así en el texto.
(2) En ídem, "serena".

(1) En el texto, "veras".

MARCELA. Pues lo que te viere hacer
no dudes de que ha de ser
mi remedio.
LEONARDO. Escucha un poco.
MARCELA. ¡Ay, triste, que es Solimán!
LEONARDO. Yo buscaré algún enredo.

*(Sale Solimán.)*

SOLIMÁN. ¿Juntos, perros?
MARCELA. (¡Muerta quedo!)
LEONARDO. (Ducientos palos me dan.)
Señor...
SOLIMÁN. ¿De qué estás turbado?
LEONARDO. No me turbo. Escucha.
SOLIMÁN. Di.
LEONARDO. Pasando yo por aquí,
de Marcela descuidado,
la vi casi desmayada
de la nueva de saber
que es muerto su padre.
MARCELA. Ayer
vino un fraile ¡ay desdichada!
del Redentor compañero,
y hoy me lo dijo.
LEONARDO. Yo fuí
y truje este vidrio aquí.—
Toma, bebe.
MARCELA. Beber quiero.

*(Bebe Marcela.)*

SOLIMÁN. ¿No tengo mandado yo
que no entren papas a ver
mis esclavos?
MARCELA. Llegó ayer,
y Afende me lo contó.
Es mi padre; helo sentido.
SOLIMÁN. No te pongo culpa a ti.—
Y tú ¿por qué entras aquí?
LEONARDO. Sentí, señor, el rüido
y, por que no la perdiese,
la quise dar este trago,
no presumiendo que en pago
tales enojos me diese;
pues confío en Dios que sea
esta bebida su vida,
porque está en esta bebida
el remedio que desea;
que es contrahierba famosa
para desmayos de fe,
donde el Icornio (1) fué
un ramo de palma hermosa.

(1) Quizá deba leerse "Unicornio".

Aquí una piedra bezar
tendrá tal virtud no oída, (1)
que le asegura la vida
que puede a mil hombres dar;
aquí un divino madero
que el palo santo retrata,
y una tierra sigilata,
con la sangre de un Cordero,
son contra todo veneno.
SOLIMÁN. ¿Sabes tú de confecciones?
LEONARDO. ¿No lo ves?
SOLIMÁN. De mil pasiones
tengo, esclavo, el pecho lleno,
muero de melancolía;
hazme alguna confección
que me vuelva al corazón
la libertad que tenía.
LEONARDO. Yo lo haré.
SOLIMÁN. Pues vete agora,
que entre tanto en estos ojos
podrá templar sus enojos
el alma que los adora.
LEONARDO. Yo me iré.
SOLIMÁN. Vete.
LEONARDO. (¡Ay de mí!
Aunque es amor de los Cielos,
como son moros mis celos
no tendrán fe para mí.)

*(Váyase.)*

SOLIMÁN. Esclava, que mejor puedo
llamar dueño de este esclavo
en inmortal prisión quedo, (2)
¿cuándo darás libertad
a este corazón cautivo
de esos ojos, por quien vivo
en tanta cautividad?
¿Cuándo, Marcela, mi suerte
será tan favorecida
que, mejorando tu vida
des vida a mi injusta muerte?
No somos, cristiana, aquí
como allá sois los cristianos.
No son pensamientos vanos
estas promesas en mí;
que, puesto que soy casado,
puedo hacerte mi mujer,
que si allá no puede ser

(1) En el texto, "lo diga".
(2) Falta un verso antes de éste para la redondilla.

no ha sido en mi ley vedado.
¿No hablas?

MARCELA. ¿Qué puedo hablar,
Fendo, a persuasiones tuyas,
si de mi ley con las suyas
me manda el Cielo callar?
¿Qué puedo, aunque fueras rey
de Argel, Trípoli y Viserta,
decir sin ofensa cierta
de la lealtad de mi ley?

SOLIMÁN. Perra, si al cristiano loco
que agora se va de aquí
no le quisieras ansí
no me tuvieras en poco;
que ni tu ley te obligara,
pues a muchas no ha obligado,
que aquí en Argel le han dejado,
ni el mismo Dios te forzara;
pero si te fuerza Dios,
es amor; y si algún rey,
el gusto; y si alguna ley,
la que os ha puesto a los dos.
Pues, perra, yo probaré
que la palabra me has dado
de renegar.

(LEONARDO *éntre*.)

LEONARDO. Ya he pensado
la confección que te dé,
y he menester, Solimán,
ir por unas hierbas.

SOLIMÁN. Creo
que celos a tu deseo
esa confección te dan.
Perro, ¿a qué vuelves aquí?

LEONARDO. ¿No me mandaste que hiciese
una bebida, y que fuese
para alegrarte?

SOLIMÁN. Es ansí.

LEONARDO. Pues yo tengo prevenidas
esmeraldas y coral,
oro, perlas y cristal,
que pueden darte mil vidas.

SOLIMÁN. Necio, cuando están presentes
esmeraldas en sus ojos,
coral en sus labios rojos,
perlas en sus blancos dientes,
cristal en aquellas manos,
oro en su mucho valor,
¿me das bebida de amor
hecha de celos cristianos?
Anda, vete, y si jamás
osas volver...

LEONARDO. (Yo me iré
donde la bebida haré
del veneno que me das;
echaré en mi propio llanto
celos, desesperaciones (1)
del alma, que pesan tanto.
Todas son flechas de amor,
todas raíces del fruto
de amarte, injusto tributo
que paga el alma el sabor.)

SOLIMÁN. ¿No te has ido, viva Alá?

LEONARDO. Señor, ya me voy.

SOLIMÁN. ¿Qué hacías?

LEONARDO. Pensaba en que me decías
que no entrase más acá,
y ponderaba entre mí
la obligación de un esclavo.

SOLIMÁN. Que la ponderes alabo,
pero no ha de ser aquí;
vete allá donde te alojas.

LEONARDO. Ya, Fendo, me voy.

SOLIMÁN. Acaba. (2)

MARCELA. Que sin ocasión te enojas,
y que sin dártela yo
me presumes levantar
que he querido renegar.

SOLIMÁN. Testigos tengo.

MARCELA. Eso no,
que serán falsos testigos.

SOLIMÁN. O falsos o verdaderos,
tú lo harás.

MARCELA. No me hagas fieros.

(AJA *salga*.)

AJA. ¿Tan juntos ya y tan amigos?
Dos mil años, Solimán,
goces la esclava española.

SOLIMÁN. ¿Por qué más de aquesta sola
que de las que en casa están?

AJA. Porque más bien te parece.

SOLIMÁN. No estoy para celos.

AJA. ¿Vaste?

SOLIMÁN. ¿Qué he de hacer si me enojaste
y mi amor no lo merece?

AJA. Éntrate allá, vil esclava.

---

(1) Falta un verso a esta redondilla.
(2) Falta otro verso.

MARCELA. ¿Cómo os he de contentar
si he de estar y no he de estar? (1)

SOLIMÁN. Aquí con Leonardo estaba,
y esto sólo la reñía.

AJA. ¿Por qué con Leonardo estás?

MARCELA. Porque no acierte jamás
tu gusto, señora mía.
Si estoy con tu Solimán,
notables celos te doy,
y si con Leonardo estoy...

AJA. Calla, infame, que dirán
los que te oyeren decir
que de que os habléis me pesa;
siendo vuestra invención ésa
y vuestro común mentir.
A propósito sería,
por no dar que sospechar,
que dejásemos hablar
los esclavos todo el día.
Pues, aunque, perra, os valgáis
de esa invención, no penséis
que con Leonardo hablaréis,
aunque a Solimán habláis.
Salid al punto de aquí,
y os vender a algún hebreo.

MARCELA. Sólo servirte deseo.

*(Váyase.)*

SOLIMÁN. ¿Por qué la tratas ansí?

AJA. Esa palabra esperaba.

SOLIMÁN. No es palabra sospechosa,
pues eres tú más hermosa
y ella vil mujer esclava.

AJA. ¡Oh, qué contento me has dado!
Por eso abrazarte quiero.

SOLIMÁN. Eres mi bien verdadero;
vive, amores, sin cuidado,
y vende la esclava luego;
no tengas celos de mí.

AJA. Quererte me tuvo ansí,
ya sabes que Amor es ciego.
Mas quiero darte una nueva
con que estos esclavos goces
con más gusto y menos voces.

SOLIMÁN. [illegible]

AJA. Ciertos hechizos me ha hecho
una amiga...

SOLIMÁN. Cuerda eres.

AJA. [illegible] quisieres.

(1) En [illegible]
[illegible]
[illegible]

SOLIMÁN. ¿Es bebida?

AJA. Eso sospecho.

SOLIMÁN. Que fuesen moros deseo.

AJA. Eso es lo menos que harán.

SOLIMÁN. ¡Por vida de Solimán,
que en estos ojos me veo! (1)
Ven y dales la bebida
sin que lo entiendan.

AJA. Si haré.

SOLIMÁN. (Y mi esclava gozaré.)

AJA. (Por Leonardo estoy perdida.)

SOLIMÁN. (Finjo que a esta loca ofrezco
el alma, y téngola en poco.)

AJA. (Finjo querer a este loco,
y en extremo le aborrezco.)

*(Vanse, y entra* BRAHÍN, *hebreo, y* BASURTO, *esclavo cristiano.)*

BASURTO. Paréceme que te vi
en España.

BRAHÍN. Sí verías,
que allá viví muchos días.

BASURTO. Pues ¿cómo veniste aquí?

BRAHÍN. Mi padre es noble y cristiano,
pero fué mi abuela hebrea.

BASURTO. Judía, dirás.

BRAHÍN. Que sea
ese nombre.

BASURTO Hablemos llano:
tu abuela ¿guardaba allá
la ley de Moisén?

BRAHÍN. Sí hacía,
efectos era judía,
pues esto en mi honra va. (2)
Crióme, y de esta crianza
resultó creer su ley;
temí la vara del Rey,
por donde sabes alcanza,
y, por no manchar la fama
de mis padres, me he pasado
a Argel, donde estoy casado.

BASURTO. Yo sé bien cómo se llama
tu padre.

BRAHÍN. Calla ¡por Dios!,
si estimas ya mi amistad.

BASURTO. ¿Vísteme en nuestra ciudad?

BRAHÍN. Más de una vez y aun de dos.
Tu cautiverio me pesa.
¿Cómo fué?

(1) En el texto "[illegible]"
(2) En ídem, "ya".

BASURTO. Es (1) cosa muy larga.
De mi remedio te encarga.
BRAHÍN. Téngolo por fuerte empresa.
BASURTO. Verdad es, porque mi amo
me estima.
BRAHÍN. Escucha un enredo
con que libertarte puedo,
y conoce que te amo.
BASURTO. Sois los hebreos sutiles.
BRAHÍN. Di que eres hebreo.
BASURTO. ¿Yo?
BRAHÍN. Tú, pues.
BASURTO. Brahín, eso no,
que son pensamientos viles.
BRAHÍN. Pues ¿no lo sabrás fingir
por ganar tu libertad?
BASURTO. Supuesto que es liviandad
sí haré, que va el vivir.
BRAHÍN. No puede ningún hebreo
ser esclavo. Yo diré
que eres mi deudo.
BASURTO. Y yo haré
por la patria que deseo
cuanto quisieres, Brahín;
transformarme en perro, en galgo,
que, aunque he nacido hijodalgo,
seré diablo y puercoespín.
Y porque de puerco digo,
advierte que he de comer
tocino y he de beber
de aquel licor que bendigo.
BRAHÍN. Basurto, discreto eres;
procura tu libertad,
que en tu patria y tu ciudad
comerás cuanto quisieres.
Viendo Dalí que naciste
judío, te venderá
por vil precio.
BASURTO. Bien está.
(Notable enredo finge éste.) (2)
Pero cómprame y seré
tuyo hasta pagarte el precio;
que, dándome a menos precio,
entre amigos lo hallaré.
BRAHÍN. Soy contento, y serás mío
hasta que puedas pagar.
BASURTO. (¡Qué gatazo le he de dar
a este bellaco judío!

(1) En el texto, "Si es".
(2) No es consonante "éste" de "naciste"

Pero es decir mal de mí
mientras su pariente soy.)
BRAHÍN. Pues, Basurto, a hablarle voy;
mas oye, que éste es Dalí.

(*Sale* DALÍ *y el morisco que salió al principio, ya en hábito de moro, y llamado* FUQUER.)

FUQUER.
Paréceme mejor este vestido.

DALÍ.
Estás, Francisco, más galán, al doble.

FUQUER.
No me llames Francisco.

DALÍ.
No es posible
llamarte de otra suerte hasta que vayas
a la mezquita y niegues, como suelen
los cristianos, la fe que allá tomaste.

FUQUER.
Pues si yo era morisco.

DALÍ.
¿Eso qué importa,
que en efecto te dieron el bautismo?
Ve donde digo, porque juntos vamos
a la mezquita, y nuestra seta jures.

FUQUER.
Pues voy a hablar al faquí.

DALÍ.
Yo aguardo.

BRAHÍN.
Dalí, guárdete Alá.

DALÍ.
¿Qué es lo que quieres,
judío noble?

BRAHÍN.
A Jordalí, pasando
el Mesus, topé un cautivo tuyo.

DALÍ.
¿Es éste?

BRAHÍN.
El mismo.

DALÍ.
¡Buena pieza!

BRAHÍN.
¿Buena?

DALÍ.

No hay quien le sufra en casa, a todos burla,
a todos hace mal, porque el sustento
que es para todos se lo come todo,
y eso estima los palos que las voces,
y porque todos le aborrecen tanto
le quiero bien.

BRAHÍN.

Has de saber que tiene
deudo conmigo.

DALÍ.

¿Cómo?

BRAHÍN.

Lo que oyes.

DALÍ.

¿Hebreo es este mozo? ¡Alá divino!
¿Basurto hebreo? ¿Qué es lo que me dices?

BRAHÍN.

Basurto hebreo.

DALÍ.

¿Cómo le conoces?

BRAHÍN.

Si somos de una patria y de una sangre,
¿no quieres que conozca un primo mío?

DALÍ.

Ven acá, esclavo.

BASURTO.

¿Qué me quieres?

DALÍ.

Dime, ¿tú eres hebreo?

BASURTO.

Sí, señor.

DALÍ.

Pues, perro,
¿no te da vergüenza de decillo?

BASURTO.

Había
callado de vergüenza, y conocióme
Brahín.

DALÍ.

Por Alá santo que me pesa
que un hombre de tu talle y de tu ánimo
sea de aquesa gente. ¡Oh, perro, escupe!
Cierra los ojos. ¡Rabia que te acabe!
Mirad qué sin vergüenza que lo dice.

BRAHÍN.

Siendo de esta manera, ya tú sabes
que no puedes tenerle.

DALÍ.

Dime, infame,
¿el nombre de Basurto fué postizo?
¿Cómo te lo llamaste?

BASURTO.

Mis pasados
iban, señor, a la prisión del Huerto,
y aquél de quien deciendo iba delante,
y al llegar a la puerta dijo Judas:
"¿Va surto el escuadrón?" Y él respondióle:
"Va surto." Y los demás, desde este día,
le llamaron Basurto.

BRAHÍN.

¿Cuánto quieres
por lo que sabes que tener no puedes?

DALÍ.

Cien escudos no más, que ¡por Mahoma!
que si fuese cristiano que eran pocos
dos mil ducados.

BRAHÍN.

Esa bolsa lleva
cien escudos sencillos portugueses. (1)

DALÍ.

Voime por no lo ver.

*(Vase.)*

BRAHÍN.

Guárdete el Cielo.
Ya eres mi esclavo. Acude luego a casa
en tanto que del zoco doy la vuelta.

*(Váyase.)*

BASURTO.

En grande obligación, Brahín, te quedo.
Yo solicitaré los cien escudos.
¡Qué sutil invención! Pues ¡vive el Cielo!
que os he de dar tal vida, que si agora
lo que vale dos mil compráis por ciento,
que lo que vale ciento deis por uno.

*(Sale* SAAVEDRA, FÉLIX, DORANTES, LEONARDO, PEREDA, HERRERA, *con haces de leña y segures.)*

SAAVEDRA.

Hablemos aquí un poco antes que vamos
cada cual a su casa como puercos.

FÉLIX.

Temo que nos acusen.

LEONARDO.

¿Quién es éste?

(1) En el texto, "cencillos por tu Jesús."

HERRERA.

Basurto, ¿no le veis?

BASURTO.

¡Hermanos (1)
Dorantes, Félix, Saavedra, Herrera,
Pereda, Leonardo!

DORANTES.

¿Dónde bueno?

BASURTO.

De libertarme.

PEREDA.

¿Qué es lo que nos dices?
¿Vino la Redención, o han enviado
de España tu rescate?

BASURTO.

Peor que todo
cuanto me ha sucedido en esta vida.

DORANTES.

¿Hante vendido?

BASURTO.

Sí.

PEREDA.

¿Quién te ha comprado?

BASURTO.

Un judío español.

LEONARDO.

Cuéntate muerto.
Mas tú le tratarás como tú sueles.

BASURTO.

¡Vive Dios! que ha de darme por un cuarto
antes de cuatro días, porque pienso
darle humazos terribles como a diablo.

LEONARDO.

¿Con qué?

BASURTO.

Con hacer lonjas de tocino,
que yo sé un mercader que aquí las tiene.
¿Qué es esto? ¡Ay, triste!

PEREDA.

Un renegado viene.

(*Salgan todos los* MOROS *que pudieren en procesión, y detrás, si puede ser a caballo, y si no a pie, aquel* FRANCISCO *morisco, muy galán, de moro, con una flecha grande en la mano.*)

FÉLIX.

Señores, ¿qué aguardáis? ¿No veis que es
el día que reniega algún cristiano [vuestro
[de] dar mil palos a todos los cautivos?
Por ver quién es es justo que esperemos.

FUQUER.

¡Alá! ¡Ilé! ¡Alá! ¡Mahomet resule Alá!

(*Canten los* MOROS, [illegible], *las mismas palabras.*)

FÉLIX.

¿De qué tierra es este mozo? (1)
¿De qué nación?

MORO.

Morisco de Valencia.

FÉLIX.

Eso no importa nada, compañeros;
los ojos enjugad, dejad las lágrimas,
morisco es éste.

LEONARDO.

¡Oh, Cielos, alegrías!
Yo [ya] sé que en su seta viven todos
los más de aquellos reinos, pues castiga
el Santo Oficio tantos cada día.

(*Tornen a cantar la zambra y danzarla y denles entre tanto muchos palos a los cautivos con unos rebenques, con que acabe la primera Jornada.*)

---

LAS PERSONAS QUE HABLAN
EN LA SEGUNDA JORNADA

FRANCISCO *o* FUQUER
*Cuatro* MOROS, *soldados.*
*El* CAPITÁN CASTRO.
RIBALTA, *soldado.*
ZULEMA.
AMIR
*Un* PREGONERO.
LEONARDO, *cautivo.*
LUCINDA, *cautiva.*
LUIS, *muchacho.*
JUANICO, *muchacho.*
BERNARDO, *viejo cautivo.*
SAAVEDRA.
HERRERA.
BASURTO.
DORANTES.
FÉLIX.
SOLIMÁN.
[illegible]
MARCELA.
CIGALA, *mora.*
MAZOL, *moro.*

# JORNADA SEGUNDA

(FUQUER, *ya en las costas de Valencia, con cuatro* MOROS.)

FUQUER. Bien queda en este recodo
la galeota escondida.

MORO. La barca del propio modo
queda en la cala.

(1) Verso incompleto. Pudiera ser: "¡Salud, hermanos".

(1) Verso incompleto. Como la pregunta se dirige a un moro, quizá diría:
"Di, amigo: ¿de qué tierra es este mozo?"

FUQUER. No hay vida
como ésta. Miradlo todo.
Nadie parece en la playa,
desde donde el agua raya
margen en la blanda arena,
hasta donde a mano llena...
MORO. Fuego enciende tu atalaya.
FUQUER. ¡Oh, primera patria mía,
valle antiguo de Segó!
¿Quién os dijera algún día
que viniera a veros yo
sin el traje que solía?
No hay árbol aquí, no hay risco
que no conozca a Francisco
ya transformado en Fuquer,
si no es que he trocado el ser
desde ser moro a morisco.
En la ley de mis agüelos
vivo yo, Valencia hermosa:
dente (1) mis mudanzas celos,
que con mi espada famosa
te han de castigar los Cielos.
MORO. Así en las mismas entrañas
crió España a Julián.
FUQUER. Yo haré las mismas hazañas.
¿Dónde (2) fuego haciendo están?
Pienso, Tafir, que te engañas.
MORO. No me engaño, es fuego aquél;
haciéndolo está la posta.

(*En un alto, con un hacha encendida, una Atalaya.*)

ATALAYA. ¡Moros hay! ¡Moros de Argel!
FUQUER. Los jinetes de la costa
vienen a los rayos de él.
¡Por Alá que habemos sido
sentidos.
MORO. Camina al mar.

(*Salen* [illegible] *de la costa, con lanzas y adargas.*)

CASTRO. Tarde habéis, moros, venido.
¡Daos a prisión!
FUQUER. ¿Cómo dar?
¡Tente, cristiano atrevido!
CASTRO. ¡A ellos, si no se dan!
¡San Jorge, soldados míos!
RIBALTA. A la mar huyendo van.
CASTRO. Pero tú me muestras bríos.
FUQUER. ¿Quién eres?
CASTRO. El Capitán.
FUQUER. ¿Qué capitán?
CASTRO. Castro soy.
FUQUER. ¿Don Diego?
CASTRO. Sí.
FUQUER. A ti me doy.
CASTRO. Suelta la espada.
FUQUER. ¡Ay de mí!

(*Entre* RIBALTA.)

RIBALTA. Dos se han muerto y dos prendí.
FUQUER. (En grande peligro estoy.)
RIBALTA. Los demás a una barquilla
que dos peñas escondieron,
saltaron desde la orilla,
puesto que apenas movieron
de sus arenas la quilla,
como cuando sobresaltan
aquel silencio sombrío
con que los bosques se esmaltan,
desde los juncos al río
las ranas parleras saltan.
CASTRO. Aquí su arráez quedó.—
¿Quién eres, moro, en Argel?
FUQUER. No sé quién soy.
CASTRO. ¿Cómo no?
Déjale morir en él. (1)
RIBALTA. Este hombre conozco yo.—
¿Tú no eras de Faura, di?
CASTRO. ¡Habla, perro!
FUQUER. ¿Yo? ¿Qué dices?
De Argel soy y de Argel fuí.
RIBALTA. ¿Cómo la lengua desdices?
Morisco, en Faura te vi.
Francisco es tu nombre, perro;
cristiano has sido.
FUQUER. Señores,
mirad que es notable yerro.
CASTRO. Todos estos son traidores;
su vida llaman destierro.
El que se puede pasar
de Valencia a Argel se pasa;
después nos vuelve a robar,
que, como ladrón de casa,
sabe las costas del mar.
Mejor es que se dé cuenta
al Santo Oficio.
RIBALTA. Eso apruebo.
FUQUER. (Mi vida corre tormenta
en mar de peligro nuevo.

(1) En el texto [illegible]
(2) En idem, "cuando".

(1) [illegible] sentido.

Fuego el agua, el viento afrenta.)
¡Señores, doleos de mí!

RIBALTA. Tira, perro, por ahí.

FUQUER. (¡Ah, patria, justo castigo,
pues vine a ser tu enemigo
y en tus entrañas nací!)

*(Váyanse, y éntre* ZULEMA *y* AMIR.)

ZULEMA. ¿En Cerdeña fué, en efeto,
la galima, Amir amigo?

AMIR. Tal gente traigo conmigo,
que el mar me tiene respeto.
No hay, Zulema, en todo Argel
galeotas como aquéstas,
más bien armadas, más prestas.

ZULEMA. Díjome ayer Moraicel
que os habían dado caza
los Orías.

AMIR. Traen gran peso.
Que las temí te confieso,
y eran del corso la traza,
que debieran ir ligeras:
llenas de mercadurías
pierden gente y gastan días.

ZULEMA. ¡Qué bien, Amir, consideras!
Apenas se ve el extremo
del estandarte o color
del guión, cuando el mejor
pone las manos al remo.

AMIR. Allá todo es gravedad;
acá, si el mismo Rey fuera,
enojando el "ropa fuera"
dejarán la majestad.
Las obras muertas bajamos
donde hagan lastre y no impidan
para que los vientos midan
con las alas que llevamos;
tendemos para crujía
el árbol y la mesana,
con que su esperanza vana
dejemos el mismo día;
seguro estoy que podrán
a mí alcanzarme a lo menos.

ZULEMA. ¿Hay buenos esclavos?

AMIR. Buenos.

ZULEMA. ¿Dónde los tienes?

AMIR. Ya están
vendiéndolos en el zoco. (1)
Mas por aquí pasan ya.

*(Salen un* PREGONERO, *dos o tres* MOROS, BERNARDO, *viejo;* LUCINDA, *su mujer;* LUIS *y* JUANITO, *muchachos cautivos.)*

PREGON. ¿Quién da más? ¿Quién más me da?

MORO 1.º ¿Lo que os doy por él es poco?

PREGON. Ciento por el más pequeño
me dan a luego pagar.

MORO 2.º Ciento y diez os quiero dar.

MORO 1.º ¿Qué nación?

BERNARDO. Corzo y isleño.

MORO 2.º ¿Está sano este muchacho?

PREGON. Miradle.

JUANITO. ¡Ay, madre! ¿Qué es esto?

AMIR. Abre aquesa boca presto;
abre, no tengas empacho.

JUANITO. Buenas las tengo, señor;
ninguna me duele agora.

ZULEMA. ¡Bello muchacho!

JUANITO. ¡Señora!... (1)

ZULEMA. Menea esos brazos bien.

AMIR. Con vos aceto el concierto (2)
por menos que otros me den.

ZULEMA. Ciento y diez, Amir, os dan;
ciento y veinte os doy.

AMIR. Ya es [vuestro;]
ya es, que amistad os muestro.

ZULEMA. Tristes los padres están.
Niño, ven conmigo.

JUANITO. ¿Adónde?

ZULEMA. A mi casa.

JUANITO. ¡Ay, madre mía!

LUCINDA. ¡Llegó de mi muerte el día!
¡Tierra, en tu centro me esconde!
¡Hijo!

AMIR. Déjale.

LUCINDA. Señor,
dejadme el niño (3) abrazar.

JUANITO. Madre, ¿que me han de llevar?

LUCINDA. ¡Ay, hijo, extraño rigor!
Mas pues no puede ser menos,
mi Juan...

ZULEMA. ¡Oh, qué bríos! ¿Juan dijo?

LUCINDA. Mirad, mi bien, que sois hijo
de padres nobles y buenos.
Muy tierno os llevan de mí.
Abrid los ojos, amores;

---

(1) En el texto, "coso".

(1) Falta el último verso a la redondilla.
(2) Falta el verso anterior a éste.
(3) En el original,
"Señora,
dejándome el mismo abrazar."

los regalos y favores
no os muden; hacedlo ansí.

JUANITO. Sí, madre.

LUCINDA. Dad la palabra
a Dios.

JUANITO. Palabra la doy
de estar en la fe que estoy
aunque la tierra se abra.

LUCINDA. Acordaos siempre, mis ojos,
de rezar, pues lo sabéis;
que si rezáis y ofrecéis
vuestras prisiones y enojos,
[a] aquel Santo Redentor
de la Trinidad Sagrada
y de la Merced fundada
en su soberano amor,
Él abrirá con la llave
de su cruz vuestra cadena.

JUANITO. Señora, no tenga pena
si mi buen intento sabe;
que ni el regalo ni el palo
me mudarán de este intento.

LUCINDA. Hijo, aunque el castigo siento,
temo en extremo el regalo.

ZULEMA. Déjale ya, que mañana
ha de ser moro.

LUCINDA. Antes vea
su muerte.

LUIS. En lo que desea
será su esperanza vana.—
Acuérdate, dulce hermano,
de que eras cristiano allá.

JUANITO. Yo lo haré.

ZULEMA. Déjale ya.

LUIS. Pues haz, Juan, como cristiano.

JUANITO. Luis, ¿no me irás a ver?

LUIS. Sí, hermano.

ZULEMA. Suelta el muchacho.

LUCINDA. Al cielo un ángel despacho.
Mártir, Juan, habéis de ser.

JUANITO. Madre, adiós.

LUCINDA. Él te defienda
de los engaños crueles
de estos perros infieles.

BERNARDO. Paso, y ninguno te entienda,
que se vengarán en él.—
Hijo, adiós.

JUANITO. Mi padre, adiós.)

MORO 1.° ¿Ya os concertastes los dos?
Y éste, ¿cuánto piden de él?

PREGON. Por éste dan ciento y veinte.

AMIR. Ya veis que es mayor.

MORO 1.° Quisiera
a otro aunque menor fuera.

AMIR. Buscad otro que os contente,
que a fe que habéis de pasar
de ducientos.

MORO 1.° No es razón.

PREGON. Es una perla el garzón.
Dejádmele pregonar.

MORO 1.° Quedo, que estoy en concierto.
Ea, los docientos doy.

AMIR. Vuestro es.

LUIS. ¿Que vuestro soy?

MORO 1.° Sí.

LUIS. Más quisiera ser muerto.

BERNARDO. ¡Luis!

LUIS. ¡Padre de mi vida!

BERNARDO. Bendito vas.

LUIS. Voy sin vos.

BERNARDO. ¿Has de olvidarte de Dios?

LUIS. ¿Cuál hombre de Dios se olvida?
Antes veréis las estrellas
como peces en el mar,
y los delfines nadar
por donde relumbran ellas;
antes la tierra pesada
sobre la esfera del fuego,
el sol en el limbo ciego,
cuerpo y peso a lo que es nada;
antes veréis que el sol yerra
su curso...

MORO 1.° Calla, rapaz.

LUIS. En los elementos paz,
entre los humildes guerra,
que verme, padre, sin fe;
Luis soy, tengo de imitalle.

MORO 1.° Eso de Luís se calle
después que yo te compré,
y Juf y Zuf te apellida.

LUIS. No, sino Luís, señor.

MORO 1.° Con castigo y con amor
verás que el Luis se te olvida.

PREGON. ¿Queréis vos esta cristiana?

MORO 2.° ¿Por cuánto me la darán?

(*Entran* SAAVEDRA *y* HERRERA.)

SAAVEDRA. (¿Que concertados están
de verse hoy por la mañana?

HERRERA. Aquí se quieren juntar.
Félix lo ha trazado ansí.)

AMIR. Otra no tan buena di
en más precio.

MORO 2.° Esto he de dar.

AMIR. Ahora bien, la esclava es tuya.
PREGON. Del viejo ¿qué hemos de hacer?
AMIR. Pues nadie le ha de querer
por ser larga la edad suya,
en mi casa quedará
para andar una atahona.
LUCINDA. ¡Ay, mi Bernardo!
MORO 2.° Perdona,
que otro dueño tienes ya.
¿Cómo te llamas?
LUCINDA. Lucinda.
MORO 2.° Pues, Lucinda, tu marido
yo soy ya.
BERNARDO. ¡Que me divido
de ti sin que el alma rinda!
LUCINDA. ¡Adiós, mi Bernardo!
BERNARDO. ¡Adiós,
prendas por mi mal perdidas!
AMIR. Ven donde tu premio pidas.
PREGON. Bien has ganado en los dos.

(*Váyanse, y queden* SAAVEDRA *y* HERRERA, *cautivos.*)

SAAVEDRA. Si donde viene tan muerta
la cristiana religión
con alguna devoción
no resucita y dispierta,
vendráse a perder del todo.
HERRERA. Ya está Saavedra aquí.
SAAVEDRA. Esperad.

(*Sale* PEREDA *y* DORANTES.)

PEREDA. Amigos, [oí:]
hoy se ha de ordenar el modo
como mejor aliviemos
este Jueves Santo.
HERRERA. Quiere
Félix, quiera Dios no altere
a los amos que tenemos,
que se haga una procesión
famosa de disciplina.
DORANTES. No hay duda de que es divina,
más que humana inspiración,
porque haremos monumento,
y [a] mil cristianos dormidos
abriremos los oídos
con este santo instrumento.
Oirá nuestras voces Dios,
y nuestra sangre vertida
recibirá.

(BASURTO *entre.*)

BASURTO. ¡Que tal vida
Basurto pase por vos!
¿Esto se puede sufrir?
¿Soy hombre o bestia?
SAAVEDRA. ¿Qué es esto?
¿Basurto con ese gesto?
DORANTES. ¿Dónde vas?
BASURTO. Voy a morir.
Topóme el diablo, señores,
con un bellaco judío
que se hizo amigo mío
y no hay contra nos mayores;
que me compró de mi amo
fingiéndose mi pariente,
que como sabéis del amo, (1)
donde paso hambre mortal
y la desnudez que veis.
Mirad si acaso tenéis
entre todos medio real,
que estoy como el perro en fiesta
cuando el dueño no ha venido.
PEREDA. ¿Que tan mal te ha sucedido?
BASURTO. Es propia ventura aquesta
de los que son desdichados;
no hay miseria cual la mía;
como a perro, a mediodía,
me ponen agua y salvados;
y porque el sábado, que era
fiesta suya, eché en la olla,
[en] donde estaba una polla
y un pedazo de ternera,
dos deditos de tocino
rancio, que me dió un francés,
por comérmelo después
con cuatro veces de vino
que de limosna busqué
entre ciertos mercaderes,
fué mi dicha...
SAAVEDRA. ¿Llorar quieres?
BASURTO. El caldo entonces lloré,
porque dándome con ella
el traidor, ¡quién tal pensara!,
lloré el caldo por la cara
que me vertieron por ella;
mas como tan bien me olía
y tanta lengua sacaba,
lo que en la nariz topaba
en la boca lo metía.
Mas pagómelo.
DORANTES. ¿Cómo? (2)

(1) Falta un verso para la redondilla, y éste está errado.
(2) Verso incompleto.

BASURTO. Una cuerda que hallé
de [una] vihuela corté
en pedacitos pequeños
y echéselos otro día
en la olla.
HERRERA. ¿Y al sacalla?
BASURTO. Que dos mil gusanos halla
en ella se parecía,
porque ya cuerda cocida
todo parece gusanos.
DORANTES. ¿Quién duda que fué a tus manos
toda entera remitida?
BASURTO. Diómela; mas yo, fingiendo
asco, aun no quería vella,
y me forzaba a comella,
"Cómela, perro—diciendo—,
que estos gusanos que ves
te han de comer dentro vivo."
Yo decía: "¡Que a un cautivo
ponzoña y gusanos des!"
"Justicia del Cielo, perro
—el judío replicaba—;
come." Yo que no jaraba;
pero, en fin, con ella cierro, (1)
y diciendo: "Por que pierdas
el esclavo, vil hebreo,
tengo de ser el Orfeo
.............................." (2)
Y asiendo el pie de una polla,
ternera tierna y perdiz,
debajo de la nariz
me fuí metiendo la olla.
PEREDA. ¿Y a eso tan triste vienes?
BASURTO. Notables burlas le hago,
con que con esto me pago.
HERRERA. Dichosa desdicha tienes.
BASURTO. ¿A qué os juntastes aquí?
SAAVEDRA. A honrar nuestro Jueves Santo,
que queremos hacer cuanto
hacen en España.
BASURTO. ¿Ansí?
SAAVEDRA. Sí, Basurto, procesión
de disciplina ha de andar.
BASURTO. Esa podéis excusar,
pues tan ordinarias son,
y hagamos el monumento.
PEREDA. Estas que por fuerza son
no tienen la devoción
que la que ordenar intento.
Disciplinas ha de haber,
túnicas, andas y cera.
HERRERA. ¿Quién viene?

(FÉLIX *entre.*)

FÉLIX. Quien os quisiera
juntos en España ver.
SAAVEDRA. ¡Ah, Félix! Ya está trazado
el hacer la procesión.
FÉLIX. Mover vuestra devoción
es lo que tengo pensado,
y que enternezcáis los pechos
de estos fieros renegados
y algunos determinados
por ejemplo de los hechos,
que se quieren hacer moros.
¿Cómo llevaremos cera?
HERRERA. Contribuyendo cualquiera
de aquestos pobres tesoros.
Más de alguna ama sé yo
que dará dinero.
PEREDA. En todo
se buscará el mejor modo.
FÉLIX. No hay túnicas.
PEREDA. ¿Cómo no?
Aunque el jaleco se vuelva
lo de atrás para adelante.
FÉLIX. Algún paso es importante
que en lágrimas nos resuelva.
HERRERA. ¿Qué paso?
FÉLIX. La Cruz a cuestas
mueve a grande devoción,
sacando a su obstinación
lágrimas si están dispuestas.
BASURTO. Haya alguno que el Dios mío
que la Cruz ha de llevar,
cristianos os quiera dar,
que yo os prestaré un judío.
FÉLIX. ¿En qué le harás?
BASURTO. Ya está hecho.
DORANTES. ¿A tu amo?
BASURTO. El mismo es,
y aun irá sin interés,
que no está bien satisfecho.
FÉLIX. Agora bien, el guardián
viene por aquí; no es bien
que antes disciplina os den.
BASURTO. ¿Queréisme hácer sacristán
de estos pasos? Que veréis
qué andas llevaréis.

(1) En el texto, "perro".
(2) Falta un verso. Pudiera ser éste u otro parecido: "que cante con estas cuerdas".

FÉLIX. Una mañana. (1)
BASURTO. ¿Dónde?
FÉLIX. En casa de Sultana.
BASURTO. Adiós.
FÉLIX. Allá me hallaréis.

*(Váyanse, y entren* SOLIMÁN *y* AJA.)

SOLIMÁN. ¿Qué les has dado, enemiga?
AJA. Lo que Fátima me dió.
SOLIMÁN. No es posible.
AJA. ¿Cómo no?
Celia, Solimán, lo diga.
SOLIMÁN. ¿Cómo están locos los dos?
AJA. Tomaron más cantidad.
SOLIMÁN. Aja, dime la verdad.
AJA. Esta es la verdad ¡por Dios!

*(Salgan, fingiéndose locos,* MARCELA *y* LEONARDO.)

MARCELA. No hay que tratar; yo he de ser
su esposa de Solimán.
LEONARDO. Y yo soy de Aja galán.
MARCELA. ¿Quién es Aja?
LEONARDO. Es mi mujer.
MARCELA. Malos años para vos.
Aja no tendría migaja
de vos, porque yo soy Aja,
y haré rajas a los dos.
SOLIMÁN. ¡Tente, loca!
AJA. ¡Tente, loco!
MARCELA. ¡Tente tú!
LEONARDO. ¡Tú también tente!
SOLIMÁN. ¡Qué locura!
AJA. ¡Qué accidente!
MARCELA. ¡Todo es nada!
LEONARDO. ¡Todo es poco!
SOLIMÁN. ¿Sabes que soy tu señor?
MARCELA. ¿Sabes que soy reina agora?
AJA. ¿Sabes que soy tu señora?
LEONARDO. ¿Sabes que soy el mayor
de cuantos reyes han dado
ley al mundo?
SOLIMÁN. Las prisiones
te harán cuerda.
MARCELA. Si me pones
de hierro un monte labrado,
no es peso para mis pies,
que soy espíritu.
AJA. Esclavo,
¿sabes que el loco más bravo
por la peña no lo es?

(1) Verso largo. Todo este pasaje está muy viciado.

LEONARDO. ¿Sabes como no hay más pena
que la que tengo en el alma?
Apretó Amor con la palma
y está la madera llena.
¡Viva España!
MARCELA. ¡Viva España!
SOLIMÁN. Locos nos han de volver.
MARCELA. Aún no debéis de saber
en qué pára la maraña;
pues sabed que hay encubierta
una cosa contra vos
que la trazamos los dos.
AJA. (¡Triste, mi desdicha es cierta!
Ésta debe de querer
decir que a Leonardo quiere.)
SOLIMÁN. (Que por su hermosura muere
hoy le dice a mi mujer.)
¿Oyes, Aja?
AJA. ¿Qué me quieres?
Éstos son locos; no obligan
a crédito en cuanto digan.
SOLIMÁN. Así es verdad, cuerda eres;
que quien no tiene sentido
como el reloj siempre está,
que no entiende lo que da.
LEONARDO. (Cuerda la invención ha sido.)
SOLIMÁN. Ea, Leonardo, hoy has de ir
al monte a hacer leña.
LEONARDO. Bien;
haced que presto me den
esa bestia en que salir;
que he de traer seis encinas
para quemaros.
SOLIMÁN. ¿A mí?
LEONARDO. Pues ¿a quién mejor que a ti?
SOLIMÁN. ¿No adviertes que desatinas?—
Aja, gran mal me has causado;
los dos esclavos mejores
he perdido.
AJA. Estos rigores
de la fuerza han resultado;
principios son, no te espantes;
vamos, pasará el furor.
SOLIMÁN. ¡Qué mal se conquista amor
con violencias semejantes!
Amor de blandura nace,
de regalo y de amistad,
que es libre la voluntad
y vive en la ley que hace.
Cuéntalos ya por perdidos.
AJA. Déjalos estar un poco.

SOLIMÁN. Tarde o nunca vuelve un loco,
Aja, a cobrar los sentidos.

(*Vánse* AJA *y* SOLIMÁN.)

LEONARDO. ¿Quién eres tú?
MARCELA. ¿Quién? Yo soy
la reina de Trapisonda.
LEONARDO. Da una vuelta a la redonda.
MARCELA. Digo que una vuelta doy.
LEONARDO. Es verdad, la reina eres;
mas ¿quién dirás que soy yo?
MARCELA. El primer sabio que [dió]
por las murallas de Amberes.
LEONARDO. ¡Pardiez, no me has conocido!
Como vengo disfrazado...
MARCELA. ¿Quién eres?
LEONARDO. Antón Pintado.
MARCELA. Cobra, mi bien, el sentido.
LEONARDO. Sí haré, pues a verte llego,
y tales mis llamas son,
que ya soy pintado Antón
por las que traigo de fuego.
¿Cómo, mis ojos, te ha ido
con la bebida cruel?
MARCELA. El antídoto fiel
único remedio ha sido.
Como aquel agua bebí,
que el unicornio ha templado,
la ponzoña que me ha dado
fué epítima para mí.
LEONARDO. Lo mismo me ha sucedido,
que aquella vara divina
que revolvió la piscina:
toda mi salud ha sido.
Yo fuí el pobre, el ángel fué
Félix, la vara el madero,
leña de Isaac el cordero
que sobre el monte se ve,
tan firme, que vendrá día
en que nos den libertad.
MARCELA. ¿Qué soy de tu voluntad?
LEONARDO. El dueño.
MARCELA. Tú de la mia.
LEONARDO. Muero por darte un abrazo.
MARCELA. Ya espero que tengas vida.

(*Abrácela.* SOLIMÁN *entre.*)

SOLIMÁN. ¿Qué es esto?
LEONARDO. ¡Suelta, atrevida!
MARCELA. ¿Cómo?
LEONARDO. (Hanos visto el perrazo.)
Dice ésta, y son embelecos, (1)
que es la reina de Marruecos.
SOLIMÁN. Sí puede, por hermosura.
MARCELA. Pues ¿qué tengo yo de hacer
si él dice en esta ocasión
que es él un pintado Antón?
LEONARDO. Le hago.
MARCELA. No puede ser,
que entonces fué desatino,
porque para ser Antón (2)
os faltaba este cochino.
SOLIMÁN. ¿Cuál decís?
MARCELA. ¿Luego no os vais?
Pues dad una vuelta en cerco,
que vos mismo sois el puerco,
por más que no le comáis;
y es linda transformación,
si bien lo consideráis,
que siendo perro os volváis
en puerco de San Antón.
SOLIMÁN. Bella esclava, hermosos ojos;
que agora tenéis en calma
la mejor parte del alma
sólo para darme enojos,
¿qué cruel estrella mía
os quitó el entendimiento?
¿Quién de tan rico aposento
osó desterrar el día?
¿Quién puso en este tesoro
un encanto semejante?
¿Quién desengastó el diamante
de tales esmaltes y oro?
Tiros y vaina bordada
sin espada parecéis,
que a nadie servir podéis
mientras os falta la espada.
Fuerte consejo me dió
Aja, mi loca mujer.
Lo que yo pensaba hacer
con su invención me estorbó;
que con dos falsos testigos
y con menos pesadumbre,
como es en Argel costumbre
jurar criados o amigos,
que me dijiste probara
que queríades ser mora,
y lo fuérades agora
y yo con vos me casara;
mas ya ¿cómo puede ser?

---

(1) Falta un verso antes de este.
(2) Falta otro verso para la redondilla.

LEONARDO. ¡Hola, galgo! No te entones,
ni digas esas razones
a la reina mi mujer;
que cuando le levantaras
ese falso testimonio,
[e] inducido del demonio
a renegar la llevaras,
yo con mi ejército fuera
y la mezquita abrasara,
a la cristiana cobrara
y a las ancas la subiera
de mi caballo Hipogrifo
y la llevara a París.
SOLIMÁN. ¡Perdido está!
LEONARDO. ¿Qué decís?
MARCELA. Que soy sierpe.
LEONARDO. Yo soy grifo.
MARCELA. Cierra con él.
SOLIMÁN. Quedo, esclavos,
que os haré echar en prisión.
LEONARDO. ¡Oh, qué linda colación,
que no se me da dos clavos!
SOLIMÁN. (Quiero dejarlos un poco,
que debe de ser temprano.)

(*Vase* SOLIMÁN.)

LEONARDO. Prisiones al viento vano
es ponérselas a un loco.
La mayor prisión del mundo
es la de la voluntad.
MARCELA. Decís, Leonardo, verdad;
en la que tengo me fundo.
LEONARDO. El mayor rey es Amor.
MARCELA. La suya ¿es fuerza o es ley?
LEONARDO. No lo sé, mas sé que es rey.
MARCELA. No es rey.
LEONARDO. Pues ¿qué es?
MARCELA. Atambor.
LEONARDO. ¿Qué dices?
MARCELA. Lo que has oido.
LEONARDO. ¿Cómo pruebas que es verdad?
MARCELA. Porque es todo vanidad
y hace notable ruido.
LEONARDO. Bien dices, que el atambor
está vacío de dentro,
y infama y toca en el centro
de la hacienda, del honor;
mas déjate de locuras
y háblame, mi bien, de veras.
MARCELA. ¿Qué veras, Leonardo, esperas
de este mi amor más seguras?
Esclava, libre, en prisión,
o en la patria aquí en Argel,
o en España, soy de aquel
que me cuesta estas prisiones. (1)
En estos brazos descanso;
este es mi centro, mi bien.

(*Entre* AJA.)

AJA. (Si estará ya su desdén
llorado, templado y manso.)
¿Qué es ésto, perros?
LEONARDO. Desata
el lazo, Marcela mía.
AJA. ¿Tú eres la loca? Desvía.
MARCELA. ¡Oh, qué graciosa beata!
¿Sabéis vos lo que buscaba
en este hombre?
AJA. Lo que yo
jamás hallé.
MARCELA. ¿Por qué no?
AJA. Porque en ti, Marcela, estaba.
MARCELA. ¿Qué buscáis?
AJA. La voluntad.
LEONARDO. La voluntad ya se fué.
AJA. Mi bien, ¿dónde la hallaré?
LEONARDO. ¿Queréisla hallar?
AJA. Sí.
LEONARDO. Escuchad.
AJA. Haz verdadero el retrato,
cristal, pues eres mi espejo.
LEONARDO. En la cocina la dejo
colgada de un garabato.
AJA. ¡Ay, loco del alma mía,
si loca te conquistase,
no dudes de que intentase
esta cautiva este día!
¿Quién me dió tan mal consejo
que tal veneno te he dado?
Si yo la vena he quebrado,
¿por qué del cristal me quejo?
Mas si cuerdo me aborreces,
¿cómo no me quieres loco?
¿Dudas lo mucho y lo poco?
¿Tienes el rigor que a veces? (2)
Si ya no tienes sentido,
o el que tuviste a lo menos,
¿cómo están los tuyos llenos
de mi desdén y tu olvido?
Si la memoria no mengua,
¿cómo el seso, que es ser loco?

(1) "Prisiones" no consuena con "prisión" ni es la voz propia.
(2) En el texto, "otra vez".

MARCELA. ¡Hola, galga; poco a poco,
que os haré cortar la lengua!
¿Sabéis que no habéis de hablar
en cosas que a mí me ofenda?
AJA. Pues ¿quién es éste?
MARCELA. Una prenda
que os quiso el Cielo empeñar;
guardalda y no os sirváis de ella,
pues la tenéis empeñada;
que si vuelve maltratada
no os darán un cuarto de ella.
AJA. Ahora bien, ningún provecho
se saca de que estéis juntos,
que crece el rigor por puntos
de que mis celos le han hecho.
Vete, Leonardo, de aquí.
LEONARDO. Vete tú, Marcela.
MARCELA. Quiero
que éste se vaya primero.
LEONARDO. Luego ¿tienes celos?
MARCELA. Sí.
AJA. Lo que cuerda me negaba
ya me lo confiesa loca.
MARCELA. Es blando el Amor de boca,
y si le corréis...
AJA. Acaba.
MARCELA. Vete, Leonardo.
LEONARDO. Por ti
yo me iré.
MARCELA. Pues yo también.
LEONARDO. Adiós, loca.
MARCELA. Adiós, mi bien.
AJA. ¡Por Alá que he de venderos
por un real al redentor!
De celos es hijo (1) Amor.
¡Fuego, y qué padres tan fieros!

*(Vanse, y entren con coronas o disciplinas y luces los* CAUTIVOS *que puedan, y* BASURTO *con un báculo.)*

BASURTO. Ténganse los de adelante
y esto vaya como ha de ir;
la orden se ha de seguir;
poco a poco, Bustamante;
llevad de espacio el pendón;
no venga tan presto el paso.

*(*AMIR *y* ZULEMA.*)*

ZULEMA. Digo que es notable caso.
AMIR. Y ¿qué es ésto?
ZULEMA. Procesión.
Úsase esto en su tierra,
y que llaman Viernes Santo.
BASURTO. Ya digo que no anden tanto.

*(Entre* DALÍ.*)*

DALÍ. ¿Qué es esto, canalla perra?
SAAVEDRA. Quedo; nuestro amo ha venido.
DALÍ. ¿Quién fué de esto el inventor?
Hablad presto.
FÉLIX. Yo, señor.
DALÍ. ¿Tú, perro?
FÉLIX. Yo he sido.
DALÍ. ¿Por qué mandas azotar
mis esclavos? ¿Qué te han hecho?
FÉLIX. Bien estarás satisfecho
que no lo puedo mandar;
rogar sí, y si se azotan
porque yo se lo he rogado...
DALÍ. Y esto, perro, ¿no es pecado?
¿No ves que a Argel alborotan
y que pueden enfermar
de la sangre que han vertido?
¿Hombre cristiano ha podido
mis esclavos castigar?
FÉLIX. Esta es una imitación
de lo que en España hacemos
cuando celebrar queremos
de nuestro Dios la Pasión.

*(*MOROS *con alabardas,* CIGALA *y* MASOL.*)*

CIGALA.
¡Alá te guarde!

DALÍ.
Capitán, ¿qué queréis
con guardas en mi casa?

CIGALA.
Dalí, escucha.

DALÍ.
¿Quién os envía?

MASOL.
El Rey.

DALÍ.
¿El Rey? ¿Qué quiere?

CIGALA.
¿Conociste a Francisco, aquel morisco
que se volvió a la seta de sus padres
y se llamó Fuquer?

DALÍ.
Bien le conozco,

(1) En el texto, "rudo".

si yo le truje y la tomó a mi ruego
y vuelve con mi gente y galeotas
a las playas y costas de Valencia...

MASOL.

Pues sabe que es perdido.

DALÍ.

¿Qué me cuentas?

MASOL.

Perdióse entre las guardas de la costa
y, siendo conocido de un cristiano,
fué llevado a la cárcel, que en España
le llaman el Santo Oficio, donde en breve
fué quemado en un palo. Al Rey lo escribe
una espía que vive en Alicante.
El Rey está informado que en tu casa
tienes un sacerdote valenciano
de la Cruz de Montesa, y éste pide
para quemarle vivo por venganza.

DALÍ.

¿Quién es de mis esclavos sacerdote?

FÉLIX.

Yo lo soy.

DALÍ.

¿Que es de la Cruz que aquéste dice?

FÉLIX.

Debajo del alquicel la traigo siempre.
Vesla aquí en el jaleco.

DALÍ.

Pues llevadle.

FÉLIX.

Señor, ¿que tal ha sido mi ventura?
¡Oh, qué bueno que voy para imitaros!
Dadme, moros, el palo y llevaréle
sobre los hombros ya que me habéis dado
estos azotes.

CIGALA.

Si llevarle quieres
yo te daré ese gusto.

FÉLIX.

Adiós, cristianos.—
Amigo Saavedra, adiós.

SAAVEDRA.

No puedo
responderte de lágrimas.

FÉLIX.

Pereda,
quedaos con Dios.—Adiós, Herrera amigo.
Todos me encomienden a Dios, y luego
los pobres vestidillos que tenía
daréis, por Dios, a los cautivos pobres.

DORANTES.

Yo haré lo que mandas. Dios te quiere.

FÉLIX.

Basurto, adiós.

MASOL.

Acaba ya, perrazo.

ZULEMA.

Vámoslo a ver.

DALÍ.

Yo voy a ver su muerte
para vengarme de lo que he perdido.

CIGALA.

El Rey quiere pagarte lo que vale.

DALÍ.

¡Ay, mi amigo Fuquer!

SAAVEDRA.

Vamos, amigos,
a llorar esta pérdida notable.

BASURTO.

El paso que faltaba al fin se ha hecho.

PEREDA.

Sí, pues imita al sumo sacerdote
aqueste sacerdote valenciano.

HERRERA.

¡Padre perdemos!

DORANTES.

¡Dios nos dé consuelo!

SAAVEDRA.

Hoy hay correo de la tierra al cielo.

(*Entrense, y salga* JUANICO, *vestido de moro, y diga:*)

JUANICO. Agora sí estoy contento,
bien vestido y regalado;
basta lo que he porfiado,
pues era imposible intento.
Dió Zulema en azotarme,
hízome por fuerza moro;
verdad es que a Dios adoro,

de quien no puedo olvidarme.
Pero ¿cómo he de sufrir
tanto castigo tan tierno?
Mas si he de ir al infierno
cuando me venga a morir,
creo que fuera mejor
dejarme matar del moro.
Mas ¡qué lindo es este oro,
qué rica tela y labor!
Mas no quiero detenerme,
que hoy empalan a un cautivo
y querría verle vivo.

*(Su hermano* LUIS *entre.)*

LUIS. Por aquí pienso esconderme
hasta que pasar le vea.
Aquí hay un muchacho moro,
él me dirá de quien lloro
y verle también desea.—
Niño, que te guarde Alá.
Mas ¡ay, Dios! ¿Qué es lo que he [visto?
Juanico, ¿dejaste a Cristo?

JUANICO. Lüisico, ven acá.
¿Cómo, Luisico, te ha ido?

LUIS. ¡Qué ropas son éstas, di?

JUANICO. Mi Fendo me puso ansí,
que me tiene mucho amor.

LUIS. ¡Quítate, perro, desvía;
no me toques!

JUANICO. ¿Por qué, hermano?
¿Piensas que no soy cristiano
y adoro en Cristo y María?

LUIS. ¡Traidor, los más renegados
estáis en ese loco temor!
¿Morir no fuera mejor?
¡Ay, mis padres desdichados!
¿qué harán cuando así te vean?

JUANICO. Pues, dime, ¿no se holgarán
de verme andar tan galán?

LUIS. Desnudo verte desean,
¡traidor!, y puesto en un palo
como al sacerdote de hoy.

JUANICO. Yo, Luisico, bueno soy;
el vestido ha sido el malo.

LUIS. Si no viera tu inocencia
y que hablas con ignorancia,
firme estaba en mi presencia;
trocárase en ese fin
de Abel la sangre fiel,
que no fuera el justo Abel
y diera muerte a Caín;
que puesto que eres menor
y ser Abel te tocaba,
ya eras Caín.

JUANICO. No pensaba
que esto fué tan grande error;
antes, hermano, quería,
para que madre me viera,
buscarla en saliendo afuera.

LUIS. No le des tan triste día.
Desnúdate ese vestido
que te ha puesto Satanás.

JUANICO. No pienso vestirle más.
Perdón, hermano, te pido.

LUIS. Desnuda, desnuda presto.

JUANICO. Quítale, llévale allá,
si en este vestido está
la desdicha en que me han puesto.

LUIS. Quita apriesa.

JUANICO. Ya no hay más.

LUIS. ¿Y por fuerza te hizo moro?

JUANICO. ¿Estoy mejor sin el oro?

LUIS. ¡Cuán mejor desnudo estás!

JUANICO. Adiós, mi querido hermano. (1)

LUIS. Advierte que eras cristiano.

*(Váyase* LUIS *con los vestidos, y entre* ZULEMA.)

ZULEMA. ¡Qué bien en éstos se emplea
castigos de tal rigor!
¿Qué es esto, (2) ay de mí?
¿Qué niño es el que está aquí?

JUANICO. Tu Juanico soy, señor.

ZULEMA. ¿Mi esclavo?

JUANICO. Pues ¿no me ve?

ZULEMA. ¿Quién te ha puesto de esta suerte?

JUANICO. Pues escapé de la muerte,
no poca ventura fué.
Un cristiano me ha robado
y me ha querido matar.

ZULEMA. Pues ¿cómo tuvo lugar?

JUANICO. Un lienzo me tuvo atado
para que no diese voces.

ZULEMA. ¿Conocerásle?

JUANICO. Muy bien.

ZULEMA. Conmigo a los baños ven,
veamos si le conoces.—
¡Perro! Por Alá supremo
que ha de morir si es de moro,

---

(1) Falta un verso antes de éste.

(2) Probablemente este pasaje se escribiría así:

"¿Qué es esto?
JUANICO. ¡Mi perro! ¡Ay de mí!"

aunque valiese un tesoro,
y si del Rey, irá al remo.

JUANICO. Cristo, mi Rey soberano,
yo os adoro y reconozco.

ZULEMA. ¿Qué dices?

JUANICO. Que le conozco
como [a] Luisico mi hermano.

---

LAS PERSONAS QUE HABLAN
EN LA TERCERA JORNADA

| | |
|---|---|
| PEREDA. | LEONARDO. |
| HERRERA. | AJA. |
| DORANTES. | AMIR. |
| SAAVEDRA. | ZULEMA. |
| FÉLIX. | LUCINDA. |
| BRAHÍN. | LUISICO. |
| BASURTO. | DALÍ. |
| SOLIMÁN. | *Una* GUARDA. |
| FÁTIMA. | *El* REY DE ARGEL. |
| MARCELA. | [*Unos* MORILLOS.] |

## JORNADA TERCERA

(*Entre* PEREDA, HERRERA *y* DORANTES, *y unos* MORILLOS *tras ellos.*)

PEREDA.

¿Queréis dejarme, perros enemigos?

DORANTES.

¿Queréis dejarnos, vil canalla [infame?] (1)

HERRERA.

Siempre os halláis en nuestro mal testigos.

MORILLOS.

Rey Helipe morir, no rescatar,
no fugir; acá morir, acá morir.

PEREDA.

Murió, perros, aquel que es bien que llame
prudente el mundo y Salomón cristiano,
por quien España lágrimas derrame;
pero vive su hijo, en cuya mano
quedó la misma España vencedora
del rebelde Flamenco y Africano.

MORILLOS.

Rey Helipe morir, no rescatar,
no fugir; acá morir, acá morir.

DORANTES.

Murió aquel sol que ya los Cielos dora;
pero dejó por su lugarteniente
otro Felipe, a quien España adora;
Presto, perros, veréis la tierna frente
del laurel Africano coronada
sobre el cristal del húmido tridente.

MORILLOS.

Rey Helipe morir, no rescatar,
no fugir; acá morir, acá morir.

HERRERA.

Viva quedó la morisma espada (1)
de Carlos Quinto, que a sus plantas tuvo
la rica Túnez. Con gloriosa armada
de estas murallas a la vista estuvo,
y si no las tomó fué porque el viento
de tantas glorias envidioso anduvo;
que a no forzarle todo un elemento,
contra quien no hay valor, el fuerte hado
derribara por tierra el fundamento.

PEREDA.

Pues si os pensáis arrepentir a todo (2)
y a los muchachos respondéis en seso,
les daréis ocasión.

HERRERA.

Pereda hermano,
que no puedo sufrillos os confieso.

(*Entre* SAAVEDRA.)

SAAVEDRA.

¿Qué corazón, qué sufrimiento humano
podrá tener en tanto mal paciencia?
¿Qué pecho habrá con alma de cristiano?

DORANTES.

¿Qué es eso, Saavedra?

SAAVEDRA.

La violencia
de aquesta fiera cueva de ladrones.

PEREDA.

Mas ¿que han ejecutado la sentencia?

SAAVEDRA.

Españoles, cristianos corazones,
que gozáis libertad en vuestras tierras,
libres de ver tan ásperas prisiones,
pues no os tocan las lágrimas, las guerras,
la hambre y sed que aquí el cautivo pasa
en estas de piedad desiertas sierras;

---

(1) Este verso dice en el texto:
"¿Queréis dejarnos, perros, vil canalla?"

(1) Verso sin sentido y corto.

(2) Faltan versos antes de éste, [illegible] el sentido y la rima.

cuando llegare alguno a vuestra casa
a pediros limosna de cautivos
cristianos, no la deis con mano escasa.

PEREDA.

¿Qué han hecho estos alarbes vengativos
en nuestro Félix, Saavedra?

SAAVEDRA.

Intento
deciros sus martirios excesivos.
y enlázame la lengua el sentimiento,
que me baña, cual veis, en tierno llanto.

HERRERA.

Sosiega, di el suceso.

SAAVEDRA.

Estáme atento,
si la piedad del alma puede tanto.

Viendo los moros de Argel
que en España el Santo Oficio
de los Católicos Reyes,
intento heroico y divino,
había puesto en un palo
al valenciano morisco
porque renegó la fe
que recibió en el Bautismo,
movidos de sentimiento,
y de venganza movidos,
buscaron un español
que fuese de aquel distrito,
y hallaron al santo Félix,
que a su propósito vino.
Caballero valenciano,
Castelví por apellido,
del hábito de Montesa;
padre, hermano, amparo, abrigo
de los cautivos de Argel,
todos lo sabéis, cautivos.
Éste, que habiéndole dado
sus deudos y sus amigos
cuatro veces el rescate
nunca rescatarse quiso,
y si no de aquel dinero
iba rescatando niños,
y son los que de perderse
tienen, como Luis, peligro;
éste, que nos confesaba,
y donde siempre tuvimos
reprensiones y consejos,
católicos exorcismos;
éste, que se desnudaba
para darnos su vestido;
éste, que era fiel retrato
de un Leonardo, de un Paulino,
lleváronle, al fin, al Rey,
y azotado, porque a Cristo
en todo imitase Félix,
que en todo imitarle quiso,
atan; como otro Pilato
a Félix dió por Francisco,
por el morisco al cristiano,
por el lobo al corderillo,
por el ladrón al fiel,
por el comprado el vendido,
por el infame el honrado
y por el traidor el limpio.
Hicieron un palo agudo
¡ah, triste!, labrando un pino,
porque sirviese de leño
al nuevo sacerdote ofrecido; (1)
y, en viéndole, dijo: "Moros,
por última vez os pido
que me lo dejéis llevar
al altar del sacrificio."
De buena gana le dieron,
que una burra habían traído,
a quien quitaron el palo
por hacer lo que les dijo.
Besólo, y con mil abrazos
y amores enternecido,
le puso al hombro y tomó
de aquesta puerta el camino,
donde, habiéndole fijado
entre dos ásperos riscos,
no le clavaron en él,
como su costumbre ha sido,
sino atándole no más;
tomó un alarbe atrevido
el jaleco donde estaba
la roja cruz... No prosigo
de dolor, que ya no puedo.

PEREDA. Ni quien te escucha sufrillo.

SAAVEDRA. Miró, en efeto, la cruz,
y queriendo el enemigo
hacer la misma en el pecho
que adoraba en el vestido,
otra le hizo (¡ay de mí,
piedra soy, pues esto os digo!)
con un cuchillo afilado,
que fué pincel el cuchillo.
La sangre dió la color,

(1) Verso largo y con obscuro sentido.

la tabla el pecho bendito,
y así, en cruz, quedó en él
de esmalte rojo encendido.
Si le queréis ver, miralde
al sacerdote divino,
ofreciendo a Cristo el alma,
que es hostia del sacrificio.

*(Descúbrase una pintura de lienzo y un risco; se vea el palo en que esté puesto* FÉLIX *descubierto el pecho, y en él hecha la cruz de Montesa con sangre, y diga elevado:)*

FÉLIX.

A vos ¡oh, Sacerdote soberano!,
que al Padre en el altar de aquel madero
os ofreciste, cándido cordero,
por el remedio del linaje humano;
yo, indigno sacerdote valenciano,
de la cruz de Montesa caballero,
mi sangre ofrezco y confesando muero
el santo nombre militar cristiano.
Quisiera yo imitar esas guirnaldas
de espinas y esa cruz; mas no me han hecho
dignas de tales palmas y esmeraldas.
Pero voy de una cosa satisfecho;
que si no la merezco en las espaldas,
ya muero en cruz, pues que la llevo al pecho.

SAAVEDRA. ¡Félix santo, allá te acuerda
de estos cautivos.

FÉLIX. ¡Oh, amigos,
...............sean testigos (1)
sí lo haré luego que os pierda.
Vivid bien, ninguno yerre,
ninguno niegue al buen Dios.

SAAVEDRA. Teniendo tal padre en vos,
que nuestras causas procura, (2)
ninguno hará tal.

FÉLIX. Pues, hijos,
yo salgo de Argel también,
que voy a Jerusalén
con eternos regocijos.
Uno de la Trinidad
me rescató, ya me voy;
con fe y esperanza estoy
de ver mi Patria.

SAAVEDRA. Llorad,
llorad, cautivos, el día
de vuestro mayor dolor.

FÉLIX. En vuestras manos, Señor,
encomiendo el alma mía.

(1) Falta el principio de este verso.
(2) "Procura" no es consonante de "yerre"

PEREDA. ¡Ya expiró! Cubrid al punto
este espectáculo triste.

HERRERA. ¡Dichoso tú que naciste
como otro fénix, difunto!
¡Qué envidia a todos nos das
y qué gloria a tu Valencia!

DORANTES. Lloremos tu eterna ausencia;
pero cantémosla más,
y quedad con Dios, hermanos,
no me echen menos.

*(Váyase* DORANTES.*)*

SAAVEDRA. Adiós.

PEREDA. Vámonos también los dos,
que nuestros dueños tiranos
nos habrán buscado, Herrera.

HERRERA. Adiós, Saavedra amigo.
¡Qué envidia llevo conmigo
del mártir que el Cielo espera!

*(Váyanse* PEREDA *y* HERRERA. SAAVEDRA, *solo, diga:)*

SAAVEDRA.

Si llegase, Felipe, a tus oídos
de veras nuestro llanto lastimoso,
y si tu augusto corazón piadoso
moviese el ¡ay! de tantos afligidos.
Si de tu sol los rayos encendidos
tocasen este limbo temeroso
y el ceptro de tu brazo poderoso
fulminase estos bárbaros vencidos.
Si a un risco a las cadenas prometeas
estos ladrones de la mar atases,
sus viles naos fuesen las de Eneas.
Si a sus lunas tus cruces enseñases,
¿quién duda, pues de Europa te laureas,
que Africano Felipe te llamases?

*(*BASURTO *entre, y* BRAHÍN, *hebreo, con un palo.)*

BASURTO. No pongas en mí la mano,
Brahín; detenla y detente,
que no es bien que tan vil gente
la ponga en ningún cristiano.
¡Por aquel (1) Dios que tu agüelo
puso en la cruz...!

BRAHÍN. ¡Vil cautivo,
hoy de quien soy te apercibo
para que entiendas mi celo!
No soy de capote humilde,
caballero hebreo soy.

SAAVEDRA. ¿Qué es eso, Brahín?

BRAHÍN. Estoy...

(1) En el texto, "el"; pero el verso queda corto.

SAAVEDRA. ¿Qué estáis? No le deis, reñilde,
que basta que le riñáis,
pues no es vuestro, y aunque fuera
vuestro, ninguno os sufriera
la vida que vos le dais.

BRAHÍN. ¿Juntaisos a darme muerte,
perros?

SAAVEDRA. Yo no os hago mal;
pero no es castigo igual
a un hombre de vuestra suerte.

BRAHÍN. ¿Sabéis lo que ha hecho?

SAAVEDRA. No;
pero sé que está empeñado
en cien escudos.

BASURTO. No he dado
causa.

BRAHÍN. Mil causas me dió.
Cuanto a lo primero, en casa
no hay quien pueda ya comer.

BASURTO. ¿Qué puede un esclavo hacer
que tal hambre en ella pasa?

BRAHÍN. Echa tocino en la olla
por comérsela después;
no he gozado en todo un mes
pichón, palomino o polla;
huevo no hay tratar, si fuera
para nuestras medicinas,
que pienso que mis gallinas
ponen en su faltriquera.
Ayer tenía un conejo,
que es por lo que me he enojado,
y el perro un gato ha buscado
casi del mismo pellejo,
y éste me ha dado a comer
y el conejo se ha comido.

SAAVEDRA. ¿Haslo hecho?

BASURTO. Halo fingido.

SAAVEDRA. Créolo, no puede ser.—
¿Para qué le levantáis
testimonios?

BRAHÍN. Bien ¡por Dios!
Bueno me pondréis los dos
si a darme pena os juntáis.
Di, perro, ¿quién derritió
aquellos panes de cera
por debajo, de manera
que entre el pan se quedó
hasta que lo eché de ver?

BASURTO. ¿Yo [illegible]

BRAHÍN. Pues ¿quién ha sido?

BASURTO. Ni aun la tengo en el oído,
que Ulises quisiera ser
para sirena tan fiera.

BRAHÍN. Perro, de lo que has hurtado
¿cómo no te has rescatado?

SAAVEDRA. No le habléis de esa manera,
que es Basurto hombre de bien
y os ha de matar un día.

BRAHÍN. Esa amenaza es muy fría
y ese remedio también;
no, aunque soy español
como ellos, y que mi hacienda
pondría a sus intentos rienda
antes que hoy se ponga el sol. (1)

SAAVEDRA. ¿Qué harás?

BRAHÍN. Luego lo verán.

BASURTO. Ansí, pues, espera.

BRAHÍN. Di.

BASURTO. Hoy seré moro.

BRAHÍN. ¿Tú?

BASURTO. Sí.

BRAHÍN. Y tus deudos ¿qué dirán?

BASURTO. Digan, lloren, desatinen;
moro he de ser sólo a efeto
de ponerte en tanto aprieto
que tus casas se arrüinen,
que tu dinero se gaste,
que tu crédito se pierda.

BRAHÍN. De tus cosas se me acuerda
y que siempre me engañaste.
¿Miedo me querías poner?
Ve, perro, que no lo harás.

BASURTO. ¿No, Brahín? Hoy lo verás.

BRAHÍN. Pues ¡sus! hoy lo quiero ver.

BASURTO. ¡Vive Dios, que te he de dar
dos mil palos cada día!

BRAHÍN. ¿Hablas de veras?

BASURTO. Desvía,
que hoy tengo de renegar.

*(Vayase BRAHÍN.)*

SAAVEDRA. ¡Jesús, Basurto! ¿Qué dices?

BASURTO. Pues, hermano, ¿qué he de hacer
viéndome en este poder?
No hay de que te escandalices. (2)
Libraréme de vivir
con tanta necesidad.

SAAVEDRA. ¡Qué buen ejemplo, en verdad,
del que acaba de morir!
¿Eso Félix te imprimió?

(1) Este pasaje no tiene sentido, pero así está en el original.

(2) En el texto, "escandalizar".

¿Eso su sangre este día
en tu alma ¡ah, piedra fría!,
Basurto amigo, escribió?
¿No le viste en aquel palo
morir confesando a Cristo?

BASURTO. Saavedra, ya le he visto;
a un mártir santo le igualo;
yo nunca tan bueno fuí
que eso merezca del Cielo;
Dios conocerá mi celo
y se dolerá de mí,
porque yo en el corazón
tendré su nombre y su fe.

SAAVEDRA. ¡Oh, cuánto ese engaño fué
causa de gran perdición!
¡Oh, cuántos hoy en Argel
que habiendo a Dios renegado,
porque en el alma han guardado
alguna memoria de Él,
porque le creen y adoraron
dentro de su corazón,
porque esperan ocasión,
porque en secreto la hallaron,
piensan que se han de salvar
y que se irán algún día
a España!

BASURTO. ¿Y ser no podría?

SAAVEDRA. ¡Oh, cómo sabe enlazar
aquí el demonio las almas!
¡Triste de ti y de los tales
que de esperanzas iguales
sembráis (1) aquí ingratas palmas!

BASURTO. ¿Es mejor desconfiar?

SAAVEDRA. No, Basurto. Pero di:
los que renegáis aquí,
¿cómo os pretendéis salvar?
Luego os casáis; luego amáis
la mujer; luego la hacienda,
que más que el alma estimáis;
luego decís: "Si me voy
a España, seré afrentado;
llamaránme el renegado,
afrenta a mis deudos soy;
nadie querrá andar conmigo;
pues mis hijos ¿qué han de hacer
sin mí, y mi amada mujer,
la hacienda, el gusto, el amigo,
la libertad, el mandar,
que allá todo es sujeción?"
Y entre aquesta dilación
suele la muerte llegar
y llévanse los demonios
el alma que a Dios negó;
porque ese apóstol nos dió
evidentes testimonios,
porque era muerta la fe
donde no hay obras, Basurto.

BASURTO. ¿Qué he de hacer si cuanto hurto
de éste que de aquí se fué,
y cuanto con mil engaños
como a cristianos no llega
a mi rescate?

SAAVEDRA. Eso ciega
tus ojos a tantos daños.
Ya vendrá la Redención
y cien ducados yo haré
que el mismo día los dé.

BASURTO. Tenga hora cual confusión. (1)

SAAVEDRA. ¿Qué confusión?

BASURTO. Di a entender
a unos cautivos que había
un barco y nos llevaría
a España.

SAAVEDRA. ¿Sabéislo hacer?

BASURTO. No era con esa intención.

SAAVEDRA. ¿Pues?

BASURTO. El coger el dinero,
y hoy, Saavedra, los espero.

SAAVEDRA. Esa es poca confusión.

BASURTO. Pues ¿cómo no, si me han dado
para clavos, lienzo, estopas,
brea y madera sus ropas
y el dinero que han ganado?

SAAVEDRA. Pues ¿no lo tienes hoy, [di]?

BASURTO. Algo de ello.

SAAVEDRA. Pues yo haré
que lo demás se te dé.

BASURTO. ¡Ah, triste, a Dios ofendí! (2)

SAAVEDRA. Hinca la rodilla en tierra
y pide perdón al Cielo.

BASURTO. ¡Perdón, Señor!

SAAVEDRA. Besa el suelo.

BASURTO. ¡Tierra, en tu centro me encierra!
Pero di, ¿cómo podré
vengarme de este judío?

SAAVEDRA. Alzate.

BASURTO. ¡Ay, amparo mío,
esos pies te besaré!

---

(1) En el texto, "sombra hay"

(1) Así en el texto. Quizá ha de decir: "Tengo ahora una confusión".

(2) En el texto, "ofendo".

SAAVEDRA. Tú tienes, Basurto hermano,
gran ingenio en invenciones;
a la que una vez te pones
no se te va de la mano.
¿Tú no le dijiste aquí
que querías renegar?

BASURTO. Sí.

SAAVEDRA. Pues yo te quiero dar
vestido. Escucha.

BASURTO. Di.

SAAVEDRA. Irás de moro vestido,
y lo que en efeto harás, (1)
muchos palos le darás.
Aquí estarás escondido
hasta que la Redención,
que ya se suena que viene,
te rescate.

BASURTO. Gente viene.

SAAVEDRA. Pues no más conversación.
Quédate, Basurto, aquí,
que ha rato que falto allá.

BASURTO. Dios supremo te dará
Cielo, que has hecho por mí.

(SAAVEDRA *se vaya, y entren* SOLIMÁN *y* FÁTIMA, *mora.*)

FÁTIMA.

Esto darás a los cautivos luego
contra el veneno que les ha quitado
el sentido que dice que han perdido.

SOLIMÁN.

¿Y volverán con eso al que tenían,
Fátima sabia?

FÁTIMA.

Cuando no le cobren,
avísame y sabré de qué procede.

SOLIMÁN.

Alá te guarde, y si yo tuviera
el que también perdí cuando di crédito
a las locuras de Aja, ya gozara
mi bella esclava...

(*Váyase* SOLIMÁN.)

BASURTO.

(Aquesta es una mora
que en todo Argel tiene notable fama.)
Guárdete el Cielo, Fátima.

(1) En el texto dice
"y lo que en efes le dieras".

FÁTIMA.

Basurto,
¿cómo te va con el hebreo dueño?
¿Tan mal estabas con Dalí?

BASURTO.

No estaba,
que es caballero, en fin; en fin, es noble.
Hice aquella invención por su consejo,
y estoy desesperado de serville.
Di ¡por tu vida!, ¿qué remedio es este
que dabas a este moro?

FÁTIMA.

Dos esclavos
que tiene Solimán, Leonardo el uno...

BASURTO.

Ya le conozco, natural de España.

FÁTIMA.

Y una esclava que adora, están sin seso
de una bebida que a los dos han dado
para obligallos a su amor; que Aja
adora el español y éste a Marcela.

BASURTO.

Conozco los esclavos, y en el alma
me pesa del suceso. Pero dime,
así los Cielos tu ventura logren
y tengas mayor fama por tu ciencia
que la que tuvo allá aquella que tuvo,
alterando el mar la fuerte armada
del valeroso César Carlos Quinto:
¿cómo podré salir de estas prisiones
y volver a mi patria?

FÁTIMA.

Si tú fueses
tan noble que en llegando a España dieses.

BASURTO.

¿Qué tengo que no te diese?

FÁTIMA.

A un hombre,
que allá te diré yo, los cien escudos
en que estás empeñado en este hebreo
para que él de prisión te rescatase,
yo te pondría en libertad. (1)

BASURTO.

Señora,
fálteme el Cielo si en llegando a España
no diera...

(1) En el texto, "verdad".

FÁTIMA.

¿Cuánto? Y si a España llegas,
no sólo no darás los cien escudos,
mas ni te acordarás de que he nacido.

BASURTO.

¿Quién es aquel esclavo y dónde vive?

FÁTIMA.

Vive en la corte, y es Selín, mi hermano,
que cautivó don Pedro de Toledo
y envió desde Nápoles a España
el Virrey a sus hijos los Marqueses
de Sarria, (1) a quien, según de (2) allá me
de llevar una silla sirve. [escribe,

BASURTO.

El Cielo,
Fátima, me castigue por ingrato
si allá no procurare su rescate,
como quieran venderle esos señores.

FÁTIMA.

Él con este dinero y el que tiene
probará su ventura.

BASURTO.

¿De qué modo
podré librarme yo?

FÁTIMA.

Muy fácilmente.

BASURTO.

¿Cómo?

FÁTIMA.

Yo quiero darte una manzana,
que sólo con llevarla puedes irte
por la puerta de Argel, por el camino,
que no toparás hombre que te vea.

BASURTO.

¡Válame Dios!

FÁTIMA.

Será lo que te digo.
Ven de noche a mi casa.

BASURTO.

Iré sin falta.
¡Notable ciencia, Cielos! Si me libro
con lo que Adán perdió tanta ventura,
yo pongo por mis armas un manzano
y una letra que diga: "Adán Basurto."
Mas ¿quién ha de creer que iré invisible?
Sin duda me verán cuantos me quieran.
¡Oh, qué palos palpables que me esperan!

(*Salen* LEONARDO *y* AJA.)

LEONARDO. ¿Quiéresme dejar, arpía?
AJA. ¡Mi bien, con tanta crueldad!
LEONARDO. ¿Sabéis qué es la necedad? (1)
AJA. ¿Qué, amores?
LEONARDO. Una porfía.
AJA. ¿Sabes tú qué es la locura?
LEONARDO. ¿Qué puede ser?
AJA. Una tema.
LEONARDO. Cierra esa boca con nema.
AJA. Si hubiese sello, sí haría.
LEONARDO. Pues ¿cuál sello?
AJA. El de tus labios.
LEONARDO. ¿Con armas cristianas quieres
sellar tu boca?
AJA. No alteres
la casa.
LEONARDO. ¿Hay tales agravios?
AJA. No son agravios, mi bien
y [mi] dulce esclavo mío,
que en mis deseos confío
que he de vencer tu desdén.

(*Entre* MARCELA.)

MARCELA. (¿Qué es esto que ven mis ojos?
Solos están. ¡Ay de mí!)
LEONARDO. (¿Cómo hablaré desde aquí
a aquellos dulces enojos?
Ya veo a Marcela; quiero
fingir que le digo amores
a esta mora.)
MARCELA. (¿Qué mayores
indicios? De celos muero.
¡Ah, traidor!)

(*Haga que habla con la* MORA.)

LEONARDO. Señora mía,
si hasta aquí mi amor callé,
porque nos miraba fué;
todo fué porque nos vía;
ya que mis ojos os ven,
cesarán estos enojos.
MARCELA. (¡Que esto le diga a mis ojos!)
AJA. Cristiano, ¿quiéresme bien?
LEONARDO. Como la imagen que está
detrás de alguna cortina

(1) En el texto, "Dessearía".
(2) En idem, "segurarle".

(1) En el texto, "necesidad".

a religión nos inclina
y luz como el sol nos da,
así te adoro también,
y verte, señora, espero
cuando ya el tiempo ligero
corre la cortina bien.

AJA. (Sin duda el agua le ha hecho
provecho y Fátima sabia.)

MARCELA. (Quien de esta suerte me agravia,
mi amor obliga a un despecho;
haré locuras de veras,
diré que lo fuí de burlas,
pues que con mi honor te burlas.)

AJA. ¿Que merezco que me quieras?

LEONARDO. Que [te quiero] como quien
es nube del sol que adoro,
es arca de mi tesoro
y tesoro de mi bien.
En ese vidrio en quien veo
un ángel que me ha guiado
en camino tan errado
a la patria que deseo.
Eres un diamante fino,
que en el fondo está el valor,
y eres alba y resplandor
del sol que a alumbrarme vino.
Llega, abrázame.

AJA. ¿Que yo
te abrace?

*(Abraza a* AJA, *alargando los brazos por asir a* MARCELA.)

LEONARDO. Sí, que mis brazos
eran; que sobran abrazos
para quien llega.

MARCELA. Eso no;
ya no invenciones conmigo.

LEONARDO. Llega, pues.

AJA. ¿Ya no lo estoy?

LEONARDO. Llega, que tu esclavo soy.

AJA. Dueño, dirás.

LEONARDO. Llega, digo.

MARCELA. Que no hay tratar de engañarme.

SOLIMÁN sale.

SOLIMÁN. ¿Qué es esto?

AJA. Tengo de este loco,
que no fué tenerle poco.

SOLIMÁN. ¿Cómo?

AJA. Ha querido matarme.

SOLIMÁN. ¿Matarte?

MARCELA. No se lo creas.
Los dos te engañan.

SOLIMÁN. ¿A mí?

LEONARDO. (¿Qué dices, Marcela?

MARCELA. Aquí
quiero que mis celos veas.)
Nuestra locura es fingida;
los dos la habemos trazado.

LEONARDO. (¡Marcela!

MARCELA. Tarde has llegado.

LEONARDO. ¡Mi vida!

MARCELA. Que ya no hay vida,
ni quiero vida, ni honor,
ni patria, ni libertad.)

SOLIMÁN. Marcela, ¿eso es verdad?

MARCELA. Esto es la verdad, señor.

AJA. Más loca debe de estar...
Notable es que se fíe en sí.

SOLIMÁN. Con el cristiano te vi;
esto no puedes negar.

AJA. No fíe en su atrevimiento,
porque matarme quería.

LEONARDO. (¿Qué has hecho, Marcela mía?
¿Dónde está tu entendimiento?
Remedia, mi bien, el daño
que a los dos ha de venir.)

SOLIMÁN. (¡Que éstos pudiesen fingir
tan de veras este engaño,
y que Aja me haya tenido
este respeto!)

AJA. (Si das
crédito a locos, podrás
dar a una piedra sentido.

SOLIMÁN. Luego ¿loca está Marcela?

AJA. Pues ¿no?

SOLIMÁN. Dime, esclava hermosa,
¿has dicho acaso de loca
esta verdad, o es cautela?
¿Estás loca? Habla conmigo
si otra causa te provoca.

MARCELA. Pues si no estuviera loca
¿dijera yo lo que digo?
Loca estoy, loco es Amor,
creció mi locura aquí
porque vi... Pero no vi,
que es ciego Circe el temor.
Dejadme estar en mi estado,
que hoy el rey me viene a ver.

AJA. ¿Es esto para creer?

LEONARDO. (¡Qué bravo susto me has dado!

MARCELA. Y tú, ¿qué me has puesto a mí?

LEONARDO. Yo contigo hablando estaba
cuando con la mora hablaba.

MARCELA. ¿Creerélo, mi vida?

LEONARDO. Sí.)
SOLIMÁN. No quiero esta confusión.
¡Vive Dios, que he de vendellos!
AJA. Y ¿qué te han de dar por ellos?
SOLIMÁN. Hoy viene la Redención:
por una pieza de grana,
por una holanda, un escudo
los he de dar.
AJA. (Poco pudo
durar mi esperanza vana.)

(*Entre* DALÍ.)

DALÍ. El Rey me envía a llamarte.
SOLIMAN. ¿Qué me quiere el Rey?
DALÍ. No sé.
SOLIMÁN. Aja, a tu cuadra te ve.
AJA. (¿Dalí?
DALÍ. ¿Llamas?
AJA. Oye aparte.
Solimán quiere vender
estos esclavos.
DALÍ. ¿La esclava?
AJA. Es loca, y furiosa, y brava.
Una merced me has de hacer,
de comprallos para mí,
que los dará en bajo precio.
DALÍ. ¿La esclava vendes tú, necio?
AJA. Véndela porque está ansí.
Allá los has de guardar.
DALÍ. Yo te serviré.)
SOLIMÁN. ¿No vamos?
DALÍ. Voy.
SOLIMÁN. ¿Qué quiere?
DALÍ. Que salgamos
hoy a holgarnos por el mar.
SOLIMÁN. (Oye aparte.
DALÍ. Di.
SOLIMÁN. Yo quiero
vender estos esclavos,
no por furiosos ni bravos,
ni por falta de dinero,
sino por echar de casa
a Leonardo, y con cautela
podré gozar a Marcela;
y a la tuya los pasa,
y di que los has comprado.
DALÍ. Yo lo haré.) (Pero ¡por Dios!
que he de burlar a los dos,
que la esclava me ha picado.)
SOLIMÁN. Entraos vosotros de aquí.
LEONARDO. Ya nos venden.
MARCELA. Si es a un dueño
será peligro pequeño,
porque no hay vida sin ti.
AJA. Ya sin ésta, esclavo, estoy.
SOLIMÁN. (La esclava pienso gozar.)
DALÍ. (A los dos pienso engañar.)
LEONARDO. (¿Cúya serás?
MARCELA. Tuya soy.)

(*Sale* BASURTO, *vestido de moro gracioso, dando de palos a* BRAHÍN.)

BRAHÍN.

¿Por qué me matas, perro renegado?

BASURTO.

Acuérdate, Brahín, de la cruel vida
que en esta casa sin razón me has dado;
mala cena, peor cama, ruin comida;
pues hoy, por castigarte, me he tornado
moro. (Miento ¡por Dios!, porque es fingido
el almalafa, [las] cocas y bonete.)

BRAHÍN.

¡Basta, por Dios, no más; déjame y vete!

BASURTO.

¿Que te deje? ¿Oh, qué lindo! Dame luego
cien ducados; que juro por Mahoma,
y pues le juro bien creerás que llego
a la furia que viéndote me toma,
que si no me los das te ponga en fuego
y como a puerco de tus carnes coma.

BRAHÍN.

¿Cien ducados?

BASURTO.

Es poco cien ducados.

BRAHÍN.

¡Qué licencia de infames renegados!
Que afrentaste, Basurto, a tu linaje.

BASURTO.

¿Y tú has honrado el tuyo? ¡Vive el Cielo
que he de escribir, y para mayor ultraje,
tu infamia hebrea, honra, patria y suelo,
y que todas las tardes que el sol baje
de esta montaña al mar bañado
yo te he de venir a dar sesenta palos.

BRAHÍN.

Renegados, al fin; cristianos malos.
¿Qué nombre te has llamado?

BASURTO.

Si él importa,
yo Muley Arambel me llamo.

BRAHÍN.

Espera,
toma esta bolsa, y tu crueldad reporta.

BASURTO.

¿Qué lleva?

BRAHÍN.

Cien cequíes.

BASURTO.

Mil quisiera.

BRAHÍN.

Dios me libre de ti.

BASURTO.

La lengua acorta.

BRAHÍN.

Ya me voy. Lo que has hecho considera;
quejarme tengo al Rey sobre tu robo;
mas es pedir el corderillo al lobo.

*(Váyase.)*

BASURTO.

Por el rancio pernil del gran Profeta,
si no te vas...—La mosca le he cogido,
con que me voy, y el hábito, y la seta
fingida dejo aquí con el vestido.
*(Desnúdese y quede con el hábito)*
Esto de la manzana sí me inquieta.
Sacarla quiero y ver si burla ha sido.
¡Oh, manzana, si fuésedes la estrella
que me guiase hasta mi España bella!

*(Sale AMIR, dando palos a BERNARDO, viejo cautivo.)*

AMIR. ¡Camina, perro!
BERNARDO. ¡Señor,
duélete de mi vejez!
AMIR. Acabarás de esta vez
y cesará mi rigor.
BERNARDO. Si fuera en mi mocedad,
con más fuerzas te sirviera.
BASURTO. (Para probar si es verdad,
que parece desatino,
que con llevar en la mano
esta manzana esté llano
para España el camino,
mas que la pierde en pasar.
¡Vive Dios, que no me ve!)
AMIR. ¿Quién va?
BASURTO. (¡Ay, triste, engaño fué!)
AMIR. ¿Dónde vas?
BASURTO. Voime a embarcar.
AMIR. ¿A qué parte vas?
BASURTO. A España.
AMIR. Vete en buen hora.
BASURTO. (¿Hay tal cosa?
¡Oh, manzana bella, hermosa,
que ya dicha me acompaña!
Si todos dicen así,
por tierra a España me voy.)

*(Salen DALÍ y LUCINDA, su mujer.)* (sic)

DALÍ. El cargo de ella te doy.
LUCINDA. Para servirte nací.
DALÍ. Hela comprado a desprecio,
porque dicen que está loca;
su hermosura me provoca,
por su donaire la precio.
Tú has de saber qué pasión
la obliga a tal desvarío.
LUCINDA. Yo la hablaré, señor mío,
y le diré tu afición.
BASURTO. (Pasar quiero por Dalí
para confirmar, si puedo,
salir de Argel. Tengo miedo.)
DALÍ. Paso. ¿Quién va?
BASURTO. Yo.
DALÍ. ¿Tú?
BASURTO. Sí.
DALÍ. ¿Dónde vas?
BASURTO. A España voy.
DALÍ. ¿A España?
BASURTO. Sí.
DALÍ. Alá te guarde.
BASURTO (Cielos, ¿de qué estoy cobarde
cuando tan seguro estoy?
Yo parto a España por tierra
con mi manzana en la mano.
¡Bendiga el Cielo el manzano
que tan linda fruta encierra!)

*(Váyase.)*

DALÍ. ¿Lucinda?
LUCINDA. ¿Fendo?
DALÍ. Ya voy
por la bellísima esclava.
LUCINDA. Yo te aguardo.
AMIR. Parte, acaba,
contento de aquesta voz.
BERNARDO. Flaco y desmayado estoy
y de mil palos molido.
Déjame tomar aliento.
LUCINDA. ¡Ay, Cielo, la voz que siento

es (1) Bernardo, mi marido!
No bastaba ¡ay de mí!
ver mis dos hijos cautivos,
que apenas sé si están vivos,
según los tratan aquí
para que se vuelvan moros,
sino ver su padre ¡triste!
preso y herido.

AMIR. Tú fuiste
por quien perdí mil tesoros,
negándome que eran nobles
los cautivos que vendí,
pues a desprecio los di.

BERNARDO. ¿No ves que eran tratos dobles
y en España infames son
los que a los amigos venden,
los que van con los que prenden
dando causa a la prisión?
Tanto, que no es el verdugo
más vil que el que da noticia
de un delito a la justicia.

(LUIS *éntre, el hijo de éstos dos.*)

LUIS. Ojos, que nunca os enjugo,
no os llaméis ojos ya más;
llamaos fuentes, pues corréis
del alma, sin que ceséis
de vuestro llanto jamás.
¡Si está aquí mi triste madre!

LUCINDA. ¡Luis mío!

LUIS. Madre querida,
¿qué es esto?

LUCINDA. La triste vida
que dan a tu amado padre.

LUIS. ¡Esto nos faltaba aquí!

LUCINDA. Pues ¿hay otro más?

LUIS. Tan grave,
que cuando el dolor me acabe
no hará milagro en mí.
Juanico estaba en poder
de Zulema, harto cercano
de dejar de ser cristiano;
vínolo el Rey a saber
y, estimando su hermosura,
con grandes galas, señora,
le lleva a su baño agora.

LUCINDA. ¡Triste mujer! ¡Suerte dura!
Allí un marido azotado,
allá un hijo vuelto moro,
otro que en prisiones llora
y yo en miserable estado.
¿Qué he de hacer?

LUIS. ¿Qué es esto, Amir?
¿Cómo no mudas consejo
de tratar tan mal a un viejo
que ya no puede servir?
¡Pluguiera a Dios yo pudiera
servir en su lugar!

AMIR. ¡Ah, perro,
sin ser flojo, persevera
que le castigue y maltrate!

LUIS. Esa flojedad no es vicio,
sino edad.

AMIR. De tanto indicio
de que quiero su rescate,
y mientras no me le dé
le he de hacer estos regalos,
y aquí le daré cien palos
no más de por quien lo ve.

LUIS. Deja el palo, Amir, detente;
dámelos a mí por él.

AMIR. Después de dar ciento a él
te daré a ti ciento y veinte.

LUIS. No, sino todos a mí.

AMIR. Esas lágrimas son vanas.

LUIS. Respeta, Amir, esas canas.

AMIR. Arrancarélas por ti.

LUIS. Suelta, Amir, que ¡vive Dios!...

LUCINDA. Hijo, ¿qué haces?

LUIS. No quiero
vida.

AMIR. ¿A mí, perro? ¿Qué espero
que no doy muerte a los dos?

LUIS. Esa te daré yo aquí.
(*Dale con un cuchillo.*)

BERNARDO. Hijo, no estés pertinaz.

AMIR. Cielo, ¿a manos de un rapaz
vengo a morir ansí?

(*Entrese cayendo.*)

BERNARDO. ¿Qué has hecho?

LUIS. Padres, adiós.

BERNARDO. ¿Adónde vas?

LUIS. A esa sierra.

LUCINDA. Hijo, ¿sabes tú la tierra?

LUIS. Madre, y se van otros dos
que saben bien el camino
hasta tierra de Orán.
Huír, porque os matarán
si os hallan.

BERNARDO. ¡Qué desatino!

LUIS. No es, que pensado había

(1) En el texto, "de".

huírme para enviar
con que os poder rescatar
a vos, padre y madre mía;
aunque de limosna sea,
seré a todos importuno.

BERNARDO. Huyamos, no venga alguno
que con el cuerpo nos vea.

(*Acompañamiento de* MOROS, *y detrás* AJÁN, *rey de Argel, y* JUANICO, *vestido de turco, a su lado; siéntase en estrado con autoridad.*)

REY.

Decid que entre a quejarse el que quisiere,
que para hacer justicia y gobernaros
me envía el Gran Señor.

SOLIMÁN.

Habla, Zulema.

ZULEMA.

Si el Gran Señor a gobernar te envía
y si el hacer justicia es el oficio
de los reyes, autores de las leyes,
¿qué justicia nos guardas, qué gobiernas,
si las haciendas sin razón nos quitas?

REY.

¿Qué hacienda te he quitado?

ZULEMA.

Este esclavo.

REY.

Este no te lo quito, que lo quiero
para enviar al Gran Señor, Zulema,
de quien tengo una carta en que me manda
que le compre muchachos españoles.
¿Cuánto quieres por él?

ZULEMA.

Diez mil ducados.

REY.

Ningún hombre puede pedir, vendiendo,
sino el justo valor.

ZULEMA.

Vendo a mi gusto,
y mi gusto no tiene precio humano.

REY.

Tu gusto al Gran Señor ¿de qué le sirve?
El muchacho no más es lo que compra.

ZULEMA.

Yo no vendo el garzón.

REY.

Ya respondiste
que le vendías, y pediste precio,
y pues que le pediste, lo que vale
se te ha de dar.

ZULEMA.

Él vale lo que digo.

REY.

Perro, ¿de esa manera me respetas
representando al Gran Señor del mundo?
Llevalde a un calabozo.

ZULEMA.

Eres tirano.

REY.

Llevalde, digo.

ZULEMA.

Yo sabré escribirle
que robas los esclavos en su nombre.

REY.

¡Matalde!

SOLIMÁN.

¿Señor?

REY.

¿Qué esclavos
son estos dos que tienes?

SOLIMÁN.

No son míos,
que a Dalí los vendí.

REY.

Dalí, ¿qué son de ellos?

DALÍ.

Están locos.

REY.

¿De qué?

DALÍ.

De algún veneno
que Solimán les dió para obligarlos
a su gusto.

REY.

Pues, perro, ¿a los cautivos
das veneno y los fuerzas de ese modo?
Delito has cometido.

SOLIMÁN.

¿Qué delito,
si en bien de nuestra ley lo hice?

REY.

Al punto
me traed los esclavos.

DALÍ.

Voy por ellos.

(*El* GUARDIÁN *del Baño y* SAAVEDRA, PEREDA, HERRERA *y* DORANTES.)

GUARDIÁN. Pasá, perros, adelante.
HERRERA. ¿Qué es esto?
GUARDIÁN. Un gracioso cuento.
HERRERA. ¿Cómo?
GUARDIÁN. En fiestas del aumento
de las cosas de Levante,
estos perros se han juntado,
y en tu baño, en partes varias,
han puesto mil luminarias
y mil romances cantado.
Hallélos juntos, pensé
lo que esta junta sería
por dos veces en un día,
y respondiéronme...
HERRERA. ¿Qué?
GUARDIÁN. Que prueban una comedia
allá a la usanza de España;
pero temo que es maraña
que su peligro remedia,
porque deben de trazar
alguna barca en que huír.
REY. Como eso sabrán fingir.
¿Quién mejor sabe engañar?
Español. ¿Quién más fingir?
Español. ¿Quién se levanta?
Español. ¿Quién no se espanta?
Español. ¿Quién se ve huír?
Español. ¿Quién rico esclavo?
Español. ¿Quién nos da muerte?
Español. ¿Quién es más fuerte?
Español, que siempre es bravo.
Decid: ¿qué ha tenido España
que tanto os regocijáis?
SAAVEDRA. A Denia enfrente miráis,
que este mismo mar la baña,
donde desde Argel se ven
en sus castillos los fuegos
entre los nublados ciegos
de la noche.
REY. Pues ¿por quién?
SAAVEDRA. Porque Felipo Tercero,
que Dios muchos años guarde,
ha estado en Denia estos días,
que fué a Valencia a casarse. (1)
Hale hecho allí el Marqués
fiestas, Rey de Argel, tan grandes,
que se han visto desde aquí;
y no es mucho que el mar pasen,
que los fuegos del castillo,
del mar, dando en los cristales
los mostraba como espejo,
que muestra la propia imagen.
Vino un cautivo español,
que nos dijo que una tarde
la serenísima Infanta,
Archiduca que fué en Flandes,
entró en el mar para ver
una cueva que combate,
adonde agua suele hacer
tu amigo Morate Arráez,
y trújonos dos retratos
de las personas reales,
a cuyas nuevas, señor,
y copias tan semejantes,
habemos hecho estas fiestas
como vasallos leales,
puesto que en Argel cautivos...
REY. Disculpa tienen bastante.
Id por los retratos luego.
DORANTES. Aquí Solimo los trae,
que nos los tomó, señor.

(*El retrato del Rey con un tafetán*)

REY. El rostro del Rey mostradme.
¡Gallardo mancebo!
MORO 1.° ¡Hermoso!
MORO 2.° ¡Fuerte!
REY. Conocí a su padre.
Dios os le guarde, cautivos.
HERRERA. Alá por eso te guarde.

(*El de la señora Reina.*)

REY. ¿Es éste el de vuestra Reina?
PEREDA. Sí, señor.
REY. Parece un ángel.
Gran virtud muestra y valor.
Mil años viva. Tapalde.
Id en buen hora, cautivos,
y, sin que os estorbe nadie,
haced fiestas ocho días.
SAAVEDRA. Mahoma, señor, te ensalce.
Gran Turco vengas a ser,
y nunca de tu linaje
salga esta gran monarquía.

(1) Según esto, esta comedia es de 1599.

(*Salen* DALÍ, LEONARDO *y* MARCELA.)

DALÍ. Los esclavos que llamaste
están aquí.

REY. Di, español,
¿eres hombre de rescate?

LEONARDO. Noble soy, verdad te digo,
y rico de hacienda y sangre,
y esta mujer lo es también.

REY. Pues ¿cómo lo confesaste,
que todos sabéis negar
vuestro nacimiento y patria
por rescataros por menos?
Pero debe de faltarte
el sentido, como dicen.

LEONARDO. No quiera Dios que me falte.
Nunca fuí loco, señor;
que por poder rescatarme
esta locura fingí;
y si no quise negarte
la nobleza, que hasta agora
he negado en tantas partes,
fué porque siendo tú Rey
como a noble me obligaste
a decirte la verdad,
que el Rey nunca miente a nadie,
y, por guardar el decoro
a tu majestad, quise antes
quedarme esclavo en Argel.

REY. Hidalgo, valor mostraste.
¿En efeto no estás loco?

LEONARDO. No, señor.

REY. Pues si tú honraste
con decir verdad al Rey,
bien es que el Rey te lo pague.
A los dos libertad doy,
fiando en vuestro rescate,
que enviaréis a Solimán.

LEONARDO. Eres Rey, como Rey haces.

FIN DE ESTA COMEDIA

LA FAMOSA COMEDIA

DE

# LA COMPETENCIA EN LOS NOBLES

DE

## LOPE DE VEGA

PERSONAS (1)

| | | |
|---|---|---|
| Don Juan Girón. | Don Luis. | Beltrán. |
| Don Pedro. | Don Diego. | *Un* Alguacil. |
| Hernando. | Doña Juana. | *Un* Escribano. |
| Guzmán. | Doña María. | *Dos* Toreadores. |
| *El* Rey. | Leonor, *criada*. | |

### PRIMERA JORNADA

(*Salen* Don Juan Girón, Hernando *y* Leonor.)

Leonor. Siendo el entrar imposible,
¿de qué sirve porfiar?

D. Juan. Si es imposible el entrar,
el morir será posible.
Déjame siquiera ver
en este eclipse mortal
el esplendor celestial
del cielo de una mujer. (2)
Mas ¿cómo ¡triste de mí!
remiso estoy de esta suerte
cuando (3) publican tu muerte
y tengo mi vida en ti?
Yo la he de ver.

Leonor. Harás mal.

D. Juan. ¿Por qué?

Leonor. Porque no es razón
aventurar la opinión
de una mujer principal.
Demás que es solamente
un desmayo que la dió
y, precipitada yo,
di voces y llamé gente.

D. Juan. Pues ¿por qué no puedo entrar
si tan bien te pude oír?

Leonor. Porque tú entras a sentir
cuando otros a consolar.
Déjame, que yo entraré
y veré si ha vuelto en sí.

D. Juan. Aquí te espero.

Leonor. Y aquí
nuevas de su mal traeré.

(*Vase.*)

Hernando. Si viniste a pretender
un hábito y has gastado
en andar enamorado
de este sol o esta mujer
el dinero y la paciencia
con una y otra porfía,
¿cuándo, di, será aquel día
que te traiga la experiencia
al último desengaño?

D. Juan. Sólo en mi muerte podrá.

Hernando. A gentil tiempo vendrá
el remedio de tu daño.
Acuérdate que ha dos días
que de milagro comemos,
señor, y que no tenemos
otro cuervo como Elías;

(1) En el manuscrito A, "Figuras siguientes."

(2) En ídem, al margen y de otra letra, siguen estos versos:

"Claro sol por quien me abraso,
no dejes tan fácilmente
los celajes de tu oriente
por las sombras de mi ocaso.
Abreviado mundo soy,
y desta abreviada esfera
tú eres la luz verdadera."

(3) En A, falta esta palabra por rotura del papel.

de pedir vienes prestado
sólo un doblón, y recelo
que ignora el arco del cielo
las colores que ha mudado.
Doña Juana de Castilla
tiene muy bien saneados
de renta dos mil ducados,
y es octava maravilla
y la hermosura de España;
y, siendo ansí, sólo advierte
que para andar de esta suerte (1)
algún demonio te engaña.
Con don Pedro de Toledo
su casamiento se trata,
y aunque agora se dilata,
casi asegurarlo puedo;
hombre es que de una sentada
juega doce mil ducados
y viste veinte (2) criados
sin pedir a nadie nada.
Y tal has llegado a estar,
que en el día que tenemos
más ventura, si comemos,
nos quedamos sin cenar.

D. JUAN. Quien ama por elección
puede abstenerse de hacella.
Yo amo (3) por fuerza de estrella
y sigo mi inclinación.

HERNANDO. ¿Resuelto, en efeto, estás?

D. JUAN. Si de mi vida pudiera
darle parte, se la diera
para que viviese más.

HERNANDO. Su hermosura reverencio;
pero tú eres ya, señor,
en el infierno de amor,
amante *nulla est redemptio.*

*(Sale* BELTRÁN *con un vaso de plata.)*

D. JUAN. ¿Qué es esto, señor Beltrán?

BELTRÁN. Ya está menos afligida,
y voy por una bebida
que recetado le han
con oro y coral molido.

HERNANDO. Codiciosito es el mal
que tiene en oro y coral
el remedio.

D. JUAN. Id advertido
que suelen echar escaso
el oro.

BELTRÁN. Lo que he de hacer
es solamente poner
la diligencia y el vaso,
lo demás yo no lo entiendo.

D. JUAN. Este doblón por mi cuenta
hará menos avarienta
su condición.

BELTRÁN. Conociendo
la de mi ama, sería
el tomarle grande error.

HERNANDO. El darle es mucho mayor.

D. JUAN. Esto haced ¡por vida mía!

BELTRÁN. Sólo por no porfiar
y la prisa con que estoy,
le tomo, obedezco y voy.

*(Vase.)*

HERNANDO. Todo, menos el tomar, (1)
me estaba muy bien a mí.
¡Qué liberal has andado!
¡Buenos habemos quedado! (2)
¿El doblón le diste?

D. JUAN. Sí;
y también el corazón
a ser posible le diera,
porque en la bebida fuera
a informar de mi pasión.

HERNANDO. A lo menos tu poder
o tu industria es ya sabida,
pues hoy has hecho bebida
lo que era para comer.

D. JUAN. Aunque de poco valor,
este diamante nos queda.

HERNANDO. No hay cosa que a mí me pueda
consolar en tal dolor
si no es eso.

D. JUAN. El no saber
qué es amor te hace hablar.

HERNANDO. Y a ti el no considerar
que no hay amor sin comer.

*(Sale* LEONOR, *alegre.)* (3)

LEONOR. Dame albricias.

D. JUAN. Di que yo,
Leonor, las mando.

---

(1) En B, "tras la muerte".
(2) En B, "treinta".
(3) En A, "ame".

(1) En B, "Al menos, el no tomar".
(2) Este verso y el anterior faltan en A, con lo cual la redondilla resulta incompleta. Al margen, de otra letra, tachados y con la palabra "no" encima, hay estos dos:

"Ya, ¿qué habemos de comer?
¡Lleve el Diablo la mujer!"

(3) En A, falta la palabra "alegre".

LEONOR. En sí ha vuelto,
y, con un suspiro envuelto
en lágrimas, descansó.
D. JUAN. Si a este diamante estuviera
la luz del sol reducida,
en albricias de tal vida
también, Leonor, te le diera.
Toma.
HERNANDO. (¡Juro a Jesucristo
que da (1) también el diamante!)
D. JUAN. ¿Hay más venturoso amante?
¿Quién en el mundo se ha visto
tan dichoso?
LEONOR. Aunque no pido,
le tomo sin replicar. (2)
D. JUAN. ¿Qué tengo más que te dar?
HERNANDO. (La camisa y el vestido.)
LEONOR. Yo le diré a mi señora
lo que has sentido su mal,
y en mí tu pecho leal
una fiel procuradora
tendrá.

*(Vase.)*

D. JUAN. Yo lo creo ansí.—
Un diamante y un doblón
me han dado en esta ocasión
la vida.
HERNANDO. (Y la muerte a mí.)
D. JUAN. Yo he de sufrir esperando
por merecer padeciendo.
HERNANDO. (Y yo he de sufrir gruñendo
por no reventar callando.)

*(Vanse. Sale* DOÑA JUANA DE CASTILLA *y* LEONOR.)

LEONOR. Parece que ya en tu pena
te alivias más.
D.ª JUANA. Sí, Leonor;
algo me siento mejor,
aunque no del todo buena;
y temo esta adversidad,
porque tal vez un desmayo
es relámpago del rayo
de una grave enfermedad.
¿Cómo, dime, se juntó
la gente que en casa estaba?
LEONOR. A las voces que yo daba,
despulsada y muerta, entró;
y como eres comúnmente
querida por varios modos,
en las entrañas de todos
se repartió el accidente.
D.ª JUANA. ¿Quién, de todos los que entraron,
ha sentido mis enojos
con más efeto?
LEONOR. Unos ojos
que a la puerta se quedaron,
y a quien yo detuve allí
por los extremos que hacía:
vivas lágrimas vertía.
D.ª JUANA. ¿Es don Juan?
LEONOR. Señora, sí.
¿Quién sino él puede ser
en estos tiempos constante,
verdadero y firme amante
en sentir y padecer?
D.ª JUANA. No soy de piedra, Leonor;
bien siento y bien sé obligarme;
pero es fuerza no mostrarme
agradecida en su amor;
porque tú sabes con quién
se trata mi casamiento,
y supuesto que al aumento
de mi casa le está bien,
y que mis deudos por mí
lo tratan, ¿qué puedo hacer?
LEONOR. Muy lejos de agradecer
está quien responde así.
D.ª JUANA. Dame tú que en mí no fuera
bajeza el arrepentirme,
y me vieras menos firme,
con voluntad verdadera.
¿Qué he de hacer?
LEONOR. (Hoy es el día
que en sus extremos advierte.
Del primer foso del fuerte
pasa ya a la artillería.)

*(Sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. Entra, señora, a tomar
la bebida que he traído.
D.ª JUANA. ¿Qué echaron?
BELTRÁN. Oro molido
y coral para alegrar
tu corazón desmayado,
y una advertencia amorosa
la hace venir copiosa
y traer el oro doblado.
D.ª JUANA. Pues ¿cómo?
BELTRÁN. Don Juan Girón,

(1) En B, "dió".
(2) En A, tachada esta palabra y sustituída al margen por la de "porfiar".

porque tal vez la malicia
suele obrar en la codicia
del oro, me dió un doblón
para que lo hiciese echar
demás de lo que ordenaba
la receta que llevaba.

D.ª JUANA. ¿Hay tal modo de obligar?
¿Hay tan extraño advertir?
¡Miren en qué niñerías
repara el Amor!

LEONOR. Podrías,
puniéndote a discurrir
sus finezas, admirarte.
Tan amante en todo está,
que pienso que puedes ya,
por justicia, enamorarte.
Por sólo decirle yo
que habías ya vuelto en ti,
con mil abrazos a mí
este diamante me dió.

D.ª JUANA. Pues ¿es posible, Leonor,
que para no le tomar
no te pudo a ti obligar
su pobreza? ¡Extraño error,
que le dejaste sin él!

LEONOR. (¡Albricias, Amor, que ya *(Aparte.)*
cerca de quererle está
quien se va doliendo de él!)

*(Sale* HERNANDO *con un azafate de mimbres con unos barros y por la otra puerta* DON PEDRO DE TOLEDO *y* GUZMÁN, *su criado, con una fuente de plata, y en ella búcaros de cristal y plata; llega* HERNANDO *como temblando viendo a* DON PEDRO.) (1)

HERNANDO. Corrido de no poder
don Juan, mi señor, mostrar
su intención en el obrar
y su amor en su poder,
dice, hermosa desmayada,
que en fe de lo que quería
mostrar el alma, os envía
y que os sirve con no nada.

*(Cáensele los barros, y vase.)*

GUZMÁN. (Él se fué por el atajo
y dió en el suelo con todo.

LEONOR. No me descontenta el modo
de presentar hacia abajo.
Sin duda que se cortó
de ver a don Pedro aquí.

GUZMÁN. Y ella, ¿se ha turbado?

LEONOR. Sí;
turbada está.)

D. PEDRO. Cuando yo
de vuestro rostro, señora,
no supiera vuestro mal,
de un corazón tan leal
como el mío, y que no ignora
vuestros males, informado,
llegar pudiera ¡por Dios!
de ese desmayo que en vos
tanto disgusto me ha dado.
¿Cómo estáis?

D.ª JUANA. Mucho mejor
con la merced que me hacéis.

D. PEDRO. (¡Ah, celos! ¿Qué me queréis?)

D.ª JUANA. (Demudado está, Leonor.

LEONOR. ¡Jesús, Dios me libre de él!

D.ª JUANA. ¿Y en qué tu temor repara?

LEONOR. En que pienso que a la cara
se le ha subido la hiel.)

D. PEDRO. Mucho quisiera, señora,
teneros tan obligada,
que sin reparar en nada
pudiera decir agora
parte de mi condición;
pero a tiempo os la diré
que puede juzgarse a fe
mi resuelta inclinación.
Por vuestra salud mirad,
que de ella consta la mía,
y creed que no podía
hacer vuestra voluntad
más acertada elección
para vivir más querida,
más estimada (1) y servida;
y agora, en esta ocasión,
sólo hacer me satisfizo
el regalo que miráis,
por que en barro no bebáis,
que suele ser quebradizo.
En plata y cristal podéis
beber más seguramente,
si con el nuevo accidente
lo peor no apetecéis.
Advirtiendo que este error

---

(1) Esta acotación dice en A: "*(Sale* HERNANDO *por una puerta con una salvilla de barro y unos búcaros; y por la otra,* DON PEDRO DE TOLEDO *y* GUZMÁN, *su criado, con otra salvilla de plata y búcaro de cristal y plata.)*"

(1) En B. "regalada".

en nada os disculpa ahora,
supuesto que está, señora,
el peligro en lo peor.

D.ª JUANA. Señor don Pedro, el presente
estimo como es razón;
pero culpo la intención,
que dar maliciosamente
con intento de injuriar,
no es dar, sino introducir
la malicia en el decir
con la grandeza del dar;
y aunque el modo es cortesano,
a más ira me provoca
ver maliciosa la boca
y generosa la mano.
Si vuestra me habéis de hacer,
es el regalo mayor
el fiaros de mi honor; (1)
y si en mí halláis que temer,
vos sois el culpado aquí,
pues, con pecho liberal,
pagáis con oro y cristal
las sospechas que hay en mí.

D. PEDRO. Bien sé lo que sois, señora;
pero cuando considero
partes de un gran caballero
en don Juan, el alma llora
lo que ya tímida siente (2)
mis pocas partes ¡por Dios!

D.ª JUANA. Yo no soy buena por vos,
sino por mí solamente,
y esto lo debo a mi honor;
que fundar en causa ajena
una mujer el ser buena,
no es virtud, sino temor.

D. PEDRO. Escuchadme agora a mí.

D.ª JUANA. Las que son tan principales
como yo, en malicias tales
se determinan ansí.

D. PEDRO. Mandad que esta niñería
se reciba.

D.ª JUANA. Hacerlo es justo,
que en mí faltar puede el gusto,
pero no la cortesía;
y quiero, por no ser yo
sólo en esta parte escasa,
que el presente quede en casa,
pero la malicia no.

*(Vase.)*

GUZMÁN. (Esto va malo, y tan malo,
según el caso se ordena,
que nos llevamos la pena
y se queda acá el regalo.)

D. PEDRO. Que puede en ella faltar
el gusto dijo. Esto es hecho.
A don Juan Girón sospecho
que ha de venir a premiar.
El perder esta mujer
es poderoso a matarme,
y ansí pienso aventurarme
a cuanto pudiera hacer.

GUZMÁN. Del don Juan puedo informar
que es un César en reñir.

D. PEDRO. Con el riesgo de morir
me determino a matar.

*(Sale* DON JUAN *y* HERNANDO.*)*

HERNANDO. (Aquí está, y será razón
volver atrás.

D. JUAN. No será,
habiéndome visto ya.

HERNANDO. Eso cuentan del león,
y sólo debo yo aquí
ser el trueno de ese rayo,
y dar cuenta del lacayo,
que es lo que me toca a mí.)

D. PEDRO. Guárdeos el Cielo.

D. JUAN. Y a vos
lo que merecéis os dé.

GUZMÁN. (¡Aquí fué Troya!)

HERNANDO. (Aquí fué
la de "aquí yacen los dos".)

D. PEDRO. Señor don Juan, muchos días
ha que en esta casa os veo
salir y entrar, y deseo
saber si vuestras porfías
no son con más ocasión
de la que vos mismo os dais
en el amor que mostráis;
que siendo ansí, no es razón
que en casa de una mujer
tan principal, sin licencia
con una y otra asistencia,
os atreváis a ofender
su opinión y mi decoro.

---

(1) En A, este verso está antes que el anterior, y parece acertado este orden.

(2) Estos dos versos se escribieron primero así en A; pero luego se enmendaron:

"en don Juan, el alma agora
celosa y tímida siente."

En B, constan en la primera forma: por eso los dejamos.

D. JUAN. Confieso el haber entrado;
pero mi amor me ha costado
y vuestra ventura ignoro.
¿Qué cédula me mostráis
en que doña Juana diga
que a daros a vos se obliga
la mano que deseáis?
A lo que vos venís vengo
y pretendo lo que vos;
demás de que entre los dos
el derecho que yo tengo
es justo ser admitido,
que si es en la voluntad
mérito la antigüedad,
yo he de ser el preferido.

D. PEDRO. Pues haré yo aquí...

D. JUAN. Eso no,
que no es bien que sea aquí.

D. PEDRO. Pues ¿dónde?

D. JUAN. Venid tras mí,
que esto es lo que pienso yo
que me habéis de agradecer,
pues quiero en esta ocasión
que no pierda la opinión
la que tan vuestra ha de ser.—
¿Dónde vas?

HERNANDO. A ser testigo
por sólo no preguntar.

D. JUAN. Las piernas te he de cortar
si vas, Hernando, conmigo.

*(Vase.)*

D. PEDRO. Lo mismo te digo a ti.

*(Vase.)*

HERNANDO. No es pendencia de criados,
pues nos dejan tripulados
como a los cientos.

GUZMÁN. Aquí
¿qué habemos de hacer?

HERNANDO. Señor,
supuesto que los debemos
imitar, que nos matemos
los dos también por Leonor.

GUZMÁN. Ella nos puede sacar
de esa dudosa porfía.

HERNANDO. Para un amante con tía
y agüela, es buen negociar,
señor, el de la doncella.

GUZMÁN. ¿Qué doncella?

HERNANDO. La de Juanes.
Yo no soy de los galanes
que dicen "dígalo ella";
que es muy de algunos mozuelos
que, al fuego de su rigor,
hacen gavilla el amor
con llamarada de celos,
por su gusto y por su amiga
el irse al campo a matar,
para venirse al lugar
a sólo que ella lo diga.
Pues, maricón, que a reñir
*(A la gente.)*
ibas, ¿qué tiene que ver
lo que tú puedes hacer
con lo que ella ha de decir?
Yo voy.

GUZMÁN. Paréceme bien.

*(Salen DOÑA JUANA y LEONOR.)*

D.ª JUANA. ¿Adónde?

HERNANDO. A matarnos vamos.

D.ª JUANA. ¿Por qué?

HERNANDO. Porque nuestros amos
se van a matar también.

D.ª JUANA. ¿Son celos?

GUZMÁN. Señora, sí.

D.ª JUANA. A sus padres avisad,
pues están en la ciudad.

HERNANDO. Seré un corzo.

GUZMÁN. Yo un neblí.

*(Vanse los dos.)*

LEONOR. ¿De cuál de los dos, señora,
sientes el peligro más?

D.ª JUANA. Tú misma lo juzgarás
en lo que verás agora.
Esos pedazos, Leonor,
de aquel presente caído,
mal dado y bien recibido,
levanta.

LEONOR. Ya de tu amor
en esto me ha informado.

D.ª JUANA. Quien da cuando pobre está
es solamente quien da,
pues da en su amor su cuidado.
Recoge en ese lenzuelo
estas partes divididas,
pues son almas y son vidas
estos barros que en el suelo
mi vida han tenido en calma;
porque, como no le sobre,
en los presentes del pobre
cada pedazo es un alma.

LEONOR. Huélgome tanto, señora,
de verte tan advertida,
tan noble y agradecida,
que quisiera ser agora
el mismo agradecimiento
de don Juan para ofrecerte
una vida hasta la muerte
con todo mi entendimiento.
D.ª JUANA. Mucho temo, Leonor mía,
que se han de matar.
LEONOR. No harán,
que sus padres los pondrán
en paz.
D.ª JUANA. Enviar quería
otro recaudo mayor;
que suelen, si los criados
son propios, ser descuidados.
LEONOR. ¡Vitoria por el Amor!
Todos los de casa irán,
si tú gustas, con la priesa
que es justo.
D.ª JUANA. Sólo me pesa
por el pobre de don Juan.

(*Vanse, y salen* DON JUAN y DON PEDRO.)

D. JUAN. Aquí me podéis decir
vuestro enojo y vuestro intento,
excusando el sentimiento
de quien nos pudiera oír.
Allá empuñaste la espada,
y se quedó para aquí
el sacarla. Sólo a mí
me toca el no decir nada.
D. PEDRO. Primero quiero saber
en lo que estáis admitido,
premiado y favorecido
del amor de esta mujer.
D. JUAN. Aquí os sobra el preguntar,
supuesto que a reñir vengo
tan sin dicha, que aun no tengo
nada que poder callar.
Doña Juana no es mujer
que pueda dar ocasión
a más que una remisión
de intentar y padecer.
D. PEDRO. ¿Y si le hago declarar
que yo soy el venturoso?
D. JUAN. Ya será entonces forzoso
el sentir y no inquietar.
D. PEDRO. Pues volvamos, y le haré
que así lo diga.
D. JUAN. En rigor,
en cuanto toca a su amor (1)
satisfecho quedaré.
Pero de hacerme salir
al campo desde el lugar,
yo no lo puedo excusar
sino sólo con reñir.
Muchos que al campo han venido
no riñen en la ocasión
sólo por tener razón,
sino porque ya han salido;
y aquí pretende tener,
olvidado de mi amor,
satisfación mi valor.
D. PEDRO. Alto, pues, si ello ha de ser.
Gente viene al desafío.
D. JUAN. Pues esa barca tomemos
y con ella pasaremos
a esotra parte del río.
D. PEDRO. Al fin, Girón.
D. JUAN. El poder
de vuestra espada me absuelve,
que el que con vos se resuelve
a todo se ha de atrever.

(*Vanse. Salen* DON LUIS y DON DIEGO, *viejos;* HERNANDO y GUZMÁN.)

HERNANDO. En la barca se han metido,
y pienso que a reñir van
a esotra parte.
D. DIEGO. ¿Ah, don Juan?
D. LUIS. ¿Ah, don Pedro?
D. DIEGO. En el oído
hace defensa el valor
a las voces que les damos,
que ya en vano los llamamos,
aunque nos miran mejor. (2)
D. LUIS. Con tan noble valentía
pienso que quieren los dos
darnos que invidiar ¡por Dios!
HERNANDO. Echarme, señor, quería
al agua.
D. DIEGO. ¿Sabes nadar?
HERNANDO. Poco contra la corriente,
y por eso solamente
pienso que lo he de dejar.
D. LUIS. Cien ducados le daré
al que de los dos, volando,

(1) En A. "a su honor", y encima "a mi amor"
(2) En A. tachado este verso y de otra letra: "que los incita el honor".

por la puente rodeando,
a tiempo llegue.

GUZMÁN. Seré
un torbellino.

HERNANDO. Eso no.

GUZMÁN. Suelta.

HERNANDO. Arrancaste primero,
y a toda ley llevar quiero
esto de ventaja yo.

*(Vanse.)*

D. LUIS. Señor don Diego, esto es hecho;
las espadas han sacado;
mídase con mi cuidado
el valor de vuestro pecho;
y pues no lo remediamos,
volver el rostro es mejor
al peligro y al dolor.

D. DIEGO. Bien decís, no los veamos.
Sois valeroso y prudente.

D. LUIS. No los quiero ver.

D. DIEGO. Ni yo.

D. LUIS. Nunca el alma se animó
en mí tan cobardemente,
porque ya en tales enojos
me resisto arrepentido,
que el hijo menos querido
siempre es imán de los ojos.

D. DIEGO. Aunque quisiera volver,
no me sé determinar,
que el alma quiere mirar
y el honor no quiere ver.
Pues está igual en los dos
la nobleza y la osadía,
propongo de parte mía,
haciendo testigo a Dios,
de perdonar, si muriese
mi hijo, al vuestro.

D. LUIS. Eso es dar
a mi valor que envidiar.
No porque si el mío muere
no os doy, como caballero,
la misma palabra, no,
sino que quisiera yo
haberlo dicho primero.

D. PEDRO *(dentro).* ¡Muerto soy!

D. LUIS. ¡Válgame el Cielo!
Aquél, si yo no me engaño,
es mi hijo.

D. DIEGO. Y mío el daño,
aunque con algún consuelo.
¡Ojalá que se trocara
la suerte; pluguiera a Dios!

D. LUIS. Lo mismo os dijera a vos
si a vos el daño os tocara.

*(Salen un* ALGUACIL *y un* ESCRIBANO.*)*

ALGUACIL. El uno cayó en el suelo
y el que le dió viene ya
con la barca.

D. LUIS. Aquí tendrá
amparo en mi desconsuelo.
¡Teneos!

*(Saca la espada.)*

ALGUACIL. El que viene allí
deja muerto a un caballero.

D. LUIS. Ese es mi hijo, y no quiero
que le prendáis, que yo aquí
soy la parte solamente.

ALGUACIL. Cuando eso a mí me constara,
lo que sólo me obligara
es prender al delincuente.

D. LUIS. Aquí no hay que replicar,
y esto en efeto ha de ser,
que le sabrá defender
quien le sabe (1) perdonar.

ALGUACIL. ¡Aquí del Rey!

D. LUIS. Yo, villano,
le doy al Rey mi favor;
pero tiene el ofensor
hoy el (2) sagrado en mi mano.

D. DIEGO. Mirad, señor, que os perdéis.

D. LUIS. Poned vuestro hijo en cobro,
que para estos dos yo sobro.

*(Mételos a cuchilladas.)*

D. DIEGO. Eterno al mundo os hacéis.

*(Sale* DON JUAN *con la espada desnuda y la valona ensangrentada.)* (3)

¿Qué es lo que has hecho, trai-

D. JUAN. A don Pedro dejo herido. [dor? (4)
¿Qué es aquello?

---

(1) En A, "pudo".
(2) En A, "su".
(3) En A, "y el cuello ensangrentado".
(4) En A se enmendó después esta redondilla así:

"¡Ah, traidor! ¿Qué es lo que has hecho?
D. JUAN. A don Pedro dejo herido.
¿Qué es aquéllo?
D. DIEGO Ha defendido
tu prisión con noble pecho."

D. DIEGO. Ha defendido
tu prisión con su valor.
D. JUAN. Pues siendo ansí, no es razón (1)
que agora, señor, me cuadre,
que hijo de tan noble padre
se muera sin confesión.
Por él vuelvo.
D. DIEGO. ¿Solo? Advierte,
demás de estar convencido...
D. JUAN. Nunca a un noble agradecido
le hizo estorbo la muerte.

*(Vase.)*

D. DIEGO. Mi confusión dividida,
mis sentidos tiene en calma,
que allí me llevan el alma
y aquí me dejan la vida.

*(Sale el* REY DON FERNANDO *con gente de caza y* DON LUIS.)

D. LUIS. Vuestra majestad, señor,
me escuche.
REY. ¿Quién fué el herido?
D. LUIS. Mi hijo, señor, ha sido,
y defiendo al ofensor;
que don Diego, que está aquí,
lo mismo pienso que hiciera
si su hijo, señor, fuera
el desdichado. ¡Ay de mí!
REY. (Casi tengo envidia yo.)
¿Adónde el herido está? (2)
D. LUIS. Con él, señor, viene ya
el mismo que le hirió,
y no se atreve a llegar.
REY. Advertilde que aquí estoy
y por seguro le doy
mi palabra.
D. DIEGO. Eso es mostrar
tu católica grandeza,
inmortal contra el olvido.

*(Vase.)*

REY. En todos ha competido
el valor con la nobleza.
¿Por qué riñeron?
D. LUIS. Yo creo
que por celos, y no sé
quién, señor, la causa fué.
REY. Ni yo saberla deseo;
que de cualquiera mujer
que sea, es justa razón
no aventurar la opinión,
y no lo quiero saber.

*(Saca* DON JUAN *a* DON PEDRO *en los brazos herido, y* DON DIEGO *con los* LACAYOS.)

D. JUAN. Señor...
REY. No me digas nada,
que ya tu culpa sabida
y de don Luis defendida,
de mí ha de ser perdonada.—
¿Cómo estáis?
D. PEDRO. Con tal favor
de estar don Juan perdonado,
me siento más alentado.
REY. (No he visto mayor valor
en mi vida.) En un caballo
de esos llevarle podéis.—
Y vos, don Juan, no dejéis
su persona hasta curallo;
que quien supo convertir
la ofensa en obligación,
sabrá obligar y asistir.
D. JUAN. De su lado, gran señor,
no me apartaré un momento.
REY. Sea vuestro sentimiento
castigo de vuestro error;
al lugar volverme quiero,
pues donde vine a buscar
una garza que matar,
hallo herido un caballero.

*(Entranse con el* REY, *llevando en peso a* DON PEDRO, *con que se da fin a la jornada primera.)* (1)

FIN (2)

## JORNADA SEGUNDA (3)

*(Salen* BELTRÁN, DOÑA JUANA *y* LEONOR.)

BELTRÁN. Pasa, sin que falte un punto,
como aquí lo he referido.

---

(1) Se enmendó en A luego este verso, así: "su padre.
D. JUAN. Pues no es razón".

(2) En B, "El herido, ¿dónde está?"

(1) Falta esta acotación en A.

(2) A continuación hay, en una hoja que ha servido de cubierta, el siguiente reparto:

*Antonio.*—Don Juan. *Simón.*—Don Pedro. *Autor.*—Hernando. *Cánovas.*—Guzmán. *Navarrete.*—El Rey. *Damián.*—Don Luis. *Luis de Salazar.*—D. Diego. *Salcedo.*—Beltrán. *Ana de Moya.*—D.ª Juana. *Catalina.*—Doña María. *La mujer de Navarrete.*—Leonor. Toreadores.—*Marcos y Grajales.*

(3) En B este encabezado dice: "2.ª jornada de la famosa comedia de *La Competencia en los nobles*."

D.ª JUANA. Si después de estar herido
volvió por él, te pregunto;
que siendo ansí, no creo yo
que ha sucedido en España
tan piadosa y noble hazaña.

BELTRÁN. A los pies del Rey llegó
con el herido en los brazos,
haciendo en esta piedad,
delante su majestad,
caracteres de sus lazos.
Y pienso que si bajara
Marte a matar desde el cielo
y en la humanidad del suelo
su valentía ostentara (1)
con poder irresistible,
herir pudiera matando;
pero ofender obligando
parece cosa imposible.

LEONOR. El negocio es como quiera.
Comparado con don Juan,
lo que cuentan de Roldán
es fábula y es quimera.

D.ª JUANA. Cuando él no hubiera hecho más
que teneros obligados
siendo vosotros criados
y él pobre, no me dirás
tanto como yo, Leonor,
creeré; mas de su parte
tengo yo para escucharte
los principios de tu amor.
Mas porque no me juzguéis (2)
tan fácil en mis acciones,
que fundo mis opiniones
en mí, quiero que me deis
vuestro parecer, a quién
me está más a cuenta a mí
el dar la mano.

BELTRÁN. Al que a ti
te pareciere más bien,
y así será en tus enojos
el error menos injusto,
porque las culpas del gusto
se han de comprar con los ojos.
Y aunque ya pasan los bienes
por méritos, yo, señora,
a don Juan me inclino agora.

D.ª JUANA. Bonísimo gusto tienes.—
¿Y tú?

LEONOR. Lo mismo te digo,
y el primer voto concedo.

D.ª JUANA. De esa suerte muy bien puedo
resolverme yo conmigo.
Don Juan, a mi parecer,
no me quiere ya, Leonor,
porque es el fin del amor
principio de aborrecer.
Hoy hace que no le veo
ocho días justamente,
y pienso que se arrepiente,
cansado ya en su deseo,
de esperar y de asistir.

BELTRÁN. Don Juan está disculpado.

D.ª JUANA. ¿Qué disculpa le has hallado?

BELTRÁN. La del no poder venir.
Su majestad le mandó
que a don Pedro no dejase
en tanto que le curase,
y de suerte obedeció
el valiente caballero,
que un punto no se ha quitado
de su cama y de su lado.

LEONOR. ¡Qué valor tan verdadero!

BELTRÁN. Tal ha sido su asistencia,
que en lo que asiste y padece
pariente pobre parece
con esperanza de herencia

D.ª JUANA. ¿Don Juan, en efeto, ha sido
su enfermero?

BELTRÁN. Y tan piadoso
como he dicho.

D.ª JUANA. Valeroso
por dos caminos ha sido,
pues ha sabido mostrar,
según se deja advertir,
que es valiente para herir
y piadoso en el curar.
Su mismo presente quiero
enviarle de sangría
a don Pedro, Leonor mía,
con dos fines: el primero,
porque empiece a conocer
mi poco gusto, pues yo
le vuelvo lo que él me dió
sin que se pueda ofender;
y el segundo sólo mira
a despertar a don Juan,
que los celos siempre dan
desvelo a quien se retira,

(1) En A, "sustentara".

(2) En A se encuentran este verso y el siguiente así:

"Pero porque no juzguéis
tan fáciles mis acciones".

y así podremos quedar
conformes con nuestro intento. (1)
LEONOR. A tu claro entendimiento
rindan la tierra y el mar
suspensas admiraciones. (2)
D.ª JUANA. Ya por don Juan y por mí
se han de reputar aquí
por lisonjas tus razones.—
Mucho me importa, Beltrán,
que mi intento logres bien,
que sí harás como estén
juntos don Pedro y don Juan;
que yo de tu entendimiento
confío esta vez ¡por Dios!,
el conocer en los dos
el gozo y el sentimiento.
BELTRÁN. ¿Y podré decir tu amor
al que quieres?
D.ª JUANA. No, Beltrán,
que mis disgustos están
cifrados en ese error.
Déjale desconfiar
si le quieres firme amante,
que nunca hay amor constante
en llegando a confiar.

(*Vanse, y salen* HERNANDO *y* GUZMÁN.)

GUZMÁN. La buena comodidad
con que en casa habéis estado
pienso, Hernando, que os ha dado
prestada la caridad.
Piadoso enfermero hacéis,
y presumo cabalmente
que os ha inclinado al doliente (3)
lo que a su costa coméis.
Y aun pienso, si a tantear
me pongo vuestra alegría,
que tomarais cada día
una herida que curar.
No hay en esto más substancia
que lo espléndido del gasto,
que sois enfermero a pasto
como caminante en Francia.
Ya está bueno.
HERNANDO. ¿Que nos vamos
queréis? Aún no está cerrada
la herida.
GUZMÁN. No importa nada,
que por cerrada la damos.
HERNANDO. ¡Juro a Dios que no ha de haber
señal de que allí se dió
estocada cuando yo
me vaya!
GUZMÁN. Eso es hacer
mi razón mal entendida;
pues ¡vive Dios! que os estáis
porque la hambre matáis
más que por curar la herida.
HERNANDO. Eso está mal dicho.
GUZMÁN. Aún bien,
que mal pensado no está:
mi amo está bueno ya
y bien curado también,
y quien en eso ha dudado
no sabe de cirugía.
HERNANDO. Ya no está la enfermería
para ningún hombre honrado.

(*Salen* DON PEDRO *y* DON JUAN.)

D. PEDRO. Tanto obligado me habéis,
que por justa recompensa
se me ha olvidado la ofensa
con la merced que me hacéis;
y dudo cuál en su grado
mayor extremo haya sido,
el valor de haberme herido
o el bien de haberme curado.
Y vengo a considerar
que sólo sabéis herir
para enseñar a reñir,
pero no para matar;
y el alma, al fin, dividida
en la piedad y el rigor,
por el gusto del favor
os agradece la herida.
D. JUAN. Tan generoso os preciáis
de honrar y de agradecer,
que no os quiero responder
cuando sé que me obligáis.
En el campo conocí
vuestro animoso valor,

(1) Los seis versos anteriores están tachados en A y sustituídos, al margen, de otra letra, con las variantes que siguen:

"desvelos a quien los mira;
y así podemos quedar
conformes en nuestro intento.
LEONOR. Señora, tu calidad,
tu valor y tu experiencia
no debe hacer diligencia";

y de éstos también tachados los cinco últimos.

(2) En A falta este verso y sustituído, con la letra de las enmiendas, con este otro:

"parias por tus invenciones."

(3) En A, "que os inclina del doliente".

y que sois el vencedor
en todo os confieso aquí.
Que si os herí peleando
esa fué ventura mía,
y la mayor valentía
es el vencer obligando.
D. PEDRO. Sólo que advirtáis es justo
que en un tan gran caballero
no cabe el ser lisonjero.
D. JUAN. Tanto hablando en vos ajusto
lo que siento a lo que digo,
que nacen de una impresión
la alabanza y la intención.
D. PEDRO. Sois mi verdadero amigo,
y os ruego que lo dejéis.
HERNANDO. (Aprended.
GUZMÁN. Lo que en los dos
es pura nobleza, en vos
cariño a lo que coméis;
y en mi ignorancia sería
hacer, Hernando, igualdad
de lo que es noble amistad
con pura glotonería. (1)
HERNANDO. Plebeyo al fin. (2)
GUZMÁN. Pero sano
y en los tiempos prevenido,
que un lacayo mal vestido (3)
sólo vive en el verano.
HERNANDO. Agradeceldo al respeto
que debo.
GUZMÁN. ¿Tan pobre estáis
que aun respeto no pagáis?
HERNANDO. Ando, Guzmán, en efeto
con la cara descubierta.
GUZMÁN. Y con el cuerpo también.
HERNANDO. Como lacayo de bien (4)
puedo andar...
GUZMÁN. De puerta en puerta.)
D. PEDRO. ¿Qué es ésto?
GUZMÁN. Retazos son
que de un enojo han sobrado.
HERNANDO. (Sois un necio confiado.
GUZMÁN. Vos un pobre comilón.)
D. PEDRO. ¿Queréisme, don Juan, decir
una verdad, satisfecho
de la lealtad de mi pecho?
D. JUAN. Nada os tengo de encubrir.
D. PEDRO. Lo que yo saber querría
es sólo si os da cuidado,
con el desvelo pasado,
vuestro amor.
D. JUAN. ¡Por vida mía,
que pongamos en olvido
disgustos que ya pasaron,
supuesto que me obligaron
a ser con vos atrevido!
D. PEDRO. Pues esta merced, don Juan,
me habéis de hacer, que no es justo
que puedan darnos disgusto
los que ya pasado han.
Y si recatado os veo,
diré que me habéis curado
la herida que me habéis dado,
pero no la del deseo.
D. JUAN. Bien sé que fué un imposible
el que pretendió mi amor
con tan gran competidor;
pero tampoco es posible
el poderme persuadir
a olvidar y no querer,
supuesto que el padecer
es menos mal que el morir.
Y cuando a volver atrás
se reducen mis intentos,
son mis propios pensamientos
los que me enamoran más.
Quiero resistirme y temo,
quiero alentarme y suspiro,
cierro los ojos y miro,
huyo del fuego y me quemo.
Y, viéndome padecer,
me determino, en rigor,
por no acrecentar mi amor,
a no dejar de querer.
D. PEDRO. De una causa los extremos
padecemos igualmente,
siendo en un mismo accidente
un dolor el que tenemos;
y estimo mucho que aquí
me deis vos esa disculpa,
porque después de mi culpa
no podáis culparme a mí.
D. JUAN. De vuestro padre y el mío
quedamos alicionados
en la pendencia del río;

(1) Los cuatro anteriores versos, tachados en A.
(2) Tachada en A la palabra "Plebeyo", y sustituida por la de "Pícaro".
(3) Tachadas en A estas dos palabras, y sustituidas por la de "descosido."
(4) Este verso y el siguiente enmendados, de otra letra, en A, así:

"HERNANDO. Ando como hombre de bien.
GUZMÁN. Sí; pero de puerta en puerta."

pues viendo en los dos igual
el intento y la osadía,
con gallarda valentía
y con pecho liberal
se pusieron a esperar
conformes el mal y el bien,
resolviéndose también
a sufrir y a perdonar.
Y pues en ellos tenemos
una imagen que nos da
vivo ejemplo, bien será
que también los imitemos.
En este amor compitamos
sin que se ofenda ninguno,
y pretenda cada uno
el premio que deseamos.
Sea el más favorecido
el que más dicha tuviere,
y no se ofenda el que fuere
de los dos el excluido.
Introduzga la nobleza
su valor en la codicia;
que el pretender con malicia
toca en acto de bajeza.

D. PEDRO. Sólo aceptaré el partido
en competencia de amor;
que a ser en la del valor
yo me diera por rendido.
Cada uno ha de oponerse
fiado en su diligencia,
sin que en esta competencia
pueda ninguno ofenderse.
Y, porque en nada podáis
tener queja de mí, quiero
desengañâros primero
que vuestro amor resolváis.
Con doña Juana he tratado
mi casamiento, y ha sido
solamente detenido
por lo que se ha dilatado.
Y aunque no vaya en ella
disposición de quereros,
en el alma siento el veros
tan lejos de aborrecella.

D. JUAN. Hasta que lleguéis a unir
las almas podrá durar
este engaño en que he de estar
por no dejarme morir;
y después de vos casado
pagaré el haber vivido
de mi ignorancia ofendido
con morir desengañado.

[illegible]

BELTRÁN. Doña Juana, mi señora,
cuidadosa justamente... (2)

D. PEDRO. Esperad, pues sois prudente,
que lo mostraseis agora
quisiera con tal valor
en no escuchar el recado
que me trae este criado,
que presumo que es favor.
Y cuando en este lugar
éste y otros muchos entren
no quiero yo que se encuentren
mi dicha y vuestro pesar;
que saben, don Juan, los cielos
cuánto mi gusto limito
si a esta gloria no le quito
la pena de vuestros celos.
Porque aunque pretendo yo
el premio de mis suspiros,
sólo quiero competiros,
pero disgustaros no;
y en decir que os vais os doy
el más conveniente medio.

D. JUAN. [illegible]
si sé por lo que me voy?
Consuelo fuera al dolor
irme sin saber por qué,
pero no con lo que sé;
y supuesto que en mi amor,
viendo favores ajenos,
es fuerza volver atrás,
cada desengaño más
es una ignorancia menos.
Demás de que sólo en mí
será consuelo, por Dios,
el ver que se emplea en vos
la dicha que yo perdí;
y con irme hago mayor
en la desdicha el desvelo,
porque aquí nace el consuelo
de la causa del dolor.
Da tu recado.

BELTRÁN. [illegible] (3)

D. JUAN. No tienes de qué turbarte;
que también me cabe parte

(1) [illegible]

(2) [illegible]

(3) [illegible]

del bien de don Pedro a mí.
Y si el haberte turbado
es de parte de tu dueño,
este generoso empeño
del alma está disculpado;
porque tan bien obra y piensa,
que con muy justa razón
se acredita en su elección
y se disculpa en mi ofensa.

BELTRÁN. (No he visto en toda mi vida
tan hidalgo competir.
¡Qué bien se sabe medir
una paciencia ofendida
con un noble corazón!)

D. PEDRO. Dad el recado, Beltrán;
que desto gusta don Juan,
y obedecerle es razón.

BELTRÁN. Mi señora doña Juana,
en fe del gusto que siente
de veros convaleciente,
piadosa, amante y humana,
a suplicaros me envía,
por el cuidado en que está,
que le digáis cómo os va
de salud y mejoría. (1)

D. PEDRO. Cuando en mi vida faltara
natural conocimiento,
justamente en mi contento
mi salud se acrecentara.
Y por que quede mejor
mi regocijo entendido,
di sólo que he recebido
su presente y su favor;
y ven, llevarás, Beltrán,
una joya de diamantes.

*(Vase.)*

GUZMÁN. Estos sí que son amantes.
Al tope el pobre don Juan
boqueó en la competencia;
porque el amo y el criado
por ser pobres se han quedado
a la luna de Valencia.

D. JUAN. Aquí, Hernando, se acabó
mi esperanza y mi quietud.

HERNANDO. Que no tuviera salud
don Pedro quisiera yo;
porque en esta adversidad
como sanguijuela he sido,
supuesto que estoy asido
a su misma enfermedad.
Y tengo razón, señor,
de sentir su mejoría;
pues la buena dicha mía
consta de su mal humor.

D. JUAN. ¡Oh, nunca al Cielo pluguiera
que el esplendor oriental
del sol en ningún metal
alma de luz infundiera;
y que, sin ser diferentes
el poder y la pobreza,
constara nuestra riqueza
de los campos y las fuentes!
Porque al ser noble repugna
con injusta emulación
la desigual división
de los bienes de fortuna.
¡Ay, Hernando!

HERNANDO. ¡Ay, mi señor!

D. JUAN. ¿Quéjaste también?

HERNANDO. Me admiro,
y aforro en otro suspiro
el tuyo.

D. JUAN. ¿Hay tan gran dolor
como el verse despreciado
un hombre?

HERNANDO. El verse acabar,
sin poderlo remediar,
con un dolor de costado,
es mayor.

D. JUAN. Desde este punto
entre mil ansias escribo:
"En este sepulcro vivo
yace un corazón difunto."
Ya murió mi sufrimiento.

*(Paséase.)*

HERNANDO. ¡Háyale Dios perdonado!,
que murió de enamorado
por falta de entendimiento.

D. JUAN. Sola el alma viva está,

*(Paséase furioso.)* (1)

supuesto que nunca muere,
y miente quien no dijere
que yo estoy sin vida ya. (2)

---

(1) En A, y de la letra de las enmiendas, se añade al margen

"Y conociendo, señor,
el disgusto con que estáis,
os suplica recibáis
este pequeño favor."

(1) Esta acotación y la anterior faltan en A.

(2) En A se tachó este verso y puso encima este otro:

"que quedo sin vida ya".

HERNANDO. Conforme el libro del duelo
de los difuntos, quedara
cargado si replicara.
Téngate Dios en el Cielo,
que eras una palomita,
y agradezco a tu dolor
que te hayas muerto, señor,
sin paso de locurita.

(*Sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¿Qué tiene don Juan, Hernando?
HERNANDO. Caprichos de buen amante;
pero no os pongáis delante,
que pienso que está rabiando.
Que en vuestra ama es cosa clara,
según se ha visto en don Juan,
que está mordiendo, Beltrán,
un palmo de buena cara.
BELTRÁN. Pues ella ¿en qué puede ser
ocasión destos desvelos,
siendo un ángel de los Cielos?
HERNANDO. También lo fué Lucifer,
y trata ya solamente
de afligir y atormentar.
BELTRÁN. Pues yo le he de consolar.
HERNANDO. Si habéis traído un presente
que es causa deste dolor,
¿qué nos queréis?
BELTRÁN. Yo confieso
que le he traído.
D. JUAN. ¿Qué es eso?
HERNANDO. Beltrán está aquí, señor.
D. JUAN. El sin dicha, al fin, he sido.
¿Es ésta la recompensa
de mi amor?
BELTRÁN. Quien eso piensa
a sí mismo se ha ofendido.
D. JUAN. ¿Qué llevas a doña Juana?
BELTRÁN. Una joya de diamantes,
señor; pero no te espantes
de que, piadosa y humana,
disfrace su inclinación;
que en esto hay mucho escondido
para ti, y no has entendido
el alma de la intención.
Si verte dichoso quieres,
asiste, espera y confía,
y corran por cuenta mía
los desaciertos que hicieres.
D. JUAN. ¿Qué dices?
BELTRÁN. Que tus cuidados
tienen el mejor lugar,
y que no dejes de amar,
si es que quieres ver premiados
tus intentos siempre buenos;
que ella, aunque afligido estás,
ni puede quererte más
ni puede ofenderte menos.

(*Vase.*)

D. JUAN. Ya vuelvo a vivir con esto
con más alma y más sentido.
HERNANDO. ¡Gracias a Dios que has venido
del otro mundo tan presto!
D. JUAN. ¿Hacía extremos?
HERNANDO. ¿Pues no?
Sólo te faltó el dejar
caer la capa y pensar
que era doña Juana yo.
Y si Dios no lo remedia,
hay requiebro y tarquinada,
una cosa muy usada
en amantes de comedia.
Don Pedro viene hacia aquí;
por ser su criado me holgara
que el viento se nos trocara.
Tráeme sin juicio a mí
con tu pobreza.
D. JUAN. Pues fía
de mí el sufrir y el callar;
que siempre, Hernando, ha de estar
tu suerte asida a la mía.

(*Salen* DON PEDRO *y* GUZMÁN.)

D. PEDRO. En las pendencias de amor
dos corazones leales
deben, con armas iguales,
mostrar, don Juan, su valor.
Y, según esto, querría
que en aquesta competencia
no hubiese más diferencia
que vuestra suerte y la mía.
En lucir y en pretender
mi hacienda habéis de gastar;
que en nada os ha de llevar
la ventaja mi poder,
y así mostraréis mejor
lo que sois, porque es vileza
que perturbe la pobreza
los méritos del valor.
Que seamos quiero los dos
iguales en el vencer,
que en nada me he de valer
de lo que no podéis vos.

Su Majestad quiere honrar
las fiestas que ha publicado
Toledo, y me ha convidado;
y después de tornear
entrar en las cañas quiero,
porque Toledo me deja
que pueda yo en mi pareja
elegir el compañero;
y que lo fueseis querría,
que doña Juana ha de estar
en la fiesta, y es lograr
los dos igualmente el día.

D. JUAN. Tanto me habéis obligado,
que cuando en algo pudiera
competiros, no lo hiciera
llevándome a vuestro lado;
y quiero que sólo vos
esta ventura logréis,
que por la que a mí me hacéis,
que no haré, os juro por Dios,
jamás diligencia alguna
que a vos os pueda estorbar,
si no es dejarme llevar
en brazos de mi fortuna.

(*Sale* DON LUIS.)

D. LUIS. Bien puedes, hijo, atreverte
a tu mal, bizarreando,
que el Católico Fernando
entra en casa y viene a verte.
Y ya con razón podrán
en el tiempo volador
hallar con este favor
mis años otro Jordán.
Que, por justísimas leyes,
en la mayor senetud
pueden infundir salud
las visitas de los Reyes.

D. JUAN. Inadvertencia sería
el esperarle yo aquí;
que ya, por lo menos, fuí
delincuente, y no querría
que pruebe este atrevimiento
lo que con él merecéis.

D. PEDRO. Antes quiero que fiéis
de mí su agradecimiento.

(*Sale el* REY DON FERNANDO *y acompañamiento.*)

Deme Vuestra Majestad
los pies.

(*De rodillas.*)

REY. Que os levantéis quiero,
si no es que esperáis primero
el premio desa humildad.
¿Cómo os sentís?

D. PEDRO. Ya, señor,
pudiera verse en mi vida
mi salud restituída
con tan inmenso favor,
cuando no hubiera tenido
a don Juan por enfermero,
porque es tan buen caballero,
que dejarme no ha querido
un punto desde aquel día
que noblemente me hirió.

REY. En mi vida he visto yo
tan hidalga valentía.
Estos los soldados son
que yo he menester llevar
cuando vaya a conquistar
a Granada; al fin, Girón.
Muy bien nos dais a entender
de vuestra sangre el valor.

D. JUAN. Esto ha sido, gran señor,
solamente obedecer.
Vuestra Majestad mandó
que un punto no le dejase
en tanto que se curase;
y hasta que le he visto yo
levantarse no he querido
apartarme de su lado.

REY. Lo que sois habéis mostrado,
de que estoy agradecido.

D. PEDRO. Tan en su favor están
sus méritos, que podré
suplicar por él.

REY. Bien sé
lo que merece don Juan.

D. PEDRO. Tanto, señor, ha servido
en diversas ocasiones,
que puede, por mil razones,
ser a muchos preferido;
y demás desto, señor,
su calidad...

REY. Bien está:
por mi cuenta corre ya
el premio de su valor.
Vos, al fin, salud tenéis.

D. PEDRO. Y tan alentado estoy,
señor, que de fiestas soy
con la merced que me hacéis.

REY. Antes que parta a Granada
venturosa hacer querría
con principios de alegría

la intención de mi jornada.
¿Don Juan?
D. JUAN. ¿Señor?
REY. Informado
de vuestra nobleza, quiero
consultar el compañero
a quién he de dar mi lado
con vos.
D. JUAN. Si posible fuera
que nuevos mundos criara
el Cielo, en ello faltara
quien merecerlo pudiera;
pero supuesto, señor,
que es forzoso el darle aquí,
nadie me parece a mí
que lo merece mejor
que don Pedro.
REY. Al fin, tú has hecho
elección muy acertada.
D. LUIS. Humilde rinda Granada
a tu católico pecho
su coronada cabeza.
D. PEDRO. Rendida veas también
de la gran Jerusalén
la inexpugnable grandeza.
REY. La dama de la pendencia,
¿por quién quedó?
D. PEDRO. Por quien fuere
más venturoso y tuviere
en aquesta competencia
mejor fortuna.
REY. ¿Ha de ver
las fiestas?
D. PEDRO. Pienso que sí
REY. Armas te da contra sí
don Juan, pues te quiere hacer
mi compañero ese día,
favorable en vuestro amor.
D. PEDRO. Los que compiten, señor,
con prudencia y cortesía
no de su naturaleza
degeneran deseando;
que el competir estorbando (1)
es en los nobles bajeza.
El que en sí no pudo hallar
partes para competir
sólo aspira a deslucir
las que pudiera envidiar;
y como don Juan por sí
tiene su causa segura,
aventajarse procura
honrándome siempre a mí.
REY. Venid conmigo los dos.
D. JUAN. Segundo Pílades nuevo,
la vida y el ser os debo.
D. PEDRO. Y yo mi salud a vos.

*(Vanse.)*

GUZMÁN. Hombre rico a toda ley;
¿qué le dice al seo Reclamo
esto de correr mi amo
parejitas con el Rey?
HERNANDO. Sí; pero fué menester
que el mío se lo dijese
para que el vuestro corriese.
GUZMÁN. Eso fué a más no poder.
Con esta grandeza humana,
que ha de ser, apostar quiero
a pagar de mi dinero,
de mi amo doña Juana,
y Leonor me toca a mí.
¿Qué será de verme entrar
en la plaza a torear
con el brillante tabí,
segurísimo decoro
de todo peón gallego?
HERNANDO. Lo seguro es lo que niego;
porque hay en Jarama toro
que anda desde mayo a mayo
y de San Juan a San Juan
pensando, hermano Guzmán,
en las calzas de un lacayo.
Y yo en tales ocasiones
a más de uno he visto entrar
en la plaza a torear
cargado de sus rejones,
fiado en su buen gobierno,
su ligereza resuelta,
y andar a la primer vuelta
hecho arracada de un cuerno,
muy desgobernado y flojo
al pueblo que está mirando,
como cíclope, mostrando
la cara con solo un ojo.
GUZMÁN. ¡Juro a Dios que le he de dar
al mejor toro en la cola
una cuchillada sola,
y que se la he de cortar!
HERNANDO. Sólo advertid que tenéis
muchas cuchilladas vos
por quien mirar.

(1) En A se enmendó este verso así:
"que el pretender injuriando".

GUZMÁN. ¡Vive Dios,
que lo he de hacer!
HERNANDO. Bien podéis,
si sois tan determinado
con la de Juanes desnuda;
pero yo me atengo, en duda,
al toro y pierdo doblado.

(*Vanse, y salen* DOÑA JUANA *y* LEONOR.)

LEONOR. Muy pensativa te veo.
D.ª JUANA. En pensamientos de honor
pienso que pago a mi amor
las tardanzas del deseo.
LEONOR. Pues no es bien, si ya se van
tus deseos aumentando,
que ansí vayas engañando
a don Pedro por don Juan;
y dar, al fin, es error
con aparentes favores
causa a dos competidores
siendo uno solo el amor.
D.ª JUANA. Que en parte tienes razón
confieso; pero no ha sido,
Leonor, lo que has entendido
el alma de mi intención.
Don Pedro es muy poderoso,
y fué a quien primero di
las esperanzas del sí
que pretende cuidadoso;
y despedir con desdén
resueltamente sería
faltar a su cortesía
y a mi obligación también.
Demás de que pienso yo
que un poco le satisfizo
favor, Leonor, que se hizo
de lo mismo que él me dió. (1)

(*Sale un* PAJE.)

PAJE. Doña María de Luna
dice que te quiere hablar,
y me ha empezado a informar
de su contraria fortuna
con los ojos, porque viene
muy afligida y llorosa.
D.ª JUANA. Dile que éntre; cuidadosa
de su venida me tiene.

(*Sale* DOÑA MARÍA DE LUNA *con manto.*) (2)

D.ª MARÍA. Esperaos todos ahí.

(*Vase* LEONOR.) (1)

D.ª JUANA. Señora doña María,
¿en mi casa?
D.ª MARÍA. Aunque este día
pudiera ser para mí
de mucho gusto, mis penas
no me dejan alegrar.
D.ª JUANA. Si os venís a consolar
conmigo, aunque son ajenas,
seguramente podéis
creer que las siento tanto
como vos. Toma este manto,
Leonor.
D.ª MARÍA. Sólo que escuchéis
os suplico, doña Juana (2)
de Castilla y de la Cerda,
amiga del alma mía
y dignamente heredera
de la más ilustre sangre
que en España se celebra.
Como a mujer, como a noble,
como a prudente y discreta,
mi pasión vengo a deciros
y a confesar mis flaquezas. (3)
A don Pedro de Toledo...,
—¡triste yo, y cómo quisiera
olvidar memorias mías,
por no referir ofensas!—,
creí, y marchitó las flores
de mi cándida pureza,
dilatando con engaño
su intención dos primaveras.
Vivas lágrimas vertía
escribiendo en cada letra,
y en el papel iban todas
con su rejalgar envueltas.

(1) Los cuatro versos anteriores, tachados en A.
(2) En A dice esta acotación "(*Entra* DOÑA MARÍA.)"

(1) Falta en A esta acotación.
(2) En A este lugar está enmendado, de diferente letra, así:

"como vos. Toma este manto,
Leonor.
MARÍA. Que sola os quedéis
aquí os suplico.
JUANA. Leonor
es mujer de quien yo fío
mis secretos.
MARÍA. No porfío,
aunque le pese a mi honor,
generosa doña Juana", *etc.*

(3) Los seis versos anteriores y los cuatro que siguen están tachados en A; pero restablecidos, de otra letra, al margen, sin más diferencia que este verso, que dice:

"y mi sentimiento en ella".

Pero lágrimas vertidas
sobre razones discretas
aún resistencia no hallaran
en un corazón de piedra.
¡Ay de mí! Que yo pensaba
que siempre en los hombres eran
las palabras y las obras
hijas de una causa mesma,
y a un mismo tiempo conozco
el desengaño y la ofensa
cuando voy pagando yo
mi ignorancia con mis penas.
Más de lo que yo pedía
me ofrecieron sus cautelas;
que todos son generosos
entre tanto que desean,
y he venido a conocer
en lo que agora me niega
que sólo para engañarme
tenía el alma en la lengua.
Tan dulcemente obligaban
sus palabras halagüeñas
que, aun cometida la culpa,
están negando la ofensa.
Tales fueron sus razones, (1)
que entonces es cosa cierta
que hizo más en fingirlas
que agora en desconocellas.
Esta cédula presento
de su firma y de su letra
ante el tribunal supremo
de tu piadosa clemencia.
Este fué el primer ardid
y esta la industria postrera
con que rindió mis sentidos
y sujetó mis potencias.
Y agora, después que ya
triunfó de mi honor, alega
que los contratos del gusto
hasta alcanzar tienen fuerza,
y, finalmente ¡ay de mí!,
porque te adora me deja,
y por sólo hacerte suya
quiere que yo no lo sea.
Mi honra, puesta (2) a tus pies,
te pide que sólo adviertas
que a ti sin él no te falta
y que yo quedo sin ella;
y, si no lágrimas mías,
tu misma sangre te mueva,
pues, siendo mujer, te hago
jüez en tu causa mesma.
Desagravia y favorece
sin pasión, por que se vea
si mi agravio en mis desdichas
tu virtud en mi sentencia.

D.ª JUANA. De suerte has sabido aquí
justificarte obligando,
que quisiera, fía de mí,
querer mucho deseando
para hacer algo por ti.
Noble soy y te has fiado
de mí; en mi casa has entrado
a rogar y persuadir,
y de ella no has de salir
sin remediar tu cuidado.
Tanto me dejo obligar
de quien de mí se confía,
que quisiera yo comprar
agora con sangre mía
lo fácil de remediar. (1)
Pero poco he de poder
o esta cédula ha de ser
cumplida sin argüir,
y para hacerla cumplir
jüez y parte he de ser.

D.ª MARÍA. Déjame besar tus pies
por tan dichoso interés,
que sólo a tan grave mal
pudiera en nobleza tal
hallar remedio.

*(Sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. Después
que yo a don Pedro le di
el presente y el recado
que llevaba, me dió a mí
esta joya, en que ha mostrado
su voluntad.

D.ª MARÍA. ¡Ay de mí!

D.ª JUANA. Poco satisfecha está
quien se turba de esa suerte.
Que has puesto en mis manos ya
toda tu justicia advierte.

D.ª MARÍA. Ese recado podrá...

D.ª JUANA. Sólo en la apariencia son

(1) En B, "caricias".
(2) En B, "postrada". También en A; pero fué tachada la palabra y sustituida por la que aceptamos.

(1) En A, tachados estos cinco versos y al margen la nota "No" de los cómicos. En otros casos semejantes ponían "Sí", o bien "Dícese".

culpas las que tú has de ver:
pon la fe en el corazón
y resuélvete a creer,
sin los medios, la intención.

*(Sale Leonor muy alborotada.)*

LEONOR. ¡Jesús mil veces!
D.ª JUANA. ¿Qué tienes
que tan demudada vienes?
LEONOR. Hoy verás, por nuestro mal,
una batalla campal
si el remedio no previenes.
Por dos puertas diferentes
a un mismo tiempo han entrado
en casa tus pretendientes,
y los dos, en igual grado,
son resueltos y valientes.
D.ª JUANA. Pues don Pedro no ha de verte.
D.ª MARÍA. ¿Qué quieres que haga? (1)
D.ª JUANA. Esconderte.
D.ª MARÍA. Amiga, hermana, señora,
que está mi remedio agora
en tus manos sólo advierte.

*(Vase y salen Don Juan y Don Pedro cada uno por su parte, y quítanse los sombreros a un tiempo.)*

D. PEDRO. Señora...
D. JUAN. Señora mía...
D. PEDRO. Proseguid, que sólo espero
a que habléis ¡por vida mía!
D. JUAN. Empezastes vos primero,
y será descortesía...
D.ª JUANA. Dos almas quisiera agora
para escucharos.
D. JUAN. Señora,
si merece algún favor
el siempre constante amor
de un corazón que os adora,
que aquí a don Pedro escuchéis
primero que a mí os suplico.
D.ª JUANA. Tanto obligado me habéis,
que obedezco y no replico:
ya es fuerza que vos habléis.
D. PEDRO. Lo que os vengo a suplicar
es que me deis un favor
para entrar a tornear. (2)
LEONOR. (Nunca se puede olvidar
el noble de su valor.)

D. PEDRO. Y que en la plaza os halléis
si es que celebrar queréis
mi ventura, pues me ha dado
el Rey, mi señor, su lado
en las cañas que veréis.
D.ª JUANA. Bien mostró su majestad
su prudencia en su elección,
como yo mi voluntad
en la justa estimación
de tanta felicidad,
y el pláceme tanto bien
será muy justo que os den,
porque si algo en él faltó,
es el no haber sido yo
a quien se da el parabién. (1)
El favor que habéis pedido
es éste: en la gorra quiero
*(Dale su misma joya.)* (2)
que le saquéis, advertido
que es mi amor tan verdadero,
que no le habéis conocido;
que en esta casa tenéis
persona a quien vos debéis
más de lo que imagináis.
D. PEDRO. Bien, señora, la mostráis
en la merced que me hacéis.
Y para que mi ventura
fuese en todo más segura,
que hiciésedes hoy quisiera
la plaza dichosa esfera
del sol de vuestra hermosura; (3)
que con esto será el día
más festivo en su alegría,
más nobles mis pensamientos,
y lograré mis intentos
con gustosa gallardía.
D.ª JUANA. Seguro podéis entrar
de que en la plaza ha de estar
quien ha de ser vuestra esposa.
D. PEDRO. Con suerte tan venturosa
ya no tengo a qué aspirar. (4)
D.ª JUANA. Agora os toca el decir
a vos lo que pretendéis.
D. JUAN. Fácil está de advertir

(1) T[illegible] y de otra letra:
"Pues ¿qué he de hacer?"

(2) En A se [illegible] para decir "torear".

(1) Este y los cuatro versos anteriores, borrados en A, con la nota marginal "No".

(2) Esta acotación dice en B: "*(Dale la joya de diamante que le dió.)*"

(3) Este y los cuatro versos anteriores, tachados en A; pero restablecidos al margen, de otra letra. En el verso tercero falta la palabra "hoy".

(4) En A, "sperar"; pero debe ser descuido.

tras lo que ya dicho habéis,
que no tengo que os pedir,
y sólo ya mi impaciencia
llega a culpar mi imprudencia;
que con tal competidor
fué ignorancia de mi amor
esperar vuestra sentencia. (1)

(1) En B termina el acto con la acotación que dice: "(*Vase* Don Juan *muy despechado y* Don Pedro *con* Doña Juana, *con cortesías, con que se da fin a la segunda jornada de* La Competencia en los nobles.)"

En A acababa también en la primera copia el acto aquí con la palabra *Finis*. Pero después se añadió lo siguiente:

"Ya está tan puesto en razón
la justísima elección
que ya en don Pedro habéis hecho,
que me deja satisfecho
la culpa de mi intención.
Nunca mi amor aprobó
la esperanza que me dió,
porque yo, señora mía,
sus deseos competía,
pero con sus partes no.
Tantos años os gocéis
uno en otro transformados
si para en uno os queréis,
que del principio olvidados
aun del fin no os acordéis.

(*Vase* Don Juan.)

Leonor. ¡Ay, señora, no le aumentes
los pesares a don Juan!
D.ª Juana. Créeme, Leonor, que en mí están
hoy sus méritos presentes.

(*Vase* Doña Juana, *y quedan los tres.*)

Guzmán. Por fámulo del dichoso
me toca a mí el ser esposo
de Leonor.
Hernando. Eso sería
estando yo en Berbería,
o no siendo tan forzoso
quien, llegando a competir
el comparar a Torote...
Guzmán. ¿Con quién?
Hernando. Con Guadalquivir,
y a Judas Iscariote
con Tito.
Guzmán. Yo sé escribir
y [sé] leer de tirado
y soy hombre que ha soñado
que me han de hacer botiller.
Y no se ha de anteponer
a mí un lacayo menguado.
Leonor. Aquel que más animoso
aquesta tarde en el coso,
de una cuchillada sola
cortase al toro la cola,
aquése ha de ser mi esposo.
Guzmán. Vaya, puez. (*sic*)
Hernando. Yo me despido.
Guzmán. Yo he de salir vitorioso.
Hernando. Yo, Guzmán, soy el vencido.
Guzmán. Yo, Leonor, el venturoso
si llego a ser tu marido.

(*Fin de la 2.ª*)

A la vuelta de esta hoja hay la siguiente nota: "Con la noticia que tengo de sus buenas comedias de v. m. e benido a buscar ésta porque me an dicho es muy buena, estamos en duda si es conforme v. m. la iço i ansí le supp.co me la aga de pasar los hojos por ella esta noche queio lo serbiré y mañana a las nueve seré aquí a vesar a v. m. sus manos quia vida g.e dios.—Don Joan Alonso de moscoso." (*Rúbrica.*)

Con este acto acaba también el ms. B de la Biblioteca Nacional.

## ACTO TERCERO

de *La competencia en los nobles.*

(*Salen* Doña Juana, Doña María *y* Leonor.)

D.ª Juana. Yo pensé, (1) doña María,
que me estabas escuchando
lo que con él pasé hablando. (2)
D.ª María. Torpe bajeza sería.
Tus nobles intentos sé,
y así no quise escuchar
por no desacreditar
los méritos de mi fe.
En ti puse mi esperanza,
y no sería razón
que donde hay satisfación
faltase la confianza. (3)
D.ª Juana. Holgárame por que vieras
dos pechos tan ajustados
en dos amantes osados, (4)
que apenas juzgar pudieras
la desdicha y el contento;
porque en esta competencia,
dudosa la diferencia,
se encubría el sentimiento
cuando pensé (5) que hallaría
esta sala en que yo estaba
sangrienta, porque no hallaba
remedio a su valentía,

(1) En C, "creí".

(2) En C, "hablé con don Fernando". Este es el nombre que en este texto lleva don Pedro.

(3) Estos cuatro versos en A de otra letra y al margen. Constan en C.

(4) En C, "trocados".

(5) En C, "creí".

tan cortésmente se hablaron
y tan cuerdos anduvieron,
que, no sólo no riñieron,
pero a mí me consolaron.
Y tal fué su gallardía,
que, con causas de reñir,
vinieron a competir
en sólo la cortesía.

LEONOR. Poco en eso se parecen
los amos a los criados;
animales encubados,
no rifan y se enfurecen
como los dos.

D.ª JUANA. Es bajeza:
que ésos pagan por tributo
a su ser, porque es el fruto
que da su naturaleza
sangre, nobleza y valor
a toda ley.

D.ª MARÍA. Si me queda
consuelo que serlo pueda
en la culpa de mi error,
es sólo el haberme dado
palabra de ser mi esposo
un hombre tan valeroso.

D.ª JUANA. Pues pierde, amiga, el cuidado,
que yo de tu parte estoy,
y tú, si puedo, has de ser
su legítima mujer,
o no he de ser la que soy.
Yo dije, hablando por ti,
que la que ha de ser su esposa
irá a la plaza; y forzosa
será tu asistencia allí:
pero advierte que has de estar
cubierta en ella de suerte (1)
que no puedan conocerte.

D.ª MARÍA. ¿Dónde?

D.ª JUANA. En el mismo lugar
que yo para mí tenía;
que esto sólo va trazado
para engañar su cuidado
mientras ocupo yo el día
en lugar menos sabido.
Leonor, llámame a Beltrán;
que quiero hacer a don Juan
un favor desentendido.

LEONOR. Volando voy.

(Vase.)

(1) En C. "encubierta de tal suerte".

D.ª JUANA. Si éste fuera
tu dueño en tu voluntad,
con menos conformidad
de tu gusto te sirviera.
¿Qué juzgas de mi intención?

D.ª MARÍA. Que está muy bien empleado
tu amor y que me has mostrado
tu buen gusto en tu eleción.

(Salen LEONOR y BELTRÁN.)

LEONOR. Beltrán está aquí.

D.ª JUANA. Beltrán,
hoy fío mi pensamiento
de tu buen entendimiento.
Tú has de decir a don Juan,
como que tú se lo adviertes,
que no soy de fiestas hoy
y que a mi jardín me voy
por no ver ajenas suertes.

BELTRÁN. Está tan desconfiado,
que no ha de saber lograr
la ocasión que le has de dar.

D.ª JUANA. En el pecho enamorado
de un amante, si es fiel,
cuando más muerto se vió
nunca del todo faltó
el fuego que estuvo en él. (1)
Que él piense que yo lo ignoro.

BELTRÁN. Yo, señora, pensaré
el modo y te serviré
con el debido decoro
que debo a ser tu criado.

D.ª JUANA. Así lo debes hacer.

BELTRÁN. (El amor de esta mujer
trae a don Juan mareado.)

(Vase.)

D.ª MARÍA. Por curiosidad quería
saber, si le quieres bien,
por qué quieres que le den
por sombras esta alegría. (2)

(1) Desde aquí varía algo el texto en C. así:

"Demas de que un buen amante
nunca perdió la ocasión.

BELTRÁN. Que te obedezca es razón.

D.ª JUANA. Lo que aquí es mas importante
es que él piense que lo ignoro.

BELTRÁN. Yo, señora, pensaré
el modo y te serviré
con el ingenio y decoro".

(2) En C sigue así:

"Los ardides del amor
acrecientan la ventura,
hacen la dicha segura

D.ª JUANA. Desconfiado le quiero
por no le vanagloriar;
que esto es para conservar
el camino verdadero.
Demás de que es poderoso
su contrario, y su poder
limito con no le hacer
públicamente dichoso. (1)

D.ª MARÍA. La disposición y el modo
muestran tu ingenio de suerte,
que en todo quiero creerte
para obedecerte en todo.
A la plaza voy a ver
al dueño de mi albedrío.

D.ª JUANA. Y yo al campo a darle al mío
la ocasión que ha de tener.

(*Vanse, y salen* DON PEDRO *y* GUZMÁN. DON PEDRO *con gorra, capa corta y borceguíes.*) (2)

GUZMÁN. Narciso, pienso, señor,
si te vieras como estás,
que no pudiera hacer más
por su gala y por su amor.
Segunda vez se pudiera
Júpiter, para morir
a tus manos, convertir
en toro.

D. PEDRO. Como yo viera
trocar en satisfación
la gala, entrara, Guzmán,
más alegre y más galán
y más quieto el corazón. (3)

GUZMÁN. Pues ¿qué te falta?

D. PEDRO. No sé.

GUZMÁN. ¿No eres tú el favorecido
de doña Juana, y no ha sido
premiada sola tu fe?
¿No te dijo que estaría
la que tu esposa ha de ser
en la plaza, para hacer
mayor tu dicha y la mía?
¿Qué causa te puede dar
disgusto en esta ocasión
que esté fundada en razón?

D. PEDRO. El no poderme alegrar. (1)
Doña Juana me ha mostrado
poco amor, y me entristece
el ver que me favorece
con lo mismo que la he dado.
Esta joya que me dió
es la misma que le di,
y los búcaros que a mí
presentados me envió
son los que le di también,
y con justa causa siento
alterado el pensamiento
y poco seguro el bien. (2)

GUZMÁN. Fácil remedio tendrán,
si te confías de mí,
esos rigores en ti.

D. PEDRO. ¿Cómo?

GUZMÁN. Matando a don Juan;
y no hay culpa que te den,
aunque aquí el rigor te sobre,
que antes el matar un pobre
pienso que es hacerle bien.

D. PEDRO. ¡Viven los Cielos, traidor,
que si no advirtiera ahora
lo que tu bajeza ignora,
que te matara!

GUZMÁN. Señor,
esto va sólo fundado
en remediar tu disgusto.

D. PEDRO. ¿Qué remedio, siendo injusto,
lo será para el cuidado?

---

y el vencimiento mayor.
Demás de que es poderoso", *etc.*

También en A, de la letra de las enmiendas, se quiso añadir algo, comenzando por el verso "Los ardides del amor"; pero no se escribió más, lo que prueba que estas adiciones son de otro autor.

(1) En A, al margen y de la otra letra, y en C, en el texto, siguen estos versos:

"Y, finalmente, el que alcanza
más ventura, más se arroja,
y así quiero que le coja
a traición la confianza."

(2) Esta acotación en C dice: "(*Vanse y salen* DON FERNANDO *con capa y gorra y borceguíes para torear y* GUZMÁN.)

(3) Dejamos este verso como está en C, porque en A dice:

"y menos dudas pusiera";

que no rima. Enmendólo después el que hizo lo propio en otros casos, escribiendo:

"y alegre en esta ocasión",

que es un disparate.

---

(1) Después de este verso siguen:

"y el estar triste ¡ay de mí!
son evidentes razones
que tienen los corazones
su república por sí";

versos que no pudo escribir LOPE.

(2) Después de éste siguen en C estos otros versos:

"Demás de que don Juan tiene
partes para ser querido,
y quizá el favor fingido
engañado me entretiene."

Haz que empiecen a sacar
los caballos que han de ir.

GUZMÁN. ¿Cómo se han de repartir
los jaeces para entrar?

D. PEDRO. Don Juan lo dirá.

GUZMÁN. Señor, (1)
¿quién será tan de tu parte,
que no procure engañarte,
siendo tu competidor?

D. PEDRO. Quien no funda en tu bajeza
los pareceres que da.

GUZMÁN. (Poco a poco me va ya
cansando tanta nobleza.)

(*Vase. Sale* DON LUIS.)

D. LUIS. Ya, hijo, este es el día
en que con justa razón
se aumentará tu opinión
y crecerá mi alegría.
También yo rompí rejones
cuando mozo, y quiero darte,
sólo a fin de aconsejarte,
algunas breves liciones.
Procura entrar muy airoso,
que es lo que más satisface,
advirtiendo que esto nace
de un descuido cuidadoso.
Y aun que anduvieses querría
con la gorra lisonjero,
porque allí el lance primero
consiste en la cortesía. (2)
Resuelto y determinado,
busca al toro frente a frente,
y sacarás fácilmente
el caballo por un lado. (3)
No le acometas volviendo
las espaldas en tu vida;
que nunca es buena la herida
que se ejecuta huyendo.
Si vieres necesitado
a algún hombre de tu ayuda,
socorre sin poner duda
en el premio del cuidado,
aunque el temor te lo impida;
que el excusar una muerte
es siempre la mejor suerte
y la más agradecida. (1)
Y, finalmente, procura
de tu parte en la ocasión
poner siempre el corazón,
y obre siempre la ventura.

(*Vase. Sale* DON JUAN y HERNANDO.)

D. JUAN. Muy presto, a mi parecer,
será hora, que aguardando
os están.

D. PEDRO. Y yo esperando (2)
os estoy para saber
qué jaeces se pondrán.

D. JUAN. Yo me conformo y ajusto
con vos, que de vuestro gusto
ya me ha informado Guzmán.

D. PEDRO. Entra y avisa que espero.

D. JUAN. También puedes ayudar.

HERNANDO. El caballo que ha de dar
principio a las fiestas quiero
aderezar de mi mano.
(Las cinchas he de poner
tan flojas, que ha de caer.

D. JUAN. ¡Viven los Cielos, villano!
que a no ser tu pensamiento
tan fácil de remediar,
que te había de cortar
las manos por el intento.)

D. PEDRO. Adiós.

D. JUAN. Hágaos tan dichoso
como vos lo merecéis;
[por]que siendo así, saldréis
de la fiesta vitorioso.

D. PEDRO. Todo venga a suceder
como vos lo deseáis.

---

(1) Este verso en C está así:
"FERNANDO. Llama a don Juan.
GUZMÁN. Pues, señor,".

(2) Siguen después de este verso en C:
"No te apresures jamás
a tomar el garrochón;
que aquí la reportación
es lo que se estima en más."

(3) En A al margen y de la citada distinta letra, sigue:
"quedándole el cuerpo todo,
por ser fuerza atravesarte,
ha de hallar más en que darte
y menos seguro el modo."
Constan también en C estos cuatro versos.

(1) En A al margen, de dicha letra, y en C en el texto, siguen:
"Y si sacares la espada,
al toro te has de arrimar,
y no podrá ejecutar
al darle la cuchillada."
En C llevan estas variantes:
"al toro te has de pegar,
y no podrá desarmar".

(2) Estos dos versos en C dicen:
"será, señor don Fernando,
hora de entrar.
FERN. Esperando".

D. JUAN. ¡Galán en extremo vais!
A caballo os quiero ver.

(*Vanse. Sale* GUZMÁN, *de fiestas.*) (1)

GUZMÁN. ¿Qué le dice el vestidillo
al competidor de a pie?
HERNANDO. Que a la noche lo diré.
GUZMÁN. Y agora puede decillo
sin miedo de terminada; (2)
porque es, para no mentir,
un determinado huír
reliquia contra cornada.
Haciéndole mil mamonas,
por vida de doña Juana,
le he de hacer desde mañana
un serrallo de fregonas. (3)
HERNANDO. ¡Pícaro!
GUZMÁN. ¡Pobre!
HERNANDO. ¡Indigesto!
GUZMÁN. ¡Pobre, tengo dicho ya!
HERNANDO. ¡Sois un corito! (4)
GUZMÁN. ¡Efetá!
HERNANDO. Y un gallego descompuesto, (5)
hecho de polvo y de lodo,
y aun menos para conmigo.
GUZMÁN. Pobre he dicho y pobre digo;
que en esto se encierra todo.

(*Vase. Sale* DON JUAN.)

HERNANDO. ¿Fuése el enjaezado ya?
D. JUAN. En este punto se ha ido.

(*Sale* BELTRÁN.)

BELTRÁN. ¡Qué desdichado he nacido!
Mi ama al jardín se va,
y soy tan aficionado
a toros yo, que quisiera
que tu favor le pidiera (6)
licencia.

D. JUAN. Si ha consultado
mi pena tu pensamiento
y me consuelas así,
¿para qué te importa a ti
conservar mi entendimiento?
¿A don Pedro no le dió
palabra de que estaría
en los toros? Ya sería,
Beltrán, ignorante yo
si creyere que se va
al campo la que ha de ser,
según dijo, su mujer.
BELTRÁN. En lo que fácil está
de probar, sería error
atreverme yo a mentir:
al campo puedes salir,
y verla.
HERNANDO. Vamos, señor;
que en esto ¿qué perderá
tu amor?
D. JUAN. El haber creído,
cuando sin dicha he nacido,
lo que a mí tan bien me está.
HERNANDO. En aquesta competencia
sus ojos me han advertido
que en ella hay algo escondido.
D. JUAN. ¿Daráte, Beltrán, licencia
si la pido para ti?
BELTRÁN. Y tan satisfecho estoy
si al campo vas, que me voy
a la plaza desde aquí.

(*Vase.*)

D. JUAN. Y yo al campo a idolatrar
esta fénix de hermosura;
que si he de tener ventura,
ella me vendrá a buscar.

(*Vanse. Salen* DOÑA JUANA *y* LEONOR.)

D.ª JUANA. Verde está el campo, Leonor.
LEONOR. Pagóle la primavera,
y desde su edad primera
se viste de este color. (1)
Ya don Juan tarda.

---

(1) Falta esta acotación en A: consta en C, y la conservamos por la claridad.
(2) Así en A. En C, "miedo de destarada", que no es más claro. Quizá sea "testarada".
(3) Los ocho versos anteriores a éste, que constan en C, están tachados en A y escrito encima de la repetida letra:
"Después de hacelle el cuchillo,
pienso hacelle seis mamonas
y fundar desde mañana,
por vida de doña Juana,
un serrallo de fregonas".
(4) Tachada esta palabra y escrito a continuación "judío". En C, también "judío".
(5) En C, "deshonesto".
(6) En C, "que para mí le pidiera".

(1) En C siguen a este verso los siguientes:
"cada vez que ella le da
el tributo que le debe,
si tal vez de blanca nieve,
de verdes alfombras ya
y de ese cristal, o el río
honestas hojas y flores

D.ª JUANA. ¡Ay de mí!
Que no vendrá, según creo.
LEONOR. ¿Por qué?
D.ª JUANA. Porque lo deseo.

(Salen HERNANDO y DON JUAN.)

HERNANDO. ¡Juro Dios que están aquí! (1)
Este es ya lance jugado;
no hay sino embestir.
D. JUAN. Espera,
que es discreta y no quisiera,
Hernando, entrar desairado.
HERNANDO. En mi vida pensé el modo
que he de tener en hablar
que después, al empezar,
no se me olvidase todo. (2)
LEONOR. ¡Don Juan!
D.ª JUANA. Vuelve el rostro acá;
no conozca en tu cuidado
que le habemos esperado,
y quizás ensanchará.
HERNANDO. Esto, en efeto, ha de ser.
Llega, o dame a mí el recado;
hablaré de desposado
que se casa por poder.
LEONOR. El viene ya.
D.ª JUANA. Pues, Leonor,
cojamos flores agora. (1)
LEONOR. Eso pienso yo, señora,
que es la verdadera flor.
D. JUAN. El venir, señora mía, (2)
aquí ha sido ocasionado
de Beltrán, vuestro criado,
y disculpa mi osadía.
La falta que hoy os ha hecho
suplico le perdonéis,
de la merced que me hacéis
confiado y satisfecho:
que la grandeza del día
permite cualquier error.
D.ª JUANA. Cuando éste fuera mayor,
por el padrino que envía
también se lo perdonara.
Pero ¿cómo no estáis vos
en la fiesta?
D. JUAN. ¡Sabe Dios,
señora, cuánto me holgara
de ver en ella lucir
a don Pedro, en quien ya veo
bien logrado mi deseo, (3)
tanto, que, sin discurrir,
le llego a considerar
tan valiente y atrevido,
que aun la envidia no he querido
que halle en mi pecho lugar.
LEONOR. (¡Qué discreción cortesana!
D.ª JUANA. Es pobre.)
HERNANDO. (¡Dios me destruya,

---

temerosos acreedores
por la quiebra del estío.
LEONOR. Vistosamente amanece
en estos tiempos la aurora.
D.ª JUANA. Bizarrea el campo agora
lo que el invierno padece.
El que menos se recrea
pajarillo en su reclamo
en el facistol de un ramo
dormido contrapuntea,
y en los bienes y en los males
goza el bien, siente el rigor;
que aun para el campo, Leonor,
no son los tiempos iguales.
LEONOR. Esta es la hora que están
en la fiesta, y don Fernando
en la plaza toreando.
D.ª JUANA. Y yo esperando a don Juan.
LEONOR. ¡Mucho tarda!
D.ª JUANA. Y para mí
es mucho más, según creo.
LEONOR. ¿Por qué?
D.ª JUANA. Porque lo deseo."

(1) Después de este verso siguen en C:
"No hay sino desenvainar
tres o cuatro mil concetos
perfilados y discretos
y empezar a rodar,".

(2) En C, después de este verso, sigue:
"D. JUAN. Yo aquí no me he detenido
porque me he turbado, no;
sino porque no sé yo
cómo he de ser admitido".

(1) Este y los seis versos anteriores, tachados en A y sustituídos por estos otros:
"LEONOR. Pienso que te ha visto ya.
D.ª JUANA. Cojamos flores, Leonor,
por disimular agora".

En C también está así, con la variante del primero de estos tres versos:
"LEONOR. El, señora, viene ya".

(2) Estos cuatro versos que siguen dicen en C:
"HERNANDO. Embiste.
D. JUAN. Señora mía:
el venir ocasionado
de Beltrán, vuestro criado,
disculpará mi osadía".

(3) Este verso y el anterior dicen en C:
"a don Fernando, en que veo
cumplido en fe mi deseo,".

si no tiene de aleluya
los ojos la doña Juana!) (1)

(*Dentro ruido de silbar.*,

LEONOR. ¡Jesús, mil veces, señora!
Un toro viene hacia acá.

D.ª JUANA. ¡Triste de mí! ¿Quién podrá
defenderme de él agora?

D. JUAN. El que ha guardado su vida
para aventurarla aquí.

(*Vase.*)

HERNANDO. Hoy verás, Leonor, en mí
un lacayo toricida.

(*Vase.*)

D.ª JUANA. ¡Jamás vi tan gran valor
ni hombre tan determinado:
al toro ha desjarretado!

LEONOR. ¿Díjete bien?

D.ª JUANA. Sí, Leonor;
mi esposo ha de ser.

LEONOR. Ya estoy
más vana que un penitente
de túnica transparente,
y a mí el parabién me doy.

D.ª JUANA. ¿Qué hace Hernando?

LEONOR. Está cortando
la cola, como pudiera
Rodamonte, si viviera.
¡Vítor la cola de Hernando!

(1) Después de este verso siguen en C los siguientes:

D.ª JUANA. De que yo me haya venido
hoy al campo, ¿qué juzgáis?

D. JUAN. Con lo que hacéis explicáis
de esa pregunta el sentido;
que la voluntad constante
de una principal mujer
pocas veces quiere ver
los peligros de un amante.
Pero habiendo prometido
espléndida y generosa,
que había de estar su esposa
en la plaza, engaño ha sido
que a su esperanza habéis hecho.

D.ª JUANA. En eso también mostráis
cuán ignorante juzgáis
los cuidados de mi pecho.
El que enamora y pretende
poco debe a sus sentidos
si juzga con los oídos
y por los ojos no entiende.
Y baste para entender
mi intento el deciros ya,
don Juan, que en la plaza está
la que ha de ser su mujer."

(*Salen* DON JUAN *y* HERNANDO *con la cola en la mano.*) (1)

D. JUAN. Ya podéis seguramente,
cuando fuéredes servida,
iros menos afligida.

D.ª JUANA. Con defensor tan valiente,
ignorancia fué temer.

D. JUAN. Ese animal pienso yo
que de la plaza salió
por veniros a ofrecer
su vida, entre sus enojos;
y tan acertado vino,
que el norte de su camino
fué la luz de vuestros ojos.
Y viéndose en tal presencia,
por conseguir su ventura,
ofreció a vuestra hermosura
el no hacerme resistencia. (2)

D.ª JUANA. Su vida pudo perder;
pero más he agradecido
la que me habéis defendido
que la que él vino a ofrecer.
Y, por que veáis que estoy
en extremo agradecida,
con el alma y con la vida,
llegad, que la mano os doy,
por valor tan peregrino,
para que a mi casa vamos
vos y yo, por si encontramos
otro toro en el camino.

D. JUAN. Con favor tan impensado
un nuevo ser me he vestido,
y de mi fortuna he sido
segunda vez engendrado.

(*Vase.*)

HERNANDO. ¿Qué es aquello?

LEONOR. ¿Qué ha de ser?
Ir de las manos los dos,
como se lo manda Dios
al marido y la mujer.

HERNANDO. De esa suerte, Leonor mía,
tuyo de derecho soy.

(1) Esta acotación dice en C: "(*Sale* DON JUAN *con la espada ensangrentada.*)"

(2) Después de éste siguen en C estos cuatro versos:

"Y agradecile el intento;
porque en el mal y en el bien
aun en las fieras también
se estima el conocimiento".

Y adiós, que a la plaza voy
esto que falta del día.

(*Vanse.* [illegible] *silbos y voces, sacan a* GUZMÁN *en los brazos acostado dos o tres* TOREADORES.)

TOREAD. 1.° Déjenle, que es hombre honrado,
y él solo se atacará.
SEGUNDO. ¿Es por aquí?
GUZMÁN. Por acá:
pienso que estoy destripado.
PRIMERO. Sólo está el daño en el terno.
SEGUNDO. Como una lesna tenía
las puntas; coger podía
una paja con el cuerno.
Si no le hace jigote
vuestro amo a cuchilladas,
os hace, a puras cornadas,
salpicón.
PRIMERO. Aquí el cogote
brujulea hocicadura.
SEGUNDO. Nadie llegue, o ¡vive Dios!
que lo ha de haber con los dos.
GUZMÁN. ¡Jesús, Jesús, qué ventura!
PRIMERO. Vos solo os podéis coser;
y adiós, que quieren cerrar
la puerta, y me vuelvo a entrar.

(*Vanse los* TOREADORES *y sale* HERNANDO.)

HERNANDO. Por aquí, si puedo entrar,
dentro en la plaza ha de ser.
¿Qué es aquesto?
GUZMÁN. ¡Qué sé yo!
HERNANDO. Pues el brillante tabí
¿de qué provecho fué aquí?
GUZMÁN. De la puta que os parió.
HERNANDO. ¡Lindamente lo habéis hecho!
GUZMÁN. Aunque lo hiciera peor,
para ser mía Leonor
tengo adquirido derecho;
porque mi amo mató
el toro, y a la ventana,
disfrazada, doña Juana
todo cuanto hizo vió. (1)

HERNANDO. Aquí pudiera encajar
aquel refrán de Castilla:
"Uno piensa y otro ensilla."
GUZMÁN. Yo pienso y he de ensillar. (1)

(*Vanse.*)

HERNANDO. Pues para mi amo solo
está la dicha y la mano,
y para mí, que ésta, hermano,
es la verdadera cola.

(*Vanse. Salen* DOÑA JUANA, DOÑA MARÍA *y* LEONOR.)

D.ª JUANA. Algo cansada vendrás,
aunque hayas estado bien.
D.ª MARÍA. Y tú lo estarás también
por lo que has andado más.
D.ª JUANA. Que me contases querría
lo que en la fiesta ha pasado.
D.ª MARÍA. En lo que puse el cuidado
fué sólo en la gallardía
de mi don Pedro, y así
dél sólo podré contarte.
D.ª JUANA. Por sólo lisonjearte
en tu gusto escucho; di.
D.ª MARÍA. Después que dieron principio
silbos y voces del pueblo
a la salida de un toro
a sus propias manos muerto,
entró mi dueño al segundo
en un bayo, cabos negros, (2)

---

(1) Después de este verso hay en A, al margen y de la mencionada letra, éstos:

"Y casándose también
Leonor, como ella decía.
Actualmente es mía,
lo fué y lo será.
HERNANDO. Muy bien."

Constan en C, con la variante en el segundo verso, que dice:

"Leonor, como yo decía".

(1) En A, al margen, y de dicha letra, hay solas estas palabras:

"O me romperé con vos
la cabeza."

Pero en C siguen en el texto estos versos:

"o me romperé, por Dios,
la cabeza.
HERNANDO. Si ello fuera
calzar, el toro cumpliera
el juramento por vos:
esta es la hora que está
determinado el dichoso.
GUZMÁN. ¿De quién?
HERNANDO. Del Cielo piadoso,
que imagino que me da
a mí esta ventura sola
y Leonor también la mano,
porque ésta, Guzmán hermano,
es la verdadera cola."

(*Vanse.*)

(2) En A están tachados los dos versos que siguen y sustituídos, en la consabida letra, estos otros:

"tan bien hecho, que parece
que lo engendró en su deseo,
y él tan airoso y galán,

tal que informaba en senados
de un alza sus movimientos.
Quitando la gorra andaba
las cuatro esquinas midiendo
de la plaza, y la ocasión
le estorbó los cumplimientos.
Toma el rejón, parte airoso,
y él y el brazo a un tiempo dieron
rotas astillas al aire,
miedo al toro y sangre al suelo,
y vistoso, aunque ofendido,
sacó el animal soberbio
por penacho de la frente
la tercer parte del fresno. (1)
Tocaron las chirimías,
y acabó con él el pueblo;
que a detenerse, esta gloria
fuera del golpe primero.
Espera el tercero, y sale
tan vengativo y resuelto,
que un volcán en dos pedazos
eran sus ojos sangrientos.
Puso en don Pedro la vista; (2)
parte a buscarle, y torciendo
el camino, a Guzmán coge
atravesado en los cuernos.
Encarnizado le aflige,
y el valiente caballero
saca la espada y le embiste,
anhelando y socorriendo;
y tal anduvo en la fiesta
el animoso don Pedro, (3)
que trinchando un toro vivo,
fué maestresala del pueblo.
Cayó tan hecho pedazos
el bruto, que no tuvieron
las heridas de la plebe
lugar suyo en todo el cuerpo.
Vitoréanle igualmente
los nobles y los plebeyos;
y él, por salir en las cañas,
con dos almas dejó el puesto;
entró gallardo a jugarlas. (1)
Decirte el alma en los cuerpos,
la destreza en el batir
y el parar a un mismo tiempo;
el esconderse en la adarga
sobre el revolver ligeros;
el acometer tirando
y volver el rostro huyendo, (2)
quien más sepa te lo diga,
que en mi corto entendimiento
es el decirlo imposible,
aunque no lo ha sido el verlo.

D.ª JUANA. Pues, doña María, advierte
en lo que agora te digo,
para que después conmigo
no tengas de qué ofenderte.
Hombre que con tal valor
acrecienta nombre y fama
y delante de su dama,

---

que, siendo un mesmo sujeto,
se competían en él
la gala y los movimientos."

La misma interpolación hay en C.

(1) En A, después de este verso, hay al margen y de la repetida letra, estos otros:

"Con torpes manos y pies
iba en la arena escribiendo,
de la penetrante herida,
los parasismos postreros."

(2) En C, "Pónelos en don Fernando".

(3) Tachado este verso en A y sustituído al lado por este otro:

"por hacer plato al deseo."

Este es también el de C.

(1) Tachado en A este verso y reemplazado al margen, en la dicha letra, por estos que siguen:

"y entró después con el Rey,
tan conforme y tan parejo,
que informaba por los lados
de dos caballos un cuerpo.
Y a no estar, porque era pardo
el día, el sol encubierto,
con una sombra no más
pudiera pasar corriendo,
y tan veloces corrían,
que hasta el Betis, lisonjero,
les tributó en dos caballos
hechos pedazos el viento.
Pintarte su bizarría,
decirte el alma en los brazos,
la gallardía en los cuerpos".

En C también se interpolan, pero con variantes, así:

"Y entró después con el Rey,
tan conforme y tan parejo,
que dos caballos corrían
transformados en un cuerpo.
Y a no estar, porque era pardo
el día, el sol encubierto,
con una sombra no más
pudiera pasar corriendo.
Y, finalmente, imagino
que hasta el Betis, lisonjero,
le tributó en dos caballos
hechos pedazos, el viento.
Decirte el alma en los brazos,
la gallardía en los cuerpos".

(2) En C, en lugar de este verso, dice:

"y el recatarse en volviendo".

(*Salen* BELTRÁN *y* GUZMÁN.)

estando firme en su amor,
mata un toro, ha de ser mío,
si se juntara en el suelo
todo lo que no es el cielo
contra mi propio albedrío.
Antes que el sol de mañana
a otro hemisferio se ponga
y abismos de luz trasponga
entre celajes de grana,
será, sin que yo lo arguya,
mi esposo con fe cumplida
el que defendió una vida
aventurando la suya.

D.ª MARÍA. ¿Qué dices?

D.ª JUANA. Que lo que digo
he de hacer por ser razón.
(Déjala en su confusión,
Leonor, y vente conmigo.)

(*Vanse las dos.*)

BELTRÁN. De parecer ha mudado:
sin duda se enamoró
por la relación que oyó;
y pues he de ser criado
de don Pedro, ganar quiero
las albricias. Luego vamos,
y a tu amo le digamos
lo que pasa.

GUZMÁN. El majadero (1)
de Hernando ha de ver agora
cifrado su mortuorio
con aqueste desposorio.)

(*Vanse.*)

D.ª MARÍA. ¿Qué has hecho, lengua traidora, (2)
basilisco, en mis agravios,
que para matar mejor
se disfrazó en un error
y se escondió entre dos labios?
¿Qué hiciste? Pero ¡ay de mí!,
que eres lengua, y no cumplieras
con tu ser si no hicieras
el daño que has hecho aquí.
Mi propia muerte he buscado:
con alabanzas ajenas,
yo solicité mis penas,
yo acrecenté mi cuidado. (1)
Y en aquesta adversidad
sólo mi error me castiga,
pues de mi propia enemiga
confié mi voluntad. (2)
¡Oh, nunca al Cielo pluguiera
que yo a don Pedro alabara;
nunca las fiestas contara,
nunca su valor dijera!

(*Sale* LEONOR.)

Ya se acabó, Leonor mía,
con mi necia confianza,
una engañada esperanza
y una ignorante alegría.

LEONOR. Doña Juana, mi señora,
te llama.

D.ª MARÍA. ¿Con qué disculpa
podrá, en tan resuelta culpa,
disculpar la suya agora?

LEONOR. Mejor con ella podrás
dar alivio a tus enojos.

D.ª MARÍA. Bien dices; lloren mis ojos.

LEONOR. Pues entra, y descansarás.

D.ª MARÍA. En desventura tan cierta
llorando descansaré;
mas ¿cómo, Leonor, podré,
si de ofendida estoy muerta?

(*Vanse, y salen* DON DIEGO *y* DON JUAN.)

D. DIEGO. Según lo que me has contado,
convencida de tu amor,
de tu fe y de tu valor,
la fortuna te ha premiado.

---

(1) En C, estos cuatro versos dicen:

"de don Fernando, yo quiero
gozar las abricias.
GUZMÁN. Vamos,
y a mi amo le digamos
lo que pasa. El majadero"

(2) Después de este verso siguen en C:

"escorpión con voz humana,
víbora que en mi nació
porque reventase yo
con una culpa inhumana:".

(1) Después de este verso siguen en A, al margen y de la dicha letra, estos otros:

¿Qué remedio he de tener,
si en su misma casa estoy?
¿Adónde iré si me voy?
Si me quedo, ¿qué he de hacer?
¿A quién le diré mi daño,
teniendo la culpa yo,
que no diga que nació
mi ignorancia de un engaño?"

También en C se mantiene esta intercalación.

(2) En C, después de este verso, siguen:

"Remedio, Cielo piadoso
os pide un alma ofendida,
una lealtad desmentida
y un corazón lastimoso."

¿Que te dijo que sería
tu esposa?

D. JUAN. Y tan cierto estoy
de que el venturoso soy,
que antes faltará del día
el sol, en su carro atado,
y luz clara en una estrella,
que pueda faltar en ella
la palabra que me ha dado.

(*Sale* HERNANDO.)

HERNANDO. Tu contrario entra, señor,
en casa.

D. JUAN. Si algo he sentido
es sólo el haber vencido
contra tal competidor.

(*Salen* DON LUIS *y* DON PEDRO.)

D. PEDRO. Muy mal pudiera mostrar
lo que yo os estimo y quiero
si otro os trujera primero
las nuevas que os vengo a dar.
Merced el Rey os ha hecho
de Capitán de su guarda,
de persona tan gallarda
confiado y satisfecho,
y en una encomienda os da
tres mil ducados de renta.

D. JUAN. De Alejandro es avarienta
la opinión desde hoy, y ya
cuanto soy os debo a vos.

D. DIEGO. En hijo y padre tenéis
dos esclavos.

D. LUIS. Bien podéis
juzgar lo mismo en los dos.
Y pues por mayor elijo
siempre vuestra cortesía,
que nos honraseis querría
en la boda de mi hijo (1)
cuando la mano le dé
doña Juana de Castilla.

D. DIEGO. (¡Qué confusión!

D. JUAN. ¡Qué mancilla!
¡Vive el Cielo, que no sé
si le desengañe aquí!
Pero ya es fuerza en su error,
so pena de ser traidor,
y que él se queje de mí.)
No quiera Dios que entendáis,
cuando vos me estáis haciendo
tanto bien, que yo os ofendo,
ni que engañado viváis.
Concierto fué entre los dos
que el que más dicha tuviere
la gozara, sin que hubiere
queja del contrario, y vos
lo dijistes.

D. PEDRO. Es verdad;
yo lo dije.

D. JUAN. Pues tened
paciencia, y de mí creed
que la injusta voluntad
de doña Juana ha elegido
otro dueño, otro cuidado,
y que vivís engañado
si os juzgáis favorecido.
Y ya que de vuestro daño
no soy el remedio aquí,
no quiero que os falte en mí
la verdad del desengaño.

D. PEDRO. Pues ¿en qué fundó el decir
doña Juana que era mía?

D. JUAN. En que con eso quería
entretener y fingir.

(*Salen* GUZMÁN *y* BELTRÁN.)

LOS DOS. ¿Señor...?

GUZMÁN. Yo llegué primero.

BELTRÁN. Aún no había visto a don Juan.
Yo te renuncio, Guzmán,
el derecho.

GUZMÁN. Albricias quiero.

D. PEDRO. ¿Qué buena nueva hay que llegue
menos que a matarme a mí?
Si son de mi muerte, di,
seguro que no las niegue.
Corrido estoy ¡vive el Cielo!

GUZMÁN. Yo sé que te has de alegrar,
señor, y que me has de dar
desde la capa al lenzuelo. (1)
Doña Juana se ha resuelto
en que luego quiere ser
tu legítima mujer.

D. PEDRO. ¿Qué dices?

GUZMÁN. Libre y absuelto
de tus temores, te pido

(1) En C, estos cuatro versos dicen:

"Ya que siempre estáis mostrando
vuestra mucha cortesía,
que nos honraseis querría
en las bodas de Fernando."

(1) Estos cuatro versos, tachados en *A*.

des el pésame a don Juan
y algo de plus a Beltrán. (1)

BELTRÁN. Por las nuevas que ha traído.

GUZMÁN. Habla tú; ¿qué estás dudando?

BELTRÁN. Doña Juana, mi señora,
se quiere casar agora
con don Pedro; porque cuando...
Pero, sabe Dios, señor...

D. JUAN. Detente, y no digas más;
que bien sé cuán libre estás
en la parte de mi error;
y yo solamente he sido
en mi ignorancia culpado,
pues dos veces engañado,
son tres las que la he creído.
En aquello que ignoraba
pagaré lo que perdí,
pues fácilmente creí
lo mismo que deseaba.

D. PEDRO. Otro que no os conociera
como yo, imaginaría
que vuestro amor pretendía
que del mío desistiera.
Pero yo, que he conocido
vuestra lealtad, muy bien sé
que de algún engaño fué
vuestro ingenio persuadido;
pero ya todo se acaba
con olvidar y creerme.

D. JUAN. Muy bien hacéis en volverme
el desengaño que os daba; (2)
y habéis sabido enseñarme
con tal prudencia a sufrir
en las causas del sentir,
que aun no me atrevo a quejarme. (3)
Mi padre y yo, es justa cosa
que ahora os acompañemos,
os sirvamos y os llevemos
a casa de vuestra esposa.
Y desde allí iré a besar
la mano al Rey, mi señor.

D. PEDRO. Sólo admito este favor
por iros a acompañar
a Palacio yo también.

D. JUAN. (Corazón, tened paciencia,
si es que ha de ser la prudencia
igual en el mal y el bien.)

(*Vanse.*)

GUZMÁN. Basta, que el día ha llegado.
¿No escucha?

HERNANDO. No es éste el mío,
y ésa ha de dar en vacío,
ya que he sido desgraciado.

(*Vanse. Salen* DOÑA JUANA *y* LEONOR.)

LEONOR. ¡Por amor de Dios, señora,
que la desengañes ya,
que de lágrimas está
hecha un mar! Y como ignora
la cifra, el peligro siento;
porque no hay en esta vida
seguridad conocida
cuando es tanto el sentimiento.

D.ª JUANA. Enviar quiero a llamar
a don Juan por que me dé
la mano, y asi podré
desengañarla.

LEONOR. Eso es dar
fin a todos sus enojos,
y pagar, señora mia,
con réditos de alegría
las lágrimas de sus ojos.

D.ª JUANA. Llama a Beltrán.

(*Sale* BELTRÁN.)

LEONOR. Aquí viene.—
Hoy eres, Beltrán, dichoso.

D.ª JUANA. Que me llames a mi esposo
luego al momento conviene.

BELTRÁN. Ya, señora, viene aquí
con bravo acompañamiento,
porque de tu pensamiento
sabe ya el alma...

D.ª JUANA. ¡Ay de mí!
¿Qué es lo que has hecho, traidor?
¿Quién duda que no has pensado
que es don Juan el que he llamado?

BELTRÁN. ¡Bueno estuviera el error,

---

(1) Después de este verso sigue en C así:
"BELTRÁN. El demonio me ha traído
a mí en esta adversidad
de don Juan, al parecer
neutral; pero, ¿qué he de hacer,
pero de decir verdad?"

(2) En C siguen estos versos:
"que, pues se viene en los dos
a notar la suerte aquí,
sólo me debéis a mí
lo mismo que os dije a vos.
Habéis sabido enseñarme", etc.

(3) En C siguen estos otros versos:
"que tan prudente estuvistes
que imagino, y con razón,
que os advirtió el corazón
que era lición que me distes".

si tú misma le advertiste
tu gusto a doña María!
¿Soy tan necio yo que había
de trocar lo que dijiste?
Don Pedro esta dicha tiene, (1)
y así viene a ser tu esposo
muy contento y muy glorioso,
y acompañándole viene
el mismo don Juan.

D.ª JUANA. ¡Leonor,
este hombre me ha destruído!

LEONOR. ¡Ésta, Beltrán, buena ha sido!—
Señora, todo este error
nació de tu pensamiento.
Quisiste en ajeno daño
hacer un gustoso engaño,
y hásenos trocado el viento;
mira lo que se ha de hacer,
que vienen.

D.ª JUANA. Aunque turbada
estoy, confusa y cortada,
mi ingenio me ha de valer.
Todo lo que ha sucedido
le cuenta a doña María,
y dile que hoy es el día
en que ha de ser su marido
don Pedro.

LEONOR. Yo ruego a Dios
que me lo crea.

D.ª JUANA. Sí hará.
Entretenla un poco allá
y salid juntas las dos.

(*Vase* LEONOR. *Salen* DON JUAN, DON PEDRO, DON DIEGO *y los demás.*)

D. PEDRO. A vuestros pies tenéis hoy
el que es vuestro.

D.ª JUANA. Y vos aquí
una servidora en mí.

D. JUAN. (Esto es hecho. ¡Muerto soy!)

(*Dentro* DOÑA MARÍA.)

D.ª MARÍA. Déjame, entraré llorando,
aunque su fe se perjure.

D.ª JUANA. (Justo es que yo la asegure
de lo que ella está temblando.) (1)

D. PEDRO. ¿Qué es aquello?

D.ª JUANA. Un acreedor
que pide que le paguéis
una deuda que debéis;
y, como sabe mi amor,
viene a ver si le pagáis;
que es una joya estimada,
que dice que os dió fiada
y que vos se la negáis,
aunque consta por escrito
el deberla.

D. PEDRO. Avergonzado
del crédito que habéis dado
a semejante delito,
si parece firma mía,
palabra os doy de pagar
en este mismo lugar
antes que se pase el día,
si yo quedo convencido.

D.ª JUANA. Es mucha la cantidad.

D. PEDRO. No importa, siendo verdad.

D.ª JUANA. Pues esa palabra os pido.
Y por que veáis, señor,
que esta es deuda sin respuesta,
la cédula vuestra es ésta
y aquéste es el acreedor.

(*Salen* DOÑA MARÍA *y* LEONOR.)

Y, por que podáis primero
animaros a pagar,
en mí misma os quiero dar
un ejemplo verdadero.
En obligación estoy
a una voluntad que apruebo,
y por pagar lo que debo
la mano a don Juan le doy.

D. JUAN. (¡Cielos, si esto no es soñado,
fuerza es perder el sentido!)

---

(1) Este verso y los tres que siguen están en C así:

"No, señora; don Fernando
es quien viene a ser tu esposo,
tan contento y tan glorioso,
que le viene acompañando
el mismo don Juan", etc.

(1) Este verso y el anterior fueron tachados en A; luego, restablecidos, y además, al margen, se escribió, por la referida letra:

"¿No basta que yo asegure
que pagará don Fernando?",

que es justamente como dice en *C*. Ahora bien: el nombre de Fernando, en lugar del de Pedro, nos demuestra que las interpolaciones del autógrafo son posteriores a esta refundición que llamamos C y corresponde al texto impreso que conocemos. De todos modos, sólo un valor crítico pueden tener en cuanto aclaren el texto primitivo; pero no para desvirtuarle.

HERNANDO. Este ¡juro a Dios! que ha sido
de limiste golpeado.
D. LUIS. ¡Traición hay aquí!
D. PEDRO. Eso no;
que tal nombre se le dé
no consiento, que esto fué
lo que don Juan me avisó. (1)
BELTRÁN. Trocado el sentido fué:
a ti te juzgué el dichoso.
D. PEDRO. En parte soy venturoso,
si debo lo que pagué.
El honor y la opinión
le debo a doña María.
D.ª MARÍA. Tu voluntad es la mía.
D. LUIS. Y tuya mi bendición.
D.ª MARÍA. Vuestra esclava os da, mi bien,
todo el ser de su albedrío. (2)

(1) En A. después de este verso, hay al margen, de la letra dicha:
D. PEDRO. Pues, Beltrán...
D.ª JUANA. Su culpa ha sido
el hablar yo por don Juan
y haber pensado Beltrán
que erais vos el escogido.

(2) Desde aquí sigue en C:
"HERNANDO. ¿Y éste?
LEONOR. También es mío,
y que es justo que le den.
GUZMÁN. Y una higa para mí.
Con sus dobles y redobles
a morir estoy dispuesto.
D. JUAN. Porque tenga fin con esto
*La Competencia en los nobles.*"

HERNANDO. ¿Y éste?
GUZMÁN. Tampoco es el mío,
y así, soy sordo también.
HERNANDO. Elija Leonor aquí.
LEONOR. Tuya de derecho soy,
y así, la mano te doy.
GUZMÁN. Pues denme un cordel a mí.
HERNANDO. Con sus dobles y redobles
fué su esperanza enterrada.
D. JUAN. Y aquí da fin, perdonada,
*La competencia en los nobles.* (1)

(1) Parece que se quiso dar otro título a esta comedia; pues a continuación de este final hay este otro, de la consabida letra:

"tu es coxido no te espantes,
escudero Gandalín;
y aquí, senado, dan fin
*Los más corteses amantes.*"

A renglón seguido van estas aprobación y licencia:

"He visto esta comedia intitulada *la competencia en los nobles* por mandado del señor Vicario Jeneral y no ay en ella cosa contra la Sta. fe chatolica, y así se puede dar licencia para que se represente en Pamplona a 16 de noviembre de 1628.—DON JOAN DE VELASCO.—(*Rúbrica.*)

"Vista i reconocida se puede representar y se da licencia para ese fin. Dado en Tud.ª (Tudela) a 25 de dezienbre 1628.—EL DR. D. P.º (PEDRO) FRANCES DE VRRUTIGOITI.—(*Rúbrica.*)"

# CON SU PAN SE LO COMA

## COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A LA ILUSTRISIMA SEÑORA DOÑA FRANCISCA SALVADOR

Como en las armas se conocen los dueños de las casas, y en las imágines de las puertas los títulos de los templos, así conocerán en este principio los que vieren el nombre de V. Señoría Ilustrísima, cuyo soy todo: y con más propiedad, que en el divino sagrado de su entendimiento me defendí de la detracción de aquellos a quien también llamó Séneca vulgo. Confieso el atrevimiento; pero en alguna manera da licencia el peligro para que, el que viene huyendo, pueda asirse del altar con el debido respeto. No es ésta la ocasión en que se ha de escribir y celebrar las excelentes partes de tan único sujeto ni osar con tan humilde ofrecimiento tratar del ilustrísimo señor don Andrés Roig, vicecanciller de Aragón, cuyo gobierno, con tanta satisfación de aquel reino y de toda España, es tan insigne, que, para mayor lugar, lo remiten las Musas a la cultura heroica de más alto estilo; pues, como los que deben, sólo pretendo con tan pequeño servicio entretener la paga. Dios guarde a V. S. Ilustrísima muchos años, como sus criados deseamos.

Capellán de V. S. Ilustrísima,

LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

FILARDO, *viejo.*
FABIO, *labrador.*
CELIO, *labrador.*
INARDA, *labradora.*
RAMIRO, *rey de León.*
NUÑO, *caballero.*
SANCHO, *lacayo.*
ELVIRA, *dama.*
CAZADORES *del Rey.*
LAURETA, *criada.*
TOMÉ, *criado.*
SILVERIO, *labrador.*
BELARDO, *labrador.*
RISELO, *labrador.*
FIDELIO, *labrador.*
DAMÓN, *labrador.*
[RICARDO.
VILLANOS, *músicos.*
SOLDADOS.
*Un* PORTERO.
PONCIANO, *maestresala.*
*Un* CAMARERO.
MÚSICOS.
CABALLEROS.
MANTENEDOR.
AVENTUREROS *y* PADRINOS.
FLORO.]

Representóla Valdés.

### ACTO PRIMERO

(*Salen* FILARDO, *viejo labrador, y* FABIO *y* CELIO, *sus hijos.*)

FILARDO.

Queridos hijos, cuando un hombre trata
partirse de la tierra donde vive,
mientras que la partida se dilata,
las cosas necesarias apercibe.
Esta partida la vejez retrata,
adonde ya la anciana edad recibe
nuevas del fin que por la posta viene,
que el necio olvida y el sagaz previene.

Yo os he criado en este monte, cerca
de la insigne León, honor de España,
en una quinta que, sin esta cerca,
humilde arroyo la defiende y baña.
Aquí, donde jamás la vida alterca
de la ambición, que tanto al hombre daña,
habéis de mis consejos aprendido
cuanto a la vuestra necesario ha sido.

Yo me retiro a prevenir la muerte,
último fin de cuanto vive; en tanto,
oíd al blanco cisne, que os advierte
vuestro remedio en el postrero canto.
Ya fué ser labradores vuestra suerte,
y pues para vivir no os pone espanto
la esteva, el azadón, la hoz, los bueyes,
no envidiéis los palacios de los reyes.

Por ningún caso ni suceso humano
mudéis el traje, el trato ni el oficio,
que en este humilde, sosegado y llano
quiero que conservéis vuestro ejercicio.
Sus galas traiga el noble cortesano
entre el vulgar estrépito y bullicio;
vosotros el sayal con que os he dado
tan quieta vida entre un arroyo y prado.

Si fuérades tan pobres que os hiciera
un vil jornal la costa de la vida,
justa disculpa el desterraros fuera
del nido y de la patria conocida;
pero si desde el campo hasta la era,
y desde el monte al valle, no hay que pida
vuestro deseo que no goce y tenga,
¿qué es menester que a las ciudades venga?

Tendréis los dos cuarenta mil ducados;
partidos, bien podéis vivir con veinte;
lavaderos de lana hacéis los prados,
bajando las ovejas a la fuente.

De las mayores reses y ganados
ese monte, a los otros eminente,
parece que cubrís a manchas de oro,
desde la roja vaca al rubio toro.
Son tantos por dehesas y por valles
vuestros criados, que no va más gente
por la ciudad en las pobladas calles
el día de fiesta, del trabajo ausente.
Buenos rostros tenéis y buenos talles,
buenos ingenios y ocasión presente
para vivir en paz. Ésta os encargo;
vivid en breve patria tiempo largo.

FABIO.

Padre y señor, después que al sentimiento
de tu partida nos moviste a llanto,
si bien es prevención y pensamiento,
y más que ejecución discreto espanto,
ningún humano bien, desde el sustento,
hasta el oro, que el hombre estima en tanto,
nos puede dar contento, que a tu vida
como a principio nuestro estaba asida.
Mi hermano y yo prestamos obediencia
a tu gusto, que es ley tan inviolable,
que, aunque llegase tu perpetua ausencia,
ha de guardar[se] con valor notable.
Ya tiene de nosotros experiencia
tu larga edad, un siglo venerable;
a descansar contento te retira,
y en nuestra condición tu imagen mira.

CELIO.

Donde Fabio, señor, te ha prometido
justa obediencia, si excusarme puedo,
¿qué tengo de decir sino que he sido
quien de los dos más obligado quedo?
Con él a un mismo tiempo fuí nacido;
ni me excede en edad ni yo le excedo;
esta igualdad nos hace hacer iguales.

FILARDO.

Esa gocéis por siglos inmortales.
Dame los brazos, que ya el tiempo quiere
que me sirva de báculo la cama,
aunque lo sois los dos mientras difiere
la muerte el soplo de esta inútil llama.

FABIO.

Tu vida el Cielo, padre mío, prospere.

FILARDO.

Ya el seco tronco aquel humor derrama,
que le destila del amor el fuego.
Dios os dé paz; que la tengáis os ruego.

*(Vayase FILARDO.)*

CELIO.

Ya el viejo es ido.

FABIO.

¡Ay, Cielo, cuál me deja!

CELIO.

Y a mí rompida el alma, hermano Fabio.
Tú agora lo que importa me aconseja.

FABIO.

Tú a mí mejor, que eres prudente y sabio.

CELIO.

De cumplimientos nuestro amor aleja,
que será hacer a nuestra sangre agravio,
y pues no le ha de haber de nuestra hacienda,
ninguno, hermano, partición pretenda.

FABIO.

Mientras que no te casas, ni me caso,
así se puede estar, pues vive el viejo.

CELIO.

De cuanta hacienda tengo no hago caso;
toda a tu gusto desde aquí la dejo.

FABIO.

Yo, hermano Celio, a tu gobierno paso,
a tu ley, a tu imperio, a tu consejo.

CELIO.

No me obligues así.

FABIO.

Yo así te quiero.

CELIO.

Yo soy tu hechura.

FABIO.

Yo lo soy primero.

*(Sale INARDA, villana, prima de éstos.)*

INARDA. Parece que aún os estáis
en el vientre de Constanza,
pues que nunca os apartáis.
Haced un hora mudanza,
pues que dos almas gozáis;
mas una debe de ser
en dos cuerpos.

FABIO. Puede ser,
prima Inarda, pues la mía
en mí apenas viviría
por pesar ni por placer,
a no le ver en mi hermano.

**CELIO.** Y si yo a Fabio no viese
alegre o triste, es muy llano
que ni del mal cuenta hiciese
ni de todo el bien humano.
¿Dónde vas dando a las flores
nueva olor, nuevas colores?

**INARDA.** Eso de rosa y jazmines
a cortesanos chapines
les dirás cuando enamores.

**FABIO.** Antes no, que allá, pisando
alfombras, nacer no pueden,
o el lodo y las piedras, cuando
en las ciudades exceden
lloviendo, Inarda, o nevando.
Aquí, que se pisan prados
de diferentes colores,
por esta margen bordados,
le harán alquimia de flores
tus pies, del alba envidiados.
¿No has visto los que hacen oro?

**CELIO.** A la fe que dice bien
Fabio; y si no hacer tesoro
consiste en que no le den
oro del mismo decoro,
aquí, que ves tantas flores,
¿qué mucho que aumento des
a sus hojas y colores
si son del alba tus pies?

**INARDA.** ¿Los dos me decís amores?

**FABIO.** Yo te los digo por mí.

**CELIO.** Y yo por mí, prima mía,
que también adoro en ti.

**INARDA.** Pues yo del uno querría
solo escucharlos aquí.

**CELIO.** Antes que digas de quién,
me voy al monte y te dejo
por no escuchar tu desdén.

(*Vase* CELIO.)

**INARDA.** Escucha.

**FABIO.** De ti me quejo.

**INARDA.** Yo, Fabio, de ti también.

**FABIO.** ¿Por qué?

**INARDA.** Porque a Celio quiero.

**FABIO.** ¡Oh, cuál eras para ser
o jüez o consejero,
porque el despachar y el ver
no sé cuál fuera primero!
Pésame; pero el amor
que a Celio tengo me obliga
a no ser competidor,
si bien queda en la fatiga
que me ha puesto tu rigor.
Ya que no soy principal,
servir quiero de tercero.

**INARDA.** ¿Quién ha visto amor igual?
Pues dile lo que le quiero.

**FABIO.** Pues ¿cómo me quieres mal?

**INARDA.** Eso no, y es imposible
que no te quiera también.

**FABIO.** ¿A mí?

**INARDA.** Sí, que es convenible,
pues quieres a Celio bien,
quererte bien.

**FABIO.** ¿Es posible?

**INARDA.** Bien me lo puedes creer.

**FABIO.** Como golpe viene a ser
tu amor, que, dando en mi hermano,
resulta en mí.

**INARDA.** No es en vano
quererte.

**FABIO.** Pues ¿qué es querer?

**INARDA.** Querer todo lo que quiere
el sujeto a quien yo quiero.

(*Sale* TOMÉ, *villano.*)

**TOMÉ.** Así tu vida prospere
el Cielo, como lo espero,
y de su piedad se infiere.
Que atiendas, mi buen señor,
a ver de tus labradores,
que vienen de su labor,
la traza de las mejores
fiestas que ha inventado Amor.
Ya sabéis como es mañana
de mayo el primero día,
pues verás la tierra cana
que se traslada a porfía
a la vega verde y llana.
Esta noche encerrarán
los vaqueros diez novillos,
que mañana correrán,
que a los arados y trillos
salir de mansos podrán.
Con haber entre ellos tres
hijos del toro chapado,
que por estas sierras es
como en Roma celebrado
el fuerte cartaginés.
Hay novillo negro y hosco
que, si antiyer no me embosco
y me subo en un taray,
le pareciera cambray
mi paño grosero y tosco.

Ayer al pobre Ginés
le dió dos vueltas o tres,
porque tiene el cerviguillo
con más rayas que un ovillo
y el mismo viento en los pies.
Así el rejón desmenuza,
que hecho de puntas espín;
en el río se champuza
veloz, que quitó a Crespín
de un salto la caperuza.
Brota de los ojos ira,
por la boca fuego espira
y llámanle el mal casado
porque anda siempre enojado
y le enfada cuanto mira.
Tienen, sin esto, sortija
que han de correr en sus yeguas,
que alguna del viento es hija,
porque sólo el tragar leguas
la sustenta y regocija.
A su castaña Pascual
hizo labrar en la villa
del más famoso oficial,
caparazón de palmilla
y de venado el pretal.
Hay vestidos, yo los vi,
de frisa y de bocací,
con capellares y mantos
que, por costuras y cantos,
guarnece guadamecí.
Comedia tienen también,
lindo rato de dos horas;
si el auditorio oye bien,
gaitas y flautas sonoras.

FABIO. Pues haz, Tomé, que te den
mi overo para salir
en albricias de la fiesta.

TOMÉ. Dos siglos has de vivir.

FABIO. Tú, Inarda, galas apresta,
que sin ellas no hay lucir
la más perfeta hermosura.

INARDA. Adonde hay tales zagalas
de vencida estoy segura;
pero suplirán las galas,
como tu gusto procura.

TOMÉ. Dejando a Marte dormido
dicen que Venus tomó
sus armas, hecho atrevido,
y que Palas se burló
de verla el arnés vestido.
Mas por no poner en duda
la hermosura confirmada,
dijo Cupido en su ayuda:
"¿Veisla cómo vence armada?
Pues mejor vence desnuda."

FABIO. La overa sola te di,
y agora, para que salgas,
un vestido.

TOMÉ. ¿Cierto?

FABIO. Sí.

TOMÉ. Beso esas manos hidalgas.

FABIO. Vamos, Inarda, de aquí,
que yo seré buen tercero
con Celio, aunque más te quiero

TOMÉ. Ni compra ni amor confíes
de interesado, ni fíes
de rocín ni de escudero.

(*Váyase, y salen* DOÑA ELVIRA, *dama, y* NUÑO, *caballero.*)

ELVIRA. ¿Quién tuvo la culpa?

NUÑO. Yo.

ELVIRA. ¿Luego tú fuiste?

NUÑO. Yo fuí.

ELVIRA. ¿Y de ti te quejas?

NUÑO. Sí.

ELVIRA. ¿Que a mí no me culpas?

NUÑO. No.

ELVIRA. ¡Gran ventura!

NUÑO. De los Cielos.

ELVIRA. Hoy más para mí.

NUÑO. ¿Por qué?

ELVIRA. Por no ser culpada.

NUÑO. ¿En qué?

ELVIRA. En tus celos.

NUÑO. No son celos.

ELVIRA. ¿Cómo los llamas?

NUÑO. Desdichas.

ELVIRA. ¿Nombre nuevo?

NUÑO. Éste les doy,
porque cuando no lo estoy
llamo a los favores dichas.

ELVIRA. ¡Ay, Nuño, el no confesallos
es la señal de tenellos!

NUÑO. Celos, Elvira, tan bellos,
bien puede Amor envidiallos.

ELVIRA. Sí, porque celos de un Rey
más que ofenden dan honor.

NUÑO. No es rey, Elvira, el amor
que se sujeta a otra ley.
Y de mis justos recelos
crece el rigor que se causa,
pues mientras mayor la causa
mayores serán los celos.

ELVIRA. ¿Tú no me mostraste, Nuño,
al Rey?
NUÑO. Por eso me quejo
de mí y de mi mal consejo;
y por la señal que empuño
que he estado más de una vez
por arrojarme sobre ella.
ELVIRA. Haríaste mal en ella.
NUÑO. Pues yo muera esclavo en Fez
si hay cosa que más me ofenda
que verte libre, y que creo
que ha sido causa el deseo
del Rey.
ELVIRA. Tu engaño no entienda
que me ha dado su afición
aquesta arrogancia a mí:
que no es burlarme de ti
tener del Rey presunción.
NUÑO. ¿De mí te burlas?
ELVIRA. Pues ¿no,
si al Rey me enseñaste?
NUÑO. Había
favorecídome un día
tanto, que le dije yo
que amaba cierta señora
principal, porque trataba
de amor, y aun pienso que amaba
algo que aborrece agora.
Preguntóme si era hermosa;
díjele que eras retrato
de un ángel, y, sin recato
de una afición poderosa,
tus gracias, tu entendimiento
de tal suerte encarecí,
que causa y principio fuí
a su nuevo pensamiento.
"Llévame, Nuño, a su casa
—me dijo—, que quiero ver
tan peregrina mujer."

(*Sale* SANCHO.)

SANCHO. ¿Señor?
NUÑO. ¿Qué hay, Sancho?
SANCHO. El Rey pasa.
NUÑO. ¡Qué bien anda Amor conmigo!
SANCHO. Y porque ya de lacayo
me transformo en papagayo,
el Rey que va a caza, digo.
NUÑO. Pues ¿a caza y por aquí?
ELVIRA. Ya dirás que por mí viene.
NUÑO. ¿A esotra parte no tiene
el monte?
SANCHO. Mi señor, sí;
pero no me maravillo,
que estas calles montes son;
pues siendo Amor el halcón
aquí hay perdiz del pinillo.
ELVIRA. Gente suena en la escalera
NUÑO. ¡Vive Dios, que sube acá!
SANCHO. ¿Cómo sube, y dentro está?
NUÑO. Iréme.
ELVIRA. Ya es tarde, espera.

(*Sale el* REY *de caza y criados.*)

REY. Allá os salid.
ELVIRA. Gran señor,
¿tanto honor a tan humilde
casa?
REY. Señora, decilde
esas quejas al Amor,
que el gran señor sólo es él,
pues a los reyes oprime.
ELVIRA. Luego es razón que lo estime
si vos lo venís por él.
REY. También quiero yo que a mí
el venir me agradezcáis.
ELVIRA. En el traje, al monte vais;
¿cómo venís por aquí?
REY. ¿Paréceos mucho rodeo?
Pues os prometo, señora,
que a veces corre en un hora
toda la tierra un deseo.
ELVIRA. No, sino que a fieras vais
y comenzastes por mí.
REY. Que lo habéis de ser temí,
y agora lo confesáis.—
Nuño, ¿acá estás?
NUÑO. Sí, señor.
REY. Excusa el estar acá,
porque en esta casa ya
ha de haber dueño mayor.
NUÑO. Yo pensé...
REY. No pienses nada,
que no queda qué pensar
cuando se ha de ejecutar
una ley determinada.—
Quedad, señora, con Dios;
cuando vuelva nos veremos.
ELVIRA. Son desiguales extremos.
REY. Mi alma queda con vos;
tratadla bien.
ELVIRA. Es mi pecho
pobre aposento, señor,
y a un alma de tal valor

REY. vendrále por fuerza estrecho.
Dadme el caballo.

(*Vase el* REY.)

ELVIRA. ¿Dirás
que soy en esto culpada?

NUÑO. Si aun no puedo pensar nada,
¿para qué he de hablarte más?
"Nuño, ¿acá estás?" ¿Hay tal cosa?
Y muy enfadado ya:
"Excusa el estar acá."

ELVIRA. Esa obediencia es forzosa.
Discreto eres.

NUÑO. Ya quieres
que en obedecer lo sea.
Pero ¿quién hay que no crea
que sois cristal las mujeres?
Mientras mirar me dejaste
fuí tu viva imagen yo;
luego que el Rey se mudó
la figura retrataste.
Estarás desvanecida
de que el alma te dejó.

ELVIRA. No me desvanezco yo
por cosas de la otra vida.

NUÑO. Ahora bien, estos enojos
me has de quitar con tus brazos,
que se está haciendo pedazos
Amor por verse en tus ojos.

ELVIRA. Tu amor a darlos me obliga;
mas como el Rey me dejó
su alma, no quiero yo
que lo vea y se lo diga.
Quédate con Dios, y advierte
que el Rey diciendo te está
que excuses venir acá.

(*Vase* ELVIRA.)

NUÑO. Pues vuelve a darme la muerte.

Con nombre y forma de mujer pintaron
el vicio y la virtud antiguamente;
a firmeza y mudanza juntamente
estatuas de mujeres fabricaron.
La inclinación al bien y al mal hallaron
en su ingenio sujeta un acidente;
de la luna menguante y la creciente,
de su inconstancia el símbolo sacaron.
Pero como se quejan tantos buenos
despreciados por viles, ya te alejas
de ser mujer en esto por lo menos.
Que si de las mujeres son las quejas,
que dejan lo que es más por lo que es menos,
no lo eres tú, pues por lo más lo dejas.

(*Vase. Sale* CELIO *en el monte, con sus pastores* BELARDO *y* SILVERIO; RISELO, *cabrero;* FIDELIO, *vaquero;* DAMÓN, *porquero.*)

CELIO.

¿Hay, pastores, belleza semejante
como la de estos prados, que parece
que en sus lazos, labores y realces
Naturaleza al arte desafía,
ni en ser menos riqueza que la mía?
¿Hay cosa como ver aquestas fuentes,
de su velo de plata revistiendo
las moradas pizarras en que caen
de estos pelados riscos despeñadas,
y el ver cómo se paran sosegadas
en el remanso de ese verde prado,
que las tiene un estanque fabricado
de tanta variedad de hermosas flores
que se pierde de vista en sus colores?
Y ¿hay cosa como ver tantos ganados
subir los montes y cubrir los prados,
agotando las aguas a los ríos,
y que digan las aves que son míos
desde que al alba gorjeando salen
hasta la negra noche que se valen
del lúgubre ciprés de hojas espesas
contra las uñas y voraces presas
del gavilán solícito y ligero,
que duerme con el pardo y el silguero
toda la noche entre ellas, y al aurora
le suelta libre? ¿Hay cosa como agora
tomaros cuenta a todos del ganado
y que a un silbo bajéis del monte al prado?
Allá se viva el cortesano y goce.
Levántese a las dos, cene a las doce,
que más quiero la oveja y la colmena
que todo su regalo, pues la pena
nunca viene a buscar las soledades,
ni sale la traición de las ciudades.—
¿Qué hay, pues, Belardo? ¿Cómo están las ye-
[guas?

BELARDO.

¡Pardiez, amo y señor, que están famosas,
sino que hemos tenido una pendencia!

CELIO.

¿Cómo?

BELARDO.

Decía yo que pues se llaman
potros los nuevos machos, será justo

que llamásemos potras a las hembras;
y hay tantos bachilleres de vocablos,
que ellos de las sentencias saben poco,
que me quieren a voces volver loco.

CELIO.

Belardo, cosas hay que el uso tiene
recebidas y cosas que no. Advierte:
pobre decimos, no decimos pobra;
que si es común a entrambos, uno sobra.—
Los caballos, en fin, ¿están famosos?

BELARDO.

Buenos están, señor; pero Dios sabe
que siento a veces el tratar con bestias;
mas yo debo de ser de aquella gente
que mataba Sansón.

CELIO.

¿Qué, filisteo?

BELARDO.

Sí, señor.

CELIO.

Pues ¿por qué?

BELARDO.

Porque me matan,
hablando con perdón, quijadas de asno.

CELIO.

La mala condición causan los años.—
¿Qué hay, buen Riselo? ¿Cómo van las ca-
[bras?

RISELO.

¡Pardiez, señor, diréla en dos palabras!
Tienen la condición de las mujeres,
que lo que está más lejos apetecen;
lo que tienen en casa es como hierba
de vega llana; lo que fuera miran
es como los cogollos de los árboles,
que por cogerlos por los riscos trepan.
Parécenlas, al fin, en bulliciosas,
y más...

CELIO.

¿En qué?

RISELO.

En saltar y ser golosas.

CELIO.

Y vos, Fidelio, ¿cómo estáis callando?
¿Qué hay de las vacas?

FIDELIO.

Andan estos lobos
de Asturias de tal suerte encarnizados,
que de día las quieren en los prados
quitar las crías.

CELIO.

¿No aprovechan trampas?

FIDELIO.

Conocen ya las huellas, las estampas.
Con todo eso, habemos estos días
quitado a cuatro las pequeñas crías.

CELIO.

Pues, amigo Damón, ¿qué hay de los puercos?

DAMÓN.

Luego vide que a mí me preguntabas.
A su servicio están. ¡Dios los bendiga!

CELIO.

¿Aprovechan el pasto? ¿Engordan? ¿Medran?

DAMÓN.

Así cual su mercé; tal más, tal menos.

CELIO.

¡Linda vida se tienen! Ni dan lana,
ni leche, ni provecho.

DAMÓN.

En un librillo
leía estotra noche mi carillo,
pienso que eran las trápulas de Isopo,
que un asno, viendo a un puerco como un topo,
siempre echado a pacer en la pocilga
con envidia que ell ánima pecilga,
decía: "¡Que éste engorde y yo trabaje;
que el mozo el pan y el amo a veces baje
cáscaras de melón y otros regalos,
y a mí con agua y leña me den palos!"
Pero llegado el día de San Lucas
agarraron al puerco, y al pescuezo
pusieron el cuchillo; y cuando el asno
oyó los gritos, dijo: "Hermano puerco,
si para eso os engordaba el amo,
igual es trabajar; asno me llamo."

CELIO.

Aún se tiene las mañas el porquero.
Ahora bien, aquí quiero quedar solo.
Dad una vuelta, amigos, al ganado.

DAMÓN.

Dios guarde a su merced.

FIDELIO.

De mal casado.

BELARDO.

De un corrimiento di, de un testimonio,
que hay hombres con salario del demonio
que andan a desquiciar vidas ajenas.

RISELO.

¡Qué azotes!

DAMÓN.

Con coraza y berenjenas.

(*Vanse todos y queda* CELIO.)

CELIO.

¡Oh, santas soledades, cómo vemos
que sólo es sabio quien vivir os sabe
sin envidiar el oro de la nave
que besa de la tierra los extremos!
¡Oh, cuánto al Cielo aquellos le debemos,
que en parte de vivir un monte cabe,
si la muerte ha de abrir con igual llave
las puertas de las vidas que tenemos!
Aquí son estos prados los amigos;
las selvas, el palacio y la carroza,
y el silencio y verdad, los enemigos.
Dichoso el que descansa en pobre choza;
que no se logra el bien donde hay testigos,
ni en las ciudades la quietud se goza.

(*Sale el* REY *con una ballesta.*)

REY. (Espantóle este villano.
Estoy por tirarle a él.)
CELIO. (Aquí viene un cortesano.
Bien será que huyendo de él
baje del monte a lo llano,
que aun su vista me es odiosa.)
REY. ¿Ah, buen hombre?
CELIO. ¿Quién me llama?
REY. Quien esta selva espaciosa
contó de una en otra rama,
tanto es la caza sabrosa.
Y ya que hallando un venado,
que al arroyo de este prado
bajaba, puse al coral
la mira, y él en cristal
tuvo el hocico bañado.
Dándole el aire al pasar
ha medido con tal prisa
las sendas, si no es volar,
que las flores donde pisa
se vuelven a enderezar.
CELIO. Pésame, señor hidalgo,
de haberos quitado el gusto;
pero, si a buscarle salgo,
veréis que estimar es justo
lo que en este monte valgo.
REY. No os vais; que, según el talle
y buen modo que en vos veo,
me espanto que en este valle
se ocupe vuestro deseo
y vuestra esperanza calle.
¿Quién sois?
CELIO. De este monte el rey,
como Ramiro en León,
aunque él da a vasallos ley,
y acá mi juridición
se extiende a una cabra y buey.
Pero en razón del mandar
tengo bien, gracias a Dios,
quien me desea agradar;
y con ser reino entre dos,
pensamos que ha de durar.
REY. Eso tened por muy llano
que no podrá ser.
CELIO. Ya sé
que del pecho soberano
son esas palabras fe;
pero es el otro mi hermano.
De un parto habemos nacido,
con que quedáis advertido
que es un alma en cuerpos dos,
pues si es uno, ya veis vos
que no será dividido.
REY. ¿Con tanta conformidad
vivís los dos?
CELIO. Es, en fin,
más que el deudo la amistad.
REY. En el reino de Caín
tuviera Abel la mitad
y no cupieron en él.
CELIO. Ese fué un hombre cruel,
que abrió a la muerte la puerta,
y acá no hay lumbre tan muerta
como las espigas de él.
Somos, como veis, hermanos,
y por profesión cristianos,
cuyo sacrificio sube
en pan de Dios, que no en nube,
a los Cielos soberanos.
REY. ¿Sabe tanto como vos
vuestro hermano?
CELIO. Y mucho más.
REY. ¿Qué cría en los montes Dios?
¿Qué labradores jamás
se vieron como los dos?
¿Tenéis de comer?

CELIO. Muy bien,
y aun pienso que de cenar,
y para darlo también.

REY. ¡Buen modo de convidar!
Como en el monte me ven...

CELIO. Huélgome que me entendáis,
que desde el punto que os vi
con el talle me alegráis.
Posada y cena hay aquí
si acaso perdido vais.

REY. Ya por haberos hallado
huelgo de haberme perdido,
que si yo os he contentado,
del alma, por el oído,
posesión habéis tomado;
y estimaldo, amigo, en algo,
que soy un honrado hidalgo
muy deudo del Rey.

CELIO. Bien creo,
por las señas que en vos veo,
que sois noble y hijodalgo.
Un filósofo decía
que en nuestros cuerpos vivía
otra alma después de muertos.
Y aunque éstos son desconciertos
para vuestra fe y la mía,
digo que si ser pudiera
fueran de algunos amigos
nuestras almas.

REY. (¡Quién dijera
que entre robles y quejigos
tal entendimiento hubiera!)
¿Sabéis leer?

CELIO. Y escribir,
y aun tengo algunos librillos
que me enseñan a vivir,
que son mudos para oíllos
y dan voces al sentir.

REY. ¿Qué libros tenéis?

CELIO. Algunos
filósofos en romance.

REY. ¿De caballerías?

CELIO. Ningunos,
que en amor, en cualquier trance
son, batallando, importunos.

REY. ¿Poetas?

CELIO. Muchos.

REY. ¿Y vos
los poetas entendéis?

CELIO. ¿Difíciles son, por Dios?

REY. ¿En efeto los leéis?

CELIO. Y me alegran más de dos.
Lo que entiendo es para mí
cosa de grande placer;
y si algo no entiendo, allí
digo: "¡Oh, cuál debe de ser
aquello que no entendí!"

REY. Bien decís.

CELIO. Estos combates
con la verdad se defienden;
pero hay hombres tan orates,
que las cosas que no entienden
las juzgan por disparates.
Y es que no quieren creer
que lo que no han entendido
lo pueda nadie entender.

REY. Por eso en el mundo ha sido
tan estimado el saber.

CELIO. ¡Pardiez con este galán!
Más precio un libro discreto
que cuanto esquilmo me dan
estos montes, que en efeto
por mis vasallos están.

REY. Notablemente me agradas.

CELIO. Luego ¿cenaréis conmigo?

REY. ¿Qué me daréis?

CELIO. En guardadas
servilletas, como amigo,
cuatro perdices asadas,
y no todas para vos,
que habemos menester dos
yo y mi hermano, y otra Inarda,
mi prima, mujer gallarda.

REY. ¿Gallarda aquí?

CELIO. Sí ¡por Dios!
Pero si hiela o si abrasa
no lo habéis vos de juzgar,
que al huésped noble que pasa
no le está bien preguntar
por las mujeres de casa.

REY. Ahora bien, yo voy allá,
aunque esperándome está
alguna gente en el monte.

CELIO. Ya en el último horizonte
el sol a la mar se va.
Mejor es que descanséis
y nuestra casa veáis,
que aun en plata cenaréis,
no toda, si acá pensáis
que es de la que allá tenéis.
Barro os traerán una vez
y otra vez de plata un jarro,
y cosas de este jaez,
que anda la plata y el barro

como piezas de ajedrez.
También sabréis que mañana
hay una fiesta villana
que pareceros podría
mejor que la cortesana
en vuestra casa y la mía.
Ea, pues, venid tras mí,
veréis encerrar diez toros.

REY. Ya voy tras vos.
CELIO. Eso sí,
que los seguros tesoros
no están allá, sino aquí.
REY. Bien lo ha mostrado el efeto.
Digo que envidioso estoy.
CELIO. Que lo estaréis os prometo.
REY. Pagado en extremo voy
de labrador tan discreto.

*(Vanse, y sale* FABIO, INARDA, LAURETA, *villanos.)*

INARDA. Prevenida está la cena.
FABIO. Admírome de que tarda;
mas con tu cuidado, Inarda,
¿qué puede causarme pena?
INARDA. Como ha de venir cansado,
he doblado la ración.
FABIO. Justas prevenciones son
de amor tan bien empleado.
INARDA. ¡Qué muerto, Fabio, que andas
por encajar tus celillos!
FABIO. Tenellos y no decillos
es ley de amor, si tú mandas,
y decillos sin tenellos
corre por lisonja ya.
INARDA. Celio a ti no te los da.
FABIO. Como lo dijeran ellos.
Si mis palabras te suenan
a celos, eso serán.

*(Sale* TOMÉ *y los* VILLANOS *músicos.)*

TOMÉ. A la fe, juntos están.
SILVERIO. Laureta, ¿cómo no cenan?
LAURETA. No ha venido Celio.
SILVERIO. ¿No?
LAURETA. Fabio esperándole está.
INARDA. La música viene ya.
FABIO. ¿Y quién lo ha ordenado?
SILVERIO. Yo.
FABIO. ¿Quién duda que cansaréis
esta noche todo el monte?
TOMÉ. Sobre ese repecho ponte,
verásnos cantar a seis.
FABIO. Tomé, ¿en saliendo *verásnos?*
La música lo será.
TOMÉ. ¿Qué quieres? Yo voy allá.
INARDA. Si tú vas, alegrarásnos.
TOMÉ. ¡Asnos, y dalle a la fe!
Pues en verdad que os casamos
y hay almagre y lindos ramos.
INARDA. ¿Con quién?
TOMÉ. Allá lo diré.
INARDA. ¿Luego tales mozas casas?
TOMÉ. Todo está por pluma y tinta,
y Tirse los ramos pinta
a las puertas de las casas.
Hay romances de arroyuelos,
esmeraldas, perlas, flores,
y lloran ríos, pastores,
más de hambre que de celos.
No hay mozo estos alcaceres
que no haya poetizado.
INARDA. Dame después un traslado.
TOMÉ. Escucha aparte.
INARDA. Y ¿qué tal es?
TOMÉ. Fabio te ha escrito una letra
muy secreto.
INARDA. Y ¿qué tal es?
TOMÉ. Muy mala y larga de pies.
INARDA. Pues él piensa que penetra
por la esfera de cristal.
TOMÉ. Puede ser que esté muy bien;
mas soy poeta también
y es fuerza que diga mal.
INARDA. ¿Tú poeta?
TOMÉ. Adocenado,
de estos que por gruesas van.

*(Sale el* REY *y* CELIO.)

CELIO. Aquí, caballero, están.
FABIO. ¡Oh, hermano, bien seas llegado!
CELIO. Saludad un huésped noble
que honra esta noche esta casa.
FABIO. La fiesta a ser doble pasa,
porque con él será al doble.—
Seáis, señor, bien venido
a esta pobre casería.
REY. Rica de tanta alegría,
podrá poner en olvido
las casas de Creso y Midas.
FABIO. Que ella lo quisiera ser
para serviros y hacer
paredes de oro vestidas,
no lo dudéis.
REY. No lo dudo.—

Señoras damas, perdón,
que el huésped, y con razón,
me manda miraros mudo.

INARDA. Un día que un cortesano
de milagro llega aquí,
no es justo que venga así,
que será precepto en vano;
que en verdad que hemos de hablar
hasta reventar con vos.

REY. Haréisme merced ¡por Dios!,
que deseo transformar
un ciudadano deseo
en un gusto labrador.

CELIO. Para que dure mejor
la conversación que veo,
cene el huésped, que después
podréis hablar sobre apuesta
y verá a placer la fiesta.

FABIO. Bien dice.

INARDA. Lo mejor es.

FABIO. Inarda, ¿está prevenido?

INARDA. Para los dos, y no más.

FABIO. Algún postre nos darás
de tu mano.

REY. Sólo os pido
que me tratéis con llaneza.

FABIO. En la mesa lo veréis,
que en un monte no hallaréis
sino aspereza y pobreza.—
(Prevenid cama famosa,
así Dios os haga bien,
que parece hombre de bien.

CELIO. Sangre tiene generosa,
que es de la casa del Rey.)

FABIO. Los músicos entren. ¿Hola?

(*Quédanse* INARDA y LAURETA.)

INARDA. No será la fiesta sola.

LAURETA. Quebrarse tiene la ley
del estilo labrador
en habiendo cortesanos.

INARDA. Muertos estos dos hermanos
por vivir a lo señor,
yo te aseguro que están
más anchos con el hidalgo,
pensando que adquieren algo,
porque su mesa le dan,
de aquello que es señoría
y silla vuelta al dosel;
que si estuviesen en él,
imágenes todo el día.

LAURETA. Ea, que bien te parece
el traje, el habla y la gala.

INARDA. Alguna cosa que es mala
por novedad se apetece.
Cuando veo un infanzón
con su calcita y cadena,
y los bigotes en pena,
más torcidos que un cordón;
lleno de vocablos nuevos
despejar aquí y allí,
enamorado de sí
y pisando sobre huevos,
tórnome a ver mi sayal
y a un Celio que, a lo villano,
tiene un pecho cortesano,
limpio, honesto y liberal.

LAURETA. Ya esperaba que parases
en Celio.

(*Sale* TOMÉ.)

INARDA. ¿Qué hay, buen Tomé?
¿Cenan bien?

TOMÉ. Bien, a la fe;
y espántome que no entrases
a ver siquiera cenar
este ilustre caballero.

INARDA. Tendrá muy bajo el sombrero
para más grave mirar.
El pan en la servilleta,
el cuchillo sobre el plato,
la punta con gran recato
que un átomo no se meta
de la margen del trincheo.
En la vianda hará pausas
si dan las preguntas causas,
respondiendo de rodeo,
y, sacando entre dos aires,
dirá muy falso y pagado
lisonjas a lo criado
y a lo príncipe donaires.
Limpiaráse muy aprisa
la boca, y para tapalla
levantará la toalla
disimulando la risa.
Dirá que la nieve es fuego
y que si hay tazas penadas.

TOMÉ. Cosas tan bien retratadas
que las escribas te ruego.
Pero advierte que te pide
Celio que en estos trincheos
me des...

INARDA. ¿Qué pide, deseos?

TOMÉ. No hayas miedo que me olvide

de esa palabra jamás;
porque postres me pidió,
y otra cosa no sé yo
que se le parezca más;
que si es lo mismo que fines,
eso es postres que deseos.

INARDA. Él merece otros empleos.
Tomé, sirve y no adivines.
Esta llave te dará
caja, alcorzas y bocados.

TOMÉ. ¿Fíasla?

INARDA. De los honrados.
Cierra, y vuelve luego acá.

*(Vase* TOMÉ.*)*

LAURETA. Que se la dieses me pesa.

INARDA. ¿Es goloso?

LAURETA. ¿No podría?

INARDA. Escucha ¡por vida mía!,
que están cantando a la mesa.
*(Cantan dentro.)*

"Por las sierras de Altamira
huyendo va el rey Marsilio
un domingo de mañana,
si entre moros hay domingos.
Siguiéndole va don Sancho
en un caballo morcillo,
que a quien hizo este romance
lo dijo el caballo mismo."

INARDA. Agora, Laura, se ríe
el cortesano muy tibio.

LAURETA. Estos romances, señora,
nacen al sembrar los trigos.
*(Vuelven a cantar.)*

"Llamaba el moro a Mahoma,
pero no le daba oídos,
que estaba haciendo buñuelos
con tres o cuatro moriscos."
*(Dan voces dentro.)*

¡Linda suerte! ¡Dios te valga!
¡Huye, hombre!

INARDA. Ya han venido
con los novillos los mozos.

LAURETA. ¡Brava grita!

INARDA. Todo es silbos.

LAURETA. La mesa deja el hidalgo.

INARDA. Con este alegre ruído
todo el mundo se alborota,
desde la monja al novicio.

*(Sale* FABIO, CELIO *y el* REY.*)*

REY. Yo perdono lo demás.

FABIO. ¿Para qué los han traído
hasta que hubieran cenado?

CELIO. La culpa ha tenido Tirso.
*(Digan dentro:)*
¡Guarda al toro! ¡Guarda al toro!

*(Salga* TOMÉ *con dos platos, y tropiece y los eche a rodar.)*

TOMÉ. El diablo es este novillo.

FABIO. Tente. ¿Sabes dónde vas?

TOMÉ. Bien lo sé, pues he caído.

FABIO. ¿Dónde?

TOMÉ. Aquí, donde caí.

CELIO. ¿Aquí turbado y perdido
y los toros en la plaza?

TOMÉ. Casi en sus cuernos me he visto;
porque, en saliendo al balcón,
apenas al hosco miro,
cuando de un brinco que dió
me zumba por los oídos.

INARDA. ¡Lindo miedo!

REY. El brinco alabo.

TOMÉ. Pues ¿qué pensó que era el brinco?
¿De estos de diamantes y oro?

CELIO. Pues ¿por qué los han traído
con tanta prisa, Tomé?

TOMÉ. Porque al pasar de ese río
unos negros cazadores
que acudieron a los gritos,
los han seguido y picado,
y, sin poder resistillos,
los rejonean y acosan;
pero el gacho y el hosquillo
han hecho tal riza entre ellos,
que por el olor me han dicho
que algunos calzones verdes
se les han vuelto amarillos.

CELIO. Haré que los prendan luego.

*(Salen seis* CAZADORES *bien puestos.)*

REY. ¿Podréis vos?

CELIO. En estos riscos
tengo yo juridición,
mis leyes, horca y cuchillo.

CAZADOR. Decid que a cenar nos den,
o poned fuego a esos pinos.

FABIO. Con menos bríos, soldados.

CELIO. Soldados, con menos bríos.
Basta, aunque seáis del Rey,
que hayáis los toros corrido,
sin poner fuego a las casas.

REY. ¿Hola?

SEGUNDO. Rey y señor mío.
TERCERO. ¿Aquí estaba vuestra alteza?
REY. Aquí estoy.
CELIO. (¡Yo soy perdido!
¿Este es el Rey?
FABIO. ¿No lo ves?)
CELIO. Señor, esos pies pedimos
mi hermano y yo y mi familia.
FABIO. Señor, a haberlo sabido,
¡qué sabido! sospechado,
nadie se hubiera atrevido
a ponerse al lado vuestro.
REY. De ningún modo me sirvo
con tanto gusto en mi casa;
y por que veáis que digo
lo que siento y que el ingenio
y valor de Celio estimo,
le he de llevar a la corte
y allá tenerle conmigo;
que en lo que he hablado con él
méritos he conocido
para que reyes le tengan
por consejero y amigo.
CELIO. Bésoos mil veces los pies.
FABIO. (¿Celio?
CELIO. ¿Fabio?
FABIO. Escucha. Digo
que te acuerdes que Filardo,
nuestro padre, ayer nos dijo
que procuremos vivir
sin salir de nuestro nido
y conservar llanamente
el estado en que nacimos.
Guárdate, Celio, y advierte,
sin pensar que yo te envidio,
que profetizan los padres.
¿Qué te falta en este sitio?
Para habitación, ciudad;
para huerta, paraíso,
donde eres señor de todos
y ellos y yo te servimos.
¿Qué sabes tú de las cortes,
donde es verdad que los grillos
son de oro; pero, en fin,
aprisionan los sentidos?
Goza de tu libertad.
CELIO. Si hubieras, Fabio, leído
historias de tantos hombres
humildemente nacidos
que llegaron a ser reyes,
pontífices y arzobispos
por dejar sus pobres patrias,
y en hombros de reales pinos
como hiedras levantaron
los pimpollos de sus hijos,
no me impedirías el bien
que la suerte me ha traído
hasta el umbral de mi casa
sin ruegos y sacrificios.
Sin rey ninguno medró.
Tan bestias como al principio
del mundo fueran los hombres
a no haber armas y libros,
y naves que al arrogante
mar hiciesen dar bramidos.
FABIO. Vete con Dios, que algún día...
CELIO. No prosigas.
FABIO. No prosigo.)
CELIO. Señor, aquí me tenéis
humilde a vuestro servicio.
LAURETA. (¿No escuchas cómo se lleva
el Rey a Celio?
INARDA. He tenido
por sueño lo que aquí pasa;
pero esta noche me obligo,
con dos lágrimas, hacerle
desdecir de lo que ha dicho.)

(*Sale* SILVERIO.)

SILVERIO. ¿Qué hacéis aquí de esta suerte,
señores, que el regocijo
mayor dejáis de gozar
que se ha visto ni se ha oído?
Al novillejo bragado
tiró un reguilero Timbrio,
y con el dolor de verse
las plumas en los hocicos
y en las ternillas el hierro,
corrió tras él, y de un brinco
se ha entrado por la bodega,
donde, por trepar a asirlo,
ha reventado una cuba;
y por remediar el vino
han entrado dentro Bras,
Pascual, Giraldo, Jacinto,
Riselo y otros, y todos,
entre el vino y el novillo,
hacen mil graciosas suertes.
REY. A la fiesta me convido.
Hoy quiero ser labrador.
INARDA. En fin, ¿te vas, Celio mío?
CELIO. Yo no lo sé, bella Inarda.
Si me voy, tú irás conmigo.

## ACTO SEGUNDO

(*Salen* Laureta *y* Inarda.)

Laureta. Ten sosiego.
Inarda. No es posible,
que es el dolor insufrible
de una ausencia irreparable.
Laureta. No hay mal de amor tan notable
que tenga el fin imposible.
Inarda. Pues a un Celio labrador
cerca del Rey cortesano,
que tuve y que tengo amor,
¿podré volver a villano
ya transformado en señor?
La mudanza del vestido,
que al estilo corresponde
adonde el Rey le ha subido,
¿volverá algún tiempo adonde
fué tan vilmente nacido?
¡Ay, Laureta! ¿No es mejor
ponerme en desconfianza
que acrecentar mi dolor?
¿No sabes que es la esperanza
la que sustenta al amor?
Mejor es desconfiarme
de que no he de verle más,
si pretende remediarme.
Laureta. ¿Luego a la corte no irás
a verle?
Inarda. A verle y matarme.
Laureta. Vamos, señora, a León,
que no faltará ocasión
de comprar y de vender.
Inarda. Iré a comprar mi placer
y vender mi corazón.

(*Sale* Fabio.)

Fabio. Ociosa de tus amores,
lejos de tus pensamientos,
dando perlas a las flores,
esperanzas a los vientos
y venganza a mis dolores,
Inarda bella, te veo.
¿Cómo te va de deseo
de aquel nuevo cortesano?
¿Hay cortesía a lo llano,
o mercedes de rodeo?
¿Qué te dice en esta ausencia?
¿Acuérdase ya de ti?
¿Mírate con diferencia?
Inarda. Que te vengases de mí
me ha quitado la paciencia.
Fabio. Engáñaste, y es rigor
juzgarme tan labrador,
que, en pudiéndose vengar,
no vengarse y perdonar
es condición de señor.
Que me he holgado no te niego
que Celio se haya partido,
por ver si hallase mi ruego
para tu memoria olvido
y para mi amor sosiego.
Que siendo imposible ya
volverle a ver en tu aldea,
posible, Inarda, será
que menos tu desdén sea.
Si desengañado está
un bien puedes desealle,
mientras que piensas gozalle
y está en potencia el deseo.
Pero, perdido, yo creo
que es el remedio olvidalle.
Olvida, Inarda, así vivas
imágenes fugitivas
del entendimiento ya,
que luego el amor hará
que en tu memoria me escribas.
Celio a las cortes se atreve;
ya toda su hacienda es mía,
y toda a ti se te debe,
hasta aquella sierra fría
donde eres alma de nieve.
Aquí tendrás el enero
ardiendo en conversación
cada noche un pino entero,
y en el esparto el melón
hasta los fines de hebrero;
comerás por marzo olivas,
frescos quesos en abril,
en mayo las primitivas
frutas que al junio gentil
ciñen las sienes estivas;
en el julio sazonado
esos blancos pies pondrás,
Inarda, al trillo empedrado,
y a Venus parecerás
llevando mi amor al lado;
agosto te dará trojes
y nogales que despojes,
y avellanas al septiembre,
uvas octubre, y noviembre
cubas en que el vino alojes;
ya, por el diciembre cano,
secas frutas, dulces vinos,

y aquel día soberano
que los ángeles divinos
celebran a Dios humano,
de todo aquel horizonte
a su aguinaldo disponte,
cabritos, corderos, bueyes;
y la noche de los Reyes
te haré reina deste monte.
¿Qué dices?

INARDA. Que en cortesía,
Fabio, te quise escuchar,
y que la desdicha mía
no me da tanto lugar
como a tu amor se debía.
Yo soy agora ocupada.
Después te responderé.

FABIO. Amas, y estás disculpada.

LAURETA. ¿Dónde vas?

INARDA. ¿Adónde iré,
que tengo el alma engañada?

*(Vase. Queda* FABIO.)

FABIO.

De la prisión del Etna se desata
hinchado Bóreas; Euro, Noto y Coro
desnudan la sabina; el verde loro,
al limbo el sol, la tierra al mar retrata.
La nieve por los campos se dilata,
que el año labrador llama tesoro,
y las eras que vieron parvas de oro
se quejan de sufrir montes de plata.
Perdióse el color verde; el conejuelo
cristales lame en vez de hierba, y muerde
el venado carámbanos de hielo.
Todo se trueca, se deshace y pierde;
está la tierra blanca y pardo el cielo,
y sola mi esperanza se está verde.

*(Sale* TOMÉ *en hábito de lacayo.)*

TOMÉ. Basta; que en aquesta casa
no hay quien conozca a Tomé.

FABIO. ¿Eres Tomé?

TOMÉ. Sí, a la fe.

FABIO. Quien de extremo a extremo pasa
no se espante de no ser
en su casa conocido.

TOMÉ. Pues ¿mudé el ser?

FABIO. El vestido
te pudo desconocer.
¿Cómo estás? ¿Cómo te va?
¿Qué hay de Celio? ¿Es buena vida
la de la Corte?

TOMÉ. Escogida.

FABIO. ¿Está bueno?

TOMÉ. Bueno está.

FABIO. ¿Anda a caballo?

TOMÉ. ¡Pues no;
es la privanza del Rey!

FABIO. ¡No fuera mal tras el buey
por el campo en que nació!

TOMÉ. Quiérele de tal manera
Ramiro, rey de León,
que, cerca de su afición,
es la persona primera.
Las galas de su persona,
las libreas de sus pajes,
los cintillos, los plumajes
en que el aire se aprisiona,
la casa y tapicería,
las camas, la rica mesa...
—de que lo diga me pesa
la tosca ignorancia mía—
no se negocia sin él:
él es la puerta de todo.

FABIO. ¿Que se ha hecho dese modo?

TOMÉ. Todo se rige por él.
Pero a fe que lo merece
su entendimiento y valor,
y el ver el modo señor
con que a todos favorece.
Todos le echan bendiciones;
a todos hace mil bienes.

FABIO. Al bien y al mal libre tienes,
Fortuna, las ocasiones.
Pero di, Tomé querido:
¿a qué hora come y duerme?

TOMÉ. Eso es lástima, y ponerme
en borrar lo referido.
El con el alba se acuesta
y con el sol se levanta;
que el sueño apenas quebranta
cuando a levantar se apresta.
El come entre cinco y seis,
y cena, si le importunan,
cuando otros se desayunan.

FABIO. ¡Muy linda vida tenéis!
¿Vais a fiestas?

TOMÉ. No hay lugar
para cortar una flor
a un jardín.

FABIO. Frío y calor
¿cómo se suele pasar?

TOMÉ. Pásale el calor y el frío

escribiendo y negociando,
y a mil necios escuchando.

FABIO. ¡Oh, santo descanso el mío!

TOMÉ. Y si no van despachados
y a su gusto, las orejas
cubren los Cielos de quejas.

FABIO. ¡Oh, bien hayan estos prados!

TOMÉ. Pues ¿qué diré de envidiosos,
que, con lenguas de serpientes,
son lisonjeros presentes,
y ausentes son venenosos?
Ello, en efeto, fatiga;
pues mientras más bien hacemos,
más enemigos tenemos.

FABIO. ¡Ay, fuentes; Dios os bendiga!

TOMÉ. Apenas ha dado un bien
al que otro mayor aguarda,
cuando se queja.

FABIO. ¡Ay, Inarda;
más quiero yo tu desdén!

TOMÉ. Si agrada a unos, a otros
desagrada.

FABIO. ¿Que, en efeto,
le murmuran?

TOMÉ. De secreto.

FABIO. ¡Montes, tenedme en vosotros!
Si no duerme trabajando,
y si no come escribiendo,
y si a tantos bien haciendo
todos le están murmurando;
si no puede levantarse
a las nueve, por lo menos,
gozar los días serenos,
y entre diez y once acostarse;
si no puede una semana
estar sin oír y ver
un pretensor bachiller
con su retórica vana;
si no puede, sin testigo,
entretenerse y reírse;
si no puede divertirse
con un libro o un amigo;
si ningún descanso toma,
y si a eso a la Corte fué,
dile a mi hermano, Tomé,
que *con su pan se lo coma.*
Más precio, después del sol,
salir a ver estos prados,
ya verdes y ya dorados,
a manchas de su arrebol;
más precio ver retozando
el bien harto corderillo
de la leche y del tomillo,
y a su pastor aserrando
las tres cuerdas de un rabel,
o ver cómo mis vaqueros
hierran sus novillos fieros
detrás de un olmo o laurel;
más precio sobre esta alfombra
de narcisos y claveles
tender rústicos manteles
de ese peñasco a la sombra;
más precio tirar a un gamo,
a una liebre o a un conejo,
y echar al galgo el pellejo
cuando le espeto en un ramo;
más precio unas fiestas, digo,
el baile de mis zagalas,
que con sayuelos y galas
son amapolas en trigo;
y más precio en el verano
dormir sobre el heno tierno,
y a la lumbre en el invierno
oír un cuento villano,
que cuantas grandezas tiene;
que si es la vida tan corta,
pasalla en descanso importa,
mientras que la muerte viene.
Que al fin del año el señor
y el labrador han comido,
y por ventura dormido
con más gusto el labrador.

TOMÉ. ¡Ah, Fabio! ¡Gran cosa es
el mandar y el gobernar!

FABIO. No te quiero replicar;
dígalo el tiempo después.
Ven, por que Inarda te vea.

TOMÉ. ¿Celoso estás?

FABIO. No, por Dios.
Montes, el que vive en vos
¿qué más descanso desea?

(*Vanse. Sale* LAURETA *y* INARDA.)

LAURETA. ¿Temor tienes?

INARDA. ¿No es razón
que una humilde labradora
éntre por Palacio ahora
con temor y confusión?
¿Con los pies de pisar cardos
quieres que mármoles pise?
Volverme, en viéndolos, quise,
Laura, a mis sayales pardos.
¡Mira qué hermosas colunas,
algunas con chapiteles

de oro y hojas de laureles
y de un rico jaspe algunas!
¡Mira en estas escaleras
qué labrados artesones,
y cubrir estos balcones
cristalinas vidrieras!
¡Mira qué de varia gente
entra y sale a negociar!

LAURETA. ¡Qué debe, Inarda, de entrar
de ambicioso pretendiente!
¡Qué de arbitrios y quimeras!
¡Qué de pleitos mal fundados!

INARDA. ¡Bien haya, Laura, los prados
y aquellas solas riberas;
cuando mucho, un ruiseñor,
divinamente cantando,
estará el Cielo informando
de los pleitos de su amor;
cuando mucho, un verde pino
será coluna por quien,
a pesar de su desdén,
halle una piedra camino!
¿Qué hará Celio en la grandeza
destas cosas?

LAURETA. Olvidar
su monte, casa y lugar
y su primera bajeza.
Pero escucha, por tu vida.
¿No es éste?

INARDA. Parece a él.
¡Que esto pueda el traje en él!
¡Naturaleza se olvida!

(*Sale* CELIO *muy galán de caballero, algunas personas dándole memoriales.*)

SOLDADO 1.°

Éste has de ver con tus piadosos ojos.

SOLDADO 2.°

En éste advertirás tantos servicios,
que te fuercen a hablar al Rey sobre ello.

SOLDADO 3.°

No quiero yo favor para contigo
como tu mismo claro entendimiento.

SOLDADO 4.°

Más que este memorial tiene renglones
moros me han dado en este pecho heridas.

CELIO.

Yo los veré, soldados, muy despacio,
y a su alteza hablaré, sin que me canse
de pedirle una vez y muchas veces
la remuneración de estos servicios.

SOLDADO 1.°

¿Qué os parece de Celio?

SOLDADO 2.°

Que es tan llano,
comedido y de grande entendimiento,
que ya, sin ir pagado, voy contento.

(*Vanse los* SOLDADOS.)

INARDA. ¿Has visto cuántos soldados
le hablan y dan papeles?

LAURETA. Háblale y no te desveles
en pensamientos pasados.

INARDA. ¿Entre tantos memoriales
podrá una mujer que aguarda
hallar memoria?

CELIO. ¿Es Inarda?

INARDA. ¡Con lindos descuidos sales!
Vuelve bien el rostro acá;
no te esperes, Celio, así,
que la misma soy que fuí
y como me hablaste allá.
¡Válate Dios y qué grave!
Los ojos no se te ven;
levanta el sombrero bien.
¿Tienes la vista con llave?
Haz cuenta que soy soldado
y que pretendo contigo
guerra. Es Amor tu enemigo,
y yo quien ha peleado.
Heridas tengo de ti.
¿Qué premio me das?

CELIO. Si fueras,
Inarda, la que debieras,
no hubieras entrado aquí.
No son aquestos los tiempos
en que allá por verdes prados
pastamos blancos ganados
con bailes y pasatiempos.
No es el tiempo en que solías,
al espejo de una fuente,
dar al aire libremente
tu cabello algunos días.
Y yo, que detrás estaba
de algún saúco o verde oliva,
a hurtar por reliquia iba
lo que al peine le sobraba.
Como los tiempos se mudan
se han de mudar las acciones;

no igualan las ocasiones,
sino solamente ayudan.
Ayudaré donde estoy,
pero no me igualaré.
Vete con Dios.

INARDA. Yo me iré
si tanto enfado te doy;
y tú aquí me ayudarás,
que desde hoy pretender quiero
algún gobierno.

CELIO. Eso espero.

INARDA. ¡Jesús, qué endiosado estás!
Que es verte hablar con helada
voz, que a lo débil desmedra,
por boca de azúcar piedra,
palabras de agua rosada.
Tan presto de los terrones
pasaste a la adoración.
¡Extraña transformación!

CELIO. ¿Cómo, Inarda, aquí te pones
a gracejar con criados
de su alteza?

INARDA. Celio, no,
que cuando gracejo yo
es a criados en prados.
Así Dios me dé ventura;
que me enfadas de manera,
que no pienso en la ribera
de tu sombra estar segura.
Pedazos tengo de hacer
mi propia imaginación.
¡Qué graciosa elevación!
Arrobos deben de ser.—
Ven, Laureta; por aquí
dará el aire a este señor.

LAURETA. ¿Que aquéste fué labrador?

INARDA. Oye, amigo, vuelva en sí,
y con hierbas de San Juan
acuéstese perfumado,
que le habremos aojado
por lo lindo y lo galán.—
¡Perdida voy!

LAURETA. Disimula.

INARDA. ¡Quién se vengara!

*(Vanse las dos.)*

CELIO. ¡Qué mal
habla a la seda el sayal!
¡Qué mal un villano adula!
No me pueden ofender
estos necios labradores
más que en venir de colores
y quererme hablar y ver.
En el campo, como allá,
que aquí no es bien que me afrenten
ni que dar ayuda intenten
a las envidias de acá.

*(Sale el REY.)*

REY. ¿Celio?

CELIO. ¿Señor?

REY. ¿Qué haces?

CELIO. Vengo
cargado de memoriales
de soldados principales,
cuyas protecciones tengo.

REY. Hoy quiero hacerte un favor.

CELIO. ¿Cuándo no lo estoy de ti?

REY. ¿Has querido?

CELIO. Señor, sí.

REY. Celio, yo muero de amor.

CELIO. Habrá poco que el sujeto
que allá en mi aldea tenía
a buscarme aquí venía.

REY. Y ¿qué te pasó, en efeto?

CELIO. Que como por ti olvidé
la patria y naturaleza,
de su rústica belleza
también el alma aparté.

REY. Pues ¿eso estuvo en tu mano?

CELIO. El olvidar es querer.

REY. Hoy verás una mujer
fin del pensamiento humano.
Echaremos las cortinas
a una carroza, y verás
que no hay en la tierra más.

CELIO. Serán sus partes divinas.

REY. Mientras firmo unos papeles
haz que la pongan.

CELIO. Yo iré.

*(Vase el REY y sale TOMÉ.)*

TOMÉ. Acá me he entrado.

CELIO. ¿Tomé?

TOMÉ. Si tanto esconderte sueles,
no te espantes que me atreva.

CELIO. ¿Qué hay de Fabio?

TOMÉ. Hase burlado
de tu vida y tu recado
como de cosa tan nueva.

CELIO. Villano, en fin, aunque hermano,
de poco talento y honra.

TOMÉ. Sospecho que se deshonra
de que seas cortesano.

Si le vieras con la risa
que tus galas celebró,
y lo que el campo alabó
y los céspedes que pisa,
sospecho que te corrieras.

CELIO. Si él supiera las historias
que nos dejaron memorias
tan altas y verdaderas
de los hombres que han subido
desde las cabras y bueyes
a ser príncipes y reyes,
poco se hubiera reído.
Mauricio, esclavo ordinario,
fué emperador del Oriente;
nacido de escura gente,
siete veces cónsul Mario;
Narses, de cartero a Cónsul
subió con muchos vasallos,
y de mozo de caballos
llegó Ventidio a procónsul.
De Galerio y Tolomeo
fueron los padres pastores;
los de Proto, agricultores,
y pobres los de Perseo;
pero es proceso infinito.
Dile a Fabio que me vea,
aunque ya sé que en su aldea
tiene las ollas de Egipto.
Dile que le quiero hablar.

TOMÉ Pienso que no ha de venir.

CELIO. Sí hará, y puédesle decir
que tengo aquí que le dar.

TOMÉ. Por interés vendrá menos.

CELIO. Pues alzarse de la tierra
ánimo y valor encierra
en los hijos de los buenos.
Quédese para villano
si tanto el verme le enfada
que ponga pluma y espada
y no al arado la mano.
Que yo soy hijo, Tomé,
de mis propios pensamientos;
nací en mis altos intentos,
y en mi valor me crié.

TOMÉ. Fabio se contenta así.

CELIO. Quien no sale de quien es,
¿qué puede dejar después
para memoria de sí?

TOMÉ. Todas aquestas grandezas
juzga Fabio a desatinos,
respeto de aquellos pinos.

CELIO. ¿Esas tiene por riquezas?

TOMÉ. Alaba las claras fuentes;
y tus entoldadas salas,
mesas, camas, pajes, galas,
memoriales, pretendientes,
papeles que a cargo tomas
y el reino a tus pies sujeto.
dice...

CELIO. ¿Qué dice, en efeto?

TOMÉ. Que *con tu pan te lo comas.*

CELIO. Pues dile que sus pradillos,
ovejuelas, fuentecillas,
villanejos, pastorcillas,
cabras, puercos y novillos:
pues que pensamientos bajos
no son para hombres de bien,
que se los coma también
con cebollas y con ajos;
que con mi pan y mi polla,
o mi perdiz regalada,
comeré en plata dorada
lo que él con pan y cebolla;
y que, al fin, no me dirán,
cuando canten "el villano",
que me dan, como a mi hermano,
"la cebolla con el pan".

*(Sale* DON NUÑO *y* DOÑA ELVIRA.)

NUÑO.

Este lugar le ha dado el Rey.

ELVIRA.

Don Nuño,
espántome que Celio lo merezca
si ayer guardaba cabras en un monte;
pero en las voluntades de los reyes
a la disposición del Cielo mira.

NUÑO.

Con el Cielo tuvieron valor siempre
méritos y servicios de los hombres.

ELVIRA.

Hablo, Nuño, de solas influencias,
donde se engendra el rayo y viene a tierra
por donde más la nube se enrarece,
sin respetar palacios ni pirámides.
Las figuras celestes nos imprimen
las calidades por primeras causas;
levanta los vapores el sol claro;
de unos se engendra fuego y de otros hielo,
y en esto son los reyes como el Cielo.
Tal vez un monte cubre de mil flores,
y roba a un verde llano las colores.

Crían los altos príncipes los hombres
como a las plantas débiles la tierra,
con grandes hojas y terribles frutos,
para que duren solamente un año,
y tarda ciento en una verde palma.

NUÑO.

Con tu discurso se consuela el alma.
Quisiérale escribir con letras de oro;
pero si me ha quitado mi tesoro,
¿cómo puedo dejar de tener queja?
Ya mis servicios y nobleza deja,
sin ver, Elvira, el bien que en ti me quita,
y quiere bien un labrador, un monstruo,
que ayer bañó en sudor, cavando, el rostro.

(*Sale* SANCHO, *lacayo*.)

SANCHO.

Desdicha tengo en esperarte.

NUÑO.

¿Cómo?
¿Viene, por dicha, el Rey?

SANCHO.

Apenas queda
ocupando los poyos de la puerta,
cuando conozco una carroza, echadas
las dos cubiertas a los dos estribos.
Llegó, paró, quitaron los botones
y sale el Rey

NUÑO.

Acorta de razones.

SANCHO.

Con Celio sale, y suben los dos.

ELVIRA.

Corre,
y escóndete detrás de aquellos paños.

NUÑO.

¿Celio también aquí?

ELVIRA.

Pues ¿qué remedio?

NUÑO.

Él debe de ser sombra que me sigue.

ELVIRA.

Si el Rey te encuentra aquí, cuéntate muerto.

NUÑO.

Que lo debo de estar es lo más cierto.

(*Sale el* REY *y* CELIO.)

REY.

¡Con quién, hermosa Elvira, te entretienes?

ELVIRA.

Sola, señor, estaba; aunque segura
de esta merced, acompañaba el alma
de mil memorias tuyas.

REY.

¿Ha venido
Nuño por esta calle algunas veces?

ELVIRA.

Desde el día, señor, que le mandaste
que no volviese aquí, no he visto a Nuño.

REY.

No suele Amor obedecer al dueño.

ELVIRA.

Quien sirve bien, quien ama lo que sirve,
antes se precia más de la obediencia,
porque de aquello sólo tiene gusto.

REY.

Bien puede ser que Nuño me obedezca;
mas no me agrada a mí que le disculpes.

ELVIRA.

El decir la verdad, no es disculparle.
¿Quién es este criado de buen talle
que trae vuestra alteza siempre al lado,
que nunca tanto en él he reparado?

REY.

Este es Celio, el mayor entendimiento
que en estos tiempos ha formado el Cielo.
Pudiera honrar como Catón a Roma,
y como otro Demóstenes de Grecia.

ELVIRA.

Ya sé que vuestra alteza [le] ama y precia.

REY.

Y enseñar a los padres del Senado
un arte nuevo de razón de Estado.
Escucha, un hombre a quien estimo y quiero

ELVIRA.

En eso cifras cuanto Celio vale.

REY.

Téngole puesto en el lugar primero.
Trata verdad, a mis intentos sale;
gran bien al reino de su ingenio espero.

ELVIRA.

No habrá, si tú le abonas, quien le iguale.

REY.

Un Príncipe no puede por sí solo
ser de la carga del Imperio el polo.
Como el cielo se mueve en dos, conviene
que tenga quien le ayude. Mas dejando
partes de Celio, que conmigo viene,
y en las que tiene tu belleza hablando,
¿qué es lo que agora, Elvira, te entretiene?
Nunca me pides nada, imaginando
que Amor es obras y que hacerlas puedo.

ELVIRA.

Si yo te tengo, a tu poder excedo.

REY.

Dices muy bien.

ELVIRA.

Por eso no te pido,
que tú me has de pedir si yo te tengo.

REY.

¿Hay tal donaire?—Celio, ¿no has oído
esta razón?

CELIO.

Muy bien.

REY.

Cuando yo vengo
adonde tengo el alma y el sentido,
¿qué puedo dar?

CELIO.

En la razón detengo,
todo mi ingenio es un profundo abismo.

REY.

Pedirla quiero que me dé a mí mismo.
¿No es muy perfeta en todo?

CELIO.

Ingenio y talle
me parecen rarísimos.

REY.

¿Qué sientes?

CELIO.

Que cuanto pudo el Cielo quiso dalle.

REY.

Celio, ¿no tiene partes excelentes?

CELIO.

(Pienso que al Rey le pesa de que calle;
seguir su gusto en todos accidentes
es la ley del servir.) Señor, yo veo
altamente empleado tu deseo.
Es esta dama aquella imagen bella
que de cinco doncellas hizo el griego,
de todas la mejor, poniendo en ella
segunda causa del troyano fuego,
cual suele, antes del sol, la blanca estrella,
que pone las tinieblas en sosiego.
Ansí parece en tu presencia agora,
siendo yo el campo que corona y dora.
Vila y temblé; que a tal respeto mueve,
que me dejó, mirándola, suspenso.
No la enseñes a nadie, ni que apruebe
su belleza le pidas con tal censo,
que bien será, señor, de helada nieve
el que no la tuviere amor inmenso.
El alma lleva de la vista asida.

REY.

¿Que te has enamorado, por tu vida?

CELIO.

Sí, señor; que enamora esta señora
las piedras como yo.

REY.

Pues ¡vive el Cielo!
que he de ser Alejandro desde agora,
y tú mi Apeles con el mismo celo.

CELIO.

Decir, señor, que agrada y enamora
por encarecimiento un monte, un hielo,
no es decir que estoy muerto, que era justo
hablar así por abonar tu gusto.
Yo estoy vivo, y tan lejos de tu ofensa
como verás, pues con licencia suya
me voy.

REY.

Yo te conozco, Celio. Piensa
en que de hoy más esta mujer es tuya.
Si calidad te falta, en recompensa
te quiero dar...

CELIO.

Señor, no se concluya
tan presto un pensamiento tan extraño.
Mira que no la quiero, y que es engaño.

REY.

Celio, de hombre de bien me dices eso.
Yo te vi sin color luego que entraste,
y agora estás turbado.

CELIO.

Yo confieso
que con lo que dijiste me turbaste.

REY.

Yo quiero hacer de Amor tan grande exceso.

CELIO.

¿Qué exceso, si en mirarme te engañaste?
¡Vive Dios, gran señor, que no la quiero,
y que tu amor me hace lisonjero!
No te quites el gusto que tenías
para darle a quien no te lo agradece.

REY.

Aquí no valen ya filosofías.—
¿Elvira?

ELVIRA.

¿Gran señor?

REY.

¿Qué te parece
de Celio?

ELVIRA.

Que es gallardo.

REY.

¿No tendrías
por dichosa, pues ves lo que merece,
la mujer que llegase a ser su esposa?

ELVIRA.

(Lisonjearle es acertada cosa.
Quiero decirle bien de lo que ama.)
Señor, Celio es galán y gentil hombre,
y a no preciarme yo de ser tu dama,
no hay que dudar, apeteciera el hombre.
Es Celio como el nombre que se llama,
porque el Cielo le ha dado hasta su nombre.
Si visitares damas no le lleves,
que podrá ser que a ser celoso pruebes.

REY.

Celio, Elvira, es hidalgo caballero
de mi mano, y desde hoy es tu marido.
Ser liberal y no celoso quiero.
Tu mano para dársela te pido.—
Desde hoy, Celio, serás mi tesorero.

CELIO.

(¡Cuánto de hablar estoy arrepentido!)

ELVIRA.

¿Marido me traías?

REY.

Daos las manos.

ELVIRA.

¿Hablas de veras?

REY.

Cumplimientos vanos.
¿Sabes quién te lo manda?

ELVIRA.

¡Fuerte cosa!
No creyera de ti...

REY.

Ya está acabado.—
Tú eres su esposo y ella es ya tu esposa.
Ve a apercibir el coche.

CELIO.

(¡Voy casado!)

ELVIRA.

Mira, señor...

REY.

Adiós, Elvira hermosa.
A la noche vendrá tu desposado
por ti, que quiero que en palacio sean
bodas y fiestas.

ELVIRA.

¡Harto bien se emplean!

*(Vase el* REY. *Sale* NUÑO.)

NUÑO.

¿Qué es esto?

ELVIRA.

¿No lo has visto?

NUÑO.

Bien lo he visto;
pero no lo he creído.

ELVIRA.

Yo tampoco.
¡Casóme el Rey con este su bienquisto!

NUÑO.

No trata más que de volverme loco.
¿Cómo la furia y el dolor resisto?

ELVIRA.

¿Y yo no te parece que provoco
las piedras a volverse lenguas vivas?

NUÑO.

Su muerte he de trazar.

ELVIRA.

En aire estribas.

Vete, Nuño, con Dios; que soy esposa
del señor tesorero, de un villano,
de un montañés, de un monstro.

NUÑO.

¡Extraña cosa!
No quiero consolarte.

ELVIRA.

Fuera en vano.

NUÑO.

Ya estás casada. Goza en paz dichosa
un hombre tan dichoso que la mano
de un Rey tiene en la suya, pues es tuya.

ELVIRA.

Primero seré muerta que ser suya.

(*Vase* NUÑO.)

Suben las aguas de las fuentes claras
por la misma medida que decienden;
si de los altos montes se desprenden,
vuelve segunda vez a ver sus caras.
Por el conducto ocultamente avaras
desde su origen los arroyos tienden;
pero después en ancha copa extienden
las puras linfas de sus venas raras.
Bajé de Nuño aprisa, y, como fuente,
subí de un Rey hasta los cercos de oro,
sirviéndole de perlas a su frente.
Mas dióme a Celio; y, convertida en lloro,
derramo el agua en el dolor presente.
Huyó mi fin, y mi principio adoro.

(*Vase. Sale* FABIO *y* BELARDO.)

FABIO. Aquí tiene su aposento.
BELARDO. ¡Bravas colunas y puertas!
¿Que en éstas vive tu hermano?
FABIO. Sí vive.
BELARDO. ¿En éstas?
FABIO. En éstas.
BELARDO. ¡Válame Dios!
FABIO. ¿Qué te admiras?
BELARDO. ¡Que un hombre enseñado, pueda
a vivir techos pajizos
mudar la naturaleza!
FABIO. ¿A ti más te agrada el campo
y una cabaña cubierta
de ciprés, pino y taray?
BELARDO. Fabio, yo vivo en aquéllas
como el cortesano grave
en esta pompa y riqueza.
FABIO. Llamemos.
BELARDO. Tú, como hermano,
toca.
FABIO. Ya han abierto.
BELARDO. Llega.

(*Sale un* PORTERO.)

PORTERO. ¿Quién es?
FABIO. ¿Podremos hablar
al señor Celio?
PORTERO. Están llenas
estas cuadras de mil hombres
que hablarle al salir esperan,
¿y tenéis vos presunción
de entrar donde sólo entran
príncipes?
FABIO. Si erré, os suplico
que perdonéis mi rudeza.
Soy un villano, ya veis.
BELARDO. ¿Entróse?
FABIO. ¿No ves que cierra?
BELARDO. ¡Pardiez, Fabio, si te agrada,
volvámonos a la aldea!
FABIO. No, Belardo, que en Palacio
importa tener paciencia.
BELARDO. Otro criado ha salido.

(*Sale* PONCIANO, *maestresala.*)

FABIO. ¿Ah, caballero? Aunque sea
atrevimiento, os suplico
me digáis de qué manera
podré hablar al señor Celio.
PONCIANO. Agora Celio despierta.
Vestiráse muy despacio.
FABIO. Pues cuando otros duermen siesta
¿de la cama se levanta?
PONCIANO. ¿Pensáis que es esta la sierra,
adonde al alba salís
de entre cuatro pardas peñas?
Acá hacemos el día noche
y noche el día.
FABIO. ¿Y concierta
bien con la orden que Dios
tiene en el gobierno puesta
de la vida de los hombres?—
Vamos, Belardo, y no creas
que yo le despierte más.
BELARDO. Vámonos, Fabio, y no vuelvas;
que a la fe que por los campos
no pacen todas las bestias.
PONCIANO. Volved, volved, labradores,
que en la cuadra de estas rejas
quiero que esperéis un rato,

por vuestra pura inocencia.
Ea, arrimaos por aquí.

FABIO. Aunque es bien que os lo agradezca,
más me quisiera volver.

BELARDO. De mala gana te quedas.

*(Sale* CELIO, *con ropa de levantar, lavándose: un* CRIADO *con el cuello en una salva, sombrero y capa y espada en una fuente, y toalla, y* CAMARERO.)

CELIO. Pienso que es tarde.

CAMARERO. No es mucho.

CELIO. ¿Serán las tres?

CAMARERO. Dos y media.

CELIO. Pienso que he dormido un poco.

FABIO. (¿Hay locura como aquésta?)

CAMARERO. Julio y Mendo están aquí.

CELIO. ¡Hola! Cantad una letra.—
Y tú llégame ese espejo.

BELARDO. (¿Qué es aquello que le llegan?

FABIO. El espejo, en que se pone
aquella flamenca rueda
con que es pavón del pescuezo.
¿Ves toda aquesta grandeza
de este que ayer fué mi hermano
y ya se imagina estrella?
Pues *con su pan se lo coma.*

BELARDO. Ya cantan.

FABIO. Cántenle endechas.)

MÚSICOS. "Pensativo está Rodrigo..."

CELIO. No me digáis lo que piensa.
Cantadme una cosa alegre.

MÚSICOS. "Melisendra está en Sansueña..."

CELIO. ¿Qué os parece que me importa
que esté agora Melisendra
en Sansueña o en París?

MÚSICOS. "En un arroyo de perlas..."

CELIO. Como hay pastor que llorando
con sus lágrimas le aumenta,
de puro cristal las aguas
y de esmeralda las hierbas.

MÚSICO. Señor, los términos son
de la poesía nueva
con que escribimos agora.

CELIO. Apartaos.—¿Qué gente es ésa?

PONCIANO. Unos labradores son.

FABIO. Tu hermano soy, que no acierta
a hablarte ni aun a mirarte.
Dos horas [ha] que me hubiera
vuelto a mi casa cansado
de porteros y de puertas,
de guardas, de gentilhombres
y de otras impertinencias.
Mándame dar una silla.

CELIO. ¿Quién, sino tú, me pudiera
hacer en esta ocasión,
Fabio, tan notable afrenta?
¿Tú vienes a verme así?
¿No fuera bien que vinieras
en traje de hermano mío?

FABIO. De esas locuras te deja.
Manda traer una silla.

CELIO. Cuando el Rey me casa y premia
con un oficio tan alto,
¿tú vienes a que yo pierda
lo que mi ingenio me ha dado?
Di, si mi esposa te viera,
¿en qué me tuviera?

FABIO. Acaba,
Celio, no te desvanezcas.
O me siento o me voy.

CELIO. Vete,
que en mi casa no se sientan
unos sayales tan bajos
en respaldares de tela;
no quiero que las ensucies.
Vuélvete, necio, a tu sierra,
y si hubieres de volver
a mi desposorio, sea
en hábito de hombre honrado.

*(Vase* CELIO, *y los* CRIADOS *tras él.)*

BELARDO. ¿Fuése?

FABIO. Abridle bien las puertas,
que es gigante de arrogancia
y no ha de caber por ellas.—
¿Tomé? ¿Tomé?

TOMÉ. ¿Qué me mandas?

FABIO. ¿Qué boda y qué novia es ésta?

TOMÉ. No sé. Pienso que una dama
que era del Rey.

FABIO. ¿Del Rey era?—
Echa por aquí, Belardo.

BELARDO. ¿Dama del Rey? ¿Qué me cuentas?

FABIO. Vamos al campo a dar voces,
que esto es bueno para piedras.

*(Vanse y sale* INARDA *y* LAURETA.)

LAURETA. Justo fué tu desengaño.

INARDA. No más corte ni ciudad.

LAURETA. ¡Qué notable autoridad!

INARDA. Llevóme, Laura, mi engaño.
Pensé que Celio me hablara.

LAURETA. ¡Bonitos los hombres son!

En cesando la afición
todo el buen respeto pára.

INARDA. ¡Bendígaos Dios, prados míos!
En vosotros me crié,
que no en la ciudad.

LAURETA. Yo sé
que le ha de bajar los bríos
el tiempo a Celio.

INARDA. Eso creo,
que lo violento no dura.

LAURETA. Con la venganza segura
puedes templar el deseo.

*(Salen la música y todos los* PASTORES *bailando.)*

"A los verdes prados
baja la niña,
ríense las fuentes,
las aves silban.
A los prados verdes
la niña baja,
las fuentes se ríen,
las aves cantan."

SILVERIO. Tu ausencia, a la fe, señora,
lloraban las verdes selvas.

FIDELIO. Muy en hora buena vuelvas
a ser de estos campos Flora.

RISELO. ¿Cómo fué por la ciudad?
¿Sobra allá tanta alegría?

INARDA. Noche me parece el día,
confusión su variedad;
esto es natural en mí.
Más precio veros cantando,
las puras almas mostrando,
que cuantas grandezas vi.

LAURETA. ¿No parece Fabio aquel
que baja por el pinar?

INARDA. Recibidle con cantar,
que ya me alegro con él.

*(Cantan los* MÚSICOS *y sale* FABIO *y* BELARDO.)

"Con el alto pino
calle la oliva,
y a la gala de Fabio
todos se rindan.
Con las azucenas
callen las rosas,
y a la gala de Fabio
se rindan todas."

FABIO. Pareciérame muy bien
la fiesta si no trajera
nueva que a Inarda le diera
pesadumbre.

INARDA. ¿A mí? ¿De quién?

FABIO. De Celio, a quien ha casado
el Rey.

INARDA. Pues bien, ¿a qué efeto
presumes, Fabio discreto,
que me puede haber pesado?

FABIO. Eso, Inarda, ¿quién mejor
que tú lo puede saber?

INARDA. Ya he mudado parecer.

FABIO. ¡Ojalá fuera el amor!

INARDA. Y el amor sabré mudar.

FABIO. ¿En quién?

INARDA. En ti, que mereces
mucho más.

FABIO. Hoy me enloqueces.
Los pies te quiero besar.

INARDA. Tente, que dirán los brazos
mal de mi propio deseo.

FABIO. Si en esta gloria me veo,
haga su rueda pedazos
la fortuna, que levanta
Celios y Fabios humilla,
si la tela de su silla
de mis sayales se espanta.
Ea, zagales, que hoy
es día de gran placer.
Mercedes os quiero hacer;
yo he ganado, rico estoy.
Den a Fidelio seis cabras,
cuatro ovejas a Damón.
Y tú, que en esta ocasión,
Silverio, tu casa labras,
corta diez pinos valientes.
Tú, Riselo, escoge un toro
de dos años. Y tú, Floro,
seis cabritillos recientes.
Tú, Belardo, los librillos
que eran de mi hermano hereda.
Tú, Laura, cofia de seda
y de plata dos zarcillos
tendrás el primer mercado.

LAURETA. Mil años goces tu amor.

BELARDO. Y yo por todos, señor,
te ofrezco un baile en el prado
y una comedia famosa
para el día de tu boda.

FABIO. Pues, Belardo, hacelda toda
de esta mi pena amorosa.

BELARDO. Yo no sé cómo han de ser;
que me sucede, señor,
como al otro labrador
que llevó el asno a vender

que él y un hijo que tenía
iban a pie tras la bestia,
y la gente, con molestia,
ver libre al asno sufría.
Subió el viejo, y no faltó
quien dijo: "El mozo lleváis
a pie y caballero vais."
Luego el viejo se bajó
y subió el mozo. Mas luego
hubo quien dijo: "El anciano
va a pie, y el mozo, villano,
va caballero. ¡Oh, mal fuego!"
El viejo entonces subió
con el mozo, y un lugar
entero empezó a gritar:
"¿Dos en un asno? Eso no."
Viendo tal desasosiego
los pies le ató, y, en un pino,
llevaba al hombro el pollino
de él y del hijo; mas luego
se burlaron de los dos
diciendo: "¿De esa manera
lleváis, necios, quien pudiera
mejor llevaros a vos?"
El viejo entonces, tomando
el asno, le despeñó
a un río. Y sospecho yo
que en estas vísperas ando;
que viendo el ingenio mío
que no puede contentar
a todos, habrá de dar
con todo el asno en el río. (1)

(*Sale* TOMÉ.)

TOMÉ. Después que Mercurio soy,
alas me he puesto en los pies.
FABIO. ¿Quién es?
TOMÉ. Tomé. ¿No me ves?
FABIO. ¿A qué vienes?
TOMÉ. Tal estoy,
que me he de venir acá.
Tu hermano te ruega...
FABIO. ¿A mí?
TOMÉ. Que a sus bodas vayas.
FABIO. Di
que no soy yo para allá.
TOMÉ. Ruégate que en traje honrado
vayas a honrarle, y que veas
una sortija, o que seas
juez, que se ha concertado
para mañana en la corte.
FABIO. Dile, Tomé, que no quiero,
aunque pienso aventurero
ir a lo que a mí me importe.—
Belardo, mi yegua saca,
que tú serás mi padrino.
BELARDO. Tú harás algún desatino.
FABIO. Inarda, el rigor aplaca,
y yo quiero andar galán.—
Tañed y cantad, pastores.
INARDA. Venganzas hacen favores;
a do las toman las dan.

(*Váyanse, y toquen atabales y salgan los* CABALLEROS, *y el* REY, *y* CELIO *y* DOÑA ELVIRA *de las manos.*)

REY.

No es bien que dilate la sortija,
y así he querido que hoy se corra.

CELIO.

En todo
se ha seguido tu gusto.

NUÑO.

(¿Ya que espero?
¿Qué miro? ¿Qué deseo? Ya es Elvira
de un villano, y lo saben mis sentidos
y no quieren perderse. Pues si es poco,
seguro vivo de volverme loco.)

REY.

No estás con mucho gusto, hermosa Elvira.

ELVIRA.

Teniendo yo marido de tu mano,
¿cómo puedo dejar de tener gusto?

NUÑO.

(Ya sólo para mí se hizo el disgusto.)

CELIO.

Los de la fiesta vienen.

ELVIRA.

¡Qué gallardo
entra el mantenedor!

(*Cantan, y vayan pasando* MANTENEDOR *y* AVENTUREROS, *con su lanza cada uno, y su letra y su padrino.*)

CELIO.

La letra dice:
"A buen árbol se arrimó,

(1) Como se ve habla Lope en propia persona.

que, como en montes vivía,
los árboles conocía."

REY.

¿Qué trae por divisa?

CELIO.

Un alto pino
que una hiedra a su sombra se levanta.
Querrá decir que mi ventura es tanta.

(*Toquen, y sale otro* AVENTURERO.)

CELIO.

La letra de éste de esta suerte dice:
"Dondequiera llueve el Cielo."

REY.

¿Qué trae por divisa?

CELIO.

Algunos cardos
muy verdes y altos y de flores llenos.
Dirá que soy villano, por lo menos.

OTRO.

La de este aventurero así comienza:
"La de Alejandro y Apeles,
probó cetros y pinceles."

REY.

¿Qué trae?

CELIO.

Una tablilla de colores
y debajo, señor, una corona.
Mi dicha grande y tu valor pregona.

OTRO.

Esta, señor, de esta manera dice:
"Icaro, guarda las alas,
que hay mucho sol si resbalas."

REY.

¿La divisa?

CELIO.

Es la fábula pintada.
Dirá que Icaro soy y que el sol eres,
que me derretirás cuando quisieres.

(*Sale* FABIO, *muy galán, de aventurero, con* BELARDO *de padrino.*)

FABIO.

(No es fea.

BELARDO.

Es como un ángel.

FABIO.

Da la letra.)

CELIO.

La de este aventurero no me agrada.
Trae pintado un hombre que, sentado
en una mesa, tiene muchas joyas
y debajo los pies en unos grillos
hechos de unas culebras retorcidas.

REY.

¿Cómo dice la letra?

CELIO.

Ya la leo:
"*Con su pan se lo coma.*"

REY.

Necios vienen.
No corran hoy, que no me siento bueno.

CELIO.

Entra, Elvira, a saber lo que el Rey lleva.

ELVIRA.

Pienso que debe de llevar enfado.

(*Queda solo* CELIO.)

CELIO.

*Con su pan se lo coma*, y enojado
el Rey de oír la letra. ¡Vive el Cielo,
que no he casado bien y que hay engaño!—
Ponciano, escucha.

PONCIANO.

No hay de qué te aflijas,
que este sin duda es Nuño. Que este Nuño
se pretendió casar con doña Elvira.
Enamoróse el Rey, y como agora
te la da el Rey, por sólo hacerte afrenta
dice la letra...

CELIO.

Calla, que con llanto
y no con pan podrá ser que esta boda
la coma alguno.

(*Sale* TOMÉ.)

TOMÉ.

Ya la fiesta toda
es acabada.

CELIO.

¿Qué hay, Tomé?

TOMÉ.

Que dice
tu hermano que no viene a ver tus fiestas
por estar en las suyas ocupado.

CELIO.

¿Cómo?

TOMÉ.

Que con Inarda se ha casado,
y te suplica, corto es el camino,
que a honrarle vayas y serás padrino.

CELIO.

¿Con Inarda?

TOMÉ.

Esto pasa.

CELIO.

Que le envidio
la mujer, el sosiego y el aldea,
no te puedo negar. Para bien sea,
y tan mal para mí mi casamiento,
que ya el veneno en las entrañas siento.
"*¡Con su pan se lo coma!*" ¡Extraño caso!
Engaño fué. ¡Yo muero! ¡Yo me abraso!
¡Oh, padre! ¡Cuán mejor me hubiera sido
obedecerte y no dejar mi nido!

## ACTO TERCERO

(*Salen música y los* PASTORES, INARDA *y* FABIO, *de novios.*)

FABIO.

A mi ventura, Inarda,
no se puede igualar otra ventura.
Que esposa tan gallarda,
de tal entendimiento y hermosura,
quererla dar a Fabio,
parece que es del mismo Cielo agravio.
Pastores de esta sierra,
envidiad mi fortuna y celebralda.
De mi amorosa guerra
la paz me dió pacífica guirnalda,
la paz del matrimonio,
de fe y lealtad eterno testimonio.
Bajen de las montañas
los rústicos vaqueros a hacer juegos;
por todas las cabañas
en torno enciendan los pastores fuegos
de correosas teas;
adórnenlas de junco y verdes neas.
No quede en todo el soto
novillo que no alegre nuestra aldea
con rústico alboroto;
mátense tantos, que teñir se vea
su sangre estas atochas;
licencia doy a dardos y a garrochas.—
Ea, mi dulce esposa,
alegra el día de mi bien, haciendo
una danza amorosa.

INARDA.

Ya la estaba trazando y componiendo.—
Tañan Feniso y Floro.

FLORO.

Las hierbas volverás tapetes de oro.

(*Dancen así.*)

"Al casamiento de Fabio,
mayoral del monte nuestro,
previenen fiestas y bailes
los pastores y vaqueros.
A danzar sale *Gallarda*
la bella Inarda y Fineo,
y aunque fuera diferente
fuera la *gallarda* en vellos.
Con una y otra mudanza
dan vueltas y trocan puestos,
ya de guerra, ya de paz,
siguiendo los instrumentos.
¡Al arma! ¡Al arma!
¡Al arma, pensamientos,
que quieren defenderse los deseos!
En alto me veo,
capillo de oro tengo.
Moros veo venir;
no puedo huír,
y aunque pudiera no quiero.
Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.
Érame yo niña,
y niña en cabello,
guardaba ganado,
no guardaba el pecho.
Andando cazando
vióme el caballero;
palabras me dijo
que me enternecieron.
Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.
¡Al arma! ¡Al arma!
¡Al arma, pensamientos,
que quieren defenderse los deseos!
En alto me veo,
capillo de oro tengo.
Moros veo venir;
no puedo huír,
y aunque pudiera no quiero.

Ten, Amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo."

*(Sale* Celio *con* Tomé.)

Tomé. Tarde vienes.
Celio. No seré
ya de las bodas padrino.
Tomé. Aquí está Celio.
Fabio. ¡Oh, Tomé!
¿Mi hermano a mis bodas vino?
Celio. Pienso que tarde llegué.
Fabio. ¿Eres tú?
Celio. Pues ¿no lo ves?
Fabio. ¿Cómo vienes tan galán?
Celio. A tus bodas, justo es.
Fabio. ¿Justo? Engañado te han,
como en nuestro estilo ves.
Aquí todos son vaqueros,
pastores y ganaderos,
y viven como villanos;
allá para cortesanos
los padrinos caballeros.
Si entendimiento tuvieras,
a bodas de labradores
como labrador vinieras,
que no han de estar los señores
entre pajas y las eras.
Aquí con todos me igualo;
no tengo asiento que pueda
hacerte tan vil regalo,
ni es bien ensuciar tu seda
entre mis sillas de palo.
Y puedes considerar
que si allá, por ser grosero,
aun no me quisiste hablar,
aquí a ti, por caballero,
no puedo darte lugar.
Allá en tus grandezas pasa
esa ambición que te abrasa,
y permite que te diga
que la más pequeña hormiga
halla respeto en su casa.
Yo fuí a la tuya en el traje
y paños en que nací,
principios de tu linaje,
no pensando que de ti
recibiera tanto ultraje.
¿Qué culpa tuve en nacer,
como ninguno la tiene?
Y si lo fué el irte a ver,
la misma tiene el que viene
adonde no es menester.
Pienso que somos hermanos
de un parto, crianza y cuna;
mas no todos los villanos
hallan luego la fortuna
para que les dé las manos.
Vete con Dios, que me enojo,
porque estoy muy enfadado;
que en este campo y rastrojo
cómo mi pan sin cuidado,
como yo le siembro y cojo.
Allá tú, que del ajeno
comiendo con pena estás;
aunque lo tienes por bueno,
no sé si le comerás
sin sospecha de veneno.
Celio. Fabio, Fabio, Fabio mío,
oye a tu mísero hermano.
Oye, que es muy diferente
esta venida a tu campo.
No te vengues, que con ésto
te confirmas por villano,
que en lo demás eres noble.
Fabio. ¿Tienes algún fuerte caso
a que yo pueda ayudarte?
Porque entonces de los brazos
y del alma, si hay en ella
sangre, haz cuenta que la saco.
Celio. Sí, hermano; sí, Fabio mío.
Yo llego muerto y turbado,
perdido, a pedir consejo
a tu entendimiento claro.
Manda que nos dejen solos.
Fabio. Inarda, Laura, Belardo,
Riselo, Fidelio y todos,
despejad las eras.
Inarda. Vamos,
que en viendo tan solo a Celio
vi que del estar en alto,
como no lo tiene en uso,
algún vaguido le ha dado.

*(Vanse todos, y quedan* Fabio *y* Celio.)

Fabio. ¿Qué te ha sucedido?
Celio. Escucha.
¡Cuánto los hombres erramos
en no creer los mayores!
Aquí mi padre Filardo
me dijo que no dejase
las pajas del nido patrio;
y yo, con grandes ejemplos
de las historias de tantos
que a la sombra de los reyes

a sus coronas llegaron,
sin mirar que son mil mares
las cortes y los palacios
donde mil naves se anegan,
si alguna se pone en salvo,
seguí el cuerpo de mis gustos.
Llegué, de humilde villano,
al gobierno de estos reinos,
donde el Cielo, hermano Fabio,
me quitó luego la vida.
Si he dormido con descanso,
si he dormido con sosiego,
ni perdonado trabajo
por remediar y hacer bien
a pretendientes soldados,
a hombres de letras, a todos,
a extranjeros y vasallos,
no hice agravio jamás,
ni fuí en mi vida ingrato
por interés, por amor,
ni por accidente extraño.
Mas la envidia, que la envidia
de donde levanta el paso
la virtud allí le pone
de aqueste dichoso estado,
me ha puesto en tanta desgracia
del Rey, que vengo rodando
con más furia que subí.

FABIO. ¿Qué dices?

CELIO. Que si le hablo,
tuerce el rostro, que solía
mirarme benigno y manso.
Y Elvira, mi esposa Elvira,
que recebí de su mano,
nunca yo la recibiera
y para tiempo tan largo,
pues en las pasadas fiestas
hubo quien trajo en mi daño
una letra en que me dicen,
para que sienta mi agravio,
que "*con mi pan me lo coma*";
conocidos desengaños,
de que su fama sería
con circunstancias que callo,
viendo que ya desvalido,
osa llamarme villano
a cualquiera pesadumbre
de las que hay entre casados.
Ya se me atreve la gente;
que, cuando resbala el alto,
no hay piedra de testimonio
que no apresure sus pasos.
¡Sabe el Cielo cuántas veces
a mis solas he llorado
de mi padre los consejos
y tus avisos, hermano!
¿Qué haré? ¿Por dónde saldré
de este laberinto? ¿Cuándo
pondré el hilo de Teseo?

FABIO. Quedo, no des voces; paso.
Secreto veniste aquí;
con ese mismo te encargo
que al Rey vuelvas y le pidas
licencia.

CELIO. ¿Para qué, Fabio?

FABIO. Para venirte a tu monte
con tu mujer, que en llegando
te diré lo que has de hacer.

CELIO. ¡Ah! ¡Pluguiera al Cielo santo
que yo pudiera volverme
a mi primero descanso!

FABIO. Si te aborrece, no dudes
la licencia.

CELIO. ¿Y si la traigo?

FABIO. Volverte a tu natural,
pues muda consejo el sabio;
trocando la espada y pluma
por el azadón y arado,
y haciendo cuenta que estabas
todo este tiempo soñando,
y que despertaste, Celio,
en las flores de este prado.
No hagas rostro a la fortuna;
ríndete, que en comenzando
a declinar de su extremo,
no para hasta lo más bajo.

CELIO. Yo voy.

FABIO. El Cielo te guíe.

CELIO. La culpa soy de mi daño,
pues que con alas de cera,
desde un monte, desde un árbol,
quise subir hasta el sol,
donde, el calor de sus rayos,
cuando más cerca le tuve,
me arroja al mar de mi llanto.

(*Sale* NUÑO y RICARDO.)

NUÑO.

Seas otras mil veces bien venido.

RICARDO.

Si en ti fidelidad hallo, serélo.
si no, vendré tan mal como he temido

NUÑO.

Antes, Ricardo, la Etiopia en hielo
y la Escitia en calor verás bañada,
mudándose los climas de aquel cielo,
que falte Nuño a la amistad jurada.
¿Qué hay del Rey de Navarra?

RICARDO.

Que, agraviado,
jura mostrarle del León la espada.
Mas su sobrino Alfonso, desterrado
del reino que le quita injustamente,
más que en la guerra en el ardid fiado,
tanto la vida de Ramiro siente,
que porque se le mate con veneno,
o por otro camino diferente,
me da del reino la mitad, y es bueno
que se le diera todo siendo mío,
por sólo un bien de mil riquezas lleno.
Amo a Leonor con tanto desvarío,
que por ella no habrá difícil cosa,
si por remedios a Tesalia envío.
Es, Nuño, mi Leonor su prima hermosa,
cuyo amor y codicia me ha traído
una empresa tan alta y peligrosa.
Si me ayudas habré restituído
a Alfonso en este reino; que la parte
que él me promete para ti la pido.
Sólo quiero a Leonor.

NUÑO.

Para ayudarte
también me ayuda amor.

RICARDO.

¿De qué manera?

NUÑO.

Naturaleza, transformada en arte,
pintó una dama que vencer pudiera
la bella Elena, la española Cava.
Mostréla al Rey. ¡Ay, nunca el Rey la viera!
No porque, enamorado, la gozaba,
mas porque a Celio se la dió, a un villano
que ayer el campo con la reja araba.
La envidia de este bien, Ricardo hermano,
no habrá cosa por ti que no la intente.

RICARDO.

Pues, Nuño, muera el bárbaro tirano
y goza de tu bien, que yo...

NUÑO.

Detente,
que viene el Rey.

*(Sale el REY.)*

REY.

¿Está aquí Celio?

NUÑO.

Agora
supe que estaba de León ausente.

REY.

¿Sin mi licencia?

NUÑO.

El campo, en que hoy adora,
debe divertirle.

REY.

Acude al centro,
lugar que a cuantos viven enamora.

NUÑO.

No pudieras ponerle más adentro
de donde le has tenido, y, levantado,
le salieron sus montes al encuentro.

REY.

Bien me ha servido.

NUÑO.

Bien se lo has pagado.

REY.

¿Quién está aquí?

RICARDO.

Ricardo, a tu servicio.

REY.

Ricardo amigo, seas bien llegado.
¿Cómo está Alfonso?

RICARDO.

Tiene por oficio
seguir al oso y al ligero gamo.

REY.

Es imagen del bélico ejercicio.
Celoso estaba ya de ti.

RICARDO.

Si te amo
sábelo el Rey navarro y tu sobrino.

REY.

Sé tu lealtad, y su codicia infamo.

RICARDO.

Ofrecióse ocasión en un camino
de hablar de ti; llamóte el Rey tirano,
y respondí con este desatino:

"Dejando aparte, Rey, el soberano
título y majestad, quien lo dijere
miente y le haré entender que es un villano."
Alteráronse todos. "No se altere
ninguno—dije—aquí, sino en la raya,
donde voy a esperarle, o él me espere."
Pero ni de Navarra ni Vizcaya
salió ninguno al puesto, y yo con esto
volví a León, volví a tus pies.

REY.

Bien haya
la buena sangre.

RICARDO.

Si saliera al puesto
alguno de sus nobles, admiraras
mi héroico brazo a mi lealtad dispuesto.

REY.

Como si en la campaña le mataras
te lo agradezco, y premio te prometo.

RICARDO.

Tus manos beso, en el premiar tan raras,
como muestran ejemplos, que en efeto
allá cuentan de un Celio grandes cosas,
aunque ya tienes de él menor concepto.

REY.

Hícele con mis manos generosas
y podré deshacerle cuando quiera,
que ya me son sus gracias enojosas.
No hay ocasión de culpa, que si hubiera
lugar, adonde entrara mi castigo
a mi real piedad perdón pidiera.

RICARDO.

Y ¿cuál mayor que desprivar contigo?

(*Sale* CELIO.)

CELIO. Habiendo, invicto señor,
considerado que fuí
un humilde labrador,
que por tu mano subí
a tantos grados de honor;
y viendo mi insuficiencia,
para mi correspondencia,
de lo que en palacio pasa,
para volverme a mi casa
te vengo a pedir licencia.
Cuando un rey a un caballero
tan noble y tan principal
como el agrado primero
levanta y hace su igual,
corto su poder infiero;
pero cuando al que vivía
cual hierba vil que no crece
levanta a gran monarquía,
que le vuelve a hacer parece
y que de nuevo le cría.
En esto sí que se encierra
más poder que en hacer guerra
a un mundo entero ni a dos,
porque es condición de Dios
hacer hombres de la tierra.
En el teatro del mundo
representando un villano
el acto primero fundo,
y el papel de un cortesano
luego en el acto segundo.
Acabéle, y al tercero
vuelve a hablar el labrador;
y así desnudarme quiero,
que represento mejor
mi nacimiento primero.
Dadme licencia si erré
lo que esa mano me dió,
que el villano acertaré,
porque es figura que yo
desde que nací la sé.
Entré [en] lo que no sabía;
dad licencia, y perdonad;
volveré a la patria mía,
que en aquella soledad
me aguarda mi compañía.

REY. Cuando yo, Celio, te vi,
otra cosa imaginé
de lo que ya miro en ti.

CELIO. Yo, señor, no te engañé.
Mina de hierro nací;
si de oro imaginaste,
tuyo fué el engaño.

REY. Baste,
Celio, el arrepentimiento.
Parte a tu campo contento
del estado en que llegaste.—
A ti, Ricardo, te doy
su oficio.

RICARDO. Beso tus pies.

REY. No dirás que ingrato soy.
Si me serviste, ya ves
el premio.

RICARDO. Obligado estoy
a tu servicio y lealtad.

REY. La que en Navarra tuviste
obligó mi voluntad.

NUÑO. (Bien la fábula fingiste.
RICARDO. Como si fuera verdad.
NUÑO. Pero pues ya le divierte
de Celio, podrás hacerte
igual suyo en su desgracia.
RICARDO. Déjame entrar por su gracia,
que yo saldré por su muerte.)

CELIO.

A jugar me senté con la fortuna
el bajo cobre de mis verdes prados
contra el oro que vi de sus ducados,
de dos caras, en fin, como la luna.
Eché una suerte sin pedir ninguna,
y con sólo un encuentro de tres dados
un Rey me dió su pecho y sus Estados,
que a veces con los bienes importuna.
Pensé que de esta mano me vendría
la ganancia mayor que fué pensada;
pero, echando un azar la suerte mía,
tiróse el oro la fortuna airada;
mas si me deja el cobre que tenía,
aunque he perdido, no he perdido nada.

(*Vanse, y salga* INARDA *y* LAURETA.)

INARDA. Esto manda prevenir.
LAURETA. Pues ¿es posible, señora,
que a nuestros campos agora
Celio se vuelva a vivir?
INARDA. Él viene con su rigor,
mas no sé yo si a quedarse.
LAURETA. No querrá tanto humillarse
mujer de tanto valor.
INARDA. Yo pienso, por la tristeza
de Fabio, que hay en la corte
mudanza.
LAURETA. Si ha errado el norte,
condénale a su bajeza.
INARDA. Los aposentos he puesto
lo mejor que yo he podido.
Camas no, que no he querido
parecer villana en esto.
Ellos las traerán doradas,
con ricas colchas de seda.
LAURETA. Algo que pensar te queda.
INARDA. Con la malicia me agradas.
¿Pensarás que envidiaré
a doña Elvira a su lado?
LAURETA. Si no es el amor pasado,
no es mucho que te la dé.

(*Salen los pastores* BELARDO, FABIO *y* SILVERIO.)

BELARDO. Digo que contento soy
de que lo juzgue nuesa ama.
INARDA. ¿Es apuesta?
FIDELIO. Así se llama.
SILVERIO. Está atenta.
INARDA. Atenta estoy.
SILVERIO. Contra un cabrito y un cinto
pongo un vaso de taray,
que en el monte no le hay
mejor, labróle Jacinto,
sobre cuál pena es mayor
de tres penas.
INARDA. Ya la aguardo.
SILVERIO. Los celos dice Belardo,
Fidelio dice el amor
y yo digo que el agravio.
BELARDO. Los celos son desatino
del alma, son descamino
de la razón del más sabio,
son tinieblas del sentido,
limbo de los ojos son.
FIDELIO. ¿Y el deseo no es pasión
que mil veces le ha perdido?
¿Qué diferencia hay de un loco
a un amante? Amor es ciego,
es furia, es tormento, es fuego.
SILVERIO. Todo me parece poco
con el agravio cruel,
en quien están esas penas
de otras infinitas llenas
y todo el infierno en él.
El agravio a amor ofende,
y, aunque los celos sosiega,
a quitar la vida llega,
porque hasta el honor se extiende.
¿Habemos de alegar más?
INARDA. Dadme de término un día.
LAURETA. Voces dan, señora mía.
INARDA. Celio viene.
LAURETA. Alegre estás.

(*Salen los* VILLANOS *músicos*, CELIO, FABIO, DOÑA ELVIRA *y* TOMÉ.)

MÚSICOS. "Al cabo de los años mil,
vuelven las aguas por do solían ir."
CELIO. Nunca vino la canción
más a propósito, hermano,
que agora.
INARDA. Dadme esa mano.
ELVIRA. Los brazos es más razón.
INARDA. Bendígaos Dios. ¡Qué hermosura!
ELVIRA. A vos os está mejor
ese requiebro y favor.

INARDA. De envidiosa estoy segura.
ELVIRA. Quedo, señora cuñada,
mirad que me correré.
CELIO. Parte a mi gente, Tomé,
pues toda queda pagada,
y di que sólo un instante
ninguno quede en la aldea.
ELVIRA. ¿Solo quedáis?
CELIO. No hay quien sea
para este monte importante.—
¿Hola? Vuélvase el cochero,
que carro ha de ser desde hoy.—
Labrador, señora, soy,
que ya no soy caballero.—
Ea, Fabio, ¿qué te ríes?
FABIO. Den a mi hermano un gabán.
CELIO. Y a Elvira ¿qué le darán?
INARDA. Esas perlas y rubíes
no las cubra tosco traje.
CELIO. Pues, prima, ¿qué pareciera
que yo a labrador volviera,
como lo es todo linaje,
y Elvira fuera muy dama
al estilo de la corte?
ELVIRA. Si importare que se corte
de la más silvestre rama,
siendo gusto de mi esposo
le tengo de obedecer.
CELIO. No mudas, Elvira, el ser
de tu nacimiento honroso;
sólo mudas el vestido.
ELVIRA. Y aunque el propio ser mudara,
el amor me sustentara
al gusto de mi marido.
Celio, yo he echado de ver
que vienes determinado;
no te dé nada cuidado,
Celio, yo soy tu mujer;
cuando necesario sea
sabré con mucho contento
tomar un rudo instrumento.
CELIO. No te traigo yo al aldea,
Elvira, a tratarte mal;
y, cuando así te trajera,
esa humildad mereciera
reconocimiento igual.
Antes pienso que has de ser
la mujer más regalada,
más servida y estimada
que se haya visto mujer.
No habrá en el campo nacido
fruta, cabritillo ni ave,
hasta el perdigón süave
sobre su caliente nido;
no habrá producido el Cielo
cosa que este campo esmalte
que de tu regalo falte.
FABIO. Y yo de tan justo celo
salgo, Elvira, por fiador.
Bien hay con qué regalaros.
INARDA. Todos habemos de amaros
y estimar vuestro valor.
Reina seréis de este prado,
de este monte y de esta sierra.
CELIO. Pastores, a vuestra tierra
hoy vuelve un desengañado.
No más corte. Aquí nací,
y aquí a morir me resuelvo.
Este es mi centro, a él me vuelvo;
vamos, y decid por mí...
MÚSICOS. "Al cabo de los años mil,
vuelven las aguas por do solían ir."

(*Vanse. Sale el* REY, NUÑO *y* RICARDO *de caza.*)

REY.

Parece que ya es tarde.

RICARDO.

A toda prisa el sol, señor, deciende
y viene haciendo alarde
de las estrellas que en su manto extiende
la noche, siempre fría,
a las espaldas de la luz del día.
Paréceme que puedes
quedarte aquesta noche en esta aldea,
pues cuando aquí te quedes,
no ha de haber cosa que importante sea
que en ella no te sobre,
aunque a la vista nos parece pobre.

REY.

¿Qué dice Nuño de esto?

NUÑO.

Que para que mejor al alba puedas
salir, señor, dispuesto
a tomar de este monte las veredas,
es bien que aquí repares
que todas estas casas son lugares.
León está muy lejos
y viene ya la noche a grandes pasos
mostrando mil espejos
entre la sombra de sus negros rasos.

REY.

Quedo, que he visto un gamo.

RICARDO.

Acercarte podrás de ramo en ramo.

REY.

Entrad en esa casa
a decir que esta noche quedo en ella.

(*Vase el* REY.)

NUÑO.

No da con mano escasa
la suerte, el tiempo y nuestra buena estrella
favor a nuestro intento.

RICARDO.

Todo nos va saliendo al pensamiento.

(*Sale* CELIO *en hábito de villano.*)

CELIO. (Al alzar de mi labor,
que en pago de mi arrogancia
adonde hay tantos criados
huelgo de tomar la azada,
he visto gente que viene
por estos montes a caza,
y puede ser que el Rey sea.)

RICARDO. Si él cena en estas cabañas,
cuéntale, Nuño, por muerto.

CELIO. (Nuño dice, y del Rey habla.
Dos hombres son. ¡Santo Cielo,
si fuese Nuño de Lara,
que de todas mis fortunas
su envidia ha sido la causa!
Entre estas ramas me escondo.)

RICARDO. Para que todo se haga
más a lo seguro, Nuño,
y pueda el Rey de Navarra
meter a Alfonso en León,
no hay más segura jornada
que matar a don Ramiro.

NUÑO. El monte ofrece mil trazas;
pero no ha de ser de suerte
que quedemos en España
con nombre que nos afrente.

RICARDO. La que se me ofrece aguarda.
Entre estas casas está
la de Celio, y es la casa
donde mejor puede el Rey
aposentarse.

NUÑO. Repara
en que Elvira vive en ella.
¡Si fuese mi dicha tanta
que desde aquí la llevase!

RICARDO. No lo dudes. Oye y calla.
Serviréle al Rey la copa
de esta hierba preparada,
con que morirá esta noche;
y, en viéndole con las ansias,
habemos de echar la culpa
a Celio.

NUÑO. Y será muy clara,
porque, con odio del Rey,
creerán todos la venganza.
Vámosle a buscar.

RICARDO. Camina.

NUÑO. Por esas encinas baja,
que en ese valle la tiene.

RICARDO. Aquí hay un villano.

NUÑO. Aguarda.

RICARDO. Como se cerró la noche,
no le vi.

NUÑO. ¿Qué hace?

RICARDO. Cava.

NUÑO. Él ha de morir.

RICARDO. Espera.—
¿Ah, buen hombre, el de la azada?
¿Sois de la casa de Celio?

CELIO. Al pie de aquesta montaña
hay algunos jabalíes
que suelen bajar al agua.

NUÑO. No es eso lo que os decimos,
sino que cuál es la casa...

CELIO. Y venados hay también.

RICARDO. No os preguntan por la caza.

CELIO. ¿Si tengo vino? ¡Pardiez,
que como el hombre trabaja,
que no le ha quedado gota!
Hueca está la calabaza.

RICARDO. Llegaos acá.

CELIO. Ya lo entiendo.
Entre esas verdes retamas
va el camino de León.

RICARDO. ¿Hay tan extraña ignorancia?

NUÑO. ¿Por dicha es sordo?

RICARDO. ¡Ojalá!—
¿Sois sordo, hermano?

CELIO. ¿Qué manda?

RICARDO. ¿Si sois sordo?

CELIO. A media legua
toparán una cruz blanca
con las de los dos ladrones.

NUÑO. Él es sordo.

RICARDO. Cosa llana.

NUÑO. Asegurémonos bien.

RICARDO. ¿No ves que trabaja y canta?
(*Canta* CELIO.)

CELIO. "Quien madruga, Dios le ayuda."
"Quien mal anda, en mal acaba."

NUÑO. ¿Has visto gente del Rey?

CELIO. ¿Que me quede en hora mala?
¿Pues pullas? Oigan, esperen.

NUÑO. ¿Daréle una cuchillada?

CELIO. Malos años para vos...

RICARDO. Déjale ya.

CELIO. Mala Pascua,
mal San Juan, mal corrimiento,
mala coz de buey de arada,
mala peladilla venga
sobre sus cejas y barbas,
mal suceso en cuanto emprenda,
mal fin y mala pedrada.

NUÑO. Déjale, que es loco y sordo.

CELIO. Responde, boca de tabla.

(*Vanse. Queda* CELIO.)

¡Ah, Cielo, juez piadoso,
cómo se ve que te cansa
la envidia y traición del mundo!
¡Ved lo que en el mundo pasa!
Los leales se destierran
y los traidores se ensalzan.
Pero gente viene aquí.

(*Sale el* REY.)

REY. Ya no pensé que acertara
a tomar aquesta senda.
¿Ah de mi gente?

CELIO. ¿Quién llama?

REY. ¿Es Nuño? ¿Es Ricardo?

CELIO. No,
sino un labrador que cava
pensamientos de su Rey
y de su vida asechanzas.

REY. (Celio parece en la voz.)

CELIO. (El Rey es éste, que anda
entre la vida y la muerte.)

REY. (No quiero decirle nada,
para ver lo que me dice.)
Di, buen hombre, que bien hayas,
siendo un rudo labrador,
¿en los pensamientos hablas
del Rey?

CELIO. ¿Sois vos su criado?

REY. Sí soy.

CELIO. Buen provecho os haga.

REY. ¿Por qué?

CELIO. Porque hoy os busca
y os despedirá mañana;
que yo sirvo a Celio aquí,
un labrador que llamaba
su amigo, y de quien fué sol
que los vapores levanta
para subirlos al cielo
y deshacerlos en agua.

REY. Celio ocasión le daría.

CELIO. Ninguna, que su inconstancia,
por escuchar lisonjeros
en tantos peligros anda,
que apenas tiene dos horas
de vida si no se guarda.

REY. ¿El Rey?

CELIO. El Rey.

REY. ¿De qué suerte?

CELIO. Nuño y Ricardo trataban
entre estos robles agora,
y así pienso que se llaman;
Ricardo por que a León
vuelva Alfonso de Navarra,
y Nuño por que dió a Celio
el Rey a Elvira, su dama.
Que cene esta noche aquí
por darle hierbas que matan
cuando la copa le sirvan;
y, entre las mortales ansias,
decir que Celio le ha muerto,
como le ha visto en su casa,
por vengarse del agravio.

REY. Yo sospecho que te engañas,
porque por Celio, a quien sirves,
debes de tomar venganza.

CELIO. Cuando le sirvan su copa
verá la experiencia clara
haciendo prueba del vino.

REY. La verdad de tus palabras
pienso que confirma el Cielo
con alborotarme el alma.

CELIO. Yo ni Celio no tenemos,
después de ver en qué pára,
voluntades de señores,
pretensiones ni venganzas;
que si el Rey me diese a mí
su reino, no le trocara
por un hora de este monte.

REY. Los reyes también se llaman
jueces; lo escrito juzgaran.

CELIO. Bien pienso que los engañan.
Pero ¿qué disculpa tiene

si estando Celio en su gracia
se casó mal?

REY. Quien lo ha dicho
miente; y antes que el Rey salga
de aquestas casas de Celio,
sabrá que si fué su dama
lo fué siempre honestamente.

CELIO. Pues ¿cómo le haréis la salva,
a un *con su pan se lo coma*,
en la sortija pasada?

REY. Porque la envidia procura
quitar con mentiras falsas
a los hombres el honor
y a las mujeres la fama.
Hazme placer de ir delante,
que yo no sé bien la casa.

CELIO. Y aunque a las espaldas fuera,
van seguras las espaldas.

(*Vanse. Sale* NUÑO *y* FABIO.)

NUÑO. Aquí ha de cenar el Rey.

FABIO. Mal con las cenas nos va;
pero obedecer es ya
fuerza, voluntad y ley.
Casas y almas no podemos
negarle como a señor.
Pésame que sólo amor
para servirle tenemos
y una voluntad sujeta.

(*Sale* DOÑA ELVIRA *y* INARDA *y* LAURETA.)

ELVIRA. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

NUÑO. (Ojos, ¿qué es lo que miráis?)

FABIO. Elvira, vos sois discreta.
Lo que sospechado había
de que el Rey os quiere bien,
hoy nuestros ojos lo ven,
para más desdicha mía.
Él viene a cenar aquí,
que es invención que ha buscado,
porque le dará cuidado
veros tan lejos de sí.
Mirad que Celio, mi hermano,
no merece deshonor.

ELVIRA. Sois hasta aquí labrador,
y desde aquí sois villano.
Mirad que soy mujer, Fabio,
que en otros paños nací.

FABIO. Perdonad si os ofendí,
temeroso de mi agravio,
que bien estoy satisfecho
de vuestro raro valor.

ELVIRA. Si no lo estáis de mi amor,
hoy lo estaréis de mi pecho.

FABIO. Yo me voy a prevenir
la cena al Rey.

ELVIRA. Id con Dios.

NUÑO. En fin, ¿nos vamos los dos?

ELVIRA. Sólo divide el morir.

NUÑO. ¿Cómo en este traje estás?

ELVIRA. Porque quiere el que es mi dueño.

NUÑO. Pues mi palabra te empeño
que no lo ha de ser jamás.

ELVIRA. Pues ¿cómo lo has de impedir?

NUÑO. Eso yo lo sé.

ELVIRA. No creas
que tan poderoso seas.

NUÑO. Comiénzate a apercibir,
Elvira, a una gran mudanza,
para prendas de la cual
me da una mano en señal.

ELVIRA. Pierde esa loca esperanza.
De Celio soy y he de ser.

NUÑO. ¿Y estás muy contenta?

ELVIRA. Sí;
que para Celio nací,
pues que nací su mujer.

(*Salen* CELIO, RICARDO, *el* REY *y* FABIO.)

REY. No es esta la vez primera
que ceno en esta posada.

CELIO. Y de ser de vos honrada
aún no ha de ser la postrera.
Fabio, mi hermano, está aquí.

REY. ¡Oh, Fabio!

FABIO. Bésoos los pies.

REY. Dícenme que Inarda es
vuestra esposa.

FABIO. Señor, sí,
aunque faltan bendiciones
de la Iglesia.

REY. De este camino
soy huésped y soy padrino,
por justas obligaciones.

CELIO. También está Elvira aquí.

REY. ¡Oh, Elvira, dadme la mano!

ELVIRA. No podré, aunque tanto gano,
daros lo que nunca os di;
esa mano sola es
de Celio.

REY. Yo la pedía
como a Rey, que no caía
en que era mejor los pies.

Vos la distes a quien sólo
en el mundo os mereció.

ELVIRA. No le hallara mejor yo,
gran señor, de polo a polo.

CELIO. Muchas honras nos hacéis.
¿Quién habrá que os satisfaga?

REY. Por muchas, Celio, que os haga,
mayores las merecéis.
¿Dónde vuestro padre está?

CELIO. Días ha que está impedido
en una cama tullido.

REY. Pues vamos todos allá.

FABIO. Compondráse el aposento.
Cenad primero, señor.

REY. ¿Vuestra gente de labor?

FABIO. Vendrá si os causa contento,
que no los deja atrever
la natural rustiqueza
para ver vuestra grandeza.

REY. Entren, que los quiero ver.

(*Salen todos los* VILLANOS *de casa.*)

BELARDO. Dadnos esos pies reales.

REY. Alzaos, amigos, del suelo.

FIDELIO. Habla tú.

DAMÓN. Cúbreme un hielo.

REY. ¡Bravos mozos!

FABIO. Naturales
de estos montes, sus vasallos.

REY. ¿Qué sois vos?

BELARDO. El caballero
de Fabio.

REY. Entenderlo quiero.

BELARDO. Soy quien guarda sus caballos.
Si de andar, que así lo siento,
a caballo se llamó
caballero, mejor yo,
que los guardo y los sustento.

REY. ¿Y vos?

FIDELIO. Yo guardo las vacas.

REY. ¿Hay buena vacada?

FIDELIO. Bella;
volvió la hierba por ella,
que de antaño andaban flacas.

REY. ¿Vos, hermano?

RISELO. Cabras llevo
por esos riscos arriba.
Si queréis alguna chiva
o algún cabrito mancebo,
aún hay bien que os presentar.

REY. ¿Y vos?

DAMÓN. (Que topó conmigo.)
Soy de Mahoma enemigo.

REY. Bien os podéis declarar.

DAMÓN. Pues sepa que puercos guardo,
como su merced se informe.

REY. ¡Buena gente!

NUÑO. ¡Y qué conforme!

REY. Fabio, vuestra esposa aguardo.

FABIO. Anda ocupada en la cena
y la mesa. Viene ya.

NUÑO. (¿Qué hay de aquello?

RICARDO. A punto está.

NUÑO. Hasta el fin estoy con pena.)

(*Saquen la mesa, manteles, y toalla y principios, lleguen una silla, y salen los* MÚSICOS *y* INARDA, LAURETA *y* TOMÉ.)

INARDA. Perdonad, invicto Rey,
que, aunque rústica pastora,
he querido que esta noche
cenéis de mi mano sola.

REY. Inarda, yo os lo agradezco,
y seáis de Fabio esposa
por muchos años.

INARDA. Señor,
¿quién puede dar tanta honra
sino un Rey tan generoso?

REY. Celio la merece toda.—
Ea, venga de cenar
y cantadme, que no hay cosa
para mí como canciones
de esta sierra.

CELIO. Cantad, ¡hola!

(*Cantan los* MÚSICOS, *y el* REY *comiendo su cena, sirviendo* NUÑO.)

MÚSICOS. "El que vive libremente
vida estragada y ociosa
y muere como ha vivido,
que *con su pan se lo coma.*
Quien enriquece del juego,
o el arcaduz de su esposa
otro conduce a su casa,
que *con su pan se lo coma.*
El que por ser descortés
a nadie quitó la gorra
y vive y muere malquisto,
que *con su pan se lo coma.*
El que por sólo alabarse
no hay mujer buena en su boca,
si no lo fuere la suya,
que *con su pan se lo coma.*

El que, no teniendo hacienda
de ser gastador blasona,
si en el hospital muriere,
que *con su pan se lo coma.*
El que hiciere a su señor
una traición alevosa,
si le cogieren en ella,
que *con su pan se lo coma.*"

REY. Esperad ¡por vida mía!,
que es esta letra graciosa.
¿Quién la hizo?

FABIO. Yo, señor;
porque de Celio en las bodas
yo fuí quien llevé la letra,
que él tuvo por afrentosa,
pensando que doña Elvira
no era tan grande señora,
y por eso dije a Celio
que *con su pan se lo coma.*

ELVIRA. ¿Tú fuiste, hermano?

FABIO. Yo fuí;
si fué necedad, perdona.

REY. ¿Hola? Denme de beber.

NUÑO. Ricardo, servid la copa.

CELIO. (¿Acordáisos, gran señor,
del villano de la historia
que os contó de los azores
que mataban la paloma?

REY. Sí, Celio; que no me olvido.

(*Sale* RICARDO *con toalla, salva y copa.*)

CELIO. Pienso que es el punto agora.)

REY. Esperad, Ricardo, un poco.

CELIO. (¿Traeremos armas?

REY. No importa.)
Sabed, amigos, que hoy
me han venido por la posta
nuevas del Rey de Aragón.
Por mujer me da a Leonora,
de que es tanto mi contento,
que pues esta casa es sola
y la gravedad depuesta
no le ofende mi persona,
quiero brindar a los nobles
por la salud de mi esposa;
digo a Nuño y a Ricardo.
Tú, Celio, sirve la copa,
que la que Ricardo tiene
quiero que reparta en otra
y que beban él y Nuño.

CELIO. Aquí, señor, están todas.

REY. Tomo la que Celio trae.
Tú, Nuño, la mitad toma
del vino, y bebed los dos,
que os brinda el Rey por Leonora.

NUÑO. ¡Señor!

REY. No hay que replicar.

RICARDO. ¡Señor!

CELIO. Mirad que se enoja.

REY. Quitad la mesa de aquí,
que ya la comida sobra;
el beber es lo que falta.

CELIO. ¡Qué turbación enfadosa
es ésta, si el Rey os brinda!

RICARDO. Son nuestras fuerzas muy pocas
para tan grande merced.

REY. ¡Mataldos!

RICARDO. (La culpa propia
a la muerte nos condena;
la mejor es la más corta.

NUÑO. A fe que el sordo villano
nos ha engañado a la sorda.)

REY. Llevaldos luego de aquí
y de esa sierra fragosa
los despeñad.

CELIO. Bien has visto
mi lealtad.

REY. Mi vida toda
ha estado, Celio, en tus manos.
Menester es que dispongas
el volver a mi servicio,
donde mil títulos y honras,
mil gobiernos, mil mercedes
son corto premio a tus obras.

CELIO. Señor, yo he probado ya
las ciudades populosas,
la vida de los palacios,
las cansadas ceremonias,
la comida, el sueño, en fin.
Perdona que te responda
que no he de volver allá
si me dieses tu corona.
Yo he vuelto a mi propio sitio,
estoy en mi esfera propia,
gozo descansada vida,
sé qué es noche y qué es aurora,
sé qué es comida y qué es sueño
y si es la vida una sombra,
y el alma es sol, aquí quiero
esperar a que se ponga.

REY. ¿De mí no fías?

CELIO. ¿Quién duda?
Mas si tú por darme honra

me quitas años de vida,
¿cuál de esto quieres que escoja?

REY. Fabio, ruégale.

FABIO. Señor,
antes, si él tiene memoria
de mis consejos, no irá
donde viven por la posta.

REY. Elvira, acábalo tú.

ELVIRA. Después que soy labradora,
a las de esa corte digo
que aquellas galas costosas,
músicas, saraos, fiestas
llenas de invenciones locas,
no trocaré por sayales
y por estas pobres ropas,
llenas de contento y paz,
centro en que vive la honra.

REY. Basta, Celio; bueno está.
Pues, alto; si no os provoca
mi poder, hareos mercedes
que a lo que sois correspondan.
Doy privilegio a esta casa,
por esta hazaña notoria,
para solar de un linaje
que tanta nobleza adorna.
En él, desde aqueste día,
pondréis por armas tres copas
con tres coronas encima,
y por toda la redonda
de este monte os doy diez villas.

FABIO. Vivas con eterna gloria
de tu nombre largos años.

TOMÉ. Y a mí, que de la pelota
de tu fortuna fuí choza,
¿no hay un rincón en Zamora?

REY. ¿Qué pides?

TOMÉ. Una mujer.

REY. ¿Haila aquí?

TOMÉ. Laura se nombra.

REY. Daos las manos.

TOMÉ. Soy tu esposo.

LAURETA. Yo en serlo tuya dichosa.

FABIO. Pues dad a la historia fin
cantando por los que tornan
al mar en que se perdieron,
que *con su pan se lo coman.*

COMEDIA FAMOSA

DE

# LA CORTESIA DE ESPAÑA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Celia, Flora, Hervasio, Tomé, *villanos*.
Marcelo, *caballero*.
Lucrecia, *su mujer*.
Claudio.
Don Juan de Silva.
Zorrilla, *lacayo*.
Julia.
Antonio.
Don Jorge.
Olalla, *moza de mesón*.
Leonarda.
Lisardo.
*Un* Arriero.
*Un* Escudero.
[Mesonera.]

## ACTO PRIMERO

(*Salen* Celia *y* Flora, *labradoras*.)

Celia. Daréle parte al señor
de mi nuevo pensamiento;
que a quien ama no hay contento
como tratarle de amor.
Y si le parece bien,
nos será padre y padrino.

Flora. Paréceme buen camino,
y es obligación también.
¡Dichosa tú, Celia amiga,
que por tu gusto te casas!

Celia. Yo sé los celos que pasas.
Quien ama, a celos se obliga.
No se diera el bien de amor
sin la pensión de los celos;
que no quisieron los Cielos
que se coma sin dolor.
¿No has visto agradar el gusto
un dulce manjar, y en él
hallar una piedra, y de él
trocar el gusto en disgusto?
Así, comiendo de amor
los regalos y consuelos,
sale una piedra de celos,
que trueca el gusto en dolor.

Flora. La ventura del casar
no se compra ni se vende;
que el más discreto no entiende
ni el encuentro ni el azar.
Sucédate a ti mejor
que me ha sucedido a mí.

Celia. ¿Es éste nuestro amo?

Flora. Sí.

(*Salen* Marcelo Vivaldo *con un gabán de aldea, y* Claudio, *su criado*.)

Marcelo. ¿Esta es condición de amor?

Claudio. Ya yo sé que amor no tiene
contento sin lo que ama;
mas nunca ausencia se llama
la que por su gusto viene.
Si dejaste a mi señora
en Génova por venir
a tu quinta y por vivir
sin ciudad y pueblo un hora,
no le des nombre de ausencia,
pues mañana volverás;
que ausencia llaman no más
a lo que es fuerza y violencia.

Marcelo. Vine, Claudio, por un día
sólo a olvidar la ciudad;
pero siento soledad
de su dulce compañía;
que he hallado que hacer aquí
y no me puedo volver.

Flora. Llega, que no hay que temer.

Celia. Váyase Claudio de allí.

Claudio. En fin, ¿a qué te resuelves?

Marcelo. A que a Génova te partas
y le lleves estas cartas.

Claudio. ¿A ser su galán te vuelves?

Marcelo. Claudio, en el casado apruebo
que siempre procure ser
tan galán de su mujer
como cuando era mancebo.
No los tengas por discretos
a los que, casados, vieres
groseros con sus mujeres
y descubrir sus defetos.
Como el honor es tesoro

que se les puede quebrar,
hasta en vestir y calzar
se ha de guardar el decoro.
Si ve la propia mujer
muy descompuesto al marido
y al de fuera muy pulido
y de galán proceder,
¿qué mucho que cuando menos
el pensamiento le ofenda,
que es caballo que sin rienda
corre entre malos y buenos?
Usar del modo que basta
con un galán proceder
hace que esté la mujer
contenta, segura y casta.

CLAUDIO. Si ha de suceder desdicha,
ni el ser galán, ni grosero,
ni humilde, ni caballero
lo ha de mejorar de dicha.
Esta carta ¿qué contiene?

MARCELO. Que venga Lucrecia aquí
a estar conmigo, que a mí
sólo su bien me entretiene.
Ni la quinta, ni la caza,
ni las aguas, ni las flores,
ni los dulces ruiseñores,
ni de esta florida plaza
los cuadros, adonde el arte
vence a la naturaleza,
ausente de mi belleza,
para alegrarme son parte.
Parte y di que mi deseo
no halla su centro sin ella;
que sólo mi esfera es ella,
después del cielo que veo.

CLAUDIO. ¿Vendrán con ella criadas?

MARCELO. ¿Para qué, si hay labradoras?

CLAUDIO. Pues pasa alegre estas horas
tan dulces y enamoradas
imaginando el contento
que su vista te ha de dar.

MARCELO. Date prisa a caminar,
pues vas en mi pensamiento.

CLAUDIO. (Antes voy lejos del tuyo.
¡Oh! Soberana ocasión
para dar a mi pasión
descanso en el cielo suyo.
Hoy le vendré contemplando
sin que lo estorbe el respeto.
¡Oh, qué gran bien me prometo
hablando, mirando, amando,
persuadiendo, respondiendo,
dando a entender mi cuidado!)

MARCELO. ¿No partes?

CLAUDIO. (No he declarado
mi pena de amor temiendo;
pero en ocasión igual,
aunque castigo me den
que venga a perder el bien,
tengo de decir mi mal.)

(*Váyase* CLAUDIO.)

CELIA. Dios te guarde muchos años.

MARCELO. ¡Oh, Celia! ¡Oh, Flora!

CELIA. Aguardé
que estuvieses solo, a fe,
entre estos verdes castaños,
para suplicarte adviertas
cierto bien que me has de hacer.

MARCELO. ¿Soledad es menester?
Mas si importa, bien aciertas,
porque responderme puedes
que las paredes oirán,
pues oídos ya les dan,
y en el campo no hay paredes.—
Y tú, Flora, ¿quieres algo?

FLORA. Sólo vengo a acompañar
a Celia.

MARCELO. Comienza a hablar.

CELIA. A tu noble pecho hidalgo
vengo a pedir un favor.

MARCELO. Otra cosa imaginé.

CELIA. Bien conoces a Tomé.

MARCELO. Pienso que te tiene amor.
¿Es alguna libertad?
Que le echaré de la quinta.

CELIA. Quien no ve amor por la pinta
nunca tuvo voluntad,
antes es encogimiento.

MARCELO. ¿Cómo?

CELIA. Desea tratar
casarse.

MARCELO. No hay desear
como un igual casamiento.
Hábleme Tomé.

CELIA. Tomé
tiene vergüenza notable.

MARCELO. ¿Qué quieres tú?

CELIA. Que le hable
a su padre su mercé,
y que, todo concertado,
fuese liberal padrino.

MARCELO. Notablemente me inclino
a la quietud de este estado.

Celia, casaré a Tomé
y a todo aqueste lugar,
que de acertarme a casar
tengo esta notable fe.
Casé con un ángel bello;
casé con mi igual, y soy
tan venturoso, que estoy
preso de un solo cabello.
No tengo más voluntad
que la de mi esposa, y gusto
de tener por ley su gusto,
su prisión por libertad.
Fuí mozo libre; serví
mujeres que me juraban
que me amaban y guardaban
fe y lealtad; mi hacienda di,
y al cabo de todo hallé
que hasta mis propios amigos
fueron y son los testigos
del agravio de mi fe.
Ellos eran desleales,
y ellas, fingidas y viles;
las lágrimas, mujeriles,
y los peligros, mortales.
Aventuraba el honor
por quien por poco interés
me le quitaba después
de haberme fingido amor.
Que quien piensa de mujer
que fué con él liberal
que ha de ser buena y leal,
poco debe de saber.
Luego que el trato se acaba
acuden los desengaños;
luego se saben los daños
que el ciego amor ocultaba.
Y así yo con los que tuve
me he retirado al sagrado
de casado, y vi casado
la ceguedad en que estuve.
Vivo, como, duermo, tengo
honor, quietud y descanso,
no me desvelo y me canso,
seguro a mi casa vengo,
entro a la mitad del día,
no me acuchillan, no hay celos;
en fin, no han hecho los Cielos
ventura como la mía.
Con esto seré padrino
y tercero de casar,
no sólo de este lugar
al criado y al vecino,
mas de toda la comarca,
Celia, de este mismo modo,
y de cuanto el mundo todo
por cuatro partes abarca.
Los animales quisiera
por las montañas casar,
los peces dentro del mar
y las aves en su esfera.
Casara al sol con la luna,
con la ventura al amor,
con la esperanza al temor
y al tiempo con la fortuna.
Finalmente, no se hiciera
casamiento honesto y justo
que no fuera con mi gusto
y que el tercero no fuera.

CELIA. Aunque muy desconfiada
de casarme hubiera estado,
sólo de haberte escuchado
saliera, señor, casada.
Bendígate el Cielo, amén,
que así hablas satisfecho.

MARCELO. Tengo ya casado el pecho
y el alma, Celia, también.
Tengo los brazos casados,
los ojos y los oídos,
las potencias, los sentidos,
y todos bien empleados.
Con esto ver no querría
cosa que no lo estuviese.

FLORA. Yo, por que no pareciese
mujer y bachillería,
no os decía, de muy necia,
que, si tan casado estáis,
me espanto de que viváis
sin mi señora Lucrecia.

MARCELO. Agrádame la objeción;
mas cuando vine creí
que estuviera un hora aquí,
que dos muchos años son.
Después fué fuerza quedarme;
mas si por ella envié,
bien doy a entender que fué
por descansar de quejarme.

FLORA. Luego ¿vendrá?

MARCELO. Ya la espero.

CELIA. Albricias voy a pedir.

FLORA. Celia, no hay más que decir;
haya guitarra y pandero.
Recibamos a señora
con bailes y villancicos.

CELIA. Hoy quedan los prados ricos
de tal primavera, Flora.

(*Vanse las dos.*)

MARCELO.

Quien no sabe del bien del casamiento
no diga que en la tierra hay gloria alguna,
que la mujer más necia y importuna
la vence el buen estilo y tratamiento.
Trasladar a los brazos soñolientos
un hijo en bendición desde la cuna
es la más rica y próspera fortuna
que puede descansar el pensamiento.
Necedad es sembrar tierras ajenas;
conoce el pajarillo el huevo extraño,
y el amante engañado el hijo apenas.
Oígame aquel que se llamare a engaño.
Los hombres hacen las mujeres buenas,
y sólo por su culpa viene el daño.

(*Sale* LUCRECIA.)

LUCRECIA. Si puede alguna mujer
decir que acertó su estado,
de cuantas hoy se han casado,
¿quién como yo puede ser?
No me dieron a escoger,
y parece que escogí;
tanto se conforma en sí
mi voluntad con Marcelo,
que pienso que la del Cielo
estaba entonces en mí.
Es Marcelo de buen talle,
limpio, galán, cuidadoso,
liberal, tierno, amoroso...
Pero mejor es que calle,
no sea que de pintalle
a alguna parezca bien,
y tantos celos me den
que turben mi buen estado;
que el bien, de muy alabado,
se suele perder también.
Pero ¿quién podrá olvidar
tus gracias, Marcelo mío?
Y si amar es desvarío,
¿qué loco supo callar?
Si me puedo consolar
de no contarlas, no es
por los celos, que después
yo les pusiera defensa;
mas porque verás mi ofensa
cuando al espejo te ves.
Tus regalos me enloquecen
todo el discurso del día;
tu gala, tu cortesía,
de un rey del mundo parecen.
No sólo envidias merecen
mis dichas, siendo tu esposa,
de la fea y de la hermosa,
pero no te estimo a ti
cuando yo misma de mí
no vengo a estar envidiosa.

(*Sale* CLAUDIO.)

CLAUDIO. Bien podré entrar sin licencia
hasta el estrado.

LUCRECIA. Esa tienes
hasta el alma, pues que vienes
de su dueño en esta ausencia,
que lo que de su presencia
traes te ha dado lugar
para que puedas entrar.
¿Viene?

CLAUDIO. Esta carta te escribe.

LUCRECIA. Quien de espacio ausente vive,
no tiene priesa en amar.

(*Lea.*)

"Las cosas de nuestra quinta
no están, mi vida, en estado..."
El "mi vida" me ha turbado.
¡Qué tierno mi bien se pinta!

(*Lea.*)

"Que pueda ser tan sucinta
la ausencia como pensé.
Si me quieres, lo veré
en que con Claudio te partas."
¿Dónde callaran las cartas,
mi bien, si el alma te ve?
Ea, no hay que detener.
¿En qué te dijo que fuese?

CLAUDIO. En aquello que pudiese
más presto esos ojos ver.

LUCRECIA. ¿Iré sola?

CLAUDIO. Si ha de ser
para volveros los dos,
claro está.

LUCRECIA. Pues, casa, adiós,
que por lo que no es el Cielo
no quiero bien sin Marcelo
ni vivir en él sin vos.
Dichosa yo que veré
su presencia. ¡Qué contento!
Gozaré su entendimiento
y a su lado asistiré.
¡Qué descanso les daré

a mis brazos y a mis ojos!
¡Qué paces a mis enojos!
Y en tan dichosos empleos,
¿qué dejaré de deseos
de su regalo en despojos?

*(Vase.)*

CLAUDIO.

Traidor fué Paris por la bella Elena;
Aquiles, por Briseyda la Greciana;
por Medea, Jasón; por la Tebana
Marfissa, Apolo, y Jove amó a Alcumena.
Hércules español robó a Pirena;
Rómulo, a Hersilia; a Andrómaca Troyana,
Pirro, y Teseo el que burló a Ariana,
y un rey hubo traidor por Filomena.
Muchos, o por la industria o por la espada
(que no hay traición que por amor asombre)
hallaron fin a su esperanza honrada.
Que de cuantas traiciones tienen nombre,
ninguna puede haber más disculpada
que la que por amor comete el hombre.

*(Vase, y salen* TOMÉ, *villano, y* HERVASIO, *su padre.)*

HERVASIO. Confiésame lo que pasa,
que, pues a llamarme envía,
algo de tu amor sabía,
y no poco, pues te casa.
¿Qué amores son éstos, di?
¿Tienes vergüenza, Tomé?
TOMÉ. Padre, yo se los diré;
pero no me culpe a mí.
HERVASIO. ¿Cómo viste a esta mujer?
¿Qué ocasión la diste?
TOMÉ. Espere.
¿No diz que saberlo quiere?
Pues poco a poco ha de ser.
HERVASIO. ¡Para mi cólera es bueno!
TOMÉ. Yo fuí una mañana al prado
y topé con el ganado
de su compadre Tirreno.
Salieron cuatro mastines
a morderme; echéles pan,
que en la manga del gabán
llevaba para otros fines.
Conociéronme, y las colas,
mosqueando alrededor,
me quitaron el temor
que con ellos tuve a solas.
Pasando más adelante
con la borrica encontré,
díjome: "¡Tomé! ¡Tomé!"
con una voz arrogante,
y rasquéle las orejas
de agradecido que soy.
Tras esto adelante voy,
y el manso de las ovejas
vino a lamerme las manos;
hozáronme los cochinos,
que, aunque suelen ser mohínos,
me trataron como hermanos.
Llegué donde estaba al fuego
la junta de los zagales;
hacían migas ¡qué tales!,
y diéronme de ellas luego.
Anduve considerando
qué sería la razón
de tan extraña afición,
y, mi caletre aguzando,
dije: "Pues mastines, burra,
manso, cochinos, zagales
hoy me han hecho amores tales,
mas que el dimuño me aburra
si la hija de Tirreno
no me quiere por velado."
HERVASIO. ¿Ella hate visto o hablado?
TOMÉ. No, padre.
HERVASIO. ¡Todo esto es bueno!
TOMÉ. Verdad es que yo me fuí
aquella noche a su puerta.
HERVASIO. ¿Estaba, por dicha, abierta?
TOMÉ. Cerrada siempre la vi.
HERVASIO. Pues ¿qué hiciste?
TOMÉ. ¡Pardiez, padre!
Por un resquicio aceché
y vi (¿cómo lo diré?)
que se acostó con su madre.
HERVASIO. ¿Y luego?
TOMÉ. Luego me fuí
y acostéme.
HERVASIO. ¿Que eso pasa?
Pero ¿adónde fué?
TOMÉ. En mi casa.
HERVASIO. ¡Una higa para ti!
TOMÉ. Pues ¿qué pensábades vos?
HERVASIO. Bestia, todas esas cosas
no obligan ni son forzosas
para que os caséis los dos.
TOMÉ. A fe que si le dijese...
HERVASIO. Eso, sí; di la verdad.
TOMÉ. Días ha que a la ciudad
me mandó el amo que fuese,
y al salir de nuesa casa
con Celia, padre, encontré,

que iba al horno.

HERVASIO. Aun eso fué
principio. Di lo que pasa.

TOMÉ. Miróme y rióse.

HERVASIO. Bien.

TOMÉ. Miréla y reíme.

HERVASIO. Son
las señas del corazón
de dos que se quieren bien.

TOMÉ. Pasóse de largo, y yo
también de largo pasé.

HERVASIO. Pues ¿qué hubo más?

TOMÉ. ¿Poco fué
reirse y reirme yo?

HERVASIO. Luego ¿no pasó adelante?

TOMÉ. No, padre.

HERVASIO. O a tu rudeza
no ha hecho Naturaleza,
bestia, animal semejante,
o me hablas de malicia.

TOMÉ. Ahora bien, de aquésta va,
que de saberlo estáis ya,
padre, con mucha codicia.

HERVASIO. Es así; que yo no soy
quien te ha de hacer fuerza; que antes,
para cosas semejantes,
hijo, de por medio estoy.
¿Solo has estado con ella?

TOMÉ. Muchas veces.

HERVASIO. Eso pido.
Eso obligación ha sido,
que, en fin, es Celia doncella.
¿Cómo fué?

TOMÉ. Siempre en el prado
y en el monte solo estoy,
por dondequiera que voy
voy solo con mi ganado.
Siempre la noche me vió
solo y el día me hallaba
solo.

HERVASIO. Y Celia, ¿dónde estaba?

TOMÉ. En su casa, pienso yo.

HERVASIO. Pues ¿no dices que con ella
estabas solo?

TOMÉ. Eso digo.
Pensando en ella y conmigo,
era con ella y sin ella.

HERVASIO. ¿Sabes, hijo, por ventura,
qué animal hizo mayor
Naturaleza?

TOMÉ. Señor,
yo no entiendo de escritura.
Un león es grande; un toro
es mayor, y con su cuello
terrible y largo un camello;
pero de hermoso decoro
un caballo rozagante,
y un elefante, señor,
mayor que todos.

HERVASIO. ¿Mayor?

TOMÉ. Sí.

HERVASIO. Pues déjame, elefante.

*(Vase.)*

TOMÉ.

¡Fuése enojado! Amor, ¿qué culpa tengo
si no nací más sabio y entendido?
Alumbra tú mi rústico sentido,
que ya para la ciencia le prevengo.
Algunas esperanzas entretengo.
Un leño soy. Desbástame te pido.
Por Celia a mi ganado voy perdido.
Yo no sé nada. De mis viñas vengo.
¿Cómo podré por mi mujer tenerla
si el principio no sé de requebrarla
y me acobarda el miedo de ofenderla?
Dame el hablar, pues das el desearla;
que como tú me enseñes a quererla,
el tiempo, Amor, me enseñará a olvidarla.

*(Vase, y salen* LUCRECIA *y* CLAUDIO.*)*

LUCRECIA. ¿Para qué puede ser bueno
que del camino me aparte?

CLAUDIO. Para que es razón, señora,
que en este bosque descanses.
Los caballos arrendé
a los troncos de estos sauces,
colgué del arzón los frenos
porque a la hierba se alarguen.
Mira entre juncia y mastranzos
qué sesgo tiende cristales
sobre arenillas menudas
ese arroyuelo agradable.
Mira los azules lirios
qué fresco dosel le hacen,
que no le tiene en su casa
tan hermoso el rey ni el grande.
Mira entre esas blancas piedras
cómo emprende despeñarse,
y la espuma que las deja
por prendas de que se parte.
Mira esas vides agrestes
cómo a manera de amantes

se las cuelgan de los cuellos
a los olmos de su margen.
Mira tantas varias flores
de este verde paño esmalte,
las azules campanillas
que abiertas al alba tañen.
Mira estos blancos narcisos
que procuran apartarse
del agua, en que fueron flores
las que eran faciones antes.
Mira estas cabañas frescas
de estos espinos cobardes,
porque llevando vil fruto
se armaron para guardalle.
Todo te convida a sueño.
Duerme hasta tanto que baje
el sol por aquellas sierras
entre nubes de oro y sangre.

LUCRECIA. No hay sueño, Claudio, a quien ama
que le descanse ni agrade,
que para sufrir desvelos
es Amor infatigable.
Yo me querría partir,
que por más que el sol me abrase,
más me abrasa de Marcelo
amor que al poniente yace.
Vamos solos y no es bien
que al que camine le aguarde
el día, porque la noche
de toda traición es madre.
Desata nuestros caballos,
que mis cuidados no pacen
hierbas, flores ni arroyuelos,
espinos, vides ni sauces,
sino deseos y penas,
ansias, celos y pesares
de un bien ausente que sólo
puede en el mundo alegrarme.

CLAUDIO. ¡Ay, señora, que el dolor
y la compasión de amarte
me fuerza a que te entretenga
y que tu muerte dilate!

LUCRECIA. ¿Qué dices?

CLAUDIO. No sé qué diga;
mas sé que vengo a matarte
en este bosque.

LUCRECIA. ¿Estás loco?

CLAUDIO. ¡Cielos, ya es tiempo que hable!

LUCRECIA. La color se me ha perdido.

CLAUDIO. Pues no esperes que la halles,
que a la sangre se pasó
como teme que la saquen.

LUCRECIA. ¿Matarme, Claudio?

CLAUDIO. Lucrecia,
dicen que no eres constante
ni imitas a la de Roma;
ya tu marido lo sabe.
El caballero francés
que solía visitarte
manchó su honor, y no hay agua
con que esta mancha se lave.
La de tu sangre, Lucrecia,
piensa que será importante.
No se engaña tu marido,
pésame que no se engañe,
que darme la ejecución
de tu muerte fué matarme,
pues me ha de obligar tu amor
para que después me mate.

LUCRECIA. Detente, Claudio, detente,
que palabras semejantes,
aun de burlas, son traiciones
en personas desiguales.
Sabes que eres mi criado
y que soy tu dueño sabes,
y burlas de esa manera
son, más que alegres, infames.
Vuélveme a dar el caballo.

CLAUDIO. Señora, si es animarte
contra la fiera sentencia
de tu esposo inexorable,
ya es tarde para remedios,
y agora verás si es tarde,
que esta es la espada.

LUCRECIA. Detente,
y aun de burlas no la saques.

CLAUDIO. Que no son burlas, Lucrecia.
No finjas, para engañarme,
que no entiendes que ofendiste,
como libre, loca y fácil,
a Marcelo, tu marido.

LUCRECIA. Claudio, si estas son verdades
y a darme muerte venías
por testimonios tan grandes,
que tú sabes que lo son,
¿de qué servía pintarme
hierbas, flores, fuentes, vides,
arroyos, lirios y sauces,
sino testimonios, iras,
pensamientos, liviandades,
celos, enojos, locuras
y engaños de hombres mudables?
¿Yo francés? ¿Qué dices, hombre?
¿Ha habido Porcia ni Evadnes

que a mi castidad y amor
Roma ni Grecia comparen?
A la fe, Claudio, el francés
es que tan claras maldades
vienen en francés a efeto
que no las entienda nadie.
Marcelo se habrá cansado
de mí, y por dicha tú sabes
que quiere alguna mujer.

CLAUDIO. Si yo pudiera excusarme
de darte muerte, señora,
holgárame de contarte
la traición de tu marido.
Mas decir que es traición baste
para que mueras contenta
de que él sabe que eres mártir
de su tirano deseo.

LUCRECIA. ¡Por Dios, Claudio, que declares
la intención de ese traidor!

CLAUDIO. Querer bien en otra parte;
ser doncella la mujer,
de claros y nobles padres,
y que es vano su deseo
si no es que con ella case.
Casarse, siendo casado,
no es posible.

LUCRECIA. Que me mates
es justo, pues que mi esposo,
viva yo, no ha de casarse.
Démosle, Claudio, ese gusto.

CLAUDIO. ¡Oh, que los pechos le pase
mala pistola francesa
o degüelle turco alfanje!
Verte responder ansí
y que en tiempo semejante
se te caigan de los labios
tan profundas humildades
me obliga a que no obedezca
su traición, sino que ampare
tu inocencia, y así digo
que ya no quiero matarte,
sino llevarte conmigo
a estos vecinos lugares,
de donde secretamente,
Lucrecia, a Francia te pase;
que allí me tendrás por tuyo
mientras mi vida durare,
sirviéndote yo de esclavo,
conociendo lo que vales.
No te merece Marcelo,
pues que no supo estimarte.
Él goce su hermosa dama,
y plegue a Dios que le trate
de suerte, que de otra suerte
testimonios le levante;
que estas deshonras que finge
que le has hecho sean verdades,
tan verdades, que en castigo
quede su honor por infame.
Dame esas manos hermosas.
Ven, mi Lucrecia, no aguardes.
Véngate de un hombre fiero.
Mira que estos arrayanes
son árboles del amor;
aquí duerme y de aquí sale,
batiendo las alas libres
y enamorando los aires.
¿Qué miras, que estás suspensa?
¿Era mejor que tu sangre
bebieran estos arroyos
que de aquellas peñas caen?
¿No es mejor que al dulce son
que forman de jaspe en jaspe
esperemos que el aurora
nos corone de diamantes?
¡Ea, mi bien!

LUCRECIA. Si Marcelo,
Claudio, con tantas crueldades
a tu desvergüenza abrió
la puerta, disculpa hallaste;
pero no tanta que llegues
a tocar a los altares
de la honestidad, que son
las manos que han de matarme.
Por eso a la mujer dieron
guantes las antigüedades,
por que al altar de las manos
fuesen cortinas los guantes.
No las tengas, porque quien
estos altares deshace
perderá el respeto al Cielo,
pues que se atreve a su imagen.
Mátame, y goce Marcelo
su esposa; mátame, dame
tantas heridas, que veas
dentro del alma en qué parte
tuve a Marcelo tan firme,
que, aunque más me despedaces,
no podrás sacarle della.

CLAUDIO. Eso es locura notable.
Goza la ocasión, Lucrecia;
véngate.

LUCRECIA. ¡Cielo, ayudadme!

*(Salen* DON JUAN DE SILVA, *caballero español, de camino;* ZORRILLA, *lacayo, con un cojín a cuestas, con sus estribos.)*

DON JUAN. *(Dentro:)*

Ataja por allá. ¡Maldito seas!

ZORRILLA.

Si no dejo el cojín ¿cómo es posible?

DON JUAN.

Que me lo has de pagar quiero que creas.

ZORRILLA.

¿Hay hombre tan extraño y insufrible?
¡Pienso que verme despeñar deseas!

*(Salen.)*

DON JUAN.

¡Corre!

ZORRILLA.

Señor, correr es imposible;
porque los dos estribos por los lados
me tocan atabales destemplados.

LUCRECIA.

¿No hay quien me dé favor?

DON JUAN.

Escucha aquéllo.

ZORRILLA.

En siendo bosque y el rocín perdido,
ha de haber aventura.

DON JUAN.

Un ángel bello
se queja allí.

ZORRILLA.

Gigante habrá salido.

DON JUAN.

Al viento tiene ya suelto el cabello.
Yo llego.

LUCRECIA.

¡Oh, caballero! Favor pido
a vuestra cortesía.

DON JUAN.

Lo que valgo
sirviéndoos lo veréis.—¿Qué es esto, hidalgo?

CLAUDIO.

Que vais vuestro camino os pido y ruego.

DON JUAN.

Soy español, y el amparar las damas
desde la cuna lo aprendemos.

CLAUDIO.

(Ciego
me tiene Amor al humo de sus llamas.)

DON JUAN.

Ya que a este bosque, aunque perdido, llego
tras un caballo que en sus verdes ramas
se me pudo esconder mientras dormía,
le ha de valer con vos mi cortesía.
¿Quién es esta señora?

CLAUDIO.

Mal pudiera,
no siendo mi mujer, tenerla agora
donde castigue un mal que persevera
y que mi honor destruye de hora en hora.

LUCRECIA.

¡Ay, señor español! Cuando no fuera
notorio su valor, desde la aurora
a los cercos antárticos, bastara
ser yo mujer que de esos pies se ampara.
Este bárbaro infame es mi criado.
Cerca está mi marido en una quinta.

DON JUAN.

Criado, dame un ramo de ese prado,
porque sacar la espada de la cinta
parece afrenta a un caballero honrado.

CLAUDIO.

Su dueño soy, y no como me pinta.

DON JUAN.

Anda, pícaro infame.

ZORRILLA.

A espaldarazos
le haré, si me le dejas, mil pedazos.

CLAUDIO.

Si sois dos españoles, ¿es nobleza?

DON JUAN.

Síguele tú, Zorrilla.

ZORRILLA.

Aguarda un poco.

DON JUAN.

Yo quedo a consolar vuestra tristeza.
Decid verdad: ¿quién es aqueste loco?

LUCRECIA.

Es mi criado.

DON JUAN.

¡Bárbara fiereza!

A volver a buscalle me provoco.
Más bien le hará que deje el soldadillo
la espada y vida.

LUCRECIA.

A vuestros pies me humillo.

DON JUAN.

¿Dónde os llevaba?

LUCRECIA.

Cerca está un aldea,
donde está mi marido, que hoy me ha escrito
una traidora carta en que desea
verme.

DON JUAN.

¿Traidora?

LUCRECIA.

Sí.

DON JUAN.

¿Por qué delito?

LUCRECIA.

Ama, y casarse el bárbaro rodea
fingiendo agora que el honor le quito.
Que me maten mandó, y este villano
trocó el acero a su lasciva mano.
Soy noble, ya lo veis si lo es el traje.
No le he ofendido; el fiero me aborrece;
adora una mujer de gran linaje,
que sólo con casarse la merece.
Si os parece que vuelva y que le ultraje
de esta traición... Un medio se me ofrece,
y es contar a mis padres el suceso.

DON JUAN.

Será si le queréis ver muerto o preso.
Y si él ha dicho que traición le hicistes,
vos perderéis en Génova la fama.
Mas ¿qué sangre es aquésta?

LUCRECIA.

Si la vistes,
que a no mostrarla algún valor me llama,
sabed que aquel traidor por quien tuvistes
de noble defensor la verde rama
que ciñe vuestra frente, hirió mis brazos
por resistir sus bárbaros abrazos.

DON JUAN.

¡Oh, pesia mi desdicha! Iré en el viento
a quitarle la vida.

LUCRECIA.

Esa española
gracia agradezco; pero mucho siento
quedar sin vos y en este bosque sola.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA.

No vuelva más al encender violento
del ardiente cañón redonda bola,
que en Flandes y en Italia llaman bala,
que el pícaro veloz que al viento iguala.
Tiréle dos hurgones carranceños,
por línea diametral volvió las ancas
como suele, al latir galgos cenceños,
la liebre al cazador, cédulas blancas;
tiréle dos guijarros berroqueños
más fuertes que el archivo de Simancas,
tales, que resistieron de aquel bote,
descalabrando el aire y el cogote.
Perdióseme de vista, aunque pudiera
sacarle por el rastro de la sangre.

DON JUAN.

Mayor dolor, mayor pesar me altera.
Temo que esta señora se desangre.

ZORRILLA.

¿Herida está?

DON JUAN.

Con una daga fiera
la hirió el traidor.

ZORRILLA.

Mal aprendiz le sangre
de suerte que, cortándole una arteria,
llegue a morir por última miseria.
¡Oh, perro!

DON JUAN.

Al brazo le ataré esta liga.

ZORRILLA.

Yo sé un ensalmo.

DON JUAN.

¡Lindos disparates!
¡No le siguieras!

ZORRILLA.

La razón obliga.
Yo volveré mientras sus brazos ates.

LUCRECIA.

Ya es tarde para todo. No le siga.

DON JUAN.

No llores, dama hermosa, ni te mates.

Noble soy y español, que español basta.
Si casta fuiste, permanece casta.
  Viven los Cielos de no darte enojos;
si me abrasara Amor, que no me abrasa,
soy de un linaje noble, que en despojos
los de Alejandro y de Trajano pasa,
más libre que las niñas de mis ojos.
Si a España vas te guardaré en mi casa;
ésta tengo en Toledo, la que baña
el Tajo, la Imperial ciudad de España.
  Es mi nombre don Juan, y mi apellido
Silva. De Portugal principio tengo.
Mi sangre de sus reyes ha tenido
la original, de que me precio y vengo.
Fía de mí, que soy tan bien nacido,
y de la casa que a tu bien prevengo,
adonde vivirás con una hermana
que es la virtud y gracia toledana.
  Si vas a tu marido, por sin duda
tengo tu muerte injusta y tu deshonra;
luego es mejor que tu inocencia acuda
a conservar su honestidad y honra.
Después el tiempo, que los montes muda,
y la verdad, que a sus amigos honra,
darán satisfación de tu inocencia
y volverás alegre a su presencia.

LUCRECIA.

  Conozco, caballero generoso,
vuestra rara nobleza y cortesía;
vuestro apellido, en Génova famoso,
harto asegura la inocencia mía.
Mirando estoy un hombre riguroso,
lleno de amor y loca tiranía.
Mi fama me da voces a que pida
por ella y no por mí tan triste vida.
  ¡Válame Dios! ¡Que una mujer segura
en su casa, español, amaneciese,
de ver sola una calle y que la dura
fortuna a tanto mal la redujese!
¡Que fuera de tener la desventura
en que me veis me obligue, aunque me pese,
a ver el mar y a España con un hombre
que no ha un instante que escuché su nombre!
  ¡Oh, ejemplos de la vida miserable!

ZORRILLA.

Vamos, señora, a España alegremente,
que es tierra de los Cielos, favorable
a todo extraño de la suya ausente.
No es, como otras naciones, desamable,
despegada, celosa y impaciente;
camínase de noche en sus ciudades
sin que se teman armas ni crueldades.
  Aunque es el español, por sus blasones
en guerra y paz y por su gloria y fama,
aborrecible a todas las naciones,
él a todas las quiere, estima y ama,
con todas trata en todas ocasiones,
con todas casa y de su sangre llama;
si riñe un extranjero, el caballero
y el oficial acude al extranjero.
  No tiene el español por las ventanas
ladrillos, ollas, piedras, que reserva
para pendencias de extranjeros vanas;
cuando mucho, de noche, agua y conserva.
España tiene las ciudades llanas;
no entran por fosos, todo es verde hierba,
no hay moneda de reinos extranjeros,
cuanto come la cuesta sus dineros.
  Id a gozar su paz y cortesía;
no vais donde os espera injusta muerte.

LUCRECIA.

Si esto ordena, español, la suerte mía,
o lo permite Dios, porque no hay suerte,
yo aceto vuestra dulce compañía.
Vamos al mar.

DON JUAN.

No quiero agradecerte
la merced que me has hecho. Sólo digo
que soy Silva, español, y vas conmigo.

(*Vanse, y salen* TOMÉ, CELIA, FLORA y HERVASIO, y *otros con instrumentos* y MARCELO, *el marido de* LUCRECIA.)

MARCELO. Bien prevenidos estamos.
Yo me espanto que no venga.
CELIA. Ya poco puede tardar.
FLORA. La escura noche se acerca;
y si no es que descansaron
para tan pequeñas leguas,
no parece que de Amor
ha sido la diligencia.
MARCELO. ¿Qué dirá, pastores míos,
mi amada esposa Lucrecia
cuando vea que la aguardo
con tal regocijo y fiesta?
HERVASIO. No pienso que es el menor,
amo y señor, cuando sepa
que habéis casado a Tomé,
mi hijo, y la hermosa Celia.
MARCELO. Antes el mayor de todos.

TOMÉ. ¡Pardiez, amo! Como él quiera,
que en honra de mi señora
baile un brando a la flamenca.

CELIA. Ruído he sentido en casa.

MARCELO. No dudéis de que ella sea.

*(Sale CLAUDIO, herido en la cabeza y la espada desnuda.)*

CLAUDIO. ¿Si me ha de bastar aliento?

MARCELO. ¡Cielos! ¿Qué fantasma es ésta?

CLAUDIO. Claudio soy. ¿No me conoces?

MARCELO. ¿Claudio?

CLAUDIO. Que nunca lo fuera.
Con mi señora, mal dije,
con aquella mujer fiera
salí de Génova solo,
y muy pocas millas de ella
me salieron embozados
con unas capas francesas
dos caballeros gallardos,
pienso que romanos eran.
"Suelta la dama", me dijo
el más galán, y Lucrecia,
tu mujer, me dijo entonces:
"Vuélvete, Claudio, a la aldea,
que esto quiere mi ventura."
El otro a este punto llega,
y de dos espaldarazos
dió con mi persona en tierra.
Metí mano y dije: "¡Infames,
de mi señor la nobleza
no merece esta traición!"
¡Ay! ¡Nunca yo lo dijera!
Cinco heridas traigo, y todas
de tan poca resistencia,
que se llevan tu mujer.

MARCELO. ¿Por dónde, Claudio, la llevan?

CLAUDIO. Eso es seguir el viento,
que por esos montes vuelan
al mar, y a lo que yo juzgo,
deben de ser de Marsella.

MARCELO. ¡Oh! ¡Maldiga Dios el día
que mi loca parentela
me persuadió que pidiese
para mujer a Lucrecia!
¡Salid, villanos, de aquí!—
Y tú excusaras las nuevas
hasta que estuviera solo,
pues va mi honor en sus lenguas.

CELIA. Vámonos, Flora.

HERVASIO. Tomé,
grande mal.

TOMÉ. ¿Qué digo, Celia?
Descásome de contigo;
no quiero capas francesas,
que la más larga no cubre,
cuando más te lo parezca,
más de los pies, y esta fruta
asoma por la cabeza.

*(Todos los VILLANOS se vayan.)*

MARCELO. ¡Mísero de mí! ¿Qué haré?
¿Yo era aquel que tanta priesa
me daba a casar el mundo?
¿Yo quien la paz y la guerra,
la fortuna y el amor,
la esperanza y la paciencia,
el mar, los peces, las aves,
árboles, prados y selvas,
fuentes, ríos, plantas, flores?
Hablaba sin experiencia.
¡Fiera Lucrecia! ¿Qué has hecho?
¿Dónde vas? ¿Dónde me dejas?
¡Mira que infamas el nombre!

CLAUDIO. Señor, si la voz no tiemplas,
cuenta tu honor por perdido.

MARCELO. No es bien que a Génova vuelva.
Tú ve a Génova y dirás
que, saliendo del aldea,
nos salieron dos ladrones,
y di que muertos nos dejas
a mí y a Lucrecia, y di,
pues esas heridas llevas,
que te las dieron ¡oh, Claudio!
de nuestra vida en defensa.
Con esto nos buscarán
para darnos casa eterna,
y tú vendrás a buscarme,
Claudio, ya que convalezcas,
y los dos, con otro traje,
nos iremos a Venecia
o adonde el dolor nos lleve.

CLAUDIO. Bien tu desdicha remedias.
El consejo es de tu honor,
y así es bien que le obedezcas.
Yo parto a Génova luego.

MARCELO. No te cures por que crean
el engaño y nuestra muerte.
¡Pluguiera a Dios fuera cierta!
Que no es la vida buena
no habiendo honor a quien de honor se precia,
y escriba sobre el agua su fortuna
quien en mujer halló firmeza alguna.

## ACTO SEGUNDO

(*Salen* Don Juan, Lucrecia y Zorrilla.)

Lucrecia. Ya por lo menos no engaña
la fama que la corona.
D. Juan. Esta llaman Barcelona,
primera ciudad de España.
Si la fama que tenías
con la vista se aumentó,
bien dices que no engañó
a lo que pensado habías.
Lucrecia. ¡Oh, cómo tiene hermosura!
Zorrilla. Vidros se labran aquí.
Lucrecia. Algunos curiosos vi,
y de extraña arquitectura.
Zorrilla. Compiten ella y Venecia.
Mas labrando de mil suertes
vidros hay hombres tan fuertes,
que la tierra y mar los precia.
Ayer dijo una persona,
entre ciertos bachilleres,
que se hicieron las mujeres
de vidrio de Barcelona.
Su claro lustre celebran,
que al cristal tiene en despojos;
resplandecen a los ojos
y a cualquier golpe se quiebran.
Mas no se dirá por ti.
Lucrecia. No, porqué mi resistencia
muestra en la fuerza y paciencia
que de acero y bronce fuí.
D. Juan. Cuenta Ovidio que nacieron
de piedras la vez segunda
los hombres, y en esto funda
la dureza que les dieron
cierto poeta latino.
Tú, si de piedras naciste,
a las heridas lo fuiste
y al marítimo camino,
que, por falta de galeras,
nos puso aquella tartana
en gran peligro.
Zorrilla. ¡Inhumana
furia y bravas ondas fieras!
Si yo lo puedo excusar,
señor mar, no me veréis
otra vez donde me deis
tanta ocasión de rezar.
¡Yo devoto! ¡Yo contrito!
D. Juan. Antes lo has de agradecer.
Zorrilla. Con ventas quiero entender.
A las mulas me remito.
¡Oh, mar hinchado y cruel!
Lucrecia. ¡Notables traiciones fragua
al huésped!
Zorrilla. Basta ser agua
para no fiarse de él.
Si el mar fuera todo vino,
durmiendo un hombre pasara;
mas agua, y apenas clara,
todo es aire y torbellino.
Que el camino algunas veces,
aunque en ásperos distritos,
mejor es entre mosquitos
que entre ballenas y peces.
D. Juan. En fin, Lucrecia, tú vienes
buena ya de tus heridas.
Lucrecia. Bastaba a darme mil vidas
ese cuidado que tienes;
éstas te debo, don Juan;
bendita tu patria sea.
D. Juan. Tu bien el alma desea.
Lucrecia. Con justa razón están
mil naciones envidiosas
del español.
D. Juan. No he podido
regalarte, aunque he tenido
ocasiones tan forzosas.
Mas pues a mi patria vas,
y a mi casa, estoy seguro
que allí veas que procuro
servirte y honrarte más.
Paréceme que irás bien
en un coche hasta mi tierra,
que me da tu herida guerra,
y es más decencia también.
Lucrecia. Como yo vaya contigo
segura va mi salud
y mi honor en tu virtud,
por quien alegre te sigo;
y pues que tu cortesía
oficio de hermano ha hecho,
honra mi sangre mi pecho
en esta desdicha mía,
aunque te llames mi hermano.
D. Juan. Yo gano, Lucrecia, honor,
y es justo, por que mi amor
camine a paso más llano.
Entra en la posada un poco
mientras busco tres mujeres
que te sirvan.
Lucrecia. Tanto quieres
honrarme...
Zorrilla. ¿Tres? ¿Estás loco?

D. JUAN. Con tres dueñas irá bien
en un coche acompañada.
ZORRILLA. ¿Tres dueñas?
D. JUAN. Quiero que honrada
vaya con dueñas también.
ZORRILLA. Hagamos cuenta.
D. JUAN. ¿Tenemos
algo del humor, Zorrilla?
ZORRILLA. ¡Tres dueñas!
D. JUAN. ¿Y es maravilla
que de esta suerte la honremos?
ZORRILLA. Que pueda un hombre sufrir
una sola se ha tenido
por milagro.
D. JUAN. ¿No has oído
allá en Castilla decir
como de haciendas madrastra
aquella que arrastra honra?
Pues las dueñas causan honra,
que es como cosa que arrastra.
ZORRILLA. ¿Sabes qué hizo un discreto
para tener dueñas?
D. JUAN. No.
ZORRILLA. De bulto las fabricó
y hicieron el mismo efeto;
que si son para sentadas
y el silencio es menester,
lo mismo vienen a ser
las vivas que las pintadas.
Por Dios te ruego, señor,
que no lleves estas dueñas.
D. JUAN. ¡Qué bien, Zorrilla, me enseñas
para que tenga valor!
ZORRILLA. No impido tus manos francas.
Mas es lo mismo si llevas
dos o tres bayetas nuevas
y encima unas fundas blancas.
La primer dueña nació
de una tumba y un difunto.
D. JUAN. ¿Qué has sentido, te pregunto,
de Lucrecia?
ZORRILLA. ¿Yo?
D. JUAN. Tú.
ZORRILLA. ¿Yo?
D. JUAN. ¿Qué te admiras?
ZORRILLA. ¿No es razón?
Si yo te lo preguntara,
más justo fuera y pensara
que era mayor discreción.
Y pues ocasión me has dado
para que te hable así,
di qué llevamos aquí,
que estoy confuso y turbado.
¿En tu casa qué dirán,
y en Toledo, cuando vean
que aquí tus guerras se emplean?
D. JUAN. Alabanzas de don Juan,
que es hecho de caballero
amparar una mujer.
ZORRILLA. ¿Osaréte responder?
D. JUAN. Antes tu respuesta espero.
ZORRILLA. Esta mujer es hermosa.
D. JUAN. Y entendida sumamente.
ZORRILLA. ¿Qué es lo que tu pecho siente
de carga tan peligrosa?
Que yo, cuando un plato llevo
de la cocina a la mesa,
pesco, si puedo, una presa
y en el camino le pruebo.
D. JUAN. Zorrilla, este hermoso plato
hale guisado el honor;
si es la fama buen olor,
yo le doy sólo el olfato.
No le tengo de comer
aunque más hambre me mate.
ZORRILLA. ¡Que, un hombre de llevar trate
para olfato una mujer!
A gran peligro te pones,
que la mejor es perdiz.
D. JUAN. Será una empresa feliz
y gloria de mis blasones;
pues yo te juro, Zorrilla,
que no hago en esto poco,
porque voy por ella loco.
ZORRILLA. Esa es mayor maravilla;
y aun ella también me mira
agradecida en extremo.
D. JUAN. Bien sabe Dios lo que temo,
que soy hombre.
ZORRILLA. ¡Tararira!
D. JUAN. No hay que tratar; si me viese
muerto entre una y otra ola,
la cortesía española,
aunque a mil naciones pese,
ha de quedar celebrada.
ZORRILLA. Que nadie diga, a la fe,
de esta agua no beberé,
y más si la fuente agrada.
D. JUAN. Yo me dejaré morir;
pero esta noble mujer,
Zorrilla, no ha de entender
que yo la intento servir
más que por la cortesía
que debo al ser español.

ZORRILLA. Bien, que no se ha puesto el sol;
todo pasa bien de día.
Líbrete Dios, aunque asombre
a tu noble pensamiento,
de un primero movimiento,
que no está en mano del hombre.
Yo sé que a una guerra sales
de alto precio y hondo abismo,
porque el vencerse a sí mismo
es más que de hombres mortales.

D. JUAN. ¿No has visto que algunos sabios
a quien la modestia avisa
para detener la risa
se suelen morder los labios?
Pues yo, de la misma suerte,
para excusar sus enojos,
me sabré morder los ojos
para no mirar mi muerte.

ZORRILLA. ¿Morder los ojos? ¿Hay cosa
más notable? Pero es cierto
que te vendrás a hacer tuerto.

D. JUAN. Si Lucrecia fuere hermosa,
yo sabré ser continente;
que, por honra de español,
no ha de ser más limpio el sol
que yo en la ocasión presente.

ZORRILLA. ¿No has visto en las disciplinas
decir al que va llagado
"Dios te oiga"?

D. JUAN. Si has dudado
de las fuerzas peregrinas
de una determinación,
tú verás, necio, este día
la española cortesía
dando al mundo admiración.

ZORRILLA. Yo lo he de ver y creer,
que hay cosas, por no mentir,
fáciles para decir
y difíciles de hacer.
Mas lo que sabes se doma;
mas si vences tu pasión,
véngate la maldición
de las tres higas de Roma.

*(Vanse, y salen* CLAUDIO *y* MARCELO.)

CLAUDIO.

No hay en Génova un hombre que no crea
que eres muerto.

MARCELO.

No quiso mi fortuna
que toda triste y desdichada sea,
y ésa puedo tener por dicha alguna.
¡Ay, Dios! Si aquesta herida infame y fea,
que con tantos dolores me importuna,
se pudiera curar como las tuyas.

CLAUDIO.

Fía del tiempo y de las manos suyas.

MARCELO.

El tiempo no podrá curar mis males
mientras viviere esa mujer traidora,
de quien sólo en mi agravio ves señales,
pues corre sangre la memoria agora.

CLAUDIO.

Si en las cosas, señor, que son mortales,
por más que industria las encubre y dora,
no dicen que secreto alguno cabe,
¿cómo de aquella ingrata no se sabe?

MARCELO.

Si era francés el dueño que la tiene
y la ha llevado a Francia, ¿qué te admiras?
Salir, Claudio, de Italia me conviene.
Trágueme el mar en sus profundas iras.
Apenas viento de mi patria viene,
apenas sombra de mi patria miras,
cuando pienso que ya saben que vivo.
¡Tan grande afrenta de vivir recibo!
Que aunque es verdad que luego te creyeron,
y nos tienen por muertos y han buscado,
los tiempos, que jamás cosa encubrieron,
no guardarán secreto a un desdichado.
Si los indicios verdaderos fueron,
en ir a Francia estoy determinado;
que sabré del adúltero sospecho,
en otro traje y con fingido pecho.

CLAUDIO.

¿A Francia quieres ir?

MARCELO.

¿No te parece
que vivirá con tal descuido en Francia
que le demos la muerte que merece?

CLAUDIO.

¿Cómo podrás si es hombre de importancia?

MARCELO.

Claudio, el agravio la ocasión ofrece
al que ofende. ¿Qué importa el arrogancia,
la presunción, riqueza y el oficio?
La muerte es como el sol, basta un resquicio.
Guárdate de ofender, que el ofendido,
si a su venganza está determinado,
en cas del ofensor hace su nido,

y a veces en su pecho descuidado.
¡Dios te libre de agravio conocido!
Sin sombra dicen que anda el agraviado,
y que tiene dos sombras el que agravia:
al sol y a su enemigo.

CLAUDIO.

Enigma sabia.

MARCELO.

Dinero tengo y armas prevenidas;
que con dinero, y en país extraño,
no dudes que hallaré más homicidas
que pensamientos me ha de dar mi engaño
para quitar las honras y las vidas.
Como nos muestra el mundo el desengaño,
compra testigos falsos el dinero;
luego mejor un homicida fiero.

CLAUDIO.

Dondequiera, señor, que tu venganza
ponga la proa, mi lealtad me anima
a seguirte, con justa confianza
de que tu amor mi buen deseo estima.
Sangre me cuesta tu servicio.

MARCELO.

Alcanza
siempre su premio Amor.

CLAUDIO.

Y el que se arrima
a un árbol como tú.

MARCELO.

Si yo me vengo,
hacerte dueño de mi hacienda tengo.

*(Vanse, y salen* DON JUAN *y* ZORRILLA.)

D. JUAN. Muy tarde habemos llegado.
ZORRILLA. Quien camina con tres dueñas
por Cataluñas y peñas,
él lleva un mundo abreviado.
D. JUAN. ¿Apeáronse?
ZORRILLA. Ya están
en la venta, y muy quejosas.
D. JUAN. ¿Quejosas?
ZORRILLA. Son enfadosas
por todo extremo, don Juan.
D. JUAN. Pues ¿qué les falta?
ZORRILLA. No, nada,
y siempre hay quejas y voces.
D. JUAN. No es posible.
ZORRILLA. Mal conoces
una dueña mareada.
¿Hay mula en carro de noche
que perfume tan grosera
los que van en delantera
como una dueña en un coche?
Pues lo que meten consigo
de trapillos y envoltorios,
pues ¡qué olor! Mil refitorios
no huelen como ellas.
D. JUAN. Digo
que les levantas a éstas
mil testimonios, pues son
limpias como de Aragón.
ZORRILLA. Presto gozarás las fiestas,
que viene con mal de hambre
la más vieja.
D. JUAN. ¡Qué humor tienes!
ZORRILLA. Habrá vísperas solenes
por el siglo de mi padre.
Mas dejando estas ballenas,
¿cómo vienes de tu amor?
D. JUAN. Cada día voy peor,
siempre se aumentan mis penas.
ZORRILLA. El trato es cosa terrible;
porque esto de afratelarse,
verse, hablarse, regalarse,
rompe el mayor imposible.
¿Ya le habrás dicho tantito
de lo que sientes?
D. JUAN. ¡Por Dios,
que hemos venido los dos
rezando!
ZORRILLA. ¡Amador bendito!
D. JUAN. Como estoy determinado
a la palabra que di,
como español, traigo en mí
todo su valor cifrado.
Hermanos somos los dos.
ZORRILLA. Harás que pierda el sentido.
¿Es posible que no ha habido
"Ojos, decídselo vos"?
D. JUAN. ¿No te dije el otro día
que aun no me atrevo a mirar?
Entra a ver qué hay que cenar.
ZORRILLA. Perdices pienso que había,
y pelando está un capón
el mozo del coche.
D. JUAN. Mira
qué hay de Lucrecia.
ZORRILLA Suspira
en tanto, amante frión,
que a quien la ocasión se humilla
y a verla gigante aguarda,

que le pongan una albarda
dice el refrán de Castilla.

*(Vase.)*

DON JUAN.

Extraños aunque nobles pensamientos,
¿qué pretendéis de un hombre enamorado
que la prenda que adora lleva al lado
y por testigos árboles y vientos? [tos
¿Qué mares? ¿Qué montañas? ¿Qué cimien-
de fuertes muros? ¿Qué escuadron armado
os impide llegar? ¿Qué puerto helado?
¿Qué guerra de contrarios elementos?
¡Cielos! no soy Hipólito con Fedra;
legítimos parecen mis empleos;
no me hagáis muro de tan verde hiedra.
Amor, fortuna, tiempo, deteneos,
que, aunque español, soy hombre, no soy piedra.
Quitadme la ocasión o los deseos.

*(Sale LUCRECIA.)*

LUCRECIA. Un encubierto dolor
que va saliendo a los ojos,
un nuevo morir de antojos,
¿quien no dirá que es amor?
Cuando el honesto valor
resiste los pensamientos
de los tiernos sentimientos
que engendra la obligación,
llamarla honrada afición
son justos atrevimientos.
Confieso al noble español
que me sirve y me regala
con limpieza que se iguala
al oro puro en crisol,
que como a la flor del sol
los pensamientos me lleva,
no porque a mi honor me atreva,
a mi pensamiento sí;
si con esto le ofendí,
no hay muerte que no le deba.
Mas ¿quién hay que hasta pensar
no llegue, si está obligada,
que pensar determinada
de no ofender no es obrar?
¡Oh! ¡Quién viera en mi lugar
las Porcias y las Lucrecias!
Diránme muchas: "Si precias
tu honor, ten firme, mujer."
Bien dicen; quiero creer
que no hay en el mundo necias.
(¡Jesús! Don Juan está aquí.
Si el pensamiento tuviera
lengua, entendido me hubiera.)
¿Señor?

D. JUAN. ¿Lucrecia? (¡Ay de mí!)

LUCRECIA. Mil años ha que no os vi;
tantos ha que aquí llegué,
y no ha un momento que fué.

D. JUAN. Siempre vuestras cortesías
aumentan las deudas mías,
como en las firmas se ve.
Pesame que hayáis llegado
a venta que no es posible
regalaros.

LUCRECIA. (¡Qué invisible
anda Amor disimulado!
Mírame don Juan turbado;
la celosía le abona
con que se encubre. Perdona,
honor, lo que es natural,
que, aunque mira por cristal,
se trasluce su persona.
Yo veo que soy querida
y quiero lo que no quiero;
miro bien lo que no espero
gozar en toda mi vida,
que antes seré homicida
que hacer ofensa a mi honor.
Pero de tener amor
a un caballero cortés
no se ofenda el Cielo, que es
linaje de ingratitud
no amar la gala y virtud
donde es la fuerza interés.)

D. JUAN. (¿Hay Tántalo como yo
entre el agua y las manzanas?
¿Qué es esto, leyes humanas?
¿Qué rey esta fuerza os dió?
A estado mi amor llegó
que, como en otro estuviera,
yo pienso que le venciera;
que sólo más nobles son
Alejandro y Escipión
en ser su hazaña primera.
Y tanto más deben fama
a mi nombre estas vitorias,
cuanto son mayores glorias
quererme bien esta dama.
Que aunque la vista derrama
para no ponerla en mí,
tal vez que a mirarla fuí,
a ver si entonces la vía,
detrás de la celosía

de su vergüenza la vi.
En gran peligro me veo.
¿Qué habemos de hacer, Amor?
¿Por qué me niega el honor
lo que me pide el deseo?
Conmigo mismo peleo.
Defiéndame Dios de mí.
A buen tiempo viene aquí
mi criado. Estorba, amigo,
este pelear conmigo
para que me venza a mí.)

*(Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. Ea, bien podéis cenar.
D. JUAN. Entra, señora, a sentarte.
(Que solo temo mirarte
cuanto más llegarte a hablar.)
ZORRILLA. (Hoy no puedes excusar
de romper la cortesía.)
LUCRECIA. (Ya la soledad temía.
¡Oh, bien venido, criado!)

*(Vase* LUCRECIA.)

D. JUAN. ¿Qué dices, que estoy turbado?
¡Gran resolución la mía!
ZORRILLA. Digo que dice el ventero
que hay en la casa que estás
un aposento no más
y que en él hice al cochero
que echase los traspontines,
y dos sábanas saqué;
la colcha de raso eché,
y los morados cojines
les puse por cabecera,
con la sábana cubiertos.
D. JUAN. Pues bien...
ZORRILLA. Indicios son ciertos
de la boda que te espera.
No hay más en la venta toda,
o habrá noche toledana.
D. JUAN. ¡Qué ocasión!
ZORRILLA. Segura y llana.
Mas es bastarda la boda.
D. JUAN. Ahora bien, la manga aplica
y las maletas a un poyo.
ZORRILLA. Mas ¿echarte en un arroyo?
D. JUAN. A la virtud ¿quién replica?
ZORRILLA. ¡Pardiez! Ello pudo ser
virtud, honra y cortesía,
mas linda mentecatía,
a mi pobre parecer.
¿Tú fuerzas aquí a Lucrecia,
o el ventero, que no tiene
más que un aposento?
D. JUAN. Pene
quien su honor estima y precia.
Yo la tengo en confianza;
ella se fió de mí.
ZORRILLA. Digo que lo creo ansí;
del tiempo fué la mudanza.
Sigue el tiempo y la ocasión
que te muestra los cabellos.
D. JUAN. A mí me está bien perdellos.
Déjame aquí, tentación.
ZORRILLA. Si no es la venta más ancha...
D. JUAN. ¡Que esta bestia me alborote!
ZORRILLA. ¿Qué hiciera más don Quijote
con la dama de la Mancha?
D. JUAN. ¿Aposentaste las dueñas?
ZORRILLA. Sí, señor.
D. JUAN. ¿Dónde hay lugar?
ZORRILLA. Todas tres en el pajar,
como damas borriqueñas;
y más otra desventura,
que allá tengo de dormir
o al campo me he de salir.
D. JUAN. Eso es abrigo y ventura.
ZORRILLA. ¿Abrigo? ¡Lindas carracas!
D. JUAN. ¿Ya es malo?
ZORRILLA. ¿Y no lo ha de ser,
si tengo de parecer
asno matado entre urracas?
D. JUAN. Ahora bien, voime a cenar
ansias, deseos y penas.
ZORRILLA. Bien harás si capón cenas
y perdices por asar.
D. JUAN. Cielos, vuestra ayuda espero.
ZORRILLA. Aunque su virtud te inspiran,
algunos, don Juan, te miran
que te llaman majadero.

*(Vávanse, y salen* LEONARDA, *dama, y* JULIA, *criada, y* ANTONIO.)

LEONARDA. Si otra vez os atrevéis,
haré que os cueste la vida.
JULIA. En vano estás ofendida.
LEONARDA. Bien mi condición sabéis.
¿Papel a mí?
ANTONIO. ¿Quién pensara
que de un papel te ofendieras
tan de burlas?
LEONARDA. Todo es veras
en lo que el honor repara.
JULIA. Antonio me le dió a mí.

LEONARDA. Y a Antonio ¿quién se le dió?
ANTONIO. Un caballero me habló
hoy cuando a la iglesia fuí;
y como me habló entre santos
y delante de un altar,
puedes pensar...
LEONARDA. No hay pensar
para desatinos tantos.
ANTONIO. Dijo que eran casamientos.
LEONARDA. Pues ¿cómo, ausente don Juan?
Y papeles no se dan
adonde hay merecimientos,
que en habiendo memoriales
necesidades aprietan.
JULIA. Pocas veces se sujetan
los hombres tan principales
a terceros, que mil veces
por componer, descomponen,
y, en fin, sus costumbres ponen
a vista de mil jüeces;
y por eso por papel
negocian lo que pretenden.
ANTONIO. Mejor por cartas se entienden
y un secretario fiel.
Y cuando esto errado sea,
con responderle enojada
queda la historia acabada.
LEONARDA. Luego ¿queréis que le lea?
ANTONIO. Y ¿qué se puede perder,
si ya el enojo has templado,
en ver un papel casado,
que a nadie puede ofender?
Por lo menos quedarás
sin sospecha y sin temor,
y con más seguro honor
respuesta darle podrás
por palabra o por escrito.
LEONARDA. Muestra a ver.
JULIA. (Pienso, y aun creo,
que era mayor su deseo
que el nuestro.)
LEONARDA. La nema quito.
ANTONIO. Bien puedes seguramente;
no es escritorio un papel.
LEONARDA. Antes sí, si escribe en él
un corazón lo que siente.
No trae cruz. Tómale allá.
ANTONIO. ¿Por qué?
LEONARDA. ¿Qué más testimonio
que el papel no es matrimonio
viendo que sin cruz está?
ANTONIO. Antes muestra bien en él
que ya tiene sus cuidados,
porque las de los casados
no son cruces de papel.
LEONARDA. Ahora bien, a verle vuelvo.
No hago poco. Dice aquí:
*(Lea.)*
"¡Oh, Leonarda! Pues que ansí
a escribirte me resuelvo..."
Entra con exclamación.
Poético estilo tiene.
*(Lea.)*
"Mas mi atrevimiento viene
de amor, que es fuerte pasión.
Amo tu rara hermosura..."
¿Es buen atributo rara?
ANTONIO. Quien ama sólo repara
al alma de la escritura,
y raro es único.
LEONARDA. Bien.
¿Unica soy?
ANTONIO. Fénix eres
de las gallardas mujeres
que en esta ciudad se ven.
LEONARDA. *(Lea.)* "Amo tu rara hermosura
con el debido respeto..."
¿De petición fué el conceto?
Pienso que apelar procura.
ANTONIO. Di adelante.
LEONARDA. *(Lea.)* "Y ella obliga,
por abreviar mi deseo,
que para el santo himineo
te solicite y te siga."
¿Es fiesta acaso que guarda
la Iglesia al santo Himineo?
ANTONIO. Fué poético rodeo
y una figura gallarda
no decir "Casarme quiero".
Porque las fábulas todas
dan este dios a las bodas
por felicísimo agüero.
LEONARDA. ¿Fábulas me escribe a mí?
Luego no trata verdad.
ANTONIO. Fué por más curiosidad.
LEONARDA. Respóndele tú por mí,
y pongan el coche luego,
porque del jardín me voy.
JULIA. Aún hace sol.
LEONARDA. Cierta estoy
que no me queme ese fuego.
*(Vase.)*
JULIA. Fuése con melindre extraño.

ANTONIO. Es primerizo el papel.
JULIA. ¿Don Jorge está en el vergel?
ANTONIO. Tan cerca, que oyó su daño.
Julia, si me quieres bien;
Julia, si mi amor te obliga,
de mi señora mitiga
ese melindre y desdén.
Háblala en don Jorge y di
que es bueno para marido.
JULIA. Necio estás.
ANTONIO. Siempre lo he sido.
JULIA. ¿Leonarda es doncella?
ANTONIO. Sí.
JULIA. Pues ¿cuándo has visto doncella
rigurosa a casamiento?
Si vieras su pensamiento
como los melindres de ella,
vieras que lleva a don Jorge
de medio a medio clavado.
ANTONIO. Pienso que en lo cierto has dado.
Para las casadas forje
doblones el interés;
pero para las doncellas
sólo el casarte con ellas
el mayor del mundo es.
JULIA. Voila a dar el rebociño,
que está lejos la ciudad.
ANTONIO. ¿Conoces su enfermedad?
JULIA. Al Amor le pintan niño
porque regalos le engañan.
Dile a don Jorge que escriba,
por más que se muestre esquiva,
que los ruegos nunca dañan.
Pase la calle mil veces,
y los domingos le avisa
que vaya galán a misa.
ANTONIO. A Celestina pareces.
JULIA. Adiós, que aquestas bobillas
se han de llevar de este modo.

(Vase.)

ANTONIO. Yo le avisaré de todo,
que del Tajo en las orillas
está templando su fuego.

(Sale Don Jorge.)

D. JORGE. Y aún más cerca, Antonio, estoy,
que entre estos álamos doy
a mis tormentos sosiego.
ANTONIO. Ya las diligencias mías
habrás oído.
D. JORGE. Por ver
a Leonarda quise hacer
los jazmines celosías,
y temí que se alterasen.
Pero, en fin, tan cerca estuve,
que a mis suspiros detuve
para que no la abrasasen.
Ya vi romper el papel;
que, a serlo de desafío,
no pudiera el color mío
mudarse más que por él.
Enojéme con las aves,
que me estorbaban oír
su voz, para competir
la de sus labios süaves.
Que estas sonoras azudas,
aunque son de agua, al ruego
de las ruedas de mi fuego
parece que estaban mudas.
¿Qué dijo, en fin?
ANTONIO. El papel
tomó con dos mil desdenes;
pero buen negocio tienes
si ya te escuchan por él.
Julia me dijo que a misa
no faltases muy galán,
y a la calle, pues don Juan
sus Flandes y Italias pisa.
Negociarás... Pero mira
que se parte y verla puedes
detrás de aquellas paredes.
D. JORGE. Por verla el alma suspira.
Creo cuanto me prometes.
Voy a verla. Antonio, adiós.

(Vase Don Jorge.)

ANTONIO. No sois buena finca vos
para juros de alcahuetes.
¡Qué gracioso majadero!
Pues si al principio no da,
cuando le quieran, ¿qué hará?
De Amor es alma el dinero.
No gozaréis de favor,
señor amante novicio,
porque el dinero es el quicio
de las puertas del Amor.

(Vase, y sale el Arriero.)

ARRIERO.

Oya, señora huéspeda, ¡qué digo!
no hay un mozo siquiera.

MESONERA.

Gil, levántate.

ARRIERO.

Acabe ya, que quiero estar mañana
temprano en el mercado de Toledo,
si place a Dios.

MESONERA.

Levántate, muchacha,
que el mozo habrá bebido, como suele.

*(Sale una* MOZA *del mesón.)*

MOZA.

¿Qué quiere? Lleve el diablo sus entrañas,
que nos hace salir a media noche
de donde no ha media hora que dormíamos.

ARRIERO.

Tengo que madrugar, señora Olalla.
Por eso me quedé en Orgaz temprano.

MOZA.

Pues ¿para cinco leguas tantas voces?
¿Qué tiene?

ARRIERO.

Seis almudes de cebada.

MOZA.

¿Almudes? ¿Andaluz?

ARRIERO.

A su servicio.

MOZA.

¿Qué lleva?

ARRIERO.

Algunos tercios de pescado.

MOZA.

Seis almudes, a treinta, son seis reales
menos seis cuartos. ¿De la cena?

ARRIERO.

Tengo
un conejo y un lomo de carnero.

MOZA.

Dos y medio el conejo, y tres el lomo,
son doce reales menos un cuartillo.
¿El vino?

ARRIERO.

Seis azumbres, y no es mucho,
que somos cuatro.

MOZA.

A veinte, son tres reales
y medio, y doce menos un cuartillo,
son quince y un cuartillo. ¿Pan?

ARRIERO.

Ninguno,
que pan trajimos.

MOZA.

Pues aquesto debe.
¿Y de posada y buena gracia?

ARRIERO.

Basta
que la posada le paguemos.

*(Sale* ZORRILLA.*)*

ZORRILLA.

Nunca
pensé de mí que el diablo me tentara
en un mesón. A tanto desatino
llegamos con aquesta cherrichota,
que a mi señor don Juan sin alma trae,
a Orgaz anoche.

MOZA.

Lléguese a la lámpara,
que no conozco bien esta moneda.

ARRIERO.

Bien se puede fiar.

MOZA.

Así lo creo;
mas nunca cuento bien lo que no veo

*(Vanse los dos.)*

ZORRILLA.

Llegamos en mal punto, o fué el camino,
que dicen que es la cosa más ociosa,
y vi una moza del mesón que tiemblo
en pintar la figura que tenía.
La cara sin afeite y desgreñadas
unas ciertas madejas al descuido,
y toda con un cierto descontento,
que parece que a todos obligaba
a quitalle el enojo que tenía.
Los ojos socarrones y calzados
a lo bellaco; el habla sacudida,
y la boca, a lo pícaro, torcida.
Decir el brío, el codo y el despejo,
el "qué le digo", el "oiga" y el "quedito",
el "no se burle", el "téngase" y el "déjeme"
son cosas que rindieran la modestia
de los siete filósofos de Grecia.

Habléla tierno y respondióme airado;
mas púsele las armas de Filipe
con los rayos que sacan de Segovia,
y sonriyóse a un lado de la boca,
como quien trae alcorza con la lengua,
que el plus crece el amor y el desdén mengua.
Esta es mi historia trágica. A estas horas
anda el pobre Zorrilla levantado
en el mesón de Orgaz. Mas gente viene.
Retirarme a esta puerta me conviene.

*(Sale Don Juan con un gaban, medio desnudo.)*

DON JUAN.

¡Amor, no puedo más, ya pierdo el seso,
y, como esta es la última jornada,
que estoy desesperado te confieso!
Yo me acosté con alma sosegada;
mas acudieron tantos pensamientos,
que el sueño huyó de todos ocupada.
No puedo resistir tantos tormentos,
y, en fin, como ya loco me levanto
porque los templen los delgados vientos.
Allí duerme Lucrecia. ¡Ay, Cielo santo,
que importa que me atreva; hasta la puerta
dame licencia, pues padezco tanto!
No sé si llame y diga que está abierta
la del alba, aunque mienta, y la levante
a que hablemos los dos, si está despierta.
¡Tened lástima, Cielos, de un amante
que él propio es enemigo de sí mismo,
pues no se ha visto pena semejante!
¿Yo no tengo mi prenda en el abismo
de un mesón? De la tierra soy Orfeo.
Pues que me mate yo ¿no es barbarismo?
Llego a llamar. Un blanco bulto veo.
¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? Y sin espada.

ZORRILLA.

¿Quién es?

DON JUAN.

¿Quién está ahí?

ZORRILLA.

(Que es don Juan creo,
o que en él viene Olalla transformada.)

DON JUAN.

Diga quién es.

ZORRILLA.

Señor, ¿no me conoces?
Zorrilla soy.

DON JUAN.

Pues ¿cómo en esta puerta?

ZORRILLA.

Anoche me acosté zorra, y levántome
Zorrilla, a tu servicio.

DON JUAN.

¡Vive el Cielo,
villano, que a la puerta de Lucrecia
no estás sin ocasión!

ZORRILLA.

¿Hablas de veras?

DON JUAN.

Tan de veras, que a haber daga traído
te pasara ese pecho fementido.

ZORRILLA.

¡Qué lindo fin tuvieran tus locuras!

DON JUAN.

Perro, ¿qué es esto? ¡Ah, Cielos! Yo he tenido
la culpa, enamorando con los ojos
todo el día a Lucrecia y despreciándola
las noches, que por dicha ocupa un monstruo;
que en gusto de mujer las elecciones
más son que por razón por ocasiones.

ZORRILLA.

(El diablo en gargantillas y en muñecas
del cuello y brazos de la limpia Olalla
me ha puesto en el peligro en que me veo.)
Señor, ¿yo con Lucrecia?

DON JUAN.

Pues ¿qué hacías,
Zorrilla, en el vivar, si no aguardabas
la caza que perdí por cortesía,
pudiendo yo tirarla cada día?

ZORRILLA.

Señor, tu loco amor...

DON JUAN.

No me repliques.
Mas, hijo mío, ¡ten de mi amor lástima!
Dime verdad ¡por Dios! Tú eres mi amo,
yo tu esclavo, sin duda te perdono.
Si fué tu dicha, gózala mil años.
¿Quiérete bien Lucrecia? ¿Habláis de noche?

ZORRILLA.

¿Dijera más la mula de aquel coche?
¡Plega a Dios!

DON JUAN.

¿Niegas, perro?—¿Hola, Bernardo?
¿Adónde está mi espada?

(*Sale* LUCRECIA *medio desnuda.*)

LUCRECIA.
¿Qué es aquesto?

DON JUAN.
Señora mía...

LUCRECIA.
¿Dónde con tal furia?

DON JUAN.
Matar quería este ladrón bellaco

LUCRECIA.
¿A Zorrilla? ¿Por qué?

DON JUAN.
Porque es Zorrilla.

ZORRILLA.
Yo soy muy buen hidalgo y decendiente
de las zorras que dice la escritura
que echó Sansón con fuego por los trigos.

LUCRECIA.
¿Vos con vuestra privanza?

DON JUAN.
Es un bellaco,
que le hallé levantado procurando
sacar de la maleta...

ZORRILLA.
¿Yo?

DON JUAN.
El dinero.

LUCRECIA.
Pues los hombres de bien ¿hurtan, Zorrilla?

ZORRILLA.
(¿Hay tan grande mal? ¡Oh, falsa Olalla,
qué olas de congoja por ti sufro!
¡Plega a Dios que si no eres la maleta
que él pensó que yo quise abrir sin llave,
que me mate la jara de un jarabe!)

LUCRECIA.
La gente se levanta. No es cordura,
señor don Juan, que así afrentéis a un hombre
que os ha servido con lealtad tan grande.
Volveos a vuestra cama ¡por mis ojos!

DON JUAN.
Yo quiero obedeceros.

LUCRECIA.
Tú, Zorrilla,
éntrate en mi aposento, que contigo
tengo de averiguar...

DON JUAN.
(Sin duda es cierto.
¡Vive Dios, que le mate si entra dentro!)
Salga el villano del mesón afuera.
Duerma en el coche o en el campo.

ZORRILLA.
¡Ah, Cielos!

LUCRECIA.
¿Qué fué, Zorrilla?

ZORRILLA.
Zorras son de celos.

(*Vanse, y salen con unas capas gasconas y sombreros de plumas y con tahalíes con pistolas* MARCELO *y* CLAUDIO.)

MARCELO. No veo en toda París
un indicio de mi mal.
Cielos, ¿esto permitís?
Vos lince, sol celestial,
¿cómo una fiera encubrís?
¿Cómo puede una mujer
tan vil hallar vuestro amparo?

CLAUDIO. Las postas dejaste ayer
¿y hoy quieres saber tan claro
lo que al sol le puede ser?
No te fatigues ansí,
que el tiempo descubrirá
lo que pretendes.

MARCELO. Si aquí
la fiera Lucrecia está
no es bien que sepa de mí.
Será, Claudio, buen acuerdo
que a un astrólogo consulte.

CLAUDIO. Nunca los consulta el cuerdo.

MARCELO. ¿Qué mal habrá que resulte
después del honor que pierdo?

CLAUDIO. Decir que está en un lugar
tan lejos y ser mentira,
que nos haga caminar
dos mil leguas.

MARCELO. Claudio, mira
que algo suelen acertar.

CLAUDIO. Todo es a tiento ¡por Dios!,
porque pocos o ninguno
saben la ciencia.

MARCELO. ¡Oh, si vos,
Cielo, dijésedes uno
que nos mostrase a los dos!
Aquí hay correos de España;
amigos en ella tengo;
mucho que sepan me daña
que vivo mientras no vengo
mi honor con alguna hazaña.
Escribe que muerto soy
a la corte y a Toledo,
y aun a Sevilla.
CLAUDIO. Yo voy,
que desde entonces con miedo
de que lo sepan estoy.
Mas no sé los nombres bien.
MARCELO. Escribe a los conocidos
para que las nuevas den
y muera yo en sus oídos
mientras sin honra me ven.

*(Vanse, y salen* DON JORGE *y* LISARDO, *de noche.)*

D. JORGE. Mil recados me ha traído.
LISARDO. Venturas tiene el Amor
como las Indias.
D. JORGE. Yo he sido
el perulero mejor
que ha su plata enriquecido.
LISARDO. Harta debe de costarte,
que siempre los alcahuetes
se llevan la mayor parte
si acaso no la prometes
para después de casarte.
D. JORGE. Este mancebo que a mí
me trae estos recados
por amor me sirve.
LISARDO. Ansí
desdichado fuí en criados;
siempre dinero les di.
D. JORGE. Quiéreme éste que me adora.
LISARDO. La causa debe de ser
ver que os quiere su señora;
mas para andar a placer
mucho el dinero enamora.
D. JORGE. Esta noche me ha mandado
Leonarda que a hablarla venga.
LISARDO. ¿Quién os lo ha dicho?
D. JORGE. El criado;
y así será bien que tenga
solicitud y cuidado.
LISARDO. Pues ¿por dónde os ha de hablar?
D. JORGE. No sé más de que he venido
donde me manda esperar.
LISARDO. Abrir la puerta he sentido.
D. JORGE. Y yo el sentido cerrar.

*(Sale* ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Es don Jorge?
D. JORGE. El mismo soy.
ANTONIO. ¿Venís solo?
D. JORGE. Y un amigo.
ANTONIO. Echalde.
D. JORGE. ¿Lisardo?
LISARDO. Estoy
a punto.
D. JORGE. Que os vais os digo.
LISARDO. Si allá os entráis yo me voy,
que sólo puedo tener
envidia. (No hay que fiar
en condición de mujer.)

*(Vase.)*

ANTONIO. A Leonarda habéis de hablar,
mas de esta suerte ha de ser:
que habéis de estar escondido
hasta que duerma y sosiegue
Vasco.
D. JORGE. ¿Adónde?
ANTONIO. He temido
que a mi aposento no llegue
algún estorbo atrevido,
y no siento otro lugar
si no es la caballeriza.
Vos habéis de perdonar.
D. JORGE. El nombre me escandaliza
más que el lugar ni el entrar;
mas pues no puede ser menos...
¿Por dónde van?
ANTONIO. A esta mano.
D. JORGE. Esto han hecho otros tan buenos.
ANTONIO. Y no pienso que entra en vano,
que están los pesebres llenos.—
Bien se piensa el majadero
que le quiere hablar Leonarda;
hablarále el sol primero,
que esta es venganza gallarda
de agravios de su dinero.
Hombre que a tanto recado
sólo un escudo no ha dado,
como caballo ha de estar
toda la noche, sin dar
en el alcacer bocado.

*(Sale* LEONARDA.)

LEONARDA. ¿Qué es esto, Antonio, que dicen
casi todos los vecinos
de que ha venido mi hermano?

ANTONIO. ¿Don Juan, mi señor, venido?
LEONARDA. Que está en la Huerta del Rey
dicen muchos, que le han visto
acompañando una dama.
ANTONIO. ¿Dama?
LEONARDA. Y de rostro divino,
aunque extranjera en el traje;
y que a Zorrilla su hijo,
del escudero de casa,
vieron que ataba a un aliso,
mientras ellos descansaban,
dos rocines de camino.
¿Cómo sabré si es verdad?
ANTONIO. De que es mentira te aviso,
porque son las once ya
y alguien hubiera venido;
porque no se han de quedar
entre azucenas y mirtos,
como suelen los amantes
de los pastoriles libros.
LEONARDA. También puede ser que aguarde,
por excusar el ruído
y llegar con más secreto.

(*Sale* JULIA.)

JULIA. ¡Albricias, albricias pido!
LEONARDA. Ya sé que mi hermano viene.
JULIA. Sí; mas no sabes que vino.
LEONARDA. ¿Que vino?
JULIA. Aquí está Zorrilla.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. Aquí estoy, a tu servicio.
Dame esos pies reverendos,
que de manos no soy digno.
LEONARDA. Mil veces vengas con bien.

(*Sale* DON JUAN, *y de la mano a* LUCRECIA.)

D. JUAN. Todos, hermana, venimos.
LEONARDA. ¡Hermano don Juan!
D. JUAN. ¡Leonarda!
LEONARDA. ¿Qué es lo que a tu lado miro?
¿Vienes casado?
D. JUAN. ¡Ojalá
tan dichoso hubiera sido!
Abrazad a esta señora,
porque es prenda de un amigo
que tendréis presto por huésped.
LUCRECIA. El encogimiento mío
perdone vusiñoría.
JULIA. (¿Vusiñoría le dijo?
ZORRILLA. Hablan en Italia así,
porque son muy comedidos.)
LEONARDA. Mi madre, yo y esta casa
estamos para serviros.
ZORRILLA. Antonio, ¿dónde pondremos
cierto rucio y un morcillo?
ANTONIO. En esa caballeriza.
ZORRILLA. Julia, una vela.
JULIA. ¡Oh, qué lindo!
Átelos a tiento agora.
D. JUAN. Leonarda, los dos venimos
cansados. ¿Qué es de mi madre?
LEONARDA. Yo quiero verla contigo
y gozar parte con ella
de tan justo regocijo.
¿Cómo se llama esta dama?
LUCRECIA. Lucrecia, a vuestro servicio.
LEONARDA. Pues deme vuseñoría
la mano.
LUCRECIA. El Cielo bendigo
que tal hermosura os dió.
LEONARDA. Por vos estaba bien dicho.

(*Vanse.*)

ANTONIO. ¡Gallarda mujer!
JULIA. ¡Notable!
ANTONIO. ¿Qué encanto es éste?
JULIA. Adivino
que se ha casado en Italia.
ANTONIO. Y yo sospecho lo mismo.
Voy a saber si es verdad.

(*Vase.*)

JULIA. Yo menos bien imagino,
porque pienso que es su dama.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. ¿Esta es casa o laberinto?
JULIA. ¿Qué tenemos, que ya en casa
contigo ha de haber ruído?
¡Pues es verdad que me abraza!
ZORRILLA. Julia, en habiéndote visto
sola, te hubiera abrazado;
mas salgo ¡por Dios bendito!
fuera de mí.
JULIA. ¿Por qué causa?
ZORRILLA. Entré a tiento por el sitio
de vuestra caballeriza,
y con miedo de algún tiro
del zaino o del alazán,
que curaba en tiempo antiguo,
"¡Jo! ¡Jo!" comienzo a decir,
y apenas "¡Jo! ¡Jo!" les digo,
cuando una voz me responde
desde un rincón no muy limpio:

"Aquí estoy. ¿Es hora ya?
Don Jorge soy; llega, amigo."
Si a "¡Jo! ¡Jo!" responde Jorge,
que me declares te digo
quién enseña a hablar caballos.

JULIA. Sería acaso el relincho.

ZORRILLA. ¡Oh, qué lindo! En voz humana
digo que Jorge me dijo.

JULIA. Diciendo "¡Jo!" pudo el eco
responderte en lo vacío
de los pesebres. Mas deja
esos locos desatinos
y dame tus brazos.

ZORRILLA. Julia,
cuanto a brazos no replico,
que yo soy el bienvenuto,
y harto deseo he traído
de hablarte con señoría;
mas cuanto al eco, te digo
que he de entrar a ver lo que es.

JULIA. Alguna desdicha ha sido,
porque nombrarte a don Jorge
es eco de algún delito.
Ven conmigo, que primero
te diré cierto martirio
de un Narciso de mi ama.

ZORRILLA. Pues ¿hay caballos Narcisos?

JULIA. Como esos caballos, hablan
y presumen que son lindos.

ZORRILLA. Pues, Julia, freno al caballo
y albarda y palo al pollino.

## ACTO TERCERO

(Salen Don Jorge y Lisardo.)

LISARDO. Vos sólo en esta ocasión
sois peregrino en Toledo.

D. JORGE. Fuíme a Madrid con el miedo
de aquella loca afición,
donde todos mis sentidos
detuvo su variedad.

LISARDO. Suspende la novedad
los ojos y los oídos,
y no poco lo estuvieran
si os quedárades aquí.

D. JORGE. Sospecho que para mí
de mayor tormento fueran.

LISARDO. Ha hecho a su ginovesa
notables fiestas don Juan,
que los amigos están
codiciosos de la empresa.
Que dicen que es casamiento
noble y con dote excesivo;
yo os aseguro que vivo
con el mismo pensamiento,
que es en extremo gallarda.

D. JORGE. ¿Casamiento? Si don Juan
se tiene por su galán.

LISARDO. Eso a ninguno acobarda;
porque si su dama fuera
no la hubiera festejado
con tan público cuidado
ni tales fiestas le hiciera.
Hubo sortija en su calle,
y la visitan sin miedo
las señoras que en Toledo
tienen nobleza y buen talle.
Ha habido un sarao bizarro
de damas y caballeros;
representóle Cisneros
seis comedias de Navarro.
En fin, es la ginovesa
celebrada en la ciudad,
o ya por la novedad,
o ya por la rica empresa.

D. JORGE. ¿Qué causa a don Juan pudiera
mover sino afición sola?

LISARDO. Ser cortesía española
de una señora extranjera;
que ya sabéis que en España
estiman los extranjeros.
Hoy habéis de entreteneros,
si la fama no me engaña,
que dicen que hay grande fiesta.

D. JORGE. No me atrevo a entrar allá,
que aun aquí me tiembla ya
toda el alma descompuesta.

LISARDO. ¿Es amor?

D. JORGE. Vergüenza es.

LISARDO. ¿De qué?

D. JORGE. Si he de hablar con vos
como con deudo ¡por Dios!,
que os ha de pesar después.
Escribí ciertos papeles
a Leonarda, y respondió
con un tercero, a quien dió
palabras menos crueles.
La noche que me dejastes,
cuando ella hablarme quería,
quiso la ignorancia mía,
que tan mal aconsejastes,
que aguardase a que saliese
en esa caballeriza.

LISARDO. Si Amor vuestro fuego atiza,
de que haya paja no os pese.

D. JORGE. No serían las diez dadas
cuando su hermano llegó,
que, en sintiéndole, vi yo
mis desdichas declaradas.
Y sin mirar que bastaba
lo que de pulgas sufrí,
terrero de mozo fuí
cada vez que alguno entraba.
Porque el vino de las ventas
todo sobre mí llovía
en un rincón que tenía
dispuesto a iguales afrentas.
Y en esta tormenta brava
diciendo un lacayo "¡Jo!",
que era Jorge pensé yo,
y respondí que allí estaba.
Éste, espantado de ver
que hablase un caballo amante,
fué por luz; yo, en el instante,
busqué donde me esconder;
y, en fin, hallando un pajar,
pasé en él toda la noche,
hasta que el mozo del coche
la vino al alba a sacar,
donde, echándola en su harnero
el rostro me descubrió.
Dió voces: "¡Ladrones!" Yo
salto del pajar ligero,
y no paro hasta la calle
y hasta mi casa cubierto
de paja y pulgas, tan cierto
de que el alba no lo calle,
que tuve por más ventajas
ausentarme de temor,
que Amor es mal pagador
y basta en pulgas y pajas.

LISARDO. ¿Esa tormenta pasastes?

D. JORGE. Esa tormenta pasé;
tanto, que con miedo entré
y porque vos me forzastes.
Vámonos ¡por vida mía!,
que tiemblo en ver esta casa.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. Todo llega y todo pasa,
toda esta vida es un día.

LISARDO. ¿Podremos acaso entrar
a visitar a Lucrecia?

ZORRILLA. Es presto, aunque no es tan necia
que gaste mucho en llorar.

LISARDO. ¿Cómo llorar?

ZORRILLA. ¿Por ventura
pensáis que hay fiestas acá?

LISARDO. Luego ¿no?

ZORRILLA. Pasaron ya,
que la mayor poco dura.
Todo se ha trocado en pena.

LISARDO. ¿Por qué razón?

ZORRILLA. Es muy cierto
que el señor Marcelo es muerto.

LISARDO. Pienso que está muy ajena
de saber quién es Marcelo
la ciudad.

ZORRILLA. Es su marido
de Lucrecia.

LISARDO. No he sabido
que era casada.

ZORRILLA. Recelo
que se les da poco o nada,
que ha mandado mi señor
que no haya luto.

LISARDO. Es mejor,
pues no saben que es casada.

ZORRILLA. No lo entiendo de esa suerte;
que estos dones de Pelayo,
por no vestir un lacayo,
se tragaran una muerte;
aunque pienso que muy presto
Lucrecia se ha de casar.

D. JORGE. Lisardo, si he de aguardar
no ha de ser en este puesto;
allá fuera me hallaréis.

LISARDO. Mucho tengo que os contar.

D. JORGE. Aquí no.

LISARDO. Si habéis de entrar
a casarme ¿qué teméis?

D. JORGE. Tercero hallaréis mejor.

LISARDO. Leonarda es quitapesares.

D. JORGE. Sí; mas pulgas y pajares
me quitaron el amor.

(*Vanse.*)

ZORRILLA.

Ciudad, yo me ausenté, que no debiera,
de tu Zocodover a las Italias;
dejé mil ninfas fregatrices alias,
hermosas Venus de mi quinta esfera.
Volví roto de calzas y de cuera,
y hallé, con tantos ámbares y algalias,
las qûe eran estameñas y sandalias,
que cómo vaca a falta de ternera.
Julia quedó llorando en esta casa.

Salióme a acompañar hasta la puente;
mas lo que masa fué ya es argamasa.
No hay que fiar de animal que llora y miente,
que como el humo por el aire pasa,
así por la mujer el hombre ausente.

*(Sale un Escudero.)*

ESCUDERO. ¿Qué haces aquí sin ver
lo que me ofende tu vista?
ZORRILLA. ¡Lindo alivio a letra vista!
ESCUDERO. Demonio debes de ser.
¿No te dije que a la sala
no subas?
ZORRILLA. ¿Por qué razón?
ESCUDERO. Baja luego, picarón,
allá, al zaguán, noramala.
ZORRILLA. Aquí puedo estar, que soy
vuestro hijo.
ESCUDERO. A Dios pluguiera
que antes un áspid lo fuera.
Vete al zaguán.
ZORRILLA. Ya me voy.
ESCUDERO. Vete a almohazar, picaño,
las bestias.
ZORRILLA. Iréme, espere.
ESCUDERO. ¡Que éste deshonrarme quiere!
¡Yo le haré matar!
ZORRILLA. ¡Mal año!
ESCUDERO. Un traidor que era estudiante
y por írseme a la guerra
vuelve lacayo a su tierra
y en hábito semejante,
¿qué merece?
ZORRILLA. Si mi estrella
a las armas me inclinó,
¿para qué he de estudiar yo?
ESCUDERO. ¡Qué bien mi honor atropella!
ZORRILLA. ¿Sois vos más que un escudero,
que ayer fuistes oficial?
ESCUDERO. ¿Y no habrá algún principal
que lo haya sido primero?
La virtud enseña al bien.
De fama, rentas y nombres,
las letras hacen los hombres.
ZORRILLA. Y los caballos también.
ESCUDERO. Verle loco me lastima.
¡Oh, nunca se fuera a Flandes!
ZORRILLA. Pues ¿no los hacen más grandes
cuando los llevan encima?
ESCUDERO. ¡Qué desiguales el Cielo
los ingenios repartió!
ZORRILLA. Antes, padre, pienso yo
que los dió iguales al suelo.
Veo mil hombres quejar
que el Cielo no les ha dado
hacienda, nobleza, estado,
ventura en tierra o en mar;
pero no he visto hombre alguno,
padre, que no esté contento
de su mismo entendimiento
sin que se queje ninguno.
Preguntad a un mentecato
lo que sabe su vecino,
y dirá que es hombre indino
y de una bestia retrato.
No hay quien no piense que sabe
más que cuantos Dios crió.
ESCUDERO. Pues maravíllome yo
de que alguno los alabe.
ZORRILLA. Padre, no os maravilléis,
que haberme maravillado
alguna ocasión ha dado
de hablar mal a más de seis.
Pero es escarbar ceniza
donde aún calor no se siente,
que el hablar generalmente
a nadie singulariza.
Perdón pido con decir
que es cosa muy desigual
querer un hombre hablar mal
y no le querer oir.
ESCUDERO. Vete abajo, majadero,
y en tu vida más...
ZORRILLA. Yo os doy
la palabra.

*(Vanse, y salen Leonarda y Lucrecia.)*

LUCRECIA. ¡Triste estoy!
LEONARDA. Pues consolarte no quiero,
sino reñirte.
LUCRECIA. ¿Por qué?
LEONARDA. Porque no ha de dar dolor
muerte de un hombre traidor,
sin honra, lealtad y fe.
LUCRECIA. En fin, era mi marido,
y estimara que quisiera
don Juan que conforme fuera
a mi estado mi vestido;
no quiere que ponga el luto
que celebra estos pesares.
LEONARDA. Por no cubrir los altares
de amor, ofrenda y tributo,
y porque dice que basta
lo que has estado viuda,

sin que en tu honor haya duda,
más que en Penélope casta.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. Dos caballos han llegado
con un esportillo aquí.
ESCUDERO. ¿Quién te ha hecho paje a ti?
ZORRILLA. Es del caballo el recado.
LEONARDA. ¿Caballos con esportillo?
ZORRILLA. Llamo al coche de este modo,
cuando es zarandajas todo,
blanco, verde y amarillo.
¿Un esportillo no viene
de la plaza y de él se saca
tocino, carnero y vaca,
y hasta nabo y berza tiene?
Pues coches hay de esta traza.
Una gorda viene aquí
tan vaca, que para mí,
no hay en el mundo mostaza;
viene una descolorida
como tocino de ijada,
y otra en berza transformada,
toda de verde vestida;
y de dos dueñas también
no falta nabo zocato;
mira si es propio el retrato.
LUCRECIA. Mal fuego te queme, amén.
Ellas me buscan a mí.
Dame licencia.
LEONARDA. Ha de ser
con que no llores.
LUCRECIA. ¿Placer
querrás que les muestre?
LEONARDA. Sí.

(*Vase* LUCRECIA.)

ESCUDERO. Salte, bestia, de la sala,
que don Juan, mi señor, viene.
ZORRILLA. Quien tan viejo padre tiene,
que se vaya noramala.

(*Sale* DON JUAN.)

DON JUAN.

Quisiera hablarte sola.

LEONARDA.

En esa puerta
os poned, sin dejar entrar a nadie.—
¿Qué tenemos de amor?

DON JUAN.

Que pierdo el seso.

LEONARDA.

Mas ¿que sé lo que quieres y a qué vienes?

DON JUAN.

¿Mas que dirás que trato de casarme,
pues muerto su marido de Lucrecia,
hizo fin la española cortesía?

LEONARDA.

¿Temes que yo te riña?

DON JUAN.

¿No pudieras?

LEONARDA.

No, porque quiero como tú a Lucrecia
y de su entendimiento estoy cautiva.
Cásate y deja de morir amando,
pues es mujer tan noble y virtuosa.

DON JUAN.

¡Ay, Dios, y quién pudiera!

LEONARDA.

Pues ¿qué temes?

DON JUAN.

El no saber si su marido noble
la mataba culpada o inocente,
y tengo para mí que fué culpada.

LEONARDA.

¿Por qué, si ha sido ejemplo de mujeres?

DON JUAN.

Tras una gran desgracia fué forzoso,
y en tierra extraña, donde sólo tiene
la virtud por defensa.

LEONARDA.

Nunca creas
que la mujer que tuvo estos principios
tanto tiempo encubriera su flaqueza.
Pocas he visto yo; pero esto basta.

DON JUAN.

Yo temo que Lucrecia no fué casta.
Por esto, por mi madre, por Toledo,
por mis deudos, por ti, por Silva noble,
he tratado, Leonarda, mi remedio.

LEONARDA.

¿Es monasterio?

DON JUAN.

No, porque he pensado
mayor desasosiego.

LEONARDA.

Pues ¿qué ha sido?

DON JUAN.

A Madrid escribí que me buscase
Fabricio un caballero de Cicilia,
amigo mío y camarada en Flandes,
algún hidalgo honrado y extranjero
que se casase con aquesta dama;
y, por que veas a lo que ha llegado
la cortesía de español y Silva,
he prometido veinte mil ducados
de dote, siendo noble y caballero.
La carta apenas allegó a sus manos,
cuando en las mías la respuesta tengo,
y dice que con él en su posada
un caballero ginovés, como ella,
y viudo también, vive en efeto.
Le escribí las vistas concertando,
y hoy le espero a las vistas.

LEONARDA.

¿Estás loco?

DON JUAN.

Por cortés español, todo esto es poco.

LEONARDA.

Apenas tienes veinte mil ducados.

DON JUAN.

Adoro esta mujer; doile mi hacienda,
y, en casándola aquí, me parto a Flandes.

LEONARDA.

¡Hermosa necedad!

DON JUAN.

Hónrese España
y sepa Italia tanta cortesía.

(*Sale el* ESCUDERO.)

ESCUDERO.

No he podido excusar el perturbaros,
que un hidalgo extranjero y su criado
se apean de dos postas y me dicen
que de Fabricio traen unas cartas.

DON JUAN.

Éste es el novio.

LEONARDA.

Buena priesa es ésta.

DON JUAN.

No hay campana sonora como el oro.—
¿Qué talle?

ESCUDERO.

Muy buen talle, aunque pequeño;
blanco, y rojo, y gala.

DON JUAN.

¿Mozo?

ESCUDERO.

Muy mozo;
las piernas no le he visto con las botas;
mas con ellas parecen muy bien hechas.

DON JUAN.

Di que entre.—Tú, entre tanto, hermana mía,
llama a Lucrecia sin decirle nada.

LEONARDA.

Yo voy, aunque en extremo alborozada.

(*Vase, y salen* MARCELO *y* CLAUDIO, *muy bravos, de camino.*)

MARCELO. Alargue vuesa merced
sus manos.
D. JUAN. ¡Jesús, señor,
tanta merced y favor!
MARCELO. Vos me habéis de hacer merced.
Esta carta es de Fabricio.
D. JUAN. Pues sentaos mientras la leo.
MARCELO. Leed primero.
D. JUAN. (Yo creo
que he de perder el juicio.
Celos el novio me ha dado
sólo en verle tan galán.
Quiero leer.) "A don Juan
de Silva."
MARCELO. (Español honrado.
CLAUDIO. Y de buen talle ¡por Dios!
MARCELO. Ten cuenta, Claudio, en los nombres.
CLAUDIO. Si los yerro no te asombres.
MARCELO. Perderémonos los dos.
Ya sabes cómo he trocado
El Marcelo en Florián.)
D. JUAN. (Galán novio, y tan galán,
que por mirarle de un lado
apenas la carta leo.
Celoso estoy.)
MARCELO. (Tú en Otavio
mudaste el Claudio.
CLAUDIO. Es agravio
tanto advertirme.
MARCELO. Deseo
que no erremos.
CLAUDIO. No erraremos,
pues estos nombres usamos

después que en España estamos.
Pero a mucho nos ponemos
si te atreves a casarte
si acaso Lucrecia es viva.

MARCELO. Cuando esta nueva reciba
del cuerpo el alma se aparte.
Yo las tuve de su muerte;
esto basta, no te asombre.)

D. JUAN. (Temo que el ser gentilhombre
nuestra boda desconcierte;
que en estos locos desvelos,
por que el amor no me abrase,
busco quien con ella case,
pero no quien me dé celos;
que estoy de suerte afligido,
celoso y enamorado,
que él puede ser el casado,
pero yo el arrepentido.)
La carta he visto, y os doy
los brazos.

MARCELO. Bésoos los pies.
¿Sabéis ya quién soy?

D. JUAN. No es
tanto como viendo estoy
lo que de vos me han escrito.

MARCELO. Deseo en obras mostrar
lo que no podré pagar,
y que pagar solicito.

D. JUAN. Esta carta dice aquí
que es Florián vuestro nombre,
que sois allá gentilhombre
y aquí me parece a mí.

MARCELO. Gentilhombre es caballero
en mi tierra.

D. JUAN. Aquí gentil
de cuerpo; y tenéis tres mil
escudos de renta.

MARCELO. Espero
otra herencia, en que serán
más de cinco mil muy presto.

D. JUAN. A serviros me ha dispuesto
veros, señor Florián,
más que la carta y la renta.
¿A qué venistes a España?

MARCELO. Por una fortuna extraña,
de que pienso daros cuenta.

(*Sale el* ESCUDERO, LEONARDA *y* LUCRECIA, JULIA *y* ANTONIO.)

Mas ¿quién es y cómo está
aquesta señora aquí?

D. JUAN. Ella, pues viene por mí,
pienso que os responderá.
Esta primera es mi hermana;
el que viene por bracero,
un viejo antiguo escudero.
de este muro barbacana;
el que trae de la mano
a la casta en obra y nombre,
es Antonio, un gentilhombre
de mi casa...

MARCELO. (No era en vano
mi sospecha.)

D. JUAN. La que viene
con ellas es su criada.

MARCELO. ¡Linda persona!

D. JUAN. ¡Extremada!
Y eso es lo menos que tiene,
que es divino entendimiento
el suyo.

MARCELO. Dadme esos pies.
Mas temo que digan que es...
(Cielos, ¿qué es esto que siento?)
la primera necedad,
que este refrán castellano
también es italiano.

LEONARDA. ¡Jesús, señor, levantad!

LUCRECIA. Mal hizo vuesa merced
en no haberme avisado.
(¡Cielos, mi muerte ha llegado!)

D. JUAN. ¿Hola? Sillas nos traed.

ESCUDERO. Aquí las sillas están.

D. JUAN. Sentaos.

MARCELO. Hay tanto que ver,
que en pie fuera menester,
o de rodillas, don Juan.

D. JUAN. Sentaos aquí ¡por mi vida!,
que ya toman almohadas.

LUCRECIA. (¡Tristes fortunas pasadas!
¿no es aquéste mi homicida?
¿No es éste el traidor Marcelo?)

CLAUDIO. (Señor, ¿no es esta Lucrecia?

MARCELO. Calla, que nunca desprecia
la justa inocencia el Cielo.
Llegado habemos a ver
lo que jamás parecía.
¿Posible tanto encubría
mi desdicha esta mujer?)

LEONARDA. Lucrecia, viendo mi hermano
que ya tu marido es muerto,
y, teniendo por tan cierto
que fué de tu honor tirano,
y lo intentó de tu vida;
para más demonstración
de su cortés afición,

de tu virtud merecida,
para tu dote ha ofrecido
veinte mil escudos hoy,
y yo en joyas mil te doy.
Pobre soy, licencia pido
a mi madre. Ya mi hermano
escribió a Madrid su intento,
y a tan noble casamiento,
tal virtud, dote tan llano,
se ofrece este caballero,
que es, como tú, ginovés.

LUCRECIA. Después de besar tus pies,
y los de don Juan primero,
Silva de tanto valor,
que no hay en ella sin fama
un árbol, sin virtud rama,
sin fruto planta ni flor,
digo que, aunque me ha pensado
honrar y favorecer,
mi crédito viene a ser
en su virtud agraviado;
que ha muy poco que murió
mi marido, y aunque fué
sin honra, lealtad y fe,
pues que matarme mandó,
con testimonio tan fiero
debo, por honor siquiera...

D. JUAN. No prosigas; oye, espera.

LUCRECIA. Que me place; oigo y espero.

D. JUAN. Si hubiera sido tu esposo
un hombre honrado y leal,
como noble y principal,
bien nacido y generoso,
fuera a su muerte el respeto
debido; pero a un villano
que por caso tan liviano
mandó matarte, en efeto
[illegible]
tu vida en lutos injustos.

MARCELO. Si le dió tantos disgustos,
bien es que luego se case.
Pero ¿quién fué aquel ingrato
que de ese término usó?

LUCRECIA. Un hombre que pienso yo
que es vuestro mismo retrato;
el cual, a un criado suyo,
mandó matarme inocente.

MARCELO. (¿Qué es esto, Claudio?

CLAUDIO. Esta gente
sale al pensamiento tuyo
y [illegible]ar.
y ella, que te ha conocido,
con este enredo fingido
se procura disculpar.

MARCELO. Dices bien.) Con mil razones
de vuestro esposo os quejáis,
como tan ciertas sepáis
sus maldades y traiciones.
Mas ¿cómo os mandó matar?

LUCRECIA. Por casar con otra, a quien
quiso por extremo bien;
y es tan fácil de casar,
que, no hallando ya en su tierra
quien no le conozca, engaña
a las mujeres de España;
pero en engañarlas yerra,
porque si en España son
corteses con los amigos,
dan espantosos castigos
a quien les hace traición.

MARCELO. Mucho me habéis alterado.

LUCRECIA. Yo sé que vos me entendéis,
y aun el ángel que traéis,
para lo que digo, al lado.

MARCELO. En Génova oí decir
que una dama ¡quiera Dios
que no se diga por vos...!

LUCRECIA. No habléis si habéis de mentir;
que aún tengo aqui los testigos
de mi inocencia y verdad.

Sale Zorrilla

ZORRILLA. A ver mi señora entrad,
hijos, y deudos, y amigos,
que le ha dado un acidente,
de que muriendo se queda.

D. JUAN. Corre, Leonarda.

LEONARDA. Aunque pueda
remediarlo fácilmente,
tu presencia importa más,
por lo que te quiere bien.

D. JUAN. Bien dices; conmigo ven.—
Tú espera aquí donde estás.

[illegible]

MARCELO. Algún ángel ha llevado,
ingrata y fiera Lucrecia,
de aquí tu galán cobarde,
para que en mis manos mueras.—
Ponte en esas puertas, Claudio.

CLAUDIO. Aquí te aguardo a la puerta.

LUCRECIA. ¿Piensas, villano Marcelo,
desleal Marcelo, piensas
con los fieros y la daga

y con las palabras fieras
poner temor a quien tiene
las armas de su inocencia,
sabiendo que no hay aceros
para una mujer que es buena?

MARCELO. ¿Buena tú?

LUCRECIA. Mejor que tú,
que enviaste de la aldea
por mí con Claudio y mandaste
que me matase en la selva
para casarte con quien
te había hecho ofensas ciertas.
Pero de la selva un Silva
me libró, para que veas
que hay armas para las almas
y Silvas para las selvas.
Tú, como a Dios y a los hombres
has perdido la vergüenza,
sobre dos veces casado
quieres probar la tercera.
España no es Berbería
ni su libertad Ginebra.
Envaina la daga y mira
que soy cristiana y Lucrecia,
que no dar voces aquí
para que muerte te dieran,
es respetar en tu nombre
la bendición de la Iglesia;
que si no, con estas manos...

MARCELO. Loca, ¿piensas que esta tierra
ni esta casa pondrán miedo
a quien de quien es se precia?
Yo supe que este don Juan
fué dueño de tus flaquezas,
y que, cansado de ti,
para volverse a la guerra,
te deja con este dote.
Y vine para que entiendas
que a Génova has de volver,
donde, desde sus galeras,
te he de arrojar en la mar.

LUCRECIA. Cuando tú fueras ballena
para recebirme en ti,
yo seré entonces profeta.

MARCELO. La comparación me agrada,
porque, por tu inobediencia,
te han de sepultar los peces.
Ea, tu partida apresta,
que te he de sacar de aquí.

LUCRECIA. ¿Estás loco?

MARCELO. Suelta, suelta
la daga.

LUCRECIA. ¿Nadie me ayuda?

*(Sale DON JUAN.)*

D. JUAN. Fué desmayo. Mejor queda.—
¿Qué es esto?

LUCRECIA. En Italia usamos,
cuando quieren darse prendas
dos de que se han de casar,
partir un listón de seda.
Éstas que de mi tocado
de nácar y verde cuelgan,
queríamos dividir,
por eso estoy descompuesta.
Yo tenía los listones,
y, aunque me ha dado vergüenza,
y la daga aqueste hidalgo,
éste doy y éste me queda.

D. JUAN. ¿Pues tan presto os concertastes?

MARCELO. La patria presto concierta.

D. JUAN. ¿Los terceros excusastes?
Para bien, señores, sea.
Luego que te vi tan brava
con este hidalgo que hoy llega,
vi que había de agradarte;
tales son las más Lucrecias.
Venid, que mi madre os llama,
y vos prestaréis paciencia,
que habéis de ser nuestro huésped
mientras esto se concierta.

MARCELO. Yo os tengo de obedecer.

D. JUAN. Vamos.

LUCRECIA. (De temor voy muerta.)

MARCELO. (Claudio, nuestra ropa sube.)

D. JUAN. (Ya de casarla me pesa.)

*(Vanse.)*

CLAUDIO.

¿Qué es esto, que tan presto en la templanza
del mar sereno levantó las olas
de mi desdicha, y en dos horas solas,
adonde al pensamiento el agua alcanza?
No puede en la fortuna haber bonanza,
porque tiene los pies sobre dos bolas.
¡Ay, nunca a las colunas españolas
llegara con mi nave mi esperanza!
Mas yo, que estoy en la tormenta fiera
y no hay tierra en que huya, aunque resulte
de esto mi muerte, es bien que espere y muera.
No importa que mi bien se dificulte;
que, si he de llegar muerto a la ribera,
mejor será que el golfo me sepulte.

(*Sale* JULIA.)

JULIA. ¿Eres Otavio?
CLAUDIO. El lugar
lo dice y también Amor.
JULIA. La ropa de tu señor
me han mandado acomodar.
CLAUDIO. La ropa envidio.
JULIA. ¿Por qué?
CLAUDIO. Por acomodarme a mí.
JULIA. ¿Tan presto?
CLAUDIO. A tener aquí
donde acomodado esté,
con otro espacio estuviera.

(*Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. (No en vano de aquestos dos
tuve miedo. Ya ¡por Dios!
que me muero de celera.
¡Oh, Julia! A decir verdades,
no Julia, furia diré,
¿quién de vosotras no fué
amiga de novedades?
Agradóle el Gandalín
del desposado extranjero.)
JULIA. Cásase mi ama, y quiero
amores al mismo fin.
CLAUDIO. Yo me casaré contigo
si él con tu ama se casa,
pues nos quedamos en casa.
JULIA. Yo eso pido.
CLAUDIO. Yo esto digo.
JULIA. Pues la mano.
CLAUDIO. Que me place.
ZORRILLA. Por muchos años y buenos,
que no dirán, a lo menos,
que sin testigos se hace.
Casamiento de repente
parece boda en comedia,
que en un punto se remedia
por no cansar a la gente.
Pues, Julia, si te apretó
la brama del casamiento,
¿no estaba yo aquí?
CLAUDIO. ¿A qué intento
lo dice?
ZORRILLA. A quererla yo.
CLAUDIO. ¡Miente!
ZORRILLA. ¿A Zorrilla?
CLAUDIO. Y al diablo.
ZORRILLA. Confiésate, mariol.
CLAUDIO. Tente, marrano español.

(*Sale el* ESCUDERO, *metiéndoles en paz.*)

ZORRILLA. ¿Marrano? Infame vocablo.
ESCUDERO. ¡Fuera! ¿A mi hijo?
JULIA. (No quiero
que vea que por mí fué.)
CLAUDIO. Por serlo vuestro, me iré.

(*Vanse.*)

ZORRILLA. Desviaos, padre escudero,
que me ha llamado marrano.
ESCUDERO. ¿Marrano? Si lo supiera
antes que de aquí se fuera,
hiciera un hecho romano.
ZORRILLA. Padre, aquesto es, conclusión.
Julia se quiere casar,
y éste me ha querido hurtar
la conyugal bendición.
Hablad luego a mi señora,
y desposadme con ella.
ESCUDERO. ¿Con ella?
ZORRILLA. Celos de vella
se me han revestido agora
para hacerla mi mujer.
ESCUDERO. Pues ¿cómo un pobre hijodalgo?
ZORRILLA. Yo bien pienso que soy algo,
pues que tengo vida y ser.
Pero ¿qué falta le halláis?
ESCUDERO. Ser una humilde criada.
ZORRILLA. Si es criada y yo soy nada,
antes que perdéis, ganáis.
ESCUDERO. ¿Sabes quién eres?
ZORRILLA. Señor,
yo sirvo, ¿quién puedo ser?
ESCUDERO. Quiérote dar a entender
tu nacimiento y valor.
Tú eres hidalgo, y sabrás
que lo menos es Zorrilla.
ZORRILLA. Sí, porque zorra en Castilla
debe de ser mucho más.
ESCUDERO. Tú eres Malo de Molina.
ZORRILLA. Pensé que de enfermedad;
que si no es sarna, en verdad
que no hay otra, aunque ésta es fina
ESCUDERO. Tú eres Lumbrera de Atienza.
ZORRILLA. Con eso en mi aposentillo
hay tantas, que el airecillo
entra y sale sin vergüenza.
ESCUDERO. Tú eres Quirós.
ZORRILLA. ¡Qué locura!
Pensé que *kyrieleisón*.
ESCUDERO. También te llamas Montón.
ZORRILLA. Debe de ser de basura.

ESCUDERO. Tú eres Cabrera.
ZORRILLA. Adivino,
las cabreras de Buñol.
ESCUDERO. Cueto, limpio como el sol.
ZORRILLA. No, sino cuero de vino.
ESCUDERO. Tú eres Carrillo y Quijada.
ZORRILLA. Y aun mandíbula seré.
ESCUDERO. Y Salado, a buena fe.
ZORRILLA. Mas tocino o ensalada.
ESCUDERO. Tú eres Mozo.
ZORRILLA. ¿Qué fin tomo
para hacer cortes en mí?
ESCUDERO. Solís también.
ZORRILLA. Más Sofí.
ESCUDERO. Y aun Zurita.
ZORRILLA. ¿Soy Palomo?
ESCUDERO. Si vieses tu ejecutoria
llena de tantos cuarteles,
leones, tigres, lebreles...
ZORRILLA. ¡Qué espantosa pepitoria!
Padre, ¿vos tenéis dinero?
ESCUDERO. No, hijo; pasó solía.
ZORRILLA. Pues poned esa hidalguía,
si es pergamino, a un harnero,
que ya no hay más de tener.
La hidalguía os sé decir
que es cédula de pedir,
y aun a veces de alquiler.
Tened vos estos cuarteles
llenos de muchos doblones,
haced puercos los leones
y carneros los lebreles,
y veréis que sois hidalgo,
franco de necesidad,
que es la mayor libertad
de aquel que se estima en algo.
Id con Dios, que viene aquí
el novio, y quiérole hablar.
ESCUDERO. Naciste a darme pesar.
ZORRILLA. De vuestro placer nací.

(*Vase el* ESCUDERO, *y sale* MARCELO.)

MARCELO.

¡Pluguiera a Dios que nunca yo viniera,
ciudad famosa y celebrada, a verte,
pues vengo a hallar en ti mi muerte fiera
si a mi fiera mujer le doy la muerte!
Cuanto me ha dicho es fábula y quimera,
por ver si se disculpa de esta suerte.
A Claudio herido vi. ¿Qué dudo? ¡Ay, Cielos!
¿Qué quiere Amor donde hay honor y celos?
¡Triste de mí! ¿Qué haré?

ZORRILLA.

Si hablar merece
un hombre que otro tiempo fué estudiante,
con quien amar a un serafín se ofrece,
por ser también de otro sujeto amante,
sepa vuesa merced que me enloquece
Julia, como las olas inconstante,
a quien su siervo solicita agora.

MARCELO.

¿Cómo, si apenas ha que vino un hora?

ZORRILLA.

¡Qué poco se le entiende de mudanzas,
condiciones y varios pareceres,
que hay mujeres!...

MARCELO.

Bien saben mis venganzas
la varia condición de las mujeres.
Mas, tú, que tanto de tu dueño alcanzas
y su privanza en los caminos eres,
¿adónde halló esta dama ginovesa?

ZORRILLA.

De referiros la verdad me pesa.
De esta casa os salid, por que sin duda
yo sé que no os conviene el casamiento.

MARCELO.

¿Es dama suya acaso esta vïuda?

ZORRILLA.

No digo tal ni juzgo el pensamiento.
Es peligrosa la verdad desnuda;
y pues que vos tenéis entendimiento,
no os amanezca en esta casa el alba,
que no es honor comer mujer con salva.

(*Vase* ZORRILLA.)

MARCELO.

¡Ay, triste! Yo ¿qué aguardo? ¿Qué imagi-
[no?
¿Qué más clara deshonra? ¡Yo soy muerto!
¡Oh, nunca fuera a España mi camino!
Verdad me dijo Claudio; todo es cierto.
Matar esta mujer me determino.
Para una noche de éstas lo concierto.
Su aposento sabré. Daréle muerte.

(*Salen* LEONARDA *y* DON JUAN.)

DON JUAN.

Estoy, como te digo, de esta suerte.

LEONARDA.

¿Tanto has sentido que se case?

DON JUAN.

Tanto,
que me matara si lo hubiera hecho.

LEONARDA.

¡Extraños celos!

DON JUAN.

De sufrir me espanto
la viva llama que me abrasa el pecho.
Dícenme que su rostro baña en llanto
Lucrecia hermosa, y la ocasión sospecho.

LEONARDA.

¿Qué es la ocasión?

DON JUAN.

Casarla.

LEONARDA.

Pues agora
¿qué piensas?

DON JUAN.

Pienso, hermana, que me adora.

LEONARDA.

¿Yo no te aconsejé que te casaras?

DON JUAN.

Nunca pensé que tanto lo sintiera.

LEONARDA.

Y de casarte agora, ¿en qué reparas?

DON JUAN.

En que éste viene y que lo mismo espera.

LEONARDA.

Yo te daré un remedio si no paras
más que en la burla.

DON JUAN.

¡Ay, Dios, si alguna hubiera!

LEONARDA.

Si al galán ginovés casas conmigo,
Lucrecia, hermano, casará contigo.

DON JUAN.

Pues ¿tú querrás aqueste caballero?

LEONARDA.

Si te digo verdad, no le he mirado
con malos ojos.

DON JUAN.

Abrazarte quiero
en prendas de la vida que me has dado.

MARCELO.

(Lo que dicen oí. Cielos, ¿qué espero?
Mi mal está del todo declarado;
pues por quedarme en casa a darla muerte,
quiero que el casamiento se concierte.)
¿Señor don Juan?...

DON JUAN.

Hablaros quiero aparte.

MARCELO.

Y yo también a vos.

DON JUAN.

Vos sois discreto.
Sabed que amo a Lucrecia, y no soy parte
para que lo tratado tenga efeto;
a la naturaleza supla el arte
cuando en sus obras hay algún defeto.
Para que nadie mi inconstancia note,
supla mi hermana con el mismo dote.
Ésta os daré si de esto sois servido.

MARCELO.

Habéisme adivinado el pensamiento;
que desde que la vi pierdo el sentido
y de Lucrecia aun no he tenido intento.

DON JUAN.

Hermana, a mi contento ha sucedido.

LEONARDA.

Pues ¿cómo ha sucedido a tu contento?

DON JUAN.

El señor Florián te estima y quiere.

MARCELO.

Vuestro seré si tan dichoso fuere.

LEONARDA.

Si esto del Cielo estaba concertado,
no sé qué responder a mi ventura.

MARCELO.

Que soy esclavo, y que me habéis comprado
con el precio y valor de esa hermosura.

DON JUAN.

Basta que aquesto quede en este estado.

LEONARDA.

(Perdido estás.

DON JUAN.
Y con razón perdido.)

MARCELO.
(Por matar a Lucrecia lo he fingido.)

(*Vanse los dos.*)

LEONARDA. ¿Hay mujer más venturosa?
¿Hay dicha como la mía?
La que del bien desconfía
más es que cuerda envidiosa.
Quien vió aqueste caballero
ya con Lucrecia casado,
¿qué dijera? Mas ha entrado;
decirle mis dichas quiero.

(*Sale* LUCRECIA.)

Lucrecia, albricias.

LUCRECIA. ¿De qué?

LEONARDA. Ya te casas con don Juan,
porque quiere Florián
que yo la mano le dé.
Dice que aun no puso en ti,
cuando te vió, el pensamiento;
codició mi casamiento,
y pienso que adora en mí.
He tenido gran ventura,
porque me agrada en extremo.

LUCRECIA. (¡Cielos, sola el alma temo,
que sufrir tanto es locura!)

LEONARDA. Dame el parabién a mí,
y yo a ti te le daré.

LUCRECIA. (Para mal de mi bien fué.
¡Cielos, que esto pase aquí!
¡Cielos, que no haya justicia!)

LEONARDA. ¿Qué dices?

LUCRECIA. Que ya no puedo
tener respeto ni miedo,
Leonarda, en tanta malicia.

LEONARDA. ¿De quién?

LUCRECIA. Si digo de quién
oblígome a tanto mal,
que ya estuviera mortal
si hubiera esperado el bien.
¿Que ha tratado de casarse
contigo ese caballero?

LEONARDA. Firmar el concierto espero.

LUCRECIA. Y mi amor desesperarse.
¿Qué aguardo que no doy voces?
¿Qué temo? ¿Qué me acobarda?
Diréte quién es, Leonarda,
el hombre que no conoces.
Pero temo que don Juan
le mate.

LEONARDA. ¿Por qué, Lucrecia?

LUCRECIA. Porque sé lo que me precia
y que es traidor Florián.
¿Qué linaje de paciencia,
Amor loco, es éste mío?
¿A quién el vengar confío
esta agraviada inocencia?
¿Qué cabellos, qué ocasión
puede esperar mi venganza?
Esta mi loca esperanza
¿cuándo será posesión?
Que se casara en mi ausencia
pase; pero ¿aquí, en mis ojos?

LEONARDA. No entiendo aquestos enojos.

LUCRECIA. Ni yo mi injusta impaciencia.

(*Sale* CLAUDIO.)

CLAUDIO. Para la nueva escritura
que habéis de firmar, señora,
Florián os llama.

LUCRECIA. Agora
confirma mi desventura
a lo que puede llegar.—
Id, lobo disimulado,
de la cordera manchado
que empezastes a matar,
y decid a aquel villano
que mire que hay Dios.

CLAUDIO. Señora,
¿conocéisme?

LUCRECIA. Y la traidora
daga. .

CLAUDIO. Detened la mano;
que si tenéis acidentes
de locura, no es razón
poner en ejecución
intentos impertinentes.

LUCRECIA. Que estoy loca no lo niego;
pues, temiendo ajenos daños,
callo mis propios engaños
y en mar de agravios me anego.
Justicia de Dios aquí,
que un hombre quiere casarse
tres veces, sin acordarse
que vivo y que vive en mí.

LEONARDA. Lucrecia, si te ha pesado
que te quite a Florián
y aborreces a don Juan,
hubiéraste declarado.
Vuelve en ti, que la escritura
no se firmará por mí.

CLAUDIO. (Pienso que Lucrecia aquí

sólo mi muerte procura.
Ya no es tiempo de esperar.
Irme quiero de Toledo.
Pero ¿ha de faltarme enredo
con que me pueda librar?)

*(Salen el* ESCUDERO *y* DON JORGE *y* LISARDO.)

ESCUDERO. Aquí dice que esperéis,
que luego a veros saldrá.
D. JORGE. (Aquí vuestra dama está.
LISARDO. Y la que vos pretendéis.)
LEONARDA. (Dime quién es Florián.
LUCRECIA. Un traidor.
LEONARDA. ¡Extraño intento!)

*(Sale* JULIA.)

JULIA. Que le aguardéis un momento
envía a decir don Juan.
D. JORGE. El señor Lisardo y yo
le aguardaremos aquí.

*(Sale* ZORRILLA.)

ZORRILLA. (Tras Julia vengo sin mí
desde que celos me dió.
La primer cosa que tiene
un niño en naciendo es celos,
que este azote de los Cielos
de primer discurso viene.
Si ve un niño que a otro niño
regala el padre amoroso,
llora y pretende, celoso,
le muestre el mismo cariño.
Pues si en naciendo heredamos
el celar como el llorar,
bien nos puede disculpar
si cuando grandes lo estamos.
Tanto, que el hombre de bien
que no es celoso, aun del nombre,
cuando le dejen el hombre
bien pueden quitarle el bien.
Comiérame un bellacón
que ve y calla ¡oh, santos Cielos!,
a tener sal, que los celos
la sal de la honra son.)

*(Salen* DON JUAN, MARCELO *y* ANTONIO.)

ANTONIO. Aquí te están aguardando.
D. JUAN. ¿Señor don Jorge?
D. JORGE. Aquí estaba
esperando a que acabéis
para hablaros dos palabras.
D. JUAN. ¿Señor Lisardo?
LISARDO. A lo mismo
vengo.
D. JUAN. Ocupaciones tantas
no permiten cumplimientos.
LISARDO. Yo traía a vuestra hemana
un casamiento.
D. JUAN. Es merced
que debéis a vuestra casa.
¿Quién es?
LISARDO. El señor don Jorge.
D. JORGE. Y yo a Lucrecia, esta dama
tan celebrada en Toledo,
otro que en valor la iguala.
D. JUAN. ¿Quién es?
D. JORGE. El señor Lisardo.
D. JUAN. Los dos pudieran honrarlas,
y fuera ventura mía;
mas ya están las dos casadas.
D. JORGE. ¿Casadas?
D. JUAN. Vuesas mercedes,
aunque testigos no faltan,
por más honrados lo sean,
de que Lucrecia se casa
conmigo, y así le pido
la mano.
LUCRECIA. Un momento aguarda
para abono de mi honor,
aunque mi inocencia es clara.
Como caballero y Silva,
como español, que esto basta,
di dónde me hallaste y cómo.
D. JUAN. En una selva o montaña,
donde, por forzarte un hombre,
te dió cuatro puñaladas.
Supe que dicho te había
que su señor lo mandaba
para casarse con otra.
LUCRECIA. ¿Es este el hombre?
D. JUAN. Fué tanta
la prisa con que él huyó,
que desconozco su cara.
LUCRECIA. Zorrilla, ¿es aqueste el hombre
a quien tu brazo y espada
hirieron por mi defensa?
ZORRILLA. Para todo tiene traza.
Él es gentil bellacón;
no le conozco, y la causa
es que, como huyó de mí,
siempre le vi las espaldas.
Mas si los que son traidores
con dos caras dicen que andan,
por la que yo le conozco
bien puede haber azotaina.

LUCRECIA. ¿En qué posesión me tienes,
don Juan?
D. JUAN. De tan noble y casta,
que por mi mujer te quiero
tan pobre y de tierra extraña.
Y para que Florián
de quien soy se satisfaga,
Leonarda le dé la mano.
LEONARDA. Yo la doy.
LUCRECIA. ¡Tente, Leonarda!
LEONARDA. ¿Por qué?
LUCRECIA. Porque
con mi marido te casas.
LEONARDA. ¿Con tu marido?
LUCRECIA. Señores,
Marcelo, por su venganza,
se ha fingido Florián
y por matarme os engaña.
Este es Claudio, no es Otavio;
aquella la misma daga
con que me dió cuatro heridas,
que, a ser justicia romana
la que me escucha, pudiera,
en defensa de mi fama,
mostrar como Escipión,
y en ocasión más honrada,
las señales en el pecho,
que aún no están del todo sanas.—
Habla, villano. ¿Qué tiemblas?
¿No es esto verdad? ¿Qué callas?
ZORRILLA. Habla, pícaro, o ¡por Dios!
que te dé cuatro mohadas.
CLAUDIO. (Callar es hablar aquí.
Justa vergüenza me ataja.)
La muerte merezco.
MARCELO. Y yo
soy quien ha de ejecutarla.
D. JUAN. Tened la espada, Marcelo;
no manchéis tan noble espada
con la sangre de un traidor.—
Vete, Claudio; vete a Italia.
ZORRILLA. ¿Cómo vete? Espera, harélo
que ande en puntos con su cara.
CLAUDIO. Palabra os doy de morirme
de vergüenza.
ZORRILLA. Mucha os falta.
D. JUAN. Dad los brazos a Lucrecia,
Marcelo.
MARCELO. Con vida y alma.
LUCRECIA. ¿Que te he de abrazar?
ZORRILLA. ¡Agora
pucheritos, Julia, gazmia?
Daca los tuyos, y aprendan
sin cheriba y risa falsa.—
Bendecidnos, padre mío.
escudero del rey Wamba,
non fagades ende al,
pena de nuestra desgracia.
ESCUDERO. Ello es fuerza, y sólo digo
que mi linaje se acaba
en ti.
ZORRILLA. Como esos linajes
han venido a ser tinajas.
D. JUAN. Mi hermana al señor don Jorge
dé la mano.
D. JORGE. ¡Dicha extraña!
ZORRILLA. A falta de buenos sois
hoy marido de mi ama.
Don Juan y Lisardo quedan.
Apostaré que se casan.
D. JUAN. Si cumplí mi obligación
por el honor de mi patria,
senado, decildo vos,
que aquí la comedia acaba
llamada, para serviros,
*La cortesía de España.*

FIN

# EL CUERDO LOCO

## COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

AL DOCTOR DON TOMAS TAMAYO DE VARGAS

---

Hablando Cicerón del filósofo Panecio en el libro IV de *Finibus,* dijo, para alabarle, que era digno de la amistad de Cipión y Lelio: *Homo quidem ingenuus, & gravis, dignus illa familiaritate Scipionis, & Lelii.* Y yo, hablando de v. m., sólo dijera que había sido digno de la familiar amistad del padre doctor Juan de Mariana; porque aquella infinidad universal de letras, graves costumbres y venerables años no admitieran menos iguales excelencias, aunque en la edad desiguales. Vi su defensa, si merece este nombre quien no ha ofendido, contra las objeciones, mejor dijera ignorancias y atrevimientos libres, a su famosa y verdadera historia; doy gracias a v. m. por tan bien empleado cuidado, y se las deben todos los que saben y que no ignoran lo que va de escribir a censurar y de enseñar a reprehender. Salió un libro de este reprehensor; fué parto ridículo y ofensivo; borróse de la memoria de las gentes, aunque ya de la de su dueño lo estaba. Con la ignorancia no hay más venganza que dejar que ella la tome de sí misma, cual sucedió al referido, a quien, faltando el poderoso muro en que se arrimaba, cayó marchito; pues ya su atrevimiento quería frisar con Alejandro, como Diógenes, y imitar las libertades de los filósofos con los Reyes. *De hoc satis?*, y porque hay tantas especies de locuras, no tan grandes, advierta v. m. que esta comedia, que le dedico, la fingí en un hombre cuerdo, cosa de que se hallará ejemplo en las Sagradas Letras, que la que por soberbia de sangre, hacienda, ciencia o lugares altos, anda en el mundo, no merece memoria, si ya no fuese para reprehenderla: no veo a los hombres doctos arrogantes, no veo a los ignorantes humildes: aquí bien se ofrecía desatar el Abecedario de los lugares comunes para v. m. cuales no lo fueran: andamos, finalmente, defendiéndonos de cartas y de objeciones. Mi *Jerusalén* padece: algunos no tienen por poema el que no sigue a Virgilio: digo yo que volver a escribir su historia sería acertado, pues no conocen que las imitaciones no son el mismo contexto, sino la alteza de las locuciones, términos y lugares felicemente escritos, las sentencias, el ornamento, propiedad y hermosura exquisita de las voces. En dos estancias latinas del libro VI dice: *Missile telo.* [illegible] un docto que no sabía cuán ordinaria [illegible] en ella mudar la e en i y la i en e, como se ve en Ovidio, en la Epístola de Paris a Elena:

*Hoc mihi non [illegible] fore, ut a coeleste sagitta*

Aquí está coeleste por coelesti. Pues ¿qué más tiene Missile? Y no hay decir que es yerro de la impresión; que no consta el verso de otra suerte. Idem in epist., ad Her.

*Hument incultae fonte perenne genae.*

Lucrecio, en el libro VI, Cupedo por Cupido.

*Et finem statuit Cupedinis, atque timoris.*

De la e en i, Ausonio, en la imagen de la ocasión:

*Occipiti calvo.*

Plauto: *Sorti sum victus.*

Varrón, en el libro V de la Lengua latina:

*In campo cum prima luci.*

Como, *Vesperi pro Vespere.*

Y en las inscripciones antiguas: *Deana* por Diana, *Dolea* por Dolía, *Genetrix, Mereto, Soledas,* por Genitrix, Merito y Solidas; *Cavias, Camina, Mircurius. Pontifix,* por Caveas, Camena, Mercurius y Pontifex, como se hallarán muchas en el índice de Sinecio. Más se espantara este lego objetador si yo hubiera hecho alguna Paragoge o adución *qua fini jungitur aliqua sillaba,* como *Dicier* por *Dici* (Horatio a Filida, Od. II.)

*Avet inmolato.* *Spargier agno.*

La razón de colocar bien una oración, dice Dionisio Alicarnaseo que se conoce *Ex aspero aut molli concursu literarum.*

Y así se ve con cuánta más elegancia está *Missile* que *Missili telo,* como se ve en su pronunciación. Esto dicen algunos por lo que oyen, que realmente aún les falta lo necesario para decirlo de su Marte propio: *Turpe vero est judicare, quc pulchra sint maiore ex turbe murmure,* como dijo el doctísimo Pedro de Valencia, en la prefación a los Himnos de Arias Montano, porque, *ex collatione, requè ipsa, non es opinione estimare, ac decernere equum est.* Con v. m. pudiera haber excusado esta digresión, pues fuera más bien empleada en su alabanza; pero tal vez se deja llevar la pluma de la ofensa propia, pues por leyes divinas y humanas parece justa, aunque donde no había que defender, como dice la ley. *Domitus: Fatua quaestio, quae non habet rationem dubitandi.* V. m. lea el cuerdo loco que ingeniosamente se hizo señor de sus enemigos con industria, en tanto que con obras más dignas de su excelente ingenio y universales letras, griegas, hebreas y latinas, en tan floridos como bien empleados celebro su ilustre nombre, si las Musas me dan favor y el cielo vida. Guarde Dios la de v. m. como deseo y merece la honra que ha hecho a esa ilustrísima ciudad en que ha nacido.—Capellán de v. m., *Lope de Vega Carpio.*

FIGURAS DE LA COMEDIA

| | |
|---|---|
| LUCINDA. | ARISTEO. |
| ANTONIO. | FILIPO. |
| PRÓSPERO. | SOLDADOS. |
| DINARDO. | GUARDAS. |
| TANCREDO. | *Un* CAPITÁN. |
| LEONIDO. | [BELARDO. |
| SULTÁN. | TIRSE. |
| TEBANDRO. | *El* MAESTRESALA. |
| ROBERTO. | *Un* PAJE. |
| FINARDO. | *Un* CABO. |
| CELIA. | MUCHACHOS. |
| ROSANIA. | *Dos* ALABARDEROS.] |

Representóla Granados.

## ACTO PRIMERO

*(Salen el* PRÍNCIPE ANTONIO, *rebozado; el* CONDE PRÓSPERO *con la espada desnuda para matarle, y* LUCINDA, *su hermana, poniéndose en medio.)*

LUCINDA. Tente, hermano.
PRÓSPERO. Aparta, infame,
o harás que primero muerta
sirva ese pecho de puerta
por quien su sangre derrame.
¿En mi casa hombre embozado
y que no se me defiende?
LUCINDA. Yo pienso que no te ofende,
y que por eso ha callado.
PRÓSPERO. Diga a lo menos quién es,
si es que te buscaba a ti.
LUCINDA. ¿A mí? ¿Por qué?
PRÓSPERO. Pues ¿a mí?
Tú misma di lo que ves.
Déjame pasar.
LUCINDA. ¡Detente!
PRÓSPERO. Muestre a lo menos la cara.
LUCINDA. Antes que mostrarla hablara
si fuera cosa decente;
pues él no se desemboza,
su secreto da a entender.
PRÓSPERO. ¡Traidora! ¿Quién puede ser
sino un hombre que te goza?
LUCINDA. Hablad, hermano, con tiento,
que yo quise ver quién era
cuando vos por la escalera
subistes de mi aposento.
Y aunque porque sois mi hermano
parte os toca de mi honor,
no es de marido el rigor,
aunque uséis de lengua y mano.
Una y otra refrenad,
que damas hay en mi casa
con quien por ventura pasa
esa ciega liviandad.
PRÓSPERO. Cuando yo quiera creer
que éste no viene por ti,
por honra de quien nací,
que fué tu madre, y mujer,
¿cómo me he de persuadir
que aquí por verte no está,
pues ni se mueve ni va
viendo que le voy a herir?
Descubra el rostro.
LUCINDA. Eso no.
PRÓSPERO. ¿Es posible que me aguarde?
O me tiene por cobarde,
o es mayor señor que yo.
LUCINDA. Debe de aguardar a ver
si pones en mí la mano.
PRÓSPERO. Hombre, sombra o viento vano,
¿qué buscas?
ANTONIO. A mi mujer.

*(Vase.)*

PRÓSPERO. ¿Es ésta?
LUCINDA. Ya se partió.
PRÓSPERO. Déjame seguirle.
LUCINDA. Espera,
no tenga gente allá fuera.
PRÓSPERO. Pues ¿qué es esto?
LUCINDA. ¡Qué sé yo!
PRÓSPERO. Pues ¿cómo dice aquel hombre
que aquí busca a su mujer,
que él debe de conocer,
y no sabes tú su nombre?
LUCINDA. Habiendo tantas mujeres
que me sirven, bien podía
ser alguna dama mía.
PRÓSPERO. ¡Ay, Lucinda, que tú eres!
LUCINDA. ¿Yo?
PRÓSPERO. Pues ¿quién?
LUCINDA. Alguna dama
de mi servicio.
PRÓSPERO. De suerte
estoy, que a darte la muerte
mi honor me provoca y llama.
Dime lo que es, enemiga,
por que remedie mi honor;
si este es hombre de valor,
su justa esperanza siga,
que yo no quiero estorbar
tu remedio.
LUCINDA. Yo, en mi vida

fuí, Conde, tan atrevida.
¿Cuándo me has visto culpar
de desenvuelta ni he dado
ocasión que me sirviese
algún hombre que te diese
celos, enojo y cuidado?

PRÓSPERO. Antes eso es contra ti;
que una mujer principal
que se sirve en general
segura vive de sí;
y pues nadie has admitido,
Lucinda, en público amor,
vive en secreto perdido.
¡Ah, desleal! ¿Aprendiste
de nuestros padres a ser
tan vil y infame mujer
que hombre humano te conquiste?
¿Hombre embozado en la puerta
de tu aposento en mi casa?

LUCINDA. Pon a las blasfemias tasa,
con que mi honor desconcierta,
o dejarla y tendré
la libertad que quisiere
donde ni tu pecho altere
ni el mío ocasión te dé.
Y si aquí viven mujeres
hermosas, no he de ser yo
a quien aquéste buscó
para que luego te alteres,
ni menos pudiera ser
cuando lo que dices fuera,
porque ni aquéste dijera
que buscaba a su mujer.

*(Salen dos* ALABARDEROS.)

ALABARD. El Príncipe, noble Conde,
os llama.

PRÓSPERO. ¿El Príncipe?

ALABARD. Sí.

PRÓSPERO. Decid que ya voy.

ALABARD. ¿Así
a su alteza se responde?
Venid luego, que ha mandado
que no fuésemos sin vos.

PRÓSPERO. ¿Y venís más que los dos?

ALABARD. Treinta a la puerta han quedado.

PRÓSPERO. ¿Para qué?

ALABARD. Para que gusta
que os acompañen.

PRÓSPERO. ¿A mí?

ALABARD. A vos.

PRÓSPERO. ¿Qué es esto?

ALABARD. Que ansi
te ha querido honrar.

PRÓSPERO. ¡Ah, injusta!
sin duda el Príncipe fué.

LUCINDA. Ya qué verás que no sea
lo que piensas.

PRÓSPERO. ¿Que no crea
quieres lo que aquí se ve?
Voy, que es fuerza, y no las tengo
contra las que tiene un Rey.
¡Ah, necesidad sin ley!

ALABARD. ¿No venís, Conde?

PRÓSPERO. Ya vengo.

*(Vase la* GUARDA *y el* CONDE.)

LUCINDA. Menos daño ha sucedido
del que tuve imaginado.
Esta Guarda que ha enviado
guarda de mi vida ha sido;
sospecho que la perdiera.
Ya el Conde entendiendo va
que un Rey de por medio está
y que ser mi esposo espera;
y cuando pierda el decoro
al Príncipe de otra suerte,
venga mil veces la muerte,
pues es la vida que adoro.

*(Vase, y entren* DINARDO, *duque de Iberia, y* ROSANIA, *madrastra del* PRÍNCIPE ANTONIO.)

DINARDO.

La ocasión nos ofrece los cabellos
para gozar de aqueste Principado;
si agora no procuras asir de ellos,
el viento romperá con vuelo airado.
Yo tengo mil amigos que por ellos
pudiera con el mundo haberme alzado,
y tú, muerto Filipo, eres, Rosania,
madrastra vil del Príncipe de Albania.

Este querrá casarse, y en trayendo
nuera a su casa, ha de querer mandarte,
y él también, tu imperio aborreciendo,
ha de querer de su palacio echarte.
El que, vivo su padre, obedeciendo
tu voluntad estuvo en toda parte,
no dudes de que muerto le parezca,
que es infamia a su honor que te obedezca.

Y cuando sólo vea por venganza
de algunas malas obras que le has hecho
mientras vivió su padre, en confianza
del grande amor que le rindió a su pecho,
agora que de Albania el cetro alcanza

se ha de poner tu vida en tanto estrecho,
que desees la muerte, si no aspiras
al verde lauro que en su frente miras.
Quítale el Principado, pues que tienes
la ocasión que te digo entre las manos;
que si a perderla por descuido vienes,
tarde se lloran pensamientos vanos.
¿Cuáles armas esperas o previenes,
si él mismo, contra turcos otomanos,
me ha hecho general de diez mil hombres,
soldados viejos y de ilustres nombres?
Estos, que viven ya por mi obediencia
y yo tengo a mi gusto sobornados,
los que, obligados con mayor violencia,
conmigo le echarán de sus Estados.
No estés remisa; advierte con prudencia
estos arbitrios en tu bien trazados.
Serás señora de ellos muerto Antonio,
y yo tu esclavo en dulce matrimonio.

ROSANIA.

Dinardo, aunque el mayor atrevimiento
nace de Amor, que a toda alevosía
suele animar, yo he visto en lo que siento
que es propia en la mujer la cobardía.
Ya he visto en tu animoso pensamiento
volar sin alas la esperanza mía;
pero la femenil piedra le oprime.

DINARDO.

No puedo yo creer que Amor no anime.
Si tú le tienes y tu daño adviertes,
¿por qué tus esperanzas desanimas
viendo tu estado en tan diversas suertes?
Pero eso nace de que no me estimas.
Yo sé que las mujeres son tan fuertes,
aunque su esfuerzo con temor reprimas,
que si a sola Semíramis contemplo,
sus hazañas me bastan por ejemplo.
El Príncipe de Albania ha dado indicios
de generosos pensamientos altos;
mira sus militares ejercicios
llenos de gloria y de experiencia faltos.
Si mudan los consejos los oficios
y a padecer comienzan sobresaltos
de madrastra, querrá mudar, no dudes,
de que esa alteza en bajo estado mudes.

ROSANIA.

Duque, ni la esperanza del Imperio,
ni el miedo de venir a humilde estado,
pasado bien, presente vituperio,
pueden más que el Amor, que me ha forzado.
Si el Principado albanio es el misterio
por donde habéis mi voluntad ganado,
y no merezco nada por mí, quiero
que gocéis lo que amáis y el bien que espero.

DINARDO.

El Cielo y sus esferas celestiales,
desacordando toda su armonía,
hagan, por triste agüero de mis males,
obscura noche el más sereno día;
sus cometas y frígidas señales
sólo se entiendan de la muerte mía;
el fuego, el mar, la tierra y fieros vientos
atropellen en mí sus elementos.
Mi honor padezca el más cruel desastre;
mi nombre en los infames se registre;
su nave un turco de mi hacienda lastre;
mis estados un bárbaro administre;
fiero caballo indómito me arrastre
cuando la lanza en la batalla enristre,
y toda aquesta máquina terrestre
para tragarme sus entrañas muestre.
Piérdase de la fama la memoria
que con los hechos que sabéis obligo;
atado al carro aumente la vitoria
del Persiano y del bárbaro enemigo;
jamás os goce, que es la mayor gloria;
muera de celos del mayor amigo,
que es de las maldiciones la más fiera,
si ha hecho cosa Dios que yo más quiera.
¿Yo Imperio más que vos? ¿Yo rey de Albania
más que a Rosania? En toda vuestra vida
me habéis de ver virrey, como en Hircania,
del fiero cazador la tigre herida.

ROSANIA.

Duque, duque Dinardo...

DINARDO.

Ya. Rosania,
de mi esperanza en vuestra fe perdida,
¿qué puedo yo querer?

ROSANIA.

Querer que os quiera.

DINARDO.

Quien quiere cree, y teme quien espera.

ROSANIA.

Influyan en mi daño las estrellas
sus aspectos, Dinardo, infortunados;
jamás los buenos, pues los hay en ellas,
miren mi honor, mi vida y mis Estados;
de Troya en las reliquias y centellas

de mi patria los muros abrasados
llore como Casandra, o con más pena,
que en las aras de Pirro, Policena.
  Falte la tierra al suelo que pisare,
falte a mi sed el agua que se ríe,
jamás el fuego en su calor me ampare,
el aire de mi aliento se desvíe,
gozar os vea, cuando yo os gozare,
de la mujer que mis secretos fíe,
que es maldición sobre las otras fiera,
si ha hecho cosa Dios que yo más quiera.
  Trazad a vuestro gusto de qué modo
podréis volver con la albanesa gente
contra vuestro gran Príncipe, que en todo
me habéis de hallar, aunque su muerte intente.

DINARDO.

No estuvo sobre Roma Atila Godo
cuando el rigor del Cielo vió presente,
como yo sobre Albania, con que agora
me ayudéis contra el Príncipe, señora.

ROSANIA.

  Cuando el ser su madrastra y ser difunto
su padre no bastara, el amor sobra.

DINARDO.

Pues, alto, yo pondré la gente a punto
y la esperanza de mi intento en obra.
O Buda se verá como Sagunto,
o su Príncipe yo.

ROSANIA.

Pues parte y cobra
estos Estados que perdí.

DINARDO.

Voy loco.

ROSANIA.

Sol te coronará, laurel es poco.

(*Vanse. Entran el* PRÍNCIPE *y el* CONDE *y la* GUARDA.)

PRÓSPERO. Téngolo a mucha merced;
mas quejaráse Dinardo.
ANTONIO. Conde, lo que os digo haced.
PRÓSPERO. Ya, señor, el alba aguardo.
ANTONIO. La gente en orden poned;
cuando el alba al campo escarche,
todo el ejército marche
y esté alojado a las once.
Suene guerra, el aire embronce
y responda guerra el parche:
no quiero que el Turco fiero
entienda que estoy ocioso
ni que en los muros le espero.
PRÓSPERO. Quedará el Duque quejoso,
que fué general primero.
Y pues ya con él salía
y al tiempo que va a salir
das a la inocencia mía
lo que no sabe fingir
y él de experiencia sabía,
¿qué dirá Albania de ti?
ANTONIO. Próspero, nunca a los reyes
se ha de responder ansí.
Si ellos derogan las leyes,
¿no es porque las hacen?
PRÓSPERO. Sí.
ANTONIO. Pues yo hice general
al Duque, y deshacer puedo
lo que hice.
PRÓSPERO. ¿Y si haces mal?
ANTONIO. Y la culpa con que quedo
vendrá a ser el daño igual.
PRÓSPERO. Es mi amigo el Duque.
ANTONIO. Sea.
Tú no me pides su oficio;
yo te le doy.
PRÓSPERO. Cuando él vea
que yo llevo su ejercicio,
no es posible que lo crea.
ANTONIO. Pensara que es cobardía,
Conde, tanto replicar.
¿Temes al Turco?
PRÓSPERO. Podía
temer que se ha de quejar
de lo que no es culpa mía.
Pero pues tú me lo mandas,
no habrá puesto el sol los pies
del Oriente en las barandas
cuando tu campo albanés
despida sus camas blandas.
Yo haré que los capitanes,
por que mi valor presumas,
más soberbios que alemanes,
den a las celadas plumas
y al aire los tafetanes.
¿Hasle dicho ya a Dinardo
que aqueste cargo le quitas?
ANTONIO. Aquí, Próspero, le aguardo.
PRÓSPERO. Dios te guarde.
ANTONIO. A Marte incitas,
Conde valiente y gallardo.—
Ya partió.—¿Guarda?
GUARDA. ¿Señor?

ANTONIO. ¿Adónde hallastes al Conde?
GUARDA. Con su hermana.
ANTONIO. (En qué rigor
me puso el amor adonde
sólo me sacara Amor.
Si Próspero porfiara
a desembozarme, creo
que la vida le quitara.
Tuvo de su honor deseo,
mas no de verme la cara.
Con este cargo, en efeto,
va el conde Próspero honrado,
y yo en público o secreto,
de su estorbo descuidado,
no quedo a nadie sujeto.
Gozaré a Lucinda bella,
con quien la mayor estrella
que acuesta y levanta el día,
no tiene luz si porfía
a mirar la suya en ella.
Sola esta madrastra fiera
me pone agora en cuidado.
Enviarla a Francia quisiera;
pero fué sujeto amado
de aquel que nunca lo fuera.
Respeto a mi padre debo.
Es, en fin, prenda que amo,
y, aunque a mi pesar lo llevo,
será, amar a quien desamo,
hecho famoso, aunque nuevo.)
¿Hola?
GUARDA. ¿Señor?
ANTONIO. ¿Qué hora es?
GUARDA. Pienso que más de las tres.
ANTONIO. A las cinco me despierte
el camarero.
SEGUNDO. ¡Hombre fuerte!
GUARDA. Es, en efeto, albanés.
SEGUNDO. ¿Qué habrá sido la ocasión
de quitar al General
con el cargo la opinión?
GUARDA. Ser el Conde al Duque igual
y estorbar su pretensión.
SEGUNDO. Pienso que matar quería
a Lucinda.
GUARDA. Orden tenía
el Capitán de matalle,
y la casa derriballe
si la casa defendía.
SEGUNDO. Halló al Príncipe con ella
hablando en un corredor;
y así, para defendella
o asegurar su temor,
al pobre Duque atropella.
GUARDA. Es el Duque muy bienquisto.
SEGUNDO. Él satisfará su ofensa
cuando haya su ofensa visto.
En lo que hemos de hacer piensa,
que va saliendo Calixto.
GUARDA. Ya el alba clara matiza
el manto blanco del cielo,
y el sol su cabello enriza
en las lágrimas del hielo
con que el campo fertiliza.
Nuestro cuarto se acabó.
Camina hacia la posada.
SEGUNDO. Ya la nueva Guarda entró.
Y de esto no digas nada.
GUARDA. Yo soy piedra.
SEGUNDO. Bronce yo.
Quien de este palacio es hiedra,
que sólo arrimado medra,
tenga los ojos dormidos,
como pared los oídos
y la lengua como piedra.

*(Vanse, y salgan cuatro o seis con arcabuces, y muchachos con ropa de bagaje.)*

PRIMERO. Pese al bando, ¿en esta armada,
que sólo tocando a leva,
se puede hacer la jornada?
SEGUNDO. Con linda priesa nos lleva,
y todo después es nada.
TERCERO. Mala Pascua te dé Dios,
que así nos sacas, amén.
CUARTO. ¿No diréis que tenga dos?
TERCERO. Tenga ciento.
QUINTO. ¡Que a éste den
el cargo!
SEXTO. Y ¿qué se os da a vos?
QUINTO. Pésame porque es un loco,
y en la primera ocasión
nuestras vidas tendrá en poco.
TERCERO. El Conde es como un león.
A servirle me provoco.
Pero ¿qué causa habrá sido
la que puede haber movido
su cólera, que de Buda
nos saca, si no es que acuda
a fuerza o sitio perdido?
CUARTO. Del Turco no dicen nada.
No sé qué puede querer.
QUINTO. ¿Si es arma falsa?

SEXTO. Es jornada,
sin duda.

PRIMERO. ¡Ay, pobre mujer,
cual vid de olivo cortada
dejé tu lado amoroso
entre lienzos y damascos!
Tomé el arcabuz furioso,
puse pólvora en los frascos,
cargué el metal sonoroso.
No hay más, estamos sujetos.

SEGUNDO. Y yo que dejo llorando
entre divinos conceptos...

PRIMERO. Pregón de muerte es un bando.

SEGUNDO. Y el amor para discretos.

PRIMERO. ¿Qué goza bueno el soldado?
¿En qué dura que sea bien?
¿Dónde está bien alojado
que algún descanso le den?

SEGUNDO. Como es bestia, duerme en prado.
Allá, para el cortesano,
que todo lo tiene y manda,
será en invierno y verano
la felpa y la blanda holanda.
Muramos acá desnudos
donde la arena nos raspe;
comamos los bueyes crudos
y el bizcocho como un jaspe,
siempre trabajando y mudos.
Bebamos en morriones
agua turbia y mal cogida
con el arena y terrones;
marchemos toda la vida
más rotos que los pendones,
y pidamos galardón
cuando responda el portero
que no hay ahora ocasión.

TERCERO. Al galope un caballero
pica un castaño frisón.

CUARTO. Ya se apea, y nuestra gente
con un pedazo de lanza
detiene confusamente.

QUINTO. ¡Ay del soldado que alcanza
brazo, costillas y frente!

*(Sale Dinardo, duque.)*

DINARDO.

Teneos, bisoños. ¿Dónde vais, soldados?
¿Quién os llamó? ¿Qué furia ha sido aquésta?
¿Adónde juntos camináis armados?

SEGUNDO.

Detente, o ¡vive Dios! que la respuesta
será la de esta esguízara pistola.

DINARDO.

¿Hay desvergüenza ni maldad como ésta?

PRIMERO.

No mereces, Dinardo, aquesta sola,
pues no siendo tu bando ni presencia
la que aquestas banderas enarbola,
nos tratas con tan áspera insolencia,
haciéndonos volver, cuando salimos,
debajo de otro nombre y obediencia.

SEGUNDO.

Duque, cuando sujetos estuvimos
a tu gusto, bien sabes que obedientes
más que soldados de Alejandro fuimos.
Ahora que a gobiernos diferentes
nos ha entregado el Príncipe, no es justo
que con palabras y obras nos afrentes.

DINARDO.

Oíd ¡por Dios!, que de sabello gusto.
No he sabido que el Príncipe haya dado
mi cargo a otro.

QUINTO.

Sea justo o injusto,
hoy por el conde Próspero se ha echado
un bando en la ciudad que antes de una hora
marche sin dilación cualquier soldado.

SEXTO.

No despertó más presto al sol la aurora
que nosotros al bando, imaginando
que Alba se pierde o que abrasada llora.

DINARDO.

¿Qué dijo el conde Próspero a ese bando?

PRIMERO.

Sin duda es General.

DINARDO.

¡Suceso nuevo!

SEGUNDO.

Parece que lo vienes ignorando.

DINARDO.

Pedir perdón de mi arrogancia os debo,
señores albaneses, de rodillas.

PRIMERO.

¡Tente, señor!

DINARDO.

¡Oh, Antonio, al fin mancebo!
Hará con este cargo maravillas

el Conde. Yo le he visto por mis ojos
hacer mil lanzas en el Turco astillas.
Plegue a Dios que volváis con mil despojos
a vuestras casas, donde, al sol o al fresco,
contéis en paz los bélicos enojos.
Y que arrastrando del pendón turquesco
por esas piedras los azules cabos,
el Conde, con quien tengo parentesco,
vuelva glorioso con dos mil esclavos,
tan rico, que les ponga a sus frisones
de oro herraduras y de plata clavos.

SEGUNDO.

¡Oh, como tuyas son estas razones!

*(Sale un* CABO.*)*

CABO.

Marchad, soldados, que ocupáis la puerta,
y quieren ya salir las municiones.

DINARDO.

¿Quién es aquéste?

PRIMERO.

Un cabo.

DINARDO.

Por muy cierta
os juzgo la vitoria.

TODOS.

Dios te guarde.

*(Vanse.)*

DINARDO.

A entierro toca mi esperanza muerta.
Voime a quejar al Príncipe cobarde.
Pero ¡válame Dios! ¿Si lo ha sabido
de algún traidor amigo aquesta tarde?
¿Si algún deudo le ha dicho que he querido
alzarme con aqueste Principado
de invidia o celo a traición movido
volviéndole las armas que me ha dado?
No hay cosa menos firme que el secreto.
¿Si huiré? Mas, no; por dicha me he engañado.
Antonio es mozo, y vario y imperfeto
el pensamiento en esta edad, y ahora
a la hermana de Próspero sujeto
sin duda por honrarle, pues la adora,
le dió este cargo. Ir a quejarme quiero,
que lo contrario de mi ser desdora
y pierdo el bien que de Rosania espero.

*(Vase, y sale el* PRÍNCIPE ANTONIO.*)*

ANTONIO.

Salen los rayos del señor de Delo
dorando el monte y esmaltando el prado,
y del arroyo, por la noche helado,
vuelven reflejos a su mismo cielo.
Esparce el ave por el viento el vuelo,
en nudoso redil bala el ganado,
marcha al són de las cajas el soldado
por julio al sol y por diciembre al hielo.
Alégrase la mar, de espumas cana;
por cuanto sustenta el cielo y cría
vive de nuevo en viendo la mañana.
Y levántome yo, Lucinda mía,
al sol de tu hermosura soberana,
porque en tus ojos amanece el día

*(*ROSANIA *entre.)*

ROSANIA. ¿Tan de mañana, señor?
ANTONIO. Mi madre y señora, sí,
que el príncipe y el pastor
duermen y velan ansí,
y con un mismo temor.
Heme levantado a ver
marchar el campo, señora,
que a Julia va a socorrer.
ROSANIA. ¿Luego sale el campo ahora?
ANTONIO. Y aun le he visto amanecer;
apenas resplandecía
el sol en el limpio acero,
cuando ya en orden salía,
tanto, que pensó el lucero
que se adelantaba el día.
Ya tremolando pendones
y granados morriones,
van dando a los aires plumas
y a la fama largas sumas
en sus imaginaciones.
ROSANIA. No me ha dicho el Duque nada
de esta jornada improvisa.
ANTONIO. No va el Duque a esta jornada.
ROSANIA. ¿Cómo no?
ANTONIO. Porque es de prisa
y él trae suspensa la espada.
El conde Próspero parte.
ROSANIA. ¿Y es mejor soldado el Conde,
de más experiencia y arte?
ANTONIO. No, que la fama responde
que el Duque es el mismo Marte;
pero para mi gobierno
le he menester junto a mí.
ROSANIA. Próspero es muy nuevo y tierno.
ANTONIO. Cipïón comenzó ansí

y mereció lauro eterno.

ROSANIA. Que agravias al Duque pienso. (Algo le han dicho.)

ANTONIO. La parte viene.

ROSANIA. Y con dolor inmenso, pues se ha quedado, en mirarte, como una piedra suspenso.

*(Sale el Duque.)*

DINARDO. ¿Has mandado tú, señor, que Próspero, con la gente que ha ajuntado mi valor, marche a Julia?

ANTONIO. (¡Qué impaciente trae a este necio el furor!) ¿Paréceos a vos que fuera si yo no se lo mandara?

DINARDO. Pues ¿cómo de esa manera, sin verte el Duque la cara, das al Conde tu bandera? ¿He dejado algunas tuyas en poder del Turco fiero, o he traído muchas suyas? ¿No fuera bien que primero...

ANTONIO. ¡Paso, Duque, no me arguyas!

DINARDO. ¿He perdido alguna gente por descuido o por codicia? ¿Rendíme afrentosamente? ¿Soy bisoño en la milicia? ¿Es Próspero más valiente? ¿Soy el que a tu padre di dos importantes vitorias, del bajá Daú y Alí? ¿Así heredaste las glorias del Filipo a quien serví? ¿Tal premio a la sangre das que de la sangre otomana sirviéndote vertió más? ¿Es porque no tengo hermana, por quien tan sujeto estás?

ANTONIO. Callad, Duque; esa braveza y servicios de mi padre dichos por vos son bajeza. Agradeced a mi madre que no os cortan la cabeza. Próspero es un gran soldado. Ni su hermana me ha obligado, ni sabéis lo que decís.

DINARDO. Yo digo verdad.

ANTONIO. ¡Mentís!

ROSANIA. ¡Señor, señor! ¡Tan airado! ¿Vos la espada, y para un hombre como el Duque?—Duque amigo, echaos a sus pies.

DINARDO. El nombre de tu esclavo tu castigo tiemple, aunque mi culpa asombre.

*(Híncase de rodillas.)*

Conozco que el gran valor de esta afrenta me ha forzado a quejarme a tu valor.

ANTONIO. Dinardo, habéisme enojado. Habladme después.

DINARDO. ¡Señor!

*(Vase el* PRÍNCIPE.)

ROSANIA. Fuése.

DINARDO. Señora, ¿qué es esto?

ROSANIA. No lo sé.

DINARDO. ¿Si le han contado nuestro oculto presupuesto?

ROSANIA. No; mas habrá sospechado que yo y vos tratamos esto; porque quitaros la gente y hablaros con tanta furia, cuando era cosa decente satisfaceros la injuria que os ha hecho injustamente, ¿de qué puede proceder?

DINARDO. Ahora bien, ¿qué hemos de hacer en su desgracia y sin gente?

ROSANIA. Matarle.

DINARDO. Luego se intente, que esto es morir o vencer.

ROSANIA. Tancredo y Leonido vienen.

DINARDO. A buen tiempo, que ellos tienen cuidado de mi deseo.

ROSANIA. Confusos, Duque, los veo.

(TANCREDO *y* LEONIDO *vienen. Grandes del* PRÍNCIPE.)

LEONIDO.

Llega, que bien podemos.

TANCREDO.

Si es secreto,
saldremos de la cuadra yo y Leonido.

DINARDO.

Antes os busco para el mismo efeto,
que nuestro intento el Príncipe ha sabido.

ROSANIA.

Sospechado dirás.

DINARDO.

El gran sujeto
de aquel ingenio fácil, y advertido
por verme tan privado de Rosania,
al Conde ha hecho General de Albania.
De suerte que, quitándome la gente,
me ha quitado el amor de los soldados
y me ha tratado vil y ásperamente.

LEONIDO.

Los dos venimos del suceso airados.
¿Qué quieres aguardar de un insolente?
Si le podéis echar de los Estados...

DINARDO.

Sin gente no es posible.

TANCREDO.

Dalde muerte.
Esto es mejor que agora se concierte.

ROSANIA.

No creo que acertáis.

DINARDO.

¿De qué manera?

ROSANIA.

Siempre el consejo de mujer fué cuerdo,
y cuerdo el que bien piensa lo que intenta,
y el que intenta dichoso en lo que hace,
si lo hace mirando el fin. El Príncipe
es mozo y es amado de sus súbditos;
si le matáis sin dar razón, ¿quién duda
que Albania toda ha de tomar las armas
y que el Emperador y Rey de Hungría,
o el Turco, ha de querer para sí el reino
y conquistallo haciéndoos sus vasallos?
¿Cuánto mejor es dalle una bebida
con que se vuelva loco, y en estando
inhábil para el cetro del gobierno,
con gusto general obedecerme,
y entregándome yo en las fortalezas
dar de ellas y de mí, como a marido
la posesión al Duque?

LEONIDO.

¡Extraña industria!

DINARDO.

¡Oh, ingenio de mujer!

TANCREDO.

¡Notable engaño!
Porque excusáis con él de ensangrentaros
en vuestro Rey, ocasionando al Cielo.
Mas ¿cómo podrá darse la bebida?

DINARDO.

Esa dificultad lo impide todo.

ROSANIA.

Yo os lo diré.

DINARDO.

Prosigue.

ROSANIA.

Antonio toma
cierta epítima todas las mañanas
contra el humor que tiene melancólico.
Ésta forma Roberto, cocinero,
porque en una substancia se resuelve
oro, coral, bezar, perlas, jacintos,
unicornio, canela y ámbar. Éste
es hombre bajo, al fin, y será fácil
hacer que con dinero entre estas cosas
mezcle las que pusiéredes, que pueden
volverle loco.

DINARDO.

Yo lo doy por hecho.
Parte por él, Leonido.

LEONIDO.

Voy.

TANCREDO.

El Cielo
guíe tus pasos.

DINARDO.

Vamos entre tanto
a prevenir las hierbas, y está cierta,
luz de estos ojos, que si a verme alcanzo
de estos sucesos en el fin que espero,
tú serás la corona de esta frente.

ROSANIA.

Tu vida el Cielo y tu esperanza aumente.

*(Vanse, y entran LUCINDA y el PRÍNCIPE)*

LUCINDA. Ya, como del alma, Antonio,
de esta casa eres señor.
ANTONIO. No quieras tú de mi amor,
Lucinda, otro testimonio
que haberle al Duque quitado
cargo tan bien merecido,
por lo mucho que ha servido,
con su persona, mi Estado.
LUCINDA. En tantas obligaciones,
¿cómo podré salir de ellas?

Si es pagallas conocellas,
bien lo muestran mis razones.
Toma de casa y persona,
aunque humilde, posesión,
que quien te da el corazón
te diera cetro y corona
del Imperio de Alemania.
¿Cómo te va, señor mío,
con Rosania? ¿Pierde el brío
de ser madrastra Rosania?
¿Habla ya como solía?
¿Persigue tu juventud?

ANTONIO. Habló entonces en virtud
del padrino que tenía.
Ya, Lucinda, se han mudado
los tiempos. Teme que seas
mi dueño y que al fin poseas
la corona de mi Estado.
Y témese con razón,
pues no me supo agradar,
cuando pudiera ganar
mil prendas de mi afición.
Mucho yerra el que confía
más luz, a mi parecer,
del sol que se va a poner
que del que comienza el día.
Yo he menester no dormir
en materia de traidores.

LUCINDA. Si son tus rayos mayores,
más sombras te han de seguir.
¿Qué quieres esta mujer,
envidiosa de tu vida,
culebra a tu planta asida
que no se atreve a morder?
Písala el cuello o desvía
de su envidia la ocasión.
Quien pierde la posesión
hasta la muerte porfía.
Mira que te quiero bien
y no te aconsejo mal.
La que fué furia infernal,
¿cómo será ángel también?
Fiar del que es falso amigo,
¿a quién le fué de provecho?
Una mujer de mal pecho
es el mayor enemigo.
No te engañe con amores
en que disfrace tus daños,
que ceremonias y engaños
son muy propias de traidores.

ANTONIO. Lucinda y luz de estos ojos,
tú me aconsejas muy bien;
pero ahora no te den
esos recelos enojos,
que yo enviaré a Francia luego
a Rosania.

*(Entra* TEBANDRO, *criado.)*

TEBANDRO. Aquí ha llegado
un hombre a buscarte y dado
gran prisa a verte.

ANTONIO. ¿Estás ciego,
Tebandro, que no me ves
con Lucinda?

LUCINDA. A mí me da
gusto que entre.

ANTONIO. Vuelve allá;
sabe, Tebandro, quién es.—
Pues ¿cómo estando contigo,
y en tu casa, me han de hablar?

LUCINDA. Yo me quiero de esto honrar,
si es hombre noble y tu amigo.

(TEBANDRO *entre.)*

TEBANDRO. Díceme que es tu criado.

ANTONIO. ¿Hay hombre tan atrevido?
¿A buscarme aquí ha venido?

LUCINDA. Cesa de mostrarte airado.
Háblale ¡por vida mía!

ANTONIO. Haréle matar.

LUCINDA. ¡Detente!

ANTONIO. Vuelve y di a ese impertinente,
pues tanto hablarme porfía,
que te diga de qué oficio
me sirve.

TEBANDRO. Yo voy.

LUCINDA. Si ven,
señor, que me quieres bien,
por uno y por otro indicio,
y no te hallan por allá,
no es mucho buscarte aquí.

ANTONIO. ¿Mas que es soldado?

LUCINDA. Ese, en mí,
muy buen amparo hallará.

(TEBANDRO *entre.)*

TEBANDRO. Señor, dice que es...

ANTONIO. Di, pues.

TEBANDRO. Temo...

ANTONIO. Acaba.

TEBANDRO. Un cocinero.

ANTONIO. ¿Cocinero? ¿Tal espero?
¿Tal oigo?

TEBANDRO. Eso dice que es.

ANTONIO. Dile que le haré matar.
LUCINDA. Mira, mi bien, que es de sabio
príncipe oír el agravio.
Quizá se viene a quejar.
Por ser hombre bajo quiero
recogerme en mi aposento.
Oyele tú.
ANTONIO. Soy contento.—
Di que entre ese cocinero.

*(Vase* LUCINDA.*)*

TEBANDRO. Voy por él.
ANTONIO. Por ignorante
perdonársele podía,
que es grande descortesía
buscar donde ama al amante.

*(Entra* ROBERTO *y* TEBANDRO.*)*

TEBANDRO. Este es el hombre.
ROBERTO. Esos pies
me da.
ANTONIO. ¿Qué quieres, buen hombre?
ROBERTO. Hablarte a solas.
ANTONIO. ¿Tu nombre?
ROBERTO. Roberto.
ANTONIO. Ya sé quién es.—
Vete, Tebandro, y la llave
tuerce a esa cuadra.
ROBERTO. Señor,
si en la humildad hay valor,
hoy de experiencia se sabe.
Preámbulos no los sé,
aunque hombre de bien nací;
sin ellos te aviso aquí
de que...
ANTONIO. Prosigue.
ROBERTO. De que...
ANTONIO. ¿Qué miras?
ROBERTO. Si lo dirán
las lenguas de estas pinturas.
ANTONIO. ¿Tanto secreto procuras?
ROBERTO. ¿Podrán hablar?
ANTONIO. No hablarán.
ROBERTO. De que el Duque...
ANTONIO. ¿Y quién?
ROBERTO. Rosania,
tu madrastra, con los Grandes
del reino, por que no mandes
más los Estados de Albania,
loco te quiere volver,
y, por inhábil, quitarte
el reino. Escúchame el arte
con que lo quieren hacer.
ANTONIO. ¿Cómo?
ROBERTO. Yo soy, gran señor,
el que saco y conficiono
la epítima...
ANTONIO. ¡Extraño abono
de un noble y propio valor!
ROBERTO. Que te lleva el camarero
las mañanas. Hanme hablado
y prometido un condado
—¿quién vió conde un cocinero?—
si ciertas hierbas, que son
las que loco han de volverte,
pongo en la epítima. Advierte
mi lealtad y su traición.
ANTONIO. ¿De dónde eres?
ROBERTO. Español.
ANTONIO. Español habías de ser.
ROBERTO. ¿Sabes qué puedes hacer?
Mira que el alma es el sol,
que no porque toca el lodo
se mancha, y así la mía
no se estraga aunque se cría
en esta bajeza.
ANTONIO. En todo
te tendré por mi ángel bueno.
Di, amigo.
ROBERTO. Yo les diré
que en las aromas eché
las hierbas de aquel veneno.
Bébele en mi confianza;
fíngete loco, y entiende
quién, cómo y cuándo te vende;
que quien sufre mucho alcanza,
y, cuando con gran secreto,
puedas venganza tomar,
podrás a Albania mostrar
la salud de tu sujeto.
ANTONIO. Angel, cielo, hombre de Dios,
un Rey se fía de ti;
si vivo y reino por ti,
hemos de reinar los dos.
Como Alejandro he de ser.
Yo beberé ese veneno,
que de un español tan bueno
¿qué puede nadie temer?
Sígueme y no digas nada.
ROBERTO. Refrena, señor, la furia
hasta que el tiempo a la injuria
ponga en la mano la espada.

*(Éntranse, y salen* LUCINDA *y* TEBANDRO.*)*

LUCINDA. ¿Fuése el Príncipe?

TEBANDRO. Ya es ido.
LUCINDA. ¿Sin avisarme se fué?
¿Qué dijo el hombre?
TEBANDRO. No sé.
Larga la plática ha sido.
Mandóme cerrar la puerta.
LUCINDA. ¿La puerta mandó cerrar?
Pues ¿en qué le pudo hablar
que no pudo estar abierta?
TEBANDRO. A mí dióme admiración
ver que le hablase, y tan bajo,
un extranjero, hombre bajo.
LUCINDA. Y a mí me da el corazón
que es recado de mujer.
TEBANDRO. Yo, por no darte pesar,
que lo quise sospechar
no quise darte a entender.
LUCINDA. ¿A quién, Tebandro, pasea
el Príncipe?
TEBANDRO. El otro día
por las dos fuentes venía
donde Flora y Amaltea
agua vierten por sus copias,
y a cierta dama quitó
la gorra.
LUCINDA. ¿Es hermosa?
TEBANDRO. No.
LUCINDA. ¿Y es junto a las fuentes propias?
TEBANDRO. Enfrente.
LUCINDA. ¿Y ha vuelto allá?
TEBANDRO. Otras dos veces.
LUCINDA. ¡Ay, Cielos!
TEBANDRO. ¿Qué suspiras?
LUCINDA. Tengo celos.
TEBANDRO. ¿Cómo?
LUCINDA. Enamorado está.
TEBANDRO. No lo creas.
LUCINDA. Sí lo creo.
TEBANDRO. Mucho te quiere.
LUCINDA. Eso dudo,
que hoy le he visto...
TEBANDRO. ¿Cómo?
LUCINDA. Mudo.
TEBANDRO. ¿Y ayer?
LUCINDA. Con mucho deseo.
A ver voy esa mujer.
Pongan el coche.
TEBANDRO. A eso voy.
LUCINDA. Celosa de Antonio estoy.
TEBANDRO. Pues no la vayas a ver.
LUCINDA. ¿Cómo?
TEBANDRO. Es hermosa.
LUCINDA. No puedo
dejar de ver su valor,
que el mayor mal del Amor
es no sosegar el miedo.

*(Váyanse, y entren* ROSANIA, TANCREDO, LEONIDO *y el* DUQUE.)

DINARDO.

Aquí estaremos retirados todos
mientras se acaba de vestir el Príncipe,
y si el efeto que pensamos hace
la bebida, saldremos al escándalo.

TANCREDO.

Dices muy bien. Retírate, que viene.

DINARDO.

¿Quién le viste?

LEONIDO.

Finardo, y de los pajes,
Lucindo y Cloro.

DINARDO.

¡Oh, Cielo, favorece
nuestra intención, si tu favor merece!

*(Retirados, salga el* PRÍNCIPE *lavándose, con una ropa de levantar, y desabotonado; un* PAJE *con fuente, el* MAESTRESALA *con la toalla en la mano, y él diga, lavándose:)*

ANTONIO. Agradóme aquel caballo.
FINARDO. ¡Bien pisa!
ANTONIO. Con gran donaire.
FINARDO. Si corre, le envidia el aire
y el sol se pára a mirallo.
ANTONIO. Hacedle ensillar, que quiero
ir al campo.
FINARDO. ¿Luego?
ANTONIO. Al punto.
FINARDO. Es un traslado y trasunto
de aquel tu estimado overo
que diste al Embajador.
ANTONIO. Dadme la toalla.
FINARDO. ¿Quieres
que canten?
ANTONIO. No, mientras fueres
tú el poeta y tú el cantor.
FINARDO. ¿Escribo muy mal?
ANTONIO. No haces
cosa buena.
FINARDO. ¿La razón?
ANTONIO. Porque escribes sin pasión
y a ninguna satisfaces.
Si no estás enamorado

no trates de Amor, que yerra
mucho quien habla de guerra
no habiendo sido soldado.

PAJE. Y yo, ¿canto mal?

ANTONIO. También.

PAJE. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque no declaras
la letra, y jamás reparas
en que te oigan mal ni bien.

FINARDO. Ya la epítima está aquí.

*(Sale* CELIO *con la epítima.)*

ANTONIO. ¿Qué hay, Celio?

CELIO. Ya vuestra alteza
lo puede ver.

ANTONIO. ¿Cómo va
de amores?

CELIO. Así se está
fuerte aquella buena pieza.

ANTONIO. ¿No se rinde?

CELIO. Ya promete
piedad.

ANTONIO. ¿Prometes dineros?

CELIO. Poco.

ANTONIO. Serás majadero
desde una vez hasta siete,
y desde siete hasta mil.

CELIO. Bebe, señor.

ANTONIO. Bebo.

CELIO. Has hecho
mal rostro.

ANTONIO. Siento en el pecho
un cierto dolor sutil
que camina al corazón.

CELIO. ¡Válame Dios!.

ANTONIO. ¡Tenme aquí!

FINARDO. ¿Qué le has dado?

CELIO. ¿Qué le di?
La ordinaria confeción;
oro, perlas, ámbar.

ANTONIO. ¡Ay!

FINARDO. ¿Qué dices, Celio?

CELIO. Esto digo.

FINARDO. ¿Qué le has traído, enemigo?

CELIO. Lo que siempre (1) el vaso tray.

FINARDO. ¿Quién te lo ha dado?

CELIO. Roberto.

FINARDO. ¿Vístelo hacer?

CELIO. No hay veedor.

FINARDO. ¡Oh, Cielo, tú eres traidor!

CELIO. ¿Traidor?

FINARDO. Al Príncipe has muerto.

CELIO. Mira lo que dices.

FINARDO. Digo
que has muerto al príncipe Antonio.

CELIO. Finardo, que es testimonio.

FINARDO. ¡Oh, sacrílego enemigo!—
¡Ah de Palacio!

*(Entren* ROSANIA, DUQUE, TANCREDO *y* LEONIDO.)

ROSANIA. ¿Qué es esto?

DINARDO. ¿De qué das voces?

FINARDO. ¡Ay, triste!
¿Qué es, traidor, lo que trujiste?
Dilo, y remédialo presto.

ROSANIA. ¿Qué tiene Antonio, Finardo?

FINARDO. Hanle muerto.

ROSANIA. ¡Ay, hijo mío!

DINARDO. ¡Desmayóse!

LEONIDO. ¡Oh, fiero impío!
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?

TANCREDO. No le mates, que es mejor
prenderle y saber quién fué
el autor.

CELIO. Pues ¿yo qué sé?

LEONIDO. ¿Quién te dió el vaso, traidor?

CELIO. Roberto.

TANCREDO. Préndanle luego.

DINARDO. Ya, Rosania, ha vuelto en sí.

ROSANIA. Siempre, Antonio, lo temí.

ANTONIO. ¡Oh, pueblo bárbaro y ciego!
¿No veis que soy inmortal?
¿Qué decís de darme muerte?

ROSANIA. (Bien obra.

DINARDO. Veneno fuerte.

LEONIDO. No se ha visto fuerza igual.)

ANTONIO. (Por mi vida que estoy bueno,
como estaba concertado;
basta que han imaginado
que es la epítima veneno.)
Que no tengo nada, no;
bueno estoy, ¿qué me queréis?

ROSANIA. Mi señor, que os soseguéis.

ANTONIO. (Ya no lo puedo estar yo,
que es fuerza andar desvelado
mientras este pleito dura.)

DINARDO. Poner el Príncipe en cura
será lo más acertado.
Tráiganse luego triacas
y diferentes bebidas.

ANTONIO. ¿Tanto te duelen las vidas
que como manchas las sacas?

---

(1) En el original, "suele".

Pues yo espero que he de ver
ensalzada esta humildad,
y esta mentira verdad;
mira cómo puede ser.
Finardo. Ya está preso el cocinero.
Antonio. ¿A mi amigo el español?
¿Al que es más claro que el sol?
¡Afuera, librarle quiero!
Traigan tiros, traigan balas,
que el Príncipe le socorre;
arrimad luego a la torre
mantas de guerra y escalas.
¿Ah, Roberto? ¡Afuera, perros!
Dinardo. A los culpados disculpa.
Antonio. Yo sé quién tiene la culpa.
Rosania. ¿Quién, para que le echen hierros?
Decid en quién sospecháis,
gran señor.
Antonio. En ti, y en ti,
y en vos, y en todos, y en mí.
Rosania. Decid más, no enmudezcáis,
pues estáis de esa manera;
no haga efeto el amor,
que algún corazón traidor
os quiso dar muerte fiera.
Antonio. ¡Y cómo si lo quería!
Dinardo. Ya he caído en lo que es esto.
Prendan a Lucinda presto.
Antonio. ¡Oh, hermosa Lucinda mía!
Dinardo. Sin duda por que la amase
este veneno le dió,
con que el efeto trocó,
o por que el Conde reinase.
Tancredo. Mil mujeres a hombres dan
hechizos para querer.
Leonido. Este lo debió de ser.
Llamad luego al Capitán.
Paje. ¿Cuál, señor?
Leonido. El de la guarda,
y ponga presa a Lucinda.
Antonio. ¿Cómo queréis que se rinda
la que fué mi ángel de guarda?
No vaya allá el Capitán,
que le costará la empresa
la vida.
Rosania. Llévenla presa.
¿A un loco escuchando están?
Ya no manda Antonio aquí.
Antonio. ¡Qué gracioso desconcierto!
¿Herédasme sin ser muerto?
Pero estoilo para ti.
Rosania. Antonio, aquesto conviene;
el bien de Albania se mira.
Antonio. No prendáis a Deyanira;
advertid que Hércules viene.
Yo soy Hércules, que pienso
matar alguna serpiente
cuando a mi salvo lo intente,
y así os doy mi reino en censo.
Dinardo. ¡Qué notable enloquecer!
Leonido. Mándale luego llevar.
Antonio. Mirad que es censo al quitar,
y que le habéis de volver.
Tancredo. Ponedle en fuerte prisión.
Dinardo. ¡Bien se ha hecho!
Rosania. A reinar torno.
Antonio. *¿Cualque chorno, cualque chorno*
será la nuestra, patrón?

## ACTO SEGUNDO

(Filipo, el Duque y Rosania: *siéntense, y diga el* Duque Dinardo:)

Dinardo.

La gran desgracia, nobles albaneses,
que, como sabéis todos, ha venido
por nuestra patria, ya que de franceses,
húngaros y alemanes libre ha sido,
es que por amorosos intereses
haya nuestro gran Príncipe perdido
el mayor bien del hombre, que es el seso.
A todos pesa con igual exceso.

Y tanto más, cuanto era más amado
y digno del gobierno y señorío
de este noble y antiguo Principado.
¡Bien sabe el Cielo el sentimiento mío!;
pero habiendo tan huérfano quedado,
que todos juntos miraréis confío
por el público bien, como cristianos,
y no el particular de intentos vanos.

Si alguno con razón lo pretendiera,
bien sabéis que soy yo con razón justa
que tengo a él; mas nunca Dios lo quiera.
Viva Rosania, su Princesa augusta;
ella debe elegirse la primera,
si por ventura del gobierno gusta,
pues veis en ella un cierto ejemplo y tipo
de vuestro muerto príncipe Filipo.

Y porque puede ser que Antonio vuelva
a su primero ser, es justo acuerdo
que en tanto en este voto se resuelva,
que vuelve a estar como primero, cuerdo,

no ha de dejar el arte, monte o selva,
de cuantas viven en humano acuerdo,
donde no se procuren hierbas tales
que le puedan librar de tantos males.
Con esto excusaréis las disensiones
sobre reinar, y al tiempo limitado,
si le tiene este mal, claros varones,
a Antonio volveréis su Principado.

TANCREDO.

¿Quién ha de repugnar a tus razones
viendo tu parecer tan ajustado
con la razón ¡oh, Duque valeroso!
de nuestro bien y el público celoso?
Yo, por mi voto, digo que sería
escándalo elegir príncipe nuevo
ni a Rosania quitar la monarquía.
Esto digo, esto siento y sentir debo.

LEONIDO.

Lo mismo afirmo y es la intención mía.

FILIPO.

¿Cómo contradirán los más remotos
lo que dicen y aprueban tales votos?

ROSANIA.

Yo os agradezco, nobles albaneses,
el favor que me hacéis; pues, olvidados
de los particulares intereses,
me dais la posesión de estos Estados.
Mas como en pinos altos y cipreses,
en torres y edificios levantados
dan los rayos más presto, no querría
ver sus centellas en la altura mía.
Vosotros elegid un varón justo
de entre vosotros, sin poner distancia
en el público bien, porque yo gusto,
viendo a mi Antonio ansí, volverme a Francia.

DINARDO.

No nos des, gran señora, ese disgusto,
pues allá no es tu vista de importancia.
Mira que pones esta humilde tierra
en dura confusión y eterna guerra.

TANCREDO.

Echarémonos todos a tus plantas
para pedirte que este cetro admitas.
Mira, señora mía, que levantas
gran confusión y que la paz nos quitas.

FILIPO.

Toma en tu amparo voluntades tantas
por el público bien, y no permitas
que sobre la elección haya mil muertes.

LEONIDO.

Todas, señora, son causas bien fuertes.

ROSANIA.

Ahora bien, pues decís que lo es de Albania,
forzada acepto el reino.

DINARDO.

Traigan luego
al Príncipe, y la causa de Rosania
se justifique con el pueblo ciego.
Escríbase al César de Alemania,
al Papa y al Francés que, por sosiego
de aquesta tierra, esta elección se ha hecho.

*(El* PRÍNCIPE *y la* GUARDA.)

GUARDA.

El Príncipe está aquí.

ANTONIO.

(Lo que es sospecho.)

DINARDO. Tomad, Príncipe, lugar
junto a quien ya tiene el vuestro.
TANCREDO. ¿No habla?
LEONIDO. No quiere hablar.
DINARDO. Ya veis al Príncipe nuestro
inhábil para reinar.
ROSANIA. Pueblo, bien lo veis suspenso,
loco y fuera de sentido.
TANCREDO. Crece el acidente; pienso
que no ha de ser socorrido
sino del Médico inmenso.
DINARDO. Si os queréis certificar,
pueblo, de que gobernar
el Principado no puede
Antonio, y es bien que herede
la Princesa su lugar,
para justificación
de su conciencia y la nuestra
se os dará satisfación
muy a gusto de la vuestra,
y como es obligación.
Tinta y pluma me traed.—
Entre tanto, gran señor,
hablad, nombrad, conoced.
¿Yo quién soy?
ANTONIO. Un gran traidor.
DINARDO. Esto que dice entended.
¡Mirad qué mayor locura!
ROSANIA. Pues aún más habéis de ver.—
Y yo ¿quién soy?
ANTONIO. La mujer
de ese traidor.

ROSANIA. ¿Qué más prueba?
ANTONIO. Todas aprendistes de Eva
a quitar al hombre el ser.
TANCREDO. ¿Conócesnos?
ANTONIO. Como en Flandes
al hielo, el mundo a los ricos.
TANCREDO. ¿Quién somos por que nos mandes?
ANTONIO. Otros traidores más chicos
que vais siguiendo a los grandes.
LEONIDO. ¡Privado está de sentido!
TANCREDO. Pluma y papel han traído.
DINARDO. Escribe una carta aquí.
ANTONIO. Y ¿para quién?
DINARDO. Para mí.
ANTONIO. Pues ¿adónde te has partido?
¿Cartas para hombres presentes?
Pero bien decís; guardaldas,
traidores; contra inocentes
presentes están ausentes,
que andan siempre a las espaldas.
Yo escribiré para ti.
FILIPO. Cuanto dice es desvarío.
DINARDO. Ya no escribas para mí.
ANTONIO. Escribiré a quien confío
que ha de librarme de ti.
*(Escribe el* PRÍNCIPE.*)*
TANCREDO. La torre de la ciudad, (1)
con cuatro guardas o seis,
la tiene en guarda.
LEONIDO. Mirad
que tiene el Conde, su hermano,
las fuerzas de nuestra gente
en Alba Julia en su mano;
no sea que, airado, intente
pasarse al campo otomano.
DINARDO. Bien dice Leonido.
ROSANIA. Haced
un engaño.
TANCREDO. ¿De qué modo?
ROSANIA. Con ella a Antonio poned
y contalde el caso todo,
y que le hago merced
de la vida y libertad.
Y, al abrazarse los dos,
matalde y la daga echad
en el suelo...
DINARDO. Bien ¡por Dios!
ROSANIA. Y luego mil voces dad
de que el Príncipe la ha muerto
como loco, y escribid
al Conde ese desconcierto,
y que traiga, le advertid,
la gente a Buda o al puerto;
que él vendrá y le dará muerte
en venganza de su hermana.
DINARDO. ¡Notable industria! ¡Gran suerte!
ANTONIO. (Vuestros intentos allana.)
DINARDO. ¿Hay furia, hay cosa más fuerte
como una mujer airada?
LEONIDO. El Príncipe ha escrito ya.
ANTONIO. Ya la carta está acabada.
DINARDO. ¿A quién?
ANTONIO. Ella lo dirá,
aunque de letra cifrada.
(Mucho hablo, por mi daño.
Quiero fingirme más loco,
no caigan en el engaño.)
TANCREDO. Leelda.
DINARDO. Escuchad un poco,
veréis un gran desengaño.
*(Lea* DINARDO:*)*

"Al Rey de Tres Personas y Uno solo
escribe Abel contra Caín, su hermano,
con sangre en el arena de aquel llano,
por donde corre néctares Pactolo.
Señor, en cuyos pies estriba el Polo,
besándolos el ángel soberano,
a cuya inmensa y sacrosanta mano
pide su luz la lámpara de Apolo.
Caín, ciego del humo de su trigo
tan invidioso está de mi cordero,
que de mi sangre le manchó conmigo.
Apelo a Vos, pues que sin culpa muero.
No le matéis, Señor; tiemble en castigo;
no llore Adán, porque venganza espero."

LEONIDO. ¿Hay mayores desatinos?
Mirad lo que escribe a Dios.
ANTONIO. ¿Eso no os agrada a vos?
Decid, hermano Longinos.
Afuera, que va la carta
volando al Trono y la Corte,
donde no se paga porte
ni la justicia se aparta.
Quedo, que entra por el Cielo.
Paso, que la escucha un Rey
que puso margen y ley
al mar y dió vida al suelo.
Ea, amigos albaneses,
haced fiestas, que responde
que sabrá librar al Conde

(1) Faltan dos versos a la quintilla y al sentido.

de esos tajos y reveses.
Mas ¿cómo estoy tan contento
habiéndome el dios Neptuno,
tan áspero y importuno
echado de mi elemento?
Pues Venus nació en el mar,
por eso le da su ayuda;
mas mientras estoy en duda,
quiero una armada formar.
Salgan cuatrocientas velas
que velen bien mis cuidados,
con cuarenta mil soldados,
contra engaños y cautelas.
La verdad es general,
porque la verdad es Dios;
general a mí y a vos,
si voy bien o si voy mal.
Sea luego mi inocencia
en esta guerra cuatralbo,
que es la nave en que me salvo
con lastre de mi paciencia.
Vayan también por pilotos,
mis ruegos mirando al Norte
de aquella celestial Corte
entre esos árboles rotos.
La bitácora y la quilla
de esta nave capitana
lleve la prudencia cana
hasta que tope en la orilla.
¡Leva! ¡Leva! ¡Leva ferros!
Suenen tiros y arcabuces,
que a las soberanas luces
manifiesten vuestros yerros.
¡Zarpa! ¡Zarpa! Ya me aparto.
Mi querida patria, adiós,
que Él sabe bien que de vos
con harta pena me parto.

TANCREDO. ¡Tenelde! ¡Asilde!
DINARDO. Sin duda
que por las calles se fuera.
ANTONIO. ¿Qué queréis, canalla fiera,
contra la verdad desnuda?
DINARDO. Llevalde a la torre luego
adonde Lucinda está.
ANTONIO. Vamos, que el alma tendrá,
viendo sus ojos, sosiego.

*(Métenle.)*

DINARDO. ¿Quién irá a darle la muerte?
LEONIDO. Yo.
DINARDO. Pues ve luego, Leonido,
de una daga apercibido.
ROSANIA. ¡Oh, quiera el Cielo que acierte!
TANCREDO. Parte, Leonido, y presume
que das honra y libertad
a nuestra patria.
LEONIDO. Fiad,
que si en esto se resume,
yo os cumpla bien el deseo.

*(Vase.)*

DINARDO. Vamos, querida señora.
ROSANIA. Disimula, Duque, agora,
mientras al reino poseo.

*(Éntranse el DUQUE y ROSANIA.)*

TANCREDO. Estos traidores entienden
que no entiendo su intención.
Bien sé que la posesión
de aqueste reino pretenden.
Mas como en revuelto río
es tan cierta la ganancia,
en su traición y arrogancia
consiste el provecho mío.
Quiérolos dejar hacer;
que si este reino en sus brazos
se viniese a hacer pedazos,
alguno me ha de caber.

*(Vase, entra el CONDE PRÓSPERO y el SULTÁN BAJÁ con alardes de albaneses y turcos.)*

PRÓSPERO.

¿Puedo abrazarte?

SULTÁN.

Puedes, que las treguas,
cristiano, dan lugar a nuestros campos,
y el deseo de hablarme que has mostrado
por tus embajadores y trompetas.

PRÓSPERO.

En extremo, Sultán Bajá famoso,
deseaba conocerte.

SULTÁN.

Habiendo visto
que no eras tú Dinardo, mi enemigo,
el General con quien por varias veces
he probado la espada, holgué de verte,
y de oírte holgaré.

PRÓSPERO.

Pues oye un poco
un agraviado noble.

SULTÁN.

Pues atento escucho,
que el daño es poco y el favor es mucho.

Próspero. Yo soy, gallardo Sultán,
nacido en la noble Albania,
aunque de francés abuelo,
que casó mi padre en Francia.
Es Próspero mi apellido,
tan poco próspero en nada,
que fué mi nombre ironía
para mis muchas desgracias.
Murieron mis nobles padres,
a cuyas canas honradas
dió la virtud mil coronas
y mil laureles la fama.
Sucedí en su estado mozo,
porque aún apenas la barba
las mejillas me ofendía
y los labios me adornaba.
Quedóme, para mal mío,
algo menor una hermana
que el sol, por verla, amanece,
antes que al mundo, en su casa.
Como era mozo, olvidéme
de que moza y libre estaba.
Entendí en juego, en amores,
en armas, caballos, galas;
ella, con ésto, servida
de Antonio, el que ahora manda,
por la muerte de Filipo,
el Principado de Albania,
dióle entrada por los ojos
hasta el corazón y el alma,
y una noche y muchas noches
también se la dió en su casa.
Esta (1) que vine de fuera
al postrer cuarto del alba
de gozar una mujer
más que sus estrellas clara,
porque, al fin, en eso topa,
Sultán, quien en esto anda,
vi dos bultos a un balcón
ventana de una antecuadra;
y ellos, como me sintieron,
que como con llave entraba
por las puertas de un jardín,
que éstas siempre fueron falsas,
no pudieron retirarse;
entonces lo procuraban,
a quien yo seguí, sacando
el acero de la vaina;
y ya que los voy a herir
veo delante mi hermana
diciendo: "Detente un poco;
reporta, Conde, la espada."
Yo le dije que quería
ver de mi infamia la causa,
porque luego vi, Sultán,
que era de entrambos la infamia
Púsose delante el hombre,
como si fuera fantasma,
encubriendo el traidor rostro
con la guarnecida capa;
y, en ver que no me temía,
me dió el alma, y bien me daba,
que era el Príncipe, pues fué,
porque nunca el alma engaña.
Fuése, y quedando yo triste,
con razón determinada
de dar la muerte a Lucinda,
que así se llama mi hermana,
veo entrar en un instante
en mi aposento la guarda,
quedando más de cien hombres
a la puerta de mi casa.
Dicen que me llama Antonio;
voy, y, con falsas palabras,
me dice que le conviene
que con la gente alistada
parta, Sultán, contra ti;
y, quitándole sin causa
al Duque el honroso oficio,
el bastón que ves me encarga,
no por hacerme esta honra,
mas por gozar de la ingrata,
sin que yo se lo impidiese,
tardes, noches y mañanas.
Obedecíle, Sultán,
que no fué por la ganancia;
mas me pudiera prender
con alguna falsa traza
y cortarme la cabeza
en una pública plaza.
Dábanme en secreto hierbas; (1)
salí, en efeto, de Albania,
y, en llegando a estas fronteras,
di a mis soldados diez pagas,
y en una larga oración
les dije mi historia larga.
Mis lágrimas les movieron
de suerte, o fuese la plata,
que soldado bien pagado

(1) Así en el [illegible] "[illegible]"

(1) Parece equivocado este verso. Quizá sea: "o darme en secreto hierbas".

morirá por quien le paga,
que todos me prometieron
de procurar mi venganza,
perdiendo por mí la vida
contra la tirana patria.
Agora, Sultán famoso,
llega ocasión en que hagas
gran servicio al gran señor
y a mí mercedes tan altas.
Los ejércitos juntemos,
y, juntos, en tres semanas
serás de Albania señor
y en Buda pondrás tus armas.
Darásme tú el reino a mí;
yo al Turco pagaré parias,
y siempre que se te ofrezca
pondré esta gente en campaña.

SULTÁN.

Atento, conde Próspero, a tu historia,
y de tus desventuras lastimado,
te he cobrado afición. ¡Ah, traidor Príncipe!

PRÓSPERO.

Esto que digo ha hecho.

SULTÁN.

Pues yo juro
por los huesos que están colgando en Meca
del aire mismo, en su virtud, de darte
favor; aunque no fuera interés mío,
el gran señor se sirve ¡oh, Conde! en esto.
Todos interesamos: tú este reino,
él sus parias, yo el lauro de esta empresa.
Dame esa mano.

PRÓSPERO.

Y estos brazos.

SULTÁN.

Vamos. Júntense, Capitanes, los ejércitos;
marchemos juntos turcos y albaneses.

PRÓSPERO.

El Cielo te dará vitoria y palma.

SULTÁN.

Ya llevo tus peligros en el alma.

*(Vanse, y entran* LUCINDA *y el* PRÍNCIPE *y la* GUARDA.)

LUCINDA. ¿Es posible que te ven
mis ojos?
ANTONIO. Como los tienes,
no es mucho si a verme vienes.
¿No tengo yo ojos?
LUCINDA. También.
ANTONIO. Pues también te veo yo a ti.
LUCINDA. Dicen que te he dado hechizos.
ANTONIO. Bellacos advenedizos
deben de andar por ahí.
LUCINDA. Si con mi vida pudiera,
mi señor, guardar la tuya,
¿qué piedra habrá que no arguya
de mi amor, que te la diera?
¿Yo a ti veneno, mi bien?
ANTONIO. Seguro estoy.
LUCINDA. Yo querría...
ANTONIO. ¿Qué se te da, vida mía,
de que la culpa te den?
LUCINDA. ¿Hablas en eso?
ANTONIO. ¡Oh, qué lindo!
Yo seso nunca le vi,
que anda gente por aquí
por quien agora me rindo.
Aunque ¿qué mayor veneno,
Lucinda, me puedes dar
que quererme tú mirar
con ese cielo sereno?
Veneno me diste, digo.
GUARDA. (Mirad cómo lo confiesa.)
ANTONIO. (Advierte que la Princesa
con el Duque, mi enemigo,
a Leonido le han mandado
que te mate cuando yo
te abrace.
LUCINDA. ¡Ay, triste!
ANTONIO. Eso no.
Leonido también ha entrado.
Leonido ha entrado quedito.
Esté todo el mundo alerta.)

(LEONIDO *entre.*)

LEONIDO. ¿Hola? Cuenta con la puerta.
GUARDA. Ni un punto de ella me quito.
LUCINDA. (Pues matarme a mí, ¿por qué?
Mira, señor, que estás loco.
ANTONIO. No lo estoy, viéndote, poco;
mas da a mis palabras fe,
que yo soy un loco cuerdo,
hasta que llegue aquel día
que vuelva, Lucinda mía,
en mi reino y en mi acuerdo.
LUCINDA. ¿Qué dices?
ANTONIO. Esto que digo.
LUCINDA. Si estás loco o si es de veras
esto que dices...

ANTONIO. En quimeras (1)
anda, Lucinda, conmigo.)
Hoy que se ha soltado el diablo
andan los niños en cueros.
Oíd, señor don Gaiferos,
lo que como amigo os hablo:
que los dones del amigo
son los consejos más sanos.
LUCINDA. Daré voces.
ANTONIO. Cuentos vanos.
¡Afuera, afuera, Rodrigo!
LUCINDA. (Pues ¿qué haré siendo verdad
que me quieren dar la muerte?
ANTONIO. Cerrar con la llave fuerte
la puerta de la ciudad.
LUCINDA. ¿Qué ciudad?
ANTONIO. El aposento,
y una sábana coser
como costal.
LUCINDA. Voy a hacer
lo que dices. ¡Bravo intento!)
*(Detiénela* LEONIDO.)
LEONIDO. Pues, señora, ¿dónde vais?
LUCINDA. Da este loco en que he de ser
hoy por fuerza su mujer.
LEONIDO. Y en eso ¿qué aventuráis?
LUCINDA. Dice que he de estar vestida
de boda, y que entonces quiere
abrazarme.
LEONIDO. A lo que hiciere
estad, señora, advertida,
que dicen que es su remedio.
Dejad que os dé mil abrazos.
LUCINDA. Temo que me haga pedazos,
puesta de su fuerza en medio.
Pero quiérole de suerte,
que allá me voy a vestir,
y a traer, si he de morir,
la mortaja de mi muerte.
LEONIDO. Id en buen hora, y sea presto.
LUCINDA. Al punto vuelvo.
ANTONIO. ¿Quién es
el que aquí puso los pies?
LEONIDO. (Ved qué furioso se ha puesto.)
Un criado tuyo soy.
ANTONIO. ¿Cómo te llamas?
LEONIDO. Leonido.
ANTONIO. ¿Eres traidor?
LEONIDO. Nunca he sido
traidor, ni agora lo soy.

(1) Verso largo.

ANTONIO. ¿Por qué me guardan a mí?
LEONIDO. Señor, por que no te mates,
que entre tantos disparates
eso se teme de ti.
ANTONIO. ¿Yo matarme? ¿Luego soy
yo mismo el que me he ofendido?
LEONIDO. No; pero estás sin sentido.
ANTONIO. Sin cetro, Leonido estoy;
pues cree que estoy con seso.
LEONIDO. ¿Cierto?
ANTONIO. ¿Tú quiéreslo ver?
LEONIDO. Sí; mas ¿cómo puede ser?
ANTONIO. Pregúntame algún suceso;
y, si te respondo bien,
verás que tengo sentido.
LEONIDO. Bien dices.
ANTONIO. Si le he perdido
se conocerá también.
LEONIDO. ¿Qué es Dios?
ANTONIO. Una esencia, un ser.
LEONIDO. Y ¿qué más?
ANTONIO. Son tres personas
como en una, tres coronas,
que el Papa suele traer.
LEONIDO. ¿Qué es cielo?
ANTONIO. Yo no estudié
Filosofía, Leonido.
Hablaré con mi sentido
no más de aquello que sé.
(Bien le entretengo.) Es el cielo
esta superficie clara
que nos cubre y nos ampara
como soberano velo.
Hay otros muchos sobre él,
con nombres de sus planetas,
hasta aquél de las perfetas
almas que perdió Luzbel.
LEONIDO. ¿Qué es hombre?
ANTONIO. Un pequeño mundo
hecho a la imagen de Dios,
que nació de aquellos dos
en que todo el resto fundo.
LEONIDO. ¿Qué es alma?
ANTONIO. Es una forma
substancial que perficiona
todo el compuesto.
LEONIDO. Eso abona
tu seso, y que es cierto informa,
si no es que con la locura
hablaste en filosofía.
ANTONIO. Alguna supe algún día
que tuve seso y ventura.

LEONIDO. ¿Qué es sentido?
ANTONIO. Una potencia
que lo de fuera aprehende,
y el entendimiento entiende
por aquella misma ciencia.
LEONIDO. ¿Qué es voluntad?
ANTONIO. Es por quien
el hombre quiere y no quiere,
y que, entendiendo, refiere
al bien o daño también.
LEONIDO. ¿Qué es la memoria?
ANTONIO. Un tesoro
de las intenciones es.
LEONIDO. No hay cosa de que no des
respuesta con gran decoro.
Puesto me has grande temor.
ANTONIO. No temas, que es disparate,
mientras no veas que trate,
Leonido, cosas de Amor.

*(Vuelve* LUCINDA *con una sábana, cosida como costal, y una daga.)*

LUCINDA. Ya vuelvo.
LEONIDO. ¿Qué traes, señora?
LUCINDA. La mortaja de mi muerte.
LEONIDO. (¡Válgame Dios, si ésta advierte
que la he de matar agora!)
ANTONIO. (¿Traes la daga?
LUCINDA. Toma.
ANTONIO. Quedo.)
LEONIDO. ¿Qué os ha dado?
ANTONIO. Fué un papel.
LEONIDO. ¿Puedo ver lo que hay en él?
ANTONIO. Sí.
LEONIDO. Pues muéstrale.
ANTONIO. Bien puedo.
Toma, y lee.
LEONIDO. Gran señor,
si estás cuerdo daré aviso
a Rosania. (De improviso
me cubre un frío temor.)
ANTONIO. No hayas miedo que esté cuerdo
hasta el fin de la batalla.
Lee ese papel y calla,
verás lo que gano o pierdo.

*(En empezando a leer le da el* PRÍNCIPE *con la daga a* LEONIDO.)

¡Muere, traidor, por que seas
el primero en mi venganza!
LEONIDO. ¡Castigo de Dios me alcanza!
ANTONIO. ¿Es ya razón que me creas?
LUCINDA. ¿Qué he de hacer?
ANTONIO. Este costal
me ayuda a vestir a este hombre.
LUCINDA. Dame lugar que me asombre.
*(Pónele la sábana.)*
ANTONIO. Llega presto.
LUCINDA. Estoy mortal.
ANTONIO. Ayúdame bien.
LUCINDA. No puedo.
ANTONIO. Presto, mi señora.
LUCINDA. ¡Ay, Dios!
ANTONIO. O no hay amor en los dos,
o no es posible haber miedo.
Miedo y amor no andan juntos,
sino el temor y el amor,
porque el miedo no es temor.
LUCINDA. Siempre temo a los difuntos.
*(Átale por abajo.)*
ANTONIO. Atado así, por los pies,
con esta liga, señora,
verás lo que intenta agora
un corazón albanés.
Debajo de los tapices
te esconde.
LUCINDA. ¡Líbreme el Cielo!
ANTONIO. Calla, no tengas recelo,
ni de esto te escandalices.—
¿Ah de la guarda?
GUARDA. ¿Quién llama?
ANTONIO. Yo.
GUARDA. ¿Qué es aquesto, señor?
ANTONIO. No es menos de que el traidor
Leonido mató a mi dama
porque dicen que me ha dado
veneno, y la ha amortajado
como ves.
GUARDA. ¿Dónde se entró?
ANTONIO. Fuése el villano afrentado
diciendo que la maté
por darme la culpa a mí.
GUARDA. En fin, ¿su cuerpo está aquí?
ANTONIO. Sí, porque el alma se fué.
Escondióse el alma mía
en los tapices del cielo,
donde yá está, sin recelo
de quien matarla quería.
Dejádmela, amigos, ver;
la cara veré siquiera.
GUARDA. Eso, señor, darte fuera
mayor pesar que placer.
ANTONIO. ¡Ah, pobre dama!
GUARDA. Traemos
orden de echarla en la acequia

del jardín, última obsequia
que a sus reliquias debemos.
Y si tú la has dado muerte,
no lo niegues, ni a Leonido
culpes.

ANTONIO. ¡Traidor, él ha sido
quien aquí su sangre vierte!
Él digo que la vertió.
Dios sabe que esto es verdad.

GUARDA. (Creerán con dificultad
que él a Lucinda mató.)
Ahora bien, tomad en brazos
el cuerpo, y vamos de aquí.

ANTONIO. ¿Sabéis qué lleváis ahí?
¡Ay, mis últimos abrazos!

GUARDA. Deja el cuerpo, gran señor.

*(Mécenle.)*

ANTONIO. Dejaréle muerto y frío
hasta el tiempo que el bien mío
resucite a ver mi amor.
Alma, que estás escondida
entre figuras hermosas,
sal a ver mis amorosas
ansias, ya segunda vida.
Ven, Lucinda; oye mi ruego.

*(Sale LUCINDA.)*

LUCINDA. Ya salgo, amado señor,
llena de temor y amor,
metida entre hielo y fuego.
¿Cómo me piensas ahora
asegurar de estos fieros?

ANTONIO. Vete a esos montes primeros
por ese jardín, señora,
antes que vuelva esa gente.

LUCINDA. ¿Sola?

ANTONIO. Si yo voy contigo,
buscándome mi enemigo,
moriremos juntamente.
¿Dónde está Roberto preso?

LUCINDA. En lo bajo de esta torre.

ANTONIO. Pues allá, señora, corre,
que por él supe el suceso.
Yo le quitaré los grillos,
yo la puerta romperé.

LUCINDA. ¿Tienes, Antonio, con qué?

ANTONIO. Pies y manos son martillos.
Dos piedras no han de faltar.
Con él irás muy segura.

LUCINDA. El Cielo te dé ventura...

ANTONIO. Para volver a reinar.

*(Éntranse [illegible] Rosania, el Duque y la* GUARDA.)

GUARDA. ¿Que acá no vino Leonido?

ROSANIA. Yo no le he visto.

DINARDO. Ni yo.

GUARDA. Pues ya a Lucinda mató.

DINARDO. ¿Habéislo visto?

GUARDA. Sentido,
y el muerto cuerpo arrojado
en una acequia del huerto.

DINARDO. En fin, que su cuerpo muerto
¿habéis en hombros llevado?

GUARDA. Sí, señor.

ROSANIA. Y ¿qué decía
Antonio?

GUARDA. El cuerpo abrazaba,
que, aun muerto, señales daba
de que su llanto sentía.
Era cosa extraña ver
su notable sentimiento.

ROSANIA. ¿Si tiene ya entendimiento?

GUARDA. Ya le debe de tener;
porque, a tenerlo perdido,
mostrárale en el furor.

DINARDO. Como dicen que el dolor
suele quitar el sentido,
en quien no lo tiene entiendo
que le debe de poner.
Pero ya no hay que temer,
ni de recelos me ofendo;
que quien una vez fué loco
tarde o nunca vuelve a cuerdo.
Reinar por común acuerdo
y el favor del pueblo es poco.
Lo que importa conquistar
es al Conde y diez mil hombres,
cuyos valerosos nombres
conozco en tierra y en mar.
Vaya al instante Tancredo
y diga que Antonio, airado,
mató a Lucinda, hechizado
o por un celoso miedo.
Y llévele de Rosania
cartas en que le confirme
el cargo, por que más firme
a vengarse venga a Albania,
con otras muchas mercedes
que le puede prometer.

ROSANIA. ¿Quién como tú puede hacer,
Duque, todo lo que puedes?
Parte y despacha a Tancredo.

DINARDO. Voy a buscarle.

ROSANIA. Ya él viene.

*(Sale* TANCREDO.*)*

TANCREDO. ¿Qué es lo que mandas?
DINARDO. Previene
siempre defensas el miedo.
Murió Lucinda, y querría
que lleves cartas al Conde.
TANCREDO. ¿Dónde está?
DINARDO. Tú sabrás dónde
en viendo el confín de Hungría.
La Reina y yo nos entramos
a escribir.

*(Vanse.)*

TANCREDO. Yo aguardo aquí.
Bien se va ordenando ansí.
Ya es Reina, y todos reinamos
en nuestra imaginación,
donde no hay grande en Albania
que en la muerte de Rosania
no sepa su posesión.
Sea verdad que la mía,
que es más piadosa que fuerte,
menos fía de su muerte
que de su vida confía.
No me ha parecido mal.
Tengo envidia de Dinardo.
Al reino y Rosania aguardo.
¡Ay, esperanza inmortal!

*(Sale* ANTONIO.*)*

ANTONIO. ¿Dónde está el conde Leonido?
TANCREDO. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
ANTONIO. ¿Dónde está? Dímelo presto.
TANCREDO. Señor, a buscarte es ido.
ANTONIO. ¿A buscarme?
TANCREDO. Sí, señor.
ANTONIO. Mientes.
TANCREDO. Es muy gran verdad.
(No es pequeña novedad
verte con tanto furor.)
ANTONIO. ¿Quién eres tú?
TANCREDO. Soy Tancredo.
ANTONIO. Tancredo, mató a mi dama
Leonido, apagó la llama
de mi amor, a escuras quedo.
Escondióseme el sol mio
por las alfombras de seda
del Cielo impíreo; ya queda
su cuerpo en un monte frío.
Ya se fué mi sol, Tancredo,
a sombras de un español;
mira tú, si se fué el sol,
en qué negra noche quedo.
Ya salió de la prisión;
ya las cadenas rompidas
van a asegurar sus vidas,
todo por una traición.
Yo le di muchos abrazos
y muchos besos le di;
alma y corazón perdí
con ella en sus mismos brazos.
¡Oh! ¡Si la vieras partir
de aquesta vida, Tancredo!
No lo dudes, tengo miedo
de que pudieras morir.
Tuvieras el galardón
que tuvo aquel que ya es muerto,
todo por un desconcierto,
todo por una traición.
TANCREDO. ¿Que te han muerto a tu Lucinda?
¡Vive Dios, que es gran maldad!
ANTONIO. Mira, en tanta adversidad,
¿quién habrá que no se rinda?
Pues no me he rendido yo;
que otra vez me habéis de ver
con la espada del poder
que la envidia me quitó.
Agora todo es pasión,
todo suspiro y enojos,
todo abrir muy bien los ojos,
todo por una traición.
TANCREDO. Tú te quejas justamente.
(¡Brava locura le ha dado!
Con la muerte se ha aumentado
su peligroso accidente.)
Descansa de ese dolor,
que nos mueve a gran tormento;
alivia ese pensamiento
de las congojas de amor.
Todos estamos perdidos
sólo con ver que lo estás,
que no tendremos jamás
alegres nuestros sentidos.
Ya no esperamos quietud;
murieron nuestros placeres
mientras tú no los tuvieres.
ANTONIO. Tal os dé Dios la salud.

*(Entran* ROSANIA *y el* DUQUE *y la* GUARDA.*)*

DINARDO. Esta es la carta, Tancredo.
Parte y promete a tu gusto.
TANCREDO. (En mi vida mayor susto
me ha dado cobarde miedo
como en aquesta ocasión.

ROSANIA. ¿Por qué?
TANCREDO. Porque está furioso
el Príncipe, y es forzoso
que le pongáis en prisión.
DINARDO. Pues ¿de qué?
TANCREDO. Del gran dolor
de la muerte de Lucinda.
ROSANIA. ¿Posible es que tanto rinda
este poderoso amor?
TANCREDO. A un loco le dió sentido
para volverle a quitar;
que a no volvelle a cobrar,
¿cómo le hubiera perdido?
Yo parto en busca del Conde.
Mirad no haga un disparate,
o se despeñe o se mate.)
(*Vase.*)
ANTONIO. En fin, ¿que mi bien se esconde?
En fin, ¿que enviáis a Leonido
para que esconda mi bien?
ROSANIA. (Engañado le han también.
Dice que Leonido ha sido.)
DINARDO. Señor, toda la ciudad
dice que a Lucinda has muerto.
Esto se tiene por cierto.
ANTONIO. Y dicen mucha verdad;
que yo la he muerto de amor,
teniéndosele muy fuerte,
que también se llama muerte
morir de pena y dolor.
Yo soy quien quité su vida
de traidores, y yo fuí
quien en tierra la escondí,
que estará bien escondida.
Sólo estoy con gran cuidado
de que no la podré hallar.
DINARDO. Allá la podrás buscar,
adonde la has enterrado.
ANTONIO. ¡Oh, traidores! ¿Cómo hicistes
que yo perdiese mi bien?
Dadme la muerte también,
pues a Lucinda la distes.
Ya que a Lucinda he perdido,
¿cómo tengo de vivir?
ROSANIA. (Mándale a la Guarda asir,
que, rematado el sentido,
se saldrá por la ciudad
y dirá cosas que mueva
al pueblo, a quien cualquier nueva
mueve a pedir libertad.)
DINARDO. Asidle, y en la prisión,
con cien guardas, le poned.
ANTONIO. Haréisme mucha merced.
DINARDO. ¡Asidle!
ANTONIO. Llega. ¡Traición!
¡Traición al Príncipe! ¡Afuera!
GUARDA. ¡Ay, que me ha muerto!
ROSANIA. ¡Asid bien!
ANTONIO. (¿Que éstos la muerte me den
de esta afrentosa manera?
Venderé muy bien mi vida.)
GUARDA. ¡Ay! ¡Ay!
ANTONIO. ¿De aqueso te quejas?
GUARDA. Llevado me ha las orejas.
ANTONIO. Eres ladrón y homicida.
DINARDO. Acabad ya.
GUARDA. ¡Pesia tal!
Ásgale vueseñoría.
ANTONIO. Llega tú, fingida arpía
y general de mi mal;
general de hacer traiciones,
general de hacer enredos,
donde son soldados miedos
y las armas invenciones;
donde es el campo mentira
y mi vida la batalla,
que vuestras ofensas calla
sólo porque Dios las mira.—
Y llega tú, vil serpiente,
que diste muerte a mi padre.
Serás madrastra y no madre,
que quien eso dice miente;
que mi madre fué una santa
a quien sucedió tu ser
para no más de poner
en padre y hijo la planta.
¿Qué me miras y no llegas?
ROSANIA. ¡Asidle o dadle la muerte
si más se os hiciere fuerte!
ANTONIO. ¿Que ya a la muerte me entregas?
Basta, dejaréme asir.
ROSANIA. Llevadle, pues, a la torre.
ANTONIO. (Si el Cielo no me socorre
hoy pienso que he de morir.)
(*Llévanlo.*)
DINARDO. Mejor es tenerlo preso.
ROSANIA. En confusión y temor
me ha puesto.
DINARDO. Pienso que Amor
le ha vuelto, Rosania, el seso.
ROSANIA. Pues quitémosle la vida.
DINARDO. Bien dices. Leonido venga
para que dos vidas tenga
a cargo el fiero homicida.

Que en aquesta pretensión
de pleito del Principado,
ya los oficios se han dado
de esperanza y posesión.
Tú y yo somos los jueces;
Tancredo es el secretario;
relator, el vulgo vario,
que informa bien las más veces,
y Leonido es el verdugo.

ROSANIA. Mándale luego buscar,
porque hoy me quiero quitar
del cuello oprimido el yugo.

*(Entren* LUCINDA, *y* ROBERTO *y* BELARDO, *villanos.)*

BELARDO. No faltará qué os vistáis,
si es que aquí queréis vivir,
ni aun faltará a quien servir
para que mejor viváis.
¿Que del mar venís así?

ROBERTO. Así el mar nos arrojó.

BELARDO. Nunca el mar he visto yo;
estanques y fuentes, sí.
¿Es muy grande?

LUCINDA. Es sin medida.

ROBERTO. Tanto, que a Dios llaman mar.

BELARDO. ¿Suélese mucho alterar?

ROBERTO. Es una fiera homicida.
Sustenta a mil en sus palmas,
y tiene después el fiero
más gargantas que el cerbero,
con que se sorbe las almas.
No tienen tantos difuntos
las espadas y las manos,
todos los fieros tiranos,
todos los médicos juntos.

BELARDO. Y ¿cómo se altera?

LUCINDA. El viento
es causa de estos enojos.

BELARDO. ¿Qué tendrá allá de despojos
en su pedregoso asiento?

ROBERTO. Más riqueza que la tierra,
ni que la imaginación.

BELARDO. ¿Tan ricos los peces son?

LUCINDA. Mil Indias su centro encierra.

BELARDO. Algún bellaco atrevido
inventó, por interés,
aquellas casas con pies,
que de tanto daño han sido;
y diz que saben volar,
haciendo unos lienzos alas.

ROBERTO. Yo no sé si fueron malas;
sé que nos ha muerto el mar.
Danos, pastor, acogida
con secreto hasta tener
algún remedio.

BELARDO. ¿Ha de ser
en tanto aquí vuestra vida?

LUCINDA. Aquí queremos estar.
Mi marido irá a la corte
con la leña que se corte
de este secreto encinar,
hasta que Dios traiga un día
que nuestro remedio sea.

BELARDO. Lejos de una breve aldea,
patria derribada mía,
que solía ser mejor,
y la habitó gente honrada,
mi cabaña está fundada
junto al arroyo mayor.
Que después que faltó gente
ando a vivir por acá,
que cada día se va
diez a diez y veinte a veinte.
Mi nombre propio es Belardo,
más conocido, sin duda,
que de las brujas la ruda,
por ese capote pardo
y por algunas desdichas.
Aquí podemos vivir
los tres, y me oiréis decir
cosas ni vistas ni dichas.
Que he andado más de mil mundos,
aunque dije que no había
visto el mar, de quien sabía
sus altos y sus profundos.
Ea, vamos a comer,
que soy hombre liberal
de mi bien y de mi mal,
y sé ganar y perder.
Veréis allá una serrana
que, aunque saque su ganado
antes del sol, piensa el prado
que amanece la mañana.
No es bachillera ni es loca,
aunque he pensado ¡par Dios!
que en llamarse como vos
por alguna parte os toca. (1)

LUCINDA. Huélgome de que tendré
con quien hablar en ausencia
de mi esposo.

---

(1) Este pasaje demuestra que esta comedia se escribió en Toledo, hacia 1602. La alusión a *Camila Lucinda* es evidente.

BELARDO. Y en presencia,
que bien lo sabe, a la fe.
LUCINDA. ¿Que es tan bella?
BELARDO. Yo la vi
cuajar una blanca encella
de leche, cándida y bella,
una vez que a verla fuí.
Y junto a su mano helada,
nunca yo tenga opinión,
si no parecía carbón
en las mimbres la cuajada.
Una vez la vi pasar
descalza un arroyo claro,
que por mármoles de Paro
los pies le quise tomar;
que después, con gusto y miedos
de ofender su nieve y rosa,
limpié la arena envidiosa
que se le entró por los dedos.
¿Qué os diré de la garganta?
No sé yo si vez alguna
se ha visto blanca coluna
que tenga lisura tanta.
Yo le truje de la villa
una gargantilla ayer,
que, por ceñirla a placer,
quisiera ser gargantilla;
y entre sus venas azules
de tal suerte me perdí,
que hasta agora estoy sin mí.
LUCINDA. (¿Qué haremos?
ROBERTO. Que disimules.
LUCINDA. ¿Y si nos conocen?
ROBERTO. Creo
que no nos conocerán.)
LUCINDA. ¿Qué zagales allá están?
BELARDO. Dos no más, y éste que veo
que ahora viene de la villa.

(TIRSE *entre.*)

Pues, Tirse, ¿qué hay?
TIRSE. No sé.
Toda la ciudad hallé
cubierta de maravilla.
Dicen que a Lucinda ha muerto
el Príncipe, y en la torre
le han puesto con guarda.
BELARDO. Corre
a la fuente y llama Alberto,
que estos huéspedes tenemos.
LUCINDA. ¿Que el Príncipe está en prisión?
BELARDO. Allá unas contiendas son
en que nunca nos metemos,
ni vos agora os metáis
como mucho no os importe.
Confusiones son de corte
más pesadas que pensáis,
si es, como se dice acá,
que al Príncipe han vuelto loco.
LUCINDA. En eso nos va muy poco.
(¡Ay, Roberto, preso está!
ROBERTO. Calla, que yo le iré a ver
disfrazado de villano.
LUCINDA. Mi vida vive en tu mano.)
BELARDO. Güéspedes, alto, a comer.
ROBERTO. (Presto sabré lo que pasa.)
LUCINDA. Pues tú sabes, tú nos guía.
BELARDO. Nunca tengo mejor día
que el que hay huéspedes en casa.

## ACTO TERCERO

(*Salen el* DUQUE, ROSANIA y TANCREDO.)

DINARDO. ¿Tanta desdicha nos sigue?
TANCREDO. Encarecella no puedo.
ROSANIA. Vuelve a contarla, Tancredo.
DINARDO. Tancredo amigo, prosigue.
TANCREDO. No caminé cuatro leguas,
Duque, por el monte espeso
que cerca nuestra ciudad
lleno de pinos soberbios,
cuando por un verde prado
que casi se forma en medio,
oigo de confusas voces
no menos confusos ecos.
Atento más al ruído,
cajas y trompetas siento,
como en galeras o naves
retumba el mar desde lejos.
Admirado, y con razón,
la posta paro y detengo,
como al descubrir la caza
se queda el bravo flamenco.
En esto unas grandes nubes
de polvo y confuso estruendo
veo, por un largo espacio,
cubrir los ojos del cielo.
Al fin, acercado más,
declaradamente veo
un ejército formado
dando banderas al viento,
como parece escuadrón

de abejas pasado enero,
marchar con las varias flores
de los romeros y brezos.
Tal se me ofreció a los ojos
con los colores diversos
de plumas, banderas, bandas,
astas, celadas y petos.
No quise volver atrás
sin que entendiese primero
si era el Conde que volvía
al alboroto del reino.
No me engañé, y engañéme,
pues cuando a la frente llego
de la vanguardia, veo juntos
albanos y turcos fieros.
Danme paso, y voy entrando
por el cuerpo del ejército,
mirando por todas partes
caso tan notable y nuevo.
Allí miraba un cristiano
con espada, arnés y yelmo;
allí un turco berebey
turbante y alfanje persio;
allí un infante cargado
de horquilla y mosquete, y luego
de la otra parte un turco
en el arco y flechas diestro;
allí banderas cristianas
llenas de lirios del cielo,
y allí turcos estandartes
de lunas menguantes llenos.
Llega, en fin, la retaguardia
tras dos mangas de piqueros,
y entre alabardas al Conde
veo en un caballo negro,
negro el arnés, la casaca,
espuelas, estribos, frenos,
sombrero, bastón y plumas,
como en militar entierro.
Venía un turco feroz,
gallardo, a su lado izquierdo,
con una morada aljuba
hasta la espuela cubierto,
un turbante de Bengala,
como si en el mes de enero
cayeran en su cabeza
copos de nieve del cielo.
Apéome de la posta,
llego admirado y suspenso
a sus brazos, conocióme,
y así me dijo: "Tancredo,
si me vienes a estorbar
tan justo, tan santo intento,
vuélvete sin decir nada
y no alborotes mi pecho;
que aunque eres embajador
no podrán sus privilegios
defenderte de mi furia
de la manera que vengo.
Antonio dice la fama
que a mi hermana amada ha muerto
después de haber infamado
mi sangre, padres y deudos.
Unos dicen que pensando
que ella le diese un veneno
con que le amase, y que ha sido
causa de perder el seso.
Otros dicen que en venganza
de unos sospechosos celos
que tuvo Antonio de un paje,
archivo de sus secretos.
Que aquesto o aquello sea,
hoy, contra mi patria he vuelto
las armas, determinado
de poner sobre ella cerco.
Mi amigo el Sultán Bajá
trae, para el mismo efeto,
los genízaros que miras,
defensa del turco Imperio.
Di a Rosania y dile al Duque,
si ellos tienen el Gobierno,
que me entreguen preso Antonio,
pues allá le tienen preso;
que con verle en mi poder
me dejarán satisfecho,
y licenciaré a la gente
a sus casas y a sus pueblos."
Lo que dije y lo que hice,
señores, no lo refiero,
pues finalmente a vosotros
con este partido vengo.
Haced alto hasta saber;
la respuesta dalda luego,
porque si se acerca a Buda
la ha de poner por el suelo.

DINARDO. ¡Caso extraño!

ROSANIA. ¡Peregrino!
Pero no nos viene mal.
Darle [a] Antonio determino.
Antes parece que igual
para nuestro intento vino,
porque él le dará la muerte
que nosotros, de cobardes,
no hemos osado.

DINARDO. ¿Tan fuerte
viene?
TANCREDO. De tantos alares,
turcos y albanos se advierte.
DINARDO. ¿De qué sirve hablar en eso?
Aunque resistir pudiera
su furia con tanto exceso,
de mejor gana le diera,
Rosania, al Príncipe preso.
¿Qué podemos desear
más de que le mate el Conde?
¿De qué nos pueden culpar?
TANCREDO. De entregalle.
DINARDO. A eso responde
el pueblo que quiere entrar,
porque si le entra y saquea,
más querrá que muera Antonio
que no que en eso se vea.
TANCREDO. (Ya parece que el demonio
a esta gente señorea.)
¿De suerte que un hombre das
por la salud que este día
cobran por él los demás?
Esta misma profecía
de Cristo dijo Caifás.
(Mas para mi pretensión,
¿qué me importa esa traición?)
Yo mis manos lavar puedo.
DINARDO. También Pilatos, Tancredo,
dijo esa misma razón.
Ahora bien, él se ha de dar.
TANCREDO. Y ¿quién se le ha de entregar?
DINARDO. Tú o Leonido.
ROSANIA. De Leonido
no hay tratar. No ha parecido
Leonido en todo el lugar.
Tú le has de llevar.
TANCREDO. Yo iré.
ROSANIA. Sácale de la prisión.
DINARDO. Ven, que yo te le daré,
y no juzgues a traición
lo que piedad justa fué;
que por la vida de un loco
no se han de perder millones
de vidas.
TANCREDO. Aunque provoco
mi pecho en esas razones,
todo me parece poco;
pero, si es fuerza, en alguna
ha de estribar.
DINARDO. Esta es una.—
Tú serás Reina, mi bien.
ROSANIA. Tú mi rey.
TANCREDO. (Y yo también,
si lo quiere la fortuna.)

*(Vanse, y sale* ANTONIO *con una cadena.)*

ANTONIO.

¿Cuándo verán mis tristes pensamientos
sereno el sol algún alegre día?
¿Cuándo de esta prisión escura y fría
saldrán mis alas a romper los vientos?
¿Cuándo mis ojos, a tu cielo atentos,
verán la luz que espera el alma mía?
¿Cuándo este mar, que contrastar porfía
mi nave, amansará sus movimientos?
¿Cuándo podrán mis tristes ojos verte
¡oh, luz del alma en tanto bien perdida!,
siendo la estrella que mi norte encierra?
Yo pienso que será cuando la muerte,
rotas las velas de mi triste vida,
la nave esconda en siete pies de tierra.

*(Sale* LUCINDA, *de villana, y las* GUARDAS; *ella trae una canastilla.)*

LUCINDA. Si non la queréis comprar,
al Príncipe la daré.
GUARDA. No le puede nadie hablar.
LUCINDA. Huerte bestia sois.
GUARDA. ¿Por qué?
LUCINDA. Porque os pueden ensillar.
Si Dios me dió luenga a mí,
¿no le podré hablar, queriendo?
SEGUNDO. No, que está mandado ansí.
ANTONIO. ¿Qué es eso?
LUCINDA. Yo soy, que vendo
fruta, señor, por ahí.
Llegué a la puerta del huerte
y aquéstos, por pellizcarme,
me han metido acá.
ANTONIO. De suerte
que ya te dejan hablarme.
LUCINDA. ¿Cómo os va?
ANTONIO. Estoy a la muerte.
SEGUNDO. (¿Hablarále esta villana?
GUARDA. ¿Qué importa aquella inocencia?)
LUCINDA. Yo, anque só pobre aldeana,
siento la vuestra dolencia.
ANTONIO. Y ¿de dónde eres, serrana?
LUCINDA. ¿Habláis en seso?
ANTONIO. Yo, sí.
LUCINDA. Luego ¿no estáis loco?
ANTONIO. No.
LUCINDA. Allá en mi aldea lo oí.

ANTONIO. Loco soy cuando soy yo,
cuerdo cuando soy quien fuí.
LUCINDA. Pues sabed, señor, que soy
de aqueste monte vecina.
ANTONIO. Y di: si acaso te doy
señas de un ángel divino,
por quien suspirando estoy,
¿dirásme de él, labradora?
LUCINDA. ¿Es, por ventura, mujer?
ANTONIO. Y mi mujer.
LUCINDA. Pues agora
acabo, señor, de ver
la luz que vuestra alma adora;
que, forzada de un villano
que la llevaba, la hallé
quejándose al viento vano.
ANTONIO. ¡Cielos! ¿Roberto no fué
con ella? ¡Oh, fiero tirano!
Agora sí que estoy loco.
LUCINDA. Pues que no me conocéis,
no lo debéis de estar poco.
ANTONIO. Ojos, ¿qué es esto que veis?
¡Cielos, vuestras luces toco!
¡Mi bien!
LUCINDA. Habla quedo.
ANTONIO. Di,
¿cómo te atreviste a entrar?
LUCINDA. Amor, revestido en mí,
me manda, Antonio, intentar
sacarte agora de aquí,
porque temo que tu vida
está en peligro.
ANTONIO. Estoy muerto.
Mas ¿cómo, prenda querida,
podré salir encubierto
de tanto fiero homicida?
LUCINDA. Yo lo tengo ya trazado.
Y pues hasta haber entrado
la fortuna me socorre,
o tú saldrás de la torre
o yo moriré a tu lado.
Dos guardas están aquí;
una me requiebra, a ésta
abrazaré y, fía de mí,
que ha de ver lo que le cuesta
la pretensión.
ANTONIO. ¿Cómo ansí?
LUCINDA. Porque le tendré muy fuerte
mientras que tú das la muerte
a la otra guarda, y después,
entre los dos, cierto es
que la suya se concierte.
Que otra guarda, que sola
está en el campo, Roberto
tiene a punto una pistola,
que allá me aguarda encubierto
con la lealtad española,
apenas verá que sales
cuando la vida le quite
dentro los mismos umbrales.
ANTONIO. Hoy, Lucinda, Amor permite
que a las romanas iguales.
¿Qué es de la daga?
LUCINDA. Aquí está.
ANTONIO. ¿En la cesta?
LUCINDA. Sí, señor.
ANTONIO. Habla a la guarda, que ya
murmuran.)
LUCINDA. No tengo amor
a gente que viene y va.—
¿Sabéis lo que me decía
el Rey?
GUARDA. ¿Qué, por vida mía?
LUCINDA. Que a cuál de los dos amaba.
SEGUNDO. Y tú ¿qué decías?
LUCINDA. Juraba...
GUARDA. ¿Qué?
LUCINDA. Que a ninguno quería.
Mas si a gente palaciega
acaso hubiera de amar,
os amara a vos.
GUARDA. Pues llega,
labradora, a confirmar
lo que Amor permite; llega,
y abrázame.
LUCINDA. No querría
que lo viese el Rey.
GUARDA. No hará.
SEGUNDO. Corta fué la dicha mía.
LUCINDA. Para ti también habrá,
que yo vendré acá otro día
y te traeré una serrana
bella como el sol, mi hermana.
SEGUNDO. ¿Haráslo?
LUCINDA. Sin duda.
GUARDA. Andronio,
entretén y engaña Antonio
mientras hablo a esta villana,
que de oro me ha parecido.
SEGUNDO. Yo voy.—¿Qué hace vuestra alteza?
ANTONIO. Estoy aquí divertido
viendo la mucha belleza
del árbol que ha producido
tales manzanas.

SEGUNDO. Son bellas.
ANTONIO. Y advirtiendo que el comellas
fué la perdición de Adán,
pienso que ocasión te dan
de que te pierdas por ellas.
SEGUNDO. Harto mejor a este punto
me quisiera yo perder
por aquel bello trasunto.
ANTONIO. También ha de haber mujer
para que esté todo junto.
Adán serás tú, y aquélla
sera Eva, y yo seré
la serpiente, que por ella,
con mi engaño, te daré...
SEGUNDO. Dilo.
ANTONIO Esta manzana bella.
SEGUNDO. ¡Qué extrañas locuras!
ANTONIO. Ten.
GUARDA. Pues abrázame, mi bien.
LUCINDA. Que me place.—Ahora, Antonio.
ANTONIO. ¡Muere, infame, en testimonio
de que esto es verdad también!

*(Abrázale* LUCINDA *a la* GUARDA, *y* ANTONIO *dé al otro con la daga.)*

GUARDA. Suelta, traidora mujer.
SEGUNDO. ¡Muerto soy!
LUCINDA. Llega, señor.
GUARDA. ¡No me mates!
ANTONIO. Por tener
culpa de tu yerro amor,
esa piedad quiero hacer;
aquí quedarás atado.
LUCINDA. ¿No es mejor matarle?
ANTONIO. No,
que hombre por amor culpado,
cuando soy el jüez yo,
no puede ser condenado.
*(Atenle.)*
GUARDA. Pague, gran señor, el Cielo
esta piedad.
ANTONIO. Gente viene.
Escóndete, que recelo
que es el Alcaide.
LUCINDA. No tiene
mayor desventura el suelo.
¿Adónde me meteré?
ANTONIO. Donde otra vez estuviste.

*(Escóndese* LUCINDA *y salen* TANCREDO, *cuatro* SOLDADOS *con arcabuces.)*

TANCREDO. El Cielo, señor, os dé
libertad.
ANTONIO. Tancredo, ¡ay, triste!
TANCREDO. ¿Qué es esto que aquí se ve?
GUARDA. Llega, Tancredo. ¡Ah, señor!
¿No miras Andronio muerto
y a mí puesto en tal rigor?
ANTONIO. (Calla lo que está encubierto,
pues te dió vida el amor,
hombre, si lo eres de bien.
GUARDA. Esta palabra te doy.)
TANCREDO. ¿Qué es lo que mis ojos ven?
ANTONIO. Si preso o si loco estoy,
¿qué te admiras que así estén?
Quíseme ir, y maté
esta guarda y a ésta até.
Pídemelo en residencia.
TANCREDO. ¡Asilde!
ANTONIO. Es impertinencia,
si lo estoy, que más lo esté.
¿Esta cadena no basta?
TANCREDO. Llevarte quiero de aquí.
ANTONIO. Vamos, que en vano se gasta
el tiempo que contra mí
tantos disinios contrasta.
¿Dónde me llevas, Tancredo?
TANCREDO. Decirlo, señor, no puedo.
Un coche afuera te aguarda,
dos compañías de guarda
y el capitán Godofredo.
ANTONIO. ¿Es morir?
TANCREDO. De ningún modo.
ANTONIO. Pues dejadme despedir
de esta prisión y de todo.—
Prisión, yo voy a morir;
ya la garganta acomodo
al cuchillo del tirano.
Quedaos adiós, mi prisión,
pues fué nuestro intento vano;
los que desdichados son
en nada ponen la mano
que tengan ventura alguna.
Yo os amé, aunque no os serví,
por no querer la fortuna.
Para vos, prisión, nací,
aunque en conjunción de luna.
Acordaos, si sois servida,
de que en vos pasé la vida
y de que muero por vos.
¡Adiós, mi prisión, adiós!
TANCREDO. ¿Tan mal la prisión se olvida?
ANTONIO. No la olvidaré, Tancredo,
porque fué mi compañía.
TANCREDO. Vamos, señor.
ANTONIO. Voy, y quedo.

porque dejo la luz mía
entre mil sombras de miedo.

TANCREDO. Soldados, alerta un poco.
SOLDADO. A lástima me provoco.
SEGUNDO. Cuerdo le hacen los cuidados.
ANTONIO. ¿Agora sabéis, soldados,
que yo he sido un cuerdo loco?

*(Métanle, y salga* LUCINDA *de donde estaba escondida.)*

LUCINDA. ¿Es posible que he podido,
viendo que llevan mi bien
a la muerte, haber sufrido
que no me lleven también?
Cobarde y ingrata he sido.
Movidos tuve los pies
mil veces para salir;
mas no saber bien si es
llevar Antonio a morir
tuvo mis pasos después.
Que no es posible que sea
Rosania mujer tan mala,
aunque, en el mal que se emplea,
ya las crueldades iguala
de Tulia, Circe y Medea.
Teme amor y la piedad
me esfuerza si iré tras él.
Aunque haya dificultad
le he de seguir, que con él
va del alma la mitad,
y es bien, si le dan la muerte,
que ponga mi media vida.

*(*ROBERTO *éntre.)*

ROBERTO. ¿Adónde vas de esa suerte?
LUCINDA. ¡Oh, Roberto, estoy perdida!
La vida me ha dado el verte.
¿Qué hay de Antonio?
ROBERTO. En el lugar
que me dejaste escondido
le vi en un coche pasar.
LUCINDA. Tan mal nos ha sucedido,
que estoy por desesperar.
Las guardas ve, mi Roberto,
una muerta y otra atada,
como estaba en el concierto.
ROBERTO. No hay fortuna más airada
que la que anega en el puerto.
¿Tancredo, entonces, vendría?
LUCINDA. Ya lo ves.
ROBERTO. De la ciudad
por el monte se desvía.
LUCINDA. Ya de su mucha crueldad
está cierta el alma mía.
¡Ay, que van ya caminando
a matarle en esta selva!
ROBERTO. Pues no estemos esperando
a que el fiero Alcaide vuelva,
que allá los va acompañando,
y te conozca y nos prenda.
LUCINDA. Vamos, que quiero morir
luego que su muerte entienda.
ROBERTO. Sígueme.
LUCINDA. No he de vivir
sin vos, mi adorada prenda.

*(Vanse, y salen* ROSANIA *y el* DUQUE *con una carta.)*

ROSANIA. ¿Esto escribe?
DINARDO. Y que vendrán
los Generales a verte.
ROSANIA. Vendrán el Conde y Sultán
para que aquí se concierte.
DINARDO. Y ¿quién vino?
ROSANIA. Un Capitán.
DINARDO. Como están bien confiados
en que veinte mil soldados
a las espaldas les quedan,
¿qué habrá que intentar no puedan?
ROSANIA. Puesta estoy en mil cuidados.
¡Ah, si prenderlos pudiera!
DINARDO. Es imposible, señora.
El partido considera
que piensas tomar agora.
ROSANIA. Duque, el que Próspero quiera.
DINARDO. Pues avisen a Tancredo
que no lleve al campo Antonio.
ROSANIA. Ya fueron.
DINARDO. Rosania, un miedo
del alma es gran testimonio,
cuando vencer no le puedo,
de algún siniestro suceso.

*(Un* PAJE.*)*

PAJE. Aquí están los Generales.
DINARDO. ¿Tan presto? ¡Notable exceso
de arrogancia!
ROSANIA. Son iguales
a las fuerzas.

*(El* CONDE *y* SULTÁN.*)*

PRÓSPERO. Tus pies beso.

ROSANIA.

Dame esos brazos, Próspero valiente,
que tuve gran deseo de este día.

PRÓSPERO.

Dalos al gran Sultán, en cuya frente
resplandece el laurel de Berbería.

ROSANIA.

¡Oh, Capitán famoso!

SULTÁN.

No consiente,
señora, esta humildad la indigna mía.

ROSANIA.

Llegad sillas aquí.

PRÓSPERO.

¡Duque!

DINARDO.

¡Buen Conde,
esta visita a vuestro ser responde!
Que vos, aunque llegáis tan enojado,
así os habéis de entrar por lo que es vuestro,
que sois amparo de este Principado.

PRÓSPERO.

Antes vos, Duque, sois amparo nuestro.
Yo he venido del Príncipe agraviado,
de la manera que en mi luto muestro.
Mató a mi hermana y perderé la vida,
o me pienso vengar del homicida.

DINARDO.

No desea Rosania, señor Conde,
otra cosa ¡por Dios! con más afecto.

PRÓSPERO.

Rosania, el Duque en eso corresponde
a la alta estimación de mi concepto.

DINARDO.

Sultán habla con ella.

PRÓSPERO.

Él sabe adónde
me halló la nueva en diferente efeto
del que me vuelve así, porque quería
acometer su campo el mesmo día.

SULTÁN.

Tratar, señora, con el Duque puedes
este partido, que mi intento sólo
es servir a Celin.

ROSANIA.

Y hacer mercedes,
tal fama tiene ya de polo a polo.

SULTÁN.

Duque, por que de mí informado quedes,
que por seguir a Marte ignoro a Apolo,
con poca arenga te diré mi intento;
yo pienso que es del Conde el pensamiento.
Yo le acompaño en esta justa empresa
porque él me ha prometido que, ganada
con nuestra gente turca y albanesa
esta tierra a partido o por la espada,
será de él gran señor con voz expresa
de que viva a sus parias obligada,
que son cada año cien muchachos bellos,
de ellos comunes, aunque nobles de ellos.
Añádense también cien mil ducados
y poner en campaña seis mil hombres
cuando del gran señor fueren llamados,
y él os quiere de reyes dar los nombres
con tal que repartáis de los Estados,
que no del reino, porque no te asombres,
con él lo que merece su persona,
pues os ofrece a entrambos la corona.
Y sobre todo darle [a] Antonio preso,
porque todo va a fin de su venganza.

DINARDO.

Mucho pudiera responder a eso
a no tener de entrambos confianza;
pero pues ya lo quiso el mal suceso
de Lucinda, que a todos parte alcanza,
moderad el dinero y los esclavos.

SULTÁN.

Los genízaros son soldados bravos.
No los llames esclavos; pero sean
cincuenta y el dinero sea otro tanto.

DINARDO.

¿Qué dices, gran señor?

ROSANIA.

Que ellos se emplean
en servir un gran Príncipe. El espanto
de las armas, que el mundo señorean,
hace hablar de esta suerte.

DINARDO.

¡Cielo santo,
perdona aquesta injuria hasta aquel día
que ponga en libertad la patria mía!

PRÓSPERO.

En fin, ¿en qué quedamos convenidos?

DINARDO.

En que se entregue el Príncipe, y, casados

Rosania y yo y contigo repartidos,
Próspero, como el alma los Estados,
se paguen a Sultán los escogidos
esclavos y cincuenta mil ducados.

PRÓSPERO.

Tomad, Duque, los tiempos como vienen,
que otros tras éstos esperanzas tienen.

DINARDO.

Vamos, y háganse fiestas y alegrías.

SULTÁN.

Alójese primero nuestra gente.

ROSANIA.

Así será, Sultán.

DINARDO.

Las compañías
despida el Conde luego que él se ausente.

SULTÁN.

Haced las bodas estos mismos días,
que quiero hallarme a vuestro bien presente.

ROSANIA.

Yo soy tuya, Sultán.

SULTÁN.

Yo tu cautivo.
Escribe al gran señor.

ROSANIA.

Luego le escribo.

*(Vanse, y entren todos los* SOLDADOS *que puedan, con armas.)*

PRIMERO.

Mucha pena me ha dado ver al Príncipe,
mi señor natural, sin culpa preso.

SEGUNDO.

La cadena que vi traigo en el alma.

TERCERO.

Cuerdo le he visto yo, que no está loco.

CUARTO.

¡Vive el Cielo, que mienten los traidores
que le han quitado el reino con la honra.

QUINTO.

Este Tancredo que le trujo preso,
no hallando al Conde aquí, dicen que quiere
volver a la ciudad.

SEXTO.

Ansí lo dicen;
pero no lo consiente nuestra gente,
que o le querrá matar Próspero airado,
o la fiera Rosania, su madrastra,
que es quien le ha puesto en tanta desventura.

PRIMERO.

¡Vive Dios, que es bajeza que albaneses
vean su natural señor cautivo!
Hablémosle y veámosle, y sepamos
qué tiene este hombre, y, si estuviere loco,
viva en algún palacio recogido,
donde le limpien, guarden y regalen;
y, si estuviere cuerdo, ¿por qué causa
se han de alzar dos traidores con el reino?

SEGUNDO.

Romped aquesa tienda.

TERCERO.

Fuera, digo.
Danos a nuestro Príncipe, Tancredo.

TANCREDO.

¿Qué es esto, amigos?

CUARTO.

Danos luego al Príncipe.

TANCREDO.

El Príncipe está aquí preso por Próspero,
que es vuestro General, y le ha enviado
Dinardo aquí.

QUINTO.

¡Qué lindo disparate!
¿Quién puede al natural señor de todos
prender? ¡Muera el villano!

TODOS.

¡Muera! ¡Muera!

TANCREDO.

¡Triste de mí! ¡Pagué lo que debía!

*(El* PRÍNCIPE *salga con su cadena, y metan a* TANCREDO.)

ANTONIO. Generosos albaneses,
yo soy el Príncipe vuestro.
Amigos, yo soy Antonio,
y no loco, sino cuerdo,
el que conocistes niño
y el que conocéis mancebo.
Filipo, mi noble padre,
y Ricaredo, mi abuelo,
os libraron de los turcos
y en tanta paz os pusieron.

Yo puedo decir que he sido
nacido de vuestros pechos,
que todos me habéis criado
y es vuestro este ser que tengo.
Después de Dios y mis padres
no tengo ningunos deudos
más cercanos que vosotros,
la sangre y la vida os debo.
Soy lo que sois. Bien sabéis
que a nadie en mi vida he hecho
agravio por culpa mía;
cuantos me levantan niego;
y pues estoy en juïcio,
haced cuenta que soy reo.
Diga alguno de vosotros
contra mí, que a nadie apelo.
Yo no he perdido una almena
de Albania. Mas si el respeto
de mi rostro os enmudece,
yo mismo acusarme quiero.
Dice Próspero que he sido
quien, contra todo derecho,
gocé su hermana, y que un día
me halló en su mismo aposento.
Verdad es; mas yo le dije
que era mi mujer. Còn serlo,
¿qué agravio recibe el Conde?

TODOS. Ninguno.

ANTONIO. Pues oíd atentos.
Luego dice que maté
a mi Lucinda por celos.
Si a Lucinda os muestro viva,
¿cómo dice que la he muerto?
¿Esta no es prueba bastante
de que este engaño le han hecho
Dinardo y Rosania, amigos?

TODOS. Sí,. señor.

ANTONIO. Pues oídme atentos.
El Duque, contra razón,
ama a Rosania en secreto,
quiere con ella casarse
y alzarse, al fin, con el reino.
No se atreviendo a matarme
quiso que, con un veneno
volviéndome loco, fuese
inhábil para el gobierno.
Avisóme de este engaño
el cocinero Roberto,
que es español, y ha vivido
por ello algún tiempo preso.
No echó el veneno en la copa;
pero aconsejóme luego
que fingiese que lo estaba
hasta algún dichoso tiempo.
Hícelo ansí, o por librarme;
y sabe el que rige el Cielo
las afrentas, las traiciones,
las calumnias que me han puesto.
Cuerdo estoy para reinar;
la verdad, hijos, os cuento;
vuestro padre soy, vosotros
hechuras de mis deseos.
Siendo, pues, verdad, amigos,
que está vuestro Antonio cuerdo,
¿es bien que reine un traidor?

TODOS. No, señor.

ANTONIO. Pues oíd atentos.
Sultán y Próspero están
en la ciudad satisfechos
de que yo estoy preso aquí,
tratando infames conciertos.
Dicen que ha de ser el Turco
vuestro señor por lo menos,
y le habéis de dar cada año
en parias cien hijos vuestros;
tras esto cien mil ducados,
y que, en llamándoos tras de esto,
habéis de ir en su favor
contra los cristianos pechos.
Pues ¿cómo que vuestros hijos
habéis de dar pequeñuelos,
siendo cristianos, al Turco,
esclavos en alma y cuerpo?
Vuestras haciendas también,
que aunque esto parece menos,
que el ver que los que dais niños
volverán, siendo mancebos,
a echaros de vuestras casas
y acaso, en los mismos lechos,
a gozar sus propias madres
y matar padres tan buenos,
¿esto habéis de consentir
siendo yo el Príncipe vuestro?
¡Mueran, hijos, los traidores!

TODOS. ¡Mueran!

ANTONIO. Pues oíd atentos.
Los turcos están agora
descuidados y contentos
entre sus tiendas sin armas.
Dad de repente sobre ellos,
quitaréisles las riquezas
que traen, pues será cierto
que, sin Capitán y armas,
lo ha de ser el vencimiento.

Luego en la ciudad podéis,
la vitoria prosiguiendo,
entrar hasta mi palacio,
donde, los traidores presos,
me pagarán este agravio.

TODOS. ¡Tú eres el Príncipe nuestro!
¡Danos esos pies a todos!

ANTONIO. Cuando me quitéis los hierros...

SEGUNDO. Haz cuenta que están quitados.

ANTONIO. Daré en los vuestros mil besos.

TERCERO. ¡Tente, señor!

ANTONIO. Ea, amigos,
dadme alguna espada presto.

CUARTO. Esta toma y este escudo.

ANTONIO. Pues, alto. ¡San Jorge! ¡A ellos!

*(Dentro se toque caja; hagan batalla; salgan* ROBERTO *y* LUCINDA.)

LUCINDA. ¿No sientes el gran ruïdo?

ROBERTO. Puesto que lejos estamos,
grandes voces he sentido.
Las fieras buscan los ramos
y los pájaros el nido.
¡Válgame Dios! ¿Qué será?

LUCINDA. ¿Qué quieres que sea, Roberto,
sino que ya Antonio está
a manos del Conde, muerto,
y que marcha el campo ya?

ROBERTO. No digas tal.

LUCINDA. Es, sin duda.

ROBERTO. ¿Tanta crueldad?

LUCINDA. Es desnuda
la venganza de piedad.

ROBERTO. ¿Hay mayor temeridad?
Miedo y propósito muda,
que no lo puedo creer.

LUCINDA. Yo sí, porque no ha nacido
tan desdichada mujer.

ROBERTO. Mas crece el gran ruido.

LUCINDA. Cuanto es mal he de creer.—
¡Ay, querido Antonio mío!
¿Cómo no me doy la muerte?
Mas en mi lealtad confío
que irá presto el alma a verte.—
¿Tienes daga?

ROBERTO. Es desvario.
Vive, señora, hasta ver
si es verdad.

LUCINDA. ¿No lo ha de ser
siendo cosa de mi daño?

ROBERTO. ¿Y no puede ser engaño?
Esfuérzate.

LUCINDA. Soy mujer.
Mas ¿no tengo yo veneno
para tales ocasiones?

ROBERTO. ¡Detente!

LUCINDA. Aquí tengo lleno
un brinco.

ROBERTO. Tales razones
entre cristianos condeno.
Deja.

LUCINDA. Suéltame la mano.

ROBERTO. Pues, óyeme.

LUCINDA. Huiré de ti.

ROBERTO. Ese es intento romano.
Espera.

LUCINDA. El bien que perdí
sólo muriendo le gano.

*(Váyanse, y salgan con gran música y con cetros el* DUQUE *y* ROSANIA, SULTÁN *y el* CONDE.)

SULTÁN. Alegre está la ciudad
de vuestra coronación.

ROSANIA. Estos asientos tomad.

DINARDO. Tiene la ciudad razón,
que sabe nuestra lealtad.
Vuestra majestad se asiente.

ROSANIA. Siéntese el Bajá.

SULTÁN. Señora,
yo tengo asiento decente.

ROSANIA. ¿Qué fiestas harán agora
que hay grande alboroto y gente?

PRÓSPERO. Máscaras pueden entrar.

SULTÁN. Sin duda os deben de amar,
pues hay regocijos tales.

DINARDO. No los viera el mundo iguales
a estar en paz el lugar.
Mucha gente está escondida
de los grandes incitada.

PRÓSPERO. ¿Qué habrá que invidia no impida?

ROSANIA. Pronto sentirán tu espada,
quitando a todos la vida.

*(Un* CAPITÁN *éntre.)*

CAPITÁN.

Por las famosas puertas que a tu entrada
coronaron trofeos y laureles,
entra la mayor parte del ejército,
sin que de nadie fuese resistido.

DINARDO.

¿Qué dicen, Capitán?

CAPITÁN.

Que a ver las fiestas.

DINARDO.

Vaya el Conde y deténgalos.

PRÓSPERO.

No creo
que eso será posible.—¿Son los turcos,
o son mis albaneses?

CAPITÁN.

Tus soldados.

PRÓSPERO.

Pues si ellos vienen a sus mismas casas,
¿cómo quieres, señor, que los detenga?
Todos son naturales, y, tan cerca,
querrán gozar sus hijos y mujeres.

DINARDO.

Pues decid, Capitán, que no resistan
la puerta a nadie.

CAPITÁN.

Haré lo que me mandas.

PRÓSPERO.

Una máscara viene.

DINARDO.

Y es famosa.

ROSANIA.

No he visto en mi vida mejor cosa.

*(El* PRÍNCIPE *y cinco* SOLDADOS, *vestidos de máscara, con sus arcabuces al hombro, entran de dos en dos al son de una caja de guerra, y al dar la vuelta apuntan los arcabuces a los cuatro.)*

DINARDO.

¿Qué es aquesto?

PRÓSPERO.

¿Qué digo? ¿tenéis seso?
Volved allá los arcabuces, máscaras.

*(Quítese el* PRÍNCIPE *la suya, y diga:)*

ANTONIO.

Tenemos seso, y siempre le tuvimos,
y échase bien de ver en el suceso.
Daos a prisión, o perderéis la vida.

DINARDO.

¿Eres Antonio?

ANTONIO.

Soy, infame, el Príncipe,
tu señor.

DINARDO.

Pues prendedle o dadle muerte.

ANTONIO.

¿Ves como tú eres loco y yo soy cuerdo?
Pues ves al Cielo, Duque, con la vara
de su justicia, que indignaste tanto,
y vesme a mí que a ejecutalla vengo
¿y dices que me prendan?

SULTÁN.

Mira, Antonio,
que te haremos matar.

ANTONIO.

¡Bárbaro perro!
Yo he degollado tus soldados todos,
que solos se escaparon los huídos.
Ya tengo en la ciudad cuatro mil hombres.
¿Cómo me harás matar?

SULTÁN.

¡Mahoma santo!

ANTONIO.

Daos a prisión, que yo maté a Leonido
en lugar de Lucinda, conde Próspero,
y éstos te han engañado, que Lucinda
es mi mujer y yo cuñado tuyo.

PRÓSPERO.

Señor, tú eres mi Rey, tú eres mi Príncipe;
si sabes que engañado te he ofendido,
por tu misma piedad perdón te pido.

ROSANIA.

Príncipe, si a tu grande entendimiento
no hubiera dado el Cielo igual ventura,
no hubieras puesto en nuestros libres cuellos
tan seguras las plantas. Él te ayuda,
que siempre la justicia favorece.
Yo soy mujer del Duque. Estos Estados
pensé tiranizar. Hoy es el día
que Reina me llamé.

DINARDO.

Cuerdo el más cuerdo
que ha visto el mundo, con tu sabia industria
has vencido la invidia y las traiciones
mayores que se han visto. Yo no pido
perdón que no merezco; antes quisiera
que fuera aqueste cetro el mismo palo
en que mandaras que me dieran muerte,
y este laurel la soga.

ANTONIO.

Doy las gracias
al Cielo que en tan grandes enemigos

pongo las plantas. Disponer no puedo
de vosotros, traidores, hasta tanto
que venga mi Lucinda.

PRÓSPERO.

Espero en ella,
que soy su sangre, y no querrás vertella.

*(Éntre* ROBERTO.)

ROBERTO. Dame, señor, esos pies
en este dichoso día.

ANTONIO. ¿Quién eres?

ROBERTO. Roberto soy.

ANTONIO. Roberto, ¿y la prenda mía?

ROBERTO. Oye, y sabráslo después.
Como te vió llevar preso,
fué siguiendo poco a poco
tus pisadas, gran señor,
desde la montaña al soto,
dando notables suspiros,
con que hasta la fuente, el olmo
y las peñas respondían
con tristes ecos: "¡Antonio!"
Hicimos alto en un valle,
y allí, lamentando a coro
tu desdicha, nos hallamos
ceñidos del campo en torno,
en el cual al mediodía,
que en nuestro cenit Apolo
las sombras iba encogiendo,
oímos grande alboroto.
Creyó que fuese tu muerte
y que los campos, llorosos,
con sentimientos iguales
abrían los Cielos sordos.
Quiso tomarme la daga
con ánimo valeroso;
resistíla, y acordóse
de un brinco de piedras y oro
que por alma en su riqueza
tenía un veneno. ¡Oh, monstruo
de amor, de lealtad y fe!

ANTONIO. ¿Tomólo, amigo?

ROBERTO. Tomólo.
Murió Lucinda, quedando
como los claveles rojos
que cubre escarcha del cielo.

ROSANIA. ¡Caso extraño!

SULTÁN. ¡Lastimoso!

ROBERTO. Púsela, Antonio, en efeto
en mis hombros, como Codro
el cuerpo del gran Pompeyo,
y aquí la truje en los hombros.

ANTONIO. Trae, mensajero triste,
de Lucinda el cuerpo hermoso
para que el dolor me mate.

ROBERTO. Voy, señor.

ANTONIO. Aguardo sólo
que aquestos ojos la vean,
porque, en viendo sus despojos,
he de acabar con la vida.

PRÓSPERO. Si nos perdonas a todos,
a Sultán por que se vuelva
a Constantinopla como
él lo pidiere y su honor,
que es Capitán valeroso,
y a tu madrastra y al Duque
con un destierro, hoy te pongo
viva a Lucinda en tus manos.

ANTONIO. Y yo, Conde generoso,
en las tuyas este reino.

PRÓSPERO. ¿Perdónaslos?

ANTONIO. Sí perdono.

PRÓSPERO. Pues sabe que aquella joya
fué mía, y que infunde sólo
un sueño en mortal desmayo.

ANTONIO. ¿Qué dices, Próspero? ¿Qué oigo?

PRÓSPERO. Digo que yo la tenía
en cierto caso amoroso
para adormir un marido,
y ella me la ha hurtado.

ANTONIO. Próspero,
tuyo es mi reino y mi vida.

*(Éntre* ROBERTO *con* LUCINDA *desmayada en los brazos.)*

ROBERTO. Esta es Lucinda, en reposo
eterno.

ANTONIO. ¡Ay, luz eclipsada!

PRÓSPERO. Espera, Príncipe un poco,
que con tocalle los pulsos
verás qué milagros obro.

LUCINDA. ¡Válgame Dios!

ANTONIO. ¿Habló?

PRÓSPERO. Sí.

ANTONIO. Pues ya tenéis perdón todos.—
¡Lucinda del alma mía!

LUCINDA. ¿Es mi Antonio?

ANTONIO. Soy tu Antonio.

LUCINDA. ¿Qué es esto? ¿Es aqueste mundo
adonde te ven mis ojos?

ANTONIO. El mismo, y los que aquí ves
tus contrarios invidiosos.

LUCINDA. ¡Hermano!

PRÓSPERO. ¡Señora mía!

ROSANIA. Dadnos los brazos a todos,
que por Reina os recebimos.
LUCINDA. Alma, vida y sangre cobro.
ANTONIO. Mañana parta Sultán,
recogiendo los despojos
de su campo al gran Celín,
y a Francia os iréis vosotros.
Doy a Roberto diez villas,
y desde ahora le nombro
con título de Marqués.
ROBERTO. Beso tus pies.
ANTONIO. Y aún es poco.
Qué tales habían de ser
los que al rey y al poderoso
le guisasen la comida
dígalo este ejemplo solo —
A Próspero doy mi prima,
hija del duque Leopoldo,
y le hago mi Almirante.
PRÓSPERO. De tus grandezas me asombro.
ROSANIA. Yo tengo mi merecido.
DINARDO. Yo mucho menos.
SULTÁN. Yo tomo
el camino de mi patria,
donde ya sin honra torno.
ANTONIO. Yo doy la mano a mi esposa.
LUCINDA. Y yo al Príncipe, mi esposo.—
Y aquí, senado, se acaba
la historia de *El Cuerdo loco.*

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE *El Cuerdo loco.*

# LA DEFENSA EN LA VERDAD

## COMEDIA FAMOSA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA OLMEDO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON JUAN.
SANCHO DE AVILA.
DON DIEGO.
LISARDO.
DON LUIS, *viejo.*
TRIGUEROS, } *criados.*
GARCÍA, }
DOÑA LEONOR.
DOÑA MARÍA.
INÉS, *criada.*

### ACTO PRIMERO

(*Salen* DON JUAN *y* TRIGUEROS.)

TRIGUER. Si nos faltan dos jornadas
para que a Madrid lleguemos,
deja tan necios extremos
de amor.

D. JUAN. ¡Que siempre me enfadas
opuesto a mi sufrimiento
y al cuidado con que vivo!
¡Necio!: si ves que recibo,
en el penoso tormento
de mi lastimosa ausencia,
alivio con la memoria,
¿por qué perturbas la gloria
que, con alegre apariencia,
me muestra la imagen bella
de mi esposa? Mientras llego
templa su memoria el fuego
del alma abrasada en ella.

TRIGUER. Fuego, en un hombre casado,
no es buen vocablo, señor;
fuego dice el pretensor,
que a posesión no ha llegado.
Pero el que llega a alcanzar,
como llega a desposarse,
hay lugar para abrasarse
y aun para volverse a helar.
El que es ya dueño de casa
y goza una linda moza
dice, contento, que goza;
mas no dice que se abrasa.
Porque abrasarse es mentir,
y el mentir toca al amante;
que, con los pies de danzante,
sabe rondar y fingir.
Mas cuando el amor se pinta
de un casado, no hay quien hable;
que este amor es venerable,
con la barba hasta la cinta.
No andar turbando celebros
con su pretensión cansada,
y vuelve a colgar la espada
del templo de los requiebros.

D. JUAN. Tiene, aunque mi amor alcanza,
la ausencia, tal condición,
que olvida la posesión
y me acuerda la esperanza.
De suerte que, amante paso
los tormentos en que muero,
y así, cuando gozo, espero,
y cuando espero, me abraso.
Que, aunque cesa el pretender,
porque he llegado a alcanzar,
penando pago en amar
lo que falta en merecer.

TRIGUER. Si tanto habías de sentir
la ausencia de mi señora,
quejarte puedes agora
de ti mismo.

D. JUAN. Es el servir
a los Reyes tan hidalga
y tan propia obligación,
que no hay humana excepción
que al hombre noble le valga.
Murió el rey don Sebastián
en Africa, y por su muerte
le cupo a Enrique la suerte
cuando sus años están
amenazando la vida.

Pasó, al fin, a otra mejor,
dejando asombro al temor
en la Corona oprimida
de diversos pretensores;
pero Filipo Segundo
la cobró, a pesar del mundo,
teniendo por valedores
su justicia y su razón,
que le defiende y le salva,
enviando al Duque de Alba
a tomar la posesión
con un escuadrón valiente
de Castilla, que rindiera
a Portugal, si estuviera
en la zona más ardiente;
si bien con pecho leal,
culpando la resistencia,
dieron al Rey la obediencia
los nobles de Portugal.
Mas don Antonio, el Prior
de Crato, con vano intento,
librando en torres de viento
su ya rebelde valor,
la corona pretendía;
en el reino se ocultó
y los pueblos alteró
con obstinada porfía.
Pero como iba creciendo
el fuego, fué menester
que lo templase el poder
entre el militar estruendo.
Y así, el español Monarca
para hazañas tan grandes
envió al rayo de Flandes,
al cuchillo de la Parca,
al más valiente español,
que al furioso mar le obliga,
que con la sangre enemiga
puso rojo todo el sol.
Sancho de Avila, en efeto,
que en la docta escuela aprende
del gran Duque de Alba a Ostende
y Maestrique en el aprieto
mayor de Sancho temblaron;
al fin, a su nombre igual
desvaneció en Portugal
la esperanza que fundaron
en don Antonio; siguió
su alcance; rompióle en tres
batallas, y el Portugués,
temeroso, al mar huyó.
Mas es tan corta mi dicha,
que nunca a Lisboa llegó
Sancho, para verle yo.

TRIGUER. No es esa mi poca dicha.

D. JUAN. Pues mira en tan alta empresa,
como aquestos reinos ven,
que ningún hombre de bien,
que honrado valor profesa,
paseando se quedara
en la Corte; al fin venimos
cuantos en sangre tuvimos
una obligación tan clara
de servir al Rey; ya queda
el Duque en la posesión
por el Rey; mi obligación
(sin que murmurarme pueda
la envidia) he cumplido ya,
y vengo, aunque en breves plazos,
a regalarme en los brazos
de mi esposa, que estará
llorando lo que tardamos.

TRIGUER. Que llores también espero.

D. JUAN. Ya eres necio y majadero.

TRIGUER. Todos en Adán pecamos,
señor compadre.

D. JUAN. ¿Qué dices?

TRIGUER. Día de Carnestolendas
(porque esta verdad entiendas
y contigo le autorices)
sacó un máscara pintados
gran fama de majaderos,
y los demás compañeros,
de su disfraz admirados,
quisieron saber también
qué letra sacado había;
desenvolvióla, y decía:
"Acá estamos todos."

D. JUAN. Bien;
pero has de advertir...

TRIGUER. Espera;
que hacia acá volando vienen
dos postas.

D. JUAN. De los que tienen
en Madrid dichosa esfera;
habrán, como yo, cumplido
su obligación y darán
la vuelta.

TRIGUER. ¡Bravo galán
viene el uno! Conocido
ha de ser.

D. JUAN. Si es caballero
de los que a Madrid pasean,
¿qué te admiras?

TRIGUER. Ya se apean,
pidiendo postas.
D. JUAN. No espero
tener más alegre día.
Sancho de Avila es, ¡por Dios!
TRIGUER. ¿Y sois amigos los dos?
D. JUAN. De una misma compañía
fuimos tres años soldados
en Flandes.

(*Sale* SANCHO DE AVILA *y* GARCÍA.)

SANCHO. Prevén, García,
las postas.
D. JUAN. Aún sobra el día,
cuando llevéis más cuidados,
para que a Madrid lleguéis.
SANCHO. ¡Señor don Juan! ¡Bien hallado
seáis! Yo soy desgraciado;
pues en la ocasión que veis,
tras de nuestra larga ausencia,
que ya de seis años pasa,
quiere mi fortuna escasa
darme tan corta licencia,
que sólo el instante breve
en que otras postas me dan
podré hablaros.
D. JUAN. No estarán
tan a punto; no se mueve
el huésped con tanta prisa
que así podáis despachar.
GARCÍA. Bien podemos esperar.
SANCHO. ¿A qué?
GARCÍA. A que venga de misa
el huésped, que fué al lugar.
SANCHO. No es día de fiesta hoy.
D. JUAN. De ello admirándome estoy,
sino es que piensa pagar
las que ha dejado de oír
las fiestas de todo el año.
TRIGUER. Aprende para ermitaño.
D. JUAN. Pues ya que no podéis ir
tan presto, me habéis de dar
cuenta de vuestro suceso
dichoso.
SANCHO. Es largo el suceso,
y yo sabré pelear
sin velle la cara al miedo;
pero al contar la vitoria
vengo a perder la memoria;
mis hechos decir no puedo.
D. JUAN. Ya sé que sois andaluz,
rayo del mar, y no fuera
razón que yo os consintiera
partir sin dejarme luz
de tan gran vitoria.
SANCHO. El mar
no la ha tenido mayor;
que, aunque en gente superior,
la de Lepanto igualar
puede la mortal porfía,
y en las costas españolas,
a las que cuenta por solas
la fama inmortal.—García,
mira si viene el ventero.
D. JUAN. ¿Qué queréis?
SANCHO. Irme, don Juan.
D. JUAN. Las postas despacio están;
saber la vitoria espero
del Marqués en la Tercera.
SANCHO. Yo os haré la relación,
mas con una condición.
D. JUAN. Por todo pasa el que espera.
SANCHO. Que si el huésped...
D. JUAN. Ya os entiendo:
si viene os podéis partir.
TRIGUER. Yo sé que no ha de venir
tan presto, porque está oyendo
misa mayor.
SANCHO. No lo dejo
por vos, pues sabéis que os debo
amistad; mas porque llevo
pliego del Duque al Consejo;
mas pues hay espacio, oíd,
para más blasón de España,
una católica hazaña.
TRIGUER. (¡Tente, ventero!)
D. JUAN. Decid.
SANCHO. Ya sabéis que las mudanzas
de Monarquías engendran
turbaciones y alborotos
en las naciones opuestas;
que, justamente envidiosas,
se arrojan luego a la empresa,
siendo su favor industria
y su protección cautela.
Don Antonio, pues, medroso
de la razón y las fuerzas
del Rey (que nos guarde el Cielo),
buscaba en Ingalaterra,
Francia y Holanda el favor
que su injusticia le niega;
a cuyos embajadores
prestaron gratas orejas,
no el cristianísimo rey
Enrique; pero en su tierra,

inobedientes vasallos,
que contra su Rey se alteran,
dieron al mar tantos leños,
tantas escuadras francesas,
que pudo bien don Antonio
mostrar su ambición soberbia.
Dió aviso, pues, que la Armada
se arrojase a las Terceras;
porque, ganadas, serían
inexpugnable defensa
y plaza de armas segura
para prevenirse en ella
contra la fuerza de España.
¡Tanto la ambición despeña
obstinados corazones!
La Armada, al fin, dando velas
al Austro, abollando espumas,
pareció, fuerte y ligera,
una selva coronada
de gavias y de banderas.
Eran sesenta bajeles
con gente prática y diestra,
a su provecho inclinada
más que a la ajena defensa.
Llegaron, pues, a la isla
de San Miguel; tuvo nuevas
de nuestra española Armada;
navegaba ya tan cerca,
que pudo ver los faroles
una veloz carabela,
que fué luego a dar aviso;
al fin, con bordos y vueltas,
aguardó nuestros bajeles
con esperanzas muy ciertas
de una próspera vitoria,
que los discursos alientan.
Tal vez para mayor daño
decía que a nuestra fuerza
era superior la suya
en bajeles y en la diestra
plática de los soldados,
y que cuando acometieran
de cada nave española
se aferrasen tres francesas.
No era menor la ventaja,
porque la nueva era cierta
de que las naves mejores
de nuestra Armada se quedan
en puertos de Andalucía;
porque los aprestos niegan
la diligencia y cuidado,
aunque lo posible abrevia
Juan Martínez de Recalde,
su general, de quien tiembla
el mar, donde muere el sol,
y que dos urcas flamencas
que con el Marqués venían
dieron vergonzosa vuelta,
y que los tres galeones,
con gente plática y diestra,
que salieron de Lisboa
tan bien portados de velas,
no habían llegado a la Armada,
y que todas estas eran
causas bastantes—decía—
para saber que su estrella
dichosa le presentaba
la vitoria más sangrienta
que en las ondas del Ocaso
vieron pinceles, no letras.
Aprobaron este acuerdo
con clarines y trompetas,
largando la capitana,
entre el aplauso, dos piezas.
Y el Marqués de Santa Cruz,
acercándose a la tierra,
advirtió que de las gavias
de la nave *Magdalena*
se vió la Armada enemiga,
con animosa soberbia,
bordeando sobre el cabo
de Punta Delgada apriesa.
Cambió el timón el Marqués,
y haciéndose mar en fuera,
llamó a consejo, parando
con sólo la cebadera
y el trinquete, en cuya punta
vió la española nobleza
la cifra de su valor,
pues dice el aviso que era
el Marqués de Villafranca,
Toledo, al fin, que dispierta
como blasones envidias
de naciones extranjeras;
don Francisco Bobadilla,
por cuya docta experiencia
le libraron del peligro
que amenazaba la tierra;
don Lope de Figueroa,
nuevo Cipión, nuevo César,
y don Cristóbal Eraso,
sin los demás, que pudieran
ser generales ¡por Dios!
de más dudosas empresas.

Hubo pareceres varios,
porque tan ardua materia
pedía claros jüicios
y acertadas advertencias.
No tenía puerto la Armada
donde abrigarse pudiera;
la ventaja conocida
del Francés, pues nuestras velas
no eran más de veinticuatro,
y eran las suyas sesenta;
el volverse era imposible
sin afrentosa vergüenza.
Ganóles el barlovento,
que es siempre ventaja cierta
en las batallas navales;
dudóse también, pues eran,
por pequeños más ligeros
sus bajeles; tan dispuestas
estaban en su favor
las humanas diligencias,
que no se hallaba camino
de salud sin que lo abriera
la espada. Este fué el acuerdo
con que la fatal sentencia
dió el Cielo en nuestro favor.
Cerró la noche, y tan ciega,
que de lástima o de miedo
de las futuras tragedias
no salió del pabellón
coronado de nïeblas.
Apagó la capitana
el farol (estratagema
prudente), por que el Francés
no conociese las vueltas
de nuestra Armada, pues iba
siguiendo su misma estrella
por la luz de sus faroles,
hasta que el alba rompiera
dudas y sombras. Al fin,
salió el sol; no soy poeta,
que yo os pintara en bosquejo
la más vistosa reseña
que sobre líquidos hombros
vió el escuadrón de nereidas.
Pero, por lo marinero,
cuyo término se encierra
en lenguaje tosco, os digo
que el sol con doradas trenzas
descubrió las dos Armadas,
inclinándose a la nuestra,
pues de tantos coseletes
hizo su luz vedrieras.
Era, con las pavesadas
rojas y las blancas velas,
cada galeón un monte
de fuego y nieve; carreras,
pólvora, balas y bombas,
abiertas las portañuelas
de las naves se mostraban;
donde abocadas las piezas,
eran volcanes futuros;
dieron en su misma esfera
asombro a Marte. El Marqués,
hecha la señal postrera,
llamando al Patrón de España,
al son de instrumentos cierra,
para abordarse al Francés.
Iba a su lado ligera,
como bizarra, la urca
*San Pedro,* pues la gobierna
Bobadilla, a quien le fían,
como en valor en destreza,
ocho naves vizcaínas,
rayos de la mar, y en ellas
Oquendo y Villaviciosa,
y las demás con prudencia
repartidas velejaban
sobre la Armada francesa.
Quedárase atrás don Lope
de retaguardia, y pudiera
su galeón *San Mateo*
peligrar, si la defensa
no fuera casi inmortal,
pues cuatro naves la cercan,
y las dos, la capitana
y la almiranta, soberbias,
de Estroci y Ursa, que estuvo
dos horas en la defensa
de su persona y bajel
don Lope, dejando ciegas
las luces del sol el humo
de las tronadoras piezas,
y con los cuerpos y sangre
turbadas las ondas negras.
Iba el Marqués en su ayuda;
pero, por desgracia nuestra,
estaba ya a sotavento
y no alcanzaban las piezas.
A dalle favor también
estaba en la misma afrenta
don Francisco Bobadilla,
pues por la popa le encuentran
seis bajeles enemigos;
mas como el Cielo reserva

vitorias para su brazo,
hizo tan buena defensa,
que, llegando a cuchilladas
con los franceses, despejan
del mar la roja campaña,
viendo en sus mismas cabezas
el escarmiento mortal,
por que otra vez no se atrevan.
Acudió a dalle favor
a don Lope en tan extrema
afición, si bien a un tiempo
llegó Miguel de Beneta
con su nave vizcaína,
y con tal valor se aferra
al galeón del Estroci,
que ya don Lope pudiera
prometerse la ventaja,
pues tuvo casi deshecha
la capitana enemiga;
mas con importante priesa
la socorrieron diez naves,
aunque a la primera vuelta
la encontró el de Santa Cruz.
Vióse aquí la mayor prueba
del valor, de la constancia,
de la crueldad y la fuerza.
Encontráronse las dos
proa con proa, deshechas
con el prodigioso encuentro
penoles y cebaderas.
Llegóse, al fin, a los brazos,
donde no inventó la guerra
armas que no ejercitase
ni crueldad que no emprendiera.
Torre de Babel confusa,
mas lastimosa y sangrienta,
era el castillo de proa,
y la plaza de armas era
un promontorio de vidas
que por despedirse anhelan.
A puñadas, a bocados,
con obstinada fiereza
se quitaban la victoria;
y como era tan estrecha
la campaña de bajeles,
porque no los impidieran,
desafiados salían
desde el bordo a las inquietas
ondas del sangriento mar,
que daban mortales treguas
a su rabiosa porfía.
En fin: venciendo la nuestra,
rindió al francés galeón
con aclamaciones nuevas
de vitoria; y el Estroci,
entre mortales sospechas,
de un mosquetazo en los pechos
despidió el alma soberbia
Huyeron los que pudieron
dar su esperanza a las velas,
quedando por testimonio
diez y siete naves gruesas,
y catorce que le hicieron
al mar espantosa ofrenda
entre escollos y entre espumas
por pirámides de arena.
Murieron cuarenta hombres,
que serán de las Terceras
trompa inmortal para aviso
de las naciones soberbias,
que, viendo el naval estrago,
vergonzosas y suspensas,
dirán que, a pesar del mundo,
cuando oponerse pretendan,
es el prudente Filipo
de la militante Iglesia
coluna firme y segura,
rayo feroz de la esfera
de Calvino y de Lutero,
nuevo asombro en las riberas
del Asia al Turco arrogante;
y hoy, que esta corona hereda,
gozará esta Monarquía
con tan dilatadas fuerzas,
que tiemble el ultramarino,
que por señor le confiesa;
el Ganges le reconozca,
el Danubio le obedezca
y nuestra España le goce
en la sucesión que deja,
porque España y Austria vivan
siglos y edades eternas.

D. JUAN. No pudo en esta ocasión
mostrársenos más risueña
la fortuna. ¡Gloria a Dios!
Que nuestro Filipo queda
en la posesión dichosa
de estos reinos.

SANCHO. Ya mi priesa
está culpando tardanzas.

D. JUAN. Yo he de hacer las diligencias
por que os podáis despachar,
aunque el ventero no venga.

SANCHO. ¿Hay más de mudar las sillas
a las postas, sin licencia
de quien lo pueda impedir?
D. JUAN. Porque os conozco, quisiera
excusaros un disgusto.
SANCHO. Ninguno al que tengo llega
esperando.
GARCÍA. (Oye, señor.
SANCHO. ¿Qué quieres?
GARCÍA. Si no remedias
mi descuido, no podré
dalle a don Juan sin vergüenza
esta carta, que me dieron
en Madrid.
SANCHO. Si yo supiera,
necio, que tú la traías,
hiciera un propio con ella
para Lisboa.
GARCÍA. Señor,
que tú se la des quisiera
para que lo sienta menos.
SANCHO. Pues ¿cómo quieres que mienta?
GARCÍA. Diciendo que te la dieron
a ti no es mucha la ofensa
que has de hacer a tu valor.
Llamáronme de una puerta
cuando íbamos a Palacio;
entré a una sala, y en ella
vi un hombre mozo y galán.
Dióme la carta, y pudiera
tomar a aquel precio muchas,
pues me dió un doblón con ella.
Díjome: "—Si sois criado
de Sancho de Avila, vea,
pues habéis de ir a Lisboa,
el cuidado en la respuesta
de esta carta, que me importa."
Toméla, al fin, y beséla,
y dándole la palabra,
me despedí. ¡Buena cuenta
diera yo de mi persona,
si en viendo don Juan la fecha
ve que ha más de mes y medio
que se escribió. Tú no arriesgas
la amistad, pues estuviste
tan divertido en la guerra,
que te basta por disculpa.
SANCHO. ¡Bien en tu causa aconsejas!)
D. JUAN. Ya vino el huésped.
SANCHO. ¿De misa?
TRIGUER. (¡Así ha entrado él en la iglesia
como Barbarroja!)
SANCHO. ¡Presto,
García!
GARCÍA. No te diviertas,
y nos vamos con la carta.

*(Vase.)*

SANCHO. Los cuidados de la guerra
prefieren a los demás;
y así no es mucho que diera
toda el alma a los peligros,
negada a las diligencias
que pide nuestra amistad.
Esta carta, carta es vieja,
truje, don Juan, para vos
de la Corte.
D. JUAN. Por la letra
conozco que es de mi suegro.
SANCHO. ¿Casado sois?
D. JUAN. Y pudiera
envidiar mis buenas dichas
quien más en Madrid se precia
de dichoso y de contento;
pues, sobre hermosa y discreta,
es rica y es principal
mi esposa.
SANCHO. ¡Un siglo lo sea,
don Juan!
D. JUAN. Don Luis de Mendoza
es mi suegro.
SANCHO. No pudiera,
don Juan, recibir más gusto
con las más alegres nuevas,
porque es mi mayor amigo
el señor don Luis; apenas
me salió en Flandes el bozo,
cuando él, dando ejemplos, era
maese de campo de un tercio
de españoles.
D. JUAN. Con la renta
de su mayorazgo pasa
vida sosegada y quieta;
hablando de vos me dice
muchas veces que se precia
de vuestro deudo.
SANCHO. Es verdad.

*(Sale GARCÍA.)*

GARCÍA. Señor, las postas esperan.
SANCHO. ¡Adiós, don Juan!
D. JUAN. ¡Sancho, adiós!
¡Si acompañaros pudiera!
SANCHO. No es muy grande la ventaja
que os lleva agora mi priesa;

pues habéis de ver mañana
a vuestra dichosa prenda.

D. JUAN. ¡Guárdeos el Cielo!

SANCHO. ¡El os guarde!

*(Vanse* SANCHO *y* GARCÍA.)

TRIGUER. Y más si acaso postea
de noche.

D. JUAN. Veamos la carta.

TRIGUER. ¿Qué puede ser, siendo vieja?

*(Lee* DON JUAN.)

"El qué os diere ésta, siendo vuestro mayor amigo, solicita (perdonad el lenguaje) a mi hija y vuestra esposa; mis años tienen atrasado el valor, y así ya no puedo guardaros más que con avisos. Caballero sois y con obligaciones de mirar por vuestro honor; que, aunque vuestra esposa mira por él, el vulgo juzga diferente. ¡Dios os guarde!"

D. JUAN. ¡Válgame el Cielo! ¿Trigueros?

TRIGUER. ¿Qué quieres?

D. JUAN. Quiero que veas
si va lejos Sancho de Avila.
¡Oh, mal caballero!

TRIGUER. Apenas
subió en un caballo arrenque,
cuando dejó campo y venta
en poder de otro horizonte.

D. JUAN. ¡Los Cielos conmigo sean!
¡Sin prodigios ni señales
tan grandes desdichas llegan
a mi alma, porque ahora
darme de improviso puedan
la muerte sin prevenilla!
¡Ah, amigo traidor, que dejas
a un villano mal nacido,
pues las leyes atropellas
de la amistad! Miente el mundo
si, lisonjero, celebra
tus hazañas, y tú mientes
si de soldado te precias;
que soldados españoles
con adquirida nobleza
¡vive Dios! que son leales.

TRIGUER. ¿Qué tienes, señor?

D. JUAN. ¡Ah, fuerza
de dolor! Dame la vida
hasta que en Madrid me vea.
Trigueros, prevén el coche
y partamos. ¡Que no hubiera
más postas! Pero bien puedo
en las alas de mi afrenta
ir siguiendo a mi enemigo.

TRIGUER. ¡Vive Dios, que es cosa recia!
¡Que nos vamos sin comer!—
Huésped, pónganos la mesa;
que ya vamos.

D. JUAN. ¡Oh, villano;
alma que veneno prueba
sin morir! Bástete ahora
el mismo que la sustenta.
Prevén luego la partida.

TRIGUER. Hase quebrado una rueda
del coche, y está una mula
con pujo, y sobre una estera
está el cochero tendido,
hecho una canasta vieja.

D. JUAN. ¡Vive Dios, si me replicas,
que te mate!

TRIGUER. Como sea
después de comer, aceto
cuantas puñaladas vengan.
¡Que esté mirando la lucha
de los nabos y las berzas
en el campo de la olla,
y que salga de la venta
lacayo camaleón
cerca de las once y media!
Los que salís en ayunas,
aunque con estrellas sea,
mirad que, a la fin, se engaña
quien fía en cosas ajenas.

*(Vase.)*

D. JUAN. Del abrasado Faetón
cuentan las fábulas griegas
que, despeñado en el coche
de su padre, iba en las selvas
y bosques vertiendo llamas,
dejando en polvo deshechas
las coronas de los montes,
sin que le quedase aldea
ni pueblo que no abrasara;
fué loca ambición soberbia
la que le prestó los rayos
para abrasar lo que encuentra.
Más alta empresa es la mía,
porque toca en las ofensas
de mi honor, templo sagrado
a quien los hombres respetan.
Faetón despeñado soy,
porque el coche que me espera,
con el volcán de mi pecho,

irá abrasando la tierra.
Vuelan tus ligeras postas,
mal caballero, que llevas
a tus espaldas los rayos
que tiene el coche en las ruedas.
Porque han de ser con mi aliento
para alcanzarte cometas;
y cuando yo me despeñe,
desatado de su esfera,
volarán por alcanzarte,
traidor, en las mismas puertas
de mi fementida esposa,
para que los hombres vean
que, instrumento inanimado,
con lastimosa vergüenza,
venga el honor de un marido
perdido por una ausencia.

(*Vase, y salen* DON LUIS *y* DOÑA LEONOR, *su hija.*)

LEONOR. Si no estuviera enterada
de la virtud de mi madre,
dudara que eras mi padre
con lengua tan arrojada.
En ofensa de mi honor,
que al sol puede competir,
te has atrevido a decir
que yo puedo dar favor.
¡Ah, Cielos! Siendo casada,
¿a ningún hombre no sabes
que tiene seguras llaves
mi opinión acreditada?
¿Tú sospechas contra mí,
que mi recato conoces,
cuando lo publica a voces
la sangre que vive en ti?
¿Qué más pudiera dudar
el vulgo infame en mi afrenta,
que velando se sustenta
de ofender con sospechar?
Tu aborrecimiento está,
padre cruel, manifiesto;
que no es padre quien se ha puesto
de parte del vulgo ya.
Pues es fuerza que si en ti
hay dudas en mi opinión,
tenga en tu imaginación
un testigo contra mí.
Ese don Diego, o quien es,
que nuestra calle pasea,
¿has de creer que yo sea
el blanco de su interés?
¿No hay ventanas, no hay balcones
de otras damas más hermosas,
aunque, siendo virtuosas,
darán pocas ocasiones?
¿Cuándo me has visto a las rejas
en ausencia de don Juan,
si acaso hay necio galán
que da suspiros y quejas?
Entre las voces sonoras
de templados instrumentos
¿salgo a escuchar los acentos,
turbando al sueño las horas?
Pues adviertes mi sosiego,
¿en qué me puedes culpar?
¿Puedo yo acaso excusar
las locuras de don Diego?
Y ¿no echas también de ver
que mi prima es moza y bella
y que podrá pretendella
para que sea su mujer?
Supuesto que es venturosa,
mira, señor, por mi honor;
que en tu lengua este rigor
es una acción peligrosa.
Y de mi esposo en ausencia
no es bien que a tu honor le cuadre,
porque sospecha en un padre
es en el vulgo evidencia.

D. LUIS. Aunque saben las mujeres
fingir con atrevimientos
engañosos, la verdad,
hija de un sencillo pecho,
busca razones valientes
y pone eficaces medios
para descubrir su luz.
Basta, Leonor; yo te creo;
que por la ponderación
que tus palabras hicieron
conozco ya tu virtud.
Tu prima, si con desvelos
de su poca edad, pretende
turbar, Leonor, mi sosiego,
aunque sus intentos sean
fundados en casamientos,
que no pueden ser honrados
como les falte mi acuerdo,
dejará tu compañía,
y seglar en un convento
será bien que tome estado
por la mano de sus deudos.

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Para hablarte, un caballero,

que lo muestra en la persona,
pide licencia.

D. LUIS. El respeto
abona su calidad.
¿Dijo el nombre?

INÉS. Sí, me acuerdo
bien; Sancho de Avila dijo.

D. LUIS. Encubrir apenas puedo
la alegría.—Dile que éntre.—
Este es, hija, nuestro deudo,
repetido tantas veces
su nombre en casa; sus hechos
dan materia a las historias
para vencer a los tiempos.

LEONOR. El sea muy bien venido
por quien es y el parentesco
que nos tiene.

(*Sale* SANCHO DE AVILA.)

SANCHO. En vuestros brazos
confirmar, señor, pretendo
las obligaciones mías.

D. LUIS. Prisiones serán los vuestros
para dejarme obligado.
Ya, señor Sancho, estoy viejo;
cuidados y años han sido,
que aunque les debo a los Cielos
el favor de haberme dado
esta hija...

SANCHO. Hermoso empleo
del valor que vive en vos.

D. LUIS. Tratémonos como deudos,
por vuestra vida.—Leonor,
dejando los cumplimientos,
habla al señor Sancho de Avila.

LEONOR. Yo, señor, lo que os ofrezco
es voluntad de serviros,
estimando y conociendo
vuestro valor.

SANCHO. Por soldado,
que aunque muchos hay discretos,
no sabré con el estilo
tan cortesano ofreceros
lo que puedo y lo que valgo;
pero ocasiones y el tiempo
me sacarán de esta deuda.

D. LUIS. (Yo le obligaré bien presto
a que el escándalo estorbe
que da en mi casa don Diego.)—
Habla a tu deudo también,
doña María.

D.ª MARÍA. El silencio
no excusa la obligación
que de serviros tenemos.

SANCHO. El Cielo, señora, os guarde.

D. LUIS. Es mi sobrina; el suceso
lastimoso de su padre
será en desdichas ejemplo.

SANCHO. ¿Quién fué?

D. LUIS. Don Juan de Mendoza,
que, dando piedad al Cielo,
entre soberbios escollos,
azotado de los vientos,
perdió veintidos galeras
en la Herradura. (1)

SANCHO. Al tiempo
pidió su fama inmortal.

D. LUIS. Llegad sillas.

SANCHO. También vengo
a daros nuevas que viene
el señor don Juan.

D. LUIS. ¿Mi yerno?

SANCHO. Sí, señor; yo llegué ayer
por la posta a dar un pliego
al Consejo, y le dejé
de aquí dos jornadas bueno
y deseando llegar
adonde tiene su centro.
Hoy ha de entrar en Madrid,
y ya tarda.

D. LUIS. (Pues don Diego
se quedó, a quien di la carta,
pensando que algún recelo
o alguna curiosidad
le obligara a abrir el pliego
y ver lo que contenía,
y sabiendo que yo entiendo
sus livianas pretensiones
las dejará, y no lo ha hecho,
y se ha quedado en Madrid,
y ha venido tan a tiempo
Sancho de Avila, él será
quien ponga cuerdo remedio
a su amor escandaloso.)
Señor Sancho, por mi deudo,
por soldado valeroso,
por bizarro caballero,
ya que llegáis a ocasión
que está con priesa pidiendo
mi honor que lo remediéis,
pues también es honor vuestro,
os suplico...

SANCHO. ¿No decís

(1) El texto dice, por errata, "Cerradura".

que sobran los cumplimientos
en nosotros? Pues mandadme
como a hijo.

D. LUIS. De un don Diego
Osorio, mozo galán,
aunque noble caballero,
está ofendida mi casa;
pone en ella sus deseos,
que a esto ha llegado no más;
mas con tanto atrevimiento,
con escándalo tan grande,
que, aunque fuera, como pienso,
pretensión de mi sobrina,
le da ocasiones al pueblo,
a costa de mi opinión,
que repare en sus desvelos.
Toda la noche pasea
esta calle, interrumpiendo
con espadas la quietud,
con músicas el silencio.
Poned freno a sus locuras;
pues sabéis que ya, por viejo,
tengo cansados los bríos,
que ¡si fuera en otro tiempo!...

SANCHO. Y en éste ha de ser también;
que basta el respeto vuestro
para enfrenar desatinos
de cortesanos mozuelos.
Juro a Dios, señor don Luis,
que si una noche lo encuentro,
que ha de tomar por partido
dalle al prado los paseos.

D. LUIS. Haréis como causa vuestra.

*(Sale DON JUAN.)*

D. JUAN. (¡Válgame Dios! Yo tropiezo
en la afrenta que imagino.)

LEONOR. ¡Señor!

D. LUIS. ¡Hijo!

D. JUAN. (¡Airados Cielos,
pues mi afrenta permitís,
no me turbéis el ingenio
para tratar la venganza!)

D. LUIS. Ya vuestros brazos espero.

SANCHO. No habéis caminado mal.

D. JUAN. Vine por otro elemento
más ligero que la tierra.

LEONOR. (Alguna desdicha temo;
que viene don Juan turbado.)
Señor, que venís sospecho
con poco gusto. Decidme:
¿qué tenéis?

D. JUAN. No vengo bueno;
cansancio fué del camino.

D. LUIS. (Yo presumo que le dieron
la carta.) ¿Habéis recibido
una carta mía?

D. JUAN. (No quiero
decir que la recibí
por que no piense que veo
mi ofensor tan a los ojos
y que de vengarme dejo
porque no siento el agravio
o porque su espada temo.)
De nadie he tenido cartas;
antes, en mi ausencia quiero
que no se acuerden de mí
ni mis amigos ni deudos.

SANCHO. Si es que por mí lo decís,
de no atravesar prometo
el umbral de aquesta puerta.

D. JUAN. Y yo os pagaré en lo mesmo,
pues que gustáis de extrañaros.

SANCHO. Me extraño porque no entiendo
el modo con que me habláis.

D. JUAN. Este es el modo que tengo.

D. LUIS. ¡Hijo, el señor Sancho de Avila,
a quien le debe respeto
nuestra casa...

SANCHO. Otras tan buenas
se han preciado de tenerlo,
porque sé dar honra yo
en cualquiera parte que entro.

*(Vase.)*

D. LUIS. Sancho de Avila, oíd, ¡por Dios!

D. JUAN. (Ya os he averiguado, celos,
y he de matarle, sin duda,
si le defiende el Infierno.)

LEONOR. Señor, pues ¿no me diréis
de vuestro desabrimiento
la causa?

D. JUAN. Cuando os la diga
será tan junto el remedio,
que vos conozcáis el daño
cuando ya esté satisfecho.

## ACTO SEGUNDO

*(Salen DON DIEGO y LISARDO.)*

LISARDO.

¿Es posible, don Diego,
que pueda más que la razón el fuego

que lascivo os abrasa?
Vuestra esfera mortal es esta casa.
Dejad esta locura;
no venga a ser la calle sepoltura.
Con tan ciegos sentidos,
con pasos tan sin orden repetidos,
en los silencios de la noche fría
turbáis el sueño y dispertáis el día,
y aun muchas veces amanece tarde
porque no os avergüence ni acobarde
la luz del sol, que en cárceles obscuras
ejecutar os ve tantas locuras.
Vuestro mayor amigo
es don Juan de Velasco. ¿Qué enemigo
agravios tantos a su honor hiciera,
ni quién tan obstinado pretendiera
favores imposibles de su esposa,
mujer tan principal y virtuosa
que las músicas mismas y paseos
condenan a morir vuestros deseos?
Tened piedad, ¡por Dios!, tened clemencia
de una simple inocencia,
de un recato advertido,
espejos del honor de su marido.
No queráis, si el amor os desvanece,
quitalle el bien que la virtud merece;
que no hay con qué pagar, ni aun con la vida.
honra por un escándalo perdida.

DON DIEGO.

Lisardo, yo os confieso
que me tiene el amor perdido el seso;
mas no hay razón que enfrene mi albedrío,
porque es de otro linaje el amor mío.
Yo he conocido amantes desvelados,
presos y enamorados
en la cárcel hermosa
que les pintó el amor de nieve y rosa,
y con doctos pinceles
manifestar el alma en sus papeles,
y a miserable ausencia reducidos,
llorando ausencias y temiendo olvidos;
mas divierten el alma
en tan estrecha calma,
y algún doblado ruego
les sirve de paréntesis al fuego;
descubren en balcones
serafines en forma de ocasiones;
miran y se detienen,
y si no se enamoran se entretienen.
Mas yo, mas yo, Lisardo,
con tan grande impiedad me abraso y ardo
en el fuego que toco,
discursos son de un loco,
que a no haber de morir el del abismo
por eterno pensara que era el mismo,
que en esfera más breve
en mi abrasado corazón se mueve;
y es tan inmenso, que si fe no hubiera
por el que yo padezco lo creyera.

LISARDO.

Sin esperanza, ¿quién lo imaginara?

DON DIEGO.

Pues si hubiera esperanza, se turbara;
que ese es el dolor fiero
que al paso que se aumenta persevero.
Conozco obligaciones y amistades
que le debo a don Juan, y estas verdades
son de tal calidad, que si las niego
disponen la materia de mi fuego;
conozco la virtud, mido el recato
de aquel prodigio ingrato,
y cuando quiero publicar mi pena
su honestidad me enfrena,
porque en su frente mira el alma escrito
el castigo mortal de mi apetito.
Y en esta oposición de fuego y nieve
es Tántalo mi amor, que, si se atreve,
le pagan los deseos en agravios
a alzar la mano y al mover los labios.
Este es mi estado, y ésta mi porfía,
y ésta la reja fría,
helada imitación de sus desdenes.
¡Oh causa de mis males y mis bienes!
¡Oh contento mortal de ciega idea!
Si condenas mi amor, porque desea,
y pintas a Leonor tan virtuosa,
¿por qué te extremas en pintalla hermosa?

LISARDO.

Aunque tan ciego estáis y tan perdido,
razón hubiera sido,
si en vos la puede haber estando ciego,
que ya que vuestro fuego
no mira por la honra acreditada
de una mujer casada,
que vuestro honor miráredes siquiera,
cuando fué Portugal marcial esfera
de tantos castellanos caballeros,
que partieron ligeros
más que el viento ni el sol a señalarse
adonde pueda su valor mostrarse.
Y vos, con galas y volantes plumas,

como del mar las cándidas espumas,
os despedisteis de los más amigos,
haciéndolos testigos
de la partida vuestra, y prevenida,
como os quedasteis a dejar perdida
vuestra opinión con liviandad tan clara,
está obligado el vulgo, que repara,
enemigo tan fiero,
en la menor acción de un caballero,
a saber que os quedáis enamorado,
y la carta que os dieron al criado
le dais de Sancho de Avila, escondido,
para gozar ausencias de un marido
que de vos se confía.
¡Vive Dios!, que es bajeza, villanía
indigna de don Diego.

DON DIEGO.

Todo lo que decís cabe en mi fuego;
ni yo os pido consejo
ni que me acompañéis.

LISARDO.

Si aquí no os dejo,
donde tenéis el riesgo conocido,
aunque me habéis cansado y ofendido,
será porque no quiero
que os maten, aunque os riño.

(*Al balcón* INÉS *y* DOÑA MARÍA.)

DOÑA MARÍA.

En vano espero
ganar la voluntad de un hombre ingrato;
sin remedio dilato
las penas de mi amor.

INÉS.

Si ser pudiera
que a mi señora viera,
como una vez la hablara,
su amor desengañara,
que en su desprecio honrado
quedara tan corrido y afrentado,
que, a mejores discursos reducido,
pudieras ver tu amor agradecido.

DON DIEGO.

Si el alma no se engaña,
hay gente en el balcón. ¡Pasión extraña!
¡Desatinado fuego!

DOÑA MARÍA.

Como venga don Diego
esta noche a la calle,
le he de dar un papel para avisalle
que a media noche vuelva.

INÉS.

¿Con qué intento?

DOÑA MARÍA.

El mismo pensamiento
que tú me descubriste ha sido el mío.

INÉS.

Pues será desvarío
pensar que mi señora,
que hasta la sombra adora
de su esposo, querrá hablar a don Diego.

DOÑA MARÍA.

Mucho podrá mi ruego,
supuesto que pretendo en tantos daños
que le dé por favores desengaños;
y cuando acaso quiera
excusar, pues es fácil este medio,
diré que ya el hablalle es sin remedio,
pues está dentro en casa.

INÉS.

¿Y si viene don Juan?

DOÑA MARÍA.

Por todo pasa
mi atrevimiento honrado.

DON DIEGO.

Quiero llegar a hablar, que mi cuidado
tiene siempre igualdad con mi porfía.

LISARDO.

Será doña María.

DON DIEGO.

Aunque también las veces que la veo
desengaña, celosa, mi deseo,
he de perseverar.

LISARDO.

Muy mal hiciera
en ser vuestra tercera
si, como vos pensáis, os favorece.

DON DIEGO.

Al paso que me estima desmerece,
porque es mi amor tan loco
que todo sin Leonor lo estimo en poco.

LISARDO.

Llegad, que yo os aguardo.

INÉS.

Con los pasos que siento me acobardo.
Pienso que es mi señora.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿está levantada?

INÉS.

Hasta la aurora;
como don Juan se tarda,
desvelada, le aguarda.

DOÑA MARÍA.

Pues no quiero testigo
que me pueda estorbar.

INÉS.

Tus pasos sigo.

DON DIEGO.

El balcón eclipsado
las luces me ha negado;
todo huye a mis ojos
con tan mortal desvío,
que en la misma esperanza desconfío.

LEONOR.

En mis pasos turbados
conocen mis cuidados
dos peligros a un tiempo el de mi esposo,
que anda después que vino sospechoso;
sale de noche y vuelve cuando el día
atropella la luz del alba fría.
¿Qué fuera, ¡airados Cielos!,
si sus desvelos le causaran celos,
y en la calle encontrara
a quien los confirmara,
y poniendo a peligro su persona,
informara mi honor, que el mundo abona?
¡Oh tirano, oh enemigo, oh cruel don Diego!
¿En qué pudo ofenderte mi sosiego,
que asi lo tiranizas y lo ofendes?
Si abonarte pretendes
de firme y de constante,
eres necio ignorante,
porque tener en la traición firmeza
será constancia, mas será bajeza.

DON DIEGO.

El sol restituído
otra vez ha nacido;
siendo el balcón su oriente,
no permitáis que vuestra luz se ausente,
bellísima señora;
mirad que un alma que por fe os adora
a tanto extremo de desdichas pasa,
que con el hielo que mostráis se abrasa.

LEONOR.

Confírmase mi duda temerosa;
cierto es el daño, y no osaré, medrosa,
ni aun a decirle que se vaya luego,
porque a un amante ciego
la voz que escucha, si desdén espera,
le sirve de ocasión y persevera.
Quitarle quiero la ocasión; no venga
quien mi muerte prevenga,
con apariencias falsas engañado.
¡Oh peligroso estado!
Mas no por eso la que vive honrada
viva desconfiada;
que en el riesgo mayor del que la ofende
sólo ha de ser su honor quien la defiende
con rayos de oro de la parda nube
que amenazando sube
a turballe su luz. ¡Nieblas obscuras,
no turbéis de mi honor las luces puras!

*(Vase, y sale* TRIGUEROS.*)*

TRIGUER. Enemigos hay, pues vengo
por jinete de la costa.

D. DIEGO. Sin duda que estoy hablando
con ilusiones y sombras,
pues no me responde nadie.

LISARDO. Don Diego, mirad que importa
que os retiréis, que parece
un bulto en la calle.

D. DIEGO. Agora
estaba yo, ¡vive el Cielo!,
que mi intento se malogra,
para hacer un desatino.

LISARDO. ¿Los que habéis hecho no sobran?

TRIGUER. No sé qué tiene mi amo,
¡vive Dios!, que anda con moscas.
Ni come, ni duerme en cama,
con suspiros y congojas
me tiene aturdida el alma.
Tres noches ha que se embosca
en los zaguanes abiertos
hasta que el alba corona
las veletas de las torres.
Hecho trasgo de su honra,
está acechando su casa.
¡Fiera ausencia de Lisboa!

LISARDO. Don Diego, de espacio está.

D. DIEGO. Como nadie se lo estorba,
nos dará mil pesadumbres.

TRIGUER. ¡Malhaya los que se abonan
de valientes! Dije un día
que a un Corregidor de Lorca
le quité catorce presos,
y eso le obliga a que agora
me envíe a reconocer
los que en su calle trasnochan.
¡Quién pensara que tan presto
hubiera ocasión forzosa
en que se echara de ver
que es mentira lo de Lorca!
¡Cogido me han entre puertas!
¡Dios, por quien es, me socorra;
que he visto cuarenta bultos!

(*Sale* INÉS *a la ventana.*)

INÉS. Pues se ha entrado mi señora
en su cuarto, he de esperar
si a su estación amorosa
viene esta noche don Diego.
TRIGUER. ¡Qué bien dormirán agora
los vecinos de Marruecos!
¡Mucho estos bultos me asombran!
¡Aquí me han de hacer pedazos!
¡Muerte será lastimosa
entre cristianos y amigos,
y todos de una parroquia!
D. DIEGO. ¿Quién es?
TRIGUER. (¡El Cielo permita
que sin turbarme responda!)
Soy un alguacil.
D. DIEGO. Pues bien:
¿qué quiere? ¿Viene de ronda?
TRIGUER. De Antequera vengo; adiós,
pues no es gente sospechosa.

(*Vase, y sale* SANCHO.)

SANCHO. No por el desabrimiento
de don Juan es bien que ponga
mi obligación en olvido,
sin que a quien soy corresponda.
Y guárdese el tal don Diego,
porque si le cojo a solas
en la calle, juro a Dios
que he de hacer que se recoja
por muchas noches.
LISARDO. Mirad,
que a la ventana se asoman.
D. DIEGO. ¿Sois vos, divino imposible?
SANCHO. (¡El viene a pedir de boca!)
INÉS. Inés soy, señor don Diego.
SANCHO. (¡Bien con el nombre conforma:
la historia está verdadera!)
D. DIEGO. ¿Aquella invencible roca
de mis desprecios compuesta
no se ablanda, Inés?
INÉS. Agora
os dará doña María
un papel.
D. DIEGO. El alma toda
te pienso dar en albricias.
SANCHO. (También yo os pienso dar otras,
y que os serán más posibles.)
D. DIEGO. ¡Quién pudiera verla agora;
que la menor dilación
en la esperanza amorosa
puede competir con siglos!
INÉS. Pues en verdad que os importa;
las palabras son muy breves;
que, aunque en peligro se ponga,
habéis de hablar a su prima
dentro en casa.
SANCHO. (¡Ah, peligrosa
pensión del que nace honrado!)
D. DIEGO. Inés, contaré las horas
por minutos.
SANCHO. (¿Y aquí espero,
sin que este necio conozca
el delito que comete?)
TRIGUER. (¡Aquí hemos de ver a Troya
con todas sus zarandajas;
porque como una leona
parida viene mi amo!
¿Qué haré para que se esconda
ese amante majadero?
¡Traza es ésta milagrosa!)

(*Vase.*)

DENTRO. ¡La justicia, la justicia!
SANCHO. Más será misericordia
si el don Diego se me escapa.
LISARDO. Cuando no por vos, por honra
de la casa que ofendéis
es, don Diego, justa cosa
que os retiréis.
D. DIEGO. Pues volvamos,
Lisardo, a esperar la hora
donde Fortuna me ofrece
una esperanza dichosa.
SANCHO. (El papel le hará volver.)
D.ª MARÍA. ¿Vino don Diego?
INÉS. Señora,
ya ha rato que está esperando.
D.ª MARÍA. Don Diego, acercaos un poco.

SANCHO. Como simple mariposa
llego a la luz en que muero.

*(Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Ya son evidencias todas
las sospechas de mi casa.

SANCHO. (Coger el papel me importa;
que él me dirá la verdad.)

D. JUAN. Caballero, vi que ahora
os echaron de esas rejas
un papel.

SANCHO. Y ¿qué os importa,
supuesto que sea verdad?

D. JUAN. Lo que me importa es la gloria
de lograr un pensamiento.

SANCHO. También por acá se logran,
porque hay quien llegue primero
a merecer lo que goza.
(Quiero irritalle, por ver *(Aparte.)*
si, colérico, se enoja,
que es lo que yo he menester.)

D. JUAN. En esta casa no hay otra
pretensión más que la mía,
y a quien en sus rejas ponga
los ojos, lo he de matar
aunque las nubes le escondan.

SANCHO. Eso sí, ¡cuerpo de Dios!
Emparejemos las bolas,
que es lo que yo he menester;
de la calle y las personas
que viven dentro soy dueño,
y si presunciones locas
os desvanecen el alma,
ved que en esta casa hay honra
que no se deja ofender
de locuras licenciosas
como las vuestras; que yo
soy vigilante custodia
de esta casa, y ¡voto a Dios
que si, con luces o sombras
de la noche, os vuelvo a ver,
yo os aseguro que os ponga
tanto freno en las palabras,
que escarmentéis en las obras!

D. JUAN. Quien ocasiones dilata,
cuando las tiene tan propias,
excusar quiere el peligro.
*(Riñen.)*

SANCHO. (¡Gallardamente le arroja!)

D. JUAN. (¡Qué desgraciado que soy!
Gente viene, y si me estorban
esta noche la venganza,
me ha de matar la congoja;
pues, ánimo, honor perdido,
que así los nobles lo cobran.)

SANCHO. (¡Voto a Dios que aprieta mucho,
y si me descuido agora,
que me ha de dar el mozuelo
en que entender!)

D. JUAN. Caballero,
los que nacen nobles honran
las pretensiones que tienen.
Afrenta será notoria
de esta dama si quien pasa
ve la contienda celosa.
Entre los dos, si os parece,
mudemos el puesto y hora,
para que no haya testigos
más que las espadas solas.

SANCHO. Paréceme bien, y siento
que en vos justamente abona
el valor la calidad.
¿Adónde?

D. JUAN. Detrás de Atocha.

SANCHO. ¿Armas?

D. JUAN. Espada y rodela,
y, si os parece, una cota.

SANCHO. Estarémonos un año
en reñir; espadas sobran.

D. JUAN. Id con Dios.

SANCHO. El Cielo os guarde.

D. JUAN. ¡Quién puso en mujeres honra!

*(Vanse, y sale* TRIGUEROS.)

TRIGUER. ¡Si está cerrada mi puerta!
Juráralo yo; no hay sombra
que no me dé en qué entender
que haya quien riña a estas horas.
¡No sirviera yo a un letrado,
que, con su capa y su gorra,
se recoge a la oración!

(INÉS *a la ventana.*)

INÉS. Con el alma cuidadosa
salgo a ver si mi señor
ha reñido.

TRIGUER. Ya se asoman.
¡Pluguiera a Dios fuera el alba!
Pero será alguna moza
de casa.

INÉS. ¿Es Trigueros?

TRIGUER. Sí.
(Descartar el miedo importa;
que me tienen por Carranza,
y es Inesilla.)

INÉS. Congojas
de tu peligro me tienen
sin jüicio.
TRIGUER. ¡Calla, boba!
INÉS. Dime: ¿eras tú el que reñías?
TRIGUER. Pues ¿quién podía ser?
INÉS. ¡No hay gota
de sangre en todo mi cuerpo!
TRIGUER. (Ni en el mío.)
INÉS. ¡Qué costosa
es mi afición! Di, Trigueros:
¿quién nuestra calle alborota?
TRIGUER. No eran más de veintiséis
de a pie.
INÉS. Aún para dicho asombra.
TRIGUER. Pues si no me dispararan
un petardo ¿hubiera postas
que me huyeran más ligeras?
INÉS. Estando despiertas todas,
¿cómo no oímos los tiros?
TRIGUER. Era la pólvora sorda,
que la inventó cierto hereje
para confusión de Europa
en las islas...
INÉS. ¿Las de Holanda?
TRIGUER. Que no, sino las de Europa.
Mas todo importara poco
si no trujeran de escolta
una tropa de caballos
con celada [de] Borgoña.
INÉS. ¿Qué dices? ¿Pues en la corte...?
TRIGUER. ¿Sabes lo que pasa agora
y te espantas de que vengan
caballos de armas en tropa?
Acometiéronme juntos;
mas quiso Nuestra Señora
que, disparando el petardo,
como eran las balas todas
de cadena, que se abriesen,
y que las dos medias bolas,
clavándose en dos esquinas,
para mi suerte dichosa,
atajase la cadena
toda la calle.
INÉS. Son cosas
las que cuentas...
TRIGUER. Peregrinas,
que van caminando a Roma.

*(Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Es Trigueros?
TRIGUER. Sí, señor.
D. JUAN. Entremos en casa.

*(Vase* DON JUAN.)

TRIGUER. (Y te oigan
los Santos.)—¡Hola, Inesilla;
de un golpe que di, me ahoga
el dolor; prevén seis huevos,
aceite y vino.
INÉS. ¿Y estopa?
TRIGUER. Ni por lumbre.
INÉS. ¿Quién te ha dicho
ese remedio?
TRIGUER. La boca;
que he de cenarme los huevos
y chuparme el vino a sopas.

*(Vanse, y sale* DOÑA MARÍA *con una bujía encendida,* DON LUIS *y* DOÑA LEONOR.)

D. LUIS. Leonor, a tanto desvelo
tu salud puede faltar;
no le des tanto lugar
a la pena.
LEONOR. ¿Qué consuelo
podrá mi vida tener
cuando la calle se abrasa
y no está mi esposo en casa?
Yo he de esperar y temer
hasta que le vean mis ojos.
D. LUIS. Vete a acostar, ¡por tu vida!;
que de tu miedo ofendida
recibe sin causa enojos.
¿Qué importa que la pendencia
en nuestra calle haya sido,
ni que falte tu marido?
¿Por fuerza ha de ser su ausencia
la delincuente? Don Juan
es cuerdo, y amigos tiene
con quien el tiempo entretiene
sin ofensa, y estarán
agora en conversación
honesta y segura.
LEONOR. En vano
podrá el temor inhumano
dejar libre el corazón.
¿Qué importa que te asegure
que yo descansar podré,
si con fuertes ansias sé
que aunque eternos siglos dure
la noche, han de ser enojos
las ausencias de mi dueño,
por más que procure el sueño
breve descanso a mis ojos?

No es temor el que sosiega
ausente la causa de él,
ni es amor seguro y fiel
si a sobresaltos se niega.
Tú te puedes recoger,
pues sin que el temor te asombre,
discurres, al fin, como hombre;
yo temo como mujer.

D. LUIS. ¿Qué intentas?

LEONOR. Que no se ría
el alba al mostrar su frente
de ver que, mi esposo ausente,
me coge durmiendo el día.

D. LUIS. En tu salud es injusto
rigor, aunque sea virtud.

LEONOR. ¿Qué más falta de salud
que estar el alma sin gusto?

D. LUIS. Al fin, ¿que por mí no quieres
recogerte y descansar?

LEONOR. Otra cosa que llevar
miedos y ausencias no esperes.

D. LUIS. Déte el Cielo la alegría
que mi casa ha menester.

LEONOR. Bien puede el Cielo vencer,
padre, la desdicha mía;
mas si la jurisdicción
deja al humano poder,
bien tarde se podrá ver
alegre mi corazón.

[*Vase* D. LUIS *y sale* D.ª MARÍA.]

D.ª MARÍA. Como el alma lo desea
hallé ocasión y lugar.
Prima, no te has de enfadar,
aunque tu escrúpulo vea
ofensas en tu decoro.

LEONOR. ¿Qué dices, que no te entiendo?

D.ª MARÍA. Con honesto amor pretendo
y con fe sencilla adoro.

LEONOR. ¡Válgame Dios!

D.ª MARÍA. En don Diego
Osorio he puesto mi amor.

LEONOR. ¡Oh, amigo aleve! ¡Oh, traidor!

D.ª MARÍA. Y él, desesperado y ciego,
tan locamente te adora,
que, con pretensiones necias,
al paso que le desprecias
suspira, se abrasa y llora.
Pero como tus desprecios
son ausentes de sus (1) ojos,
aumentan fuegos y enojos;
condición de amantes necios.
Mi amor, al fin, por extraño,
ha hallado fácil remedio (1)
en tu propio desengaño.
Dile tú misma a don Diego...

LEONOR. Doña María, ¿estás loca?

D.ª MARÍA. Si oye de tu misma boca
desengaños de su fuego,
por fuerza habrá de olvidar
su desatinado amor.

LEONOR. ¿Qué dices?

D.ª MARÍA. Doña Leonor,
desengaña con hablar.
Si yo fuera vil tercera
de sus lascivos amores
ejecutaras rigores,
honrada como severa,
y pudieras castigar
tan errado atrevimiento;
pero sólo, prima, intento...

LEONOR. Necia, ¿qué habías de intentar?

D.ª MARÍA. Que hable a quien su amor condena
para que se desengañe.

LEONOR. (¡Teneos, honor; no os engañe
esta fingida sirena!)
¿Que esto en mis agravios pasa?
¡No hay de quién poder fiar!

D.ª MARÍA. Pues por fuerza le has de hablar,
porque está don Diego en casa.

LEONOR. ¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?
Daré voces.

D.ª MARÍA. Si las das,
tu misma afrenta verás.

LEONOR. Desatinada mujer,
¿qué has hecho?

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (¡Válgame Dios!
¿Turbada Leonor? ¿Qué es esto?)

D.ª MARÍA. De tu desengaño honesto
somos testigos los dos.
¿Qué puedes perder por dalle
un desengaño cruel?
El viene por un papel
que le di para obligalle
a que esta noche te hablara.

D. JUAN. (Y yo vi que se lo dió.
¡Cielos! ¿A quién le costó
una obligación tan cara?

(1) En el texto, "son ausentando tus".

(1) Falta un verso, después de éste, o antes para la redondilla.

Quiero buscar al traidor,
pues llegó la última suerte;
mas si no le doy la muerte
queda infamado mi honor.
Y, al fin, es mayor cordura,
sin que en mi casa se entienda,
que mi venganza pretenda
en ocasión más segura.
Verá en Atocha mañana
ese soldado traidor
que los rayos de mi honor
matan con luz soberana.)

D.ª MARÍA. No tienes que discurrir,
supuesto que te ha de hablar.

LEONOR. Al Cielo me he de quejar
de que me deja vivir.
¿Yo le he de ver? ¿Cómo puedo,
si el pecho sin alma está?

D.ª MARÍA. Pues la luz te quitará,
si no la vergüenza, el miedo.

*(Llévase la luz* DOÑA MARÍA.)

LEONOR. ¡Espera, mujer traidora;
no quieras vender mi honor!

D. JUAN. (Discurso, vuestro favor
espera mi agravio ahora.
Bien los pudiera matar,
pues es la luz su enemiga;
mas lo que escuché me obliga
ni a defender ni a culpar.
Que es buena doña Leonor
pude en su voz advertir;
pero si llegó a fingir
aquí lo sabrá mi honor.

*(Entrese por la puerta donde estaba y salga por donde estaba* DOÑA MARÍA, *fingiéndose el galán.)*

LEONOR. Tan turbada tengo el alma,
que aún no conoce los labios
para entregalles la voz
generoso desengaño.

D. JUAN. (Aquí, con la voz fingida
y con las sombras que traigo,
he de conocer su pecho.)
Bella Leonor, en mis pasos
podrás conocer mi fuego;
mira que desdenes tantos,
tantas iras, tanto enojo,
dan al sol indicios claros
de que la Naturaleza
te dió un corazón de mármol.
Templa el rigor invencible;
que Amor, que ha flechado el arco
contra mi abrasado pecho,
está, corrido, aguardando
que con alma agradecida,
que con recíprocos lazos,
pagues una fe tan firme;
que mientras lucieren rayos
del sol, que me niega el verte,
será tu templo bizarro
adonde adore tus ojos.
Y de esta verdad que trato
tú misma fueras testigo,
con piadoso desengaño,
si aquí me vieras el rostro,
porque lo vieras turbado
de la color de mis penas
y del fuego en que me abraso.

LEONOR. (A ocasiones tan terribles,
donde prometen desmayos
las mujeriles flaquezas,
es el valor heredado
el que anima en el peligro.
Conquistado honor, guardaos,
pues veis que os defiendo yo.)

*(Sale* DOÑA MARÍA.)

D.ª MARÍA. (Ya ha mucho que están hablando.
Pero lo que más me admira
es que está un hombre embozado
en el corredor. Sin duda,
como el peligro es tan claro,
ha traído alguna ayuda.)

LEONOR. Hombre, ¿qué furias guiaron
tus temerarios deseos
y tus atrevidos pasos?
El más despeñado amor,
más loco y desatinado,
por ocasiones te guía.
Pero si al tuyo faltaron,
en mis labios, en mis ojos,
en mi clausura y recato,
¿quién te informa de que vivo
para turbar mi sosiego?
Si sabes que no soy mía,
y que tengo un dueño honrado
por su sangre y por sus prendas,
y que a los menores rasgos
que de tu intento conozca
te ha de hacer más pedazos
que tú engendraste deseos.
¿cómo, con traidor engaño,
quieres perderte y perderme?
Tus discursos fueron falsos,

si piensas que tengo vida,
si imaginas que me valgo
de las humanas acciones
aun para formar un paso
sin licencia de mi esposo;
que tengo tan limitado,
tan sujeto el albedrío,
que mis sentidos pensaron
que no hay alma que los rija.
Y es ya con extremo tanto,
que lo que fábulas cuentan
de que las almas pasaron
a otros cuerpos en muriendo
pudieran acreditarlo
en mí, porque el alma mía
está con hermosos lazos
presa al alma de mi esposo
con un amor soberano.
Cuerpo fantástico soy;
que este aliento y estos pasos
licencias son de don Juan,
porque sin ellas no salgo
los términos insensibles
o de una peña o de un árbol.
Pues ¿qué pretendes tan ciego,
qué codicias tan villano,
qué buscas tan atrevido,
qué quieres tan temerario,
donde mi honesta clausura
te da desengaños tantos?
Y si del último esperas
los acentos de mis labios,
verás la cándida nieve
que de leños abrasados
sirve al pájaro fenicio;
verás arenoso campo,
todo el imperio del mar,
y en carámbanos helados
estar descansando el fuego,
primero que en mi recato
pueda tu bárbaro amor
ganar con mi afrenta un paso.

D. JUAN. (¡Oh, blasón de la lealtad!
¡Oh prodigioso milagro
de la fe con que me estimas!)

LEONOR. ¿Qué aguardas, hombre? ¿Si acaso
quieres que mi esposo venga?

D.ª MARÍA. (Pues está desengañado,
quiero excusar el peligro.)
Tu esposo viene.

LEONOR. ¡Llegaron
a su extremo mis desdichas!

D. JUAN. Leonor, en tus desengaños
quiero obligarte con irme,
por ver si una vez alcanzo
algún favor de tus ojos.

LEONOR. Antes los verá eclipsados
la muerte.

D. JUAN. Mira, Leonor,
que entre tus luces me abraso.

LEONOR. Y yo tu sombra aborrezco.

D. JUAN. Yo te adoro.

LEONOR. Yo me agravio.

D. JUAN. Yo te estimo.

LEONOR. Yo me ofendo.

D. JUAN. Yo te busco.

LEONOR. Yo me guardo.

## ACTO TERCERO

(*Salen* DON JUAN *y* TRIGUEROS.)

TRIGUER. Señor, ¿tan de madrugada
sales al campo?

D. JUAN. ¡Ah, cobarde!

TRIGUER. Pues dime, así Dios te guarde:
¿eres doncella opilada,
que anda tomando el acero?

D. JUAN. Trigueros, ¿quieres callar?

TRIGUER. Pues de aquí no he de pasar
si no me dices primero,
sin ser sábado, a qué vienes
a Atocha.

D. JUAN. Si lo has de ver
luego, ¿qué quieres saber?

TRIGUER. ¡Notable firmeza tienes!
No pareces español.
Este es el último paso
que he de dar, porque me abraso
sin darme por julio el sol.
Muérome porque me digas
a qué me traes con broquel;
porque es cautela cruel,
y con engaño me obligas
que guarde algún monumento;
nadie ha estado en Palestina
de mi linaje.

D. JUAN. Camina
para que sepas mi intento:
yo salgo desafiado.

TRIGUER. Más juro a Dios.

D. JUAN. Sí, Trigueros

TRIGUER. Pues no es muy de caballeros
el venir acompañado.

Que en tan noble religión,
si hay desafío sangriento
dejan siempre en el convento
al hermano motilón.
Si vengo por coronista
para escribir tu pendencia,
es traerme impertinencia,
porque yo la doy por vista.

D. JUAN. ¡Ah, qué cobarde te veo!
Tú vienes a traer no más
el broquel.

TRIGUER. No vi jamás
pendencia con cirineo.
Si yo hubiera de reñir,
yo me trujera el broquel;
pero es negocio cruel
que te venga yo a servir
de guarda-arnés. ¿Tan bien pagas?
Pero, por consuelo mío,
¿con quién es el desafío?

D. JUAN. Con Sancho de Avila.

TRIGUER. ¡Aulagas!

D. JUAN. ¿Eso te causa desvelos?

TRIGUER. Yo he de ser en la quistión
judío en adoración,
que he de tenderme en el suelo.
No he de tentar la fortuna,
que este hombre, flux de espadas,
trae cuchilladas sobradas,
y me ha de tocar alguna.
Deja, aunque tengas más bríos,
que vuelva con devoción
por mis reliquias, que son
buenas para desafíos.

D. JUAN. Tanta precaución me avisa
que hay miedo.

TRIGUER. Ya me provoco.

D. JUAN. ¿Qué reliquias son?

TRIGUER. Un poco
de lienzo de la camisa
del mal ladrón y el cairel
de la gorra de Pilatos;
pues yo me vi algunos ratos
en ocasión tan cruel,
que ellas solas me valieron,
día de Pascua de Flores,
reñir con seis tundidores,
y a dos por tres me rompieron
los cascos.

D. JUAN. ¡Serán muy buenas!

TRIGUER. A nadie las di jamás
que no muriese. Ya estás
detrás de Atocha. ¿Qué ordenas?

D. JUAN. Que le llegues a decir
a mi contrario...

TRIGUER. ¿Qué es de él?

D. JUAN. Ya viene.

TRIGUER. No tengo en él
para empezar a reñir.

D. JUAN. Dirásle que allí le aguardo.

*(Vase.)*

TRIGUER. En casa fuera mejor.
El Sancho muestra valor.
¡Qué airoso viene y gallardo!
¡Lástima es no aconsejalle
que se vuelva, que podria
llegar una punta mía
y, como dicen, matalle!

*(Salen* SANCHO *y* GARCÍA.)

GARCÍA. ¿Con tanto valor reñía
el don Diego?

SANCHO. Sí, ¡por Dios!

GARCÍA. Pues muy bien tenéis los dos
que hacer hasta mediodía.

SANCHO. Cuerpo a cuerpo no me ha dado
tanto un hombre en que entender.

GARCÍA. Tiene opinión que perder
el hombre que nace honrado,
y la guarda hasta morir.

SANCHO. ¿No es criado de don Juan
aquél?

TRIGUER. (Mirándome están.)

GARCÍA. Pues ¿a qué puede venir?

TRIGUER. ¿También vusté ha madrugado
al desafío?

SANCHO. ¡Venís
sin jüicio! ¿Qué decís?

TRIGUER. Cara de desafiado
tiene; ya no hay que encubrillo.
También lo sabrá don Juan.
Sospechas, señor, me dan
que pudiese anoche oíllo,
pues dicen que sucedió
en su calle.

SANCHO. Y que sintiera
que don Juan lo presumiera.

TRIGUER. Muy gran campanada dió
este negocio en la corte,
y viene el mundo abreviado.

SANCHO. ¡En todo soy desgraciado!

GARCÍA. No hay cosa que más te importe
que dar la vuelta, señor.

TRIGUER. Dice bien este mancebo.
SANCHO. No cumplo con lo que debo
a mi sangre y mi valor.
TRIGUER. ¿Y el alma, hombres entendidos
y prudentes? ¿No verán
que los desafíos están
por el Concilio prohibidos?
Verdades son las que hablo,
y a un hombre de su presencia
será cargo de conciencia
que se lo lleve el diablo.
Mas allí está mi señor,
y con él se lo ha de haber.
GARCÍA. Ya lo debe de saber,
pues viene a darte favor.

(*Sale* DON JUAN.)

SANCHO. Don Juan, pues ¿quién os ha dicho
que yo a estas horas estaba
en el campo?
D. JUAN. ¡Bien, por Dios!
Estos criados se vayan,
porque hemos de quedar solos.
SANCHO. No he menester vuestra espada,
don Juan, aunque estimo mucho
vuestra prevención hidalga.
D. JUAN. Si sabéis a lo que vengo,
¿para qué gastáis palabras?
¡Vive Dios, que hemos de ver
quién sabe en esta campaña
defenderse, pues ofende
reputaciones honradas!
SANCHO. Yo basto para el que espero;
que viene solo y con armas
iguales, como las mías.
Don Juan, yo os rindo las gracias.
TRIGUER. (Hablando están en latín.)
D. JUAN. No arguyen vuestras palabras
el valor de vuestras obras.
Yo, señor Sancho de Avila,
soy el que vos conocéis,
y soy quien conoce España,
y quien sombras de un disgusto
las castiga a cuchilladas.
SANCHO. Si esas razones, don Juan,
tan poco cuerdas, las causa
el enfado que conmigo
tuvisteis en vuestra casa,
porque me hallasteis en ella
viniendo de la jornada,
ya os dije que soy quien puede
visitar y honrar, y basta
que cuando me despedí
os diese yo la palabra
de no atravesar jamás
vuestra puerta, sin que os valgan
temeridades tan necias
para buscarme en campaña
tan orgulloso y soberbio.
Y agradecedme que aguarda
mi honrada reputación
a un hombre de cuya espada
pudiera honrarse Castilla;
que anoche, por cierta causa,
riñó en vuestra misma calle
conmigo, que yo os dejara,
¡voto a Dios!, tan satisfecho,
que os parecieran las tapias
de esa huerta que miráis
muy pequeñas y muy bajas.
D. JUAN. ¿Son enigmas las que escucho?
SANCHO. ¡Por Dios, que viene templada
la gaita! Salgo por él
a darme de cuchilladas
con un hombre del Infierno,
y viene a cansarme el alma.
D. JUAN. ¿Y conocisteis quién era
con quien reñisteis?
SANCHO. Ya estaba
informado de su nombre.
D. JUAN. ¿No era junto a una ventana,
por un papel que os echaron?
SANCHO. (Aún peor está que estaba.)
¿Vísteislo vos?
D. JUAN. Yo lo vi,
y era de mi propia casa,
Sancho de Avila.
SANCHO. ¡Los diablos
me han metido en esto! Estaba
hablando a vuestro balcón
(pues son cosas declaradas
por vos mismo) un caballero;
dicen que solicitaba
la prima de vuestra esposa.
Y yo, que tomo las causas
de mis amigos por mías,
pasando, vi que le echaban
cierto papel a don Diego
Osorio (que así se llama);
llegué fingiendo su nombre
por sólo que me informara
de la verdad del papel.
Y apenas cayó en la capa,
cuando don Diego, celoso,

metiendo mano a la espada,
riñe conmigo, y muy bien.
Pero viendo que pasaba
gente, me dijo, cortés:
"Quédese para mañana,
si gustáis." Aceto luego
el desafío, y no tarda;
que aún no ha pasado la hora.

D. JUAN. Y aún vino más de mañana
que vos el que os desafía,
y en este campo os aguarda;
con quien reñisteis anoche
soy yo, y mi honor se restaura
matándoos aquí conmigo.

SANCHO. ¿En los bosques de Tesalia
hubo más transformaciones?
Don Juan, mirad que os engañan
sospechas tan peligrosas,
que nuestra amistad agravian.
La vez primera que puse
en vuestra casa las plantas
fué aquella que vos me visteis;
antes, cuando vine a España
de los países de Flandes,
vino a ser mi priesa tanta,
que estuve apenas dos días
en Madrid, y a la jornada
de Portugal me partí
por la posta. Vuestra casa
ni la vi ni conocí,
y de suerte que ignoraba
que érades casado vos.

D. JUAN. No lo dice así esta carta
de mi suegro, que en la venta
me disteis.

TRIGUER. (¡Cayó en la trampa!)

SANCHO. Mostrad.

D. JUAN. Bien podéis leella,
pues yo llegué a averigualla.

(SANCHO *leyendo*:)

"El que os dará esta carta, siendo vuestro mayor amigo, solicita (perdonad el lenguaje) a mi hija y vuestra esposa..."

Miente la carta, y el suegro,
y están las letras borrachas,
y este villano ignorante
ha sido la primer causa
de tan ciego desatino.

GARCÍA. (¡Demonio ha sido la carta!)

TRIGUER. Dadme vuestra comisión;
le daré una cuchillada,
a Dios y a ventura.

GARCÍA. A mí
me llamaron de una casa
y aquella carta me dieron
para ti; mas como estabas
en la guerra, y mi señor,
peleando en la campaña
contra el enemigo, apenas
tuve lugar de miralla.
Ofrecióse la ocasión
de la venta, y por logralla
y excusar por mi descuido
que conmigo te enfadaras,
le supliqué a mi señor
que te la diese. Esto pasa.

SANCHO. Y es verdad. ¡Viven los Cielos!
Y me tengan en España,
don Juan, por mal caballero
cuando, informándoos en casa,
dijere el señor don Luis
que jamás me ha dado carta
para vos.

D. JUAN. El desengaño
hoy por castigo me basta.
Dadme los brazos; que bien
conozco la confianza
que debo a vuestra amistad;
que ésta, Sancho, fué la causa
de desgraciarme con vos.
Mas pues quieren mis desgracias
que se me atreva al honor
ese don Diego, que tantas
amistades me ha debido...

SANCHO. Don Juan de Velasco, basta;
que os ofendéis sin razón.
Vuestra esposa es una santa.

D. JUAN. Ya yo estoy bien satisfecho,
porque ha conocido el alma
*la defensa en la verdad;*
mas como es tan propia causa
la de mi honor como vuestra,
y nos toca averigualla,
quiero apurar mis sospechas
con vos mismo; que son tantas
mis confusas diligencias,
que ignora por dónde salga
de este ciego laberinto.
Mi suegro dice en la carta
que a mi esposa solicitan.
¿Qué más conocida infamia?

SANCHO. Engañóse, ¡vive Dios!

(Mucho rastrea y alcanza
el ingenio y el discurso.
No sé qué medios me valgan
para deslumbrar su agravio.)

D. JUAN. ¿Y decir a mis ventanas
doña María: "Don Diego,
don Juan no está agora en casa;
volved y podréis hablar
a doña Leonor", no basta
para acreditar mi afrenta?

SANCHO. (¡Mucho aprieta! No se engaña
en lo que dice. ¡Oh, sospechas!
¿Quién pudiera aquí templarlas
para asegurar su pecho?)
¿Posible es que en las palabras
no conocéis los intentos?
Pues yo, que las escuchaba,
lo alcancé luego. Don Diego,
con diligencias fundadas
en casamiento, pretende
a doña María, y le paga
ella con el mismo amor
y con igual esperanza.
Mas como don Diego es pobre
y ella tiene hacienda tanta,
pensando, y pensaba bien,
que era forzoso negarla,
si os la llegase a pedir,
quiso, como más humanas
las mujeres, que este ruego
vuestra esposa lo alcanzara
de vos y de vuestro suegro.
Y así, desde la ventana
dijo que volviese a hora
que no estabais vos en casa
para hablar a vuestra esposa.

D. JUAN. En causas propias se engañan
muchas veces los sentidos.
Agradezco con el alma
la pretensión de don Diego;
que el ser Osorio le basta
para que pueda, aunque pobre,
honrarse con él mi casa.
Vos, pues sabéis su intención,
de mi parte aseguralda
tomando la mano luego,
para que quede mañana
con olvido el casamiento.

SANCHO. (¡Mire a qué bodas lo llaman!
¡Ese intento tiene el otro!)

D. JUAN. ¿Qué decís?

SANCHO. Vamos a casa;
que este es negocio muy llano.

D. JUAN. ¿Quién, si no vos, me sacara
del abismo de mis celos?
Al Cielo le doy mil gracias.

TRIGUER. (¡Plega a Dios que se las demos,
aunque corramos borrascas!)

D. JUAN. Sancho de Avila es mi amigo;
mas aunque conozca clara
mi ofensa, la ha de encubrir,
porque no es acción cristiana
decir su afrenta al marido
para que tome venganza.
El disimula conmigo,
porque escribir en la carta
mi suegro que solicitan
a Leonor, y en la ventana
darle aviso en un papel
para que volviese a hablarla
don Diego, sospechas son
que ya de evidencias pasan.
¡Cuidado, celos; que os mienten!
¡Cuidado, honor; que os engañan!
Y advertid que sólo al dueño
toca el mirar por su casa.

(*Vanse, y salen* LISARDO *y* DON DIEGO.)

DON DIEGO.

¡Que fuese anoche yo tan desdichado,
que, con mis esperanzas animado,
mi abrasado deseo,
burlase Amor mi empleo!
Pues cuando fe temía
de la enemiga mía
viene don Juan. ¡Ah, Cielos!
¡De su mismo marido tener celos!

LISARDO.

En nuestra edad presente
no hay historia que cuente,
ni en los pasados siglos se ha hallado
amor desatinado
ni bruto pensamiento
que al vuestro iguale.

DON DIEGO.

Si abrasarme siento
y a tal extremo de desdichas vine,
¿es mucho que muriendo desatine?

LISARDO.

Si vuestro padre os trata
un noble casamiento, que dilata
la inobediencia vuestra

el gusto suyo, pues el Cielo os muestra
el remedio mayor de vuestra pena.

DON DIEGO.

Si tengo el alma ajena
de la razón, que niegan los sentidos,
los pasos de mi padre son perdidos.
Si casándome quiere
divertir mi dolor, en vano espere
que alegre su vejez mi casamiento.
Mas para descuidarle en mi tormento,
decilde que lo trate, y es muy justo
obedecer su gusto.

LISARDO.

¿No veis en ese engaño
dilatar vuestro daño?

DON DIEGO.

¡Oh, Lisardo! Esperad. ¡Dichosa suerte!
La hermosa causa de mi injusta muerte
sale de casa con su hermosa prima.
Su desprecio me anima.

LISARDO.

¿Qué es vuestra pretensión?

DON DIEGO.

Hablarla espero.

(*Salen* DOÑA MARÍA, LEONOR *y* INÉS, *con mantos.*)

LEONOR.

¿Esto encuentro al salir? Volverme quiero.

DON DIEGO.

Señora, si mi amor os causa enojos,
culpad a vuestros ojos;
que como a veros vuestra luz me guía,
ciego mi amor porfía,
ya que no mereceros,
hasta perder la vida con perderos.

LEONOR.

Pues ¿no basta, don Diego,
para templar el fuego
que decís que os abrasa,
el desengaño que en mi propia casa
y de mi misma boca
escuchasteis anoche? ¿Que os provoca
tanto un lascivo amor, que viendo el daño
y oyendo el desengaño
de una mujer, que respetarse debe,
pasos y labios mueve
para ofenderla más? ¡Viven los Cielos!
si tan locos desvelos,
si tan necia porfía,
tan en ofensa mía,
no reprime el temor con justa enmienda,
que a quien agora entienda
el escándalo vuestro y necio enfado
le deje mi rigor tan admirado
con la venganza que mi agravio advierte,
que junte a vuestros pasos vuestra muerte.

DON DIEGO.

Señora, ¿qué decís? ¿Qué enigma es ésta?
¿Anoche os hablé yo?

LEONOR.

Y en mi respuesta
pudiérades temer mayor castigo.
Yo os advierto y os digo.
tanto mi enojo y mi razón provoco,
que con intento loco,
que si más atrevido,
si más desvanecido,
más ignorante y necio,
oyendo este desprecio,
noble blasón de obligaciones tantas,
pisan más estas piedras vuestras plantas
y esperan otra vez desengañaros,
que habéis de oírme para hacer mataros.

(*Vase.*)

DON DIEGO.

¡Soñando estoy, sin duda!

DOÑA MARÍA.

Quien de intento no muda
con lo que anoche oyó, muy necio vive.

(*Vase.*)

INÉS.

Muy falto es de memoria quien no escribe
los desprecios de anoche en la memoria.

LISARDO.

¿Queréis ver más notoria
vuestra necia locura?

DON DIEGO.

¡Lo que aprieta y apura
un hombre en fe de amigo!
Que me dejéis os digo.
¿Anoche? ¡Loco estoy!

LISARDO.

No hay quien lo espere.

(*Salen* SANCHO *y* TRIGUEROS.)

SANCHO.

¿Cuál es de aquellos dos?

TRIGUEROS.

Al que yo diere
beso de paz.—¡Ah, mi señor don Diego!
¿Por estos barrios?

LISARDO.

¿Hay amor tan ciego?

DON DIEGO.

¿Qué hay, buen Trigueros?

TRIGUEROS.

Ahora lo veredes.
¡El Sancho viene para hacer mercedes!

SANCHO.

¿Vuesa merced conóceme?

DON DIEGO.

Sería
grande ignorancia mía
si yo no conociera
al blasón español, de quien espera
la fama más vitorias
que ocuparon historias
con plumas, o pinceles, o buriles,
de Pirro, de Aquiles.

SANCHO.

Dios se lo pague a vuesa merced. Yo vengo (1)
por noticia que tengo
de la afición que tiene a cierta dama,
con opinión y fama
de rica y virtuosa,
doncella principal, y tan hermosa
que pudiera con ella haberse honrado
cualquier señor. En suma, yo he casado
a vuesasted.

DON DIEGO.

¿A mí?

SANCHO.

Sí, ¡por su vida!
La hacienda y calidad es conocida,
porque es doña María de Mendoza.

DON DIEGO.

¡Válgame el Cielo!

TRIGUEROS.

¡Es excelente moza!
No tiene que quejarse.

(1) Sobra una sílaba, a no ser que leamos "vuesasted", como también se decía y repite luego. El texto escribe "v. m."

SANCHO.

Hoy ha de efectuarse,
porque le está muy bien, pues yo lo digo,
y mire que soy bueno para amigo.

DON DIEGO.

Primero lo he de ver, cuando eso sea.

SANCHO.

Pues mire que lo vea
mientras vuelvo de misa,
porque estoy en la corte muy de prisa.

DON DIEGO.

Eso es ponerme el lazo muy estrecho.

SANCHO.

¡Juro a Dios y a esta cruz que ha de estar [hecho
antes de mediodía.
Ya conoce quién es doña María;
y yo vengo informado
que v. m. por el balcón la ha hablado
de noche algunas veces.

TRIGUEROS.

Pues más será el ruido que las nueces.

SANCHO.

Con esto a mí me obliga
y excusará también que el vulgo diga...
Pero, pues ya me entiende,
no lo apuremos más.

TRIGUEROS.

(En lo de Ostende
no apretó más el Sancho.) Seo don Diego,
también yo se lo ruego;
haga lo que le digo,
y mire que soy bueno para amigo.

DON DIEGO.

(¡Este es lance apretado!)

SANCHO. (1)

Don Diego, ¿qué tenéis, que habéis mudado
el color?

LISARDO.

(¡Lance ha sido
para mostrar enfado!)

DON DIEGO.

Lo que os pido
es que a mi padre le digáis, Lisardo,

(1) Así en el texto; pero quizá deba leerse LISARDO, y las palabras siguientes, en vez de a LISARDO, corresponderán al mismo DON DIEGO.

que sólo obedecer su gusto aguardo,
y que pues ha tratado el casamiento,
que yo estoy muy contento
de la elección que ha hecho.

LISARDO.

Voy volando
con tan dichosa nueva.

DON DIEGO.

¡Estoy dudando
si han pasado por mí tales sucesos!
Pero quien tiene los sentidos presos
en la divina cárcel de unos ojos,
¿cómo puede vencer nuevos enojos?
Amor, pues me venciste,
pues instrumento fuiste
de que yo me perdiera,
prosigue, persevera,
que, sujeto y rendido,
me doy por bien perdido,
como le des favor a mi cautela.
Si el honor se desvela
en despreciar mi amor, cánsase en vano,
porque, necio y villano,
le he de tener por mi adorado objeto.
Mas por guardar respeto
a su honesto recato
con esta industria trato
el casamiento con su prima; y luego,
pudiendo verla, templaré mi fuego
dilatando el casarme;
y en llegando a obligarme,
por no dejar vencerme,
podré entonces valerme
de la justa obediencia
que le debo a mi padre. La sentencia
pronunció Amor; que, aunque es para mi daño,
no puede ser mayor que el desengaño.

(*Salen* LEONOR, DOÑA MARÍA y INÉS.)

LEONOR. ¿Qué dices, doña María?
D.ª MARÍA. Digo que no estoy en mí;
y yo por el balcón di
el papel, y que vendría
a hablarte me respondió.
En el corredor le vi,
quité la luz, y volví
después que a hablarte llegó.
Escuchó tus desengaños;
vino don Juan, y él se fué.
Esto es, prima, lo que sé.
LEONOR. Aquí hay mayores engaños;
porque en decirme don Diego,
tan confuso y tan turbado,
que no entró a hablarme, me han dado
sospechas de mayor fuego.
Tened, ¡oh, Cielos!, piedad
de mi inocencia ofendida,
si bien ha puesto mi vida
*la defensa en la verdad.*

(*Sale* DON DIEGO.)

Enemigo, ¿qué me quieres,
cuando a mi esposo conoces?
¿Haces, por ventura, estudio
de tus pensamientos torpes,
que en mi daño los platicas,
para que sospechas borren
el claro honor que sustento
con inmortales blasones?
¿Qué pretendes en mi casa
con tan injusta desorden?
Si es que gobierna tus pasos
la muerte, para que llore
mi honor sin culpa ofendido,
tan conocidas traiciones,
tan bárbaro atrevimiento,
indigno de ningún hombre,
desesperarse ofendiendo.
D. DIEGO. Bella Leonor, no te asombres
cuando vengo a asegurarte.
LEONOR. ¿Qué dices?
D. DIEGO. Que si me oyes,
verás tu seguridad.
LEONOR. ¿Cómo, si el sagrado rompes
de mi casa?
D. DIEGO. Pues en ella
me has de honrar.
LEONOR. Cuando dispones
mi agravio, ¿cómo?
D. DIEGO. Pidiendo
que mi nuevo intento logren
los favores de tu mano,
a tu mismo ser conformes.
LEONOR. No te entiendo.
D. DIEGO. No me escuchas;
que por eso a tus temores
les dejas tan libre el campo,
para que en verme se asombren.
Yo vengo, hermosa Leonor,
tan libre de las pasiones
de mi amor desvanecido,
que ya discurro como hombre.
Y conociendo tu ofensa,
entre las vulgares voces

del pueblo, que, atento siempre
a las humanas acciones,
por la inquietud de mis pasos,
escandalosa desorden,
juzgaba mal de tu honesto
recato, que puede en bronces
irse dilatando al siglo,
quiero que su lengua borre
la impresión de sus sospechas
con nuevas informaciones.
Y así, pagando esta deuda,
que mi alma reconoce,
quiero que tu hermosa prima
me dé, si merezco el nombre
de esposo, porque don Juan,
como cuerdo, lo dispone,
supuesto que lo ha tratado
Sancho de Avila; que importe
esto a tu reputación
claramente lo conoces,
si ya tu rigor no quiere
que para tu bien lo ignores.

LEONOR. ¡No me pidieras primero
las albricias tan conformes
a la quietud de mi casa!

D.ª MARÍA. ¡Qué bien los Cielos disponen
mis dichas, sin merecerlas!

LEONOR. No sé con qué, alegre, compre,
don Diego, un favor tan grande:
en mis brazos reconoce
la obligación mi deseo.

D. DIEGO. Pues mi intento no socorres,
Amor, por el parentesco,
vengo a merecer favores
que tan ciego pretendía.

*(Llegan a abrazarse, y salen* DON JUAN *y* SANCHO DE AVILA, *y* DON LUIS *y* TRIGUEROS.)

D. JUAN. ¿Ni aun en mi casa se esconde
mi agravio?

SANCHO. Don Juan, ¿qué es esto?
Pues ¿así se descompone
vuestra prudencia?

LEONOR. Dejalde,
señor; que si no conoce
las obligaciones mías,
tan debidas a mi nombre,
a mi valor y a mi sangre,
yo haré que presto le informe
el desengaño. Don Diego,
tan sujeto y tan conforme
a vuestro mismo deseo,
viene para que nos honre
su valor, dando a mi prima
mano de esposo.

D. DIEGO. Que ignores,
con tan grande ofensa mía,
don Juan, mis obligaciones
siento mucho, cuando vengo
a cumplillas. (¡Mal dispones,
ciego Amor, estos intentos!)

D. JUAN. (¡Perdido soy! Engañóse
mi mal fundada sospecha;
y es ya forzoso que otorgue
por su opinión con su gusto.)

D. DIEGO. Don Juan, bien veis que soy pobre;
pero pues sabéis quién soy,
tened por bien que me honre
la hermosa doña María,
a quien le debo favores,
mas tan honestos, don Juan,
que a su valor corresponden.

SANCHO. (¿No os lo dije yo?

D. JUAN. Ya veo
que los Cielos lo disponen
para nuestro bien.) Don Diego,
no podéis llamaros pobre,
cuando sangre os acredita
para más altos blasones.

D. DIEGO. El mayor es el que alcanzo.

SANCHO. Pues no hay, don Juan, quien estor-
tan buena suerte, las manos [be
se den luego; conocióme
el intento el buen don Diego.

D. DIEGO. Con alma y gusto conformes
me ofrezco por vuestro esclavo.

D.ª MARÍA. Será para que se logre
la ventura de ser vuestra.

SANCHO. El hace como hombre noble.

TRIGUER. ¡Por Dios, que es lindo el don Die-

D. LUIS. ¡Qué bien los Cielos disponen [go!
que las sospechas se enfrenen!

INÉS. ¡Qué alegre día!

TRIGUER. Acogióse
a sagrado el buen don Diego,
donde, entre varios temores,
entre dudas y sospechas,
descubrió con resplandores
de su luz el claro honor,
por más que nubes lo estorben.
*La defensa en la verdad.*
Vuesas mercedes perdonen.

FIN

COMEDIA FAMOSA

# DEL MAL LO MENOS

## DE LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Juan de Mendoza.
Monzón, *lacayo.*
*El* Rey de Nápoles.
Beatriz, *reina.*
Casandra, *prima del* Rey.
Silvia, *dama.*
*El* Conde Fabricio.
*El* Marqués Octavio.
Fabio.
*Un* Jardinero.
*El* Condestable de Dinamarca.
*El* Rey de Dinamarca.
*Dos* Pajes.
[Servio.
Jacobo.
Manuel.
Califa.
Piloto.]

### ACTO PRIMERO

*(Salen* Don Juan de Mneduza *y* Monzón, *lacayo, de camino.)*

D. Juan. Hoy hablo al Rey.
Monzón. Bien harás,
que ya se acaba el dinero.
D. Juan. Presto las letras espero.
Monzón. Tarde letrado serás.
D. Juan. El día que yo salí
Monzón, de España, me dieron
esta palabra.
Monzón. Sí hicieron,
y de ella testigo fuí.
Mas ¿qué palabra se dió
en materia de dinero
que se cumpliese?
D. Juan. Hoy le espero.
Monzón. ¿Hoy le esperas?
D. Juan. Sí.
Monzón. Yo no.
D. Juan. ¿Por qué?
Monzón. Porque no hay amigo,
en las desdichas, leal,
y porque no viene mal
sin ser de otro mal testigo;
pues es verdad que tendremos
orden de volver a España.
D. Juan. En fortuna tan extraña
probé, Monzón, los extremos.
Ya, en efeto, me ausenté
y a Nápoles he llegado.
Don Tello quedó afrentado;
su necio mentís vengué.
Consejo fué el ausentarme
de quien no me quiere mal,
porque de peligro tal
era imposible guardarme.
El tiempo lo hará mejor,
que es el que lo cura todo.
Monzón. Si no lo pone de lodo,
que es lo más cierto, señor.
D. Juan. ¿Era mejor que aguardara
a una prisión o que diera
lugar que lavar pudiera
Tello su ofendida cara
con mi sangre?
Monzón. No lo apruebo;
bien en Nápoles estás,
que antes el no volver más
a España en los ojos llevo.
¡Qué terribles leyes son
las del mundo! Por un tris
ha de haber luego un mentís,
y al mentís un bofetón.
D. Juan. El bofetón es afrenta
terrible, y determinada
a un mentís, bien ordenada
al decir que un hombre mienta;
porque es la infamia mayor,
y la mayor calidad
de un noble tratar verdad.
Monzón. Loco está el mundo, señor;
porque si el mentir afrenta,
¿cómo tantos hombres mienten?
D. Juan. Porque está en que los afrenten
que un hombre la afrenta sienta.
Monzón. De suerte que el daño obliga,
para que se satisfaga,
no que la infamia se haga,
sino en que el otro lo diga.
Miente el que trata la dama

del amigo y la mujer;
miente el que le viene a ver
y a sus espaldas le infama;
miente el que dice que sabe
una cosa que no entiende;
miente el que calla y ofende
lo que era razón que alabe;
miente el que humilde nació
y blasona de ser noble;
miente el que algún trato doble,
por interés, cometió;
miente el que promete dar
y no da lo que promete;
miente el que juega, si mete
ayudas para ganar;
miente el que sustenta coche
sin renta ni señoría,
y el hipócrita de día
que quita capas de noche;
miente el que el pleito sustenta
donde no tiene justicia;
miente el que por la milicia,
sin servicios, pide renta;
miente el que siendo una dueña
raja, derriba y deshace,
y miente aquel que no hace
lo que a los otros enseña;
miente una dama que engaña
al que le da su dinero;
miente el papel lisonjero
con que a tantos enmaraña;
miente la que es roja y blanca
a puro afeite y color,
y miente fingiendo honor
cuando de su gusto es franca;
miente si, tratando a dos,
uno los hijos sustenta,
y la que en años cincuenta
jura que son treinta y dos,
y yo miento, como ves,
a costa de tu caudal,
pues de lo que cuesta un real
te pongo en tu cuenta tres.

D. JUAN. No pensé que hoy acabaras;
que en materia de mentir
mucho se puede decir.

MONZÓN. Píntanle al mundo dos caras;
y si está tan recebido
el mentir como decís,
¿por qué es afrenta el mentís?

D. JUAN. Porque anda el mundo fingido
y sólo el decirlo obliga
al que lo quiere encubrir,
que todos quieren mentir
y que nadie se lo diga.

MONZÓN. El Rey.

D. JUAN. Allí te desvía,
que es esta buena ocasión.

MONZÓN. ¿Y las cartas?

D. JUAN. Estas son.

MONZÓN. No te turbes.

D. JUAN. No querría.

(*Salen el* REY DE NÁPOLES, *la Reina* BEATRIZ, CASANDRA, *prima del* REY, *y* SILVIA, *dama; el* MARQUÉS OCTAVIO *y el* CONDE FABRICIO.)

REY.

Por vos quiero dejar esta jornada.

REINA.

Oblígame en extremo vuestra alteza.

MONZÓN.

(Llega, ¿de qué te turbas?

DON JUAN.

Bien pareces
hombre ignorante; que los reyes turban
con la gran majestad que representan.

MONZÓN.

Imagínale un hombre.

DON JUAN.

Fuera un bárbaro,
que se ha de imaginar que representa
una imagen de Dios, y con respeto
poner los ojos en sus pies. Yo llego.)
Dame a besar, señor, tus reales manos.

REY.

¿Quién eres, español?

DON JUAN.

Un caballero,
no de los inferiores de Castilla,
que con deseo de servirte vengo
desde su corte.

REY.

¿Pasas adelante?

DON JUAN.

No, gran señor; que vengo, como digo,
sólo a servirte, y creo que estas cartas
dirán la causa y el intento mío.

(*Lea el* REY.)

"Don Juan de Mendoza, mi sobrino, ha hecho elección de servir a vuestra alteza entre los muchos Príncipes que se le ofrecían, en Italia, Alemania y Francia, en tanto que se componen sus pleitos en España. Suplico a vuestra alteza le ampare y favorezca su deseo; que, fuera de los méritos de su persona, doy en la suya la mía a vuestra alteza.—*El Almirante de Castilla.*"

DON JUAN.

A vuestra alteza escribe la Duquesa.

REINA.

Leeré de espacio lo que aquí me escribe.
¿Quedaba con salud?

DON JUAN.

Para serviros,
recién parida de un hermoso niño.

REINA.

Dios se le guarde. ¿Dónde queda ahora?

DON JUAN.

Queda en Valladolid; mas de partida
para Medina de Ruiseco.

REY.

Tengo
obligación de hacer por vos...

DON JUAN.

Merece
la Duquesa el favor de vuestra alteza.

REY.

¿Don Juan?

DON JUAN.

¿Señor?

REY.

¿Qué pleitos son aquéstos?
¿Importará que yo a mi primo escriba?

DON JUAN.

Señor, no por agora, que es muy presto,
porque es cierto disgusto que tuvimos
un caballero y yo.

REY.

¿Quedó afrentado?

DON JUAN.

Era descolorido y algo libre,
y púsele colores en la cara.

CASANDRA.

(No es necio el español.

SILVIA.

Ni de mal talle.)

REY.

No tengas pena, que en mi casa tienes
patria, señor y amigo.

DON JUAN.

Dios te guarde.

REINA.

En ella quedas ya, y en nuestro amparo.

DON JUAN.

¿Qué puedo yo temer, favorecido
de vuestras manos?

CASANDRA.

(¡Qué españoles bríos!)

(*Entrense los* REYES *y los demás, y* DON JUAN *detenga cortésmente a* CASANDRA.)

D. JUAN. Suplico a vuestra excelencia
que me escuche.
CASANDRA. ¿Decís a mí?
D. JUAN. Sí, señora.
CASANDRA. Hablad.
D. JUAN Aquí
me turba vuestra presencia;
que os confieso no haber visto
mayor belleza.
CASANDRA. Ya sé
vuestras lisonjas.
D. JUAN. ¿Podré,
si a tanta luz me resisto,
daros algunos recados
de deudos que allá tenéis?
Mas en sus cartas veréis
mis deseos y cuidados:
digo, los que allá tenían
de vuestra salud.
CASANDRA. Creed
que os haré toda merced.
D. JUAN. Lo mismo de vos confían.
Y lea vuestra excelencia
la de la Duquesa sola.
CASANDRA. (¿La libertad española
se turba de mi presencia?
Pues no parece encogido
el español. He pensado

que es gala hacerse turbado
y que es respeto fingido.)

*(Abra la carta y lea entre sí.)*

D. JUAN. (¡Con qué gracia rompe el pliego!
Y no la tiene menor
en abrir puerta al Amor.
¡Con qué nieve enciende fuego!
Por cierto que allá en España
fué la fama desigual;
de que es prenda celestial
con la vista desengaña.
Si prima del Rey no fuera
y tan alto casamiento,
pienso que a mi atrevimiento
licencia de amarla diera.
¡Oh, cuánto el alma se goza
de aqueste dulce cuidado!)

CASANDRA. Yo he leído.

D. JUAN. Habéisme honrado.

CASANDRA. ¿Sois vos don Juan de Mendoza,
el que llaman en Castilla
el alanceador?

D. JUAN. Yo soy
el que de veros lo estoy.

CASANDRA. ¿Que vos sois la maravilla
de las damas españolas?

D. JUAN. No crea vuestra excelencia
más de lo que ve en presencia,
y en ella dos cosas solas:
que son un alto deseo,
y un conocimiento igual.

CASANDRA. No es, Mendoza, desigual
a la opinión lo que veo.
Id con Dios, que yo hablaré
a la Reina, mi señora,
por vos.

D. JUAN. Y yo, desde agora,
hechura vuestra seré.
Guárdeos mil años el Cielo.

*(Al entrarse con grandes reverencias, se venga en-derezando [illegible] el Lacayo hacia Casandra.)*

MONZÓN. Conozca en esta ocasión
vuestra excelencia a Monzón.
Quedo, de que es él recelo. (1)

CASANDRA. ¿Quién sois?

MONZÓN. Un quien de aquel quien
por quien anda en quien yo ensillo.

CASANDRA. Ya os conozco.

MONZÓN. Y monacillo
de sus responsos también.
Soy un terrestre animal
que voy abriendo camino
al hombre más peregrino
que vió el curso celestial.
Soy de su taberna el ramo,
la tabla de su mesón,
de su tablero peón
y el lucero de mi amo;
porque como él va delante
siempre que amanece el sol,
yo, de este sol español,
soy precursor caminante.

CASANDRA. Ya os conozco, y me agradáis
por hombre de buen humor.
Mas quién es vuestro señor
os ruego que me digáis.

MONZÓN. Este es hijo natural,
si verdad, señora, os digo,
del famoso don Rodrigo
Enríquez, y al padre igual
en cuantas gracias le dió
el Cielo; el padre es hermano
del Almirante.

CASANDRA. La mano
Naturaleza templó
en la celeste armonía
formando a vuestro señor;
tal es su fama y valor,
su virtud y valentía,
y que sea natural
no pienso que es gran defeto.

MONZÓN. Guardara, a serlo, secreto,
como criado leal;
mas no es cosa que desdora
la calidad de don Juan,
porque por madre le dan
una principal señora.
Fuera de que allá en Castilla,
ya lo sabéis, esto basta.

CASANDRA. Mucho su virtud contrasta.

MONZÓN. Es espanto, es maravilla
de los moros granadinos,
es el jardín de las damas,
es árbol de cuyas ramas
se esperan frutos divinos.
El día que mi señor
salía con lanza al coso,
el toro más animoso
era un ciervo, de temor.
No quedaba quien no alzase

---

(1) Probablemente será "que ignore quien es recelo".

la voz y le bendijese,
mujer que no le quisiese,
hombre que no le envidiase.
Es tan franco y liberal,
que da a todos, de manera
que, por dar, que nunca diera,
andamos en tanto mal.

CASANDRA. ¿Tanto ha dado?

MONZÓN. A un caballero
dió un bofetón tan bien dado,
que a Nápoles ha llegado
con este pobre escudero;
donde, si no es que provean
los Reyes sus desatinos,
nos iremos peregrinos
donde gentes no nos vean.

CASANDRA. ¿Fué sobre amores, acaso?

MONZÓN. En su vida tuvo amor.
Sólo he visto a mi señor,
y esto que digo de paso,
hablar bien en un retrato
de una Casandra, que es prima
de este Rey. Sólo éste estima,
y es porque le halló barato
en una rica almoneda,
y dejámosnosle allá
por ser grande.

CASANDRA. Pues ya está
donde ver el vivo pueda.
Yo soy la prima del Rey,
yo soy Casandra, yo estoy
donde me veis.

MONZÓN. Y yo soy
un mulo, una bestia, un buey.
Perdonad mi descortés
término, que soy un loco.

CASANDRA. Ni tengo a don Juan en poco,
ni a quien su criado es.
Venidme a ver, que no soy
mala para amiga.

(*Vase* CASANDRA.)

MONZÓN. Beso
vuestros pies.—¿Hay tal suceso?
¡Oh, Cielo! Gracias te doy
por el talle y proceder,
pues que no me ve mujer
que no diga: "Tuya soy."
Estimarme desde aquí
por galán es justa ley,
pues una prima de un Rey
se muere de amor por mí.

(*Vase, y entra el* CONDE FABRICIO *y el* MARQUÉS OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¿Que su ayuda de cámara le ha hecho?

FABRICIO.

Ansí lo dicen, porque se ha informado,
y, de sus calidades satisfecho,
lo más conforme al español le ha dado.
Es pobre caballero, y sin derecho
a la hacienda del padre.

OCTAVIO.

Habéis hallado
un término bien nuevo que disfraza
la bastardía pública en la plaza.

FABRICIO.

Paréceme que habláis apasionado.

OCTAVIO.

No, lo he mirado bien, y estoy contento
que el Rey humildemente le haya honrado.

FABRICIO.

El español no muestra sentimiento.

OCTAVIO.

¿No os mueve a risa verle tan hinchado
siendo un pobre escudero?

FABRICIO.

Todo es viento
la arrogancia española. ¿Quién osara
mostrar a un Rey tan arrogante cara?
Si fuera el Almirante, o cuando fuera
cabeza de Mendozas y Guzmanes,
no pienso que más grave respondiera
ni con más estudiados ademanes.
¿Vistes el vestidillo?

OCTAVIO.

Y le quisiera
preguntar si en España los galanes
entran en aquel traje a hablar los reyes.

FABRICIO.

Con la necesidad, Marqués, no hay leyes.
Es como Embajador, porque andar puede
en el traje que quiere y le da gusto.

OCTAVIO.

¿Y no queréis que muy corrido quede?
Pues siendo un escudero, fuera justo
reconocer quién somos.

FABRICIO.

Eso excede
de lo que entonces fué común disgusto.
Yo hablo de las galas y el lacayo.

OCTAVIO.

De pensar en las calzas me desmayo.
Muero de risa en ver con el toldillo
que se quitaba, muy a lo discreto,
después de entrado el Rey, el sombrerillo,
para engendrar de sí mayor conceto.

FABRICIO.

Costoso era ¡por Dios! el vestidillo.

OCTAVIO.

La maleta y las postas, en efeto,
le deslucieron; llegarán baúles
con galas blancas, nácares y azules.

FABRICIO.

¿Para qué trata el Rey el casamiento
de Casandra y del Rey de Dinamarca,
pudiéndola casar con este viento
que los dos polos con soberbia abarca?

OCTAVIO.

Pues dicen que la habló.

FABRICIO.

¡Qué atrevimiento!

OCTAVIO.

Fabricio, España es del diluvio el arca.
No hay sabandija que no se halle en ella.

FABRICIO.

A Silvia he visto y a Casandra bella.

(*Salen a lo alto* SILVIA *y* CASANDRA.)

SILVIA. (Fabricio está en el terrero.
CASANDRA. Y el Marqués está con él.)
OCTAVIO. (Hablar a Casandra quiero.
FABRICIO. Yo a Silvia, si Amor cruel
me da licencia primero.)
OCTAVIO. ¿Qué manda vuestra excelencia
a Octavio? Que en su presencia
no puede estar sin mostrar
à lo que puede llegar
un sentimiento de ausencia.
CASANDRA. ¿En qué ha parado, Marqués,
el concierto del torneo?
OCTAVIO. Si de vuestro gusto es,
mantendrále mi deseo
al poder y al interés.
FABRICIO. Señora Silvia, creed
que me va muy mal ausente...
SILVIA. Paciencia, Conde, tened.
FABRICIO. Porque me dice la gente
que ya no me hacéis merced.
SILVIA. Pedir más demostraciones
no cabe en gala, ni es justo
que ande el gusto en opiniones.
FABRICIO. Las opiniones del gusto
no se fundan en razones;
pero las quejas lo son.

(*Sale* DON JUAN *y* MONZÓN.)

D. JUAN. (Espántame la razón,
si no es que la entiendo mal.
MONZÓN. Persona tan desigual
¿ha de mostrarte afición?
D. JUAN. "No tengo a don Juan en poco"
¿no dijo?
MONZÓN. Sí dijo.
D. JUAN. Pues...
MONZÓN. Pues ¿qué entiendes?
D. JUAN. Que estoy loco.
MONZÓN. "Ni a quien su criado es",
¿no es nada?
D. JUAN. Pienso que toco
las estrellas con la mano
en tan loco atrevimiento.
Pero el pensamiento humano
es libre y vuela en el viento,
que es fénix del viento vano;
allí nace y allí muere,
y allí otra vez resucita.
En fin, Monzón, ¿saber quiere
quién soy?
MONZÓN. Tu cuidado imita,
y en ser mujer te prefiere.
D. JUAN. ¿Dijístele que no era
legítimo?
MONZÓN. Lo primero.
D. JUAN. ¡Mal te haga Dios!
MONZÓN. Oye, espera...
D. JUAN. ¿Qué he de esperar, majadero?
MONZÓN. ¿Pues no es mejor que te quiera
con tus tachas, como mula?
D. JUAN. Mucho el amor disimula;
pero hay gran desigualdad.
MONZÓN. Como eso la voluntad
come los viernes sin bula.
Pues también me preguntó
si amabas, muy colorada.
D. JUAN. ¿Cierto?

MONZÓN. Y respondíle yo:
"Ama una dama pintada,
y esto porque la compró
barata en una almoneda."
D. JUAN. ¿Dijiste el nombre?
MONZÓN. Sí.
D. JUAN. ¡Bueno mi honor por ti queda,
necio! ¿Qué dirá de mí?
MONZÓN. ¿Quién hay que sufrirte pueda?
Di agora que has de querer
mujer que ha de ser mujer
de un hombre de más de marca.
D. JUAN. ¿Quién?
MONZÓN. El Rey de Dinamarca.
D. JUAN. Luego ¿amar no puede ser?
MONZÓN. ¿Hay amor sin esperanza?
D. JUAN. El mío.
MONZÓN. Reírme quiero
de tu amor y tu mudanza.
D. JUAN. Damas hay en el terrero.
MONZÓN. Pues, alto, un bocado alcanza,
como mula de camino
cuando pasa por el prado.
D. JUAN. (Yo intento un gran desatino.
¿Voy bien?
MONZÓN. Algo corcovado.
D. JUAN. Es que a Casandra me inclino.)
Aquí un español tenéis
para que de él os sirváis.

(*Azóranse los dos.*)

OCTAVIO. Español, ¿qué pretendéis?
D. JUAN. Hablar, señor, donde habláis
y ver el cielo que veis.
OCTAVIO. ¿Quién os ha dado licencia?
D. JUAN. ¿Quién a los dos os la dió?
OCTAVIO. ¡Qué graciosa impertinencia!
Haceos allá.
D. JUAN. Yo soy yo,
y a no ser por su excelencia...
FABRICIO. Ea, que es descompostura.
Ya sabemos quién sois.
D. JUAN. Soy
tan bueno, que me asegura
el mismo sol donde estoy,
pues no me abrasa y me apura.
Cuando el señor don Rodrigo
no fuera mi padre, digo
que por mí mismo soy tal,
que ningún hombre es igual,
del Rey abajo, conmigo,
y que puedo estar aquí,
en palacio y dondequiera
que me diere gusto a mí.
OCTAVIO. No respondo, aunque quisiera.
D. JUAN. Quiera, o quítese de ahí.
FABRICIO. ¿La espada empuñáis?
D. JUAN. Pues qué,
¿traigo alguna rueca al lado,
como alguna que se ve?
FABRICIO. ¡Si es loco!
OCTAVIO. Ansí lo he pensado.
FABRICIO. Vamos.
OCTAVIO. Yo me vengaré.

(*Vanse.*)

D. JUAN. ¡Gallinas! ¡Viven los Cielos...!
SILVIA. (¡Bravo anduvo el español!)
MONZÓN. Espérate, y seguirélos.
D. JUAN. Detente.—Esto puedes, sol,
cuando me abrasas de celos.
MONZÓN. Las gallinillas mojadas,
con las alas envainadas.
¿No me dejarás?
D. JUAN. ¡No más!
SILVIA. (Suspensa, Casandra, estás.
CASANDRA. Desmáyome en viendo espadas.
Vámonos de aquí. Al revolver
el guante se me cayó.
SILVIA. Pídele.
CASANDRA. No puede ser.
SILVIA. Pues el español le alzó.
CASANDRA. Silvia, ¿qué le puedo (1) hacer?
SILVIA. Cosa que a favor lo mida,
que es español y arrogante.
CASANDRA. Razón habrá que lo impida,
que es pobre, y es darle guante
para que limosna pida.)

(*Quítanse.*)

D. JUAN. ¿Hay ventura igual?
MONZÓN. ¿Dirás
que el guante es grande ventura?
D. JUAN. Pues, necio, ¿puede ser más?
MONZÓN. Di puede ser más locura,
que pienso que acertarás.
Haz ¡por tu vida! un soneto
a este guante.
D. JUAN. Dentro está
un papel.
MONZÓN. Muestra a qué efeto.
D. JUAN. Yo te digo que tendrá
algún notable conceto.

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen "puede".

No son más que dos razones.

MONZÓN. ¿Que dicen?

D. JUAN. ¡Qué confusiones!

*(Lea.)*

"España, doce, jardín;
que sin principio no hay fin."

MONZÓN. ¿Qué dices? ¿Pares o nones?

D. JUAN. "España, doce, jardín;
que sin principio no hay fin."
¿Qué te ríes, majadero?

MONZÓN. Quedo; declararle quiero.

D. JUAN. ¡Qué ingenio!

MONZÓN. Soy un rocín.
"España" y "doce" es mostrar
que un español, a las doce,
está por desayunar;
"jardín", que a nadie conoce
y que se vaya a cavar;
"que sin principio no hay fin",
es que sin trabajo humano
no hay comer ni hay un cuatrín.

D. JUAN. Hablaste como villano;
tu oficio imitaste, en fin.
Yo lo entiendo de otra suerte.

MONZÓN. ¿Cómo?

D. JUAN. "España" y "doce" advierte
que a las doce el español
por el jardín hable al sol.

MONZÓN. ¿Tú intentas buscar tu muerte?

D. JUAN. Sin duda a hablarla me anima
por el jardín, y a este fin
dice Casandra en su enima
"España, doce, jardín",
y el fin del principio estima;
porque quien no se atreviere
al principio, dice, en fin,
que ningún remedio espere,
"que sin principio no hay fin"
y ha de buscarle el que quiere.
Ea, toma una rodela,
y esta noche al jardín vamos.

MONZÓN. ¡Lindo engaño te desvela!
Tú verás si no llevamos,
como muchachos de escuela.
"España" y "doce", es, en fin,
pues no hay esperar regalos
de un jardín, donde hay mal fin,
que nos darán doce palos
con la tranca de un jardín.

*(Vanse. Salen la* REINA *y* CASANDRA.)

CASANDRA. Esta merced me has de hacer.

REINA. ¿Qué te obliga?

CASANDRA. Haberme escrito.
a quien yo quiero infinito
y a quien debo agradecer
otros oficios mayores
que hace en España por mí.

REINA. Mejor lo hará el Rey por ti.

CASANDRA. Haz que me salgan colores.
El Rey es mi primo hermano,
pero tú del Rey mujer.
Sin esto, puedes creer
que merecimiento humano
no llega al de este español;
es deudo del Rey y es hombre
que tiene puesto su nombre
entre los rayos del sol.
¿Nunca has oído decir
don Juan el alanceador?

REINA. Yo le haré todo favor.

CASANDRA. Pues esto le has de pedir:
que a tanto merecimiento
oficio de ayuda es poco.

REINA. Tú verás que le provoco
a toda merced.

CASANDRA. No intento
esto con más interés
que servir a quien me escribe.

REINA. Basta que en tu amparo vive.

CASANDRA. Don Juan de Mendoza es
de lo mejor de Castilla.

REINA. Todo lo entiendo muy bien.

CASANDRA. Que tan corto oficio den
al monstruo, a la maravilla
del mundo, ofende el valor
de tan generosos reyes,
porque también tienen leyes
de hacer merced y favor.

REINA. Vete y fíate de mí.

CASANDRA. Advierte bien que a don Juan
en otras partes le dan
más favor que tiene aquí.

REINA. Digo, Casandra, que haré
lo que por mi propio hermano.

CASANDRA. Es don Juan gran cortesano.

REINA. Sí, Casandra, ya lo sé.

CASANDRA. Ha de ser muy efectivo
este ruego con tu esposo:
efectivo y cuidadoso.

REINA. Digo que ya me apercibo.
Bien puedes irte; no creas
que ha de haber descuido en mí,
que basta agradarte a ti

para que servida seas.
**Casandra.** Pues advierte que el Rey viene.
**Reina.** Hoy tendrá tu gusto efeto.
**Casandra.** ¿Díjete que era discreto
y el buen donaire que tiene?
**Reina.** Extraña estás ya, cuñada.
Que es un ángel entendí;
que lo que me obliga a mí
es el saber que te agrada.
El Rey viene; aguarda un poco.
**Casandra.** (¡Qué mal se encubre el amor,
porque es su oficio y rigor
volver al más cuerdo loco!)

*(Sale el* Rey *y vase* Casandra.*)*

**Rey.** Daréisme esos memoriales
cuando tenga más lugar.—
¿Señora?
**Reina.** Yo os vengo a hablar.
**Rey.** Ya lo he visto en las señales
del regocijo que ha hecho
el alma en que la mandéis.
**Reina.** Cuantas mercedes me hacéis
tan dignas de vuestro pecho,
no igualan con las que ahora
os vengo a pedir.
**Rey.** Pues creo
que conocéis mi deseo.
No lo dilatéis, señora.
Mandadme, que obedeceros
hace, y aun es justa ley,
que me alegre de ser Rey,
porque, después de quereros,
se ha de seguir el serviros,
y serviros sin poder
me había de entristecer.
**Reina.** ¿Luego bien podré deciros
con mucha seguridad
lo que os quiero?
**Rey.** Y de tal suerte,
que me ofreceré a la muerte
por mostraros voluntad.
**Reina.** Mil años el Cielo os guarde.
Don Juan de Mendoza tiene,
como el que extranjero viene,
atrevimiento cobarde
para deciros que es poco
el oficio que le dais.
**Rey.** Señora, engañada estáis,
cuanto él arrogante y loco.
¿Sabéis bien su calidad?
**Reina.** ¿No basta ser forastero?
**Rey.** Su padre es gran caballero
y yo le tengo amistad;
pero llaman en Castilla
a éstos hijos de ganancia.
**Reina.** Que sea en Castilla o Francia
no es milagro o maravilla,
que no todos los que han sido
reyes legítimos son,
ni es en don Juan ocasión
para ser mal admitido;
que es hombre cuyo valor
único celebra España,
y a todo un reino no engaña
sin méritos el amor.
¿Jamás oístes decir
el alanceador Mendoza?
**Rey.** Su fama ese nombre goza;
pienso que lo pude oír.
Pero ¿qué tiene que ver
con que vos mostréis pasión?
**Reina.** Ser lo que digo razón
y tan posible de hacer.
Cuando levantan los reyes
a quien quieren, desde el suelo
a las estrellas del cielo,
¿con qué razón, con qué leyes
más que ser su voluntad?
¿Qué disculpa dan si es culpa?
**Rey.** No dan los reyes disculpa,
que es libre la majestad;
y hacer hombres de la tierra
es en lo que imita el rey
a Dios.
**Reina.** Luego es justa ley.
**Rey.** (Esto algún misterio encierra.)
**Reina.** Es gallardo este español;
es deudo del Rey, y es hombre
que tiene puesto su nombre
entre los rayos del sol,
y a tanto merecimiento
oficio de ayuda es poco.
**Rey.** (Casi a enojo me provoco.)
**Reina.** Mudad ¡por mi vida! intento
y haced a don Juan merced.
**Rey.** (¡Válame Dios! ¿Qué será?)
**Reina.** ¿Qué decís?
**Rey.** (¡Qué necia está!)
**Reina.** Que no es mi interés creed.
**Rey.** (Su afición me maravilla.
No habla sin interés.)
**Reina.** Don Juan de Mendoza es
de lo mejor de Castilla.

REY. Digo que lo creo ansí.
REINA. Cualquier príncipe le hiciera
merced si ampararse fuera
de su reino, como aquí
a vuestra grandeza viene.
REY. Todo lo entiendo, en efeto.
REINA. ¿Heos dicho cómo es discreto
y el buen donaire que tiene?
REY. Yo lo tengo visto bien.
Bien os podéis ir, señora,
que, aunque no le den ahora
de otro aumento el parabién,
por vos le tendrá muy presto.
REINA. Guárdeos muchos años Dios,
que yo sé bien que los dos
tenemos ganancia en esto.

*(Váyase.)*

REY.

¡Qué extrañas confusiones! ¡Qué desvelos
causa en amor una pregunta incierta!
Que como el alma está tan encubierta,
sólo puede el temor correr sus velos.
Igual hicieron el amor los Cielos,
y la primer sospecha descubierta,
a no cerrarles el Amor la puerta,
donde sale el valor entrarán celos.
¡Qué poco la grandeza le aprovecha
a la sospecha del honor tirano
si tiene el miedo la opinión deshecha!
¿Qué sirve el cetro en poderosa mano?
Que poderse librar de una sospecha
no cabe en fuerzas del poder humano.

*(Vase, y entra* DON JUAN *y* MONZÓN *de noche, con rodelas.)*

D. JUAN. ¿Entiendes algo del cielo?
MONZÓN. Soy la misma Astrología.
D. JUAN. ¿Qué horas serán?
MONZÓN. Las once.
D. JUAN. ¿Quién lo dice?
MONZÓN. Las cabrillas.
D. JUAN. ¿Las cabrillas? ¿De qué modo?
Que pienso que desatinas.
MONZÓN. ¿No tiene el carro del Norte
cuatro mulas que lo tiran?
¿Las cabrillas no son siete, (1)
con la que a lo escuro pintan?
¿Cuatro y siete no son once?
Pues las once son. ¿Qué miras?
D. JUAN. ¿Hay locura semejante?
MONZÓN. ¿Y es la primera, por dicha,
que los astrólogos dicen
en las cosas que adivinan?
D. JUAN. Esos son los judiciarios;
que cuando la Astronomía
es matemática ciencia,
toda verdad se averigua.
MONZÓN. No sé ¡pardiez!, no lo entiendo;
allá en el cielo imaginan
perros, culebras, lagartos,
osos, liebres, peces, liras,
dragones, carneros, cancros
y cosas tan peregrinas,
que han hecho su claro espejo
camarín de sabandijas.
D. JUAN. En fin, ¿no serán las doce
por tu ciencia y por la mía?
MONZÓN. Miraréla más de espacio.
Muy cerca son. Dadme albricias
de esto, y de que dice el signo
Capricornio que si pisas
este jardín cogeremos
fruto a palos como encinas;
mas que librarnos podemos,
me ha dicho el signo de Libra,
si nos vamos acostar.
D. JUAN. Tú, que de miedo suspiras;
yo no, que el signo León
tal influencia me inspira,
que he de serlo en conquistar
esta bella Sofonisba.
MONZÓN. ¡Oh, qué mal traída historia!
Pues no hay aquí Masinisa
ni romano Escipión.
D. JUAN. Calla, bestia, romancista.
MONZÓN. ¡Oh, tú debes de saber
hablar con ortografía!
Como si no hubiese bestias
entre estos que latinizan,
hay mil hombres, como ovejas,
que se les pasan los días
sólo en decir "¡Be! ¡be! ¡be!",
llena la boca de harina,
y no hay al cabo del año
ni cosa dicha ni escrita,
ni hay más de "Yo sé, yo sé"
hasta que acaben la vida.
D. JUAN. Calla, ¡maldígate Dios!,
que siento en las celosías
del jardín una mujer.
MONZÓN. Tienes razón. ¡Y qué linda!

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice en este verso "Las cabrillas son siete".

¿Hay hombre más importuno?
¡Que des en esta porfía
desde que ayuda te hicieron!
Te sufro por melecina.

D. JUAN. Quedo, ¿no ves que los lirios
suben el olor, que espiran
las alejandrinas rosas
y retamas amarillas?
¿No ves el azahar más fuerte?
¿Y no ves las fuentes frías
hacer música en los cuadros
en arroyuelos partidas?
¿Y que, quebrada en las piedras,
hacen divina armonía
los tiples en las arenas,
los tenores en las guijas?

MONZÓN. Me quemen si tal he visto.
Antes pienso que en mi vida
tan gran disparate ha dicho
la fabulosa poesía.

D. JUAN. ¡No estuviera aquí conmigo
un hombre de ingenio! Mira
que en el amor estas cosas
son divinas energías.

MONZÓN. Herejías, pienso yo.

D. JUAN. ¿Hablan?

MONZÓN. Las fuentes serían,
que de ver tus necedades
se están cayendo de risa.

D. JUAN. Dancen esas blancas perlas,
fuentes puras, cristalinas,
que del aurora que viene
no es mucho que deis albricias.

(*Asómase* CASANDRA.)

CASANDRA. ¿Ce? ¿Quién es?

D. JUAN. ¿Hablaron?

MONZÓN. Sí.
O es ella, o alguna ninfa
mármol de esas fuentes.

D. JUAN. Calla.

CASANDRA. ¿Ce? ¿Quién es?

D. JUAN. ¡Ay, voz divina!
Un español que a las doce
de la noche de su día
viene a este jardín a dar
principio a empresa tan rica,
"porque no hay fin sin principio".

CASANDRA. Ya que de vos entendida
y de la noche ayudada
de mi vergüenza contina
puedo hablar, ¿cómo os diré
a lo que el veros me obliga?

DON JUAN.

Y yo ¿cómo diré mis pensamientos
si estoy, señora, de esperanzas falto
por verme, sin tener merecimientos,
en el principio ya de un bien tan alto;
que apenas los primeros movimientos
dan a los muros de este cielo asalto
cuando, más abrasado que Faetonte,
caigo en el mar del estrellado monte?

Vine de España huyendo mi fortuna,
y di en la esfera de mi propio fuego,
pues, sin remedio de esperanza alguna,
por el mar de mis lágrimas navego.
¡Pluguiera a Dios que la primera cuna,
o la segunda, me sirviera luego
de sepultura, o que la mar de España
me diera fin y no la tierra extraña!

Si habéis de ser mujer de un rey, señora,
¿qué pretende mi loco pensamiento?
Si para estrado al sol nace la aurora,
¿qué es lo que, siendo humilde noche, intento?
Mas con la muerte que me espera agora
vos quedaréis vengada y yo contento;
que en tanta pena, en confusión tan fuerte,
también para los tristes hubo muerte.

CASANDRA.

Don Juan, lo que conciertan las estrellas
no han menester palabras excusadas;
yo pienso que esto ha sido fuerza de ellas,
y que están en mi muerte conjuradas.
Amé en tu ausencia las virtudes bellas,
de la fama en Italia celebradas,
con que tu nombre al mundo dilataste,
y sin ver tus verdades me obligaste.

No se espante, si es hombre, el que supiere
que yo te hablo ansí, que Amor no espanta,
y, si es mujer, temiendo considere
que puede verse en desventura tanta.
No porque yo, don Juan, gozarte espere,
testimonio que el alma se levanta;
que si esperara ser tu mujer, creo
que no vieras tan fácil mi deseo.

Háblote ansí porque vendrán mañana,
por ventura, por mí; y aunque quisiera
resistirme a mi primo y de liviana
el nombre por tu gusto mereciera,
cuanto un amor desatinado allana;
que tus heroicas partes considera,
ser tan humilde tú me dificulta,
de donde el daño de los dos resulta.

(*Salen el* Conde Fabricio *y el* Marqués Octavio, *con rodelas.*)

D. Juan. Ya no puedo responderos.
que viene gente a la calle.
Octavio. (Él parece de buen talle
y no de malos aceros.
Fabricio. ¿Pues por el jardín galán?
Octavio. ¿Si es acaso el desposado,
que dicen que disfrazado
licencia de hablar le dan?)
D. Juan. (¿Qué es esto, Monzón?
Monzón. Dos hombres.
D. Juan. Dales vuelta el rostro en capa.
Monzón. Si dijeras "¡Huye! ¡Escapa!",
acertaras con los nombres.
D. Juan. Pues ¿cuándo fuiste cobarde?
Monzón. Aquesto no es cobardía,
sino el saber que aquí había
peligro, así Dios te guarde.
"España, doce, jardín."
Cata aquí doce en campaña
de este jardín contra España.
D. Juan. Ahora cierra España, en fin, (1)
que estoy ya favorecido.)
Octavio. ¿Qué nos quieren embozados,
caballeros o criados?
¿Qué quieren?
Monzón. (Miedo han tenido.
D. Juan. Dales, Monzón, otra vuelta;
mira si conoces algo.
Monzón. Tiemblan, por la fe de hidalgo.)
Fabricio. (Aquesta es gente resuelta.
¿Qué haremos?
Octavio. Sacar la espada.)
Fabricio. ¿Qué quieren?
D. Juan. Saber quién son.
Octavio. Díganlo ellos, que es razón.
Monzón. Mienten, dije, y que son nada.
D. Juan. ¡A ellos, Monzón!
Monzón. Yo basto.
Vuélvete a tu puesto.
D. Juan. Voy.

(*Huyen y va tras ellos* Monzón.)

¡Bravos, a fe de quien soy!
Poco de la sangre basto
si son ansí los demás
que este terrero pasean.
Casandra. ¿Ah, caballero? ¿Quién sois?

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen "Abra".

D. Juan. (Ya se os olvidan las señas.)
Un criado de don Juan,
de la española braveza,
que de una mortal herida
tiñe de sangre la hierba.
Casandra. ¿Es sin duda?
D. Juan. ¿No escucháis
con qué lástima se queja?
Casandra. ¿Qué aguardas, cobarde vida,
pues yace tu causa muerta,
la del mejor español
que las historias celebran?
¡Ay de mí!
D. Juan. Quedo, señora,
no lloréis de esa manera.
Don Juan es vivo; yo soy.
Casandra. Mil veces, don Juan, lo seas.
Pero no te puedo hablar,
que viene gente a las rejas.
Adiós.
D. Juan. Acordaos de mí.
Dadme, señora, una prenda.
Casandra. El guante que me quedó
te doy para que lo seas;
que pues no tienes las manos,
bien es que las cajas tengas.

(*Vase.*)

D. Juan. ¿Qué es esto, fortuna mía?
¿Para qué conmigo vuelas
de tu rueda a los extremos
si ha de bajarme tu rueda?
Pero gente viene aquí.

(*Entre* Monzón *rebozado con tres capas, la suya y las dos de los que huyeron.*)

Un hombre hacia mí se llega
con una capa con ojo.
Pues si es el que huyó, no vuelva,
que si le traté de burlas,
ya le emprenderé de veras.
¿Quién es? ¿No responde? ¡Bueno!
¿Quién es? ¿No habla? ¿Es de piedra?
Pues quitaréle el rebozo.
(*Quítale un rebozo.*)
¡Bien, por Dios, otro le queda!
¿Qué es esto, hidalgo? ¿Quién sois?
¿Cómo sufrís esta afrenta?
¿Sois noble? ¿Por qué calláis?
¿Si es el Rey? ¿Qué enima es ésta?
Sea quien fuere, que otra vez,

y otras muchas, como fuera
necesario, os le quitara.

(*Quítale otro rebozo.*)

¡Bien, por Dios, otro le queda!
¡Válame Dios! ¿Si es difunto
que pena por estas huertas
delitos que en ellas hizo?
Pero lo que fuere sea.
Otra vez le he de quitar
el rebozo.

(*Quítale el rebozo y ríese mucho* MONZÓN.)

MONZÓN. ¡Gran braveza!
D. JUAN. ¿Quién es?
MONZÓN. Monzón, ¿no lo ves?
D. JUAN. ¿Estás en tu seso, bestia?
MONZÓN. Dejaron aquellos dos
las capas en la pendencia,
y por no me resfriar
las traigo de esta manera.
D. JUAN. ¿Quién serían?
MONZÓN. Dos gallinas.
D. JUAN. ¿Cómo te ha ido?
MONZÓN. Allá fuera
te diré lo que ha pasado.
D. JUAN. Que si tú dos capas llevas,
yo llevo, Monzón, dos guantes
de otra pendencia más tierna.
MONZÓN. Basta, que ha sido esta noche
de cuatro capas la fiesta.

## ACTO SEGUNDO

### *Del mal lo menos.*

(*Salen* FABIO *y el* REY.)

REY. Mira, Fabio, si por dicha
está en el retrete Octavio.
FABIO. Yo voy.

(*Vase* FABIO.)

REY. Yo mismo me agravio.
¿Puede haber mayor desdicha?
Apenas después de dicha
una afrenta del honor,
debe creerla el valor;
y yo, sin que nadie advierta
mis celos, abro la puerta
a mil temores de amor.
Esto sin duda es querer
a Beatriz con tal extremo
que mis propios miedos temo
y no lo que puede ser.
Dice el temor que es mujer,
mas dice el amor que es mía;
dice el temor que podría
tener a don Juan amor,
y entre el valor y el temor
crece el amor la porfía.
¿Posible es que ha entrado en mí
tan extraño pensamiento?
¿Qué es lo que pienso? ¿Qué intento?
¿Qué entendí? ¿Qué vi? ¿Qué oí?

(*Salen* FABIO *y* OCTAVIO.)

FABIO. Señor, Octavio está aquí.
REY. Retírate un poco, Fabio.
OCTAVIO. ¿Qué es lo que mandas a Octavio?
REY. (De la cifra de un torneo
celos sacaron deseo
para averiguar mi agravio.
Pero sin más declararme
que lo que basta a mi intento,
quiero de mi pensamiento
fingidamente informarme.
¡Que pueda amor obligarme
a tan injustos desvelos!
Pero como son los cielos
difíciles de entender,
eso debió de querer
decir quien os llama celos.)
Marqués, yo estoy muy servido
de vos en este torneo.
OCTAVIO. Sólo agradarte deseo.
REY. Fiesta como vuestra ha sido.
Sobre todos ha lucido
vuestro valor.
OCTAVIO. Es agravio
de muchos y honor de Octavio.
REY. Las empresas no entendí.
OCTAVIO. Yo, señor, las aprendí
de una relación de Fabio.
REY. Holgaréme de sabellas.
OCTAVIO. Diré las que me acordare,
y vuestra alteza repare
que son de amor las más de ellas.
Sacó Arnaldo tres estrellas
con tres letras en las tres:
"I", "C" y "F", que de Inés,
Celia y Fenicia serían
nombres.
REY. ¿Qué versos?
OCTAVIO. Decían:

"Felice quien vuestro es."
REY. Pues ese mismo es el nombre.
Así su dama se llama.
OCTAVIO. Sacó Leonelo una rama
de ciprés, tan gentil hombre
de negro, que ningún hombre
le aventajó.
REY. Bien, por cierto.
¿Qué letra?
OCTAVIO. "Un triste ya es muerto."
REY. Significólo; el ciprés
árbol de difuntos es.
OCTAVIO. Sacó una esfinge Roberto.
REY. Ya la vi. ¿Qué alma le dió?
OCTAVIO. Medio verso del Petrarca,
que todo el sentido abarca.
REY. ¿Cómo?
OCTAVIO. "*Intendame chi po.*"
REY. Bien su secreto mostró
que para sí le reserva.
OCTAVIO. Celio, un volcán que conserva
su fuego en nieve.
REY. Era amor.
OCTAVIO. Dijolo el verso mejor.
REY. ¿Cuál?
OCTAVIO. "*Latet anguis in herba.*"
Lidio, una devanadera
en un pie firme traía.
REY. ¿Qué es lo que decir querría?
OCTAVIO. Que firme en sus cosas era,
cuanto su dama ligera.
REY. ¿En qué letra lo mostró?
OCTAVIO. "Lo alto vos, lo bajo yo."
REY. ¿Premiáronla?
OCTAVIO. No.
REY. Mal hecho.
OCTAVIO. Fabio, jamás satisfecho,
una lechuza sacó.
REY. ¿Sola?
OCTAVIO. No, que un sol traía
por lo alto.
REY. Y ¿qué blasón?
OCTAVIO. Griego.
REY. ¿Cuál?
OCTAVIO. "*Gnothi seauton.*"
REY. "Conócete a ti", diría;
que, como ver pretendía
al sol que no puede ver,
dió a entender que la mujer
que sirve es igual al sol.
OCTAVIO. Ahora viene el español.
REY. Ese pretendo saber.
OCTAVIO. Dos guantes, señor, traía
en un escudo y dos manos
entre nubes y aires vanos,
como que allá las perdía.
REY. Y la letra ¿qué decía?
OCTAVIO. "Las manos no merecí,
y los guantes sí."
REY. Yo vi
esa empresa con cuidado.
¿Algunos guantes le han dado?
OCTAVIO. Yo lo imaginaba ansí.
REY. ¿Qué quiere dar a entender
en las manos en el viento?
OCTAVIO. Que ha puesto su pensamiento
en lo más que puede ser,
y que no ha de merecer
manos tan altas jamás.
REY. Octavio, en lo cierto das.
Poco el español me agrada.
OCTAVIO. A muchos, señor, enfada.
REY. (Tente, sospecha; no más.
Mira que pones mi honor
en temeraria aventura.)
¿Octavio?
OCTAVIO. ¿Señor?
REY. (Locura
parece tener temor
adonde está mi valor.)
¿Diéronle premio a don Juan?
OCTAVIO. El de más galán le dan.
REY. Ansí, ¿a la Reina le dió?
OCTAVIO. Harto, diciendo, le honró:
"Hasta en esto sois galán."
REY. ¡Buen favor!
OCTAVIO. Fué gran favor.
REY. Venme a ver después, Octavio.
OCTAVIO. Beso tus pies.

(*Vase* OCTAVIO.)

REY. Hombre sabio
¿tuvo sin celos amor?
Pues ¿qué me importa el valor
si tengo amor, y los celos
son su sombra y son los velos
que le sirven de cortina,
noche en que el alma adivina
la luz que encubre a los cielos?
Son celos imaginar
y no acabar de entender,
y si envidia pueden ser,
también tengo que envidiar.
Son celos temer y amar.

Si temo y amo, bien puedo
estar celoso del miedo,
ya que lo esté de[l] agravio.

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Que me llamas dijo Octavio.
REY. (En mayor confusión quedo.)
Yo, don Juan, no te llamé.
Octavio mal entendió;
pero pues él te llamó,
para que te honrase fué.
Muy justamente te dieron,
don Juan, premio de galán;
pero confusas están
las damas, y me dijeron
que te pregunte el blasón
que sacaste en el torneo.
D. JUAN. (¿Si sabe el Rey mi deseo?
Indicios notables son.
Mal hice en sacar empresa
tan clara. ¿Qué amante es sabio?)
REY. Díjome la letra Octavio.
D. JUAN. (Dios sabe lo que me pesa.)
Saqué, señor, unas manos
en un cielo, y en la tierra
unos guantes.
REY. "Que mereces
los guantes—dice la letra—;
pero que las manos no."
D. JUAN. Una dama de la Reina
amé, señor, en España;
casóse, porque yo era
desigual a su valor;
y cuando entraba en la iglesia
dejó caer unos guantes;
alcélos sin que me vieran,
aunque no faltó una espía
que andaba en mi competencia,
por quien he perdido a España.
Embarquéme con tal pena,
que han sido estos guantes solos
santelmo de mis tormentas.
Hizo el Marqués el torneo;
yo, que mis guantes quisiera
hacer en el cielo signos
y coronarlos de estrellas,
retratélos en mi escudo
diciendo en aquella letra
que "los guantes merecí,
pero no las manos bellas",
porque, después de casadas,
bien sabes que eran ajenas.
REY. (Cuanto más saber procura
la verdad de mi sospecha,
más testigos, más indicios
voy hallando contra ella.
Dice aquéste que las manos
no mereció, en que confiesa
que la Reina puede amar,
y sin culpa de la Reina.
Mas si ella le dió los guantes
ya es culpa en tanta grandeza;
y que no es dama en palacio
lo tengo por cosa cierta,
pues me dice que casada
eran las manos ajenas.
¿Hay tan cruel pensamiento?
¿No puede ser que esto sea
cosa que pase en España?
Pues ¿es razón que me tenga
puesto en tanta confusión
lo que en España suceda?
¡Oh, amor de Beatriz! ¿Qué es esto?
Si es quien es, ¿qué me atormentas?)
Don Juan, a decirles voy
a Casandra, Emilia y Celia
que ese blasón de los guantes
fué en España como cuentas,
porque sé lo que han de holgarse
de que en España suceda.

(*Vase el* REY.)

D. JUAN. ¿Qué diversiones, qué indicios
y qué preguntas son éstas?
¿Si ama el Rey alguna dama,
cosa que su prima sea,
y que, celoso de mí,
ande con estas quimeras?
Ya, celos, me dais asalto,
ya embestís mi fortaleza,
y celos de un rey. ¡Ah, Cielos!
¿Quién navegó sin tormenta?
¿Quién no hizo sombra al sol?
¿Quién tuvo gloria sin pena
y quién sin celos amor?
Perdona, Casandra bella,
que esto no es en culpa tuya.

(*Sale* MONZÓN.)

MONZÓN. De tal manera te dejas
llevar, en entrando aquí,
de tus pretensiones ciegas,
que me obligas, por buscarte,
a que a las salas me atreva

donde sólo pisan grandes
con debida reverencia.

D. JUAN. ¡Ay, Monzón, todo es perdido!

MONZÓN. Ea, ¿tenemos tronera?
¿Hay *celi celorum?* Pues
¿qué tienes que te lamentas?

D. JUAN. El Rey...

MONZÓN. ¡Válame San Pedro!

D. JUAN. El Rey...

MONZÓN. ¿Dos reyes?

D. JUAN. No acierta
el alma... El Rey...

MONZÓN. ¿Otro rey?
Pero ¿a qué efeto me cuentas
la historia de los tres reyes?

D. JUAN. El Rey pienso que requiebra
a Casandra.

MONZÓN. ¿Pienso, dices?
Húrtasme el nombre si piensas...
Pero, cuando sea verdad,
todo, señor, se remedia
con este papel.

D. JUAN. ¿Papel?
¿Papel?

MONZÓN. Papel, o papela.

D. JUAN. ¡Muestra!

MONZÓN. Que no es Casandra.
¿No lo miras por la muestra?

D. JUAN. ¿Qué letras son éstas, di?

MONZÓN. Tú las verás cuando leas.

D. JUAN. Es cartel.

MONZÓN. Esta mañana,
en plazas, calles y iglesias,
amanecieron pegados.

D. JUAN. Muestra. ¿Y esto me remedia?
*(Lea:* "Venga a noticia de todos
cuantos hoy viven y venga
a la de don Juan, que llaman
el alanceador..."

MONZÓN. ¿Qué tiemblas?

D. JUAN. "Que en la corte de París
don Tello Vázquez le espera
de sol a sol en su plaza
a catorce del mes que entra."

MONZÓN. Y que estas mismas palabras
hoy amanecieron puestas
en Alemania, en Hungría,
Francia, España, Ingalaterra.

D. JUAN. Pues pesa a quien te parió,
Monzón, ¿esto me remedia
los celos que del Rey tengo?

MONZÓN. Pues si es forzosa tu ausencia,
y para caso tan grave,
¿qué celos hay que te duelan?

D. JUAN. Bien dices, éste es mi honor.
Quedo, que Casandra es ésta.

*(Sale* CASANDRA.)

DON JUAN.

Bien puede hablaros atrevidamente
quien se parte de vos, y sin recato
de la malicia y lengua de la gente.

CASANDRA.

¿Qué es aquesto, don Juan?

DON JUAN.

Seros ingrato.

CASANDRA.

¿Ingrato vos a mí?

DON JUAN.

Forzosamente.
Mirad, señora, si verdad os trato.

CASANDRA.

¿Vienen por mí de Dinamarca?

DON JUAN.

Fuera
mi muerte entonces esta ausencia fiera.
Toda Nápoles hoy... Pero ¿qué digo?
Francia, Alemania, España, Ingalaterra
saben cómo me espera mi enemigo
y que me llama a desafío y guerra.
Este cartel os doy para (1) testigo,
cuya satisfación la suya encierra.
En los casos de honor, señora mía,
ni hay poder, ni hay amor, ni hay cortesía.

Turbarse los contrarios elementos,
mezclarse el agua con la eterna lumbre
y de sus estelíferos asientos
mudarse la celeste pesadumbre;
vestirse de impresiones mil los vientos
y bajar de las alas de su cumbre
en rayos las terrestres sequedades;
sorberse el mar los campos y ciudades,
no fueran parte a permitir ausencia
de vuestros ojos; sólo honor fué parte
para que os pida para un mes licencia,
aunque de vos el alma no se aparte.

CASANDRA.

Pues ¿con tanto rigor, con tal violencia?
No porque yo de vos, español Marte,

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice "por".

tema siniestro caso en desafío;
pero por ser tan vuestro el honor mío.
Pero ¿quién ha tenido atrevimiento
para ausentarse por razón ninguna
y estima en más su honor que mi contento,
principio ilustre de una gran fortuna?
No vuelva eternamente, ni consiento
que carta suya ni memoria alguna.
Vete, español ingrato, que algún día
has de llorar tu loca valentía.

DON JUAN.

¿Señora? ¿Ah, mi señora?

CASANDRA.

¿Qué me quieres?

DON JUAN.

Mire vuestra excelencia que es disculpa
todo mi honor.

CASANDRA.

No; mas ingrato eres,
que honor más que mi gusto te disculpa.
¿Estímanse en España las mujeres
de esta manera?

DON JUAN.

Si he tenido culpa
en irme por mi honor, ya por tu gusto
vuelvo.

CASANDRA.

Si vuelves, perdonarte es justo.

DON JUAN.

Mas ¿cómo quedará mi honor, señora?

CASANDRA.

Haré yo al Rey que te detenga en tanto
que escribe a España que las paces traten
y que tome en su honor el de don Tello;
pues en tanto que un Rey las paces trata
no es justo que tú trates desafío.
Y fuera de que aquesto te disculpa
y que cumple don Tello con su honra,
pues, en efeto, te ha desafiado,
¿qué pierdes tú, pues quedas siempre honrado?

DON JUAN.

Mi voluntad es tuya, mi albedrío,
mi ser, mis pensamientos, mis acciones
dispónlos a tu gusto.

CASANDRA.

El Rey sospecho
que te tiene afición, y es muy sin duda
que ha de gustar de detenerte. Vete,
que quiero hablar la Reina, mi señora.

DON JUAN.

Su alteza viene a muy buen tiempo ahora.

(*Vase* DON JUAN *y sale la reina* BEATRIZ.)

REINA. ¿Íbase de aquí don Juan?
CASANDRA. De aquí, señora, se fué.
REINA. ¿Sabe el cartel?
CASANDRA. Y yo sé
que un grande servicio harán
vuestras altezas a Dios
en tratar aquestas paces.
REINA. Tú sola sus partes haces.
CASANDRA. Mejor las haréis los dos
en no sufrir desafíos,
como Príncipes cristianos.
REINA. Bien saben los soberanos
Cielos los intentos míos.
Y si escribiendo al de España
que ponga en esto remedio
te parece a ti buen medio,
y que a don Juan no le daña
ni pierde reputación,
trataréla con el Rey.
CASANDRA. No hay en el duelo tal ley,
aunque tan injustas son,
que mientras el Rey compone
las paces de dos contrarios
y con medios necesarios
las voluntades dispone,
no obliga al desafiado,
aunque llegue a su noticia,
salir, ni pierde justicia
el honor del agraviado.
Al Rey ha de suplicar
vuestra alteza que detenga
a don Juan mientras que venga
respuesta para tratar
las paces, con prevención
de que haces esto por mí.
REINA. Hoy verás, Casandra, aquí
mi cuidado y afición.
CASANDRA. Pues él viene. Haz ¡por tu vida!
que se detenga, que es hombre
que, por lo que debe al nombre
de que su sangre apellida,
irá a dos mil desafíos.

(*Vase* CASANDRA.)

REINA. ¿Qué será tanto cuidado?

Sospechas ha despertado
en los descuidados (1) míos.

(*Sale el* REY *leyendo una carta.*)

¿Señor?

REY. ¡Dulce prenda mía!

REINA. Huélgome que estéis galán,
que una cosa por don Juan
pediros, mi bien, querría.

REY. ¿Por el español?

REINA. Está
el español de partida:
detenedle ¡por mi vida!,
que me dicen que hoy se va
a la corte de París
al plazo del desafío;
y un criado vuestro y mío,
y de quien por mí os servís
en vuestra cámara ya
con nombre de gentilhombre,
no es bien que aventure el nombre,
que en tanto peligro está,
en desafíos vedados
por el Pontífice. Vos
podéis hacer que los dos
queden amigos y honrados;
porque si a España escribís
que por buen celo y cristiano
ponéis en esto la mano,
no hay a qué vaya a París.
Fuera de hacerlo por Dios,
os obliga que ha venido
a serviros, pues ha sido
para ampararse de vos.
¿Qué decís? ¿Qué estáis suspenso?

REY. Digo que lo haré, señora.
(¿Qué aguardo? ¿Qué miro ahora?
¿Qué me defiendo? ¿Qué pienso?
Que cierto debe de ser
que ya su amor agradece.)

REINA. Si difícil os parece
cosa tan fácil de hacer,
detened vos a don Juan,
que yo a España escribiré.

REY. No, señora, yo lo haré;
sólo me pesa que están
los papeles publicados.

REINA. Publicad vos que tenéis
hechas las paces que hacéis
y que están medio amistados.

REY. Id en buen hora, y decid
a Casandra que esta carta
me obliga a que luego parta;
y que es tan presto, advertid,
que hoy llegan aquí seis naves.

REINA. ¿Quién viene por ella?

REY. Un hombre
más claro que por su nombre
por tantas hazañas graves,
que es el Condestable noble
de Dinamarca.

REINA. Yo voy
por las albricias.

(*Vase la* REINA.)

REY. Ya estoy,
celos, oprimido al doble.
No en balde por vos me pinto
en un laberinto fiero,
pues mientras más saber quiero
más entro en el laberinto.
¿Qué tengo ya que dudar,
pues quiere que la partida,
con el temor de su vida,
venga yo propio a estorbar?
¿Hay más declarado amor?
Pero yo la culpa tengo;
pues, ya que a entenderlo vengo,
no doy descanso a mi honor.
Ahora bien, el hombre muera,
que es razón de Estado clara,
no porque el honor repara
en que ofenderme pudiera,
mas sólo porque ha ofendido
a un rey la imaginación
y a un ángel en la opinión,
con que de quien es me olvido.
Mas mejor será ausentalle
que matalle. Mas no es sabio
quien deja vivo el agravio;
pero que tiene que calle, (1)
tiene más que el pensamiento.
Ahora bien, vaya a llevar
a mi prima por el mar.
Buena ocasión, justo intento.

(*Entra* DON JUAN.)

D. JUAN. (Aquí está el Rey. Bien será
pedirle licencia.)

---

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice "descuidos".

(1) Este verso está, sin duda, errado.

REY. (Ansí
podré apartarle de mí,
y nunca vuelva de allá.)
¿Es don Juan?

D. JUAN. Yo soy, señor.

REY. ¿Qué quieres?

D. JUAN. El honor mío
está puesto en desafío.
Yo precio tanto mi honor,
que, para volver por él,
te vengo a pedir licencia.

REY. Cosas de tanta prudencia
no se han de hacer de tropel.
Yo te quiero bien, don Juan;
y desde que te amparaste
de mí, en mis hombros dejaste
las que cuidado te dan.
Yo he escrito a España, y allá
trata tus paces mi tío,
y salir al desafío
hacerme agravio será.
Demás, que me has de servir
cuando Casandra se parta,
que hoy sé por aquesta carta
que ya es forzoso partir.
A vista de la ciudad
está ya el Dinamarqués
que viene por ella, y es
hombre de gran calidad
y a quien puedo confialla;
pero parece mejor
que un hombre de tu valor
vaya a servilla y honralla.
Esto has de hacer, y ansí luego
te apresta para el camino.

D. JUAN. A tu voluntad me inclino
y a mi propio honor me niego.

*(Vase el* REY.)

¡Ay de mí! ¿Qué mayor mal
me pudiera suceder
como que tengo de ser
¡oh, Casandra celestial!
quien te lleve a mi enemigo,
quien tus bodas acompañe?

*(Sale* CASANDRA.)

CASANDRA. Ya que no hay mal que me dañe,
muera yo hablando contigo.
¡Ay, don Juan! ¿Qué desventura
es ésta?

D. JUAN. No sé, que agora
me dió la nueva, señora,
el Rey. ¡Qué poco el bien dura!
Pues después que me avisó
de que a España escrito había
y que mis paces hacía,
la guerra me publicó.
Dice que vaya contigo,
Casandra; en esta jornada
mejor será que a la espada
de mi español enemigo.
Máteme Tello en París,
y no en Dinamarca el ver
que eres de Carlos mujer.

CASANDRA. Ojos, ¿que aquesto sufrís
y no os deshacéis llorando?
¡Desdichado corazón,
si no es esta la ocasión,
pregúntale al alma cuándo!
La Reina me dijo a mí
lo que a ti el Rey.

D. JUAN. Y yo agora
pido licencia, señora,
para apartarme de ti.
A París voy, y está cierta
que nunca este brazo mío
se defienda al desafío
que mi contrario concierta.
Yo daré presto lugar
para que me rompa el pecho.

CASANDRA. Si mi llanto es de provecho
para poderte obligar,
por él te ruego, español,
me acompañes en la nave;
no permitas que se acabe
tan presto a su lumbre el sol.
Vente conmigo a embarcar
que, en llegando a las riberas,
juntos, como tú lo quieras,
nos echaremos al mar.

D. JUAN. No es, mi señora, no es justo
que esa vida aventuréis.
Mas como vos estiméis
la mía por vuestro gusto,
haced de suerte, pues vale
la industria donde faltó
fuerza, que no os pierda yo
y que este amor nos iguale.
Fingid una enfermedad,
quedaos por agora aquí;
puesto que perdáis por mí
ser reina, ser majestad,
que yo perdiera por vos

los imperios de la tierra
y cuanto en su centro encierra,
y todo lo que no es Dios.

CASANDRA. ¿Enfermedad?

D. JUAN. ¿Por qué no?

CASANDRA. Sospecho que dices bien.
Mas hay un daño también.

D. JUAN. ¿Daño no perdiéndoos yo?

CASANDRA. Pues ¿no, si estando en la cama
no tengo de verte?

D. JUAN. Puedes
verme, como sola quedes,
fiando de alguna dama,
este pensamiento mío,
y entrar yo de noche a verte.

CASANDRA. ¡Oh, Amor, que vences la muerte,
terribles cosas te fío!
Ahora bien, voime a enfermar.

D. JUAN. Y a decirlo a Silvia todo.

CASANDRA. ¿Y de escribirme habrá modo?

D. JUAN. Di que te quieres sangrar
y entrará dentro Monzón,
siempre que a llamarle envíes,
para que en sus manos fíes
el papel del corazón.

CASANDRA. ¿Sabrálo fingir?

D. JUAN. Muy bien.

CASANDRA. Dile que aprenda a sangrar,
porque me puede obligar
a ejecutarlo también.

D. JUAN. Vete adiós, enferma mía.
Mas ¿fuera mucho que viera
el pulso?

CASANDRA. Todo me altera
y todo Amor lo confía.
Mírale, que yo te juro
que está en él el corazón.

D. JUAN. Los dos dedos pocos son
para ver lo que procuro.

CASANDRA. Acaba, toma la mano,
que no es cuenta de perdones,
que no es bien que en ocasiones
se pierda el honor en vano.
Ya la mano has merecido,
pues ya es imposible ser
de otro en el mundo mujer;
solo serás mi marido.

*(Vase.)*

DON JUAN.

¡Oh, sumo bien! ¡Oh, gloria inestimable!
Bien empleado y justo atrevimiento.
Amor es Dios, en fin; la prueba siento
en lo que quiere ser comunicable.
¡Oh, fortuna inconstante, agora estable
en la inquietud del mismo pensamiento!
Si fueses en mis bienes firmamento,
fábula ha sido el nombre de mudable.
¡Oh, Amor! Perdone tu real decoro
las dulces quejas, las infamias dichas
a tu grandeza, que desde hoy adoro.
Prometa el eco a mis desdichas dichas,
que, como se quilata en cobre el oro,
se conoce el amor en las desdichas.

*(Éntrese, y salgan el* MARQUÉS OCTAVIO *y* FABRICIO.*)*

FABRICIO.

Maravillado estoy de lo que dices.

OCTAVIO.

Yo fuí el que puse anoche los carteles
por ausentar al español de Nápoles
y matarle, Fabricio, en el camino.
Mas mire cuán en vano se fatiga
la envidia contra aquel que favorece
con ánimo gallardo la fortuna;
pues cuando ya aprestaba su viaje
el Rey le ha detenido y le ha mandado
que acompañe su prima a Dinamarca.

FABRICIO.

El Condestable dicen que ha venido,
y la salva que han hecho lo publica.
Pero pienso, Marqués, que se dilate
la jornada si el mal que de improviso
a Casandra le dió pasa adelante,
con tan grandes desmayos y tristezas,
que da que sospechar a cuantos saben
que no gusta de aqueste casamiento.

OCTAVIO.

¿De ser reina no gusta?

FABRICIO.

No lo entiendo;
pero parece que es el mal fingido.

OCTAVIO.

Fingido o cierto, de su mal resulta
todo mi bien, que en su partida tengo
el fin determinado de mi vida.

FABRICIO.

La venida fué cierta. El Rey es éste,
y el Condestable.

OCTAVIO.

¡Oh, Cielos! Si es posible
que a quien se quiere bien mal se desee,
crezca el mal de Casandra; que más quiero
que la goce la muerte en tierra propria
que un extranjero Rey en reino extraño,
pues de eso me resulta menos daño.

(*Sale el* CONDESTABLE DE DINAMARCA, *el* REY *y acompañamiento.*)

CONDEST. Parece que en suerte mía
esta desdicha sucede.

REY. El mal, Condestable, excede
y aquel frenesí porfía;
mas como fué de improviso,
podemos imaginar
que así la pueda dejar.

CONDEST. ¿Dióle vuestra alteza aviso
de que en Nápoles estoy?

REY. Eso le ha dado alegría.

CONDEST. Verla, gran señor, querría.

REY. Licencia de verla os doy
luego que un poco sosiegue.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Creciendo va el mal.

REY. ¿Qué hay, Fabio?

FABIO. Ten paciencia, como sabio,
aunque el dolor te lo niegue,
porque el mal pasa adelante.

REY. Haz cuenta que a mí me ha dado.

CONDEST. No, sino a mí, que he llegado
en ocasión semejante.

FABIO. Dame licencia, que voy
a llamar un cirujano
que ha venido, castellano.

REY. Licencia, Fabio, te doy
con la tristeza que puedo.
¿Manda el médico sangralla?

FABIO. Piensan que quiere ahogalla
el mal.

REY. De eso tengo miedo.

CONDEST. Será abundancia de humor.
Allá estará buena luego.

FABIO. Escribiendo queda un pliego
al Rey con mucho dolor.

REY. ¿Quién tendrá en esto paciencia?
Ve corriendo.

FABIO. Voy volando.

(*Vase* FABIO.)

CONDEST. Si está escribiendo y hablando,
dame de verla licencia.

REY. Entrad solo.

CONDEST. El Cielo guarde
tus años. A verla voy.

(*Vase el* CONDESTABLE.)

REY. En más confusión estoy,
más sospechoso y cobarde.
Ya se queda aquí don Juan.
Pues si yo a Francia le envío
a intentar el desafío,
donde esperándole están,
la Reina vendrá a tener
sospecha de estos recelos,
y dar a entender los celos
es infamar la mujer.
Como hasta verse desnuda,
más que en el mismo tormento,
niega y tiene firme intento
y pone el secreto en duda,
así la mujer es buena
hasta que la pidan celos,
que, corridos estos velos,
corre al agravio sin pena.
Matarle es más acertado,
y esto fiarlo de mí,
pues con ánimo nací,
valiente y determinado.
De noche, o en la campaña,
fingiendo caza o camino,
darle muerte determino
y enviarle en cartas a España.
Don Juan de Mendoza ¡Cielos!,
que llaman alanceador,
viene a darlas en mi honor
con el hierro de estos celos.
No más; esto se ha de hacer
de una vez, y por mi mano.
¿Octavio?

OCTAVIO. ¿Señor?

REY. (Que en vano
calla el agravio el poder.)
Tristezas me dan dolor.
Vamos al campo una tarde.

OCTAVIO. No tengas, que Dios te guarde,
pena de este mal, señor,
que pienso que el alegría
del dichoso casamiento
hará que mude aposento
tan triste melancolía.
¿Qué hay del español don Juan?

REY. Paces trato con don Tello.

OCTAVIO. ¿Y el español viene en ello?

REY. Mientras tratándose están,
no pierde don Juan honor
en no ir al desafío.

*(Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (Mal puede el cuidado mío
dormirse, siendo de amor.)
REY. (Disimula, que está aquí,
y vente conmigo, Octavio.)
(Hasta de verle me agravio.)

*(Vanse el* REY *y* OCTAVIO.)

D. JUAN. El Rey se esconde de mí.
Sin duda que le doy celos
de Casandra, y que la adora.
¿Cómo sabré de ella agora?
Abridme camino, Cielos.
Pero ¿quién sale de allá?

*(Dos* PAJES, *uno con una fuente y otro echando agua a* MONZÓN, *que viene en cuerpo, lavando una lanceta y un listón en la pretina.)*

MONZÓN. Vaya echando poco a poco.
PAJE. ¡Lindo barbero español!
SEGUNDO. Vos habéis sangrado al sol.
MONZÓN. Estoy de contento loco.
¿Han visto mejor sangría?
D. JUAN. (¡Cielos! Aqueste es Monzón.
¿Si puso en ejecución
lo que Casandra decía?)
PAJE. Dalde vos esa toalla.
MONZÓN. (Bizarro oficio es barbero,
pues siendo un pobre escudero
paje del Rey viene a dalla.)
D. JUAN. (Sin duda que la sangró.
¿Qué lo dudo? ¿Hay tal locura,
y mejor diré ventura,
si no la mancó o mató?)

*(Sale* SILVIA, *dama.)*

PAJE. Tomad la capa y sombrero.
MONZÓN. Todo es honrar la sangría.
SILVIA. ¿Maestro?
MONZÓN. ¿Señora mía?
SILVIA. Aquí aparte hablaros quiero.
*(Dale un papel.)*
(Esto, y no por paga, os da
la Reina de Dinamarca.
MONZÓN. ¡Jesús! No, no.)
SEGUNDO. (Bien lo abarca.
PAJE. Joya, sin duda, será,
pues en la mano le cabe.)
SILVIA. (Adiós.
MONZÓN. Él os guarde a vos.)
SEGUNDO. Maestro, adiós.
MONZÓN. A los dos
guarde.—¿Hay suceso más grave?

*(Vanse los* PAJES *y* SILVIA.)

D. JUAN. ¿Ce, ce, Monzón?
MONZÓN. ¿Quién es?
D. JUAN. Yo.
MONZÓN. Apenas tengo la risa.
Llega presto, llega aprisa.
D. JUAN. ¿Sangróse?
MONZÓN. Ya se sangró.
D. JUAN. ¿Qué dices?
MONZÓN. Que no se pudo
humanamente excusar.
D. JUAN. ¿Y supístela sangrar?
MONZÓN. ¿Cómo? Que ¡por Dios! que dudo
que con una ballestilla
me pueda albéitar ganar;
y allá todo es alabar
el barbero de Castilla.
D. JUAN. Celebrar a los extraños
es muy propio de señores,
que más quieren sus errores
que los propios desengaños.
En siendo extranjero un hombre
es oficial excelente;
libro en lengua diferente
siempre tiene mayor nombre.
Pero, di, ¿cómo tomaste
aquel brazo celestial?
¿Cómo aquel rojo coral
del blanco cristal sacaste?
¿No te turbaste?
MONZÓN. ¿De qué,
yendo tan bien enseñado?
Trece mozos he sangrado
y a los catorce manqué.
Corra por tu cuenta el daño,
que me enseñaste a barbero.
D. JUAN. Dímelo todo primero.
MONZÓN. Fuera detenerme un año. (1)
Llegué, diéronme el listón,
las vendas y el cabezal,
así el brazo de cristal
y echéle la bendición;
llamé la sangre...

(1) En la edición de Madrid, 1617, este verso y los cuatro siguientes se atribuyen a don Juan por evidente errata.

D. JUAN. ¡Ay de mí,
que me has llamado la mía!
MONZÓN. Muestra, haréte una sangría.
D. JUAN. No está el corazón aquí.
MONZÓN. "Gran Reina de Dinamarca
—dije—, volved las estrellas."
Y pregunté a las doncellas
qué vena, y dijo del arca
una ninfa que alumbraba,
más flaca que una bujía.
Ya la vena azul se vía,
ya la sangre me llamaba.
¡Tris!, pico, y dijo: "¡Oh, qué bien!"
Luego una dueñaza anciana
aplicó una porcelana
de la China y yo también,
y vieras salir claveles
de entre aquel jardín nevado.
Yo entonces, más asombrado
que un gato con cascabeles,
mido cinco onzas al ojo,
mojo el limpio cabezal,
ato la venda al cristal
y voy cogiendo el despojo.
Salgo, lávome; salió
Silvia a pagar la sangría
y, cuando el cinco ponía,
este papel me encajó.
D. JUAN. Muestra, historiador famoso;
muestra, poeta gentil,
de aquel trágico marfil
y aquel coral vergonzoso;
muestra y dame aquel listón,
zodíaco de aquel cielo,
que fué pretina del hielo
que me abrasa el corazón.
MONZÓN. Este es el listón. Mas mira
que importa luego leer.

*(Lea.)*

D. JUAN. "Pienso que bien se ha de hacer,
bien mío, nuestra mentira,
supuesto que estoy con pena
si Monzón me ha de sangrar.
Pero ¿qué me puede dar
pena si mi bien lo ordena?
Esta noche acudirás
a la puerta del jardín."
¿Hay ángel, hay serafín
que diga ni escriba más?
MONZÓN. No, por cierto. Quedo, quedo,
no beses tanto el papel.
D. JUAN. Haré locuras con él.
MONZÓN. Tengo a que le rasgues miedo.
Pero mira que anochece
y es menester acudir.
D. JUAN. Hoy, Monzón, has de morir.
MONZÓN. ¿Dónde?
D. JUAN. ¿Dónde te parece?
MONZÓN. Diría yo que a la puerta
del jardín, si alguien nos siente.
D. JUAN. Hoy veré, Monzón valiente,
si tu voluntad concierta
con la que te tengo a ti.
MONZÓN. Vamos, y déjame hacer.
D. JUAN. Casandra es ya mi mujer.
MONZÓN. ¿Cierto?
D. JUAN. Ella dice que sí.

*(Vanse, y salen* SILVIA, *dama, y un* JARDINERO.)

SILVIA. Vos me habéis de recoger
todos esos jardineros.
JARDINERO. Andan algo placenteros,
y no sé cómo ha de ser;
pero de cualquiera (1) modo
no quedará en esta huerta
labrador de puerta a puerta.
SILVIA. Florindo, miraldo todo.
JARDINERO. ¿Qué es lo que queréis hacer?
SILVIA. Quiere pasearse aquí
Casandra.
JARDINERO. ¿La enferma?
SILVIA. Sí.
JARDINERO. Yo los voy a recoger.
SILVIA. Sea con mucho cuidado.

*(Sale* CASANDRA *y vase el* JARDINERO.)

CASANDRA. ¿Fuése?
SILVIA. Ya, señora, es ido.
CASANDRA. ¡Con qué temor he salido!
SILVIA. Y ¿qué disculpa has dejado?
CASANDRA. Mi propia melancolía,
diciendo que al huerto voy,
y no dirán dónde estoy
aunque aquí nos halle el día.
SILVIA. ¡Ay, Casandra, quién creyera
que a esto un hombre te obligara!
CASANDRA. En que no soy yo, repara,
la desdichada primera.
Siéntate y háblame bien
en aquel bello español.

---

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen "cualquier".

SILVIA. Digo...
CASANDRA. ¿Qué dices?
SILVIA. Que es sol.
CASANDRA. Llámale rayo también.
Si fuera sol, calentara;
pues mata, debe de ser
rayo.
SILVIA. Llaman.
CASANDRA. ¡Qué placer!
Abre, y en la voz repara.
SILVIA. Voy.
CASANDRA. Mi determinación
ya no tiene qué mirar.
SILVIA. Ea, bien podéis entrar.

(*Salen* DON JUAN *y* MONZÓN.)

D. JUAN. Yo soy don Juan.
MONZÓN. Yo Monzón.
SILVIA. Allí está Casandra, llega.
D. JUAN. ¡Señora mía!
CASANDRA. ¡Mi esposo!
Siéntate.
D. JUAN. Estoy temeroso.
Veo que el amor te ciega.
CASANDRA. Siéntate, que no hay temor
donde hay amor.
D. JUAN. Es verdad.
CASANDRA. Dime aquí tu voluntad.
D. JUAN. Digo que soy todo amor.
CASANDRA. ¿Requiebran así en España?
D. JUAN. Caen aquestos amores
hacia Portugal.
CASANDRA. Mayores
parecen de tierra extraña.
SILVIA. (Siéntese, señor barbero.
MONZÓN. Si vuesa merced me da
licencia...
SILVIA. Siéntese ya.
MONZÓN. ¿Con vos?
SILVIA. Conmigo.
MONZÓN. Eso quiero.
Anda con buenos, y, en fin,
vendrás a ser uno de ellos.
SILVIA. Mientras se requiebran ellos,
si te convida el jardín,
cuéntame, amigo Monzón,
tus amores, si los tienes.
MONZÓN. ¿Mis amores? De humor vienes.
Mas dame un poco atención.
Érase que se era... (1)
SILVIA. Di.
MONZÓN. Y que norabuena sea.
Yo me enamoré en España
de una moza montañesa,
a pedazos gorda y magra
como ijada extremeña,
discreta como bellaca
y más falsa que discreta.
De esto de coz al estribo
más determinada y diestra
que una mula de alquiler
o que una posta gallega.
Érase cierto pasante
que andaba de amor con ella,
y éranse dos boticarios...
SILVIA. ¡Válame Dios! ¿Tantos eran?
MONZÓN. Eran tantos, que podían
servir en una primera,
y a ninguno entraban (1) oros,
que siempre eran flujes de ella.
Concertónos una noche
a las horas que anda en pena
el que no tiene dineros,
pues no es posible que duerma.
Fuí yo, fueron los hermanos
de la dulce girapliega,
y fué el cuitado pasante,
todos en horas diversas.
¡Mira qué lindo vocablo!
SILVIA. Lindo tu suceso sea.
MONZÓN. Ya ¿cómo lo puede ser
habiendo parado en leña?
Metiéndonos iba a todos;
luego, en tocando a la puerta,
el socarrón del marido,
en unas sacas de jerga...
¿Jerga no se dice acá?
SILVIA. ¿Qué es jerga?
MONZÓN. No es estameña.
Sea lo que fuere, en fin.
Nos ató por las cabezas.
Vino el soberbio villano,
pidió a su mujer la cena,
respondió: "Jerga, marido",
y él replicó: "Va de jerga."
Y con un tronco de olivo,
tranca antigua de una puerta,
al tiempo que Dios quería,
como dicen los poetas,

(1) En las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dice este renglón "Erase que sea".

(1) La edición de Barcelona, 1618, dice "entrevan".

de manera sacudió
la jerga, que en nuestra tierra
no hay hombre que no repare
en oyendo decir jerga.

SILVIA. ¡Notable suceso!

MONZÓN. ¡Extraño!

SILVIA. Un poco mira a tragedia.

MONZÓN. Hay preceptos en los cuentos,
hay arte también, o artesa;
que hay personas que sin arte
no escribirán a su abuela,
porque lo manda Platón
y Aristóteles lo enseña.
Yo me duermo, que he bebido.
Si quieres darme licencia,
con cuatro dedos de falda,
aunque atrevimiento sea,
iré a buscar la mañana
soñando montes y selvas,
al dios Baco y a Neptuno
entre dos tinajas nuevas,
el uno diciendo gracias
y el otro echando soletas.)

CASANDRA. ¿Don Juan?

D. JUAN. ¿Señora?

CASANDRA. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¡Vive Dios! ¡Gente en la huerta!

CASANDRA. ¡Vendida soy! ¿Si es mi primo?

SILVIA. Alzate, Monzón, no duermas.

MONZÓN. ¿Andan moros en la costa?

CASANDRA. La gente, Silvia, se acerca.—
Ven, don Juan, a mi aposento,
porque si en la huerta quedas
te han de matar.

D. JUAN. Si es por ti,
¿qué vida espero más cierta?

*(Vase* DON JUAN *y* CASANDRA.*)*

MONZÓN. Y yo, ¿qué tengo de hacer?

SILVIA. Aquí hay, Monzón, una alberca
adonde meterte puedes.

MONZÓN. ¡Lindamente me aconsejas!

SILVIA. No tiene un estado de agua.

MONZÓN. Mas que nunca le tuviera.
Voime a echar. Dios sea conmigo.
Vengástete, Fuentidueña.
Adiós, vino, que a ser voy
pez Nicolao o ballena
de esta inventora de berros,
camarón, rana y truchuela.

## ACTO TERCERO

### *Del mal lo menos.*

*(Sale el* REY *de caza, el* MARQUÉS OCTAVIO, FABRICIO *y* MONZÓN, *y* FABIO *y* DON JUAN.*)*

REY. La noche nos ha cogido
sin haber muerto un venado.

OCTAVIO. Desdicha notable ha sido,
que no falta de cuidado.

REY. Vengo, Octavio, divertido,
pues pasar sin mi Beatriz
la noche, es cosa infeliz.

FABRICIO. Si tanto amor te desvela,
aquí hay lumbre y calderuela;
desvela alguna perdiz.

REY. Es corto entretenimiento
para un hombre como yo
que adora su casamiento.

FABIO. La noche ocasión me dió
a este humilde pensamiento.

REY. En la voluntad resuelta
anda la memoria suelta.
Duerman, Fabio, las perdices.
Mejor es cazar Beatrices
dando a Nápoles la vuelta.
¿Hola? Un caballo me dad.

FABRICIO. ¿Iremos todos contigo?

REY. Aquí todos me esperad,
no vaya nadie conmigo.

D. JUAN. (¡Quién volviera a la ciudad!)
Señor, no vaya tu alteza
solo por esta maleza.
Si mandas, yo iré contigo.

REY. Pues ven tú solo conmigo.

D. JUAN. (Ya voy, divina belleza.)

REY. (¡Vive el Cielo, que por ver
a Beatriz debe ser
el ansia que éste ha tenido!
¿Cómo que un hombre atrevido
ose mirar mi mujer?
Yo le mato en el camino
fingiendo apearme.)

D. JUAN. (¡Cielos,
veré su rostro divino!)

REY. (Perdona, Amor, que, con celos,
vienes a ser desatino.)

*(Vanse el* REY *y* DON JUAN.*)*

OCTAVIO. ¿Qué haremos?

FABIO. Tratar de hacer
noche en aquesta cabaña.

OCTAVIO. Yo me pienso entretener
con la cosa más extraña
que me pudo suceder.

FABIO. ¿Cómo?

OCTAVIO. Aquí queda el criado
del español arrogante,
y, regalado o forzado,
me ha de decir de su amante
dueño el venturoso estado.

FABIO. A solas puedes hablalle.

OCTAVIO. Déjame, que yo sabré
engañalle y preguntalle.

FABIO. ¿Él no sirve?

OCTAVIO. Sí.

FABRICIO. Yo sé
que es imposible que calle.

(*Vanse* OCTAVIO, FABIO *y* FABRICIO.)

MONZÓN. Puesto en confusión estoy.
Don Juan con el Rey es ido
por ver a Casandra, que hoy
de los dos concierto ha sido,
y no podrán si no voy.
La noche es triste y escura
y amenaza tempestad
peligrosa la espesura;
pero para mi lealtad
una es clara, otra segura.
Si aquésta no le acompaña,
él se pierde. Adiós, montaña,
que esta hazaña digna es
de un hidalgo montañés
de los Monzones de España.

(*Vase, y sale el* REY, *con la espada desnuda, y* DON JUAN *huyendo.*)

D. JUAN. Deténgase vuestra alteza
y diga por qué me mata.

REY. Cuando un hombre de mis prendas
saca para ti la espada,
bien conocerás, don Juan,
que es honra.

D. JUAN. Señor, aguarda,
diré la verdad de todo.

REY. ¿Tú en mi casa? ¿Tú en mi casa?
¿Tú miras al mismo sol?

D. JUAN. Escucha, y después me mata.

REY. ¿Qué disculpa puedes darme?

D. JUAN. En fin, ¿fingiste la caza
y el camino de esta noche
para tu injusta venganza?

REY. ¿Qué llamas venganza injusta
donde es la ofensa tan clara?

D. JUAN. Mi desigualdad confieso,
porque es la prenda tan alta;
en lo demás, yo, señor,
soy de lo mejor de España;
porque como un gran pintor
hace en un poco de tabla
una imagen de colores
digna de pesarse a plata,
así el varón, si es famoso,
aunque la mujer sea baja,
hace una figura ilustre,
digna de toda alabanza.
Don Rodrigo fué mi padre,
yo la figura que saca;
si mi madre fué la humilde,
no repares en la tabla.

REY. Pues ¿qué me importa que seas
lo mejor de Italia y Francia
para quitarme el honor?

D. JUAN. Oye la causa.

REY. ¿Qué causa?

D. JUAN. A entrambos nos concertó
una estrella, una esperanza
del fin honesto.

REY. ¿Qué fin?

D. JUAN. Casarnos.

REY. ¡Maldad extraña!
Pues ¿pensábades matarme?

D. JUAN. ¿Matarte? Pues ¿qué importancia
de matarte se seguía?

REY. ¡Reventando estoy de rabia!
Pues viviendo yo ¿tratastes
casaros en ley cristiana?

D. JUAN. No hubiera llegado a tanto,
gran señor, nuestra desgracia
si por la huerta una noche
no vinieras a buscarla.
Por esconderme de ti
detrás de su misma cama
estuve hasta que tú fuiste
después hablando hasta el alba.

REY. ¡Santo Dios! ¿Tú con Beatriz?

D. JUAN. Pues ¿quién, gran señor, te trata
de la Reina, mi señora?

REY. ¿No es ella?

D. JUAN. No.

REY. ¿Quién?

D. JUAN. Casandra.

REY. ¿Casandra? ¿Mi prima?

D. JUAN. Sí,
que por eso te contaba
mi desigualdad y el fin

que en el casamiento pára.
REY. ¿Casandra te tiene amor?
D. JUAN. ¿Luego tú, señor, pensabas
otra cosa?
REY. (¡Ah, celos, celos,
cuál me habéis tenido el alma!
¿Hay desatino mayor?)
Don Juan, no pienses que daba
culpa a Beatriz, sino a ti.
D. JUAN. Señor, en prenda tan alta,
en tal virtud y valor
claro está que no llegara,
para que le hiciera ofensa
imaginación humana.
REY. (Ahora bien, *del mal lo menos.*
Mal es que aquéste en España
tan humilde a gozar venga
todo lo mejor de Italia;
pero, en fin, es menos mal
que se case con Casandra
que no que en mi propio honor
tan obscura mancha caiga.
¡Terrible caso es que esté
ya por conciertos casada,
y de voluntad de todos,
con el Rey de Dinamarca,
y que don Juan de Mendoza
ponga en mi palacio escalas,
y que por él, siendo Rey,
quiebre a otro Rey la palabra.
Pero si mayor ofensa
me puso en desdicha tanta,
corazón, *del mal lo menos,*
y demos al Cielo gracias.
Tenga lugar la prudencia,
que, si el honor se restaura,
bien puede darse una prima,
que ha sido cuerda tan baja,
cuanto más que bien podrán,
pues dió en ella la desgracia,
subiendo a don Juan, hacer
los dos una consonancia.
Títulos y principados
tengo ricos en Italia.
Honrarle y casarle quiero,
que ser Mendoza le basta,
pues que por padre lo tiene
para que iguale a mi casa,
que no es la primer corona
que habrán tenido sus bandas.)
¿Don Juan?
D. JUAN. ¿Señor?
REY. Esto es hecho.
La espada pongo en la vaina.
Por su cruz, que no me pesa,
ya que es hecho, que en ti caiga,
que eres hombre de valor
y Mendoza. Pero es tanta
mi sospecha, que has de hacer
dos cosas y asegurarla.
D. JUAN. Beso tus reales pies.
Dime, señor, qué me mandas.
REY. Lo primero, has de hacer pleito
homenaje, a fuer de España,
metiendo tu mano en éstas,
que eternamente no salga
de tu boca que he tenido
celos de ti.
D. JUAN. ¿No bastaba
la importancia y ser quien eres?
Aunque yo tan poco valga,
pongo la mano en las tuyas.
Juro el homenaje.
REY. Basta.
Mas la otra condición
escucha.
D. JUAN. Di lo que falta.
REY. Contigo oculto esta noche
tengo de ver si te ama
Casandra.
D. JUAN. Yo soy contento.
REY. Mas no has de decirle nada.
D. JUAN. No le diré cosa alguna.
REY. Pues los caballos desata,
y entremos en la ciudad,
que ya la noche se pasa.
D. JUAN. (¡En qué peligro me he visto!)
REY. (Pues es fuerza que las haya,
*del mal lo menos,* sospechas,
y dejadme libre el alma.)

(*Vanse, y salen* SILVIA *y* CASANDRA.)

SILVIA. La noche pasa y no viene.
CASANDRA. Prometióme que vendría.
SILVIA. Si le halla volviendo el día,
peligro el secreto tiene.
¿Cómo puede ya volver
ni estar aquí si es tan tarde?
CASANDRA. Todo me tiene cobarde.
Mas ya morir o vencer.
No es aqueste el mayor daño,
sino el decir que ya viene
mi esposo, porque no tiene
de mi salud desengaño.

Cartas tengo que es, sin duda,
y que se quiere embarcar
secreto.
SILVIA. Bien puede el mar,
que tantos sucesos muda,
sosegar tu corazón
con sepultarle en su arena.
CASANDRA. Mal puede esperar mi pena
remedio en tal confusión.
Si viene el de Dinamarca
querrá mi primo casarme,
porque a sólo visitarme
no creas que el Rey se embarca.
Pues ¡triste!, ¿cómo ha de ser
adorando mi español,
siendo más claro que el sol,
Silvia, que soy su mujer?
¡Ay de mi ventura triste
si porfían a casarme!
SILVIA. ¿Qué piensas hacer?
CASANDRA. Matarme.
SILVIA. Espera, sufre y resiste,
que todo se hará mejor.
Volver quiero por la huerta
a ver si toca a la puerta,
para entretener tu amor.

(*Vase* SILVIA.)

CASANDRA.

Hermosas plantas, árboles y flores
que los rayos del sol resplandecientes
mostraban con esmaltes diferentes
y a quien la noche encubre los colores.
Dormidas aguas, que a los ruiseñores
enseñáis a cantar en las corrientes
de estas sonoras cristalinas fuentes,
que no os dirán hasta el aurora amores.
Si sentís que la noche obscura y fría
os prive de la luz, cuya presencia
os causa tanta gloria y alegría,
también duerme mi bien. Tened paciencia,
que todo es noche hasta que venga el día;
mas no la puede haber donde hay ausencia.

(*Sale* DON JUAN *y el* REY.)

D. JUAN. ¿Si habrá salido a esperarme?
Quédese aquí vuestra alteza.
REY. Bastante es esta maleza
para encubrirme y guardarme.
D. JUAN. Cuantos días ha fingido
estar enferma me habló
aquí las noches.
REY. Que yo
lo vea, don Juan, te pido.
CASANDRA. (Rumor oigo. ¿Si es mi bien
o me engaña alguna fuente
que ha aprendido su corriente
a decir "¡Mi bien!" también?
Un hombre veo.) ¿Sois vos,
mi señor?
D. JUAN. ¡Casandra mía!
CASANDRA. Tardaste. Acércase el día.
D. JUAN. No he podido más ¡por Dios!
Quiso el Rey venir a ver
su esposa, y, por no encontralle,
rodeé una legua a un valle,
que es lo más que pude hacer.
Ya, en efeto, estoy aquí,
que basta, en premio, que veo
todo el bien de mi deseo.
¿Esperaste mucho?
CASANDRA. Sí.
Mas ¿no topaste al entrar
con Silvia?
D. JUAN. No.
CASANDRA. Mucho tengo
que hablarte.
D. JUAN. A saberlo vengo.
REY. (¿Qué tengo ya que dudar?
Los amores y los brazos
a un tiempo miré y sentí;
que aunque los brazos no vi,
en fin, sentí los abrazos.
Mucho de mi honor perdí.
¡Ay, ojos, de infamia llenos!
Pero, en fin, *del mal lo menos,*
paciencia, y dé el rayo aquí.)

(*Sale* SILVIA.)

SILVIA. (No suena en toda la huerta,
fuera del agua, otra cosa.)
¿Quién es?
REY. Yo soy, Silvia hermosa.
SILVIA. ¿Quién?
REY. El que guarda la puerta.
SILVIA. ¿Quién?
REY. Monzón, ¿no me conoces?
Mi amo y Casandra están
hablando.
SILVIA. ¿Qué es de don Juan?
REY. ¿Tengo de decillo a voces?
SILVIA. Mejorado te has de olor.
REY. También lo estoy de vestido.
Tienta.

SILVIA. ¡Bravo! ¿Cúyo ha sido?
REY. Del buen don Juan, mi señor.
SILVIA. En fin, ¿venistes acá?
REY. Está don Juan de manera
que desde el polo viniera
donde agora el sol está.
SILVIA. No está menos, mas peor
Casandra, que pierde el seso,
y temo algún mal suceso,
Monzón, de este loco amor.
Si lo sabe el Rey, su primo,
a los dos ha de matar.
REY. Él sabrá disimular.
Mucho su prudencia estimo.
Es hijo de padres buenos
don Juan. Si le tiene amor
ella, casarse es mejor,
porque, al fin, *del mal lo menos*.
Pero ¿que está tan perdida?
SILVIA. Desprecia un Rey. ¿No lo ves?
REY. ¿Eslo amor?
SILVIA. Y el mayor es.
REY. ¡Gran dolor!
SILVIA. Quita el sentido.
REY. Yo conozco otro mayor.
SILVIA. ¿Cuál?
REY. Celos.
SILVIA. Ese ya es muerte;
y hoy me ha tenido de suerte
que casi venció mi amor.
Ya sabes cómo yo adoro
al conde Fabricio.
REY. Sí.
SILVIA. Pues hoy, delante de mí,
habló a Celia.
REY. El conde Floro
me dicen que la servía.
SILVIA. Y la sirve. Pero ha dado
Fabricio en darme cuidado.
REY. Todo será niñería.
Pero ¿de qué está celoso?
SILVIA. De tu amo.
REY. ¿De mi amo?
SILVIA. Sabe Dios que le desamo
y que es para mí enfadoso.
REY. (Más lo ha sido para mí.)
SILVIA. Un gran placer me has de hacer.
REY. ¿Yo puedo hacerte placer?
SILVIA. Sí, Monzón.
REY. Mándame y di.
SILVIA. Este papel has de dar
a Fabricio.
REY. Muestra.
SILVIA. Ten.
CASANDRA. (Rumor siento.
D. JUAN. Yo también.
CASANDRA. Sol, yo me voy a acostar
mientras veis el otro polo.)
¿Silvia?
SILVIA. ¿Qué?
CASANDRA. Vamos de aquí.
D. JUAN. (Mi bien, acordaos de mí.
CASANDRA. Vos sois mi cuidado solo.)
SILVIA. (Monzón, ¿darás el papel?
REY. ¿Eso dudas?
SILVIA. Pues adiós.)

(*Vanse* SILVIA *y* CASANDRA.)

D. JUAN. ¿Qué dices?
REY. Que os vi a los dos,
y aunque fué cosa cruel
para mis ojos, ajenos
de ver desatino igual,
como temí mayor mal,
les dije: *Del mal lo menos.*
D. JUAN. ¿Satisfecho estás, en fin?
REY. Don Juan, satisfecho estoy.
A ver a Beatriz me voy.
Salte, don Juan, del jardín;
pero lleva en la memoria
que al campo no he de volver,
que si fuí fué por saber
esta mi celosa historia.
A llamar la gente envía
y este papel da a Fabricio,
que basta hacer este oficio
contigo.
D. JUAN. Saber querría
cúyo es aqueste papel.
REY. De Silvia, que me ha contado,
fingiéndome tu criado,
que está enojada con él.
D. JUAN. Yo haré, señor, que le lea.
REY. Dásele, don Juan, y vete,
que basta ser tu alcahuete,
sin que de tantos lo sea.

(*Vanse, y sale el* REY DE DINAMARCA *y el* CONDESTABLE *y acompañamiento.*)

REY DE DINAMARCA.

En esa isla con algún espacio
tratemos, Condestable, lo más justo,
que no se acierta mal lo bien pensado.

CONDESTABLE.

Yo no quisiera verte enamorado.

REY DE DINAMARCA.

Retratos siempre lisonjeros, fama
que aumenta en las distancias lo que oye,
me tienen de tal suerte por Casandra,
que vengo, como ves, con tal peligro,
enfermo de su amor a ver la enferma.

CONDESTABLE.

Yo te prometo que la fama dice
menos de la verdad; porque aquel día
que vi a Casandra en la bordada cama
representando a Venus o a Cleopatra,
me pareció que la Naturaleza
afinó las colores y pinceles.
Volverte ya parece que no es justo;
ir público deslustra tu grandeza;
de mi consejo, puedes ir secreto
hablar al Rey y verla y desposarte,
si te parece lo que a todo el mundo.

REY DE DINAMARCA.

Pues en tu parecer sólo me fundo.
Demos velas al viento, que mañana
tornaremos (1) a Nápoles.

PILOTO.

Si el viento
refresca en popa, allá esta noche estamos.

REY DE DINAMARCA.

¿Tan presto?

PILOTO.

Sí, señor.

REY DE DINAMARCA.

Pues iza y vamos.

*(Vanse, y salen el* MARQUÉS OCTAVIO *y* FABRICIO.)

OCTAVIO. Presto nos manda volver.
Todo, Fabricio, le enfada.
FABRICIO. Con razón sólo le agrada
su bellísima mujer.
OCTAVIO. Escapósenos Monzón.
FABRICIO. Acabemos con don Juan.
OCTAVIO. Dos mil industrias me dan
para su muerte invención,
y el mejor medio de todos
es echar fama que Tello
viene a matarle y hacello
público de varios modos;
y cuando Nápoles crea
que aquí su enemigo está,
que viene a vengarse ya
y que matarle desea,
darle de noche, Fabricio,
un arcabuzazo.
FABRICIO. Es cosa
segura, industria famosa,
y quiero hacerte servicio
de emplear una pistola
milanesa en él.
OCTAVIO. ¿Tú?
FABRICIO. Yo,
que alguna ocasión me dió.
OCTAVIO. ¿Luego no es mi queja sola?
FABRICIO. Déjame hacer.
OCTAVIO. Al terrero
acude.
FABRICIO. A esta noche aguarda.

*(Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (El oficio me acobarda;
mas el Conde es caballero.)
¿Fabricio?
FABRICIO. ¿Quién es?
D. JUAN. Don Juan.
FABRICIO. ¡Oh, valiente español!
D. JUAN. Quiero
hablarte a solas.
FABRICIO. Ya espero.
OCTAVIO. (¡Válame Dios! ¿Qué hablarán?)
D. JUAN. De Silvia es este papel.
Que te adora me contó.
FABRICIO. ¿Tú mesmo lo traes?
D. JUAN. Yo,
para servirte con él,
y todos los que me dieren
de esta manera serán.
FABRICIO. Sosegado me has, don Juan;
ya no hay temor que me altere.
Celoso estuve de ti;
mas ya conozco mi engaño.
Ni he de permitir tu daño,
ni ha de venirte por mí.
Guárdate de noche, y cree
que buen porte te he pagado
de papel.
D. JUAN. ¿Han concertado
matarme?
FABRICIO. Hay quien lo desee.
Creo que quieren tirarte
un arcabuzazo.
D. JUAN. ¿Quién?
FABRICIO. Guárdate, y basta.
D. JUAN. Está bien.
FABRICIO. Yo te sirvo en avisarte.)

(1) En los textos, "tornremos".

OCTAVIO. El Rey viene. (¿Qué será
lo que han hablado los dos?)
D. JUAN. (Octavio es éste, por Dios.
Mi vida enojo le da.)

(*Sale el* REY *y la* REINA.)

REY.
Esta carta me escribe el Rey de España,
y dice que es don Juan pariente suyo.

REINA.
Obligaciones tenéis de honrarle.

REY.
Y tanta,
cuanto de hoy más conocerá en mis obras.
Es don Juan un gallardo caballero;
échasele de ver la buena sangre
en todas sus acciones. Los Mendozas
tienen estimación por todo el mundo.

REINA.
Gracias a Dios que ya ha llegado tiempo
en que habéis conocido tantos méritos,
tantas partes, virtudes y alabanzas
como en este español celebra el mundo.

REY.
(Ni España me escribió, ni he visto carta
que me abone las partes que le aplico,
que todo nace de mi propia ofensa;
y como voy con pensamiento justo
de que ha de ser marido de Casandra,
voile dando caudal con que lo sea,
porque del mal se ha de escoger lo menos,
si alguno de los males es forzoso.)
¿Don Juan?

DON JUAN.
¿Señor?

REY.
En esta carta dice
el Rey que eres su deudo, y me encomienda
tu amparo y honra. Yo le he respondido
que, para que mejor yo pueda hacello,
un hábito te envíe de Santiago
y la encomienda que le diere gusto.

DON JUAN.
Beso tus pies mil veces, que bien veo
que sola tu grandeza levantara
un hombre tan humilde de la tierra.

REY.
Levantaos, Almirante.

DON JUAN.
Señor mío,
¿qué dice vuestra alteza?

REY.
Que de Nápoles
sois Almirante, y que gocéis su título
con el de Mayordomo de mi casa.

DON JUAN.
Mil años guarde el Cielo a vuestra alteza.

REINA.
Y yo también, por la merced y honra
que habéis hecho a don Juan, los pies os beso.

REY.
Si vos lo agradecéis de esa manera,
poco será, con mi corona, darle
la investidura de este reino.

REINA.
El Cielo
os dé la vida que os deseo.

OCTAVIO.
A todos,
gran señor, nos alcanza parte de esto.

REY.
Todos debéis holgaros, que es mi gusto.

OCTAVIO.
(En mi vida he tenido tal disgusto.)

REY.
Sospecho que mi prima, que de España
también la escriben, honre, ampare y quiera
a don Juan de Mendoza, tendrá gusto
de saber que le hago mi Almirante.—
Entrad, Fabricio, vos; dalde la nueva.

FABRICIO.
Yo voy, y las albricias te agradezco,
que no serán de su excelencia cortas,
porque sé la merced que a don Juan hace.

OCTAVIO.
(Todo su bien de mi desdicha nace.)

(*Sale* FABIO.)

FABIO.
Advierta vuestra alteza que se dice
por toda la ciudad que está en la playa
el Rey de Dinamarca.

REY.
¿De qué suerte
está en la playa el Rey, secreto o público?

FABIO.

Secreto, porque viene con secreto;
público, porque ya lo saben todos.

REY.

(A fuerte tiempo viene el Rey. Sospecho
que ha de impedir el pensamiento mío.
¡Oh, Casandra! ¡Oh, mujer! ¿En qué me has [puesto?)
Vamos, señora, por que demos traza
en recebir al Rey, que estoy confuso
en la resolución que tome en esto.

REINA.

No os dé cuidado; y pues secreto viene,
dejalde hacer lo que él pensado tiene.

(*Vánse los* REYES *y* FABIO.)

OCTAVIO. Agora que el Rey es ido,
os quiero dar parabién.
D. JUAN. De cualquiera que me den
seréis, Octavio, servido.
OCTAVIO. Bésoos, señor Almirante,
las manos, que ese deseo
de vuestro valor le creo.
D. JUAN. En lo que fuere importante,
lo que he sido y lo que soy
seguro podéis tener,
Marqués, cuán vuestro he de ser.
OCTAVIO. Seguro, Almirante, estoy;
y en pago de la merced
que me hacéis, quiero advertiros
cierta cosa por serviros.
D. JUAN. Yo la recibo.
OCTAVIO. Creed
que me mueve vuestro amor.
Tello, aquel vuestro enemigo,
está aquí.
D. JUAN. ¿Quién?
OCTAVIO. Tello, digo.
D. JUAN. ¿Tello? Mirad que es error;
que Tello no se atreviera
a venir donde me ampara
un Rey.
OCTAVIO. Es cosa tan clara,
que sé, don Juan, que os espera
para mataros. Haced
por guardaros.
D. JUAN. Yo os lo juro.
OCTAVIO. Sólo vuestro bien procuro.
D. JUAN. Hacéisme mucha merced.
OCTAVIO. Si de noche acaso alguna
queréis salir, avisadme
con tiempo y con vos llevadme,
y no tentéis la fortuna;
que vos y yo a dos, y a seis,
no hay que temer.
D. JUAN. Sois muy bravo.
OCTAVIO. No es esto porque me alabo.
D. JUAN. Ni es justo que os alabéis,
que me han dicho que a Fabricio
y a vos, buen testigo el sol
de un balcón, cierto español,
pienso que de bajo oficio,
os hizo tomar la calle,
no contra vuestro decoro,
pues le tuvistes por toro
y procurastes cegalle
con dos capas guarnecidas,
que el hombre después vendió,
de que más gusto sacó
que de darles mil heridas,
porque fué darlas al viento.
Con esto, si acaso aquí
viniere Tello y de mí,
con traición o fingimiento,
quisiere satisfación,
y no como caballero,
aunque de Tello no espero
que me acometa a traición.
Mas por si Jacob después
fuese a Esaú semejante,
Nápoles tiene Almirante
que a Tello y algún Marqués,
si acaso no se le escapa,
le pondrá de tal manera
que, por ir a la ligera,
vuelva a dejarla la capa.

(*Vase.*)

OCTAVIO. Enmudecido he quedado;
no he sabido responder,
porque es justo enmudecer
con la vergüenza el culpado.
¡Oh, fuerza de la verdad,
freno en la mejor espada,
que pierde, el alma culpada,
la acción a su libertad!
¡Oh, español! Favorecido
de la fortuna ya estás,
donde vengarte podrás
de la envidia que he tenido.
Ya me espanta tu ventura,
si tu valor me espantaba;
hoy mi venganza se acaba
y está la tuya segura.

¡Por qué notable camino
me dijo tantas afrentas!
¡Cuán en vano, envidia, intentas
este loco desatino!
Mas no faltará ocasión
de derribarte, enemigo.

(*Cuatro* LACAYOS *sacan en hombros a* MONZÓN.)

SERVIO. ¡Vítor, Monzón! ¡Vítor, digo!
MONZÓN. Quedito.
JACOBO. ¡Vítor, Monzón!
MANUEL. Ea, señor Almirante,
pague voacé la patente.
MONZÓN. Escuchen al pretendiente.
CALIFA. Ya ¿para qué es importante?
MONZÓN. Yo no sé que verdad sea
ser Almirante don Juan.
SERVIO. Si cuando a un pobrete dan
una mísera librea
convida y gasta su hacienda
con tuta la compañía,
siendo Almirante ¿no es día
que gaste, se empeñe y venda?
Ea, o la capa y la espada
vaya a la primera ermita.
MONZÓN. Oigan, y con menos grita.
MANUEL. Ya está la sed alterada,
y en no le dando refresco
perece vuesa merced.
CALIFA. Los vítores dan gran sed,
que fué invención de un tudesco;
que, como comienza en *vi*,
el *tor* en *no* transformó.
SERVIO. La bolsa dice que no
y la sed dice que sí.
Denos siquiera una vez.
MONZÓN. Saberlo será importante,
no sea aqueste Almirante
se nos volviese almirez.
Retírense un poco allí,
que he visto quien lo dirá.
CALIFA. Vaya, y la verdad sabrá.
MANUEL. ¿Pasará por ello?
MONZÓN. Sí.—
Suplico a vuseñoría
me haga merced de decirme,
porque no sé cosa firme
y se miente cada día
en esto de provisiones
al gusto del vulgo vano,
sin que le vaya a la mano
los méritos ni opiniones,
si es verdad que es Almirante
don Juan, mi señor.
OCTAVIO. (Sospecho
que este villano lo ha hecho,
no porque le es importante,
sino por darme pesar.
Gran paciencia he menester.)
¿Monzón?
MONZÓN. ¿Señor?
OCTAVIO. Tu placer
es cierto. Bien puedes dar
a don Juan el parabién,
que es Almirante, sin duda.
MONZÓN. Pues vuseñoría acuda,
para esta gente de bien,
con cualque escudo o doblón,
que no tengo que les dar.
OCTAVIO. (¡Que aun esto me hacen pagar!)
Tomad y gasten, Monzón.

(*Vase* OCTAVIO.)

MONZÓN. Guárdete el Cielo, señor.
CALIFA. ¿Es Almirante don Juan?
MONZÓN. Este doblón beberán.
TODOS. ¡Vítor, Monzón!
MONZÓN. Por mi amor,
que beban vuesas mercedes
con prudencia y discreción,
no haya, pues no es razón,
gigantes por las paredes,
y beban a mi salud.
SERVIO. De vítores estoy seco.
MANUEL. ¿Qué será, lágrima o greco?
CALIFA. Témplame aquese laúd.
Eso, candia y malvasía
y otras cien mil diferencias.
MONZÓN. Hablen después bien de ausencias.
CALIFA. Brindis.
SERVIO. Caraus.
MONZÓN. ¡Qué alegría!

(*Vanse los* LACAYOS *y sale* DON JUAN.)

D. JUAN. ¿Dónde me llevas, fortuna,
en las alas del favor?
Mira que tengo temor
que crezca tanto la luna,
pues es fuerza haber menguante.
MONZÓN. ¿Sabráme vuesa merced
decir, por me hacer merced,
dónde vive el Almirante?
D. JUAN. ¿El Almirante decís?
¿Preguntáis por su excelencia?

MONZÓN. Sí, señor; y esa advertencia,
de que también me advertís,
os agradezco en extremo.
D JUAN. ¿Qué le queréis?
MONZÓN. Suplicalle,
si fuera posible hablalle,
cosa que aun aquí la temo,
se acuerde que le he servido
desde que salió de España,
y en fortuna tan extraña
lo que él sabe he padecido.
Cuando el Rey le hizo ayuda,
para dármela de costa,
me dió una calcilla angosta
de unos grigescos [de] viuda;
cuando ya fué gentilhombre
de la cámara admitido,
un no sé si fué vestido,
que nunca le supe el nombre.
Y habiéndole con la espada
y la capa alguna vez
hecho, de quien soy, juez,
no me dió en su vida nada.
Pues las noches que he pasado
en un jardín son de suerte,
que era lo menos la muerte,
y tampoco me ha pagado.
Verdad es que no ha tenido
con qué este pobre señor,
y que yo por sólo amor
le he acompañado y servido.
Cierto que es hombre de bien,
y que, por velle salir
a un coso, puede venir
un hombre de Tremecén.
Hombre es que de una lanzada
clava un toro con la tierra,
y que si la lanza yerra
no yerra la cuchillada,
porque, abierta la cerviz,
saltan de las piedras llamas.
Es venturoso en las damas
y en las pendencias feliz,
obliga a cuantos le ven
a honrarle y amarle tanto...
Pero es pobre, no me espanto,
cualquiera cosa hará bien.
D. JUAN. Hidalgo, ese caballero
que ha hecho el Rey Almirante,
no tuvo cosa importante
con que honrar a su escudero;
por andar la bolsa estrecha
no está esa deuda pagada,
porque es mejor no dar nada
que dar lo que no aprovecha.
Mas agora que le ha puesto
la fortuna en tal lugar,
yo haré que os pague, sin dar
causa a que andéis descompuesto.
Besalde luego los pies,
que ya sois (1) su camarero.
MONZÓN. Y aun la tierra besar quiero.
D. JUAN. Vete a vestir.
MONZÓN. Justo es.
D. JUAN. Toma el vestido que yo
saqué la fiesta pasada.
MONZÓN. ¿Tanta merced?
D. JUAN. Todo es nada.
MONZÓN. Quien bien sirvió, bien medró.

(*Váyase* MONZÓN, *y sale* CASANDRA.)

CASANDRA. Mal puede disimular
tanto contento quien ama.
D. JUAN. Mi bien, ¿vos dejáis la cama?
CASANDRA. Con deseo de besar
las manos al Almirante.
Démelas vuestra excelencia.

(*Detrás*, OCTAVIO.)

OCTAVIO. (¿Quién tendrá en esto paciencia?)
D. JUAN. ¿Posible es que se levante
vuestra excelencia por mí?
CASANDRA. Por vos fué la enfermedad,
por vos la salud.
D. JUAN. Mirad
que está vuestro esposo aquí.
CASANDRA. No hay esposo sino vos,
y confírmenlo estos brazos.
D. JUAN. Para tan hermosos lazos
salga el alma.
OCTAVIO. (Bien ¡por Dios!)
D. JUAN. Octavio estaba, señora,
detrás de aquel paño.
CASANDRA. Esté,
que no hay cosa que me dé
pena ni recelo agora.
Con todo eso, me voy,
que siento al Rey.
D. JUAN. Yo también.
CASANDRA. Todo se hará muy bien.
D. JUAN. En esa esperanza estoy.

(*Vanse* DON JUAN *y* CASANDRA.)

(1) Las ediciones de Madrid, 1617, y Barcelona, 1618, dicen "soy".

OCTAVIO. Casi delante de mí
osan hablar libremente.

(*Sale el* REY.)

REY. Honrar al noble pariente
de tan gran Rey pretendí.

OCTAVIO. Parece que a mi deseo
viene vuestra majestad.

REY. ¿Cómo?

OCTAVIO. Hay gran necesidad
de remediar lo que creo
que, si pasase adelante,
gran daño resultaría.

REY. ¿Qué es, Marqués, por vida mía?

OCTAVIO. Casandra y el Almirante
hablaban públicamente.
Yo los vi tiernos aquí.

REY. ¿Cosas de amor?

OCTAVIO. Señor, sí,
y es muy grande inconveniente.

REY. Pues y cómo si lo es.

OCTAVIO. Casandra y el Almirante...
¿Hay libertad semejante?

REY. Quedo, sin voces, Marqués;
quedo, no os adelantéis;
que pues yo su primo soy,
y soy Rey, y no las doy,
no es justo que vos las deis.
Casandra tiene ya edad
para ver que le conviene,
a la calidad que tiene,
vivir con honestidad.
Y yo soy de parecer
que casalla es mejor medio
que otro cualquiera remedio,
que, aunque es mi sangre, es mujer.
Y pues hay mil libros llenos
de males de Amor, no hay tal,
como viendo al ojo el mal,
escoger *del mal lo menos*.

OCTAVIO. Vos decís, señor, muy bien;
alabo vuestra prudencia,
sin ella hablé y sin licencia,
ya os pido perdón también.
Y pues casar tan aprisa
a Casandra pretendéis,
aunque las nuevas tenéis
que el de Dinamarca avisa,
suplícoos me honréis a mí
con vuestra prima, señor.

REY. ¿No veis, Marqués, que es error
que yo os la dé?

OCTAVIO. ¿Cómo ansí?

REY. Si vos la vistes hablar
con el Almirante, es justo
que deis a quien tiene el gusto
donde os ha dado pesar.
Esto bien lo echáis de ver,
y así es remedio importante
dársela al mismo Almirante,
que es lo que yo pienso hacer.

OCTAVIO. ¿A un hombre Almirante de hoy
y ayer un pobre soldado?

REY. Lo que es ayer ya ha pasado;
por lo que es hoy se la doy.

(*Vase el* REY.)

OCTAVIO. Yo porfío sin razón.
Mejor es volver la vela.
Ya no ha de valer cautela.
El Rey le tiene afición.
Hoy pierdo las esperanzas;
ya sólo en viento las fundo.
¡Oh, vil estado del mundo,
sujeto a tantas mudanzas!

(*Sale el* REY DE DINAMARCA, *el* CONDESTABLE *y gente.*)

R. DE DIN. Esta carta me escribió;
lo que digo dice en ella.

CONDEST. ¿Puedo vella?

R. DE DIN. Puedes vella,
y admírate como yo.

CONDESTABLE

"A tan gran Príncipe y tan discreto, bien puede una mujer pedirle amparo. Mi enfermedad es amor del Almirante de Nápoles, con quien estoy casada. Suplico a vuestra alteza estime en más este desengaño que llevar mujer sin gusto, y me favorezca en decir al Rey que sólo viene a casarnos, porque el Rey de España le ha escrito que es su deudo; que en eso mostrará vuestra alteza ser quien es, y en el Almirante y en mí tendrá dos esclavos."

R. DE DIN. ¿Qué te parece?

CONDEST. Que es cosa
con que yo perdiera el seso.

R. DE DIN. Yo no, porque le he cobrado,
y estoy castigado y cuerdo.

CONDEST. ¿Qué piensas hacer?

R. DE DIN. Agora
lo verás.—¿Ah, caballero?

OCTAVIO. ¿Qué mandáis?

R. DE DIN. Decid al Rey,
y perdonad que me atrevo,
por extranjero, que quieren
hablarle dos extranjeros.
OCTAVIO. Pienso que sé ya quien sois.
Si lo sois, los pies os beso.
R. DE DIN. El Rey soy de Dinamarca.
OCTAVIO. (¡Oh, cómo viene a buen tiempo!
Porque la quite a don Juan,
que éste la goce me huelgo.)

(*Vase* OCTAVIO.)

CONDEST. Pensando he estado, señor,
ese tu prudente acuerdo
que con Casandra has tomado,
y es bueno con todo extremo;
porque si de no casarte
resulta a ti y a tu reino
vergüenza, en mal tan forzoso
escoger *del mal lo menos*.

(*Sale el* REY, *la* REINA, CASANDRA, SILVIA, OCTAVIO, DON JUAN, MONZÓN, *galán*, FABRICIO *y todos*.)

R. DE DIN. El Rey sale acompañado.
Que soy conocido creo.
REY. Deme su alteza esos brazos.
R. DE DIN. Entendí venir secreto,
y, tan público he venido,
que ya en parte me avergüenzo.—
A su alteza de la Reina
pido los pies.
REINA. Aquí tengo
los brazos apercebidos.
REY. ¿Hola? Sillas.
D. JUAN. Sillas presto.

(*Siéntanse el* REY, REINA, *el de* DINAMARCA *y* CASANDRA.)

R. DE DIN. ¿Habrá dado mi venida
que sospechar?
REINA. El contento
no dió lugar a sospechas.
R. DE DIN. Oíd, decíroslo quiero.
Yo pensé pasar a Roma
y desde Roma a Loreto
a una promesa, y estando
para el camino dispuesto,
tuve una carta del Rey
de España, don Juan Primero,
que, sabiendo mi jornada,
con mucho encarecimiento
me ha pedido que os pidiese,
por ser su cercano deudo
don Juan de Mendoza, un hombre
que ya conocer deseo,
le diésedes a Casandra,
vuestra prima, en casamiento,
y esto vengo a suplicaros.
REY. A vos y al Rey lo agradezco.
Mas yo pensaba emplealla
en vos, conforme el concierto.
R. DE DIN. No hay concierto que me agrade
como éste. Esto os pido y ruego,
y que conozca a don Juan.
D. JUAN. Aquí estoy. Los pies os beso.
R. DE DIN. Vos sois digno de Casandra.
Adoralda en todo extremo,
que se lo debéis, don Juan.
Y, pues que sois caballero,
por que lo sepáis mejor,
ésta leed con secreto.
REY. Ahora bien; dense las manos.
REINA. A tan buen casamentero
pido que case esta dama.
FABRICIO. Yo, señor, si lo merezco,
la pido.
REY. Si ella quisiere...
SILVIA. Sí, señor.
REY. Yo os lo concedo.—
Octavio, no os aflijáis.
OCTAVIO. Yo, señor, antes me alegro.
REY. Yo os hago mi Condestable.
MONZÓN. Y Monzón, que fué estafermo
de todos estos amores,
es de aquesta cuenta el cero,
como domínica en *albis*.
REY. Eso no; yo te prometo
dos mil ducados de renta.
MONZÓN. Ea, ya soy caballero.
El caballero Monzón
me llamo desde hoy.
REY. Advierto
con este ejemplo, senado,
que aquí da fin este ejemplo;
que donde es forzoso el mal
escojáis *del mal lo menos*.

FIN DE LA COMEDIA *Del mal lo menos* (1)
DE LOPE DE VEGA CARPIO

(1) La edición de Madrid 1617 dice solamente "Fin de la comedia *Del mal lo menos*", y la de Barcelona, 1618, agrega: "De Lope de Vega Carpio".

# EL DESCONFIADO

## COMEDIA FAMOSA

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

### DIRIGIDA AL MAESTRO ALONSO SÁNCHEZ

CATEDRÁTICO DE PRIMA DE HEBREO EN LA INSIGNE UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

---

La mayor cosa que los hombres hacen unos por otros es la defensa, y así, la mayor obligación que tienen es a quien los defiende. En primero lugar, se debe al Autor de la Naturaleza, que nos dió Angeles de defensa, poniendo al más pequeño como si fuera Rey, presidio y custodia: consta de sus mismas palabras y del argumento que con las de David quiso hacerle el enemigo común. Suceden a esta obligación los padres, pues, con haberlo sido, nos defienden del no ser tan grave daño como encarece el teólogo. Luego se sigue a los que nos defienden la honra, la vida y, por sus grados, los demás sucesos. Finalmente, cuando tiene más valor, es donde el que la hace se mueve sin haberle inducido o provocado. Ríense muchos de los libros de Caballerías (señor Maestro), y tienen razón si los consideran por la exterior superficie, pues por la misma serían algunos de la antigüedad tan vanos y infructuosos como el *Asno de oro,* de Apuleyo; el *Methamorphoseos,* de Ovidio, y los *Apólogos* del moral Filósofo; pero, penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de la Filosofía, es a saber: natural, racional y moral. La más común acción de los caballeros andantes, como Amadís, el Febo, Esplandián y otros, es defender cualquiera dama, por obligación de Caballería, necesitada de favor en bosque, selva, montaña o encantamiento y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado a defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigantes, los monstros de este libro de la envidia humana contra la celestial influencia que acompañó el trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto (como fué opinión de Pitágoras) fundamento y guía. V. m. tomó esta empresa movido de su misma obligación, como doctísimo príncipe en tantas Facultades y Lenguas, sacando, si no de gigantes, mi fama y nombre, de monstros encantados y enanos viles. Estudian algunos de estos diversas ciencias, y olvidados de sus progresos, los interrompen con la detracción de los estudios ajenos. mal leídos en Cicerón: *Quam quisque norit artem in ea se exerceat.* Esto en las *Tusculanas,* y en los *Oficios*: *Suum quisque noscat ingenium.* Pero es gracia de algunos músicos que, rogándoles que canten (que lo saben hacer), dicen que, si hubiera espadas, se holgaran de esgrimir, y pidiendo al que esgrime bien que tome la espada, dice, que si hubiera un instrumento se holgara de que le oyeran cantar: extraña ambición de fama de lo que un hombre no sabe, que de lo que sabe ya le parece que la tiene. El que estudia Teología, ¿para qué quiere parecer poeta, señor Maestro, no siéndolo, como el doctor Garay, Marco Antonio de la Vega y el doctor Cámara, laureados por esa insigne Universidad cuando yo estudiaba en ella las primeras letras, ni gastar el tiempo en reprehender poetas? *Ministerium tuum imple,* dijo el Apóstol. Acusaba Teophrasto a la naturaleza, muriéndose, de que hubiese dado tan larga vida a las cornejas y cuervos, que no importaban, y tan breve a los hombres. *Quorum si aetas potuisset esse longinquior, futurum fuisse, ut omnibus perfectis artibus, omni doctrina hominum vita erudiretur,* y quieren gastarla en los estudios para que no tienen naturaleza ni industria y suplir con la detracción la ignorancia de la profesión ajena. Bienaventurado llamó el Príncipe de la Retórica al hombre que aun en la vejez le aconteciere: *Ut sapientiam, verasque opiniones assequi possit,* y andan éstos alabándose de sus pocos años, como si ya en ellos hubiesen alcanzado lo que tenía Cicerón por bienaventuranza en muchos. Fué reprehendido de Georgio Merula, aquel gran ingenio de Angelo Policiano porque le llamó cano: *Canos mihi objicis importuni non sunt, superest animi vigor, corporis robur, celeres ingenii motus,* etc. Y respondióle Policiano al Duque Ludovico Esforcia: *Ita mihi contingat in otio, et literis molliter consenescere;* pero la verdad es que, en esta edad, no han nacido los hombres, cuando, con dos actos en brazos del que preside, se burlan de las ajenas vigilias, por quien prefirieron las canas a los años en el asiento del entendimiento, en cuyo regimiento hay muchas con banco de caballero, hijas del alma, y otras con menos nobleza. Es lástima que se muevan algunos hombres como los animales: *Secundum impetum, et impulsum appetitus naturalis,* habiéndose de mover *secundum regimen rationis.* Yo tengo para mí que, como melancólicos, enfermos y locos, tienen vanas fantasías; pero esto no por la ilustración que se hace por las imaginaciones de las cosas sensibles, mas por las pasiones de la naturaleza: *Et confusione spirituum ascendentium ad cerebrum, et caput*

*turbantium.* Engañalos el común aplauso, que no saben, con Demóstenes, que: *Omnibus hominibus natura insitum est, ut maledicta, et crimina perlibenter audiant, laudantibus autem ipsi graviter succenseant.* Pero, como dice él mismo, es naturaleza de la calumnia, *in crimen vocare omnia, probare vero nihil.* Yo, a lo menos, les debo la misma ofensa, pues tuve tal defensor, que, como a la admiración debemos la Filosofía; a la enfermedad, la Medicina; a los delitos, las leyes, y a la tiranía, el reino, debo la honra y defensa que V. m. hizo a mis escritos a su calumnia y envidia, que diversa satisfacción es ofrecerle esta comedia a V. m., cuyo título es *El Desconfiado*, defendiéndome con el mismo de mi mismo atrevimiento, aunque la dieron aplauso grande en la Corte por el donaire y la novedad del argumento. No tengo en esta ocasión materia digna de su divino ingenio; que, si bien es verdad que no desprecio este género de estudio, para que he tenido alguna inclinación, el breve tiempo en que me ha sido forzoso escribir muchas ha sido causa de su imperfección, porque: *Nihil est simul, et inventum, et perfectum,* y aunque *nihil refert quam cite, si sat bene,* no puedo yo decirlo de mí, sino dejarlo a la defensa de V. m., por quien escribió un aficionado a sus grandes partes, letras y virtudes, este epigrama:

"La lengua hebrea, griega y la latina,
por su elegancia, competir quisieron,
como Venus, y Juno, y la divina
Palas, y al Paris de las letras fueron,
y aunque la hebrea pareció más digna,
en Sánchez tan recíprocas se vieron,
que, como las tres Gracias, se abrazaron
y a vivir en su lengua se quedaron."

Capellán de V. m.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

## FIGURAS DE LA COMEDIA

DON JUAN.
DON FERNANDO, *su padre.*
PEDRO, *lacayo.*
FELICIANO.
FABIO.
JULIO.
DOÑA LEONOR.
FULGENCIO, *su padre.*
DOÑA ANA.
LISARDO, *su padre.*
INÉS, *criada.*
[ELISA, *criada.*]

Representóla Ortiz, famoso representante.

## ACTO PRIMERO

(*Salen* FULGENCIO *y* DON FERNANDO, *viejos.*)

D. FERN. Aquesta es mi voluntad.
FULGENC. Extraño intento tenéis.
D. FERN. No es extraño, si sabéis
que es justa necesidad.
Importa la educación
de un hijo a un padre, el remedio
de su casa.
FULGENC. Pues ¿qué medio
tomáis en esta ocasión,
siendo ya mozo don Juan,
que os había de haber dado
diez nietos?
D. FERN. Hase criado
tan encogido, que dan
sus costumbres claro indicio
de que está muy ignorante
en lo que es más importante.
FULGENC. En don Juan no se halla un vicio;
y si aquesto es ignorar,
tal me venga la ignorancia.
D. FERN. Es muy grande la distancia
que habéis de considerar
de lo que es encogimiento
a lo que es no tener vicio;
si verdad digo, es indicio
de su corto entendimiento.
Allí, viendo los señores,
perderá el fuerte rigor
que le dió el altivo honor
de tratar sus inferiores.
Sabrá bien la cortesía,
que es ciencia con que se aprende
a ser bienquisto el que entiende
la moral filosofía.
Su norte será la corte;
que, si ver el mundo es cosa
para saber provechosa,
¿qué puede haber que le importe
como la corte, en quien fundo
todo el mundo, pues que vemos
que cifra en sí los extremos
polos del centro del mundo?
FULGENC. Yo lo había imaginado
de otra suerte, y entendía
que en la corte viviría
más perdido que ganado.
Que aunque es verdad que se aprende
buen lenguaje y cortesía,
tal vez, como el campo cría
hierba que, viciosa, ofende,
son tantas las ocasiones
que ofrece la tierna edad,
su trato y su libertad,
que a las primeras liciones
podría salir letrado
en ciencia que oiga leer,
porque ¿qué puede aprender

un caballero enseñado
a ver tanta confusión?
Si un pleito solicitara,
alguna disculpa hallara,
Fernando, a vuestra opinión.
Lo que hará don Juan allá
será, de día y de noche,
arar el prado en un coche,
mirar lo que en otros va,
jugar lo que le enviéis,
darlo a una dama discreta
y enviar cada estafeta
a que dinero le deis,
y, después de vuelto aquí,
no sosegarse en seis años.

D. FERN. ¿Qué sirve andar por engaños?
Esto me conviene a mí.
Mi hijo es necio, Fulgencio.
Si la corte no le enseña,
yo crío en él una dueña.

FULGENC. ¿Necio?

D. FERN. No le diferencio,
con ser padre, cuyo amor
bien me pudiera obligar
a una bestia.

FULGENC. Replicar
no es justo a vuestro rigor.

D. FERN. No hay cosa que más le importe,
que no es caballero honrado
el que no está graduado
por la escuela de la corte.

FULGENC. Y ¿cuándo habéis de envialle?

D. FERN. Hoy ha de salir de aquí.

FULGENC. ¿Con tanta cólera?

D. FERN. Sí.

FULGENC. Dineros habéis de dalle.

D. FERN. Ya los tengo prevenidos,
y dos criados honrados.

FULGENC. Harto importan los criados.

D. FERN. Son cuerdos y bien nacidos.

FULGENC. Y allá ¿dónde ha de posar?

D. FERN. En casa de un primo.

FULGENC. Tiene
una hija.

D. FERN. Pues ¿qué viene
a importar?

FULGENC. ¿No ha de importar?

D. FERN. No, porque muy deudos son,
y, cuando se case allí...

FULGENC. Bien decís.

D. FERN. Yo emprendo así
su remedio y mi opinión.

*(Vanse, y salen* DON JUAN *y* PEDRO, *criado.)*

D. JUAN. Cuéntame todo el suceso.

PEDRO. ¿Qué te tengo de contar,
si a los dos ha de costar,
a mí el gusto y a ti el seso?

D. JUAN. Cuando pálido te vi.
quedé triste y receloso.

PEDRO. Lo pálido fué forzoso,
por los palos que temí.

D. JUAN. En fin, ¿negociaste mal?

PEDRO. Para mí negocié bien,
pues salí de aquel desdén
sano y salvo.

D. JUAN. ¿Hay cosa igual?
Pero ¿qué se te da a ti
de matarme y de contarme
lo que ha pasado en matarme?

PEDRO. Va de historia. Escucha.

D. JUAN. Di.

PEDRO. Subo la tal escalera
y encuentro como un gigante,
con cierto escudero andante,
calzas, gorra, capa y cuera,
barba peinada, flaqueza,
que pienso que en la facción
la cortísima ración
le escribió naturaleza.

D. JUAN. ¿Qué tiene, Pedro, que ver
con mi historia ese escudero?

PEDRO. Pues que pintártele quiero,
por algo debe de ser.
Preguntóme: "¿A quién buscáis?"
Díjele: "El lencero soy,
que me mandan venir hoy,
y entraré, si vos mandáis."
"Yo he menester—respondió—
cierto lienzo." Repliqué:
"Pues qué tal os le daré."
"¿Fiáis?", dijo, y dije: "No.
Pero como aquí viváis
de fiaros soy contento."
"Entrad—dijo—en mi aposento
para que de él os sirváis."
Entré, y al rincón primero
vi la camilla, en que estaban
dos galgos, que la ocupaban,
parientes del escudero.
En ella nos recostamos,
y en un vaso, si no era
tintero, por la madera,
de cierta bota brindamos.

"Cuando se case mi ama
—me dijo—habéis de vender
lo que baste a enriquecer
dos mercaderes de fama."
Yo, que casamiento oí,
ya ves cómo quedaría.

D. JUAN. Como yo, que ya tenía
el alma fuera de mí.
¿Que se casa mi Leonor?
Con tu relación me has muerto.
¿Dijo más?

PEDRO. Sólo el concierto,
que aún hay remedio, señor.
Al punto que yo lo oí
de la boda, el parabién
le di, y pregunté con quién.

D. JUAN. ¿Y no te lo dijo?

PEDRO. Sí.

D. JUAN. ¡Ay de mí! ¿Con quién te dijo?
¿Con quién?

PEDRO. Espérate un poco.

D. JUAN. ¿Con quién?

PEDRO. Con tu padre.

D. JUAN. ¡Ay, loco;
diría que con su hijo!

PEDRO. No, señor; que con tu padre
supe después que se casa.

D. JUAN. Pedro, el alma se me abrasa.

PEDRO. Perdone Dios a tu madre;
que a fe que bien conocía
en tu padre liviandad.

D. JUAN. ¡Qué locura, si es verdad,
y qué desdicha la mía!

PEDRO. Con esto me despedí
y a la sala caminé,
donde en un estrado hallé
al sol que en sus ojos vi.
¡Qué engaño en mujeres bellas
pensar que están muy hermosas
con las galas cuidadosas!

D. JUAN. No todas lo son sin ellas.
De la corte puso en duda
un discreto que era ver
más peligro una mujer
bien vestida que desnuda.

PEDRO. Si entonces poeta fuera,
¡oh, qué altamente pintara
el rostro, el pecho, la cara!...
¡Oh, qué sonetos hiciera!
El cabello descompuesto
retrataba un serafín;
bañó de rosa, el jazmín,
en viéndome el rostro honesto,
y díjome: "¿A quién buscáis?"
Saqué entonces mi papel
y arrodilléme con él.

D. JUAN. ¿Leyóle?

PEDRO. Y *ainda mais*.

D. JUAN. ¿Respondió aquella tirana?
¡Ay, Pedro, matarme quieres!

PEDRO. Es purga que las mujeres
reciben de buena gana.
"Responded a doña Luisa",
me dijo, como si fuera
verdad.

D. JUAN. ¿Qué dices?

PEDRO. Espera,
"que agora estoy muy de prisa,
y que a la tarde, temprano,
vuelva por este cambray."

D. JUAN. ¿Cambray? ¿Qué invenciones hay?

PEDRO. Beséle entonces la mano
y dije que mi señor,
el letrado, daba prisa.
Aquí le tentó la risa
y el clavel se hizo mayor,
descubriendo algunos granos
de nácar sobre las hojas.

D. JUAN. ¡Qué bien pintas mis congojas!

PEDRO. Beséle otra vez las manos,
y, al bajar por la escalera,
topo al padre y preguntóme:
"¿Quién sois?"

D. JUAN. ¿Qué dijiste?

PEDRO. Dióme
una turbación ligera.
Pero, cobrando valor,
dije un caballo vendía.
"¿Caballo? ¡Por vida mía!",
dijo; y yo: "Sí, mi señor."
"¿Qué color?" Yo respondí:
"Celeste." Él se santiguó.
Pero luego acudí yo:
"Úsanse en la corte así."
Él dijo: "Nunca he oído
tal color." Dije: "Señor,
no os espantéis del color,
porque anda todo teñido;
mas, si vuestro gusto es,
esta tarde podréis vello."
"Haréisme merced en ello",
dijo, y mandó que después
el caballo le trajese.

D. JUAN. Y ¿qué has de hacer?

PEDRO. ¿Yo qué sé?
D. JUAN. ¡Oh, qué necia industria fué!
PEDRO. Muy bien has dicho, si diese
lugar el señor temor
para escoger las mejores.
D. JUAN. Fabio viene.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Pues, señores,
¿qué hay de jornada y amor?
D. JUAN. De amor, Fabio, poco o nada;
de jornada, no sé yo
que se vaya nadie.
FABIO. ¿No,
haciendo tú la jornada?
D. JUAN. ¿Yo, Fabio? ¿Cómo o por quién?
FABIO. Por tu padre, y a la corte.
Mas bien es que se reporte
tu disgusto.
PEDRO. Y tú también,
que ya se me alcanza a mí
esto.
D. JUAN. (Mi daño recelo.
Por casarse ¡vive el Cielo!
ordena mi muerte así.)
FABIO. Sabráslo; mas ten paciencia.
D. JUAN. Di, Fabio.
FABIO. ¿Dirélo?
D. JUAN. Sí.
FABIO. Que eres tonto.
D. JUAN. ¿Yo?
FABIO. Y que allí
aprenderás esta ciencia
que llaman cortesanía,
hablar bien y sentir mal.
D. JUAN. No hay cosa a su engaño igual,
si no es la desdicha mía.

(*Sale* DON FERNANDO.)

D. FERN. ¿Sabes que te has de partir?
D. JUAN. De Fabio, señor, lo sé;
pero adónde ni por qué
no me lo sabe decir.
D. FERN. A la corte es donde vas;
la causa, en breves razones,
a saber obligaciones
de caballero, y no más.
D. JUAN. ¿Aquí no podré sabellas?
D. FERN. ¿Quién te las ha de enseñar?
D. JUAN. El uso, el tiempo...
D. FERN. Es buscar,
Juan, en los hielos centellas.
Hoy has de salir de aquí.
Tú tendrás tres mil ducados
todos los años, contados.
¿Quieres más?
PEDRO. (Dile que sí.)
D. JUAN. ¿Tres mil al hijo de un hombre
como tú?
D. FERN. Sean cuatro mil.
Pedro, aunque es algo sutil
y acá no tiene buen nombre,
vaya contigo, que allá
habrá lacayos y pajes
al uso, porque los trajes
no los sabemos acá.
Con esto, vente conmigo,
que quiero darte dinero.
D. JUAN. Yo voy.—En rigor tan fiero,
¿qué puedo hacer, Pedro amigo?
PEDRO. Sufrir a un padre, que, en fin,
es padre, y saber, señor,
que te está mucho mejor
si deseas ver su fin.
Y es hacienda en tu locura
más cierta que en su consejo,
porque es, el casar a un viejo,
abrirle la sepultura.

(*Vanse, y salen* DOÑA LEONOR *y* ELISA, *criada.*)

LEONOR. Este papel escribí.
ELISA. Y ¿qué le dices en él?
LEONOR. Que mi desdicha cruel
me obliga a traelle así;
y que a no ser tan tirano
mi padre, sé que él tuviera
gusto y yo vida.
ELISA. ¡Qué fiera
condición del trato humano!
¡Quererse un hombre mayor
casar antes de casar
su hijo!
LEONOR. ¿Quién puede dar
medio en extremos de amor?
Mi desdicha así lo ordena;
pues yo he tenido la culpa
y pues no tengo disculpa,
justo es que pague la pena.
Que si casada estuviera
con don Juan públicamente
desde que fué pretendiente
de mi voluntad primera,
no sintiera estos agravios.
Mas pues la culpa fué mía,
llore el alma, y a porfía

salgan quejas de mis labios,
pues lo siente el corazón.
¿Qué tropel de gente pasa
a las ventanas de casa?

ELISA. Paran. No sé la ocasión.
Una ventana han abierto
y este papel han tirado.

LEONOR. El corazón me ha turbado.

ELISA. Abre ese papel.

LEONOR. No acierto.
Mira quién es. ¡Ay de mí!

ELISA. ¡Ay, señora! De camino
don Juan.

LEONOR. Mi mal adivino.
Ya, sin duda, le perdí.

ELISA. Un lienzo lleva en los ojos.
Parece que va llorando.

LEONOR. Ya me está el alma enseñando
la causa de estos enojos.

(*Lee.*)

"Mi padre, que contigo, Leonor mía,
no mía, dije mal, casarse intenta,
de ti, de sí, de mí mi vida ausenta,
y a la corte solicito me envía.
No quiere que en Jerez asista un día,
ni un hora, en que pudiera darte cuenta
de aqueste dulce amor que me atormenta,
que cuanto a ti se acerca me desvía.
Parto a morir, mi bien; y voy de suerte,
que, con dejar el alma en la partida,
tengo por mayor mal dejar de verte.
Cásate con mi padre y mi homicida,
pues perderé la vida por no verte,
y ganarás mi hacienda sin mi vida."

¿Hay más ejemplos de amor?
¿Hay tirano más cruel?
¿Hay más piadoso papel?
¿Hay más notable valor?
Llegó al último rigor.
No puede pasar de aquí,
que el tiempo que muda ansí
en tal desdicha la dicha,
no hiciera tanta desdicha
si no fuera para mí.
Apenas pensé en el bien
cuando me le quita el mal;
desesperación igual
sin que esperanza me den,
y añadiéndole también
otro mal que me ha venido,
pues mi dicha me ha traído
a que venga a ser mujer
de un hombre que ha dado el ser
al mismo bien que he perdido.
Mas primero que tal sea
será cuerda la venganza,
necia la desconfianza,
justa la mentira fea.
El que en murmurar se emplea
será cuerdo y apacible,
amor con celos posible
y estimado sin agravio
en su tierra el hombre sabio,
que es el mayor imposible.

ELISA. Tus quejas son con razón,
no por el bien que has perdido,
que de aquello que no ha sido
no se tiene posesión,
mas por la fiera ocasión
por quien pierdes este bien.

LEONOR. Antes, Elisa, que den
a este dueño, a este tirano
mi mano, con esta mano
me daré muerte también.
¿Para qué son los venenos
ni las romanas costumbres?
Aunque donde hay pesadumbres
los venenos son los menos.
Los libros, de ejemplos llenos,
animarán mi flaqueza.
Aunque tiene tal nobleza,
vanos intentos serán,
pues a un tirano me dan
vendida por su riqueza.

(*Salen* DON FERNANDO *y* FULGENCIO.)

FULGENCIO.

Leonor es ésta.

DON FERNANDO.

Dadme por turbado.

FULGENCIO.

Haréislo por mostrar en la apariencia,
que ya principios son de desposado.

DON FERNANDO.

El efeto nació de su presencia.
Causa a los ojos un temor sagrado
la hermosura en imagen de apariencia
de su divino Autor, y así se llama
ídolo de los ojos de quien ama.
Hablalda, pues podéis.

FULGENCIO.

Leonor, advierte
que viene don Fernando a visitarte.

LEONOR.

Venga muy en buen hora (si es la muerte).

FULGENCIO.

Hoy tienes nueva causa de alegrarte.
Tuya es su hacienda; tuya, Leonor mía,
que a la corte a don Juan, su hijo, envía.—
Llegad, Fernando.

DON FERNANDO.

Con estar presente,
la ocasión me parece que se pasa
de los ojos al alma que la siente.
Vuestra hermosura, que de amor me abrasa,
ha hecho que de aquí a don Juan ausente,
y con su prima allá en Madrid se casa;
que nadie quiero yo que os cause enojos,
pues sois la niña vos de aquestos ojos.
Entraréis, por lo menos, en hacienda,
gracias a Dios, copiosa y descansada,
y, para que mi amor mejor se entienda,
en veinte mil ducados vais dotada.
Bien es verdad que sois tan rica prenda
que estáis en mucho menos empeñada;
mas yo os prometo que el servicio diga
a lo que tanto amor y dicha obliga.

LEONOR.

Yo, señor, lo agradezco, y, vergonzosa,
me despido de vos.

(*Vase.*)

FULGENCIO.

(Tengo sospecha
que no le ha dado gusto ser su esposa.
Mas a las cosas hechas, ¿qué aprovecha?)

DON FERNANDO.

Nunca me ha parecido tan hermosa.

FULGENCIO.

Estáis apasionado.

DON FERNANDO.

Satisfecha
dejo mi voluntad, de sí envidiosa.

FULGENCIO.

Aumentan los deseos la hermosura.

DON FERNANDO.

¿Quién tuvo mayor bien? ¿Quién más ventura?

(*Vanse. Salen* DON JUAN, PEDRO *y* FABIO.)

D. JUAN. ¿Dónde las postas están,
que muero si me detengo?

PEDRO. Pienso que están boca abajo,
y dicen que vendrán luego.

D. JUAN. ¿Hay tal padre, Fabio amigo?

FABIO. No sé qué te diga de esto;
pero sé que le disculpa
amor.

PEDRO. Disculpa de necios.
En cosas que son mal hechas
por deseos poco honestos,
luego se acogen a Amor,
sagrado en mozos, no en viejos.
Amor hizo a una doncella
deshonrar padres y deudos,
casar sin gusto de todos,
contra el cuarto mandamiento.
Amor hizo a la casada
que fuese ingrata a su dueño;
aunque una conozco yo
que dijo una vez riendo:
"¡Con qué gala mi marido
me dará agradecimiento
de haberle puesto y honrado
entre los signos del cielo!
¿Cuándo pensó ser tusón
del Rey de España en el pecho,
saltador como un cabrito
y ligero como un ciervo?"
Amor hizo a la viuda
de honesto recogimiento,
aforrar negros monjiles
en colorados manteos.
Amor, en fin, lo hace todo;
él es malilla en el juego,
es español en Italia
y renegado en Marruecos.
¡Pobre Amor, qué lleva a cuestas
de traiciones y de enredos,
qué de engaños, qué de agravios!

D. JUAN. Lo que de mi padre siento
no es que se quiera casar,
pues si yo soy su heredero,
¿quién duda que si se casa
vendré a heredarle más presto?

PEDRO. Engáñaste.

D. JUAN. ¿Cómo así?

PEDRO. Porque en siendo un hombre cuerdo,

antes le dará la vida
que la muerte el casamiento.
Los filósofos alaban
la moderación de Venus,
y así la pueden usar
con templanza los discretos.
Un hombre viejo que duerme
al lado de un ángel bello,
renueva luego la sangre
con su calor dulce y tierno.
Y lo que es más esencial
es el faltarles con esto
el cuidado de los hijos,
de los dotes, del sustento,
todo lo cual cesa el día
que vive un hombre contento
al lado de una mujer
que, con dos o tres requiebros,
le aduerme como en la cuna
las amas los niños tiernos.

FABIO. Ha dicho Pedro muy bien.
Mas ¿cómo dejas los celos
de una mujer moza, hermosa,
y el justo desabrimiento
que ha de tener su mujer?

PEDRO. Porque yo la considero
noble y cuerda, y, siendo así,
querrá más un hombre cuerdo,
donde halla padre y marido,
que un temerario mancebo;
éste juega o se enamora,
y de esto síguese luego
el gastar la hacienda mal,
las voces, los juramentos,
el llamarle injustamente
bajos nombres sin respeto,
afrentando de esta suerte
a sus padres y a sus deudos.
Luego muchos mojicones
y andar a todos diciendo
que rodó de una escalera,
para disculpar con esto
más cardenales que tiene
de Roma el Sacro Colegio,
y menos gusto por dicha
gastado en brazos ajenos.
Mira tú cuánto mejor
es un hombre anciano y cuerdo,
donde halla una mujer
un eterno despensero
del perdigón en agosto
y en octubre del conejo
No se ha inventado el tabí,
la gala y el uso nuevo,
cuando viene a casa el sastre,
y, por ventura, el mancebo,
con las galas de la boda,
habrá sustentado el juego.

D. JUAN. Sí; mas si quería ausentarme
mi padre, ¿no fué mal hecho
que por necio me enviase
y me ausentase por necio?
¡Para enviarme a la corte
me quita el entendimiento!
¿No fuera mejor decir
que tiene en Madrid un pleito?
¿Hay escuelas en Madrid
que enseñan a ser discretos?
¿Todos son sabios allá?
¿No hay en la corte algún necio?
¡Cosa extraña! Pues creed
que todo el camino vengo
desconfiado de mí
y lleno de tantos miedos,
que el hablar a un cortesano
pienso que es atrevimiento;
que imagino que cualquiera
es un Demóstenes griego,
es un Cicerón romano
y es un Virgilio moderno.

PEDRO. Nunca yo sentí, señor,
falta ninguna en tu ingenio,
que será lisonja darte
tan sutil entendimiento
como tienes en tu edad.

D. JUAN. Ahora bien, yo no pretendo
ser necio por confiado
ni ser discreto tan presto.
Yo voy a Madrid, adonde
probar esta enigma quiero.
Tú, Pedro, has de ser don Juan
y yo tu criado Pedro;
que pues que mi padre dice
que soy ignorante y necio,
quiero, seguro a tu sombra,
ir en Madrid aprendiendo.
Y como en la guerra suele,
cuando hay peligro o concierto,
disfrazarse un general
con otras armas, yo quiero
ir a Madrid con las tuyas
y pase el primer encuentro,
que yo sabré, cuando sepa,
decir [illegible].

FABIO. Mal consejo.
D. JUAN. ¿Por qué si de él no resulta
daño y es cierto el remedio,
fuera de que este es mi gusto?
PEDRO. Yo he estado un rato suspenso,
y en verte desconfiado
conozco que eres discreto.
D. JUAN. Pues siendo discreto, y tanto,
Pedro, cuando yo resuelvo
una determinación,
no pido a nadie consejo.
PEDRO. Alto. Sea, pues tú quieres.
D. JUAN. Desde hoy, Pedro, eres mi dueño.
PEDRO. ¿Hágome grave?
D. JUAN. Pues ¿no?
PEDRO. ¿Pongo de tema el sombrero?
D. JUAN. También.
PEDRO. ¿Voy delante?
D. JUAN. Sí.
PEDRO. ¿Hola?
D. JUAN. ¿Señor?
PEDRO. Postas, necio.

(*Vanse, y salen* FELICIANO *y* DOÑA ANA.)

FELICIANO. Detén el paso, doña Ana;
no huyas de mí.
ANA. ¿Qué es esto?
¿Feliciano descompuesto?
FELICIANO. No te muestres más tirana.
Vite entrar en el jardín
y, aunque te estuve temiendo,
tus pasos vine siguiendo.
¡No huyas!
ANA. ¿Piensas, en fin,
Feliciano, con tu amor
tan declarado y celoso,
de mi hacienda codicioso,
poner manchas en mi honor?
¡Salte fuera!
FELICIANO. ¿Quién me ha visto?
ANA. Las paredes tienen ojos.
FELICIANO. ¡Ay de mí, que tus despojos
con vano desdén conquisto!
Dame palabra siquiera
de agradecer este amor.
ANA. Por huír de tu rigor
te la doy.
FELICIANO. También quisiera,
pues ves que mi amor es jùsto,
que me des tu bella mano.
ANA. Tómala y vete.
FELICIANO. Es en vano.
¡Ay, qué gloria!
ANA. ¡Ay, qué disgusto!

(*Sale* LISARDO, *viejo.*)

LISARDO. ¿Hombre de la mano asido
de doña Ana? ¡Hazaña honrada!
ANA. (¡Mi padre!
FELICIANO. No importa nada.)
ANA. Que soltéis la mano os pido.
FELICIANO. Esta raya es de la vida;
tengáis la que yo os deseo,
que será bien larga creo,
pues no hay otra que lo impida.
Hijos tendréis; serán pocos...
LISARDO. ¿Esta es la quiromancía?
Necio quien de ella se fía,
y los que la creen más locos.
FELICIANO. Venus está favorable,
y en esta piramidal
punta...
LISARDO. ¿Hay desatino igual?
FELICIANO. Se muestra, al fin, agradable
de un pensamiento, que creo
que os ha de costar cuidado.
LISARDO. A mí el veros me lo ha dado,
caballero, donde os veo.
¿Qué hacéis con doña Ana aquí?
FELICIANO. Soy hermano de Finea,
y esta ciencia, que recrea
y alegra este rato así,
le pidió que le enseñara
doña Ana, que aquesta tarde
se visitaron.
ANA. Que aguarde,
es justo, a ver en qué pára.
FELICIANO. Dadme, señor, vuestra mano,
así Dios os haga bien,
que quiero ver si también
es con vos mi estudio en vano.
LISARDO. ¿Mi mano?
FELICIANO. Dejad que diga
en qué mi ciencia se funda,
que en gusto a veces redunda.
LISARDO. Vuestro término obliga.
ANA. ¿Hay más notable porfía?
FELICIANO. Vos sois, señor, cuidadoso.
LISARDO. ¿Qué es cuidadoso?
FELICIANO. Celoso.
LISARDO. Conservar mi honor quería.
FELICIANO. Gana tenéis de casaros.
LISARDO. ¿Qué decís?
FELICIANO. Aquesto os digo.

LISARDO. Ya vuestra ciencia bendigo.
FELICIANO. Sólo puede dilataros
este gusto el no tener
casada aquesta señora.
LISARDO. Aparte me oíd agora.
Digo que quiero creer
lo que hasta aquí no he creído.

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Ya de Jerez ha llegado
don Juan, tu sobrino.
LISARDO. Dado
me ha gusto haberos oído.
Volvedme mañana a ver.
FELICIANO. ¿Qué he de decir a Finea?
ANA. Que aquesta noche me vea.
INÉS. Ya entran.
LISARDO. ¿Pues sin tener
la casa a punto, por Dios?
Que me alegro, Feliciano.
ANA. Trazas de Amor fueron todas.
INÉS. Ya tu sobrino ha llegado.

(*Sale* PEDRO, *de galán, y* DON JUAN *y* FABIO, *criados.*)

ANA. (¡Qué mal talle tiene, Inés!)
PEDRO. Dadme, señor, vuestras manos.
LISARDO. ¿Las manos para qué son
cuando os aguardan los brazos?
PEDRO. Guárdeos mil años el Cielo.
LISARDO. Y vuestra vida otros tantos
aumente, sobrino mío.
PEDRO. Y vos los viváis tan largos,
que al sol, dentro de una espuerta,
os saquen vuestros criados.
Tengáis más nietos que el Cid...
D. JUAN. (¿Qué dice aqueste borracho?
FABIO. ¿No le conoces?
D. JUAN. Ya temo.)
LISARDO. ¿Cómo venís?
PEDRO. Vengo andando.
Y vos ¿cómo estáis?
LISARDO. Estoy,
de veros, maravillado.
Cierto que sois gentil hombre
y discreto.
PEDRO. No soy tanto,
por no estar ducho en la corte,
como algunos cortesanos;
pero por eso me envía
mi padre a que estudie cuanto
convenga a un gran caballero.
LISARDO. (Mejor dijera a un caballo.
Cuanto me escribió su padre
todo es verdad.)
D. JUAN. (Mentecato,
¿cómo hablas de esa suerte?
PEDRO. Calla, señor, que yo hablo
lo que te importa.)
LISARDO. Sobrino,
hablad vuestra prima.
PEDRO. Aguardo
que me la enseñéis, señor.
LISARDO. Llegad, doña Ana a abrazallo.
PEDRO. ¡Oh, magnífica doña Ana!
D. JUAN. (¿Qué dices?
PEDRO. ¿No es buen vocablo?
D. JUAN. ¿Magnífica a una mujer?
PEDRO. Ya es malo entrar con un salmo;
demás que, como me dieron
las pastillas en llegando,
vísperas pensé que oía.)
ANA. Seáis, señor, bien llegado.
¿Cómo venís?
PEDRO. Ya, señora,
gracias a Dios, me dejaron
ciertas descomposturillas
que tuve aqueste verano
de achaque de unos melones.
D. JUAN. (¿Qué dices, Pedro?)
PEDRO. Si he errado,
merezca yo, mi señora,
de ese ingenio soberano
perdón, como hombre que viene,
como veis, mal enseñado
y no está ducho en la corte.
LISARDO. Aquí lo más acertado
es que entréis a descansar
y que, con algún regalo,
os aliviéis.
PEDRO. Decís bien,
y si hay que coma algo
mandéis que venga en volandas,
porque las postas me han dado
una hambre temeraria.
LISARDO. Adentro, sobrino, vamos.
PEDRO. Vamos muy en hora buena.

(*Vanse los dos.*)

ANA. ¿Qué digo? ¿Ah, señor hidalgo?
D. JUAN. ¿Dice a mí vuesa merced?
ANA. Sí, señor.
D. JUAN. Yo soy criado,
y no señor.
ANA. Mejor fuera,

si por lo exterior juzgamos,
que se trocaran las suertes.

D. JUAN. Pues ¿no os agrada mi amo?

ANA. ¿A quién queréis vos que agrade
tosco talle, ingenio bárbaro?

D. JUAN. Trataréisle, que las cosas
nuevas no se aplican tanto
a la vista ni al oído.
Vos le estimaréis tratado.

ANA. Lo que no agrada al principio
no agradará con el trato.—
¿Hola?

INÉS. ¿Señora?

ANA. Ten cuenta,
Inés, con este criado,
que merece que se tenga.

D. JUAN. Bésoos mil veces las manos.

ANA. ¿Cómo es vuestro nombre?

D. JUAN. Pedro.

ANA. (¡Oh, quién pudiera trocarlos!)

(*Vase* DOÑA ANA.)

INÉS. Señor Pedro, en hora buena
sea vuesasted llegado
a Madrid.

D. JUAN. Y vos, Inés,
hallada, por bien de entrambos.

INÉS. ¿A qué trajistes acá
este bárbaro?

D. JUAN. A labrallo.

INÉS. Así su padre lo escribe.

D. JUAN. Es mi señor don Fernando
muy cuerdo.

INÉS. Y vos, para ser
su criado, muy gallardo.

D. JUAN. Mal sabéis mi nombre.

INÉS. ¿Cómo?

D. JUAN. Soy Pedro *el Desconfiado*.

INÉS. ¿De quién?

D. JUAN. De mí.

INÉS. No eres necio.

D. JUAN. (Bien se ha trazado mi engaño.)

## ACTO SEGUNDO

DE *El Desconfiado*.

(*Salen* PEDRO *y* LISARDO.)

LISARDO. Esto vuestro padre escribe.

PEDRO. En fin, ¿él no se ha casado?

LISARDO. Como lo tiene trazado,
con esta esperanza vive.
Sólo me escribe, don Juan,
cómo os va de entendimiento.

PEDRO. Harto mejor que él, pues siento
los peligros en que están
los hombres de aquella edad
que se casan con mujeres
que estiman más sus placeres
que la mayor calidad.
Escribilde, que le importa,
aunque su gracia me cueste,
que hay cierto signo celeste
que vida y honor acorta,
hacienda y valor abrasa,
y que tome mi consejo;
que, aunque está rico, está viejo
y ya de setenta pasa.
Punto, aunque no se le acuerde,
que al juego del casamiento
no gana, aunque está contento,
porque es a la ganapierde.

LISARDO. Que ya sois otro prometo,
y que más a vos me aplico
viéndoos tan discreto y rico.

PEDRO. Bueno, a fe; ya soy discreto.
Pues cuando no me reporte
contra mi buen natural,
y comience a decir mal,
que es discreción de la corte,
vos veréis qué entendimiento
tengo.

LISARDO. Y yo pretendo ya,
pues vuestro padre lo está,
tratar vuestro casamiento,
que ya con gusto os escucho.

PEDRO. Todo lo aprendo de vos.

LISARDO. Corte, al fin.

PEDRO. ¡Gracias a Dios
que voy estando más ducho!
Mas ¡por Dios! que será bien
casar en Madrid a efeto
de que, pues ya soy discreto,
ella lo sea también.
Que una mujer en la corte
es imposible ser necia,
y más cuando ella se precia
de que esta fama le importe.
Pues para tomar el grado
de doctas, gastan, señor,
cursos de calle Mayor
y *quodlibetos* del Prado.

LISARDO. La que yo os tengo de dar
no trata de esas materias.
PEDRO. ¿Ni pide ni trata en ferias?
LISARDO. Si vos la queréis fiar,
ha de ser a vos.
PEDRO. ¡Por Dios!
LISARDO. Aquesto os quiero advertir,
y sólo os puedo decir
que es tan buena como vos.

(*Vase* LISARDO *y sale* DON JUAN.)

D. JUAN. Todo lo estuve escuchando.
¿Él, en fin, no se ha casado?
PEDRO. Lisardo así lo ha contado;
mas dice que está aguardando.
Aquesta carta te escribe.
Léela.
D. JUAN. Cuando se case,
no hayas miedo que me abrase,
que mi fe en doña Ana vive.
(*Lee.*)

"Lisardo me ha escrito que vais aprendiendo con gran aprovechamiento el lenguaje y el estilo de la corte, y me he holgado mucho. Hijo, mirad que la hacienda sin sabiduría es un caballo con un bozal y campanillas de plata."

No leo más.
PEDRO. ¿Rómpesla?
D. JUAN. Sí;
porque como se ha casado
por parecer desposado,
llega el ser necio hasta aquí.
¿Son cosas para sufrillas?
PEDRO. Esa carta en parte alguna.
Más me parece tribuna.
D. JUAN. ¿Cómo?
PEDRO. Tiene campanillas.
D. JUAN. ¡Lindas necedades tiene!
PEDRO. Ya parece desposado
tu padre. Un mes ha pasado
y el dinerillo no viene,
y en la corte el oro es
el primero movimiento,
es de este molino el viento
y de este cuerpo los pies;
es el polo de esta esfera,
luz de aqueste caminante,
de este reloj el volante,
timón de toda galera;
es de este viaje el Norte
y el alma que le da el ser,
que tener y no tener
son linajes de la corte.
Quien tiene en plata labrada
armas del Rey español,
vive en la Puerta del Sol;
quien no, en la Puerta Cerrada.
D. JUAN. ¡Ay, Pedro! Ya ni riqueza,
ni valor, ni honor estimo;
sólo a conquistar me animo
de doña Ana la belleza.
Su beldad me tiene loco.
Ya murió doña Leonor,
al menos para mi amor.
PEDRO. Ya tus desengaños toco.
Muy mal hiciste en no ver
si tu padre algún dinero
te envía.
D. JUAN. Juntar espero
los cascos.
PEDRO. ¿Podrás leer?
D. JUAN. Aquéste dice: "Ese pí."
¿Ese pí? ¿Mas si es dinero?
PEDRO. Juntarle con éstos quiero.
D. JUAN. ¿Cómo dice?
PEDRO. Dice así:
"Ese pícaro de Pedro..."
¡Vive Dios!
D. JUAN. ¡Lindos desdenes!
¡Oh, qué buen crédito tienes!
PEDRO. Esto, de servirte, medro.
Mas ¿qué me darás, señor,
y aquí te daré un papel
que tu vida estriba en él?
D. JUAN. ¿De quién?
PEDRO. De doña Leonor.
D. JUAN. No me le des.
PEDRO. ¿De esa suerte
me respondes?
D. JUAN. El ausencia
te responda
PEDRO. Es inclemencia
mostralla rigor tan fuerte.
Léela.
D. JUAN. Por ti la leo.
PEDRO. Quizá te avisa algún daño.
D. JUAN. Si en doña Ana no hay engaño,
sólo a doña Ana deseo.
(*Lee.*)

"Después que te ausentaste de Jerez, dejándome sin tu vista, en poder de tu padre..."

¡Oh, qué enfadoso papel!
PEDRO. ¿Rompístele?
D. JUAN. ¿Aqueso dudas?

PEDRO. ¡Oh, ausencia, todo lo mudas;
bien te llamaron cruel!

D. JUAN. ¿Qué quieres, si ya doña Ana
me ha vencido de manera
que cien mil almas la diera?

PEDRO. Sí; mas es cosa tirana,
señor, romper el papel.

D. JUAN. ¿Fueron las heridas graves?

PEDRO. ¿El apólogo no sabes
que un sabio refiere de él?

D. JUAN. ¿Cómo?

PEDRO. El papel cierto día
a Júpiter se quejaba
de que cada cual llegaba
a escribir lo que quería.
Que se pedían en él
siempre dineros prestados,
y que los libres y honrados
eran esclavos por él;
que sólo en un "Sepan cuantos..."
y en un "Vieren cómo yo..."
la libertad se perdió,
la hacienda y vida de tantos.
Júpiter, los dos espejos
vueltos en fuego cruel,
respondió: "¿Sabes, papel,
que te hicieron trapos viejos?
Si miras por ti notorias
tantos títulos, noblezas,
honras, estados, riquezas,
blasones, timbres, vitorias,
del lienzo que se vistieron
damas y reyes salió
esa parte que te honró,
los demás de pobres fueron."
Con esto se fué el papel,
y, aunque se rasgue o se queme,
sufre y calla, porque teme
que le han de infamar a él.
Que no son cuerdos consejos
querer dar causa los hombres
a que les digan sus nombres
si vienen de trapos viejos.

D. JUAN. Dijo bien. Mas aquí viene
doña Ana. Ponte el sombrero.

PEDRO. Ya soy don Juan. Fingir quiero
lo grave.

D. JUAN. Buen aire tiene.

(*Sale* DOÑA ANA *y* INÉS.)

INÉS. (Notable es la gallardía
del criado.

ANA. Verle quiero.

INÉS. El solene majadero
está con él.)

PEDRO. ¡Prima mía!

ANA. ¡Oh, mi señor!

PEDRO. No más bella
se muestra que vos agora
en abril la fresca aurora,
si viene almuerzo con ella.
Sois tan derecha y tan linda
como un ciprés por agosto,
pues vuestro jubón angosto
no hay corazón que no rinda.
Siempre que derecha os veo
pienso cuán bien repartida
tendréis el alma.

ANA. Escogida
curiosidad. Ya no creo
que sois el que vino aquí.

PEDRO. Soy ya cortesano, y mucho,
porque antes no estaba ducho.

ANA. Y ¿cómo entendéis que en mí,
por ser derecha, estará
el alma más descansada?

PEDRO. ¿No dicen que aposentada
en todo su cuerpo está?

ANA. Así es verdad.

PEDRO. De ese modo,
en un derecho ha de estar
derecha, si ha de ocupar
las partes del cuerpo todo.

D. JUAN. (Bravos desatinos forjas.)

PEDRO. Luego siendo contrahecho
un hombre de espalda y pecho,
llevará el alma en alforjas.

ANA. El alma no ocupa el todo
como cosa corporal.

PEDRO. Soy físico mazorral
y búrlome de este modo;
aunque, por ser contrahecho,
conozco cierto letrado
que, con haber estudiado,
no vuelve por su derecho.
Mas dejando lo que llama
la corte filaterías,
¿cómo os halláis estos días
que hacéis estrado la cama?

ANA. No sé qué nuevo accidente
ha dado en darme pesar.

PEDRO. Voy un médico a llamar.

ANA. ¿Para qué, si está presente?

PEDRO. ¿Luego yo puedo curaros?

ANA. Yo por los ojos me curo.
PEDRO. ¡San Blas!
ANA. ¿Qué decís?
PEDRO. Que os juro
que voy al punto a sacaros,
por tal favor, una gala.—
Ven, Pedro.
D. JUAN. (¡Bravo galán!)
PEDRO. ¿Qué ensillan?
D. JUAN. El alazán.
PEDRO. Pues súbanmelo a la sala.
D. JUAN. Eso ¿cómo puede ser?
¿Ha de subir la escalera
un caballo?
PEDRO. ¿No pudiera?
¿De qué le sirve aprender
en la corte?
D. JUAN. ¿Estás en ti?
PEDRO. Y viendo que cada día
la subo yo, bien podía
tomar el ejemplo en mí.

*(Vase.)*

D. JUAN. Aunque se va mi señor,
tengo que hablaros, señora.
ANA. ¿Tienes, Pedro, que decirme?
¿Estás mal? ¿Fáltate ropa?
¿No estás a gusto en Madrid?
¿Trajiste alguna memoria?
¿Quieres mudar de aposento?
¿Quieres que le diga agora
a mi padre que un vestido
te saque?
D. JUAN. No, mi señora;
yo tengo lo necesario.
Pero si tú no te enojas
y me das licencia, aquí
te diré lo que, con otras
palabras más eficaces,
me han rogado.
ANA. Di en buen hora.
D. JUAN. Un gallardo caballero,
que Feliciano se nombra,
galán como el mismo sol
y de bizarra persona,
a quien tú conocerás...
ANA. Ya le conozco, que ronda
cada día mis ventanas
con una traza ingeniosa.
D. JUAN. Aquéste, pues, me ha pedido
que de su parte, señora,
este recado te diese...
ANA. ¿Cuál es?
D. JUAN. Que su amor conozcas
y que le pagues también;
pues que las piedras y losas,
las rejas y los balcones,
con ser, como piedras, sordas,
se han enternecido en ver
sus pasiones amorosas.
Desde su niñez, me dijo,
que una alma que tenía sola
te ofreció, y te diera mil
si fuera dueño de todas.
Cuando sales de tu casa
en tu silla o tu carroza,
va siguiendo tus pisadas,
siendo de tu cuerpo sombra.
Para su esposa te quiere,
y de mi parte, señora,
te súplico que le pagues (1)
esta acción tan amorosa,
pues da en la traza más cierta,
porque es ir en mulas cojas
enamorar a lo largo
y el casarse es tomar postas.
Y no me tengas a mal
hablarte de aquesta forma,
sino a lástima que tuve
de verle verter, señora,
muchas lágrimas envueltas
entre razones piadosas.
Respóndele ¡por tu vida!
ANA. ¿Tú quieres que le responda?
D. JUAN. Si tú gustas.
ANA. Aquí aguarda.

*(Vase* DOÑA ANA.*)*

INÉS. ¿Tú andas en estas obras?
D. JUAN. Pues ¿qué te parece, Inés?
¿Es por ventura deshonra
ser casamentero un hombre?
INÉS. Lindamente sobredoras
el oficio de alcahuete.
Si de esa suerte los nombras,
será oficio, como muchos,
que se venden y se compran.
D. JUAN. ¿Qué quiere decir agente?
INÉS. Hombre que hace y que negocia
los negocios de otro.
D. JUAN. Pues
¿no te parece que toca

(1) La edición de Madrid 1620 dice: "lo pague".

aquese nombre a quien trata
una agencia tan forzosa?
¿Sabes qué es conglutinar?

INÉS. No me hables jerigonza.
Así te dé Dios que sepas
tu lengua, que es lo que importa.

D. JUAN. Mas dejando aquesta ciencia
de la cortesana pompa,
¿cómo va de amor con Fabio?

INÉS. Haz, por ventura, que ignoras
lo que me debes.

D. JUAN. ¿Yo a ti?

INÉS. Sí, Pedro; pues en la hora
que a aquesta casa llegaste
yo te ofrecí el alma propia
envuelta en dos mil ternezas.

D. JUAN. Si le lavas y almidonas,
si le das cintas y guantes,
¿cómo niegas que le adoras,
Inés?

INÉS. Porque aquese amor
no le funda en otra cosa
que en decirme: "Sora Inés,
jabóneme esa valona."
Tú sí que a mí me desprecias,
quizá por amor de otra.

D. JUAN. Si a otra quiero, mi Inés bella,
fálteme tu luz hermosa.

INÉS. Dame un abrazo.

D. JUAN. Aquí estoy.
Suelta.

INÉS. ¿Cómo?

D. JUAN. Tu señora.

(*Sale* DOÑA ANA.)

ANA. ¿Qué es esto?

D. JUAN. ¿Ya no lo ves?

ANA. ¿Queríasla tú abrazar?

D. JUAN. No, señora; que probar
quiso cierta duda Inés.

ANA. ¿Qué duda?

D. JUAN. Sin duda fué
esto con intento llano:
si había de mano a mano
lo que hay de la frente al pie,
y por eso abrió los brazos.

ANA. ¿Y tú medillos querías?

D. JUAN. Era juego.

ANA. ¿Juego hacías,
Pedro, con Inés, de abrazos?—
¡Vete adentro!

INÉS. Siempre fuiste
rigurosa.

(*Vase* INÉS.)

ANA. Este rigor...
¿Cuanto va que a tu señor
se lo digo?

D. JUAN. Pues ¿qué viste?

ANA. Un hombre de tu persona,
Pedro, que pudiera honrar
a un rey, ¡se pone a abrazar
una qué sé yo, fregona!
¿Estás loco? ¿Estás en ti?

D. JUAN. Yo soy tan desconfiado,
que aun no merezco el cuidado
de Inés.

ANA. ¿Cómo no? ¡Ay de mí!
Levanta los pensamientos,
pues Dios te ha dado valor,
y ponle, Pedro, a tu amor
otros mayores cimientos.
Tú tienes talle y valor,
y, aunque sirves, podría ser
que alguna noble mujer
que te dé hacienda y honor,
te estime, como yo estimo,
el valor que miro en ti.

D. JUAN. Yo, señora, siempre fuí
siervo humilde de tu primo;
dentro en su casa nací,
no conozco otro señor;
si es que tengo algún valor
de su casa lo adquirí,
cuanto y más que yo no siento
en mí valor si no es
que, por burlarme, me des,
con tu raro entendimiento,
esas alabanzas.

ANA. (Creo
que ya me voy declarando.)
Yo, Pedro, estoy alabando
la nobleza que en ti veo;
y cree que si mi primo,
fuera del noble blasón,
tuviera tu discreción
y talle que tanto estimo,
que ya estuviera casada
con él; mas es el Amor
un absoluto señor
que quiere lo que le agrada.

D. JUAN. Si yo supiera, señora,
de la materia de amar,

o aquel estilo de hablar
del amante que te adora
el Amor me hubiera dado,
de uno y otro me valiera;
y, si me amaran, no fuera
quizá tan desconfiado.

ANA. Pues yo te quiero enseñar,
Pedro, liciones algunas,
con que, en dichosas fortunas,
te podrás aprovechar.

D. JUAN. Pues si en tus manos me pones
podré salir gran letrado,
para que me den el grado
tan divinas perfeciones.

ANA. Sea la lición primera,
Pedro, el procurar saber
cómo una noble mujer,
cuando ajeno amor la altera,
se declara a un hombre humilde
como tú lo eres agora.

D. JUAN. (Si es que doña Ana me adora, (*Ap.*,
ojos, mi pena decilde.)

ANA. A quien se fió de ti
este papel has de dar,
y quédate a repasar
esa lición que te di.

(*Vase.*)

DON JUAN.

¿Qué es esto, Amor? ¿Si ya doña Ana sabe
que soy doy Juan y como a mí me adora,
o si su liviandad ha sido tanta
que siendo Pedro yo, y criado suyo,
como a Pedro me adora? Mas ¿qué digo?
¿Las estrellas del cielo de su cara
habían de alumbrar el cielo humilde
de un vil criado? ¡Vive Dios! que Pedro
o Fabio mis intentos le han contado
y como a primo suyo me ha entregado
su libertad y amor, honor y vida;
que es imposible que mujeres nobles
su calidad empleen en sujetos
tan bajos, tan humildes e imperfetos.

(*Salen* PEDRO *y* FABIO.)

FABIO.

Ya no quiere a Leonor, por Ana muere.

PEDRO.

¡Quién tan grande mudanza imaginara!

FABIO.

Es el ausencia madre rigurosa
del desdén y el desprecio.

PEDRO.

Don Juan, Fabio.

DON JUAN.

(Si esto es verdad, yo vengaré mi agravio.)
¿Cuál de vosotros, pícaros, bergantes,
que soy don Juan ha dicho?

PEDRO.

Yo, a lo menos,
mi parte [te] aseguro.

FABIO.

Pues si hubiere
en Madrid quien dijere que yo he sido
quien lo ha dicho, la espada en cuyo puño
pones la mano me atraviese el alma.

DON JUAN.

¿Que ninguno lo ha dicho de vosotros?

PEDRO.

Mi parte [te] aseguro.

FABIO.

Yo la mía.

DON JUAN.

Pues ¿cómo, si doña Ana no lo sabe,
aquí como a su primo me ha tratado
y su amor libremente declarado?

PEDRO.

Porque es mujer.

DON JUAN.

¿Porque es mujer? No, Pedro.

FABIO.

Pedro te ha dicho bien; que las mujeres
no miran más que al gusto, no a la honra.

PEDRO.

Si vengo a ser su primo y ser su esposo,
de tosco talle y de grosero ingenio,
y en ti mira, señor, partes tan justas
para estimarte, ¿para qué te espantas?
Tu traje, aunque es de Pedro, claramente
se echa de ver que no es de Pedro el talle,
y el talle ayuda mucho a los vestidos,
que en quien le tiene ruin están vendidos.
Cuando tú parecieras por tu talle
doctor de monos, padre de mochuelos,
¿qué importarían rasos, terciopelos,
tabíes, espolines ni cambrayes?

FABIO.

Dice Pedro muy bien y anda acertado.

PEDRO.

Cuando tú fueras mal proporcionado,
que durmieran tus pobres pantorrillas
en esos colchoncicos que se venden
y a lo medio mujer enamoraras,
bien es que tú temieras y pensaras
que alguno de nosotros te ha vendido;
mas tu sospecha en celos ha nacido.

FABIO.

Digo que dices bien.

PEDRO.

Es cosa cierta
que nunca las mujeres más desean
que su mismo apetito.

DON JUAN.

Calla, necio,
que adoro su virtud.

PEDRO.

Y yo la precio.

(*Sale* JULIO.)

JULIO. ¿Quién es el señor don Juan?
D. JUAN. (Ponte de presto el sombrero.)
PEDRO. ¿Qué preguntáis, majadero?
En lo bizarro y galán
¿no echáis de ver que soy yo?
JULIO. Lo discreto no sabía,
lo galán aún no lo vía.
PEDRO. Pues aprendedlo.
JULIO. ¿Estoy yo
obligado? ¿Es gran delito
el saber lo que no veo?
PEDRO. Sí; pues yo en el rostro leo
lo que está en el alma escrito.
JULIO. Y ¿qué le parezco yo?
PEDRO. Hombre de poco dinero.
JULIO. Pronóstico verdadero.
PEDRO. ¿No lo tenéis?
JULIO. Señor, no.
PEDRO. Ni yo tampoco.
JULIO. ¡Ojalá
que yo lo tuviera así!
PEDRO. Mi tesorero está aquí,
que ni una blanca me da.
JULIO. Feliciano, mi señor,
os viene a besar las manos.
PEDRO. Andanse estos cortesanos
gastando muy buen humor.

(*Sale* FELICIANO.)

FELICIANO. Holgando de conoceros,
vengo a besaros las manos,
señor don Juan, que es razón
que los viejos cortesanos
visiten los que son nuevos.
PEDRO. Riñendo estos dos criados
me hallará vuestra merced.
FELICIANO. Pues ¿cómo? ¿Han faltado en algo?
Que parecen hombres nobles.
PEDRO. Son grandísimos bellacos.
A éste mandé que llevase
el alazán a Palacio,
y hase estado con el otro
toda la tarde jugando.—
¡Pícaro! ¡Bergante!
D. JUAN. Mire
vuesa merced...
PEDRO. ¿Habláis alto?
D. JUAN. Pues ¿qué culpa tengo yo
de lo que ha tardado Fabio?
PEDRO. Fabio también ha de ir,
que mi señor don Fernando
me escribe que al fin de aquéste
me enviará dos mil ducados.
FELICIANO. ¿Estáis falto de dineros?
¿No los tenéis? ¿Queréis algo?
Que ya sé que no queréis
pedírselos a Lisardo.
Decidlo ¡por [vida] vuestra!
PEDRO. Algo estoy necesitado,
que no puede un forastero
que viene a estar de prestado
cumplir sus obligaciones
si no es prometiendo y dando.
Llevóme Fabio antiyer
en casa de un buen letrado,
que dan él y su mujer
pareceres extremados,
y dile cuatro sortijas
para las mejores manos
que han hecho labor en bolsas
ni tomado tanto a tantos.
En cas de una cortesana
me llevó cierto hidalgo,
y dila, para un manteo,
veinte doblones de a cuatro.
Escribióme doña Laura,
Feliciano, que ha llegado
de Calahorra empeñada
en un coche, y dile...
FELICIANO. ¿Cuánto?

PEDRO. Cien escudillos de a dos.
FELICIANO. ¡Pesia tal! Si vais gastando
a esa traza, poca hacienda
tiene el señor don Fernando
para gastar en Madrid;
porque en oliendo su trato
de un moscatel a esa traza,
no hay plato de miel que tanto
frecuenten moscas ni casa
de astrólogo judiciario
como la vuestra, don Juan.
PEDRO. Algo he dado, Feliciano;
demás que dar unos días
es alta razón de estado,
y después ir dando perros
a cuenta de lo pasado,
a las humildes, de falda;
a las melindrosas, bracos;
a las soberbias, lebreles,
y a las taimadas, alanos.
Mas esto aparte, yo quiero
que me deis sobre un caballo
docientos ducados.—Pedro,
llévese luego un caballo
en cas del señor.
FELICIANO. Teneos,
que no es menester llevallo.
Véngase Pedro con Julio.
D. JUAN. Yo voy a cierto recado,
y con Julio podré irme.
PEDRO. Quédate, Pedro.—Ven, Fabio.
FELICIANO. Da, Julio, al señor don Juan
docientos ducados.
JULIO. Vamos.

*(Vanse. Quedan Feliciano y Don Juan.)*

FELICIANO.

Ya deseaba verte, Pedro amigo,
iris divino que la paz señala,
mensajero del Cielo a quien envío,
desde la tierra de mi humilde pecho,
suspiros tiernos, amorosas ansias.
¿Qué respondió aquel ángel?

DON JUAN.

Sin albricias,
te daré este papel.

FELICIANO.

El alma es tuya,
y mi hacienda también.

DON JUAN.

Léele agora.

FELICIANO.

En sus letras el alma se atesora.

*(Lee:)*

"Mi padre tiene concertado de casarme con don Juan, mi primo, aunque contra mi gusto. Si alguno lo estorbare, aún podría tener esperanza *Doña Ana.*"

DON JUAN.

¡Papel notable!

FELICIANO.

Oráculos he visto
que hablaban de esta suerte antiguamente.
Difícil es la gloria que conquisto;
pero no tanto al que estorbar intente
que se case con él.

DON JUAN.

(¿Si habla conmigo
doña Ana en el papel? Sí; pues ha dado
esperanza a mi fe tan grande.)

FELICIANO.

¿Hay cosa
tan cruel que una bestia digna sea
de gozar aquel ángel soberano?
Perdona, Pedro, tú; que, aunque le sirves,
los celos mueven mi atrevida lengua.

DON JUAN.

Tienes razón.

FELICIANO.

¿Quierés servirme, Pedro?
Serás el dueño de mi propia vida,
de mi hacienda y mi casa.

DON JUAN.

A don Fernando,
su padre y mi señor, debo amistades,
y así no puedo hacer lo que me mandas;
mas serviréte como al mismo dueño
a quien yo sirvo agora.

FELICIANO.

Pedro amigo,
quisiera hablalla y no sé de qué modo.

DON JUAN.

Habla a don Juan, y aquesta misma noche
le saca, como sueles, y, en dejándole
fuera de casa entretenido, entra.
Yo estaré en esta esquina, donde puedes,
estando prevenida ya doña Ana,
seguramente hablalla.

FELICIANO.

Bien has dicho.
Quiero hablar a don Juan.

DON JUAN.

Ya vendrá presto.

FELICIANO.

Noche, si tal ventura me concedes,
levantaré una estatua de alabastro
a tu inmortalidad. Doña Ana bella.
ten piedad de este amante, que a tus puertas
llega por fin de su dichosa empresa.—
Pedro, quédate adiós, y no te olvides
de lo que hemos tratado.

DON JUAN.

Aquí te aguardo.

*(Vase* FELICIANO.*)*

Con razón dudo, y temo, y me acobardo.

Amor, ¿qué quieres de mí?
Ya fué mi esperanza vana.
Pero ¿si acaso doña Ana
en el papel me habló?

*(Sale* DOÑA ANA, *y estará escondida.)*

ANA. Sí.
D. JUAN. Alguno que no advirtió
respondió a mi intento vano.
¡Ay, Cielos! ¿Si Feliciano
será su marido?
ANA. No.
D. JUAN. Esto no es sin ocasión.
¿Que vos me habéis escuchado?
ANA. ¡Oh, señor desconfiado!
¿cómo le va de lición?
D. JUAN. Hasta agora bien me ha ido,
y me fuera, mi señora,
si un papel no viera agora
donde mi muerte he leído.
Pues cuando ya mi esperanza
el Cielo quiso adquirir
de vuestra gracia, al subir
le faltó la confianza.
ANA. ¿Qué decía en solos dos
renglones?
D. JUAN. Que el que estorbase
el casamiento, esperase.
ANA. Estorbaldo, y seréis vos.
D. JUAN. Soy un humilde criado
y es soberbio su poder:
en llegando uno a querer
¿no ha de estar desconfiado?
ANA. Levanta los pensamientos,
no temas; que quien te dió
antes que te conoció
tan altos merecimientos,
también sabrá, Pedro, darte
industria que valer pueda
para desclavar la rueda
que tiene de levantarte.
hasta la luna; confía
en ingenio de mujer.
O mi honor he de perder,
o se ha de llegar el día
de ser tu esposa.
D. JUAN. No puedo
de mi ventura creer.
¿Que en tanto bien me he de ver?
Que a tu amante tengo miedo.
Humilde soy, altos son
y yo estoy desconfiado.
ANA. Junto a los olmos del Prado,
que es de Madrid recreación,
se criaba un arbolillo
en una huerta, y rogaba
al que de él más cerca estaba,
que era su muerte y cuchillo,
que le dejase crecer;
y el olmo presuntuoso,
de sus ramas ambicioso,
ni el sol le dejaba ver.
"Arbolillo—le decía—,
conténtate con vivir
donde me puedas servir."
Pero llegó, Pedro, el día
en que la villa intentó
ensanchar el verde suelo,
y el olmo, atrevido al cielo,
cortado al suelo cayó.
El arbolillo, ya dueño
del sol, dijo: "Estos asaltos
da la fortuna a los altos;
más me quiero ser pequeño."

*(Vase.)*

DON JUAN.

Fuése mi sol. Quedé en la noche obscura
de mis temores. Raro y claro ejemplo
de que lo más excelso menos dura,
si las mudanzas de mi amor contemplo,
pues los que estaban en inmensa altura,
como colunas del celeste templo,
cayeron, donde, cuantos los miraron,
en sus desnudos troncos se sentaron.

No soy el arbolillo que imagina
doña Ana aquí, sino un desconfiado
que por la corte sin temor camina
de sus Sirtes y Euripos espantado.
Sirena ha sido, y a su voz divina
quiere el justo temor llevarme atado;
pues no he de descubrirme hasta aquel día
que sepa que ya sé lo que quería.

(*Vase. Salen de noche* FELICIANO *y* PEDRO, FABIO *y* JULIO, *criados.*)

FELICIANO. No sé más casas.
PEDRO. ¡Que estén
todas éstas tan cerradas!
FELICIANO. Bien estábamos con Silvia.
PEDRO. Los hidalgos me enfadaban.
FELICIANO. Pues qué, ¿no eran muy discretos?
PEDRO. Eso en la corte les falta.
FELICIANO. ¿Cómo?
PEDRO. Estando en un corrillo
todos los que en él se hallan,
de los que faltan allí
dicen que no saben nada;
luego, si se juntan otros
y ellos ausentes se hallan,
refieren de ellos lo mismo.
FELICIANO. Es verdad.
PEDRO. Por esta causa
os he dicho que en Madrid
no sabe ninguno nada.
FELICIANO. Muchos hay de grande ingenio.
PEDRO. De la corneja se canta
que salió de ajenas plumas
para unas fiestas, gallarda,
y que, viniendo los dueños,
se las quitaron, y estaba
después afrentada y fea.
FELICIANO. ¿A qué propósito?
PEDRO. Aguarda.
¿Cuál quedaría Madrid
si Valencia, si Granada,
Sevilla y otras ciudades
le quitasen tantas almas
como de todas concurren?
FELICIANO. Es la maravilla octava,
porque es Madrid un compuesto,
don Juan, de provincias varias,
y con Madrid compararon
la cueva de Salamanca;
siempre, de los muchos que entran,
se queda alguno.
FABIO. Aquí pára,
que parece que oigo ruido
de músicos y guitarras.
PEDRO. ¿Quién vive aquí?
FELICIANO. Dos doncellas,
en opinión.
PEDRO. ¡Linda chanza!
FELICIANO. Y una vieja que las rige,
que las enseña y estafa.
PEDRO. Entremos dentro.
FELICIANO. Escuchemos
primero.
FABIO. Hacia allí te aparta.
PEDRO. Mas vámonos, Feliciano,
que temo en aquestas casas
un infortunio terrible,
y estas Ninfas no me agradan.
FELICIANO. Dichoso vos que os casáis
con mi señora doña Ana.
PEDRO. (¡Por adónde la encajó!
FABIO. Amor, Pedro, luego trata
de lo que tiene en el pecho.)

(*Sale* DON JUAN.)

D. JUAN. (Mi prima venir me manda
[a] hablalla por el balcón.)

(*Sale* DOÑA ANA *al balcón.*)

ANA. (¿Es Pedro?
D. JUAN. Yo soy.
ANA. ¡Que tanta
ventura me ofrezca Amor!)
FELICIANO. (Don Juan, advierte y repara
que anda por la calle gente,
y que hablan en la ventana.
PEDRO. Déjame llegar, que quiero
reconocellos.)
D. JUAN. ¿Quién pasa?
FELICIANO. ¿Ah, caballero?
D. JUAN. ¿Qué quiere?
FELICIANO. Pase adelante. ¿Qué aguarda?
D. JUAN. No quiero.
FELICIANO. Pues de esta suerte
pasará.
ANA. (¡Desdicha extraña!)

(*Meten todos mano.*)

FABIO. ¡Demonio es el hombre!
PEDRO. Escucha,
¿es Pedro?
D. JUAN. ¡Señor!
PEDRO. Repara,
pícaro, en que estoy aquí.
¿Cómo en estas cosas andas?

D. JUAN. Púseme esta capa tuya
por honrarme con tu capa,
que me dijo Inés que aquí
esta noche me aguardaba.

PEDRO. Suelta la espada, borracho.

FELICIANO. Dádsela, don Juan, que tanta
valentía la merece.
(Aficionado le estaba,
y agora estoy mucho más.)

FABIO. La casa está alborotada.

FELICIANO. Entrá a acostaros, don Juan.

PEDRO. Entro, y muy de mala gana,
por no haber hecho...

FELICIANO. Callad.

PEDRO. Adiós, Feliciano.

FELICIANO. Acaba
de contarme lo que ha habido,
Pedro.

D. JUAN. Que estaba doña Ana
aquí esperando, y don Juan
ha venido a remontalla.

FELICIANO. ¡Hay tal desdicha!

D. JUAN. Otra vez
podrás, Feliciano, hablalla.
¿Diste a don Juan el dinero?

FELICIANO. Ciento en oro y ciento en plata.

D. JUAN. No le des más, que es un loco.

FELICIANO. Por conquistar a doña Ana
daré el mundo.

D. JUAN. (El alma yo,
que es de mayor precio el alma.)

## ACTO TERCERO

### DE *El Desconfiado*.

(*Salen* DON FERNANDO *y* FULGENCIO.)

FULGENC. En lo que digo porfía,
y así yo he determinado
ir a Madrid.

D. FERN. Habéis dado
vida a la esperanza mía,
pues por amor de Leonor,
vuestra hija, no he querido
partirme; mas ya que ha sido
tan venturoso mi amor
en que a Madrid la llevéis
a ver la imagen divina
del Buen Suceso, y se inclina
tan poco a mí, como veis,
iré contento llevando
en el camino el lucero,
en cuyos rayos espero
que irá a la luna eclipsando;
y allá, en Madrid, posaréis
en cas de mi hijo, adonde
mi amor, Fulgencio, responde
con la pena que sabéis.

FULGENC. Ya está prevenido todo,
y recibiré merced
en lo que decís.

D. FERN. Creed,
Fulgencio, que de este modo
mi hacienda os ofrecería,
como el desdén de Leonor
me mostrase algún amor.

FULGENC. Siempre en su tema porfía.
Que, como a Madrid la lleve,
se desposará con vos.

D. FERN. Extremos somos los dos:
yo de fuego, ella de nieve.
Si Leonor ha de cumplir
esa palabra, quisiera
ser el ave más ligera
que el viento sabe medir,
para llegar donde vea
su hermosura soberana,
no tan cruel y tirana
para quien su bien desea.
Vamos, Fulgencio, y haced
que antes que el aurora venga
vuestra gente se prevenga
a la partida.

FULGENC. Creed,
Fernando, que ruego a Dios
que os dé la mano.

D. FERN. Dichoso
si lo soy.

FULGENC. Yo venturoso
si allá la caso con vos.

D. FERN. Mi amor, Fulgencio, es exceso.

FULGENC. Si tal mi ventura es,
podremos decir los tres
que vamos al Buen Suceso.

(*Vanse. Salen* DOÑA ANA *y* INÉS.)

ANA. No pensé llegar, Inés,
a verme en tal confusión,
pues mi amorosa pasión
se va aumentando después
que el Amor me dió lugar
de hablar con Pedro; que Amor

descubre al fin su rigor,
y no al principio.

INÉS. Si hablar
me permites en las cosas
de Pedro, engañada estás
en amarle, y te verás
si en acciones amorosas
perseveras de tal suerte,
que no te libre su amor
del agravio que [en] tu honor
pondrá liviandad tan fuerte.
Don Juan es rico y honrado,
y aunque su ingenio no es tal,
es por lo menos igual
a tu hacienda y a tu estado,
y podrá ser que contigo
casado su ingenio aumente,
porque es la corte una fuente
en que el extraño y amigo
beben el néctar süave
del trato y la discreción.

ANA. Sí; pero mi inclinación
es a Pedro; y aunque es grave
la mengua y el deshonor
de mi sangre y de mi estado
el casar con un criado,
no puedo más con mi amor.
Si don Juan, como es mi primo,
de tan ilustre blasón,
tuviera la discreción
que en Pedro alabo y estimo;
y si como es poderoso
(en decillo me acobardo),
Inés, fuera tan gallardo
como Pedro, como a esposo
le estimara y como a tal
le diera luego mi mano.
Mas ¡ay de mí, que es en vano!
Yo vi a Pedro por mi mal.

INÉS. Aunque sé que Amor es ciego
y no mira la razón,
tu calidad, tu blasón,
perdona si a decir llego
lo que te importa, es muy cierto
que perderá el alto nombre
que ha tenido, pues a un hombre
de nobleza y nombre incierto
le das tu mano, señora.
Tu primo es noble y galán;
dale la mano a don Juan,
pues que sabes que te adora.
Si mis servicios te obligan,
si mi amor has estimado
y si de tu honor y estado
no quieres que en Madrid digan,
te suplico que me cases
con Pedro, señora, a mí,
que Pedro no es para ti
aunque por su amor te abrases.
Esto te suplico y pido
por tu honor y por quien eres.

ANA. Dime, Inés, que a Pedro quieres
para hacerle tu marido.
No me aconsejes jamás.
Yo sé, Inés, lo que me importa.
Vete.

INÉS. Mi ventura es corta.
No hablaré, señora, más;
mas mira que es un criado
Pedro y que no te está bien.

ANA. Vete, que yo sé también
lo que conviene a mi estado
y a mi honor.

INÉS. Dices verdad;
mas Pedro...

ANA. No me repliques.

INÉS. No des voces, no publiques,
señora, tu liviandad.
Yo me voy; mas mira...

ANA. ¿Quieres
que me descomponga, Inés?

INÉS. Voime, y mira que después
no te pese lo que hicieres.

(*Vase* INÉS. *Sale* FELICIANO.)

FELICIANO. A tu piedad, a tus ojos
vengo, divina doña Ana,
viendo que el plazo se cumple
de mi desdicha.

ANA. (Faltaba
sola esta queja a las mías.)

FELICIANO. No vuelvas la hermosa cara.
Espera, vuelve, detente
y no te muestres ingrata
a un amor tan verdadero
y a una fe que entre las llamas
de tu cruel hermosura
generosamente abrasas.
Pasé los mejores años
de mi vida dando al alma,
de gozar tus bellos ojos,
alguna breve esperanza;
sustentaba estos deseos
contemplando tus ventanas,

que por alumbrar al mundo
cuando su sol le faltaba,
solías hacer oriente,
que en los celajes del alba
de la nieve de tu frente
se coronaba de plata.
Y cuando espero, señora,
el premio de esta esperanza,
y el pago de aquesta fe,
¡ay, correspondencia ingrata!,
veo que tu primo mismo
te da la mano y que tratas
de ejecutar hoy el plazo,
plazo, al fin, de mi desgracia;
y como el alma desea
ver su fortuna contraria,
no da crédito a las lenguas,
no da crédito a la fama.
Dime si es verdad, señora.

ANA. Que me caso es verdad clara,
el con quién no lo diré.
Yo te avisé en una carta,
y si el casamiento mío
de alguna suerte estorbaras,
no perdiéramos los dos
tú el bien y yo la esperanza.
No lo estorbaste, y ansí
mi padre casarme trata,
y hoy, porque mis dilaciones
ya, como a padre, le cansan.
Y pues que me caso, ya
no entres más en esta casa,
que tengo un padre celoso
y un marido que me guarda.

(*Vase.*)

FELICIANO. ¿Qué es esto, desdichas mías?
cuando mi amor me esforzaba
con el ayuda de Pedro
a sustentar la esperanza
y cuando esperaba ser
esposo de aquella ingrata,
con desprecios, con desdenes,
me injuria, ofende y abrasa.
¡Plega a los Cielos, cruel,
que antes que tu mano blanca
se llegue a ver en la suya,
para castigo de ingratas,
la muerte...! Pero ¿qué digo?
Que vivas sin gusto basta.

(*Sale* DON JUAN *y* PEDRO.)

PEDRO. Feliciano, ¿qué es aquesto?

FELICIANO. ¡Ay, don Juan, una desgracia,
una furia del abismo
que me abrasa las entrañas!
Ya no te puedo encubrir
mi amor. La ingrata doña Ana
me ha dicho que eras su esposo
y que hoy con ella te casas.

PEDRO. Es verdad.

FELICIANO. Pues si es verdad,
don Juan, ¿para qué me matas
con preguntarme qué tengo?
Tengo un volcán en el alma
compuesto de fuego y hielo;
tengo injurias, tengo rabias,
tengo amor y tengo celos.

PEDRO. Si rabias, allá te aparta.

FELICIANO. Serví a doña Ana, don Juan,
en mi tierna edad; el alma
la ofrecí, y ella también,
entre fingidas palabras,
entretuvo mi amor loco.
Mal haya la confianza
que me trajo a tanto mal,
pues hoy llegas y hoy te casas,
siendo primero mi amor.
Esta es mi desdicha.

PEDRO. ¡Extraña
es tu congoja! Mas dime:
si por sentir tu desgracia
no me casase con ella
y fuese tuya doña Ana,
¿qué me darías?

FELICIANO. Don Juan,
¿búrlaste? Daréte el alma,
daréte mi hacienda y vida,
y el corazón, que se abrasa
por su amor, la libertad...

PEDRO. Para un cautivo la guarda.

D. JUAN. ¿Qué dices? ¿Burlas agora
si hoy con doña Ana te casa
su padre?

PEDRO. ¿Soy yo doncella
que me han de hacer fuerza?

FELICIANO. Calla,
Pedro, que mi hacienda es tuya
si es que conquisto a doña Ana.

PEDRO. Feliciano, estáme atento.
Vidas, libertades y almas
yo no las he menester;
dame mil ducados.

D. JUAN. (Basta,

que aquéste me echa a perder.)
Mira, señor...

PEDRO. Pedro, calla;
yo no me quiero casar.

D. JUAN. Mira que a su padre agravias.

PEDRO. Déjeme todo criado.
Aquí de Dios, que me casan.
¿Hay tal cosa?

FELICIANO. Pedro amigo,
¿no me diste la palabra
de ayudarme?

D. JUAN. (¡Vive el Cielo!)

FELICIANO. Don Juan, yo voy a mi casa
por el dinero, mi hacienda
es vuestra; mas la palabra
me habéis de dar de volvello
si es que os casáis con doña Ana.

PEDRO. Digo que palabra os doy
que yo me caso mañana
con doña Inés, y a no ser
por un don Fabio que andaba
visitando sus balcones
y adorando sus ventanas,
ya yo estuviera casado,
porque su desdén me mata.

FELICIANO. Don Fabio, ¿si es ginovés?

PEDRO. No, que a serlo es cosa clara,
que mi amor no agradeciera
doña Inés.

FELICIANO. Pues ¿por qué causa?

PEDRO. En entrando a competir
por dama, aunque más honrada
ginovés, músico o cresta,
ya entiendes, volver la espalda.

FELICIANO. Voy por el dinero. Adiós.

(*Vase.*)

D. JUAN. ¿Qué es esto, Pedro? ¿En qué andas?

PEDRO. ¿Quieres echarme a perder?
Deja el enojo y repara
en mi provecho, que agora
tiene crecida la calva
la ocasión para que yo,
con engañosas palabras,
quite aquestos mil escudos
a este amante tonto.

D. JUAN. El alba
viene dando envidia al sol.

PEDRO. ¿Cómo?

D. JUAN. Que viene doña Ana.
Ponte el sombrero.

PEDRO. Aquí quiero,
por obras o por palabras,
que eche de ver si te estima.

D. JUAN. En lo que dices repara.

(*Sale* DOÑA ANA *y* INÉS.)

ANA. ¡Primo!

PEDRO. ¡Señora!

ANA. ¿Qué hacéis?

PEDRO. Estoy con Pedro riñendo.—
Alto, Pedro...

ANA. Ya yo entiendo
vuestro disgusto.

PEDRO. No estéis
tan mesurado. Advertid
que sois un pícaro...

ANA. ¿Quién?

PEDRO. Pedro, y vos, Fabio, también,
os habéis de ir de Madrid.

FABIO. Mira, señor...

PEDRO. No hay mirar.
Esto me conviene ansí.

ANA. ¿Qué es esto, Pedro?

PEDRO. De mí
os podéis bien informar.

ANA. Mirad que es hombre de bien.

PEDRO. Fáltanme en oro contados,
prima, docientos ducados
¿y es hombre de bien?

ANA. Pues ¿quién
puede sospechar que sea
quien los tomó Pedro?

PEDRO. Yo.

ANA. Mirad que Pedro...

PEDRO. No, no,
no hay disculpa que lo sea.
¡Nunca a Madrid le trajera!

ANA. ¡Primo!...

D. JUAN. Ahora bien, mi señor,
¿por dar a Fabio favor
me trata de esta manera?
Pues yo...

PEDRO. No me repliquéis.

ANA. Averigualdo primero.

PEDRO. Sé que me falta dinero.
¿Qué más indicios queréis?

D. JUAN. Señor, advierte...

PEDRO. ¿Qué es esto?
Pícaro, no me advirtáis.

ANA. Reportaos.

PEDRO. Sólo miráis
aquel su talle compuesto.

Debajo de aquella cara
hay más de lo que parece.
D. JUAN. (Esto mi amor se merece.)
ANA. Primo, en su pena repara.
PEDRO. No tengo que reparar.
D. JUAN. Yo me iré, que al fin la corte
es patria común.
ANA. Reporte
tu enojo el verle llorar,
y su talle no merece
ser igual a otros criados.
PEDRO. Todos son hombres honrados,
y mi capa no parece.
No ha de estar conmigo un hora.
Vaya a Jerez.
ANA. No ¡por Dios!
Primo, pueda algo con vos.
PEDRO. Él se ha de partir, señora.—
Y agradeced, picarón,
que no os echo la justicia.
ANA. Ya es esa mucha malicia
y mayor la sinrazón.
Venid, que yo os quiero dar
por él docientos ducados.
PEDRO. (¿Ves si te adora?)
ANA. A criados
honrados se ha de tratar
de otra suerte, no así.
PEDRO. Yo
siento perder mi dinero.
(¿Ves si te quiere?)
ANA. Yo quiero
dar lo que el otro os hurtó.
Venid.
D. JUAN. Yo sé que algún día
se sabrá quién fué el ladrón,
y verás tu sinrazón
entre la inocencia mía.
Astrólogo soy.
PEDRO. Decís
verdad: mas con ciencia tal
irá un hombre a Portugal
y dirán que va a París.
Hay desde aquí a las estrellas
de leguas una gran suma,
y quieren, con una pluma,
saber lo que saben ellas.
ANA. Ahora bien, venid conmigo,
que el dinero os quiero dar.
D. JUAN. Solamente hasta probar
la verdad estoy contigo.
(*Vase* DOÑA ANA *y* PEDRO.)

INÉS. ¿Quiéreme vuesa merced
dar un adarme de audiencia?
D. JUAN. Sí, que como tengo oídos,
vuesa merced tiene lengua.
INÉS. Si nuestros amos se casan,
como su padre concierta,
¿no imitaremos nosotros,
Pedro, su boda en la nuestra?
D. JUAN. ¿Con quién te casas?
INÉS. Contigo.
D. JUAN. ¿Con quién?
INÉS. ¡Qué linda flema!
D. JUAN. Jabone cuellos a Fabio,
dele valonas y vueltas,
y friegue allá en la cocina
y conmigo no se meta,
porque parece muy mal
en personas como ella
los pensamientos tan altos.
INÉS. ¡Oh, qué linda gracia es ésa!
Pues paje vil y cuitado,
enjerto en lacayo, entienda
que traigo mejores hombres
debajo de mi chinela,
y por lo menos por hurtos
no los despiden.
D. JUAN. (¡Paciencia!)
INÉS. Pues una cosa le advierto;
que si a la cocina llega,
que le he de dar con los platos,
o metelle en la cabeza
un palmo de cucharón.
D. JUAN. De esa mano, mi Inés bella,
tendrélo yo por favor.
INÉS. Oye, ¿dícelo de veras?
D. JUAN. Sí, mi bien.
INÉS. Pues entre y salga
a la comida y la cena,
y mande cocina y moza.
D. JUAN. Pues dame un abrazo. Suelta.
INÉS. Pues ¿quién viene?
D. JUAN. Feliciano.

(*Sale* FELICIANO.)

FELICIANO. No son malas nuevas éstas.
D. JUAN. Aquí, señor Feliciano,
tenemos nuestra despensa;
aquí nos depositó
el Cielo almuerzos y cenas;
los cuellos y las camisas
por las tales se conservan.
FELICIANO. ¡Ay, Pedro! Si yo me caso

[illegible] Ana [illegible] por cierta
a [illegible] si [illegible] quieres bien.

D. JUAN. [illegible] Me muero por ella.

FELICIANO. [illegible] don Juan?

D. JUAN. Aquí
vino doña Ana y con ella
se fué.

FELICIANO. (De celos me abraso.)
Traigo el dinero, y quisiera
[illegible] a don Juan.

D. JUAN. ¿No ves
que te engaña?

FELICIANO. Cuando sea
el engañarme su intento,
hará primero una cédula
de volverme mi dinero
cuando se case con ella.

D. JUAN. De esa suerte no habrá agravio.

FELICIANO. Quiero aguardar a que vuelva,
que tengo el alma en doña Ana,
y [illegible] es fuerza
que aventure mil ducados
y salga de tantas penas.

([illegible] Doña Ana.)

ANA. ¿Qué te dijo Feliciano?

D. JUAN. Anda, señora, celoso
de que don Juan es tu esposo.

ANA. [illegible] en vano.
Tú solo, Pedro, has de ser
quien de mi lleve la palma.

D. JUAN. Quisiérate dar el alma
[illegible]
alguna parte, señora,
de este favor soberano;
mas yo imagino que en vano
mi necia humildad te adora.
Pues es la desconfianza
en mi de tan grande efeto,
que pienso que soy discreto
por no tener esperanza.

ANA. Pedro, pues viste mi amor
sin conocer en ti parte
para poder adorarte
más que el divino valor
[illegible]
que muestras en tus acciones,
[illegible]
[illegible]

D. JUAN. [illegible]
[illegible]

ANA. [illegible]
que en lo hecho no se ablande?

D. JUAN. Tengo temor y respeto,
y, aunque ansí tu amor me trate,
temo también que te mate.

ANA. Dame tú que venga el nieto,
aunque más sienta su mengua,
y colgado de las canas
le diga cuatro mañanas
seis gracias con media lengua,
que tú le verás decir
que eres su hijo mil veces.

D. JUAN. La esperanza que me ofreces
quiere en tus brazos vivir.

ANA. Llega, pues.

D. JUAN. El miedo fundo
en que [a] Amor pintan rapaz.

(*Abrázanse.*)

([illegible])

PEDRO. Bendiga Dios tanta paz
como ha dejado en el mundo.—
¿Qué es esto?

D. JUAN. Vite venir
para hablar a mi señora
y vine yo, y como ahora...

PEDRO. ¿Cómo se turba el mentir?

D. JUAN. ¿Yo mentir? Y aqueste abrazo
para ti, señor, me dió.

PEDRO. ¿Para mí?

D. JUAN. Sí; y así yo
puse en los suyos mi brazo,
como viste.

PEDRO. Bien está.

D. JUAN. ¿Quieres el abrazo?

PEDRO. No;
que estando presente yo
ella misma le dará.
¿Para qué quiero yo el tuyo
si de ella el abrazo espero?
Pero de abrazar primero
malas sospechas arguyo.

D. JUAN. Pues ¿mis brazos te provocan?

PEDRO. Las mismas gracias les pones
que [a] las cuentas de perdones,
que unas a otras se tocan.
[illegible] a él
y luego abrazarme a mí.

D. JUAN. Pues ¿no te llevo yo ansí
el valor que estaba en él?

PEDRO. No, señor; ni me convienen
tan falsas filosofías,
porque son mercaderías

que de reino extraño vienen.
Y ansí, me viene a estar mal
pasar por ese concierto,
pues más se queda en el puerto
que vale lo principal.
Y ansí quiero que al momento
vuestro abrazo le volváis,
y que otra vez no lo hagáis.

D. JUAN. Darte gusto en todo intento.

PEDRO. Prima, tomad vuestro abrazo.
Ea, volvédsele presto.

ANA. Yo lo haré si gustas de esto.

PEDRO. ¡Qué tibia! Alargad el brazo
y quitádsele muy bien.

ANA. ¿Todo, todo?

D. JUAN. De este modo
pienso que se quita todo.

*(Abrázanse y sale Lisardo.)*

LISARDO. Llama a Leonardo también,
hijo.—Mas ¿qué es esto, Cielo?

PEDRO. No le dejes de tomar
la medida, que a sacar
voy el raso y terciopelo.

LISARDO. Si no estuvieras aquí
temiera lo que sospecho.

PEDRO. Pedro, que en Jerez ha hecho
famosas vistas, aquí
quiero que corte las mías,
que es único, y me ha pedido
que no se corte vestido
en estos dichosos días
para mi esposa, porque
quiere hacellos de su mano.

LISARDO. Si es tan único, en tu mano
está el dárselos.

PEDRO. A fe
que has de enriquecer si sabes,
Pedro, a la novia agradar.

LISARDO. Hijo, si hoy te has de casar,
aprende estilos más graves
de hablar, y pues ya de estado
mudas con la condición,
también con la discreción
presume que te has casado.
El lenguaje de la corte
aprende y no digas mal,
que, aunque es a la corte igual,
no será razón que corte
tu lengua vidas ajenas.
Sé bienquisto, y ten cuidado,
pues a ver el desposado
de Madrid las calles llenas
están con tan falso intento
de ponerte muy galán.

ANA. (Vanas liciones le dan
si falta el entendimiento.)

LISARDO. Éntrate a vestir, que ya,
con tu esposa, alegre aguardo.

PEDRO. Yo me pondré tan gallardo
y tan ancho, que podrá
vencer la presencia mía
todo buey de Medellín.

LISARDO. No digas eso, que, en fin,
es comparación muy fría.

PEDRO. ¿Cuántas necedades pueden
sufrírsele a un desposado?

LISARDO. Una, y ésa, por turbado,
la licencia le conceden.
Vamos adentro. ¿Qué hacéis?

PEDRO. Pocas son ¡por vida mía!,
y yo licencia querría
a lo menos para seis:
que sobre la del casar
cualquiera será ligera.

LISARDO. Una sola, y, por primera,
licencia se puede dar.

PEDRO. Cierto que yo estoy turbado;
y pues que vos sois discreto,
dispensad aquí en secreto,
pues que ya soy desposado,
en solas seis necedades.

LISARDO. Como no pasen de seis,
yo dispenso.

PEDRO. Bien podéis,
que todas serán verdades.

*(Vanse. [illegible] Fer-nando.)*

D. FERN. Apacible vista tiene
Madrid.

FULGENC. Bien le podéis ver
con gusto después que a ser
fénix de sí mismo viene.

D. FERN. Ya estamos cerca. Bien puedes,
doña Leonor, descansar
en este ameno lugar.

LEONOR. Si licencia me concedes,
con el señor don Fernando
quisiera hablar en secreto.

D. FERN. Para semejante efeto
está el sitio convidando.

FULGENC. Voy a prevenir el coche
mientras habláis.

D. Fern. Cerca estamos,
y, aunque aquí nos detengamos,
llegaremos esta noche.

Leonor. Señor don Fernando, el Cielo
las voluntades concierta,
y así las nuestras no quiso
concertallas una estrella.
A vuestro hijo don Juan
quise bien en la primera
edad, que es adonde Amor
los fundamentos comienza.
Pagóme este amor de modo
que, aunque la fama celebra
a Tisbe y Píramo amantes,
yo sé que no la tuvieran,
ni de amor fueran ejemplo,
si en nuestra edad verde y tierna
de dos almas tan conformes
los amores conocieran.
Enviástele a Madrid
y, no fué partido apenas,
cuando con mayores celos
aumentastes mis sospechas.
Casaros queréis conmigo
sin ver con poca prudencia
si es mejor el puesto sol
que el sol que a salir comienza.
No os ofendo en el dejaros,
pues mi amor casarme intenta
con quien tiene vuestra sangre
y a vos mismo representa.
El buen suceso a que vengo
es a que bien me suceda
el casarme con don Juan,
hijo vuestro y sangre vuestra.
Si no permitís casarme
con vuestro hijo, haced cuenta
que, como he dicho mi intento,
sabré haceros resistencia.
Mas yo fío que seréis,
alabando mi firmeza,
piadoso padre y no esposo.

D. Fern. (Aquí el sufrimiento es fuerza.)
Basta, señora, no más,
que antes el alma se alegra.
De ese justo desengaño,
y entre dudosa, contenta,
os da el parabién el alma
del agravio que me espera.
Goce mi hijo don Juan,
pues fué su suerte tan buena,
tanta gloria, beldad tanta,
tanto valor, tal firmeza.
Yo mismo quiero, señora,
ser el tercero que tengan
vuestros intentos.

Leonor. ¡Ay, Dios,
no sé si mi dicha crea!
Viváis mil años, señor,
cuyas obras manifiestan
vuestra prudencia y valor,
y plega al Cielo que excedan
los de Néstor.

D. Fern. (¡Triste caso!)
¿Hola? El coche nos apresta,
que hoy llegamos a Madrid,
adonde quiero que veas
que quien dió el ser a don Juan
ninguna cosa le niega.

(*Vanse. Sale* Don Juan, y Feliciano y Pedro.)

Feliciano. Ya vengo a ser desposado.

Pedro. Yo padrino vengo a ser.
Tú no tienes que temer
que falte a lo concertado.

Feliciano. Si te casas con doña Ana
¿no he de temer?

Pedro. No, por cierto,
pues que sabes el concierto.

D. Juan. (Saldrá su esperanza vana.)

Feliciano. Si tus deudos se han juntado
al casamiento, ¿qué dices?

Pedro. Feliciano, ya desdices
del valor que has profesado.
¡Qué lindamente la mama! (*Ap.*)

Feliciano. Mil ducados os he dado;
pero en estando casado,
si es que os casáis con mi dama,
me los habéis de volver.

Pedro. ¿Yo casarme con doña Ana?
No, Feliciano. Mañana
me veréis con mi mujer.

Feliciano. ¿Qué mujer es?

Pedro. Doña Inés,
que he escogido como sabio.

Feliciano. Pues ¿dejóla ya don Fabio?

Pedro. Ya la dejó el ginovés.
Ya viene la novia aquí,
como el mismo sol hermosa.

Feliciano. ¿Y no os casáis? ¿Hay tal cosa?
Vos hacéis burla de mí.

(*Sale* Doña Ana *muy bizarra*, Lisardo, Fabio, y Julio, y Inés y Músicos.)

Julio. Ya aguardaba el desposado.

Siempre anticipa el deseo
las dilaciones.

LISARDO. Fineo
vaya a llamar con cuidado
a quien los despose luego.

FABIO. Sentaros podéis aquí.

FELICIANO. ¿Qué estoy mirando? ¡Ay de mí,
idólatra de mi fuego
como ciega mariposa!

JULIO. Los de casa danzarán.

FABIO. El desposado galán
dance con la novia hermosa.

PEDRO. ¿Yo, Fabio? Los entendidos,
los discretos no danzamos,
mayormente los que estamos
en vísperas de maridos.

FABIO. Antes los discretos son
los que han de saber danzar.

PEDRO. ¿Has visto a Plinio bailar,
a Horacio ni a Cicerón?
¿Supo Ovidio la chacona
ni Catón la zarabanda?

FABIO. Que bailen y canten manda.

PEDRO. Yo no he de bailar, perdona.

*(Cantan los* MÚSICOS.*)*

"A los carreteros
del buen Getafe,
les rogaba la niña
que la llevasen.
Pásese, señora,
desotra banda,
que es aquella mula
falsificada.
Unta aquellas ruedas,
mozo de Judas,
que ninguno se mueve
sino le untan.
Hacia [a]trás se hagan
los de adelante,
que se ahorcan las mulas
sin ser tratantes.
¡Cómo se arrellana
la madre tía!
¡Vive Dios que no lleve
vieja en mi vida!
Si en mi carro llevara
poetas solos,
no llevara un adarme
de viento en todos.
Dale aquella rucia,
que se desmanda;
alcaceres ha visto,
ser hembra basta."

FABIO. A buen tiempo.

LISARDO. ¿Cómo ansí?

FABIO. Que mi señor ha llegado.

PEDRO. ¿Qué señor, Fabio?

FABIO. ¿Yo tengo
más señor que a don Fernando?

PEDRO. ¿Mi padre?

FABIO. Tu padre, pues.

PEDRO. ¡Vive Dios que habemos dado
con el edificio en tierra!

LISARDO. Voy a ver si ha sido engaño
o verdad lo que me ha dicho.)

D. JUAN. ¡Ay de mí! ¿Qué haremos, Fabio?

FABIO. Yo, señor, ¿qué sé?

D. JUAN. ¡Ay de mí!
¿Estoy durmiendo o soñando?
Por ti temo, prenda mía,
porque le has dado la mano
en viendo a su padre.

ANA. Antes...

D. JUAN. No lo digas. ¡Tente! ¡Paso!
que en jurando una mujer
está cerca de quebrarlo.
¡Válgame el Cielo! ¿Qué haré?

PEDRO. Un remedio sólo hallo;
que es decir que aquí en la corte
todos así nos mudamos;
que aunque vine barbirrubio
me he vuelto barbicastaño.

*(Salen todos.)*

D. FERN. ¡Vive el Cielo que me pesa,
Fulgencio, de haber llegado
a tiempo que esté mi hijo
con su prima desposado.

FULGENC. No importa, Fernando, nada.
Padre y honor tiene.

D. JUAN. (Fabio,
temblando estoy.)

D. FERN. ¿Y don Juan?

LISARDO. Ya llega a besar tus manos.

D. FERN. ¿Hijo?

PEDRO. ¡Señor!

D. FERN. De la tierra
te levanta hasta mis brazos.
¿Qué es esto que abrazo aquí?
¿Perico?

PEDRO. ¡Señor!

D. FERN. ¿Qué aguardo?

¿Eres ya, como en Jerez,
aquí en la corte bellaco?

LISARDO. ¿Cómo tratáis de esa suerte
a don Juan?

D. FERN. ¿Qué don Juan, si hablo
con su criado?

LISARDO. ¿Con quién?

D. FERN. ¡Bien, por Dios! Con su criado.

LISARDO. Fernando, aqueste es don Juan.

D. FERN. ¿Cómo don Juan? ¡Cielo santo!
¿No eres tú Pedro? Traidor,
¿cómo es esto?

PEDRO. Que me llamo
don Juan de Pedro, señor;
que en este mar oceano
de la corte hasta los nombres
y hasta la cara mudamos.

D. FERN. Dadme a mi hijo don Juan.

LEONOR. (Aún faltan mayores daños
para acabar mis desdichas.)

LISARDO. Este es tu hijo.

D. FERN. ¿Qué aguardo?
¡Vive el Cielo! ¡Qué sospechas
con justa razón me han dado!
Que éste ha muerto a su señor,
por ventura, por robarlo.

ANA. (¿Si fuese Pedro don Juan?)

D. FERN. ¡Perro, con ésta te paso
si no me das a don Juan!

PEDRO. Señor, por desconfiado
su nombre mudó conmigo.
De él ha nacido el engaño.
Él, señor, se llama Pedro
y yo don Juan me he llamado.

D. FERN. Y ¿dónde está?

PEDRO. Vesle aquí.

D. JUAN. A tus pies, señor, aguardo
el castigo de esta culpa.

D. FERN. Levanta y dale la mano
a doña Leonor.

D. JUAN. Perdona,
porque a mi prima la he dado,
y su amor lo ha merecido.

ANA. Que bien merece amor tanto
que le paguéis de esta suerte.

FELICIANO. Quedo, señores; que cuando
Pedro fué don Juan, me hizo
un engaño y falso trato.
Para que no se casase
con doña Ana mil ducados
le di.

PEDRO. Pues bien, ¿dónde veis
que con doña Ana me caso?
La doña Inés que yo dije
es ésta, a quien doy la mano,
y el don Fabio ginovés,
es, señor, este criado;
que todos están presentes,
y así no estoy obligado
a volveros el dinero.
Y aprended en lo pasado,
porque estoy ducho en la corte,
mas es en hacer engaños.
¡Lindamente la mamó! (*Aparte.*)

FELICIANO. Sólo de don Juan me agravio;
que, como fingido amigo,
ha dado causa al engaño.

D. JUAN. Reportaos y advertid
que soy vuestro amigo, y tanto,
que a doña Leonor suplico,
y a su padre, pues es llano
vuestro valor y nobleza,
que os dé su mano, quedando
obligado yo a serviros.

FULGENC. Yo soy el que en ello gano.

FELICIANO. Esta es mi mano.

LEONOR. Y la mía
es ésta, y el alma.

D. JUAN. Dando
su autor con aquesto fin
alegre al *Desconfiado*,
aunque lo quede su autor
si no ha acertado a agradaros.

FIN

# EL DESPOSORIO ENCUBIERTO

## COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

## AL LICENCIADO JACINTO DE PIÑA, HIJO DE JUAN IZQUIERDO DE PIÑA, SECRETARIO DE PROVINCIA

---

Cumple v. m. justamente los deseos a sus padres en el cuidado que muestra en los estudios, y a los amigos las esperanzas del bien que le desean, prometiendo todo buen lugar a sus años y todo oficio digno a sus méritos y costumbres, de más estimación que las riquezas. *Boni mores divitiis omnibus preferuntur. § Fi Insti. de suspect. &c.* Todos los estudios llamó vanos Matheo Gribaldo. *Et philosophia et leges, et medicina, si Christiani dogmatis praecepta posponantur.* Séneca, en el libro de las cuatro virtudes, define la justicia diciendo que *Non nostra constitutio, sed divina lex est,* pues siéndolo, justo es que quien ha de profesar su administración sea con el mismo respeto y advertimiento. Por todo el capítulo muestra el filósofo cuál ha de ser el que la ejecute, que no ha dejado la tierra la divina Astrea, aunque la contemple imagen del cielo la Astrología, con los rigores que pintan el Trágico en su *Octavia,* Ovidio en sus *Transformaciones* y Juvenal en sus *Sátiras.* Asegurado este principio, importa mucho la buena guía, de que v. m. ha hecho elección en el licenciado Juan Antonio de Herrera, cuyas virtudes y letras conozco desde sus tiernos años. Los consejos para esta facultad del autor referido son notables en el libro de *Ratione studendi,* y lo que se ha de leer, advertir y notar, con la buena interpretación de los autores, lo que todo hará bien, como él dice. *Qui praescriptorum Bolognini, Budei, Zazii, Alciati et Roolandi lucubrationes diligenter evoluerit,* sin esto el provecho de la asidua disputación por la sentencia de Marcelo, *Sine qua artificis ingenium rubiginem contrahit, in lege legatis. § Ornatricibus, &c.* Y porque este jurisconsulto no excluye la lección de los filósofos y historiadores, y tal vez de los poetas, *Recreationis gratia,* me pareció dirigir a v. m. esta comedia, pues otras son las cosas que distraen, siendo justa sentencia para la juventud, *Extraneas disciplinas principali studio non esse tractandas.* No dañaron a los profesores del Derecho las sentencias, ni a la continua lección suya la diversión. V. m. la lea por recreación del ánimo en tan fuerte suceso como haber perdido con tal desgracia tal hermana como la señora doña Clementa Cecilia, de cuyas virtudes y entendimiento hiciera aquí un largo elogio; pero no me atrevo a despertar más la memoria de tan lastimoso caso; pues con el mismo sentimiento que su padre, pues yo lo era segundo, no he acabado una elegía que le escribía a su muerte. V. m. quedó para su consuelo, anímese a serlo, pues él lo está tanto para su educación y buen estado, *Omnis in Ascanio chari stat cura parenti,* dijo Virgilio, y viene bien a su padre de v. m. *Quem iura ipsa pro filii utilitate, perpetuo solicitum, &. vigilantem praesumunt. cap. si quae libet in fi &c.* Guarde Dios a v. m. y le haga tan gran letrado que digamos por él lo que por Baldo.

*Nemo (quod hunc latuit) scivit: si iura Monarcham.*
*Ferre queunt, tanto hic nomine dignus erit.*

Capellán de v. m.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

BEATRIZ. LUPERCIO. FELICIANO. LEANDRO. AURELIANA. CLARINO. ANSALDO. LEONCIO. FAUSTINO. ARSINDO. ELISA. EVERARDO. OLIMPIO.

Representóla Vergara.

### ACTO PRIMERO

(BEATRIZ, *dama, asiendo a* LUPERCIO, *su marido.*)

BEATRIZ. Aguarda ¡por vida mía!,
que llevas mal puesto el cuello.

LUPERCIO. Si no fué prisa al ponello,
culpa el espejo tendría.
Mas, si verdad digo en esto,
faltábame el de tus ojos;
pero ya no me da enojos
que vaya bien o mal puesto.

BEATRIZ. ¿Por qué razón, ojos míos,
si os hace más gentil hombre?

LUPERCIO. Porque en casándose un hombre
pierde los pasados bríos.

BEATRIZ. Basta que habláis de casado
como si algún siglo hubiera.

LUPERCIO. ¿Y ha poco?

BEATRIZ. ¿Un mes os altera?

LUPERCIO. ¿No más de un mes ha pasado?

BEATRIZ. ¡Qué notables desengaños!

LUPERCIO. Hombre que se casa ansi,
el día que dijo "sí"
puede contar por mil años.
Dame, señora, lugar,
que tengo mucho que hacer.
BEATRIZ. ¿Pensáis tan presto volver?
LUPERCIO. Vendré, señora, a cenar.
(¡Quién no dijera a dormir!)
Adiós. (¡Ah, padre cruel!)
(*Hace que se va.*)
BEATRIZ. ¿Lleváis lienzo?
LUPERCIO. No. ¿Qué es de él?
BEATRIZ. Por él, mi bien, quiero ir.

LUPERCIO.

Templará los discordes elementos
con paz eterna en mínima distancia,
y en rostro igual la pérdida y ganancia,
el fénix entre mil entendimientos.
Templará dos discordes instrumentos
sin cuerdas y sin trastes de importancia,
y con la clara y dulce consonancia
del cielo, del infierno los tormentos.
Hará que el mar en una fuente quepa,
los peces con los pájaros pintados,
leones y hombres hará juntos verse;
pero no templará, por más que sepa,
una mujer y un hombre, aunque casados,
si no tienen estrella de quererse.

(*Salga con el lienzo.*)

BEATRIZ. Aquí, mi vida, está el lienzo.
LUPERCIO. Adiós.
BEATRIZ. ¿En efeto os vais?
Pues ¿por él no me abrazáis?
LUPERCIO. (De nuevo a hablarla comienzo,
de nuevo habremos de estar
en nueva conversación,
de nuevo, como a león,
la cuartana me ha de dar,
de nuevo he de ver aquí
cautiva mi voluntad.
¡Oh, Argel de mi libertad,
sáqueme el Cielo de ti!)
BEATRIZ. ¿Con quién entráis en consejo,
Lupercio, para abrazarme?
¿Tengo yo algo que quitarme,
o vos que ver al espejo?
¿Es ya caso de conciencia
un abrazo entre casados?
¿Habéis de informar letrados,
o hacer otra diligencia?
LUPERCIO. Los que negocios tenemos
siempre andamos divertidos;
pocas veces los maridos
estos amores hacemos.
No soy yo vuestro galán
que he de hurtar estos abrazos,
pues para mayores lazos
mil noches vienen y van.
Quien no tiene que comer
hurta en viendo la ocasión;
quien tiene, pone en razón
las horas en que ha de ser.
Hurte el galán el contento
cuando la ocasión le viene,
no el casado, que ya tiene
las horas de su contento.
BEATRIZ. A la cuenta, aunque contado
muy poco o nada sumáis,
reglas de convento dais
a los gustos del casado.
¿Campanilla es menester,
y ésta al reloj concertar,
para tocar a abrazar
a las horas que ha de ser?
LUPERCIO. Gran donaire habéis tenido.
Por él, señora, os abrazo.
BEATRIZ. Sea de galán el brazo,
no le llaméis de marido;
que a un desposado no dan,
hasta que el año ha cumplido,
ese nombre de marido,
que todavía es galán.
LUPERCIO. Quedad, mi bien, norabuena,
y a la cena me esperad.
(*Va a irse* LUPERCIO.)
BEATRIZ. Posada es nuestra amistad;
sólo aquí se come y cena.

(*Váyase* LUPERCIO.)

BEATRIZ.

Gracia del Cielo, a su piedad conforme,
que una mujer acierte, siendo a tiento,
en la dificultad de un casamiento,
por más que de él y su virtud se informe.
No hay entonces león que no transforme
en cordero su altivo pensamiento,
ni vida de mancebo tan exento
que hasta la bendición no se reforme.
¿Quién duda que Lupercio me ha engañado?
Con poco gusto va, con menos viene.
Sospecho que por fuerza está casado.
De mí se cansa y otra le entretiene.

Que un hombre que se casa enamorado
jamás con su mujer contento tiene.

(*Váyase* Beatriz, *y vuelvan* Lupercio *y* Feliciano.)

Lupercio. En vuestra busca venía.
Feliciano. Yo ¡por Dios! al mismo efeto.
Lupercio. Fórmase un mismo conceto
con una igual fantasía.
Allá dejo aquella lumbre
de mis ojos.
Feliciano. ¿Queda en casa?
Lupercio. Sí.
Feliciano. ¿Ya es lumbre?
Lupercio. Que me abrasa.
Feliciano. ¿De amor?
Lupercio. Más de pesadumbre.
Feliciano. Mal ¡por mi vida! lo hacéis.
Lupercio, volved en vos,
que no es servicio de Dios
que eso hagáis, ni aun lo penséis.
Mirad vuestra obligación.
Lupercio. Erróse la fantasía.
Feliciano. ¿Cómo ansí?
Lupercio. Yo no venía
esta tarde a oír sermón;
y sabido ya por llano
cuando fuese muy injusto,
en las cosas de mi gusto
nadie me ha de ir a la mano.
Ayudad mi pretensión
y dejaos de predicarme,
que será desesperarme
poner mi gusto en razón.
Feliciano. Quien ya, hermano, está sin ella,
no ha de querer admitilla,
que es lo que hace apercebilla
el conocimiento de ella.
Yo os amo, y en el lugar
no tengo mayor amigo;
a cuanto queráis me obligo
y dejo de predicar.
Hasta advertir era justo,
al despeñaros, teneros;
mas no pudiendo valeros,
echadme tras vuestro gusto.
Lupercio. Pues con esa prevención
escuchad ¡por vida mía!
Ya os contaba el otro día
mi pasada pretensión.
Ya os dije que cuatro años
serví una hermosa mujer,
de cuyo buen proceder
me resultaron mil daños;
porque la correspondencia
engendra notable amor.
Y que en medio del favor,
y asistiendo a su presencia,
por hacer la voluntad
de mi padre, me casé;
que, puesto que justo fué,
fué terrible necedad;
porque el alma, divertida
en la mujer que adoraba,
vive con la propia esclava,
y de mi cuerpo homicida.
He procurado no vella;
mas la resistencia crece
el amor, y me parece
imaginada más bella.
Dase de noche a entender
cosas mi imaginación,
que para dichas no son,
mas sé que me han de perder.
Ando como loco, y creo
que podré más sosegar
con volverla a ver y a hablar,
pues esto templa el deseo.
Que del Amor dijo Apolo
que era de una vez curallo
querer quitar a un caballo
la cola de un golpe solo.
Y que mientras sin consejo
un joven esto probó,
cerda a cerda la quitó
más presto un caduco viejo.
No queramos arrancar
de una vez tan grande amor,
que gusto a gusto es mejor
hasta venirle a pelar.
Feliciano. Gallardo el remedio es;
mas temo que de ese talle,
cuando acabes de pelalle,
podrá ser que tú lo estés.
Sea industria cuerda o loca,
huelgo de ver comparallo
a la furia de un caballo,
por lo que Amor se desboca.
Dime lo que puedo hacer,
y vámoste a remediar.
Lupercio. Ayudarme a conquistar
esta divina mujer.
Feliciano. Si es divina, es cosa llana
que no la conquistarás;
humánala un poco más

si quieres gozarla humana.
¿Sabe ella que te has casado?
LUPERCIO. De ningún modo.
FELICIANO. ¿Qué ha sido
la causa?
LUPERCIO. El haber venido
su hermano, un cierto soldado
que ha puesto en brava pretina
la cintura de la casa,
que apenas por lumbre pasa
un niño de una vecina.
Que antes yo la visitaba
cuando a mí me parecía,
y, como médico, al día
dos veces a verla entraba.
Si llevaba quien cantase
no dañaba su decoro;
regalarla, no que al oro
ni hasta las telas llegase;
pero de cosas honestas...
FELICIANO. Ramilletes la inviarías.
LUPERCIO. Nunca faltan niñerías
en voluntades dispuestas.
FELICIANO. ¿Qué es lo que quieres?
LUPERCIO. Querella
y amistad con ese hermano,
porque si esta puerta gano
tendréla de entrar a vella.
FELICIANO. ¿En qué entiende? ¿Es pretendien- [te?
LUPERCIO. De espacio pretende ya,
y, mientras de espacio está,
juega temerariamente.
FELICIANO. Ya está hecha el amistad.
LUPERCIO. ¿Por qué?
FELICIANO. Porque a un jugador
le ganarás el amor
con mucha facilidad;
que, por jugar, jugará
la voluntad, y ésta es gente
que se trata fácilmente
y que más a mano está.
LUPERCIO. En esta casa se allega.
Oye, que hay grande ruído.
FELICIANO. Pendencia del juego ha sido.
LUPERCIO. No faltan donde se juega.

(LEANDRO *desnuda la espada, y tres contra él,* ANSALDO, LEONCIO, CLARINO.)

LEONCIO.

¡Matalde! ¡Muera!

LEANDRO.

Perderé mil vidas
defendiendo mi honor.

LUPERCIO.

(Este es Leandro,
hermano de mi bien.

FELICIANO.

Ponte a su lado.)

LUPERCIO.

Reñid, hidalgo, pues tenéis amigos.

(FAUSTINO *a meter paz.*)

FAUSTINO.

¡Ténganse! ¡Paz, señores! La justicia.

LEONCIO.

Huye, Clarino.

CLARINO.

Ven por aquí, Ansaldo.

FAUSTINO.

Sosegaos, pues que ya la gente es ida.

LUPERCIO.

¡Que no aguardaran!

FAUSTINO.

Bueno está, señores.

LUPERCIO.

¿Qué tan bueno si tres con uno riñen?
¡Bellacos! ¡Gallinazas! ¡Fanfarrones!
En parte me pesó de haber llegado,
que yo sé bien que aqueste caballero
les hiciera correr más que de paso.—
Gallardo sois ¡por Dios! Dadme esos brazos.
Soldado, al fin. ¡Qué bien! ¡Qué diestramente
metió los pies y la embistió de puño
al de la mano diestra, y al instante
revolvió de revés al de la izquierda!
Digo que me volváis a dar los brazos.

LEANDRO.

Honra me hacéis en eso; que yo os juro
que en mi vida me he visto para menos.

LUPERCIO.

No se ha echado de ver. ¡Pluguiera al Cielo
que tal espada viera yo a mi lado
cuando mis enemigos con ventaja
me acometieran! ¿Sois de aquesta tierra?

LEANDRO.

Y nacido en Madrid, para serviros
de donde habrá que falto algunos años.

LUPERCIO.

Si casa no tenéis muy apropósito,

por vida vuestra que ocupéis la mía,
que en aqueste lugar hay falta de ellas.

LEANDRO.

Vivo en la de mis padres, donde tengo
una hermana que es todo mi regalo.
Recibo la merced y no la acepto.

FELICIANO.

¿Sobre qué es la cuestión?

FAUSTINO.

Sobre palabras
que no faltan al juego, porque vienen
como la sombra tras el sol. A todo
me hallé presente, y cuando fueron ellas
de mayor importancia, las espadas
son para las palabras como plumas
que borran las ofensas que la lengua
a veces en papel de la honra escribe.

FELICIANO.

¿Vuesa merced conoce esos hidalgos?

FAUSTINO.

Sí conozco.

FELICIANO.

Pues háblelos y véngase
poco a poco por esta calle.

FAUSTINO.

Harélo.

(*Váyase* FAUSTINO.)

FELICIANO.

(Harémoslos amigos, pues no hay cosa
de que satisfacer se deba alguno.)

LEANDRO.

Que no hagáis caso de eso ¡por mi vida!
Venid hacia mi casa, porque os quiero
tener de hoy más por grande señor mío.

LUPERCIO.

Seré criado vuestro.

LEANDRO.

Y a este hidalgo
el mismo amor ofrezco.

FELICIANO.

Y yo os le pago
con la afición que os he cobrado en veros
tan gallardo soldado con la espada
y tan buen cortesano con la lengua.

LEANDRO.

Aquí cerca es mi casa, y la que es vuestra.

LUPERCIO.

De las nuestras decir podéis lo mismo.—
¿Cuál hombre, Feliciano, en un instante
se ha podido alabar de tanta dicha?
¿No ves cómo me lleva con su gusto
a su casa, en que ya seguramente
entrar podré si esta amistad confirmo?

FELICIANO.

Calla, que puede presumir tu gusto.

LUPERCIO.

¡Oh, pendencia dichosa! ¡Oh, juego santo!

FELICIANO.

¿Santo dijiste? Debes de estar loco.

LUPERCIO.

Ya lo sé, Feliciano.

FELICIANO.

Porque dicen
que en el infierno están con igual fuego
quien inventó la pólvora y el juego.

(*Váyanse, y salga* AURELIANA, *dama, hermana de este* LEANDRO, *y* ARSINDO, *criado.*)

AUREL. Por más que tú me consueles,
Arsindo, de aquesta vez
pienso quemar los papeles.
ARSINDO. ¡Qué riguroso jüez!
AUREL. Y tú blando, como sueles.
Tráeme una vela aquí.
ARSINDO. ¿Qué deben los inocentes
para quemallos ansí?
AUREL. ¿Inocentes?
ARSINDO. Pues ¿no?
AUREL. Mientes,
que no lo son para mí.
ARSINDO. Castígalos en ausencia
de su dueño, no me espanto.
AUREL. Lo mismo hiciera en presencia;
que en cosa que daña tanto
no puede haber inocencia.
ARSINDO. ¿Qué tienen?
AUREL. Tienen amores,
requiebros, gustos, favores,
enojos, desdenes, iras;
en fin, todo son mentiras;
mientras más largos, mayores.
ARSINDO. Y ¿cuándo has visto quemar
a nadie por mentiroso?

AUREL. Merecerlo ha de bastar.
¿Hay pecado más odioso
y digno de castigar?
ARSINDO. La ingratitud es mayor.
AUREL. Y ¿no es mentira también,
pues falta la fe al deudor?
ARSINDO. ¿Y la traición?
AUREL. Pues di, ¿quién
miente como el que es traidor?
Tráeme la luz aquí.
ARSINDO. Voy por ella.
AUREL. Ansí, enemigo,
¿el venir mi hermano aquí
fué delito del castigo
que queréis hacer en mí?
¡Tantos días sin hablarme,
y estoy por decir sin verme!
En éstos quiero vengarme,
aunque sé que ha de ofenderme,
más que me vengue, el faltarme.

(ARSINDO *con una luz.*)

Muestra, que con propio fuego
a encenderlos me atreviera.
Pero ya a ser nieve llego.
ARSINDO. Antes que hagas la hoguera,
que te despidas te ruego.
AUREL. Bien dices, hablarlos quiero.
Estáme atento y verás
lo que decirles espero.
ARSINDO. Ya sobre Tarpeya estás
más rigurosa que Nero.

AURELIANA.

Aquí arderéis, pues celos os desdoran
¡oh, papeles de historias fabulosas!,
y no como inocentes mariposas
entre la llama cuya luz adoran.
Casas donde jamás verdades moran,
arded con vuestras máquinas hermosas,
que en vuestras escrituras mentirosas
sirenas cantan, cocodrilos lloran.
Ya es bien que ardáis sin que mi llanto prue-
a deshacer la llama a que os entrego, [be
que nadie al mentiroso amparar debe.
Y no os agravio; que yo sé que luego,
si sois de fuego, el fuego será nieve,
y, siendo nieve, mataréis al fuego.

(*Entren, al quererlos quemar,* LEANDRO, LUPERCIO *y* FELICIANO.)

LEANDRO. Entrad y veréis mi hermana.
LUPERCIO. La casa es un grano de oro
y una cifra cortesana.
ARSINDO. (¡Tu hermano!)
LEANDRO. Aquí, señor mío.
LUPERCIO. Y aquí mora una cristiana.
LEANDRO. Hermana, ¿qué vela es ésta?
¿Para qué la han encendido?
AUREL. Para dos cosas se apresta.
Ando a buscar un perdido,
y hago, de hallarle, fiesta.
LEANDRO. Y ¿hallástele?
AUREL. Cuando entraste.
LEANDRO. Discreta en el gasto fuiste.
¿Con lo mismo que le hallaste
fiesta y luminaria hiciste?
AUREL. Mátala y la fiesta baste;
que con lo mismo que hallé
estoy a matar candelas,
porque le ha faltado fe.
LEANDRO. ¿Por qué en buscar te desvelas
cosa en que fe no se ve?
AUREL. Era un retrato de un moro
que ha días que anda perdido.
(*Hablen los dos de oído.*)
LUPERCIO. (¿No es hermosa?
FELICIANO. Como un oro.
Con disculpa la has querido
y yo con culpa la adoro.
LUPERCIO. ¿Cómo dices?
FELICIANO. Que no es nada.)
(¡Triste de mí! Que habrá un mes
que, siguiéndola tapada,
que iba a misa a San Andrés,
se asió su manto a mi espada
y, desasiéndola, vi
su rostro, que me mató.
Seguíla, habléla y creí
que era solamente yo
quien este bien merecí.
¿Qué haré? Mas quiero callar.
Mi amor he de proseguir,
pues hallé por donde entrar.)
LEANDRO. (Comenzamos a reñir
y pudiéranme matar;
pero llegaron los dos
y, huyendo de la justicia,
se fueron.
AUREL. ¡Válame Dios
y cuánto el juego te envicia!
LEANDRO. Eso, sí, reñidme vos.
Ya es hecho. Mira que quiero
que cenen éstos conmigo.)

(ARSINDO *éntre.*)

ARSINDO. Aquí busca un caballero
a mi señor.
LEANDRO. ¿Si es amigo?
LUPERCIO. Que es aquel hidalgo, infiero,
que puso paz.
LEANDRO. Sí, Faustino,
que así creo que se llama.
LUPERCIO. Que son paces imagino.
FELICIANO. Id, que entre tanto a esta dama
besar los pies determino.—
Estaréis alborotada
con la quistión.
AUREL. Más estoy
con vuestra visita.
FELICIANO. En nada
tengo ventura.
AUREL. Yo os doy
mi fe que soy desdichada.
Ese hombre que entró aquí
¿es vuestro amigo?
FELICIANO. Señora,
bien puedo decir que sí,
porque ha diez años que mora
sola un alma en él y en mí.
Cuando os vi no imaginé
que érades cosa tan suya;
mas pues os vi y os amé,
que hay entre los dos se arguya
aquel alma que os conté.
Él está muy adelante,
yo en quereros no le ofendo,
pues que lo dejo al instante;
que ser vos su prenda entiendo
y él vuestro adorado amante.
Antes de veras os pido
conozcáis su voluntad
con el favor merecido.
AUREL. Si es tanta vuestra amistad
como me habéis referido,
sabed que este hombre es ingrato,
y que en términos crueles
tanto excede del buen trato,
que hoy quemaba sus papeles
para quemalle en retrato.
Esta vela fué en razón
de hacer esta inquisición,
aunque, en fin, la suspendí,
que a esta luz sus ojos vi,
que luces del alma son.
FELICIANO. Yo sé bien que no ha podido
veros porque anda ocupado,
y el haber aquí venido
por la amistad que ha trazado,
señora, posible ha sido;
que el yerro fuera menor
a no faltarle la entrada.
AUREL. Que os crea será mejor,
que una ausencia disculpada
enciende más el amor.
Ya es amigo de mi hermano,
de tal manera, que quiere
que hoy cenéis con él.
FELICIANO. No en vano
de su nobleza se infiere
vuestro valor soberano.
Díjome Lupercio allá
que os diga de qué manera
le mandáis que os hable ya.
AUREL. De noche, que se va fuera
mi hermano, hablarme podrá.
FELICIANO. ¿Por dónde?
AUREL. Por esa reja,
y escribirme, cual solía;
pero yo sé que se aleja
como de la noche el día
y que por otra me deja.
FELICIANO. No hace ¡por Dios!, señora.
Pero si viniendo a hora
que esté fuera, hablar no puede,
¿cómo haré que el papel quede
donde le halléis?
AUREL. Quiero agora
valerme de una invención;
que yo dejaré al balcón
colgado un hilo a la calle,
donde Lupercio le halle
las noches que escuras son.
Átele allí, que después
yo tiraré desde adentro
y le cogeré.
FELICIANO. ¿Quién es?

(LUPERCIO *éntre.*)

LUPERCIO. Yo, que a verte, mi bien, entro,
y aquesos brazos me des.—
Ve a la puerta, Feliciano,
y entretendrás a su hermano,
que ya los he hecho amigos.
FELICIANO. Voy.
LUPERCIO. ¿Qué hay? ¿Somos enemigos?
Muestra. ¿Retiras la mano?
AUREL. ¿Que la alargue, traidor, quieres?
LUPERCIO. ¿De qué me puedes culpar?

AUREL. De nada, que hombre, al fin, eres.
LUPERCIO. ¡Oh! ¿Podéis ejemplo dar
de firmeza las mujeres?
AUREL. Y cómo si le daremos.
¿No basta ver mis extremos
para que se eche de ver
que es la firmeza mujer
y por eso la tenemos?
LUPERCIO. Si por ser mujer alcanza
que de firmes nombre os den,
que no es más de semejanza,
la mudanza lo es también,
luego también sois mudanza.
AUREL. No has hecho buen argumento;
que aunque mudanza y firmeza
son mujeres, no consiento
que de una naturaleza
ni de un mismo pensamiento.
Lo que hay de la palma al roble
hay de ésta a aquélla ventaja
y de un trato honrado a un doble,
la mudanza es mujer baja,
la firmeza es mujer noble.
Pero de que yo la tengo
con esto a probarlo vengo,
pues con más de un mes de agravios
no he despegado mis labios
ni la venganza prevengo.
Y de que tomarla puedo
ten crédito cierto y llano,
si acaso no tienes miedo.
LUPERCIO. Con sólo nombrar tu hermano
libre de tus quejas quedo.
Éste, mi señora, ha sido
el que no verte ha causado;
mas ya que entrar he podido,
de su amistad obligado,
donde él mismo me ha traído,
¿cómo mi descuido retas
y no echas de ver que estoy,
si mi lealtad interpretas,
adonde remedio doy
a nuestras penas secretas?
Mira que te puedo hablar,
mira que servirte puedo,
mira que ya puedo entrar
puertas que respeto y miedo
pudieron un mes guardar,
mira que Mercurio he sido
que de este Argos con cien ojos
he con mi vara adormido.
Deja esos necios enojos
si no salen de tu olvido.
Lupercio soy más de veras,
Aureliana, que antes fuí.
AUREL. ¡Qué no vencen tus quimeras,
Siempre el crédito les di
que si fueran verdaderas.
Feliciano te dirá
por dónde puedes hablarme.
Vuélvete, Lupercio, allá,
no vengas a remediarme
y esté sin remedio ya.
LUPERCIO. Pues abrázame siquiera.
AUREL. Salte, mi bien, salte afuera.
LUPERCIO. Pues ¿qué he de hacer?
AUREL. Esperar,
que el bien no le ha de alcanzar
quien con paciencia no espera.

(*Éntrense, y salgan en el Prado con mantos* BEATRIZ *y* ELISA, *criada viuda.*)

BEATRIZ. ¿Celos, Elisa, podrán
mayores milagros que éste?
ELISA. Creo que son mal de peste,
que sólo del aire dan.
BEATRIZ. ¡Plega a Dios que sólo sea
aire de imaginación!
ELISA. Celos es mala opinión
de lo que el alma desea.
No entres ya tan furiosa
a dos días de marido,
o cree que le has perdido
en pareciendo celosa.
Este es el Prado. Pues bien,
¿qué ha de hacer si está en el Pra-[do?
BEATRIZ. Mirar alguna ocupado,
por quien me muestra desdén.
ELISA. Todas os perdéis ansí.
No entras bien ¡por vida tuya!,
porque en viéndote tan suya
se descuidará de ti.
Quieren los hombres saber
que no los temen ni quieren;
que, andando dudosos, mueren
aun con la propia mujer.
Descuídate, que si él tiene
algo que le duela acá,
por fuerza aborrecerá
quien a estorbárselo viene.
Y en viendo que estás celosa,
que le estimas y le sigues,
que le riñes y persigues
y sabes alguna cosa,

te mirará con vergüenza
y no te dirá verdad,
por donde la voluntad
a resfriarse comienza.
Dejalle es mucho mejor,
que si ve que sin él vives
y que sus cosas recibes
como quien no tiene amor,
por traerte más contenta
le inclinarás a tus gustos,
que la amistad sin disgustos
el pequeño amor aumenta.
Porque en alzando la voz
la mujer más que solía,
cesa la igual armonía
y anda el revés y la coz.
No digo que un hombre honrado
hará ésto; pero sobra
que te aborrezca de obra
y ande en palabras cansado.

BEATRIZ. ¡Ay, Elisa! Si el amor
tuviera algún fundamento
de razón, ¿qué más contento
que padecer su rigor?
No sólo es amor cansado
por lo que hace padecer,
mas por lo que hace hacer
a un pecho desatinado.
Tomar quiero tus liciones
y no puedo.

ELISA. Pues entiende
que quien agora no aprende
hace después sinrazones.
Fuí casada, ya lo ves;
tuve a mi gusto marido,
por el suyo distraído
de la cabeza a los pies.
Di voces, alboroté
mi casa, mi vecindad,
mis padres, mi autoridad;
sus estaciones busqué,
seguíle, vile y canséle
de suerte, que le perdí,
y en dos años no le vi,
que es lo que un hombre hacer suele.
Dejéle después, y, amando,
sirviendo y mostrando amor,
me le tuvo, y aun mayor
que yo estaba deseando,
porque vino a estar celoso
como yo estuve celosa.

BEATRIZ. ¡Oh, ciencia dificultosa,
amar y tener reposo!
Si os quiere, es con mil recelos;
si no os cela, ya no os quiere.
¡Dichosa la que viviere
con paz y amor y sin celos!

(*Salen* LEANDRO *y* FAUSTINO.)

LEANDRO. Cierto que lo han hecho bien
esos hidalgos conmigo.

FAUSTINO. Muéstraseos Lupercio amigo,
y Feliciano también.
Dos mozos validos son
con quien, si amistad hacéis,
por vuestro el lugar tendréis.

LEANDRO. (Quedo, no es mala ocasión.

FAUSTINO. ¡Buena ropa!

LEANDRO. A hablarla llego.)

BEATRIZ. (¡Qué tierno es el buen soldado!
No hay fogón que más airado
despida a la boca el fuego.)

LEANDRO. (Pesia a tal que es una dama
que va a misa a San Felipe,
a quien, por vella, anticipe
sobre cuantas hay la fama.
Paréceme como un oro;
pero vive acompañada
de una viuda ensabanada
más que canónigo en coro;
tan taimada y bellacona,
que no hay plata en Potosí
para que negocie un "sí".

FAUSTINO. ¡Qué reverenda persona!
La otra está rebozada.
Emprenderé con la viuda
mientras vos la hermosa muda,
ya como el áspid tapada.

LEANDRO. Mirad, pues, qué encantador
hará que escuche.)

FAUSTINO. ¡Ah, mi reina!

ELISA. ¡Ah, mi rey!

FAUSTINO. ¿Quién aquí reina?
¡Ojalá que fuese Amor!

ELISA. Ya no hay Amor.

FAUSTINO. Pues qué, ¿es muerto?

ELISA. Sí.

FAUSTINO. ¿Cómo?

ELISA. Tomóle un toro.

FAUSTINO. Pues ya ¿qué hay?

ELISA. Oro por oro.

FAUSTINO. No lo entiendo.

ELISA. Ya os advierto.

¿No les decís a las damas
que son como un oro?

FAUSTINO. Sí.

ELISA. Pues oro por oro.

FAUSTINO. Ansí;
pero mal nombre le llamas,
que si nos dan su afición
su hermosura les dejamos;
pero el oro que les damos
no tiene más redención.
De suerte que allá se queda
su hermosura y su tesoro,
y nosotros sin el oro.

ELISA. ¿Qué quiere? Así el mundo rueda.

LEANDRO. Deteneos, no os vais, oíd.
No hay remedio. ¿Y es viuda?

(*Entrese, dando del codo a* BEATRIZ.)

ELISA. Siempre que tan necio acuda,
señor Babieca del Cid,
no hallará puerta ni oído.

FAUSTINO. Oro dice que le deis
si mujer de oro queréis.

LEANDRO. ¿Oro pide?

ELISA. Oro pido.

LEANDRO. Quedo. Una cadena quiero
darte esta tarde si estás
hasta las cuatro no más.

ELISA. Sobre esta fuente aquí espero.

(*Entrese* ELISA.)

FAUSTINO. ¿Qué le prometiste dar?

LEANDRO. Una cadena muy buena.

FAUSTINO. Derribaréis una almena
por donde podáis entrar.
Pero ¿cómo sabéis vos
que la dama es tan altiva?

LEANDRO. Es honrada, ansí yo viva.
Bien la conozco ¡por Dios!,
que sé la casa en que vive
y la he visto acompañada
de escudero y madre honrada
que ni admite ni recibe,
y aun creo que un gentilhombre
yendo a misa la llamó
la desposada, aunque yo
no le sé ¡por Dios! el nombre.

FAUSTINO. Mirad que sois moscatel
y recién venido aquí.

LEANDRO. Ojalá me engañe a mí,
que el engaño más cruel
es perder tiempo en servir
una mujer sin gozalla.
Y ¿qué engaño de alcanzalla
le puede a un hombre seguir?

FAUSTINO. ¿No es engaño lo que vale
cuatro comprar por cuarenta?

LEANDRO. Todo es una misma cuenta
cuando el oro al tiempo iguale.
De este que la he prometido
quiero al momento comprar.

FAUSTINO. ¿Qué, en fin, la pensáis dar?

LEANDRO. ¿Qué queréis? Di falso envido;
pero han querido. ¿Qué haré?

(LUPERCIO *y* FELICIANO.)

FELICIANO. Vuestro amigo baja al Prado.

LEANDRO. Seáis, Lupercio, bien llegado.

LUPERCIO. ¿Qué más bien, pues os hallé?
¿Qué hay por acá?

LEANDRO. Estoy perdido.

LUPERCIO. ¿Cómo?

LEANDRO. He topado mi dama.

LUPERCIO. ¿Mas que sé cómo se llama
y no la he visto ni oído?

LEANDRO. ¿Vos?

LUPERCIO. Yo.

LEANDRO. El nombre me decid.

LUPERCIO. ¿No os llamáis Leandro vos?

LEANDRO. Yo, sí.

LUPERCIO. Pues Ero ¡por Dios!

LEANDRO. Fáltale el mar a Madrid,
pero pásole mayor.
Prometila una cadena,
que no me da poca pena.

LUPERCIO. Terrible es un mar de amor.

LEANDRO. He jugado y he perdido.

LUPERCIO. Esta cadena está aquí.
Servíos de ella y de mí.

LEANDRO. Gozalda si sois servido,
que a mi casa volveré,
donde aún tengo algún dinero.

LUPERCIO. Por la fe de caballero
que me enoje.

LEANDRO. No haré.
No hay que hablar. No he de tomalla.

LUPERCIO. Cien escudos es su peso.
Creed que verdad confieso.
Tomalda y bien podéis dalla,
que aquéstos me deberéis.
No es cumplimiento excusado;
que, cuando estéis muy sobrado,
los mismos me volveréis.

FELICIANO. Tomalda ¡por vida mía!
Pagad bien su voluntad,

pues esta misma amistad
podéis hacerle otro día.

LEANDRO. Ahora bien; yo os soy deudor
de cien escudos. Mostrad.

LUPERCIO. Creed que la voluntad
os la está dando mayor.

LEANDRO. Venid conmigo, Faustino,
y alcancémoslas yo y vos.—
Adiós, señores.

LUPERCIO. Adiós.
¡Lindo cuento!

FELICIANO. ¡Peregrino!

LUPERCIO. ¡Qué grande ventura fué
darme Olimpio la cadena.

FELICIANO. Por mi vida, que era buena.

LUPERCIO. Mejor al hombre la eché
de notable obligación.

FELICIANO. Si; mas fué hazaña pesada,
dándoosla el otro prestada,
darla vos sin redención.

LUPERCIO. ¿Puedo hacer más que pagar
a Olimpio?

FELICIANO. ¿Cómo os la dió?

LUPERCIO. El peso me refirió
por si la quería comprar,
y vínele a responder,
sabiendo que la vendía,
que el dinero le daría
si agradaba a mi mujer;
con esto, en fin, me la dió.
¡Mirad qué bien que se emplea!

FELICIANO. No será la dama fea.

LUPERCIO. Así lo imagino yo.
Pensé dársela a Aureliana,
y hésela dado a su hermano;
pero yo sé lo que gano.

FELICIANO. Habréis de pagar mañana,
que Olimpio no da fiado.

LUPERCIO. Pues ¿qué importa?

FELICIANO. Sois un loco.

LUPERCIO. Paseémonos un poco.

FELICIANO. Convida el fresco del Prado.

(*Váyanse, y salgan por la otra parte* BEATRIZ *y* ELISA, *tomando la cadena a* LEANDRO *y* FAUSTINO.)

ELISA. (Tómola con intención
de rendir aquesa peña.)

FAUSTINO. (¡Qué santa es la buena dueña,
oh, fuego de San Antón!)

ELISA. ¿Puédese tocar?

LEANDRO. Pues ¿no?
Yo soy hombre de esas prendas.

FAUSTINO. Tan fino esotro le vendas,
que sin tocarlo compró.

LEANDRO. ¿Podréla hablar?

ELISA. Sí, esta noche.

LEANDRO. ¿Por dónde?

ELISA. Por la ventana;
o si no será mañana,
que ha de ir a Atocha en un coche.

LEANDRO. ¿Qué os dice, si es gente honrada?
Coche hay.

FAUSTINO. Ese sois vos.

ELISA. Adiós, señores.

LEANDRO. Adiós.)

(*Váyanse* FAUSTINO *y* LEANDRO.)

BEATRIZ. ¡Oh, cómo has sido pesada!
¿Qué te quiere ese soldado?

ELISA. ¿No le sacas por la hebra?

BEATRIZ. ¿Cómo ansí?

ELISA. Que te requiebra.

BEATRIZ. Pues ¿cómo a mí?

ELISA. Todo es Prado,
y de aquí a que salgas de él
te has de poner ésta al cuello.

BEATRIZ. ¿Dióla?

ELISA. ¿No acabas de vello?
El soldado es moscatel.

BEATRIZ. ¡Ay de mí! Pues ¿por mi cuenta
la tomaste?

ELISA. Que esto es risa.
¿Tiene por ventura Elisa
otro patrimonio y renta
sino lo que a bobos pesca?

BEATRIZ. Héchome has reír.

ELISA. Y ¿cómo?
Toma, acaba.

BEATRIZ. Ya la tomo.

ELISA. ¡Qué linda, qué alegre y fresca!

BEATRIZ. ¿Qué he de hacer con ella ansí?

ELISA. Es por que el necio te vea
y que la recibes crea;
después será para mí.

BEATRIZ. Mira, Elisa, que soy noble
y honrada por todo extremo,
y que de tu ingenio temo,
por dicha, algún trato doble.
Una mínima esperanza
que a ese hombre por mí le des
vendrá sobre mí después.

ELISA. ¡Qué poquito se te alcanza!
Si me pusiere en desvelos,
¿hay más de volverla a dar?

Déjame agora gozar
de este metal de los cielos.

BEATRIZ. ¡Buena es!

ELISA. Oí decir
que el sol era de oro un día.

BEATRIZ. Antes al oro el sol cría.

(*Entre* LUPERCIO, *su marido.*)

LUPERCIO. (A casa debe de ir.
Sin duda ha salido al Prado.
Huélgome que ya se fué
Feliciano. Llegaré
a Beatriz disimulado.
Ya se ha tapado de mí.
Fingiré no conocellas.)
¿Dónde bueno, damas bellas,
solas, revueltas y ansí?

ELISA. ¡Qué gracioso mentecato!
¿Qué tenemos por "ansí"?

LUPERCIO. Ir sin escuderos.

BEATRIZ. (Di
que somos de bajo trato,
veamos si pica.)

ELISA. Diga,
¿trae algo que darnos?

LUPERCIO. ¡Bueno!
¿Piensan que no sé del freno?

BEATRIZ. (Dile, requiébrale, amiga.)

LUPERCIO. (Aquí quiero asegurar
a mi señora mujer,
como que doy a entender
que al descuido llego a hablar.)
Algunos días atrás
diera yo a vuesas mercedes
hasta cubrir las paredes
y trecientas cosas más;
pero agora que ha querido
Dios darme un ángel del cielo,
que es mi vida, mi consuelo,
que es mi fuente del olvido,
en que ya mis mocedades
hicieron fin y se anegan,
y a cuyos oídos llegan
solamente mis verdades,
¿queréis entender mi pena?
No hay mujer en toda España
a quien diese una castaña,
si fuese la griega Elena.

BEATRIZ. ¡Jesús! ¿Que ya sois casado?
Desviaos, no nos peguéis
la enfermedad.

LUPERCIO. Bien hacéis.

BEATRIZ. ¿Y que estáis enamorado
de vuestra propia mujer?

LUPERCIO. Adórola ¡vive Dios!,
y sospecho que los dos
nos debemos de querer.

BEATRIZ. Y ¿mostráisselo?

LUPERCIO. No, a fe,
por no enseñarla a regalo,
que es en los principios malo;
mas yo se le mostraré.

BEATRIZ. ¿Ha mucho que es vuestra esposa?

LUPERCIO. Ha menos de quince días,
y trae unas fantasías
que me han olido a celosa.
Y si da en esto, yo os juro
que no le vaya muy bien,
que a lo claro habrá desdén
y fingimiento a lo escuro.

BEATRIZ. Pues ¿qué os ha de hacer?

LUPERCIO. Dejarme.

BEATRIZ. ¿Y si os ama?

LUPERCIO. Darme gusto;
que amarme y darme disgusto
no es amor, sino matarme.

(*Descúbrase.*)

BEATRIZ. ¡Ah, perro! ¿No echas de ver
que estás hablando conmigo?

LUPERCIO. ¡Beatriz!

BEATRIZ. ¡Traidor enemigo,
eso ha de hacer tu mujer!
Si en la calle no estuviera
esa cara te quitara.

(*Mira la cadena* LUPERCIO.)

LUPERCIO. Ten los brazos, oye, pára.
¡Buena estás de joya! Espera,
espera ¡por vida mía!

BEATRIZ. ¿Todo lo has de ver?

LUPERCIO. Pues ¿no?
Aquesto mismo haré yo
con otra prenda algún día.
¿Quién te la dió?

BEATRIZ. Una mujer
me la ha dado aquí en el Prado;
digo, aquí me la ha prestado.

LUPERCIO. Pues ¿qué quieres de ella hacer?
¿No tienes joyas?

BEATRIZ. No entiendas
que la tomo por faltarme.

LUPERCIO. ¿Quieres una hora prestarme
la joya?

BEATRIZ. ¿Sobre qué prendas?
¿No ves que es de Elisa?

LUPERCIO. ¿Es tuya,
Elisa?

ELISA. Yo se la di,
que es de una amiga, y de aquí
no hay que imaginar que es suya;
que de en casa de su padre,
fuera del dote, ni vió
una toca de su madre.
Ésta se vende.

LUPERCIO. Pues muestra,
que se la quiero comprar;
pero quiérola llevar,
con gusto y licencia vuestra,
a que la vea un amigo.

BEATRIZ. Mira que la has de volver.

LUPERCIO. A casa podéis volver
mientras que aquesto le digo,
que no quiero acompañaros
porque podrán conoceros.
Luego, mi bien, vuelvo a veros.

BEATRIZ. ¡Qué bien sabéis disculparos!
Anochece ya y decís
que nos han de conocer.
¿No soy yo vuestra mujer?

LUPERCIO. ¿De eso, mi vida, os sentís?
Vamos juntos norabuena.
(Cielos, ¿qué puede esto ser?
O no es buena mi mujer,
o no es ésta mi cadena.)

(FELICIANO *de noche.*)

FELICIANO.

Ya que la escura noche me convida
a coger la ocasión que Amor me ofrece,
quiero ver si de hablar a mi homicida
la tiene el alma que en su luz padece.
La industria de la reja, permitida
para quien, ya casado, no merece
favor de una doncella, será mía,
como su dueño lo será algún día.

Sin alterar su amor, sin descubrille
que es casado Lupercio, ni otra cosa
en que pueda enojalle y deserville,
he de hacer que Aureliana sea mi esposa.
En nombre de Lupercio he de escribille,
y, cuando llegue la ocasión dichosa,
hurtar la bendición con falsas manos
y gozar de sus ojos soberanos.

El hilo cuelga aquí; sí, ya le atiento.
No debe de poder salir a hablarme.
Atar quiero el papel, que gente siento,
y será más seguro retirarme.

(*Ate el papel a un cordel que cuelga de alto. Entre* LEANDRO.)

LEANDRO.

Por mil ventanas discurriendo a tiento,
que a todas he llegado a aventurarme,
vine a dar en aquella que deseo,
mas ni en ella señal ni viuda veo.

Puede ser que la vista me engañase.
Mañana, que irá Atocha, es más seguro.
Que el otro la cadena me prestase...
Qué mucho, pues yo, necio, la aventuro,
que él me la dió por que se la pagase,
lo que antes que amanezca hacer procuro,
y yo la di a palabras, y bien pocas,
de un demonio de Amor entre dos tocas.

Mi puerta está cerrada. Aquí he topado
un cordel y un papel. Cielos, ¿qué es esto?
Parece que en la reja está colgado.
¿Si acaso algunos versos me han compuesto?
Mas no estuviera en la ventana atado.
Sin duda ese papel mi hermana ha puesto.
¡Oh, qué bien a mostrar tu valor vienes!
¿De esta suerte mi honor ahorcado tienes?

Entrar quiero a leerle y ¡por el Cielo,
que si averiguo cosa en mi deshonra,
que he de teñir de propia sangre el suelo
y buscar al traidor que me deshonra!
¿Así en mi casa fijas un libelo
infamatorio de tu vida y honra?
Quiero callar y verle con cordura.
¡Qué no harán pocos años y hermosura!

---

ACTO SEGUNDO

(LUPERCIO, *solo.*)

LUPERCIO. Grandes paciencias convienen
para sufrir y querer
desdichas que amando vienen,
si de una honrada mujer
tan grandes celos se tienen.
Cuán desvelado he pasado
esta noche perezosa
sabrálo quien ha velado,
con alma de Argos celosa,
su honra en dudoso estado.
No sé yo si allá en Argel
cadena ha dado tal pena,
con ser de hierro cruel,
como a mí aquesta cadena
de oro, con tal hierro en él,
que para haberme pesado

el yerro de mi Beatriz,
si es que mi Beatriz ha errado,
vive con falso matiz
de esta apariencia dorado.
Ella es sin duda a quien ama
Leandro y a quien la dió;
luego, en fin, mi honor disfama,
que quien cadena tomó
esclava suya se llama.
Grandes requiebros nacidos
de mi pecho cauteloso
han llegado a sus oídos,
que es muy propio de un celoso
decir requiebros fingidos.
Y en medio de estas ternuras,
con mil razones escuras
sólo confiesa que Elisa
se la dió.

(LEANDRO *con el papel.*)

LEANDRO. (¡Con cuánta prisa,
honor, venganza procuras!
Pero si aqueste papel
es de hombre y no dice en él
muy descompuestas razones,
fiero honor, ¿por qué me pones
en tomar venganza de él?
Si le doy parte a mi hermana
dejaré de averiguar
si fué mi deshonra llana,
porque se ha de alborotar
de cualquier cosa Aureliana.
Disimular es mejor;
que si sólo tiene amor
a un hombre, no es gran delito,
pues no consta de lo escrito
que haya cometido error.
¿Quién será aqueste hombre ¡Cielos!
que con tan fieros desvelos
esta noche me ha tenido?)

LUPERCIO. (Este es Leandro, que ha sido
grave ocasión de mis celos.
Quiero con término honrado
ir procediendo con él,
y no tan desalumbrado,
porque mejor sabré de él
si la cadena le ha dado.)

LEANDRO. (Este es Lupercio. ¿Si acaso
de aqueste papel es dueño?
Sería notable caso.
¡Ay, dete Dios tan mal sueño
como por tu causa paso!
Que creo que esta amistad,
nacida tan de improviso,
es ganar mi voluntad.
¡Ay, honor, con poco aviso
procede tu libertad!
Que granjearme este hombre
para casar con mi hermana,
no es cosa para que asombre,
ni es justo que de liviana
merezca el injusto nombre.
Hablarle quiero, no sea
que aquí dudoso me vea
y entienda lo que presumo.)

LUPERCIO. (En hablalle me resumo,
que él dirá lo que desea.)
¿Leandro?

LEANDRO. Lupercio amigo,
por muy buen agüero tengo
toparos, Dios me es testigo.

LUPERCIO. Y yo, que a buscaros vengo,
en que hayáis dado conmigo.
¿Adónde bueno?

LEANDRO. A palacio,
para venir a las once
a San Felipe de espacio,
donde está un hombre hecho un bronce
leyendo su cartapacio;
que en topando con amigos
luego allí, en discursos grandes,
contamos, como hay testigos,
las cosas de Italia y Flandes
con amigos y enemigos.

LUPERCIO. (¿Si le hablaré en la cadena
no piense que se la pido?)

LEANDRO. (¿Si le diré de mi pena
la ocasión, y por qué ha sido
mi noche de sueño ajena?)

LUPERCIO. (Quiérome determinar.)

LEANDRO. (Determinarme pretendo.)

LUPERCIO. (Mi mal quiero averiguar.)

LEANDRO. (Mi honor remediar entiendo
si de éste vino a enfermar.)

LUPERCIO. ¿Adónde queréis que vamos?
¿Hay algo que ver?

LEANDRO. No sé.
De favor y gusto andamos.

LUPERCIO. (Él oirá presto por qué.)
Todos en buen punto estamos.

LEANDRO. ¿Cómo? ¿Estáis favorecido?

LUPERCIO. ¿Pensáis que aunque acá no demos
cadenas no hemos tenido

esperanzas con que habemos
despertado algún dormido?

LEANDRO. (Por mí lo dice. ¿Si sabe
que le he tomado el papel?)
Mucho es que un hombre se alabe,
que con sólo ser fïel
tiene de un alma la llave;
que es el amor de estos días
interesable en extremo.
Vos, con vuestras bizarrías,
con "¡Ay, que me abraso y quemo!"
vencéis las cadenas mías.
Yo, que ni peno ni lloro,
quiero más gastar el oro
que lágrimas ni cuidado.
Esto tengo de soldado,
que es libro que sé de coro,
y creed que un presto dar
brava voluntad engendra.

LUPERCIO. ¿Qué, pudístela ablandar?

LEANDRO. Está agora como almendra;
hay cáscara que quitar.

LUPERCIO. ¿Es honrada?

LEANDRO. Y desposada
de pocos días, ¡por Dios!

LUPERCIO. ¡Brava empresa!

LEANDRO. Regalada.

LUPERCIO. ¿No habrá allá para los dos?

LEANDRO. Sí; una viudeta extremada.

LUPERCIO. (Mi casa es ésta, ¡ay de mí!) *(Ap.)*
En fin, ¿tomó la cadena?

LEANDRO. Y el cerro del Potosí.
¡Bonita es el alma en pena!
Más sabe que Malgesí.

LUPERCIO. Mirad no os haya engañado.
¿Habéis a la dama hablado?

LEANDRO. Bravamente me desdeña:
no hay nieve, no hay dura peña
como está su pecho helado;
pero la Circe vïuda,
cuando la muchacha rabia,
ella la ensalma y saluda.

LUPERCIO. ¿Qué es tan sabia?

LEANDRO. No es tan sabia
la que hombres en bestias muda.

LUPERCIO. ¿Mas que lo ha de hacer con vos?

LEANDRO. Vos no debéis de querer,
y así os burláis.

LUPERCIO. ¡Vive Dios!
que he querido una mujer,
o nos queremos los dos
más que el agua por abril
la tierra, aunque aquestos días
anda el demonio sutil,
que traigo muchos espías.

LEANDRO. ¿Es buena?

LUPERCIO. Como un marfil.

LEANDRO. ¿Marfil?

LUPERCIO. Sí, que es blanca y dura.

LEANDRO. ¿Escribísla?

LUPERCIO. Algunas veces.

LEANDRO. (Triste, mi verdad se apura.)

LUPERCIO. Pero tengo mil jüeces
para cualquiera ventura.
Como vos me estáis mirando,
así allá me están juzgando.

LEANDRO. ¿Gozáisla?

LUPERCIO. Por eso peno.

LEANDRO. ¿Qué es: matrimonio, o qué bueno?

LUPERCIO. Pues eso voy procurando.

LEANDRO. (Mucho me sosiega el pecho
que proceda por aquí:
mis sospechas ha deshecho.)

LUPERCIO. (Que algo imagina de mí
de sus extremos sospecho:
parece que me ha entendido,
si algo le ha dicho Aureliana,
que por libre me ha tenido.)

LEANDRO. (Esté será de mi hermana,
sin duda, honrado marido.
No me quiero recelar,
sino darle algún lugar.)
Allá me dejo un papel:
aguardad que entro por él,
si es que no queréis entrar.

*(Éntrese* LEANDRO.*)*

LUPERCIO. Este, sin duda, ha pensado
que ser su cuñado puedo,
sin saber que soy casado;
tengo a que lo sepa miedo,
que, en efeto, soy culpado;
mas sé que tengo temor
si el yerro déste es mayor.
Dos mujeres disfrazadas
vienen aquí.

(ELISA y BEATRIZ, *tapadas.*)

BEATRIZ. Ansí, tapadas,
vamos, Elisa, mejor:
él me tomó la cadena,
y, sin duda, que va a dalla.

LUPERCIO. (Como traigo aquesta pena,
la fuerza de imaginalla,

y no imaginalla buena,
me hace aquí parecer
propia la ajena mujer;
pero no es aquel vestido
ni suyo ni conocido.
Gente vil debe de ser.
Quiero entrar, que, por ventura,
el donaire y hermosura
de Aureliana templará
este disgusto, y será
día de mi noche escura.

ELISA. El era, y allí se entró.

BEATRIZ. ¿Que aquésta es la casa?

ELISA. Sí.

BEATRIZ. Cielos, ¿cómo sabré yo,
pues muero, quién vive aquí?

ELISA. ¿Quieres que éntre a verlo?

BEATRIZ. No,
porque si él te ve, no hay duda
sino que hará lo que dice.

*(Feliciano entre.)*

FELICIANO. (Noche ciega, sorda y muda,
mal en confiarme hice
de tu mano torpe y ruda:
encomendéte el papel,
por la respuesta volví;
pero hallé sólo el cordel
que fué no servirme a mí
estar mi esperanza en él.
No hallé nada, mas colgada
la esperanza, que es nonada,
y así la esperanza hallé;
mal hice, pues me fié
de una mujer embozada.
Eso eres, noche, eso eres:
tapada mujer, que engañas
y enseñas a las mujeres
más embustes y marañas
que se ponen alfileres.
Pero éstas lo mismo son.)

ELISA. (Pregúntale a Feliciano
el dueño de este balcón.)

FELICIANO. ¿A dó bueno tan temprano?
¿Es la ordinaria estación?

BEATRIZ. ¿Queréis, señor caballero,
decirnos quién vive aquí?

FELICIANO. Aquí vive por quien muero,
y muere quien vive en mí
por un hombre lisonjero:
aquí vive una mujer.

BEATRIZ. (¡Ay de mí, perdida soy!)
¿Y es de muy buen parecer?

FELICIANO. Tal, que las señas no os doy,
porque temo no saber;
pero aquí, en resolución,
nace el sol, siendo el Oriente
los marcos de aquel balcón,
y la nieve de una frente
hace las almas carbón.

ELISA. Mas ¡qué buena que será
en invierno esta mujer,
que, de carbón que tendrá,
debe de ser Lucifer
si las almas quema allá!

BEATRIZ. El verano esa señora
aún es buena, si atesora
en la frente tanta nieve:
dichoso el galán que bebe
el amor en cantimplora.
¿Tiene más señas, decid?

FELICIANO. Pícaras, ¿no me conocen
por criollo de Madrid?
(Haré que se desembocen.)

BEATRIZ. ¡Teneos! ¡Pasito! Oíd,
decidnos de esa mujer,
porque somos alcagüetas,
y la queremos vender.

FELICIANO. Que ya conozco esas tretas.
¡Por Dios, que las he de ver!

BEATRIZ. Decidnos esto y veréis
lo que quizá no penséis.

FELICIANO. Bueno; reinas os haréis,
y por ventura fregáis
los platos en que coméis.

BEATRIZ. Ya el oficio dicho habemos.
Un indiano nos envía
para que solicitemos
esta mujer.

FELICIANO. ¿Y si es mía?

BEATRIZ. Si es vuestra, nos volveremos.

FELICIANO. Pues bien os podéis volver,
que es muy mía esta mujer.

BEATRIZ. Si es tan vuestra, ¿cómo entró
aquí un galán que sé yo
que la viene a pretender?

FELICIANO. ¿Galán? Sería su hermano.

BEATRIZ. No tiene Lupercio hermana.

FELICIANO. ¿Lupercio entró?

BEATRIZ. Y es muy llano.

FELICIANO. ¿Lupercio con Aureliana?
Eso es pensamiento vano.
Y perdonadme, señora
Beatriz, que os conozco agora.

Sosegaos y andá con Dios.
BEATRIZ. Mal conocéis a las dos.
FELICIANO. Quien esto busca, esto llora.
No os enseñéis a escuchar,
que oiréis vuestro mal.
BEATRIZ. No quiero
con tal hombre porfiar.

(*Entre* LEANDRO.)

LEANDRO. Por la fe de caballero
que los he dejado hablar,
porque me ha dado contento
sospechar que es casamiento.
Basta que soy alcagüete.
Mas ¿qué suceso promete
amor con encerramiento?
(Dos tapadas hay aquí.
Pues ¿cómo en verme se van?)
Señoras, ¿qué traigo en mí?
BEATRIZ. Déjenos, señor galán.
LEANDRO. Ea, ¿a fe búscanme a mí?

(*Váyase* LEANDRO *con ellas.*)

FELICIANO. ¿Hay suceso más gracioso?
Mi soldado va picando
en aquel manto brioso;
Lupercio allá dentro hablando,
y yo acá fuera celoso.
¿Qué haré? ¿Si entraré? Ya sale.
LUPERCIO. (No hay gloria en Amor que iguale
a una pendencia aplacada,
y que, tras muy enojada,
una mujer se regale.
No me atreví a detenerme
por que no vuelva su hermano
y forme celos de verme.
FELICIANO. ¿Lupercio?
LUPERCIO. ¿Qué hay, Feliciano?
FELICIANO. Quien bien ama poco duerme.
LUPERCIO. Hoy, amigo, pude hablar
esta fiera.
FELICIANO. ¿Cómo fiera?
LUPERCIO. ¿Vino ayer a concertar
contigo que la escribiera?
FELICIANO. Sí, y en aqueste lugar.
LUPERCIO. ¿Y que ataría el papel
de un cordel y aquella reja
tendría asido el cordel?
FELICIANO. Sí dijo.
LUPERCIO. Pues justa queja
tengo de tu amor fiel.
¿Cómo no me has dicho nada?
FELICIANO. No entendí que anoche fuera.
¿De eso Aureliana se enfada?
¿Y en qué paró la quimera?
¿Mas que no está desmayada?
LUPERCIO. En un abrazo paró,
que honestamente me dió.
FELICIANO. ¿Tocaste el rostro?
LUPERCIO. ¡Jesú!
Como se le tocas tú.
FELICIANO. (La sangre me revolvió.)
Mas ¿no sabes qué ha pasado?
LUPERCIO. ¿Hay de nuevo alguna cosa?
FELICIANO. Aquí tu Beatriz ha estado,
que sin duda está celosa,
y te ha seguido y buscado.
Y no pára en esto el cuento,
que Leandro va con ella,
muy galán, bebiendo el viento.
¡Por Dios, que la burla es bella
y gracioso el pensamiento!
Tú allá dentro con su hermana
y él acá con tu mujer.
LUPERCIO. (¡Ah, mujer falsa y liviana, (*Ap.*)
que no vienes tú a saber
si quiero bien a Aureliana,
sino a buscar con más pena
a Leandro, que en el Prado
ayer te dió mi cadena!)
FELICIANO. Parece que te has turbado.
LUPERCIO. ¿Es esta desdicha ajena
para no sentir mis duelos?
FELICIANO. Perdona, amigo, su error,
que todos esos desvelos
nacen de tenerte amor,
y de este amor estos celos.
Hete dicho, aunque sabía
la pena que te daría,
que vino Beatriz, a efeto
de que, como hombre discreto,
sosiegues su fantasía.
Que si de aquí no le echara
con decir que es mi mujer
esta dama, adentro entrara
y te diera en qué entender
con decírselo en su cara.
LUPERCIO. ¿Tu mujer dijiste que era?
FELICIANO. Con eso se sosegó.
LUPERCIO. ¡Ah, celos! ¡Brava quimera!
Por dicha amor la obligó
y no el que Leandro espera.
Pero si con ella va,
¿quién dudará que me ofende?

Ella me ha visto entrar ya;
si con esto se defiende,
por hoy disculpada está.
Lo que yo tengo que hacer,
oye aparte, Feliciano,
es decir que es tu mujer,
si en esto aprieta la mano,
y que lo podrá saber;
y Aureliana advertiremos
para que lo mismo diga,
y a que lo oiga la traeremos.
(Que lo que el honor me obliga (*Ap.*)
de espacio lo entenderemos.
No quiero arrojar el seso,
ni por un solo testigo
hacer algún mal suceso,
que dilatando el castigo
substanciaré su proceso.
Pero ha sido caso extraño
que viéndome la cadena,
causa de todo mi daño,
me la alabó por muy buena
Aureliana con engaño.
Yo de falso respondí
que la tomase, y tomóla;
mal hice, y al fin la di;
que por un "sí" una vez sola
en otra mayor me vi.
Diera por no haberla dado,
si fuera señor, mi estado,
mi reino si fuera rey.
¡Oh, Amor, a qué dura ley
traes un hombre condenado!)

FELICIANO. (Cosa que esté éste celoso
de que Leandro acompañe
su mujer.)

LUPERCIO. (¡Qué perezoso
quiere Amor que desengañe
este laberinto honroso!
¿Cómo no voy a saber
dónde van? Mas aquí viene
Leandro.)

(LEANDRO *vuelva.*)

LEANDRO. (¡Oh, bella mujer!)

FELICIANO. (Irnos, Lupercio, conviene;
mira que nos puede ver,
y que de estar a su puerta
le dará imaginación,
que al más dormido despierta.)

LUPERCIO. (¡Bueno voy en mi opinión!
Amor vivo y honra muerta.)

LEANDRO. ¡Que no se dejase ver
mi Beatriz hermosa y bella!
¡Que un manto pudiese hacer
sombra a la mayor estrella
que sale al anochecer!
¿Cómo es esto que a mi casa
venga a buscarme y que es mía
sepa, y como rayo pasa?
¿Cómo en viéndome se enfría
y en no viéndome se abrasa?
Sin duda que es condición
ésta en algunas mujeres
cuando tienen afición:
"Cuando no me ves, me quieres,
y en viéndome, eres león;
búscasme, y huyes de mí;
riñes como hombre cobarde
que viene a matar, y allí
no quiere el temor que aguarde."
Aureliana viene aquí.

(AURELIANA *entre.*)

AUREL. (¿De qué sirve, pensamiento,
que sin ventura queráis
medir las alas al viento,
pues cuando más alto vais
vais con menos fundamento?
Si Lupercio tiene amor,
¿por qué el casarse dilata
tan en daño de mi honor?)

LEANDRO. (Sin duda que aquella ingrata
quiere venderme el favor;
no porque ella no me quiere,
mas porque la amiga impide,
cuando más por mí se muere,
por sacar lo que me pide;
que mis partes considere.
Pues una vez puesto en dalla
¡vive Dios!, que pienso hartalla
de oro como al rey Creso;
que si sólo topa en eso
no se me irá sin gozalla.
Presumo que si topase
un galán que requebrase
esa viudeta cruel,
negociaría con él
que la casada me hablase.
¿Quién será, válame Dios?
Mas Lupercio es extremado.
Allá habemos de ir los dos
aunque ha de ser mi cuñado.)

AUREL. ¿Qué habláis a solas con vos?

LEANDRO. ¡Oh, hermana! Estas pretensiones
de la guerra me suspenden,
que aquí pretenden razones
lo que allá espadas pretenden
y españoles corazones.
AUREL. Muy bien se te echa de ver.
LEANDRO. Memoriales, Aureliana,
me traen a mal traer.
AUREL. Yo vi desde la ventana
darlos a cierta mujer.
LEANDRO. ¿Vístela?
AUREL. Sí.
LEANDRO. ¿Descubierta?
AUREL. No.
LEANDRO. Pues es otra Diana.
AUREL. ¿Casta?
LEANDRO. En castidad enjerta.
Pero ¡por Dios!, Aureliana,
que anima esta vida muerta.
AUREL. ¿Quiéresla?
LEANDRO. Como a mis ojos.
AUREL. ¿Quiérete?
LEANDRO. Pienso que sí.
Pero trae ciertos despojos
de una viudilla tras sí,
que es furia de mis enojos.
AUREL. ¿Pide?
LEANDRO. ¡Y cómo!
AUREL. Pues repare.
LEANDRO. No hay marqués de Mariñán
*de dinare e più dinare.*
AUREL. ¿No basta ser tú galán
y que en tu talle repare?
LEANDRO. Con ése, al fin, le conquisto.
¿Buena es aquesta cadena?
AUREL. No es mala.
LEANDRO. No la había visto,
y por mi vida que es buena.
AUREL. De dártela me resisto,
porque era de mi señora.
LEANDRO. Y prestada por un hora,
¿no me la darás?
AUREL. Si vas
a ver tu dama no más...
LEANDRO. Allá voy ¡por Dios! agora.
AUREL. Irás a darle cadena
a la pedigüeña dama,
y para aquesto no es buena.
LEANDRO. Una concierto de fama.
AUREL. No des ésta, que es ajena.
LEANDRO. ¡Jesús! ¿De dársela había?
A verla voy.
AUREL. Ve con Dios.
Qué mal hice, prenda mía,
en querer daros a vos
donde otras muchas tenía;
mas por no le dar sospecha
fué bien que no la negase.
Y cuando quede deshecha
y su dueño se enojase,
con darle otra más estrecha,
que de los brazos haría
a su cuello, los enojos
sospecho que quitaría.

(LUPERCIO *entre.*)

LUPERCIO. (Aquí está el sol de mis ojos
y de mi tiniebla el día.)
¿Aureliana?
AUREL. ¿Señor mío?
LUPERCIO. Ando por este tu hermano,
que desvelalle porfío,
trazando con Feliciano
un engañoso desvío.
Vile salir y entré luego
a buscar mi hermoso fuego,
mi incendio, mi infierno y gloria,
que me mata la memoria
mientras a verte no llego.
AUREL. Pues ¿qué trazas por mi hermano?
LUPERCIO. Que en viendo en toda ocasión
que te habla Feliciano,
le muestres grande afición,
le des y tomes la mano;
él te llamará mujer,
tú le has de llamar marido.
AUREL. Y esto ¿para qué ha de ser,
que con tal priesa has venido
sólo a dármelo a entender?
LUPERCIO. Porque algunas deudas mías,
hermanas, primas y tías,
han puesto, por estorbarme
que aquí no pueda casarme,
en toda tu casa espías.
Yo, por coger de repente
con un casamiento a todos
y nadie impedirlo intente,
pretendo de varios modos
engañar aquesta gente.
Dígoles que vengo aquí
por gusto de Feliciano,
que, creyendo que es por ti,
no creerán que es por tu hermano.
AUREL. Aciertas, Lupercio, ansí.

Pero ¿qué han visto esas damas
que primas y deudas llamas
en mí que de aquesa suerte
no iguale, por merecerte,
su calidad y sus famas?

LUPERCIO. No es eso.

AUREL. Pues ¿qué?

LUPERCIO. Querría
una gran necia mi tía
pescarse mi pobre hacienda
y darme por encomienda
una cierta prima mía,
necia, si el mundo la vió;
fea, si Naturaleza
durmiendo alguna pintó;
soberbia, con más pobreza
que un poeta.

AUREL. Bien sé yo
que no por otra razón
puedo yo desmerecerte.

LUPERCIO. Esta es, mi bien, la ocasión.

AUREL. Pues yo quiero obedecerte,
bien contra mi condición,
y porque ya me ha picado
de que en eso hayan hablado.
Venga Feliciano aquí,
que quiero hablarle por ti
con estilo enamorado.
¿Daréle manos y brazos?

LUPERCIO. Sí; pero advierte...

AUREL. ¿Qué adviertes?

LUPERCIO. Que no aprietes los abrazos.

AUREL. ¿Qué importa flojos o fuertes
si son fingidos los lazos?

LUPERCIO. ¿Y llamarásle marido?

AUREL. Sí, pues me lo has mandado.

LUPERCIO. Y tu hermano ¿dónde es ido?

AUREL. Creo que anda enamorado.

LUPERCIO. Yo sé que está bien perdido.

AUREL. La cadena que me diste
me pesará que lo esté.

LUPERCIO. Agravio en darla me hiciste.

AUREL. Por no darle celos fué,
que ya se paraba triste.

LUPERCIO. En fin, ¿mi cadena lleva?

AUREL. Y con ella va a su dama,
que es piedratoque en que prueba
todo el oro de su llama.

LUPERCIO. ¿Con ese metal las ceba?
Pues ¡por Dios! que por momentos
bajen aves de sus nidos
rompiendo los claros vientos.

AUREL. Mucho estamos divertidos.

LUPERCIO. Duérmense mis pensamientos
cuando en tu presencia estoy.
Vete.

AUREL. A hacer labor me voy.

LUPERCIO. ¿Eres mía?

AUREL. Hasta la muerte.

LUPERCIO. ¿Firme?

AUREL. Como un mármol fuerte.

LUPERCIO. Júralo.

AUREL. A fe de quien soy.

(*Entrense, y saigan* ELISA *y* BEATRIZ.)

ELISA. Volvió a darme otra cadena.

BEATRIZ. Muestra a ver.

ELISA. Esta es mejor.

BEATRIZ. ¡Oh, confuso y ciego error!

ELISA. ¿Qué dices? ¿Que no es tan buena?

BEATRIZ. Digo que la misma es.

ELISA. ¿Tan presto la conociste
de un hora que la tuviste?

BEATRIZ. Para mí más ha de un mes,
más ha de un año y de dos,
ha un siglo, porque en mis celos
corren mil cursos los cielos.

ELISA. ¿La misma? ¡Válame Dios!
¿Cómo puede ser?

BEATRIZ. No sé.

ELISA. Anda, que te has engañado.

BEATRIZ. Verdad te digo.

ELISA. ¿En qué has dado?

BEATRIZ. En lo que es y en lo que fué,
y ya caigo en lo que ha sido.

ELISA. ¿Cómo?

BEATRIZ. Como se la dió
a la dama donde yo
hoy vi entrar a mi marido,
y ésta debe de tener
por galán o esposo ya
éste que a ti te la da,
y, como dama o mujer,
se la dió, y él luego a ti.

ELISA. Notable discurso has hecho.

BEATRIZ. Muestra y pondrémela al pecho
por que la conozca en mí,
que este modo es el más bueno
para ver este traidor,
que no guarda bien su honor
quien menosprecia el ajeno;
y este soldado, o demonio,
entreténle, aunque me mate.

ELISA. Tú harás algún disparate.

Que no sufre el matrimonio
celos ni burlas pesadas.

BEATRIZ. Honrada soy. Vuelve el Cielo
por mi honor.

ELISA. No es ese el celo
de las mujeres honradas.

BEATRIZ. Déjame. Vete de aquí.

(LUPERCIO *éntre.*)

LUPERCIO. ¿Con quién, mi bien, tantos fieros?

BEATRIZ. Con veros y con no veros.

LUPERCIO. ¿Eso es veras?

BEATRIZ. Señor, sí.

LUPERCIO. ¿Otra cadena?

BEATRIZ. Pues ¿no?
¿Qué es de la que os di?

LUPERCIO. No sé;
a un amigo la presté
que a cierta dama la dió.

BEATRIZ. ¿A qué amigo?

LUPERCIO. A Feliciano.
Perdonad ¡por Dios!, señora,
que él irá a pedirla agora,
en partiéndose su hermano,
en casa de una mujer
con quien se quiere casar.

BEATRIZ. (Éste me vuelve a engañar,
o no le puedo entender.)

LUPERCIO. (¿Que otra vez ¡Cielo! le ha dado
la cadena?)

BEATRIZ. (Que éste diga
que es de Feliciano amiga
y esta joya le ha prestado
parece puesto en razón.
No me quiero alborotar,
pues se puede averiguar.)

LUPERCIO. (¡Con qué notable invención
los celos le aseguré!
Así estuvieran los míos.
Pero el mostrar tantos bríos
es señal que honrada fué.
¿Si me vende Feliciano?
¿Si fué mi mujer a ver
aquella hermosa mujer
y no al soldado, su hermano?
En peligro está mi honor.
Mal hago, pues por mi gusto
me pongo a tanto disgusto.
Quiéroos dejar, loco amor.
Pero ¿cómo ¡oh santos Cielos!,
que me mata su hermosura?
Pero ¿no es mayor locura
si matan mi honor mis celos?
¿Si hablaré claro?)

BEATRIZ. (¿Qué intento
sino hablar con éste claro?
¿No es mi esposo? ¿En qué reparo?
¿De qué tembláis, pensamientos?)
Amigo... (Pero no es bien.)

LUPERCIO. (Yo la quiero hablar, que creo
que esto de andar por rodeo
destruye mi honor también.)
Señora... (Pero es error
querer dejarla advertida
de mis celos, que en su vida
tendrá respeto a mi honor.
Mejor es darla a entender
que Aureliana es dulce prenda
de Feliciano, y que entienda
que es o ha de ser su mujer.)
¿Queréis ir aquesta noche,
amores, conmigo al Prado?

BEATRIZ. A pie no. Busca prestado,
pues hay tantos, algún coche.

LUPERCIO. Mejor irás ¡por tu vida!
a pie y verás a la dama
de Feliciano.

BEATRIZ. Su fama
me tiene a verla rendida.
¿Irá Elisa?

LUPERCIO. La primera.

BEATRIZ. ¿Irás?

ELISA. Pues ¿no, mi señora?

LUPERCIO. Pues, alto. Mientras es hora
de cenar, aquí me espera.—
Tenme tú zapatos blancos.
Quizá mudaré vestido.

BEATRIZ. No sé lo que hoy te ha movido,
que andan los favores francos.

LUPERCIO. Siempre con igual amor
estarás en mis entrañas.

BEATRIZ. ¿De veras?

LUPERCIO. Sí.

BEATRIZ. ¿No me engañas?

LUPERCIO. No ¡por tu vida!

BEATRIZ. ¡Ay, traidor!

(ANSALDO, CLARINO, LEONCIO.)

ANSALDO.

No le he visto después de la pendencia.

LEONCIO.

¡Bravamente blasona!

CLARINO.

Ya, Leoncio,

no es buen término hablar del enemigo,
demás de estar las amistades hechas.
Tracemos una noche a lo tudesco,
en que salgamos todos al escote,
y dejemos espadas y pendencias.

ANSALDO.

Olimpio, por pagarse de una burla
que dicen que le hizo el buen Lupercio...
Ya sabéis por quién lo digo.

CLARINO.

Sí, el amigo
que llegó a socorrer con Feliciano
al soldado Leandro.

ANSALDO.

El propio digo.
Le vendió una cadena en cien escudos
que tiene de oro cosa de cien reales,
y todo lo demás es pura alquimia.
Hoy le pidió dinero, y a la cuenta
le dió ducientos reales, con que ha hecho
una famosa olla, y postres, y antes,
y quiere convidarle, y tras la cena
decirle que no es oro la cadena.

LEONCIO.

Notable burla. Pero ¿cómo el hombre
no conoció su peso ni su lustre?

ANSALDO.

Está todo tan bien disimulado,
que fuera del platero y piedratoque
ninguno decir puede que es de alquimia.

CLARINO.

Según eso, ¿por qué es precioso el oro?

ANSALDO.

Porque es noble metal, rey de metales;
por la color, el lustre, la fineza;
por ser incorruptible y saludable;
porque alegra los ojos, los sentidos,
el corazón y, si es posible, el alma.

CLARINO.

Tienes razón que lo merece el oro.
Pero un diamante que ha subido el precio
cuanto otras piedras finas le han bajado,
¿qué tiene bueno?

ANSALDO.

La dureza sola,
la luz, el fondo, el resistir a todo.

CLARINO.

Anda, que no es razón que me concluye
para valer tan espantoso precio.

LEONCIO.

Haber pocos o haber el mundo dado
en esta estimación, aunque, por cierto,
que tiene mil virtudes singulares.

CLARINO.

Cuéntame, Ansaldo, las de aquesa olla,
y deja estar las del diamante fino.

ANSALDO.

Dicen que lleva un lomo de la madre
del buey del Nacimiento.

CLARINO.

¡Santa cosa!

ANSALDO.

Dos piernas cercenadas, como cuando
las compra el alguacil; cuatro perdices
que han comido la hierba del pinillo;
dos conejos reales...

CLARINO.

No lo entiendo.

LEONCIO.

Quiere decir que son del Rey, Clarino,
y que en el Pardo y Aranjuez nacieron.

ANSALDO.

Un pernil chamuscado allá en Alcántara
como menor de edad, por mal delito;
seis chorizos vecinos de Plasencia,
un salchichón de Génova, dos aves,
dos pies, y no de coplas ni canciones,
una vara de hermosos pasamanos
de longaniza y dos de molinillos
de salchicha, con otras zarandajas.

CLARINO.

Malhaya yo si no me están crujiendo
todas las muelas, que las toma el diablo.
¿Habémonos de hallar en esta cena?

ANSALDO.

Yo no puedo faltar.

LEONCIO.

Ni yo tampoco.

CLARINO.

Allá dicen también que va Faustino,
y que ha de haber comedia de repente,

y un famoso que imita por extremo
a los representantes.

ANSALDO.

¡Linda cosa!
Bajemos hacia el Prado por que luego
volvamos con más hambre.

CLARINO.

Hacia allí cantan.
¿Ha de haber matraquita?

LEONCIO.

Si son malos.

ANSALDO.

¡Oh, quién diese a un mal músico de palos!

(LEANDRO y LUPERCIO, *de noche.*)

LEANDRO. ¿Que érades vos?
LUPERCIO. ¿No lo veis?
LEANDRO. ¡Ah, qué ventura he tenido!
LUPERCIO. ¿Buscáisme?
LEANDRO. Y aquí he venido
tres veces desde las seis.
LUPERCIO. Pues ¿qué se ofrece?
LEANDRO. Esta tarde
hablé a mi Beatriz que había
rezado a Santa Lucía
que sus bellos ojos guarde,
y al decender de las gradas
otra cadena le di.
LUPERCIO. ¿Otra le habéis dado?
LEANDRO. Sí.
LUPERCIO. (¡Oh, penas encadenadas!)
¿Y ella propia la tomó?
LEANDRO. No, mas la santa viuda,
que Beatriz está muda
desde un aire que le dió;
pero por la paraninfa
supe que esta noche puedo
verla y hablarla sin miedo.
LUPERCIO. ¿Y estará muda esa ninfa?
LEANDRO. No, que no será razón
tras dos tan buenas cadenas.
LUPERCIO. (Esas dos serán mis penas.)
LEANDRO. Las cadenas una son.
Sólo hay que a la viudeta
habéis vos de requebrar.
LUPERCIO. Dicen que para ablandar
es ésa linda receta.
LEANDRO. No la han hallado mejor
Hipócrates ni Galeno.
LUPERCIO. Cualquier criada es veneno
y es como araña en la flor;
pero si alegre la deja
el buen amigo fiel,
vuelve la ponzoña en miel
y transfórmase en abeja.
Demos miel a esta viuda
de requiebros. ¿Y es muy fea?
LEANDRO. Si esa miel la paladea
no pongo mi gusto en duda.
No es mala, tiene sainete.
(Perdona, hermana, si he sido
del que ha de ser tu marido
aquesta noche alcahuete.)
Quedo, que abren la ventana.
Embozaos bien.
LUPERCIO. Ya lo estoy.
(Ved, Cielos, a lo que voy
por el amor de Aureliana!
Mas yo os hago juramento
de dejarla y de querer
solamente a mi mujer
si de esta burla escarmiento.
Esto es andar divertido
un hombre que tiene casa;
esto sucede, esto pasa
al que es galán y marido.
Yo me iré como el anguilla
deslizando poco a poco,
y este honor traeré, aunque loco,
como a perro de traílla;
demás, que si le averiguo
culpa, haré, como muy hombre,
que de otro término y nombre
de una legua me santiguo.
Ya están hablando con él.
Quiero llegar embozado.)

(ELISA y BEATRIZ *a la ventana.*)

ELISA. Quiérenos llevar al Prado:
seguilde algo lejos dél,
que allá nos podéis hablar.
LEANDRO. (¿Posible es que oigo esa voz,
que ya no estás tan feroz?)
LUPERCIO. (¿Esto he venido a escuchar?)
ELISA. ¿Dónde está aquel vuestro amigo?
LUPERCIO. Aquí estoy.
LEANDRO. (Llegá, por Dios,
que quieren salir las dos.)
ELISA. ¿No habláis, galán? ¿A quién digo?
LUPERCIO. Duélenme un poco las muelas.
ELISA. (Gentil talle de galán.)
LUPERCIO. (¿No decís que al Prado van?
LEANDRO. Sí.

LUPERCIO. Pues vamos y hablarélas.
BEATRIZ. Ea, señores, adiós,
que allá podremos hablar.

*(Quítense de la ventana.)*

LEANDRO. Esto sí que es negociar.
LUPERCIO. Bien negociamos los dos.
LEANDRO. ¿No es muy linda bellacona
la viuda?
LUPERCIO. Y cómo si es.
LEANDRO. Cubren las tocas que ves
rumbo, guitarra y chacona.
Yo te digo que te dé
mucho gusto.
LUPERCIO. ¿Quién lo duda?
Yo os conoceré, viuda,
y en las tocas pondré el pie,
que si el honor atropellas
deste que agora ha de hablarte,
¡vive Dios, que han de enterrarte
haciendo mortaja dellas!

*(Entren* FAUSTINO *y* FELICIANO, *y* AURELIANA *con sombrerillo y rebociño, y* ARSINDO, *criado.)*

AUREL. Acepto la compañía,
que hay mucha gente en el Prado.
FAUSTINO. Está muy acompañado,
por honras del postrer día.
Ya acaba sus estaciones
el tiempo.
FELICIANO. Aquí habéis de ser,
Aureliana, mi mujer:
no en obras, pero en razones.
AUREL. Ya sabéis que estoy sujeta
a vuestro gusto.
FELICIANO. Yo soy
el que a vos, mi bien, lo estoy.
FAUSTINO. ¡Quién fuera agora poeta
para describir el Prado!
FELICIANO. Ved lo que este necio piensa.
AUREL. Vos lo sois haciendo ofensa
a un hombre en Corte criado,
que, adivinando que hablamos
cosas de gusto, ha fingido
que anda agora divertido
con las fuentes y los ramos.—
Sentaos, por mi vida, aquí,
vaya, Arsindo, y desta fuente
coja el cristal transparente.
FELICIANO. ¿Trae en qué la coja?
AUREL. Sí,
que aquí en la manga he traído
un búcaro.
FAUSTINO. Es extremado.

*(Siéntense.)*

FELICIANO Traila del Caño dorado.
AUREL. ¡Qué linda agua!
FAUSTINO. No ha salido
de la tierra cosa igual.
FELICIANO. Mejor la de Leganitos,
que esto dicen infinitos.
FAUSTINO. Si lo dicen, dicen mal,
que está pesada con ella,
y basta que sean iguales.

*(ARSINDO con el agua.)*

ARSINDO. Ya traigo aquí sus cristales.
FAUSTINO. ¡Bella fuente!
FELICIANO. ¡Hermosa y bella!
AUREL. Caliente está.
FAUSTINO. En esa falta
reparan cuantos la ven.
AUREL. Bebe, Feliciano.
FELICIANO. ¿Quién
merece merced tan alta?
¡Jesú, que pondré la boca
en donde la pones tú!
AUREL. Bien comienzas, por Jesú;
pero la ponzoña es poca.
FELICIANO. Bebí tus fuerzas, y estoy
como un Hércules; Faustino,
bebe.
FAUSTINO. Bríndame con vino.
FELICIANO. Yo, señora, aguado soy.

*([illegible] y [illegible], y detrás LUPERCIO.)*

BEATRIZ. Aquí, junto a estas mujeres,
estaremos bien las dos.
FELICIANO. ¡Hermosa ropa, por Dios!
AUREL. Qué, ¿ya enamorarlas quieres?
LUPERCIO. Esa es Beatriz, Aureliana,
esposa de Feliciano;
aquí verás cómo es llano
que fué tu sospecha vana.
FELICIANO. (¡Vive Dios, que están allí
Beatriz y Lupercio juntos,
que aquellos celosos puntos
deben de andar por aquí!)
LUPERCIO. (Pon a su voz el oído,
verás si la llama esposa.)
FELICIANO. ¿No habláis, Aureliana hermosa?
AUREL. ¿Qué tengo de hablar, marido?
Estoy triste de no ver
a mi hermano por aquí.

FELICIANO. ¿No basta tenerme a mí,
digo, señora mujer?
AUREL. Basta, por cierto, que en vos
veo yo todo mi bien.
FELICIANO. Yo, en vos, el mayor también,
que agora le pido a Dios.
LUPERCIO. (¿Ves cómo han sido tus celos
quimeras desatinadas?)
AUREL. ¿Qué mujeres rebozadas
nos miran y esparcen velos?
FELICIANO. Sospecho que son las tías
de Lupercio.
AUREL. Que ellas son,
pues esta es buena ocasión
para desmentir espías;
háblame, tócame y di
mil requiebros.
FELICIANO. Sí haré.
LUPERCIO. (¡Oh, amigo de grande fe,
qué bien lo finge por mí!)

(*Entre* LEANDRO.)

LEANDRO. Basta que se me han perdido
por detenerme a escuchar
cierto portugués cantar,
por un balcón derretido;
pero aquí los tres están.
¿Lupercio?
LUPERCIO. ¿Es Leandro?
LEANDRO. Sí.
FELICIANO. Tu hermano ha llegado allí.
LUPERCIO. Por Dios, que haces buen galán.
LEANDRO. ¿Qué dicen?
LUPERCIO. Que yo no más
las acompañe a su casa,
porque su marido pasa
a quien desde hoy celos da;
porque al bajar de las gradas
te ha visto dar la cadena.
LEANDRO. Pues ¿qué me manda y ordena?
LUPERCIO. Que mañana, a las diez dadas,
te vea en misa.
LEANDRO. Sí haré.
Llévalas, y pues tuviste
ventura, diles cuán triste
por el no hablarlas quedé.
AUREL. ¿Ah, señor hermano?
LEANDRO. ¿Quién
con ese nombre me llama?
AUREL. Llegad, veréis una dama
a quien parecéis muy bien.
LEANDRO. Mi dama, hermana, está aquí:
dime amores, por tu vida.
¿Dala celos?
AUREL. Desabrida
estuve, mi bien, sin ti.
Ya se levantan.
LEANDRO. Tras ellas
me puedes ir regalando,
y yo te iré requebrando.
AUREL. Harto me holgaré de vellas.
LUPERCIO. Vente, Beatriz, acostar.
BEATRIZ. Vamos, que voy enfadada
de aquella dama.
LUPERCIO. Es cansada.
BEATRIZ. No te debe de cansar.
LUPERCIO. ¿Agora vuelves a esto?
BEATRIZ. Ven conmigo, que estás loco.
LUPERCIO. (A lo menos puedo poco,
pues con mi mujer me acuesto.)
AUREL. (¿Habémoslos de seguir?
LEANDRO. Sí, por tu vida, Aureliana.
AUREL. ¿Soy tu dama, o soy tu hermana?
LEANDRO. De dama me has de servir.)
FELICIANO. (¡Buenos los trocados van!)
FAUSTINO. (¿Por qué huíste?
FELICIANO. Por que temo
a Leandro con extremo,
no piense que soy galán
de su hermana.
FAUSTINO. En amistad
me has de decir tu pasión.
FELICIANO. Yo te he cobrado afición,
y te diré la verdad.)

## ACTO TERCERO

(LUPERCIO *solo.*)

LUPERCIO.

¿Qué me quieres, amor, que me persigues?
Honra, ¿por qué me tratas desta suerte?
Amor, vénceme tú, si eres más fuerte.
Honra, ¿qué haré, que tu furor mitigues?
No es justo, amor, que a tanto mal me obli-
[gues;
hoy mi honra, amor, te quiere dar la muerte;
amor, este propósito divierte;
honra, déjame a mí, si al amor sigues.
Defiende, amor, un hecho tan extraño;
honra, vuelve por mí, que atrás me vuelvo.
Mas ¡ay!, detén, amor, mi espada fiera;
mas no consientas, honra, tanto engaño.

Amor, cobarde estás: ya me resuelvo;
venza mi honra, al fin, y mi amor muera.

(Feliciano.)

Feliciano. Con gran prisa me avisaron
que me llamabas, Lupercio,
y aunque es verdad que me hallaron
entre los de mi comercio,
todas mis cosas cesaron,
que me ha dado el corazón
que estás con algún pesar.
Lupercio. Cuando dos un alma son,
suele esos avisos dar
la misma imaginación.
¡Ay, Feliciano, yo estoy
muerto! Ni vivo ni soy.
Feliciano. ¿Qué tenemos? ¿Hay desdén?
Lupercio. ¡Oh, pesar del querer bien,
a quien ya mil higas doy!
Feliciano. ¿Luego no es amor tu mal?
Lupercio. Yo lo confieso hasta aquí;
pero en esta ocasión tal,
falta el menor mal en mí,
porque ha llegado el mortal.
Feliciano. ¿Que no es amor tu dolor?
Lupercio. Ahorcado muera amor,
que tantos daños me ha hecho:
ya le ha sacado del pecho,
con sus conjuros mi honor.
Si amor espíritu es,
contradicción y deshonra,
que pára en dolor después,
conjurándole la honra,
sale hasta echarse a sus pies.
Feliciano. ¿Y sabes tú que ha salido?
Lupercio. Sí, pues me ha dado señal.
Feliciano. ¿Y es?
Lupercio. Estar arrepentido,
que es moneda de un metal
en desengaños batido;
pero con letras de celo
tal alto, que esta moneda
corre en la tierra y el Cielo.
Feliciano. Pasión tienes.
Lupercio. No hay qué pueda
dar a mi pasión consuelo.
Feliciano. Dime lo que es.
Lupercio. Sí haré;
mas, ¿cómo comenzaré?
Mi mujer, hermano mío...
Feliciano. Mal comienzas.
Lupercio. Yo te fío
que peor acabaré;
obligada, por ventura,
de mi desdén, que no creo
de su honra esta locura,
con vil y infame deseo,
gozar un hombre procura.
Feliciano. Paso, paso, loco, necio,
digno de cualquier desprecio,
¿eso por la boca arrojas?
Lupercio. Pues, y bien, ¿de qué te enojas
si mi honor ha puesto en precio?
Feliciano. Ceso, sabiendo quién es.
Lupercio. Si ha tomado dos cadenas,
¿qué podrás decir después?
Feliciano: muchas buenas
ha vencido el interés.
Feliciano. Ninguna que lo haya sido
el interés la ha vencido,
que, si interés la venció,
ya desde el vientre salió
con ese honor mal nacido.
Dado me has, loco, a entender
que de Leandro te quejas.
Lupercio. Ese sirve a esta mujer.
Feliciano. Desengañado me dejas
de tu necio proceder.
Lupercio. Feliciano, si es templarme,
ya no tienes qué decir,
ni en esto que replicarme:
hoy Beatriz ha de morir,
y luego quiero matarme.
Feliciano. Norabuena. Si es culpada,
yo te prestaré la espada;
pero si no, ¿por qué quieres
quitar de entre las mujeres
una mujer tan honrada?
Lupercio. Feliciano, si lo fuera,
no creas que estoy tan loco.
Feliciano. ¿Qué es lo que agora te altera?
Lupercio. ¿Verla hablar con él es poco?
Feliciano. ¿Con él, dónde? Tente, espera.
Lupercio. Por ella digo que habló
la viuda en la ventana,
y ir al Prado le mandó,
donde, con Aureliana,
hablando anoche te vió.
Feliciano. Mira que los celos hacen
todas las cosas mayores,
y más si de honra nacen,
y que son mucho menores
después que se satisfacen.
Para argüir liviandad

un hombre de su mujer,
y mujer de calidad,
muchas cosas ha de haber
y poca temeridad.

LUPERCIO. ¿Muchas, Feliciano amigo?
Quien muchas aguarda, digo,
que no quiere castigar,
que la honra y el hablar
quieren de presto el castigo.
Hete llamado esta tarde
para matarla.

FELICIANO. ¡Jesú!
¡Dios de tal yerro te guarde!

LUPERCIO. Harto mayor le haces tú
en hacerme tan cobarde.

FELICIANO. Espera, que me ha llamado.
Desde hoy sepamos primero
qué me quiere.

LUPERCIO. ¿Qué, envainado
quieres que tenga el acero
estando el honor manchado?
¿Está descubierto el daño
y está la espada en la vaina
esperando el desengaño?

FELICIANO. Sí, que la razón envaina
los aceros del engaño:
escóndete allí, que sale,
y oirás lo que hablo con ella.

(*Entre* BEATRIZ.)

BEATRIZ. (Poco el consolarme vale,
pues es la mujer tan bella,
que no hay mujer que la iguale.
(*Escóndase su marido.*)
Al fin, yo me determino
a la locura que intento.)
¿Aquí estás?

FELICIANO. Salgo al camino,
señora, a tu pensamiento.

BEATRIZ. Pues saldrás a un desatino.

FELICIANO. ¿Cómo?

BEATRIZ. Anoche pude ver
esa tu bella mujer.

FELICIANO. ¿Dónde la viste?

BEATRIZ. En el Prado.

FELICIANO. Verdad es, que allí sentado
estuve al anochecer.

BEATRIZ. No, que esto más tarde fué.

FELICIANO. En fin, yo estuve; di agora
lo que me quieres.

BEATRIZ. No sé
cómo lo diga.

FELICIANO. Señora,
poco fías de mi fe.

BEATRIZ. ¿Sabes qué es amor?

FELICIANO. ¿Pues no?

BEATRIZ. ¿Y celos?

FELICIANO. ¿Cuál hombre ama
sin ellos?

BEATRIZ. ¿Sabes que dió
amor a Troya la llama?

FELICIANO. Y que el mundo se perdió.

BEATRIZ. ¿Sabes que es locura amar
y celos infierno?

FELICIANO. Sí,
resí.

BEATRIZ. Pues quiérote hablar,
que, pues hay celos en mí,
celos me han de disculpar:
si acaso no te has casado
con esa dama, te ruego,
aunque recibas enfado,
que la dejes, o que luego
dejes de Lupercio el lado.

FELICIANO. ¿Cómo?

BEATRIZ. A decirte verdad,
no te hace buena amistad:
yo lo he visto, yo lo sé.
y pues no te guarda fe,
no le tengas voluntad.
Su hermano de esa mujer
puso los ojos en mí,
y Elisa le da a entender
que negociará mi "sí",
cosa que no puede ser;
porque antes dejará el cielo
de hacer su curso forzoso,
y estará el jardín del suelo
en su asiento luminoso,
y el fuego ardiendo en el hielo,
que falte de lo que soy,
y a Dios esta fe le doy
aunque mi marido fuese
hombre que mi honor vendiese.

LUPERCIO. (Satisfaciéndome voy.)

BEATRIZ. Quise con celos mover
su pecho, a ver en qué estado
tiene el desdén y el querer
que despiertan al honrado
los celos de su mujer.
No duerma Lupercio tanto,
ni tú, pues honrado eres.

FELICIANO. Esto de tomar el mando
tras los hombres las mujeres,

es crueldad, mas no me espanto;
mucho, señora, has sabido,
mas cierto que son antojos
que te ofenda tu marido.

BEATRIZ. Yo lo he visto con mis ojos.

FELICIANO. Pues tus ojos te han mentido.
Vete con Dios, que yo haré
que Lupercio te castigue
el poner falta en su fe
y que tu rigor te obligue
a afrentarme.

BEATRIZ. ¿A mí? ¿Por qué?

FELICIANO. Porque es grande atrevimiento,
viendo que quiero casarme,
decirme con mal intento
que él pretende deshonrarme.

BEATRIZ. En efeto, ¿que yo miento?

FELICIANO. ¿Pues no?

BEATRIZ. Deja los enojos,
que, si miento, yo he mentido
por la boca de mis ojos.
No digas a mi marido,
Feliciano, mis antojos,
que si erré como mujer
enamorada y celosa,
tú, como hombre, has de tener
que amparar nuestra flaqueza.

FELICIANO. Harélo a más no poder,
porque sé que es gran bajeza
el revolver a casados.

BEATRIZ. Cumplirás con tu nobleza,
que es de los hombres honrados
amparar nuestra flaqueza.
Queda con Dios.

FELICIANO. Dios te guarde.

*(Éntrese* BEATRIZ, *y salga* LUPERCIO.)

¿Qué te parece?

LUPERCIO. Que has sido
ángel de guarda esta tarde.

FELICIANO. ¿Ves cómo es bien que el marido
tenga tretas de cobarde?
Cuando de alguna quistión
se sale sin armas bien
y con segura opinión,
bien es que en la vaina estén,
y no el dueño en la prisión.

LUPERCIO. Eres discreto, en efeto:
no tiene precio un discreto;
a Leandro quiero ver.

FELICIANO. Ya te aprieta la mujer.

LUPERCIO. De no amarla te prometo,
que ya no quiero burlarme
con descuidos de mi honor. *(Ap.)*

FELICIANO. (La fortuna quiere darme
lo que, si fuera traidor,
pudiera el Cielo quitarme.)

*(Váyanse, y entre con un papel y una daga* LEANDRO, *tras* AURELIANA.)

LEANDRO. Traidora hermana, ¿qué es esto?

AUREL. Tente, no seas cruel:
lee primero el papel,
verás que es papel honesto.

LEANDRO. Que ya le tengo leído.

AUREL. Pues cuanto en él escribió,
¿qué importa, si lo firmó
con el nombre de marido?

LEANDRO. ¿No importa que una mujer
ande en amores?

AUREL. ¿No es justo
que se case con su gusto
y le comience a querer?

LEANDRO. Y, en fin, ¿quién es?

AUREL. Es Lupercio:
Ya no lo quiero negar.

LEANDRO. Y a mí, ¿qué me puede honrar
cuando fuera más un tercio?
¿Que andando siempre a mi lado
la noche, tarde y mañana,
esté de mi propia hermana
ningún hombre enamorado?
Hoy le tengo de matar,
o se ha de casar contigo.

AUREL. Que es muy honrado, te digo,
y que te pretende honrar:
no creas que ha entrado aquí
jamás con mala intención.

LEANDRO. Mi ausencia y tu inclinación
se juntaron contra mí.

AUREL. Yo la tengo muy honrada,
y en amar a este hombre, más,
de quien no ha sido jamás
tu noble casa infamada;
yo soy de mis padres hija
y él un honesto mancebo
a quien mil respetos debo.

LEANDRO. ¿Quién hay que os enfrene y rija,
quién hay que os gobierne y guíe
con fuerza ni con destreza?

AUREL. Que no hay conmigo flaqueza
que de quien soy me desvíe.
Déjate de soldadescas:
honrada soy, haz tu gusto.

LEANDRO. Con ese tu hablar injusto
bien mi cólera refrescas.—
Toma, Arsindo, aquesta ropa,
dame mi capa y espada,
y esta aventura encantada
sabremos en lo que topa.

AUREL. Yo sé que al hombre hallarás
deste mismo parecer,
porque yo soy su mujer.

LEANDRO. No más, hermana, no más;
no alces la voz, que no es esto
cosa tan justa y bien hecha,
que, amor, al fin, es sospecha,
aunque el amor sea honesto;
Dios juzga los pensamientos,
pero no la vecindad,
que hace historias de verdad
los pequeños fingimientos.
Vaya a llamar a Faustino
Trebacio, porque querría
reñir sin superchería.

AUREL. Que no la habrá.

LEANDRO. Yo imagino
que anda siempre acompañado
de Olimpio y de Feliciano.

AUREL. Este negocio es muy llano.

LEANDRO. Hoy ha de quedar casado,
o no ha de volver con vida.

(*Váyase.*)

ARSINDO. Bravos fieros, bravos retos.

AUREL. Con enojos los discretos,
y más en honor perdida,
van como fuera de sí.

ARSINDO. Pues ¿piensa que te ha gozado?

AUREL. Eso mi hermano ha pensado:
mal crédito tiene en mí.

ARSINDO. Es ordinario temer
y que se pierdan se sabe
los dineros sin la llave,
sin los padres, la mujer.

AUREL. Ven, porque quiero avisar
a Lupercio lo que pasa.

ARSINDO. Si él ha salido de casa,
¿dónde le tengo de hallar?

(LUPERCIO y FELICIANO.)

LUPERCIO. No quiero desengañalle
de mi casamiento, no,
que es dar justa causa yo
para matarme o matalle.
Antes le daré a entender
que eres de Beatriz marido,
porque, viéndote ofendido,
la deje de pretender.
Y esta es gallarda invención
para que olvide mi esposa,
sin que venga a entender cosa
que ofenda mi pretensión,
porque te tendrá respeto
y la dejará de hablar.

FELICIANO. Sí; pero ¿en qué ha de parar
este tu amor sin efeto?
Esta dama es casamiento:
tú no puedes ya casarte;
tu desasosiego es parte
de que vivas sin contento.
Ofendes tu casa honrada,
pretendes un imposible,
y es pertinencia terrible
cortarte con propia espada.
Deja, por Dios, a Aureliana,
que también es este engaño
en su deshonra y su daño,
donde más pierde que gana;
hay mil que la miran bien
y impídesle su remedio.

LUPERCIO. Estoy, Feliciano, en medio
de un mar de amor y desdén.
Dios me lleve, si es servido,
con bien al puerto que veo,
que, a fe de hidalgo, deseo
que halle un honrado marido.

FELICIANO. Yo te digo que le halle
como ella admitirle quiera.

LUPERCIO. Quisiera mucho que fuera
de tus prendas y tu talle.

FELICIANO. No dudes que le hallará;
no te cause aqueso pena.

LUPERCIO. Hoy, fiero amor, tu cadena
colgada en el templo está
del divino desengaño:
padre de tantos perdidos,
hoy cobran luz mis sentidos,
hoy ven mis ojos mi daño:
que, aunque los ciega el amor,
y es su pena aborrecida,
¿cuál es aquel que en su vida
no ha hecho un notable error?

FELICIANO. Con ese arrepentimiento,
Lupercio, tendrás perdón.

LUPERCIO. Como ángel de mi oración,
has respondido a mi intento.

FELICIANO. (Aumentando va por puntos,
amor, el bien que temí.)

LUPERCIO. Oye, que vienen aquí
Leandro y Faustino juntos.

(LEANDRO y FAUSTINO.)

LEANDRO. (No ha sido poca ventura.
FAUSTINO. Llega, por Dios, reposado.)
LUPERCIO. Seas, Leandro, bien llegado.
¡Bueno tanta compostura!
¿Qué traes, qué ha sucedido?
¿No te va bien de favor?
LEANDRO. Lupercio, en cosas de honor
vengo agora divertido:
apártate un poco aquí.
LUPERCIO. De buena gana. ¿Qué es esto?
LEANDRO. Escucha, y sabráslo presto.
LUPERCIO. Como quisieres lo di.
LEANDRO. De Granada a este lugar
habrá veinte años vinieron
mi padre que Dios perdone
que ya sabrás que son muertos.
LUPERCIO. Prosigue, por vida mía,
y no me lleves suspenso.
LEANDRO. Quedamos mi hermana y yo,
ella niña y yo mancebo.
Yo estudiaba y ella hacía
camisas, cuellos y lienzos.
Oí gramática aquí
y a Alcalá partíme luego,
donde al primer curso de Artes
cursé también un requiebro.
No me salió muy de balde,
que al fin del año primero
tuve quistión con un hombre,
pienso que fué sobre celos.
Convínome que dejase,
la dama fué lo de menos
y mi patria lo de más,
con esta hermana que tengo.
Partí a Lisboa, y allí,
con otros dos compañeros,
me alisté en la compañía
del capitán Juan Pacheco.
Pasé a la Tercera y vi
aquel heroico suceso
del Marqués de Santa Cruz,
Marte del cristiano suelo.
De allí fuí a Italia, de donde
a España medrado vengo,
si no de riqueza y galas,
de gallardos pensamientos.
Éstos, y saber que soy
nieto de honrados abuelos,
me obliga a que de mi honra
nadie se vaya riendo.
Mi hermana me ha confesado,
aunque con la cruz al pecho
de esta daga, que sois vos
la pólvora deste fuego;
que la habéis enamorado
y, con papeles y ruegos,
aunque honestos, como es justo,
incitado a casamiento.
El pensamiento es honrado,
eso yo no lo condeno;
la dilación es injusta,
de la dilación me quejo;
que entre tanto los que saben
que soy de esta casa el dueño,
saben que vos me ofendéis
con ese tibio silencio.
Vos, Lupercio, aquesta noche,
esta noche, estad atento,
con ella habéis de casaros
como honrado caballero;
que si lo hacéis, yo os daré
siete mil escudos luego,
y por cadena a mi hermana,
una ejecutoria al cuello;
y si no, pensadlo bien,
mirad lo que hacéis, Lupercio.
¡Viven los Cielos que os mate!
¡Que os mate, viven los Cielos!
LUPERCIO. Bien pudiérades, Leandro,
menos furioso y soberbio,
con menos demostración,
palabras, fieros y retos,
de vuestra hermana y mi esposa
proponerme el casamiento;
pero sois mozo y soldado,
yo amante y cuñado vuestro,
la dificultad que hay
y por quien ya no está hecho
Aureliana la ha sabido.
LEANDRO. Decidmela.
LUPERCIO. Estad atento.
Un tío que Dios me dió
es rico, y por que juntemos
su hacienda y la de mi padre,
que ayer vino de Toledo,
quiéreme dar a su hija,
un demonio que aborrezco,
y yo, por no disgustallos,
quiero casarme en secreto.
LEANDRO. Pues decid la traza vos,

que para todo hay remedio,
sin que entienda vuestro padre
que os casáis.

LUPERCIO. (¡ Cielos, qué emprendo !)
Sacad licencia, Leandro,
para esta noche, y prometo
casarme con vuestra hermana;
pero escuchad lo que pienso.

LEANDRO. Decid y no os congojéis.

LUPERCIO. Darle a Feliciano quiero
un poder para casarse
por mí.

LEANDRO. Yo estoy satisfecho.

LUPERCIO. Yo estaré en casa entre tanto,
y por la mañana, viendo
que sin remedio soy suyo,
lo diré a mi padre Arsenio,
el cual es hombre tan noble,
ttan entendido, tan cuerdo,
que estimará mi elección.

LEANDRO. Daros estos brazos quiero.

LUPERCIO. Basta, vos sois mi cuñado.

FAUSTINO. Grande amistad habéis hecho.
¿ Podemos todos llegar?

LEANDRO. Que llegáis a tiempo creo
que podéis dar parabién.

LUPERCIO. Quedo ¡ por Dios !

LEANDRO. ¿ Cómo quedo?

LUPERCIO. Eso es lo que os dije ahora.

LEANDRO. Basta.

LUPERCIO. ¿ No sois más discreto?
Pero decildo a Faustino
y id por la licencia presto;
mientras a dar el poder
con Feliciano me quedo.

LEANDRO. Pues yo me voy y os aguardo.

(*Váyanse* FAUSTINO *y* LEANDRO.)

LUPERCIO. El silencio os encomiendo.

FELICIANO. ¿ Qué es esto, loco perdido?
Loco perdido, ¿ qué es esto?

LUPERCIO. Locuras son, Feliciano,
desatinos, desconcierto,
que en un enredo han parado
cifra de dos mil enredos.

FELICIANO. ¿ Cómo?

LUPERCIO. Pídeme Leandro,
ya de mis amores cierto,
que con su hermana me case
o que los dos nos matemos.

FELICIANO. ¿ Y habrásle dicho que sí?

LUPERCIO. Sí, pero con un concierto.

FELICIANO. ¿ Qué concierto puede haber,
si estás casado?

LUPERCIO. Éste, necio.

FELICIANO. Di, veamos.

LUPERCIO. Yo le he dicho
que darte mi poder tengo
para que por mí te cases.

FELICIANO. Temerario atrevimiento.
Pues aunque me case yo
con tu nombre, majadero,
¿ no ves que quedas casado?

LUPERCIO. Mentecato, ya lo veo;
pero antes que digas "sí"...
Pero ven en cas de Alberto,
que allá sabrás la invención.

FELICIANO. Más sabes que Ulises griego.

(*Vanse, y salgan* ELISA *y* BEATRIZ.)

BEATRIZ. Con aquesta libertad
desengaño a Feliciano.

ELISA. ¡ Bravos celos !

BEATRIZ. Es en vano
reprimir la voluntad.
Díjele que se guardase
de Lupercio.

ELISA. Mal hiciste.

BEATRIZ. ¿ Qué enfermo en tu vida viste
que con el dolor callase?
Hablando, la furia amansa
este accidente furioso,
y es máxima que un celoso
con sólo el hablar descansa.
Sentí en decirlo templarse
el ardor del corazón;
esto es, Elisa, afición;
esto es amar y abrasarse.

ELISA. Y del soldado, ¿ qué haremos?

BEATRIZ. No hables en el soldado.

ELISA. De vergüenza te he callado
cosas que sin ella hacemos.
¡ Que no supiera yo adónde
le pudiera hallar !

BEATRIZ. ¿ Qué ha hecho?

ELISA. ¡ Oh, traidor, que en noble pecho
tan vil pensamiento esconde !
Basta que quiso burlarte.

BEATRIZ. ¿ Cómo?

ELISA. Estoy muerta de pena.
Era falsa la cadena.

BEATRIZ. Quiero, mi Elisa, abrazarte
por la fiesta que me has hecho,
que esa burla tuya es.

¿Así, viene a ser después
alquimia el oro del pecho?
¡Ay, hombres! Fiad de ellos.

ELISA. Llevéla a un platero...

BEATRIZ. Di,
¿qué te suspendes así?
Deja agora los cabellos.

ELISA. Y díjome que era buena
para hacer una jeringa.
¡Maldiga Dios quien no os pringa,
bellacos!

(*Entre* LEANDRO.)

LEANDRO. (Tras la cadena,
picado como quien pierde,
esta casadilla sigo.)

ELISA. (Este es aquel mi enemigo.

BEATRIZ. ¿Cuál?

ELISA. Yo haré que se os acuerde.)

LEANDRO. (Algo vienen a comprar.
Esta es gentil ocasión.)
Cintas, guantes, colación,
cien reales he de gastar.
¿Quieren algo, por ventura,
reinas? Que habrá quien lo lleve.

BEATRIZ. ¿Cómo que hablarnos se atreve
con tanta descompostura?
Vaya, amigo, norabuena.
Ya este cuento tuvo fin.

LEANDRO. ¡Señora!

ELISA. ¿Alzaré el chapín,
amigo el de la cadena?
Tire, tire por ahí.

BEATRIZ. Ea, galán, embaidor,
a otra parte por amor,
que no le venden aquí,
y trae bellaca moneda
para trocar aficiones.

LEANDRO. Oídme treinta razones
en que disculparme pueda.

BEATRIZ. Dale con ese chapín.

LEANDRO. Oye, casada del Cielo.

ELISA. ¿Conoce a Chapín Vitelo?

LEANDRO. Pienso que era un florentín.

ELISA. Pues no es sino un valenciano.
Camine, bellacotón.

(LUPERCIO *y* FELICIANO *entren.*)

LUPERCIO. (Mi Beatriz y Elisa son.
¿Qué hemos de hacer, Feliciano?

FELICIANO. ¿No ves que le están moliendo?

LUPERCIO. Cierto que es Beatriz honrada.

FELICIANO. Satisfación extremada.

LUPERCIO. Con esto la voy queriendo
con mayor satisfación
que ver lo que pasa allí.
¿No ves que le muelen?

FELICIANO. Sí.

LUPERCIO. Agora es buena ocasión
para remediar su engaño.)
¿Qué es esto, Leandro?

LEANDRO. Agora
lo veis

LUPERCIO. ¿Qué es esto, señora?

BEATRIZ. No es nada.

ELISA. Aqueste picaño
que nos quería cansar
con requiebros.

LUPERCIO. Oíd aquí.

LEANDRO. (¡Que éstas me traten ansí!

LUPERCIO. Procurad disimular,
que el que veis es su marido.

LEANDRO. ¿Quién, Feliciano?

LUPERCIO. Sí, a fe.

LEANDRO. ¿Violo?

LUPERCIO. Creo que sí.

LEANDRO. ¿Qué haré,
que estoy ¡vive Dios! corrido?

LUPERCIO. Dalde allí satisfación,
y hablarélas yo entre tanto.

LEANDRO. De vos, Lupercio, me espanto,
y tenéis poca razón;
pues cuando anoche os mostré
estas damas, era justo
avisarme.

LUPERCIO. Por mi gusto,
y haceros burla, callé.
Mujer es de Feliciano,
el que se casa por mí.

LEANDRO. Y amigo a quien ya le di
de serlo palabra y mano.
Quiérole hablar.

LUPERCIO. Eso es bien,
y prometed no la hablar.

(*Va a hablar con* FELICIANO LEANDRO *y* LUPERCIO *con su mujer.*)

LEANDRO. A ellas podéis llegar,
y disculpadme también.)
(Parece que está enojado
Feliciano, y con razón.
¿Que tuviese yo afición
a prenda de un hombre honrado?
Algún diablo me engañó;

y bien digo, pues fué Elisa,
que, con su fingida risa,
dos cadenas me pescó.)
Señor Feliciano, habladme,
y no os enojéis conmigo,
y como ignorante amigo
con vos mismo disculpadme;
que a saber, no sólo que era
vuestra mujer, mas criada
despedida y olvidada
de vos, jamás la sirviera.
Yo os doy palabra de hacer
enmienda en mi necedad.
Esto es ¡por Dios! la verdad;
de ella lo podéis saber;
apenas la hablé en mi vida;
mi loco amor me engañó.

FELICIANO. Vuestra inocencia sé yo
que es disculpa conocida.
No me deis satisfación,
que no es milagro querer
hablar a cualquier mujer
hallando un hombre ocasión.
De mi casa os serviréis,
como amigo, para honralla.

LEANDRO. Servilla y reverencialla
como adelante veréis.
Las piedras de los umbrales
besaré humilde ¡por Dios!

LUPERCIO. (Muy libres andáis las dos;
del justo límite sales.
Digo que es de Feliciano
mujer la hermosa Aureliana,
y que es de Leandro hermana.

BEATRIZ. Y tú su tercero hermano.

LUPERCIO. Calla, loca, que esta noche
has de ver su casamiento.

BEATRIZ. ¿Darásme aquese contento?

LUPERCIO. Y irás a verlo en un coche,
que así lo tengo trazado.

BEATRIZ. ¿Y entrarás allá?

LUPERCIO. No, a fe.
Sola esta noche seré
galán contigo embozado.
Pide a aquel hombre perdón
y despídete de todos,
que a tus celos de mil modos
quiero dar satisfación.)

BEATRIZ. ¿Ah, caballero?

LEANDRO. ¿Es a mí?

FELICIANO. (Mi mujer te quiere hablar.)

BEATRIZ. Creed que pudo causar
haberos tratado ansí
el no haberos conocido.
Baste aquesta humilde muestra
que soy servidora vuestra.

LEANDRO. De vos y vuestro marido
lo seré yo eternamente,
y ese perdón pido yo,
pues sólo he sido el que erró.

FELICIANO. Tratalde como a pariente,
que esta noche he de casarme,
y es Leandro mi cuñado.

BEATRIZ. Si el parabién no os he dado
disculpa fué el no avisarme.
Allá iré.

LUPERCIO. Vamos de aquí,
que hay grandes cosas que hacer.

FELICIANO. (¡Que éste engañe a su mujer,
a sus amigos y a mí!
¿Hay enredos semejantes?)

BEATRIZ. Elisa, vamos.

(*Vanse* ELISA *y* BEATRIZ.)

LEANDRO. ¿Hiciste
el poder?

LUPERCIO. Sí.

FELICIANO. (Vas muy triste.

LUPERCIO. De que lo esté no te espantes.

FELICIANO. Mira el remedio que ofreces
si estas cosas te alborotan,
que si digo "sí" te azotan
como a casado dos veces.

LUPERCIO. Oye lo que determino.
Cuando ya en la boda esté...
Pero ya te lo diré
despacio por el camino.)

(*Vanse todos. Entran* AURELIANA *y* EVERARDO, *viejo.*)

AUREL. Esto me envía a decir
Leandro, tío y señor.

EVERARDO. Así, sobrina, es mejor.
Dios se lo deje cumplir.

AUREL. Enviábate a llamar
para detener su furia,
que no era tanta la injuria
para quererle matar.

EVERARDO. Hija, estos mozos soldados,
ejercitados en Flandes,
traen corazones grandes
y viénenles apretados;
crecen con cualquier enojo
de manera que revientan.

AUREL. Bien dices, porque se afrentan,
tío, del menor antojo.

EVERARDO. Este hombre ¿viene por fuerza
a hacer este casamiento?
Porque es necio pensamiento.

AUREL. No, señor, que amor le esfuerza.

EVERARDO. Pues si viene por amor,
gózate con él mil años,
aunque de aquestos engaños
no resulta mucho honor.

AUREL. Casarse por un poder
no es casamiento engañoso.

EVERARDO. Estando ausente tu esposo
y no lo pudiendo hacer.
Mas por poder y presente...

AUREL. ¿No ves que ansí lo han trazado
porque quiere el desposado
que no lo sepa la gente,
sólo en razón de excusar
que su padre no lo impida?

EVERARDO. Pues, sobrina de mi vida,
vete [a] acabar de tocar.
Pónteme de veinticinco,
que, aunque viejo, ya retozo
con la boda, y no habrá mozo
que dé mejor que yo un brinco.
Da licencia a mis amigos.

AUREL. Con todos puedes honrarme;
que aunque es secreto el casarme
no es bien que falten testigos.—
¿Hola? Limpiad estas sillas.
Lidia, adereza el estrado.

EVERARDO. Verás, si me desenfado...

AUREL. ¿Cierto?

EVERARDO. He de hacer maravillas.
¿Hay colación?

AUREL. Veinte platos.

EVERARDO. ¿Hay música?

AUREL. Sí, señor.

(Váyase la novia.)

EVERARDO. No habrá mozo que mejor
rompa su par de zapatos.
Alegre es aqueste día
para mí, que la hermosura,
puesto que tiene cordura,
de esta rapaza temía.
Ya dormiré descansado,
que el dinero y otros cebos
un escuadrón de mancebos
traia desatinado.

(FAUSTINO y LEANDRO.)

FAUSTINO.

Habéisme hecho merced de darme aviso,
como a tan vuestro servidor, Leandro.

LEANDRO.

Everardo es aquéste. ¿Señor, tío?

EVERARDO.

¡Oh, hijo! ¡Oh, mi sobrino!

LEANDRO.

Por tu vida,
y así esas canas venzan a mis años,
que anda en tu busca de mi parte Arsindo.

EVERARDO.

Más debo a mi sobrina; al fin conoce
que la he criado. Tú, por lo robusto,
por lo de Flandes, no eres ya tan tierno
como cuando te tuve en estos brazos.

LEANDRO.

Siempre soy yo tu hechura.

EVERARDO.

Eres mi hijo.
¿Has visto a nuestra novia?

LEANDRO.

Está tocándose.

EVERARDO.

Haz este desposorio honradamente.
No hagan falta aquí tus muertos padres.
¿Quieres dinero?

LEANDRO.

Bésote las manos,
que yo tengo el que basta para agora.

(OLIMPIO, ANSALDO.)

OLIMPIO.

Al desposorio vengo convidado.

ANSALDO.

Yo a la fama no más, por ver la novia.

LEANDRO.

Lleguen, hidalgos.

EVERARDO.

Diles que se asienten.

OLIMPIO.

¡Oh, señor Everardo!

EVERARDO.

Llamad música.

LEANDRO.

Todo, señor, se queda previniendo.

EVERARDO.

Llamad la novia, que ya viene el novio.

OLIMPIO.

Regocijados son estos dos nombres.

ANSALDO.

Para esta noche.

OLIMPIO.

¿Y las demás?

ANSALDO.

Muy tristes.

(CLARINO y LEONCIO, y el desposado, muy galán.)

CLARINO.

A fe que viene bueno el desposado.

EVERARDO.

¡Qué bien, sobrino, el serlo representa!
Quiérole dar mis brazos como a hijo.

FELICIANO.

Vos sois mi tío, y yo por tal os tengo.

(ELISA y BEATRIZ y LUPERCIO, embozados.)

BEATRIZ.

¿Si hallaremos lugar, que hay mucha gente?

LUPERCIO.

Para todos habrá, que aún es temprano.
¿No está galán el desposado?

BEATRIZ.

¡Bueno!

LUPERCIO.

Pues a fe que la novia...

BEATRIZ.

¿Qué la novia?
¿Quieres que alborotemos esta fiesta?

LUPERCIO.

¡Oh, plega a Dios, amigo Feliciano,
que no te salga esta mujer celosa,
que más quisiera verte en las galeras
eternamente de Morato Arráez.

ELISA.

La novia sale, ahora puedes verla.

BEATRIZ.

Dios la bendiga. A fe que es una perla.

(AURELIANA, acompañada de EVERARDO, de la mano.)

EVERARDO. Aquí está ya mi sobrina.
Mirad lo que se ha de hacer.
LEANDRO. Léase luego el poder.
LUPERCIO. (¡Oh, máquina peregrina!)
FELICIANO. Esperad, porque primero
os quiero hablar.
LEANDRO. ¿A qué efeto?
FELICIANO. El desposado secreto
es, Leandro, el verdadero.
Lupercio amaba a Aureliana,
a quien yo también amé;
casóse, que fuerza fué
no se casar con tu hermana;
y por que pudiese yo
ser de Aureliana marido,
esto que veis ha fingido.
¿Qué dices?
AUREL. Que me engañó.
LEANDRO. Y yo que he sido engañado.
Pero llegado a este punto,
que aquí estuvo mi honor junto,
si fueras menos honrado,
si fueras un hombre vil,
no ha de salir a la plaza
mi honra.
EVERARDO. ¡Notable traza!
FAUSTINO. ¡Extraño enredo!
OLIMPIO. ¡Sutil!
LEANDRO. Dale, Aureliana, la mano;
dásela.
AUREL. Yo soy tu esposa,
porque tu industria amorosa
te ha premiado, Feliciano.
FELICIANO. Yo sé que sabéis quién soy.
LEANDRO. ¿Que, en fin, no era tu mujer
Beatriz?
FELICIANO. Todo fué querer
traerme al punto en que estoy.
Con Lupercio está casada.
LEANDRO. ¡Que aquese traidor no viera!

(Descúbrase LUPERCIO.)

LUPERCIO. Templa la arrogancia fiera
con quien te rinde la espada,
y que te ha dado, imagina,
cuñado mejor que yo.
LEANDRO. Y no diré yo que no.
Sea Beatriz la madrina
de estas bodas.

BEATRIZ. Aquí estoy.
LEANDRO. Señora, esta casa es vuestra.
BEATRIZ. Del sol que en su oriente muestra
muy aficionada soy.
AUREL. Y yo muy vuestra criada.
Perdonad, que no sabía,
cuando a Lupercio quería,
de este casamiento nada.
ELISA. Y vos ¿no me trocaréis
aquella falsa cadena?
LEANDRO. ¿Cómo es eso? ¿Que no es buena?
ELISA. ¡Qué! ¿Luego no lo sabéis?
LEANDRO. Lupercio me la prestó.
LUPERCIO. Olimpio me la ha vendido.
OLIMPIO. Para todos burla ha sido,
porque él a mí me burló.
LEANDRO. ¿Ella es alquimia?
LUPERCIO. Y es justo
que así Elisa esté pagada
de la pretensión pasada.
LEANDRO. Todo se ha hecho a mi gusto.
LUPERCIO. Como fué falso el concierto,
la falsedad la pagaba.
FELICIANO. Aquí, senado, se acaba
*El Desposorio encubierto.*

FIN

LA GRAN COMEDIA

# DE LA DIFUNTA PLEITEADA

DE

## DON FRANCISCO DE ROJAS

---

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

MANFREDO, *galán.*
BELARDO, *su criado.*
LEANDRO, *galán.*
CAMILO, *su padre.*
CALIXTO, *escudero viejo.*
CELÍN, *esclavo.*
FABRICIO, *viejo.*
ISABELA, *dama.*
FELINO (1), *su padre.*
FULGENCIA, *criada.*
HORACIA, *dama.*
TULIO, *criado.*
ROBERTO, *príncipe.*
*Un* GOBERNADOR.
[DIODORO, *médico.*
CLARINO, *criado.*
LEONARDO, *caballero.*
FONDALIO, } *cazadores.*]
CORINEO, }

---

### JORNADA PRIMERA

(*Salen* ISABELA, *dama, y* FULGENCIA, *criada, con mantos, y* CALIXTO, *escudero viejo, y* BELARDO, *criado de* MANFREDO, *tras ellas.*)

ISABELA. ¡Solemne ha sido el oficio!
FULGENCIA. ¡La música, singular!
ISABELA. Es de la gloria el cantar,
Fulgencia, angélico indicio;
y tanto se agrada Dios,
que en todas las ocasiones
canten salmos y oraciones.
CALIXTO. Devotas venís las dos,
y ansí habláis de ese misterio
como quien pensando estaba
el salmo en que [a] Dios se alaba
en el órgano y salterio.
La música sola es
la que os pareció mejor:
¿no habláis del predicador?
ISABELA. ¿Tan ignorantes nos ves
y tan poco virtuosas?
CALIXTO. No es por la mucha ignorancia,
mas por la mucha distancia
que estáis de sagradas cosas.
Pues donde habláis de los Cielos,
y es su Hacedor alabado,
las dos nunca habéis quitado
los ojos de mil mozuelos.
¿Pues ya ellos en las dos?
¡Rabia en quien osa poner
los ojos en la mujer
cuando los quita de Dios!
ISABELA. Basta, que os ha entrado bien
el sermón, Calixto amigo.
CALIXTO. Por esa parte lo digo,
y porque es fealdad también.
La dama que de discreta
presume nombre tener,
dicen todos que ha de ser:
en el estrado, discreta;
en casa, fregona rota;
cabra en el campo; en la calle,
señora; reina en el talle,
pero en la iglesia devota.
Habéis estado inquïetas
y tan desasosegadas,
que sois de hermosas loadas,
pero no de muy discretas.
Con amigas y vecinas
tal chirriadero traéis,
que parece que tenéis
un nido de golondrinas.
FULGENCIA. Basta, que ya, de escudero,
os hacéis ayo.
CALIXTO. El ser viejo
me obliga a daros consejo.
ISABELA. ¡Qué necio!

---

(1) En el original FELICIO; pero es evidente que el poeta le quiso llamar FELINO, pues dice más adelante:

porque su padre es Felino.
Ahora lleváis más camino.

FULGENCIA. ¡Qué majadero!
ISABELA. Entrad, abrid esa puerta,
y a mi padre lo diréis,
como otras veces hacéis.
CALIXTO. ¿Yo?
ISABELA. Vos. Pues ¿no es cosa cierta?
CALIXTO. Por el toro de San Lucas,
que vos me lo levantáis.
ISABELA. Andá, que ya me enfadáis
con esas gracias caducas.
CALIXTO. ¡Mirad de qué hace extremos!
¡Loca juventud, en fin!
ISABELA. Vente, Fulgencia, al jardín,
que tengo que hablarte.
FULGENCIA. Entremos.

(*Vanse, y queda* BELARDO.)

BELARDO. Ya, para lo que he venido,
he hallado más que busqué,
pues tales nuevas daré
a un ciego amante perdido.
Envióme mi señor
a que esta dama siguiese,
creyendo que fácil fuese
el fin de su ciego amor.
Que si alguna vez le toca
este atributo, es aquí,
pues en un punto le vi
llegar el alma a la boca.
¡Oh, cuánto es digno de nombre
quien tal sentencia compuso!,
que Naturaleza puso
dos venenos en el hombre.
Si matarse le conviene,
no ha menester más enojos
que echar mano de los ojos
o de la lengua que tiene.
Vió Manfredo aquesta dama,
matáronle ojos y lengua,
pues la mira y habla en mengua
de su vida y de su fama.
¡Oh, Amor, comparado al sueño;
como la muerte, enemigo!

(*Sale* MANFREDO, *galán*.)

MANFREDO. ¿Hallaste, Belardo amigo?
¿Sabes la casa y el dueño?
¿Digo casa? ¿El paraíso
de aquel ángel, si es el suelo,
o de aquella estrella el cielo
donde Dios formarla quiso?
¿Hallaste el centro dichoso
de aquella llama divina
que esta alma a pensar inclina
en su Hacedor poderoso?
BELARDO. Aquí verás de tu dama,
señor, en quitando el velo,
paraíso, centro y cielo
del ángel, estrella y llama.
Y ¡por tu vida!, señor,
que, en quitando la cortina,
la pienses menos divina
que la imagina tu amor.
Que bien se puede querer
sin ir al cielo y venir,
pues cuanto puedes decir
se resuelve en que es mujer.
MANFREDO. ¡Bestia, no me des molestia!
Que por quererla no más
de porque es hembra, me das
naturaleza de bestia.
El hombre, que es diferente
al bruto que pace el suelo
en rostro que mira al cielo
y razón que entiende y siente,
más ha de considerar,
en este nombre de amante,
que engendra su semejante,
y más ha de desear.
Si el alma se ha de querer
y el alma es parte inmortal,
¿por qué lo que es celestial
se resuelve en que es mujer?
Mas déjate de ser loco
y dime cuál es la casa
de aquel rayo que me abrasa,
teniendo mi cuerpo en poco.
Que, aunque me ves vivo, amigo,
todo lo que viene dentro
es fuego hasta el mismo centro.
BELARDO. ¿Quién ha de argüir contigo?
¡Vive Dios, que estás sin seso!
Esa es la casa del rayo.
MANFREDO. Ya en mirarla me desmayo,
como [en] la cárcel el (1) preso.
Casa es de hombre principal.
BELARDO. Las armas del frontispicio
son, Manfredo, claro indicio.
MANFREDO. Llega a ver.
BELARDO. ¡Bravo portal!
¡Bravas columnas y mármoles,
corredores y patín!

(1) El texto dice "al".

Y aun se ve dentro un jardín,
flores, fuentes, plantas y árboles.
MANFREDO. El dueño es noble ¡ay de mí!
Mas ¿cómo en tanta belleza
pudo faltar la nobleza?
BELARDO. Un esclavo viene aquí.

*(Sale* CELÍN, *esclavo, con unas almohadas de estrado.)*

MANFREDO. ¿Qué trae?
BELARDO. Unas almohadas.
Sosiégate, ¿qué te alteras?
MANFREDO. Ventura llevarlas fuera
si allí estuvieron sentadas.
BELARDO. Llega, y aviada. (1)
MANFREDO. A lo menos,
besarlas no fuera malo.
BELARDO. Antes extraño regalo.
MANFREDO. ¿No lo han hecho otros tan buenos?
BELARDO. Y ¿cómo?
MANFREDO. ¿En las almohadas
te parece mucho exceso?
BELARDO. Antes gusto dar un beso
donde estuvieron sentadas.
MANFREDO. Dime, amigo, antes que llegues
al mucho bien donde vas,
aunque en el traje que estás
ni te abrases ni te ciegues:
¿quién en esta casa vive?
CELÍN. Felino vive, señor;
un patricio de valor.
MANFREDO. (¡Qué leyes contra mí escribe!)
¿Es su hija la que ahora
de la iglesia, amigo, viene?
CELÍN. Es hija que sola tiene,
y una discreta señora
a quien tiene bien que dar
treinta mil en dote.
MANFREDO. Amigo,
muy cargado hablas conmigo,
por fuerza te has de cansar;
muestra, yo te ayudaré.
CELÍN. No, señor, que bien estoy.
BELARDO. ¿Estás loco?
MANFREDO. Loco estoy,
pues hablo a este ángel en pie.
BELARDO. ¿También es ángel el moro?
(¡Ea, perdióse, no hay más!)
MANFREDO. ¿Y tú sirviéndola estás?
CELÍN. Poco mi servicio lloro,
porque la cautividad
entre gente tan ilustre
es de mi bajeza lustre.
MANFREDO. ¿Quieres tú mi libertad
y darme este pobre traje?
CELÍN. Serviros, señor, quisiera
en cosa que yo pudiera.
MANFREDO. Es turco y noble en linaje.
Estos son hidalgos todos,
ricos, gentilhombres, bellos
y son citas los más de ellos,
de quien decienden los godos.
BELARDO. Pues ángeles los hiciste,
¿qué no los harás ahora?
CELÍN. ¿Queréis bien a esta señora?
MANFREDO. Del alma astrólogo fuiste;
fuiste un nuevo Albumasar,
que pronosticas tan bien
el nacimiento a mi bien
y principio a mi pesar.
Todo el curso celestial
de mis ojos inquiriste,
y por la causa entendiste
los efectos de mi mal.
Améla cuando la vi,
que ahora acabo de vella.
CELÍN. No me espanto, que es muy bella.
MANFREDO. ¿Quieres decille de mí?
CELÍN. Sí diré. ¿Cómo os llamáis?
MANFREDO. Manfredo.
CELÍN. ¿Sois noble?
MANFREDO. Soy.
CELÍN. ¿Rico?
MANFREDO. Fuílo, y pobre estoy.
CELÍN. Yo diré que vos la amáis.
MANFREDO. Toma, y perdona.
CELÍN. Bastaba
que yo os cobrase afición
por bastante galardón.

*(Sale* CALIXTO.)

CALIXTO. ¿Con ese espacio se estaba?
Entre, señor galgo, acá.
MANFREDO. (Lo mejor se me olvidó.)
CELÍN. (Temiéndote estaba yo.)
CALIXTO. ¿Qué replica?
CELÍN. Que entro ya.
MANFREDO. (¡Que no preguntase el nombre!
BELARDO. Calla, que yo lo sabré.)
CALIXTO. Yo os haré sentar el pie.
Entrá dentro.
BELARDO. ¡Ah, gentilhombre,

(1) Así el texto. Quizá "avia".

suplícoos no le toquéis,
porque yo le detenía.

CALIXTO. ¿Y sois vos de Bervería,
que por el perro volvéis?

BELARDO. Traigo unas cartas, amigo,
para esta casa, y ansí
detuve el esclavo aquí,
que no es digno de castigo.

CALIXTO. ¿Son para el señor de casa?

BELARDO. Para su hija Lidora.

CALIXTO. ¿Lidora? Que aquí no mora.
¡Ved en lo que el tiempo pasa!

BELARDO. Digo que mora, y aquí
he de dar la carta.

CALIXTO. Andad
noramala y preguntad
dónde vive por ahí;
y si no sabéis leer,
buscad algún rapacito
que os declare el sobrescrito,
o procuradlo (1) aprender.

MANFREDO. (¡Terrible es la centinela!)

BELARDO. ¿Que no es como digo yo,
Lidora?

CALIXTO. Digo que no.

BELARDO. Pues ¿cómo?

CALIXTO. ¿Cómo? Isabela.

BELARDO. ¿Ansí? Tenéis gran razón,
porque su padre es Felino.

CALIXTO. Ahora lleváis camino;
esos dos sus nombres son.
Fulgencilla es la criada
con quien de misa venía,
y Celín el que traía
el alfombra y la almohada,
y yo, hablando con perdón,
soy Calixto, el escudero.

*(Vase.)*

MANFREDO. Este es grande majadero,
y ha de ser mi perdición;
porque una antigualla de éstas
nunca la vence interés,
y aunque liviano le ves
es traer un monte a cuestas.
Suele un decrépito asir
como gigante una puerta,
que no la veréis abierta
con un cañón de batir.
Que, al fin, con poca destreza
se vence una cosa fuerte,
y éstos son como la muerte,
que defienden con flaqueza.

BELARDO. ¿Ya comienzas a temer?

MANFREDO. No hay empresa que me asombre,
que con este dulce nombre
todas las pienso vencer.

BELARDO. Pues quien este Argos venció
y le engañó con la vara,
hoy te defiende y ampara.

MANFREDO. Y desde hoy te sirvo yo.
Ya, Belardo, eres mi dueño;
tú me has de mandar a mí.

BELARDO. Para servirte nací,
lo demás es sombra y sueño.
Pensemos lo que has de hacer
en esta empresa imposible.

MANFREDO. Seguirla hasta hacer posible
lo que imposible ha de ser.
Gentileza y opinión,
industria y atrevimiento
hallan presto acogimiento
en mujeril corazón.
Leandro, cual yo, perdido
y en ocasión semejante,
en una noche fué amante
y antes del alba querido.
Ero, que también le vió
en un templo, como a mí,
mil veces le dijo "sí"
por una que dijo "no".
Aquí no soy conocido
si no es de dos hombres graves,
que a Sicilia, como sabes,
de Nápoles he venido.
Habémonos de fingir
moros y a este esclavo hablar,
que venille a rescatar
de Túnez pienso decir.
Que con algún interés
dirá el moro que es mi hermano,
quedando fácil y llano
lo que tan difícil es,
porque entraré sin recelo
en este cielo que adoro.

BELARDO. ¡Muy bien en traje de moro
vas para entrar en el cielo!
No te quiero replicar,
que sé que ha de ser sin fruto,
y siendo este moro astuto
podrás a Isabela hablar.

MANFREDO. Pues ven y no te alborotes.

(1) En el original, "procurarlle"

BELARDO. ¿De qué me he de alborotar?
Ya yo sé en qué he de parar.
MANFREDO. ¿En qué?
BELARDO. En docientos azotes.

*(Vase, y sale* ISABELA, FULGENCIA, *criada.)*

FULGENCIA. ¿Que, al fin, el napolitano
más que todos te agradó? (1)
ISABELA. Es Amor rayo inhumano.
Todo un hombre al alma entró
y me quedó el pecho sano.
FULGENCIA. Eso que me dices dudo:
que por donde un hombre pudo
caber no se ve la entrada.
ISABELA. Dejó la puerta cerrada
y entró, como Amor, desnudo.
FULGENCIA. En buen día, buenas obras.
ISABELA. ¡Oh, Amor, que en mil partes faltas
y aquí, sin llamarte, sobras!
Mas de estas sobras y faltas
nombre de muchacho cobras.
¡Que sin que sepa de quién
tantos cuidados me den
unos ojos por quien muero!
FULGENCIA. Bastaba ser forastero
para que le quieras bien;
que para obligar a Amor
no sé qué hechizos se tienen.
ISABELA. Quiero disculpar mi error,
con que son culpas que vienen
sin tener culpa el honor;
porque lo que es accidente
¿no es la razón suficiente
para arrojarse de sí?
FULGENCIA. Si sientes tu culpa ansí,
señal es que el alma siente.
Mas ¿qué has de hacer si ya es ido
y el corazón te ha llevado?
ISABELA. Es fuego recién nacido,
y acabaráse, engañado,
con la ceniza de olvido;
que mucho tiempo encubierto
se consumirá.
FULGENCIA. ¿Y es cierto
que lo acabarás con él?
ISABELA. Podrá la razón más que él,
y un ausente fuego es muerto;
que si presente estuviera,
¿quién duda que con su vista
aumento a las llamas diera?
Presente, es fácil conquista;
ausente, difícil fuera.
FULGENCIA. También podré yo decir
que tengo de quien huír.
ISABELA. ¿Cómo?
FULGENCIA. Tengo a quien querer.
ISABELA. ¿Tú?
FULGENCIA. ¿Soy piedra o soy mujer?
ISABELA. ¿De veras?
FULGENCIA. Hasta morir.
ISABELA. ¿De quién?
FULGENCIA. De aquel entonado.
ISABELA. ¿Cuál?
FULGENCIA. Aquel del ceño hermoso
que estaba del tuyo al lado.
ISABELA. El disfraz está gracioso;
di, Fulgencia, su criado.
FULGENCIA. ¿Criado? Su amigo di.
Mas sea el que fuere, ya fuí
desdichada en tu desdicha.
ISABELA. Yo lo he tenido por dicha,
para no perderme ansí.
Que vista desde el arena
menos mal suele causar
una fingida sirena
que dentro del fiero mar,
donde canta, engaña y suena.
Si visto aquel caballero
me dió la muerte, ¿qué espero
de su lengua venenosa
sino música engañosa
de sirena en mar tan fiero?

*(Entra* FELINO, *padre de* ISABELA, *y* CAMILO, *viejo, y* LEANDRO, *su hijo.)*

FELINO. Quiero que el jardín veáis;
que, aunque es el lugar pequeño,
podrá ser que conozcáis
la inclinación de su dueño.
CAMILO. Y con razón la estimáis,
aunque no sois hortelano,
por pobreza; y esto en vano,
Felino, se os reprehendiera,
cuando por pobreza fuera
tener la azada en la mano.
Léntulos, Fabios, Pisones,
del campo y de la labranza
fueron tan claros varones,
que por la toga y la lanza
dejaron los azadones.
Del arado al consulado

(1) En el original, "ha agradado", que no rima.

era cada cual llamado
y a las graves dictaduras.
FELINO. Libre estoy de esas venturas,
no quiero ser disculpado.
Por sola mi inclinación
cultivo aqueste jardín.
LEANDRO. Y yo en este corazón
de aquel bello serafín.
La esperanza y la afición
nace como el laurel, verde,
que en el invierno cruel
jamás la verdura pierde,
aunque ya la envidia de él
el tronco marchita y muerde.
FELINO. ¡Qué embebecido ha quedado
Leandro, tu hijo!
CAMILO. ¿En quién?
FELINO. ¿Eso es descuido o cuidado?
En la hortelana.
CAMILO. ¡Y qué bien
se ha divertido y turbado!
Ventura en vella ha tenido,
que a un mozo de aquella edad
no hay bien tan bien conocido.
FELINO. Debéisme en esto amistad.
LEANDRO. (¡Fuego en el alma y sentido!
¡Fuego en mí; fuego en mis ojos,
en mi lengua, en mis enojos,
en cuanto soy fuego y luego,
y dichosas de tal fuego
las reliquias y despojos.
Que cuando las lleve el viento
nacerá fénix tan alta
de este primer pensamiento,
que ni en el fuego haya falta
ni pena en el sufrimiento.
¿Para esto vine aquí?
Pero ¿cuándo merecí
tanta gloria y tanto bien?)
FELINO. Quiero que la habléis también.
CAMILO. Leandro, apártate allí.
FELINO. Isabela, ¿en qué entendías?
ISABELA. Entre estas rosas y flores
me traen melancolías.
CAMILO. ¿No serán de mal de amores,
aunque iguales a tus días?
ISABELA. Diferente es mi cuidado.
FELINO. Lléguese a conversación
Leandro y no esté apartado.
CAMILO. ¡Tanta merced y afición!
Mucho me habéis obligado.
Dejalde, bien está allí.
FELINO. Llegue ¡por mi vida! aquí.
CAMILO. Leandro, llegaos acá.
FELINO. ¡Qué vergonzoso que está!
LEANDRO. Bien estoy, señor, ansí.
CAMILO. Recibid esta merced
y conoced esta dama.
LEANDRO. Vos a mí me conoced,
que ya pasa vuestra fama
por la más alta pared;
que aunque estos cimientos duros
de veros hacen seguros
a los ojos más curiosos,
vuestros hechos virtuosos
pasan los más altos muros.
ISABELA. A la merced que me hacéis,
pues tenéis tal discreción,
vos mismo os responderéis,
y de esa buena opinión
lo que es vuestro tomaréis;
que, aunque decirlo consiento,
ya sé que el merecimiento
no llega [a]donde subís.
LEANDRO. Ni a lo menos que decís
alcanza mi pensamiento.
Suele la Naturaleza
dar la fealdad por pensión
de una ingeniosa agudeza,
y a la poca discreción
una acabada belleza.
Pero en vos, tan liberal
repartió de su caudal,
que hizo a las demás agravio,
porque lo hermoso y lo sabio
están en balanza igual.
ISABELA. Cuando yo fuera otro Apeles
y a Narciso retratara
en mis tablas o papeles,
en vuestro ejemplo ocupara
los colores y pinceles.
Y cuando Virginio fuera,
vuestro ingenio encareciera,
y, el de Eneas despreciando,
fuera un Capitán formando.
¿Qué valor mayor tuviera?
CAMILO. (Menester es poner paz.)
FELINO. ¿Qué os parece de la dama?
CAMILO. ¿Qué os parece del rapaz?
FELINO. Que ella es capaz de su fama
y él de su opinión capaz.
CAMILO. No niega ser vuestra hechura.
FELINO. Ni él, de vuestra compostura,
un átomo degenera.)

CAMILO. Ahora bien, sálgase afuera,
que esta es ya mucha ventura.
LEANDRO. Iré, señor. (Pero advierte
aquí aparte.
CAMILO. ¿Qué me quieres?
LEANDRO. Cuando aquesto se concierte, (1)
eres padre, y si no, eres
áspid, arsénico y muerte.
CAMILO. Vete y déjame, loquillo.
LEANDRO. ¡Señor!
CAMILO. No me maravillo
que temas. Tu padre soy.
LEANDRO. ¡Oh, padre, mira que voy
a la garganta el cuchillo!
¡Padre y señor, padre mío,
amado padre y mi bien,
tú me engendraste, y confío
que aquestas venas te den
calor cuando estés más frío!
¿Iréme?
CAMILO. Vete de aquí.
LEANDRO. Todo el Cielo inspire en ti,
y la estrella de mi amor
te infunda aquel vivo ardor
que pudo abrasarme a mí.)

*(Vase.)*

FELINO. ¿No te agradaba el mancebo?
¿No tiene buena habla y talle?
¿No es aquel término nuevo?
ISABELA. Aunque era justo alaballe,
por vergüenza no me atrevo.
Él es tal como ha de ser
rama de tronco tan noble.
CAMILO. Merced me quieres hacer,
mas cuando lo fuera al doble,
no os puede a vos merecer;
que a todas, sin ofenderlas,
que antes es encarecerlas,
hacéis la misma ventaja
que el ciprés a la vid baja
y a los nácares las perlas.
Y por que en duda no estéis
de haber al rapaz traído
adonde visto le habéis,
sabed que concierto ha sido.
ISABELA. ¿Cómo?
CAMILO. Ahora lo sabréis,
y no hay para qué, señora,
hacer exordios ahora,
porque con ese arrebol
ya de la vergüenza el sol
se conoce en vuestra aurora.
Si le queréis por marido,
de vuestro padre y de mí
concierto, Isabela, ha sido.
FELINO. Hoy, para tan justo "sí",
pudiendo mandarte, pido,
no sólo pido, mas ruego,
porque el tuyo y mi sosiego,
hija, consiste en que des
este dulce "sí" a los tres,
y pues es justo, sea luego.
No rodeos virginales,
ni prólogos vergonzosos
te den respuestas iguales,
que son cansados y odiosos
y para ocasiones tales.
Leandro es mozo, tu igual,
noble, rico, principal;
tal, que a ser orden, más justo
fuera yo a saber su gusto,
y no me estuviera mal.
ISABELA. Señor, pues ansí me atajas,
que las ordinarias dudas
por necia vergüenza ultrajas,
y en las palabras desnudas
pones mayores ventajas,
tu hechura soy y nací
para servirte, y ansí
por no ofender mi remedio,
dejo la vergüenza en medio
y digo...
FELINO. ¿Qué dices?
ISABELA. Sí.
FELINO. Has hecho como discreta
sin el retórico plazo
de la voluntad secreta.
CAMILO. Y yo, en su lugar, te abrazo.
No tengas vergüenza, aprieta,
que no soy Leandro yo.

*(Sale LEANDRO.)*

LEANDRO. Yo sí, que aquí me escondió
el deseo de este "sí".
Dile que me abrace a mí.
CAMILO. ¿Cómo, si ha dicho de no?
LEANDRO. No dijo, que aquí escondido
entre estas hierbas hojosas
me he estado, y muy cierto ha ido (1)
el "sí" de su boca hermosa
al alma por el oído.

(1) En el original, "consiente".

(1) En el texto, "sido".

Dadme, señor, esa mano.

FELINO. Basta, que quiso ahorrar
de albricias.

ISABELA. No está tan llano
que la mano os pueda dar.

LEANDRO. Pues si no de manos gano,
con tomárosla, concluyo.

FELINO. Bien puede de lo que es suyo.
Vamos a hacer el concierto.

LEANDRO. (Amor, tanto bien, ¿es cierto?
¡Mucho debo al poder tuyo!)

*Vase. Salen* MANFREDO *y* BELARDO *en hábito de moros, y* CELÍN, *esclavo.)*

CELÍN.

Siendo, cual sabes, turco, ¿dudar puedes
de mi industria, señor? ¿Tú no imaginas
que eso tenemos de los griegos sólo
por vecindad, herencia y parentesco?

MANFREDO.

Por ser cual sois, tan hábiles y prontos
a los engaños, tengo confianza,
Celín amigo, que entrará mi pecho
en la segura casa de Felino
como el caballo de la diosa Palas,
encubriendo sus penas y deseos,
que son de esta conquista los soldados,
y de quien es el Capitán un alma
que va a ganar los muros de Isabela.
Tú tienes, como digo, cien escudos
por el Sinón famoso de esta hazaña,
con que pondrás en libertad tu cuerpo
y en el lugar de tu prisión mi alma.

CELÍN.

Ya digo que servirte sólo estimo,
porque esta obligación debo a lo noble, (1)
y, aunque bárbaro, al fin, nací con ella.
Ya vide un tiempo en que me vi querido
y a mayores peligros obligado,
y tanta fuerza tiene esta memoria,
que a tu favor sin galardón me inclina;
Felino, aunque es discreto, es hombre llano,
digo de entrañas fáciles, hidalgas,
ajenas de malicia y de sospecha;
es de engañar muy fácil cosa un noble,
por mucho que le sobre entendimiento:
toda la casa su bondad imita;
sólo aquel viejo, imagen de la muerte,
casa de la malicia y de la envidia,
aquel Calixto, aquél se opone a todo,
y entre la luna de tu buena suerte
y el sol de la hermosura de Isabela,
hace, como la tierra, un nuevo eclipse.

MANFREDO.

Una vez puesto en el peligro y hábito
que ahora ves, volver atrás sería
villano efecto de temor cobarde;
ese Calixto, que mi sol eclipsa,
haréle yo mi estrella, norte y polo,
como se mira la estrellada imagen:
Calixto en tierra y Elice en el cielo.

BELARDO.

Si éste fuera mujer fuera más fácil
de hacerle el mismo engaño que hizo Júpiter
como te transformaras en Diana.

MANFREDO.

Del mismo autor le pienso yo hacer otro,
en lluvia de oro convertido el pecho.

BELARDO.

¡Oh gran metal, del sol hijo legítimo!
¿Qué diamante no vences y quebrantas?
¿Qué Lucrecia no rindes o qué Porcia?
¿Qué prudente Catón o qué Virgilio?

CELÍN.

Estad atentos, que, si aquésta es fábula,
ya, por lo menos, no le falta el lobo.

(*Sale* CALIXTO.)

CALIXTO.

¡Que no parezca ahora aqueste perro!

CELÍN.

(Conmigo trae la tema.)

CALIXTO.

Dime, alarbe,
como animal nacido en la campaña,
desnudo al sol, como indio o negro etíope:
¿es bueno que ande yo todos los días,
como maestro de un furioso loco,
en lengua y mano el palo y el consejo?
Ando a buscarte y pierdo el seso a voces,
¿y estáste muy despacio en largas pláticas
a la puerta, con moros de tu tierra?

(1) En el original, "los nobles".

CELÍN.

Ya el Cielo se conduele de tu lástima,
cuyos trabajos cansan las estrellas,
y ansí, quiere quitarte ese cuidado
con darme libertad por tu respeto.

CALIXTO.

¿Cómo dar libertad?

CELÍN.

Ahora es justo
que creas cómo soy de padres nobles
y no, cual piensas, fronterizo alarbe,
que a rescatarme viene Azén, mi hermano.

CALIXTO.

¿Quién es Azén?

MANFREDO.

Alaquivir.

CALIXTO.

No puedo
sufrir un moro más que una jeringa.

CELÍN.

Aquí ha venido ahora, de la tierra,
a traer el rescate y a llevarme,
y mira si en el traje y la persona
puedes conjeturar que es hombre ilustre.

MANFREDO.

Alaquivir, señor cristiano, os guarde.

CALIXTO.

Señor moro, seáis muy bien venido,
que en verdad que si yo sabido hubiera
que era Celín de gente tan honrada,
que le hubiera tratado con respeto.

MANFREDO.

Yo soy venido a rescatalle ahora
de la Armenia mayor hasta Sicilia:
tanto la sangre y el amor fraterno
puede obligar el corazón de un hombre.
No vengo de la parte que dividen
el río Araje y el cristal de Eufrates,
adonde está la gran ciudad de Tifis,
ni del Setentrïón dejé las partes,
donde Basilisene está fundada
y la ciudad de Arfil y Daranisa.

CALIXTO.

Quedaldo al diablo; hablad en otra cosa,
que no conozco nada de esa tierra:
¿qué Palermo me nombra, o qué Sicilia,
sino unos nombres que, de sólo oíllos,
pienso que estoy cautivo y muerto en ellos?

MANFREDO.

Es para que entendáis lo que amor puede,
pues de la Armenia más austral me parto,
dejando lo que abraza el río Tigris
en las fuentes que llaman Ancitene,
adonde tienen fama estas ciudades:
Torlgui, Calpuri, Legerda, Colchis, Tospia,
Mazara, Anzeta, Soyta, Arsamosata.

CALIXTO.

¡Ea, señor moro, basta, yo lo creo!
Hablemos lo que importa a su negocio,
que ya yo sé que son ciudades todas
y dos dedos no estoy de hablar arábigo.

MANFREDO.

Es lo de menos de la Armenia grande
lo que he nombrado, porque en el Oriente
está Bragandavene con los Mardos.

CALIXTO.

Qué, ¿bragas hay también en esa tierra?

CELÍN.

Es provincia del Tigris la que dice,
y allí pluguiera a Dios que yo estuviera.
¡Oh, que hay de palmas y de hermosos dátiles...

CALIXTO.

¡Estéme yo en Sicilia a mi contento,
comiendo macarrones con formacho,
y bebiendo del vino moscatelo,
y nunca Dios me deje ver el Tigris!

MANFREDO.

¿Acuérdaste, Zeldámar, una tarde
que en Paypurti cazábamos (1) leones?

BELARDO.

¡Y cómo si me acuerdo, que en un bayo
corriste por el monte de Colinia,
y atravesaste dos, de un bote solo,
de una lanza de abeto herrada en Túnez!

(1) En el original, "sacabamos".

CALIXTO.

Señores, eso quiere más espacio;
yo me aflijo de verlos en conciencia:
entren a hablar a mi señor, y luego,
sobre cena, hablarán esos latines,
que, hasta ahora, yo no entiendo *pénitus*.

MANFREDO.

Padre, si sois amigo, por ventura,
de las cosas curiosas de esta tierra,
yo traigo dos acémilas cargadas,
en que hay grandezas del Arabia Félix:
dareos oro, en la menuda arena
que crían por allá los claros ríos;
dos ramos de coral, si tenéis nietos;
del árbol Drago, una redoma grande
de aquella roja sangre que destila,
buena para los dientes y las muelas,
que los conserva, guarda y fortifica,
y una piedra bezar, (1) de inmenso precio,
con otra que, poniéndola en los ojos,
vuelve los ojos a la luz primera,
quitándoles las nubes y limpiando
las cataratas de las tiernas túnicas.

CALIXTO.

Ahora sí que habláis lenguaje claro.
Dadme esos brazos y a Felino entremos,
que os quiero más que un hijo que he engen-
[drado.

MANFREDO.

¿Tenéisle aquí en Sicilia?

CALIXTO.

¡Bueno es eso!
Es bachiller ha un año por Bruselas.

MANFREDO.

¿Queréislo ver?

CALIXTO.

¿Pues no?

MANFREDO.

Pues esta noche
yo haré que le veáis en un espejo.

CALIXTO.

(¡Oh, moro venturoso!)

(1) En el original, "beral".

MANFREDO.

(¡Ah, perro viejo!)

(*Vanse. Sale* HORACIA, *dama, y* TULIO, *criado de* LEANDRO.)

TULIO.

Movióme, Horacia hermosa,
tenerte amor, a descubrirte el caso,
aunque es injusto caso;
pero por todos los peligros paso
respeto de tu gusto.

HORACIA.

Haces, amigo Tulio, lo que es justo.
En fin, ¿que se ha casado
Leandro, mi enemigo, y que me deja?

TULIO.

Quedando concertado,
ya tienes [de] su alma justa queja,
pues cuando ella consiente,
para delito es causa suficiente.

HORACIA.

¡Voluntad consentida,
ley es de amor que valga por efecto!
Costaráme la vida
o estorbaré, con término secreto,
el que tuvo su gusto
tan fuera de razón.

TULIO.

Y será justo.
Que, con ser su criado,
culpo sus obras, su maldad afeo,
debiendo a tu cuidado,
a tus regalos y a tu buen deseo
esa mano enemiga
que ahora en falso matrimonio liga.

HORACIA.

Que no es tan fuerte el lazo
mientras le falta a la coyunda el nudo;
deja que llegue el plazo:
hará el agravio lo que amor no pudo.
Yo pondré impedimento
a mi desprecio y a su loco intento;
que no digo infamarme,
no digo descubrirme a la justicia;
pero si por vengarme
de mi agraviado amor y su malicia,

me fuera de importancia,
pasara a Roma, a Nápoles y a Francia.
Y es fácil esto solo,
que hasta la China y Trapobana fuera
y al más helado Polo,
y a la desierta Arabia y Libia fiera,
y puedes persuadirte
que no me ha de espantar Scila ni Sirte. (1)

TULIO.

Ya sé que es animosa
toda mujer, y más con el agravio.

HORACIA.

Diréte yo una cosa.

TULIO.

Ponme, como Alejandro, el sello al labio,
y di lo que quisieres.

HORACIA.

Temo que mi locura vituperes.

TULIO.

Ya sé que amor es loco.

HORACIA.

Y como que lo estoy, querido amigo,
porque, tenida en poco,
no hay sierpe, no hay veneno ni enemigo
como un amor pasado
en pecho de mujer desesperado.
¿Quién duda que la abraza?
¿Quién duda que la besa y que la toca
y, como vid, enlaza?
¡Maldito gusto, fementida boca!
¡Oh, linaje imperfecto!
Linaje de maldad, hombre, en efecto.

TULIO.

No infames de esa suerte
todos los hombres.

HORACIA.

Todos sois villanos;
fuego ejecuta muerte: (2)
ponme tú aquesa espada entre las manos,
verás si en ellos hago,
como un rayo del Cielo, fiero estrago.

TULIO.

Calla, que estás furiosa.
Ya me pesa de habértelo contado.

HORACIA.

Sí estoy, que estoy celosa.

TULIO.

¡Quién hubiera tu pena imaginado,
o a ti menos discreta!

HORACIA.

¿No ves que trujo hierba la saeta?

TULIO.

¿No ves que tu cordura
debe considerar que es gente noble,
donde tu compostura
se ha de juzgar y conocer al doble,
por que el impedimento
tenga más substancial el fundamento?
¿No miras que es Felino
su padre de Isabela? Vuelve un poco
a ver tu desatino,
y, sosegando ese furor tan loco,
harás, como discreta,
tu causa justa y tu afición secreta.
Y dime, te suplico,
lo que denantes me pusiste en duda.

HORACIA.

Al remedio que aplico
he menester tu voluntaria ayuda.
Ven, y sabrás el modo.

TULIO.

Teniendo seso lo remedias todo.
Haz ánimo famoso
de fuerte siciliana y de matrona
por este muerto esposo,
y en el Petrarca te darán corona.

HORACIA.

¡Ay! No quieran los Cielos
que taladre sospecha y mueran celos. (1)

(*Vanse. Sale* ISABELA *y* FULGENCIA.)

ISABELA. Admirada me has dejado
que se rescata Celín.
FULGENCIA. Con tu padre, en el jardín,
hablando su hermano ha estado.
ISABELA. ¿Su hermano viene por él?
FULGENCIA. Y aun de él afirmarte quiero
que es tu mismo forastero,
o vivo retrato de él.

(1) En el original, "Cirte".
(2) Así en el original.

(1) Así en el original: quizá "muera en celos".

ISABELA. ¿Cómo, aquel napolitano
que vi en la iglesia?
FULGENCIA. Ese propio,
porque sólo tiene impropio
lo que es vestido africano.
ISABELA. Calla, que eres una loca.
FULGENCIA. Tú, señora, le verás,
y a tus ojos culparás
de lo que afrentas mi boca.
ISABELA. Y ¿cómo se llama?
FULGENCIA. Hazén.
ISABELA. ¿Viene solo?
FULGENCIA. ¡Bueno es eso!
Dirás que he perdido el seso.
Viene su amigo también.
ISABELA. ¿Quién? ¿El que con él estaba?
FULGENCIA. Ese en hábito de moro,
con tocas de seda y oro,
bonete y marlota brava.
ISABELA. Como la imaginación
tienes en ello, Fulgencia,
no quiere hacer diferencia
en los que tanto lo son.
No creas que ellos serán,
que eso ¿cómo puede ser?

(*Sale* CALIXTO *con* MANFREDO *y* BELARDO.)

CALIXTO. Mi señora os ha de ver,
que es hábito muy galán;
y, en fin, por cosa notable,
es bien que una dama os vea.
MANFREDO. Como quisiéredes sea,
que es bien que la adore y hable;
que a dama tan principal
mayor humildad le debo.
CALIXTO. Gozar el presente nuevo,
aunque a vos tan desigual,
que os le envía mi señor
desde Armenia presentado.
MANFREDO. Aquí, señora, humillado,
conozco vuestro valor.
Hermano soy de Celín;
como tal soy vuestro esclavo.
ISABELA. El talle y respeto alabo.
Son turcos nobles, en fin.
FULGENCIA. (¿Díjete yo la verdad?
¿Son ellos o no?
ISABELA. ¡Ay, Fulgencia!
FULGENCIA. ¿Qué dices? ¿Hay diferencia?
ISABELA. Grande es la propia lealtad.
Ya me dice el corazón
que en este moro hay engaño.)
MANFREDO. Aunque en ley, señora, extraño,
costumbre, traje y nación,
conozco vuestra hermosura,
y ¡por vida de mi Rey!
que a ser también de mi ley
fuérades rara criatura,
y aunque cristiana os adoro.
Mas quien en el alma mora,
¿cómo ha de negar que es mora?
FULGENCIA. (A fe que es cristiano el moro;
que aquel cortar tan ladino (1)
no es de extranjera nación.
ISABELA. Calla, que esto es invención.)
BELARDO. Y yo me humillo, aunque indigno,
a vuestra hermosa criada,
de quien lo soy desde ahora.
FULGENCIA. (¿Qué te parece, señora,
de la invención?
ISABELA. Extremada.)
MANFREDO. Como Celín me escribió
que vuestro padre tenía
por hija el sol de este día
que en mi bien amaneció,
no truje, hermosa señora,
riquezas que vos tenéis,
mas secretos que goceis
de donde nace el aurora;
que traigo tales secretos
de uno que procede en tres,
cuales os dirán después
sus peregrinos efectos;
y otros cinco de tal modo,
que, a no ser vos celestial,
no os estuviera tan mal
quereros servir de todo.
CALIXTO. No le digáis, por mi fe,
de lo de Cafarnaú,
sino hablalda tú por tú
y ce por ce y be por be.
MANFREDO. Todo cuanto digo es A,
que el amor así se escribe.
CALIXTO. ¿Quién?
MANFREDO. El fuego que en mí vive.
ISABELA. ¿Quién decís?
MANFREDO. Señora, A, A,
que es el principio de quien
todo procede, y de él luego
Amor.

(1) Así en el original: quizá deba ser "contar tan ladino".

ISABELA. ¿Cuál amor? ¿El ciego,
o el que es más hombre de bien?
MANFREDO. El hijo del Cielo digo,
que del cuerpo adentro pasa,
que sin torpe efecto abrasa,
de inmortal substancia amigo.
ISABELA. Pues donde Dios no se adora,
¿lo que es ese amor se entiende?
MANFREDO. Dios todo lo comprehende;
ningún hombre a Dios ignora,
y ansí este amor que os alabo
aquí y allá puede ser.
CALIXTO. ¿Qué tiene aqueso que ver
con rescatar el esclavo?
Voto hago que en mi vida
vi tan filósofo moro.
Todo es sol, todo es adoro
y todo es agua vertida.
¿Qué es eso que le traéis?
MANFREDO. Hierbas y aguas extremadas,
con que veréis aumentadas
las gracias que en ella veis.
Mas ¿cómo ha de haber aumento
donde no hay vacío lugar?
CALIXTO. ¿Volvéis a filosofar?
BELARDO. (1) Yo le llamaré al momento.
CELÍN. ¿Hola? ¿Calixto? Señor
os llama presto.
CALIXTO. ¿A mí?
CELÍN. Sí.
CALIXTO. ¿A mí?
CELÍN. A vos.
CALIXTO. Quédate aquí.—
Ya vuelvo, moro hablador.

(*Vase.*)

CELÍN. También me voy yo.
ISABELA. ¡Ah, Celín!
¿Solas nos dejas?
MANFREDO. Mi bien,
no temáis al moro Hazén,
que por vos es moro, en fin.
Yo soy Manfredo, señora,
de Nápoles, que ayer vi
vuestra hermosura.
ISABELA. ¡Ay de mí!
MANFREDO. ¿Que queréis matarme ahora?
Ya es hecho. Sed más discreta,
ya que no os vence mi amor,
por lo que toca al honor.

(1) En el original, "Manfredo"; pero debe de ser errata.

BELARDO. (Señor, no hay mujer perfecta.
Mala confianza hiciste.
Ésta nos hará matar.)
ISABELA. ¿Que aquí te atreviste a entrar?
¿Qué es lo que en mis ojos viste?
¿Con qué vana astrología,
por las rayas de mi frente,
juzgaste tan locamente
la liviandad fácil mía?
¿Qué juvenil confianza,
qué satisfacción de ti
te dió de vencerme a mí
tan arrogante esperanza?
¿Parecíte muy liviana,
o tú hermoso en el espejo,
con quien tomaste consejo
tan necio aquella mañana?
Dos cosas a tu locura
forzaron mi voluntad:
o creer mi liviandad
o conocer tu hermosura.
MANFREDO. Yerras en entrambas cosas,
aunque dos cosas han sido
las que a verte me han traído,
verdaderas y forzosas.
La una fué tu hermosura
y la otra fué mi amor,
que igualara a tu valor
si fuera con más ventura.
Porque lo que es merecerte,
dejando lo celestial
por lo que es parte mortal,
lo merecí por quererte.
Amor me dió la invención,
Amor el atrevimiento,
tu hermosura el pensamiento,
su cabello la ocasión.
Con ella entré donde ves;
porque, aunque soy caballero,
ser, Isabela, extranjero
puso esta piedra a mis pies.
Si matar el cuerpo ahora,
como el alma, te parece
que tu victoria engrandece,
bien podrás. Llama, señora;
di quién soy, di que por ti
moro y Hazén me torné,
que muriendo yo diré
algo que en tus ojos vi.
ISABELA. (¿No te dije yo, Fulgencia,
que era bien fuera del mar
esta sirena escuchar?

FULGENCIA. Ya estás en el mar, paciencia.
Y a fe que canta tan bien,
que, aunque te pierdas, es justo
escucharla y dalle gusto.
ISABELA. Y ser Ulises también.
Yo taparé mis oídos
a su música engañosa,
porque no hay más fácil cosa
de engañar que es los sentidos.
Lo que es el oír y el ver
Dios lo puede remediar,
y más si lo ha de juzgar
pensamiento de mujer.
FULGENCIA. Pues ¿qué harás?
ISABELA. Escucha un poco.)
¿Manfredo?
MANFREDO. ¿Señora?
ISABELA. Advierte
que eres digno de la muerte
y que te absuelves por loco.
Haz este necio rescate,
que es la invención que trujiste,
y de lo que pretendiste
eternamente se trate:
que, en fin, es hecho piadoso
dar a un hombre libertad.
MANFREDO. No se prueba esa verdad
con tu desdén riguroso;
que, habiéndomela quitado,
no me la vuelves.
ISABELA. ¿Yo a ti?
MANFREDO. Tú.
ISABELA. ¿Cuándo?
MANFREDO. Ayer, que te vi,
dulce homicida, en sagrado;
de cuyo fiero homicidio,
pues delante de Dios fué,
mayor castigo te dé.
ISABELA. Ni tu fe ni traje envidio.
A él saben tus razones,
que el culpado con Dios fuiste
si por su ofensa me viste.
MANFREDO. ¡Oh, hipócrita en las razones
y en las obras tan cruel,
que apenas te diferencio
de un Ezzelino o Majencio!
FULGENCIA. (Señora, duélete de él.
Mira qué triste se pone.
ISABELA. Necia, bien perdida estoy;
pero si a dos la fe doy,
¿qué ley habrá que me abone?)
Manfredo, dejando a un cabo
lo que fué tu atrevimiento,
tu talle, tu entendimiento
y tu grande amor alabo.
Y a venir esta invención
en Pascua, fuera solene;
pero has de saber que viene
en semana de Pasión.
Que hoy, aunque he pensado en ti,
como verte no pensé,
el sí, la palabra y fe
por mi padre a un hombre di.
Si aqueste casamiento,
o de aquí al plazo es posible
hallar medio convenible,
tú verás mi pensamiento;
pero creo que es en vano.
MANFREDO. Mi bien, si tu amor merezco,
al menor peligro ofrezco
el mayor remedio humano.
No me espantan a mí sombras,
que serás mía.
ISABELA. Detén,
que viene el peligro a quien
entre los que dices nombras.
De noche yo te hablaré.

(*Sale* CALIXTO.)

CALIXTO. ¡Que me llamaba decía!
¡Qué linda bellaquería!
Pues, perro, yo os cogeré,
y ¡por vida de los dos!
que os he de dar una tunda.
MANFREDO. Esa será la segunda.
ISABELA. ¡Qué de cosas hizo Dios!
CALIXTO. ¿De qué habláis?
MANFREDO. De los secretos.
CALIXTO. ¿Y son tres?
MANFREDO. Hay (1) la memoria
de alguna futura gloria,
que es causa de estos efectos,
y luego la voluntad
con el cuerdo entendimiento
que rige este pensamiento,
que ha de ganar la ciudad.
CALIXTO. ¿Ya volvéis a astrologías?
Entrad, que os llama señor.
¡Qué moro tan hablador!
Yo no le he visto en mis días.

(1) En el original, "Asi".

## JORNADA SEGUNDA

(*Sale* Manfredo.)

Manfredo. En alto lugar me ha puesto
una esperanza atrevida
y amor ha mi bien dispuesto,
mas para ser la caída
con más peligro y más presto.
¿Qué ha servido que tan bien
se conquistase el desdén
de esta fiera celestial
si amenaza tanto mal
principio de tanto bien?
Ya, blanda y tierna a mi ruego,
a mis ternezas se inclina
y se deshace a mi fuego;
mas presto se determina
para arrepentirse luego.
Porque este forzado "sí"
y el estar su esposo aquí
mi remedio dificulta
de suerte que de él resulta
perdella y perderme a mí.
¿Qué aguardan, pues, tantas penas
y tantas melancolías
de tantas razones llenas,
pues las glorias que hoy son mías
mañana han de ser ajenas?
Como Etíope, engañado
del vestido colorado,
de verde esperanza estoy,
mientras siguiéndola voy
a esclavitud condenado.
¿Qué importa, Isabela hermosa,
que me quieras y te quiera
si mañana ¡extraña cosa!
has de ser mi muerte fiera
siendo de Leandro esposa?
Seré yo del mismo estilo
que entre la cera el pabilo,
que ardiendo más dura menos,
pues entre bienes ajenos
más me acabo y aniquilo.

(*Sale* Belardo.)

Belardo. Si el dilatar la sentencia
al preso puede servir
de hacer mayor diligencia,
albricias puedo pedir
a tu perdida paciencia,
porque tu mal se dilata
y el casamiento que trata
con tanta prisa Felino.

Manfredo. ¿Y por cuál favor divino
tanto mal se desbarata?

Belardo. Estando hoy junto en la iglesia
lo más noble de Sicilia,
tanto ilustre caballero
y tanta dama de estima,
y entre todas Isabela,
con la diferencia misma
que hace la estrella a un diamante
y [a] la obscura noche el día;
con un vestido encarnado
guarnecido de unas cifras
que, por no entender las letras,
yo culpo las pocas mías;
alto el rizado cabello,
que adornaba y guarnecía
un tocado a la española
de vidrios y argenterías,
con mil garzotas y airones,
a cuyo lado se vían
dos azules mariposas
mordiendo en dos clavellinas
y un Cupido con un arco
que con la flecha las tira,
y esto vilo porque un hora
no aparté de ella la vista.
No estaba menos galán
Leandro, a quien todos miran,
los ya casados con celos
y los mozos con envidia.
Calza morada y jubón
bordado de plata fina,
cuera de ámbar, botas blancas,
espada dorada y lisa,
gorra con plumas, y en ella,
en una medalla asidas
con una cinta de nácar,
las tres gracias o tres ninfas;
la capa aforrada en tela
y de fuera guarnecida,
con botones de diamantes
dividida la capilla.
Estando en la de la iglesia,
a la mitad de la misa,
cuando el preste toma el agua
y entre inocentes se limpia,
en la tribuna leyeron,
mirando todos arriba
cómo Isabela y Leandro
matrimonio contraían.

Y en este instante la gente
vi que los ojos volvía
a escuchar un alboroto
a la parte de la pila;
y oí que era cierta dama
que el casamiento impedía,
diciendo que de Leandro
tenía cédula y firma.
Sosegóse por entonces,
y, al acabar de la misa,
vieras en voces arderse
la iglesia y la sacristía.
De lo que pude entender,
sé que es de Leandro amiga
y que su nombre es Horacia,
mujer de humilde familia.
Pero cuál es yo sé bien,
que basta para que impida
las glorias de tu contrario
y el curso de tus desdichas.

MANFREDO. Si debo darte los brazos,
bien lo dice la razón.

BELARDO. ¿Merezco bien tus abrazos?

MANFREDO. Digo, Belardo, que son
de mi amor nudos y lazos.
¡Oh, ventura incomparable;
gozo, que, de inexplicable,
no cabe en la lengua mía,
aunque tan alta alegría
bien es que se diga y hable!
¿Horacia se llama?

BELARDO. Sí.

MANFREDO. Horacio, Belardo hermano,
la llamarás desde aquí,
que más fuerte que el Romano
hoy ha sido para mí.
Que si él detuvo a Porsena
en la puente de hombres llena,
ésta, mucho más valiente,
detiene en un mar sin puente
todo un infierno de pena.
No es dilatar la sentencia
eso que dices, Belardo,
que es mayor la diferencia,
pues de aqueste pleito aguardo
ver coronar mi paciencia.
¿En qué entiende el desposado
y mi desposada bella?

BELARDO. Entrambos se han demudado; (1)
ella por él y él por ella.

MANFREDO. ¿Y el padre?

BELARDO. Brama de airado.
De negro están ya vestidos.

MANFREDO. Yo vestiré mis sentidos
de alegría y de esperanza,
despertando a la bonanza
los peregrinos dormidos.
Que cuando el puerto se ve
no va perdida la nave,
por lejos que de él esté.
¿Ella está triste?

BELARDO. Está grave.

MANFREDO. ¿Si se habrá holgado?

BELARDO. No sé.
Mas ¿quién duda que se holgó,
pues de su pecho sé yo
quererte como a su vida,
y que del "sí" arrepentida
quisiera trocarle en "no"?
Y por que esta verdad creas,
te quiere esta noche hablar
y que en el jardín la veas.

MANFREDO. ¡Oh, quién supiera formar
la cueva y nube de Eneas!
Mas dime: ¿cómo será
si casi a la puerta está
aquella furia despierta,
como perro de la huerta
que del viento voces da? (1)
Que aunque ella lo facilita,
que nos descubra recelo.
Mas ¡ay, desdicha infinita!
¿qué se aguarda de un cielo (2)
quien la del infierno imita?

BELARDO. Ya tengo hablado a Celín
y trazada la invención
para que no salga, en fin,
aunque sintiese un ladrón
abrir la puerta al jardín.

MANFREDO. ¿De qué suerte?

BELARDO. Hele contado
que andas tú muy desvelado
para llevarle a tu tierra,
y así, de noche se encierra
y anda medroso y turbado;
porque apenas anochece
cuando a recogerse al nido
medrosa perdiz parece.

---

(1) En el original, "desnudado".

(1) En el original, "viento va es da".
(2) Así en el texto original.

MANFREDO. Ese mi remedio ha sido.
Disimula, que él se ofrece.

(*Sale* CALIXTO.)

CALIXTO. ¿No es buena la confusión
que este moro socarrón
todas las noches me ha puesto,
que como gallo me acuesto
y pongo encima el colchón?
¡Basta que quiere llevarme
y hacerme moro a su tierra,
y de vestido mudarme,
y entre la canalla perra
por fuerza circuncidarme?
Y ¡por Dios! que es maravilla
que no levanto una silla
con temor de verme en tal,
ni a verter un orinal
oso abrir la ventanilla.
Esta noche he padecido
tan grande tristeza y murria,
que estoy fuera de sentido.
¿Pues decir de la estangurria?
¡Dios sabe lo que he sufrido!
Finalmente, yo me encierro
con temor de aqueste perro,
en dando el Ave María,
por no arrastrar en Turquía
como mona maza y hierro.
¡Ay! Hele aquí.
MANFREDO. Alaquivir.
CALIXTO. Mudad de salutación.
Mantenga podéis decir.
MANFREDO. ¿Cómo va?
CALIXTO. Como es razón:
medrar poco y buen servir.
MANFREDO. ¿Sentistes el alboroto
de la iglesia?
CALIXTO. Yo hago voto
que con esta ginovisca... (1)
BELARDO. Teneos.
CALIXTO. Si el hombre se arrisca,
que derriengo y acogoto.
MANFREDO. ¿No es Isabela su esposa
de Leandro a vuestro modo?
¿Qué hay de nuevo?
CALIXTO. Esa es la cosa,
que Horacia lo impide (2) y todo.
BELARDO. ¿Qué Horacia?
CALIXTO. Otra dama hermosa.
MANFREDO. Pues cásese con las dos.
CALIXTO. ¡Qué gentil buleto vos!
Ya dispensa el perrigalgo.
BELARDO. ¿Importa algo?
CALIXTO. Y más que algo
donde se conoce a Dios;
allá, en vuestra tierra, es bien.
BELARDO. Pues ¿por qué infamarnos quieres?
CALIXTO. Porque usáis allá también
que uno tenga más mujeres
que cerdas un palafrén.
MANFREDO. ¿Pues es de Leandro Horacia?
CALIXTO. Esa ha sido la desgracia,
porque jura a tal por cual
que le quebró el orinal
en el golfo de Dalmacia.
Y esto Zeldamar lo vió;
que, aunque moro y turcomano,
hoy a ver la misa entró,
que de volverse cristiano
a todos sospecha dió.
Y creed que os entretiene
mi señor porque imagina
que haceros cristiano tiene.
MANFREDO. Esa inspiración divina
muy justamente le viene.
Mas ¿cuándo, decidme, quiere
dar a mi hermano Celín?
CALIXTO. De esta sospecha se infiere.
MANFREDO. ¿No quiere dármele, en fin?
CALIXTO. Por veros cristiano muere.
Mas decid: ¿qué piedra es ésta
(*Saca una piedra.*)
para remediar la vista,
que me distes por gran fiesta,
que por más que en ella asista
menos veo y más me cuesta?
MANFREDO. Si el mal no se cura y doma,
no se atribuya al poder,
que es con la fe que se toma.
CALIXTO. Reliquia debe de ser
del zancarrón de Mahoma;
basta que voy viendo menos.
BELARDO. De su virtud están llenos
los libros; mas es razón
que aguardéis la operación.
CALIXTO. Hacedla en ojos ajenos.
¡Qué Evangelio de San Juan!
¡Qué reliquia de San Diego!,
sino un hueso que me dan,
con que estoy del todo ciego,

(1) En el texto, "ginovista".
(2) En el original, "la pide".

de algún moro ganapán.
Ahora bien, a la oración
tocan, y en oyendo el son
no me puedo detener.

BELARDO. Gallina debéis de ser.

CAMILO. Cresta tengo, con perdón.

(*Vase.*)

MANFREDO. Ello está todo seguro.
Éste se ha entrado a acostar.
Ponerme a punto procuro,
que en el jardín he de entrar
por lo más bajo del muro.
Ven, Belardo; ven, hermano.

BELARDO. Poco a poco irás temprano.

MANFREDO. Amores sin resistencia...

BELARDO. ¡Qué Scévola tu paciencia (1)
para quemarse la mano!

(*Vanse. Salen* CAMILO *y* FELINO, LEANDRO *y* TULIO *criado, y* HORACIA.)

CAMILO.

Pienso que os está bien este concierto.

FELINO.

Aunque vuestro negocio fuera cierto (2)
y excusar la vergüenza en los estrados.

HORACIA.

¿Paréceos galardón de mi honor muerto
en dos años de amor tan mal gastados?

CAMILO.

El no llegar con la vergüenza a prueba
es todo el interés mayor que lleva.
Tulio es un mozo noble veneciano,
y os quiere por mujer.

TULIO.

Y soy dichoso,
aunque bajéis del tono al canto llano,
de seros, bella Horacia, indigno esposo;
que pues Leandro no os tocó una mano
en el discurso de este amor forzoso,
sino que prometió con vos casarse,
bien puedo honrarme de quien pudo honrarse.
Yo os quiero bien, que ha sido el mejor dote,
y a vos no os está mal, porque no es justo
que Sicilia con esto se alborote,
si piensa que es honor lo que fué gusto.

(1) En el texto, "Que zebo la tu paciencia".
(2) Falta un verso antes de éste para la octava

HORACIA.

Todas las leyes que en mi daño acote
han de servir para mayor disgusto,
porque quien pleito contra el rico tiene,
o a vil concierto o a perderle viene.
Leandro ingrato, ya tu amor y trato
de tu gran falsedad me han hecho cierta.
Tu firma es ésta. Mira bien, ingrato,
si queda tu mentira descubierta.
Mas hoy que prendas de tu amor remato,
como bienes de fe y lealtad, que es muerta,
por precio vil, la rasgo y doy al viento,
donde las esperanzas ir consiento.
Cásate con tu dama, y ruego al Cielo
que antes de un mes estés arrepentido;
que no era yo la más soez del suelo,
pues de ti despreciada hallé marido,
con el cual me contento y me consuelo,
y de tu engaño y vista me despido,
que la mujer que ansí por fuerza casa,
o es loca, o necia, o por su amor se abrasa.

LEANDRO.

Horacia, si a mis años juveniles
no se debe perdón, ¿cuál abrasada
Troya lamenta Policena a Aquiles,
si es, cuando mucho, una mujer burlada?
Ni las pasadas obras son tan viles
que no se llamen voluntad pasada.
Tú fuiste ensayo, y la verdad es ésta.
No esperes de mi boca otra respuesta.

HORACIA.

Si yo ciñera, como tú, la espada
y no me dieran por espada lengua,
diera a mi honor satisfación honrada
cortando la que habló para mi mengua.
Mas guárdate de víbora pisada,
que llaman la mujer que se deslengua,
que yo... Pero no más, que, aunque soy loca,
tengo respeto a quien tenerle toca.

TULIO.

Cuando en algo Leandro te afrentara,
aunque yo le serví, de que me afrento,
¡vive Dios que la vida le quitara!

LEANDRO.

¡Oh, villano, de bajo nacimiento,
qué bien el pan me vuelves a la cara!
Pero...

CAMILO.

¡Detente!

LEANDRO.

¿Tanto atrevimiento?
¿Esto consentiré?

FELINO.

Llévale, Horacia,
que puede suceder una desgracia.
Yo iré a tu casa luego.

LEANDRO.

Y yo a buscarte.

HORACIA.

Desde hoy te quiero, Tulio, por valiente.

TULIO.

Eres propia mujer y debo honrarte.

HORACIA.

Y tú para marido suficiente.

*(Vanse.)*

LEANDRO.

¡No estuviera el villano en otra parte!
Dejadme.

FELINO.

No ¡por Dios!

LEANDRO.

¡Suelta!

FELINO.

¡Detente!

CAMILO.

Mejor es que me des aquesa espada
que te deje en el cuerpo atravesada.
Que hecho fuera, a no venir Felino,
a hacer este concierto vil, infame.
¿Tú eres mi hijo y de mi nombre digno?

FELINO.

Vos debéis de querer que loco os llame.
¡Ahora viene bien un desatino!

CAMILO.

¿Y no os parece justo que derrame
la poca sangre que éste tiene mía?

FELINO.

No, porque es de mi casa.

CAMILO.

¿A sangre fría?

FELINO.

Haced ahora un padre terenciano.
Fingid, por vida vuestra, mucha ira,
que de su edad no fuistis tan liviano.

CAMILO.

Mirad con la vergüenza que me mira.

FELINO.

Volviendo a lo que importa, está muy llano
que, si ésta del concierto se retira,
nos ha de hacer gran daño, y así, quiero
coger su firma y darle mi dinero,
y que esta noche, en viéndola apartada,
se haga el desposorio de Isabela,
que yo me ofrezco a daros avisada
la una y otra honrada parentela.

CAMILO.

Agradézcaos a vos que aquesta airada
mano de padre reporte.

FELINO.

No os duela,
que es un oro el rapaz.

LEANDRO.

Esclavo vuestro.

FELINO.

¡Qué humilde en todo!

CAMILO.

¡Y en malicias diestro!

*(Vanse. Salen ISABELA y FULGENCIA.)*

ISABELA. Estando mi padre fuera,
¿cómo le tengo de hablar?

FULGENCIA. En sintiéndole llamar,
saldrás del jardín afuera,
y antes estás más segura.

ISABELA. ¿Sabes, por dicha, a qué fué?

FULGENCIA. A procurar que lo esté,
señora, tu desventura;
con Leandro y con Camilo,
van a sosegar a Horacia.

ISABELA. No tiene mi padre gracia
en seguir tan necio estilo;

¿con un hombre ya casado
quiere casarme?

FULGENCIA. Sospecho
que piensa tener derecho
y lleva el negocio errado;
que la mujer está loca
y no ha de alzar la querella
si dan más oro por ella
que a Creso entró por la boca.

ISABELA. ¿Cómo, si el hombre la quiso,
de esta manera la deja?

FULGENCIA. Cansóse.

ISABELA. ¿Y ella se queja?

FULGENCIA. De lo que sabes te aviso:
¿no ves que en tu competencia
creció el celo y el amor?

ISABELA. ¿Que es ese el negro dolor?
No me acordaba, en conciencia;
luego, ¿no la harán torcer
de esa celosa opinión?

FULGENCIA. Tarde se alcanza perdón
de querella de mujer.

ISABELA. A medida del deseo
me viene el pleito en que están.

FULGENCIA. Mejor el moro galán,
que ya en el jardín le veo.

(Sale Manfredo y Belardo.)

ISABELA. ¿Por tu vida?

FULGENCIA. Vesle aquí.

ISABELA. Calla, y la boca no abras.

BELARDO. (Aquí, el són de sus palabras
el viento lleva.

MANFREDO. ¿Aquí?

BELARDO. Sí.)

MANFREDO. ¡Oh, dulce regalo mío
y mi mujer, a pesar
del mundo!

ISABELA. Aquí se ha de hablar
más bajo, y con menos brío.
¿Cómo tan presto veniste?
Cierto que es tu atrevimiento
mayor que tu pensamiento.

MANFREDO. Mentiste, por Dios, mentiste,
que mi pensamiento es tal, (1)
porque eres tú, que en el mundo
es al de Atlante segundo,
y no reconoce igual.
Todas las cosas del suelo
vienen cortas para aquí,
porque, cuando pienso en ti,
pienso que sustento el Cielo.

BELARDO. Y vos, señora Fulgencia,
¿cómo tan escasa estáis
con el alma que abrasáis
del bien de vuestra presencia?
¿No me cabe parte a mí
de este amor y atrevimiento?

FULGENCIA. Por mi vida que lo siento,
sino que he nacido así.
Soy zahareña de gusto
y seca de condición,
y traigo en el corazón
melancólico disgusto.
Dígame algo, por sus ojos,
que parezca enamorado,
si es que lo trae estudiado.

BELARDO. Direos mis penas y enojos,
direos que muero por vos.

FULGENCIA. ¿No me escribirá un papel
que haya corazón en él,
y "Ojos, decídselo vos"?

BELARDO. Y cómo si escribiré,
y con dos flechas pintado,
y escritas en cada lado
dos efes: firmeza y fe.

FULGENCIA. Calle ahora, que es bonito.
¿Y no me cantarán luego
"socorre con agua el fuego"?

BELARDO. Ya es muy viejo ese delito,
que os podré cantar, señora,
otra mejor villanesca.

FULGENCIA. No, no, sino picaresca,
de las que se usan ahora.

ISABELA. Son conciertos temerarios,
y el sacarme es el mayor.

MANFREDO. Como es flaco vuestro amor,
halla fuertes los contrarios.
Yo os pondré en Nápoles libre,
o, por más seguridad,
os llevaré a la ciudad
que riega el sagrado Tibre.
Mirad que en tantos partidos
éste es el más provechoso.

ISABELA. Manfredo, ya tengo esposo:
no he de tener dos maridos;
porque, a no estar concertado,
fuera, sin duda, contigo.

MANFREDO. El nacimiento maldigo
de un hombre tan desdichado.
¿Qué planeta me miró
de tan malévolo aspecto,

(1) En el [illegible], "esta".

y en qué ángulo tan recto
para mi estrella ocurrió?
Esta desdicha heredada,
¿de qué pecado procede?

ISABELA. De lo poco que hacer puede
una mujer que es honrada.
¿No te contentas, Manfredo,
que venga yo a hablarte aquí,
aventurando por ti
tanto honor y tanto miedo?

MANFREDO. ¿Qué importa, señora mía,
si de otro habéis de ser,
darme tan breve placer
y tan prestada alegría?
¿Qué importa, si por mi mal
os estáis enamorada
y mañana desposada,
para que yo esté mortal?
Eso es asirme a un hilo,
encima de una alta torre,
o, cuando el cuchillo corre,
poner mi garganta al filo.
Eso es tenerme a la orilla
cuando va creciendo el mar,
y en medio de él navegar,
sobre una estrecha tablilla.
Porque empezarme a querer
para olvidarme otro día,
¿qué importa, señora mía,
si de otro habéis de ser?

ISABELA. ¿Yo no te doy cuanto puedo
conforme al presente estado?

MANFREDO. Mucho, mi bien, me habéis dado;
pero sin todo me quedo.
Escriben de un animal
que nace y muere en un día,
y ése soy, señora mía,
que hoy vivo y estoy mortal.
En fin, ¿es resolución
el casarse y el dejarme?

ISABELA. ¿Cómo puedo aventurarme
con mujeril corazón?

MANFREDO. Si tú tuvieras el mío
en ese pecho, señora,
fuérades hombre, y no ahora
vil mujer en mármol frío;
digo vil, en flaca fuerza,
que, con el alma del hombre,
hicieron hazañas de hombre
mujeres que amor esfuerza.
¿Moriré, en fin?

ISABELA. ¿Qué he de hacer?

MANFREDO. Que viva.

ISABELA. Muere mi honor.

MANFREDO. ¿Más le queréis?

ISABELA. Es mayor.

MANFREDO. Vencelde.

ISABELA. Falta el poder.

MANFREDO. ¿En qué estáis?

ISABELA. En que me pierdo.

MANFREDO. Venid conmigo.

ISABELA. No puedo.

MANFREDO. ¡Oh cruel!

ISABELA. ¡Paso, Manfredo!

MANFREDO. ¿Si estoy loco?

ISABELA. Que estés cuerdo.

MANFREDO. ¿Qué perdéis vos?

ISABELA. Fama y nombre.

MANFREDO. Llevareos por fuerza.

ISABELA. ¡Tente!

MANFREDO. ¿Resistísme?

ISABELA. ¡Ah, padre; ah, gente!

MANFREDO. ¿Hay tal mujer?

ISABELA. ¿Hay tal hombre?

(*Sale* CELÍN.)

CELÍN.

Manfredo, sal del huerto apriesa, escapa,
y de casa podrás, y aun de Sicilia,
que ya tus pensamientos ha llevado
toda la fuerza de un contrario viento,
y corrieron fortuna tus venturas
en el turbado mar de tu esperanza.

ISABELA.

No puedo detenerme; adiós, Manfredo.

(*Vanse los dos.*)

FULGENCIA.

Belardo amigo, adiós.

BELARDO.

Con este nombre
parece que se hereda la desdicha. (1)

MANFREDO.

Celín, ¿puede ser más mi desventura
que haber venido el padre de Isabela
y perder este rato de mi gloria?

CELÍN.

Más puede ser, pues viene con Camilo.

(1) Con estas palabras parece aludir Lope a sí mismo.

MANFREDO.

Pues ¿qué importa Camilo?

CELÍN.

Y con Leandro.

MANFREDO.

¿Hay más de que uno es suegro y otro esposo?

CELÍN.

Vienen ya concertados con Horacia,
a quien han dado cuatro mil ducados.

MANFREDO.

¡Triste nueva, Celín!

CELÍN.

¡Pluguiera al Cielo
que aquí cesara el curso a tu desdicha!

MANFREDO.

Pues ¿qué puede ser más?

CELÍN.

Que con el miedo
que no se vuelva del concierto Horacia,
por los malos consejos de sus deudos;
que la mujer es fácil de mudarse,
ya traen licencia de casalla.

MANFREDO.

¿Cuándo?

CELÍN.

Esta noche.

MANFREDO.

¿Esta noche?

CELÍN.

Ahora luego.

MANFREDO.

¿Ahora luego? ¿Cómo?

CELÍN.

¿Qué más cierto
que haber traído el clérigo consigo?

MANFREDO.

¿El clérigo a estas horas?

BELARDO.

Y es, sin duda,
que ya toda la casa se alborota:
las puertas abren, los criados salen;
ya llaman los parientes, ya convidan,
ya encienden hachas, ya se turban todos,
y tú, Manfredo, estás adonde es justo
que muestres el valor de aquese pecho.
Animo ahora; vamos, huye, corre;
deja el peligro y goce de Isabela
para quien Isabela nació; vamos.

MANFREDO.

¿Que vamos dices? ¿Cómo?

BELARDO.

Pues ¿qué haremos?

MANFREDO.

Muéveme tú los pies.

BELARDO.

¿Ansí te hielas?

MANFREDO.

Si el corazón es movimiento y vida,
¿dónde, sin corazón, quieres que vaya?
Cuanto más que es flaqueza y cobardía
no esperar este golpe de fortuna
y ver mi desventura en lo que pára.

BELARDO.

¿Ahora hacemos honra este peligro?
¿Qué bandera en Mastrique, qué muralla,
qué escala puesta, qué esguazar de río,
qué rebellín, qué campo reconoces?
Vuelve la espalda a Amor; huye, Manfredo,
que huír de Amor es honra y valentía
y esperalle es flaqueza y cobardía.

MANFREDO.

Estoy por declararme
y por decir a voces
la causa de mi nueva desventura,
que no es posible menos
de que al fin de mi vida,
cual blanco cisne, canten mis obsequias.
¡Oh, casa aborrecible!
adonde habrá tan presto
mil rótulos que digan:
"Leandro y Isabela".

y donde yo, como otro Orlando, quedo
furioso y sin sentido.

BELARDO.

No des voces, señor.

MANFREDO.

¡Estoy perdido!

BELARDO.

¿Quieres que aquí nos sientan?
¿Quieres que aquí nos maten?

MANFREDO.

¿Y eso no fuera más alegre vida
que no la que me deja
aquella fiera que mi sangre bebe?
Mas ¿cómo estoy suspenso?
¿Tiempo es éste de quejas,
ni de llorar injurias?
¡Fuera, Belardo, fuera!
¡Muera Medoro vil, muera Leandro,
de Angélica marido!

BELARDO.

¡No des voces, señor!

MANFREDO.

Estoy perdido.
¡Oh, falsa y nueva Angélica,
que dejas por un bárbaro
un nuevo Orlando, un Capitán católico,
y por los verdes álamos
escribes nuevos rótulos,
para mayor afrenta, en letras góticas!
Mas ¿qué me tiene tímido,
pudiendo el triunfo espléndido
hacer comedia trágica
y ensangrentar el tálamo,
haciéndoos a los dos humildes víctimas
de este brazo atrevido?

BELARDO.

¡No des voces, señor!

MANFREDO.

¡Estoy perdido!

BELARDO.

¡Vente, por Dios, ahora
donde esa furia amanse
de su celosa rabia la corriente!

MANFREDO.

Iréme; pero entienda
toda esta casa injusta
que soy Manfredo, natural de Nápoles;
Manfredo soy, Manfredo,
hijo soy de Fabricio;
pobre soy, pero noble.
¡Perdí, perdí a Isabela!

CELÍN.

Yo no aguardo aquí más. Huye, Belardo.

BELARDO.

¡Vete, por Dios te pido!

MANFREDO.

Iréme declarado y ofendido!

BELARDO. ¿Hay locura como ésta?
MANFREDO. ¿Qué sirve aquesta marlota?

(*Entran* LEANDRO, CAMILO *y* FELINO.)

FELINO. ¿Quién es el que así alborota
nuestro regocijo y fiesta?
LEANDRO. Los moros deben de ser.
BELARDO. Aquí es mi compañero,
que ha cargado delantero,
no acostumbrado a beber.
CAMILO. ¿Habrále dañado el vino?
BELARDO. En verdad que, con ser poco,
le ha vuelto furioso y loco.
MANFREDO. Que has acertado imagino,
porque el vino y el amor
siempre dañan igualmente.
No es del vino este accidente,
que es amoroso furor.
Manfredo soy, no soy moro,
que he fingido esta cautela
para gozar de Isabela,
a quien locamente adoro.
Pero, pues la habéis casado,
tú, Leandro, que venciste,
toma ese despojo triste
de la guerra que has ganado;
que a Nápoles volveré,
donde una jerga me cubra,
y a quien me deje (1) descubra
los quilates de mi fe.

(*Vase.*)

BELARDO. No le creáis, que está loco,

(1) Así en el original. Quizá deba leerse "mire" o cosa parecida.

y el vino le ha hecho hablar.—
¡Camina, loco de atar!

*(Vase.)*

LEANDRO. No, sino esperad un poco.
CAMILO. Déjalos ir.
LEANDRO. Mejor fuera
matar aqueste villano.
FELINO. Creed que esta flaca mano
tomar venganza supiera
si no mirara al honor
y alborotar la ciudad.
LEANDRO. ¡Que sufráis la libertad
de un extranjero traidor!
¡Que tuviese atrevimiento
para entrar con trato doble
en casa de un hombre noble,
a pretender casamiento!
CAMILO. Hijo, por lo que es el punto
del honor, se ha de sufrir,
que no es bien dar qué decir
al vulgo esta noche junto.
Ya comienza a venir gente:
disimula.
FELINO. ¡Vive Dios,
que los matara a los dos!
Pero sé que está inocente,
y que, como os engañó,
también la ha engañado a ella.
LEANDRO. No hay que poner duda en ella,
que de eso estoy cierto yo.
¡Este perro de Celín
ha de morir!

*(Sale CALIXTO.)*

CALIXTO. Al ruido,
con licencia, me he vestido.
FELINO. Hoy caso a Isabela, en fin.
CALIXTO. ¿Esta noche?
FELINO. Esta, Calixto.
CALIXTO. ¡Vive el Señor, que ha de haber
zarabanda hasta caer,
que después, todo es un pisto!
CAMILO. Disimúlese, que viene
vecindad y parentela.
Vístase luego Isabela
y la colación se ordene.
FELINO. Tomad, Calixto, esta llave
y abrid la cantina luego.
CALIXTO. Sacarélo como un fuego.
FELINO. ¿De cuál?
CALIXTO. De un lindo jarabe:
yo sé bien la candiota.
FELINO. Toda se gaste y apoque.
CALIXTO. Como yo llegue al vitoque,
no puede quedarle gota.
Yo me podré de mañana (1)
del tinto que me cupiere,
que parezca a quien me viere,
sanguijuela en almorrana.

*(Vanse, y salen MANFREDO y BELARDO.)*

BELARDO.

¿Parécente muy bien estas locuras?

MANFREDO.

En tantas desventuras,
¿qué me quieres, Belardo?
Ya me cansa el vivir: la muerte aguardo.

BELARDO.

Creo que un hombre has muerto, y si eso es
mal podrás escaparte de ser muerto. [cierto,
¿Era valor, por dicha, o loca furia,
dar a quien no te injuria
mil locas cuchilladas,
y a muchos pobres hombres, sin espadas,
que a media noche a recogerse iban?

MANFREDO.

Tanto mis celos de razón me privan:
un poco he descansado haciendo el loco,
y no ha sido tan poco
como vengué mi rabia,
aunque no pudo ser en quien me agravia,
que no respire y viva y cobre aliento.

BELARDO.

Bien pudiera ser loco, y no sangriento.
¡Ahora, a media noche, estamos buenos!
Venga justicia, y denos
el seso que nos falta.

MANFREDO.

Ya el mal de la ceniza al fuego salta;
¿por esto ha de ser ya más negro el cuervo?
¿De qué negra fortuna me reservo?

BELARDO.

¡Necio es el que, pudiendo, no se salva!
Apenas ría el alba,
si luego se efectúa,
cuando en una prestísima falúa
a Nápoles partamos o a Mallorca,

(1) Así en el texto. Quizá "pondré".

que temo la prisión, cuchillo y horca;
y ahora, en esta iglesia, cuya puerta
parece que está abierta,
puedes estar seguro;
que es gran defensa de la iglesia el muro,
y a mucha gente de peligro escapa
esta tierra santísima del Papa.

MANFREDO.

¿Cómo valdrá su inmunidad a un loco?

BELARDO.

No se entiende tampoco
que lo has de ser en ella,
sino, con humildad, valerte de ella,
que todos tienen esta salvaguarda.

MANFREDO.

Ya todo me persigue y acobarda.
¡Oh, templo santo, en vos vi yo a Isabela,
y, en ofensa, miréla
del respeto debido
al sagrario de Dios! ¡Perdón os pido,
que, aunque os tengo ofendido, en vos me amparo!

BELARDO.

Que recibe al humilde está muy claro.

*(Vanse y salen* CAMILO *y* FELINO.)

CAMILO. Ya estoy del todo contento,
que el desposorio se hizo.
FELINO. Hoy el Cielo satisfizo
mi deseo y pensamiento.
CAMILO. ¡Qué bien parecen sentados!
El tan gentil hombre y ella
por tan grande extremo bella.
FELINO. Cuando los miro abrazados
me parecen, en el suelo,
un olmo y parra gentil,
o, en el mes después de abril,
a los dos niños del Cielo.
Mañana pienso buscar
aquel morisco fingido.
CAMILO. ¿Qué habéis de hacer a un perdido?
FELINO. Sólo echarle del lugar,
que no quiero que esté aquí,
donde Leandro le vea.
CAMILO. Como cuerdamente sea,
eso me parece a mí.

*(Sale* FULGENCIA.)

FULGENCIA. ¡Socorred, señores míos,
que está Isabela expirando!
FELINO. ¿Qué oigo?
CAMILO. ¿Qué estás hablando,
loca mujer, desvaríos?
FULGENCIA. Hale dado un gran desmayo,
de que dicen que está muerta.
FELINO. ¡Ah, fuera la tuya cierta!
¿Y con el fuego de un rayo,
de un desmayo ha de morir?
Vaya Calixto al dotor.
CAMILO. Todo es vergüenza y temor;
en la cama ha de salir,
que es la lejía y colada
de esos melindres.

*(Sale* CALIXTO.)

CALIXTO. ¡No he visto
tan gran desmayo!
FELINO. ¡Oh, Calixto!
CALIXTO. ¡Mi señora desmayada!
FELINO. ¿Es más?
CALIXTO. ¿No ha dicho otra cosa
esta chismosa doncella?
CAMILO. ¿Que es muerta?
CALIXTO. ¿Muerta? Como ella.
¡Como un ángel está hermosa!
FELINO. Llamadme luego un doctor.
CALIXTO. ¿Para qué? Yo he de curalla.
FELINO. ¿Vos?
CALIXTO. Con solamente hablalla.
FELINO. ¿Dónde?
CALIXTO. Al oído, señor.
FELINO. Pues ¿sabéis algún ensalmo?
CALIXTO. ¿Y cómo? Dadme lugar,
y veréisla despertar,
con cierta oración y salmo.
FELINO. ¿Quién os la dió?
CALIXTO. Aqueste moro;
pero yo no la aprendí,
que está en griego.
FELINO. ¡Anda de ahí!
CALIXTO. Pues qué, ¿sabello de coro?
FELINO. ¡Id, majadero a llamar
al doctor!
CALIXTO. ¡Voy!
FELINO. Ea, pues!
CAMILO. Entremos a ver lo que es.
FELINO. ¡Cuánto bien, tanto pesar!

*(Vanse y queda* FULGENCIA.)

FULGENCIA. En la confusión que estoy,
no sé a qué me determine
ni a cuál opinión me incline
de mil en que vengo y voy.

Pienso si se ha desmayado,
y esto puede más en mí,
por haber dado este "sí"
en casamiento forzado.
Aunque ello, si fué a disgusto,
bien pudiera no otorgallo;
mas, pues que gustó de dallo,
presumo que fué a su gusto.
También pienso si Manfredo
algún hechizo la dió
cuando el propósito vió
de su honor y de su miedo.
Si él la mató, no me toca
decillo, ni en ello hablar,
que no es justo aventurar
la cabeza por la boca.
Sea lo que fuere, yo soy
viva, si Dios es servido;
si es muerta, llanto fingido;
si es viva, su amiga soy.

*(Salen* CALIXTO *y* DIODORO, *médico.)*

DIODORO. Cierto que estaba acostado
y casi vengo desnudo.
CALIXTO. Señor Diodoro, no dudo
que os será gratificado.
¡Entrad, por Dios, que de vos
no hay quien remedio no espere!
DIODORO. Yo haré los que supiere
con el ayuda de Dios.

*(Éntranse los dos.)*

FULGENCIA. Sin duda que el mal se aumenta,
pues ya el médico se llama:
¡plegue al Cielo que la fama
o que mi sospecha mienta!
¡Oh, pobre señora mía!

*(Sale Celín.)*

CELÍN. ¿Fulgencia amiga?
FULGENCIA. ¿Quién es?
CELÍN. Yo soy.
FULGENCIA. ¿Quién?
CELÍN. ¿Ya no me ves?
FULGENCIA. ¿Celín?
CELÍN. Hablarte quería.
FULGENCIA. ¿Qué quieres, perro ladrón,
que has metido en esta casa
este fuego que la abrasa
con tu morisca invención?
¿Qué aguardas? ¿Por qué no huyes?
CELÍN. Yo, ¿por qué?
FULGENCIA. ¿No tienes miedo
de haber metido a Manfredo?
CELÍN. ¿A mí tu culpa atribuyes?
Dijéraslo tú a señor.
FULGENCIA. ¡Bien dices! Culpa he tenido,
y al castigo merecido
tengo forzoso temor.
¿Quiéresme sacar de aquí?
CELÍN. ¡Sí, por Dios, si ánimo tienes!
FULGENCIA. ¿Por ánimo te detienes?
¡Mal me conoces tú a mí!
Llévame a un monte, a la mar,
a la India o donde quieras.
CELÍN. ¿Tan grande castigo esperas?
¡Sígueme, pues hay lugar!

*(Vanse, y salen* CAMILO, FELINO *y* DIODORO, *médico.)*

DIODORO.

Debe de ser apoplejía o letargo,
que es mal que tiene fuerza en las mujeres,
y ansí pensaban, como dice Hipócrates,
del morbo comicial en aquel tiempo
que los dioses hacían este efecto,
arrebatando en éxtasis el ánimo
o comprimido de los malos genios.

FELINO.

Pues ¿dónde tiene el mal?

DIODORO.

En el celebro;
porque, los que se pegan a él, o nacen
en la más alta parte de los cuerpos,
no solamente traen dolor, pero arrebatan
la mente, el movimiento y el sentido.
Por este mal que dije, los antiguos
tablas votivas ofrecían al templo,
pidiendo la salud a sus milagros.
Por la constitución del cuerpo y hábito,
por la amplitud o estrecho de los órganos,
o redundancia del humor viscoso,
reciben estas varias mutaciones:
unos ladran cual perros, otros silban,
otros dan con los dientes, gritan otros,
otros dan voces dentro de los pechos
y otros, como Isabela, quedan mudos.

CAMILO.

Pues ¿cuál es la razón?

DIODORO.

Estar muy lleno
de humores densos el celebro todo,

o *clusis atque respirandi sistulis;*
quiere decir: cerrados los caminos
de la respiración, y esta es la causa
que no anden los espíritus recíprocos,
y éstos son los que tienen más tormento,
y éste es mayor cuando la luna crece
o está en el corazón o en el celebro.

(*Sale* Leandro.)

Leandro.

¡Oh, padre amado mío!
¿Qué tardanza es aquesta de remedio?
Ya casi el cuerpo frío
tiene mi vida y tu esperanza en medio.
¡Mira que casi es muerta
y que mi muerte, con la suya, es cierta!
Porque, de todo punto,
las bellas rosas se han trocado en nieve,
y un pálido y difunto
color, la del clavel del labio embebe.
¡Ya ni siente, ni mira,
ni tiene movimiento, ni respira!

Diodoro.

Que no hay pensar que es muerta;
mas al remedio vamos, que yo tengo
medicina más cierta,
y en un momento de mi casa vengo,
que es de cierto animal una sortija.

(*Vase.*)

Leandro.

¡Ay, mi esposa y mi bien!

Felino.

¡Ay, dulce hija!

Camilo.

Mientra viene, imagino
algunos polvos de unicornio darle
en un trago de vino.

Leandro.

Id, buen padre, por Dios, que confortalle
el estómago creo que es buen medio
mientras que viene el médico y remedio.

Felino.

Yo voy también, si acaso
a mi voz se volviese. (1)

Leandro.

Importa mucho,
padre: alargad el páso.
Todo me agrada cuanto veo y escucho,
y en nada hallo remedio verdadero;
pero, si muere, moriré primero.
¡Dulce señora mía!
¿Tan presto antes del gozo deseado,
antes que pase un día,
pájaro solitario me has dejado
y tórtola viuda?
Pero, ¿cómo en mi muerte pongo duda?
Que, como Filomena,
iré de rama en rama suspirando,
dulcísima Isabela,
tu nombre por el aire dilatando
con mis amargas quejas,
que al fin he de quejarme, pues me dejas.
¡Oh, paredes amadas!
¡Oh, tapices queridos, suelo, techo,
alfombras, almohadas,
donde tocó sus pies, su espalda o pecho!
Aquí la vi dichoso
y aquí me visteis su querido esposo.
Ya no habla ni mueve
aquel divino labio de su boca;
ya se convierte en nieve,
y se ha de convertir en tierra poca
los pies, la espalda, el pecho,
pared, tapiz, alhombra, suelo y techo.
¿Lloraré? ¿Daré voces?
Tendránlo por flaqueza y valor poco.
Mas ¡oh, pechos feroces!,
¿será mayor valor volverme loco?
Pues loco soy, ¡afuera!;
mas no será razón antes que muera.

(*Sale* Felino.)

Felino.

¿Leandro?

Leandro.

¿Señor mío?
Padre del alma mía, padre amado,
¿volvió mi cuerpo frío?

Felino.

Ya todos los remedios se han probado,
hasta dalle un garrote;
pero debe de ser del Cielo azote.
Sola la medicina

(1) En el original, "muriese", que parece al revés.

de un Pedro ha de bastar o de un Elías;
que, si no es la divina,
no bastan nuestras fuerzas y porfías.
Ven si abrazalla quieres.

LEANDRO.

¡Oh, claro sol, ejemplo de mujeres!
¡Que te eclipsa la muerte!
¡Que escurece tus ojos soberanos!
Mas quiero entrar a verte
y poner en tu cuerpo boca y manos,
cual leona parida,
que quizá con mi voz te daré vida.

## JORNADA TERCERA

(Sale Manfredo y Belardo.)

MANFREDO. Es imposible alegrarme,
Belardo, muerto mi bien;
antes pretendo también
vivo con él enterrarme;
que pues a este mismo temp'o
le han traído donde estoy,
en su sepultura doy,
como otra Evadnes, ejemplo.
BELARDO. ¡Ah, señor! Que hubiera sido
mejor aquesta mañana
de la mar furiosa y cana
la blanca espuma rompido,
y no en la iglesia aguardar
a ver el entierro triste,
donde tan cerca estuviste
de enloquecer o expirar.
Y también ha sido yerro
el querer aquí dormir,
pues nos pudiéramos ir
entre el vulgo del entierro.
¿Qué noche piensas tener
donde está muerta Isabela?
MANFREDO. Estaré, Belardo, en vela,
que quiero obsequias hacer.
Que antes ha sido ventura
para mí verla enterrar
adonde pueda llorar
su trágica sepultura;
y aun morir será razón,
pues el dolor me consume.
BELARDO. Basta, que imitar presume
los Amantes de Aragón.
Vuelve en ti, que no es tu esposa,
sino de Leandro.
MANFREDO. ¡Oh, Cielo,
que su crueldad es consuelo
de esta alma hasta aquí celosa!
Pero haberse muerto ansí
me hace, Belardo, entender
que por mí debió de ser;
no dudes, murió por mí.
Y si sabes cómo fué
y viste su entierro, dime,
para que a vivir me anime,
lo que entre tanto lloré;
porque estando del tormento
desmayado, no lo vi.
BELARDO. Lo que he visto pasó ansí.
MANFREDO. Di ¡por Dios!
BELARDO. Estame atento:
Estando en las bodas tristes
y desdichado himeneo,
donde con lloroso rostro
asistió la hermosa Venus,
la desdichada Isabela
de improviso mide el suelo,
con un espantoso grito,
con un desmayo violento.
No de otra suerte que cae
sobre los montes, gimiendo
de la segur del villano,
seca encina o verde fresno.
Alborótase la boda
y, con justo sentimiento
llamando médicos graves
procuran graves remedios.
Vienen, señor, los más doctos,
estudiando y revolviendo
de Hipócrates aforismos
y sentencias de Galeno.
Procuran con hierbas y aguas
abrir camino al celebro;
mas ¿qué aprovechan, sin alma,
antídotos y venenos?
Que ya la muerte cruel,
aposentada en su pecho,
cerró sus ojos al mundo
y sus estrellas al Cielo.
Llora el desdichado padre,
llora el afligido suegro,
lloran esclavos y esclavas,
alternando tristes versos. (1)

(1) En el texto, "alterando".

Y allí su esposo, cuitado,
convertido en otro Orfeo,
para seguir su Aretusa
en agua convierte el fuego.
Llega el alba y sale el sol,
no coronando los cielos
de arreboles carmesíes,
sino entre nublados densos.
Y ya después que igualmente
estaba del cielo en medio,
sale acrecentando el llanto
aquel doloroso entierro.
Hachas, clérigos y luces,
parroquias y monasterios,
cantando salen delante
en tono grave y suspenso.
En hombros de los más nobles
viene en una caja el cuerpo,
con un paño de brocado
hasta la tierra cubierto.
Detrás de él viene su esposo,
padres, amigos y deudos,
con lobas de negro luto
arrastrando por el suelo.
Luego el alterado vulgo,
ya puesto en triste silencio,
aunque a partes dividido,
contando el triste suceso.
Entra la fúnebre pompa
al triste enlutado templo,
lleno de mil versos y armas
fijadas en paños negros.
En diez gradas y una tumba,
cubierta de terciopelo,
ponen el cuerpo, y el coro
hace su oficio funesto.
Acabadas las Lecciones,
con sentimiento más tierno
bajan el cuerpo diez nobles
y fué en su bóveda puesto,
donde comerá la tierra
aquel divino sujeto,
de discreción y hermosura
raro y celebrado extremo.

MANFREDO. Con lágrimas te he escuchado,
y, sin duda, aquí muriera
si últimamente no fuera
de tu razón consolado.
Dime: ¿que en bóveda está,
que no en triste sepultura,
aquella rara hermosura
que es tierra y ceniza ya?
Dime: ¿que ya aquella rosa
no se trasplanta a su tierra?

BELARDO. En un bualillo (1) se encierra,
donde no hay puerta ni losa;
que hasta la mañana creo
que no la quieren poner.

MANFREDO. Pues hoy cumplido ha de ser
mi grande y justo deseo.
Túvelo en vida, Belardo,
de dalle un honesto beso,
y pues entonces fué exceso,
ahora muerta ¿qué aguardo?
¿No es donde está aquella tierra
ahora recién movida?

BELARDO. Allí está.

MANFREDO. ¡Oh, tierra querida
que tan alta prenda encierra!

BELARDO. ¿Muerta la quieres besar?
¿No tendrás miedo, Manfredo?

MANFREDO. Aguarda y verás el miedo.

(*Vase.*)

BELARDO. Ve por detrás del altar.

Mató a Isabela un pronto paraxismo,
estando como el sol al mediodía,
porque nuestra mortal vana alegría
es [de] nuestra ignorancia barbarismo.

Manfredo, convertido en otro abismo,
busca su alma en la ceniza fría,
que a tal locura y vanidad le guía
Amor, que vive en el sepulcro mismo.

¡Oh Amor! ¿No te contentas que en la guerra
y entre los libros, para ejemplo abiertos,
tu fuego ardiente su veneno encierra,

que entres a ver sin alma cuerpos yertos;
que abraces sombra, viento, polvo y tierra
entre las sepulturas de los muertos?

(*Sale* MANFREDO *con* ISABELA *en brazos, como muerta.*)

MANFREDO. Ayúdame aquí, Belardo,
que aún tiene el cuerpo calor.

BELARDO. Sólo en velle me acobardo;
no me lo mandes, señor.

MANFREDO. Llega, fanfarrón gallardo;
llega, que no es muerta, no:
y si es verdad que murió
leona parida ha sido
que a puro llanto y gemido
le he formado otra alma yo.

---

(1) Así en el texto: quizá "lucillo".

BELARDO. Di ¡por tu vida! herejías
y que este milagro has hecho.
MANFREDO. ¡Ay, hermosas manos mías
y divino rostro y pecho,
vivas ya, pues no estáis frías!
¡Ah, Isabela! ¡Ah, mi señora!
¿Sabéis quién os llama ahora,
Isabela?
ISABELA. ¿Quién me llama?
BELARDO. ¿Habló? ¡Jesús!
MANFREDO. Quien os ama,
quien os estima y adora.
En los brazos de Manfredo
estáis ahora.
ISABELA. ¡Ay de mí!
MANFREDO. Viva está, y lo que hacer puedo
es llevármela de aquí.
BELARDO. Suéltala. ¿No tienes miedo?
Mira que no sea castigo
de Dios.
MANFREDO. Cobarde enemigo,
¿por qué?
BELARDO. Porque aquí le ofendes,
y lo que Isabela entiendes
que es algún demonio, digo.
MANFREDO. Perro, ¿en un ángel podría
entrar un demonio?
BELARDO. Y ¿cómo?
MANFREDO. Llega aquí.
BELARDO. ¡Loca porfía!
MANFREDO. Toma este brazo.
BELARDO. Ya tomo.
MANFREDO. ¿Vióse tan vil cobardía?
ISABELA. ¡Ay, Jesús!
MANFREDO. ¿Ves que ha nombrado
a Jesús? Di, afeminado,
¿demonio puede tener?
BELARDO. Sí, señor, que puede ser
algún diablo bautizado.
MANFREDO. Ten de aquí.
BELARDO. ¿Dónde la llevas?
MANFREDO. A una barca y luego al mar.
BELARDO. ¡Que a tal locura te atrevas!
MANFREDO. Ayúdamela a llevar.
BELARDO. Hoy mil ejemplos apruebas.
Cuanto se dice de amor
digo que es verdad.
MANFREDO. Traidor,
ten de aquí y vamos al mar.
BELARDO. ¿Dónde la quieres llevar?
MANFREDO. A Nápoles.
BELARDO. ¡Ciego error!
¿No ves que a ninguna iguala,
llevando ajena mujer,
hazaña tan fea y mala?
MANFREDO. ¿No la apartaron ayer
el azadón y la pala?
Anda, necio, que ya puedo
casar con ella.
BELARDO. ¡Qué enredo
y qué obstinada porfía!
MANFREDO. Habladme, señora mía.
ISABELA. ¿Quién eres?
MANFREDO. ¿Quién soy? Manfredo.

(*Vanse. Salen* HORACIA *y* TULIO, *su marido.*)

TULIO. ¿En tanto extremo recibes
contento de este suceso?
HORACIA. Si el contento quita el seso,
no es mucho que de él me prives.
Que ha sido la nueva tal
de la muerte de Isabela,
cuanto ya el alma recela
hallar venganza en su mal,
porque si no es de esta suerte
no me quedaba esperanza.
TULIO. En vida es justa venganza,
pero sin honra en la muerte;
y ese vengativo ardor
me ha dado justos recelos
que te ha nacido de celos,
y aquesos celos de amor.
Amor tienes todavía,
que nunca ve bien el ciego,
ni está sin reliquia el fuego
entre la ceniza fría.
HORACIA. ¡Cansarme ya con sospechas, (1)
si te parece muy justo,
cuando a mi pasado gusto
canto, como cisne, endechas!
Pues no me canses ni alteres,
que no es término de sabio,
conociendo tú mi agravio
y condición de mujeres.
¿Téngote yo de negar
que quise a Leandro bien?
¿Tú no fuiste, Tulio, quien
aquí lo vino a tratar?
No dudes; yo he de vengarme
y hacer hoy fiesta a su pena.
Estoy de contento llena;
quiero vestirme y tocarme;

(1) Así en el texto original.

hoy ha de ser de color
¡por vida tuya! el vestido.

TULIO. (Ya comienzo a ser sufrido.
¡Gran paciencia causa amor!
Pero el hombre que se casa
ciego a la buena opinión,
alquile con condición
y haga gran puerta en casa.
Casi estoy arrepentido.)

HORACIA. Oye, que Leandro es éste.

TULIO. (¡Que tanto un amor me cueste!)

HORACIA. ¡Qué lloroso y afligido!

*(Entre* LEANDRO, *de luto.)*

TULIO. (¡Gran luto! Tiene razón,
porque ha perdido gran bien.

HORACIA. Pues dime tú a mí también
qué bien perdí.

TULIO. Muchos son,
y si te afliges ansí
y sin vergüenza a mis ojos,
podrá ser que sus enojos
vengan a quebrar en ti,
que es muy mal término ése.

HORACIA. ¿Por qué no me he de alegrar?

TULIO. ¿Por qué no te ha de pesar
lo que es razón que te pese?)

LEANDRO. (Si vivo en esta ocasión
serán los Cielos jüeces
que el dolor algunas veces
vuelve en piedra el corazón.
Que pues con este dolor
vivir un hora he podido,
en piedra me ha convertido
la fuerza de su rigor.
Porque el corazón recelo
que ha sido como el discurso
del agua, que en medio el curso
queda congelada en hielo.
Que aún las lágrimas no salen
para llorar a Isabela;
si el fuego no las deshiela,
¿de quién ahora se valen?)

TULIO. (Digo que no le has de hablar
ni tomar esa venganza.

HORACIA. ¿Y faltaráme esperanza
que será en otro lugar?
Hoy me tengo de vestir.

TULIO. (Hoy la sacaré los ojos.)

HORACIA. Cuando me dieses enojos...

TULIO. ¿Qué?

HORACIA. No lo quiero decir.

TULIO. ¿Harás matarme ¡oh!, villana?

HORACIA. No pongas la mano en mí.

TULIO. Anda, tira por ahí.

HORACIA. Padre tengo y tengo hermana,
parientes tengo y amigos.

TULIO. En casa nos hablaremos.)

*(Vanse los dos.)*

LEANDRO. ¡Qué de celosos extremos
han hecho mis enemigos!
Y la que sé yo de coro
que se huelga de mi pena,
y está de contento llena
como yo de angustia y lloro.
Si se estuvieran aquí
presumo que mi tormento
les diera más sentimiento
del que ahora en ellos vi;
que la vida les quitara
haciéndolos varias piezas.

*(Sale* CAMILO.)

CAMILO. Ya, hijo, tantas tristezas
te van saliendo a la cara.
Creo que este pensamiento
te quite, si más porfía,
la vida, que es de la mía
la columna y fundamento.
Haz esto que te he rogado
y de Sicilia te ausenta,
que, al fin, aquí representa
más viva historia el cuidado.
Ya lo necesario dejo
prevenido a tu camino,
porque de cera imagino
tu obediencia a mi consejo.
Escoge el lugar que quieres
que a tu tristeza se oponga.

LEANDRO. Tu gusto de mí disponga,
señor, pues mi dueño eres.
Bien veo que el ausentarme
ha de ser de gran provecho,
para dar quietud al pecho,
divertirme y consolarme.

CAMILO. Pues, hijo, el camino toma,
escoge el que más te agrada:
España es tierra extremada;
Nápoles, Venecia y Roma.
En Francia tienes un primo
que es como hermano en amor.

LEANDRO. A Nápoles es mejor;
sólo a esta ciudad me animo.

CAMILO. Pues ¡sus! partamos de aquí
a procurar tu consuelo.
LEANDRO. ¡Ay, tierra en que está mi cielo!,
¿cómo me ausento de ti?

*(Vanse. Sale* FABRICIO, *padre de* MANFREDO, *y* CLARINO, *criado.)*

FABRICIO.

Al cabo ya de un mes no haber escrito,
ni aquel perdido de Belardo. ¡Oh, Cielo,
y cuán vanos remedios solicito!
Discurre al corazón la sangre en hielo
en sólo imaginar si al hijo mío
la tierra cubre en extranjero suelo.

CLARINO.

Has dado en ese loco desvarío;
perdóname que ansí le llame y nombre.

FABRICIO.

Clarino, de su vida desconfío.
¡Que fuese aquel Belardo tan mal hombre,
tan mal criado, que cualquier suceso
no me escribiese! ¿Hay pecho que no asombre?
¿Si está por dicha mi Manfredo preso,
que en Nápoles se tiene esa sospecha,
que, al fin, era rapaz de poco seso?

CLARINO.

El tuyo es menos cuando tal sospecha,
que antes el no escribir muestra que viene.

FABRICIO.

Ni consuelo ni engaño me aprovecha.
Porque si el mar entre sus ondas tiene
mi querido Manfredo y en tormenta
de llegar a la playa le detiene,
¿cómo quieres, Clarino, que no sienta
su ausencia con igual desasosiego?

CLARINO.

Ya al mar llegamos, tu remedio intenta.
Que a Sicilia me quiero partir luego
y traerle conmigo, donde veas
que tus sospechas son paterno fuego.

FABRICIO.

Mi vida larga con tu bien deseas.
Mas oye; una falúa desembarca.

CLARINO.

¡Oh, si fuese tu hijo!

FABRICIO.

No lo creas.

CLARINO.

Ya viene a tierra una pequeña barca.

*(Entra* MANFREDO *y* CELÍN, ISABELA *y* FULGENCIA.) (1)

ISABELA. ¿Que ya en Nápoles estamos?
MANFREDO. Ya estamos, señora, en él,
aunque del viento cruel
menos bonanza esperamos.
ISABELA. Consolada vengo, en fin,
y en parte lo debo estar,
de topar al embarcar
a Fulgencia y a Celín.
FULGENCIA. El haberte hallado viva
fué tanto bien para mí,
que por tu muerte iba ansí,
de un cautivo vil cautiva.
Gran bien te promete el Cielo,
pues con tu resurrección
has dado a mi perdición
honra, paz, vida y consuelo.
BELARDO. Aunque agradecida estás
de cobrar tu perdimiento,
más lo está mi pensamiento,
como quien te quiere más.
Que pensé volverme loco
cuando vi que concertabas
la barca y al mar fiabas
lo que al mar costó tan poco.
Que cuando huyendo quisieras
salir del peligro estrecho,
hiciera mar de mi pecho
en que librarte pudieras.
CELÍN. Aunque en esa voluntad
iba más segura al doble,
sabe que soy hombre noble
y que guardara lealtad.
BELARDO. Celín, de eso estoy muy cierto;
pero buen suceso ha sido
haber los cinco venido
a juntarnos en el puerto.
CELÍN. ¿Qué es, señor, tu pretensión
ya que en Nápoles estamos?
MANFREDO. Que a mi padre juntos vamos.
BELARDO. Y ¿quién le dirás que son?
CELÍN. Dile que la traes robada.
MANFREDO. Dices bien, pues su belleza

(1) También entra BELARDO, que habla luego.

ha de templar la aspereza
de su condición airada.

FABRICIO. (Clarino, ¿cómo no llego
a abrazar al hijo mío,
que el pecho caduco y frío
se abrasa en paterno fuego?
Que si detenerme puedo
sólo por saber ha sido
si es por ventura marido
de alguna de éstas Manfredo.

CLARINO. No lo dudes, que ella es tal
que merece ser mujer
de un rey.

FABRICIO. Merécelo ser
su hermosura celestial.)

ISABELA. (Manfredo, ya que he venido
forzada de amor por ti,
dime: ¿hay escrúpulo en ti
para no ser mi marido?
¿Puedo yo ser tu mujer
estando Leandro vivo?

MANFREDO. Pena de oírte recibo,
si hablar tú lo puede ser.
De Leandro fuiste esposa;
pero es claro testimonio
que se acabó el matrimonio
con tu muerte rigurosa.
Ya tu esposo dió a la tierra
tu cuerpo y libre quedó,
a quien después volví yo
el alma que ahora encierra.
Si otra vida viene a ser
tu resurrección, señora,
bien puedo casarme ahora
como con otra mujer.

ISABELA. ¿Que en efecto está disuelto
aquel mi primero lazo?)

FABRICIO. (¿Qué tardo que no le abrazo?
De abrazalle estoy resuelto.)
¡Hijo! ¡Manfredo!

MANFREDO. Señor,
en tus brazos tomo puerto.

FABRICIO. Sí, que es el puerto más cierto
un padre lleno de amor.

BELARDO ¿Clarino?

CLARINO. ¿Belardo amigo?

FABRICIO. ¿Estas señoras quién son?

MANFREDO. No te cause admiración,
señor, que vengan conmigo,
porque aquesta noble dama
es de Felino hija bella.

FABRICIO. Ya las nuevas de él y de ella
trujo a Nápoles la fama. (1)
¿Haste casado?

MANFREDO. A lo menos
vengo, señor, concertado,
y honrado en haber hallado
hija de padres tan buenos.

FABRICIO. Bien; mas ¿cómo te la dió
Felino sin casamiento?
Hijo, ¿es éste fingimiento?
Di verdad, sépalo yo,
no traigas alguna afrenta
de mi casa y de tu honor.

MANFREDO. Ella es sin duda, señor;
pero no es bien que te mienta.
Yo la he robado y traído.

FABRICIO. De esa suerte puede ser,
que no se fía mujer
y menos que a su marido.
Por ser noble y principal,
rica y tu gusto este día,
será, Manfredo, hija mía
y a tu propia hermana igual.

MANFREDO. Llega y háblala, señor,
si soy tu hijo.

FABRICIO. ¿Y el nombre?

MANFREDO. Isabela, que no hay hombre
que ignore su gran valor.

FABRICIO. Hija, Isabela, yo soy
padre de Manfredo. Alzaos,
no os humilléis, levantaos,
que brazos de padre os doy.
Yo huelgo y soy venturoso
en que así mi casa honréis.

ISABELA. Por liviana me tendréis
en seguir incierto esposo;
mas cuando, señor, sepáis
el milagro y la ocasión,
disculparéis mi razón.

FABRICIO. Muy mal en la playa estáis.
Venid conmigo a mi casa,
que aunque no es cual merecéis,
ni el alma pobre hallaréis
ni la voluntad escasa.
¿Son éstos criados vuestros?

ISABELA. Para serviros, señor.

BELARDO. Despacio sabréis, señor,
los largos sucesos nuestros.

MANFREDO. Señor, porque yo imagino
que en mi seguimiento vienen

---

(1) En el original, "bella".

y que ya en las más tienen (1)
la venganza y el camino,
desde vuestra casa quiero
que a la iglesia juntos vamos.

FABRICIO. Seguros en ella estamos.
Venid, descansad primero.

MANFREDO. Pues si aquesto no te mueve,
hazlo, señor, por mi gusto.

FABRICIO. Que la goces es muy justo;
pero ¿tan breve?

MANFREDO. Tan breve.

FABRICIO. Si eso importa, apercebid
vosotros la parentela.

MANFREDO. Venid, mi dulce Isabela.

BELARDO. Dulce Fulgencia, venid.

*(Vanse. Salen* CAMILO *y* LEANDRO.)

LEANDRO.

Es, sin duda, mayor la bella Nápoles
que tu fama, señor, y largo prólogo;
que yo pensaba que el tenerme lástima
era contarme su grandeza espléndida
por divertir mi pensamiento mísero
de una imaginación tan melancólica.

CAMILO.

¿No te agrada en extremo?

LEANDRO.

Estoy mirándola
por un milagro de los siete célebres.
¡Qué bravos edificios! ¡Qué gran máquina!
¡Qué lindas plazas, torres y pirámides,
y qué castillo y foso fuerte y bélico!
Pues ¿qué es, señor, mirar tantos artífices
y tan diversas calles de mecánicos?
¿Qué es ver tantas naciones de mil géneros,
de España, Francia, Italia, Córcega,
hasta los turcos y remotos árabes?
¡Bien la llaman la bella!

CAMILO.

¡Qué gran límite
tiene por esta parte su gran término!
Aquí quiero que mudes de propósito
y que deseches ese amor intrínseco.
Aquí hay mujeres de hermosura angélica
que exceden a la rosa y nieve cándida;
enamórate de una de ellas, ríndete,
y, si te pareciere noble, cásate,
que ya es cansado aquese tu amor trágico,
y yace tu Isabela en triste bóveda
cubierto el rostro de una losa frígida.

LEANDRO.

Ese cuerpo, señor, que dejó el ánima
tiene la mía oculta en lo más íntimo;
tanto, que a no estar ya los miembros débiles
pudiera andar y hablar sin dar escándalo.
No me mandes que olvide el primer tálamo
de mi amada mujer, muerta de súbito,
que aquellos labios y mejillas cárdenas
son para mí claveles, rosa y púrpura,
y están muy frescas mis debidas lágrimas
para agraviar su amor y honrado túmulo.

CAMILO.

No te canses ahora en esas pláticas,
que, si amor ya no puede ser recíproco,
¿de qué sirve querer entre unos mármoles
unos huesos de tierra sin espíritu?
Si amar a otra fué remedio fábulo,
no todos los que quedan son inútiles.
Aquí hay mil caballeros, hay mil príncipes,
hay mil soldados fuertes y belígeros,
con quien puedes tratar cosas políticas;
finalmente, Leandro, harás buen ánimo.

LEANDRO.

Por agradarte esfuerzo el pecho tímido.

CAMILO.

Tras este triste vendrá un tiempo próspero,
y para el tiempo son remedios fáciles
los que imposibles el dolor recela.

LEANDRO.

¡Ay, difunta, bellísima Isabela!

*(Vanse. Sale* ROBERTO, *príncipe de Nápoles;* LEONARDO, *caballero, y dos* CAZADORES.)

ROBERTO. ¡Extremada caza ha sido!
Yo me he holgado en extremo.

LEONARDO. Sí; pero mucho has corrido,
y, sin el cansancio, temo
al sol, por julio encendido.

ROBERTO. La frescura, prado y hierba
de todo su ardor preserva. (1)
Mucho me holgué cuando vi
la industria del baharí
y la traición de la cuerva.

(1) Así en el original. Quizá sea "y que a la mano ya tienen."

(1) En el texto, "reserva".

FRONDAL. Eso, Príncipe famoso,
ya parece artificial
batalla y campo forzoso;
pero lo que es natural
se tiene por más gustoso.
¿No te causó maravilla
ver la triste pajarilla
que siguió aquel alcotán?
ROBERTO. Ese fué lance galán,
y el ver tan cerca seguilla;
que de miedo que tenía
del caballo entre los pies
se me enredaba y metía,
y en dejándola después
huyendo otra vez volvía.
CORINEO. Lo que deseaba el lance;
mas no pudo darle alcance.
LEONARDO. ¡Bravas puntas levantó!
FRONDAL. Pudiera tomarla yo
casi en el postrero trance,
que en las manos se me puso
de miedo del alcotán.
CORINEO. Después se quedó recluso
por las encinas que están
en aquel monte confuso.
LEONARDO. Del Príncipe huyendo iría
al sagrado, que podía,
porque era delito grave
matar a su vista un ave.
ROBERTO. No lo mostró su porfía;
y, para decir verdad,
ni fué temor ni piedad;
que, no siendo yo su rey,
no era crimen contra ley
de la lesa majestad;
que el águila, si le viera,
puede ser que se agraviara.
LEONARDO. Sí; pero en esta ribera,
cuando el águila volara
se te humillara y rindiera,
porque estando tan cercano
al imperio soberano
súbdita el águila es,
pues la pintan a los pies
del Emperador romano.
ROBERTO. Ahora bien; en cuanto abraza
nuestro terreno (1) deseo
hacer una insigne caza.
LEONARDO. A Frondalio y Corineo
puedes confiar la traza.

(1) En el texto, "severo".

CORINEO. Y podrás, cuando te fíes,
con halcones y neblíes,
volar cuervas, matar garzas,
o francolines (1) en zarzas,
o en el monte jabalíes;
que tal vez con parda tela,
donde tuviere la cama,
dos días antes cercaréla.
ROBERTO. Pues esa es caza de fama.
Sabed el puesto y haréla,
y apercibid los sabuesos.
FRONDAL. No sea en montes espesos,
sino en los que se conocen.
ROBERTO. Bien dices, por que se gocen
mejor los buenos sucesos.

(*Vanse. Sale* LEANDRO, *alborotado, y* CAMILO.)

CAMILO.

¿Qué dices? ¿Estás loco?

LEANDRO.

Estoy muy cuerdo,
y por eso te llamo con tal priesa.

CAMILO.

Leandro, vuelve en ti.

LEANDRO.

Padre Camilo,
si no es pura verdad que vi a Isabela,
la tierra se abra aquí, y aquí me trague.

CAMILO.

¿Qué dices, loco? ¿No quedó en Sicilia
muerta, enterrada y dentro de una bóveda,
con un peñasco encima, como Encélado,
en que después pusieron estos versos,
que yo leí después?

LEANDRO.

No los recites,
que no estoy loco ni he menester señas.
¡Viva es mi esposa, mi mujer es viva!

CAMILO.

¡Calla, que otra será que la parezca!

LEANDRO.

Jamás Naturaleza ni los Cielos
tuvieron molde para hacer imágenes,

(1) En el original, "tranconiles".

que, a su albedrío, pintan lo que quieren,
y, en haciendo el borrón, rasgan la estampa.

CAMILO.

Bien digo yo, Leandro, que estás loco.
¿Qué molde ni qué estampa? ¿Qué es aquesto?

LEANDRO.

Padre; si soy cristiano, padre mío,
si tengo fe, creed mis juramentos:
¡yo vi a Isabela!

CAMILO.

¿Tú?

LEANDRO.

Yo, digo, y viva.

CAMILO.

¿Cómo la viste o dónde?

LEANDRO.

En una iglesia.

CAMILO.

¿Ves si estás loco? ¡Que enterrarla viste
en una iglesia, has de decir!

LEANDRO.

No digo,
sino que aquí la he visto en una iglesia,
donde llegué, por ser tan nuevo en Nápoles,
a las voces que daba todo el vulgo,
diciendo que había allí una novia hermosa.

CAMILO.

¿Qué novia? ¿Desatinas, rapacillo?

LEANDRO.

Yo estoy en mí: la novia es Isabela,
que con aquel Manfredo se ha casado.

CAMILO.

¿Qué Manfredo?

LEANDRO.

Aquel moro, padre mío,
que la sacó, sin duda, de la bóveda,
donde, sin falta, la enterramos viva,
pensando que era muerte su desmayo.

CAMILO.

El corazón me ha dado una sospecha;
ya te he entendido: ¡vive Dios, que es viva!,
y que dices verdad, que la ha robado,
¡y aun plegue al Cielo que no fuese entre ellos
fingido su concierto y su desmayo!

LEANDRO.

Eso no creo yo de mi Isabela,
sino que fué robada siendo muerta
y que después vivió siendo robada;
y como se disuelve el matrimonio
por muerte de uno de los que contraen,
y el otro queda libre y libremente
puede, si quiere, hacer segundas bodas,
Isabela, engañada, las ha hecho.

CAMILO.

Leandro, vamos luego a la justicia;
¿qué digo a la justicia?, al mesmo Príncipe,
que éste no es pleito para andar despacio.
¿Dijiste alguna cosa cuando viste
el acto injusto y matrimonio errado?

LEANDRO.

¿Cómo si dije? Dije mil locuras,
di voces en la iglesia, metí mano,
pedí mi esposa, y viendo que la gente
contra mí se volvía y me injuriaba,
pedíle a Dios y díjele con lágrimas
que se moviese a defender su causa.
Entendiéronme bien algunos viejos,
y, viendo el Sacramento reiterado,
los dos maridos bellos, y Isabela,
que confesaba serlo yo primero,
juntos, con gran favor, deudos y amigos,
la llevaron al príncipe Roberto,
informando del caso a un gran letrado,
por quien temo que falte mi justicia,
si tú no la defiendes, pues lo eres,
porque el letrado pienso que es su padre,
según allí me dijo alguna gente.

CAMILO.

Si él es legista y padre, yo soy padre
y legista también, y estoy muy cierto
de mi justicia, que es lo más que importa;
y ahora, solamente en esta causa,
agradecido estoy a mis trabajos,
a mis largos estudios, que habían sido,
por mi hacienda y nobleza, sin provecho.
Guía a Palacio, que por el camino,
de improviso y sin libros, la memoria,
siendo despertador tu amor paterno,

me ha de ofrecer los textos y las glosas,
las leyes, los derechos y opiniones.

LEANDRO.

En tu razón se fundan mis razones.

(*Vanse, y sale el* PRÍNCIPE, *un* GOBERNADOR, FABRICIO *y* MANFREDO *y* ISABELA.)

PRÍNCIPE. Todo lo tengo entendido,
y es un caso extraño y nuevo.
GOBERNAD. Yo a juzgallo no me atrevo.
PRÍNCIPE. Guarda a la parte un oído
y podrás, Gobernador,
cuando información te den,
no agraviar y juzgar bien.
GOBERNAD. Juzga tú, invicto señor.
PRÍNCIPE. Tú eres mi propia persona,
y aunque aquí me haces ventaja,
toma esa grada más baja.

(*Siéntase y el* GOBERNADOR *a los pies.*)

Respetemos la Corona,
porque, con mayor razón,
se te debe este lugar,
o a mi lado habéis de estar.
GOBERNAD. Grandes tus ejemplos son
y tu inclinación divina
en honrar las letras tanto.
PRÍNCIPE. Quiero mirar entre tanto
su hermosura peregrina,
y a fe de Rey que es extremo;
buen pleito tiene esta vez,
tanto que, siendo el jüez,
como condenado temo.—
¿Quién es el segundo esposo?
MANFREDO. ¡Yo, señor!
PRÍNCIPE. Y desdichado.
MANFREDO. ¿En qué?
PRÍNCIPE. En no la haber gozado.
MANFREDO. ¡Tú, señor, me harás dichoso!
PRÍNCIPE. Y el que ahora te detiene
tanto bien ¿adónde está?
¿Cómo no viene?
MANFREDO. El vendrá,
aunque ya pienso que viene.

(*Salen* CAMILO *y* LEANDRO.)

CAMILO. A tu trono, Rey supremo,
indignamente me humillo.
LEANDRO. (Ya de ver me maravillo
mi muerta, que viva temo.)
PRÍNCIPE. ¿Quién eres?
CAMILO. Camilo soy.
PRÍNCIPE. ¿Tu hijo?
LEANDRO. Yo, a tu servicio.
PRÍNCIPE. ¿Quién son Manfredo y Fabricio?
FABRICIO. Aquí, con Manfredo estoy.
PRÍNCIPE. Dicen, Leandro y Manfredo,
que tenéis padres letrados.
FABRICIO. Los dos somos abogados
del pleito.
PRÍNCIPE. Contento quedo,
pues una sangre tenéis
y un mismo pleito tratáis.
Vos, dama, ¿qué confesáis?
ISABELA. Todo lo que visto habéis;
que ya os he dicho, señor,
que fuí enterrada por muerta.
PRÍNCIPE. Y tú que abriste la puerta
movido de ciego amor.
MANFREDO. Muerta de allí la saqué
y entre mis brazos vivió.
PRÍNCIPE. ¿Y qué le pides tú?
LEANDRO. Yo
mi mujer pido.
PRÍNCIPE. ¿Por qué?
LEANDRO. Porque mientras alma tuvo
no es matrimonio disuelto.
MANFREDO. Yo, señor, estoy resuelto
en que ya sin alma estuvo,
y, al fin, la muerte y entierro
apartan el matrimonio,
de que he dado testimonio.
CAMILO. Eso es yerro.
MANFREDO. ¿Cómo yerro?
CAMILO. Hablad, y luego hablaré.
FABRICIO. Prometed darme lugar.
CAMILO. Digo que os dejo informar
y que luego informaré.
FABRICIO. Que se disuelve, y es llano,
el matrimonio en la muerte,
nos lo refiere y advierte,
como sabes, Justiniano.
en el Auténtico, (1) *De nuptiis,*
en el párrafo *deinceps,* (2)
*quae mors omnia solvit,* dice;
y si es verdad que acabó,
quien a Isabela obligó
ya muerta, pues contradice
la ley *nec ab initio Codice de nuptiis* (3)
*sit,* que, para su igualdad,

(1) ¿Querrá decir "En el *Digesto*"?
(2) Faltan dos versos para que haya redondilla, que es el metro que viene rigiendo en esta escena.
(3) También éste y los demás pasajes latinos están alterados.

matrimonio y compañía,
lo que en latín se diría
propiamente sociedad,
después de la muerte es vano
querer que dure en razón,
que es contra la decisión
que escribe Papiniano.
En la ley *si fratres,* parágrafo
ídem, *respondit pro socio.*
Y por estas partes vistas,
en los términos estamos,
de la cuestión que tratamos,
teólogos y juristas;
pues quieren averiguar
si el patrimonio dejado,
Lázaro, resucitado,
pudo volver a tomar;
pues es verdad que sería,
como de cosas tan llanas,
partido entre sus hermanas,
que fueron Marta y María;
y que si, siendo casado,
pudo otra vez compeler
a continuar su mujer
el matrimonio pasado.
Y aunque en esta diferencia,
que en mi favor testifico,
a Cursio, con Alberico,
defiendan lo que es herencia,
en la ley tres, *Digestis de légibus*
que los bienes le volviesen
que primero poseyó,
donde argumento quedó
que algunas leyes dijesen
que el hombre que condenado
a muerte civil ha sido,
y después restituído
del Rey al primero estado,
vuelva a sus bienes también,
herencias y posesiones,
como muchas decisiones
de Emperadores se ven.
En el título *Códice, de sententiarum,*
*passis et restitutis.*
Y que así el restituído
del Príncipe celestial
a la vida natural,
que, en efecto, habrá perdido,
se deba restituír
a los bienes. De otra suerte,
de otros la opinión se advierte
que debo en esto seguir,
que en este Real Teatro
no es bien que cansaros piense;
leed a Antonio Brigense
la cuestión cincuenta y cuatro,
y es opinión singular
que las que herederas fueron,
el dominio que adquirieron
no se les pueda quitar.
Ley *id quod nostrum de regula ju-*
ley *qui res,* paragrafo *ad cam* [*ris;*
*de solutionibus.*
Cuanto al matrimonio, fué
menester nuevo contrato,
porque aquel primero trato
por muerte disuelto fué.
Y esto quiero que oiga el Rey,
que, volviéndose a casar,
no se le pudo estorbar
argumento de la ley
*Quod si minor,* § *scuola*
*de minoribus.*
Que, si quitarle pudiera
después el otro marido,
como aquí se ha defendido,
un absurdo se siguiera,
y es que en la resurrección
universal de los muertos,
si no estuviéramos ciertos,
que es cierta aquesta opinión,
ser alguno, cuando nombres,
las causas que en contra quieres,
marido de mil mujeres
y una mujer de mil hombres;
y el casar no implica mal
cuantas veces se enviudara,
como mejor lo declara
el capítulo final *De sponsalibus.*

CAMILO.

¿Has dicho?

FABRICIO.

Dije.

CAMILO.

Y largamente has dicho.
Y ansí, pruebo que nunca fué disuelto
el matrimonio de Isabela y Leandro,
ni aconteció tampoco en estos términos
que has alegado en la cuestión de Lázaro;
que, en este caso, la común escuela
de teólogos prueba que fué muerte

la de Lázaro cierta, y que a su cuerpo
la misma alma le fué restituída,
y ansí, después quedó como antes Lázaro,
el mismo en todo, en número y especie,
y ansí, tan justo fué darle sus bienes,
y declararle (1) fuera tan bien justo
como fuera casado, que duraba
el mesmo matrimonio contraído,
como resuelve, respondiendo a todo,
Brigense en el lugar arriba dicho,
y Arcediano mejor, en el capítulo
*Licet trigesima secunda quaestion octava,*
donde el sentido, prueban los teólogos
y canonistas, que no pudo Lázaro
bautizarse otra vez, reiterando
el Sacramento, que es inrepetible.
Y en este lugar dice Torquemada
que la cuestión de Lázaro es impropia
cuando alguno se hubiese hallado vivo,
pasadas de su entierro algunas horas,
dentro de algún sepulcro, cueva o bóveda,
porque éste bien se ve que estuvo vivo,
y, cuanto a él, no hay que dudar, ni puede,
en lo que es extinción del matrimonio,
pues siempre duró en él; con lo cual vemos
que se dice de nuestro caso *in terminis*
y es llana la justicia de Leandro.

PRÍNCIPE. ¿Tenéis ya más que alegar?
CAMILO. Para tan clara razón,
¿qué mayor comprobación?
¡Bien puedes, Rey, sentenciar!
FABRICIO. ¿Tan seguro estás?
CAMILO. ¿Pues no?
¡Bien sabes tú la verdad!
FABRICIO. La que digo.
CAMILO. Esa es maldad.
FABRICIO. Puedo enseñarte.
CAMILO. ¿Quién?
FABRICIO. Yo.
CAMILO. Tu alabanza es vituperio.
LEANDRO. Y si esto no es suficiente,
acuso criminalmente
a Manfredo de adulterio.
PRÍNCIPE. Paso, no haya más. ¿Qué dices,
Gobernador?
GOBERNAD. Qué tú eres
juez.
PRÍNCIPE. Di lo que supieres.
GOBERNAD. Basta que tú lo autorices.
Señor, a mi parecer,
el matrimonio primero
es válido.
PRÍNCIPE. ¿Cómo?
GOBERNAD. Quiero
que lo entiendas.—Di; mujer
de Leandro, ¿no lo fuiste?
ISABELA. Sí que lo fuí; pero advierte
que me aparté con la muerte.
GOBERNAD. ¿Cómo, si viva estuviste?
¿Tenías alma?
ISABELA. Sí, señor.
GOBERNAD. ¿Con qué le distes la fe?
ISABELA. Con el alma.
GOBERNAD. Luego fué
casarse otra vez error.
Esto es, señor, lo que entiendo.
PRÍNCIPE. Pues ¿qué hay más que confirmallo?
Eso juzgo y eso fallo
*pro tribunali sedendo.*
GOBERNAD. ¿Que Leandro goce de ella
mandas?
PRÍNCIPE. Escribir se puede,
con tal que Manfredo quede
absuelto de la querella,
a quien, de lástima, ofrezco
de mi palacio una dama.
GOBERNAD. (¡Extraño pleito!
PRÍNCIPE. De fama.)
LEANDRO. ¡Victoria, laurel merezco!
Dame esa mano, Isabela,
y olvídese lo pasado.
ISABELA. Con tu amor me has obligado.
LEANDRO. Deuda ha sido.
ISABELA. Pagaréla.
MANFREDO. Perdí mi Isabela amada,
pero ya el Rey me remedia
[y aquí acaba la comedia
de *La Difunta pleiteada*].

FIN

(1) En el texto, "declare".

# DIOS HACE REYES

## COMEDIA FAMOSA DE

## FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

| | | | |
|---|---|---|---|
| OTÓN, *duque.* | ESTELA, *condesa.* | DORISTA, *dama.* | SILVIA, *villana.* |
| LEOPOLDO, *conde.* | FAUSTINA, *dama.* | LUCELA, *labradora.* | CLAUDIA, *emperatriz.* |
| LEONIDO, *criado.* | AMARILIS, *labradora.* | CELIO, *duque.* | TEOFINDA, *infanta.* |
| ALBANO, *criado.* | LAURO, *labrador.* | FABRICIO, *marqués.* | [SECRETARIO. |
| FABIO, *criado.* | LISARDO, *estudiante.* | RUFINO, *criado.* | SIGISMUNDO, *criado.* |
| FLORIBERTO, *capitán.* | BATO, *rústico.* | LIDIO, *criado.* | CRIADOS. |
| CONRADO, *emperador.* | ENRIQUE. | ROLANDO, *conde Palatino.* | *Una* VOZ.] |

### [ACTO PRIMERO]

(*Salen* OTÓN, *duque de Polonia, y* FLORIBERTO.)

FLORIB. Pues ¿no dejarás la espada?
OTÓN. ¿Cómo la puedo dejar,
pues sin la gloria pasada
pierdo la que me ha de dar
una empresa tan honrada?
Tal fama resulta de ellas
que, aun no pudiendo acaballas,
dijo Alejandro por ellas
que estaba en sólo intentallas
la gloria de merecellas.
FLORIB. Las competencias iguales,
a los que emprenden discretos,
les dan glorias inmortales;
que no hay iguales efetos
en las causas desiguales.
Ya no puedes hallar medio
para que la empresa acabes:
Conrado es rey, no hay remedio;
ya las imperiales aves
tienen sus armas en medio.
Pues una vez coronado
por emperador Conrado
y rey de romanos, di,
¿quién te ha de seguir a ti
de los que te han engañado?
Ya son pensamientos vanos,
que, si la fortuna prueba,
Otón, a trocar las manos,
es primer móvil que lleva
tras sí los pechos humanos.
Ya no hay confianza alguna
de las que el valor te da;
y de la amistad, ninguna,
que el más amigo se va
donde ve mejor fortuna.
OTÓN. Pues ¿qué te parece a ti
que pueda hacer en la duda
que me propones aquí?
FLORIB. Que, pues el tiempo se muda,
te mudes también.
OTÓN. ¿Yo?
FLORIB. Sí.
OTÓN. ¿Adónde?
FLORIB. A mejor partido,
y vayas adonde van
los que te han favorecido.
OTÓN. ¿Qué lisonjas me valdrán
para conquistar su oído?
FLORIB. ¿Ha de faltarte favor,
si quieres reconocer
que es tu supremo señor?
OTÓN. Que me prenda podrá ser
a título de traidor.
Y cuando aquesto no fuese
por asegurar su Imperio,
podría ser que quisiese
matarme.
FLORIB. Cuando en Valerio
mayor ejemplo no hubiese,
pues que ya le ha perdonado,
se dirá por él mejor
que podría ser culpado
de que vengue Emperador
las ofensas de Conrado.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Con una dama está aquí
un gallardo caballero.
OTÓN. ¿Forastero?
CRIADO. Señor, sí.

OTÓN. Di que éntre.

FLORIB. Si es forastero,
mira, gran señor, por ti.

(*Salen el* CONDE LEOPOLDO *y* ESTELA, *su mujer.*)

LEOPOLDO. ¿Conóceme vuestra alteza?

OTÓN. ¿No eres el conde Leopoldo?

LEOPOLDO. No pensé que te acordaras
de mi persona.

OTÓN. Tu rostro
no ha mudado tu fortuna.

LEOPOLDO. El tiempo lo muda todo.

OTÓN. ¿Qué es esto?

LEOPOLDO. ¿Qué puede ser
sino salir vitorioso
tu enemigo?

OTÓN. ¿Hate vencido
Conrado?

LEOPOLDO. No ha sido poco
haber salido con vida.

OTÓN. Señora, el Conde fué estorbo
para pediros las manos.

ESTELA. A él mismo la culpa pongo
de no pediros las vuestras.

OTÓN. Bastantes indicios tomo
de vuestra adversa fortuna,
pues no viene el Conde solo.

ESTELA. A vuestro sagrado y casa,
vencido, deshecho y roto,
ilustrísimo Otón, viene
el Conde, mi amado esposo.
Tal es la guerra, por quien
Conrado, en el mayor trono
del mundo, oprime la tierra,
y ya nos falta a nosotros.
Alta ocasión de venganza
movió su pecho animoso:
diez mil hombres puso en campo;
todos son ya sus despojos.
Ejército más lucido
no ha visto el sol luminoso
desde las primeras armas
que dieron al mundo asombro;
pero cuando la fortuna
muda semblante, son pocos
los capitanes que Jerjes
vió sobre el mar proceloso.
Coronado en Aquisgrán
y, al fin, vengado de todos,
ciñen sus antiguas armas
águilas en campo de oro.
Mas no piense que seguro,
porque si vos, generoso
Príncipe, al Conde queréis
dar vuestra ayuda y socorro,
de la silla del Imperio
bajará más presuroso
que cometa por el aire.

LEOPOLDO. Otón, a esos pies me postro,
a esos pies socorro pido,
y desde agora propongo
no desceñirme la espada
hasta volver vitorioso
de vuestro enemigo y mío,
que, juntos de polo a polo,
conquistaremos los dos
más fuertes que el Macedonio.
Mal puesto, mal defendido
de blancos y verdes olmos,
con las hojas de dos caras,
traidores a un manso arroyo,
fué causa de ser rompidos
mis soldados valerosos,
alojados en pantanos
hasta los rayos de Apolo.
No me llevó las banderas,
que las pusieron en cobro,
de propia sangre esmaltadas,
sus dueños, valientes godos.
Estas verán otra vez
que sus tierras talo y corro,
y que, con desnuda espada,
pierdo el respeto a sus ojos,
y está en que vos prometáis
lo que es justo y aun forzoso,
que vos veréis con qué prisa
de su laurel os corono.
Si el Cielo nos diere hijos,
que a las paces interpongo,
podrán juntar nuestra sangre,
ligados en matrimonio.
¡Muera Conrado, Otón fuerte,
y antes que lo intenten otros,
sea vuestro su laurel!

OTÓN. Por mil imposibles rompo,
animado del valor,
que en ese pecho conozco.
Descansad, que más despacio
podremos trazar el modo
como hacer guerra a Conrado.

LEOPOLDO. Vos veréis cómo le arrojo
a sus principios humildes
desde sus intentos locos.

(*Vanse él y* ESTELA.)

OTÓN. ¿Qué te parece?
FLORIB. Que ha sido
hoy el Conde tu remedio,
porque es el más fácil medio
de restaurar lo perdido.
Dará Conrado por él,
y por verle en cautiverio,
con la mitad del Imperio,
dos partes de su laurel.
Escríbele que le tienes
en tu poder, y verás
cómo si al Conde le das,
a hacerle tu amigo vienes.
Deja traidores consejos
de envidiosos enemigos,
y advierte que los amigos
son los mejores espejos,
que, si quieres, yo seré
el que la carta le lleve.
OTÓN. ¿Cumple mi honor lo que debe
si rompo al Conde la fe?
FLORIB. Después que se ha introducido
esto de razón de Estado,
sólo el provecho es letrado,
que da a las leyes sentido.
A ti te importa tener
a Conrado por amigo:
si le das a su enemigo,
¿qué mejor lo puedes ser?
Dale a este Conde, que ha sido
el mayor competidor
que el nombre de Emperador
en este tiempo ha tenido,
y negocia su amistad,
que ya en el mundo se ve
que aquello es verdad y fe
que es propia comodidad.
OTÓN. Quiero tomar tu consejo
y escribir que tengo aquí
al conde Leopoldo.
FLORIB. En mí
tienes el mejor espejo.
Esto os ha de hacer amigos.
OTÓN. Tienes razón, Floriberto,
que no hay camino más cierto
que obligar los enemigos.

*(Vanse; y sale el* EMPERADOR CONRADO, *con soldados, caja y bandera.)*

CONRADO.

Dulce cosa es llegar alegremente,
con la vitoria, y en la patria amada
de envidiado laurel ceñir la frente
por el valor de la invencible espada.

LEONIDO.

Roma su fama ya olvidada aumente
y reverdezcan de la edad pasada
los árboles de Marte, que en tus glorias
hallan mayor sujeto sus historias.
El triunfo del divino Octaviano
se vuelva a ver en bronce eterno escrito;
cedan también del español Trajano
al arco las pirámides de Egipto;
cuantas naciones cerca el Oceano
tiemblen tu nombre, y si el laurel marchito
de los antiguos Césares renuevas,
rindan sus dueños Macedonia y Tebas.

CONRADO.

Desdicha fué no haber al Conde preso
y que con las banderas se escapase,
que esto faltaba a mi feliz suceso,
y que su injusto pecho castigase.

LEONIDO.

Fué la vitoria con tan grande exceso,
que, cuando algún aliento le quedase,
no le tendrá para volver ninguna
fuerza a tentar más veces la fortuna.

CONRADO.

El griego Alcides, que mató animoso
aquella sierpe del sangriento busto,
vía salir otro dragón furioso:
lo mismo pienso de Leopoldo injusto;
pero, aflojando el arco belicoso,
y dando al niño amor, Marte robusto,
lugar con la ocasión de la vitoria,
rindamos los despojos de su gloria.
Este balcón solía ser oriente
de un sol que a media noche amanecía
cuando fuí su dichoso pretendiente;
la ausencia, en fin, al mismo sol enfría;
duerme al són de las cajas y no siente
que la despierta la memoria mía,
porque llegué vencido y vitorioso.

LEONIDO.

El sol te oyó.

CONRADO.

Rompió su oriente hermoso.

*(Sale* FAUSTINA *a la ventana.)*

FAUSTINA. Sea Vuestra Majestad
muchas veces bien venido.

CONRADO. No me dice que lo he sido
tan dormida voluntad.

FAUSTINA. Esas quejas mi verdad
dicen que vienen ociosas.

CONRADO. Entre dudas amorosas
no sé quién las quejas culpa;
mas vendrán, con la disculpa
de ociosas, a ser celosas.

FAUSTINA. Todo lo quiere vencer
Vuestra Majestad, señor:
los unos con el amor,
los otros con el poder.

CONRADO. Quien de vos lo viene a ser,
¿cómo dirá que ha vencido?

FAUSTINA. Y la que de vos lo ha sido,
¿qué os podrá dar por despojos?

CONRADO. Sólo decir esos ojos
que les pesa de su olvido.

FAUSTINA. Eso fuera si estuvieran
enseñados a mentir,
porque mal pueden decir
que duermen cuando os esperan.

CONRADO. Cuando ofendido me hubieran,
a todos los perdonara:
ya todo el enojo pára.

FAUSTINA. ¿Podré preguntar agora
cómo venís?

CONRADO. Sí, señora;
pero no cosa tan clara.
Pues os he visto, bien veis
qué salud traigo y qué gusto.

FAUSTINA. De César, de siempre Augusto
mil laureles merecéis.
Bésoos los pies.

CONRADO. ¿Ya queréis
escurecer mi alegría?

FAUSTINA. Es porque luego querría
ir a besaros la mano.

(*Entrase.*)

CONRADO. ¡Al mayor César romano
venció la grandeza mía!
¡Tente, gallarda fortuna,
pára en aqueste favor!
Mas tu firmeza mayor
es el no tener ninguna.
Pero si ya vez alguna
diste un bien tras otro bien,
firmes tus plantas estén,
que no será poca gloria
que por aquesta vitoria
nombre de firme te den.

(*Sale* FLORIBERTO, *capitán.*)

FLORIBERTO.

Puesto que alguna vez, César invicto,
me hayas visto en el campo con las armas,
no te debe admirar que a tus pies llegue,
atrevido, a besarlos.

CONRADO.

Floriberto,
en la campaña ofendo al enemigo
y en la ciudad le estimo como amigo.

FLORIBERTO.

Otón me envía a darte alegremente
el parabién desta vitoria.

CONRADO.

¿Cómo?

FLORIBERTO.

Que Otón me envía, Emperador, a darte
el parabién de haber vencido al Conde.

CONRADO.

Otón a su nobleza corresponde.

FLORIBERTO.

Desea tu amistad.

CONRADO.

Ansí lo creo,
que un César de Alemania y Rey de Roma
mejor es para amigo que enemigo.

FLORIBERTO.

En las obras verás si es ya tu amigo.
El Conde, roto ya de tu vitoria,
se fué a valer del Duque, y en su casa
le tiene con engaño hasta que veas
cómo quieres que preso te lo entregue.

CONRADO.

Con eso de su fe me satisfaces,
y siendo ansí, confirmaremos paces.
Dile a Otón, Floriberto, que agradezco
tanto favor, y que si prendo al Conde
puedo decir que la Corona tengo;
que me le entregue preso, como dice,
y seremos amigos para siempre.

FLORIBERTO.

Yo voy, señor, a hacer que le aprisionen,
para que más seguro te le entregue.

CONRADO.

Lleva aqueste diamante, Floriberto,
en señal de mi amor y de que es cierto.

FLORIBERTO.

Beso tus pies y de este anillo luego
haré timbre a mis armas.

CONRADO.

Dios te guarde.

LEONIDO.

¿Qué dices de esta dicha?

CONRADO.

Que es cobarde
y fementido Otón.

LEONIDO.

Pues ¿qué te importa
que Otón sea traidor, si el hilo acorta
a las empresas del valiente Conde?

CONRADO.

¿Y a un Duque de Polonia corresponde
vender a un hombre que en su amparo tiene
y que a valerse de su casa viene?

LEONIDO.

Aborrece al traidor, la traición ama.

CONRADO.

Por la causa el efeto se desama.
Parte, Leonido, por la posta luego
con una carta mía, y sepa el Conde
que no he querido por traición prenderle,
sino en el campo con valor vencerle.

LEONIDO.

¿Al Conde avisas y prenderle puedes?
¿Mas que has de hacer que arrepentido quedes?

CONRADO.

Intentar las vitorias por traiciones
nunca fué de magnánimos varones.

*(Vanse, y salen* OTÓN *y* ALBANO.*)*

OTÓN. ¡Bella mujer la Condesa!
ALBANO. ¿No te ha parecido mal?
OTÓN. ¡Oh, hermosura celestial!
Mi amor la envidia confiesa.
ALBANO. ¿Del Conde la tienes?
OTÓN. Sí.
ALBANO. Pues si le has de entregar preso,
¿qué más dichoso suceso
que quedarse Estela aquí?
OTÓN. Temo que le tiene amor
y que me ha de aborrecer.
ALBANO. No hay tan valiente mujer
que ponga a un hombre temor.
OTÓN. Si viendo que a su marido
al Emperador entrego
tanto se enoja, que luego
vengo a ser aborrecido
por donde pensaba amado,
¿qué tengo de hacer, pues veo
imposible mi deseo
y mi amor desatinado?
ALBANO. El tiempo sabe templar
los corazones de acero.
Dos remedios darte quiero.
OTÓN. ¿Cuáles?
ALBANO. Servir y esperar;
que sirviendo y esperando
no hay cosa humana imposible.
OTÓN. Cuanto me fuere posible
tengo de intentar amando.
Regalos excederán
la misma imaginación.
ALBANO. Notables terceros son;
tú verás lo que podrán.
Zeuxis, antiguo pintor,
hizo en una tabla un día
una Venus, que excedía
a la hermosura mayor.
Tenía tanta beldad
en brazos, con vista fiera,
un sátiro, que venciera
a Tersites en fealdad;
pero tenía a los pies
un infinito tesoro
de perlas, diamantes y oro,
por cuyo rico interés
Venus templaba el rigor,
y que, rompiendo el aljaba
y flechas, mirando estaba
al sátiro el niño Amor.
Esta fuerza tiene el oro:
el regalar y el rogar.
OTÓN. El Conde.
ALBANO. Si da lugar
habla a Estela.
OTÓN. A Estela adoro.

*(Salen el* Conde Leopoldo *y* Estela *)*

Estela. Aquí esta el Duque.
Leopoldo. Y aquí
está toda mi esperanza,
que no hay otra confianza
si no es la de Otón en mí.
Otón. Paso, Conde, que lo escucha
vuestro huésped.
Leopoldo. Pues creed
que para tanta merced
no es la confianza mucha.
En esta casa tuvimos
Estela y yo puerto, amparo,
asilo y templo.
Estela. Está claro
que por vos, Duque, vivimos;
y si el Conde agradecido
no puede mostrarse agora,
yo quiero ser su fiadora.
Otón. Las manos, señora, os pido.
Estela. En las vuestras solamente
consiste ya nuestra vida,
y así es mejor que os las pida.

*(Sale* Floriberto, *capitán.)*

Florib. (No sé cómo hablarle intente.)
Otón. ¿Es Floriberto?
Florib. Yo soy.
Otón. Bien seas venido.
Florib. (Oye aparte.
Otón. Sin vida estoy de esperarte;
la que me queda te doy.
Florib. El Emperador te envía
dos mil agradecimientos,
y de tus buenos intentos
la paz de su Imperio fía.
Dice que al Conde le des
y te dará...
Otón. No prosigas;
basta que sólo me digas
que podré besar sus pies.
Demos traza en la prisión
del Conde.
Florib. ¿Cómo será
sin alboroto? Que está
la Condesa en ocasión
que puede perder la vida.
Otón. Esta noche, con secreto,
tendrán más seguro efeto
su prisión y mi partida.
Ven a prevenir la gente.)
Yo tengo, Conde, que hacer.

*(Vanse.)*

Leopoldo. Guárdeos Dios.
Estela. No hay que temer,
por más que Conrado intente,
mientras nos ampara Otón.
Leopoldo. Estoy de él tan obligado,
que es poco darle mi Estado.

*(Sale* Leonido, *criado de* Conrado.)

Leonido. ¿Qué me detengo? Estos son.
Dadme los pies.

Leopoldo.

¿Quién es?

Leonido.

Un caballero
que del emperador Conrado os trae
esta carta.

Leopoldo.

¿Qué es esto? ¿A mí me escribe
Conrado, ayer vencido de sus manos?

Leonido.

Leed, que no es sin causa, y dadla parte
a la Condesa, aunque secretamente.

Estela.

¿Qué puede haber por que escribir intente?

Leopoldo. *(lee:)*

"Otón me ha escrito que entregarte quiere
preso a mis manos para ser mi amigo.
Guárdate, Conde, de él, que es tu enemigo."
¿Hay caso más notable?

Estela.

Si no fuera
por acabar, con todo, con la vida,
a voces que es traidor Otón dijera.

Leopoldo.

No hay mayor mal que una amistad fingida.
¿Quién, si no tú, tan gran nobleza hiciera,
Emperador magnánimo?

Estela.

No impida
tu enemistad antigua que agradezcas
tan gran virtud y que a sus pies te ofrezcas.

LEOPOLDO.

Agora sí que me venció Conrado,
pues a sus pies me postraré rendido.
Mas ¿cómo huiré del Duque?

LEONIDO.

Descuidado
de que has su engaño y su traición sabido,
no pienso que habrá gente convocado
ni estará de soldados prevenido.

LEOPOLDO.

¿Qué te parece?

ESTELA.

Que a sus pies te arrojes
y con tanta humildad le desenojes.
Que quien te avisa, Conde, cuando puede
prenderte, pecho tiene generoso,
y si perdón, rendido, te concede,
hará mayor su nombre glorioso.
Del tuyo harás que satisfecho quede,
y, agradecido a su valor piadoso,
darás materia a su imperial grandeza.

LEOPOLDO.

Vamos, aunque me corte la cabeza,
que más vale morir entre las manos
de la águila caudal del sacro Imperio
que vendido entre bárbaros villanos
con no menos traición que vituperio.

ESTELA.

Yo pienso que los Cielos soberanos
no amparan tus desdichas sin misterio.

LEOPOLDO.

No ha hecho el Cielo más cruel castigo
que la traición de un encubierto amigo.

*(Vanse y salen* FAUSTINA *y* CONRADO.)

FAUSTINA. El Duque me dió licencia
para que os viniese a ver.
CONRADO. No os lo quiero agradecer
después de tan larga ausencia.
FAUSTINA. Quien ama todo es presencia;
la voluntad toda es ojos.
CONRADO. Cuando os rendí los despojos
de la vitoria pasada,
no pude deciros nada
de mis ausentes enojos.
FAUSTINA. No los tenéis con razón,
pues de tan vuestra me precio.
CONRADO. Sólo tiene amor de necio
la poca satisfación.
FAUSTINA. Tenelda de mi afición
y vuestro merecimiento.
CONRADO. Lo que fuere atrevimiento
no me lo habéis de mandar.
FAUSTINA. Más os osara fiar
si quisiera el pensamiento.
CONRADO. Pues vos, ¿qué podéis temer?
FAUSTINA. La Emperatriz, mi señora.
CONRADO. Segura estaréis agora,
que está ausente desde ayer.
FAUSTINA. ¿Dónde?
CONRADO. Fuese a entretener
a un jardín, que anda estos días
con muchas melancolías
de su enojoso preñado.
FAUSTINA. Ese decid que es cuidado
para las tristezas mías.
Dios os dé un hijo que sea
retrato vuestro y no más.
CONRADO. No tuve dicha jamás
en lo que más se desea.
FAUSTINA. El Cielo querrá que vea
este Imperio sucesor
de vuestra sangre y valor.
CONRADO. Sobre tres que se me han muerto
estoy de mi dicha incierto
y cierto de mi temor.
FAUSTINA. Permita esta vez el Cielo
que suceda felizmente,
y que veáis en su frente
el laurel de todo el suelo.
CONRADO. Créolo de vuestro celo,
cuando no de vuestro amor.

*(Sale* FABIO.)

FABIO. Aquí está el Emperador.
CONRADO. ¿Qué hay, Fabio?
FABIO. Presta paciencia.
CONRADO. Nunca hallé yo diferencia
desde el suceso al temor.
FABIO. Apenas entró contenta
la Emperatriz, mi señora,
en la quinta de Albaflor,
que agora de flores borda
el más gentil mes del año,
cuando de algunas congojas
comenzó a desalentarse;
mas no con fuerzas tan pocas
que no diese a los jardines
otra primavera hermosa,

otras flores a sus cuadros
y a sus fuentes otro aljófar.
Entretúvose mirando
las fábulas amorosas
de los mármoles que el Arte,
como otro Ovidio, transforma.
Mal hizo en disimular;
pero, en llegando la hora
que determinaba el Cielo,
en la misma verde alfombra
parió muerto un bello infante,
diciendo así: "¿Qué otra cosa
se esperaba de mis celos?",
dando aquesta causa sola
para desgracia tan grande.

CONRADO. No digas más.

FAUSTINA. ¡Tiemblo toda!

CONRADO. Diríanla que llegué
a ofrecerte la vitoria
del Conde.

FAUSTINA. Estoy, gran señor,
afligida y temerosa.

CONRADO. Vete, Faustina, y no temas,
aunque la culpa te pongan
algunos necios criados
que a la Emperatriz informan.

FAUSTINA. Beso mil veces tus pies.

(*Vase.*)

CONRADO. Yo te veré después.—¿Hola?
Llamad mi gente de caza.

FABIO. ¿Pues no era mejor que agora
fueras a ver...

CONRADO. Calla, necio,
que yo sé lo que me importa.
¿Qué fruto dieron jamás
los celos con menos costa?
¿Qué monstruo no engendran celos
como la Libia arenosa?
Cuando hicieron los antiguos
que fuesen las que alborotan
el mundo tres furias fieras,
que el infierno mismo asombran,
bien las pudieran hacer
cuatro, por la más furiosa
pasión, poniendo a los celos,
pensión que los gustos cobran.
¿A quién no han dado disgustos,
desde la mayor corona
hasta la grosera abarca?
¿Qué veneno, qué ponzoña
con más violencia discurre
al corazón? ¡Bien os nombran
espuelas de amor, ay, celos!
Dadme, montañas fragosas,
entre vuestras soledades,
que antiguos robles adornan,
acogida que entretenga
mis desdichas, por que rompan
sus quejas los imposibles
de vuestras entrañas sordas.
Dadme fieras a quien mate,
y entre ellas la más traidora,
que son los celos, y el mundo
quedará en paz amorosa.
Aquí dió fin mi esperanza.
Finalmente, desde agora
no quiero gustos de amor
si con los celos se compran.

(*Vanse, y salen* AMARILIS, *villana, y* LAURO, *labrador.*)

LAURO. Tengo temor.

AMARILIS. ¿Qué temor
si te aseguran mis ojos?
Porque si no hubiera enojos
no hubiera gustos de amor.

LAURO. Conozco que las pendencias
confirman las amistades,
y que en grandes voluntades
caben grandes diferencias.
Pero si se ha de pasar
tal morir por tal vivir,
más me quisiera morir
que verme en tanto pesar.

AMARILIS. ¿Pásaslo muy mal sin mí?

LAURO. ¡Ay, Amarilis, no esperes
vida sin ti, pues tú eres
el alma que vive en mí!
Quisiera ser cortesano
para saberte decir.

AMARILIS. Mejor dijeras mentir
las fuerzas de amor tirano.

LAURO. A la fe, que cuando al suelo
bajaba la coronada
noche, de estrellas bañada
en el temor de su hielo,
que en ese prado sombrío
lloraba ansí mis amores,
que despertaban las flores
pensando que era el rocío.
Que de Venus a mis quejas
de las ventanas enfrente
asomó el alba la frente

a sus cristalinas rejas.
¡Qué de veces que lloraba,
mi llanto enjugar quería
el sol, a quien yo decía
que otro mayor esperaba!
¡Qué de veces a la tarde
me vieron aquestas fuentes
competir con las corrientes
para esperarte cobarde!
Que como de tus enojos
no sabía la ocasión,
andábase mi pasión
del corazón a los ojos.

AMARILIS. ¿Para qué, Lauro, envidiaste
cortesanas discreciones?
¿Adónde tales razones
entre el ganado estudiaste?

LAURO. En las escuelas de Amor
oí la filosofía
de toda la pena mía
para saber tu favor.
Demás, que no soy tan rudo
como algunos arrogantes;
pero de Amor no te espantes,
si enseñar las piedras pudo.
Mas dime: ¿qué hace señor?

AMARILIS. Ya cena con los zagales.

LAURO. Pues ¿cómo, Amarilis, sales?

AMARILIS. Salgo a cenar con tu amor,
que he sido su convidada.

LAURO. No ven tal huésped los Cielos
como no convide a celos.

(*Sale* B[illegible] *con un plato, y* SILVIA, *villana.*)

SILVIA. ¡Sal allá, bestia cansada.

BATO. Denme de cenar a mí,
que también yo tengo boca.

AMARILIS. ¿Qué es eso, Bato?

BATO. Esta loca,
que siempre me trata ansí.

AMARILIS. ¿Qué te ha hecho?

SILVIA. Estoy sacando
la olla para señor...

BATO. Yo se lo diré mejor,
pues que lo está preguntando.
¿Hay en toda la doctrina
que sea pecado entrar,
cuando sacan de cenar,
un cristiano en la cocina?

AMARILIS. No es pecado.

BATO. Pues yo entré,
que daba voces señor,
y de la olla al hervor,
viéndome llamar, llegué.
Díjele: "¿Qué es lo que manda?"
Y un pie de puerco salió,
que en latín me respondió,
que ya por los puercos anda.
Lleguéme más cerca, en fin,
y de esta suerte le hablé:
"¡Válate el diablo por pie!
¿Quién te ha enseñado latín?"
Saltaban alrededor
unos garbanzos, que hablaban
de lo que al puerco escuchaban,
que era notable hablador.
Cojo el cucharón...

AMARILIS. Pues bien...

BATO. ¡Aquí fué Troya!

AMARILIS. Y paró...

BATO. En que en la cocina entró
Silvia por una sartén
y, al pescar una cebolla,
me dió cuatro sartenazos
que me ha dejado los brazos
como el envés de la olla.

AMARILIS. ¿Estarás muerto?

BATO. Así Dios
te dé un marido discreto
y que en público y secreto
siempre os adoréis los dos,
que me des de esa divina
mano de nieve animada
una licencia firmada
para entrar en la cocina.

AMARILIS. Dale siempre su ración,
Silvia.

SILVIA. ¿Pues yo qué le quito?

BATO. No se ha visto ni se ha escrito
Silvia de tal condición.

(*Sale* LEONIDO.)

LEONIDO. Ventura ha sido llegar;
que revuelto entre nublados
bajaba a la mar Apolo
por las gradas del ocaso;
y es tan escura la selva
y cásanse los peñascos
con los árboles, de suerte
que es imposible apartarlos.
Mucho fué que la cabeza
sacase esta casa al campo
por las verdes celosías
de aquestos álamos altos.

Labradores hay aquí.

LAURO. ¿Quién baja del monte al llano?

LEONIDO. ¡Ah, buenos hombres?

BATO. ¿Quién es?

LEONIDO. ¿No me veis? Yo soy quien llamo.
¿Cúya es esta casería?

AMARILIS. En aquesta casa, hidalgo,
vive un labrador, de quien
soy hija.

LEONIDO. Los Cielos santos
nos quieren dar su favor.
Sabed, señores, que traigo
dos huéspedes que alberguéis;
que de mí no hay que hacer caso.

BATO. ¿Dos huéspedes y él también?
¡Voto al sol, que nos quedamos
los de casa sin cenar!
Oye.

LEONIDO. ¿Qué?

BATO. Venga en cenando.

LEONIDO. Es una dama que viene
con los dolores del parto.

BATO. ¡Arre allá! ¿Otro huésped más?

AMARILIS. Id por ellos.

LEONIDO. Voy volando.

*(Vase.)*

BATO. ¿Tres sin el que viene dentro
como güeso de durazno?
¡Malos años para mí
si alcanzare carne a Bato!

AMARILIS. ¿Mujer de parto?

LAURO. Eso dice.

SILVIA. Buen agüero dos casados.

BATO. Con mal pie me levanté.

AMARILIS. Piadosa soy. Silvia, vamos
y démosle nuestra cama.

SILVIA. Límpiala en tanto que saco
unas sábanas delgadas.

*(Vanse. Salen el* CONDE LEOPOLDO *y* ESTELA.)

LEOPOLDO. Señora mía, esforzaos,
que antes es dicha que aquí
os suceda este cuidado,
por si acaso nos ha hecho
el Emperador engaño.

LAURO. Seáis, señora, bien venida.
Entrad, que os está aguardando
la piedad de dos mujeres.

*(Vase.)*

BATO. La piedad, vaya, yo callo;
pero la olla, ¿por qué?

ESTELA. Cielo, en tus manos aguardo
remedio en tanta desdicha.

*(Vanse* LEOPOLDO *y* ESTELA.)

BATO. ¿Desdicha es hallar sacando
la olla? Así me suceda
cuando vaya caminando.
Desde que me levanté
lo vi con agüeros tantos
que es imposible cenar.
Lo primero, estaba un grajo
diciendo mal, en latín,
de un cisne que iba volando;
lo segundo, cuatro veces
rebuznó un sardesco pardo,
envidioso de una vega
fértil de laureles sacros;
sobre celos, dos mujeres
como grifos se arañaron;
topé a un hombre a quien debía,
que es menos topar al diablo.
No sé qué tengo de hacer.

*(Sale* LAURO.)

LAURO. ¿Hay felicidad de parto
como la de esta señora?

BATO. Pues ¿qué ha sucedido, Lauro?

LAURO. Parió un hijo.

BATO. ¿Ya parió?
¡Bendiga Dios el preñado
que trae en la manga el hijo!

LAURO. ¿Nunca has visto, Bato, un árbol
que tiene maduro el fruto?

BATO. Parece que aqueste caso
pasa en alguna comedia,
y es verdad y ejemplo claro
de los sucesos del mundo.

*(Salen el* EMPERADOR, *de caza,* FABIO *y* LEONIDO.)

CONRADO. Aquí me perdí cazando.

LEONIDO. Y aquí, señor, está el Conde.

BATO. (¿Más huéspedes?)

CONRADO. ¡Caso extraño!

BATO. (Que me quemen si me alcanza
media escudilla de caldo.)

LEONIDO. Viendo tu nobleza, quiso
venir a verte, obligado
del aviso que le diste.
Dióle a la Condesa el parto,
y quedó en esa cabaña.

FABIO. ¿Ah, labradores?

BATO. ¿Llamaron?

LAURO. ¿No lo ves?

BATO. ¿Otros tres más?
Si me alcanzare un garbanzo,
que tope en un día seis veces
a quien debiere.
FABIO. ¡Ah, villanos?
¿Sabéis quién está presente?
¿Sabéis quién honra estos campos?
¿Sabéis que es el mismo César?
BATO. ¿No podéis comer, hermano,
la olla con cortesía?
FABIO. ¿No advertís que os está hablando
su majestad?
BATO. ¿Yo qué sé,
que jamás, o estoy borracho,
vi olla con majestad,
sino con cebollas y ajos?
LEONIDO. ¿Parió la Condesa ya?
LAURO. Parió un hermoso muchacho,
que en vez de llorar se ríe.
Veisle aquí, que van buscando
quien le dé el pecho.
BATO. (Apostemos
que si falta le dan caldo.
¡Que se hallen a una olla
condes, reyes, niños!... ¿Cuándo
la más podrida ha podido
sufrir en las ancas tantos?)

*(Salen* SILVIA *y* AMARILIS *con un niño empañado.)*

AMARILIS. Bendígate el Cielo, amén.
¡Qué cara!
SILVIA. Es un ángel bello.
AMARILIS. ¡Qué ojos y qué cabello!
Vida los Cielos te den.
SILVIA. Es hecho de mil pinceles,
de mil oros, de mil platas.
AMARILIS. Parece que sobre natas
han deshojado claveles.
¿Qué decís? Riendo está.
¿Hay tal gracia?
CONRADO. Fabio, di
que lleguen el niño aquí,
que tal envidia me da.
FABIO. ¡Ah, labradoras?
AMARILIS. ¿Señor?
FABIO. Llegad a su majestad
ese niño.
AMARILIS. ¿A quién?
FABIO. Llegad,
que os llama el Emperador.
AMARILIS. Perdone su reverencia.
CONRADO. Dádmele en las manos.
AMARILIS. Creo
que os ha de poner deseo
de ver su hermosa presencia.
CONRADO. Bello niño, Dios te guarde.

*(Dice una voz dentro.)*

VOZ. Ese te ha de suceder.
CONRADO. ¿Qué es esto?
LEONIDO. ¿Qué puede ser?
CONRADO. ¿Hay más desdichas que aguarde?
¿Adónde esta voz sonó?
LEONIDO. En el aire, me parece.
CONRADO. Pues si tal agüero ofrece,
no llego a mal tiempo yo;
pero pudo ser engaño.
VOZ. Reinará después de ti.
CONRADO. ¿Oístelo?
FABIO. Señor, sí.
CONRADO. ¿Qué más claro desengaño?
¿Leonido?
LEONIDO. ¿Señor?
CONRADO. Advierte.
LEONIDO. De mí te puedes fiar.
CONRADO. Este niño has de matar,
que está mi vida en su muerte.
LEONIDO. ¡Señor!
CONRADO. El obedecer
es el mejor sacrificio.
LEONIDO. Yo voy a hacer lo que mandas.

*(Vase con el niño.)*

AMARILIS. ¿Adónde lleváis al niño?
CONRADO. A una ama que yo dejé
entre aquellos pardos riscos,
de la Emperatriz criada,
que conmigo al monte vino.
AMARILIS. Dios se lo pague, señor,
que bien con su esclarecido
pecho dice esa piedad;
mas sabe Dios que sentimos
que nos le quite a nosotras.

*(Sale el* CONDE LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. ¿Aquí decís que ha venido
el gran César de Alemania?
CONRADO. ¿Conde?
LEOPOLDO. A vuestros pies invictos
está, señor soberano,
preso, humillado y vencido
el conde Leopoldo.
CONRADO. Ya,
Leopoldo, somos amigos.
Alzad del suelo.

LEOPOLDO. Señor,
conozco que fuera digno
de gran castigo quien fué
rebelde a vuestro servicio.
Vuestro magnánimo pecho
no sólo templa el castigo,
pero obliga en el perdón;
que vencer los enemigos
con la espada, aunque es valor,
es más con los beneficios.
Yo seré vuestro vasallo,
yo seré vuestro cautivo,
seré ejemplo de lealtad.

CONRADO. Conde, bien tengo entendido
que conoceréis mi amor;
huélgome de haberos visto.
¿Cómo tenéis la Condesa?

LEOPOLDO. De manera, que no os pido,
gran señor, que la veáis.

CONRADO. Hoy, Conde, he perdido un hijo.
Muerto me nació.

LEOPOLDO. Dios sabe
que sintiera ver el mío
muerto agora mucho menos.

CONRADO. Con esto, vuelvo al camino,
que aquí pensaba quedarme;
pero es muy pequeño el sitio
para que todos estemos.

LEOPOLDO. Y yo vuelvo más rendido
a poner en las estampas
vuestras mis labios indignos.

CONRADO. El Cielo os guarde.

LEOPOLDO. Y os dé
tal dicha, que hasta los indios
vuestras águilas reales
lleguen las dos a dos picos.

*(Vase el* EMPERADOR.*)*

¿Qué hay de mi niño, pastores?
¿Qué decís? ¿No habláis?

AMARILIS. El niño
nos pidió el Emperador
contento en verle tan lindo.
Mas no sé que oyó en el aire,
que el mismo Cielo le dijo,
que a la fe que se le lleva
diciendo que entre esos pinos
tiene un ama que le críe.

LEOPOLDO. ¿A mi hijo?

AMARILIS. A vuestro hijo.

LEOPOLDO. Cielos, ¿qué crueldad es ésta?
¡Oh, Emperador fementido!
¿En mi hijo te has vengado
de mis pasados delitos?
¿Un inocente condenas
a la muerte? Si yo he sido
quien te ofendió, ¿por qué matas
un ángel? Mas daré gritos
como tigre al cazador.
Aguarda, Conrado, indigno
de la corona imperial;
solo voy, solo te sigo,
solo te daré la muerte.
Yo soy el Conde; yo mismo
el que te quiso quitar
el laurel que cuatro siglos
honró mi sangre. Aquí tienes
a Leopoldo, tu enemigo.
Deja en la tierra aquel ángel;
hartos tiene el Cielo empíreo,
que no se ceban leones
en tan tiernos corderillos.
Aguarda, César, aguarda.

*(Vase.)*

AMARILIS. Sin seso estoy.

LAURO. Yo perdido.

BATO. Ved en qué paró la olla.

AMARILIS. O ha de perder el juicio,
o morirse la Condesa.

LAURO. Id a consolarla.

AMARILIS. Ha sido
la desdicha sin consuelo.
Ven, Silvia.

SILVIA. ¿Por qué camino
la diremos el suceso?

*(Vanse.)*

BATO. Notable dicha he tenido;
que con aqueste alboroto,
pues anda revuelto el río,
pienso dar sobre la olla,
y nunca parezca el niño.

## ACTO SEGUNDO

*(Salen* ENRIQUE *con un venablo, y el* CONDE LEOPOLDO, *ya viejo, con un vestido de pieles, huyendo.)*

ENRIQUE. Detente.

LEOPOLDO. ¿Cómo es posible
que me pueda detener
si tras mí a todo correr

vienes, mancebo invencible?
¿Piensas que soy animal?
¿Piensas que soy bestia fiera?
Mas ¡ojalá que lo fuera
para no sentir mi mal!
Mas pon tu intento en efeto,
si matas fieras humanas.

ENRIQUE. A tus venerables canas
guardo el debido respeto.
Por inaccesibles ya,
ninguno se les atreve,
que siempre la blanca nieve
sobre los montes está.
Perdona haberte seguido,
porque, a haberme luego hablado,
ni tú te hubieras cansado
ni yo te hubiera ofendido.
No fué mucho ¡oh padre! agora
tenerte por animal
viéndote hurtar el cristal
de aquella fuente sonora.
Lo que digo confirmabas,
porque, después que bebías,
por la barba le volvías
el agua que le quitabas.
Tiénenme en esta montaña
por el mozo más veloz,
y parecióme tu voz
de las humanas extraña.
Amo en aquel castillejo
una dama, hija de un hombre
a quien debo vida y nombre,
caballero, noble y viejo.
Que era mi hermana pensé,
porque juntos nos crió;
mas ya me dice que no;
si me engaña, no lo sé.
En esta duda, la adoro,
y así, servirla deseo,
que la ofrezco cuanto veo,
falto de diamantes y oro.
No hay jabalí tan cruel
que no haya visto a su puerta,
de ásperas cerdas cubierta,
o la cabeza o la piel.
Por la brama del venado,
las altas ramas la di:
ni hay toro salvaje aquí
que no la haya presentado.
Aquel ave consagrada
a Júpiter, la he rendido,
y de la garza ofrecido
la blanca nieve rizada.
Y si las manzanas de oro
no hubiese hallado Jasón,
fuera a matar el dragón
y a desencantar el toro.
Con esto imaginarás
por qué causa te seguía.

LEONIDO. Ya fué tiempo en que podría
correr más y alcanzar más.
Pasó la edad; cuanto vive
viene a poder de los años:
de mis sucesos extraños
será razón que te prive,
por ser el día en que ha muerto
mi mujer, que en esta cueva
te enseñaré.

ENRIQUE. Triste nueva,
y que me pesa te advierto.
El alma me has alterado,
aunque no sé la ocasión,
con tener el corazón
a desdichas enseñado.

LEONIDO. Mientras que voy a ordenar
cómo darla sepultura,
puedes mirar su figura;
yo no, para no llorar.

*(Vase. Abre una puerta de hiedra a una cueva y vea sentada a* ESTELA, *difunta, vestida de pieles, y con un libro en la mano.)*

ENRIQUE. ¡Extraña aventura! Apenas
creo mis ojos, mas creo
mis entrañas, pues las veo
de tal sentimiento llenas.
Pésame que se haya ido
el que me trujo a mirar
tal espectáculo y dar
esta pintura al sentido.
Muestras tiene de mujer
que tuvo grande hermosura:
casa, en fin, y sepultura
lo mismo deben de ser.
¿Por qué causa habrán vivido
en este monte? Aquí tiene
un libro, mas si contiene
la ocasión, ventura ha sido.
Tiemblo en llegar a despojos
tan fríos; mas ¿qué razón
ha obligado al corazón
para dar agua a los ojos?
Quiérome quitar de aquí,
cerralle la puerta quiero,
*(Ciérrala.)*

no entienda aquel caballero
que hay esta flaqueza en mí.
El título quiero ver,
pues de aquí al castillo puedo
leer parte, aunque con miedo,
por ser letra de mujer.

(*Lea.*)

*Historia del Conde*, dice,
*y de Estela;* ésta sería
la difunta; a la osadía
de mi valor contradice.
¡Que yo me enternezca tanto!
Pero es cosa natural,
viendo gente principal
padecer, moverme a llanto;
que yo lo debo de ser,
puesto que no sé quién soy.
¡Confuso y turbado estoy
después que te vi, mujer!
¿Quién eres, que a mi memoria
tanta confusión ofreces?
Pero, pues muerta enmudeces,
sirva de lengua tu historia.
Aquí serás conocida
con voz inmortal y fuerte,
pues, a pesar de la muerte,
quedó en la historia la vida.

(*Vase, y salen* Dorista, *dama, y* Lucela, *labradora.*)

Dorista. ¿Qué tienes, que tal tristeza
traes todos estos días?

Lucela. ¡Pardiez, las tristezas mías
no tienen pies ni cabeza!

Dorista. ¿Qué te falta en cuanto alcanza
todo este campo que ves?

Lucela. A mis pretensiones pies
y cabeza a mi esperanza.

Dorista. ¿Qué puedes tú pretender
en un monte?

Lucela. Alguna fiera
que en sus entrañas pudiera
con más blandura nacer.

Dorista. Dime tu secreto a mí.

Lucela. No sé, a la fe, cómo pueda,
porque sospechosa queda,
Dorista, el alma de ti.

Dorista. ¿De mí? ¿Cómo puede ser?

Lucela. Tú eres muy dama y señora,
y yo humilde labradora:
mal me podrás entender.
Cierto pajarillo
que apenas salió
del nido con pluma
ni cierta color,
atrevido viene
a los prados hoy,
mirando las flores
de más perfección.
A las unas pica
y a las otras no,
y entre todas anda
falso y burlador.
Avísele el tiempo,
castíguele amor,
que los pocos años
atrevidos son.
Andanse las aves
de él alrededor,
de las cosas nuevas
propia condición.
Con los ojos llama,
rinde con la voz,
y en haciendo el lance,
vuela como azor.
Todas le codician,
no pierde ocasión,
mas la que le alcanza,
nunca más le vió.
Ruiseñor le llaman,
y en hacer favor,
con unas es ruin,
con otras señor.
Quien a tantas burla,
presto quiera Dios
que alguna le prenda,
pues será razón.
La que menos valga
le mate de amor,
que para un mal gusto
no hay satisfación.
¡Oh, qué justo premio
para su traición,
que es muy de los libres
dar en lo peor!
Estos pajarillos
bachilleres son
cuando cantan libres,
lloran en prisión.
Ves aquí, Dorista,
toda la ocasión
con que estoy sin alma
y sin vida estoy.
Pienso que me entiendes;
no digas que no,

pues con estas señas
sabes de quién soy.
Pienso que te quiere;
discúlpele amor,
que tú eres señora,
labradora yo.
A ti te respeta
en tu casa el sol;
a mí, por los campos,
me muda el color.
Lo que en ti, señora,
los diamantes son,
en mí son las flores
vista sin valor.
No tengo esperanza
con tener temor,
que sólo en los males
tengo posesión.
Con esto, a mi historia
demos fin las dos,
pues me das tus celos
y mi amor te doy.

(*Vase.*)

DORISTA. Ya responder te intentaba
si aquí Enrique no viniera,
para que a entender te diera
que yo lo imposible amaba.
¡Ay, de mí! Si son verdades
las sospechas, ¿en qué estoy?
que, amando, crédito doy
a grandes dificultades.
¿Si será Enrique mi hermano?
Alma, no me respondáis,
que, si lo sabéis, me dais
la muerte con propia mano!

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¿No está señor por acá?
DORISTA. ¿Para qué le quieres?
ENRIQUE. Tengo
que hablarle.
DORISTA. Partióse ya.
¿De qué vienes triste?
ENRIQUE. Vengo
sólo a saber dónde está.
DORISTA. Pues bien, ¿de qué estás turbado?
¿Qué es lo que te ha sucedido?
ENRIQUE. ¿No lo he de estar si he pasado,
Dorista, mi abril florido
preso de un monte en un prado?
¿No es vergüenza que a mi edad
pongan término sus peñas?
DORISTA. ¿Qué es esto? Más novedad
muestran, Enrique esas señas.
ENRIQUE. Yo me parto a la ciudad.
DORISTA. ¿A la ciudad? ¿Qué ocasión
te mueve a tal desatino?
ENRIQUE. Ver, Dorista, que es razón
poner mi vida en camino
de una honrada pretensión.
Si un arroyo, al caminar,
se comenzara a parar,
nunca a ser río llegara,
y si un río se parara,
nunca llegara a ser mar.
Deme mi padre licencia,
si es mi padre, para hacer
de aqueste castillo ausencia,
que ya no quiero tener
sin esperanza paciencia.
Y por que sepas que vengo
con causa determinado,
oye la razón que tengo,
que, de obediente y honrado,
a pedirla me detengo.
DORISTA. ¿Qué razón puedes tú dar
para matarme?
ENRIQUE. Tú debes
mi pensamiento animar,
por ser el alma que mueves
mi vida a mayor lugar.
Peinaba la blanca aurora
sobre los paños del cielo,
con su peine de marfil,
al rubio sol los cabellos.
Iban de sus blancas manos,
entre cristales deshechos
de los ojos de la noche,
los ejércitos huyendo,
cuando en ese monte, armado
de mi venablo, me vieron
las nieves de su cabeza
y de sus pies los enebros.
Llegué a una fuente que daba,
murmurando y aun riendo,
ocasión a unas pizarras
para quebralle los hielos,
y vi en ella un animal,
que, sobre los pies corriendo,
con el agua de la barba,
rastro me dejaba de ellos.
Seguíle, alcancéle, y dijo:
"Hombre soy"; entonces, quedo
tengo el venablo, que ya

buscaba en la espalda el pecho,
canas respeto y palabras.
Abreme una cueva, y veo
difunta su esposa, en traje
conforme al monte y al dueño.
Fuese por no enternecerse:
yo, por mirarla suspenso,
déjele hurtar a mis ojos
la extrañeza de su cuerpo.
La mujer tenía un libro,
aquéste le quito, y veo
que el título es una historia,
causa de mi nuevo efeto.
Refiere que cierto Conde,
pretendiente del Imperio
cuándo le adquirió Conrado,
el que agora tiene el cetro,
fué vencido en dos batallas;
pero que, no siendo preso,
andaba entre sus amigos
del Emperador huyendo.
Llegó cierta noche a un monte,
después de varios sucesos,
donde parió su mujer
un niño de extraño aspecto,
porque a quien le bendecía,
con no tener sentimiento,
pagaba en risa los brazos
y en belleza los deseos.
Pero, llegando a esta casa
el César al mismo tiempo,
tomó el niño, y, al mirarle,
oyó aquesta voz del Cielo:
"Este te ha de suceder";
con que, admirado (¡qué ejemplo
de crueldad!), mandó matarle,
que no hay tirano sin miedo.
Llevaron el niño a un monte,
y, por no infamar su acero,
le encomendaron a un árbol
y haberle muerto fingieron.
El Conde dice que anduvo
por estos montes sin seso,
dando a los peñascos alma
para responder con ecos.
Pero como el tiempo tiene
el libro de los remedios,
de las desdichas del mundo
halló la templanza en ellos.
Pero nunca más volvió
a sus Estados, temiendo
la ira de su fortuna
y la del César soberbio.
Allí dice que jamás
se cortó barba y cabello,
ni salió de aquestos montes.
Yo, si no me engaño, entiendo,
por lo que dicen de mí,
que ser aquel mismo puedo;
pero no, que nadie sabe
desde niño hasta mancebo
adónde o cómo he vivido,
y es más cierto haberse muerto
al pie de aquel árbol mismo
o por el sustento, o siendo
la noche homicida suyo
con los filos de sus hielos.
Como quiera que haya sido,
me han dado mil pensamientos,
después que el libro leí,
de levantaros al Cielo.
¡Ayuda, así Dios te guarde,
Dorista, mi honrado intento,
que si en las Cortes soy algo,
verás qué gallardo vuelvo!
Y que si no eres mi hermana,
con dichoso casamiento,
vivimos los dos los años
que tuviese gusto el Cielo,
triunfando tú de mi alma
como yo de tus deseos.

DORISTA. A tal determinación,
¿qué ruegos míos podrán
forzar tu resolución?
Sólo mis ojos dirán
lo que siente el corazón.
No sé si vas bien fundado,
aunque, de ser bien nacido
grandes indicios me has dado,
y, por dicha, no lo has sido
del padre que me ha engendrado.
¡Ay, Enrique, para mí
sólo quisiera saber
que no eres mi sangre!

ENRIQUE. En mí
siento un diferente ser
del ser que te quiere a ti.
Una manera de amor
tan abrasada en deseo,
no es sangre, y es el mayor
indicio que, si te veo,
pierdo a la sangre el temor;
que si yo tu hermano fuera,
sin deseo te quisiera,

sin esperanza te amara
y la vergüenza a la cara
la misma sangre subiera.
Déjame partir, que creo
que sin licencia es mejor.

DORISTA. Eso no, que si te veo
ingrato a tan grande amor,
culparé mi mal empleo.

ENRIQUE. Bien dices, hablarle es bien
y tomar su bendición.

DORISTA. ¡Vida los Cielos te den!

ENRIQUE. Hasta ver en posesión
mis esperanzas también.
Dame esos brazos.

DORISTA. Aquí
nos dirán la verdad ellos.
¿Eres mi hermano, no o sí?

ENRIQUE. Si no lo sientes en ellos,
¿qué me preguntas a mí?
Mas que no lo soy es llano,
y en el abrazo lo veo,
pues el favor que en él gano,
más corresponde al deseo
que no a la parte de hermano.

(*Vanse, y salen el* EMPERADOR CONRADO, *ya viejo*, ROLANDO, *Conde Palatino, y acompañamiento de* CRIADOS.)

CONRADO.

Vuelve, enemigo, a renovar la guerra
más atrevido Otón.

ROLANDO.

Darle (1) el castigo
que merece, señor, su atrevimiento.

CONRADO.

No es, Conde, sin favor, que es lo que siento.

ROLANDO.

A tus sagradas águilas no puede
ave inferior opuesta alzar el vuelo,
que van ligeras penetrando el Cielo.

CONRADO.

Ha echado, Conde, algunos que le siguen
con voz de que se harán las amistades
si mi hija le doy para su hijo
y le juro después Rey de romanos.

ROLANDO.

No pueden los señores soberanos
rendir partido, Príncipe invictísimo,
a los vasallos de su mismo Imperio.

CONRADO.

He tenido por grande vituperio
que éste se atreva a proponerla sólo.

ROLANDO.

Tú debes escoger de polo a polo
Príncipe igual a sus divinos méritos,
pues el Cielo te niega hijos varones.

CONRADO.

Acortando, Rolando, de razones,
te aseguro que el hombre a quien le rinda
la hermosura y grandeza de Teosinda,
sea escogido de mis propios ojos;
pero, para vengar estos enojos,
toma las armas tú, que yo soy viejo.

ROLANDO.

La guerra apruebo por mejor consejo.

CONRADO.

Junta la gente y en vistoso alarde,
envidie el sol las tuyas esta tarde.

(*Vase.*)

ROLANDO. ¡Altos pensamientos míos,
que a tanto Imperio aspiráis,
supuesto que me perdáis,
no es bien que perdáis los bríos!
Quien emprende desvaríos,
no se queje del suceso,
que yo, si verdad confieso,
no excedo de la verdad,
porque, donde hay igualdad,
no puede llamarse exceso.
No tiene el Emperador
más que a Teosinda; el que fuere
su yerno, el Imperio espere,
si no le falta el valor.
De él soy primero elector
en los Príncipes seglares.
¡Anda, fortuna, y no pares,
juega y gana tan gran suerte;
pero pára, porque acierte,
y si acierto, no repares!
Añádase el amor justo
que a Teosinda tiene el alma,
fuera de ganar la palma
del Imperio siempre augusto.

(1) Así en el texto. Quizá sea "dale".

Otón me causa disgusto;
mas ¡ánimo, corazón,
porque si a vencer a Otón
vuestra buena dicha alcanza,
aseguráis la esperanza
y acercáis la posesión!

*(Sale Rufino, criado.)*

RUFINO. ¡Gracias a Dios que te veo!
ROLANDO. No te parezca, Rufino,
que es muy fácil el camino
por donde va mi deseo,
y más ya que declarada
está la guerra de Otón.
RUFINO. No será de tu afición
esta ocasión deseada,
pues te ha de obligar a ausencia.
ROLANDO. Antes la estima mi amor,
que quiere el Emperador
que castigue su insolencia;
y como, venciendo a Otón,
queda Teosinda segura,
no ha podido mi ventura
pedir más alta ocasión.
RUFINO ¿Que tú serás General
de esta empresa?
ROLANDO. ¿No lo ves?
RUFINO. Luego bien es que me des
oficio a mi humor igual.
ROLANDO. Entre las armas de Marte,
siempre confuso rigor,
nunca tuvo parte amor.
RUFINO. Antes tuvo siempre parte.
ROLANDO. Demás que tú no querrás
ir a la guerra conmigo.
RUFINO. Tú verás cómo te sigo
y lo que valgo verás.
Que si al gusto te serví
en la paz de aquesta tierra,
tú me verás en la guerra
diferente del que fuí.
Demás que, si yo te viera
con diversa inclinación,
siguiera tu condición,
y lo que hicieras, hiciera;
porque el humor del señor
es la ley de los criados.
ROLANDO. Por agora los cuidados
quiero que duerman de amor.
Es muy breve la jornada:
no hay que tratar otra cosa
que armas y guerra.
RUFINO. Si ociosa
culpares, señor, mi espada,
forma esa queja de mí.

*(Vase el Conde y sale Enrique.)*

ENRIQUE. Montes de mi patria, ¡adiós!
Aunque dejo el alma en vos,
pues ya no he de ser quien fuí.
Perdone vuestra aspereza
donde tuve el sentimiento,
que, con las costumbres, quiero
mudar la naturaleza.
Después que en la Corte estoy,
voy perdiendo el sentimiento:
tal es el divertimiento
que al alma y sentidos doy.
¡Qué extrañas cosas se ven!
Un breve mundo parece;
por la variedad que ofrece,
parece a los ojos bien.
¡Válgame Dios, qué de gente,
qué de dama y caballero!
¿Es posible que hay dinero
que tanta gala sustente?
Ahora bien: por lo que veo,
no me ha de faltar a mí.
(Un cortesano está allí:
hablarle temo y deseo.)
RUFINO. ¡Buen mozo!
ENRIQUE. El Cielo, señor,
os guarde.
RUFINO. Bien seáis venido.
¿Sois forastero?
ENRIQUE. He vivido,
entre hidalgo y labrador,
en una pequeña aldea.
Vengo a la Corte a vivir.
RUFINO. Si vos venís a servir,
podrá ser que a morir sea.
ENRIQUE. Pues ¿cómo veo la gente
tan llena de oro y vestidos?
RUFINO. Porque hay modos no entendidos
que sólo el dueño lo siente.
ENRIQUE. Eso me habéis de contar.
RUFINO. No haré ni será razón,
que la primera lición
de las Cortes es callar.
ENRIQUE. Yo vengo bien instruído
de un padre honrado y discreto.
RUFINO. ¿Qué os dijo?
ENRIQUE. Oíd, que os prometo
que os holguéis de darme oído.

Viéndome determinado
mi viejo padre a partirme
a la Corte del Imperio,
de esta manera me dice:
'Tú vas, Enrique, a la Corte,
y pues te partes, Enrique,
cumple las obligaciones
con que en mi casa naciste.
A no impedir tu partida
sola una cosa me impide:
que es justo que los hidalgos
junto a los Reyes se críen.
Son los Reyes como el fuego,
y de ellos quiero decirte:
ni tan cerca que te abrases,
ni tan lejos que te enfríes.
Pero si fuere tu suerte
que a quien sirvieres estime
tu valor y entendimiento,
y te mirare apacible,
piensa que vas por el mar,
y lleva en la mano firme
la verdad por astrolabio
para que los grados mires.
Mientras más te levantare,
más te mostrarás humilde,
para dar a entender que haces
no más de lo que te dice.
No desprecies los favores,
pero no los autorices,
que basta pensar del dueño
que te paga lo que sirves;
pero no de tal manera
que tus iguales se olviden
de tenerte aquel respeto
que tan alto lugar pide.
Procura aumentar tu casa,
pero no lo solicites,
que despertarás contrarios
que en el honor te lastimen.
Y si envidiosos tuvieres,
que es forzoso que te envidien,
porque es la envidia la sombra
que al sol de la dicha sigue,
escoge amigos discretos,
y de ninguno te fíes,
a lo menos en las cosas
que algún peligro imagines.
Los que vieres lisonjeros,
son figuras de tapices,
que están siempre en una acción
que es condición insufrible.
Mira más los corazones
que los rostros que se ríen,
porque son traidores sellos
que uno tienen y otro imprimen.
Sé liberal del sombrero,
aunque cuando te lo quites
pienses en alguna imagen
si son las personas viles.
No quites merced a nadie
para que no te malquistes,
porque cuando no la haces,
no digan que no la dices.
Nunca tan afable seas
que puedas arrepentirte
el día que te cansares
o quisieres estar triste.
Haz siempre el bien que pudieres,
y los sujetos no mires,
que el bien los amigos guarda
y los enemigos rinde.
En cosas de religión
no será bien que te avise,
porque naciste en mi casa,
y harás lo que en ella viste."
Esto dijo, esto en memoria
puse, y, llorando, partíme.
¡No quiera Dios que en la Corte
tales consejos olvide!

RUFINO. — Vos venís bien instruído;
discreto padre tenéis,
y pues vos lo parecéis,
y en el talle bien nacido,
yo os quiero dar un señor
tal que os sabrá conocer,
aunque en servir suele ser
dicha la regla mejor.

ENRIQUE. ¡Quiero echarme a vuestros pies!

RUFINO. Un consejo quiero daros,
no cómo habéis de portaros,
que ya lo sabréis después,
sino, para sólo entrar,
vos habéis de persuadir
que no venís a servir
con ocasión de medrar.
Fingíos rico, blasonad
que no pretendéis favores,
que no quieren los señores
hombres con necesidad.
Buscad también un criado,
aunque lo venís a ser,
para que deis a entender
que dais lo que habéis buscado.

ENRIQUE. Buscadme vos el criado,
pues sois aquí conocido.
RUFINO. Yo lo haré.
ENRIQUE. La mano os pido.
RUFINO. La voluntad os he dado.
ENRIQUE. ¿Qué dueño me dais?
RUFINO. El Conde
Palatino, general
del César, sangre real.
ENRIQUE. Mi obligación os responde.
RUFINO. Es pretensor del Imperio;
quiere casar con la Infanta.
ENRIQUE. Mi buena dicha me espanta.
RUFINO. No es, Enrique, sin misterio.
Olvidéme de deciros
si algunas gracias tenéis.
ENRIQUE. Ya las veréis.
RUFINO. Que podréis
con ellas, quiero advertiros,
ganar el pecho real
del Conde.
ENRIQUE. Hacer mal sabré
a un caballo.
RUFINO. ¡No pensé
que era gracia el hacer mal!
ENRIQUE. Hacer mal pienso que oí
que el regirle bien se llama.
Sé cantar.
RUFINO. Si es voz de fama,
gracia es notable.
ENRIQUE. Es ansí.
RUFINO. Pero si no, gran desgracia.
ENRIQUE. Hago versos.
RUFINO. Puede ser
que si tenéis qué comer
halléis quien diga que es gracia.
¿Tenéis envidia?
ENRIQUE. Yo no.
RUFINO. ¿Decís mal?
ENRIQUE. ¡Nada me inquieta!
RUFINO. Basta. ¡Vos sois buen poeta!
ENRIQUE. ¿En qué lo veis?
RUFINO. Pienso yo
que quien siempre dice mal
no está contento de sí.
¿Sabéis latín?
ENRIQUE. Poco.
RUFINO. Ansí,
más basta el buen natural.
ENRIQUE. Un dómine gramatista
trujeron a nuestra aldea,
latino de ataracea,
entre ignorante y sofista.
Enseñónos a hablar mal,
que era lo que bien sabía.
RUFINO. Amigos negociaría,
que es siempre el mayor caudal.
ENRIQUE. Deseaba ser famoso
y descubrió su ignorancia.
RUFINO. Es, Enrique, la ganancia
de un arrogante envidioso.
Ven, para que al Conde hablemos,
y besarásle la mano.
ENRIQUE. ¡Ya, selvas, soy cortesano,
ya no sé si nos veremos!
¡No soy ingrato en rigor
aunque de veros me alejo!
Pero, pues el alma dejo,
¿qué mayor señal de amor?

*(Vanse, y sale* DORISTA *vestida de hombre.)*

DORISTA. ¡Extraña fuerza de amor,
que a tal desatino obliga!
Pero ¿quién hay que no diga
que su pasión es furor,
si la disculpa mayor
de los humanos errores
es cuando son por amores?
A tener disculpa llego,
que Amor es ciego, y un ciego
no juzga de las colores.
Mi padre viejo he dejado,
ya por la edad impedido,
y [a] aquel hermano perdido
viene a buscar mi cuidado,
si no es que le ha transformado
la Corte en ser diferente,
o que, por nuevo accidente,
ya no tenga el que tenía,
porque, de la Corte un día,
vale por años de ausente.
¡Oh, qué hermosos edificios,
qué lindas y altas portadas,
de las armas adornadas,
que esmaltan sus frontispicios!
Que de diversos oficios
ejemplo de su grandeza,
todo es riqueza y belleza.
No hay más bien que desear,
que, por tanto variar,
es bella naturaleza.
¿De qué me espanto que aquí
se olviden los más remotos,
como con él árbol lotos

del griego Ulises oí?
Si te ha sucedido ansí,
Enrique, a la muerte llego;
pero consuélome luego,
que si algún fuego tenías,
las mismas cenizas frías
suelen conservar el fuego.

(*Salen el* Duque Celio, *el* Marqués Fabricio *y* Lidio, *criado.*)

Celio.

¿Sabéis la causa vos de aquesta junta?

Fabricio.

Como vos la sabéis, así la entiendo,
ni más de que nos llama el César.

Celio.

Creo
que ya, viendo su edad, tiene deseo
de casar la bellísima Teosinda
y hacer Rey de romanos a su yerno.

Fabricio.

Si se gobierna la elección por votos,
dádmele vos a mí, tendréis el mío.

Celio.

Que lo seré por mi valor confío.

(*Vanse.*)

Dorista.

¿Ah, caballero? ¿Dónde van agora
estos señores?

Lidio.

Entran en Consejo,
que hoy el Emperador los ha llamado,
o ya para las cosas de su Estado,
o para prevenciones de la guerra
que el duque Otón intenta por su tierra.

Dorista.

¿Sabréis decirme acaso si en Palacio
asiste un caballero forastero
llamado Enrique?

Lidio.

Aquí, señor hidalgo,
buscar un caballero es desatino.

Dorista.

¿Por qué, si se conoce en mil estrellas
la que busca el dudoso navegante?

Lidio.

Esa ya se conoce y otras muchas;
pero en aqueste mar, en este abismo,
será querer buscar de arena un grano.

(*Vase.*)

Dorista.

Pienso que mi cuidado ha sido en vano.

(*Sale* Rufino.)

Rufino. Todo se ha hecho a mi gusto;
que es aqueste forastero
muy honrado caballero.
Dorista. Hacer diligencia es justo.
Rufino. (¡Qué buen paje! Si éste fuese
a propósito de Enrique,
que, como a servir se aplique,
no presumo que le diese
menos buen señor en él
que a Enrique he dado en el Conde.)
Dorista. (Si éste a mi intento responde,
hallaré mi bien en él.)
Rufino. Diga, hidalgo, ¿es forastero?
Dorista. ¿No lo veis?
Rufino. ¿Queréis servir?
Dorista. Si aquí he venido a vivir,
claro está que servir quiero.
Rufino. Un gentilhombre en mi casa
un paje me encomendó.
¿Sabréislo ser?
Dorista. ¿Por qué no?
Rufino. Vos ya sabréis lo que pasa.
Dorista. ¿Qué pasa?
Rufino. Necesidad.
Que si quien sirve al señor
la tiene en tanto rigor
por lo mejor de su edad,
¿cómo podrá estar sin ella
el criado del criado?
Dorista. ¡Qué bien me habéis animado
en recibirme con ella!
Rufino. Yo no os tengo de engañar.
¿Sabéis jugar? Si sabréis.
En esto os entretendréis,
que naipes no han de faltar.
¿Tenéis sarna?
Dorista. No.
Rufino. Pues bien;
¿luego no estáis graduado
de paje?
Dorista. No, que he estudiado
limpieza.

RUFINO. ¡Hermoso desdén!
Sin sábanas muchas noches
habréis dormido.
DORISTA. Callad,
que es mucha riguridad.
RUFINO. Poyos y cajas de coches
ya os deben de conocer;
camisa, una, y ninguna
mientras se lava, si alguna
os hace tanto placer.
¿Alcagüete? Ya habréis sido
de este oficio.
DORISTA. Bien supiera
cuando ocasión se ofreciera.
RUFINO. Quedo, a la junta han venido.
Con el Conde, mi señor,
vendrá aqueste gentilhombre.
¿El nombre?
DORISTA. Celio es mi nombre.
RUFINO. Y no puede ser mejor.

(*Salen* CRIADOS, ENRIQUE, *el* DUQUE CELIO, *el* MARQUÉS FABRICIO, *el* CONDE PALATINO *y el* EMPERADOR CONRADO.)

CONRADO. Tomad, príncipes invictos,
en aquesta cuadra asientos,
que no he de salir de aquí
sin sucesor del Imperio.
No por la guerra de Otón,
cuya soberbia desprecio,
os he llamado a esta junta,
que ya quien la venza tengo.
Quiero hacer Rey de romanos,
tomar vuestros votos quiero
para saber a quién pueda
dar esta corona y cetro.
Por esta cuadra en retratos,
desde el gran César primero,
veréis los que fueron dignos
Alcides de tanto peso.
Por ellos veréis qué partes
han de tener quien tras ellos
se ha de ceñir el laurel,
cuidado de tantos buenos;
que yo, si bien es verdad
que algún pensamiento tengo,
con amor de mi Teosinda,
soy padre, engañarme puedo.
ROLANDO. Aunque tú solo pudieras,
por tu valor, por tu ingenio,
invictísimo Conrado,
cuyas armas, cuyos hechos
han penetrado los mares
y llegado al polo opuesto,
elegir Rey de romanos,
que, en fin, ha de ser tu yerno,
viendo que consejo pides,
no pienso darte consejo,
sino ofrecer mi persona,
pues sabes que la merezco.
El conde Rolando soy,
que en todo el Imperio entiendo
que nadie iguala conmigo.
CELIO. Rolando, menos soberbio;
tu voto piden aquí,
no tu persona.
ROLANDO. Yo ofrezco
mi persona en vez del voto.
CELIO. ¿Y no sabes tú que Celio
si no es tu igual es mejor?
ROLANDO. Mira lo que dices.
CELIO. Pienso
que lo tengo bien mirado.
ROLANDO. Al sacro César respeto;
pero después...
CONRADO. Bueno está.
FABRICIO. César, si bien al silencio
me obliga la majestad
de tu persona, ya quiero
advertirte de quién soy.
CONRADO. Basta, que habéis descubierto
en las palabras las almas
y en la soberbia los pechos.
Yo he de hacer rey de mi mano.
ROLANDO. Yo a tu gusto me sujeto.
CELIO. ¿Quién puede contradecirte?
CONRADO. Traed un laurel.
FABRICIO. No creo
que querrás determinarte,
gran señor, sin mucho acuerdo.
Aquí tienes el laurel.
CELIO. Míralo, César, primero.
CONRADO. Mirándolo estoy; y, en fin,
me determino. ¿Qué es esto?
Cayóseme de la mano.

(*Cáesele el laurel de la mano y dale* ENRIQUE.)

¿Quién eres tú que del suelo
te atreviste a levantarle?
ENRIQUE. ¿Yo, señor? Un caballero
que sirvo al Conde desde hoy.
CONRADO. Pues fué mucho atrevimiento.
ENRIQUE. Cayéndose de tus manos
juzgué, Emperador supremo,

a servicio el levantarle.
Perdóname si te ofendo,
porque fué ignorancia en mí
lo que juzgas por agüero.

CONRADO. ¿Quién eres?

ENRIQUE. No sé quién soy,
porque sólo sé que tengo
por padre un monte, por madre
una selva que de enebros
y espinas cercada yace
entre dos brazos pequeños
del claro y fértil Danubio.

CONRADO. Príncipes, aquí suspendo
la elección de Rey.

CELIO. Bien haces,
que no puede breve tiempo
determinar grandes cosas.

CONRADO. Oíd: desde aquí establezco
ley que ninguno de hoy más
pueda venir en mi Imperio,
si le acusaren que ignora
quién su padre y madre fueron.—
Y a ti, si no lo probares
en tres días, te condeno
a destierro de Alemania,
y desde aquí te destierro.

ENRIQUE. Gran señor, Dios hace reyes
y los hombres leyes.

CONRADO. Pienso
que el laurel que has levantado
debe de tener misterio.

*(Vase el Emperador, Celio y Fabricio.)*

ROLANDO. ¿Qué criado, di, Rufino,
me has dado aquí?

RUFINO. ¿Yo qué entiendo?
Siempre al César culpan todos
de que da crédito a agüeros.
¿Era mucho que un criado,
viendo el laurel en el suelo,
le llegase a levantar?

ROLANDO. Por él sospecho que pierdo
ser Rey de romanos hoy.

*(Vase.)*

RUFINO. Mejor lo ha de hacer el Cielo.)
¿Qué es esto, Enrique?

ENRIQUE. No sé.

RUFINO. Parece que estás suspenso.

ENRIQUE. ¿No quieres que me suspenda
la ley que el César ha hecho?

RUFINO. ¿No tienes padre?

ENRIQUE. Ni aun madre.

RUFINO. Pues yo te daré un remedio,
que te he cobrado afición.
Pero has de advertir primero
que tengo un paje que darte.

ENRIQUE. ¡Paje, Rufino! ¿A qué efeto?

RUFINO. Calla, que has de ser un hombre
de tu linaje.

ENRIQUE. Eso creo.

RUFINO. Llega, Celio.

ENRIQUE. ¿Quién?

DORISTA. Yo soy.

ENRIQUE. (¿Qué es esto?)

DORISTA. (¡Ay, Cielos! ¿Qué veo?
Mas quiero disimular.)

ENRIQUE. (No sé, Cielos, cómo puedo
encubrir tanta alegría.)
¿De dónde sois?

DORISTA. Cerca tengo
mi patria y padres.

ENRIQUE. ¿Queréis
servirme?

DORISTA. Serviros quiero.

ENRIQUE. Seguidme.

DORISTA. Yo voy tras vos,
que sólo a serviros vengo.

RUFINO. No vayas triste.

ENRIQUE. Bien dices.
Dios hace reyes. ¿Qué temo
las leyes que hacen los hombres
a su voluntad sujetos?

## ACTO TERCERO

*(Salen, al són de cajas, el* CONDE PALATINO *y* CELIO, *de generales,* ENRIQUE *y* DORISTA *de soldados y* RUFINO, *y por otra parte el* EMPERADOR CONRADO.)

CONRADO. Con los brazos os recibo
agradecido y contento.

ROLANDO. A tan corto vencimiento
es el favor excesivo.

CELIO. El hijo del Duque Otón
queda vencido y deshecho.

CONRADO. Siempre de ese heroico pecho
tuve igual satisfación.

ROLANDO. Bésale, Enrique, los pies
a su majestad.

ENRIQUE. Señor,
aunque me oprima el temor,
osaré llegar.

CONRADO. ¿Quién es?
ROLANDO. Aquel soldado sin padre;
mas tan valiente y fiel,
que no hay romano laurel
que no le convenga y cuadre.
Por él habemos vencido;
que, como otro Horacio armado,
fué, invictísimo Conrado,
quien dió su nombre al olvido.
Que de mayor escuadrón
como el de Roma en el Tibre,
dejo nuestra gente libre
en el Danubio de Otón.
Hazle mercedes, que aquí
Celio por testigo viene.
CELIO. Quien en tu amparo le tiene,
no querrá buscarle en mí.—
Pero si yo te he servido
sólo quiero, gran señor,
no que premies mi valor,
sino el que Enrique ha tenido.
CONRADO. Yo os haré, Celio, merced.
Pero si de esta vitoria
pudo templarse la gloria,
que se ha templado creed
con traerme a este soldado
sin padre, como refieres,
pues por cumplir con quien eres
de quien soy te has olvidado.
No le haré merced primero
que sepa quién es.

*(Vase.)*

ENRIQUE. Yo soy
desdichado.
ROLANDO. Y yo te doy
palabra de caballero
de no olvidar tu valor.

*(Vanse él y CELIO.)*

DORISTA. ¡Buen premio!
RUFINO. Quieren los reyes
que se ejecuten sus leyes.
ENRIQUE. Volverme será mejor.
Bien me dijiste, Rufino,
la ingratitud de servir.
RUFINO. El que no sabe sufrir
erró, sirviendo, el camino.
Busca un padre por ahí,
pues no te falta invención.
ENRIQUE. Esas malicias no son
de amigo.
RUFINO. Mas antes sí;
que quien quiere transformar
en hombre a quien es mujer,
mejor sabrá un padre hacer.
DORISTA. Ya que has dado en porfiar,
verdad es que mujer soy;
pero soy de Enrique hermana.
RUFINO. ¿Hermana?
DORISTA. Es cosa tan llana,
como estar adonde estoy.
RUFINO. Pruebo que es mentira.
DORISTA. Di.
RUFINO. Enrique no ha conocido
padre; pues ¿cómo ha sabido
que eres su hermana?
DORISTA. Es ansí.
Mas ¿no podimos quedar
niños en su muerte?
RUFINO. Creo
que tenéis los dos deseo
de hacerme desesperar.
Conozco, en buena opinión,
mujeres que se entretienen,
que cuantos galanes tienen
todos sus parientes son.
¡Qué satisfación tan fría!
"Mi primo", "mi qué sé yo",
y dormir juntos.

*(Sale el CONDE LEOPOLDO, ya en hábito de corte.)*

LEOPOLDO. (Llegó
de mi desengaño el día.
Después que Estela murió
el ánimo me ha faltado
que tantos años me ha dado
la luz que su sol me dió.
Pasaba la soledad
en su dulce compañía,
de aquel monte en que vivía,
para mí corte y ciudad.
Quitóme el Emperador
mi hijo, y dió a sus soldados
mis estados, si hay estados
que tengan firme valor.
Y asi ya, desesperado
de merecer su perdón,
o por no dar ocasión
a mi pecho lastimado
para intentar la venganza,
en el monte me quedé,
y, muerta Estela, intenté
esta enojosa mudanza.

Ya no conozco la corte,
ya todo mudado está.
esta gente me dirá
algo que a mi vida importe.)
¿Ah, señores caballeros?

ENRIQUE. ¿Quién es?

LEOPOLDO. Forastero soy,
que ha días que ausente estoy.

ENRIQUE. Parece que alegra el veros.

LEOPOLDO. Y a mí, de veros, me ha dado
una súbita alegría.

ENRIQUE. ¿Dónde os he visto?

LEOPOLDO. Sería
imagen, que os ha burlado,
de alguno que conocéis.
Pero a mí me ha sucedido
lo mismo.

ENRIQUE. Al mejor sentido...
Vivo retrato ofrecéis
de un caballero a quien yo
seguí por fiera algún día,
que en la cueva en que vivía
con su esposa me dejó
para no doblar el llanto
de su muerte.

LEOPOLDO. El mismo soy,
que a buscar mi vida voy
adonde no dure tanto.

ENRIQUE. Padre, que quiero llamaros
padre; vos venís aquí
a tiempo, que honrarme a mí
puede ser causa de honraros.
Ha hecho el Emperador
ley que el hombre que ignorare
quién es su padre no pare
en su Imperio más.

LEOPOLDO. ¡Qué error!

ENRIQUE. Y habiéndole yo servido
no me premia.

LEOPOLDO. Hijo, que quiero
llamaros hijo, y espero
que en vos halle el que es perdido,
¿queréis por dicha que diga
que soy vuestro padre?

ENRIQUE. El Cielo
me ofrece en vos el consuelo
que a darle gracias me obliga.
Eso quiero que digáis.
Pero no nos sienta este hombre,
que es amigo en sólo el nombre.

LEOPOLDO. Mucho me honráis si me dais
el de vuestro padre a mí.

ENRIQUE. ¿Celio?

DORISTA. ¿Señor?

ENRIQUE. Oye aparte.
Mucho tengo que contarte.

DORISTA. Ya te entiendo.

ENRIQUE. Desde aquí
tu hábito has de tomar
con nombre de hermana mía.

DORISTA. Deseo, Enrique, tenía
de volverme a transformar;
que pienso que no me quieres
con tan diferente nombre,
si bien con acciones de hombre
no agradan mal las mujeres.

ENRIQUE. Rufino, adiós.

RUFINO. Él os guarde.

ENRIQUE. Vamos, padre.

LEOPOLDO. Enternecido
me llena el nombre, aunque ha sido
fingido y hallado tarde.

(*Vanse* ENRIQUE, DORISTA *y* LEOPOLDO, *y sale* ROLANDO.)

ROLANDO.

¿Qué haces solo aquí?

RUFINO.

Cuánto me holgara
que hubieras, gran señor, antes venido,
que se fuera de aquí quien te alegrara
el alma por la vista y el oído.
La mía, que mil veces no repara
en lo que puede ser ni en lo que ha sido,
ha descubierto en tu criado Enrique
una flaqueza, cuando a tal se aplique.
¿Ves el soldado paje de las plumas,
el que jamás se aparta de su lado?
¿Dirás tú que es mujer?

ROLANDO.

¡Que tal presumas!
Estoy de tus malicias admirado.

RUFINO.

Después de haber en infinitas sumas
de engaños juntos la verdad negado,
confiesan que lo es, si bien se allana
sólo a decir Enrique que es su hermana.

ROLANDO.

¿Y crees que lo es?

RUFINO.

Casi lo creo,
del respeto y honor con que le trata.

ROLANDO.

Tú has dado que imagine a mi deseo.

RUFINO.

No te será, si yo la emprendo, ingrata.

ROLANDO.

Háblala en mí.

RUFINO.

No tiene Amor trofeo
que no le deba al oro y a la plata.

ROLANDO.

El César viene.

(*Sale el* EMPERADOR.)

CONRADO.

Si es reinar cuidado,
¿por qué es por bien tenido y envidiado?

ROLANDO.

Pensé que en la venida de esta empresa
del título me honraras prometido,
invicto César, y olvidado cesa
mi nombre y no mis quejas en tu oído.
Ya Celio, ya Fabricio se confiesa
inferior a mis prendas; ya he tenido
sus votos para ser Rey de romanos,
cuyo sacro laurel puse en tus manos.
Quisiste trasladarle a mi cabeza
alguna vez, y, con fingido celo,
le diste al suelo, haciendo a tu grandeza
agravio injusto con bajarle al suelo;
los agüeros, que son naturaleza
de los tiranos, cansan mucho al Cielo;
si lo fué que lo alzó criado mío,
bien sucede a heredar tu señorío.
No pienso ya cansarte; sólo quiero
servirte en guerra y paz, sólo agradarte,
si bien de conseguirlo desespero
donde tantos servicios no son parte.
Acaba de nombrar un extranjero
si no pueden vasallos obligarte:
un remoto español, o un africano
que junte lunas al blasón romano.

(*Vase.*)

CONRADO. ¿Esto ha de pasar por mí?
¿Hay mayor atrevimiento?
¿Por fuerza quieren que elija
el sucesor del Imperio?
Pues yo lo haré, y ha de ser
tan a mi gusto, que pienso
dársele al primer soldado
que entre agora en mi aposento.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Vuestra real majestad
me dé los pies.

CONRADO. ¿Qué es aquesto?
Estoy diciendo enojado
que dar el Imperio quiero
al primer soldado que entre,
¿y entras tú, Enrique?

ENRIQUE. No vengo
a darte enojo, señor.

CONRADO. ¿Que es esto? ¿Tantos agüeros?
Apenas para tratar
sucesión la lengua muevo
¿cuando te pones delante?
¿Quién eres, Enrique?

ENRIQUE. Espero
que mi inocencia merezca
perdón en tu heroico pecho.
A mostrarte el padre mío
vengo.—Padre, entrad.

(*Sale* LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. Recelo
que ofenda tus pies mi boca.

CONRADO. Levántate, honrado viejo.
¿Eres tú padre de Enrique?

LEOPOLDO. Sí, señor.

CONRADO. ¿Cierto?

LEOPOLDO. Tan cierto
como ser tú Emperador
de Alemania. (Santos Cielos, (*Ap.*)
perdonad esta mentira,
aunque pienso que no miento.)

CONRADO. ¿De dónde eres?

LEOPOLDO. De Altaflor.

CONRADO. ¿Qué fué tu entretenimiento?

LEOPOLDO. La guerra hasta que me trujo
a la ociosa paz el tiempo.

CONRADO. ¿Quién fué tu padre?

LEOPOLDO. Señor,
no dice la ley que has hecho
más de que a un hombre conozcan
padre, o sea vivo o sea muerto.

Que si das en inquirir,
más que padres, te promete
que des en un imposible
y que revuelvas tus reinos.

CONRADO. Yo sé lo que te pregunto.

LEOPOLDO. Si tienes algún recelo
de Enrique, es desdicha suya,
porque este humilde mancebo
se ha criado en una aldea,
ya tirando, ya esgrimiendo,
y, por saber su valor,
le di, entre otros consejos,
que se viniese a la Corte.
Si te ha servido, que tengo
noticia de sus hazañas,
no pierda por mí, que puedo
mostrarte algunas heridas
que no me pagó tu Imperio.

CONRADO. (¿Qué me atormentan cuidados?
¿Qué me persiguen agüeros
de que de aquel mi enemigo
vive la sangre que temo?)

*(Sale el* SECRETARIO *y el* DUQUE CELIO.)

SECRETAR. El Duque Celio está aquí.

CELIO. Dicen, señor, que me has hecho
merced por esta jornada,
y a besarte los pies vengo.

CONRADO. ¿Secretario?

SECRETAR. ¿Señor?

CONRADO. Trae
de aquel bufete primero,
dos papeles que, doblados,
junto al escritorio dejo.—

*(Vase el* SECRETARIO.)

Agora, Celio, verás
cómo tus servicios premio,
pues hasta humildes soldados
no me han de quedar sin ellos.
A todos quiero animar
para las guerras que espero,
porque cualquiera virtud,
premiada, recibe aumento.

CELIO. Harás una cosa digna
de tu generoso pecho;
aumentarás tu opinión,
ennoblecerás tu Imperio
y dilatarás tu nombre
desde este polo al opuesto.

*(Sale el* SECRETARIO *con los papeles.)*

SECRETAR. Estos son los dos papeles.

CONRADO. Toma, Celio, y está cierto
que el cetro fuera de entrambos
si se dividiera el cetro.—
Tú, Enrique, aqueste papel,
y acude a mi Tesorero.

*(Vase.)*

CELIO. Los Cielos guarden tu vida
por la merced que me has hecho.

ENRIQUE. Tiemblen tu nombre, señor,
scitas blancos y indios negros.

CELIO. Quiero ver lo que me ha dado,
pues a los pies viene puesto.

*(Lea:)*

"Da Vuestra Real Majestad
diez mil ducados (¡Ay, Cielos!)
al que este papel mostrare
por los servicios que ha hecho
en la jornada de Otón."
¿Diez mil ducados? ¿Qué es esto?
Pues a un hombre como yo,
pretensor de aqueste Imperio,
que esperaba que a Teosinda
le dieran en casamiento,
¿paga de esta suerte el César?
¡Vive Dios, que no soy Celio,
ni noble, ni descendiente
de mis ilustres agüelos
si no revuelvo a Alemania!
Tomaré las armas luego,
y pues me da la ocasión
yo la asiré los cabellos.

*(Vase.)*

ENRIQUE. Padre mío, yo he leído
las mercedes que me ha hecho
el César, que guarde Dios,
y, si no es perder el seso,
no sé qué dé a mi fortuna
en justo agradecimiento.
Conde de Suecia soy,
que es lo mejor de este Imperio,
tierra fértil, rica y grande
entre el Danubio y el Rheno.
No hay príncipe en Alemania,
ni del mundo en otros reinos,
que en riqueza ni en vasallos
me pueda igualar.

LEOPOLDO. No quiero,
hijo, mostrarte en palabras
el regocijo que tengo.

Dame mil veces los brazos
y digan los ojos tiernos,
con el agua que los baña,
del alma los sentimientos.

ENRIQUE. Padre, yo voy a saber
lo que he de hacer, por que luego
al César bese la mano.

*(Vase.)*

LEOPOLDO. Prospere tu vida el Cielo.
¡Ay! Si supiese Conrado
que hoy a sus plantas se ha puesto
el conde Leopoldo, en quien
tantas crueldades ha hecho.
Y ¡ay, Dios! si fuese este Enrique
mi hijo y no fuese muerto,
como mil veces me dice
el corazón en el pecho...
Que si esto fuese verdad
a mi fortuna agradezco
tantos indignos agravios,
tantos injustos tormentos.

*(Salen* RUFINO *y* DORISTA, *ya en hábito de dama.)*

RUFINO. El Conde lo sospechaba
y yo dije que era así.

DORISTA. ¿Qué le dijiste de mí?

RUFINO. Que tu honor acreditaba
la honestidad y el respeto
con que Enrique procedía.

DORISTA. Trújome en su compañía
Enrique, como discreto.
Que pone, si hay larga ausencia,
la mujer de más lealtad,
no digo su honestidad,
su opinión en contingencia.

RUFINO. El Conde está asegurado
que eres su hermana, y ansí
te quiso ofrecer por mí,
con su persona, su Estado.
Es Príncipe de este Imperio;
no errarás en agradalle.

DORISTA. Dile a tu lengua que calle
tanta infamia y vituperio;
que cuando Enrique no fuera
quien es, ni el César honrado
sus servicios de un Estado
tan poderoso no hubiera,
hallara por muchos años
la misma defensa en mí,
porque más noble nací
que imaginan sus engaños.

RUFINO. ¿Estado a Enrique?

DORISTA. ¿No es ya
Conde de Suecia?

RUFINO. ¿Quién?

DORISTA. Enrique.

RUFINO. Si parabién
de una mentira se da,
como suele suceder
en pretendientes de Corte,
tu mismo gusto le corte
con ingenio de mujer.
¿Conde de Suecia Enrique,
ayer del Conde criado?

DORISTA. Por sus manos lo ha ganado,
aunque la envidia replique.
Esto al Conde le dirás
y que reporte su amor,
porque ya tiene mi honor
aquesta defensa más.

*(Vase.)*

RUFINO. ¿Qué es esto, ingrata fortuna?
¿Nubes de títulos ya?
¿Cuándo en Rufino caerá
de tus mercedes alguna?
¿Yo también no fuí soldado?
¿He sido cobarde yo?

*(Sale* ROLANDO, *conde palatino.)*

ROLANDO. ¿Quién respuesta no aguardó? (1)
¡Oh, larga esperanza vana!
¿Adónde engañado voy,
pues lo que prometes hoy
es lo mismo que mañana?
¿Rufino?

RUFINO. ¿Señor?

ROLANDO. ¿Has visto
a Enrique?

RUFINO. Ya con respeto
hablo de Enrique.

ROLANDO. ¿A qué efeto?

RUFINO. La risa apenas resisto.
Hízole su majestad
Conde de Suecia.

ROLANDO. ¿A quién?

RUFINO. A Enrique.

ROLANDO. Piensa más bien
tus burlas.

RUFINO. Digo verdad,

(1) Falta un verso después de éste para la redondilla.

y que la mayor grandeza
de un rey es levantar hombres
a altos lugares y nombres
del polvo de su bajeza,
porque no hay cosa en que a Dios
imiten más.

ROLANDO. Es suceso
que puede, por este exceso,
dar mayor nombre a los dos:
al César, de liberal,
y a Enrique, de venturoso.
Mas ¿quién sino un poderoso
pudiera criar su igual?
Vaya a besarle los pies
la guerra y diga que ha sido
otro Alejandro.

RUFINO. He querido
hablar a Celia después
de este título en tu amor,
y responde que es hermana
de Enrique.

ROLANDO. Ya juzgo vana
mi esperanza en su favor.
Prosigue en solicitalla
mientras doy el parabién
a Enrique.

RUFINO. Pienso también
que será imposible hablalla
de títulos a esta parte,
pues todo se ha de mudar.

ROLANDO. ¿Qué puedes aventurar?

RUFINO. La vida por agradarte.

ROLANDO. Ya de Enrique la mudanza
a toda envidia destierra,
porque privar por la guerra
es la más justa privanza.

*(Vase.)*

RUFINO. Para todo es menester
ventura, porque sin ella
es servir con mala estrella
y en vez de ganar perder.

*(Sale el EMPERADOR CONRADO.)*

CONRADO.

Ya con esta merced que pretendía
estará sosegado el Duque Celio.
Rufino, ¿cómo ya no quieres verme?

RUFINO.

Antes tú no me ves, pues no me pagas
el haberte servido en esta guerra.

CONRADO.

¿Ibas a huir o a pelear?

RUFINO.

A todo,
que lo que viera hacer pienso que hiciera.

CONRADO.

¿Qué hay por allá?

RUFINO.

Señor, mujeres y hombres,
buenos y malos, necios y discretos,
mancebos sin salud y viejos locos.

CONRADO.

Y ¿qué dicen de mí? ¿No me respondes?
Habla, Rufino. ¿Callas?

RUFINO.

A los príncipes
no se ha de decir nada, que alaballos
es lisonja y engaño, pues decirlos
algo que no conforme a su grandeza,
es poner a peligro la cabeza.
Mas diciendo verdad, César invicto,
¡por Dios! que te aman todos igualmente,
y aun yo con no me dar cosa ninguna,
porque en aquesto culpo a mi fortuna.

CONRADO.

Desdicha es de los príncipes, que sólo
por lo que damos nos estima el mundo.

RUFINO.

Engáñaste, señor, que el ser amado
de tus virtudes nace.

CONRADO.

Di, Rufino,
a Heraclio que te dé dos mil ducados.

RUFINO.

Dos mil años de vida te dé el Cielo,
a ducado por año.

CONRADO.

Ya que tiene
Celio el premio debido a sus servicios
y Fabricio en su tierra se ha casado,
pues a razón tan justa corresponde,
mi hija libremente daré al Conde.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Beso tus pies, gran señor,
por la merced que me has hecho,
tan digna de tu valor.

CONRADO. ¿Que siempre alteras mi pecho?
¿Puede haber mayor temor?
Digo que le quiero dar
mi hija al Conde, y tú pides
mi mano luego.

ENRIQUE. A besar
tu mano, si no lo impides,
me has obligado a llegar,
y como del Conde hablaste,
y Conde, señor, me hiciste,
parece que te alteraste
de ver que tu hija diste
al título que nombraste.

CONRADO. ¿Conde yo a ti?

ENRIQUE. Sí, señor,
de Suecia, y por tu mano.

CONRADO. (¡Troqué el papel, bravo error!
¿Qué puede el poder humano
contra el divino valor?
Claramente echo de ver
que aquéste debe de ser
hijo del Conde, heredero
de este Imperio; mas ¿qué espero
entre dudar y temer?
¿Cómo no quito la vida
a este mozo, aunque lo impida
su fortuna? Mas no es justo
que con público disgusto
sepan que soy su homicida.)
¿Enrique?

ENRIQUE. ¿Señor?

CONRADO. Yo estoy
del Duque Celio enojado:
quiero que te partas hoy
a sacarme de un cuidado.

ENRIQUE. Tu esclavo y vasallo soy.

CONRADO. A la Emperatriz darás
una carta. Ven conmigo
y escribiréla.

ENRIQUE. Verás
que a más humildad me obligo
cuanto me ensalzares más.

CONRADO. (Algo mi temor infiere,
pues que tanto me combate,
para que su muerte espere.
Mas ¿qué importa que le mate
si el Cielo guardarle quiere?)

(*Vanse, y sale* DORISTA *sola.*)

DORISTA.

Que amor de ociosidad principio tiene,
y que en la ocupación anda templado,
he visto, Enrique mío, tu cuidado
después que en los palacios se entretiene.
Pues ya también que la fortuna viene
a levantarte a tan dichoso estado,
¿qué esperanza tendré de haberte amado,
que, de perderte, el justo miedo enfrene?
De verte en alto, mis sospechas crecen,
pues a cuantos levanta la fortuna,
el lugar en que estaban aborrecen.
Que si principios te han de dar alguna,
por no ver las memorias que te ofrecen,
ya no querrás tener de mí ninguna.

(*Sale el* CONDE LEOPOLDO.)

LEOPOLDO. Una visita ha llegado
que no se puede excusar.

DORISTA. Vos sí de venirme a dar
de la visita el recado.
Mas no será sin misterio,
pues que vos me guardáis ya.

LEOPOLDO. Aquí no menos está
que un Príncipe del Imperio.

DORISTA. ¿Quién?

LEOPOLDO. El Conde Palatino.

DORISTA. Entre su excelencia.

(*Sale* ROLANDO, *conde Palatino.*)

ROLANDO. ¿A dar
un parabién puede entrar
un deudo, amigo y vecino,
sin sospecha ni recelo?

DORISTA. ¿Cuál sospecha puede haber
donde vos venís a ser
protector después del Cielo?
Hoy Enrique se confiesa
más vuestro que fué jamás.

ROLANDO. No tratemos de eso más,
que de escucharlo me pesa.
El ha de ser dueño mío,
como, en fin, tan gran señor.

DORISTA. Vuestro ha sido su valor,
y que ha de tener confío
siempre el agradecimiento
que os debe por tal ventura.

ROLANDO. Ya, señora, a esa hermosura,
a ese raro entendimiento,
daremos Príncipe igual,

si con vos le puede haber,
que mal puede comprehender
lo humano a lo celestial.

DORISTA. No pienso yo que mi hermano
tiene ese cuidado agora.

ROLANDO. Pues yo le tengo, señora,
de ganalle por la mano.

DORISTA. ¿Qué ruido es ése?

LEOPOLDO. Hasta aquí
con máscaras han entrado
algunos hombres.

DORISTA. No he estado
sin causa lejos de mí.

*(Salen* RUFINO *y tres* CRIADOS *con máscaras y espadas desnudas.)*

RUFINO. Vuestra Excelencia nos dé
para esta prenda licencia.

DORISTA. Si lo mandó Su Excelencia,
sí hará.

ROLANDO. ¡Nunca tal mandé;
antes sacaré la espada!
¡Fuera traidores!

DORISTA. ¡Ay, Cielos!

*(Llévanla.)*

LEOPOLDO. No tuve en vano recelos
de licencia tan mal dada;
mas, pues la espada, señor,
no corta en esos villanos,
¡corte en mí, que a vuestras manos
les dará mi sangre honor!
Esta que veis es de un noble
como vos.

ROLANDO. Padre, yo creo
que daréis a mi deseo
culpa de este trato doble;
pero es engaño, que yo
no conozco aquesta gente.
Envainad la espada.

LEOPOLDO. Ausente
Enrique, ¿esto hacéis?

ROLANDO. Yo no.

LEOPOLDO. ¡Volved, matadme!

ROLANDO. Recelo
que, si me cansáis, lo haré.

LEOPOLDO. ¡Matadme o me quejaré
al César y al mismo Cielo!

*(Vanse, y salen* ENRIQUE, *de camino, y* LISARDO, *estudiante, su huésped.)*

ENRIQUE. Mientras que llegan las postas
dormiré en aquesta silla.

LISARDO. Mucho holgara que estuviera
mi padre en la casería,
que le pesará si sabe
que os vais, señor, tan aprisa.
Yo paso mis cursos ya
en esta aldea, y querría
tener favor en la Corte.

ENRIQUE. Si allá fuéredes, por dicha,
por Enrique preguntad
en Palacio.

LISARDO. Solicitan
mis estudios algún premio.

ENRIQUE. Merécele quien porfía
en alguna facultad
hasta que el laurel se ciña.
Enfádannos por la Corte
unos ciertos gramatistas
que andan a vender latín.

LISARDO. Como el mar a las orillas
suele arrojar caracoles,
así también sabandijas
las escuelas.

ENRIQUE. Yo me duermo;
despertadme, por mi vida,
luego que lleguen las postas.

*(Ponga unas cartas sobre una mesa y duérmase en una silla.)*

LISARDO. Yo seré vela y espía.
Estos criados del César,
que son su persona misma,
importan a quien pretende
más que la ciencia adquirida.
Si voy a la Corte pienso
valerme de éste, si priva;
¡yo sabré ganar amigos
haciendo a todos caricias!
No me mostraré soberbio,
que la necedad más fina
es pensar que nadie sabe,
porque es la Corte la cifra
de las letras de Alemania;
no como algunos que imitan
a los gansos que en las puertas
de las ciudades humillan
sus cuellos, porque presumen
topar con ellos arriba.
¡Qué bravo sueño le ha dado!
Gran curiosidad sería
abrir la carta sin daño
de la nema: ella se quita
sin hacerla fuerza yo,

y parece que convida
a abrirla. Leo: así dice...
¿Quién atreverse podía,
sino un estudiante, a hacer
dos cosas tan atrevidas?

(*Lea.*)

"Importa a mi vida y a mi honra, amada Claudia, que a Enrique, que ya se intitula Conde de Suecia, deis luego muerte con secreto, y me aviséis con la persona que tengáis más de confianza, que luego voy a veros y a daros las gracias por la brevedad con que pienso que lo ejecutéis."

¡Cielos!, tan gallardo mozo
¿va condenado a la muerte?
¡No quiera Dios que despierte,
que yo haré que trueque en gozo
lo que el César piensa en llanto!
Yo saco mi escribanía
y borro donde decía:
"Matarle con rigor tanto."
¡Ayudad, cuchillo bien!
Parece que ello se quita;
pues si la letra se imita,
cosa que sé hacer tan bien
que ninguno me ha igualado,
yo le libro de la muerte,
bien quedará de esta suerte.
¡Oh, qué bien que se ha imitado!
Parece que me llevó
la mano un ángel en todo.
Cerraré del propio modo,
pues la nema me enseñó.
¡Todo sucede pintado,
aquí anda deidad secreta!
¡Ya tocaron la corneta! —
Caballero, ya han llegado
las postas.

ENRIQUE. Mucho he dormido.

LISARDO. No tanto como pensáis,
pues, gracias a Dios, estáis
despierto de un gran olvido.

ENRIQUE. Soñaba que un pajarillo,
que de un álamo bajaba,
con su pluma me quitaba
de la garganta el cuchillo.

LISARDO. ¡Buen sueño! ¡Será verdad!

ENRIQUE. Dios os guarde, que algún día
pagaré esta cortesía.

LISARDO. Honra y vida la llamad.

ENRIQUE. Escribidme si se ofrece
en qué os sirva.

LISARDO. Ya escribí
lo que os sirve a vos, que a mí
que fué razón me parece,
pues lleváis, si no es que impida
otra suerte vuestra suerte,
en lo borrado la muerte
y en lo enmendado la vida.

(*Vanse, y salen la* EMPERATRIZ CLAUDIA *y su hija* TEOSINDA.)

CLAUDIA. Vive en esta confusión
el César, tu padre, agora.

TEOSINDA. Yo pienso que soy, señora,
de su pena la ocasión,
que el ser reyes de romanos
mueve a Celio y a Fabricio,
y al Conde Rolando, indicio
de sus pensamientos vanos.
No codician mi persona:
quieren el primer laurel,
pues tiene principio en él
de este Imperio la Corona.

CLAUDIA. De Celio se dice ya
que las armas ha tomado
y que hace gente en su Estado;
Fabricio, casado está,
pero no sin pensamientos
del laurel que estoy trazando,
Teosinda, al Conde Rolando.

TEOSINDA. Todos los tres casamientos
me son cansados a mí.

(*Sale* SIGISMUNDO, *criado.*)

SIGISM. Aquí, señora, ha llegado,
y por la posta, un criado
de su majestad.

CLAUDIA. Pues di
que venga muy en buen hora.

(*Sale* ENRIQUE.)

ENRIQUE. Deme Vuestra Majestad
los pies.

CLAUDIA. ¿Quién sois? Levantad.

ENRIQUE. Don Enrique soy, señora.

CLAUDIA. ¡Qué título para daros
las honras que merecéis?
Aunque persona tenéis,
que, en viéndoos, obliga a amaros.

ENRIQUE. Conde de Suecia soy,
que a menos no se fiara
esta carta.

CLAUDIA. ¡Es cosa clara!
Yo leo.

TEOSINDA. ¡Suspensa estoy!

CLAUDIA (*Lea*).

"Importa a mi vida y a mi honra, amada Claudia, que a Enrique, que ya se intitula Conde de Suecia deis luego en casamiento a nuestra hija Teosinda, y me aviséis con la persona de quien tengáis más confianza, que luego voy a veros y a daros gracias por la brevedad con que pienso que lo ejecutaréis."

CLAUDIA. ¡Extraño caso!
TEOSINDA. ¿Qué es esto?
CLAUDIA. Que el César manda casarte
con el Conde.
TEOSINDA. ¿Es por burlarte?
CLAUDIA. En tal confusión le han puesto
Rolando, Celio y Fabricio,
que le debe de importar
casarte.
TEOSINDA. ¿Cómo casar?
CLAUDIA. Esto importa a su servicio
y al Imperio, porque ansí
quedará todo en sosiego.
Venga el de Tréveris luego,
pues acaso se halla aquí.
¿Conde?
ENRIQUE. ¿Señora?
CLAUDIA. Esta carta
me avisa de que la vida
y la honra le va al César
en que os case con Teosinda.
Vos seréis Rey de romanos
si pesa a toda la envidia
de Rolando y de Fabricio.
ENRIQUE. No pensé que tanta dicha
cupiera en mi humilde pecho.
CLAUDIA. Ven, Teosinda.
TEOSINDA. (Enmudecida
me tiene tal novedad;
pues ya que es con tal prisa,
gracias al Cielo que el Conde
tiene buen talle.)
ENRIQUE. (¡Querría,
Fortuna, ponerte un clavo;
mas es la dicha desdicha
si se ha de acordar mi amor
de lo que debe a Dorista!)

(*Vanse y salen el* CONDE LEOPOLDO *y* DORISTA.)

LEOPOLDO.

En voz de Embajador dicen que viene.

DORISTA.

La mía le dará tal embajada
que la soberbia del Estado enfrene.

LEOPOLDO.

En fin, el César no responde nada.

DORISTA.

Temor el César a Rolando tiene;
con lágrimas le dije que robada
fuí de él, y respondió que remitía
mi causa al que en su Corte presidía.

LEOPOLDO.

Dijeron que quedaba de camino
para venir aquí.

DORISTA.

Mucho me holgara,
ya que su agravio ha sido mi destino,
porque le hablara Enrique cara a cara.
Lo que siento de aqueste desatino
sólo es perder a Enrique.

LEOPOLDO.

Pues repara
que el César llega, y a su lado, el Conde.

DORISTA.

¡Qué mal a su grandeza corresponde!

(*Salen el* EMPERADOR, *el* CONDE PALATINO, RUFINO *y* CRIADOS.)

CONRADO. Ya os he contado la causa
y los notables agüeros,
en todas las ocasiones,
con que le he temido y muerto;
y así, cuando me contó,
Conde, su hermana el suceso,
no escuché sus desatinos.
ROLANDO. ¡Portentoso nacimiento
fué el de este Enrique!, y si es él,
debe de ser aquel viejo
el Conde Leopoldo.
CONRADO. Apenas
de su rostro bien me acuerdo,
pero informéme de un hombre
que se halló entre los que fueron
a dar la muerte a aquel niño,
y díjome que, teniendo
compasión de su inocencia,
al tronco de un olmo o fresno
le dejaron.

ROLANDO. Siendo así,
que fuese este Enrique pienso
criado de alguna fiera,
como fué Rómulo y Remo,
o entre los rudos pastores.

CONRADO. Yo, Conde, a mis pensamientos
puse sosiego en matalle.
¡La Emperatriz viene!

*(Sale la* EMPERATRIZ.)

CLAUDIA. El Cielo,
invicto señor, os guarde.

CONRADO. Y a vos, señora, en quien tengo
de mis cuidados descanso.

CLAUDIA. Lo que me mandáis está hecho.

CONRADO. ¿Luego muerto estará ya?

CLAUDIA. Casado sí, mas no muerto,
que ha poco que está en la cama.

CONRADO. ¿Cómo en la cama? ¿Qué es esto?

CLAUDIA. Leed la carta, señor,
que parecéis a Tiberio.
¡Ya se os olvidan las cosas

*(Lee el* EMPERADOR *a solas.)*

de vuestro honor y sosiego!
Yo hice lo que mandastes;
si es yerro, ¿qué culpa tengo?

CONRADO. ¡Válgame el Cielo mil veces!

CLAUDIA. ¿De qué os admiráis?

CONRADO. No pienso
que ha sucedido tal cosa
en cuantos siglos el tiempo
ha corrido por el mundo.
Yo escribí "matarle", y creo
que el Cielo borró el "matarle"
y encima "casarle" ha puesto.

CLAUDIA. Yo, señor, esto leí.

CONRADO. Llamad a mis hijos luego,
que ya los llamo mis hijos,
pues es voluntad del Cielo.
Conde, ¿no veis lo que pasa?

ROLANDO. De vuestro enojo lo entiendo.

CONRADO. Que se case dice aquí
adonde "matarle" he puesto.

LEOPOLDO. Llega, que es buena ocasión.

DORISTA. Si Enrique hereda tu cetro,
hazme justicia.

CONRADO. Ya, Conde,
tengo por mejor consejo
que, sin que lo entienda Enrique,
recibáis en casamiento
mujer hermana de un rey
que ha de heredar este Imperio.

ROLANDO. Digo, señor, que ya es fuerza
para ganar lo que pierdo.

*(Salen* ENRIQUE *y* TEOSINDA *de las manos.)*

ENRIQUE. Aunque he entendido, señor,
tu riguroso decreto,
sin temor vengo a tus pies
y tu crueldad agradezco.

CONRADO. Enrique, tú eres mi hijo:
Dios hace Reyes; no quiero
ser inobediente a quien
derriba nuestros intentos.
al Conde he dado a tu hermana,
y en tan alegres sucesos,
quisiera ver a tu padre.

LEOPOLDO. Que yo lo soy, es muy cierto.

CONRADO. ¿Quién es?

LEOPOLDO. El Conde.

CONRADO. ¿El Conde?

ENRIQUE. ¡Padre y señor!

RUFINO. Tan discreto
senado ya habrá entendido
lo demás. Yo sólo espero
Perdón de Enrique; mal digo:
a tan ilustres ingenios
le pido de nuestras faltas
en nombre de mi deseo.

# LA DIVINA VENCEDORA

## DE LOPE DE VEGA CARPIO (1)

[HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES]

*Dos* Moros.
Gallinato, *general.*
Rey de Granada.
Aliatar, *moro.*
Zoraide, *moro.*
Rosarfe, *moro.*
Cardiloro, *moro.*
Guadalara, *mora.*
Rey Fernando.
*La* Reina doña Juana.
Don Lorenzo Juárez.
Tello Hernando.
Nuño, *criado.*
Don Rodrigo Girón.
Carpio, *soldado.*
Zulema, *cautivo moro.*
Fátima, *cautiva mora.*
Campuzano, *soldado.*
Salcedo, *soldado.*
Zarabo, *moro.*
Genildo, *moro.*
Argén, *cautivo.*
Almanzor, *niño moro.*
Sultán, *moro.*
Doña Clara.
Guevara.
[*Otro* Moro.
Moros.]

### [JORNADA PRIMERA]

(*Salen dos* Moros *como huyendo de* Gallinato.)

Moro 1.° ¡Guarda, Gallinato, guarda!
Moro 2.° ¡Huye, que viene furioso!
Moro 1.° ¡Qué hombre tan espantoso!
Moro 2.° Sólo a miralle acobarda.
Abre, portero, la villa.
Moro 1.° Toca esa caja a rebato.

(*Sale otro* Moro *por lo alto.*)

Moro 3.° Pues ¿quién viene?
Moro 1.° Gallinato.
Moro 3.° ¿Gallinato? Voy a abrilla.

(*Quítase del muro.*)

Moro 2.° Aquí nos ha de coger,
que llega aqueste infanzón
a las cuestas de Morón.
Moro 1.° Demonio debe de ser,
pues casi a las puertas llega.

(*Sale* Gallinato *con una* [illegible] *en las manos.*)

Gallinato. A la villa, al fin, llegasteis.
Basta, moros, que os dejasteis
el viento atrás en la vega.
Si soy vuestra caza yo
y mis perros habéis sido,
habéis de la caza huido,
que hombre jamás lo advirtió. (2)

(1) Antes de este título, [illegible] es de la letra del texto, [illegible] este [illegible] "[illegible] comedia de la dibina bençedora y famosos hechos de meledon galinato y [illegible] de [illegible] de lope de bega carpio año de 1624. Original D. j° (Juan) martinez de mora." La letra es del que lo firma.

(2) Antes decia "vió"; pero el licenciado Francisco de R[illegible], [illegible] algunas correcciones de esta comedia, enmendó "advirtió".

Pero no debo de ser
liebre, pues huís de mí.
Moro 1.° Abre aquí.
Moro 2.° Abreme aquí.
Gallinato. ¡Ah, perros! ¡Tanto correr!
Como perros me seguisteis,
que liebre me imaginasteis;
después que león me hallasteis
de coces al viento disteis.
Pues los moros africanos
de los leones no huyen,
que los matan y destruyen
los moros con propias manos.
A la puerta se han parado.
Sin duda que no está abierta;
llegar a la misma puerta
será de español osado. (1)
Moro 1.° ¡Acá viene, Amete!
Moro 2.° ¡Dale!

(*Alzan las espadas como que quieren dar, retirándose atrás.*)

Moro 1.° ¡Muera! ¡Muera!
Gallinato. ¿Cómo muera?
¡Canalla bárbara y fiera,
Gallinato es el que vale!

(*Da tras ellos con el bastón, y ellos, retirándose de él, se entran. Salen* Rosarfe *y* Zoraide *riñendo contra* Cardiloro.)

Cardiloro. Si el mundo contra mí fuera,
en tal caso despreciara.
Rosarfe. No entiendas que Guadalara
se gana de esa manera.
Zoraide. ¡Aquí dejarás la vida!
Cardiloro. Bien, si podéis defenderos.

(1) Antes decía "forçado".

(*Sale* ALIATAR *y el* REY DE GRANADA.)

ALIATAR. ¡Paso! Tened, caballeros,
que viene el Rey.
ZORAIDE. ¡Por mi vida!
REY. ¿En el Alhambra quistiones?
¿Qué es esto, villanos, perros?
CARDILORO. Señor, mira...
REY. Echaldes hierros.
ROSARFE. ¡Señor!...
REY. Echaldes prisiones.
Los alfanjes les quitad
y llevaldos presos luego,
antes que el bullicio ciego
se extienda por la ciudad.
ZORAIDE. Oye y castiga...
REY. ¿Qué puedes
decir en disculpa?
ROSARFE. Escucha...
REY. Cuando la razón sea mucha
y tú disculpado quedes,
ha de haber otros culpados
que se querrán disculpar.
ZORAIDE. No es de reyes el juzgar
los oídos atapados.
REY. Cuando algún juez ve la culpa
con los ojos advertidos,
es justo que los oídos
cierre para la disculpa.
CARDILORO. Antes, entre los cristianos,
la ley es muy diferente,
con que el rey oye a su gente
los oídos en las manos.
Pues aunque a ver el delito
el juez se acierte a hallar,
no le puede castigar
si no es conforme a lo escrito.
REY. Yo no castigo la culpa
de haber las armas sacado,
si la ocasión os ha dado
razón para la disculpa;
castigo el atrevimiento
de que en el Alhambra fuese.
Mas ¿qué diréis si os oyese?
ZORAIDE. Que es el mayor argumento
de tu divino valor.
REY. Pues informadme.
ZORAIDE. Oye.
REY. Di.—
¿Queréislo así?
ROSARFE. Señor, sí.
REY. ¿Y tú, Alcaide?
CARDILORO. Sí, señor.
ZORAIDE. Cuando vine de Jaén
a tu servicio a Granada
entre los hidalgos moros
de Osuna, Archidona y Zahara, (1)
ciñéndome para esto
tu padre Arbolán la espada,
con más sangre en la cuchilla
que oro en el puño y [la] vaina,
porque heredase el lugar
que en tu defensa ocupaba,
alegre me recebiste,
honra me hiciste en tu casa.
Heme hallado, como sabes,
con tu gente en tus batallas,
dando y recibiendo heridas,
de que harta sangre me falta.
Mas como Marte y Amor,
luego que paces se tratan,
hacen amistad y juntan
las flechas de oro y las armas,
puse los ociosos ojos
en la hermosa Guadalara,
de cuyo agradecimiento
mi alma quedó turbada.
De Rosarfe y Cardiloro
me advirtieron sus criadas
que miraban sus balcones
y que sus rejas miraban.
Desprecié su competencia,
humillé sus arrogancias;
vestíme de sus colores,
verde, naranjado y nácar.
Yo, que miraba sus rejas
y merecí sus palabras,
que a pagar a mis suspiros
de las ventanas bajaban;
los dos llegaron y asieron
los hierros de las ventanas.
Hablarla quisieron juntos
y con voces requebrarla.
Lo que hice, ellos lo digan.
Tú, ahora con justa causa,
me castiga o me perdona.
REY. Basta ya, Zoraide, basta.
ROSARFE. Suplícote que me escuches,
no diga yo que me agravias.
REY. Di, Rosarfe, tu defensa.
ROSARFE. Señor, mi defensa es clara.
Antes que Zoraide viese

(1) En el original, "Zafra", por errata.

del Genil la verde orilla,
en quien la nevada sierra
sus canos cabellos mira,
su fresco Generalife,
estanques y fuentes frías,
servía yo a Guadalara;
y, a mi amor agradecida,
me honraba de sus favores,
que hoy se ven en mis divisas.
Cuando maté cuerpo a cuerpo
al cristiano que traía
el pavés de torres de oro
sobre las aguas marinas,
me dió un tocado, con quien
traigo el adarga partida,
quitado de su cabello,
que al sol, si le tiendo, eclipsa.
Si he tenido otros favores,
no será bien que los diga;
que antes que ella pierda honor
quiero perder mi justicia.
Que llegué a su reja a hablarla
no lo niego; mas podía,
justamente porque soy
el hombre que más estima.
Si en tu palacio he sacado
la espada en defensa mía,
las leyes me favorecen,
naturaleza me obliga.

CARDILORO. Habiendo escuchado, Rey,
que Alá de su mano tenga
hasta que Fernando el Santo
a Castilla huyendo vuelva,
a Rosarfe y a Zoraide
sus razones y sus quejas,
¿quién duda que oirás las mías?

REY. Ya las escucho, comienza.

CARDILORO. En el castillo de Bélmez,
que me diste por tenencia,
viví en tanto que mi padre
era adalid en tus guerras.
Por su muerte y por venir
con tanta furia y soberbia
el Rey cristiano a Granada,
dejé a Celín mis fronteras.
Que te he servido, no sé
si preguntártelo deba,
que es más honra para mí
que los cristianos lo sepan.
Ya Granada algunos días
me ha visto entrar por sus puertas
sangriento el brazo hasta el codo,
lleno el arzón de cabezas,
no cortadas en el campo
de cuerpos que muertos quedan,
como algunos que las traen,
porque ya no tienen lengua,
sino que a sus mismos dueños,
a lanzadas en la Vega,
levantados de la silla
los asenté por la tierra.
Y asiéndoles de la barba,
puesto el pie sobre las grebas,
corté cuellos, que después
dejaban el alma apenas.
No pienses que Guadalara
a ninguno de esos precia,
que basta servirla yo
para que ella lo agradezca.
Favores suyos no sé
que tocas ni bandas sean,
porque siendo de mujer
apenas valen promesas.
Pudiera decirte algunas;
pero, por no hacerle ofensa,
a quien tal favor me hizo
pone (1) silencio a mi lengua.

REY. No más, Cardiloro, basta;
que esas bravezas no son
conformes a la opinión
de dama tan noble y casta.
Cuando está Fernando el Santo,
que así le llama su gente,
la espada resplandeciente,
con que da al Africa espanto,
levantada sobre el cuello
de Granada y Archidona,
por que nazca su corona
en su nevado cabello;
cuando temblando Sevilla
su venida está sintiendo,
y el Betis le está ofreciendo
las olivas de su orilla;
cuando su puente de barcos,
levantada sobre el techo
de su cristalino pecho,
hace diáfanos arcos,
y cuando entra por Triana
a tomar la posesión,
cuando el cristiano pendón
hasta los campos allana
de Jerez, donde Rodrigo

(1) Debiera ser "pongo".

esta tierra nos dejó,
y donde Hércules llegó
como es su blasón testigo,
¿queréis que con mucho espacio
juzgue quién ha de llevar
una mujer, y sacar
las armas en mi palacio?
¿No era mejor que con ellas
me sirviérades los tres?

ZORAIDE. Quiero, como me la des,
a tu servicio ofrecellas.
Dame a Guadalara y pide
la impresa que más te cuadre.

ROSARFE. (Son promesas de compadre (*Ap.*)
si con las mías las mide.)
Lo mismo te pido y ruego.

CARDILORO. Rey, si a la mayor hazaña
que en esa guerra y campaña
Marte hizo (1) de Amor ciego
a Guadalara has de dar,
desde hoy la cuento por mía.

REY. Pues, alto; sea ese el día
en que la vais (2) a ganar.

ZORAIDE. ¿Qué me mandas?

ROSARFE. ¿Qué me pides?

CARDILORO. ¿Qué haré por ti?

REY. Estad atentos.
Las fábulas y los cuentos
y historias del griego Alcides
a Granada cada hora
traen los moros de Osuna
de un hombre cuya fortuna
engrandece Marte ahora.
Es su nombre Meledón,
su apellido Gallinato,
y hombre hidalgo en el trato.

ZORAIDE. ¿Dónde está?

REY. Junto a Morón,
que ha labrado un castillejo,
desde donde el campo corre
hasta su puerta y su torre.

ROSARFE. Hoy en el campo te dejo.

REY. Partid, y el que le trajere
preso o muerto, gozará
de Guadalara.

(*Vase el* REY *y* ALIATAR.)

ZORAIDE. ¡Oh, Alá,
no es bien que otro acuerdo espere!
(*Vase.*)

(1) Será "hiciere".
(2) Deberá decir "habéis de".

ROSARFE. Voime a poner a caballo. (1)

(*Vase.*)

CARDILORO. Con mucha priesa os partís.
Bizarros pechos mostráis.
Quiera el Cielo que cumpláis
con obras lo que decís.
Llegad, llegad al cristiano,
que no habrá más que llegar.
¡Oh, cómo habéis de temblar
verle el bastón en la mano!
Despacio quiero partir,
que, aunque llegue tarde, sé
que a buen tiempo llegaré.

(*Sale* GUADALARA *arriba, en un balcón.*)

GUADAL. ¿Dónde vas?

CARDILORO. Voy a morir.

GUADAL. ¿De qué suerte?

CARDILORO. Por tu gusto.

GUADAL. Ya sé lo que el Rey ha hecho.
Mas ¿cómo muestra ese pecho
un corazón tan robusto?

CARDILORO. Porque en tu desgracia voy;
que si con tu gracia fuera,
ni al cristiano yo temiera
ni al mundo, a fe de quien soy.

GUADAL. ¿En mi desgracia?

CARDILORO. ¿Eso dudas,
cuando van mis enemigos
gloriosos de los castigos
en que mis favores mudas?
¡Ay, Guadalara! Si fueras
para mí la que solías
y de las desdichas mías
algún cuidado tuvieras,
¡cómo de mis esperanzas
no se burlaran dos hombres
que ignoraste ayer sus nombres
y hablan hoy en tus mudanzas!
El Rey manda que posea
tu hermosura el que venciere
un cristiano, porque quiere
que a costa de vidas sea.
Y aunque van del daño ajenos,
que esto mande no me espanto,
porque lo que vale tanto
no se ha de comprar con menos.
Yo he muerto con la que ves
que traigo al lado ceñida
más de alguna honrada vida

(1) Verso suelto entre dos redondillas.

para ofrecer a tus pies;
y voy tan desesperado
de ver tu desdén tan cierto,
que voy en mis ojos muerto
y en los tuyos olvidado.
Guárdete Alá.

GUADAL. Tente, espera,
Cardiloro; escucha, advierte.

CARDILORO. Pues que gustas de mi muerte,
¿por qué me estorbas que muera?

GUADAL. ¿Yo de tu muerte?

CARDILORO. Pues ¿quién?

GUADAL. Oye la disculpa.

CARDILORO. Es tarde.

GUADAL. Vete, pues.

CARDILORO. Alá te guarde.

GUADAL. ¡Bravo amor!

CARDILORO. ¡Bravo desdén!

(*Vanse, y sale el* REY FERNANDO *y la* REINA DOÑA JUANA, *con vaquero, espada y sombrero.* DON LORENZO JUÁREZ *y* TELLO HERNANDO.)

DON LORENZO.

Señor, a lo que a todos nos parece,
en Córdoba estará mejor su alteza.

DOÑA JUANA.

Dondequiera, señor, siento en el alma
dejar vuestra agradable compañía.

REY FERNANDO.

Y yo ¿qué sentiré cuando la vuestra
me deje en soledad que aflige tanto?
Hacéis oficio en el alma ¡oh, Reina!
de una cuarta potencia, que la rige
sobre la voluntad y la memoria,
y más alta que el mesmo entendimiento.
La nueva de mi hijo don Alonso
me obliga con cuidado a que prosiga
la famosa conquista comenzada;
que si él, tan mozo, ya merece nombre
de sabio y por su brazo es tan valiente
que me ha ganado a Murcia de los moros,
y con obligaciones de mis años,
si no gano este reino, ¿de qué título
pido a Castilla que me nombre y llame?

DOÑA JUANA.

Vuestro valor divino, gran Fernando,
hoy ha dado mayores atributos
que antiguamente a los romanos Césares;
que si ellos fueron magnos, fuertes, pios,
padres del bien común y de la patria,
a vos os llaman santo, en que se inclinan
mayores excelencias y grandezas.

REY FERNANDO.

Juana famosa, que entre tantas glorias
como tiene de Francia la gran casa
de cuyo rey Luis fuistes sobrina,
resplandecéis por único milagro.
Si la corona del marido llaman
la mujer varonil, vos lo sois sola,
y como tal sois cifra de los méritos
que por vos se conocen y se adoran.
Aunque consiga la conquista, espero
volveros presto a ver; tened paciencia,
que casos menos fuertes no pudieran
apartarme de vos.

(*Entra* NUÑO.)

NUÑO.

Aquí ha llegado
don Rodrigo Girón.

REY FERNANDO.

Venga en buen hora.

(*Entra* DON RODRIGO.)

DON RODRIGO.

Ya se han rendido a vuestra alteza, cumbre
del cristiano valor y sol de España,
por pleitesía, Ecija y Estepa,
Santa Olalla, Almodóvar, Sietevillas,
Mirabel, Hornachuelos, Moratalla,
Parda, Fuente Zumel, (1) Baena, Cabra,
Osuna, Castellar, Zahara, (2) Marchena,
Luque, Morón y otras villas suyas.

REY FERNANDO.

¿Morón se ha dado?

DON RODRIGO.

Estaba defendida
de los valientes moros almohades;
pero el valor de Meledón Rodríguez,
honra del apellido Gallinato,
hizo, desde una torre hasta sus puertas,
tan fuertes hechos, tan extrañas cosas,
que se rindió Morón, y se rindiera
la peña adonde estaba el Rey de Batro,
que fué conquista de la gran Semíramis.

(1) Será "Puente Genil".
(2) También dice "Zafra".

DOÑA JUANA.

¿Quién es aquese hidalgo?

DON RODRIGO.

Es un sobrino
de don Lorenzo Juárez.

DOÑA JUANA.

¿Quién dudara
que vuestra sangre tal valor tuviera?

DON LORENZO.

Tiene la obligación de haber nacido
para serviros.

REY FERNANDO.

Id ¡por vida mía!
a estarle agradecido de mi parte.
¿Cómo se llama aquel castillo o puesto
donde reside?

DON LORENZO.

Llámase Chincoya.

REY FERNANDO.

Pues llevaréisle, que estará gastado,
diez mil maravedís de oro alfonsíes,
con una buena espada de las mías,
que quiero que la traiga en nombre mío.

DON LORENZO.

Beso mil veces esos pies heroicos.

TELLO.

Cuanto a la espada, asegurarle puedo
a Vuestra Alteza que la tenga en poco,
que es hombre Gallinato un poco rústico.
Siempre pelea con mazas, que mil veces
hace de las olivas y los robles,
que no ejercita más hidalgas armas;
y por esta razón, cuando los moros
ven llorar a sus hijos, luego dicen:
"¡Guarda, que viene Meledón!", y callan.

DON LORENZO.

(Parece, Tello, que hablas con invidia. *(Ap.)*
Si mi sobrino no ejercita siempre
la espada, que tú llamas nobles armas,
es porque puede, con la misma fuerza
que de don Lidamante se refiere,
tener en brazos una peña; y viendo
que de la maza puede sólo un golpe
más que muchas heridas de la espada,
en caballeros moros la ejercita.
Y espántome de ti que injustamente
digas que mi sobrino tendrá en poco
una espada de mano de su alteza,
siendo el mayor blasón de sus hazañas
y para su linaje mayor gloria.
Mas ya vendrá sazón que tú le veas
enfrente de tu pecho con espada.

TELLO.

Cuando le vea y lo que puede vea,
volveréme y al Rey diré al contrario.)

DON LORENZO.

Vuestra Alteza me dé licencia ahora
no más de para ver a mi sobrino.

REY FERNANDO.

Sí doy; mas dadme la palabra luego
que no diréis allá lo que ha pasado.

DON LORENZO.

Él se mate es mi gusto. (1)

REY FERNANDO.

¡Pues juralda!

DON LORENZO.

¡Por vida de la Reina, mi señora,
de no faltar en esto mi palabra!

DOÑA JUANA.

Ved que sabré pedirla.

DON LORENZO.

Entonces digo
que me cortéis, señora, la cabeza.

DOÑA JUANA.

Dadme, (2) Tello, la mano.

TELLO.

Soy su amigo.

NUÑO.

Ya es hora de partiros.

DOÑA JUANA.

Pues, don Nuño,
haced que apresten esa gente luego.

NUÑO.

Todos están, señora, apercebidos.

(1) Pasaje ininteligible.
(2) Quizá sea "dadle".

REY FERNANDO.

Yo os quiero acompañar hasta la puente
del río de mis lágrimas ausente.

*(Vanse y salen* GALLINATO, *con bastón, y* CARPIO, *soldado.)*

CARPIO. Deja, señor, el bastón
y siéntate a descansar.
GALLINATO. Haz, Carpio, luego quitar
las perdices del arzón.
CARPIO. ¿Qué perdices? ¿Has cazado,
por tu pasatiempo, alguna
en esos valles de Osuna?
Que me habré en extremo holgado;
que no tienes qué comer
así Dios te guarde.
GALLINATO. ¿Cómo?
CARPIO. Porque has hecho mayordomo
a este galgo desde ayer,
y desde ayer no ha traído
a esta casa cosa.
GALLINATO. ¡Bien!
Haz que una silla me den.
CARPIO. ¿Vienes, por ventura, herido?
GALLINATO. No, pero vengo cansado.
Llama esos perros acá.
CARPIO. Todo, por tu ausencia, está
el castillo alborotado;
ya tus soldados querían
ir a buscarte a Morón.
GALLINATO. ¿No saben mi condición?
¡Poco de mis brazos fían!
Haz esos perros llamar.

*(Salen* ZULEMA *y* FÁTIMA *como cautivos.)*

CARPIO. ¡Ah, Fátima!
FÁTIMA. ¿Qué querer?
GALLINATO. ¿Qué hay, Fátima, que comer?
CARPIO. ¡Ah, Zulema!
ZULEMA. ¿Qué mandar?
Darle tus pies a Zulema,
que te jorar a esta cruz
que, desde que echar la luz,
estar hecho de postema.
¡Válgate Dios, vosancé!
¿Para qué quedarte allá?
GALLINATO. ¿Sentirlo?
ZULEMA. Saber Alá.
¿Qué haber hecho allá?
GALLINATO. No sé.
FÁTIMA. ¿No saber? ¡Válgate Deox!
¡Vosancé sempre matar!
GALLINATO. ¿Hay algo que merendar?
Porque son más de las dos.
CARPIO. Ve, Zulema, y del arzón
quita unas perdices luego.—
Tú, Fátima, enciende fuego.
ZULEMA. ¿Perdices?
CARPIO. Sí.
ZULEMA. ¡Bonox son!

*(Vase.)*

GALLINATO. ¿No hay olla, aunque esté fiambre?
FÁTIMA. Olla tener, mas no estar
para comer.
GALLINATO. No hay manjar
sin sazón a quien tiene hambre.
¿Qué tienes?
FÁTIMA. Unas costilias
de garnero, una soloma
y el nemigo de Mahoma,
con otras zarandajilias.
GALLINATO. Pues eso voy a comer.
Carpio, sube vino.

*(Vase.)*

CARPIO. Voy.—
Contigo a solas estoy:
¿cuándo me piensas querer?
FÁTIMA. ¡Ah, Garpio, estar quedo!
CARPIO. ¿Y vos,
perra, a mí?
FÁTIMA. ¡Guarda el cochilio!
CARPIO. ¡Perra, tente!
FÁTIMA. ¡Ah, picarilio,
que te morder, vive Diox!
CARPIO. ¿No estimas que yo te quiera?
FÁTIMA. ¡Vosancé buscar cristiana!

*(Sale* ZULEMA *con dos cabezas moras.)*

ZULEMA. ¡Ah, Garpio, si tener gana,
bon bocadilio te espera!
¡Catar berdices aquí!
CARPIO. ¿Aqueso traes?
ZULEMA. Estos son
las que tener el arzón.
¿Qué culpa poner a mí?
CARPIO. Ved lo que caza nuestro amo;
yo, a darle de comer. (1)
ZULEMA. ¿Adónde mandar poner?
CARPIO. ¿Son de lazo u de reclamo?
ZULEMA. ¡Son del diablo que llevar!
CARPIO. ¡Perro, tus parientes son!

---

(1) Parece que este verso deberá decirlo ZULEMA.

ZULEMA. Estar ben, tener razón,
mas alguna vez pagar.
CARPIO. Clávalas en esa puerta,
adonde están las demás.—
Tú, Fátima, ¿no te vas?
FÁTIMA. Ya gamenar, que estar muerta.

*(Vase.)*

ZULEMA. En fin, cabezas clavamos.
CARPIO. ¡Entra, perro!
ZULEMA. A bona fe
que estar perro vosancé,
que acá, bon hidalgo, estamos.

*(Vase. Salen* DON LORENZO CAMPUZANO *y* SALCEDO.*)*

D. LOR. ¿Ya me habéis desconocido?
¿A mí me negáis la puerta?
CARPIO. De par estuviera abierta
si antes en ella el oído
tocara de vuestro nombre,
don Lorenzo, mi señor.
D. LOR. ¡Tenéis, hidalgo, valor!
¡Sois, Campuzano, muy hombre!—
Carpio, ¿qué hace mi sobrino?
CARPIO. Ahora empieza a comer.
D. LOR. Dicen que, saliendo ayer,
ahora al castillo vino.
¡Mal, por mi vida, se trata!

*(Sale* GALLINATO *en cuerpo.)*

GALLINATO. Dejaré la mesa luego.
¡Que me des tus pies te ruego!
CARPIO. ¡Bien os parece y retrata!
D. LOR. ¡Sobrino!
GALLINATO. Tío y señor,
¿qué buena venida es ésta?
D. LOR. Mejor te dará respuesta
la fama de tu valor.
No he podido visitarte.
GALLINATO. Señor, ¿y en este lugar?
D. LOR. Por el Rey te vengo a hablar
y a visitar de su parte.
Está muy agradecido
que a Morón le hayas ganado.
GALLINATO. Haberme a vos inviado
el mayor favor ha sido.
D. LOR. De diez mil maravedís
te hace merced.
GALLINATO. ¡En efecto,
es Rey!
D. LOR. ¡Harto buen concepto
tiene de ti!
GALLINATO. ¿Qué decís?
¿Mi nombre se sabe allá?
D. LOR. ¿Nombre que a Granada asombra
te espantas si allá se nombra?
GALLINATO. ¿Cómo está el Rey?
D. LOR. Bueno está.—
Muestra esa espada, Salcedo.
Ésta es del Rey y ésta invía
por premio a tu valentía.
GALLINATO. ¡Honrado en extremo quedo!
¡Oh, prenda del más dichoso
Capitán que España tuvo,
que ceñida al lado estuvo
del Príncipe más famoso!
¡Oh, merced que excede y pasa
a cuantas me pudo hacer!
¡Oh, joya que habéis de ser
mayorazgo de mi casa!
¡Oh, espejo de acero! ¡Oh, luz
de mi honrado pensamiento!
Hago voto y juramento
sobre vuestra misma cruz
de que, a aqueste brazo asida,
ni bárbaro ni cristiano
me la quiten de la mano
sin que me quiten la vida.
Tío, ceñídmela al lado
y diré con justa ley
que me la dió el mayor Rey,
y ciñó el mejor soldado.
D. LOR. Huélgome que te aficiones
a esta espada, que las mazas
con que ahora te embarazas
te han traído en opiniones;
que hubo hidalgo allá tan loco,
que, al darte el Rey esta espada,
dijo que estaba empleada
en quien la estimara en poco.
Yo le respondí por ti,
y a no estar el Rey presente...
GALLINATO. No me espanto. estoy ausente;
pero ¿qué dijo de mí?
D. LOR. Dióle este hidalgo a entender
que, como bárbaro, sales
al campo, donde te vales
de un roble.
GALLINATO. Eso suelo hacer,
¡y, por vida vuestra, tío,
que ayer maté en un tropel
más de diez hombres con él
sobre la margen de un río!
En fin, con las armas salgo
que a mi fuerza iguales son,

a mi trato y condición;
pero, ¿quién es ese hidalgo?
D. Lor. Por esta vez no te vengas,
que al mismo Rey he jurado
callar su nombre.
Gallinato. ¡En cuidado
me has puesto!
D. Lor. Pues no le tengas,
que mayor ha sido el mío.
Gallinato. ¿Que no he de saberlo?
D. Lor. No,
que así el Rey me lo mandó.
Gallinato. Pues vamos a comer, tío,
y volveréme con vos
a besar al Rey la mano.
D. Lor. Todo cumplimiento es vano;
quedad, sobrino, con Dios
y no repliquéis con esto,
que solo he de ir al real.
Gallinato. ¡Vuestra sangre tratáis mal!
D. Lor. Salcedo, salgamos presto.
Gallinato. Vayan con vos diez soldados
y yo.
D. Lor. No sois menester,
sino volveos a comer
y dejad esos cuidados,
porque nadie ha de ir conmigo.
Gallinato. Dios te acompañe.
D. Lor. Él te guarde.

(*Vase con* Salcedo.)

Campuz. Vuélvete a comer.
Gallinato. Ya es tarde.
Pues ¿qué hay, Campuzano amigo?
Campuz. El cuidado en que nos pones
cuando del castillo sales.
Gallinato. ¡Que entre hombres principales
se digan malas razones!
¡Que delante de los Reyes
habla invidioso un hidalgo!

(*Entra* Zulema.)

Zulema. Aquí fora estar un galgo
que, con paz de las dos leyes,
a ti te querer hablar.
Gallinato. ¿Moro dices?
Zulema. Sí, señor.
Gallinato. ¿Es noble?
Zulema. Tener valor.
Ben poder dejaldo entrar.
Gallinato. ¿Hate dicho a lo que viene,
por tu vida?
Zulema. Es poco o nada.
Gallinato. ¿Cómo así?
Zulema. Desde Granada,
donde sus amores tiene,
venir a probar tu lanza,
que al Rey prometer tu vida.
Gallinato. ¡Hoy tendré mejor comida
si verse conmigo alcanza!
Zulema. Clavando estaba el cabezas
a la puerta del castilio
cuando llegar el morilio,
lleno de furia y braveza
y atando un sábana blanca
al punta de la jineta;
legero como un saeta,
la yegua del porto arranca,
y al topar conmigo viera (1)
las cabezas que clavar,
e ¡joro a Dios! se quedar
como si la suya viera.
Gallinato. Parte, Campuzano, y di
que éntre el moro.
Campuz. A hablarle voy.

(*Vase.*)

Gallinato. ¡Él viene, a fe de quien soy,
a buen tiempo!
Carpio. ¿Cómo así?
Gallinato. Porque he de romper con él
de aquel hidalgo el enojo.
Carpio. ¡Hoy tienes rico despojo!
¡Ya espero mi parte de él!
Gallinato. Parte luego, Zulemilla,
y ensillame el saltador.
Zulema. El bayo levar, xenior;
ser mejor.
Gallinato. El bayo ensilla.
Zulema. No axentar ben el bocado
de aquel freno el alazán.
Gallinato. Ve presto.

(*Vase* Zulema *y sale* Campuzano.)

Campuz. Basta, que están
arando el inculto prado
con las fuertes herraduras
de sus caballos tres moros,
más que Rugero y Medoros
en las gallardas posturas,
y todos tres se deshacen
por pedirte campo.
Gallinato. Creo

(1) Pasaje poco claro.

que es piedra imán mi deseo
y atrae el hierro. ¿Qué hacen?
Vete, Carpio, y diles que entren
si se han apeado.

CARPIO. Voy.

(*Vase.*)

GALLINATO. ¡Hecho de ponzoña estoy!

CAMPUZ. Ansí es mejor que te encuentren.
Pero en dos años que he estado
en este fuerte contigo,
¡jamás he visto enemigo
que a tu puerta haya llegado.
¿Qué estrella cruel es ésta
que hoy a los tres obligó?

(*Entran* ROSARFE, ZORAIDE *y* CARDILORO.)

ROSARFE. Yo llegué.

ZORAIDE. No, sino yo.

CARDILORO. Sólo que riñamos resta.
Aunque Rosarfe llegase
primero, no lo ha de ser.

GALLINATO. (¡Oh, qué gentil proceder! (*Aparte.*)
¡Que esto en mi presencia pase!)
¡Ah, señores moros! ¿Saben

(*Toma el bastón.*)

que es mío aqueste castillo?

CAMPUZ. (¡Por Dios, que me maravillo
que de la entrada se alaben!
El roble en la mano toma.)

GALLINATO. ¿No saben que aquí han de entrar
como cuando van a hablar
al zancarrón de Mahoma?

ZORAIDE. Perdona, famoso Alcaide,
el no hacerte cortesía.

GALLINATO. ¿Quién eres, o quién te invía?

ZORAIDE. Yo soy, Meledón, Zoraide,
hijo del Rey de Alcalá
de los Gazules: salud
a tu valor y virtud,
cuya vida guarde Alá.

ROSARFE. Alcaide, yo soy Rosarfe,
hidalgo, deudo también
de los Reyes de Jaén
y del linaje de Tarfe.

CARDILORO. Yo soy un humilde moro
de Bélmez, agora Alcaide
de la casa de Albenzaide;
mi apellido es Cardiloro.
No te hice cortesía
por llegar a ti el primero,
porque, de ser el postrero,
gran mal venirme podía,
que nos importa a los tres
la honra en campal batalla;
probar hoy tu espada y malla;
la causa sabrás después.

GALLINATO. ¿Que a eso sólo habéis venido?

CARDILORO. Sólo venimos a aquesto.

GALLINATO. Pues locura fué sobre esto
haber al entrar reñido.

CARDILORO. ¿Cómo, si acaso el primero
te mata y lleva la gloria
y el premio de la vitoria?

GALLINATO. ¡No hará, a fe de caballero!
Quedad el postrero vos,
si lo teméis, moro hidalgo,
que os doy palabra, si salgo,
de daros muertos los dos.

CARDILORO. Tanto en tu valor confío
que quiero ser el postrero,
porque si soy el primero,
será el vencimiento mío,
y es gran lástima dejar
vivos dos competidores
de mi honor y mis amores,
pudiéndolos tú matar.
Creo de ti, por ser fuerte,
que a los dos podrás vencer,
y de mí puedo creer
que luego te daré muerte.

GALLINATO. Moro, aunque eres arrogante,
tan cortésmente lo eres,
que he sospechado que quieres
que de tu valor me espante.
A lo menos, ser discreto
en ser postrero has mostrado,
porque el cogerme cansado
te promete buen efeto;
pero haste engañado así,
que matar los dos primero
es afilar el acero
con que he de matarte a ti.
Como el que tira ballesta
suelo yo ser con la espada,
que al principio está alterada
la mano y a errar dispuesta;
pero en los tiros postreros
acierta mejor al blanco.
Yo, cuando la espada arranco,
no estoy diestro en los primeros;
pero después, cual león
que en la presa se encarniza,
hago en los postreros riza

con segura ejecución.
Primero, el toro maltrata
la capa del que le corre,
porque de ella se socorre,
y después al hombre mata;
éstos, pues, serán las capas
en que primero daré
y después te mataré
si por los pies no te escapas.

ZORAIDE. En fin, Cardiloro, ¿a mí
por muerto me cuentas ya?

CARDILORO. Pues Meledón, claro está,
que ha de quedar para mí.

ZORAIDE. Pues ahora bien; el concierto
será como agora digo:
que pelee yo contigo
para que, habiéndose muerto,
quede para mí postrero,
cuerpo a cuerpo, Gallinato.

ROSARFE. No es válido el contrato
en agravio de tercero;
yo, que he callado, mejor
es bien que a los dos os mate,
porque, después del combate,
pruebe el Alcaide el valor.

GALLINATO. Yo deseo concertaros,
que, sin duda, alguna dama
que a todos tres os desama,
esto debe demandaros,
y será de aquesta suerte:
que todos tres batalléis
conmigo, de quien tendréis
segurísima la muerte;
así, a los tres los despojos
y amores os quitaré
y a la dama serviré
en quitaros de sus ojos.

CARDILORO. ¿A los tres juntos, cristiano?

GALLINATO. Y si escuderos traéis
con los caballos, sean seis,
y yo con sola una mano.
¡Válgaos Mahoma, morillos,
y qué traéis de arrogancia!

CARDILORO. ¡Hombres somos de importancia,
y yo Alcaide en dos castillos!

GALLINATO. Seas quien fueres. ¿No sabes
que hablas con Meledón,
con Hércules, con Milón?

CARDILORO. ¡Trátanos como a hombres graves!

GALLINATO. ¿Como a hombres graves? ¿Qué es
[esto?
¿Quién queréis ser siendo galgos?

ROSARFE. Entre moros, ¿no hay hidalgos?

GALLINATO. Dadme, Carpio, el bastón presto!

ZORAIDE. ¡Bien decían que eres loco!

GALLINATO. ¡Sin mi fe no hay hidalguía!
Todo animal sangre cría,
toda sangre tengo en poco.
Quien tiene a Dios es hidalgo,
quien está sin Él es perro.
¡Moros, en esto me encierro!
¡Lo que soy cristiano, valgo!
Si no queréis pelear
juntos, echad suertes luego:
de la gravedad reniego
y de que os pude escuchar.
¿Quién queréis ser siendo moros?
¿Sois Mahoma o alfaquíes? (1)

(*Ríese.*)

CARDILORO. ¿Que de Mahoma te ríes?
¡Veneno sudan mis poros!
¡Por él juro y por la casa
de Meca!

GALLINATO. ¡Qué imagen jura
de milagros! Por ventura,
¿qué cojo o qué ciego pasa
a esa infame romería
que venga sano de allá?

(*Sale* SALCEDO, *alborotado.*) (2)

SALCEDO. El Alcaide, ¿dónde estás?

GALLINATO. Pues, Salcedo, ¿a qué te invía
don Lorenzo, mi señor?

SALCEDO. ¡Ay, señor, nunca viniera
a visitarte ni fuera
solo, aunque solo en valor;
que una encubierta emboscada
al camino nos salió!

GALLINATO. Pues, Salcedo, ¿le mató?

SALCEDO. No, mas va preso a Granada.

GALLINATO. Moros, a librar mi tío
me espanto (3) en esta ocasión.

ZORAIDE. ¡Buen achaque, Meledón,
por no hacer el desafío!
Después que en cosas propuestas
tan arrogante has andado,
haces que venga un criado
con una invención de aquéstas.

---

(1) Quizá deba leerse "¿Sois de Mahoma alfaquíes?"

(2) Esta acotación dice: "(*Sale* CAMPUZANO. *Sale* SALCEDO *alborotado.*)"

(3) Así en el texto. Quizá "me lanzo".

Dame una cédula a mí
de que salir no quisiste.
ROSARFE. Dime que no te atreviste
para que me vuelva así.
CARDILORO. Yo bien creo, Gallinato,
que a tu tío llevan preso
adivinando el suceso
de haber oído el rebato
y de que eres principal,
que es lo más cierto también,
y, porque te quiero bien,
aunque tú me trates mal;
pero, pues es imposible
que le cobres, porque ya
a buen recado estará
entre una escuadra invencible,
sal al campo que tratamos,
que cobrarle tratarás
despacio.
ROSARFE. Pues ¿en qué estás?
ZORAIDE. ¿En qué piensas?
GALLINATO. ¡En que vamos!
CAMPUZ. ¿Quién, señor, irá contigo?
GALLINATO. Ven tú solo, Campuzano.

(*Sale* ZULEMA.)

ZULEMA. Ya el alazán con la mano
desembredar el postigo;
bien poder, xenior, salir
antes que el furor consuma,
que el freno hacer más espuma
que una olia cuando hervir.
GALLINATO. Ven, Campuzano, delante;
dame una lanza jineta.
ROSARFE. (¡Permíteme, gran Profeta,
que venza aqueste arrogante!)

(*Sale* CARPIO. *Vanse todos y quedan* CARPIO *y* ZULEMA.)

ZULEMA. Garpio, ¿dónde andar xenior?
CARPIO. Estos va a matar.
ZULEMA. ¡Ah! ¿Sí?
CARPIO. ¿Conóceslos?
ZULEMA. Como a mí.
CARPIO. ¿Son personas de valor?
ZULEMA. ¡Oh, corpo de vosancé!
CARPIO. ¿Quién son?
ZULEMA. Uno estar pariente.
CARPIO. Dime, ¿es alguno valiente
de aquéstos?
ZULEMA. ¡E como a fe!
CARPIO. Voy a verle degollar
esos tres lobos.

(*Vase.*)

ZULEMA. En fin,
mi xenior estar mastín.

(*Entra* FÁTIMA.)

FÁTIMA. ¿Poderte a solas hablar?
ZULEMA. Agarda el cabeza saco,

(*Mete la cabeza por el paño.*)

que este Garpio andar espía;
ben poder, Fátima mía,
ya ser ido este beliaco.
FÁTIMA. Zulema, pues no tratar
sacalda a mí de cautiva;
ya no querer.
ZULEMA. Así viva,
que te querer y adorar.
FÁTIMA. Pues a fe que te pesar,
que ya Gallinato habelda
cogido, e por más que hacelda
Dios lo poder remediar.
ZULEMA. ¿Xenior, a ti?
FÁTIMA. ¿Qué podemos?
Cando hacerle resistencia
decerme: "¡Galga, pacencia!"
ZULEMA. ¿Tú querelde?
FÁTIMA. Vos mentemos,
que harto dar gritos he hacer
más que un Lucrecia romana.
ZULEMA. Mas ¿cómo tenelde gana
caliar vos?
FÁTIMA. Alá saber.
ZULEMA. E ¿cómo estar el barriga?
FÁTIMA. Creo que dentro quedar
un cristianilio.

(*Llora.*)

ZULEMA. ¿Llorar?
¡Ay, Mahoma te maldiga!

(*Vanse, y salen riñendo* ZORAIDE *y* GALLINATO *con él; míralo* CARDILORO.)

ZORAIDE. Por haber muerto a Rosarfe
¿piensas que a Zoraide domas?
GALLINATO. Aunque fueras mil Mahomas
como él fué sangre de Tarfe.
ZORAIDE. Ayúdame, Cardiloro,
que me mata.
CARDILORO. ¿Cómo puedo?
ZORAIDE. Ten el brazo. ¡Muerto quedo!

(*Entrase* ZORAIDE *y* GALLINATO *tras él y vuelve a salir.*)

GALLINATO. ¿Qué miras? ¿Qué aguardas, mo- [ro?
CARDILORO. Ya meto a la espada mano.
GALLINATO. Hoy, aunque he muerto a los dos,
haré porque quedéis vos
tendido en el verde llano.
CARDILORO. Mal conoces mi valor.

(*Batallan.*)

GALLINATO. Siento que eres moro honrado,
en que a los dos has mirado
sin dar a nadie favor.
CARDILORO. ¿Qué te parece mi fuerza?
GALLINATO. Que es de un hombre. Mas la mía
¿no te agrada?
CARDILORO. Mi porfía
contra ti en vano se esfuerza.
Oye, y la espada suspende,
que ya sé que contra ti
no ha de haber valor en mí,
aunque a Granada defiende.
GALLINATO. Y yo, con probar tu espada,
te quiero bien, que en mi vida
vi espada más bien regida
ni lengua más bien guardada.
Y puesto que eres pagano,
te estimo y casi te adoro,
porque en el alma eres moro
y en lengua y armas cristiano.
Moro, estima mi valor,
que por la cruz de este acero,
que eres el moro primero
a quien he cobrado amor.
CARDILORO. Yo soy, Meledón famoso,
hijo de un moro de Vélez,
por la sangre abencerraje,
que fué desdichada siempre.
Por la muerte de mi padre
tengo el castillo de Bélmez,
frontero de vuestras fuerzas
y blanco de vuestra gente.
Llamóme Benalhamar,
que en Granada el cebo tiene,
para servirle en la guerra
contra vuestro santo jeque.
Pues en llegando a mirar
del Alhambra las paredes,
los ojos puse en los ojos
que a cuantos miran encienden.
No me puedo yo guardar
del fuego, pues vi, sin verle,
entre dos mármoles blancos
una figura de nieve.
Fuí cultivando el deseo,
que, en fin, es planta que crece
de forma, que por los ojos
salieron ramas a veces.
Entendiólos y pensé
que me pagara, y burléme,
que Amor nunca menos paga
que adonde sabe que debe.
Pero, en fin, tuve favores.
¡Triste del que en ellos cree,
que al más recatado engañan
y al más cuerdo desvanecen!
Puse bien mis esperanzas;
pero son vientos que suelen
sacar del puerto el navío
y en el golfo deshacerle.
Pensé que estaba seguro;
y, estando seguro, halléme
con los dos competidores
a quien has dado la muerte.
Sobre hablar a Guadalara,
que este nombre, Alcaide, tiene,
metí mano en el Alhambra
en el cuarto de los Reyes.
Impidió Benalhamar
su desdicha con prenderme,
reprendiendo nuestra furia
cuando los cristianos vienen.
Y viendo que darla a todos
no es posible, se resuelve
en darla a quien a Granada
o vivo o muerto te lleve.
A esto los tres venimos;
y viendo lo que sucede,
y que la peña de Martos
menos que tu brazo es fuerte,
que vencerte es imposible
y que es posible vencerme,
quiero, famoso cristiano,
echarme a tus pies.
GALLINATO. Detente.
Ya sé, moro, lo que pides;
ya sé, Alcaide, lo que quieres;
ya sé que a Granada intentas
llevarme preso, si puedes;
ya sé que al Rey le dirás
que me prendiste, de suerte
que el Rey te dé a Guadalara,
por cuyos favores mueres.
CARDILORO. Por mi sagrado profeta,
si a Granada, Alcaide, vienes
debajo de mi palabra
para que al Rey te presente

y cobre yo a Guadalara
y a mi castillo la lleve,
(*Dale la mano.*)
ésta te doy de sacarte
del peligro en que estuvieres,
o perder por ti mil vidas
y mil almas que tuviese.
Harás la mayor hazaña
y digna que se celebre
que se cuenta de Alejandro
ni del valeroso Jerjes.
Vuelto a Bélmez con mi esposa,
todos los años que diere
vuelta el sol dorado al mundo
desde el Oriente al Poniente,
te inviaré, luego que enero
de estas Alpuijarras peine
cabellos de plata helados
con las uñas de sus fuentes,
cuatro yeguas alheñadas
de cola, clin y copete,
con dos mallas jacerinas
y dos alfanjes de Jelves,
dos alfombras mequesinas
y dos bordados jaeces,
cuyas piezas esmaltadas
se labren en Tafilete;
y el primer hijo que tenga,
de seis años u de siete
te inviaré para cautivo
dondequiera que vivieres.
Si ahora de esta verdad
quieres, Meledón, rehenes,
toma esta daga, cristiano,
y en este brazo me hiere;
daréte un lienzo de sangre,
con juramento solemne
por Mahoma y por Alá
de servirte eternamente.

GALLINATO. Déjame pensar un poco.
(*Pónese pensativo.*)

CARDILORO. (¡ Ah, Cielos; haced que piense
a mi remedio!) (*Aparte.*)

GALLINATO. (¿Si es engaño
lo que este moro promete?
¿Si me quiere así prender?
Pero no, que claramente
me dice el alma el suceso.
¡Oh, fuerte brazo! ¿Qué empren-
¡Ah, don Lorenzo, mi tío, [des?
sabe Dios lo que me debes,
pues por darte libertad
a tal peligro me ofreces!
Sacarte yo de Granada
no es posible, aunque lo intente
con todo el poder del mundo,
si no es que el mundo sujete.
Llevándome aqueste moro
con este engaño, hablaréle,
y, con su favor y ayuda
sacarle podré y volverme.
Él es hecho temerario;
pero quien gloria pretende
en lo difícil la halla,
que lo fácil no la tiene.)
Alcaide, dame esa mano.
¿Juras como hidalgo...

CARDILORO. Tenme
por infame, Gallinato,
cuando mi palabra quiebre.

GALLINATO. ¿De volverme a mi castillo
libre?

CARDILORO. Doila treinta veces.

GALLINATO. Mete tu mano en las mías,
que es pleito homenaje fuerte.

CARDILORO. Aquí la pongo y lo juro.

GALLINATO. Pues camina. (¿Que esto intente?)

CARDILORO. (¿Hay tal valor de cristiano?)

GALLINATO. (¿Hay tal moro?)
(*Vuelve hacia el vestuario.*)

CARDILORO. ¿Dónde vuelves?

GALLINATO. A decir que en mi castillo
una semana me esperen.

CARDILORO. Mereces que de laurel
la fama adorne tu frente.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## SEGUNDA JORNADA

DE *La Divina Vencedora.* (1)

(*Salen* GUADALARA *y el* REY DE GRANADA.)

REY. Como lo hubiera entendido,
cree, hermosa Guadalara,
que a Cardiloro excusara
peligro tan conocido.
El no saber tu afición
dió causa a tu descontento,

(1) Antes de este encabezado hay otro, de letra de Martínez de Mora, que dice: "2.ª Jornada de la dibina bencedora y hechos de meledon gallinato. Original. D. J.º martinez de mora."

porque tiene el pensamiento
la llave del corazón.
Éste le cerró de suerte
que, con haberlo callado,
es sin duda que has causado
a Cardiloro la muerte.

GUADAL. Fué su determinación
tan breve, que apenas pudo
dar el pensamiento mudo
guardallave a la razón.
Y el determinarse fué
tan veloz en Cardiloro,
como se arroja al tesoro
el que en el campo le ve.
Pero no sientas, señor,
que haya al Alcaide perdido,
porque el estimarle ha sido
más inclinación que amor.
No soy tan tierna ni creo
que la Reina, mi señora,
no tiene menos agora
de mi remedio deseo.
Cuando casarme queráis
hidalgos hay en Granada.

REY. Al fin, ¿estás consolada?

GUADAL. Basta que merced me hagáis.
Pero, señor, ¿tan valiente
es ese Alcaide cristiano?

REY. Que los habrá muerto es llano,
por opinión de mi gente;
que de Gallinato cuentan
cosas, que éste así se llama,
que a los nueve de la fama
con sus hazañas afrentan.
Tiembla de su nombre el moro;
hasta la invidia le alaba.

GUADAL. (Más preciara ser su esclava
que mujer de Cardiloro.
¿No es amor pequeña palma
de tu poder insolente
que la fama de un ausente
me haya cautivado el alma?
¿Quién es este Gallinato?
¿Quién es este Meledón,
que ha venido a ser ladrón
de mi desdén y recato?
¡Qué ordinario suele ser
de una mujer desdeñosa
venir a querer la cosa
más imposible de haber!
Muere por este cristiano
tan atajado el deseo,
que a muchas cosas que veo
aborrezco y doy de mano.
Gozarle y dejar de amar
es imposible (1) y forzoso.)

(*Entra* ALIATAR.)

ALIATAR. ¿Hay caso más espantoso?

REY. Pues ¿qué hay de nuevo, Aliatar?

ALIATAR. Sobre un overo alheñado,
con media lanza rompida,
la mano sinistra asida
en el tahelí tachonado;
lleno de lauro el copete
por toca de argentería,
caído por bizarría
al hombro diestro el bonete,
Cardiloro denodado,
con Gallinato al estribo
rendido, humilde y cautivo,
por Vivarrambla (2) ha pasado,
dando más admiración
con un esclavo a Granada,
que en tiempo a Roma sagrada
con mil triunfos Escipión.

REY. ¡Válgame Alá!

ALIATAR. No te alteres,
que ya llega a tu real casa,
huyendo, por donde pasa,
hombres, niños y mujeres.
Que en mirar su cara puedo
jurar por la vida tuya
no hay hombre a quien en la suya
no escriba su firma el miedo.

GUADAL. ¿Que Cardiloro ha traído
a Gallinato?

ALIATAR. Esto es cierto.

(*Entra* CARDILORO *con* GALLINATO *de cautivo.*)

CARDILORO. Gracias doy a Alá que al puerto
de mi honor me ha conducido.
Dame esos pies.

REY. Cardiloro,
los brazos te quiero dar;
más no quisiera mirar
estando en el coso al toro.
¿Para qué le traes aquí?
Que yo le viera mejor
desde un alto corredor.
Mas, di: ¿es éste?

(1) En el original, "importante"; pero es errata notoria.
(2) En el texto, "Viva Ramda".

CARDILORO. Señor, sí.
REY. ¿Eres tú de quien se cuentan
tan notables hechos hoy?
¿Qué dices?
GALLINATO. Que un hombre soy
que a tus pies hoy me presentan.
(*Llégase.*)
REY. Desvíate allá; no allegues
a mis pies; guárdate allá.
GUADAL. (Pues si ven mis ojos ya, (*Aparte.*)
Amor, no es bien que me ciegues.
Robusto hombre; pero tiene
talle de muy hombre. Alabo
mi ventura.)
CARDILORO. Aqueste esclavo,
señora, en tu nombre viene.
Recíbele, que ha cortado
de Rosarfe y de Zoraide
las vidas.
GUADAL. Valiente Alcaide,
hoy quedas eternizado
con los nueve. En jaspe y bronce
pondrás tu nombre esta vez,
porque éste los hizo diez
y tú, con tus hechos, once.
Ya le recibo por mío.
CARDILORO. Y yo al Rey, con justa ley,
pido la palabra.
GUADAL. El Rey
la cumplirá, yo lo fío.
REY. Atentamente he mirado
este hombre; y, visto bien,
no hallo en él por qué le den
la grandeza que le han dado.
Pensé, cuando no le vía,
que era Nembrot el gigante,
que era Milón, que era Atlante
que el cielo en hombros tenía;
que era la sierpe lernea,
de Alcides fuerte conquista;
que echaba fuego su vista
como el dragón de Medea,
y le hallo que es hombre, y hombre
que, si le quitáis la fama
que aqueste miedo derrama
con los ecos de su nombre,
osaré ¡por Alá santo!
asirme a brazos con él.
Aliatar, llégate a él.
CARDILORO. No le menosprecies tanto;
que, puesto que le vencí,
merece ser estimado,
que a no cogerle cansado
no le hubieras visto aquí.
Dos hombres mató primero.
REY. Perdóname, Cardiloro;
que, aunque eres hidalgo moro,
es Amor invencionero.
Antes que de Guadalara
goces, quiero saber hoy
si es Gallinato.
GALLINATO. No soy,
pues osas mirar mi cara.
Cuando yo era Meledón
y aquestos ojos abría,
a cualquiera que me vía
daba mal de corazón.
Y si yo ahora lo fuera,
como fué en otro lugar,
¿quién me viera sin temblar?
¿Quién sin morir se moviera?
REY. ¿Eres basilisco, di?
CARDILORO. Si allá en el campo, señor,
visto hubieras su valor,
no te pareciera ansí.
Al que está en ventana o torre
manso el toro le parece,
y a muchas cosas se ofrece,
mas no al hombre que le corre.
Este es, señor, Meledón.
GUADAL. Bien lo muestra su fiereza.
Esté cierto Vuestra Alteza.
REY. ¿Habla por él tu afición?
ALIATAR. Yo tengo un gran caballero
del real del rey Fernando
cautivo, que prendí cuando
vine de Archidona, y quiero
traerle para que de él
te informes.
(*Vase.*)
REY. Parte, Aliatar.—
Cristiano, ¿tanto callar?
GUADAL. Es justo el silencio en él
porque se ve atado y preso
y era en su tierra león.
GALLINATO. (Más callo por condición,
(*A ella, aparte.*)
mora noble, que por eso.
Por el camino he sabido
que eres premio de esa impresa,
por donde ya no me pesa
de venir preso y vencido.
Goza al Alcaide mil años,

que es el moro más gallardo
que vi en mi vida.)

GUADAL. (¿Qué aguardo
entre tantos desengaños?)

REY. Aún no acabo de mirarte.

GALLINATO. Creo que me has de obligar
a volver por mí y quedar
satisfecho de mi parte.
Si lo que es valor de un hombre
en el corazón está,
¿quién le ha de ver, quién podrá
si no se pregunta al hombre?
A lo que has imaginado
faltó lo que viste vivo,
o me quieres por cautivo
o me quieres por soldado.
Déjame, no me rescates,
con mi suerte mala o buena;
cómprasme como cadena,
que quieres ver los quilates;
caballo o yegua comprada,
pues me pruebas, vengo a ser;
basta, que quieres hacer
como quien compra una espada,
que no la puede probar
si no es riñendo con ella,
o viene a hacer tanto en ella
que al fin se viene a quebrar.
¿Qué me quieres de esa suerte?
Basta el sarao que has tenido.
Como me miras vencido
no te parezco tan fuerte.
¿A qué niño no parece
manso en la jaula el león?

(*Salen* ALIATAR y DON LORENZO *de cautivo.*)

ALIATAR. Llega, que en esta ocasión
una duda al Rey se ofrece.

D. LOR. ¿Qué quiere tu majestad
saber de mí?

REY. Di primero
quién eres.

D. LOR. Soy caballero.

REY. ¿De qué suerte o calidad?

D. LOR. Bien pudiera haber nacido
moro y sentarme a tu lado.

REY. De esa suerte, siendo honrado,
serás hombre conocido,
y también conocerás
a los hombres que lo son.
¿Quién es éste?

D. LOR. Meledón,
¿cómo vienes donde estás?

GALLINATO. Preso estoy, amado tío.

REY. Que, en fin, ¿este es Gallinato?

D. LOR. Sí, señor. (¡Ah, tiempo ingrato!)
(*Aparte.*)

REY. ¿Sin duda?

D. LOR. Y sobrino mío.
(¡Desdichada suerte nuestra!) (*Ap.*)

CARDILORO. ¿Hay, señor, más que probar?

REY. Alcaide, hoy te quiero dar
esta fe, esta mano diestra,
(*Dale la mano.*)
no sólo en que Guadalara
sea tuya; mas quiero darte
de mi Granada la parte
que antes de heredar tomara.
Venid, que quiero casaros
y haceros mucha merced.

CARDILORO. Tus pies beso.

REY. Esto creed.

GUADAL. (¡Qué tarde vine a miraros, (*Ap.*)
prendas de los ojos míos!
Pero ya no serán ojos,
que el rigor de los enojos
los han de volver en ríos.)

(*Vanse el* REY, ALIATAR y GUADALARA.)

CARDILORO. Oye, esclavo.

GALLINATO. ¿Qué me quieres?

CARDILORO. ¿Fuéronse ya?

GALLINATO. ¿No lo ves?

CARDILORO. Echarme quiero a tus pies.
(*De rodillas.*)
Meledón, mi dueño eres.
Tu esclavo soy; vesme aquí.
Hierra este rostro, cristiano.
Pon aquí tu noble mano,
que tengo vida por ti.

D. LOR. ¿Qué es esto que estoy mirando?
(*Levántale.*)

GALLINATO. Vete ¡por Dios! Cardiloro,
que puede verte algún moro.

CARDILORO. El Rey me queda aguardando.
Voime, y tú a la puerta aguarda
con tu tío, a quien también
haré que hoy libre me den,
o romperé hierro y guarda.

GALLINATO. Eso has de hacer, moro honrado.

CARDILORO. Tu esclavo me has de llamar.
(*Vase.*)

D. LOR. ¿Qué es esto? ¿En qué ha de parar?

Sobrino, ¿estás encantado?
GALLINATO. Dadme esos brazos, señor,
pues con aquéste he fingido
venir cautivo y vencido,
vencido de vuestro amor.
Aquesta mora le han dado
por vencerme, y él a mí
a vos me ha de dar, que así
queda entre los dos tratado.
No tengáis pena de veros
cautivo.
D. LOR. Quiero abrazarte
una y mil veces y darte
mil gracias.
GALLINATO. Esto es haceros
el más pequeño servicio,
pues sangre no me ha costado.
D. LOR. Con aquesta hazaña has dado
de bravo español indicio.
GALLINATO. Retiraos, que siento gente,
y parece que dan gritos.

*(Salen* ZARABO *y* GENILDO, *moros, y* ARGÉN, *cautivo, con una caja do estaba la imagen de Nuestra Señora.)*

ARGÉN. Si con ruegos infinitos
vuestra dureza no siente
lo que estimo esa Señora,
el dinero que tenía
para rescatarme el día
que el mundo su Parto adora,
os daré y me quedaré
cautivo toda mi vida.
ZARABO. Deja de tenerla asida,
perro, que te mataré.
ARGÉN. Pues ¿qué ha de hacer de ella?
ZARABO. Quiero
darla al fuego.
GENILDO. Si el esclavo
te da el dinero, Zarabo,
¿no es mejor?
GALLINATO. (¡Oh, caso fiero!
Oye, señor, lo que pasa.)
ARGÉN. ¿De qué tienes tanto enojo?
ZARABO. ¿Pensarás que ha sido antojo?
Ésta es fuego de mi casa.
GENILDO. ¡Ésta! ¿Cómo?
ZARABO. Oye, Genildo:
bien has visto a mi Almanzor.
GENILDO. ¿Quién?
ZARABO. A mi hijuelo mayor.
GENILDO. Pues bien, ¿qué ha hecho?
ZARABO. Oíldo:
Llevábale cada día
a su mazmorra este viejo,
y a esta imagen, que es su espejo,
que allá la llaman María,
las rodillas por el suelo
le ponía y le enseñaba
su ley.
GENILDO. ¡Brava cosa!
ZARABO. ¡Brava!
GALLINATO. (¡Oh, hermosa Reina del Cielo!
¿Qué haré, que temblando estoy?
D. LOR. Calla, y déjalos, sobrino.
GALLINATO. No podré, que a su divino
nombre muy devoto soy.)
GENILDO. ¿Y ha aprendido cosa alguna?
ZARABO. Vesle aquí do viene.—Argén,
pregunta, y verás cuán bien
te responde y te repugna. (1)

*(Sale* ALMANZOR, *niño, de moro.)*

GENILDO. ¿Almanzor?
ALMANZOR. ¿Qué me querer?
GENILDO. Ved cuál habla el aljamía.
ZARABO. Ya no sabe algarabía
ni para sólo comer.
GENILDO. ¿Tú eres cristiano?
ALMANZOR. Pues ¿qué?
galgo ¡mal año! que yo
ser bon cristiano.
ARGÉN. Esto no.
GALLINATO. (¡Qué efecto de nuestra fe!)
GENILDO. ¿Tú cristiano?
ALMANZOR. E ben saber
la dotrina e los articos.
GENILDO. ¿Quién te lo enseña?
ALMANZOR. Otros chicos.
GENILDO. ¿Y éste?
ALMANZOR. No le conocer.
ZARABO. ¿Tu ley dejas?—¿Cómo aplaco,
Genildo, mi brazo fiero?
ALMANZOR. Estar Mahoma arriero;
no le creer, que es beliaco.
ZARABO. ¿Esto sufro, santo Alá?
Perro, aquí me vengaré.
ALMANZOR. Dalde, imagen, bona fe.
ZARABO. ¡Perdida mi casa está!
No mato al esclavo perro
por no perder el rescate.
GALLINATO. (Deja, tío, que le mate.

(1) Esta palabra está puesta por el licenciado Rojas. Antes decía "pregunta", que no forma sentido.

D. LOR. ¿Con qué palo o con qué hierro?
GALLINATO. Yo sé que de una puñada
le dejaré sin sentido.
D. LOR. Y muerto el moro, o herido,
¿cómo saldrás de Granada?
GALLINATO. La Señora que defiendo
me sacará.
D. LOR. Pues ¿qué, pides
milagros?
GALLINATO. ¿Esto me impides?
Por vengarla estoy muriendo.)
Suelta la imagen.

*(Ásela.)*

ZARABO. ¿Quién eres,
que te atreves de ese modo?
GALLINATO. ¿Quién soy? Soy el mundo todo.
ZARABO. Perro, ¿quitármela quieres?
GALLINATO. Suelta, perro.

*(Dale una puñada y cáese.)*

ZARABO. ¡Ay, que me ha muerto!
ARGÉN. ¡Oh, cautivo, que has quitado
la vida a un Alcaide!
GALLINATO. Y dado
a mi vida mejor puerto.

*(Vanse ARGÉN y el NIÑO huyendo.)*

GENILDO. ¡Aquí del Rey! ¿Guarda? ¿Gente?
¡Infame, date a prisión!
GALLINATO. ¡Ay, mi querido bastón!
¿Qué haremos?
D. LOR. Morir.

*(Sale SULTÁN con la guarda.)*

SULTÁN. Detente.
GALLINATO. ¡Que no tuviera, Señora,
algo con que defenderos!
SULTÁN. ¿Qué es esto?
GENILDO. Que estos dos fieros
han muerto a Zarabo ahora.
SULTÁN. ¿Con qué armas?
GENILDO. No lo sé.
GALLINATO. Y si saberlo te agrada,
no fué más de una puñada;
llega y cómo te diré.
SULTÁN. ¿Por qué le has muerto?
GALLINATO. Quería
dar al fuego la que ves.
SULTÁN. Pues ésa, esclavo, ¿quién es?
GALLINATO. Es la imagen de María.
SULTÁN. ¿Por eso, no más?
GALLINATO. Si vieras
que un cristiano te quemaba
a tu Mahoma y que estaba
diciendo arrogancias fieras,
siendo Mahoma un tizón
del infierno, ¿no llegaras
y la vida le quitaras?
Pues di: ¿qué comparación
puede tener la que es Reina
en los Cielos, la gran Madre
de Dios, la que alaba el Padre
y es de los ángeles Reina?
Por esto, no ha sido poco.
SULTÁN. ¿No basta ser homicida,
sino blasfemo? En mi vida
he visto esclavo tan loco.
¿Cúyo eres?
GALLINATO. Soy, Muley,
del alcaide Cardiloro.
SULTÁN. Él ha muerto un noble moro.
No importa, aunque sea del Rey.—
Y tú, ¿cúyo eres?
D. LOR. Yo
soy esclavo de Aliatar.
SULTÁN. Dejaos las manos atar.
GALLINATO. (Tío, ¡moriremos!
D. LOR. No,
que con estas alabardas
nos han de pasar: olvida
tu valor; dure la vida.)
GALLINATO. Pues, ya ¿qué remedio aguardas?
¡Atadme con la ocasión,
moros, de mi muerte amada,
que así, con ella abrazada,
será gloria mi prisión!
¡Si el Hijo de esta Señora
murió por mí, muera yo
por ella!

*(Átanle las manos.)*

D. LOR. ¡Que al fin se ató
esa mano vencedora!
¡Atad, moros, al segundo
del mejor de los cristianos,
que atadas aquellas manos,
podéis atar las del mundo!
GALLINATO. De la causa alegre quedo;
pero quisiera tener
con qué poder ofender,
pues defenderme no puedo.
SULTÁN. Para cosas como éstas
no es menester consultar
al Rey; bien podéis llevar
la leña y el palo a cuestas.

(*Vanse, y salen el* REY FERNANDO, *la* REINA, TELLO, NUÑO, DON RODRIGO GIRÓN.) (1)

REY FERNANDO.

Con la buena venida de Correa,
maestre de la cruz de Calatrava,
marche mi campo al centro que desea.
Ya no será razón que viva esclava
la gran Sevilla del alarbe moro,
que humilla su cerviz, su nombre acaba.
No me lleva codicia de tesoro
ni el ver que sea la ciudad más bella
que vió la que pasó de Grecia el toro,
sino amores que tengo ya con ella,
porque sé que ha de ser mi amada esposa
y he de tener mi eterna casa en ella.

DOÑA JUANA.

¡Mucho la amáis! ¡Mirad que estoy celosa!

REY FERNANDO.

Pues no tenéis de qué, señora mía,
que en mí sois vos la joya más preciosa.
De aquesta gran ciudad, en profecía
dicen que del gran mar será la puerta
para el tesoro que la India cría,
y que de mí vendrá, por quien abierta,
a las columnas de Hércules agrada (2)
la impresa de la tierra descubierta.

DOÑA JUANA.

Merece ser de vos Sevilla amada:
conquistalda, Fernando, que esta impresa
la fama tiene para vos guardada.

NUÑO.

Nuestra gente jamás de pedir cesa
a voces que partáis.

DON RODRIGO.

Que ha de seguiros
hasta la muerte con valor confiesa.

TELLO.

Pues os partís, señor, quiero advertiros
que dejéis al castillo de Chincoya
Alcaide tal que pueda bien serviros,
que bien sabéis que su frontera apoya
lo que del reino de Jaén ganastes,
y juró el moro darle el fin de Troya.
Dígoos esto, señor, porque dejastes
en él Alcaide desleal, ingrato
a la espada y favor con que le honrastes.

REY FERNANDO.

A Meledón Rodríguez Gallinato
puse en Chincoya y di mi noble espada;
pues ¿cómo, Tello, en él hay falso trato?

TELLO.

Su tío y él se dice que a Granada
se han ido a volver moros.

REY FERNANDO.

Eso, ¿es cierto?

TELLO.

Y la plaza dejó desamparada.

REY FERNANDO.

¡Extraño mal! ¡Extraño desconcierto!

DOÑA JUANA.

¿Que aquel famoso fronterizo ha sido
traidor al Rey?

NUÑO.

Señora, será incierto.

TELLO.

Soldados estas nuevas han traído.

DON RODRIGO.

No puedo yo creer de don Lorenzo
caso tan deshonrado y abatido.

REY FERNANDO.

Ya de haberlos honrado me avergüenzo.
Partid, Tello, a Chincoya con mi carta.
¡Qué mal la impresa a que salí comienzo!

TELLO.

¿A qué quieres, señor, que al fuerte parta?

REY FERNANDO.

A ser Alcaide en él. Ocupa, Tello,
la plaza del que ya de Dios se aparta.
Di que te den mi provisión y sello.

NUÑO.

(¡Extraño caso!)

DON RODRIGO.

(¡Extraña desventura!)
Menos lo he de creer si vengo a vello.

(1) De la mano de Rojas se añaden estas palabras: "*con vaquero y espada*".
(2) Así en el original.

REY FERNANDO.

¿Qué hice yo al Alcaide, que procura
servir al moro tan injustamente?
¿Qué agravio le ha obligado a tal locura?

DON RODRIGO.

Mira, señor, que Meledón valiente
habrá hecho, sin duda, con su tío
este disfraz para engañar la gente.

DOÑA JUANA.

Eso en el Cielo y su valor confío,
y que a Granada a alguna cosa fueron.
Si mi crédito vale, yo los fío.

REY FERNANDO.

Bien puede ser, aunque, en efecto, dieron
mala cuenta del fuerte, que, entre tanto,
a punto de perderle se pusieron.
Bien es que le defienda.

DOÑA JUANA.

El Cielo santo
guarde tus años.

REY FERNANDO.

Vamos, Reina mía,
que hoy mi ejército de Ecija levanto.

DOÑA JUANA.

Deseo, por ser prenda de valía,
Rey, que os den de Sevilla la corona:
¡del mundo merecéis la monarquía!

TELLO.

¡Guarden los Cielos tu real persona!

(*Vanse, y salen* ALIATAR *y* CARDILORO.)

CARDILORO. Esto ha pasado, Aliatar;
este secreto te fío.
ALIATAR. Haz cuenta, Alcaide, que es mío;
bien me lo puedes fiar.
CARDILORO. No he vencido a Meledón
con la espada peleando;
vencí su pecho rogando,
y su noble condición.
Dame el cristiano, su tío;
daréte por él seis hombres,
que allá se estiman sus nombres
lo que entre moros el mío;
y, si no, señala un plazo
y una villa te daré.
ALIATAR. Rompes de mi amor la fe
y de mi amistad el lazo.
Poco has fiado de mí,
pues sólo estoy invidioso
de este cristiano famoso
que ha sido esclavo por ti;
cuando no fuera contigo
mi amor y amistad tan cara,
este hombre me enseñara
lo que he de hacer por mi amigo.
Lleva en buen hora a los dos
cuando lleves a tu esposa.
CARDILORO. Has hecho por mí la cosa
que más estimo, por Dios.
Dame esos pies.

(*Entra* GUADALARA *alterada.*)

GUADAL. Por Alá
que si esto consiente el Rey,
que sin nobleza y sin ley
su bárbaro pecho está.
CARDILORO. ¿Qué es aquesto, esposa mía?
ALIATAR. Guadalara, ¿qué es aquesto?
CARDILORO. ¿Quién en tus rosas ha puesto
nieve tan pálida y fría?
GUADAL. A tu esclavo y a su tío
Sultán...
CARDILORO. ¡Habla!
GUADAL. (¡Estoy turbada!)
¡Llevan fuera de Granada!
CARDILORO. ¿Adónde el esclavo mío?
GUADAL. A ponerle en palo y fuego
porque mató...
CARDILORO. ¿A quién?
GUADAL. No sé.
En defensa de su fe
y de su cólera ciego.
CARDILORO. ¿Con qué armas?
GUADAL. No tenía armas.
CARDILORO. Pues ¿qué?
GUADAL. Con las manos.
CARDILORO. ¡Oh, espejo de los cristianos
y prez de la valentía!
¡Ponte a caballo, Aliatar,
que me va la vida en esto!
ALIATAR. ¡Moriré contigo!
CARDILORO. ¡Presto!
¿Si podré a tiempo llegar?
GUADAL. Si en algo no te detienes,
gozarás de la ocasión.
ALIATAR. ¡Vamos!
CARDILORO. ¡Guarda en tal sazón
esa lealtad que mantienes!

(*Vanse, y queda* GUADALARA.)

GUADALARA.

Esclavo de mis ojos, ya he sabido
que nunca te venció quien te lo llama,
que quien ama no calla a lo que ama
lo que callar mejor hubiera sido.
A vencerme veniste no vencido;
pero el traidor que así quiere tu fama
infamar, apagando aquesta llama,
¿me ha de ganar quedando tú perdido?
Luego a Bélmez me voy; pero pretendo
buscarte desde allí, cristiano. Espera
y no te hieles, pues por ti me enciendo;
que en hombre no ha de haber alma tan fiera
que, amándole, rogando y persuadiendo,
no se convierta de diamante en cera.

*(Vase, y aparecen en el muro* SOLDADOS, CAMPUZANO *y* CARPIO, *y* TELLO *abajo con la provisión.)*

CARPIO. No entraréis en el castillo;
bien nos podéis perdonar.
TELLO. ¡Soldados!
CARPIO. No hay que tratar;
mejor podréis combatillo.
TELLO. Pues ¿cómo esta provisión
del Rey en poco tenéis?
CARPIO. La provisión que traéis
fué con mala información.
TELLO. ¡Eso es ya mucha nobleza!
Haced luego lo que os toca.
CARPIO. A su firma doy la boca
y a su sello la cabeza;
pero a vos, Tello, esta vez,
no hemos de abrir el castillo.
TELLO. ¡Haré yo por fuerza abrillo!
CARPIO. ¿Tan riguroso jüez?
¿Qué gente viene con vos?
TELLO. ¿No basto yo solo?
CAMPUZ. Así,
llegad y abridle.
TELLO. ¡Eso sí!
CARPIO. Llegad y abridle, por Dios;
que si lo pensáis hacer
con la llave de la espada,
está la maestra echada
y no la podréis torcer.
TELLO. Abrirála este Fernando
que traigo en este papel.
CARPIO. Sí abrirá, que para él
está abierto y aguardando,
y tú lo imposible aguardas.
TELLO. ¿Esto tiene el Rey aquí?
CAMPUZ. Venga el Rey, que para ti
están mudadas las guardas.
CARPIO. Vuélvete, y di que a Granada
fué su Alcaide y señor mío,
a rescatar a su tío,
cautivo en una celada.
TELLO. Leed sólo este renglón,
veréis lo que dice aquí.

*(Dales la provisión con algo, y tómala* CARPIO.*)*

CARPIO. ¿A ver?
TELLO. Lee.
CARPIO. Dice así:
"Que por cuanto Meledón
es ido a volverse moro,
según que estoy informado..."
CAMPUZ. Miente el villano afrentado
que ha ofendido su decoro.
CARPIO. Y vos, Tello, norabuena.
CAMPUZ. (¡Ah, invidia!, ¿qué no podrás?)
CARPIO. ¡Vive Dios, si aquí te estás,
que te arrojen una almena!
No lo sepan sus soldados,
que le adoran. ¡Vete luego!
TELLO. ¡Quedad con Dios!
CARPIO. ¡Oh, reniego
de los servicios pasados!
¡Ved qué pasa!
CAMPUZ. ¿Tú no ves
que es siniestra información?
CARPIO. Si lo sabe Meledón
menester habrá los pies.

*(Vanse.)*

TELLO. Mucho la invidia ha podido
del privar de aqueste hidalgo;
corrido en extremo salgo
y en extremo arrepentido.
¡Falsa fué, por Dios, la nueva!
¡Mal hice en hablar al Rey!

*(Salen* ZULEMA *y* FÁTIMA *con sus hatillos, que se van.)*

ZULEMA. Por él dejalde su ley,
ya no agardalde que venga. (1)
FÁTIMA. ¿Qué decir, Zulema?
ZULEMA. Digo
que estar moro Meledón,
y que ser bona ocasión
para gamenar contigo.

(1) Así en el texto. Parece claro que debe decir "vueva", o sea "vuelva", para que haya rima.

Venir, Fátima, al Granada,
que aliá parir el perrilio.

FÁTIMA. Aquí estar un christianilio.

ZULEMA. Ahoro, (1) a Dios tenelde espada.

TELLO. (Gente del fuerte salió.)
¿Quién va allá?

ZULEMA. Dos vizcaínos
que andamos por los caminos.

TELLO. ¿Adónde vais?

ZULEMA. ¿Quién?

TELLO. Vos.

ZULEMA. ¿Yo?

TELLO. ¡Paso; no tengáis temor!

ZULEMA. Santiago, Galicia vaya.

TELLO. ¿De qué lugar de Vizcaya?

ZULEMA. Del Pujarra xer, xenior.

TELLO. ¡Vos sois, por Dios, buen hidalgo!
¿Voy bien a Ecija?

ZULEMA. Sí.

TELLO. ¿Por dó?

ZULEMA. Andalde por allí.

TELLO. Adiós.

*(Vase.)*

ZULEMA. Adiós, xenior galgo.
¿Querer que mate este berro?

FÁTIMA. Dejar, partamos aína.

*(Entran* GALLINATO *y* DON LORENZO *en hábito de moros y con la caja de Nuestra Señora.)*

GALLINATO. Seguro, señor, camina.

D. LOR. Hubiéramos hecho yerro
a no tomar este traje.

GALLINATO. ¡Bravo moro es Cardiloro!

D. LOR. No he visto celoso toro
que así de los montes baje
como al tiempo del querer
darnos garrote llegó.

GALLINATO. ¡Bien la amistad me pagó!
No le queda más qué hacer,
que si yo le di una dama,
él me dió la vida a mí.

FÁTIMA. (Dos moros venir allí:
o te acercar o los llama.

ZULEMA. Ven, decir que compañía
suya segoros andar.)
Favor, hidalgos, nos dar,
que andar huyendo este día
deste castillo a Granada.

D. LOR. (Por moros nos han tenido.)

GALLINATO. (Oíd, por Dios, que han caído
los perros en la celada.)
Perros, ¿dónde vais?

ZULEMA. Decir
que tú estar moro en Granada
e con provisión sellada,
otro allá, que aquí venir,
que llaman Tello, e con esto,
no querer servir a quien
no xer xenior.

D. LOR. ¡Dices bien!

ZULEMA. ¿Dónde andar así? ¿Qué es esto?
Vólvete, xenior, a casa,
que andar con beliaquería
por quitarte el alcaidía.

GALLINATO. ¿Esto hace Tello? ¿Esto pasa?
¿Abriéronle?

ZULEMA. No, xenior,
que tener bonos soldados;
decir que falsos recados
tener el Tello.

GALLINATO. ¡Ah, traidor!
¿Irá lejos?

ZULEMA. Cerca andar.

GALLINATO. Toma esta caja y al fuerte
la lleva, y di de la suerte
que le vamos a buscar;
dala a Carpio o Campuzano.

*(Vanse* GALLINATO *y* DON LORENZO.*)*

ZULEMA. ¡Que me placer! Ir con Dios.—
Vosancé, ¿qué decir vos?

FÁTIMA. Que temblar yo de so mano.

ZULEMA. Caliar, que mejor ha sido,
que agora andar más segoros,
e más con estos tesoros.

FÁTIMA. Zolema, tú andar berdido;
vólvete, Zolema, al forte.

ZULEMA. ¡Volver, diablo, vosancé!
¿Lo barriga, por me fe,
te volvemos de esa sorte?
Si te querer ir, adiós.

FÁTIMA. Zolema, primero ver
qué llevar.

ZULEMA. Eso querer.
Tenelde a esa parte vos.

FÁTIMA. ¡Ay, Alá! ¿Qué venir dentro?

*(Abren la caja, ven a la Virgen y admíranse.)*

ZULEMA. ¡Caliar, Fátima, en mal hora!

FÁTIMA. ¿Qué ser eso?

ZULEMA. Una Señora.
¡Por Mahoma, lindo encuentro!
¡Todo temblar en miralda!

---

(1) Quizá "¡Loor a Dios!"

FÁTIMA. Yo, Zolema, conocelda.
ZULEMA. Yo también; pero ¿qué hacelda?
FÁTIMA. No la llevare, dejalda.
ZULEMA. Parece en estar merando:
me la he cobrado afición.
FÁTIMA. Ya me decir corazón
que ser cristiana.
ZULEMA. ¿Tú? ¿Cuándo?
FÁTIMA. Ahora.
ZULEMA. También a mí.
FÁTIMA. Prometeldo.
ZULEMA. El Niño tierno
me decir garda el infierno.
¿Querer ser cristiana?
FÁTIMA. Sí.

(*Salen* CARPIO, SALCEDO *y* CAMPUZANO *buscándolos.*)

SALCEDO. Por aquí, sin duda, van.
CARPIO. ¡Grande enojo le daremos
si los cautivos perdemos!
CAMPUZ. Paso, Salcedo, ¡aquí están!
¡Ah, bellacos, perros!
ZULEMA. Vos
estar berro, yo cristiano.
CAMPUZ. ¿Qué mira y tiene en la mano?
CARPIO. La Virgen, Madre de Dios.

(*Vase* CAMPUZANO.) (1)

¿Quién os la dió?
ZULEMA. Mi xenior.
Venir con su tío aquí
y ésta me haber dado a mí,
a quien ya tener amor.
Ir a buscarle aquel Tello
y decir que ésta guardar.
SALCEDO. No le vamos a buscar,
pues es tan cierto ofendello,
sino esta imagen llevemos
a la capilla del fuerte.—
¿Quieres cristiano volverte,
Zulema?
ZULEMA. Allá te diremos.

(*Vanse, y salen al muro el* REY FERNANDO, *la* REINA, NUÑO, DON RODRIGO *y* TELLO; *la* REINA *con vaquero, espada y sombrero.*)

REY FERNANDO.
¿Moros decís que a nuestro muro llegan?

TELLO.
Mírelos Vuestra Alteza por el campo,
con la braveza que las lanzas juegan.

(1) Esta acotación es de una letra distinta de las demás.

REY FERNANDO.
Cuando la planta por su arena estampo,
de otra suerte se atreven.

DOÑA JUANA.
¿Ya se os niegan
viendo que estáis, cual de la nieve el ampo,
esos bríos?

TELLO.
Señor, darme el castillo
no quisieron. ¡Yo sé si acá llegaran!

REY FERNANDO.
(¡Notable cosa fué no recibillo!)

TELLO.
Y apostaré que al moro le entregaran.

DON RODRIGO.
Dos moros vienen.

REY FERNANDO.
¡No podré sufrillo!

DOÑA JUANA.
Junto a los muros los caballos paran.

DON RODRIGO.
Dejaldos, Rey, llegar.

REY FERNANDO.
Toca a rebato.
¿Que así se atrevan en presencia mía?

DON RODRIGO.
¡No seré yo Girón si no los mato!

(*A caballo* DON LORENZO *y* GALLINATO, *con adargas y lanzas y unos velos en la cara.*)

GALLINATO. Rey famoso don Fernando,
tú que a Sevilla conquistas,
digno del nombre que tienes
y de que mil años vivas.
Flor de Francia, doña Juana,
reina famosa y divina,
que con la casa que tienes
distes lises a Castilla;
fuerte Rodrigo Girón,
Nuño de Lara y Arista
y los demás que a ese muro
hacéis corona tan rica,
cese el rebato y oíd,
por ser ya costumbre antigua,
al alcaide Cardiloro.

FERNANDO. ¿Qué le diré?
D.ª JUANA. Que prosiga.
FERNANDO. Prosigue, moro; ¿qué quieres?
GALLINATO. Escucha: así de Sevilla
goces la corona, Rey,
hecha de su verde oliva.
Tres moros llegamos juntos,
porque el Rey nos prometía
a la hermosa Guadalara,
mora rica y bien nacida,
al castillo de Chincoya,
de Gallinato alcaidía,
para prendelle en batalla,
porque era el precio su vida.
Salió, y matando los dos,
vió que yo le resistía
y yo vi que era imposible
vencer a la fuerza misma.
Allí nació el amistad
de las armas sacudidas.
Yo le pedí que a Granada
fuese conmigo aquel día,
fingiendo ser mi cautivo,
para más ventura mía.
Él, por librar a su tío,
que de Aliatar en cuadrilla
cautivo llevó a Granada,
irse conmigo imagina.
Dióme el Rey mi amada mora
y desposéme aquel día.
Por que tenga Meledón
más esclavos que le sirvan,
queda en Granada a librar
su tío, donde ejercita
la industria, porque se embota
la espada con las desdichas.
Supe yo corriendo ayer
esta campaña, que pisan,
a pesar de nuestras yeguas,
los caballos de Castilla,
que os ha dicho cierto hidalgo,
que Tello Hernando apellidan,
que Meledón y su tío
ya de vuestra fe se olvidan,
y que le ha pedido al Rey
de Chincoya la alcaidía,
que se la dió, no sabiendo
que es todo engaño y invidia,
por lo cual vengo en su nombre
a sustentar que es mentira,
como su amigo, obligado,
viendo que el honor le quitan.
Dadme licencia, buen Rey,
que tales palabras diga:
¡Mientes, mientes, Tello Hernando,
de traición y de malicia!
Baja de los altos muros,
que quien te reta se obliga
a sustentar lo que dice
antes que se acabe el día.
TELLO. Moro infame, lo que he dicho
muchos hidalgos lo afirman;
si no es verdad, no lo sé.
GALLINATO. Pues ¿para qué lo decías?
El hidalgo honrado, Tello,
que al lado del Rey camina,
ni trae en su boca nuevas
ni ajena fama lastima;
que el que habla mal en ausencia,
donde no hay quien le resista,
cerca está de que le afrenten.
¡Baja, baja, por tu vida!
TELLO. Aguarda, perro.
GALLINATO. Aquí espero.

*(Vase* GALLINATO *y queda su tío.)*

D. LOR. Vete esos valles arriba
que yo detendré la gente
para que nadie te siga.
D.ª JUANA. ¿Veis, señor, que Meledón
era honrado caballero?
En su nombre daros quiero
tan justa satisfación.
FERNANDO. Después de aquesta conquista
he cumplido un gran deseo.
D.ª JUANA. Uno de los moros veo
y el otro pierdo de vista.
FERNANDO. Ah, moro, que te has quedado,
¿tienes algo que decir?
D. LOR. Sí tengo; ¿quiéresme oír?
FERNANDO. Sí quiero; di, moro honrado.
D. LOR. No soy moro, Rey cristiano.
Don Lorenzo Juárez soy,
que tan bien pagado voy
de tu generosa mano.
Pero no te culpo a ti;
tienes malos consejeros.—
Perdonadme, caballeros,
que a nadie señalo aquí,
pues quien la culpa ha tenido
ya paga su falso trato
a manos de Gallinato,
que ha sido el moro fingido.
Ya se encuentran; ya le rompe

con el asta el traidor pecho.
¡Muchas traiciones le ha hecho!
¡Mucho la invidia corrompe!
Si en tu servicio me quieres,
Rey, invíame a llamar.

FERNANDO. ¡Prendedle!

D. LOR. Manda bajar
un escuadrón si quisieres.

*(Vase.)*

FERNANDO. Id luego, Nuño de Lara.

NUÑO. Mirad, señor, que es mi amigo.

FERNANDO. Pues bajad vos, don Rodrigo.

D. RODR. Si te sirviera bajara;
pero don Lorenzo tiene
razón.

D.ª JUANA. ¿Cómo, si ha quebrado
la palabra que me ha dado
y alterar el campo viene?
¡Por vida del Rey, que luego
le han de prender!

D. RODR. Pues yo voy.

D.ª JUANA. Ciega de venganza estoy.

FERNANDO. Y yo de cólera ciego.

*(Vanse, y salen* CAMPUZANO, CARPIO *y* SALCEDO.*)*

CARPIO.

¡Qué buena nueva a Meledón espera
volviéndose cristianos sus esclavos,
porque los ama por extremo!

CAMPUZANO.

El Cielo con bien le traiga a su castillo y casa;
que oí decir que fué a hablarle a Tello,
y temo que si el Rey acaso le oye
algún atrevimiento, parte sea
para que venga con desgracia suya.

CARPIO.

No temas de su ingenio que no sepa
en esos tiempos reprimir la cólera.
¡Buena queda la imagen!

SALCEDO.

Es imagen
de la que fué tan buena, que ninguna
de todas las criaturas fué más buena.
¡Oh, cómo se ha de holgar, que es en extremo
devoto de la Virgen!

*(Sale* ZULEMA.*)*

ZULEMA.

¡Presto, presto!

CARPIO.

¿Qué tenemos, Zulema?

ZULEMA.

Buenas noches.
Un mòro estar al porta del castilio
que os pedir desafío.

CARPIO.

Dile que entre
y escoja el escudero que le agrade.

ZULEMA.

Ya estar peado. Veislo aquí; cataldo.

*(Entra* GALLINATO *con una lanza, embozado.)*

GALLINATO.

¿Hay alguno que pruebe aquesta lanza?

CARPIO.

Escoge de los tres el que quisieres,
o llamaremos los demás.

GALLINATO.

No quiero
a los demás, que tres, aunque son pocos,
bastan para cortar aquesta cólera.

ZULEMA.

Moro del diablo, vosancé, si quiere
cortar cólera, tome dos naranjas
e no probar soldados de mi amo;
yo os consejo.

GALLINATO.

¿Qué dice el perro infame?

ZULEMA.

Soltar, Garpio, la espada. ¡Solta! ¡Solta!

GALLINATO.

¿A mi, Zulema?

ZULEMA.

¿Quién ser vos?

GALLINATO.

Tu amo.
*(Descúbrese.)*

ZULEMA.

¡Joro a Dios que es mi amo, Campuzano!

GALLINATO.

Dadme esos brazos todos.

CARPIO.

¡Señor mío!

SALCEDO.

¿Cómo vienes así?

GALLINATO.

Largas historias
tengo que os referir aquesta noche.

SALCEDO.

¿Está libre tu tío?

GALLINATO.

Libre queda.

SALCEDO.

¿Hallaste a Tello?

GALLINATO.

Tello queda muerto.

CARPIO.

¿Qué imagen es aquella que inviaste?

GALLINATO.

También sabréis después ese suceso.

CARPIO.

Zulemilla es cristiano, y también Fátima,
milagro que la imagen santa ha hecho.

GALLINATO.

¿Que eres cristiano?

ZULEMA.

No tener el agua
hasta que tú venir a ser badrino.

SALCEDO.

Un moro de a caballo viene al fuerte.

CAMPUZANO.

Aún no has llegado, ya vendrán a verte.

*(Sale* GUADALARA *a caballo en hábito de moro, con lanza y adarga.)*

GUADAL. Noble Meledón Rodríguez,
alcaide de esta frontera,
oye atento si me escuchas.

GALLINATO. Di, moro, que Alá mantenga;
que yo soy, aunque me ves
con tan diferentes señas,
que el traer este vestido
no fué gusto sino fuerza.

GUADAL. Ya yo te conozco, lobo;
lobo que matas la oveja,
y traes su piel vestida
por que las otras no teman.

GALLINATO. ¿De dónde eres?

GUADAL. De Granada

GALLINATO. ¿Cómo te llamas?

GUADAL. Zulema.

GALLINATO. ¿A qué vienes?

GUADAL. A matarte.

GALLINATO. ¿Y podrás?

GUADAL. Alá lo quiera.

GALLINATO. ¿Qué te he hecho?

GUADAL. Hasme agraviado.

GALLINATO. No lo sé.

GUADAL. Aunque no lo sepas.

GALLINATO. ¿Cómo?

GUADAL. Matando a mi padre.

GALLINATO. ¿Tienes razón?

GUADAL. Tengo fuerzas.

GALLINATO. Dime adónde.

GUADAL. Fué en Granada.

GALLINATO. ¿Cuerpo a cuerpo?

GUADAL. Fué sin guerra.

GALLINATO. ¿Sobre qué?

GUADAL. Sobre una imagen.

GALLINATO. Ya te conozco en las señas.

GUADAL. Dístele, perro cristiano,
tal puñada en la cabeza,
que le echaste por los ojos
la sangre en sesos revuelta.
Sacáronte de Granada,
llevando a cuestas la leña,
con don Lorenzo, tu tío,
para quemarte en la vega.
Vino Cardiloro entonces
con cien hombres de pelea,
y, librándote la vida,
me ha dejado con la afrenta.
Cuando supe que eras tú
y el Rey supo que tú eras,
su enojo con mis agravios
remite a mi diligencia.
Yo he venido, como ves;
hoy, Gallinato, te reta
Zulema el moro, en el nombre
de mi buen padre Zulema.
Cuerpo a cuerpo he de matarte
sin palabras descompuestas.
¿Quieres que me apee?

GALLINATO. Sí;
aquí, morillo, te apea.—
Entraos vosotros allá.

CARPIO. Subamos a las almenas.

ZULEMA. ¡A, pobre de ti, morilio!

Por ser Zulema me pesa.

(*Vanse todos; apease* GUADALARA *y desciende* GALLINATO.)

GALLINATO. Ya estás, buen moro, en campaña.
¿Daránme lanza?

GUADAL. No quiero
más de probarte el acero,
fuerte defensor de España.

GALLINATO. Pues vesle aquí, saca el tuyo
(*Mete mano.*)
y aquesta batalla hagamos;
mas desiguales estamos,
goce Marte lo que es suyo.
Tú eres rapaz, yo soy hombre;
la espada quiero envainar
(*Envaina.*)
y con la daga probar
la arrogancia de tu nombre.

GUADAL. No es esa la diferencia.

GALLINATO. Pues ¿qué mayor puede ser?

GUADAL. Ser tú hombre y yo mujer.

GALLINATO. ¿Mujer? ¡Extraña insolencia!

GUADAL. No he venido a pelear,
sino de ti enamorada,
que de tu fama obligada,
te vengo, Alcaide, a buscar.
¿No me conoces? Yo soy
la esposa de Cardiloro;
Guadalara, que te adoro
y que en tu poder estoy.
De Bélmez, donde ya estamos,
vine con esta invención.
¡Paga, Alcaide, mi afición!

GALLINATO. ¡Ah! ¡Cuántas cosas hallamos
los hombres en esta vida
en que tocar la fineza
del valor, que a la firmeza
de la virtud viene asida!
Pues no piense conquistar
una mujer la opinión
que el más armado escuadrón
no ha podido derribar.
(*A ella.*)
Guadalara, Cardiloro
no me ha podido vencer,
pues vencerme su mujer
mucho infama mi decoro.
Armas del contrario son
una espada; ésta es bastante
si hay fuerza aquí semejante.
Si hay razón, llevar razón;
si una malla, llevar malla;
pero entrando con mujer
en el campo, es sólo ver
un enemigo que calla.—
Abre el castillo, portero.

GUADAL. ¡Ah, Meledón!

GALLINATO. Ciego estoy.

GUADAL. Oyeme.

GALLINATO. De piedra soy.

GUADAL. Yo mujer.

GALLINATO. Yo caballero.

GUADAL. ¡Qué crueldad!

GALLINATO. Ya no aprovecha.

GUADAL. Dame siquiera una mano.

GALLINATO. Por un placer tan liviano
no he de hacer cosa mal hecha.

GUADAL. Yo le diré a Cardiloro
fuerza me has querido hacer.
(*Vase.*)

GALLINATO. Él verá que eres mujer,
porque es hidalgo, aunque moro.
(*Vase.*)

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA (1)

## TERCERA JORNADA

DE *La Divina Vencedora.*

(*Salen* CARDILORO *y* GUADALARA *como en casa.*)

CARDILORO. ¿Que quiso forzarte?

GUADAL. Quiso
con este notable engaño,
de que vengo a darte aviso.

CARDILORO. (Importante desengaño, (*Aparte.*)
tarde tus umbrales piso;
pero no será muy tarde.)

GUADAL. Mahoma tu vida guarde
hasta vengarte, señor.

CARDILORO. Guadalara, el que es traidor
tiene un jirón de cobarde.
Yo pensé que no tenía
el mundo en esta ocasión

---

(1) Después de estas palabras sigue, de letra de Martínez de Mora: "en acabando la segunda jornada se hace el entremes de *los golosos*, que le hace doña María, porque Mariana la acaba y comienza tercera jornada. Después saldrá a bailar sola entre esta jornada." Aqui termina el manuscrito parmense.

más nobleza y valentía
que la de este Meledón,
que en tanto extremo quería.
Pensé que siendo forzosa
una hazaña tan famosa
al de Cartago excediera,
y a Semíramis venciera
en castidad prodigiosa.
La fama que daba gritos
ya de su nombre se aleja
con los laureles marchitos,
que no es hombre el que se deja
vencer de sus apetitos.

GUADAL. A verme vino un soldado
y de ti me dió un recado,
que me dijo que importaba.
Yo, Alcaide, tu villa amaba
y di crédito al recado.
Hago sacar el picazo,
ya el acicate me aprieta
sobre el borceguí de lazo,
tomo una lanza jineta
y una adarga de ante embrazo.
Pico al muro de Chincoya
como quien va sobre Acroya,
y en su barbacana hallo
otro preñado caballo
para destruición de Troya.
Sáleme, al fin, al encuentro;
háceme apear contenta;
yo, con mil zalemas, entro
y entre las hierbas me asienta
de un prado que estaba dentro.
Pregúntele qué quería,
que yo sola merecía
saberlo, y que si importaba
tu vida yo era tu esclava,
siendo la tuya la mía.
Quísome hablar y turbóse,
volvió a querer; comenzó
dos veces y suspendióse;
esforcéle entonces yo,
y él, en efeto, animóse.
Díjome: "Cuando te vi
en Granada te rendí,
mora, un alma de cristiano,
cuya vida está en tu mano
si tienes piedad de mí."
Yo, entonces, alzando airado
el brazo, doile impaciente,
echándole de aquel lado
de los jaspes de una fuente
adonde estaba sentado.
Déjole de fuerzas falto,
y a la puente levadiza
me voy, subiendo de un salto,
que aun decirlo atemoriza,
en un caballo tan alto.
Más que el gusto que recibo
pudo el mirar la deshonra,
hecho ¡por mi vida! altivo;
mas dábame el pie tú honra
y era el temor el estribo.

CARDILORO. ¡Oh, perro, traidor cristiano!
¿Esa fué nuestra amistad
mil veces jurada en vano?
¿Dirás tú que no hay verdad
en un alarbe africano?
Mientes, y tu falso celo
muestra bien tu infame hazaña,
que la verdad en el suelo
no es de africano en España,
sino natural del Cielo.
Batalla mi amor en mí
con tu agravio y con quererte;
pero resuélvome aquí,
que te sirvo en darte muerte;
la razón se prueba así.
Siempre el que es bueno se honra
del amigo sin deshonra;
luego mejor es matarte,
Meledón, que no dejarte
con un amigo sin honra.
Pero no ha de ser así;
yo me iré al Rey de Granada
para vengarme de ti,
pues que no sacaste espada,
sino engaños contra mí.
Ven, Guadalara, conmigo,
que el castillo le he de dar
al Rey.

GUADAL. ¿Cómo?

CARDILORO. Eso no digo.

GUADAL. (¡Qué bien me supe vengar
de mi adorado enemigo!)

*(Vanse y salen* GALLINATO *y* DON LORENZO.)

GALLINATO. Mil cosas tengo, señor,
de que darte el parabién.

D. LOR. Sobrino, dalde también
a vuestro mucho valor.
El Rey os ha perdonado
el haber a Tello muerto.

GALLINATO. Eso, señor, era cierto,
según le habéis obligado.
D. LOR. Verdad es que le he servido;
pero no fué el galardón,
Gallinato, la ocasión
del servicio recebido,
sino el haberse informado
de los muchos que le has hecho,
de la bondad de tu pecho
y de tu brazo esforzado.
GALLINATO. ¿A Sevilla, en fin, ganó?
D. LOR. Sevilla se le ha rendido.
GALLINATO. ¿Cómo fué?
D. LOR. Muy largo ha sido.
Sangre y paciencia costó.
GALLINATO. Cifraldo.
D. LOR. Es coger el viento.
Mas por lo que mi amor debe
haré relación y breve.
GALLINATO. Ya os escucho.
D. LOR. Estáme atento.
Salió el rey Fernando, a quien
apellida Santo España,
de Jaén después de misa,
un martes por la mañana.
Dejó a don Ordoño Ordóñez
por gobierno de su casa,
haciendo un vistoso alarde
a la segunda jornada
de lo mejor de Castilla,
de Aragón y de Vizcaya,
de Galicia y Portugal,
de León y de Navarra.
Iba la famosa Reina
de la gran Casa de Francia,
Joana en nombre y en valor
y no menos Joana en gracias;
Alfonso, hermano del Rey,
que llevaba la vanguardia;
don Enrique y los maestros
de Santiago y Calatrava,
don Diego López de Haro,
don Nuño Manrique y Lara,
don Gutierre, vuestro deudo,
y Garcipérez de Vargas;
los Guzmanes y Toledos,
Acuñas, Cerdas, Peraltas,
Castros, Sandovales, Rojas,
Enriques, Cabreras, Arias,
Pimenteles, Bobadillas
y otros mil de varias castas,
que en el ejército apenas
se divisaban sus armas.
Tan gran confusión hacían,
que así nuestra vista para
como los prados del Betis
cuando abril les muestra el alba.
Campos de trigo parecen
las multitudes de lanzas,
cuando el manso viento ondea
las espigas y las cañas.
Marchaban con tal concierto
carros, bagajes y cargas,
que todos parece que iban
danzando al són de las cajas.
Llega Fernando a Carmona,
sus campos destruye y tala;
Alcalá de Guadaíra
se le rinde y avasalla;
gana el buen Rey de camino
a Sirena y Cantillana,
y pasa a Guadalquivir
sobre juncias y espadañas.
Apenas trece galeras
tiene el cristiano acabadas,
cuando de Tánger y Ceuta
treinta ocupan las dos playas.
Véncelas Rodrigo Flores,
y, después de cosas varias,
pone Fernando su campo
en el campo de Tablada.
Allí fué donde volvió
Garcipérez el de Vargas
por la cofia entre los moros
y la cobró sin batalla.
Ganó don Pelayo a Gelves
con don Alonso de Anaya,
y con Macarena fué
Benaljofar saqueada.
Quisieron quemar la flota
los moros riñendo en Cabra;
pero dejaron mil vidas
entre los bordes y jarcias.
El valiente Garcipérez
y yo, si no es arrogancia
igualarme a su valor,
ganamos cuatro batallas,
que te juro por Dios vivo
que a ningún brazo y espada,
sino a la de Garcipérez,
pude confesar ventaja.
Fernando, al fin, como viese
que la puente de Triana
a los moros defendía,

determinó de quebralla;
armadas naves famosas
con dos cruces en las gavias
y con las velas tendidas
cadena y puente quebranta;
y, a pesar de las ballestas,
los trabucos y bombardas,
cercó a Triana el castillo,
dando su real palabra
de no alzar mientras viviese
el cerco por hambre o falta
de gente; y así los moros
determinaron de darla
después de varias consultas;
temieron sus amenazas,
temiendo, al primer combate,
entregar el fuerte Alcázar.
El gran Miramamolín,
rey de Persia y el Arabia,
la mitad darle quería
del tributo y de las parias;
mas no acetándolo el Rey,
que les deje, le demanda,
derribar la gran Mezquita
con la torre ilustre y alta.
Mandó el Rey que a don Alonso,
su hijo, que hereda a España,
le pidiesen la respuesta;
y él dijo tales palabras,
que por un ladrillo sólo
que a la Mezquita faltara,
cien mil vidas quitaría,
tanto a Sevilla estimaba.
Diéronse, en fin, a partido,
y el de Calatrava, en guarda,
desde Sevilla a Jerez
trescientos mil moros saca.
Hizo Fernando en Sevilla
su felicísima entrada
con solemne procesión,
regocijo y luminarias.
Hizo la Mezquita iglesia,
Santa María se llama;
dijo el de Toledo misa
en hacimiento de gracias.
Decirte sus edificios,
calles, jardines y plazas,
sus muros y torres fuertes,
sus fosos y barbacanas,
sería contar la arena
y medir el aire a varas.
Basta decir que es Sevilla
y que es Santo el que la gana.

(*Sale* CARPIO.)

CARPIO. Acaba, si has de venir,
que te estamos aguardando.
D. LOR. ¿Carpio?
CARPIO. Señor, no sé cuándo
te pueda ese amor servir.
Vengas muy enhorabuena.

(*Sale* CAMPUZANO.)

CAMPUZ. Ea, señor, ¿a qué aguardas?
Parece que te acobardas
por la colación o cena.
No pongas al huésped culpa.
D. LOR. Sobrino, regocijados
están hoy vuestros soldados.
GALLINATO. Cierta fiesta los disculpa.
D. LOR. ¿Cómo?
GALLINATO. Un bautismo.
D. LOR. ¿De quién?
GALLINATO. De un hijo de cierta esclava
que tengo.
D. LOR. Ven, pues, acaba;
quiero darte el parabién.
GALLINATO. Oye aparte.
D. LOR. ¿Cómo así?
GALLINATO. Quiérenme padrino hacer.
D. LOR. ¿Y tú no lo puedes ser?
GALLINATO. Estoy por decir que sí.
¿Qué quieres? Flaquezas son
de hombres que están en fronteras.
D. LOR. Pues ¿para qué son quimeras?
Yo vengo a buena ocasión.
GALLINATO. Por no dar a mis soldados
mal ejemplo lo encubría.
D. LOR. ¡Qué donosa hipocresía!
GALLINATO. Esto es de alcaides honrados.
Es la esclava como un oro.
Ya es cristiana.
D. LOR. Es menor culpa.
Esa hazaña te disculpa.
¿Y el hijo?
GALLINATO. Es hidalgo y moro.
D. LOR. Hijo tuyo y de africana,
por tu vida que ha de ser
otro Mudarra y tener
valor de sangre cristiana.
¿Hay madrina?
GALLINATO. ¡Y brava dama!
Doña Clara de Godoy.

Y ¡por vida de quien soy!
que me ha quemado su llama.

D. LOR. Ven ¡por tu vida!, sobrino.

GALLINATO. Ya voy, señor.

D. LOR. ¿Ah, soldados?
No estéis tan regocijados,
que se ha trocado el padrino.

CARPIO. ¿Cómo?

D. LOR. Yo lo quiero ser.

CAMPUZ. Crecerás la obligación.

D. LOR. Yo os quiero dar colación.

CARPIO. Mercedes nos has de hacer.

*(Vanse todos, y queda* GALLINATO.)

GALLINATO. Solo he quedado, pensando
que en poco me habrá tenido
mi tío, aunque no ha querido
mostrarlo, disimulando.
No pude encubrirlo; fué
forzoso que lo dijese.
De que con morisca fuese
es bien que corrido esté.
Si dió a Alejandro alabanza
la mujer que cautivó,
porque honrada la volvió,
gran vituperio me alcanza.
¡Virgen santa, mi adalid,
la que en Granada quité
al morillo que maté,
oídme, Señora, oíd!
Palabra os doy que jamás
mora ni cautiva trate
después ni antes del rescate
aunque amor me fuerce más;
y si os la quebrase digo
que en poder de moros viva
esta libertad, cautiva
por manos de un falso amigo.
Oídlo, Virgen del Fuerte,
cuya capilla labré
de mi pobreza, y quien fué
vida de mi cierta muerte.
Mas ¿para qué voces doy,
pues me escucha dondequiera?

*(Salen al bautismo* SOLDADOS *delante con fuentes y lo necesario.* ZULEMA, *con el niño;* DON LORENZO *y* DOÑA CLARA *detrás, que son padrinos; todos en orden, con música.)*

CARPIO. Anden ya, que el cura espera.—
Salcedo, a fe de quien soy,
que es don Lorenzo gallardo.

SALCEDO. Es famoso caballero.

GALLINATO. Tío, acompañaros quiero,
que ha rato que aquí os aguardo.

D. LOR. ¡Oh, sobrino, cómo es bella
la madrina!

GALLINATO. Hablad más bajo,
no nos metáis en trabajo.

D. LOR. Váseme el alma por ella.

GALLINATO. Pues, tío, el tiempo os reporta,
porque es mujer doña Clara
de nuestro alférez Guevara.

D. LOR. Para servirla, ¿qué importa?—
Suplico a vuestra merced
me dé la mano.

D.ª CLARA. Señor,
para mí será favor.

D. LOR. Y para mí gran merced.

ZULEMA. ¿Carpio?

CARPIO. ¿Qué quieres?

ZULEMA. El niño
tirar coces al barriga.

CARPIO. Bellaco, dale una higa.

ZULEMA. Vos teneldo bon aliño.

CARPIO. Es hijo de Gallinato,
que mil moros ha deshecho,
y el alma, viendo tu pecho,
le está tocando a rebato.

ZULEMA. ¡Antes el no tener fe
que tener Zulema ahora!

CARPIO. Bríncale, ¿no ves que llora?

ZULEMA. Dal celteto vosancé.

*(Vanse, y salen el* REY DE GRANADA, SULTAN, CARDILORO *y* GUADALARA.)

REY.

¿Que te atreves, Alcaide, a mi presencia,
siendo el autor de aquel fingido trato?

CARDILORO.

De mi culpa me basta, en penitencia,
la traición que me ha hecho Gallinato;
pero si a verte vengo sin licencia,
es porque no me tengas por ingrato,
que le quiero poner preso en tus manos
y el castillo que guardan sus cristianos.
Y digo que si no te diese preso
dentro de un día a Meledón gallardo,
que me castigues con mayor exceso
y quede Guadalara por resguardo.

REY.

Si yo le prendo, ¿qué mejor suceso
de tu venida, Cardiloro, aguardo,

que tomar este fuerte y esta espada,
que asegura los campos de Granada?

GUADALARA.

Cree, señor, que haberme aquí traído
el Alcaide, mi esposo y tu criado,
por la razón que aquí refiere ha sido
con el cristiano bárbaro enojado.

REY.

Aunque a Martos hubiéramos rompido,
que tan en vano habemos conquistado,
por defendelle la Condesa Irene,
que, con Cenobia, igual corona tiene,
no recibiera, Alcaide, más contento
que en tomar el castillo de Chincoya.

CARDILORO.

Yo te daré su Alcaide preso, y siento
que en él te doy una preciosa joya.

SULTÁN.

Si él se rinde no dudo que al momento,
pues en su vida su defensa apoya,
el castillo te rindan sus soldados.

REY.

Quedemos de esta suerte concertados:
que si me dieres preso a Gallinato,
te dé dos mil cequíes.

CARDILORO.

¡Gran nobleza!

REY.

Y si hubiere traición o falso trato,
que te quite del cuello la cabeza.

CARDILORO.

Que me place, y el tiempo que dilato
quito a vengarme y a servir tu Alteza.

REY.

¿Qué hay, Sultán de Benyufaz?

SULTÁN.

Que corre
de Ecija el campo y hasta el muro y torre.
Ya don Nuño de Lara queda muerto,
y de Toledo el arzobispo Sancho,
junto a Jaén, de una celada incierto,
de que está Natali glorioso y ancho.
Don Lope dicen que tenía encubierto
de un olivar su alojamiento y rancho.
Salió sin dejar vivo sólo un moro,
cobró el cuerpo y la cruz de piedras y oro.

REY.

No importa, que, si tomo este castillo,
yo pisaré sus cuellos pertinaces.

CARDILORO.

De tu heroico valor me maravillo
que con el Rey cristiano hicieses paces.

REY.

Tengo a Benyufaz, fuerte caudillo,
y en Málaga los moros arrayaces.
A Chincoya camina.

GUADALARA.

(Hoy, vil cristiano,
me venga Amor y Marte da la mano.)

*(Vanse todos, y salen* GALLINATO, FÁTIMA *y* ZULEMA.*)*

GALLINATO. Como a hijo te aconsejo,
Zulema, en esta ocasión.
ZULEMA. Bonos los consejos son:
de bon padre, bon consejo.
GALLINATO. Mira, hijo, yo te caso
con Fátima, pues los dos
vivís en la fe de Dios.
ZULEMA. ¿El checo no hacer al caso?
GALLINATO. De un hombre cual yo, ¿qué afrenta
se te puede seguir, tonto?
ZULEMA. ¡Ah, ah! Eso estar bon conto;
ser boda con sal pementa.
GALLINATO. Yo os doy libertad y doy
una casa y una huerta;
la cama ya es cosa cierta,
y porque tan pobre estoy,
trecientos maravedís;
pero tendréis mi favor.
FÁTIMA. Bendecilde, mi señor.
GALLINATO. Pues, Zulema, ¿qué decís?
ZULEMA. Esto del checo me corta;
vosancé, saber que dijo
un cama para so hijo
y un borro para la gorta.
Todo entender.
FÁTIMA. ¡Anda, berro!
Tú, ¿qué ser?
ZULEMA. Ser un esclavo.
FÁTIMA. Pues ¿de qué te mostrar bravo?
Mi consejo echalde yerro.
ZULEMA. ¿Qué mayor poder echaldo
que casar con vosancé?
mas yo le hacer; el borqué,
Dios sabeldo y yo callaldo.

GALLINATO. Pues alto: dale esa mano.
ZULEMA. Su marido soy, que a fe
que la querer ben.
GALLINATO. Yo haré
como hidalgo y cristiano:
FÁTIMA. ¡Ah, Zulema! ¿Vos a mí
despreciald**a** de esa sorte?
ZULEMA. Por este checo estar forte.
FÁTIMA. Logo, ¿tener miedo?
ZULEMA. Sí.
Ser de Gallinato el checo,
y, en crecendo, certo estar
que al pobre Zulema dar
más palos que a so borreco.
GALLINATO. Ve, Zulema, a Campuzano,
y dile que venga aquí.
ZULEMA. Yo andar, señior.
GALLINATO. ¿Fuese?
FÁTIMA. Sí.

*(Hace que se va Zulema, y está acechando.)*

GALLINATO. Dame, Fátima, esa mano,
y aunque te he casado, quiero
que muy amigos seamos.
FÁTIMA. Saber Alá que te amamos,
que tú estar amor primero.
ZULEMA. (Acechar querer de aquí
lo que hablar Meledón,
que me decir corazón
que esto es engañar a mí.)
GALLINATO. Fátima, tú eres mi gusto,
y más mirando el retrato
de otro nuevo Gallinato;
es muchacho tan robusto,
y está de suerte pintado,
que me dobla el afición.
FÁTIMA. Hacelde mi corazón;
vosancé tener traslado.
GALLINATO. (De aquesta vez, rompo el voto.)
¡Dame, Fátima, un abrazo!
*(Abrázanse.)*
FÁTIMA. ¡Con alma e vida te enlazo!
ZULEMA. (¿Yo casalde? ¡Garda el poto!)
GALLINATO. Juraba no te querer,
mas no lo puedo excusar.
ZULEMA. ¡Basta, que yo me casar

*(Sale.)*

e vos tenerme mujer!
¡Joro a Dios que vosancé
tenelde poco razón!
GALLINATO. Sosiega tu corazón,
que esto despedirme fué.
FÁTIMA. A bona fe, Zulemica,
despedilde mi señior.
GALLINATO. Como la he tenido amor,
en esto se significa.
ZULEMA. (No casamos e prengamos.
¡Peligro tener el frente!)

*(Sale CARPIO.)*

CARPIO. De esotra parte del puente,
por donde a Morón bajamos,
apeado Cardiloro,
y su yegua a un olmo atada,
te espera.
GALLINATO. El Rey de Granada
anda cerca, y así el moro
no se atreve a entrar acá,
porque alguno no le vea.
CARPIO. Que esto o que otra cosa sea,
solo esperándote está.
GALLINATO. Di, por tu vida, mi Carpio,
que algún caballo me den.
CARPIO. ¿A pie no irás?
GALLINATO. Dices bien,
que alcanza al puesto una jara.
Cierra.
CARPIO. Ya al portero llamo.
ZULEMA. ¡Entrar vos, perra del poto!
FÁTIMA. ¡Tú estar berro e alcagoto!
ZULEMA. ¡E tú pota de tu amo!

*(Vanse, y sale CARDILORO.)*

CARDILORO.

¡Hago testigos a estas verdes plantas,
a estas aguas corrientes, a este suelo,
este sol, esta luz y cuanto el Cielo
ha producido en primaveras tantas,
que de nuestra amistad las prendas santas
rompo, obligado de tu falso celo,
traidor cristiano, de mi fuego hielo,
que a Marte infamas y al Amor espantas!
¡Aquí verás lo que a un honrado obliga
ser de un amigo bárbaro ofendido,
y que eres tú el alarbe, yo el cristiano!
¡Yo no soy, Meledón, quien te castiga;
el Cielo, sí, cuyo instrumento he sido,
porque él da la sentencia y yo la mano!

*(Sale GALLINATO.)*

GALLINATO. Era tiempo, Cardiloro,
que nos viésemos.
CARDILORO. ¡Oh, amigo!
GALLINATO. La causa, por Dios, ignoro.

CARDILORO. Estorba el verme contigo
servir tú un santo, yo un moro.
Quebró, como ves, las paces
con que a vuestro Rey servía
por los moros arrayaces,
y corre el Andalucía.

GALLINATO. Como hidalgo en todo haces:
tiras tu sueldo y defiendes
del que te paga la tierra.

CARDILORO. La verdad, Alcaide, entiendes.

GALLINATO. ¿Qué hay de guerra?

CARDILORO. Todo es guerra.
Pretendo lo que pretendes,
que hablarte tengo; este prado
nos dará su asiento y sombra.

GALLINATO. Haz cuenta que estoy sentado.

CARDILORO. La hierba sirva de alfombra;
mi adarga sirva de estrado.

*(Tiende la lanza a* GALLINATO.*)*

GALLINATO. Ningún Rey le ha merecido:
de ese favor me reserva.

CARDILORO. Si a la lanza que has tendido
has hecho funda la hierba,
mayor confianza ha sido.

GALLINATO. Di ¿qué hay de fronteras?

CARDILORO. Vaya
de nuevas.

GALLINATO. Basta que haya
ese brazo por amparo.

CARDILORO. Don Lope Díaz de Haro,
señor de vuestra Vizcaya,
y el famoso que el valor
de los Castros tanto loa,
Alvar, de Asturias señor,
con el fuerte Gil de Roa
y Illán de Sotomayor,
por tu Rey, inadvertidos,
con furia que nunca para,
corren la tierra atrevidos.

GALLINATO. ¿Cómo va con Guadalara?

CARDILORO. ¡Es la luz de mis sentidos!
(¡Ah, traidor, cómo preguntas *(Ap.)*
por ella!)

GALLINATO. ¿Quieres comer
hoy conmigo?

CARDILORO. Andaba junto
del Rey una escuadra ayer
por esa elevada punta:
no me atreveré por eso.

[illegible]

[illegible]

CARDILORO. ¡Suelta la espada!

*(Sácasela.)*

GALLINATO. ¡Oh, suceso
triste! ¡Ah, traidor, eres moro!

REY. ¡Paso, Alcaide; date preso!

GALLINATO. ¡Que me quitaste la espada
tú mismo; pero no ha sido
tu culpa!

CARDILORO. No digas nada,
que tu traición te ha vendido
contra la amistad jurada.

GALLINATO. ¿Yo traidor?

CARDILORO. ¡Sí, tú traidor!

GALLINATO. ¡Ah, perro infame, tú mientes!

CARDILORO. Matarte aquí será error,
que estás preso.

REY. No lo intentes,
que es infamar tu valor.
Alcaide, que has espantado
con tu nombre estas fronteras
y las de tu Rey guardado
tan bien, que de mis banderas
tienes tu fuerte entoldado,
tres mil hombres he traído,
tú tienes treinta no más:
que me le rindas te pido,
pues no le defenderás
ni hallarás mejor partido.

GALLINATO. ¡Ah, Virgen! ¡Ah, gran Señora!
Ya sé que queréis ahora,
por el voto que rompí,
castigarme, pues así
me tiene esta gente mora.
Justamente preso estoy,
y el no me haber defendido
es porque por vos lo estoy.

SULTÁN. Del fuerte nos han sentido.

CARDILORO. A él acercándome voy.

*([illegible] muro* DON LORENZO, CARPIO, GUEVARA, CAMPUZANO *y* SALCEDO.*)*

D. LOR. ¡Notable es el escuadrón
de moros! Mucho me pesa
que ande fuera Meledón.

CARDILORO. ¡Ah, del fuerte!

SALCEDO. Alguna presa
traen de Osuna y de Morón.

CARDILORO. ¡Ah, del fuerte!

CARPIO. Un moro llama.

D. LOR. ¿Qué quieres, moro? ¿Quién eres?

CARDILORO. Quien vuestra sangre derrama.

D. LOR. Habla, moro, si hablar quieres,
que esa arrogancia te infama.

CARDILORO. Con tres mil hombres aquí,
el Rey de Granada viene.
D. LOR. Moro, ¿qué se me da a mí?
¡Alcaide el castillo tiene!
CARDILORO. ¿Y que tiene Alcaide?
D. LOR. Sí,
y tal que, si le nombrase,
no habrá moro que, de miedo,
la puente del fuerte pase.
CARDILORO. ¿Qué dirás de lo que puedo
si preso te lo mostrase?
D. LOR. ¿Preso?
CARDILORO. Llega, Gallinato.
GALLINATO. Tío, por el falso trato
de este moro, atado estoy.
CARDILORO. Dame el castillo.
D. LOR. ¡No doy,
moro, mi honor tan barato!
CARDILORO. ¡Mataréle!
D. LOR. Si no tienes
daga, yo te la daré.
REY. ¿Qué te cansas y entretienes?
Di que el castillo me dé
o ejecuta a lo que vienes.
CARDILORO. ¿Das el castillo o le paso?
D. LOR. Él responda.
GALLINATO. Mi respuesta
es que me des.
CARDILORO. Doile.
REY. ¡Paso!
GALLINATO. Si la vida el honor cuesta,
¿quién de la vida hace caso?
REY. ¿Cardiloro?
CARDILORO. ¿Señor?
REY. Mira:
de hacer esto se retira
el Alcaide con (1) mi gente.
CARDILORO. Pues ¿qué me mandas que intente,
que tanto valor me admira?
REY. Escucha.

*(Habla el* REY *al oído a* CARDILORO.)

D. LOR. (¿Qué haré, soldados?
¿Podremos sufrir que estén
aquellos brazos atados?
CARPIO. Eso tú lo sabes bien.
D. LOR. Sí, porque así están honrados.
¡Muera vuestro Alcaide, amigos;
guardemos su hacienda al Rey!
¡Muchos son los enemigos,
pero de esta buena ley
hago a los Cielos testigos!
CARPIO. ¡Aunque adoro a mi señor,
no he de rendir el castillo!
GUEVARA. ¡Yo, con hidalgo valor,
daré mi cuello al cuchillo
de su fiereza y rigor!
CAMPUZ. ¡Todos lo haremos ansí!
SALCEDO. ¡Fiad en todos y de mí!
D. LOR. ¡Vamos y contra su ofensa
prevengamos la defensa!)

*(Vayanse del muro.)*

REY. ¿Entiéndeslo?
CARDILORO. Señor, sí.
Retira tu gente luego.
(¿Podrá, por dicha, alcanzar
del Alcaide el oro y ruego
lo que no podrá acabar
tan presto el acero y fuego?)
Quédate aquí, Guadalara.

*(Vase el* REY *y su gente; quedan* GALLINATO *y* GUADALARA.)

GUADAL. (Aquí me quedo hasta ver
en lo que el suceso pára.)
CARDILORO. ¿Tú, atado y en mi poder?
Alza, cristiano, la cara.
GALLINATO. No la levanto cual suelo,
por no ver en ti, enemigo,
al más vil que ha hecho el Cielo,
que es el que vende a su amigo
toda la infamia del suelo.
De tu amor tuve bien llenas
mis venas, y es bien de sangre
el hierro en que me condenas;
serás como mala sangre,
que mata y está en las venas.
¡Villano!, cuando en Granada,
atado y preso a tu estribo,
sin honra entré y sin espada,
donde fué el primer recibo
de esta fe tan mal pagada.
Cuando gozaste por mí
tu mujer, cuando por ti
me vi entre el cordel y el fuego,
¿esto merecí, a que llego?
Mas Dios me castiga así,
que quien por un moro infame
hizo lo que yo contigo,
bien es que le venda y llame,
debajo de paz de amigo,
a quien su sangre derrame.

(1) En el original, "por".

¿Tú eras el moro valiente?
¿Tú el honrado? Bien mostraste
ser afición insolente,
pues a matar me sacaste
de mi casa y de mi gente.
¿No te avergüenzas de ver
aquestas manos atadas
que no has podido vencer?

CARDILORO. Si fueran manos honradas,
no supieran ofender.
¿De qué te quejas, traidor,
si, ciego de loco amor,
a Guadalara trujiste
a tu castillo y quisiste
con ella ofender mi honor?
¿Eres tú aquel a quien di
la vida cuando te vi
a la puerta de Granada,
casi en el cuello la espada
y el fuego cerca de ti?
¿Eres el que, en una fuente
de alabastro, en tu jardín,
quiso a mi mujer...

GALLINATO. Detente,
que ya estoy de todo al fin.—
¡Así Dios tu vida aumente,
Guadalara!

GUADAL. ¡Qué traidor!
¿No es verdad que me quisiste
forzar?

GALLINATO. Si es verdad que amor
mi pecho hidalgo resiste,
y de mi amigo el honor;
si el ver que aquí me buscaste
y tu amor me declaraste,
y que yo te resistí
por Cardiloro y por mí,
y que en el fuerte no entraste,
te ha obligado a esta mentira,
¿cómo no temes la ira
del Cielo? ¡Ah, moro engañado,
conozco que eres honrado!

CARDILORO. Yo, que tu valor me admira.

GALLINATO. Esta mujer te engañó.
Y por que saques de rastro
la fábula que fingió,
y que en fuente de alabastro
jamás la vi ni me vió,
yo haré que te abran el fuerte,
y si tal fuente se hallare,
quiero que me des la muerte.

CARDILORO ¡Guadalara!

GUADAL. ¡Que repare
su traición de aquesa suerte!
Di, enemigo, ¿no querías
gozarme?

CARDILORO. Ya estás turbada;
ya las rosas que traías
el miedo al alma traslada,
en que estos áspides crías.
¿No basta haberle querido,
sino haberme a mí engañado,
para que le haya vendido
y a mi buen amigo honrado,
injustamente ofendido?
Pudiérame suspender
y averiguar lo que digo;
pero en caso de tener
honra entre mujer y amigo,
no doy crédito a mujer.
¡Vive Alá!, que, en penitencia,
no vuelva a Bélmez jamás
ni del Rey a la presencia.
*(Desátale.)*
Atame como tú estás
y dame otra igual sentencia.
Ves aquí mi espada; corta
o ata estas manos, ¿qué aguardas?

GALLINATO. El brazo, Alcaide, reporta.

CARDILORO. ¡Dame la muerte, que tardas!

GALLINATO. Mi remedio ahora importa.
El Rey viene: ¿qué has de hacer?

CARDILORO. Dejar aquesta mujer
y irme a tu castillo.

GALLINATO. ¡Corre,
que ya nos abren la torre
como me han visto correr!
*(Entrarse.)*

GUADAL. ¡Aguarda, infame, no huyas,
los dos hagamos batalla,
por que la verdad arguyas!
¡Ya los guarda la muralla!

*(Sale el Rey moro y su gente, Sultán y Aliatar.)*

REY. ¿Voces, Guadalara, y tuyas?
¿Qué es esto?

GUADAL. ¡Y con gran razón!

REY. ¿Por qué?

GUADAL. Porque Cardiloro
te ha hecho una gran traición.

REY. ¿Fuése el mal nacido moro?

GUADAL. ¿No lo ves?

ALIATAR. (¡Brava afición!)
Con palabras le ha engañado

el vil cristiano atrevido
y en el fuerte se han entrado.

REY. ¡Cardiloro me ha vendido!
Mirad si hay celada al lado.

ALIATAR. No, señor, que no parece
hombre en toda la campaña.

SULTÁN. ¿Esta ocasión te entristece?
Pues Alá por esta hazaña
tres mil soldados te ofrece;
echa el castillo por tierra,
traed escalas aquí,
que cien soldados encierra.

GUADAL. ¿Ciento? ¡Ni aun treinta!

REY. Eso, sí.
Pon escalas. ¡Cierra, cierra!

*(Arriman escalas, empiezan a subir los Moros con sus adargas; los de arriba a tirar alcancías.)*

ALIATAR. No entiendo que es esta parte
la más flaca.

SULTÁN. De esa suerte,
podrás en vano cansarte.

ALIATAR. Por aquélla les divierte.

REY. Aliatar dice bien: parte.

*([illegible] los Moros, sale Gallinato arriba y dice [illegible] demás.)*

GALLINATO. Haced subir piedra arriba.

SALCEDO. Tiren niños y mujeres:
mucho el asalto se aviva.

GALLINATO. ¡Oh, muro, de mármol eres
que, al fin, el tiempo derriba;
mas si cada piedra fuera
un pecho de Gallinato,
un mundo no te rindiera!

SALCEDO. Allá tocan a rebato.
¿Qué haces de esa manera,
que nos rompen el portillo?

GALLINATO. Por lo flaco del castillo
entrarán, a lo que creo.
Guevara, en vano peleo,
y no podré resistillo.
¡Son tres mil hombres!

CARPIO. ¡Camina!

GALLINATO. ¡Y nosotros treinta y dos!

SALCEDO. ¡Ya se entrega, ya se arruina!
¿Qué haces?

GALLINATO. ¡Acudo a Dios!
¡Corre, amigo, esa cortina!

*(Con la música corren una cortina, aparece una capilla arriba del muro do estará la Imagen de Nuestra Señora.)*

GALLINATO. ¡Virgen del Fuerte, señora,
que rescaté de Granada
cautiva entre gente mora!
¡Alzad vos también la espada,
pelead, valedme ahora!
¿Yo no os saqué de cautiva?
¡pues libradme de cautivo!
Vuestra imagen ¿no está viva?
¡Ayudadme mientras vivo!

*(Tocan a rebato.)*

SULTÁN. ¡Arriba, Aliatar, arriba!

GALLINATO. ¡Ya entran, Madre de Dios!
¡Oíd, Virgen, lo que pasa,
pues también os toca a vos
el defender vuestra casa!
¡Defendámosla los dos!
¡Aquí tenéis vuestro altar,
lámparas, frontales, fiestas!
Si entra aquí Benalhamar,
¡cosa ninguna de aquéstas,
Virgen, no os ha de quedar!

*(Dice dentro Don Lorenzo:)*

¡Volved por vos y por mí!

*(Dentro.)*

D. LOR. ¡Aquí, soldados, aquí!

CARPIO. ¡Señor, tu tío es aquél!

GALLINATO. ¡Yo voy a morir con él!

*(Dentro.)*

SULTÁN. ¡Date, Alcaide!

CARPIO. ¿Escuchas?

GALLINATO. Sí.

*(Toma la imagen.)*

¡Virgen, yo me voy al muro,
y allá os llevo por soldado,
que acá no tenéis seguro
vos ni vuestro Hijo amado!
¡Niño, con vos me aventuro!
¡Virgen, defended la parte
que de este castillo os toca!
Niño y Dios, pues sois el Marte,
defendelda si os provoca
vernos tratar de tal arte!
¡Virgen, subamos allá!

*(Tornan a dar voces y a tocar.)*

CARPIO. ¡Ya la combaten de nuevo!

ALIATAR. ¡Ea, que se rinden ya!

GALLINATO. Si tales soldados llevo,
¿quién ofenderme podrá?

CARPIO. ¡Subamos al torreón,
porque su defensa cuadre!

GALLINATO. ¡Qué buenos soldados son
Jesús divino y su Madre!

¡Más valen que un escuadrón!

SALCEDO. ¡Las láminas y el cerrojo
rompen!

GALLINATO. No te cause enojo.
¡Virgen, pelear tenéis,
y a la fe que, si vencéis,
que partamos el despojo!

*(Éntrase y salen el* REY *moro y su gente y* GUADALARA.)

REY. Ya queda casi rompido
por aquella parte el muro.

SULTÁN. ¡Temerario asalto ha sido!

REY. De no me apartar os juro
hasta haberle combatido.
Arrima otra vez aquí
esas escalas, Sultán.

SULTÁN. Basta, que al Alcaide vi.

REY. El y don Lorenzo están
en el muro contra mí.

GUADAL. ¿Posible es que Cardiloro,
siendo granadino moro,
*(Al muro.)*
estime tanto un cristiano?

D. LOR. Más sangriento está el tirano
que en la plaza herido el toro.

CARPIO. ¡Jurado dicen que tiene
de no dejar la conquista!

D. LOR. Meledón al muro viene.

GALLINATO. ¿Qué hay, tío?

D. LOR. Esa hermosa vista
a los ojos entretiene.

GALLINATO. Mejor dijeras las manos.

REY. ¡Ea, fuertes africanos!
¿Un castillejo tan vil
se os defiende, y sois tres mil
y ellos treinta y dos cristianos?
Pon escala. ¡Arriba, arriba!

*(Suben los* MOROS, *y cuando empiezan a subir con mucho ruido, descúbrese en lo alto la Imagen y a los lados dos ángeles con espadas en las manos y unos escudos con cruces coloradas.)*

¡Ay de mí, que todo el Cielo
nos atropella y derriba!

SULTÁN. ¡Este no es poder del suelo!
¡De vista su luz me priva!

REY. ¡Moros: María es aquella
que los cristianos adoran!
¡Dejad, moros, el asalto,
pues los Cielos fuego arrojan!
¡Esta es la Madre de Cristo!
¡Profeta santo, perdona,
que no puedo resistir
tan divina vencedora!

ALIATAR. ¡Huyamos, Sultán, que he visto
entre aquellas nubes rojas
unos mancebos que vuelan
con espadas vengadoras,
cruces parten sus escudos
y de fuego son las hojas!
¡Huye, que no hay resistir
tan divina vencedora!

SULTÁN. Ya voy, amigo Aliatar,
lleno de mortal congoja,
porque me abrasan los rayos
de aquel Sol que el Cielo adora.
Volvámonos a Granada:
¡pesar del falso Mahoma,
que en vano conquista el Rey
tan divina vencedora!

*(Vanse el* REY, *los suyos y* GUADALARA; *están los del muro de rodillas y* CARDILORO.)

CARDILORO. ¡Virgen, Cardiloro os habla!
¡Oídme, Virgen hermosa,
que de volverme cristiano
os doy palabra, Señora!

SALCEDO. ¡Virgen, en tantos milagros,
mi lengua, muda, os adora!

D. LOR. ¡Yo lo mismo, Virgen santa!

CARPIO. ¡Yo también, blanca Paloma!

CAMPUZ. ¿Quién, sino Vos, vencer pudo?

ZULEMA. ¡Virgen, Zulema a vos sola
por Madre de Dios confiesa
y por su Abogada os toma!

FÁTIMA. ¡Reina de los angelecos,
Fátima, Virgen os nombra!

CARPIO. ¡Vuestra será, Virgen bella,
esta famosa vitoria!

GALLINATO. Lirio, jazmín, torre, huerto,
plátano, ciprés y rosa,
¡este milagro que hicistes
en el fuerte de Chincoya
durará muchas edades,
y con el fin de esta historia,
le tendrá sin tener fin,
tan *divina Vencedora!*

FIN

COMEDIA FAMOSA

DE

# DON LOPE DE CARDONA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Lope de Cardona.
*El* Capitán Urrea.
Doña Casandra Centellas.
*El* Rey don Alonso de Aragón.
Don Pedro, *su hijo.*
Don Bernardo de Cardona.
*Un* Secretario.
Ramiro y
Félix, *soldados.*
Leonardo.
Rogerio, *Rey de Sicilia.*
Clenarda, *su hija.*
Rosinda.
[Lupercio.
*Un* Criado.
Fabricio.
Felinardo.
Riselo.
Belardo.
Fausto, Lauro, Tebano, *pescadores.*
*Un* Paje.]

## ACTO PRIMERO

*(Salen con caja y bandera soldados galanes y detrás de ellos,* Don Lope de Cardona, *general.)*

D. Lope. No paséis más adelante;
mejor es volver atrás
y al honor más importante,
pues no nos celebran más
en vitoria semejante.
Volved a la mar, soldados,
y no entremos en la tierra
en tan mal punto llegados,
pues que las puertas nos cierra
cuando volvemos honrados.
Gran señal de mal venidos
no alegrar nuestros oídos
sus trompetas y atambores,
pues nos tratan vencedores
como pudieran vencidos.
Yo hice salva en presencia
de la hermosura del alba
a los muros de Valencia;
mas no responde a mi salva:
¿si anda la envidia en mi ausencia?
¿No merece la persona
de don Lope de Cardona
que una pieza al viento dieras,
cuando de tantas banderas,
Patria, tus muros corona?
Si el Rey de Sicilia viene
a vengar su hijo y salgo
adonde cien naves tiene,
y no por lo que yo valgo,
hago que su curso enfrene,
sino por vuestro valor,
españoles generosos,
¿no era bien darnos honor?

Capitán. Si a tus brazos vitoriosos
se niega el premio, señor,
¿en qué estarán confiados
tus soldados, que han vertido
su sangre, de ser premiados?

D. Lope. Vuestro Rey habéis servido,
¿qué mayor premio, soldados?
Esto no es sin (1) ocasión,
que la envidia y la desdicha
hijas de la patria son.

Capitán. No te aflijas, que, por dicha,
está el Rey en Aragón.

D. Lope. Que en Zaragoza estuviera,
buen Urrea, ¿qué importara
para que cuando me viera
Valencia a tan noble y rara
vitoria, fiestas hiciera?
No digo yo que la gala
de sus damas, en su sala,
me hiciera fiesta y sarao;
pero que dijera el Grao
"Aquí estoy" con una bala.
No digo que la española
destreza que hoy acrisola
las armas justas me hiciera,
mas que en sus muros pusiera
Valencia una lumbre sola.
Quitaos, soldados, las galas,
buenas ayer y hoy tan malas,

(1) En impreso de 161[illegible] dice "sino".

que debe de andar la envidia,
a quien mi dicha fastidia,
tirando secretas balas.
Amainad los gallardetes,
las flámulas y estandartes;
desnudad los coseletes.
¡Ni os honran los baluartes
ni en la costa los jinetes!
Sólo dejad la bandera
de San Jorge desdoblada,
que siendo sierpe tan fiera
la envidia, podrá su espada
ponerle espanto siquiera.

CAPITÁN. Por la puerta de la mar
un coche he visto salir.

D. LOPE. Carro y triunfo consular,
por mí debe de venir
si tengo en él de triunfar.

CAPITÁN. De él una dama se apea
y a ti endereza los pasos,
aunque con triste librea.

D. LOPE. Ella será, en tales casos,
sombra de mi muerte, Urrea.

(*Sale vestida de negro* DOÑA CASANDRA CENTELLAS.)

CASANDRA. Aunque tus brazos deseo,
ya no te pido los brazos...

D. LOPE. ¡Cielos!, ¿qué es esto que veo?

CASANDRA. Porque no merece abrazos
quien hoy te quita el trofeo.

D. LOPE. ¡Descubre esas dos estrellas
para mi bien, dama hermosa!

CASANDRA. Hallarás tu muerte en ellas.

CAPITÁN. Mucho (1) parece a tu esposa
doña Casandra Centellas.

CASANDRA. La misma, don Lope, soy.

D. LOPE. ¡Triste agüero de mi muerte!

CASANDRA. Yo, a lo menos, muerta estoy.

D. LOPE. ¿Adónde vas de esa suerte?

CASANDRA. ¡Al mar de mis ojos voy,
donde me anegue el tormento!

D. LOPE. Casandra, ¿qué ha sucedido?

CASANDRA. Oye, Cardona, un momento.

D. LOPE. Si hay veneno en el oído,
por él, Casandra, le siento.

CASANDRA. Luego que con esta armada
partiste, ilustre don Lope,
a buscar la de Rogerio,
que la costa a España corre
en venganza de la muerte
de su hijo, que una noche
mató el príncipe don Pedro,
que estaba en Sicilia entonces,
bien que, por ser en torneos,
no fué venganza conforme;
pero la muerte de un hijo
obliga a hacer sinrazones,
el mismo Príncipe, a quien
fuiste a servir, y conoces
por mancebo inquieto y fácil,
todas tus obligaciones
quiso pagar en tu ausencia,
para que, mientras le cobres
la tierra que le han quitado,
en la suya te deshonren.
Dió Pedro en solicitarme,
y, con papeles de amores,
hizo terceras por fuerza
a muchas señoras nobles.
Dió en hacer públicas fiestas,
dió en vestir de mis colores
su persona y sus criados.
Yo, viendo tanta desorden,
quejéme al Rey; mas es padre,
no le castigó, riñóle
con más blandura que es justo,
pues le dió licencia al doble;
que quien de secreto yerra,
con temor se descompone;
pero, en viendo que se sabe,
no hay mal a que no se arroje.
Vino una noche, y aun muchas,
con tantos armados hombres
como si a Sicilia fuera
contra el fuego de sus montes.
Dicen que trajo instrumentos
de música y de voces;
pero ausentes los maridos,
son los silencios mejores.
Dábalas tu fama al Cielo,
y de este delito enorme
oyólas tu viejo padre,
que descansaba en Segorbe.
Descolgó la antigua espada,
la que en tantas ocasiones
fué defensa de su Rey,
la que por entrambos cortes
tiñó mil veces la sangre
de los moros españoles,
y ciñéndosela al lado,
vino secreto a la Corte:

(1) En el manuscrito dice "Bueno", en lugar de "Mucho".

la noche de más ruido,
aunque es verdad que no rompen
voces de músicas dulces,
oídos y honor de bronce.
Metió mano el noble viejo,
sin hacer las prevenciones
que a su Príncipe eran justas,
aunque agravien los mayores;
mas dicen que él no pensó
que estaba allí, y atrevióse
como honrado, que al agravio
no hay razón que le reporte.
Huyó la gente de Pedro,
porque eran aduladores
y las manos y la lengua
nunca en una mesa comen.
Quedó Pedro con tu padre,
y, por mi desdicha, hirióle,
aunque tan poco, que apenas
corrió sangre que le tomen;
pero era sangre real,
que ésta aún dicen los dotores
que sacarla a un Rey enfermo
es género de traiciones.
El rey don Alfonso, airado
contra tu padre, le pone
en la torre de Serranos:
cien hombres guardan la torre.
Esta es la causa de haber
mandado que cuando tornes
cierre sus puertas Valencia
y que ninguno te honre.
Los jinetes de la costa,
con el pendón de San Jorge,
secretos están mirando
en qué tierra los pies pones.
Con guerra, Lope, te aguardan,
y lo menos, con prisiones.
Valencia se llamó Roma,
y pues fué su antiguo nombre,
hoy querrá serlo contigo
y tú de sus Scipiones; (1)
hoy serás el Africano,
tan vitorioso y tan pobre.

D. LOPE. Aunque es, Casandra, el honor
tan justa y santa defensa,
el que es hombre de valor
ha de anteponer la ofensa
del Rey y propio señor.
Del Príncipe me quejara
viendo que mi honor me quita
cuando mi brazo le ampara,
que ofende quien solicita
como si el honor quitara.
Mas no me deja lugar,
lo que me debo quejar
de mi padre, pues ha sido
quien en la tierra ha perdido
lo que he ganado en la mar.
¿La espada contra don Pedro,
gran Príncipe de Aragón?
¡Bien con sus defensas medro!
¡Perdió el tronco la opinión
de tan levantado cedro!
Él, que con mayor firmeza
había de mantener
el árbol de mi nobleza,
¡hoy le ha querido poner
en tan notable bajeza!
¡Sangre al Príncipe!

CASANDRA. ¿No ves
que sólo intentó mostrar
lo que es honor, y después,
humildemente, mostrar
que era su hechura a sus pies?
Nunca creyó que metiera
don Pedro mano a la espada,
sino que de allí se fuera.

D. LOPE. Si te tiene por honrada,
¿qué es lo que a mi padre altera?
Vuélvete, que no hay disculpa.—
Hablar quiero al Rey, soldados.

CAPITÁN. ¿A tu padre das la culpa?

D. LOPE. Todos tres somos culpados.

CAPITÁN. ¿Tú culpado? ¿Quién te culpa?

D. LOPE. Mi desdicha me condena
a la culpa de esta pena:
mi esposa, por ser hermosa;
mi padre, porque a mi esposa
quiere defender, si es buena.
Hasta la puerta guiad;
pero advertid que no entréis,
amigos, en la ciudad,
porque sospecha no deis
contra mi justa lealtad.

CAPITÁN. ¿Y si el Rey te prende?

D. LOPE. ¡Prenda!
Prenderme es la mejor prenda
de que vuestro General
es desdichado y leal
cuando más el Rey le ofenda.

(1) Así en el manuscrito. En los impresos, "Cipiones".

*(Váyanse, y salgan el* REY DON ALONSO DE ARAGÓN *y* DON PEDRO, *su hijo.)*

DON ALONSO.

Y, en efeto, ¿ha llegado vitorioso?

DON PEDRO.

Vitorioso ha llegado, que, en efeto,
parece que le tiembla la fortuna
y que en cuanto le pide le obedece.

DON ALONSO.

¡Gran caballero, Príncipe, es don Lope!

DON PEDRO.

No tiene el apellido de Cardona
un hombre tan insigne.

DON ALONSO.

Mucho siento
no le poder honrar como quisiera
y como lo merece tal hazaña.

DON PEDRO.

¡Parece que me miras con enojo!

DON ALONSO.

Miro la causa del disgusto mío.

DON PEDRO.

Pues pon los ojos en su loco padre,
que yo, de su prisión, ¿qué culpa tengo?

DON ALONSO.

¿No es culpa la que dicen, pues le obliga
que contra su señor tome las armas
a un noble, a un viejo, a un súbdito, a un vasallo?

DON PEDRO.

Si quieres celebrar esta vitoria
de don Lope, su hijo, no hagas salva
a mi sangre con culpas que no tengo.
¿Para qué le dejaste entrar sin fiestas?
¿Para qué no responden a sus tiros
las murallas del Grao y el baluarte?
¿Para qué nadie sale a recibirle,
ni los muros de luces se coronan,
ni en la ciudad una trompeta suena?
No mires, gran señor, que soy tu hijo
y que su padre de don Lope ha hecho
tan gran traición como es herir a un Príncipe.
¡Premia [a] tu General, que con vitoria
viene del rey Rogerio de Sicilia!
Manda que toda la ciudad se alegre,
que yo lo estoy de que tu gusto sea,
aunque mañana, con aqueste ejemplo,
te quiten de la frente la Corona.

DON ALONSO.

Pues ¿es traidor don Lope de Cardona?

DON PEDRO.

Eslo su padre.

DON ALONSO.

Mira lo que dices:
que si tú solicitas libremente
la mujer de su hijo, y él sospecha
que son terceros tuyos los que alteran
con instrumentos, músicas y voces
la honra y el silencio de su casa,
no es mucho que el primero movimiento
le diese aquel honroso atrevimiento.

DON PEDRO.

Pues si es justo, señor, que don Bernardo
atrevimiento tan honroso tenga,
¿para qué será bueno hacer extremos
cuando justicia ni razón tenemos?
Sácale de la cárcel; yo perdono
cualquiera cosa que en mi agravio sea,
como tú no la tengas por agravio.
Mudar consejo te aconseja el sabio.

*(Sale el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Don Lope pide licencia
para besarte los pies.

D. PEDRO. Suplícote se la des.

D. ALONSO. ¿Está don Lope en Valencia?

CAPITÁN. Con solos dos Capitanes,
uno de los cuales soy,
ha entrado.

D. PEDRO. Pues yo me voy,
porque más con él te allanes;
que es justo honrar a quien viene
con tal vitoria.

D. ALONSO. No es justo
que muestres ese disgusto
con quien la culpa no tiene.
Aguarda, que, por ventura,
no sabe don Lope nada,
pues hoy llegó con su armada.

D. PEDRO. No sé si hacerlo es cordura;
pero quiero obedecerte
y ver lo que tengo en ti.

D. ALONSO. Sólo, Pedro, hay malo en mí
el extremo de quererte.

(*Sale* Don Lope *y hínquese de rodillas en medio los dos.*)

D. Lope. Si por venir vitorioso
de un Rey, justamente airado,
pues cuando pensó vengado,
vuelve más triste y quejoso;
si por haber destruído
una poderosa armada
y haber esta misma espada
en tus contrarios teñido;
si por haber desterrado
de la española ribera
las naves con que pudiera
haber su costa abrasado;
si, porque traigo, señor,
el siciliano estandarte,
sin diez banderas aparte
de otros hombres de valor;
si, porque apenas perdí
una filáciga sola,
y de la gente española
hombre que te pese a ti,
ni con militar oficio
merezco besar tus pies,
éstos pido que me des
en premio de mi servicio.

D. Alonso. (No sé cómo responder,
que Pedro, airado, me mira.
¡Quiero bien, temo su ira!)

D. Lope. ¿Aun no merezco poner
la boca en tus pies?

D. Alonso. (¡Oh, amor!,
¿cuál cosa nació tan fuerte?)

D. Lope. (Volveréme, de esa suerte,
al Príncipe, mi señor.)
Invicto Pedro, de quien
tiembla Italia, en cuyo nombre
vengo de vencer un hombre
por vuestra virtud también,
que tiene en el mundo fama
de ser otro Scipïón,
y a quien vos, por ocasión
de aquella francesa dama,
matastes (1) un heredero,
por quien es la enemistad
que le trajo a esta ciudad
en los hombros del mar fiero.
Si en vencerle os he servido,
¡ponga en esos pies la boca!

(1) En el manuscrito, "matastis".

D. Pedro. Responderte no me toca,
vitorioso ni vencido,
cuando mi padre ha callado,
tan ofendido del tuyo.

D. Lope. Justamente, el rostro suyo,
gran Príncipe, me ha negado;
que si mi padre ofendió
a Su Majestad, no es justo
que me reciba con gusto,
pues no estoy sin culpa yo,
teniendo su sangre aquí,
y ésta os ruego me saquéis,
pues que por ella tenéis
ese rigor contra mí.
Pero suplícoos, señor,
me digáis la calidad
de la ofensa, que, en su edad,
le obliga a tanto furor.

D. Pedro. ¿No la sabes?

D. Lope. No la sé.

D. Pedro. ¿Que no la sabes?

D. Lope. Quisiera
saberla antes que viniera
donde tu Alteza me ve.

D. Pedro. La fama, ¿no pasa el mar?

D. Lope. Si carga de grandes sumas,
mójale el agua las plumas
y no la deja volar.

D. Pedro. Tu padre, mal informado,
porque en tu calle servía
una dama que tenía,
si bien honra, libre estado,
con gente me acuchilló
una noche, y de manera
que costar mucho pudiera,
y, al fin, sangre me costó.

D. Lope. ¡Mal padre y poco discreto!
Falta de la edad sería.
Cuando yo sangre vertía,
señor, por vuestro respeto,
él os la sacaba acá.
¡Digno es de grande castigo!
¿No es ya muerto?

D. Alonso. Lope amigo,
preso don Bernardo está.
Ya que sabes la ocasión,
te hablo según lo escrito;
mucho acrimina el delito
la bien hecha información.

D. Lope. Matarle, señor, no puedo,
por ser hijo, aconsejaros;
pero puedo suplicaros,

pues su misma sangre heredo,
que en su lugar me matéis.
Este es mi cuello, señor;
estas insignias de honor
también quitarme podéis.
¡Hola! ¡Tomad esta espada!
Cuanto con ella serví
no puede limpiar aquí
la de mi padre manchada.
Este es, señor, el bastón:
de vuestra mano le dad.

D. ALONSO. Ya, Cardona, tu humildad
ha negociado el perdón.
No te desciñas la espada,
que no es bien que tal soldado
esté sin la espada al lado
de quien es su patria honrada.
El bastón deja no más,
y porque, a lo que has servido,
no juzgues que ingrato he sido,
ni te lamentes jamás,
pide mercedes, que quiero
hacerte merced.

D. LOPE. Señor,
de servicios sin valor,
¿qué merced, qué premio espero?
Mas tú, como tú procedes
y como quien eres das,
y por ti sólo, no más,
te quiero pedir mercedes,
y éstas sean que me des
libre a mi padre, señor;
acto de tan gran valor,
muy digno de Reyes es.
Su edad mira y sangre fría,
y que el honor le obligó,
y que mientras te ofendió
yo te serví con la mía.
Dame a mi padre, señor.

D. ALONSO. ¿Cuál quieres más? ¿Que su yerro
castigue con un destierro,
en que tú pagues su error,
o que en la patria te quedes
y él preso hasta su sentencia?

D. LOPE. Mi padre, con tu licencia,
que es lo más que darme puedes,
y alabo el piadoso oficio
de desterrar a los dos
por cosas que sabe Dios
que importan a su servicio.
¡Échome a tus pies mil veces!

D. ALONSO. (¡Hola! A su padre le dad.
¿Qué hay, Pedro?

D. PEDRO. ¿La libertad
tan fácilmente le ofreces?
¡No me hables que en tu vida
me mostraste más amor!)

(*Vase.*)

D. ALONSO. ¡Pedro! ¡Pedro! (¡Qué rigor!
Pero hoy, amor se despida,
que he de mirar como Rey
lo que a los dos nos importa;
con esto el daño se acorta:
esto es razón y esto es ley.)
Toma, don Lope, tu casa,
tu mujer y padre al punto,
y cuando lo tengas junto,
a Italia, a Francia te pasa,
o donde te esté más bien,
que me conviene estorbar
lo que puede resultar.

D. LOPE. ¡Haz que a mi padre me den,
que yo saldré de Valencia!

D. ALONSO. Vete y hazme este placer.

(*Váyase el* REY.)

D. LOPE. ¡A fe que es bien menester,
Cielos, modestia y paciencia!

(*Solo.*)

¡Oh, qué materia tan profunda había
para quejarse un hombre mal pagado,
si no fuera mayor la lealtad mía!
¿Cuál hombre puede haber tan desdichado?
¿Nació ninguno en tan infausto día?
¿Tuvo, por dicha, algún planeta airado
más opuesto a su bien y a su fortuna
figuras, signos, sol, estrellas, luna?

¿Qué se quejan romanos Scipiones?
¿Qué se lamentan ciegos Belisarios?
¿Qué Emilios entre armados escuadrones?
¿Qué Tarquinos, qué Césares, qué Marios,
qué Jerjes entre bárbaras naciones?
¿Qué Pompeyo piadoso entre los varios
golpes de la fortuna, o Mitridates
que en tierra y mar probó tantos combates?

¿Yo no he sido otro César, que pudiera
decir que vi y vencí? ¿Yo no le he dado
honra a mi patria y la real bandera
de Alfonso de Aragón entronizado?
España, ¿yo no eché de tu ribera
al siciliano, de soberbia armado?
Pues, ¿quién fué más leal ni quién ha sido
más desdichado en cuantos han nacido?

(*Sale* DOÑA CASANDRA.)

CASANDRA. ¿Es cierto que te destierra,
don Lope, el Rey de Aragón?
D. LOPE. Ciertas las desdichas son,
y más en la propia tierra.
¿Cuál hombre, Casandra, en ella
dejó de ser desdichado?
CASANDRA. ¡Qué buen galardón te ha dado
de dar tu sangre por ella!
D. LOPE. Siendo palabras de Dios
que en su tierra ningún hombre
tendrá de profeta nombre,
hoy las cumplimos los dos:
yo con salir desterrado
y el Rey con mandarlo así.
¡Oh, patria, hoy pierdes en mí
un hijo, un padre, un soldado!
¡Da oficios al extranjero,
honra al extraño y destierra
al que en la paz y en la guerra
fué tu defensor primero!
¡Cumple con la obligación
de patria! ¡Desprecia al bueno,
honra al villano, que, lleno
de soberbia y de ambición,
ocupa el alto lugar,
que a tus hijos se debía,
que podrá ser que algún día
me vuelvas, patria, a buscar!
CASANDRA. ¿Es posible que no apeles,
de tan injusta sentencia?
D. LOPE. ¡Antes fué del Rey clemencia!
sin examinar papeles!
Yo sé cómo estará escrita
la información que se ha hecho;
ya los testigos sospecho.
CASANDRA. La inocencia el temor quita.
D. LOPE. Mal sabes tú que se usan
tiendas de falsos testigos,
que, contra los más amigos,
juran, perjuran y acusan;
mal sabes tú que es un dicho
en un ligero escribir,
y aquello del repetir
el dicho y el sobredicho.
¡Patria, yo huelgo que sea
destierro tu galardón,
antes que la información
de mi inocencia se lea!
Centellas es tu apellido,
Casandra, y pues una sola,
de la grandeza española
una vez incendio ha sido,
mira tú qué podrán tantas
si don Pedro es don Rodrigo.
¡Huye, señora, conmigo,
pues, ganando, te levantas!
CASANDRA. Si es tuya mi voluntad,
también lo fué mi obediencia;
no digo yo de Valencia,
patria y famosa ciudad,
pero del mundo contigo.
D. LOPE. Muestras heroico valor,
y no puedes ir (1) mejor
que desterrada y conmigo.
¡Padecer por la inocencia
es ir camino del Cielo!

(*Salen con* DON BERNARDO, *padre de* DON LOPE, *un* SECRETARIO, *y guarda, y el traía una cadena.*)

D. BERN. A Dios, Secretario, apelo
del rigor de esta sentencia.
SECRET. Cumplís con la obligación
de la sangre que tenéis.
D. LOPE. (Ojos, ¿qué es esto que veis?
¿No es vuestro padre en prisión?)
¡Padre mío!
SECRET. Aquí os entrego,
don Lope, libre a Bernardo,
vuestro padre.
D. LOPE. (Ya no aguardo,
pues a verle libre llego,
más premio, ¡oh, premio más rico
que el más precioso tesoro!
¡Toda esta cadena es oro!).
SECRET. Advertid que os notifico
que salgáis dentro de un día
desterrados de Aragón.
D. LOPE. Que lo oigo, porque es razón,
lealtad y desdicha mía.—
Quitaos, padre, la cadena
para que vamos de aquí.
Vos decid al Rey que oí
el decreto que condena
un padre porque defiende
de un hijo el debido honor,
y un hijo por vencedor
de quien a su Rey ofende,
y una mujer, porque honrados
pensamientos la movieron,
y a todos tres porque fueron

(1) En el manuscrito, "hoy".

leales y desdichados.
D. BERN. Decid al Rey, Secretario,
que me pesa de haber sido
por quien la patria ha perdido
un hombre tan necesario;
y su servicio también
un Capitán general
tan importante y leal,
que es el delito por quien
voy con razón desterrado,
que otro no sé que lo sea;
pero que de los dos crea
que en cualquier suerte de Estado
que nos ponga la fortuna,
le habemos de ser leales,
que del Rey, vasallos tales,
no toman venganza alguna.
CASANDRA. También al Rey le diréis
de mi parte, Secretario,
que siendo el premio ordinario
de los servicios que veis,
no llevo queja; antes llevo
al Príncipe obligación,
pues esta buena opinión
a sus mocedades debo,
y que haré como obligada,
que esto confieso deber,
porque no hay casta mujer
hasta ser solicitada.
Por él se sabe quién soy,
y así, es razón confesar
que me ha podido obligar
y que sin disgusto voy.
SECRET. Así lo haré, ¡y sabe Dios
cuánto vuestra ausencia siento!
D. LOPE. Padre, el grave sentimiento
de veros tan viejo a vos
salir de la patria amada,
temo, y es justo temer,
que me ha de descomponer
la más peligrosa espada,
que llama a la lengua el sabio.
¡Vámonos, por Dios, de aquí!
D. BERN. ¿Hablas y sientes por mí
la calidad de este agravio?
¡Vamos, que mejor te empleas
en cualquier reino que pises!
D. LOPE. Si el tiempo os ha hecho Anquises,
a mí la piedad Eneas.
Agora, Casandra, digo,
aunque tan sabio no soy,
que dondequiera que voy
llevo mis bienes conmigo.
¡Adiós, patria; adiós, España,
que mil que su tierra entierra,
en saliendo de su tierra
gobiernan la tierra extraña!

(*Vánse, y salen el* REY *y el* PRÍNCIPE.)

DON ALONSO.

Siempre a ti te parecen mal mis cosas,
aunque sean forzosas al gobierno.
¿A cuál mancebo tierno le da gusto
lo que parece justo al cuerdo anciano?

DON PEDRO.

Coger el viento vano, el sol en redes;
poner al mar paredes y altos muros,
labrar diamantes duros, vidrio tierno,
es persuadir gobierno al viejo el mozo.

DON ALONSO.

De oírte hablar me gozo tan fundado;
pero aunque yo he llegado a ser tan viejo,
no rehuyo el consejo, si me importa,
del que en edad tan corta, a pura ciencia,
alcanza la experiencia de los años,
que algunos desengaños hay sin canas.

DON PEDRO.

¿Qué cosas hay más llanas que los yerros
que has hecho en los destierros de esta gente?

DON ALONSO.

Esta mujer, presente, ¿no podría
obligarte algún día a más locura?

DON PEDRO.

No, porque la hermosura son antojos
del gusto de los ojos, y otra puede
hacer que libre quede el que la mira;
mas si lleno de ira su marido,
con quien ingrato ha sido, a un Rey se pasa
que tu sangre y tu casa en odio tiene,
y con sus armas viene a hacerte guerra
y destruír tu tierra, ¿es buen consejo
que con su padre viejo y con su esposa
vaya adonde es forzosa la venganza?

DON ALONSO.

Tengo gran confianza en su nobleza.

DON PEDRO.

No hay maldad, no hay bajeza que no intente
un ofendido ausente aconsejado
de una mujer, ni ha dado, en cuanto alcanza

el sol, la confianza buen efeto,
ni la tuvo discreto eternamente.

DON ALONSO.

Para que no lo intente, ¿hay algún medio?

DON PEDRO.

No siento otro remedio que seguille
si es ido, y reducille con oficios,
cargos y beneficios, a tu pecho;
que un hombre satisfecho está seguro.

DON ALONSO.

Si está dentro del muro de Valencia
tráelo a mi presencia, y si es partido,
quejoso y desabrido, gente envía
que le traiga.

DON PEDRO.

Podría resistirse,
y, enojado, partirse; que, en efeto,
mucho pierde el respeto un enojado.
Yo iré determinado, que aunque vaya
a Argel, hasta su plaza he de seguirle,
y, amigo, conducille a tu servicio.

DON ALONSO.

Harás, Pedro, el oficio que te toca,
que no abrirá la boca si te mira.

DON PEDRO.

Yo templaré su ira. Adiós te queda.

DON ALONSO.

Lleva gente que pueda defenderte.

DON PEDRO.

(¡Todo aquesto es quererte y adorarte,
todo es ir a buscarte, todo engaño! (1)
Procurando a mi daño algún remedio,
¡iré por ti si en medio el mar se pone;
tu castidad perdone y tu famoso
marido, que un celoso amor me mata!
¡Ay, mi Casandra ingrata, tus centellas
me abrasan, pero son de tus estrellas!)

(*Salen* DON LOPE DE CARDONA *y* DOÑA CASANDRA, *y los* SOLDADOS, *y* CAPITÁN.)

D. LOPE. Quedaos, señores soldados,
teneos todos atrás;
nadie me acompañe más,
ni estáis a hacerlo obligados.
Del Rey sois, que míos no;
ya no soy el General,

(1) En el manuscrito, "y todo engaño".

aunque, para todo mal,
¿quién lo ha sido como yo?
¡Ea, soldados famosos,
esto es más hidalga ley!
¡Volved a servir al Rey,
que os dará premios honrosos!
Hasta aquí tuve el bastón.
Ya que al Rey se le volví,
no hay por qué seguirme a mí,
ya cesó la obligación.
¡Volved al Rey, caballeros!

CAPITÁN. Cuanto más leal pareces,
más nos mueves y enterneces.

D. LOPE. Los vasallos verdaderos,
los leales, los que nacen
con sangre noble, a su Rey
le han de guardar esta ley.

RAMIRO. Reyes que estas cosas hacen,
no merecen ser servidos,
pues aman los lisonjeros
y infaman los caballeros,
de quien son favorecidos. (1)
Aquí está surta la armada
que dejaste; vuelve a ella,
y una vez entrado en ella,
muestra a tu patria tu espada.
Toma ejemplo en Coriolano,
que contra Roma volvió.

D. LOPE. Españoles, no soy yo
persa, griego ni romano:
cristiano soy y español:
sangre de Cardona tengo;
del Rey desterrado vengo;
dondequiera sale el sol;
dondequiera hay noche y día,
honra, amigos y sustento.
Yo voy conmigo contento
y la dulce prenda mía.
No he de ser por interés
ni venganza desleal.
¡Mirad que parece mal!

CAPITÁN. ¿Señor?

D. LOPE. Alzaos de mis pies.

RAMIRO. Señor, sólo conocemos
a don Lope de Cardona.
Hoy de Aragón la Corona,
y del mundo, te daremos.
¡Viva el de Cardona!

TODOS. ¡Viva!

(1) En los originales impresos, "son tan favorecidos"; pero el verso resulta largo.

D. LOPE. ¡No viva, que es contra ley!
Decid todos: "¡Viva el Rey!"
FÉLIX. Haz, señora, que reciba
esta armada y esta gente
con el laurel de Aragón.
CASANDRA. Si sabéis su condición,
¿cómo queréis que lo intente?
D. LOPE. ¡Soldados, dejad la playa;
volveos luego a embarcar,
o ¡vive Dios! de matar
al que pase de esta raya!
¡Ea, que no es caso justo
que vuestra afición y amor
me dé nombre de traidor!
CAPITÁN. Todos haremos tu gusto,
vuelve a la vaina la espada,
y esa raya que en el suelo
has hecho, nunca del Cielo
sea con aguas borrada;
nunca la cubra la mar,
nunca la deseque el sol,
nunca la pise español.
Por memoria ha de quedar
del ejemplo de leales.
Vamos, soldados, de aquí.
D. LOPE. Con lo que debo cumplí.
CASANDRA. ¡Eso han de hacer tus iguales!
Aumentando vas, señor,
el amor que te tenía.
D. LOPE. Mi padre, Casandra mía,
tarda, y crece mi temor.
No debe de hallar pasaje,
según es nuestra desdicha.

(*Salen* DON BERNARDO, *su padre*, LEONARDO *y* FÉLIX, CRIADOS, *y el* PATRÓN.)

D. BERN. Basta, que topa en tu dicha;
aún no parece un pataje,
pues de la armada no hay nave
que no esté bien advertida
de que, pena de la vida,
no te reciba.
D. LOPE. Bien sabe
el Rey, padre, mi lealtad.
D. BERN. El patrón de una tartana,
pienso que es napolitana,
se parte; mas es crueldad
querernos meter en ella.
D. LOPE. ¿Sois vos el patrón?
PATRÓN. Yo soy.
D. LOPE. ¿Cuándo os vais?
PATRÓN. Luego me voy.
D. LOPE. ¿Dónde?
PATRÓN. A Nápoles la bella.
D. LOPE. Padre, en ella nos metamos.
D. BERN. ¡Mira, hijo, que es locura!
D. LOPE. Si tengo en la mar ventura,
no temas que nos perdamos.
D. BERN. Hombre a quien la propia tierra
no sufre, ¿qué hará la mar?
D. LOPE. El agua suele amparar
los que la tierra destierra.—
¿Cuántos podemos caber
para caminar sin miedo?
PATRÓN. A tres no más llevar puedo.
D. LOPE. ¡Alto! ¿Qué se puede hacer?
Quédense aquí los criados.
Félix y Leonardo, adiós.
FÉLIX. Pues ¿no cabremos los dos,
aunque por lastre arrojados?
PATRÓN. No hay tratar de eso.
LEONARDO. Patrón,
¿ni yo solo podré ir?
PATRÓN. No puedo un hombre añadir,
o esperar mi perdición.
D. LOPE. ¡Ea, Félix, no hay remedio!
¡Ea, Leonardo, abrazadme!
LEONARDO. ¿Señor?
D. LOPE. Esos brazos dadme,
que aunque esté la mar en medio,
las almas no se dividen.
Llegad, hablad con mi esposa.
PATRÓN. La mar convida amorosa,
los vientos las velas piden.
¡Ea, señores!; ¿qué hacéis?
¡Gozad esta tramontana!
D. BERN. ¿Adónde está la tartana?
PATRÓN. Entre estas peñas que veis.

(*Dentro el* PRÍNCIPE DON PEDRO, *y ruido*.)

LEONARDO.

Aquellos son que están sobre las peñas
que bate el mar.

DON PEDRO.

¡Pues mata ese caballo!

DON BERNARDO.

¡Ay, triste! ¡Voces oigo! Advierte, Lope,
que entre aquellos jinetes resplandece
un mancebo que al Príncipe parece.

DON LOPE.

Sin duda que es el príncipe don Pedro,
que nos viene a prender. ¿Qué haremos, padre?

DON BERNARDO.

Hijo, embarcarte luego con tu esposa
en tanto que resisto a los que vienen.

DON LOPE.

¿No es mejor que yo muera?

DON BERNARDO.

Si don Pedro
intento trae de robar tu esposa,
¡no aguardes, hijo!

DON LOPE.

¡Padre de mi alma,
sola mi honra, pues al fin lo es vuestra,
me obligará a dejaros!

DON BERNARDO.

¡Adiós, hijo!

DON LOPE.

¡Padre y señor, adiós!—Patrón, acosta.

DON BERNARDO.

¡Doña Casandra, adiós, y el Cielo os guíe
en tantas desventuras y ocasiones!

DOÑA CASANDRA.

¡Las lágrimas, señor, serán razones!

*(Vayanse, y salen todos.)*

DON PEDRO.

Aquí está la gente de don Lope.

DON BERNARDO.

¡Tente,
que no merece su lealtad tu furia!

DON PEDRO.

¿Quien es?

DON BERNARDO.

Su padre soy.

DON PEDRO.

¿Qué es de tu hijo?

DON BERNARDO.

¿No le ves embarcar?

DON PEDRO.

¿Cómo embarcarse?
¡Tiralde, muera, detenelde!

DON BERNARDO.

¡Espera!

UN CRIADO.

¡Ya se alarga a la mar, las velas izan!

DON PEDRO.

¡Don Bernardo!: ¿delante, y con la espada,
te pones de tu Príncipe?

DON BERNARDO.

Rendida.
la pongo, aunque desnuda. ¡Detente, espera!

DON PEDRO.

¡Tirad a Lope y don Bernardo muera!

*(Váyanse, y salen de hábito de casa* ROSINDA *y* CLENARDA.*)*

ROSINDA. Vuelve a comenzar la historia.
CLENARDA. La orilla del mar convida,
aunque el sentimiento impida,
resucitar su memoria;
pero la misma sustenta
la vida que así maltrata,
que es como el hacha, a quien mata
la cera que la alimenta.
ROSINDA. Yo pienso que se divierte
el dolor comunicado.
CLENARDA. Presente vive el pasado
hablando en él; pero advierte.
Vino a Sicilia a unas fiestas
el Príncipe de Aragón,
mozo gallardo, y que hacía
competencia al mismo sol;
quiso, sin ser conocido,
hacer más demostración
que si público viniera;
galas y libreas dió
donde por el oro y perlas
no se conoció el color;
mas dicen que era la mía
a quien mostraba afición,
porque su padre y el mío,
antes que a tanto rigor
trajera el Cielo mis dichas,
que ya desventuras son,
trataron el casamiento,
que para siempre cesó
con la sangre de mi hermano,
que hoy vive en nuestro dolor;
porque, pensando una tarde
que en el terrero le vió,
que paseaba a su dama
el encubierto español,
con tanta furia y desprecio
a tratarle comenzó,
que la forzosa defensa
le puso en obligación.

Yo, que a don Pedro debía
más que principios de amor,
que amor que de estrellas nace
ama en viendo la ocasión,
culpo a mi hermano, Rosinda,
unas veces y otras no,
que Amor se viste de celos,
y es celos la guarnición.
Celos y vino ya tienen
disculpa de todo error:
de Amor son vino los celos,
que enajenan la razón.
Muchas cosas, aunque injustas,
el español le sufrió,
justificando su causa
y abonando su valor;
hasta que, pasando cerca,
con un estribo le dió
por desprecio y por soberbia,
por envidia y ambición.
Mas el fuerte aragonés
bizarro le respondió
que más hiciera el caballo,
y empuñó la guarnición.
"¡Matalde!", dijo mi hermano;
pero tan mal se cumplió,
que, de diez que acometieron,
hirió a tres y mató a dos.
Uno de éstos fué Tancredo;
mas ¡mira si se escribió
de algún hombre, en Roma o Gre-
tan notable corazón, [cia,
que de mil hombres armados
el español se libró,
dejando a mi hermano muerto
y a mí muriendo de amor!
Hizo mi padre una armada,
con ella a España envió
al más valiente soldado
de esta ni de otra nación;
pero un Cardona valiente
de tal suerte le envió,
que está Sicilia temblando
y vitorioso Aragón.

*(El* Rey Rogerio, *de caza, y gente.)*

Rogerio.

Ni me consuela el mar ni en su ribera
hallo cosa de gusto ni templanza,
porque ninguna dármele pudiera
perdida de vengarme la esperanza.
Vine por gusto al mar, y el mar me altera,
porque pensé por él tomar venganza
y viene de él mi ejército vencido.

Clenarda.

Tus quejas oigo con piadoso oído.
Y paréceme a mí, pues te acompaña
de Italia lo mejor para esta empresa,
que en persona, señor, vayas a España,
gloriosa de que ya tu nombre cesa;
que si el dejarme sientes, será hazaña
digna de quien tan alto ser profesa
ir a tu lado, y, con espada al lado,
ocupar el lugar de algún soldado.
No es esta hazaña nueva en las mujeres.
Vamos a España, tiemble el mar hispano
en viendo que oprimir sus ondas quieres.
Tú vengarás tu hijo y yo mi hermano.

Rogerio.

¡Qué bien muestras, Clenarda, ser quien eres!
Y así pienso, animado de tu mano,
hacer esta jornada, y, en persona,
ver en la mar su aragonés Cardona.

*(Dentro* Don Lope.)

D. Lope. Hermosa Reina del Cielo,
favorecednos.
Rogerio. Oíd.
Casandra. Divina Reina, acudid
a la protección del suelo.
Clenarda. Voces orilla del mar,
y en lengua española son.
Rogerio. No acudáis, que no es razón.
Clenarda. No le dejes anegar.
Rogerio. Si son de España, ¿qué quieres?
Rosinda. Ni se ve barca ni nave.

*(Sale* Don Lope *con* Doña Casandra *en los brazos.)*

D. Lope. El Cielo y tierra te alabe,
bendita entre las mujeres.
Clenarda. Un hombre trae en los brazos
una mujer.
Rogerio. Si han corrido
tormenta, milagro ha sido
no hacerlos el mar pedazos
entre estas peñas.
D. Lope. Aquí,
mi Casandra, he visto gente.
Casandra. ¿Si son cristianos?
Rogerio. Detente,
hombre, y quién eres me di.

D. LOPE. ¿No lo ves? Un arrojado
del mar furioso a esta tierra,
y un hombre soy que destierra
de su tierra un hombre airado.
Ésta es mi esposa, con quien
he corrido esta mañana
tormenta en una tartana,
y aun en el alma también.

CASANDRA. Si sois cristianos, señores,
algún remedio me dad.

D. LOPE. ¿Hay aquí aldea o ciudad?
¿Habrá cabaña o pastores
donde albergue mi persona
y la de esta pobre dama?
Si habéis oído la fama
de don Lope de Cardona,
ése soy, doleos de mí.
¿Qué tierra es esta en que estoy?

ROGERIO. ¡Cielos, mil gracias te doy!
¿Que tú eres don Lope?

D. LOPE. Sí;
que yo sólo ser pudiera
un hombre tan desdichado.

ROGERIO. Pues a buen puerto has llegado.
Mayor tormenta te espera.
¡Traidor, en Sicilia estás!
Yo soy su Rey.

D. LOPE. Gran señor,
nunca yo he sido traidor;
injusto nombre me das.
General de mi Rey fuí;
si tú su enemigo fuiste,
aquel que este nombre diste
cara a cara le vencí.

CLENARDA. Señor, ¿qué quieres hacer
de un hombre que no es culpado?

ROGERIO. Prenderle.

D. LOPE. ¡Que un desdichado
dondequiera lo ha de ser!

CASANDRA. En la tierra y en el mar,
en la propia y en la ajena,
todo es mal, tormento y pena.

D. LOPE. Mándame, señor, matar,
y acabe tan triste vida.

ROGERIO. Tirad con él.

CLENARDA. ¡Gran suceso!

ROGERIO. Teniendo a don Lope preso,
no hay quien mi venganza impida.

## ACTO SEGUNDO

### DE *Don Lope de Cardona.*

(*Salen el* REY DON ALONSO *y* DON PEDRO, *su hijo.*)

D. PEDRO. Ya no te puedes partir
ni dejar sola a Valencia,
porque sola tu presencia
puede al mundo resistir.
Tres noches ha que hacen fuego
las atalayas, y tanto,
que da su número espanto
cuando a imaginarle llego.
Armada sin duda es,
que cosario no trajera
tantas velas.

D. ALONSO. Si partiera
a Zaragoza después
que se suena que hay armada,
grande error, don Pedro, hiciera.
Ya espero a ver la ribera
de sus naves coronada:
ya espero a saber quién es,
aunque, si verdad te digo,
bien conozco el enemigo
sin que las señas me des,
porque cosario ninguno
tanto número juntara.
La gente, Pedro, repara;
no quede soldado alguno
sin socorro y sin estar
a punto para salir,
que hoy con ella quiero ir
a defendelle la mar.
Si es por dicha el Siciliano,
no piense para su armada
hallar tan fácil la entrada
ni el paso a los muros llano;
que ha de ver tanta defensa
solamente en mi persona,
que del ausente Cardona
juzgue pequeña la ofensa.

D. PEDRO. ¡Ah, señor; cuán mejor fuera
el no le haber desterrado!

D. ALONSO. No está poco remediado
teniendo en prisión tan fiera
a su viejo padre aquí,
con que de él estoy seguro.

D. PEDRO. Que le defendió, te juro,
no solamente de mí,
mas de todos los soldados
de la costa, de tal suerte,

el viejo, gallardo y fuerte,
con cuatro o cinco criados,
que en una estrecha tartana
se alargó don Lope al mar,
sin que pudiese pasar
ninguno la barbacana
que de muro le servía,
mientras su esposa embarcaba,
que con perlas que lloraba
sosiego a la mar ponía.

D. ALONSO. Yo estoy, Pedro, más contento
de que no le hayas traído,
que ocasión hubiera sido
de esforzar tu pensamiento.
Que perder un capitán,
puesto que otro César fuera,
menos mi sosiego altera,
menos cuidado me dan.
La libertad de un señor
hase de estimar en mucho.

D. PEDRO. Rumor de tu gente escucho.

D. ALONSO. ¿Hola? ¿Qué es ese rumor?

(*El* CAPITÁN LEONARDO, SOLDADOS *y una espía*, FABRICIO.)

LEONARDO. Con dos remeros no más
en una lancha salía
a media noche esta espía,
de quien agora sabrás
cuanto de esta armada ignoras.
Yo, que la playa guardaba,
sentí que a tierra llegaba;
las aguas murmuradoras
me avisaron con su lengua,
porque a la lengua del agua
llegué cuando el mar desagua
y de sus crecientes mengua,
donde, aunque fingir quería
ser pescador valenciano,
el acento siciliano
me dió luz de que era espía.
Presos quedan los remeros.
Este no ha querido hablar,
porque debe de aguardar
fuerza de tormentos fieros.

D. ALONSO. Notable servicio ha sido
el que me has hecho, Leonardo.

LEONARDO. Servirte, señor, aguardo,
que en esto no te he servido.

D. ALONSO. ¿Quién eres?

FABRICIO. Soldado soy.

D. ALONSO. ¿Cómo es tu nombre?

FABRICIO. Fabricio.

D. ALONSO. ¿Eres noble?

FABRICIO. En bajo oficio
a un noble sirviendo estoy.

D. ALONSO. No tratando de rescate,
¿para qué es bueno encubrirte?

FABRICIO. No tengo más que decirte,
cuando más verdad te trate.

D. ALONSO. ¿Quién es dueño de esta armada?

FABRICIO. El Rey de Sicilia es.

D. ALONSO. ¿Qué naves trae?

FABRICIO. Ciento y tres.

D. ALONSO. ¿Qué gente?

FABRICIO. Gente alistada
veinte mil hombres serán,
mas muchos aventureros,
hidalgos y caballeros
mayor número le dan,
porque a venticinco mil
tengo sospecha que llegan.

D. ALONSO. ¿Y con qué intento navegan?

FABRICIO. ¿Nunca la fama sutil
estos mares penetró?
¿No os ha dicho que esta hazaña
toda se dirige a España
contra el Rey que le ofendió?

D. ALONSO. La primera vez que vino
envié, soldado, un hombre
de buena opinión y nombre
que le impidiese el camino.
Este solo le venció,
sus banderas trajo aquí;
él fué el vencido y yo fuí
quien su soberbia humilló.
Pues ¿cómo vuelve a probar
la fortuna?

FABRICIO. Porque viene
con quien dicen que la tiene
segura en tierra y en mar.
El mismo que le venció
viene agora contra ti.

D. ALONSO. ¿Es don Lope?

FABRICIO. Señor, sí.

D. PEDRO. Di que te engañaba yo.
¿Ves como don Lope ha sido
traidor? ¿Ves como se fué
a tu enemigo?

FABRICIO. No sé
que os haya la fe rompido,
porque le trae forzado
el Rey, que matar quería
su esposa si no venía

con el cargo que le ha dado.
D. PEDRO. ¿Luego él es el General?
FABRICIO. En tanto grado le estima,
que con él solo se anima
a dar fin a empresa igual.
D. PEDRO. ¿Y viene Casandra aquí?
FABRICIO. Presa viene, y en su guarda
nuestra princesa Clenarda.
D. PEDRO. ¿La Princesa?
FABRICIO. Señor, sí,
en soldados transformadas;
dagas y espadas ceñidas
amenazan vuestras vidas.
D. PEDRO. ¿Para qué son las espadas?
No hay arma tan peligrosa
como la propia hermosura.
D. ALONSO. Mucho Rogerio aventura.
Será jornada famosa;
pero de toda su armada
sólo temo una persona.
D. PEDRO. ¿A quién temes?
D. ALONSO. A Cardona,
por su fortuna y su espada.
FABRICIO. ¿Qué fortuna ha de tener
un hombre tan desdichado,
que le envías desterrado
cuando acaba de vencer
una vitoria de mar
como la que al Rey ganó?

(LUPERCIO, *entre*.)

LUPERCIO. Rogerio tierra tomó;
no se le pudo estorbar.
D. ALONSO. ¿Qué dices?
LUPERCIO. Que puesta en ala
toda su armada, que cerca
dos leguas de mar, se acerca,
con una y otra bala,
lo más que puede a la orilla,
espantando siempre el muro
del Grao, que lo más seguro
rompe, quiebra y aportilla.
Allí en cien barcas, y más,
de las naves gente llueve,
que llega a la playa en breve,
las olas dejando atrás.
En viendo la tierra cierra
tan aprisa con la orilla,
que muchos, a la rodilla
el agua, tomaron tierra.
Conocí en esta ocasión
a un hombre que, diligente,
como iba saliendo gente,
iba formando escuadrón.
Parecióme, gran señor,
a don Lope de Cardona,
o me engañó su (1) persona.
D. PEDRO. Di agora que no es traidor.
D. ALONSO. Pedro, si le fuerza un rey
y quiere matar su esposa,
disculpa tiene forzosa.
D. PEDRO. No hay disculpa contra ley,
patria y rey.
D. ALONSO. No es tiempo agora
de disputar si es bien hecho.
Pon a sus armas el pecho,
y la siempre vencedora
bandera de nuestras barras
no se ponga en muros, no.
D. PEDRO. ¿Piensas tú que temo yo
sus amenazas bizarras?
Yo pondré escuadrón enfrente
del suyo dentro de un hora.
D. ALONSO. Tú, soldado, vete agora
a tu campo libremente,
y di a tu Rey que si fía
de un Cardona su opinión,
que todos Cardonas son
cuantos esta tierra cría.
Y al Cardona le dirás
que llevo a su padre viejo
en mi campo para espejo
de sus lealtades no más;
que yo le pondré tan alto
que pueda mirarse en él.
FABRICIO. ¿Cómo puede ser fiel
quien es de dicha tan falto?

(*Vanse, y salen* ROGERIO, *rey de Sicilia;* DON LOPE DE CARDONA *con bastón*, y CLENARDA y CASANDRA, *con vaqueros, sombreros, espadas y dagas.*)

ROGERIO. No muestres tanta tristeza,
ya que por hijo te tengo.
D. LOPE. ¿No es conforme a mi nobleza,
si contra mi patria vengo,
ver que es traición y es bajeza?
ROGERIO. Si un rey desnaturaliza
a un vasallo, ¿en qué es traidor?
D. LOPE. La fama, que inmortaliza,
hoy al fénix de mi honor
deja muerto en su ceniza.
ROGERIO. Muchos nobles que ha tenido
vuestra nación a un rey moro

(1) En el manuscrito, "la".

han en la guerra servido,
y no por eso el decoro
de su nobleza han perdido.
Bastante ejemplo te dan
un Castro, un fuerte Guzmán;
luego más disculpa tienes
si de un rey cristiano vienes,
Cardona, por capitán.

D. LOPE. Si como matar mi esposa
quisiste, a mí me mataras,
vieras mi fama gloriosa,
y que en las sangrientas aras
resucitara gozosa. (1)
Su amor hizo en mi piedad
esta fuerza, esta violencia.
¡Patrios muros, perdonad!
¡Perdona, madre Valencia!
¡Perdona, insigne ciudad!
¡Perdona, Rey de Aragón!
¡Perdona, España! ¡Perdona,
fama, nobleza, opinión!

CLENARDA. Ya que has venido, Cardona;
ya que has formado escuadrón;
ya que estás enfrente puesto
de esta ciudad, ¿no es más justo
echar a tu fuerza el resto,
vengándote de un disgusto
que es a todos manifiesto?
Si el de Aragón te ha pagado
con tan fiera ingratitud
y el de Sicilia estimado,
¿en qué ofende tu virtud
servir a quien te ha premiado?
Ya te desterró de sí
el Rey de Aragón; ya sales
de la obligación así.

D. LOPE. Los hidalgos, los leales
que nacen como nací,
nunca de la obligación
de ser lo mismo que son,
Clenarda, pueden salir.

CASANDRA. Si me dejaras morir
no hicieras esta traición:
mas ya, Lope, que has venido,
haz lo que estás obligado,
y conozca el Rey vencido
que has sido tan desdichado
porque tan leal has sido.

D. LOPE. Casandra, mi grande amor

(1) Así en el manuscrito, que es mejor lección. En los impresos, "resucitaba gloriosa".

y el parecerme que al Rey,
si es fuerza, no soy traidor,
pues hay en el mundo ley
que deja libre mi honor,
me hicieron venir así;
que si como eres mi esposa
tan adorada de mí,
que no hay en el mundo cosa
que no atropelle por ti,
fueras un hijo, no haga
el Cielo que satisfaga
a la infamia que me dan,
si me ganara el Guzmán
en arrojalle la daga.

CASANDRA. Estoy, Lope, agradecida
a tu amor, por cuya fe
quisiera darte la vida.

(*Sale* FABRICIO.)

ROGERIO. ¿Fabricio es éste?

FABRICIO. Y quien fué
a ser espía perdida;
mas de suerte me perdí,
que luego cautivo fuí
que en la tierra puse el pie.
Al Rey de Aragón hablé.

ROGERIO. ¿Qué le dijiste de mí?

FABRICIO. Que con un Cardona abonas
mil laureles y coronas.

ROGERIO. ¿Espantóse?

FABRICIO. A esta razón
responde que en Aragón
cuantos nacen son Cardonas.

D. LOPE. ¡Y de mí qué te diría!

FABRICIO. Que entre su gente traería (1)
preso a tu buen padre viejo,
que a tu lealtad sería espejo.

D. LOPE. ¿Y no es la suya la mía?

FABRICIO. Dice que le ha de poner
tan alto, que desde lejos
lo puedas ver.

D. LOPE. Querrá hacer
de don Pedro los consejos.
Cielos, ¿esto vengo a ver?
¡Ay de mí!—Dadme, señor,
licencia, que quiero hablar
al Rey.

ROGERIO. Si tanto rigor
contigo quiere mostrar,
¿por qué te llamas traidor?

(1) En el manuscrito, "traya".

Mira que podrá prenderte.
D. LOPE. Yo le hablaré de tal suerte
que ni me prenda ni mate.
CLENARDA. ¿Qué puede haber que se trate
que satisfaga a la muerte
de tu hijo y de mi hermano,
pues paces no se han de hacer?
ROGERIO. ¿Paces? Es intento vano.
D. LOPE. Señor, sólo quiero ver
si vive mi padre anciano.
Yo tengo temor que quiere
cortarle el Rey la cabeza.
ROGERIO. Pues ¿qué harás?
D. LOPE. Rogar que espere,
que es venganza con bajeza
si un viejo inocente muere.
ROGERIO. Vete, que no es poca prenda
tu esposa; pero si vas
donde el Rey te coja o prenda,
no esperes que viva más
de cuanto la nueva entienda.
D. LOPE. Digo que lo hagas ansí.
CASANDRA. ¡Duélete, esposo, de mí!
D. LOPE. Casandra, yo volveré;
que, aunque allí mi padre esté,
está mi mujer aquí.
Ser quiero agora un fiel
en medio de dos balanzas
para no serte cruel;
que, por mi mujer, alcanzas
más obligaciones que él.
Mi padre me manda el Cielo
que deje por ti; mas ya
que él sabe mi justo celo
entre los dos, me dará
licencia que parta el suelo,
esté en medio de ti y de él,
entre Valencia y la mar,
fiel contigo y con él,
que el peso de este pesar
no ha de torcer el fiel.

*(Váyase.)*

CLENARDA. ¡Lástima, señor, me ha dado!
CASANDRA. ¡No sé yo qué guerra intentas
con un general forzado!
ROGERIO. Quedaré de mis afrentas
presto, Clenarda, vengado.
Mientras Lope parte al muro
quiero hacer que esté seguro
el sitio y puesto. Tú, en tanto,
sosiega a Casandra el llanto.

*(Váyase el REY.)*

CLENARDA. Mil imposibles procuro.
Cuando tus desdichas miro
de las mías me consuelo,
porque si de amor suspiro
sobre montañas de hielo
balas de centellas tiro.
Amo un hombre que te adora,
si es la historia verdadera
que me has referido agora,
y bastara que quisiera
hombre que mi amor ignora.
De suerte que son mis males
hoy a los tuyos iguales;
pues darte consuelo a ti
mal podré, si para mí
le pido en desdichas tales.
CASANDRA. Fué tan violenta afición
la que me tuvo en Valencia
el Príncipe de Aragón,
y tal la correspondencia
de mi ofendida opinión,
que no tienes que temer;
procúrale hablar y ver.
Sosiega esta fiera guerra,
junta a Aragón a tu tierra
siendo de un ángel mujer;
que si yo estado tuviera
en que le pudiera amar,
no dudes que le quisiera;
pero tengo de guardar
esta fe, que, viva o muera,
soy quien sabes, soy Centellas,
que de mi honor las más de ellas
sirven de corona al sol,
porque el valor español
suele pisar las estrellas.
Mas tú, señora, que puedes
querer casarte y vivir
donde tan gloriosa quedes,
haz que pueda recebir
mi patria tantas mercedes.
Yo le enviaré a llamar
con un papel de secreto,
y tú le puedes hablar.
CLENARDA. ¿Asegúrasme, en efeto,
que hallará mi amor lugar
en su pecho descuidado?
CASANDRA. ¿Pues no, si le está tan bien
heredar tan alto estado
y que este perdón le den?

CLENARDA. Alto consejo me has dado.
Si remedio puede haber
de la muerte de mi hermano,
éste sólo puede ser.
Escríbele de tu mano
para que me venga a ver;
mas di que tú sola has sido
dueño de este pensamiento
por la paz que has pretendido,
no entienda Pedro que intento
tan libremente marido.

CASANDRA. Ven, que si escribiere error,
tú le enmendarás; que, en suma,
todo ha de ser con tu honor.

CLENARDA. ¡Ay, quién te diera la pluma
de las alas de tu amor!

*(Vánse, y sale DON LOPE.)*

D. LOPE. Pasos llenos de dolor,
¿adónde lleváis mi vida,
si la esperanza es perdida
de poder cobrar mi honor?
¡Cuánto me fuera mejor
morir que ver que me mata
la muerte, que se dilata
porque es mi postrero bien!
¡Malhaya el hombre de bien
que sirve a su patria ingrata!
¿Dónde, triste, yo me alejo
de mi esposa y prenda cara?
Pero ¿quién no se acercara
a un padre tan noble y viejo?
Pero si mi esposa dejo
y el tirano Rey la mata,
¿qué fiera su sangre trata
con mayor crueldad también?
¡Malhaya el hombre de bien
que sirve a su patria ingrata!
Cuanto miro y pienso aquí
sólo me ofrece un remedio:
yo estoy de los dos en medio,
a ninguno ofendo ansí.
Pero, ¡mísero de mí!
si a esposa y padre me mata
uno y otro Rey, que trata
vengarse, ¿estaréme bien?
¡Malhaya el hombre de bien
que sirve a su patria ingrata!
¡Patria, madre de extranjeros
y madrastra de hijos propios,
galardones tan impropios
no dicen bien con tus fueros!
Si estimas los lisonjeros;
si honra, oficios, oro y plata
das a quien verdad no trata
y a mí me pagas tan bien...
¡Malhaya el hombre de bien
que sirve a su patria ingrata!
Al muro ¡ay, triste! he llegado.
Gente en el real está.
Fortuna promete ya
un medio desesperado.
¡Plega al Cielo que el Rey sea!

*(EL REY en alto, y DON PEDRO, su hijo.)*

D. ALONSO. ¿Hay atrevimiento igual?

D. PEDRO. "Por el campo del real
un caballero pasea."

D. ALONSO. Pienso que en mirar te alegras
la gentileza que encubre.

D. PEDRO. "Capa del monte le cubre;
debajo trae armas negras."

D. ALONSO. Algo en las hebillas presas
trae sin el temple fino.

D. PEDRO. "Tahalí de lobo marino
con dos pistolas francesas."

D. ALONSO. No ha dado el hombre pequeñas
las muestras de su persona.

D. PEDRO. "Todos piensan que es Cardona,
por el talle y por las señas."

D. ALONSO. ¿Qué dices de su fiereza,
cuando ese nombre le cuadre?

D. PEDRO. "Que viene a ver si a su padre
le corta el Rey la cabeza."

D. ALONSO. Aquí se escuchan sus quejas.
Oír lo que dice quiero.

D. PEDRO. "Suspiros da el caballero;
los ojos pone en las rejas."

D. ALONSO. ¿Por qué no pide licencia
para hablar por otros modos?

D. PEDRO. "Mucho pesar muestra a todos
que esté cercada Valencia."

D. ALONSO. Pero si es Cardona ¡muera!
¡Tírenle cuantos le miren!

D. PEDRO. "El Rey mandó que le tiren,
y él habló de esta manera."

D. LOPE. Caballeros del real,
yo soy aquel que destierra
la envidia, porque en la patria
no hay hombre de bien sin ella.
Lo que he medrado en los años
que serví al Rey en la guerra
bien lo dicen mis desdichas,
pues vengo a tanta bajeza.

Arrojado de la mar
por una cruel tormenta,
saqué mi esposa en los brazos
a la piadosa ribera.
Prendióme el Rey de Sicilia,
que andaba a caza por ella;
juró de matar mi esposa
si no tomaba por fuerza
el bastón de general
y daba a España la vuelta
con cien naves de su armada
para cercar a Valencia.
Vine por no ver morir
del alma la mejor prenda;
lloré, en mirando mi patria,
algunas lágrimas tiernas.
Luego supe que quería
cortar el Rey la cabeza
a don Bernardo, mi padre,
que tiene preso en cadenas.
Dejé mi esposa en las manos
del Rey que la tiene presa,
y por librar a mi padre
llego donde el Rey me vea.
Decid al Rey de Aragón,
caballeros de Valencia,
que don Lope de Cardona,
el desdichado en su tierra,
dice que, por excusar
grandes batallas sangrientas,
asaltos, muertes y robos,
tomó de su Rey licencia
para que entre dos personas
que en la campaña se vean,
cuerpo a cuerpo aquesta tarde
se acabe aquesta contienda.
Si venciere el caballero
que de vuestra parte venga,
jura volverse a Sicilia
y descercar a Valencia;
si venciere el que él nombrare,
con que le deis se contenta
sólo al viejo padre mío.
Porque viviendo en sus tierras
él y yo, de haber perdido
a su hijo se consuela,
que no quiere más venganza
de que el Rey a los dos pierda.
A esto (1) vengo, caballeros.
Salid, que don Lope espera
de sol a sol en el campo,
donde los Reyes nos vean.

(*Váyase* DON LOPE.)

D. ALONSO. ¡Soberbia notable!
D. PEDRO. ¡Extraña!
D. ALONSO. No ha de quedar sin castigo.
D. PEDRO. ¿Sin castigo? Yo me obligo
salir con él en campaña.
D. ALONSO. Tú no, porque no es razón;
pero ven, que yo sé quién
sabrá castigarle bien.
D. PEDRO. Mal sabes mi condición,
y es poner en contingencia
nuestra vitoria.
D. ALONSO. Eso no.
Hombre eres, Pedro; mas yo
sé que hay muchos en Valencia.

(*Váyanse del muro, y salga con su cadena* DON BERNARDO.)

DON BERNARDO.

¡Esto faltaba a mis desdichas sólo!
venir contra su patria el hijo mío
y extender su traición de polo a polo!
¡Oh, terrible e injusto desvarío!
Escurece tu luz, hermoso Apolo,
y los tristes suspiros que te envío
formen nubes que escondan tu luz clara
por que no puedan conocer su cara.
¿Cómo es posible, Cielos, que un Cardona,
un español, contra su patria venga,
adonde tiene presa mi persona,
por mucho que librarme le convenga?
¿Qué amor, qué padre, qué piedad le abona,
o qué disculpa puede haber que tenga?
¡Ay, Dios, que la lealtad al Rey debida,
sacando el alma, a todo es preferida!
Gente siento. ¡Ay de mí! ¿Si ya el verdugo
por mandado del Rey, con este enojo,
viene a quitar de mi garganta el yugo
que oprime el alma con mortal despojo?

(*Sale* DON PEDRO.)

[DON PEDRO.]

Ya que a los Cielos mi desdicha plugo
y que el solicitar un loco antojo
me cueste tantas suertes de tormento,
hoy, Lope, pagarás tu atrevimiento.
Tres Pedros dice España que vivimos,
todos crueles: en Castilla el uno,

(1) En el manuscrito, "eso".

el otro en Portugal, de quien oímos
venganza que jamás se oyó de alguno.
Pues si el otro soy yo, ¿por qué sufrimos
que se pueda alabar hombre ninguno
de nuestra ofensa? ¡Muera el que lo crea,
y esto de los tres Pedros verdad sea!
He pensado que salga al desafío
sin que sepa con quién, el viejo preso;
que si contra su hijo al padre envío,
vengado quedaré con grande exceso.
Don Lope es fuerte y de robusto brío:
matarále, sin duda, y el suceso,
declarado en el mundo, hará que infame
eternamente al de Cardona llame.

(*Sale* Don Bernardo.)

Don Bernardo.

¿Quién es?

Don Pedro.

¿No me conoces?

Don Bernardo.

¿Es mucho a un viejo, y en prisión escura?

Don Pedro.

¿El habla de don Pedro desconoces?

Don Bernardo.

Mi tiniebla eclipsó tu lumbre pura.

Don Pedro.

Hoy, don Bernardo, un siciliano a voces,
de estos con quien su Rey matarnos jura,
nos ha desafiado. Al fin, espera
arrogante del mar en la ribera.
Estaba yo en el muro oyendo el reto.
Aceté el desafío; mas pensando
que soy de carne y a morir sujeto,
y que Aragón por Rey me está esperando,
pensé: ¿cuál hombre para aqueste efeto
puedo elegir en mi lugar? Y cuando
se me ofrecieron Pardos y Cruellas,
Ferreres, Mercaderes y Centellas,
acordéme de ti, que con la espada
te vi, como otro Orlando, en las orillas
del mar contra mi gente en vano armada,
hacer en su defensa maravillas.
Ponte mis armas y real celada,
yo te pondré en secreto las hebillas;
sal a vencer este enemigo fiero
por mí, como valiente caballero.
Que ¡por vida del Rey! de darte al punto
la calidad, Bernardo, que deseas.

Don Bernardo.

¿Podré salir sin verme?, te pregunto.

Don Pedro.

Yo te pondré donde (1) el contrario veas.

Don Bernardo.

Pues cuenta al siciliano por difunto,
si es bien que tanto de mis canas creas.

Don Pedro.

Yo creo lo que vi, fuerte Bernardo,
pues de tus manos la vitoria aguardo.

Don Bernardo.

Haz que me quiten luego esta cadena
y que me den tus armas.

Don Pedro.

Yo me fío
de un escudero cuya sangre es buena;
él la traerá con un caballo mío.

Don Bernardo.

Secreto es menester.

Don Pedro.

No tengas pena.
(¡Qué buen contrario al de Cardona envío!)

Don Bernardo.

Hoy sirvo al Rey y al siciliano mato.

Don Pedro.

(Hoy mata a un padre noble un hijo ingrato.)

(*Vanse, y salgan* Doña Casandra *y la* Infanta Clenarda.)

Clenarda. En fin, Casandra, ¿llevó
Fabricio el papel?

Casandra. Por ti,
de mi letra le escribí.

Clenarda. Y en él ¿nombrásteme?

Casandra. No;
porque, para más secreto,
dije que yo le quería
hablar a solas.

Clenarda. El día
que mi boda tenga efeto,
fuera de la libertad,
todas mis joyas te mando.

Casandra. Yo voy, Clenarda, buscando
sólo el bien de esta ciudad,

(1) En el manuscrito, "adonde".

que es patria donde he nacido
y en quien quisiera morir,
que me canso de vivir
fuera de mi patrio nido.
De estas paces nos resulta
a mí y a Lope gran bien.

CLENARDA. Si muestra Pedro desdén,
todo ese bien dificulta;
pero yo tengo esperanza
que tendrá dichoso efeto.

CASANDRA. Si él viene, el bien te prometo, [za.
que un grande amor mucho alcan-

(*Sale el* REY ROGERIO, FELINARDO, CAPITÁN, *y* SOLDADOS.)

ROGERIO.

¿Podrá marchar el escuadrón seguro
al muro de Valencia con las treguas,
en tanto que se acaba el desafío?

FELINARDO.

Seguramente, nuestra gente armada,
al campo del real, y satisfecha
que ha de vencer don Lope de Cardona.

CLENARDA.

¿Qué prisa es ésta con que vas marchando?
¿Asaltas la ciudad?

ROGERIO.

Ya que has dejado
tu tienda, mi Clenarda, el campo sigue;
verás que, por el gusto de don Lope,
cuya opinión y valeroso pecho
tanta seguridad ofrece al mío,
pongo en sus manos mi venganza y honra.

CLENARDA.

Pues ¿a qué se resuelve?

ROGERIO.

A que, a la vista
del uno y otro campo, en esta arena,
él y el soldado que su Rey nombrare,
decidan este caso por las armas.

CASANDRA.

¿Don Lope sale a singular batalla?

ROGERIO.

No te aflijas, Casandra, pues que sabes
el valor de tu esposo.

CASANDRA.

¡Amor es niño!
Él teme, que yo no; que bien conozco
el gran valor de su invencible pecho.

ROGERIO.

¡Parad, que suenan las contrarias cajas!

(*Salen marchando con gente el* REY DE ARAGÓN *y el* PRÍNCIPE DON PEDRO, *rebozado.*)

DON ALONSO.

Pues que ya las banderas de Sicilia
se miran desde aquí, y están tan cerca
que sus armas y empresas se divisan,
haced alto, soldados, advertidos
que puede ser ardid.

DON PEDRO.

Entre la gente,
disfrazado, he venido a ver los campos
y el fin de tan notable desafío.
¡Lucida cosa es ver los dos ejércitos
regidos de dos viejos venerables!
Mas sin duda que ya don Lope viene;
hoy dará muerte a quien le dió la vida,
por cuya infamia le dará la muerte.
(¡Ay, Casandra, qué intento por quererte!)

(*Sale* DON LOPE *armado de peto y espaldar, con un sombrero de plumas, y una banda.*)

DON LOPE.

Por haber escogido mi enemigo
las armas, vengo al puesto sin celada.
Sin duda que es más diestro que hombre fuer-
porque si fuerte fuera, confiado [te;
en los golpes del brazo, más quisiera
herir y dar sobre las armas todas. (1)
Destreza tiene, pues sin armas viene;
pero, robusto o diestro, ¡morir tiene!

(*Sale* DON BERNARDO *con peto y espaldar también, y su sombrero de plumas, banda y caja.*)

DON BERNARDO.

Las pocas fuerzas de mis largos años
este género de armas me permiten,
fiado en el valor antiguo mío
y en la destreza que tener solía.
(*Caja.*)
Ya me aguarda el contrario, ya las cajas
hacen señal de acometer, mas quiero
a mi enemigo requerir primero.

¿Podréte hablar?

DON LOPE.

Bien lo podrás,

(1) Falta en el manuscrito este verso.

y está seguro de mí
mientras hablándome estás.
D. BERN. Yo las armas escogí.
D. LOPE. Yo traigo las que me das.
D. BERN. Si [quieres] puedes traer
defendida la cabeza,
y esto sólo quiero ver.
D. LOPE. ¡Preciado estás de destreza!
D. BERN. Y fuerzas suelo tener.
D. LOPE. Vesme aquí sin el sombrero.
Quítate el tuyo.
D. BERN. Sí haré.
D. LOPE. ¡Muy blanco estás, caballero!
D. BERN. Blanco estoy, mas no seré
blanco en que acierte tu acero.
D. LOPE. ¡Vive Dios!, que me ha pesado
que tan blanco hayáis salido
al desafío aplazado;
pues cuando os haya vencido,
¿qué honor puedo haber ganado?
¡Vos lo estáis del tiempo ya!
D. BERN. El ánimo no lo está,
y esto blanco es que ámbar soy,
que, porque florido estoy,
más alto valor me da.
D. LOPE. Mal acuerdo fué escogeros
entre tantos caballeros;
por despreciarme habrá sido,
pues en canas han querido
manchar tan nobles aceros.
La banda un poco apartad,
que la barba os quiero ver:
a mí seguro os llegad.
D. BERN. Cubrir debéis de querer
el temor con la piedad.
Si mis canas nieve son,
sin duda os han dado frío
al cobarde corazón.
D. LOPE. Llegad cerca, señor mío;
seguro estáis de traición.
¡Llegad, que esa nieve ha sido
fuego que al alma ha tocado
y el corazón encendido,
porque sospecha me ha dado
que de esa nieve he nacido,
que fuego debió de ser!
Y es blanco, porque es ceniza,
como ha dejado de arder,
y el fénix se inmortaliza
porque en él vuelve a nacer.
A vos me voy allegando,
pues no os allegáis a mí.
Vámonos los dos quitando
los rebozos, ¿queréis?
D. BERN. Sí.

(*Descúbranse a un tiempo.*)

D. LOPE. (¡Ay, Cielos!, ¿qué estoy mirando?)
¡Padre y señor, padre mío!
¿Yo la espada contra vos?
D. BERN. ¡Tente allá!
D. LOPE. ¿Qué desvarío
del tiempo trajo a los dos
a batalla y desafío?
Sola mi desdicha fuera
quien tal engaño trazara,
y, preso vos, ¿quién creyera
que el Rey su honor os fiara
y que contra mí os trajera?
¿Sabíades que era yo
el dueño del desafío?
D. BERN. El Príncipe me engañó,
que, por enemigo mío,
un siciliano me dió:
creo que ha sido querer
que nos matemos los dos.
D. LOPE. Padre, ¿qué habemos de hacer?
Diré a voces que sois vos
quien me ha dado vida y ser;
aunque por mejor tendría
que al de Sicilia os paséis,
donde está la esposa mía,
y de su engaño tendréis
justa venganza este día.
Mi señor, ¡venid conmigo!
D. BERN. Hijo, no es justo que Amor
tanto error pueda contigo:
tu padre ha de ser tu honor,
tu verdad, tu solo amigo.
Y a no estar yo satisfecho
que contra tu patria y Rey
te trae la (1) fuerza y despecho,
volviera por justa ley
las armas contra tu pecho.
Todos están murmurando
de ver que estamos hablando.
¡Abrevia, que he de volver
a la prisión!
D. LOPE. ¿Qué he de hacer?
(¿Cuándo, desventuras, cuándo
acabaréis de acabarme?)
¿Volver queréis a Valencia?

(1) En el impreso de 1618 falta el "la".

D. BERN. Cuando el Rey quiera matarme,
¿no es mejor con inocencia
a su cuchillo entregarme
que perder, hijo, mi honor?
Ya soy viejo; ya mi vida,
¿qué puede ser, en rigor?

D. LOPE. Con el alma enternecida
os oigo, padre y señor;
pero ¿qué tengo de hacer,
ya que me quiera volver,
por no dejar a mi esposa,
aunque fuera justa cosa
por vos, de quien tengo el ser?
Y aun, si queréis, padre mío,
por vos la quiero dejar;
pero si esto es acto impío,
y no hay salida que dar
al presente desafío,
sacad la espada, que yo
haré que con vos peleo
y mataréisme.

D. BERN. ¡Eso no!
Tu vida, Lope, deseo;
quien una vez te la dió,
¿cómo te la ha de quitar?

D. LOPE. Si vos me queréis matar,
al Rey gran servicio hacéis,
pues si el desafío vencéis,
la patria habéis de librar.
¡Matadme, que muchos fueron
los que a sus hijos mataron
por la patria!

D. BERN. Esos lo hicieron
porque su fama adoraron
y nunca a Dios conocieron.

D. LOPE. Pues ¿qué medio se ha de dar
para poderme volver
sin morir o sin matar?

D. BERN. Irme yo agora y poner
prisa a entrar en el lugar.
Tú diciendo quedarás
que conocido me has
por tu príncipe y señor,
y que, por no ser traidor,
esta licencia me das.

D. LOPE. ¡Bien dices! ¡Parte!

D. BERN. Adiós queda.

D. LOPE. Abrázame.

D. BERN. ¡Larga vida,
hijo, el Cielo te conceda!

ROGERIO. ¿No hay quien la señal nos pida?

CLENARDA. ¡No hay quien entenderlos pueda!

ROGERIO. ¿Adónde parte furioso
el soldado aragonés?

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

FELINARDO. Huyó temeroso
el de tu parte, después
que vió a don Lope famoso.

DON LOPE.

¡Ejércitos de España y de Sicilia,
invictos Reyes, caballeros nobles,
no os alteréis, que aquel galán soldado
que se parte de aquí con tanta prisa,
es de Aragón el príncipe don Pedro!
¡Yo he nacido español y su vasallo!
No quise ni era bien sacar la espada
contra mi Rey, aunque otro sirvo agora.
Suplícoos que os volváis. ¡Marchad, señores!
¡Uno a la mar y a la ciudad el otro,
que yo doy por ninguno el desafío!
¡Cardona soy, leal, y el Rey lo es mío!

(*Váyase.*)

DON ALONSO.

(¿Que el Príncipe intentase tal locura,
habiéndome engañado que enviaba
a don Jaime Centellas? ¡Hola! ¡Marcha!
¡Guardemos la ciudad!)

ROGERIO.

Ya los contrarios
a la ciudad se vuelven. Gran contento
me ha dado la lealtad que usó don Lope
con don Pedro, su príncipe.

CLENARDA.

¡Es Cardona!

ROGERIO.

Toca a marchar.

CLENARDA.

¡Merece una corona!

(*Los dos campos se vayan cada uno por su parte y quede solo el* PRÍNCIPE DON PEDRO, *y desembócese.*)

D. PEDRO. ¡Oh, qué mal me ha sucedido!
Y conforme a mi intención,
la causa las armas son
del haberse conocido;
que si trajeran celadas,
sin duda imposible fuera.

(*Sale* FABRICIO.)

FABRICIO. (Hablarle a solas quisiera;
siguiendo voy sus pisadas,

porque cuando estuve preso
le miré muy bien, y es él;
si le pregunto por él,
aseguro mi suceso.)
¡Ah! ¿Caballero?

D. PEDRO. ¿Quién es?

FABRICIO. Un soldado siciliano.
Treguas hay, no metáis mano.
Veisme aquí puesto a esos pies.

D. PEDRO. ¿Sabes quién soy?

FABRICIO. Yo sospecho
que el Príncipe de Aragón.

D. PEDRO. El mismo soy.

FABRICIO. De traición
tened bien seguro el pecho,
si por carta de creencia
vale este papel.

D. PEDRO. ¿De quién?

FABRICIO. De Casandra.

D. PEDRO. ¡Dices bien!
Quisiera darte a Valencia;
pero esta cadena toma.
(¡Válame Dios!, ¿qué será?
¿Si Amor la enternece ya, (1)
que los duros montes doma?)

*(Lea:)*

"Para cosa que a los dos importa, suplico a Vuestra Alteza venga a verme, disfrazado, con ese caballero, que en mi tienda estará seguro, y crea que, cuando hablemos, conocerá las obligaciones que me tiene, aunque no las cree."

D. PEDRO. (¡Válgame el Cielo mil veces!
¿Si es traición? Mas no será.)
¿Adónde, soldado, está
el claro sol que me ofreces,
por que me sirvas de estrella?

FABRICIO. Seguidme, que no está lejos
la tienda.

D. PEDRO. (¡Oh, cuántos consejos
un loco amor atropella!
¡Pero soy don Pedro yo,
que llama Aragón cruel!)
¡Guía, amigo!

FABRICIO. Soy fiel.

D. PEDRO. Que seas fiel o no,
¡no me importa cosa alguna!
¡Vamos a ver su belleza,
que lleva la fortaleza
del cabello a la fortuna!

(1) En el impreso de 1621 dice "si el amor", que hace el verso largo.

*(Salen* CLENARDA *y* CASANDRA.*)*

CLENARDA. Pienso que tarda.

CASANDRA. Clenarda,
quien ama y espera bien,
aunque luego se le den,
se queja de que se tarda.
No ha tanto que de campaña
salió el Príncipe.

CLENARDA. El deseo
me aleja el bien que no veo
y la esperanza me engaña.
Ninguna pena Amor tiene
con que se pueda igualar
el temer y imaginar
aquél si viene o no viene.
No hay pájaro que me iguale,
en esperar mi español,
a ver al alba del sol,
a aquel si sale o no sale;
que mal puedo yo saber
si por tu papel vendrá
o en otro responderá,
lo que se puede temer.

CASANDRA. Ten esperanza, que vale
tanto en amor, que yo creo
que al sustento del deseo
no hay manjar que se le iguale;
que si el dolor entretiene,
a la posesión la igualo,
porque es el mayor regalo
de cuantos el amor tiene.

*(Sale el* PRÍNCIPE DON PEDRO *y* FABRICIO.*)*

FABRICIO. El Príncipe viene aquí.

D. PEDRO. Tan solo y tan desarmado
como quien viene fiado,
hermosa Casandra, en ti.

CASANDRA. Bien ha hecho Vuestra Alteza
en fiar de mí su vida.

D. PEDRO. Fiar del mismo homicida
es gran acto de nobleza.
¿Quién te ha movido, ah mi bien?
Si éste es milagro de Amor,
pondré al templo del favor
la tabla de tu desdén.

*(Sale el* REY ROGERIO, *y gente.)*

ROGERIO. ¿Qué es esto?

D. PEDRO. (¡Ah, Casandra ingrata,
esta traición tuya fué!)

ROGERIO. ¿Cómo [es] que en tu tienda esté

hombre que tu hermano mata?—
¡Prendelde!

D. PEDRO. (¡No me da pena,
que de esta prisión cruel
me venga aqueste papel,
que dice que no eres buena!)
*(Arrójele en el suelo.)*

ROGERIO. Llevalde al mar, y poned
en la nave capitana
buena guarda.—Y tú, liviana,
¿qué aguardas?

CLENARDA. Hazme (1) merced
de oír mi satisfacción.

ROGERIO. ¡Vete de mis ojos luego!

CLENARDA. (¡Vendióme Fabricio!)

CASANDRA. (Hoy llego
a la mayor confusión.)

*(Vanse, y sale* DON LOPE.*)*

DON LOPE.

¿Qué es esto, invicto Príncipe? ¿Qué ha sido
el alboroto y causa del suceso?
¿Qué preso es éste?

ROGERIO.

El que a los Cielos pido:
don Pedro de Aragón.

DON LOPE.

¿Don Pedro preso?

ROGERIO.

Después de muerto un hijo, me ha querido
destruír el honor.

DON LOPE.

¡Extraño exceso
fué venir a tu mismo alojamiento!

ROGERIO.

Este papel le ha dado atrevimiento.
*(Dale el papel.)*
Lee, y dime lo que es.

DON LOPE.

Con más cordura
te debes gobernar y a su persona
tratar como a quien es. Parte y procura
honrar en él de España la Corona.

ROGERIO.

Tomaré tu consejo. ¡Gran ventura
en el aviso tuve; mas, Cardona,
lee el papel y vuelve a la mar luego!

DON LOPE.

¡Que mires que es mi Príncipe te ruego! (1)

*(Vanse todos. Quede solo* DON LOPE.*)*

El papel quiero leer;
mas ¡ay, Dios!, ¿qué es lo que veo?
¡Ojos, mirad, que no creo
que es letra de mi mujer!
Mas ¿de qué sirve engañaros?
¡Letras de Casandra son,
pero no será razón
sin ver la razón culparos! *(Lee:)*
"Para cosa que me importa,
Vuestra Alteza venga a verme."
¿De qué sirve entretenerme?
¿Qué fe, qué amor me reporta?
Luego dice: *(Lea:)* "Disfrazado
con aquese caballero."
Pues, ¡triste de mí!, ¿qué espero
sin honra y desengañado?
Mas ¿qué sirve hacer extremos
hasta que su fin entienda? *(Lea:)*
"Seguro estará en mi tienda,
donde verá cuando hablemos
que me tiene obligaciones,
aunque no las cree." ¡Ah, Cielo,
aquí dió fin el consuelo
de todas mis confusiones!
¡Aquí cesó mi temor,
que el mal suele un bien hacer,
que es no dejar de temer,
y es el temer el mayor!
¡Válame Dios, que ha llegado
lo que sólo me faltó!
¡La fortuna el resto echó,
pues el honor me ha ganado!
¡Gracias al Cielo que ya
no tiene daño que hacerme!
Si en esto esperaba verme,
contentísima estará.
Más no pudieras hacer,
Fortuna, en que te vengaras
de mí si no te juntaras
con Casandra, mi mujer.
Quien quisiere al sufrimiento
y al valor quitar el nombre,
¡hágala mujer de un hombre
para su mal instrumento!

(1) En el texto de 1621, "Hacedme".

(1) Falta en el manuscrito este verso.

¡Ah, Casandra, si Centellas
fué en Valencia tu apellido,
no Centellas, fuego has sido
hoy, que me abrasas con ellas!
¡Oh, qué bien se echa de ver,
por más causas que la obliguen,
que viene a ser, si la siguen,
la mejor mujer, mujer!
La de más peso, más vana;
más libre la más (1) sujeta;
más loca la más discreta
y la más cuerda, de lana.
La más corta, con más alas;
la más rica, con más penas;
y perdónenme las buenas,
que hablo sólo de las malas.
La más humana, inhumana;
la más grave, más ligera;
la más piadosa, más fiera;
la más honesta, liviana;
la más fuerte, sin poder;
la más torpe, más resuelta;
la más cerrada, más suelta,
y la de más ser, sin ser.

## ACTO TERCERO

DE *Don Lope de Cardona.*

(*Salen* Félix y Doña Casandra.)

FÉLIX. ¿Por dónde, señora mía,
te ha venido tanto mal?

CASANDRA. Por mi desdicha, que es tal,
que solamente podía
descomponer tanta fe,
tanto amor y confianza,
el no tener esperanza
que me escuche; causa fué
de no dar satisfacción
a don Lope de esta afrenta,
porque él la pone a mi cuenta
contra mi buena opinión.
Quiérese partir la armada,
quédase don Lope en tierra
por no proseguir la guerra
contra su Rey comenzada,
y por no decir que va
donde llevan en prisión
al Príncipe de Aragón,
de quien tan celoso está,
o porque acaso ha sabido
que el ejército dejé,
si darme la muerte fué
el intento que ha tenido.
Bien me dejara matar
si con mi honor ser pudiera;
pero ¡no es razón que muera
si el honor me ha de costar!
Quedarme quiero en Valencia
antes que se desengañe,
porque el honor no le engañe
a hacerme alguna violencia.
Tú, Félix, si viene aquí,
le dirás que el Siciliano
me dió muerte por su mano
viendo que le deja así,
porque, como lleva preso
al hombre que le agravió,
en matarme se vengó
de que le dejé por eso.

FÉLIX. Yo haré lo que me has mandado
si a tu honor dices que importa.

CASANDRA. En tanto que se reporta,
es bien que viva engañado.
Yo voy a esconderme: ¡el Cielo
guíe tu lengua!

(*Vase* Doña Casandra.)

FÉLIX. Él te guarde,
que, puesto que el tiempo tarde,
Él dará a tu mal consuelo.
¡Notable persecución
es la de este caballero!

(*Sale* Don Lope.)

D. LOPE. Mientras más su fin espero,
más mis desventuras son.
El Rey está de partida
sin admitir mi consejo;
yo con disculpa le dejo
para no quitar la vida
a aquella ingrata mujer.

FÉLIX. Señor, ¿dónde vais así?

D. LOPE. Félix, a saber de mí,
si hay quien lo pueda saber.

FÉLIX. No hay duda, triste estarás
si sabiendo la inocencia
de aquel ángel que en tu ausencia
mereció este nombre más,
lloras su temprana muerte.

(1) [illegible] más sujeta", que es contrario sentido.

D. LOPE. Félix, no te entiendo bien.
¿Inocente dices? ¿Quién?
FÉLIX. ¿Cómo quién? Tu esposa.
D. LOPE. Advierte
que no doy tanta licencia
a nadie en mi deshonor.
FÉLIX. Casandra envió, señor,
aquel papel a Valencia
para concertar las bodas
de Pedro y Clenarda, y son
tan ciertas, que en su prisión
se harán estas paces todas.
Lo que hizo el Rey cruel
de tirano, fué mandar
a aquel ángel degollar
porque le escribió el papel.
Yo vi su blanca garganta,
sobre el borde de un navío,
segar el cuchillo impío
del traidor con fuerza tanta,
que, envuelta en sus hebras solas,
en el fiero mar cayó,
dejando por donde entró
sangrientos círculos y olas.
D. LOPE. Félix, ¿háblasme en tu seso?
Mira que en esas razones
tales dos cosas propones
que son de mi vida el peso.
¿Casandra a Pedro llamó
para casar a Clenarda
y ya es muerta?
FÉLIX. Ya no aguarda
vida que procuré yo.
Ella tuvo aquel intento
para su patria piadoso,
y al fiero Rey riguroso
le pesó del casamiento
y en el ángel se vengó.
D. LOPE. ¿Que Casandra es muerta ya?
FÉLIX. Sí, señor.
D. LOPE. ¿Que muerta está?
Pues ¿para qué vivo yo?
Angel del Cielo difunto,
¿por qué yo os desamparé?
Al que mensajero fué,
¿qué albricias daré, os pregunto?
Quítate, Félix, delante.
FÉLIX. ¿La espada, señor?
D. LOPE. Espera.

*(Huya* FÉLIX.)

Pero ¿no es mejor que muera
la causa, pues lo es bastante?
Sí, bueno será morir.
Muerta es Casandra; ¿qué espero?
Pero miraré primero
si el Rey se quiere partir;
que si hay una barca sola
en que le pueda alcanzar,
hoy verá el Cielo en la mar
una venganza española.
Las velas izando van;
ya los altos pajariles
a los embates sutiles
abrazos de lienzo dan;
ya los amantillos largan,
ya suena el "bota a babor",
ya con la vela mayor
por el ancho mar se alargan.
¡Quién fuera un cisne, un delfín!
Pero cisne y delfín soy:
cisne, pues cantando estoy;
delfín, pues es en mi fin.
¡Oh, si este Grao me pusiera
en una pieza por bala
porque, entre el furor que exhala
en la nave del Rey diera!
Aquí quiero desnudarme;
nadar quiero hasta morir.

*(Salen dos pescadores,* RISELO *y* BELARDO.)

RISELO. Ya bien podemos salir.
La red, Belardo, se arme.
BELARDO. Los cuerdos mejor atinan,
Riselo, con esperar.
RISELO. ¿No ves que por alta mar
los sicilianos caminan?
¿Hemos aquí de morir
de hambre? En la barca entremos;
pesquemos algo.
BELARDO. Aguardemos.

*(Tres pescadores,* FAUSTO, LAURO *y* TEBANO.)

FAUSTO. Pienso que podéis salir.
LAURO. Yo, Fausto, mejor me hallaba
matando esta gente fiera
que olvidada en la ribera
por embarcarse quedaba.
¡Qué mejor pesca que dar
lindo remazo al pobrete
que como nutria (1) se mete
con su pellejo en la mar?

(1) En los textos, "nutra".

Nunca andaluz pescador,
al sábalo o al atún,
en regocijo común,
dió con tan diestro furor
con el palo en el cogote,
entre la tierra y la mar,
que yo al que vía quedar.
¿Qué gente?

BELARDO. No os alborote,
que todos somos amigos
de estas cabañas del Grao.

FAUSTO. ¿Qué os parece del sarao
de estos nuestros enemigos?

LAURO. En la gente que han dejado
notable estrago se ha hecho.

BELARDO. Poco ha sido de provecho
si al Príncipe se han llevado.

FAUSTO. Un hombre medio desnudo
sobre aquel peñasco está.

BELARDO. A la mar se acerca ya.

RISELO. Si es de ellos, muera.

TEBANO. Eso dudo.

DON LOPE.

Mar sosegado y manso
para cosas mal hechas,
como para robar la griega hermosa,
que vives en descanso
en tanto que sospechas
que das favor a una traición forzosa.
¿Adónde está mi esposa?
¿Dónde (1) cayó cortada
la cabeza que el Cielo,
contra rayos del suelo,
vió de laurel constante coronada?
Mas ya tu voz pregona:
¡Muerta Casandra, morirá Cardona!
¡Maldiga el alto Cielo
al primer atrevido
que sujetó tus ondas, mar profundo;
el que pisó tu suelo
en su ataúd metido
y, sepultado en agua, pasó el mundo,
y a mí, si fuí el segundo!

BELARDO.

¿Daréle?

FAUSTO.

Un poco espera.

DON LOPE.

¡Maldiga el arrogante
que en tu vidrio inconstante
osó fundar palacios de madera!

FAUSTO.

Un rato le perdona.

DON LOPE.

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!
¡Maldiga Dios el hombre
que tantas cuerdas locas
a la primera nave del mar puso,
pues dando a todo el nombre,
por estrellas tan pocas,
el camino marítimo compuso,
y en el reloj confuso
de su varia armonía
tantas tan varias ruedas!

LAURO.

¡Que detenerme puedas!

DON LOPE.

Mas dime dónde está la prenda mía;
Cielos, mi honor me abona.
¡Muerta Casandra, morirá Cardona!
La sangre, mar, sin duda,
se habrá vuelto corales
y las lágrimas perlas. Entrar quiero,
si con olas no muda (1)
el agua las señales,
que enriquecer de aquel tesoro espero.
¡Casandra, amor primero
de don Lope, tu esposo,
recibe el cuerpo mío!

RISELO.

¡Tenle, que es desvarío!

LAURO.

¿Adónde vas, soldado temeroso?—
Al punto le aprisiona.

DON LOPE.

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!

FAUSTO.

Cercalde todos presto.

DON LOPE.

¿Quién sois?, decidme, amigos.

LAURO.

Pescadores de peces, ya trocados

(1) En el impreso de 1621, "Adonde", que alarga el verso.

(1) En el texto de 1621, "si con las olas", que hace largo el verso.

en este mismo puesto
en pescar enemigos.
Date a prisión.

DON LOPE.

Seáis muy bien llegados.
Yo soy de los soldados
del Siciliano fiero;
pero advertid que es justo
que yo escoja a mi gusto
el género de muerte, pues ya muero.

FAUSTO.

Atalde y luego diga
qué muerte quiere.

DON LOPE.

Oíd, oíd.

LAURO.

Prosiga.

DON LOPE.

En el mar arrojado.

RISELO.

Bien dice; al barco vaya,
y desde alguna peña le echaremos.

DON LOPE.

¡Oh, si pudiese a nado
llegar desde esta playa
a la cabeza de Casandra!

LAURO.

Entremos
en el barco, y los remos
nos dirán a la parte
donde mejor acierte
a topar con la muerte.

DON LOPE.

Por el agua, mi bien, voy a buscarte.

FAUSTO.

Su talle me apasiona.

[DON LOPE.]

¡Muerta Casandra, morirá Cardona!

*(Sale el* REY DON ALONSO *y el* CAPITÁN LEONARDO.*)*

**LEONARDO.** Alzó las velas y fuése.
**D. ALONSO.** ¿Que al Príncipe se llevó?
**LEONARDO.** Su ventura le ayudó
a que venganza tuviese.
Y si el Rey vino a vengar
un hijo con justo amor,
en hallando al matador
dime, ¿a qué debe esperar?
**D. ALONSO.** ¡Ah, Pedro! ¡A qué graves daños
esta determinación
de tu ardiente corazón
va disponiendo mis años!
Yo pagaré tu locura,
precipitado mancebo.
**LEONARDO.** Siempre de su edad fué cebo,
invicto Rey, la hermosura.
¿No dicen que fué culpada
Casandra, que le llamó,
porque sólo pretendió
la paz de su patria amada?
Verle el Rey y darle aviso
el traidor que le llamó
fué causa, pues le prendió.
**D. ALONSO.** Acabar con todo quiso.
Pero pues no puede ser
mayor causa y ocasión
para, dejando a Aragón,
la guerra en persona hacer,
naves y galeras luego
se junten en Barcelona,
porque yo quiero en persona
poner a Sicilia fuego.
Pediré favor igual
a las desdichas presentes,
a los Reyes, mis parientes,
de Castilla y Portugal.
Que con naves y galeras
de los dos y las que son
de Cerdeña y de Aragón,
las sicilianas riberas
verán tan presto en su playa
mis banderas, que, aun apenas
toque sus blancas arenas,
cuando yo a las mismas vaya.

*(Sale un* PAJE.*)*

¿Qué ruido es ése?
**PAJE.** Aquí
los pescadores, atado,
traen un pobre soldado.
**D. ALONSO.** ¿De Sicilia?
**PAJE.** Señor, sí.
Que por la costa del mar
matan cuantos se quedaron,
y éste de matar dejaron
porque le oyeron hablar
de cosas más importantes
que su muerte puede ser.

*(A Don Lope, [illegible] y medio desnudo traigan los* PESCADORES.)

D. LOPE. ¿Qué, aún no acaban de tener
fin desdichas semejantes?

LAURO. Habla tú.

FAUSTO. Yo no sabré.

BELARDO. Hable Riselo.

RISELO. Quisiera,
si el Rey temor no me diera.

BELARDO. Hable Tebano.

TEBANO. No sé.

LAURO. Habla, Belardo, pues fuiste
en Castilla palaciego.

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

BELARDO. (Temblando llego.

LAURO. Persínate.

BELARDO. Bien dijiste.)
Supremo Rey de Aragón,
andando orilla del mar
buscando algunos soldados
que se quedaron atrás,
éste hallamos, que nos pide
que, habiéndole de matar,
él mismo escoja su muerte.
La licencia fué piedad,
pues dice que le arrojemos
en el mar; pero al entrar
en la barca con que al golfo
todos caminando van,
vuelta la cara a Valencia
tales cosas pudo hablar,
que en vez de darle la muerte
vida tus ojos le dan.

D. ALONSO. ¿Eres de Sicilia?

D. LOPE. No;
más cerca mi patria está.

D. ALONSO. Pues ¿de dónde eres?

D. LOPE. De España.

D. ALONSO. ¿De España? ¿De qué lugar?

D. LOPE. Si a los reyes, gran señor,
se ha de decir la verdad,
de Valencia soy; Valencia
es mi patria natural.

D. ALONSO. Tres estados hay en ella;
porque caballeros hay,
ciudadanos y plebeyos.
¿En qué jerarquía estás?

D. LOPE. Un tiempo que envidias fieras
Luzbel me hicieron llamar,
al lado del Rey me vi,
mas sin soberbia jamás.
Caí sin culpa a un infierno
de agua, porque el fuego ya
quedó en el hijo del Rey,
que Amor tal nombre le dan.
Llevóme esta agua a Sicilia,
de donde vuelvo a pasar
este mar, y el de mis ojos,
con nombre de general.
No lo fuí contra mi patria,
como envidiosos dirán,
que antes por hacerla bien
me ha venido tanto mal.

D. ALONSO. La mudanza del vestido,
y el rostro a un villano igual,
no me dejan conocerte
por las señas que me das.
¿Eres don Lope?

D. LOPE. Yo soy.

D. ALONSO. ¿Don Lope?

D. LOPE. Pues ¿quién podrá
sin ser yo parecer yo
ni muriendo vivir más?

D. ALONSO. Villano, infame enemigo,
noble a tu Rey desleal,
traidor a tu patria misma,
¿dónde de esta suerte vas?
¿Es este el pago que el Rey
por quien me dejas te da?
¿Es este el laurel del triunfo?

D. LOPE. Yo tengo a buena señal
de que me has de dar perdón
ver que infamándome estás,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Tú me desterraste, Rey,
sin culpa; el agua del mar
me echó a Sicilia; Rogerio,
contra mi amor y lealtad,
me dió su bastón, y mira
si vine a hacerte pesar,
pues ya que al Príncipe lleva
no vuelvo a ser Capitán.
Que el hallarme de esta suerte,
ya de sentido incapaz,
fué porque el traidor me ha muerto
a Casandra, a la mitad
del alma.

D. ALONSO. ¿Qué dices?

D. LOPE. Digo
que viéndome pertinaz
en no conquistar tus muros
la ha mandado degollar.

D. ALONSO. Deja, Cardona famoso,

el llanto; no eres Sifaz
ni Casandra Sofonisba;
si quieres hoy te darán
justa venganza los Cielos.
De Castilla y Portugal
espero presto socorro;
con él voy a castigar
al traidor Rey de Sicilia.
Toma mi bastón real;
cobra mi hijo y tu padre,
y aquel ángel celestial
venga como noble esposo.
D. LOPE. Dame a mi padre y verás
de la manera que vuelvo.
D. ALONSO. Amigos, a prenda tal
como don Lope, no sé
qué albricias os pueda dar.
Repartid esa cadena.
RISELO. Una corona imperial
adorne tus barras presto.
D. ALONSO. Ea, Lope, tiemble el mar;
sienta el peso de tus fuerzas.
D. LOPE. De mis agravios dirás.
¡Aguarda, villano fiero,
indio bárbaro, animal
sangriento, caribe, scita,
monstruo del mundo...!
D. ALONSO. No más;
no digas injurias Lope,
a quien vas a castigar,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.

*(Váyanse, y entre* CLENARDA *con* ROSINDA.)

CLENARDA. ¿Que no es posible, Rosinda,
que se alegre en la prisión?
ROSINDA. No hay promesa, no hay razón
que le satisfaga y rinda.
Cubierta tiene la cara
de una tristeza mortal.
CLENARDA. Poco el ánimo real
en esas muestras declara.
ROSINDA. Si le dicen cada día
que el Rey le manda matar,
¿cómo se puede alegrar?
CLENARDA. Con esta palabra mía:
de que el Rey mira más bien
un caso tan importante.
ROSINDA. No hay sombra que no le espante
de cuantos (1) nobles le ven;

(1) En los textos impresos, "cuantas".

que como le amenazaba
de que en llegando a su tierra,
aunque sabía la guerra
en que a Sicilia dejaba,
le había en un cadalso
de cortar el cuello, espera
por puntos la muerte fiera.
CLENARDA. No lo creas, (1) todo es falso.
Yo sé que me tiene amor;
yo sé que está reportado.
ROSINDA. ¿Y ha de saber que has entrado
a verle?
CLENARDA. Tengo temor
que Fabricio se lo diga,
puesto que avisado está.
ROSINDA. El Príncipe sale ya.

*(Entra el* PRÍNCIPE, *preso, y un músico,* FERNANDO.)

MÚSICO. ¿Quieres, señor, que prosiga?
D. PEDRO. Harásme, amigo, placer.
Pero vuelve a comenzar,
que de cosas de pesar
recibo mayor placer.
*(Canta.)* "Cuando a doña Inés de Castro
mira el portugués don Pedro,
de mil fieras puñaladas
sangriento el nevado pecho,
y sus dos queridos hijos,
como dos ángeles muertos,
uno en el derecho brazo
y otro en el brazo siniestro,
quiere llorar y no puede,
porque los ojos, suspensos,
están deteniendo el agua
por no llover a su cielo."
D. PEDRO. ¡Oh, cuánto, Fernando amigo,
de esas tristezas me alegro,
ya porque Pedro es mi primo,
ya porque me llamo Pedro.
Matáronle dos traidores
a su bella Inés.
FERNANDO. Bien presto
dicen que tomó venganza.
D. PEDRO. En viendo a su padre muerto.
[MÚS.] *(Cante.)* "Mas ya que pudo llorar,
llora el portugués diciendo:
"Oye, Inés del alma mía..."
D. PEDRO. No prosigas, que me muero.
FERNANDO. Tú tienes culpa, señor;

(1) En los textos impresos, "crea".

que a los tristes no es consuelo
cantar ni contar tristezas.

D. PEDRO. Yo en las tristezas me alegro.
Pero dime una canción
alegre, si oírla puedo,
porque oyendo alegres cosas
quiero ver si me entristezco.

[MÚS.] *(Cante.)* "En Sevilla juega cañas
el valiente rey don Pedro,
por dar gusto a la Padilla,
que fué espada de su cuello.
En la cuadrilla del Rey
va Juan de Guzmán *el Bueno*..."

D. PEDRO. ¿Con otro Pedro mi primo
fuiste a dar?

FERNANDO. Todos son Pedros
los reyes que tiene España
en esta sazón.

D. PEDRO. No creo
que de mí, aunque Pedro soy,
hay versos.

FERNANDO. Yo sé unos versos.

D. PEDRO. Cántalos ¡por vida tuya!

FERNANDO. Son de amor.

D. PEDRO. ¿Pierden por eso?

FERNANDO. No pierden, porque al amor
cuanto vive está sujeto.

[MÚS.] *(Cante.)* "Disfrazado está en Sicilia
el aragonés don Pedro;
en las fiestas de su Rey,
a todos lleva los precios.
Vióle la hermosa Clenarda..."

D. PEDRO. Que no prosigas te ruego.
¿Es esa dama la Infanta?

FERNANDO. La misma.

D. PEDRO. ¡Extraño suceso!
¿Versos se hacen en Castilla
de su amor?

FERNANDO. Es tanto extremo
el que ha mostrado de amarte,
que hay otros muchos sin éstos.

D. PEDRO. ¡Vive Dios, que estoy, Fernando,
agradecido y contento
de ver que me quiera tanto
habiendo a su hermano muerto!
Y que si pudiera hablarla
que le ofreciera mi pecho
enamorado y rendido.

ROSINDA. ¿No le escuchas?

CLENARDA. ¡Pierdo el seso!

ROSINDA. Llega a hablar.

CLENARDA. ¿De qué modo?

ROSINDA. Con esta ocasión, diciendo
que has oído sus palabras.

CLENARDA. Amor me ayude. Yo llego.)
Puesto que atreverme ha sido
fuerza de tanta afición
a veros en la prisión,
Príncipe, donde he venido,
no tuviera atrevimiento
a hablaros si no escuchara
que mi amor, por cosa rara,
os pone agradecimiento.
Pues si agradecido estáis,
creed que en esta prisión
ha de estar mi corazón
hasta que libre os veáis.
Cruel es el padre mío;
no tengo la culpa yo.

D. PEDRO. De esta prisión, que causó
mi bien, mil gracias le envío,
porque ser preso por vos
es la mayor libertad.

CLENARDA. Casandra os trató verdad;
que concertamos las dos
que os llamase para hablaros.
La prisión fué porque quiso
el traidor que os dió el aviso
más venderos que obligaros.
Pero creed que esta vida
y esta sangre ha de costar
libraros.

D. PEDRO. Para mostrar
alma tan agradecida
como merece ese amor,
verme en libertad deseo,
que, como preso me veo,
diréis que os habla el temor.

ROSINDA. Retiraos ¡triste de mí!,
que vienen guardas y gente.

CLENARDA. Aquí me escondo.

D. PEDRO. (1) Y yo, ausente,
¿qué haré entre tanto sin ti?

*(Salen dos* ALABARDEROS *y un capitán,* FELISARDO, *y un* SECRETARIO.)

FELISARDO. Notificad a su alteza
ese papel, Capitán.

ROSINDA. (Buenos tus conciertos van
si hoy le cortan la cabeza.)

D. PEDRO. ¿A mí notificación?
¿De qué?

(1) En el impreso de 1621 dice "FERNANDO".

SECRET. El papel lo dirá.
D. PEDRO. Decid que presto verá
quién es el Rey de Aragón.
*(Lea:)*

"Visto por nuestro Consejo el proceso que se ha causado contra don Pedro de Aragón, reo culpado en la muerte del príncipe Tancredo, nuestro serenísimo hijo, fallamos que le debemos condenar y le condenamos a que en cadalso público, delante de las puertas de nuestro Palacio, le sea cortada la cabeza.—*El Rey*."

SECRET. Esta es la suma.
D. PEDRO. Y en suma,
¿tengo de morir?
FELISARDO. Señor,
aquí se muestra el valor.
D. PEDRO. Matóme (1) el Rey con la pluma;
yo con la espada en la mano
a su hijo, defendiendo
mi vida.
CLENARDA. (¿Qué estoy oyendo?
¡Nunca naciera mi hermano!)
FELISARDO. Entrad, señor. ¿No es razón
que un momento os recojáis?
D. PEDRO. Cristiano soy, bien habláis.—
Tu sol se pone, Aragón.
*(Llévanle.)*

CLENARDA. Por salir, Rosinda, estuve
y hacer locuras.
ROSINDA. Advierte,
Clenarda, a tu honor.
CLENARDA. ¿Su muerte
pude escuchar y detuve
el sentimiento? Aquí aguarda,
verás qué remedio doy.
ROSINDA. ¡Detente!
CLENARDA. ¡A matarme voy!
¡Hoy mueran Pedro y Clenarda!
ROSINDA. Espera, que vuelve...
CLENARDA. ¿Quién?
ROSINDA. El Capitán.

*(Vuelve el CAPITÁN y FABRICIO.)*

FELISARDO. ¿Qué me cuentas?
FABRICIO. Advierte bien lo que intentas
y míreio el Rey también,
porque sin duda en Mecina
no se trata de otra cosa.
FELISARDO. ¿Que armada tan poderosa
contra Sicilia camina?
FABRICIO. El mismo Rey de Aragón
dicen que viene en persona,
y don Lope de Cardona
trae su real bastón.
De Castilla y Portugal
viene lo más noble. Advierte
al Rey que esta injusta muerte
le está a Sicilia muy mal.
FELISARDO. A darle ese aviso voy.
FABRICIO. Ya lo debe de saber.
CLENARDA. Si puede caber placer
en la tristeza en que estoy,
esta nueva me le diera.
Vente conmigo y verás
que una afición puede más
que todo el honor.
ROSINDA. Espera.
CLENARDA. No hay que esperar.
ROSINDA. No es razón
que sigas intentos vanos.
CLENARDA. Hoy me verás en las manos
del mismo Rey de Aragón.

*(Vanse, y entren DOÑA CASANDRA en habito de hombre con bastón, calza y espada, y FÉLIX.)*

FÉLIX.

Bien hasta agora te salió tu intento.

CASANDRA.

Hice en mi tierra gente, como digo,
y, tomando a los nobles juramento,
vístome de hombre y mis soldados sigo,
el plebeyo escuadrón de ver contento;
que viva estoy y que a cobrar me obligo
mi honor perdido. Jura al mismo efeto
tener mi nombre en tierra y mar secreto.
Llego a la armada que Aragón hacía
con tanta brevedad en Barcelona;
digo que el Rey de Portugal me envía,
y estima Alfonso en mucho mi persona.
Mirábame turbado todo el día,
sospechoso, don Lope de Cardona;
mas dió, como por muerta me ha creído,
más que a los ojos crédito al oído.
Embarcada mi gente, doy al viento
velas contra Sicilia, y con su armada
hoy a Mecina llego en salvamento,
donde también le servirá mi espada.

FÉLIX.

Mereces, por tu heroico pensamiento,
ser entre las famosas celebrada.

(1) En el impreso de 1621, "Mátame".

CASANDRA.

El Rey y el de Cardona toman tierra.

FÉLIX.

Espero un fin dichoso de esta guerra.

(*Salen el* REY DON ALONSO *y* DON LOPE, *de general y* DON BERNARDO *su padre de* DON LOPE, *y* SOLDADOS.)

DON ALONSO.

Paréceme, don Lope, buen acuerdo.
Vaya tu padre y diga al Rey tirano
con el intento y el poder que vengo.

DON LOPE.

Paréceme discreta la embajada.

DON BERNARDO.

Yo iré, señor, y con prudencia alguna
le ofreceré los medios que propones
para que, sin las guerras que se esperan,
restituya a Aragón su preso Príncipe.

DON ALONSO.

Pues parte, don Bernardo, y de mi parte
le promete la guerra a sangre y fuego
si no aceta el partido; y por que vayas
con título conforme, aunque ninguno
es mayor que ser padre de don Lope,
el Almirante de Aragón te llama.

DON BERNARDO.

Los pies te beso por merced tan grande.

(*Vase* DON BERNARDO.)

DON LOPE.

Y yo, señor, mil veces; que esta honra,
siendo en mi padre, es más que propia mía.

DON ALONSO.

Mi Justicia Mayor, alzaos del suelo,
que vuestro padre lo merece todo.

DON LOPE.

Otras mil veces [yo] los pies te beso.

DON ALONSO.

En tanto que despacho a Zaragoza
a la Reina el aviso, haced que en orden
se ponga nuestra gente y haga alarde.

DON LOPE.

¡Dete vitoria el Cielo!

DON ALONSO.

¡Dios te guarde!

(*Vase el* REY.)

CASANDRA. De las mercedes, señor,
que el Rey de Aragón os hace,
puesto que no satisface
lo menos de ese valor,
por la parte que me alcanza
mil parabienes os doy,
que de mayores estoy
con deseo y esperanza.

D. LOPE. Generoso portugués
y valeroso Alencastro,
que en bronce, que (1) en alabastro
os verá el mundo después
de larga vida y vitorias,
a quien yo, como a sobrino
del Duque de Avero, inclino
mi bastón por tantas glorias,
las mercedes que me ha hecho
el Rey, mi señor ¡por Dios!,
que eran más dignas de vos
y de vuestro heroico pecho,
que tan mozo prometéis
tanto valor, que la fama
un nuevo Alejandro os llama.
(Ojos, ¿qué es esto que veis?
¿Es posible que haya hecho
de Casandra la belleza
otra vez Naturaleza?)

CASANDRA. (Que me conoce sospecho.)

D. LOPE. (¿Es posible que en formando
a Casandra celestial,
se partiese a Portugal,
la misma estampa imitando?
Mas si del Duque de Avero
el hermano hubiera estado
en Valencia, este traslado
fuera original primero,
duda pusiera ¡por Dios!,
Casandra, en el casto pecho
de tu madre, pues se han hecho
en una estampa los dos.)

CASANDRA. (No sé cómo le divierta
del pensamiento en que está.)

D. LOPE. (A no ser difunta ya,
que es ella es cosa muy cierta.)
¡Ay, Dionís, no os espantéis
de este sentimiento mío,
que, en sabiéndole, confío
que igual disculpa me deis!
Sois de un ángel que adoré
tan parecido retrato,

(1) En el manuscrito, "y", en lugar de "que".

y fuíle yo tan ingrato
poniendo duda en su fe,
que no puedo, cuando os miro,
dejar de pagar con llanto
haberla ofendido tanto.

CASANDRA. De vuestro valor me admiro.
¿Es, por dicha, vuestra esposa
la que mató el rey Rogerio?

D. LOPE. Si de amor fuera el Imperio
república generosa,
libre de la sujeción
en que le han puesto los celos,
no hubieran hecho los Cielos
bien de mayor perfección.
Desamparéla, y, por mí,
un tirano la mató.

CASANDRA. Y qué, ¿la parezco yo?

D. LOPE. Tanto, que he pensado aquí
que el Cielo su rostro os pone,
para que tenga presente
mi delito.

CASANDRA. Su inocente
sangre, don Lope, os perdone,
que ya os habrá perdonado,
porque no hay venganza allá.

D. LOPE. No poca la toma acá
con vuestro hermoso traslado.
Hacedme placer que os vais,
que despertáis mi dolor.

CASANDRA. Si os sirvo en eso, señor,
adiós.

D. LOPE. ¡Gran pena me dais!
Pero, volved, deteneos,
que más siento estar sin vos,
y perdonadme, por Dios;
¡todos son locos deseos!
¿Es posible, prenda mía?

CASANDRA. ¿Qué decís?

D. LOPE. No digo nada:
fuese el alma transformada
al bien que tener solía.

CASANDRA. No es buena transformación
que vuestra esposa me hagáis:
advertid que me enojáis.

D. LOPE. Si los portugueses son
por quien Amor ha tenido
la perfeción que sabemos,
¿cómo hacéis de oírme extremos,
habiéndolo vos nacido?

CASANDRA. Insufrible estáis, Cardona.
Yo os dejo.

D. LOPE. (¡Amor vengativo,
muerto el bien, dejaste vivo
su retrato!) Oye.

CASANDRA. Perdona.

D. LOPE. Ya vuelvo en mí.

CASANDRA. Y es razón.

D. LOPE. ¡Ordena, Dionís, tu gente,
y iréme yo donde intente
formar un nuevo escuadrón:
lágrimas en la vanguarda,
banderas de luto en medio
y mi muerte, sin remedio,
llevará la retaguarda;
que cuando me venza allí,
rendido, a sus pies diré:
"Casandra, yo te maté,
toma venganza de mí."

(Vase Don Lope.)

CASANDRA.

La más altiva y próspera vitoria,
del enemigo la mayor venganza,
descanso en tierra, y no en la mar bonanza,
el fin más dulce en la más triste historia.
El triunfo, el arco, la opinión, la gloria
que espada, o pluma, o buena dicha alcanza,
la posesión del bien tras la esperanza,
la mayor fama y la mayor memoria,
la hermosa paz después de los enojos,
el oro, el muro, el reino conquistado,
las banderas, las armas, los despojos,
no igualan al placer de Amor vengado,
que ve llorar unos ingratos ojos
arrepentidos del desdén pasado.

*(Sale Clenarda en hábito de soldado, muy galán.)*

CLENARDA. Si una determinación
en una mujer se iguala
al rayo, cometa y bala,
y más teniendo afición,
hoy se contará de mí
la mayor que ha visto Amor,
pues no puede ser mayor
que venir Clenarda ansí.
No pudiera de otra suerte
salir del muro y venir
adonde muestre en morir
que el amor vence a la muerte.
¡Oh, Pedro, cuánto me cuestas!

CASANDRA. ¿Quién va?

CLENARDA. Un soldado.

CASANDRA. ¿Qué nombre?

CLENARDA. (Ha tan poco que soy hombre,

que aún no sé bien sus respuestas.)
CASANDRA. ¿Respondéis o no?
CLENARDA. (¡Española
furia!)
CASANDRA. ¿No hay más flema en eso?
CLENARDA. Escuchad.
CASANDRA. Pues hablad presto
o disparo la pistola.
CLENARDA. Nombre, amigo, no lo sé,
que ha poco que soy soldado.
CASANDRA. Tú, ¿no vienes embarcado?
¿Quién eres?
CLENARDA. Yo lo diré;
pero impórtame primero
el saber con quién estoy.
CASANDRA. Dionís de Alencastro soy,
sangre del Duque de Avero.
CLENARDA. ¿Portugués?
CASANDRA. Pues ¿no lo ves?
CLENARDA. Por ser hombre de valor
y porque casos de amor
oirá bien un portugués,
sabed que yo soy Clenarda,
hija de vuestro enemigo.
CASANDRA. ¿Y sola?
CLENARDA. Viene conmigo
todo el amor que me guarda
a don Pedro de Aragón:
le tengo, amigo, de suerte
que, con temor de su muerte,
vengo en aquesta ocasión
a darme al Rey, porque en mí
pueda vengar, si le mata,
su muerte.
CASANDRA. Quien eso trata,
grande valor tiene en sí.
Los brazos te quiero dar.
CLENARDA. A ti, como a caballero,
me entrego.
CASANDRA. Servirte quiero.
CLENARDA. Tu sangre te ha de obligar
y el parecerte a una (1) amiga
que en mis desdichas lo fué.
CASANDRA. ¿Quién?
CLENARDA. ¡Era mujer!
CASANDRA. No sé,
Clenarda, cómo te diga
el valor de aquesta hazaña;
mas cree que eternamente
por toda Italia se cuente
y que la celebre España.
CLENARDA. Por buen agüero he tenido,
Alencastro, haberte hallado,
así porque eres traslado
de quien de mi amor lo ha sido,
como porque sé que harás
como noble y portugués.
CASANDRA. Esa tu amiga, ¿quién es?
CLENARDA. Cierta Casandra.
CASANDRA. No más,
que ya tengo nuevas de ella.
CLENARDA. ¿Conocéisla?
CASANDRA. Como a mí.
CLENARDA. Dadme la palabra aquí,
por quien soy, por mí y por ella,
que no habéis de descubrirme
hasta que llegue ocasión.
CASANDRA. Harélo, porque es razón,
y porque importa encubrirme, (1)
que también veréis después
lo que agora no pensáis.
CLENARDA. Al fin, ¿palabra me dais?
CASANDRA. Doila, a fe de portugués.

(*Salen los* SOLDADOS, DON LOPE, *el* REY DON ALONSO *y* DON BERNARDO.)

DON ALONSO.

¡Resolución extraña!

DON BERNARDO.

Esto responde,
y que si quieres acercarte al muro,
verás cómo degüella luego al Príncipe
entre las dos almenas de la puerta.

DON ALONSO.

¿Esto sufrís, soldados?

DON LOPE.

Yo sospecho
que son estratagemas y amenazas.

DON BERNARDO.

Yo no sé que lo sean, mas he visto
que con una cadena le han sacado
y que la guarda lo llevaba al muro.

CASANDRA.

(¿No escuchas lo que tratan?

CLENARDA.

¡Tiemblo toda!)

(1) [illegible] En los impresos, "un"

(1) Este verso falta en los impresos.

DON ALONSO.

¡Al arma, pues, valientes españoles!
¡Aragoneses, vuestro Rey os matan!
¡Acometed al muro si os provoca
la sangre de don Pedro!

DON LOPE.

¡Al arma toca!

*(Caja. En acometiendo salgan al muro el* REY ROGERIO *y el* CAPITÁN *de su guarda, y el* PRÍNCIPE DON PEDRO.*)*

ROGERIO. Atrevidos españoles,
que, con las soberbias hojas,
pensáis alcanzar del muro
las del laurel que corona:
¡éste es don Pedro, miralde!
Mas mirad que si se arroja
vuestro pecho a lo que emprende
y otra vez al arma toca,
¡le cortaré la cabeza!

D. ALONSO. (Habla, Lope.

D. LOPE. Mucho importa
que se reporte la gente.

D. ALONSO. ¿No la ves suspensa toda?)

D. LOPE. Rey, la muerte de tu hijo
fué de persona a persona:
divinas y humanas leyes
defienden la vida y honra.
Ya es hecho; pues eres cuerdo,
trata de paces agora,
pues tienes hija heredera,
que, con esta hacienda sola,
te perdono haberme muerto
sin razón mi amada esposa.

ROGERIO. Ya, Cardona, te conozco.

D. LOPE. Pues si me conoces, sobra
para saber que es razón
y que es la tuya tan poca.

ROGERIO. Un medio hay sólo.

D. LOPE. Pues dile.

ROGERIO. Que las banderas recojas
y te vuelvas a la mar.

D. ALONSO. Rey, ¡no me verán sus ondas
sin don Pedro, mi heredero!

ROGERIO. Pues, don Alonso, perdona,
que hoy le corto la cabeza.

D. PEDRO. Padre y señor: si el volverte
tu heroico nombre desdora,
mejor será que yo muera.—
¿Qué tardas? ¡Mi cuello corta!—
¡Ea, españoles famosos;
ea, aragonés Cardona,
vengad mi muerte!

CASANDRA. Detente,
Rogerio, que antes que rompas
la luz del sol de Aragón,
la hija que tanto adoras
morirá por esta mano.

ROGERIO. ¿Mi hija?

CASANDRA. ¿De qué te asombras?
Habla, Clenarda.

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

D. LOPE. ¡A maravilla provocas
con lo que dices, Dionís!

CLENARDA. Padre, si los yerros dora
Amor, que por él se hacen,
el perdonarlos te toca.
Por el que tuve a don Pedro
hice esta hazaña amorosa:
si le cortas la cabeza,
venganza en tu sangre tomas.

ROGERIO. No es posible que pudieras
ser para tu honor tan loca,
Clenarda, a no te forzar
mis estrellas rigurosas.
La disposición del Cielo,
que ordena las cosas todas,
quiere que su esposa seas;
aguarda y serás su esposa.

*(Bájense del muro.)*

D. ALONSO. ¡Dadme, señora, esos brazos!

D. LOPE. ¡Dadme esos brazos, señora!

D. ALONSO. Y vos, Dionís de Alencastro,
por esta hazaña famosa
con que habéis dado a Aragón
su heredero, él mismo os nombra
Duque de Segorbe.

CASANDRA. El Cielo
os vuelva con paz dichosa,
generoso Alfonso, a España.

D. LOPE. El nuevo título goza,
Dionís, por muy largos años.

CASANDRA. El Ducado y mi persona,
Lope, son para serviros,
que no pretendo otra cosa.

*(Salen* ROGERIO *y el* PRÍNCIPE.*)*

ROGERIO. Rey de Aragón, pues que tienes
en tu poder quien provoca
mi sangre, dame mi hija;
tu hijo, don Pedro, toma:
troquemos los enemigos
y a tu España en paz te torna.

D. ALONSO. Sí haré; mas de aqueste modo,
que se casen, pues se adoran,
y pues que tiene Sicilia,
como Aragón Zaragoza,
o vivan acá ó allá.

ROGERIO. Rey, tu humilde pecho abona
los agravios de tu hijo.
Hoy la sentencia revoca
mi pecho y le doy los brazos.

D. PEDRO. ¡Tomaré su mano hermosa!

ROGERIO. Bien podrás; pero también,
don Lope, agora me informa
de la muerte de Casandra,
que toda Sicilia ignora,
que sólo en tanto placer,
su desdicha lastimosa
pudiera darme pesar.

D. LOPE. Después que en el mundo cobras
nombre por haberla muerto,
más cruel que Nero en Roma,
¿me dices que no lo sabes?

ROGERIO. Si alguna lengua traidora
te ha dicho que yo la he muerto,
la mano a la espada ponga,
que, aunque no sea mi igual,
hoy le igualo a mi persona.

CASANDRA. Yo lo dije.

ROGERIO. Pues ¿quién eres?

CASANDRA. La misma Casandra.

D. LOPE. ¡Esposa!

D. BERN. ¡Hija!

D. ALONSO. ¡Casandra!

CASANDRA. Rey, padre,
esposo, el tratar las bodas
de Clenarda y de don Pedro
hizo esta muerte celosa.
Duque de Segorbe, Rey,
me hiciste.

D. ALONSO. Y te añado agora
todo el Condado de Urgel.

CASANDRA. Pues todo, esposo, lo goza.

D. LOPE. A tu lado muchos años,
con que acabe con la historia
la injusta persecución
de *Don Lope de Cardona.*

COMEDIA

DE

# LOS DONAIRES DE MATICO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON

*El* Conde de Barcelona.
Sancho.
Matico.
*La* Condesa Rosimunda
*Un* Capitán.
Don Ramiro.
Don Riquelmo.
*Un* Gobernador.
*Tres* Criados.
*Un* Ventero.
*Una* Fregona.
Conde Belardo.

## [JORNADA PRIMERA]

(*Sale el* Conde *luchando con una sierpe, y* Riquelmo *y* Ramiro *con sus escopetas, y dando voces de dentro, salen, y detrás de todos sale* Sancho *vestido de pastor rústico, con un bastón en la mano.*

Riquelmo.

¡Ataja, ataja; suelta esos lebreles,
y acudan tres o cuatro arcabuceros!

Conde.

¡Ah, que sois muchos; pero poco fieles!
¡Líbreme el Cielo de tus dientes fieros,
bestia espantosa! ¿Nadie me socorre?
¡Llegad, llegad, valientes caballeros!
¡Llega, Riquelmo fuerte! ¡Corre, corre!

Riquelmo.

Temo, señor, herirte si la tiro,
y que tu sangre mis hazañas borre.

Conde.

¿Pues hame de matar? ¡Ah, don Ramiro!

Riquelmo.

Lleguemos juntos.

Ramiro.

¡Sólo el Cielo puede!

(*Entra* Sancho, *pastor.*)

Sancho.

¿Qué voces oigo? ¡Santo Dios! ¿Qué miro?

Conde.

¿Muerto queréis que vuestro Conde quede?
Llegad; que el que mi vida restaurare
le doy mi hija, y que mi Estado herede.

Riquelmo.

¡Dichoso el que su vida aventurare!

Ramiro.

Aquél seré yo. Riquelmo, tente.

Riquelmo.

¡Detente tú!

Ramiro.

¡Quien esto me quitare
quitaréle la vida!

Sancho.

¡Oh, fiera gente!
¿Así a vuestro señor dejáis? ¡Cobardes!

Conde.

¡Ah, buen pastor!

Sancho.

Si el Cielo te consiente
que la palabra que prometes guardes
de dar tu hija, yo daré mi vida.

Conde.

Al mismo Dios la doy. ¡Llega! ¡No tardes!

(*Mata* Sancho *la sierpe.*)

Riquelmo.

¡Que ha de haber fuerza que este bien me [impida!

Ramiro.

¿Qué? ¿No quieres soltarme?

Riquelmo.

¡Suelta, suelta!
Mas ya nuestra contienda se divida;
que mientras ha durado la revuelta,
aquel rústico goza la victoria.

RAMIRO.

¡La sierpe yace en tierra en sangre envuelta!

CONDE.

De Dios sea, pues es de Dios la gloria
de aquesta hazaña, y luego de tu mano,
de quien por siempre quedará memoria.

RIQUELMO.

¡Oh, noble Conde! El premio soberano
fué causa, con envidia de gozalle, (1)
que otro nos le ganase por la mano.
Mas ya, según se advierte por su talle,
menos te costará la grave empresa,
pues con dineros puedes contentalle.

(SANCHO *tiene el pie sobre la sierpe, y dice:*)

SANCHO.

Agora no mordéis ni, haciendo presa,
me desgarráis mis antiparas pobres.
Verted ponzoña, espuma en sangre espesa.

CONDE.

Yo haré, si puedo, que otra prenda cobres,
y que algún Rey te las envidie tanto,
que a la fortuna con la tuya sobres.

RAMIRO.

Casi los ojos me humedece el llanto;
y tan corrido estoy, Conde, que apenas,
apenas a mirarte los levanto.
¡Oh! ¡Si pluguiese a Dios que las arenas
que en sangre de esa fiera están teñidas
lo estuvieran en sangre de mis venas!

CONDE.

Esas palabras son agradecidas;
mas no de la manera que las obras
de quien no me las debe recebidas.
¡Oh, mi pastor; que nombre eterno cobras
por una hazaña tal, que a las más grandes
y hechos notables del Tebano sobras!
Dame esos brazos.

SANCHO.

¡Oh, señor! No mandes...

CONDE.

No me repliques.

SANCHO.

Tu grandeza ofendes.
No es justo que a abrazarme te desmandes.

(1) En el original, "gozarle".

CONDE.

Aquesos brazos que a mis brazos prendes
son y serán los dueños de la vida
que agora de la muerte me defiendes.
No pienso que ha de haber cosa que impida
la prometida fe; pues a cumplilla
cierta secreta causa me convida.
Ese rostro me espanta y maravilla.
¿Eres vasallo mío, o de otra tierra?

SANCHO.

Puesto que tuyo soy, nací en Castilla.
De mis humildes padres me destierra
la fiera envidia, y de mi patria amada,
que no hay lugar seguro de su guerra.
Una montaña fuerte y celebrada
por el león restaurador de España
fué de mis tiernos años habitada.
Esta, como corona, ciñe y baña
un pequeñuelo río, y a este río,
espesa enea, junco y verde caña.
Aquí, señor, el nacimiento mío
fué tan humilde cuanto fué dichoso,
y lo será de tu valor confío,
pues de este monstruo fiero y espantoso
vine a librar tu vida.

CONDE.

¡Extraño caso!

RIQUELMO.

¡Misterios son del Cielo poderoso!

CONDE.

Estoy de suerte, que ni muevo el paso
ni el pensamiento apenas, pues contemplo
que no has venido, ni es posible, acaso.
Contigo pienso ser un raro ejemplo
de fe inviolable, y para testimonio
aquesta sierpe haré colgar de un templo.
Tú poseerás en justo matrimonio
mi cara hija, de otro dueño indigna,
y con ella mi Estado y patrimonio.
Esto será después que la doctrina
de algún maestro tu rudeza enseñe
la militar y honrosa disciplina.
Que no hayas miedo que yo coma o sueñe
segura noche, ni es posible, hasta
que mi palabra al Cielo desempeñe.

SANCHO.

¡Oh, gran señor! Conozco ya que basta
ese agradecimiento. No procures
degenerar la sangre de tu casta.

No es justo que tu hija darme jures;
que el pedírtela yo fué porque agora
de mi poca nobleza te asegures.
Goza tu hija, cásala y mejora
(si hay en el mundo aventajada prenda)
tu Estado y su marido. Id en buen hora;
que me quiero volver a mi hacienda;
que andan traviesas por aquí mis cabras,
y temo que algún mal me las ofenda.

CONDE.

(No es posible que son estas palabras
de rústico pastor; a mi sospecha
no he menester que más camino abras.—
¿Qué os parece de aquesto?

RIQUELMO.

Que sospecha
cualquiera de los dos lo que tú mismo.
Yo digo que es figura contrahecha.

RAMIRO.

No es este hablar de tosco barbarismo
de la naturaleza del villano,
mas que la luz es propia del abismo.

CONDE.

Lo que a mí me asegura y hace llano
ser éste el propio que su honra muestra
es ver el bien que deja de la mano.
Pero escuchemos, que la gente nuestra
ya debe de llegar; todo hombre calle.
De aquesto pido la palabra vuestra.

RIQUELMO.

Tu nombre llaman, y responde el valle.)

*(Dicen de dentro en diferentes voces,* CRIADO *primero y el segundo.)*

PRIMERO. ¡Hola! ¡Ahó, gente del Conde!
Venid, que aquí suena gente.
SEGUNDO. ¿Hacia qué parte se siente?
PRIMERO. En este valle responde.
Decended presto acá abajo.
SEGUNDO. ¿Por dónde?
PRIMERO. A mano derecha;
por esa sendilla estrecha
debe de ser el atajo.
SANCHO. Señor, gente suena. Dame
licencia, y en paz te queda;
que temo entre esta arboleda
mis ovejuelas derrame.
No me hurten algún chivo.
CONDE. De aquesta vez no te irás;
que hoy no puedes ganar más
que haber ganado un cautivo.
Cree que has de ir a mi lado.
SANCHO. No, no, señor; yo me quedo;
que hasta el agosto no puedo;
que tengo un amo igualado.
Perdone su reverencia.
RIQUELMO. (Sin falta que es contrahecho.
CONDE. Ya quedo más satisfecho.
Vasallo es de su inocencia.
Llevarle quiero conmigo
para ver este misterio.)

*(Dicen de dentro* CRIADO *primero.)*

PRIMERO. Por esta parte, Silverio.
Echa por el cabrahigo,
y guarte de la maleza.

*(Salen los* CRIADOS.)

PRIMERO. ¿Este es el Conde?
SEGUNDO. Sí; él es.
PRIMERO. ¡Oh, señor! Danos tus pies.
SANCHO. Más pedidle la cabeza.
¿No veis qué gesto de urraco?
RIQUELMO. (Persuadíme en este punto
a creer que éste es un tonto
o un grandísimo bellaco.)
SEGUNDO. Señor, ¿adónde has estado,
que en cuantas sendas reparte
el monte, y en cualquier parte,
fuiste mil veces buscado,
y nunca supimos dónde?
Al fin, tantas vueltas dimos,
que a doquiera que anduvimos
aún suena el nombre del Conde.
PRIMERO. ¡Santo Dios! ¿Qué puede ser
este fiero monstruo horrendo?
SANCHO. No huyáis, que está durmiendo.
¿Pensáis que os ha de morder?
¡Verá el miedo que le tienen!
CONDE. Deseoso de esta empresa,
perdíme en la selva espesa
yo y los que conmigo vienen.
PRIMERO. ¿Que a tal peligro te pones?—
¡Brava boca! ¡Brava espalda!
CONDE. Criados, atravesalda
en los ñudosos bastones,
y sacarle heis muy despacio.
SANCHO. Hasta que otras bestias haya,
así a Barcelona vaya.
CONDE. Entre cubierta en Palacio,
y aviso que a todos nieguen;
que esto no se ha de saber.

SANCHO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
que hagan carnestolendas:
[illegible]
para la carnicería,
y el menudo a un hospital.

CONDE. Hasla repartido al justo.
[illegible]
de hacerte conmigo igual.

SANCHO. [illegible]
Cúmplase su voluntad,
aunque en esta soledad
[illegible]
Vamos, y el hato que tengo
recogeré por aquí.

CONDE. No te has de apartar de mí.

SANCHO. Digo que a tu lado vengo.

[illegible]

RAMIRO. Cargad de presto. ¿Qué hacéis?

PRIMERO. Espérese; no nos riña.
¿Entiende que así se aliña?

RIQUELMO. ¡Donosa fuerza tenéis!

PRIMERO. Llegue, a ver si la sopesa.

RIQUELMO. Quizá con la mano sola.

SEGUNDO. ¡Sús! Tómela de la cola,
si quiere ver lo que pesa.

[illegible] RAMIRO.)

RIQUELMO. ¡Gracias a Dios que acabaron!
¿Qué os parece del suceso?

RAMIRO. De invidia y rabia os confieso
[illegible]
cerca de perder el seso.
No me aflige tanto aquí
[illegible]
[illegible]
mientras durare mi vida
ha de vivir muerta en mí.
[illegible]

que no he de vivir adonde
para mi afrenta ha de ser,
ni mis ojos han de ver
los ofendidos del Conde!

(*Vase* RAMIRO *y queda* RIQUELMO *solo.*)

RIQUELMO. Si la espalda no volvieras
pudiera ser que llevaras
respuesta cual merecías, (1)
y a tus dos fingidas caras
otras tantas añadieras.
[illegible]
para esta ocasión tal?
¡Qué vana arrogancia cobras!
Eres traidor en las obras;
en las palabras, leal.
De ti me quejo, y mi queja
es de ti, pues tú me quitas
el bien que de mí se aleja,
que lágrimas infinitas
lloradas al viento deja.
Quiero bien, amor tirano.
Vime el cabello en la mano
de la ocasión más segura;
pero hizo mi ventura
como sombra o sueño vano.
Ya yo sólo no me quejo
de este traidor don Ramiro;
pero del necio consejo
de nuestro Conde me admiro,
que es gran falta en hombre viejo
A un rústico, que pudiera
contentar con justa ley
con un gabán que le diera,
[illegible]
cual si fuera Duque o Rey.
Y pues ya mi suerte avara
en matarme se declara
a costa de mi paciencia,
quiero estar en su presencia
hasta ver en lo que pára.

[illegible]

ROSIM. Mucho mi padre se tarda.
[illegible]

CAPITÁN. Tus sospechas lo dirán;
[illegible]
prendas que ausentes están.
[illegible]

(1) [illegible]

ROSIM. Una cierta confianza
me dice que le veré;
y de esto puede la fe
asegurar la esperanza.
CAPITÁN. Agora un correo vino
y dijo que no hallaba
del Conde rastro o camino,
y que desde ayer andaba
buscando el monte vecino.
ROSIM. Temo alguna desventura.
La tierra no está segura,
que tiene mil enemigos.
CAPITÁN. Y el mayor de sus amigos
más presto se la procura.
ROSIM. Mal hace en seguir la costa
tan solo y con tanto espacio:
pienso que será a su costa.

(*Llega un* CRIADO, *y dice*:)

CRIADO. A la puerta del palacio
llega el Conde por la posta.
ROSIM. Aunque albricias no pediste,
toma este anillo en albricias.
CRIADO. Pues al que no pide diste,
señales son que codicias
cobrar el bien que perdiste.
Dar por bueno me conviene
que he corrido una gran legua.
ROSIM. ¿Y quién con el Conde viene?
CRIADO. Un villano en una yegua,
que le sigue y entretiene.
Ya se apeaba, y ya sube.
ROSIM. Por bajar al patio estuve;
mas ya mi padre se ofrece,
que a nuestros ojos parece
cual sale el sol de la nube.

(*Entra el* CONDE, *como de camino.*)

ROSIM. Dame tus manos, no huyas;
por que el bien que ellas me dieron
con ellas me restituyas.
CONDE. Hoy en otras estuvieron
a quien has de dar las tuyas.
ROSIM. No juraré que te veo
si no te las beso y toco;
que de tu ausencia el deseo
no se contenta con poco,
pues lo que tocare creo.
Las penas de mil infiernos
pasaba en siglos eternos
todo el tiempo que tardabas.
Padre y señor, ¿dónde estabas?
CONDE. Andaba a caza de yernos.—
Bien puedo aqueste secreto
fiar de ti, Capitán.
CAPITÁN. De guardarlo te prometo
con los que en el alma están
para su tiempo y efecto.
Pero a risa me provocas
con esas cosas que tocas,
si a cazar yernos has ido,
que cabe grande sentido
en esas palabras pocas.
ROSIM. ¿Burlas?
CONDE. No vengo de suerte
que las palabras primeras
sean burlas; pero advierte
que son tan ciertas las veras
como al que nace la muerte.
ROSIM. Pues ¿por qué no te declaras?
CONDE. Si en eso sólo reparas,
dejarte sin duda quiero:
que traigo un hijo heredero...
ROSIM. ¿Comienzas razón y paras?
Di adelante.
CONDE. ¡Que me place!
Andando ayer tarde a caza
entre dos montes que hace
de un valle una cierta plaza,
por la hierba que allí nace
halléme perdido y solo,
y cuando se baña Apolo,
con una sierpe en los brazos,
que pudo hacerme pedazos.
Viólo el Cielo y estorbólo.
Y estorbólo de esta suerte:
que don Ramiro y Riquelmo
se hallaron a ver mi muerte,
como apareció San Telmo,
armado, vistoso y fuerte.
Y viéndome en el tormento,
porque alguno aventurase
la vida al atrevimiento,
a cual de ellos me librase
te prometí en casamiento.
CAPITÁN. ¿Cuál fué de ellos?
CONDE. Ninguno;
que el premio es a sólo uno,
y ellos dos; y de este modo
viniera a perderlo todo
si no se ofreciera alguno.
Que un ángel se me ofreció:
que darle nombre de hombre
al que esta sierpe mató

fuera despreciar su nombre
y al Cielo que lo envió.
Que, asido con ella a brazos,
hizo sus huesos pedazos.
Ved si es de mi hija dino
el nuevo Jorge divino
que me libró de sus brazos.

CAPITÁN. ¡Bravo y notable suceso!
¿Y dónde, señor, quedó?
Que moriré te confieso
si mano que te libró
no la adoro y no la beso.—
Señora, ¿qué decís de esto?

ROSIM. Que a no llevar presupuesto,
Conde y señor, que no burlas,
tuviera tu cuento a burlas.

CONDE. Pues desengañarte he presto.—
¡Hola, Celio! Trae contigo
al hombre que te encargué.

CRIADO 1.º Por él voy, y le traeré
a tu presencia conmigo.

ROSIM. Con tu licencia me iré;
que no es bien que aquí me vea
quien ya permites que sea
mi marido, cuando estoy
más segura de que soy
la que marido desea.

CONDE. Antes no te irás, perdona;
que le veas es mi gusto.

ROSIM. ¿Es hombre de Barcelona?

CONDE. No es mi vasallo.

CAPITÁN. ¿Es robusto
y de gallarda persona?

ROSIM. ¿Qué prendas tiene?

CONDE. Espantosas;
pero basta, entre otras cosas,
que tiene buena presencia.

ROSIM. Pues ¿no me darás licencia?

CONDE. Poco en la sala reposas.
¡Confusa estás!

ROSIM. No he podido
asegurar mi sentido.

*(Entra SANCHO y pide la mano de rodillas.)*

SANCHO. Deme su merced la mano.

ROSIM. ¿Quién es aqueste villano?

CONDE. Quien ha de ser tu marido.

ROSIM. ¿Búrlaste?

CONDE. Sin falta es éste.

ROSIM. El Cielo en esta ocasión,
aunque la vida me cueste,
pues te libró de un dragón,
a mí me libre de aquéste.

*(Éntrase riendo.)*

SANCHO. Como has visto algunos hombres
que te tratan de otra suerte,
no tengo a mucho te asombres
de ver un hombre tan fuerte
y que por monstruo le nombres.
Que estarán tus ojos bellos
hechos a ver cuerpos tales,
y no mis largos cabellos
criados para animales,
o por ventura con ellos.
Mira tus arcas abiertas
de las riquezas inciertas,
oro, perlas y esmeraldas,
y no a mi pecho y espaldas,
de piel de tigres cubiertas.

CAPITÁN. No te espantes que así huya,
ni de su desdén te asombres,
que es naturaleza suya,
porque el huír de los hombres
juzguen a venganza suya.

CONDE. Capitán, éste es mi gusto;
de lo demás me disgusto.
Si éste es la escoria del suelo,
ya di mi palabra al Cielo;
mirad si cumplirla es justo.
Con mi hija ha de casar,
aunque mi Estado lo impida.
Aquéste me ha de heredar,
que algo me ha de costar
haber quedado con vida.
Cuanto más que de secreto,
antes que llegue su efecto,
haré que maestros míos
le enseñen y pongan bríos
de caballero perfecto.
Que en la tierra de labor
se agradece el beneficio.

CAPITÁN. Si éste es tu gusto, señor,
en premio de mi servicio
quiero pedirte un favor.
Y el favor que pido es
que de las armas me des
el cargo de su maestro;
que prometo darle diestro
en menos tiempo de un mes.

CONDE. Yo te concedo ese cargo.—
¡Hola! Pedí al Camarero
un manto y vestido largo;

que de hacerle caballero
desde este punto me encargo.
¿No te pondrás un vestido
como aquéste?

SANCHO. Antes te pido
que la puerta me des franca;
que el corazón se me arranca
por mi ganado perdido.
Que yo volveré despacio.

CAPITÁN. Irse quiere.

CONDE. No lo creas.—
¡Hola, capitán Estacio!
Su guarda quiero que seas
dentro y fuera de Palacio.
Y ahora, aunque se resista,
hazle que mis ropas vista;
éntrate dentro con él.

CAPITÁN. Temo al quitarle la piel
que el diablo se le revista,
que me mira de mal ojo.

CONDE. Anda; no le tengas miedo.

CAPITÁN. Anda; desecha el enojo.

SANCHO. ¡Pardiez, que muy bueno quedo
si de esta piel me despojo;
que al fin me mandas polir!

CONDE. Por darme contento has de ir,
que quiero verte galán.

SANCHO. Id conmigo, Capitán,
y daréisme de vestir.

CAPITÁN. ¿Qué te parece, señor,
de la gravedad extraña?

CONDE. Anda; que si algún valor
su tosco pecho acompaña,
crecerá con el honor.

*(Vanse* SANCHO *y el* CAPITÁN, *y queda el* CONDE *solo.)*

CONDE. ¡Extraña fortuna es ésta
que así, tan ligera y presta,
me lleva, provoca y llama
a dar historia a la fama,
que cante con voz dispuesta.
Por extraña empresa muero,
a gran bajeza me allano
o a gran soberbia, pues quiero
hacer de un tosco villano
un perfecto caballero.
Pero no es grande misterio;
que de un bajo captiverio,
de guardar cabras y bueyes,
contemplo romanos reyes
a Justino y a Valerio.

*(Entra* MATICO, *vestido como* SANCHO.)

MATICO. Diz que no tengo de entrar.
¡Pardiez, que he de entrar y entro
cuando a su merced encuentro,
aunque me mande azotar!
¡Heis visto los pajarotes!

CONDE. ¿Qué es esto? ¿A tal se desmanda?

MATICO. Agora es cuando me manda
abrir su merced a azotes.

CRIADO. Este grosero villano
se quiso por fuerza entrar.

CONDE. Dejalde. ¿Queréisme hablar?

MATICO. No sé; yo busco a mi hermano,
que diz que vino con él.
Si acá le tiene, concluya:
démele ¡por vida suya!,
que no me hallo sin él.
¿Quiere? Diga.

CONDE. ¿Hay cosa igual?

MATICO. Démele.

CONDE. Espérate, pues.
Negro de bonito que es,
¿para qué le hiciste mal?
¿Ofender su hermosa cara
no os obligara siquiera?

MATICO. Si por mi hermano no fuera,
¡pardiobre!, que acá no entrara.
Que tiene un mal estropiezo,
y esta gente es de mal trato;
que se han holgado un buen rato
a costa de mi pescuezo.
Pero en descuento se vaya.
Dame a mi Sancho.

CONDE. ¿Qué dice?

CRIADO. Sancho dice.

MATICO. Así se dice,
por mi abuelo que Dios haya,
cuya sangre en las montañas
es más blanca que el armiño.

CONDE. Tú ¿cómo te llamas, niño?

MATICO. Yo, señor, Comecastañas.

CONDE. ¿No veis qué donoso pico?
Acaba: tu nombre di.

MATICO. ¿Dice el de la pila?

CONDE. Sí.

MATICO. ¿El propio?

CONDE. El propio.

MATICO. Matico.

CONDE. Señor Matico de perlas,
muy buena cara tenéis,
y las que de ella vertéis
sólo un rey puede cogerlas.

Cuando no bastara el veros
prenda de hombre semejante,
ese donaire es bastante
para obligar a quereros.
Vení acá; llegaos a mí.

MATICO. No, no, que le ensuciaré;
antes, si manda, me iré,
que ha mucho que estoy aquí.
Sólo una cosa me valga,
si le ha parecido bien:
que mande que no me den
sus zagales cuando salga.
Que alguna vuelta recelo,
porque hay de ellos mocetón
tan diestro de un pescozón
que dió conmigo en el suelo.

CONDE. Excusen de darme enojos,
y el que os ofendiere aquí
crea que me ofende a mí
en las niñas de mis ojos.
Mas vos quedaréis conmigo,
y yo os pondré tan galán,
que los que en mi casa están
os deseen por amigo.

MATICO. Pues ¿quiere hacerme su paje?

CONDE. Sí, mi paje os quiero hacer.

MATICO. El primer hombre he de ser
que sirva de mi linaje.

CONDE. Ven acá. ¿Tus padres son
gente rica y estimada?

MATICO. No ha nacido más honrada
en los montes de León.
Es gente de dentro y fuera,
liberal, noble y sencilla.
¡Por Dios!, no tiene él vajilla
más limpia que su espetera;
porque es tan lustrosa y bella
que, en queriendo convidar,
el señor de mi lugar
holgaba servirse de ella.
Desterrónos a perder
Fortuna, que fué contraria;
que, por inconstante y varia,
le dan nombre de mujer.
Al fin, nuestra amada paz
trocó por la guerra suya.

CONDE. ¿Quién hay que no le atribuya
a monstruo el sabio rapaz?

CRIADO. Su hermano sale, y tan bravo,
que dudaba en conocerle.

CONDE. [illegible] de verle.
Echó la Fortuna el clavo.

*(Sale SANCHO, muy galán.)*

CAPITÁN. No hay más bien que desear.
¡Bravo talle!

SANCHO. Al suyo (1) ofendes.

CONDE. Niño, ¿por qué te suspendes?
Llega, si quieres llegar.

SANCHO. ¿Asiéntame bien el traje,
Conde señor?

CONDE. Y tan bien,
que en vos se muestra muy bien
de lo que es vuestro linaje.
Y si yo no os conociera,
como primero os juzgara,
que cualquiera os respetara,
puesto que príncipe fuera.
Pero ¿cómo no volvéis
los ojos a aquella prenda?

MATICO. Prenda soy que, aunque me venda,
poco precio le daréis,
y no la tengo por mía.

SANCHO. ¡Hermano mío!

MATICO. ¿Su hermano?
¡Tenga allá, tenga la mano!
¿Cómo? ¿Abrazarme quería?

SANCHO. Luego ¿no me das tus brazos?
Llega; que abrazarte quiero.

MATICO. No; que estáis muy caballero
y yo muy hecho pedazos.
Mi hermano no andaba erguido
en palacio, sino en soto:
sepa que el hermano roto
no viene con el vestido.
¡Guárdese dende!

CONDE. ¡Por Dios,
que tiene razón en esto!
Tráiganle un vestido presto,
y estén galanes los dos.

SANCHO. Tiene su merced razón:
que la envidia lo ha causado
por verme tan bien tratado,
y él con abarca y zurrón.
Hermano, no estés así.
¿Qué tienes? Quita la mano.

MATICO. ¡Malos años! ¿Yo su hermano?

SANCHO. Esos serán para ti.
Toda tu vida tuviste
ser envidioso y grosero.

---

(1) Quizá sea "tuyo" y no "suyo", si no es que se refiera al del Conde por respeto.

MATICO. Es verdad, que caballero
antes de agora lo fuiste.
¿Tantas veces te he envidiado
porque te ponen galán?
¿Eres, por dicha, truhán?
¿Qué necios te han engañado?
¿Así te vienes de espacio,
y entre dos zarzas me dejas
solo y entre diez ovejas?
¿Tú a la sombra y en Palacio?
¿Para quererme tan poco
de mi tierra me trujiste?
Desde que de allá saliste
vi que habías de dar en loco.
Paga tengo merecida.

SANCHO. Antes, engañado estás;
que agora te quiero más
que te he querido en mi vida.

CAPITÁN. En viéndose en otro talle
él perderá el sobrecejo.

MATICO. Eso no; que este pellejo
la muerte puede quitalle.
Que de traerle hice voto
hasta que a mi tierra vuelva,
aunque el tiempo le resuelva
en ceniza de muy roto.
Que aunque llamas me le tienen
a peligro de abrasar,
lágrimas sé yo llorar
que le ablandan y entretienen.

CONDE. ¡No he visto tal discreción!

SANCHO. ¡Oh, mi hermano es muy sabido!

MATICO. Cuéstame lo que he sabido
gran parte del corazón,
que se consume y no medra
después que tú le engañaste.

CAPITÁN. Aunque es de plomo el engaste,
a fe que es muy rica piedra.

SANCHO. Llega: ¿no somos amigos?

MATICO. No sé cómo puede ser
mientras te veo en poder
de mis propios enemigos.

*(Entra un* CRIADO *alborotado.)*

CRIADO. Entra en la cuadra, señor,
que le ha dado a mi señora
en el corazón ahora,
de improviso, un gran dolor.
Todos llorándola están
y no saben qué se hacer.

CONDE. Desmayo debe de ser.
Ven conmigo, Capitán.

*(Éntrase el* CONDE *con todos los suyos; quédanse* MATICO *y* SANCHO.)

SANCHO. Si se fueron; ya se han ido;
solos quedamos ahora.
¡Ay, doña Juana; ay, señora!
¿Tanto os enfada el vestido?
¿Por él no me habéis de hablar,
no me habéis de hablar por él?
¡Mal fuego se encienda en él
aunque me venga a abrasar;
o, si no, de la alta mano
caiga un rayo que me pase,
con que cuerpo y alma abrase
y quede el vestido sano!
¡Dame esos brazos, mi bien!

MATICO. Ellos los hagan pedazos
primero que tales brazos
entre los suyos estén.
¿Para aquesto me sacabas
de mis padres y mi tierra?
¿Tantas maldades encierra
el pecho que me mostrabas?
¿Cómo ya te has olvidado
de lo mucho que me debes?
¿Parécente, ingrato, leves
los trabajos que he pasado?
Perdí mi patria por ti,
mis padres, perdí mi bien
y perdí mi honra también,
qué fué lo más que perdí.
Perdí mi ser y mi nombre,
que he perdido el ser mujer,
aunque esto no fué perder,
pues he ganado el ser hombre.
Mas sí perdí, que hombre eres,
y si todos tales son,
ser quiero en esta ocasión
la más vil de las mujeres.
¿Qué me has dado? ¿En qué me [paga
tu alma y ingrato pecho,
que el menor mal que me has hecho
en parte me satisfaga?
Un vestido de pobreza,
esta abarca, esta piel,
que, por vestirte tú de él,
lo tuve a suma riqueza,
y estas plantas peregrinas,
que no descansan jamás,
siguiéndote por do vas,
por mil montes que caminas,
¿acertarán a volver
donde salieron sin ti?

¿Habrá padres para mí
que me quieran acoger,
ya que en este traje pobre
hemos venido encubiertos,
gustando por los desiertos
hierba seca, agua salobre,
y aguardando tantos días
galeras para pasar
de Italia el soberbio mar,
como tú, traidor, decías?
Para que entiendas que fuiste
el que no debieras ser,
vienes a buscar mujer
y dejas la que trajiste.
¿Qué sierpe es aquésta, di,
qué mujer y qué concierto?
No creo que la hayas muerto,
que viva está para mí.
¿Así, traidor, me dejabas?
¿Pensabas que no supiera
entrar de cualquier manera
adondequiera que estabas?
¡Fuera en balde tu malicia,
aunque al Cielo te subieras,
y ojalá que allá estuvieras,
que allá me hicieran justicia!
Mas yo espero ver cumplidos
los deseos de mi celo:
desde la tierra oye el Cielo,
que tiene grandes oídos.

SANCHO. No más, no más, que si tengo
culpa del presente caso,
verás, sin mover el paso,
de qué manera te vengo.
¡Afuera, vestido loco,

*(Desnúdase.)*

que no cabemos los dos;
que, aunque soy rico por vos,
soy pobre y tenido en poco!
¡Venga mi piel, que es ejemplo
de un hombre noble y leal,
hasta que al fin de mi mal
la pueda colgar de un templo!
¡Al sol y a las nieves frías
desnudas anden mis piernas!
Desnudas tus carnes tiernas,
¿han de cubrirse las mías?

*(Acaba de desnudarse el vestido.)*

MATICO. ¿Estás loco? ¿Qué es aquesto?
Rugero, ¿así te descubres?
Lo que tanto tiempo encubres,
¿quieres descubrir tan presto?
Torna a ponerte el vestido,
que siento que viene gente.

*(Entra el CONDE y su gente.)*

CONDE. Este mal es accidente.

CAPITÁN. Y es accidente entendido.

*(Aquí hace SANCHO que quiere saltar.)*

CONDE. Ha sido causa bastante
ver que la quiero casar.

SANCHO. Mas que me atrevo a saltar
cuatro pasos adelante.
¿Señalaste bien la raya?

MATICO. Sí, que muy bien se divisa.

CONDE. (Oíd, que me mueve a risa.)

SANCHO. De aquesta vez salto.

MATICO. Vaya.

CONDE. (¡De risa pierdo el sentido!
Él es de jüicio falto,
que, para dar aquel salto,
se ha desnudado el vestido.)
¡Hola, Sancho! ¿Qué es aquesto?

SANCHO. ¡A muy buen tiempo, par Dios!
Prueben a saltar los dos
desde aqueste sitio al puesto.

CONDE. (¿Hase visto rustiqueza
que a aquésta pueda llegar?
Ella es mala de curar,
que, al fin, es naturaleza.)
Sancho, poneos el vestido,
no estáis en el campo ahora.

CAPITÁN. ¿Qué importa? En Palacio mora,
mas fué en el campo nacido.

SANCHO. Yo digo, señor, que el vicio
suele estragar la salud.

MATICO. Y a todo tiempo es virtud
buscar algún ejercicio.

CAPITÁN. ¿En esto vino a parar
el hacer las amistades?

MATICO. Y aun si va a decir verdades,
están por averiguar.

SANCHO. Mal conocéis los aceros
del rapaz, bien entendéis;
por el vestido que veis
me estaba haciendo mil fieros,
y por eso me le quito.

CONDE. ¡No, no, bien estáis vestido!
Ya la esperanza he perdido
del premio que solicito.

CAPITÁN. Tenla de mí, tenla de él,
que esto muy poco ha importado.
Al trabajo está enseñado;
mal puede hallarse sin él.

Haz que traigan unas armas,
y si quiere trabajar,
las podría ejercitar
si de ellas los hombros le armas,
y teniendo en qué entender
en este ejercicio honrado,
se olvidará del arado.

CONDE. Yo soy de tu parecer.—
Descuelga de mi armería,
Celio, unas armas.

CRIADO. Ya voy.

MATICO. (Ya desengañado estoy
de tu locura y la mía.)
¡ Sãncho con armas!

SANCHO. ¿Qué quieres?
Aquí me hacen potajes,
que ya me ponen plumajes
prendidos con alfileres,
ya me hacen Capitán,
ya caballero al revés.

MATICO. Mi fe, Sancho, que eso es
baptizarte por truhán.

CONDE. Si hay alguna buena raza
en aquel rústico pecho,
sólo las armas sospecho
la podrán sacar a plaza.
Si a un caballo anima y mueve
oír sonar la trompeta,
y entre una y otra escopeta
entra furioso y se atreve,
¿por qué un hombre al són de un [arma
no moverá el pensamiento?

CAPITÁN. Muestra.

CRIADO. Escogílas a tiento.

CAPITÁN. Ten, esta gola te arma.

SANCHO. ¿Cálzase ésta por el pie?

CAPITÁN. No, sino al cuello.

SANCHO. ¡Está bien!

CAPITÁN. Peto y espaldar me den.

CRIADO. Véislos aquí.

SANCHO. ¿Para qué?

CAPITÁN. Para la espalda y el pecho.

SANCHO. Pues si las queréis mudar,
puedo en la mano llevar
muchas más y mayor trecho.

CAPITÁN. ¡Calla! ¿No entiendes que son
porque el pecho te defienda,
porque el herir no te ofenda
ese noble corazón?

SANCHO. ¿Que tengo corazón noble?

CAPITÁN. Ponte agora esta celada;
toma esta lanza.

(*Blandéala, y dice* SANCHO:)

SANCHO. Es delgada,
parte y desgárrame un roble.
En mi tierra, con aquéstas
suelen varear bellota.

CAPITÁN. (¿Veis, señor, si se alborota
teniendo las armas puestas?

CONDE. Pienso que ha de aprovechar.

CAPITÁN. Es muy fácil de entender.)

CONDE. Aquí, ¿qué resta que hacer?

SANCHO. ¡Por Dios, echarme a rodar!

CAPITÁN. Subiréle en un caballo
y haré que principios tome.

SANCHO. ¿Luego queréis que le dome?
Mejor sabré yo pensallo.

CONDE. Entremos, que ya deseo
verte a caballo. ¡Ea, Sancho,
vamos!

MATICO. ¡Pardiez, que se va Sancho...
(Como solías te veo.)
Señor, déjanos y iremos
hasta nuestra tierra ansí,
que tengo un pariente allí,
y en viéndole volveremos.

CONDE. Después iréis, te prometo.

MATICO. Pues que ya aquesto no es,
ponle la sierpe a los pies,
será San Jorge perfecto.

## JORNADA SEGUNDA

(*Salen* RAMIRO *y* RIQUELMO.)

RAMIRO.

¿Que esto ha pasado en esta breve ausencia?

RIQUELMO.

Esto ha pasado, y otras muchas cosas,
para quitar el seso y la paciencia,
el sosiego y las vidas poderosas.
El Conde, resistienedo a la violencia
de cortesanas lenguas mentirosas,
las letras y armas a su yerno enseña.

RAMIRO.

¡Hará diamantes de una blanda peña!

RIQUELMO.

No lo digas de burlas, don Ramiro,
que en una y otra disciplina crece
tanto su torpe ingenio, que me admiro
de ver un seco tronco que florece.

Un Tulio Hostilio en su presencia miro,
que en uno y otro ingenio resplandece;
que si tales raíces prende el suelo,
pregonará su fama hasta el Cielo.
Yo te podré decir la vez primera
que, puesto el pie al estribo y acicate,
a los ijares del caballo bate;
tan a tiempo pasó, que en la carrera
tan firme pára y vuelve por de fuera,
sacando el codo, el brazo hasta el remate
del diestro oído, que, porque concluya
por verle, puede el sol parar la suya.

RAMIRO.

Luego, de esa manera, ¿la Condesa
tendrále amor?

RIQUELMO.

¿Quién dices, Rosimunda?
Ya por los bellos ojos lo confiesa
tenerle amor de voluntad profunda,
y de esto sé que al Conde no le pesa,
porque la vez primera y la segunda
que le vido correr, y no fué acaso,
quedáronsele junto[s] lengua y paso.
Y de esto no me espanto, que, al fin, viole
como un salvaje rústico y cubierta
una grosera piel, y desdeñóle,
pensando verse entre sus brazos muerta.
Mas ya que es hombre nuevo, contentóle,
y en tanto que la boda se concierta,
sospecho que la tiene su deseo
en el extremo que mi vida veo.

RAMIRO.

Mejor dirás en el que está la mía,
que ya me la consume un dolor fuerte.
¡Oh, nunca amaneciera el triste día
de aquella caza, causa de mi muerte!
Mas si la pena a resistir porfía,
el corazón y el alma están de suerte
que, con la voluntad ligera y presta...
Pero no más, que Rosimunda es ésta.

(*Entran* ROSIMUNDA y MATICO.)

ROSIM. A tu niñez atribuyo
que no mudes, rapacillo,
ese traje.
MATICO. Mi carillo
basta que ha mudado el suyo.
Juré de no hacer mudanza,
aunque os pese más a vos,
hasta aquel tiempo que a Dios
plegue cumplir mi esperanza.
ROSIM. Pues ¿cómo esperanza tienes?
MATICO. ¿Agora con eso sales?
¡Y aún espero que estos males
vengan a trocarse en bienes!
ROSIM. Caballeros, ¿qué hay de nuevo?
RAMIRO. De tu suceso tratamos,
que es lo más nuevo que hallamos
de todo lo que hay más nuevo.
Admirábase Riquelmo
de ver tu esposo, señora,
de libros cargado agora
y anteayer con lanza y yelmo.
Y yo le dije, en efeto,
no porque presente estás,
que ha de caber mucho más
en tan divino sujeto.
ROSIM. La burla ha estado extremada,
y por él no importaría:
el recibirla por mía
es el sentirme agraviada.
Dejemos lo que es divino,
bajad un poco la mano,
que para un sujeto humano
tiene ingenio peregrino.
RIQUELMO. Sin razón te has alterado:
nuestro honor se restituya;
bastaba ser prenda tuya
para que fuese estimado.
¿Quién dice de Hércules mal?
ROSIM. Basta así, bien os entiendo.
RAMIRO. Dentro del alma me ofendo
que de mí presumas tal
ni te des por ofendida;
que el fuego que te provoca
sólo al salir de tu boca
abrasa más de una vida,
y merécelo también,
que es hombre muy bien nacido.
MATICO. ¡Buen cuerpo tiene y crecido!
¡Mirad si ha nacido bien,
no miréis en las semejas!
Padre tiene el de la abarca,
que con flor de lises marca
más de quinientas ovejas;
y mi madre, que hace fieros
a cuantos serán y son,
con un sello de león,
más de noventa carneros.
RAMIRO. De todo aqueso me admiro.
MATICO. Bien lo sabéis entender.
RAMIRO. Muy ricos deben de ser.

ROSIM. Paso, señor don Ramiro.
RAMIRO. Digo que es rica su madre.
MATICO. ¿Ramiro se llama?
RAMIRO. Sí.
MATICO. Como esos Ramiros vi
entre ovejas de mi padre.
Por allí andaban al trote,
topándose cada día,
y a fe que Sancho sabía
pegarles con su garrote,
y no se le habrá olvidado,
que si alguno se le entona,
sabrá hacerle la corona
por beneficio curado.
RIQUELMO. Eso le estuviera bien,
y no casarse.
MATICO. Es así;
casado, no es para mí:
más le quiero sacristén;
que de obsequias muchos días
cairán roscas dos a dos,
y si se casa, por Dios,
alguno cante las mías.
Mas, señores cortesanos,
ellos que siempre presumen
saberlo todo y consumen
los desdichados villanos,
arguméntelo conmigo;
quizá les preguntaré
lo que no saben.
RAMIRO. Yo sé
que me tienes por amigo.
Con Riquelmo te concierta.
MATICO. Y aun con entrambos me atrevo,
que cierta esperanza llevo
de tener vitoria cierta.
ROSIM. ¿Qué les quieres preguntar?
MATICO. Con su licencia diréle,
y ¡voto al sol! que recelo
que los tengo de engañar.—
Ya va la pregunta afuera:
¿Por qué está más descansada
la mujer estando echada
que en pie ni de otra manera?
RIQUELMO. ¡Qué galana necedad!
Es porque el cuerpo se asienta.
MATICO. No; digo si más contenta
que guardar la honestidad.
RIQUELMO. ¿Más contenta? Aquello ignoro,
si con malicia no hablas.
MATICO. Mi negocio desentablas,
que a todas guardo el decoro.
RIQUELMO. Pues ¿cómo echadas se advierte
que tenga contento igual?
MATICO. Porque está en su natural,
y fuera de él de otra suerte.
¿Dónde tiene las raíces
un árbol?
RAMIRO. Siempre en el suelo;
que si las vuelve hacia el cielo
secaráse.
MATICO. Muy bien dices.
Que pues son de la mujer
las raíces los cabellos,
y mientras está con ellos
en pie no tiene placer;
así que echada ha de estar
para estar más descansada;
y esta es prueba averiguada
que echada se ha de alegrar.
RIQUELMO. Donaire ha tenido a fe.
¿No veis que está avergonzada
la Condesa?
MATICO. Antes quejosa
de que la tengan en pie.
Es árbol, y, al fin, recelo
que a su natural se viene:
secaráse si no tiene
las raíces en el suelo.
RIQUELMO. El rapaz es como un oro.
MATICO. Harto perdí por rapaz.
ROSIM. Ya viene quien ponga en paz
la contienda.
MATICO. (Y quien adoro.)

*(Sale* SANCHO *y su* PRECEPTOR.)

SANCHO. ¿Estoy bien en la lición?
RIQUELMO. De aquí nos vamos, señora;
queda adiós.
ROSIM. Id en buen hora.

(*Vanse* RAMIRO *y* RIQUELMO.)

PRECEPT. Vuelve a decir la oración.
SANCHO. No, sino haréla primero,
que está quien adoro aquí.
MATICO. Mas que lo dice por mí,
como sabe que le quiero.
SANCHO. ¿Tengo de cumplir con vos?
¡Oh, mi señora!

(*Aquí se pone de rodillas.*)

ROSIM. Levanta,
que no es la imagen tan santa.
La oración se debe a Dios.

MATICO. Mi hermano me debe algunas,
que siempre rezo por él.
SANCHO. Calla, niño.
MATICO. ¿Hablo con él?
SANCHO. ¿No sabes que me importunas?
MATICO. Mas no me diréis que no
ha pasado tiempo alguno
que erais vos el importuno
y el importunado yo.
SANCHO. No pasemos adelante.
Digo que en esta ocasión,
maestro, que no es razón
mientras os tengo delante;
después trataremos de ello.
ROSIM. Antes haréis que me pese,
cuando yo ocasión os diese
a que no salgáis con ello.
Antes por mi gusto quiero
estar ahora delante,
por veros hoy estudiante,
que ayer os vi caballero.
MATICO. Quien hoy un cetro profana
y ayer un leño hecho piezas,
hoy será sietecabezas
y galápago mañana.
SANCHO. En efeto, ¿quiés oírme?
ROSIM. Muy de mi gusto será.
SANCHO. Ea, pues, de lición va.—
Teodoro, empieza a instruirme.
PRECEPT. Que me place. Di "Yo amo".
SANCHO. Ego amo.
PRECEPT. Está muy bien.
ROSIM. ¿No le preguntas a quién?
SANCHO. De quien esclavo me llamo
bien sabe que yo la adoro.
Muy bien me puede enseñar,
que es la materia de amar
ciencia que sabe de coro.
MATICO. Toda esta ciencia es fullera
si sólo aprendes, en fin,
decir "Yo amo" en latín;
eso yo me lo dijera.
Pregúntame si te amo.
PRECEPT. ¿No veis que es la primer cosa?
MATICO. Y es harto dificultosa,
aunque tan fácil la llamo.
PRECEPT. Amo es oración activa.
Vuélveme aquí esta oración.
SANCHO. Si supieses su pasión
tú la llamaras pasiva.
¡Qué sentido tan trocado
tiene amor en su lugar,
que está en pasiva el amar
y en activa el ser amado!
Pero aquesta oración quiero
vaya entera.
PRECEPT. Entera llamas
en señalando a quien amas.
SANCHO. ¿Que te diga por quién muero?
PRECEPT. No, sino que así parece.
Pon un nombre a tu motivo,
como esté en acusativo
la persona que padece.
SANCHO. No puedo, que esa persona
soy yo, que el principio es.
PRECEPT. Pues vuélvela del revés.
SANCHO. Tampoco al revés me abona.
PRECEPT. Pues no te canses en esto.
Haréte algunas preguntas
de los tiempos.
SANCHO. Dilas juntas
por que se sepan más presto;
que es largo el tiempo que paso
para el que aguardo.
MATICO. Decí,
hermano, si es para mí,
que a fe que no hable acaso.
SANCHO. Todo para ti lo quieres.
MATICO. Como yo para ti, hermano.
PRECEPT. Pues tienes tiempo en la mano,
ocupa el que más quisieres.
SANCHO. Pregúntame.
PRECEPT. Di "Yo amé".
SANCHO. "Ego amavi"; y aun fué tanto,
que si a mirar me levanto
pierdo de vista mi fe.
Por amor estoy así.
MATICO. Ese tiempo me cuadró,
porque también amé yo
aquel de quien sólo fuí.
PRECEPT. Di "Ama tú".
SANCHO. No permitas
que mande a nadie tal cosa,
que en la nobleza amorosa
la mayor suya le quitas.
Amor no ha de ser mandado
sino por la voluntad,
y, si va a decir verdad,
reniega de amor forzado.
Pues ¿qué quieres?
PRECEPT. Dime ahora:
"¡Oh, si amase!"
SANCHO. ¿Para qué,
si esa esperanza es la fe

del bien que mi alma adora?
ROSIM. Agrádame esa oración.
MATICO. ¿Pues entiende ella latín?
ROSIM. No, Matico; pero, al fin,
conozco aquella lición.
MATICO. Mal entiendes sus engaños,
porque es un latín aquel
que me cuesta aquella piel
ir al estudio seis años.
PRECEPT. Ya puedes tomar el grado.
MATICO. Para otra tierra le quiero.
SANCHO. Estórbale el tiempo fiero,
que ya lo hubiera tomado.
PRECEPT. Señora, ¿no te enloquecen
las gracias de los hermanos?
ROSIM. Parécenme más que humanos,
y divinos me parecen.
PRECEPT. Señor, ¿por qué no mudáis
ese traje que traéis,
y, pues discreción tenéis,
a vuestro hermano imitáis?
Mirad que parecéis mal
en Palacio de esa suerte.
MATICO. Maestro, sólo la muerte
me puede obligar á tal.
ROSIM. Roguéselo yo primero
y ha sido mi ruego en vano.
MATICO. Yo nací para villano
y no para caballero;
y ya me he probado el traje
y me viene muy estrecho.
¡Este sí que es de provecho
a costa de mi linaje!
ROSIM. Es por demás. Ahora bien,
entrarme será razón
por que estudies tu lición.
SANCHO. Repasaréla muy bien,
que aquí me queda mi hermano.
ROSIM. Voime, pues.
SANCHO. Guárdete el Cielo.

(*Vase la* CONDESA.)

Mi maestro, yo recelo
que he de salir hoy temprano.
A tu academia te vuelve.
PRECEPT. Si es eso así, yo me voy.

(*Hace que sale el* PRECEPTOR.)

SANCHO. Abrázame, pues estoy
contigo solo.
MATICO. ¡Que vuelve!
PRECEPT. ¿Cuándo me mandas volver?
SANCHO. Mañana puedes venir.

(*Aquí se va del todo.*)

¡Nunca te acabes de ir
ni yo me acabe de arder!
¡Qué de días han pasado,
doña Juana de mis ojos,
que nuestras penas y enojos
no habemos comunicado!
Quiere este Conde casarme
pensando que sirve a Dios,
y no sabe que de vos
sólo Dios puede apartarme.
Que si supiera por dicha
quién sois y lo que yo os debo,
y que ha seis años que os llevo
y que os lleva mi desdicha
por varias tierras huyendo
de vuestro padre el furor,
a quien yo, como traidor,
en la mejor prenda ofendo,
la que darme prometió
pienso que no me la diera,
si de la vuestra tuviera
la satisfación que yo.
Mas ¿cómo estoy divertido?
¡Dame esos brazos!
MATICO. ¡Ah, fiero!
¡Mal haya el día primero
que me pusiste el vestido!
No digo el de este animal,
que éste yo lo romperé;
el del alma sí que fué
para vivir inmortal.
Hoy serás hecho pedazos,
y así...
SANCHO. No le rompas, tente.
MATICO. ¿Que no le rompa? Detente.
SANCHO. Mira que...
MATICO. Suelta los brazos.
SANCHO. ¿Que los defiendes de mí?
MATICO. Hoy te quitaré la vida.
SANCHO. ¿Estás loca?
MATICO. No, corrida
de que lo estuve por ti.
SANCHO. ¿Matarásme?
MATICO. Bien quisiera,
y aun me basta el corazón,
que aquesta piel de león
me ha vuelto leona fiera.
Que como, ingrato, el traella
por tu causa y mi amor fué,

tanto al alma la pegué,
que me ha transformado en ella.
SANCHO. No son tus mañas ingratas
de león, pues él no ofende
a quien no se le defiende,
y tú, rendido, me matas.
Mátame, que arrepentida
llorarás tales ofensas,
si ya con gritos no piensas
volver a darme la vida.
Que cuando los vea abiertos (1)
moriré si así te place,
que la leona eso hace
sobre los pedazos muertos.
MATICO. Ya, Rugero, tus engaños,
a otra menos maestra;
que me han sacado muy diestra
engaños de muchos años.
¿Con esto piensas mudarme?
Rugero, ¿casarte intentas?
SANCHO. Mira, mi bien, que me afrentas,
y estoy por desesperarme.
No me toques en la honra,
que en mi palabra hay valor
para más, [y] que el amor
regala cuando deshonra.
Sepa tu celoso pecho
como en nada te ofendí,
y esto sabráslo de mí,
como quien vive en mi pecho.
MATICO. Eso no, viva tu esposa
mil años sin faltar punto,
que es mujer de mucho punto,
menos necia y más hermosa.
¿A fe, Rugero, estoy fea?
Temo que quieres decillo.
No os riáis del vestidillo,
que es del Amor la librea.
¿No está curioso el zapato?
¡Qué buena hechura y qué justo!
SANCHO. ¡Por Dios, amores, que gusto
de verte graciosa un rato!
MATICO. Sirve tu nueva querida
y más palabras no gastes,
que cuando tu tiempo gastes
habré gastado la vida.
Quitarme quiero el vestido.
SANCHO. En donosa tema has dado.
Eres tesoro hurtado
y es bien que estés escondido.
MATICO. Está roto por mil partes
y veráme ya quien quiera.
¡Ay, Dios, si el del alma fuera!
SANCHO. ¡Que le rompes! ¡Que le partes!
Ya casi el pecho has abierto.
MATICO. Calla; que lo rompo, amigo,
porque no es bien que contigo
esté secreto encubierto.

(*Entra la* CONDESA.)

ROSIM. Quedaos adentro vosotras.
¿No hay algún paje de guarda?
SANCHO. ¿Así, rapacillo? Aguarda:
¡por aquéstas!...
MATICO. Por esotras;
que a fe que si las tuviera
que os visitara la cara,
aunque el diablo me llevara
que agora salió acá fuera.
ROSIM. ¿Dístele?
SANCHO. Señora, no.
MATICO. Sí dió.
ROSIM. ¿Pues con vuestro hermano?
SANCHO. Con mi hermano. Es un villano.
MATICO. ¿Qué quiere? ¿Paríle yo?
SANCHO. No; pero puede parir...
ROSIM. ¿Cómo?
SANCHO. Mil bellaquerías,
que las entiende en dos días
y me las hace sufrir.
ROSIM. ¿Sobre qué fué la pendencia?
MATICO. Sobre el diablo.
ROSIM. A redro vaya.
SANCHO. ¿Que aún respondes? ¡Ah, mal haya!
ROSIM. ¿Qué ha de haber mal?
SANCHO. Tu presencia.
ROSIM. ¿Mi presencia?
SANCHO. Decir quiero
que tu presencia me quita
que a este villano permita...
MATICO. ¡Villano! ¿Es él caballero?
SANCHO. Yo me quitaré de vos,
Matico.
MATICO. Y aun yo me iré;
no ha de durar esto, a fe,
que pienso llegarme a Dios.
SANCHO. ¡Matico!
ROSIM. Calla, muchacho.
MATICO. Yo me meteré en la igreja;
no ha de durar la pelleja,
que no siempre el hombre es macho.
SANCHO. ¡Matico!

(1) Parece faltar algo para el sentido.

MATICO. Pegaos a ella.
ROSIM. Enojado está el rapaz.
¿No podré yo poner paz?
MATICO. Bien puede con no ponella.
ROSIM. Ea, pues llégate a mí.
MATICO. Sí; mas no se llegue aquél.
ROSIM. ¿Envidia tiene?
SANCHO. Es cruel.
MATICO. Menos que pude lo fuí.
ROSIM. Ea, no más ¡por tu vida!
¡Jesús, qué coraje tienes!
SANCHO. (¡Ay, doña Juana, a qué vienes!
Casi a llorar me convida...)
ROSIM. Basta ya.
MATICO. Mi padecer...
SANCHO. ¡Matico!
ROSIM. Es niño muy hombre.
MATICO. De ese tengo sólo el nombre,
pues lloro como mujer.
¿Sabe qué quiero, aunque veo...
ROSIM. ¿Qué? ¡Por tu vida, comienza!
MATICO. Impídeme la vergüenza.
ROSIM. Acaba.
MATICO. Ya lo deseo.
Que ella nos hiciese amigos
como que de ella salió.
ROSIM. Suplicaréselo yo.
SANCHO. Nunca fuimos enemigos;
mas pues convida con paz,
bien ve el rapaz que mentía
en lo que aquí me decía.
MATICO. Aprendió de otro rapaz.
SANCHO. Ea, pídeme perdón
y bésame aquesta mano,
que soy tu mayor hermano.
MATICO. ¿Yo besar?
ROSIM. Tiene razón.
MATICO. ¡Malos años!
ROSIM. Ea, niño;
por tu vida, que la beses.
MATICO. (¡Ay, si tu engaño supieses!)
SANCHO. ¡Matico!
MATICO. ¡Gentil aliño!
ROSIM. Ea, acaba, porfiado,
que aquí está quien lo hiciera,
y aun el perdón le pidiera
por el desprecio pasado.
SANCHO. Ea, cesen los enojos.
MATICO. Hora bien; échala acá.
SANCHO. Toma.
ROSIM. (¡Qué envidia me da!
¿También la pone en los ojos?
MATICO. Y nunca de ellos la quito.
Y agora que en paz me deja
hago la paz de la igreja
cuando dan el pan bendito.
ROSIM. Gente suena. Ya no puedo
estar aquí un punto. Adiós.

*(Vase la* CONDESA.*)*

SANCHO. ¿Somos amigos?
MATICO. ¿Yo y vos?
Cuando me quitéis el miedo.
Todo aquesto fué fingido.
Bien os habéis engañado.
¿Yo amistades? Excusado.
Tenéisme muy mal vestido.
Quedaos adiós.

*(Vase.)*

SANCHO. ¿Dónde vas?
¿Tanta crueldad es posible?
¡Dura condición, terrible!
Huyendo se fué. ¡No más!
¿Qué hago con tanto espacio?
Seguirla será mejor,
que según lleva el furor
se me saldrá de Palacio.
¿Huyen tus pies? Seguirélos.
Ya temo cualquiera mal,
que no hay tan fiero animal
como una mujer con celos.

*(Vase tras* MATICO, *y sale* BELARDO *con* DON RIQUELMO.*)*

BELARDO.

Que se queden [aquí] todos sus criados,
que requiere la historia gran secreto.

RIQUELMO.

Quedad atrás.—Ya quedan apartados.

BELARDO.

¿Bien puedo hablar?

RIQUELMO.

Bien puedes.

BELARDO.

En efeto,
como te digo, soy un caballero,
un hombre soy a bien querer sujeto.
Soy de León, adonde amé primero
la misma hija del Rey, que no la amara,
pues desde entonces desterrado muero.
Costóme mucho, al fin; costóme cara;

y cuando yo pensé que mi esperanza
la merecida posesión gozara,
  mudóse el tiempo, y, vuelta la mudanza
del amoroso gozo, la tormenta
rompió las velas de mi confianza.
  Con el Rey de León, por cierta afrenta,
el de Navarra a fuego y sangre guerra,
y que esta (1) ocasión vengar ya intenta.
  Un hijo de este Rey supo en su tierra
la hermosura de esta bella Infanta.
¡Oh, cuántos daños el amor encierra!
  Creció el amor y la pasión fué tanta,
que si vino a León en pobre traje,
vino secreto en él, cosa que espanta.
  Dicen que el tiempo y un discreto paje
le fué tan buen tercero, que muy breve
supo su amor, sus prendas y linaje.
  Y así, secreto, en un jardín se atreve
a entrar a hablarla, con estar guardado
del propio viento que las hojas mueve.
  No sé qué fué; debió de ser mi hado.
Tan bien le pareció, que en pocos días
amó la ingrata y él quedó obligado.
  Buscaron trazas por diversas vías
de poderse hablar, y fué la traza
como quisieron las desdichas mías.
  Salimos todos una tarde a caza;
mas no volvimos todos.

RIQUELMO.

¡Bravo caso!

BELARDO.

El monte hicimos descubierta plaza.
  Por todas partes, atajando el paso,
perdidos anduvimos; pero en vano,
que no fué la cruel perdida acaso.
  Buscóse el monte, soto, prado y llano;
contáronse las piedras y las ramas,
ya con los ojos y otras con la mano.
  Lloraba el Rey, los pajes y las damas,
lloraba yo.

RIQUELMO.

¡Extraño desconcierto!
Di tu dolor.

BELARDO.

Sabráslo si bien amas.

RIQUELMO.

¿Qué se entendió?

BELARDO.

Que fué su cuerpo muerto
de algún fiero animal. Yo entonces, triste,
quedé sin alma.

RIQUELMO.

Con razón, por cierto.
¿Y qué se sabe de él? Dime: ¿no hiciste,
o tú o el Rey, la justa diligencia?

BELARDO.

Cuanto en poder de padre y rey consiste.
  Mas nunca de los reyes (1) la inclemencia
permitió que supiesen cosa alguna;
yo entonces hice de mi patria ausencia.
  Mil veces arrojóme la fortuna
a parte donde vi cierta mi muerte;
mas no lo fué, pues no llegó ninguna.
  Y agora, agora... Pero temo...

RIQUELMO.

Advierte
que estamos bien seguros, ¿qué enmudeces?

BELARDO.

Temo el rigor de mi enemiga suerte.
  Si la palabra no me das y ofreces
tu fe de caballero de encubrirme
lo que...

RIQUELMO.

No más; medroso me pareces.
  Yo te la ofrezco tan segura y firme
cuanto en nobleza puedo.

BELARDO.

Yo la acepto.

RIQUELMO.

Comienza, pues.

BELARDO.

Comienzo a descubrirme.
  Y es un negocio tal, que te prometo
que si me...

RIQUELMO.

¿Qué imaginas?

BELARDO.

Imagino
que tengo de...

RIQUELMO.

¿Qué tienes?

---

(1) Así en el texto. Quizá deba leerse: "y de esta ocasión vengarse intenta".

(1) Así en el texto; pero deberá ser "Cielos".

BELARDO.

En efecto.

Con aqueste vestido peregrino
entré en la iglesia ayer. ¡Oh, caballero,

*(Aquí se hinca de rodillas.)*

a mi dificultad abrí camino!
De esa nobleza mi remedio espero,
de aquesas manos...

RIQUELMO.

Alzate del suelo.

BELARDO.

Tus dignas plantas besaré primero.

RIQUELMO.

Alzate, pues.

BELARDO.

Tu piedad ¡oh, Cielo!
mueva mi lengua. Sabe que en el templo,
casi al abrir el sacerdote el velo,
alcé los ojos.

RIQUELMO.

¿Y qué más?

BELARDO.

Contemplo
al enemigo Príncipe en la misa,
y para que no diese mal ejemplo,
disimulé del corazón la risa.
Al fin del Evangelio me levanto
y a la puerta me fuí con mayor prisa,
y aguardo que saliese, y entre tanto
cubríme bien. Salió, limosna pido
por el Apóstol de Galicia santo.
Dióme un escudo; y, siendo conocido
claramente de mí, fuíme a Palacio,
adonde sus maldades he sabido.
No es este Sancho, no.

RIQUELMO.

Vete despacio.
¿De Sancho dice? ¡Pese a tal conmigo!
Buen huésped, el aviso te regracio
y sabe que ese Príncipe enemigo
adora la Condesa, a quien yo adoro,
y que de sus maldades soy testigo.
Quiere casarla el Conde, que eso lloro,
mi perdición, y más si acaso sabe
que de Navarra tiene el cetro de oro.

BELARDO.

› tengas pena que el traidor se alabe
de tantas burlas. Yo sospecho cierto
que tiene aquí la Infanta.

RIQUELMO.

El caso es grave.

BELARDO.

Si acaso el homicida no la ha muerto
por verse libre.

RIQUELMO.

No es posible. Espera,
que entre los dos haremos un concierto.
¿Cómo es tu nombre?

BELARDO.

Desmentir quisiera
mi nombre, mas no puedo, que es Belardo.

RIQUELMO.

Pues, Belardo, ¡el navarro muera!

BELARDO.

¡Muera!

RIQUELMO.

Dame esa mano.

BELARDO.

Por la tuya aguardo
vida y remedio.

RIQUELMO.

Aguarda, gente viene.

*(Entra el CAPITÁN y uno con él.)*

CAPITÁN.

¡Qué bien lo ha hecho!

CRIADO.

Es fuerte y muy gallardo.

CAPITÁN.

¡Qué buenos brazos!

CRIADO.

¡Grande destreza tiene!

CAPITÁN.

¡Bien ha jugado de la fuerte lanza!

RIQUELMO.

(Aguarda fuera.

BELARDO.

Hacerlo me conviene.)

*(Entrase el PEREGRINO, y sale el CONDE.)*

CONDE.

¿Ah, Capitán?

CAPITÁN.

¿Señor?

CONDE.

Ya mi esperanza
ha tenido un efecto muy glorioso.

CAPITÁN.

El Cielo agradeció tu confianza.
Bien ha salido el joven poderoso
conforme tu deseo.

CONDE.

Como el Cielo
fué causa, fué el suceso milagroso.
¿Qué os parece, Riquelmo, si mi celo
ha merecido bien tanta ventura?

RIQUELMO.

Tú mereciste la mejor del suelo.
Y quien sus esperanzas asegura
en tan alto lugar, buen premio espera.

CONDE.

¡Que aquéste fuese de progenie escura!
¡Extraño caso! Pero Dios no quiera
que yo le niegue el premio prometido,
que sobre la palabra verdadera...
¿Sabes que de secreto he prevenido
que se confirme aqueste casamiento
por sosegar al pueblo inadvertido?
Dicen que son contrarios a mi intento
muchos vasallos, que por fuerza quieren
señor a mi disgusto y su contento.
Los que a mi voluntad obedecieren
no se amotinen, porque soy un hombre
tan sólo bueno a los que buenos fueren.

RIQUELMO.

¿A quién habrá que tu rigor no asombre
cuando tu amor y deseo no le obligue?

CONDE.

Basta que yo por sucesor le nombre.

RIQUELMO.

¡Ah, Conde, el mismo Cielo te persigue!

CONDE. ¡Ah, Capitán! ¿Dónde estoy?
Entra y llama a la Condesa,
quiero saber si le pesa
de aqueste intento.
CAPITÁN. Yo voy.
RIQUELMO. De lo que es tu voluntad
no tendrá la suya ajena.
[CONDE.] Quiero excusarle la pena
que causa la novedad.

*(Entra Matico comiendo.)*

MATICO. ¡Por Dios! que sois muy mandón,
y que si una piedra tomo...
CONDE. ¿Qué es aqueso?
MATICO. El Mayordomo,
que me ha dado un bofetón.
CONDE. Cortaréle yo la mano.
MATICO. No, que la habrá menester.
CONDE. Pues ¿qué te mandaba hacer
el atrevido villano?
MATICO. No se lo diré, en verdad.
Déjele, yo le perdono,
no murmuren que me entono;
como él me tien voluntad.
CONDE. Matico, por justo empleo
el tiempo ha llegado ya
en que forzoso será
que me cumpláis un deseo.
Yo tengo determinado
que [de] mi hija y vuestro hermano
quede, con darle la mano,
el desposorio acabado.
Justo será que mudéis
aquesa piel, que os molesta,
y por honor de la fiesta
es justo que os la quitéis.
Decid: ¿no lo haréis ansí?
¿Qué respondéis? Qué, ¿lloráis?
MATICO. Lloro porque me quitáis
lo mejor que me vestí.
Al alma pegada está
a gusto y a mi contento;
pero tan buen casamiento
por fuerza la romperá.
CONDE. ¿Tanto estimas el dejarla?
MATICO. Daba en este desvarío,
que hasta el casamiento mío
no pensaba yo dejarla.
RIQUELMO. Donaire tiene sin falta.
¡Como es de niños aquello!
MATICO. Ahogarme puede un cabello;
tan sólo expirar me falta.
CONDE. ¿Quieres que te case a ti?
MATICO. Ya, Conde, adelante pasas.
CONDE. ¿Cómo?
MATICO. Si a mi hermano casas,
que puedes dejarme a mí.
RIQUELMO. ¡Oh, qué gracia!
CONDE. Pues qué, ¿quieres

a la Condesa, su esposa?
MATICO. ¡No me faltaba otra cosa!
¿Han de faltarme mujeres?
Aunque me veis en oficio
que no valgo para ellas,
he tenido mil doncellas,
y aun dueñas, a mi servicio.
Hora bien; digo que ufano
el vestido quitaré.
CONDE. Pues anda, adentro te ve
y llamarás a tu hermano.
MATICO. Ya voy. (Cielos, ¿qué es aquesto?
Yo soy muerta. ¡Oh, pobre Infanta!
¿Cómo la muerte me espanta?
Ven, muerte, acábame presto;
no quiera Dios que yo vea
casar al traidor Rugero.
Moriré, sí, ya primero
que ajena prenda posea.
Tengo en el pecho guardada
la cédula que me hizo,
con que mi honor satisfizo,
y de su nombre firmada.
Mostraréla, aunque me pesa;
no para obligarle, no,
que sé que me aborreció
después que vió a la Condesa.
Rasgaréla ante sus ojos;
procuraréme ausentar,
dando a la tierra y la mar
con mi muerte mil despojos.)

(*Vase* MATICO, *y ha estado el* CONDE *hablando con* RIQUELMO *por señas.*)

CONDE. Paréceme bien tu intento.
Si una vez casada queda,
¿qué vasallo habrá que pueda
impedir su casamiento?
Don Ramiro es éste.

(*Entra* DON RAMIRO.)

RAMIRO. Vengo
del alboroto movido,
porque de la fama ha sido
cierto en el alma que tengo,
sólo por saber si es cierta
la nueva que se reparte.
De tus nobles la más parte
quedan, señor, a la puerta.
Dicen que desposas hoy
tu hija con un villano.
CONDE. Alzada tuve la mano,
infame, a fe de quien soy.
¿Que sufro que así lo nombres?
RAMIRO. Si la alzares...
CONDE. ¿Qué?
RAMIRO. Está bien.
CONDE. Riquelmo, de guarda estén
en esa puerta cien hombres.

(*Vase* DON RAMIRO.)

RIQUELMO. La Condesa viene ya.
CONDE. Venga en buen hora; no dude,
que aunque la tierra se mude
mi palabra firme está.

(*Entra* ROSIMUNDA.)

ROSIM. Aquí estoy a tu servicio.
CONDE. Rosimunda, aquí te llega.

(*Habla el* CONDE *con la* CONDESA, *y dice, entre tanto,* RIQUELMO:)

RIQUELMO. Ya, triste, el dolor me ciega
como veo el sacrificio.
No me dió pena el altar
ni el cuchillo que aquí tiene;
mas la víctima que viene,
que muerte (1) me ha de matar.
El pueblo está alborotado;
quiero ayudar al motín;
estorbaremos, al fin,
el desposorio tratado.
Mi peregrino y devoto
buscaré, pues es de suerte,
que podrá darle la muerte
entre el confuso alboroto.
Ramiro está ya contrario;
el pueblo las armas toma;
será Barcelona Roma,
pues ha de haber Sila y Mario.

(*Vase* RIQUELMO.)

ROSIM. Tu voluntad es la mía;
lo que ordenas obedezco.
(*Dan voces dentro:*)
"De estorbárselo me ofrezco.
¡Libertad, no tiranía!
Pedid todos libertad."
TODOS. ¡Libertad!
CONDE. ¿Qué ruido es ése?

---

(1) Así en el texto; quizá estaría mejor "a morir", en lugar de "que muerte".

*(Dicen de dentro:)*
("Libertad, aunque le pese,
y dejemos la ciudad!")

*(Entra un* Criado, *y dice:)*

Criado. El pueblo y Gobernador
romper las puertas pretende.
Conde. Pues ¿cómo no las defiende
mi gente?
Criado. Es grande el furor.
¿Así un vulgo se resiste?

*(Entra el* Gobernador.*)*

Gobernad. No te alborotes, buen Conde.
Déjame hablar y responde.
Conde. ¿Es esto bien hecho?
Rosim. ¡Ay, triste!
¿Qué quiere esta gente aquí?
Gobernad. Pedirte con justo celo,
de rodillas por el suelo,
mires por ella y por ti.
¿Qué bárbaro y qué pastor
es este fiero atrevido
que a ti te dan por marido
y a nosotros por señor?
Tú, que justicia gobiernas,
¿quieres sucesor villano?
Antes que le des la mano
le cortaremos las piernas.
Conde. Pueblo loco, inadvertido,
¿mi hija es de algún extraño
que, procurando mi daño,
la diese a extraño marido?
¿Queréis saber su valor?:
que ella le escoge y le adquiere.
Pues marido que ella quiere,
¿no le queréis por señor?
Vedle, oídle, y si a una voz
no le admitís, no le quiero.
Manso es don Sancho, no es fiero;
tratable es, que no feroz;
es un hombre muy galán,
de buen talle y proceder,
cuerdo y de buen parecer,
valiente como un Roldán,
brioso a pie y a caballo,
un ángel de condición.
Gobernad. Con esa satisfación
yo me nombro su vasallo,
y los demás en su nombre.
Conde. Venga. (¡Extraño atrevimiento!)
Si le quieren a contento,
hagan de su mano un hombre.

*(Entra* Sancho *vestido en sus pieles, como al principio.)*

Sancho.
Conde señor, ¿hay algo en que te sirva?

Gobernador.
¿Es éste por ventura el que nos dabas
por señor? ¿Es el galán, brioso, (1)
cuerdo, amoroso, fácil y tratable?
¿De qué Libia o de qué Scitia trujiste
un bárbaro y un monstruo tan terrible?

Conde.
¡Cielo! ¿Qué desventura es ésta, Sancho?
¿Qué locura te obliga tan extraña?
¿Por qué has dejado el hábito tan noble?

Gobernador.
Valiente puede ser, yo no lo niego,
que poco o nada diferencia a Hércules;
pero galán, a Bercebú le ofrezco.

Sancho.
Trujéronme una cédula firmada
de parte de mi alma, y esa sola
ha podido mudar mi pensamiento.

Gobernador.
O es loco o mentecato, o algún diablo,
Roberto.

Sancho.
Soy un hombre solo,
pues, al fin, me ha faltado el alma mía.

Conde.
¡Extraño disparate!
*(Dan voces de dentro:)*
("¡Muera! ¡Muera!")
¡Ah, pérfidos, villanos! ¡Ah, traidores!
[Tú,] Rosimunda, súbete a esta torre.

Rosimunda.
¡Ay, Cielo santo!

Conde.
Abrid aquesas puertas.

*(Entra un tropel de gente.)*

Riquelmo. ¿Adónde está el desposado?
Gobernad. Veislo allí.
Ramiro. ¡Qué bestia fiera!

(1) Verso incompleto. Pudiera leerse:
"por señor? ¿El galán éste es, brioso,"

GOBERNAD. ¡Muera, amigos, muera, muera!
SANCHO. A buen tiempo habéis llegado.

(*Meten todos mano para él, y él con ellos con un bastón: "¡A ellos, a ellos!", y métense todos adentro huyendo.*)

Solo quedo, y satisfecho;
pero seráme mejor
dar la espalda a su rigor
que no a sus armas el pecho,
aunque no temo la muerte.
Buscar quiero a mi querida;
pero si acaso es perdida,
¿qué me importa de esta suerte?

## JORNADA TERCERA

(*Empieza* MATICO *solo.*)

MATICO. ¡Buenos quedamos, Amor!
¡Buen galardón me habéis dado
de mi servicio pasado!
Vos pagáis como señor.
Tendréis un vasallo menos,
que para paga tan ruin
yo quedo corrida al fin
de que hayan sido tan buenos.
Vengo huyendo de aquel fiero,
de aquel fiero, aquel villano,
de aquel monstruo, aquel tirano,
aquel hombre, aquel Rugero.
Hele nombrado, aunque estaba
disimulado su nombre.
Rugero es, porque es hombre,
y decir hombre bastaba.
Y que el traidor se casase
sin falta debió de ser,
que todo fué menester
para que yo le olvidase.
¡Ay, Rugero, vida mía!
¿Qué dije, tirano, fiero?
Mas ¡ay! que en decir Rugero
me lleva a lo que solía.
Gente suena. ¡Ay de mí, triste!
Aquí me quiero apartar.

(*Entra* BELARDO *vestido como romero.*)

BELARDO. No me acabo de espantar
lo que mi vida resiste.
¡Cuán avarienta es la muerte
a quien la llama y le pide!
MATICO. (Este sin causa me impide
que busque el fin de mi suerte.
¿Qué haré si me conociese
y por dicha le agradase?
Sospecho que le matase
si alguna fuerza me hiciese.)
BELARDO. (Espantado estoy de ver
la fuerza de aquel traidor.
¡Con cuán divino valor
resistió tanto poder!
Huyendo vengo a su furia,
que no fué mi brazo airado,
con un pueblo amotinado
poderoso, a hacerle injuria.
¿Si con encantos contrasta
la muerte aqueste traidor?
Pero no, que el gran rigor
de mis desdichas le basta.
¿De cuál poderoso Achiles
fueron las hazañas tales,
que las de Rugero iguales
no se tuvieron por viles?
Ya de Riquelmo entendí
que aquí la Infanta no tiene,
y por eso me conviene
llorar el bien que perdí.
Sin falta que la mató,
que dejarla de cobarde
no es posible.)
MATICO. El Cielo os guarde.
(¿Llégole a hablar? Pero no;
mas sí; mas no. Hablarle quiero.
Con éste haré mi camino,
que, al fin, viene peregrino
y parece caballero.
Mas ¿qué miedo me venciera,
vil corazón de mujer?
¿No soy hombre al parecer
y al parecer no soy fiera?
Pues ¿qué me detiene? Vaya,
mostrarme quiero feroz;
quiero hacer gorda la voz
puesto que el pecho desmaya.)
¿Ah, caballero?
BELARDO. ¿Quién es?
MATICO. Este pobre caminante.
BELARDO. ¿Cómo? ¿Aún te tengo delante...
MATICO. Delante vesme a tus pies.
Detente y toma alegría.
(*Tiénele de la mano.*)
BELARDO. Porque pareces, cruel,
en parte al alma de aquel

por quien yo perdí la mía,
quisiera darte la muerte.
Levanta.

MATICO. Con razón tuve
temor de ti.

BELARDO. Cerca estuve
de ofender mi brazo fuerte
si un muchacho hubiera muerto (1)
casi mujer.

MATICO. ¡Ay de mí!

BELARDO. ¿Qué dices?

MATICO. Que fuera en ti
un femenil desconcierto:
que un niño en fuerzas igualo
con mujer.

BELARDO. Tal me pareces.

MATICO. ¿Echas pullas?

BELARDO. Pocas veces.

MATICO. Bueno ¡vive Dios!

BELARDO. No es malo;
basta, que ese ¡vive Dios!
me ha quitado mil sospechas.

MATICO. Y si hay todavía sospechas
envido con otros dos.

BELARDO. No quiero que vaya doble.
Cara tienes de hombre honrado;
y a fe que a estar bien tratado
parecieras hombre noble.

MATICO. Hombre yo nunca lo fuí.

BELARDO. Pues qué, ¿mujer?

MATICO. No, muchacho.
Noble fuí; mas un borracho
burlóme y dejóme así.
Sacóme de mi regalo.
¡Plegue a Dios que yo le vea
como mi alma desea,
asaeteado en un palo!

BELARDO. Muy soberbio me pareces.

MATICO. Merece esta maldición,
que es un bellaco, ladrón,
que se ha casado dos veces.

BELARDO. ¿Sacóte, al fin?

MATICO. Con engaño
de casa de un tío mío,
que es de corona, y te fío
que yo lo fuera en un año.
Mira el provecho que medro.

BELARDO. ¿Hijo de clérigo eres?

MATICO. Honra mejor las mujeres,
y hazme nieto de San Pedro.

BELARDO. ¿Servíasle?

MATICO. A mesa puesta,
y estábame en la tribuna
tan alto como la luna.

BELARDO. ¿Cantabas?

MATICO. Los días de fiesta.

BELARDO. ¡Gran bellaco me pareces!

MATICO. Bien grande pienso que soy.

BELARDO. ¿Quiéresme servir?

MATICO. No estoy,
señor, como tú mereces,
ni aun como yo lo merezco.

BELARDO. ¿Cómo veniste tan roto?

MATICO. Es historia que alboroto
dentro del pecho padezco.

BELARDO. ¿Fué guerra?

MATICO. Guerra y furor.

BELARDO. ¿O sabe hacer maravillas?

MATICO. Estas negras quinolillas
y otro poquito de amor.

BELARDO. ¿Que has tenido amor?

MATICO. Terrible.

BELARDO. ¿A quién, dime?

MATICO. A un alma ingrata.

BELARDO. ¿Trátate mal?

MATICO. Mal me trata.

BELARDO. ¿No hay remedio?

MATICO. Es imposible.

BELARDO. Ahora bien; tú me has vencido.
Servirásme, te prometo.
Roto te quiero y discreto,
que no necio y bien vestido.
¿Irás conmigo a Castilla?

MATICO. Ese ha de ser mi camino.

BELARDO. ¡Qué mozo de peregrino,
peregrino a maravilla!
¿Cómo te llamas?

MATICO. Don Diego.

BELARDO. No, no ¡pese a tal! Bien basta
Diaguillo.

MATICO. Ofendes mi casta;
mas a tu gusto me entrego.

BELARDO. ¿Diego?

MATICO. ¿Señor?

BELARDO. Toma, lleva
estas alforjas.

MATICO. ¿Hay pan?

BELARDO. No, que de otras cosas van
más nobles.

(1) Así en el texto. Mejor estaría para el sentido

"de ofender, con brazo fuerte,
y a un muchacho hubiera muerto"

MATICO. ¿Veréle?
BELARDO. Prueba.
MATICO. ¿Son dineros?
BELARDO. Sí.
MATICO. ¡Oh, buen amo,
la mejor nobleza llevas!
Doquiera que el paso muevas
te sigo, te quiero y amo.
¿Y las alforjas me fías?
BELARDO. Y por tu buena opinión
las prendas del corazón
sean tuyas como mías,
que algunas llevas ahí.
MATICO. Beso tus pies.
BELARDO. Ya tardamos.
¿Diaguillo?
MATICO. ¿Señor?
BELARDO. Partamos.
Ven conmigo.
MATICO. Voy tras ti.

(*Vanse, y dicen de dentro*:)

¡Mueran los bandoleros atrevidos
que contra su señor tomaron armas!

RAMIRO.

No emprenderemos ya, Riquelmo, empresa
adonde no llevemos la peor parte.
Algún demonio es éste o algún Hércules.
¡Oh, fuerzas dinas de varón robusto!

GOBERNADOR.

¿Qué tal valor se encierra en pecho rústico
que así, desnudo, se defiende tanto?
Echónos de la sala, y, no contento,
con dos criados que del Conde tiene
nos obliga a dejar los patrios muros.

RAMIRO.

Hoy no estimara que del Conde fuera
batida la ciudad, como intentamos;
pero que este villano...

RIQUELMO.

Don Ramiro,
no le llames villano, que te juro
que tiene más valor del que imaginas.

RAMIRO.

¿Cómo, en linaje?

RIQUELMO.

Sí, en linaje digo.
Siempre te dije que dudaba mucho
que éste fuese villano; y ayer tarde
supe de un caballero peregrino,
que de Santiago a Monserrate vino,
que aqueste era Rugero, fuerte Príncipe,
y de Navarra sucesor legítimo.
Y supe más; que andar en este traje
era por encubrirse de la gente
del Rey de León, a quien robada trujo
su hija y sucesora de su reino.

RAMIRO.

¿Es cierto eso?

RIQUELMO.

Verdad te digo en todo.

RAMIRO.

Calla, no [me] lo afirmes, que me espanto.
Bien lo dan a entender sus fuertes obras,
a tanta costa de la vida nuestra.—
Gobernador, ¿qué haremos?

GOBERNADOR.

Lo que el tiempo
y la dificultad ofrece. Vamos
a la heredad de don Ramiro y juntemos (1)
la gente de labranza y los gañanes,
y hagámonos bien fuertes de aquel monte.

RAMIRO.

Bien has dicho.

RIQUELMO.

¿Qué hacemos?
Fortifiquemos la arruinada plaza
y no quede extranjero o caminante,
ni propio morador de Barcelona,
que no deje la vida con la hacienda.

GOBERNADOR.

Al caminar disponte.—
¡Soldados, hacia el monte!

(*Dicen de dentro*: "¡Al monte!", *y asómase la* CONDESA *al muro.*)

ROSIM. ¡Cómo van los enemigos!
¡Huye, Riquelmo traidor!
Don Sancho, de tu valor
hoy los Cielos son testigos.
La ciudad se le aficiona.
Ya le sigue el vulgo loco,
y a quien ayer tuvo en poco
hoy le ofrece la corona.
No apellides la verdad,
pueblo, y rígete por mí,

---

(1) Así en el texto: sobra una sílaba; quizás el "don".

que a quien mi alma le di
bien puedes dar la ciudad.
Don Sancho es aquel. ¡Oh, Cielos!
¿Cómo no llega a palacio?

(*Entra* DON SANCHO.)

SANCHO. ¿Cómo me dan tanto espacio
amor y rabiosos celos?
Después del primer combate,
con alguna poca gente,
hice valerosamente
que la ciudad se rescate.
No sé qué pueda decir,
no sé qué duda me esfuerza (1)
no lo atribuyo a mi fuerza,
sino al gusto de morir;
que como yo lo deseo
huye la muerte cobarde.
ROSIM. ¡Ah, don Sancho!
SANCHO. (Vendrá tarde,
si primero no te veo.)
ROSIM. ¿Don Sancho?
SANCHO. ¿Sois vos, mi bien?
Esposa mía, ¿sois vos?
ROSIM. Yo soy.
SANCHO. (¡Maldígate Dios
y digan todos amén!
¿Qué me quiere este tormento,
por quien perdí mi regalo?)
ROSIM. Para abrazaros igualo
los brazos al pensamiento.
¿Estáis herido, señor?
SANCHO. Herido estoy de sospecha.
ROSIM. ¿Fué de lanza, espada o flecha?
SANCHO. Fué de la flecha de Amor.
ROSIM. Entrad, veremos la herida;
mis manos os curarán.
SANCHO. Hanme muerto y no podrán
volverme otra vez la vida.
ROSIM. Agradézcoos el favor,
que en mayor amor me enciende.
SANCHO. (Favor dice; bien lo entiende.
Llámale rabia y furor.)
ROSIM. Aqueste lienzo os atad,
pues que no queréis subir.
SANCHO. (No se quiere persuadir
de mi poca voluntad.
¿Atarle? Ni aun levantarle.
Pero engañado me veo,
que si yo morir deseo,
¿qué ponzoña como atarle?
Pondréle como en la flecha;
será hierba que me mate.)
ROSIM. Si queréis que yo le ate,
bajaré.
SANCHO. (Pedazos hecha.
No le faltaba a mi mal
sino tu odiosa presencia.
Ella baja; no hay paciencia
para mi tormento igual.
La carta que le escribí,
pues partirme determino,
haré salirle al camino
a responderle por mí.
Partamos, pues, alma mía,
a buscar la media parte,
que sin ella no sé parte,
para que tenga alegría.
¿Qué queréis, mis desvaríos,
de tantas congojas llenos,
que guarde muros ajenos
abrasándose los míos?
Conde, si es deslealtad,
Amor te responde a ti:
que porque él me ofende a mí
no defiendo tu ciudad.
Quédese aqueste papel
en mi lugar, pues me voy;
que si yo cruel te soy
Amor me ha sido cruel.

(*Entrase* SANCHO, *y sale* ROSIMUNDA.)

ROSIM. De esta humildad no me afrento,
que aunque no fueras mi esposo,
al que viene victorioso
se debe el recibimiento.
El alma que... Y ¿qué es aquesto?
¿Se fué don Sancho? ¡Ay de mí!
¿Agora no estaba aquí
y me aguardó en este puesto?
¡Triste! ¿Si le han obligado
algunos contrarios fieros?
Cielo, ¿en qué pudo ofenderos
la honestidad de mi estado?
¿Quiero yo más de marido?
¿Obligame otro deseo?
¿Qué carta es esta que veo?
¿Cómo, que don Sancho es ido?
(*Levanta la carta.*)
Quiero leerla. "Rosimunda,
(*Carta.*)
por ésta podrás saber

(1) En el texto "[illegible]", que no rima.

que en vida de mi mujer
no puedo admitir segunda.
Yo soy Rugero francés,
del Rey de Navarra hijo...”
¿Qué esto? ¿Rugero dijo?
Sin falta alguna lo es.
Y por el mucho valor
que de él la fama comprueba,
veo que éste es el que lleva
de mis prendas la mejor.
¿Qué dice más? “El desdén

*(Prosigue la carta.)*

de la que adoro me obliga
a que te deje y la siga.
Perdona, si quieres bien.”
¡Ay, falso y tirano Eneas,
bien pagas el hospedaje!
¿Posible es que de linaje
de tan nobles padres seas?
¿Qué esposa es esta que vas
buscando con tantas quejas?
¿Es mejor que la que dejas?
Mejor, pues la quieres más.
¡Triste! Pues la dura suerte
así se venga de mí,
si Dido en la vida fuí
que Dido sea en la muerte.

*(Entran el* Conde *y el* Capitán.*)*

Conde. Con grande fuerza defiende
nuestro don Sancho los muros.

Capitán. Por su brazo están seguros
de quien los nuestros ofende.

Conde. Los contrarios ¿qué se han hecho?

Capitán. Al monte se han recogido,
que de la ciudad han sido
echados a su despecho.

Rosim. Padre, si como piadoso
eres por paterno amor
fuiste de tu noble honor
y el de tus padres celoso,
después de mi desconsuelo,
mira en qué punto me ha puesto
aquel traidor.

Conde. ¿Qué es aquesto?
Hija, levanta del suelo.
¿Qué caso te ha sucedido?
Y que no me adviertas más.

Rosim. De esta carta lo sabrás,
de que mi muerte ha nacido.
Mira, señor, qué esperanza
tan bien cumplida, y advierte
si a tu honor de alguna suerte
puede quedar confianza.
Hay fama que fué mi esposo.
Si agora se va y me deja,
¿qué dirá, tras tanta queja,
este pueblo malicioso?
¿Qué dirá el mundo de mí?

Conde. ¿Cómo? ¿Que aquéste es Rugero,
rey de Navarra? ¿Qué espero?
Mi honor se atraviesa aquí.—
Capitán, mi honra y vida
y mi alma se atraviesa;
en la ocasión de esta impresa
es perdida o no perdida;
yo aventuro grande imperio.—
¡Oh, Sancho! ¡Oh, falso villano!
A fe que el fingido hermano
no carece de misterio.
Si se va no ha sido cuerdo.
Yo quedo bien deshonrado.
Piérdase todo mi Estado
hasta cobrar lo que pierdo.

Capitán. ¿Cómo, señor, que es Rugero
este don Sancho?

Conde. Sí, él es;
aquesta carta después
te dirá su intento fiero.
Apenas reposo tengo.
Junta, Capitán, mi gente,
que en el alma fuego ardiente
me abrasa si no me vengo;
y por Barcelona echad
bando que el que se atreviese
y ese traidor me trujese
vivo y sano a la ciudad,
digo, que lo traiga aquí,
le doy perdón general
de cualquier querella o mal
aunque sea contra mí.

Capitán. Esa industria es ingeniosa
y por la mejor la apruebo.
Señor, esperanza llevo
que le cobrarás; reposa.

Conde. Vamos, que de aquesa suerte
mi honor cobrará su falta.

Rosim. Si aquese remedio falta
acudiré al de la muerte.

*(Éntrase, y sale* Belardo, *[illegible], y* Matico *con las alforjas.)*

Belardo. ¿Vienes cansado?

Matico. Un tantico.

BELARDO. Son ásperas estas cuestas
y las alforjas molestas.
MATICO. ¡Qué bien a todo me aplico!
BELARDO. Iguala el peso parejo.
MATICO. No soy en pesares nuevo.
No me pesa lo que llevo,
más me pesa lo que dejo.
BELARDO. ¿Qué dejas?
MATICO. Aquel amigo;
que como fué amistad larga,
fué dura y pesada carga;
pero ya vengo contigo;
que a fe que obliga tu trato
a más de un buen pensamiento.
BELARDO. Bachillerico te siento.
¿Descansaremos un rato?
MATICO. Como querrás.
BELARDO. ¿No es mesón
aquel de la tabla?
MATICO. Sí:
lo mismo que aquésta fuí.
Bien haya mi condición,
que tan bien aprendí de ella.
BELARDO. ¿Tablilla fuiste?
MATICO. Así pasa;
metí un hombre en una casa
y quedéme yo sin ella.
BELARDO. Llama el huésped.
MATICO. ¿Hola? ¿Hala?

(*Sale el* MESONERO *y su* MOZA.)

MESONERO. ¿Sabina?
MOZA. ¿Quién está ahí?
MATICO. (Moza tiene ¡pese a mí!)
MESONERO. Esperad, [en]horamala.
FREGONA. ¿Quieres posada, mis ojos?
Entrad muy enhorabuena;
tendrá de perlas la cena.
MATICO. Hora excusemos enojos
y pasemos adelante.
FREGONA. Pues ¿no quiere entrar a verla?
MATICO. No, que si la cena es perla
la cama será diamante,
y no la quiero tan dura.
FREGONA. El rapacillo me agrada.
MATICO. ¿Es limpia aquesa posada?
FREGONA. Sí.
MATICO. Cual sea tu ventura.
FREGONA. (El niño es como una sal.
¡Ay, qué carrillos que tiene!)
MATICO. (Ya la moza se me viene
toda la noche al portal.)
FREGONA. ¿Dormirémosla sin duda?
MATICO. Es más llano que la palma.
FREGONA. Suelta la alforja, mi alma.
MATICO. No la quiero tan aguda.
Regáleme a mi señor,
y mire la muy badana
que echaré por la ventana
la venta.
FREGONA. ¡Pasito, amor!
Mi señor sale.

(*Sale el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¿Y no entráis?
BELARDO. ¡Oh, señor huésped!
HUÉSPED. ¡Oh, amigo!
FREGONA. Ea, véngase conmigo.
HUÉSPED. En buena hora vengáis.
¡Pardiez! que hay buen aparejo.
Bien podremos regalaros.
BELARDO. ¿Qué hay de bueno?
HUÉSPED. Podré daros
dos perdices y un conejo;
mejor que cuando pasastes,
que bien me acuerdo de vos.
MATICO. ¿Hay camas?
HUÉSPED. Para los dos.
Buen mozo, ¿dónde lo hallastes?
MATICO. Adonde yo me perdí.
BELARDO. Es prenda muy estimada.
FREGONA. Entrad, veréis la posada.
BELARDO. Diaguillo, vente tras mí.
MATICO. Ya entro.
FREGONA. Ven acá, amores;
¿quieres algo?
MATICO. Que me aguarde
esta noche un poco tarde.
Mire, y no conmigo flores,
no me la pesque mi amo,
sino haga lo que debe.
FREGONA. ¿Pescar? El diablo me lleve
si no te adoro.
MATICO. Yo te amo.
FREGONA. ¿No es bueno que me ha prendado
el diablo del rapacillo?
¡Ay, señores, qué bonillo!
¿Quiéresme abrazar?
MATICO. De grado.
No me aprietes tanto.
FREGONA. Adiós,
porque después nos veremos.

(*Éntrase la* FREGONA.)

MATICO. Muy bien nos combatiremos,
de iguales armas los dos.
Solos estamos. Yo muero.
¿Qué intento es este que sigo?
¿Aborrezco a mi enemigo
o por ventura le quiero?
¡Afuera, Rugero, afuera!
¡No más memoria, no más!
¡Rugero, casado estás,
murió la mujer primera!
Un deseo me ha traído
suspensa todo el camino,
por ver lo que el peregrino
trae aquí dentro escondido.
¿Hay alguno que me vea?
Sospecho que estoy secreto,
y si me ve algún discreto
quizá lo mismo desea,
y ya sé que ha de callar.
¿Qué papeles son aquestos
con tanto concierto puestos?

(*Saca unos papeles de las alforjas.*)

1. La carta de marear.
2. Memoria de lo que vi
en Roma, que fué notable.
3. Forma del monstruo espantable
que de Francia vino aquí.
4. Cuarenta estancias del Dante.
5. Curiosa quiromancía
que compré en Bolonia un día
de un preceptor nigromante.
6. Papel que escribí a la Infanta
sobre el premio que gané
cuando en la plaza jugué.
¿Infanta? ¡Cosa que espanta!
¿Cómo? ¿Y que a Infanta escribió?
Este hombre es de linaje,
y por ventura su traje
es éste que traigo yo.
Ved si fortuna levanta
al que está más abatido,
que si éste a Infanta ha servido
agora le sirve Infanta.
Quiero ver este papel.

(*Entra el* HUÉSPED.)

HUÉSPED. ¡Hola, rapaz! ¿A quién llamo?
Dale mil voces su amo
y él, sordo, búrlase de él.
¿Cómo, cómo? Apostaré
que quiere hurtar el dinero.

MATICO. ¡Oh, santo Cielo!

HUÉSPED. ¿Qué espero?
Al amo se lo diré.
Fiad de estos rapacitos.
Si no llego a la sazón
él le daba un madrugón.

(*Vase el* HUÉSPED.)

MATICO. ¡Oh, mis papeles benditos,
poneros quiero en mis ojos!
¡Oh, prendas de mi remedio,
pues hoy me sacáis de en medio
del golfo de mis antojos!
Este es el conde Belardo;
yo conozco este papel,
que aún tengo memoria de él.
¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?
No en balde mi corazón,
las veces que le miraba,
de haberle visto me daba
alguna declaración.
Cielo, ¿que tanta ventura
tengo al cabo de mis daños?
Bien lo merecen mis años
de mi mucha desventura.
El sale. Sin alma estoy.

(*Entran* BELARDO *y el* HUÉSPED *y la* FREGONA.)

BELARDO. ¿Que esto pasa?

HUÉSPED. Como digo.

BELARDO. No estará un punto conmigo;
no, por la fe de quien soy.—
¡Suelta la alforja, villano!

MATICO. Señor, ¿en qué te ofendí?

BELARDO. Cuando la cara te vi
olvidéme de la mano.
Buena cara y malos hechos.
¡Suelta la alforja, ladrón!

HUÉSPED. Dejalde de un mojicón
ambos carrillos deshechos.

FREGONA. Sabréle yo defender.

BELARDO. Vos veréis si me acobardo.

MATICO. Detén la mano, Belardo,
que ofendes una mujer.

BELARDO. ¿Qué es esto? ¿Nombró mi nombre
y por mujer se confiesa?

HUÉSPED. ¡Oxte, puto! ¿Pulla es esa?

FREGONA. ¿Cómo, cómo? ¿Que no es hombre?
Pues mátenle a mojicones.

BELARDO. ¿Quién eres?

MATICO. La Infanta soy.

BELARDO. Huésped, decidme si estoy
entre algunas ilusiones.

HUÉSPED. Mas, arre allá, ¿qué sé yo?
MATICO. ¿Desconócesme, señor?
Yo soy la que tanto amor
y lágrimas te costó.
Soy doña Juana, señor;
que, con Rugero perdida,
gasté seis años de vida
y seis mil años de amor.
Aunque te puedo jurar
que el irme fué la deshonra,
porque prendas de la honra
no le consentí tocar.
Puros honestos abrazos
tuvo de mí solamente.
Casóse, y tiene al presente
mujer que adora en sus brazos.
Mátame agora si quieres.
BELARDO. ¿Que te mate? ¿Para qué?
A quien te rompió la fe,
si acaso por él no mueres.
MATICO. ¿Yo morir? Fálteme el Cielo
si no le aborrezco.
BELARDO. ¡Oh, suerte!
¿Cómo puedo agradecerte
tanto bien y honra en el suelo?
Ya te conoce el sentido,
porque en él son reducidas
las imágenes perdidas
que el tiempo cubrió de olvido.
Holgárame de llevarte,
pues con mi intento salí;
los seis años que perdí
hoy se cobran con hallarte.
Irás segura conmigo.
MATICO. Debajo de juramento.
BELARDO. Pues disponlo a tu contento,
que para todo me obligo.
MATICO. Que me des palabra y mano
de que serás mi marido.
BELARDO. ¿Tanto bien ha merecido
fe de pensamiento humano?
¿Vos queréis que pierda el seso!
La mano va temerosa.
MATICO. La que os doy será de esposa.
BELARDO. Por esclavo me confieso.
HUÉSPED. Alcánceos mi bendición.
FREGONA. Y la mía os multiplique;
que una vez estuve a pique
de obispar con un jubón.
BELARDO. ¿Puédote dar un abrazo?
MATICO. Conde, yo soy tu mujer.
HUÉSPED. Yo no acabo de entender
aqueste negro embarazo.
¡Mirad qué talle de Infanta!
FREGONA. Calle, que andaba escondida.
BELARDO. Hoy mi esperanza, perdida,
hasta el Cielo se levanta.
FREGONA. ¿Ah, señora? Dos razones
si no os enfada.
BELARDO. ¿Qué quieres?
FREGONA. ¿Celos tiene de mujeres?
Escuchad, aunque perdones:
"La fregona se me viene
toda la noche al portal;
no le he parecido mal."
MATICO. ¿Que me juzga?
BELARDO. Razón tiene.
FREGONA. "Regáleme a mi señor,
o mire la muy badana
que echaré por la ventana
la venta."
MATICO. "¡Pasito, amor!"
FREGONA. ¿Córrese?
MATICO. Me maravillo
de que tal haya pensado.
"¿No es bueno que me he prendado
del diablo del rapacillo?"
BELARDO. Bueno, pagado se han.—
Buen Huésped, ¿no cenaremos?
HUÉSPED. Eso poco que tenemos,
con buen vino y blanco pan.
Quisiera tener la cena
como para tales bodas.
BELARDO. Así las tuviera todas
las que he tenido de pena.
No pagará mano escasa
aqueste bien tan profundo,
pues lo que no hallé en el mundo
vine a hallar en tu casa.
Mas tu casa no está en él;
que después que aquí llegó
en Cielo se convirtió.
HUÉSPED. ¡Bueno andáis de cascabel!
BELARDO. Vamos, mi bien, ¿qué hacemos?
HUÉSPED. Sabinilla, di a tu ama
que saque para otra cama
ropa limpia.—Entrad.
MATICO. Entremos.

(*Éntranse, y salen* RIQUELMO *y* RAMIRO *y el* GOBERNADOR.)

RIQUELMO.

Aquí, Gobernador, está, sin duda.

RAMIRO.

Tenéis razón, que yo subí en el monte.
Al pie de aqueste risco está la venta.

GOBERNADOR.

Perdone de esta vez el pobre huésped,
que no le ha de quedar cosa que tenga.

RAMIRO.

¡Oh, si tuviese algún venado muerto
para que coma hoy la gente nuestra!
Que no le falte, y cuando esto no sea,
tendrá mil cosas que llevar podremos.

GOBERNADOR.

¿Habéis cargado bien las escopetas?
Estén a punto por si hubiere gente.—
¿Ah de la venta?

HUÉSPED.

Acude, Sabinilla.

FREGONA.

¿Quién es?

RIQUELMO.

Aguárdate, o pasarte he el pecho.

FREGONA.

¡Ay, desdichada! No me mates, tente.—
Bandoleros son; tome sus armas.

RAMIRO.

Entremos dentro por que no las tome.

(*Entranse, y sale* SANCHO.)

SANCHO. ¿A quién no causara espanto
la fe de dureza tanta,
cómo que tan tierna planta
pudiese caminar tanto?
¿Qué es aquesto? ¿Quién te esfuerza?
¿Quién te anima y da tormento?
¿Dióte sus alas el viento,
o mi desdicha su fuerza?
¿Yo me había de casar
y la palabra quebrarte,
que la muerte no era parte
para poderla quebrar?
Cansado estoy. Bien será
que el cuerpo solo se canse
y el alma sola descanse,
que siempre velando está.
¿Es casa aquésta? Sí es.
Echarme quiero a la puerta;
si ya que estuviera abierta
bastaránme siete pies.

(*Duerme, y salen de la venta el* GOBERNADOR, RIQUELMO *y* RAMIRO; BELARDO, MATICO, *el* HUÉSPED *y la* FREGONA.)

RAMIRO. Mucho nos hemos holgado,
Belardo, del buen suceso.
BELARDO. A tal merced me confieso
eternamente obligado.
RIQUELMO. Vos, Princesa de León,
dadnos las manos reales.
MATICO. Por cierto que vienen tales.
Corrida estoy, no es razón.
HUÉSPED. No se olvide, mi señora,
cuando en su tierra se vea,
de quien servirla desea
y de esta su servidora. (1)
A lo menos un vestido,
cuando aquesta piel la deje.
MATICO. Ninguno habrá que se queje
si vuelvo a mi patrio nido.
HUÉSPED. ¿Qué dijo de nido?
FREGONA. Calle,
que por su tierra lo dice.
RAMIRO. Ese vestido desdice,
Belardo, al gallardo talle,
que es vestido deshonesto.
Vamos a mi quinta, adonde
le mudaréis.
SANCHO. ¿Quién esconde,
ojos, vuestra luz?
BELARDO. ¿Qué es esto?
¿No es Rugero? Este es Rugero.
RAMIRO. ¿Rugero? ¡Brava ocasión!
Llegad, quitadle el bastón.
SANCHO. ¿Las armas me quitas, fiero?
GOBERNAD. ¡Date o pasaréte el pecho!
SANCHO. Aqueso sólo deseo.
Pero ¿qué es esto que veo?
O lo sueño o lo sospecho.
¡Mi doña Juana querida!
MATICO. ¡Paso! ¿Conocéisme vos?
SANCHO. Sí; que cuando quiso Dios
fuí vuestra alma y vos mi vida.
MATICO. Muy engañado ha venido,
hermano. Ya está casado.
Hable un poco bien criado,
que tengo aquí mi marido.
SANCHO. ¿Marido? Harélo pedazos.
BELARDO. Eso será si pudieres.
SANCHO. ¡Malditas seáis, mujeres!
¿Que ya le diste los brazos?

(1) Quizá sea la FREGONA quien diga estos versos.

MATICO. Por tu mucha ingratitud.
Casado estás; ¿qué querías?
SANCHO. ¿Que en ese engaño porfías?
MATICO. Yo procuro mi salud.
SANCHO. Si tal casé, Dios permita
me parta un rayo por medio.
MATICO. Rugero, ya no hay remedio;
otro mejor solicita.
¿No basta que lo intentaste?
SANCHO. Que nunca tal intenté.
MATICO. Rugero, ya me casé
pensando que te casaste.
SANCHO. Mujeres, vuestros engaños
siempre aqueste fin tuvieron.
Ved el pago que me dieron
del servicio de seis años.

(*Entran el* CONDE *y la* CONDESA *y el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Paréceme que, a mi cuenta,
como seis millas iremos
del monasterio.
CONDE. Paremos
de secreto en esta venta.
CAPITÁN. El huír es necesario.
Perdidos somos, señor,
que hemos dado en el furor
de las armas del contrario.
CONDE. Espera un poco, detente;
no ha sido secreto el caso,
pues que me han salido al paso.
GOBERNAD. ¿Qué gente es ésta? ¿Qué gente?
CONDE. De paz, y el Conde la pide,
si por dicha conocéis
lo mucho que le debéis.
BELARDO. Ninguno el paso le impide.
RAMIRO. Tu palabra cumple, Conde.
Ves, aquí traigo a Rugero.
CONDE. ¿Rugero?
RAMIRO. Rugero.
CONDE. ¡Ah, fiero!
¿Dónde caminabas, dónde?—
¡Prendedle luego!
SANCHO. No es justo
mostrar tan soberbio celo,
que ya, Conde, ha vuelto el Cielo
todo tu trabajo en gusto.
El villano de la piel
es la Infanta de León,
a quien yo, Conde, a traición
saqué por amores de él.
Viéndome casar, se vino;
por ella no me casé;
huyóse, y al fin la hallé
con aqueste peregrino.
Casóse por varios modos;
pues lo quiere, no me pesa;
dame, Conde, a mi Condesa
y remediémonos todos.
CONDE. ¡Bravo suceso!
ROSIM. ¡Oh, señora,
danos las manos!
MATICO. Yo soy
la que por las vuestras voy.
GOBERNAD. Tu perdón, buen Conde, agora.
CONDE. Que os perdono y digo así:
que a Rugero le recibo
cual si fuera un hijo vivo
que en este lugar perdí.
BELARDO. Ese, buen Conde, soy yo;
que aquel bando sarracino
que me robó en el camino
dentro de Argel me vendió.
Serví al Rey con tantas veras
y tanto le satisfizo
mi servicio, que me hizo
General de sus galeras.
Mas tuve tal ocasión,
que las entregué en un día
a las que entonces tenía
don Sancho, rey de León.
Este una villa me dió
con el título de Conde.
Servíle en su casa, adonde
la Infanta me enamoró.
Robóla por varios modos
Rugero; partí por ella;
halléla, casé con ella
y remediémonos todos.
CONDE. ¡Oh, mi hijo, y cuánta gloria
en este punto me has dado!—
Lo demás juzgue el senado,
que aquí fenece la historia.

AQUÍ ACABA LA COMEDIA DE *Matico.*

# ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

| PÁG. | COL. | LÍN. | |
|---|---|---|---|
| 2 | 2 | 19 | Quizás el primitivo texto dijera:<br>"no ignoro los desengaños". |
| 3 | 1 | 41 | La puntuación de este verso sería mejor:<br>"y con su corte: merezca". |
| 6 | 1 | 44 | Dice "hallará"; léase "hallaré". |
| 6 | 2 | 9 | Acaso esta redondilla sonaría mejor así:<br>"Ya se fueron, y ha quedado<br>sin esperanza y sin bien<br>quien muere de pena y quien<br>todo su ser ha trocado." |
| 8 | 1 | 15 | En el manuscrito dice "será" y no "sea", como en el impreso. |
| 9 | 2 | 14 | Este verso sonaría mejor así:<br>"en esta elección que he hecho". |
| 10 | 1 | 2 | Este verso, que falta en el manuscrito, tampoco es necesario para el sentido ni la rima. |
| 11 | 2 | 41 | Falta en ambos textos un verso a esta quintilla. |
| 15 | 1 | 31 | Así en los dos textos; pero el sentido y la rima piden "cante" y no "cause". |
| 18 | 1 | 31 | Este verso es corto en el impreso: en el manuscrito dice "escribir a mujer, no", que no rima ni hace sentido. |
| 21 | 2 | 28 | En ambos textos "niegue"; el sentido pide "ruegue". |
| 21 | 2 | 49 | Así en los textos. Debe querer decir:<br>"la rebeldía del pesar". |
| 25 | 1 | 9 | Dice "graves:"; léase "grave:". |
| 27 | 2 | 3 | En el manuscrito está mejor este verso así:<br>"que perdonara la afrenta". |
| 35 | 2 | 23 | En las ediciones posteriores a la primera se ha puesto, como pide la rima, "compralle", y no "comprarle". |
| 39 | 2 | 29 | Dice "constante"; léase "constantes". |
| 39 | 2 | 41 | Este verso debe decir:<br>"Si se vendieran estrellas". |
| 55 | 1 | 9 | Dice "y me matase"; léase "o me matase". |
| 60 | 1 | 17 | Dice "da mil conciertos"; léase "de mil conciertos". |
| 63 | 2 | 3 | Dice "que salga"; léase "que salgan". |
| 66 | 1 | 21 | La palabra "sangre" de este verso parece impropia; pero así está en todos los textos. |
| 69 | 1 | 7 | Dice "tomo" en lugar de "como". |
| 69 | 1 | 26 | Este verso deberá leerse:<br>"Tiempo fué que conocí". |
| 76 | 1 | 35 | Este verso estaría mejor así:<br>"De castigarse [a] Gerardo". |
| 78 | 2 | 26 | Este verso está así en los textos; pero quizá deba leerse:<br>"dormiré sueño profundo". |
| 80 | 1 | 9 | Dice "se trae"; debe decir, por la rima, "se tray". |
| 80 | 1 | 45 | También aquí el consonante pide "oyas" y no "oigas". |
| 81 | 2 | 22 | "que fuesen" dicen los textos; pero estaría mejor "que fuese", pues se trata de un pregonero. |
| 102 | 1 | 32 | Dice "Has", debe ser "Haz". |
| 106 | 1 | 29 | Este verso está así en los textos; parece que sonaría mejor:<br>"no se le puede aguantar". |
| 110 | 1 | 12 | Este verso deberá puntuarse así:<br>"No, son de padres tan buenos." |
| 126 | 2 | 40 | Sonaría mejor este verso así:<br>"y más en su centro está": |
| 146 | 2 | 5 | Así en el original; pero acaso deba decir:<br>"cuál quita con vidrio el vello". |
| 152 | 1 | 11 | Hoy escribiríamos así este verso:<br>"yerro con hierro sacó"; |
| 157 | 1 | 47 | Este verso y el subsiguiente deberán puntuarse:<br>"OTAVIA. ¿Qué quieres? Enhorabuena;<br>que una ropa, una cadena<br>me cuesta el vivir Leonato." |
| 157 | 2 | 14 | Dice "me ha pagado", en lugar de "me he pagado" |
| 159 | 2 | 3 | En lugar de "vuelva", como dice el texto, debe ser "vuelve". |
| 160 | 2 | 23 | "Candía" no rima con "ruin". Quizás este primer verso de la redondilla debería ser:<br>"¿Dónde está aquel viejo, arpía?" |
| 160 | 2 | 45 | Debe puntuarse así este verso:<br>"¡qué hay que escuchar? ¡Guardaos de él!" |
| 170 | 2 | 4 | El consonante pide "veis", y no "ves". |
| 177 | 1 | 40 | Este verso así en el original; pero mejor diría:<br>"loco he estado y preso he sido". |
| 196 | 1 | 37 | No rima "ponciles" con "pasteles" ni "papeles" de la quintilla. Puede suponerse que en el siglo XVI se pronunciase también "ponceles". |
| 206 | 1 | 19 | Dice "razones" en lugar de "raciones". |
| 209 | 1 | 7 | En vez de "los postas" léase "las postas". |
| 212 | 1 | 36 | En el texto falta un verso después de éste, que había de ser primero de la redondilla siguiente. |

218 2 6 Sin duda está equivocado este verso, y debe decir:
"nos trae con gusto aquí;".

219 1 40 Léase "de ti misma".

225 1 38 Este verso, como se comprende, diría:
"Aposento una fajena".

226 1 17 Este verso debe ser así:
"atada [a] un cabello imita".

228 2 7 El verso es incompleto. Quizá deba decir:
"Félix en [tan] blanda cera".

231 1 17 Deberá leerse la "han dejado".

232 2 32 Verso errado. Acaso se escribiría así:
"en efecto, era judía,".

233 1 40 Este verso está equivocado en el texto. El sentido y la rima piden que diga:
"¡Notable enredo fingiste!

234 1 25 Estos versos deben colocarse así:

"DALÍ.
Ven, esclavo.
BASURTO.
¿Qué me quieres?
DALÍ.
Dime:
¿tú eres hebreo?
BASURTO.
Sí, señor.
DALÍ.
Pues, perro,".

235 2 2 Dice "vuestro"; léase "uso".

235 2 2 Sobra el [de].

237 1 2 Quizás este verso deba decir:
"Si donde vive tan muerta".

240 1 23 Dice "jaraba"; léase "juraba".

243 2 3 Quizá este verso deba leerse:
"que me cuesta esta pasión".

244 1 20 Este verso parece que debe decirlo ALÍ, y no LEONARDO.

246 1 18 Deberá leerse:
"si verle también desea".

246 1 33 Este verso es largo. Quizá sea:
"estáis en loco temor!"

246 1 45 Falta un verso, antes o después de éste, para que conste la redondilla.

248 43 Este verso debiera escribirse:
"que son los que de perderse".

254 1 6 Léase "corra la cortina".

254 2 35 No es consonante "loca" de "hermosa". Quizá deba leerse este verso:
"¿has dicho acaso celosa?"

255 1 37 Este verso es corto. Se escribiría:
"vender estos [dos] esclavos".

255 1 43 También es corto este otro. Diría:
"y [así] a la tuya los pasa".

255 2 13 Este verso y los siguientes deberán escribirse así:
"¿Acuérdaste, Brahín, de la cruel vida
. . . . . . . . . . . . . . . . .
mala cena, peor cama, ruin comida?
Pues hoy, por castigarte, me he tornado."

256 2 46 El verso "contento de aquesta voz", aunque consta en el texto, sobra para el sentido y la rima.

257 2 8 y 9 Falta un verso antes o después de éste, que, a su vez, es largo.

259 1 9 En lugar de "HERRERA" es seguro que deberá leerse "REY". Y lo mismo en las líneas 11 y 22.

260 2 22 Después de este verso debe añadirse este otro:
"con piadosa condición".

304 2 22 Dice: "Y ¿qué tal es?", por errata. Debe decir "¿Qué quieres?"

317 1 19 El texto dice "vuelve"; pero el sentido pide "vuelven".

320 2 18 Mejor estaría l verso así:
"No es bien que [se] dilate la sortija;".

325 1 9 También mejor este otro así:
"jura mostrarle [al de] León la espada".

325 1 24 Y este otro así:
"[a] una empresa tan alta y peligrosa".

341 2 8 Así en el original; pero es claro que debe ser:
"manchó tu honor, y no hay aquí"

348 2 34 También el sentido pide se diga "te mira".

378 1 antep. En lugar de "embronce" léase "en bronce".

383 2 10 Dice "pusiéredes"; léase "supiéredes".

387 1 22 Léase "dinero", y no "dineros".

391 2 pen. Dice "pues atento escucho". Sobra el "pues".

401 1 37 Dice "frenos"; léase "freno".

403 1 4 Dice "vecina"; léase "vecino".

411 1 11 Así en el impreso; pero la rima pide "Roberto es", y así dice el manuscrito también.

426 1 18 Este verso y el siguiente debían formar uno solo para el pareado; y como sería largo, lo dejamos como está en el original. Probablemente faltarán versos.

497 2 37 El "si lo soy." del texto no forma sentido. Estaría mejor "lo sería.".

511 2 36 Dice "castígalos"; pero mejor sería "castígaslos".

512 2 4 Así en el texto; pero la rima y sentido piden que diga: "Aquí, señor, moro."

531 2 pen. Dice "mi espada", en lugar de "tu espada".

532 1 41 En vez de "tal alto" estaría mejor "tan alto".

535 1 32 Dice "honor perdida". Mejor diría "honra perdida".

543 2 21 Así está en el texto; pero quizá se escribiese primero:
"La dama que de perfeta".

552 2 8 La rima y el sentido piden se diga:
"aunque es injusta cosa;".

| | | | |
|---|---|---|---|
| 561 | 2 | 4 | La ortografía de esta frase será mejor así: "¡Ah, sangre fría!" |
| 566 | 2 | 30 | Dice "pudiera"; léase "pudieras". |
| 571 | 2 | 46 | Léase "leona parida he sido". |
| 576 | 1 | 19 | Debe decir "su fama" y no "tu fama". |
| 579 | 2 | 46-47 | Quizás estos dos versos formarían uno solo que dijese: "Ley que para su igualdad", sin tener en cuenta la cita legal. |
| 581 | 1 | 12 | Léase "*quaestio*". |
| 582 | | | en el encabezado, columna cuarta, dice: "Teofinda", léase "Teosinda". |
| 589 | 2 | ant. | Este verso deberá decir, a pesar del texto: "¡Qué de veces a mis quejas". |
| 590 | 1 | 1 | La ortografía de éste será: "a sus cristalinas rejas!" |
| 591 | 1 | 18 | Debe llevar interrogantes, así: "¿Oye?" |
| 597 | 2 | 19 | Dice "levantaros"; léase "levantarlos". |
| 599 | 2 | 9 | El sentido y la rima piden que se diga: "donde tuve el ser primero". |
| 608 | 2 | 39 | En este y otros lugares dice el texto "Conde de Suecia", sin duda por error, en lugar de "Conde de Suevia" o Suabia, aunque la geografía de nuestros dramáticos era muy caprichosa. |
| 624 | 2 | 9 | Dice "cabezas"; léase "cabeza". |
| 631 | 2 | 17 | Dice "fué"; léase "fuí". |
| 644 | 1 | 17 | Así en el original; pero creemos deba decir: "Yo, Alcaide, tu *vida* amaba." |
| 647 | 2 | 27 | Dice "el", debe entenderse "él". |
| 656 | 2 | 8 | La puntuación de este verso y el siguiente, será: "obliga a hacer sinrazones. El mismo príncipe a quien". |
| 662 | 2 | 35 | Dice "ha sido"; deberá lerse "has sido". |
| 669 | 1 | 37 | Como el verso según está es corto, si no se hace sílaba de la "y", pudiera leerse: "con una y [con] otra bala,". |
| 675 | 2 | 21 | Más bien que como está en el texto debiera leerse: "por cuya infamia se dará la muerte." |
| 696 | 2 | 34 | Dice "lo llena"; léase "lo lleva". |
| 699 | 2 | 22 | Este verso no tiene sentido; pero no sabemos cómo corregirlo. |
| 703 | 2 | 19 | Diráse: "¡Par diez, se va Sancho..." |

# VARIANTES

## QUE OFRECE EL MANUSCRITO DE LA COMEDIA *EL CUERDO LOCO*

### EXISTENTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

El encabezado dice: "Comedia intitulada el cuerdo loco o veneno saludable." Pasa en Albania. Año de 1602.

Acto primero. Personas que hablan en él. El Príncipe Antonio. — El Conde Próspero. — El Duque Dinardo.—Rosania, princesa, madrastra de Antonio.—Lucinda, hermana de Próspero.—La Guardia. —Seis soldados.—Dos pajes.—Un maestresala.—Un camarero. — Un cabo de escuadra. — Leonido, Tancredo, caballeros.—Tebandro, criado.—Roberto, cocinero.

| PÁG. | COL. | LÍN. | |
|---|---|---|---|
| 375 | 1 | 18 | poniéndose *delante*. |
| 375 | 1 | pen. | *conque* useis. |
| 375 | 2 | 16 | *que* es mayor. |
| 375 | 2 | 22 | *(Vuelve las espaldas el* PRÍNCIPE ANTONIO *y se va.)* |
| 375 | 2 | 35 | que me sirven *no podría*. |
| 376 | 1 | 8 | que una *dama*. |
| 376 | 1 | 12 | Lucinda *al* publico amor. *sin duda el tuyo y mi honor* (1). |

(1) Este verso falta en el impreso.

| PÁG. | COL. | LÍN. | |
|---|---|---|---|
| 376 | 1 | 18 | embozado *a* la puerta. |
| 376 | 1 | 21 | con que *tu* honor. |
| 376 | 1 | 26 | *Que* si aqui. |
| 376 | 1 | 34 | (Falta la acotación.) |
| 376 | 2 | 4 | *que* sin duda el Príncipe fue (1). |
| 376 | 2 | 11 | *¡Oh*, necesidad. |
| 376 | 2 | 12 | ¿No *vienes*, Conde? |
| 376 | 2 | 14 | (Falta la acotación.) |
| 376 | 2 | 39 | nueva a *tu* casa. |
| 376 | 2 | 46 | solo *fuese* por venganza. |
| 376 | 2 | 49 | rindió a *tu* pecho. |
| 377 | 1 | 1 | *te* ha de poner, *Rosania* en tanto. |
| 377 | 1 | 14 | *vueltos a Buda* con mayor. |
| 377 | 1 | 19 | tu esclavo *con* dulce matrimonio. |
| 377 | 1 | 32 | en tan *distintas* suertes. |
| 377 | 2 | 8 | *confusa* noche. |
| 377 | 2 | 9 | y *fúlgidas* señales. |
| 377 | 2 | 20 | tragarme *las* entrañas. |
| 378 | 1 | 14 | contra *su nuevo* Príncipe. |
| 378 | 1 | 43 | el alba *el* campo. |
| 378 | 2 | 7 | a la *ignorancia* mía. |

(1) Verso largo.

| | | | |
|---|---|---|---|
| 378 | 2 | 8 | no sabe *regir*. |
| 378 | 2 | 32 | *Podria*. |
| 378 | 2 | 34 | y al *viento* los |
| 378 | 2 | 48 | Dios te guarde. *(Vase el Conde.)* |
| 379 | 1 | 13 | en publico *y* secreto. |
| 379 | 1 | 20 | amar *quien me ofendió*. |
| 379 | 1 | 36 | el camarero. *(Entrase.)* |
| 379 | 1 | 50 | PRIMERO. Hallo. |
| 379 | 1 | 51 | SEGUNDO. *Hablando*. |
| 379 | 2 | 3 | GUARDA *1.º* |
| 379 | 2 | 7 | *ya se esconde* Calixto. |
| 379 | 2 | 8 | GUARDA *1.º* |
| 379 | 2 | 18 | y *bronze* yo. |
| 379 | 2 | 24 | y *salen* cuatro o seis *soldados* con arcabuces *y*. |
| 379 | 2 | 26 | TERCERA. Pese al bando, *¿es* esta. |
| 379 | 2 | 27 | solo *en* tocando. |
| 379 | 2 | 29 | CUARTA. Con linda. |
| 379 | 2 | 33 | PRIMERO. ¿No direis. |
| 379 | 2 | 35 | SEGUNDO. ¡Que a éste. |
| 379 | 2 | 37 | TERCERO. ¿Y qué os dan. |
| 379 | 2 | 38 | SEGUNDO. *Dáseme*, porque. |
| 379 | 2 | 39 | y *a* la primera. |
| 379 | 2 | 48 | PRIMERO. Del Turco. |
| 379 | 2 | 50 | SEGUNDO. ¿Si es arma. |
| 380 | 1 | 1 | PRIMERO. Es jornada. |
| 380 | 1 | 3 | TERCERO. ¡Ay *dulce* mujer. |
| 380 | 1 | 4 | vid de *olmo* cortada. |
| 380 | 1 | 11 | PRIMERO. Y yo que dejo. |
| 380 | 1 | 14 | *y* el amor. |
| 380 | 1 | 15 | CUARTO. |
| 380 | 1 | 19 | (No hay la palabra SEGUNDO) *nunca goce cama blanda* (1). |
| 380 | 1 | 23 | la *blanca* holanda. |
| 380 | 1 | 27 | como *el* jaspe. |
| 380 | 1 | 37 | SEGUNDO. Al galope. |
| 380 | 1 | 39 | TERCERO. Ya se apea. |
| 380 | 1 | 42 | costillas *o* frente. |
| 380 | 1 | 48 | TERCERO. |
| 380 | 1 | 49 | *sea* la de *aquesta* esguízara. |
| 380 | 2 | 3 | SEGUNDO. |
| 380 | 2 | 10 | TERCERO. |
| 380 | 2 | 18 | que de *saberlo* gusto. |
| 380 | 2 | 21 | PRIMERO. |
| 380 | 2 | 25 | *muera o marche señor* cualquier. |
| 380 | 2 | 31 | conde Próspero *de* ese. |
| 380 | 2 | 41 | TERCERO. |
| 381 | 1 | 3 | *Plega* a Dios. |
| 381 | 1 | 4 | donde al *fuego ofrezco*. |
| 381 | 1 | 12 | CUARTO. |
| 381 | 1 | 27 | (Vanse *los soldados*.) |
| 381 | 1 | 31 | Pero ¡*válgame* Dios! |
| 381 | 1 | 35 | invidia o *celos o* traición. |
| 381 | 1 | 44 | que lo contrario de mi valor desdora (2). |
| 381 | 2 | 16 | (*Sale* ROSANIA.) |
| 381 | 2 | 26 | Y [illegible] |
| 382 | 1 | 18 | de *esta* manera. |
| 382 | 1 | 20 | *lleva* el Conde. |
| 382 | 1 | pen. | ¡Mentís! *(Empuña la espada.)* |

(1) Falta este verso en el texto.
(2) Verso largo.

| | | | |
|---|---|---|---|
| 382 | 2 | 3 | echaos a sus pies. *(Echese a sus pies el Duque.)* |
| 382 | 2 | 6 | *presto de mi cuello* asombre. |
| 382 | 2 | 7 | (Falta esta acotación.) |
| 382 | 2 | 37 | (TANCREDO y LEONIDO, *grandes del Principado*.) |
| 382 | 2 | 46 | el *Principe sabido*. |
| 383 | 1 | 11 | ¿Qué *queréis* aguardar. |
| 383 | 1 | 17 | *Eso* es mejor que *ahora* se. |
| 383 | 1 | 30 | Emperador *o el* Rey. |
| 383 | 1 | 32 | y *conquistalle* haciéndoos. |
| 383 | 1 | últ. | (Este verso y el siguiente faltan.) |
| 383 | 2 | 2 | podrá *darle* la bebida? |
| 383 | 2 | 13 | Roberto *el* cocinero. |
| 383 | 2 | 14 | se *resuelven*. |
| 383 | 2 | 37 | (Vanse y *salen el* PRÍNCIPE y LUCINDA.) |
| 384 | 1 | 24 | a *sú* parecer. |
| 384 | 1 | 48 | que *disfraza* tus daños. |
| 384 | 2 | 15 | quien es. (*Vase* TEBANDRO.) |
| 384 | 2 | 18 | de *eso* honrar. |
| 384 | 2 | 20 | (*Vuelve* TEBANDRO.) |
| 384 | 2 | 32 | *Voy* yo. |
| 384 | 2 | 41 | (Falta esta acotación.) |
| 385 | 1 | 13 | perdonársele *podría*. |
| 385 | 1 | 19 | me *dad*. |
| 387 | 1 | 2 | quien habla *en la* guerra. |
| 387 | 1 | 11 | (*El Maestresala con una toalla al hombro y una salvilla y un vasillo*.) |
| 387 | 1 | 18 | aquella *honrada* pieza. |
| 387 | 1 | 34 35 | ANTONIO. ¡Válgame Dios!<br>CELIO. ¡Tenle aquí! |
| 387 | 1 | 38 | La ordinaria *confación*. |
| 387 | 1 | pen. | ¡Oh, *Celio* tú eres. |
| 387 | 2 | 14 | y *remédiese* presto. |
| 388 | 1 | 3 | *que* esta mentira. |
| 388 | 1 | 4 | *moriré* como. |
| 388 | 2 | 7 | mi reino *a* censo. |
| 388 | 2 | 16 | (Después de este verso dice:) *Fin del acto primero*. |
| 388 | 2 | 17 | ACTO SEGUNDO<br>Personas que hablan en él: Leonido.—Aristeo.—Filipo.—Rosania.—El Duque Dinardo.—El Conde Próspero.—Sultán, bajá.—Antonio.—Lucinda.—Belardo.—Tirseo. Guardas de Alabarderos.<br>(*Salen los Grandes de Albania*, LEONIDO, TANCREDO, ARISTEO, FILIPO, EL DUQUE y ROSANIA. *Siéntense y habla el* DUQUE DINARDO.) |
| 388 | 2 | 25 | *en* que por amorosos. |
| 389 | 1 | 4 | le puedan *curar* de tantos. |
| 389 | 1 | 10 | Lo mismo afirmo y es la intención mía.<br>ARISTEO.<br>*Yo lo mismo con mi voto apruebo* (1). |
| 389 | 1 | 42 | a tus plantas. (*Todos de rodillas*.) |

(1) Falta este verso en el impreso.

| | | | |
|---|---|---|---|
| 389 | 1 | 43 | para pedirte que este cetro admitas. |
| | | | LEONIDO. |
| | | | Mira señora *nuestra* que levantas. |
| 389 | 2 | 1 | ARISTEO. |
| 389 | 2 | 14 | GUARDA *primero.* |
| 389 | 2 | 34 | para *más satisfacción.* |
| 390 | 1 | 7 | LEONIDO. ¿Quién somos. |
| 390 | 1 | 26 | (Escribe el Príncipe.) |
| | | | LEONIDO. *Mientras escribe tratad* |
| | | | *lo que de Lucinda hacéis* (1). |
| 390 | 2 | 2 | al Conde *este* desconcierto. |
| 390 | 2 | 7 | TANCREDO. |
| | | | ¡Notable industria! |
| | | | ROSANIA. |
| | | | *Que acierte,* |
| | | | vuestros intentos allana. |
| 390 | 2 | 38 | Agrada a vos? (*Levántase furioso.*) |
| 391 | 1 | 6 | en *la* mar. |
| 391 | 1 | 17 | o si *vais* mal. |
| 391 | 1 | 34 | Ya me *parto.* |
| 391 | 1 | 37 | Harta pena me *aparto.* |
| 391 | 1 | 50 | Pues *parta* Leonido (2). |
| 391 | 2 | 11 | (*Vanse* EL DUQUE *y* ROSANIA.) |
| 391 | 2 | 24 | (*Salen por una parte un mar de turcos, caja y bandera y* SULTÁN, *bajá, y por otra el de los Albaneses, caja y bandera y el* CONDE PRÓSPERO.) |
| 392 | 1 | 21 | *Yo mozo y libre* olvidéme. |
| 392 | 1 | 32 | dió en *mi* casa. |
| 392 | 1 | 36 | *como* sus estrellas. |
| 392 | 1 | 37 | en *esto* topa. |
| 392 | 1 | 40 | de *un* antecuadra. |
| 392 | 1 | pen. | delante *a* mi hermana. |
| 392 | 2 | 19 | veo entrar *por mi aposento.* |
| 392 | 2 | 20 | *en un instante* la guarda. |
| 392 | 2 | 39 | *o* cortarme la cabeza. |
| 392 | 2 | 41 | *o darme* en secreto hierbas;. |
| 392 | 2 | ant. | lágrimas *los* movieron. |
| 393 | 1 | 11 | *que* juntos en tres semanas. |
| 393 | 1 | 16 | se *le* ofrezca. |
| 393 | 1 | 29 | sirve, *Conde,* en esto. |
| 393 | 2 | 16 | ¿Hablas en *seso?* |
| 393 | 2 | 22 | me *quieres* dar. |
| 393 | 2 | 26 | GUARDA *1.º* |
| 393 | 2 | 34 | *Eso no;* Leonido ha entrado;. |
| 394 | 1 | 5 | *Creed,* señor. |
| 394 | 1 | 41 | Al punto vuelvo. (*Vase* LUCINDA.) |
| 394 | 1 | pen. | traidor. |
| | | | ANTONIO. Ni yo loco estoy. |
| | | | LEONIDO. Tú estás loco. |
| | | | ANTONIO. Si tú eres traidor. |
| | | | LEONIDO. ¡Qué falso argumento! |
| | | | ANTONIO. Yo te digo lo que siento |
| | | | y tú dices lo que quieres. (3) |
| 394 | 2 | 4 | *esto* se teme de ti. |
| 395 | 1 | 5 | por *aquesta* misma. |
| 395 | 1 | 8 | quiere *o* no quiere. |
| 395 | 1 | 10 | al bien o *al* daño. |
| 395 | 1 | 42 | el fin de *esta* batalla. |
| 395 | 2 | 2 | a vestir *este* hombre. |
| 395 | 2 | 4 | (*Levántase en pie y le pone la sábana.*) |
| 395 | 2 | 22 | Debajo de *estos* tapices. |
| 396 | 1 | 17 | (*Métenlo.*) |
| 396 | 1 | 34 | vuelva *esta* gente. |
| 396 | 2 | 2 | no *lo* he visto. |
| 396 | 2 | 22 | *mostráralo* en el furor. |
| 397 | 1 | 12 | (*Vanse* ROSANIA *y el* DUQUE DINARDO.) |
| 397 | 1 | 19 | no *ponga* su posesión. |
| 397 | 1 | 29 | está el *cruel* Leonido? |
| 398 | 1 | últ. | *de Lucinda* le poned. |
| 398 | 1 | 3 | ¡Traición! (*Le da.*) |
| 398 | 1 | 43 | (No hay esta acotación.) |
| 398 | 2 | 22 | Mi *propio nombre* es Belardo. |
| 398 | 2 | 24 | por *este* capote. |
| 398 | 2 | 28 | cosas *no* vistas. |
| 400 | 1 | 39 | (*Sale* TIRSEO.) |
| 400 | 1 | 40 | Pues, Tirseo, ¿qué hay? |
| 400 | 2 | 8 | En eso *no* va. |
| 400 | 2 | 17 | (Después de este verso dice:) *Fin del Acto segundo.* |
| 400 | 2 | 18 | ACTO TERCERO. *Personas que hablan en él:* Rosania.—El Duque Dinardo.—El Conde Próspero.—Dos guardas.—Un Capitán.—Tancredo.—Seis soldados.—Un paje.—El Príncipe Antonio.—Lucinda.—Sultán, bajá.—Roberto, cocinero. |
| 400 | 2 | 22 | Vuelve a *contalla,* Tancredo. |
| 401 | 1 | 1 | pasado *hebrero.* |
| 401 | 1 | 22 | un turco *belenbey.* |
| 401 | 1 | 26 | parte un *arapo.* |
| 401 | 1 | 34 | alabardas *el* Conde. |
| 401 | 1 | 35 | *miro* en un caballo. |
| 401 | 2 | 37 | Señores, no *os* lo refiero. |
| 401 | 2 | 39 | este partido *vuelvo.* |
| 401 | 2 | 41 | respuesta *dadla* luego. |
| 401 | 2 | 47 | Darle *a* Antonio. |
| 402 | 1 | 3 | De tantos *alardes.* |
| 402 | 2 | 44 | siento la *vuesa* dolencia. |
| 403 | 1 | 39 | fortuna *nos* socorre. |
| 403 | 2 | 8 | dentro *en* los mismos. |
| 403 | 2 | 32 | permite: *ruega.* |
| 404 | 2 | 1 | que aqui se ve. (TANCREDO *y el 4.º Soldado con arcabuces.*) |
| 404 | 2 | 3 | ¿No miras *a* Andronio. |
| 404 | 2 | 10 | o si loco *soy.* |
| 405 | 1 | 42 | Las guardas *vi,* mi Roberto. |
| 405 | 2 | 4 | en *esa* selva. |
| 405 | 2 | 37 | cuando *vencerle* no puedo. |
| 406 | 1 | últ. | tal fama *teneis* ya. |
| 406 | 2 | 2 | a Marte *y no* a Apolo. |
| 406 | 2 | 21 | darle *a* Antonio. |
| 406 | 2 | 22 | todo *se funda en* su venganza. |
| 406 | 2 | 34 | gran *señora?* |
| | | | ROSANIA. *Que se* emplean. |
| 406 | 2 | 37 | en servir un gran Príncipe. El *es* espanto (1). |
| 406 | 2 | 40 | PRÓSPERO. |
| 406 | 2 | 44 | (No hay esta palabra.) |

(1) Estos dos versos faltan en el impreso.
(2) Verso corto.
(3) Esta última redondilla falta en el impreso.

(1) Verso largo.

| | | | |
|---|---|---|---|
| 407 | 1 | 13 | Así *se hará*. Sultan. |
| 407 | 1 | 27 | (*Levantanse, vanse y salen todos los soldados albaneses que se pueda, con sus pistolas y armas.*) |
| 409 | 2 | 42 | coronaron *versos* y laureles. |
| 409 | 2 | 40 | ¿Qué dicen Celio, *pues?* |
| 410 | 2 | 15 | me *hareis* matar? |
| 411 | 2 | 1 | *Traeme*, mensajero. |
| 412 | 2 | 14 | Fin *del acto tercero y de toda la comedia*. (1) |

"En Madrid a 11 de noviembre. Año de 1602.—LOPE DE VEGA CARPIO.—*Licencias*.—Examine esta comedia, entremeses y cantares de ella el secretario Tomás Gracián Dantisco y dé su censura. Valladolid, a 2 de abril de 1604. Esta comedia, intitulada *el veneno*, se podrá representar mudando el (*Aquí un hueco en blanco.*) reservando a la vista lo que fuere de la lectura se ofreciere, y lo mismo en el entremés y cantares. En Valladolid a 5 de julio de 1604.—El secretario, *Tomás Gracián Dantisco*.

Podrase representar esta comedia guardando la censura en ella. Dada en Valladolid a 5 de julio de 1604.

Por mandado de los señores Inquisidores, Jueces Apostólicos de Valladolid, vi esta Comedia intitulada *el Veneno saludable*, y no hay en ella cosa contra nuestra Santa Fe Católica ni contra buenas costumbres y así me parece que se puede dar licencia para representarse, fecha en 9 de mayo de 1607.—*Fray Gregorio Ruiz*.

Visto por los señores Inquisidores de Valladolid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz, lector de Teología del Convento de San Francisco, de esta ciudad, dieron licencia para que se pueda representar la comedia de atrás, llamada *Veneno saludable*. Fecho en Valladolid, a 9 de mayo de 1607.—*Juan Martínez de la Vega*.

Por mandamiento del Arzobispo mi señor he visto esta comedia *del Veneno saludable*, y digo que se puede representar, reservando para la vista lo que es fuera de la lectura. Así lo firmo en Zaragoza a 22 de octubre de 1608.—*El Dr. Domingo Villalba*.

Por mandado del señor Gonzalo Guerrero, provisor de este Obispado de Jaén, he visto esta comedia intitulada *El Cuerdo o veneno saludable*, excepto algunas planas y partes que están borradas, y dicen que no se representen, como toda ella es humana, no he hallado palabra ni sentencia que ofenda las cristianas y piadosas orejas, por lo cual se le puede dar licencia al autor para representar lo que en este cuaderno hay. No he visto los cantos y entremeses que se suelen representar. En Jaén, 10 de julio del año 1610.—*El doctor Salcedo*.

Por mandado de los señores Inquisidores, Jueces Apostólicos de esta Inquisición de Murcia, vi esta comedia llamada el *Cuerdo loco o veneno saludable*, y no he hallado cosa alguna que sea contra nuestra santa fe católica ni contra las buenas costumbres. Y así, me parece que se puede dar licencia para representarse. Fecha en San Francisco de Murcia a 5 de junio de 1611.—*Fray Pedro Galán*.

Esta comedia se puede representar. En Granada, 3 de diciembre de 1615.—*El doctor Francisco Martínez de Rieba*.

Corregida y concertada, con su original, correcciones, censuras y licencias. Madrid y mayo 9 de 1781.—*Miguel Sanz de Pliegos*. (Rubricado.)"

(1) Como esta copia tiende a modernizar el lenguaje no hemos anotado las correcciones de las voces *ansí*, *agora*, *truje*, *dalde*, etc.; las del lenguaje pastoril y algunos insignificantes cambios en algunas acotaciones.